COLECCION

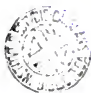
DE

HISTORIADORES DE CHILE

Y DOCUMENTOS RELATIVOS

A LA

HISTORIA NACIONAL.



TOMO II.

HISTORIA DE GONGORA MARMOLEJO (1536-1575).—DOCUMENTOS.

HISTORIA DE CORDOBA Y FIGUEROA (1492-1717).



SANTIAGO,
IMPRENTA DEL FERROCARRIL,
Calle de la Bandera, núm. 39.
1862.

Se ha explicado alguna que otra voz de la lengua de los indios de Chile, y se ha dejado de hacerlo de muchas otras, porque el autor da razon de ellas en diferentes partes de su historia.

El manuscrito, de letra del siglo XVI, es en 4.° y consta de 232 hojas. Pertenece a la Biblioteca de Salazar, y está señalado con la H 45. Desde el folio 28 al 106, la letra es distinta, aunque del mismo tiempo. Creémosle orijinal, pues ademas de notarse de vez en cuando enmiendas, que solo pudieron ser hechas por su autor, tiene al fin una firma que puede ser la suya.



HISTORIA DE CHILE

POR EL CAPITAN

ALONSO DE GONGORA MARMOLEJO.

CAPITULO I.

Que trata de la descricion y tierra de Chille desde el valle de Copiapó, ques al principio y entrada, hasta la ciudad de Castro, último del reino.

Es el reino de Chille y la tierra de la manera de una vaina despada, angosta y larga. Tiene por la una parte la mar del Sur, y por la otra la Cordillera Nevada, que lo va prolongando todo él; y habrá en esta distancia de la mar a la Cordillera, por unas partes diez y seis leguas, y por otras diez y ocho, y veinte por lo mas largo, y ansí poco mas o ménos. La Cordillera está nevada todo el año, y es tan brava a la aparencia de la vista, como lo es la que pasa y divide a Italia de la Francia y a Alemania de la Italia, y hai por ella valles que se pasan a sus tiempos de la otra parte, y ansí la andan los naturales en sus contractaciones, y españoles la han pasado algunas veces para tomar plática de la tierra. Esta distancia que hai desde la mar del Sur a la Cordillera está poblada de indios, en unas partes mas y en otras ménos, conforme a la condicion y dispusicion de la tierra. Hai desde el valle de Copiapó hasta la ciudad de Castro trecientas leguas, todo poblado de naturales, y en esta lonjitud diez ciudades pobladas de españoles. La jente de este reino es belicosa conforme a la costelacion de cada ciudad en donde está poblada. Hai muchas minas de oro ricas por toda la tierra, y es la jente della de mucho trabajo, buen servicio y entendimiento, aunque bárbaros. Tiene muchos rios, que corren desde la Cordillera Nevada a entrar en la mar del Sur, de mucha agua, en los cuales no se halla oro, mas hállase en otros rios menores, en donde se saca. Son las mejores aguas que se cree haber en el mundo y mas sanas; y es la tierra de tan buenos aires y tan sanos que no se ha visto enfermar nadie por ellos. En unas partes llueve mucho los inviernos y en otras poco, conforme a los grados en que está la tal tierra; porque en trecientas leguas es cierto ha de hacer diferencia en unas partes, mas que en otras. Hai asimesmo por la Cordillera muchos volcanes por toda ella que echan fuego de sí de ordinario, y mas en el invierno que en el verano, y muchos lagos al pié de los tales volcanes, y cerca dellos muchos metales de cobre, plomo, hierro, bronce, en grandísima cantidad. En unas partes se cria la

comida, que son simenteras en el campo, con agua que sacan de los rios y la llevan por acequias a regar sus heredades, como es en Santiago y ciudad de la Serena; en las demas del reino críase con agua llovediza. Es en parte tierra llana y en parte doblada de valles y cerros ásperos, aunque mui fructíferos, y es la jente mui suelta. Andan vestidos con unas camisetas sin mangas y algunos traen zaragüeles: traen el cabello cortado por debajo de la oreja y por cima de los ojos. Es jente bien ajestada, por la mayor parte blanca, bien dispuestos, amigos en gran manera de seguir la guerra y defender su tierra, para lo cual han grandísima obediencia a sus mayores, y tienen por órden cuando quieren pelear, y saben que extraños entran en sus tierras, ponelles en el camino ramos de un árbol, que los españoles llaman canela, y en ellos atravesadas flechas untadas con sangre; y cuando quieren servir y estar a lo que les mandaren, les ponen en el camino ramos de arrayan, dando por allí a entender la voluntad que tienen. Nunca jamas han peleado con españoles, que han sido infinitas veces, que primero no lo hagan saber y envien a decir. Son grandes enemigos de españoles y de toda jente extranjera, y entre sí la jente mas bien partida que hasta hoi se ha visto en las Indias. Cójese mucho trigo, cebada, y todas las demas legumbres d'España se dan mui bien: danse las frutas y los árboles della mejor que en España; porques cosa de admiracion la mucha fruta que produce, en especial en estas dos ciudades ques donde dicho tengo que se da en tanta abundancia; porque en las demas del reino, conforme al temple que tienen dan lo que se planta. Críanse buenos caballos, mucho ganado de toda suerte, lanas muchas y mui buenas colores para tinta. La mar y la costa della tiene grandes pesquerías, buenos puertos para navegantes. Córrese toda la costa del reino de Chille norte y sur, los cuales dos vientos reinan todo el año, aunque algunas veces hace viento poniente, que llaman en el reino travesía: este viene tan pocas veces, aunque esas veces trae grandísimo ímpetu e braveza. No se conosce otro viento alguno que traiga fuerza, sino son los dichos. Hai muchas perdices en grande abundancia y mui buenos alcones de caza, y otras muchas cosas buenas queste reino en sí tiene, las cuales la guerra ordinaria no ha dado lugar a descubrir. Esta tierra, a la mucha fama que tenia de oro, la salió a descubrir el adelantado Don Diego de Almagro desde el Pirú por la órden que adelante se dirá.

CAPITULO II.

De como el adelantado Don Diego de Almagro vino al descubrimiento de Chille y por donde se descubrió.

Despues de haber descubierto el Pirú Don Francisco Pizarro y Don Diego de Almagro, habiendo hallado grandes riquezas de oro y plata, cuanto en otra parte del mundo jamas se vieron, teniendo noticia que los Ingas, señores que a los indios mandaban, tenian sus capitanes en

Chille despues de haber subjetado aquella provincia, y que les enviaban mucho oro todos los años por la órden que les daban, pareciéndoles como en el Pirú habian hallado tanta abundancia de riqueza y en tan principal tierra, que lo mesmo habria en Chille; y como el mandar no sufre igual, acordó Don Diego de Almagro con sus amigos, y en conformidad de Francisco Pizarro, venir a descubrir a Chille. Poniéndolo por obra salió con cuatrocientos hombres bien aderezados año de 1536, quedando por señor en el Pirú Francisco Pizarro. Con buenas guias para su camino y jornada que traia, reparado de todo lo necesario, e informado que si venia por Atacama hasta llegar a Copiapó habia de pasar forzosamente ochenta leguas de despoblado falto de yerba, y de agua, sino era en unos pozos pequeños, que llaman jagüeyes, de agua salobre y mala; por conservar los caballos y la mucha jente que traia, principalmente los caballos, que tenian mucho precio en aquel tiempo, dejó este camino y vino por el que los Ingas tenian por los Diaguitas; donde llegado a la provincia de Tupisa, topó con un capitan del Inga que le llevaba docientos mill pesos en tejos de oro con una teta por marca en cada un tejo, los cuales tomó, y prosiguió su camino hasta el paraje de Copiapó y de allí atravesó la Cordillera Nevada por el mejor camino que habia, donde repentinamente y acaso le sobrevino una tempestad de frio y aire envuelto con nieve; no teniendo donde abrigarse, perecieron mas de ochocientas personas que llevaba de servicio indios del Pirú, sin podellos favorecer. Con esta pérdida y la de muchos caballos llegó al valle de Copiapó, que por mal que le fuera en el despoblado no le dijera peor: allí halló un mui fresco rio y en abundancia refresco para todos.

Despues de haber descansado y reformado los caballos que llevaban mui flacos, siendo informado de la tierra, habiendo hablado a los principales que entre los indios habia, de que este valle estaba bien poblado, fué descubriendo la provincia hasta que llegó al valle de Aconcagua, donde le acaeció una cosa notable; y fué que habiendo Don Diego de Almagro y Pizarro poblado a Lima en el valle de Jauja, un soldado que se llamaba Pedro Calvo y por otro nombre Barrientos, hizo cierto hurto por el cual le mandaron cortar las orejas por justicia como a ladron. Viéndose corrido y así afrentado, desamparó el campo y se metió la tierra adentro con intencion (1) de no parecer mas entre jente española. Este soldado de pueblo en pueblo vino a parar al reino de Chille, y para venir jornada tan larga pidió favor a los indios; entendiendo por las razones que les daba la causa de su peregrinacion, le favorescieron y dieron guias que lo llevaron en hamacas a sus hombros hasta ponelle en el valle de Aconcagua, donde al tiempo que llegó estaban dos caciques señores principales enemistados, y como topó con el uno dellos, que fué al que los indios que lo llevaban le guiaron, haciéndole su ami-

(1) Otras veces *intincion*.

go, maravillado en gran manera de que un tal hombre viniese a su tierra, honróle mucho a su usanza. Pedro Calvo, paresciéndole que sus hados le habian traido a parte donde fuese honrado y tenido en mucho, entendiendo que en algun principio bueno consistia su felicidad y que era camino aquel para servir a Dios, persuadió al cacique diese fin a sus enojos con guerra y que él le ayudaria, porque los españoles, de donde él venia, eran invencibles y que ningunas naciones podian sustentarse contra ellos, dándole a entender que en el nombre de Jesucristo le daria la vitoria en las manos y venganza de sus enemigos. Atraido a lo que el español le dijo, luego le encomendó todas sus cosas y mandó a sus súbditos le obedeciesen. Puesto en nombre de capitan y tan servido, procuró de hacer guerra tomando la causa por suya: luego corrió la tierra al contrario provocándole saliese a la defensa; y tales ardides tuvo y tan buena órden de español, que en un dia desbarató a su enemigo en batalla que con él hubo, y fué luego su reputacion tanta que en mucha parte del reino se extendió la fama. Su contrario buscó favores, porque quedó mui derribado y falto de jente, y habiéndolos hallado volvió con toda la fuerza que pudo juntar a hacer guerra al español, el cual tuvo tales mañas en ella, que despues de haberle desbelado (1) en muchas escaramuzas, un dia le dió batalla y lo desbarató matándole mucha jente, de lo cual quedó casi con nombre de señor, y ansí como a tal le obedecian todos los indios y principales.

Estando en esta prosperidad que tengo dicho, llegó Don Diego de Almagro a este valle: Pedro Calvo lo salió a recibir, que como fué conoscido quedó él y todos admirados de caso tan extraño. Habiéndole honrado y fecho mucha merced, lo llevó consigo; dél se informó de todo lo adelante y de la jente que habia en el reino, y qué metales y riquezas tenia la tierra en sí. Habiendo tomado relacion verdadera, llegó con su campo, que era mui vistoso y de muchos caballeros y hombres nobles mui principales, al llano y asiento donde agora está poblada la ciudad de Santiago. En su comarca y en todos los valles por donde pasaba hablaba amorosamente a los señores y principales, informándose de la tierra, hasta que entendió que la noticia y relacion que en el Pirú le habian dado no era así. Sus amigos le importunaban sobre volverse, diciéndole que la buena tierra quedaba atras y que no habia otro Pirú en el mundo; con todo esto, como hombre constante, quiso primero saber los secreptos que en la tierra habia y ver todo lo que pudiese.

Con esta órden caminó adelante Gomez de Alvarado con órden suya con docientos hombres; unas veces peleando con los indios y otras sirviéndole, llegó hasta el rio de Maule cuarenta leguas de donde Don Diego de Almagro quedaba, donde supo que lo de adelante era mui poblado de jente y mucho sanado. Por lo ver pasó el rio sin peligro

(1) Así en el orijinal: quizá haya de entenderse "debelado:" del latin *debellare*.

en balsas de carrizo, aunques grande y corre impetuoso, y ansí llegó cinco jornadas a un rio grande que se llama Itata, donde hai repartimientos de indios que agora sirven a la ciudad de la Concepcion (1). Allí se juntaron grande número de naturales comarcanos a aquel territorio para pelear con él. Despues de haberlos desbaratado, como jente que venia sin órden ni escuadron sino tendidos por aquella campaña rasa, que son grandes los llanos que por allí hai, despues de haber castigado y muerto muchos indios, informándose de lo de adelante que era de la manera de aquello, viendo ser jente desnuda y que encima de la tierra no habia oro ni plata como en el Pirú, acordó de volverse a él; y así de conformidad se volvieron todos, no por el camino que habian venido sino por el despoblado de Copiapó, por respeto de no volver a pasar la Cordillera Nevada, donde tan mal les habia sucedido. Aunque con mucho trabajo despues de haber pasado el despoblado y llegados a Atacama, puestos en tierra del Pirú se fueron a Cuzco, donde en ida y vuelta anduvieron mas de mill leguas de camino. Llegado, esparció la nueva de Chille por el Pirú, diciendo si no dejara atras aquella tierra, poblara a Chille; y que despues del Pirú era reino principal. Esta nueva levantó a muchos el deseo venir a Chille, viéndose en el Pirú sin remedio.

CAPITULO III.

De como Pedro de Valdivia salió del Pirú a la conquista de Chille por tierra: y la causa que a ello le movió.

Despues que Don Diego de Almagro llegó al Pirú, como hemos dicho, se movieron diferencias y discordias entre él y el marques Francisco Pizarro sobre la particion de aquel reino, como hombres que de conformidad y compañía lo habian descubierto y poblado. Vino en tanto rompimiento, que los amigos de Francisco Pizarro mataron a Don Diego de Almagro; el cómo y de la manera que fué no estoi obligado a escrebillo, pues no lo tomé a mi cargo sino las cosas y casos de guerra que han acaecido en este reino de Chille. Entre los que mas prenda metieron fué Pedro de Valdivia, a quien Francisco Pizarro habia dado cargo de maestro de campo, así por ser de su tierra de Extremadura, como por tener práctica de guerra de cristianos, la cual habia adquirido y seguido en tiempo del marques de Pescara en la compañía del capitan Herrera, natural de Valladolid, sobre la diferencia y competencia que se tuvo con el rei Francisco de Francia sobre el estado de Milan. Y ansí, despues de sosegadas las discordias del Pirú, pareciéndole a Valdivia, aunque Francisco Pizarro le diese de comer como en efeto se lo daba, no habia de ser mas de un vecino particular, como hombre que tenia los pensamientos grandes, hallando aparejo para que hubiese efeto su pretension por

(1) Algunas veces pone el MS. *Concebicion.*

la obligacion en que le habia puesto, trató con Francisco Pizarro, que como su capitan y en nombre suyo le enviase con jente a poblar la tierra de Chille; entendiendo que puesto en ella, cualquiera que al Pirú viniese le conformaria el gobierno de aquel reino, o todo faltando, lo negociaria con su Majestad. Francisco Pizarro le quiso pagar y agradecer lo que le habia servido en el Pirú; pues lo que le pedia no era cosa que a él paraba perjuicio, ántes acrecentaba su imperio, le respondió y dijo: que se holgaba dalle contento en todo lo que él quisiere. Concertados desta manera, le dió comision para que como su capitan hiciese jente y se fuese cuando quisiese.

Valdivia juntó en breves dias ciento y setenta hombres bien aderezados, pertrechados de armas y otras cosas convinientes para la impresa que traia. Se puso en camino y proveyéndose de ganados y yeguas para la ampliacion de la tierra, y prosiguiendo su jornada llegó al valle de Atacama, ques a la entrada del despoblado; y deteniéndose allí algunos dias para proveerse de matalotaje con que pasar aquellas ochenta leguas de arenales, un soldado de poco ánimo, arrepintiéndose de haber venido en aquella jornada, comenzó a tratar de secreto con otros amigos que tenia, se volviesen al Pirú, pues estaban tan a la puerta dél. Esta plática Valdivia la vino a saber, e informado de la verdad, lo mandó luego ahorcar; y hablando a los demas no derribasen sus ánimos, sino que tuviesen constancia, y pues llevaban una empresa tan principal donde todos serian remediados, no se aniquilase ninguno en hacer semejante torpeza. Despues de haberse proveido de bastimento para el camino, entró por el despoblado sin acaecerle cosa que notable fuese; llegó al valle de Copiapó, y desde allí, prosiguiendo su camino, reconosciendo la tierra y la dispusicion que tenia, entró en el valle y llano de Mapocho, acariciando los principales que de camino le salian a ver, buscando donde hacer asiento y poblar para desde allí descubrir y visitar la provincia; y siendo informado que en ninguna otra parte hallaria tan buen sitio como en donde estaba, despues de haber visto lo demas, pareciéndole ser lo mejor, hizo asiento y pobló donde agora es Santiago. Luego trazó la ciudad y repartió solares en que hiciesen casas algunos caballeros que consigo llevaba y otros soldados de menor condicion, dándoles indios a todos los mas, conforme a la posibilidad de la tierra. Estando ocupado en dar traza y buena órden, así en lo presente como en lo de adelante, acaeció lo que muchas veces se vee en semejantes jornadas, que algunos soldados, amigos de novedades, intentaron y comenzaron a tratar con otros de su condicion, palabras que provocaban a alboroto y motin, diciendo: que habian venido engañados a mala tierra: que mejor les seria volverse al Pirú, que no estar esperando cosa incierta, pues no vian muestra de riqueza encima de la tierra, y que no era cosa justa a hombres de bien, por hacer señor a Valdivia pasar ellos tantos trabajos y necescidades como por delante tenian. A esta plática tomó la mano un caballero de Córdoba que se llamaba Don Martin de Solier, tratando con un Pastrana de Sevilla y con otros, que Valdivia era un soldado cudicioso de mando y que

por mandar habia aborrecido al Pirú, donde el marques le daba de comer, y no lo habia querido, y que agora que los tenia dentro en Chille era cierto serian forzados a todo lo que quisiese hacer dellos sin ser parte para volverse, y que era de hombres cuerdos y prudentes mirar con tiempo lo de adelante y reparallo, ántes que quiriendo no pudiesen; y que aunque les habia dicho que lo haria mui bien con todos, le tenian por hombre de fé incierta y despues haria a su voluntad como le pareciese. Estas cosas que se andaban tratando no pudieron ser tan secreptas que Valdivia no lo viniese a saber, y hecha bien la informacion, halló que era necesario hacer castigo dellos; porque habiéndoles dado la pena que la guerra en tal caso por sus leyes determina, los demas quedarian quitados de semejantes liviandades, no solo para no ejecutallas, mas ni aun para tratallas; y así los mandó prender, y porque no le rogasen, ni importunasen por su salud, mandó a Luis de Toledo, alguacil mayor del campo, que luego los ahorcase y con ellos a otros cuantos que eran culpables, y mandó luego juntar todo el campo, donde les hizo una orascion a costumbre de guerra, los dejó y quedaron todos sosegados. Allí les amonestó se apartasen de semejantes tratos y pláticas tan dañosas, pues dellas no podian resultar ménos que semejantes castigos. Quedó Valdivia con este castigo que hizo tan temido y reputado por hombre de guerra, que todos en jeneral y en particular tenian cuenta en dalle contento y servílle en todo lo que queria, y así por esta órden tuvieron de allí adelante.

CAPITULO IV.

De como Pedro de Valdivia pobló la ciudad de Santiago y los indios vinieron sobre los españoles y lo demas que acaeció. Está poblada la ciudad de Santiago en treinta y tres grados.

Despues que Valdivia llegó al llano de Mapocho, visto el sitio y buena aparencia de la tierra y fertilidad del campo y aparejo bueno que habia para poblar, mejor que en otra parte alguna, pobló una ciudad. Como tengo dicho, púsole por nombre Santiago, tomándolo por abogado como a patron d'España para en los casos de guerra que contra los indios esperaba tener de cada dia. Despues desta ciudad poblada, los naturales de su comarca, [que] eran muchos, pareciéndoles que se querian perpetuar haciendo casas para su morada, viendo que eran terribles vecinos, cudiciosos de sus haciendas y mui mandones, conjuraron todos los principales cada uno con sus súbditos para en un dia señalado matallos o hacer lo que pudiesen tentando su fortuna. Y acaeció, para que su intencion hubiese efeto, que Valdivia habia salido de la ciudad a buscar bastimento con parte de la jente que tenia, para el sustento del pueblo, que por ser muchos pasaban nescesidad por falta della, y porque tuvo nueva quél valle de Cachapoal era fértil, abundoso de maices, fué allá, ques dos jornadas de caballo; y como quedaron pocos, entendieron los indios que mejor coyuntura no podian tener para el buen efeto de lo que deseaban.

Teniendo aviso por sus espías, vinieron sobre la ciudad, apellidándose unos a otros, pareciéndoles que para acaballo no habia mas de poner por obra el comienzo y que en él consistia su libertad. Con ímpetu bravo arremetieron por el pueblo quemando algunas casas, mostrando su braveza. Los españoles, que entendieron su venida, se juntaron con el servicio extranjero que del Pirú habian traido a unos paredones, tomándolos por defensa y reparo, y de allí salian a pelear con los indios los que mas bien armados y mejores caballos tenian, unas veces ganando y otras perdiendo. Los indios los apretaron de tal manera que, aunque los desbarataban los españoles, se volvian a rehacer, y así les ganaron toda la ciudad, sino fué solamente el poco sitio donde estaban; y una vez que con buena determinacion se metieron entre los indios por los romper del todo les mataron dos soldados que habian peleado bien, y faltándoles socorro, los hicieron pedazos en la plaza, que era donde se peleaba; con esta suerte se mostraron mas bravos que de ántes. Alonso de Monroy, a quien Valdivia habia dejado encomendada la ciudad, le envió a dar aviso haciéndole saber el aprieto en que estaba. Con presteza no creible vino luego, aunque no tan secreto, que los indios lo supiesen primero que llegase. Considerando que pues no los habian podido desbaratar hasta allí, ménos lo harian viniéndoles socorro, y que les habian muerto trecientos indios y peleaban tan valientemente, viendo [los] golpes de lanzas y cuchilladas que les daban tan bravas, en especial un clérigo natural de Sanlúcar, llamado Lobo, que ansí andaba entre ellos como lobo entre pobres ovejas; con este temor alzaron el campo y se volvieron a sus tierras, habiendo primero tractado entre sí dar muestra de paz para su reparo y que despues harian como el tiempo les dijese.

Valdivia, llegado a la ciudad, fué rescebido alegremente, y comenzó a dar órden como sosegar a los indios y por mañas traellos a su amistad y servicio, prometiéndoles perdon de lo pasado, si en ellos habia enmienda. Dijéronle los señores principales que no solo le servirian sino que le darian un atambor lleno de oro, y que para ello enviase algunos cristianos que lo recibiesen, que ellos tenian las minas en su tierra y le querian hacer aquel servicio; y como era costumbre entre todos ellos sacar oro para el tributo que pagaban a los Ingas, creyó que lo hicieran así como se lo habian dicho. Dándoles crédito y entendiendo que habria efeto, envió al capitan Gonzalo de los Rios, que era su mayordomo, con doce hombres; mandándole que rescibiese el oro y diese órden como se hiciese un barco grande para enviar al Pirú por jente, de que tenia necesidad, y para el efeto envió con él carpinteros hombres pláticos de hacer navios: considerando que enviar al Pirú por tierra era jornada larga y habian de pasar por entre jente de guerra tantas leguas de camino, y que por la mar costa a costa se iba con mas seguridad y brevedad. Pues llegados que fueron al valle de Guillota, pidióles el capitan indios para cortar madera de que se hiciesen tablas para el barco; diéronselos cautelosamente muchos mas de los que pidió por descuidallo, y asimesmo comenzaron a sacar el oro de que habia abundancia en las minas; y un

dia que los vieron descuidados, vino el señor principal del valle con unos granos de oro gruesos como nueces al capitan Gonzalo de los Rios, dejando toda su jente emboscada junto a ellos, y le dijo: "señor, toma este oro, que como este te darémos breve lo que prometimos a Valdivia." Gonzalo de los Rios tomó el oro, y estándolo mirando, el indio alargó la mano, y sacándole el espada de la cinta, le tiró una estocada con ella y dió voces llamando su jente. Salieron de sobresalto contra todos ellos con tanto ímpetu, que aunque estuvieran sobre aviso los mataran todos, como los mataron, dándoles tantos flechazos por el cuerpo, teniéndolos cercados, que los pobres españoles, viéndose en tanta necesidad, pelearon desesperadamente sin que quedase ninguno dellos a vida, sino fué el capitan Gonzalo de los Rios y un negro, que acertaron a tener los caballos ensillados cuando oyeron salir los indios de la emboscada; y como el indio le sacó al capitan la espada de la cinta, huyeron a los caballos y llegaron a la ciudad de Santiago diez y seis leguas de camino en un dia, donde Valdivia fué avisado de lo subcedido.

Luego salió de la ciudad con cuarenta hombres, y llegado al valle, halló algunos indios que tenian de su servicio los españoles que habian sido muertos, y algunos anaconas (1) del Pirú que se habian escondido. Despues de haberlos recojido, reconosciendo el sitio y postura del valle, entendió era necesario para subjetar aquellos indios hacer un fuerte y que en él estuviese guarnicion de ordinario. Visto el lugar conviniente, trazó una casa, y con toda la dilijencia posible, unos cortando madera y otros haciendo adobes sin hacer diferencia de personas, los mas caballeros y jente principal eran los primeros que se cargaban de lo que convenia; y como cosa en que consistia su remedio, fué en breve tiempo acabada de poner en defensa, para que con seguridad pudiese estar en ella la jente que bastase, y por otra parte dando órden en hacer sementeras de maiz y quitar a los indios que no hiciesen las suyas, proveyendo en sacar oro con el servicio que tenia, como hombre prudente en una cosa proveyó muchas, pues con facilidad todo se podia hacer. Los indios, visto la órden que los cristianos tenian y que de tiempo a tiempo se mudaban, unos iban a la ciudad y otros venian, y que ellos no podian sembrar ni salir al valle, comenzaron a venir de paz y servir. Viendo que a los que venian no se les hacia daño alguno, ántes los recibian bien, extendida la voz, venian muchos de cada dia. De esta manera se fué aumentando aquel valle, y desde aquel otros comarcanos, de lo cual fué instrumento el fuerte que se hizo en él; pues habiendo proveido en acreditar la tierra con buena parte de oro que habia sacado, le paresció ser ya acertado enviar al Pirú alguna muestra. Tratando en ello, halló algunos caballeros con voluntad de servelle en aquella jornada de Valdivia: con promesas que les hizo se concertó con el capitan Alonso de Monroy y Pedro de Miranda, que despues fué vecino en la ciudad de Santiago, y otros cuatro

(1) Lo mismo que *yanaconas*, indios de servicio.

soldados fuesen con la nueva de la tierra de Chille e informasen en el Pirú al que gobernase aquel reino.

CAPITULO V.

De como Pedro de Valdivia envió al Pirú al capitan Alonso de Monroy por jente y de lo que le sucedió.

Despues que Valdivia vió el mucho oro que de las minas sacaban y entendió que en jeneral era así y que los indios alzados venian a darle paz, pareciéndole se hallaba con poca jente para asentar la provincia, quiso inviar personas al reino del Pirú que diesen razon de lo mucho que serian aprovechados los que viniesen, dándoles a entender la grosedad grande quel reino tenia de naturales, ansí como de oro; y para que hubiese buen efeto envió al capitan Alonso de Monroy, que era caballero y en el Pirú conoscido, de buen crédito, hombre de verdad y buen entendimiento, y con él a Pedro de Miranda con otros cuatro soldados en su compañía, porque mejor y con mas seguridad pudiesen pasar ayudándose unos a otros. Y para que en el Pirú les diesen crédito ser la tierra de Chille próspera, mandó que todos hiciesen los estribos de las sillas, guarniciones despadas, todo de oro, con otras cosas en que lo podian llevar sin nenguna pesadumbre para jornada tan larga. Con esta órden salieron de Santiago despues de despedirse de sus amigos, caminando con cuidado, recatándose siempre de los indios, que aunque algunos estaban de paz, era cautelosa. Llegaron al valle de Copiapó, que está de la ciudad de Santiago ciento y veinte leguas, donde queriendo proveerse de algun matalotaje para el despoblado, fueron salteados de los indios; peleando con ellos, sin dejallos subir a caballo, ni dalles lugar para ello, mataron a los cuatro, y al capitan Monroy y Pedro de Miranda prendieron y los llevaron presos a un ayuntamiento de principales que estaban bebiendo a su usanza, donde llegados, los indios regocijaron mas su conversacion con ellos.

Fué Dios servido que sin pensarlo y acaso vió allí Pedro de Miranda una flauta, la cual tomó y comenzó a tocar, que lo sabia hacer. Como los principales indios lo vieron, dióles tanto contento la voz y música della que le rogaron los vezase (1) a tañer, y no lo matarian. El, como hombre sagaz, viendo que no le iba ménos que la vida, les dijo que lo haria y les mostraria mui bien; mas que les rogaba que al capitan Monroy no lo matasen, que era su amigo y le queria mucho. Fué tanto lo que persuadió a aquellos principales con la flauta, que condecendieron a su peticion, remedando en parte a Orfeo, cuando fué en busca de su mujer al infierno. Dijéronle que por su amor lo harian, mas que Monroy les habia de servir de caballerizo y mostralles a andar a caballo, quedando

(1) Está por *avezase*.

con esta órden. Desde allí adelante les pusieron guardias porque no se les huyesen: ellos entre sí siempre comunicaban en su libertad y cómo se huirian. Sacando los principales al campo los hacian subir a caballo y les decian cómo y de la manera que se habian de poner, de que recibian grandísimo placer en saber manejar sus caballos, tocar la flauta, que todo lo tomaban bien. Un dia despues de haber entre sí comunicado la órden que tendrian para libertarse, escondieron dentro de los borceguíes cada uno un cuchillo bien amolado, que otras armas no las podian llevar a causa que siendo vistas se las quitaran o los mataran sospechando dellos mal. Aquel dia, viendo tiempo cual siempre estuvieron esperando, salieron al campo al ejercicio ordinario, y viendo oportunidad para su desinio, arremetieron a los principales, que eran dos. Estando todos cuatro a caballo les dieron de puñaladas, de manera que dejándolos mal heridos, fueron de presto al alojamiento donde vivian, tomando algunas armas, que por respeto de dejar los principales heridos en el campo lo pudieron hacer. Los indios viendo a sus señores a la muerte, procurándoles algun remedio, pudo Monroy irse a su salvo, y porque no quedase cosa que les dañase atras, mandaron a Barrientos, que estaba allí con ellos, subiese a caballo. El cual Barrientos (por otro nombre se llamaba Gasco) estaba entre los indios preso muchos dias habia, no pudiendo hacer otra cosa, aunque se quisiera quedar allí, porque lo mataran, y con lo que repentinamente pudieron haber porque les convenia ansí, ántes que los indios se juntasen, se metieron por el despoblado: cosa de grandísimo temor pensar de caminar ochenta leguas de arenales sin llevar qué comer para ellos ni para los caballos; donde les acaeció, como dicen de ordinario a los hombres que con ánimo valeroso se determinan a cosas grandes, cuando son justas Dios les favoresce. Porque yendo tristes y desconsolados, faltos de toda cosa, les deparó su suerte en el despoblado un carnero cargado de maiz, que les pareció ser milagro. Teniendo el carnero en su poder, repartieron el maiz entre ellos lo que bastaba para el camino; lo demas dieron a sus caballos, y con los tasajos que del carnero hicieron, tuvieron matalotaje con que llegaron a Atacama. Allí hallaron comida la que hubieron menester, deteniéndose poco por respeto de que no les acaesciese otro reves de fortuna, y pasaron adelante su camino.

Entrando por la tierra de Pirú, supieron como Don Diego de Almagro, hijo del adelantado, era muerto, y tambien el marques Francisco Pizarro, y que gobernaba el reino del Pirú el licenciado Vaca de Castro. Con esta nueva, yendo en su busca, lo fueron a hallar en el rio de Calcas cerca de Guamanga, donde fueron dél bien recibidos; dándole cuenta de su peregrinacion. Fué grandemente tratado ser viaje próspero para los que quisiesen ir a él, por ser grande la voz que dió en el campo los estribos de oro que llevaban, viéndolos presentes en obra tosca juntamente con lo que decian, y los presentes vian, les levantaron los ánimos tratando de cosas de Chille. Vaca de Castro desde algunos dias les dió setenta hombres bien aderezados con que se volviese, y no le

dió mas porque en aquel tiempo habia acabado de ganar la batalla de Chupas y estaba sospechoso de la jente que tenia. Con este número Alonso de Monroy se volvió a Chille proveyéndose en Atacama para pasar al despoblado; llegó a Copiapó, donde en aquel valle siendo conoscido, los principales señores lo vinieron a ver y le dieron los estribos de oro que habian quitado a sus compañeros, cuando los mataron. Dióles a entender que de allí adelante fuesen buenos y mirasen que los cristianos habian de permanecer: no quisiesen perder sus vidas bestialmente, sino conservarse con ellos en amistad. Pasando adelante su camino llegaron a Santiago, donde fué en jeneral bien rescebido.

CAPITULO VI.

De las cosas que hizó Valdivia despues que llegó el capitan Alonso de Monroy a Santiago.

Llegado Alonso de Monroy con la jente que le dió Vaca de Castro, Valdivia envió luego a conquistar los valles comarcanos y traellos de paz; y porque el valle de Chille era mejor y mas bien poblado que otro ninguno, lo tomó para sí, y tambien porque en sus tierras tenian minas ricas de oro. Habiendo tomado relacion y memoria de todos los indios que en la comarca de Santiago habia, considerando quel valle de Copiapó y el del Guaco y Limari con otros a ellos comarcanos era imposible servir a Santiago por la mucha distancia que habia, mandó al capitan Francisco de Aguirre que con los soldados que le señalaba fuese a poblar donde agora es la ciudad de la Serena; que ya de aquel asiento tenia plática cuando por allí pasó que venia del Pirú. Teniendo atencion a lo arriba dicho, yendo su jornada llegó al valle de Chille. Hallando buen servicio en los naturales hizo alto algunos dias, refrescando los caballos, que en aquel tiempo eran tenidos en mucho, porque valia un caballo mill ducados y otros dos mill y así a este precio. Francisco de Aguirre tuvo noticia qne algunos indios servian mal y persuadian a otros a no servir en el mesmo valle; paresciófe seria bien hacer algun castigo en algunos que por no servir estaban huidos, poniendo temor a los demas, de manera que se asentasen mejor por tener, como tienen todos los indios en jeneral en este reino de Chille, condicion de villanos. Pues para el efecto dicho salió una noche al cuarto del alba y dió en la parte que estaban recojidos; tomó algunos y mucha chusma de muchachos y mujeres. Con toda la presa se volvió a su alojamiento, haciéndolo saber a Valdivia: creyó que por allí ganaria mas gracia con él, y subcedióle al contrario, que como lo supo se indinó de tal manera, que le mandó dejase la jornada y se viniese con la jente que llevaba. Llegado a Santiago, despues de haber dado su descargo, pasando algunos dias que no se trataba mas en ir a poblar a aquella ciudad, un caballero, llamado Juan Bohon de nombre, le pidió a Valdivia por merced le diese aquella impresa, y Valdivia se la concedió; Juan Bohon con la jente que Fran-

cisco de Aguirre habia llevado se partió. Llegado a la Serena, viendo el asiento ser tal y tan a propósito, pobló conforme a la órden que llevaba y le puso nombre la Serena, que por nombre de los indios se llamaba y llama el asiento Coquimbo. Está esta ciudad en 29 grados y tres tercios; y para mejor cumplir con lo que a su cargo habia tomado, anduvo conquistando algunos valles trayéndolos de paz.

En este tiempo Valdivia, viendo que en los términos de Santiago no tenia indios para cumplir con todos los que consigo tenia, porque habia tomado para sí la mejor y mayor parte de los valles, quiso dalles contento sabiendo que muchos estaban sin él, y para el efeto apercibió ochenta hombres, diciéndoles era informado que la tierra de adelante era mejor que la de Santiago, mas poblada y rica, y que dello estaba cierto: que tenia voluntad para que entendiesen ser ansí dalle una vista, y verian que habia jente en la provincia para dar indios a muchos mas cristianos de los que al presente tenia. Todos alegres, con deseo de verlo, salieron con él. Pasado el rio de Maule, que está treinta (1) leguas de Santiago, yendo la tierra adentro, informándose de los caciques como se llamaban y las tierras que tenian, llegó al rio de Itata, que estaba bien poblado: corre este rio por tierra llana fructífera. Mui contentos todos, viendo la buena dispusicion que iba descubriendo la tierra, y por la informacion que tomaban y lo que vian y entendian era mejor lo de adelante, iban descubriendo en lo que hasta allí habian visto y así llegaron al asiento donde agora está poblada la ciudad de la Concepcion. Viendo el sitio que para poblar allí tenia, con un buen puerto para navios, pasó adelante a ver el rio de Biobio, que es mayor que ninguno otro del reino, y parece mucho mayor por extenderse en tierra llana a la entrada de la mar, bien poblado de jente. Habiendo tomado plática de todo lo de adelante, ántes que los indios se acabasen de juntar para pelear con él, y siendo informado le tomaban los pasos, acordó retirarse con tanta presteza, que dando muestra de hacer dormida, dejando fuegos encendidos, se retiró de noche hasta salir a lo llano, y de allí se volvió a Santiago. Despues de haber reposado algunos dias repartió de los caciques indios que traia por memoria, y dió algunos de los que fueron con él.

Todos en jeneral, como vieron la grosedad de la tierra, daban a entender [que] la falta que tenia Valdivia era de jente para poblar lo de adelante. Ocupado en mandar conquistar y asentar los términos de Santiago, puesto en quietud lo mas y mejor de la comarca, como era astuto, pensó una cautela para hacer lo que tanto habia que tenia en su pecho determinado, y fué que en público y en secreto trataba de enviar al Pirú por jente a Francisco de Villagra (2) y a Gerónimo de Aldere-

(1) El MS. pone encima 40 y al márjen 42 *leguas*.

(2) El autor nombra siempre a este conquistador «*Villagra*», y lo mismo hacen otros historiadores. En algunas obras, sin embargo, se le llama *Villagran*.

te, hombres principales que despues ambos fueron gobernadores, diciendo que les daria dineros que llevasen y poder para que les obligasen. Dando esta órden que a todos parecia bien, rogando a algunos de los que al Pirú querian ir allá, les ayudasen y acreditasen en lo que pudiesen. Muchos con licencia que tenian y Valdivia les habia dado para ir al Pirú, juntamente con algunos mercaderes que estaban de partida, como hombre que pensaba hacer lo que hizo, amigablemente daba licencia a todos los que la querian, diciendo que con la voz del oro que llevaban vernia mucha mas jente del Pirú de cada dia. Estando el navio en el puerto, que está diez y seis leguas de la ciudad, comenzaron a irse algunos y entre ellos otros soldados que habian adquirido algun oro en las minas, cada uno con su servicio; y de algunas cabras que habian traido, que valian cada una cien pesos y mas, y otros ganados, desvelándose los pobres en juntar algun dinero para irse a sus tierras.

Estando todos en la mar con sus amigos para embarcarse llegó Pedro de Valdivia, sin haber comunicado cosa alguna de su desinio con nadie, mas de con pura sagacidad y astucia para hacer lo que hizo despues de haber llegado, diciendo que venia a despachallos y escrebir al Rei y a otras personas favoresciesen las cosas de Chille. Comiendo y holgándose todos los pasajeros, esperando el irse a embarcar, los descuidó en buena conversacion y mandó a los marineros de secreto le trajesen el batel y le diesen aviso. Ellos lo hicieron así, porque en aquel tiempo Valdivia era temido de todos en jeneral por su mucho rigor, no osaron hacer ménos de como les fué mandado, sabiendo ahorcaba a los hombres fácilmente, y que mas a manera de tirano eran sus cosas de lo que decirse podria. Valdivia, como tenia tanta ixperiencia del mundo, parecíale que miéntras no tuviese mejor título del que tenia para que no se le atreviesen, era necesario hacello así : de manera que dándole aviso estaba el barco en la playa, salió disimuladamente ácia la mar y se metió en él y mandó le llevasen al navio donde todos los que estaban en tierra tenian su oro, número de noventa mill pesos. Luego mandó volver el barco a tierra y que se embarcasen Gerónimo de Alderete y los capitanes Juan Jufre, Diego Garcia de Caceres, Diego Oro, Juan de Cardeña, Don Antonio Beltran, Alvar Martinez, Vicencio de Monte. Llegados al navio, mandó levantar las áncoras y dar la vela navegando ácia el Pirú.

Los que quedaban en tierra y vian que les llevaba su oro, bien sentiréis lo que podian decir : eran tantos los vituperios y maldiciones, que ponian temor a los oyentes. Habiéndoles dejado órden que respetasen y tuviesen a Francisco de Villagra por su teniente, consolándolos que él volveria breve con jente para ampliar el reino y que de sus haciendas pagasen el oro que llevaba, a cada uno conforme a lo que pareciese por el rejistro. Los pobres que quedaron en el puerto animándose unos con otros, se volvieron a Santiago visto que otra cosa no podian hacer. Un trompeta que allí estaba, llamado Alonso de Torres, que despues fué vecino en la Serena, viendo el navio ir a la vela, comenzó a tocar su

trompeta diciendo: cata el lobo Doña Juanica, **cata** el lobo Doña.... de que los presentes, aunque tristes y quejosos, no pudieron dejar de reir, y en el instante dió con la trompeta en una piedra donde la hizo pedazos; y así llegaron a Santiago, entre ellos un soldado llamado de nombre Francisco Pinel, a quien Valdivia habia llevado tres mill pesos en el navio a vueltas de lo demas: anduvo mas tiempo de un año imajinativo y pensoso por su dinero, hasta que Valdivia volvió al gobierno de Chille; habiéndole pedido le pagase, como no se lo dió entreteniéndolo con palabras, hasta que un dia lo despidió mal de sí, el pobre de poco ánimo, desesperado, se ahorcó (1).

CAPITULO VII.

De las cosas que acaecieron en Chille, despues que Valdivia salió del reino.

Volviendo al capitan Joan Bohon, que habia ido a poblar la ciudad de la Serena, despues de haber traido de paz los repartimientos que junto al pueblo estaban. Salido Valdivia del reino con la buena suerte que habia hecho, quiso el capitan Joan Bohon ir a sentar el valle de Copiapó, por tener seguro y abierto aquel camino para los que del reino del Pirú viniesen a Chille; porque aquellos indios como jente tan belicosa hacian suerte en algunos que por allí pasaban. Llegado a aqueste valle, le salieron a servir de paz cautelosamente, y una mañana, como capitan bisoño y mal plático de guerra, imprudente de lo que convenia a su seguridad, no teniendo guardia que le segurase el campo, los indios dieron en él, y ántes que se pudiesen juntar para pelear y defenderse, con grandísima braveza los mataron todos, no escapando ninguno dellos, que eran treinta y dos soldados: solo a Joan Bohon prendieron, y atadas las manos con una cruz que él solia traer en un baston, diciendo que con aquella en la mano trairia de paz todo el reino de Chille, le trajeron por todo el valle triunfando dél y de su miseria, al cual dieron muerte tan cruel, que usando de muchas maneras de crueldades a lo último le ahorcaron. Algunos quisieron decir habiéndolo visto ahorcado, y por plática entre los indios, que tenia cruces señaladas en las espaldas y en los pechos; pudo ser, como era buen cristiano, fuese Dios servido que la cruz que él traia en la mano, siendo como debia de ser su intencion buena, se mostrase en su cuerpo para felicidad de su ánima. Sabido en la ciudad de la Serena, los que en ella habian quedado miraron por sí viviendo recatados con los naturales y dieron aviso a la ciudad de Santiago. Respondióles Francisco de Villagra mirasen por su pueblo, que al presente no tenia jente que podelles enviar, o que hiciesen lo que les paresciere: no se quisieron ir a Santiago con la pretension que tenian de ser vecinos

---

(1) En una nota que se halla al final de este capítulo se lee: "*Pagó a todos con ventaja, de su propia hacienda.*"

en aquella ciudad, paresciéndoles podrian sustentarse por haber pocos indios en aquella comarca.

CAPITULO VIII.

De las cosas que hizo Villagra despues que quedó por capitan de Valdivia y de la muerte de Pedro Sancho.

Quedando Francisco de Villagra en la ciudad de Santiago por capitan de Valdivia, como a persona que lo tenia por amigo y fiaba dél toda cosa, estando en el mando y cargo acaeció que un hidalgo principal casado en Toledo, llamado de nombre Pedro Sancho de la Hoz, habia llegado poco habia de España, al cual el emperador Don Cárlos le habia hecho merced de la gobernacion que alcanzase desde el estrecho de Magallanes abajo trecientas leguas la costa de Chille (1) ácia lo que Valdivia tenia poblado; y aunque traia la provision y merced que le fué fecha, no osó ponerse al gobierno por temor que tuvo de Valdivia; mas despues que Valdivia fué ido al Pirú y ausente del reino, comenzó a tratar que pues era ido y se creia no volveria mas a Chille, teniendo él por cédula la gobernacion, mas justo era gobernarla él que otro alguno. Estas cosas las comunicaba con amigos y aquellos las trataban con otros, por donde se vino a saber, que aunque en público las dijera paresciera bien; pues la merced y título que tenia era el verdadero; mas estaban las cosas en Chille tan vedriosas en aquel tiempo, que Villagra, pareciéndole que [le] darian el cargo y gobierno del reino, como lo supo, comenzó a guardarse recatándose de allí adelante, diciendo lo querian matar y alzarse contra él, lo cual se dijo entre algunos que para salir con ello era menester matallo, porque despues no habria impedimento alguno. Informado Villagra de sus amigos, hizo informacion contra él por escripto, y a su parescer hallándolo culpable, lo mandó prender y luego cortalle la cabeza, cosa de grande crueldad. Muerto Pedro Sancho, quedó Villagra en quietud, sustentando lo que Valdivia le habia dejado a su cargo. Hízose bien quisto con muchos ganándoles la voluntad, grajeándolos, trató y puso en efeto una gran cautela debajo de amistad bien debida a Valdivia, que la ambicion y deseo de mando le hizo poner por obra: que mandó y dió órden en hacer dos probanzas, la una en favor de Valdivia y la otra en contra, y hechas, que halló testigos para todo, mandó hacer una fragata, y en ella envió al Pirú algunos que con Valdivia estaban mal y tenian quejas dél, para que allá hiciesen como que les paresciese, y con ellos envió a Pedro de Villagra, que despues fué gobernador, el cual decia llevaba las probanzas consigo envueltas en gran maldad, para si hallase a Valdivia mal puesto con el que gobernaba al Pirú, le ayudase a derribar con la que llevase contra él; y si lo hallase bien puesto, lo pidiese en nombre del reino y presentase en su favor la otra probanza: todo esto lo

(1) El MS. pone jeneralmente *Chille*, alguna vez *Chile*.

vino despues a saber Valdivia y dello resultó a Villagra mucho daño y desasosiego. Siéndole pues a Valdivia el tiempo favorable, llegó al puerto de Arica, donde supo que el licenciado Gasca estaba en Lima, y los poderes grandes que traia del emperador Don Cárlos, y cómo Gonzalo Pizarro tenia el reino tiranizado, aunque esto ya él lo sabia ántes que saliese de Chille por cartas que de Pizarro habia tenido, el secreto de las cuales reservó para sí. De allí hizo vela a los Reyes: llegado al puerto, supo que el licenciado Gasca iba caminando en busca de Gonzalo Pizarro ácia el valle de Jaquijaguana. Tomando cabalgaduras para él y sus criados y amigos, se dió tanta priesa que lo alcanzó breve. Viéndose con él, fué bien recebido y le hizo mucha honra y merced en tratamiento; y como Valdivia era conoscido y tenido por hombre de guerra, el licenciado Gasca le rogó que mandase en todo lo que viese que al servicio de su Majestad convenia, porque él en su nombre se lo mandaba y en el suyo se lo pedia por merced, pues habia coyuntura que tanto efeto podia hacer su venida; y ansí Valdivia sin cargo alguno, sino como hombre privado, andaba en el campo y mandaba todo lo que a él le parescia que convenia; y subcediendo lo que todos saben, sabida la historia por parte del Rei, hallándose Valdivia en su acompañamiento, siéndole conforme a su disinio favorable la suerte y pretension que tenia. Estando bien puesto con el licenciado Gasca, vueltos que fueron a Lima, comenzó a tratar en sus negocios pidiéndole la gobernacion de Chille, tratándose tan lustrosamente y con tanta jenerosidad, que todo lo que decia y hacia era al licenciado Gasca mui acepto y le parescia bien, teniéndole por mui hombre. Supo negociar tan bien, que con algunas personas principales que le ayudaban alcanzó la merced que él pretendia por palabra.

CAPITULO IX.

De como volviendo Valdivia a Chile por gobernador, el capitan Pedro de Hinojosa le volvió preso del camino por órden del presidente Gasca.

Despues que Valdivia hubo alcanzado la merced que pretendia, pidió licencia al licenciado Gasca para irse, el cual se la dió con provision y título de gobernador, y ansímismo le dió algunos desterrados que iban del Pirú para Castilla que los llevase a Chille, y otros que estaban en la cárcel que habian sido secuaces de Gonzalo Pizarro, teniéndolos para castigar, Valdivia los pidió al licenciado Gasca le hiciese de ellos merced; el cual se la concedió, pues iban a servir al Rei y en tierra nueva, comutándoles la pena en aquel nombre de destierro. Siguiendo su camino llegó a Arica, donde estándose proveyendo de algunas cosas para su viaje, formaron delante del presidente muchas quejas de él: estas por cartas que enviaron de Arequipa y de otras partes diciendo que iba amotinado y en deservicio de el Rei; porque los que iban con él robaban a los indios por donde pasaban y los metian en colleras, y que a los españoles que topaban por el camino les quitaban sus haciendas, los cuales los

males los hacia Valdivia todos, pues los consentia. Esto indinó en tanta manera al presidente Gasca que mandó luego al capitan Pedro de Hinojosa, jeneral que habia sido en el Pirú en servicio del Rei contra Gonzalo Pizarro, fuese tras de él y donde lo alcanzase lo volviese preso. Hinojosa tomó veinte soldados arcabuceros, y se dió tanta priesa a caminar, que ántes que Valdivia saliese de Arica lo alcanzó, y con todo buen término le dió a entender su venida y de lo que el presidente le mandaba. Valdivia le dijo que mucho en hora buena se hiciese ansí; aunque algunos soldados amigos y criados que allí consigo tenia, le dijeron que si queria lo defenderian y se irian su jornada. A estos reprehendió gravemente y proveyó que sus criados caminasen a Chille, y la jente que estaba en camino con los capitanes que la llevaban a su cargo, continuasen su viaje; y él se volvió preso a Lima con Hinojosa.

Antes que llegase en la corte del presidente habia varios pareceres, y unos decian que volveria, otros que no, ántes se afirmaban que como era hombre de guerra y habia recebido aquella befa, lo queria apostar, y que fácilmente lo podria hacer, pues llevaba jente consigo y se le llegarian otros muchos. Tratándose de ordinario en esto, llegó nueva de como venia Hinojosa y Valdivia con él, de que el presidente Gasca, viendo aquel nublado deshecho, rescibió grandísimo placer, en haber sucedido bien caso tan dudoso, mandó que le diesen cárcel conforme a su persona. Desde a pocos dias, conoscida su humildad, de la cual no le hacian sus émulos, y que era mentira lo que de él se habia dicho, teniendo tan buenos amigos y terceros, en especial un caballero de el hábito de Santiago llamado Alonso de Alvarado, mariscal de el Pirú, que habia venido con el presidente Gasca de Castilla y servido a su Majestad en aquella guerra, tuvo tan buenos medios en negosciar, que breve le fué concedida licencia para irse.

En este tiempo parece andaba la fortuna jugando con Valdivia por las muchas contrariedades que de ordinario se le ofrecian; porque estándose aprestando para su viaje, llegaron a la ciudad de los Reyes los que iban en la fragata contra él. Puestos delante del licenciado Gasca, formaron su querella, diciendo de Valdivia muchos males: respondióles que diesen informacion de lo que decian, y como eran hombres mal pláticos de negocios, quejándose los treinta hombres que iban, entendiendo que cuanto mas fuesen las quejas mas hacian en su caso, siendo ellos propios los que habian de atestiguar contra él. Habiendo todos quejado, no tuvieron con quien probar lo que decian; porque el que llevaba las probanzas, como lo vido bien puesto, conforme a la órden que tenia, no las quiso presentar, porque no se entendiese le abonaba en lo que podia. Viéndose engañados, y que no podian hacer el efeto que deseaban, ni dar la informacion que les pedian, y que volvia por gobernador, procuraron reconciliarse con él. Valdivia les prometió pagar todo el dinero que habia tomado, y que les daria de comer, que es dalles repartimientos de indios, a todos, y que fuesen amigos de allí adelante. Confirmados en amistad, le dió el presidente Gasca una galera que habia

hecho en Panamá para venir en ella a Lima cuando vino de Castilla, la cual Valdivia deshizo en Chille porque de armada no la podia sustentar, y le dió ansimesmo un navio en que se embarcó, que por quitar el decir a sus enemigos no quiso ir por tierra.

Navegando con buen tiempo llegó a la ciudad de la Serena, y mandó salir en tierra algunos hombres que fuesen a la ciudad y diesen aviso al pueblo de su llegada. Estos soldados llegaron a la ciudad y no hallaron jente alguna, que pocos dias habia los indios comarcanos, pareciéndoles que tambien eran ellos hombres como los de Copiapó, se concertaron todos y una mañana al amanecer entraron en la ciudad repartidos por su órden tantos a cada uno, fueron a sus casas como hombres que las sabian bien, dando en jeneral una grita. Los españoles, que salieron a ella, ántes que se juntasen ni aprovechasen de cosa alguna en su defensa, los mataron todos, no escapando mas de un pobre hombre metido en un horno. Este llevó la nueva a Santiago, escondiéndose de dia y caminando de noche. Visto por Valdivia que no tenia a que detenerse allí, navegó al puerto de Santiago. Llegado, envió hacer saber estaba allí, y viniéronle a ver los amigos que en la ciudad tenia. En este mismo tiempo, entre la jente que venia por tierra cuando Valdivia volvió preso de Arica, dos capitanes que venian por órden suya, sobre el mandar y otras cosas que se ofrecieron, vinieron en discordia, llamado el uno Juan Jufre y el otro Francisco de Ulloa, en que el capitan Juan Jufre se adelantó y prendió al capitan Francisco de Ulloa, y descompuesto de la jente lo trajo consigo. Despues entre ellos hubo largo pleito hasta que vino por gobernador de Chille Don Garcia de Mendoza, que conociendo de la causa, fué condenado el capitan Juan Jufre por el licenciado Hernando de Santillan que volviese a Ulloa cierta cantidad de dineros en recompensa de las cosas que le tomaron los soldados que consigo llevaba. Siendo todos llegados a Santiago, Valdivia se comenzó a aderezar para ir a conquistar la tierra de Arauco.

CAPITULO X.

De como Valdivia salió de Santiago a conquistar la tierra de Arauco y de la batalla que los indios le dieron en el valle de Andalien.

Viéndose Pedro de Valdivia en Chille rescibido por gobernador en nombre del Rei y con jente la que habia menester y deseado para ampliar el reino, procuró de los que le eran enemigos hacerlos amigos y los amigos confirmallos mas en amistad, dando órden como pagar el oro que les habia tomado cuando se fué al Pirú y de proveer algunos soldados de armas y caballos para salir a la conquista. Como hombre que tenia grande experiencia de cargos y cosas de guerra, para que en lo de adelante y presente no tuviese de quien recatarse, ni de quien tener sospecha que contra él podria hacer movimiento alguno en el reino, y que convenia ansí; aprovechándose de la discrecion que tenia, llamó un dia a Francisco de Villa-

gra, a quien habia dejado por su teniente, y le dijo que lo mucho que le debia no se lo podia pagar en tiempo alguno con lo que en Chille podia hacer por él: conforme a su deseo, quél pretendia enviallo al Pirú para que hiciese jente toda la que pudiese, y que con ella tomase el camino de Imagulo, que era la noticia que se habia publicado y el capitan Diego Rojas habia llevado, que era la mejor jornada que podia llevar: que él esperaba en Dios hacello señor por aquel camino tan noble, y que para ello hallaria propicio al licenciado Gasca. Villagra estuvo dudando entre sí y algo temeroso, porque [de] enviallo Valdivia al Pirú entendia le pidirian la muerte de Pedro Sancho, a quien habia cortado la cabeza; mas viendo que no podia hacer otra cosa, se conformó con su voluntad, aunque contra la suya; y ansí para su reparo, como hombre que de ello iba temeroso, llevó la informacion que habia hecho contra Pedro Sancho, porque si allá le pidiesen [cuenta] tuviese con que repararse. Decian que apartar Valdivia a Villagra de sí no era por amor que le tuviese, ni de hacello señor como él decia; sino porque supo que en su ausencia no le habia sido amigo, y en sus cosas no habia estado bien con ellas, y que por este camino, apartándolo de sí, daria olvido a la venganza, que cierto Valdivia, despues que tuvo la gobernacion por el Rei, mudó mucho en costumbre y condicion, aplicándose en muchas cosas a la virtud. Villagra hizo su camino al Pirú, donde le sucedió como adelante se dirá.

Andando Valdivia dando órden para su partida con mucho contento, quiso un dia hacer mal a [un] caballo en la plaza de Santiago; de su mohina cayó el caballo con él. Tomándole una pierna debajo se le quebró, por cuyo respeto se detuvo en salir a la jornada que tenia tan a la mano; no embargante este suceso adverso, proveyó luego que un capitan llamado Francisco de Aguirre, hombre principal, fuese con jente a poblar la ciudad de la Serena y castigar la muerte del capitan Juan Bohon. Habiéndole señalado los que con él habian de ir, se partió con ánimo determinado de dar buena cuenta de lo que llevaba a su cargo, y lo hizo ansí, porque como hombre que lo entendia, hizo luego que llegó un fuerte torreado y bien cercado, donde con seguridad estaban de ordinario. Puesto bien en defensa, dejando los soldados que le pareció bastaban a guardallo, con los demas salió a correr los valles, castigando los culpables en las muertes pasadas. Asentó todo el término de aquella ciudad ganando en ello mucha reputacion y gloria, por ser cosa importante tener seguro aquel paso para los que venian por tierra del Pirú, que como pasaban sin contraste alguno levantaron el nombre de Aguirre en gran manera. En este tiempo siendo Valdivia sano de la pierna que tenia quebrada, salió de Santiago con ciento y setenta hombres mui bien aderezados y armados por el camino de los llanos; llegó al rio de Biobio, teniendo con los naturales muchos recuentros y desbaratándolos muchas veces. Yendo por su ribera caminando, un atambor que llevaba en su campo quiso apartarse a buscar donde podia hacer presa de algun ganado, y de su suerte dió en unos indios emboscados que esperaban to-

mar algun soldado desmandado: estos dieron en él y ántes que pudiese ser socorrido fué muerto. Pues caminando Valdivia el rio abajo, vino a dar en otro rio que se llama Andalien.

Los indios en este tiempo no dormian, ántes viendo cuan cerca estaba su cativerio y servidumbre, se convocaron y hicieron junta por sus mensajeros de toda la mas jente que pudieron; que como pasó el rio de Maule e iba caminando, por momentos tenian nueva de lo que hacia y a donde durmia, hasta que pasó en este valle de Andalien, que para pelear con él otra cosa no esperaban mas de velle parar en alguna parte para trocar lo que les convenia; y ansí habiendo hecho alto una noche, se determinaron de pelear creyendo, que de noche se turbarian los caballos, y los soldados, si algun descuido tuviesen, los tomarian en las camas. Puestos en órden, al cuarto de la modorra, ques a la media noche, se llegaron a los cristianos. Las centinelas que estaban velando, como los sintieron, tocaron arma y se fueron recojiendo ácia el campo; porque los indios iban sobre ellos por todas partes con grande número de flechas que sobre ellos llovia a manera de granizo, y con muchas lanzas y macanas grandes (que es tan larga una macana como una lanza jineta, y en el lugar donde ha de tener el hierro tiene una vuelta de la misma madera gruesa a manera de codo, el brazo encojido, con estas dan grandes golpes), y porras tan largas como las macanas, y en el remate traen la porra, que es tan gruesa como una bola grande de jugar a los bolos. Los cristianos viéndose acometidos por todas partes, que sospechosos de lo que podia ser estaban armados y mui en órden para lo que les sucediese, luego que se tocó a el arma se juntaron; y como los indios con ánimo de tomallos desapercebidos se metieron tanto, fué un hermoso recuentro y batalla para de noche, porque oir a los indios la órden que tenian en acaudillarse y llamarse con un cuerno (por él entendian lo que habian de hacer), y como sus capitanes los animaban y las muchas cosas que les decian. Y como la noche era serena y quieta, poníanse gran temor los unos a los otros. Por parte de los cristianos era brava cosa oir el estruendo de los caballos, el gran sonido de las trompetas, las voces que Valdivia les daba animándolos rompiesen en los indios; parecia que allí se les acababa el mundo. Andaban los indios tan cerrados y tan bien ordenados que no podian los españoles entrar en ellos; porque en llegando el caballo, aunque los llevaban bien armados, dábanles con las porras tales golpes en las cabezas, que los hacian volver atras empinándose, sin que los pudiesen mas volver a los indios; por otra parte eran tantas las flechas que tiraban, que casi todos los tenian heridos,y con tanta determinacion los apretaban que les iban ganando el campo; y aunque Pedro de Valdivia peleaba bien armado con un coselete de infante y su caballo con buenas cubiertas, no pudo hacer que los indios se rompiesen. Viendo que se perdian, para animar a los que peleaban a pié, que eran soldados de su guardia, mandó se apeasen algunos hombres principales, pues por defeto de los caballos no podian llegar a pelear como querian. Luego se apeó Francisco de Riberos, Juan Godiñez, y Gregorio de Castanieda,

hombres valientes y conocidos; viendo apear a estos, se apearon otros muchos con sus lanzas y dargas y algunos arcabuces pocos que les ayudaron; y con mandar Valdivia juntamente con esto los acometiesen treinta soldados por las espaldas, los apretaron en tanta manera, que viéndose los indios cercados por todas partes, y el ánimo de los cristianos en crecimiento, y que les faltaba municion de flechas, careciendo de otras armas, habiendo hecho todo lo que en sí pudieron: siendo muertos tantos, que viendo los montones entre sí de cuerpos muertos, desmayaron en tal manera, que volviendo las espaldas comenzaron a huir cada uno donde le deparó su suerte. Ya comenzaba a amanecer cuando los españoles les tuvieron esta vitoria. Los yanaconas de Santiago que Valdivia tenia consigo para servicio de el campo, que hasta aquel punto por órden de Valdivia habian estado quedos, conociendo que iban los indios desbaratados, salieron todos, número de trecientos yanaconas, matando con grandísima crueldad cuantos hallaban, que como iban derribados los ánimos y sin armas con que defenderse, mataron infinito número de ellos. Murieron en esta batalla mas número de tres mill indios; de los cristianos no murió mas de uno, que por desgracia un soldado, tirando a los enemigos, como era de noche, le dió un arcabuzazo por las espaldas de que murió. Era este soldado tan alto, que su mucha estatura lo mató; porque fué la herida en lo que sobraba de los hombros arriba. De todos los demas españoles, de los capitanes y soldados, no quedó ninguno que no saliese herido; de condicion que si otra batalla les dieran los desbarataran, segun quedaron temerosos y maltratados ellos y los caballos. Valdivia retiró luego su campo de allí y se vino a la costa y puerto de la Concepcion, sitio que ya lo habia reconocido, llamado por nombre de indios Penco; allí asentó su campo para proveer lo que le convenia.

CAPITULO XI.

De como Valdivia pobló la ciudad de la Concepcion, y de como los indios vinieron a pelear con él y los desbarató Está esta ciudad poblada en treinta [y seis] grados y medio.

Habida esta vitoria Valdivia con tanta felicidad, otro dia luego retiró su campo porque el hedor de los muertos no le inficionase la jente, y tambien por buscar asiento conviniente donde poblar. Habiendo visto mucha parte de la comarca, no hallando otra tan a propósito como la de Penco, por tener buen puerto en una bahía grande, despues de bien reconocido, trazó y pobló la ciudad de la Concepcion. Dió solares a los soldados que allí habian de ser vecinos, y tomando para sí una cuadra, dió órden como hacer un fuerte torreado, donde pudiesen estar seguros, velándose de noche y de dia a las puertas de él. Y para hacello era necesario que los propios soldados ellos mesmos se cargasen de piedras y hiciesen los adobes y los acarreasen a los hombros; con esta órden lo hicieron en breve. En este tiempo los indios naturales de aquella comarca,

aunque habian sido desbaratados en la batalla que a Valdivia habian dado de noche, no por eso desmayaron cosa alguna para dejar de probar otra vez su suerte y ventura. Con deseo de venganza y por echar de sus tierras tan grandes enemigos y tan aborrecidos de ellos, buscaron favores de toda la provincia, enviando mensajeros hombres pláticos y belicosos a hablar con los señores mas lejanos, diciéndoles: que el danio todo era jeneral, y que tanta parte les cabria a ellos como a los demas; pues era jente que a todos igualaban en el servicio; porque era cierto les habian de hacer casas, sacalles el oro, dalles sus hijos y hijas que les sirviesen, hacelles las simenteras, y que el ganado que entre ellos habia tambien lo tenian por suyo; de manera que no reservando cosa alguna, estaban mui cerca de perder su libertad: que se juntasen y peleasen con los cristianos hasta echallos de sus tierras y de toda la provincia. Tales cosas les dijeron y tanto hicieron, que de conformidad se juntaron mas número de cincuenta mill indios. Habiéndose reparado de armas, repartido capitanes que los acaudillasen, y señalado el dia en que se habian de mostrar sobre la ciudad, comunicándose por sus mensajeros; aquel dia entre ellos concertado, ántes del medio dia se mostraron por los altos sobre la cindad y de allí vinieron abajando ácia el pueblo por tres partes, en tanta cantidad que cubrian el campo, con infinitos jéneros de armas y muchas cornetas y cuernos grandes y otros infinitos instrumentos de guerra usados entre ellos.

Valdivia mandó tocar arma y que todos estuviesen a punto para hacer lo que por su consejo y acuerdo se determinase. Hubo varios pareceres entre sus capitanes, como suele acaecer en semejantes casos de guerra: unos decian que el primer ímpetu lo debrian de esperar dentro en el fuerte, y despues hacer como mejor viesen que les convenia: otros decian que no, sino que luego ántes que mas se les llegasen habian de salir y pelear con el escuadron mas cercano, ántes que todos se hiciesen un cuerpo y llegasen todos juntos; porque si con aquel les iba bien, los demas no osarian llegar, y si lo desbarataban como creian, los demas no osarian pelear: que era bestial cosa esperar que unos bárbaros llegasen a ponelles cerco; pues era cierto que les habian de faltar todas cosas y que los indios viéndolos encerrados tomarian ánimo, y de cada dia se les juntarian mas; sino que luego peleasen no dándoles lugar a juntarse. De este parecer fué Valdivia y lo tuvo por el mejor. Luego mandó a Girónimo de Alderete y a Pedro de Villagra, que con cincuenta soldados a caballo rompiesen con el escuadron que mas cerca les venia. Estando él presente, les salieron luego al encuentro, y acertaron de su ventura y suerte que aquellos indios con quien iban a pelear eran reliquias de los que habian desbaratado cuando pelearon de noche en Andalien; porque los demas escuadrones, tratado entre ellos, les habian dado este lugar, diciéndoles que ellos habian de trabar primero batalla con los cristianos, y con esta órden venian delante. Llegados que fueron los capitanes cerca de el escuadron, todos los demas indios mirando tan bravo espectáculo; porque como no habian visto cristia-

nos a caballo hasta aquel tiempo, y los vian armados, relumbrando los hierros de las lanzas y las cotas, embrazadas sus dargas, era bravo el miedo que tenian, aunque despues acá han ido en tanto crecimiento de guerra con el ordinario uso, que se dan hoi los indios por [causa de] los cristianos en esta tierra, ménos de lo que en aquel tiempo se daban los cristianos por ellos. Villagra y Alderete, apellidando el nombre de Santiago, puestos en ala, con grandísima determinacion rompieron con todos los soldados que llevaban, donde pareció una cosa digna de memoria; y fué, a lo que despues se supo por dicho de los indios, no pudiendo sufrir tan bravo acontecimiento, como vieron venir a los cristianos con aquella determinacion tan grande contra ellos, no teniendo ánimo para pelear, siendo número de mas de quince mill indios, volvieron las espaldas a huir: los demas escuadrones, como vieron huir a este, hicieron lo mesmo retirándose en su órden. Decian despues que los cristianos no los habian rompido, sino una mujer de Castilla y un hombre en un caballo blanco los habian desbaratado: que esta fué tan terrible vista para ellos que en gran manera los cegaba. Esto se publicó despues, diciéndoles otros indios cómo los habian desbaratado tan pocos cristianos, daban este descargo; y es de creer ansí, porque aquel dia vinieron sobre la ciudad mas número de cincuenta mill indios; por donde parece ser creedero fué Dios servido, los cristianos no se perdiesen y que los quiso socorrer con su misericordia, pues de la entrada que entónces hicieron ha resultado en este reino muchas ciudades pobladas y muchas iglesias donde se predica el evanjelio, y monasterios de relijiosos que hacen con su dotrina mucho fruto entre los naturales, y grande número de indios que son cristianos y viven casados debajo de el matrimonio de la iglesia. Habiendo seguido el alcance, mandó Valdivia que se recojiesen al fuerte; porque era este hombre tan ajeno de toda crueldad, en caso de matar indios, que fué mucha parte para su perdicion la clemencia que con ellos tenia, como adelante se dirá.

Luego desde a pocos dias llegó al puerto de aquella ciudad un barco en que iba don Rodrigo Gonzalez, primero obispo de Chille, con mucho refresco y medicinas para curar los heridos; que teniendo nueva en la ciudad de Santiago de la batalla que Valdivia tuvo en Andalien, como celoso de la iglesia de Jesucristo, y por su aumento vino a hallarse allí.

Luego mandó Valdivia a sus capitanes saliesen por la provincia a traella de paz, lo cual se hizo fácilmente. Vinieron muchos naturales a servir y de cada dia venian mas, viendo que no les aprovechaban las armas, dejándolas olvidar hasta conocer qué órden les convenia tener para volvellas a tomar.

CAPITULO XII.

De como Valdivia mandó a Gerónimo de Alderete fuese a descubrir la provincia de Arauco, y como Valdivia pobló la ciudad Imperial en 38 grados.

Despues de haber traido de paz muchos repartimientos en la ciudad de la Concepcion, mandó Valdivia al capitan Gerónimo de Alderete, que con ochenta soldados a caballo fuese a descubrir la provincia de Arauco, que es lo mas principal de todo el reino y de mas jente. Pasó el rio de Biobio, questá dos leguas de la ciudad y es rio mui furioso a sus tiempos, y algunas veces se pasa de verano por algunos vados por respeto de ir mui tendido. Llegado a Arauco, que es dos jornadas de la Concepcion, vido tantos pueblos de naturales y tan poblada la provincia, que no osó pasar adelante mas de ver el principio; aunque los indios principales le salieron todos de paz, e informándose de lo de adelante entendió era mas poblado de lo que allí parecia, y ansí se volvió sin entrar mas en la tierra adentro, como hombre que tenia plática de guerra. Vuelto a la Concepcion, dió razon a Valdivia de lo que habia visto. Luego le mandó que por el camino de la sierra la tierra adentro, a la lijera con las lanzas en las manos viese lo que habia. Fué hasta el rio de Cayten (1) por tierra tan poblada como la de Arauco treinta y seis leguas de camino, todos mui regocijados y alegres, [y] se volvió desde allí a la Concepcion. Con esta nueva salió Valdivia con ciento y veinte soldados a caballo (sino eran algunos de su guardia que no alcanzaban a tener caballos por respeto de el valor grande que tenian) con ánimo de poblar una ciudad, y para ver mejor en dónde, fué por el camino de la costa, reconociendo si habia algun puerto que bueno fuese; porque como era hombre que habia andado por el mundo, sabia la ventaja que tenian las tales ciudades pobladas en costa de mar a las de la tierra adentro; y ansí iba buscando asiento hasta que llegó al rio de Tírua, que está treinta leguas poco ménos de la Concepcion. Allí quiso poblar, y siendo informado de los naturales que era anegadizo en tiempo de invierno, aunque habia juntado mucho bastimento, mudó de parecer. Queriendo pasar el rio, buscando vado para ir adelante, un soldado llamado Higueras, hombre gran nadador, con una buena yegua que tenia, valiente y de buena determinacion, se metió por el rio: buscando vado confiado en su nadar y en el caballo que llevaba, cayó en un raudal desechándole la yegua de sí; no pareció mas. Valdivia bajó con su campo a la boca del rio donde entra en la mar, y pasó de la otra banda yendo adelante: todos los naturales le venian a ver y servir. Desde a dos dias llegó al rio de Cayten, que corre por tierra fertilísima y de mucha jente. Junto a este rio pobló una ciudad en una punta que hacia en donde se juntaba con otro rio menor, y le puso nombre Imperial;

---

(1) Debe ser *Cauten*.

porque en las casas que los indios tenian, habia en unos palos grandes que subian desde el suelo encima a lo alto de las casas una braza y mas, en el remate de la misma madera, en cada uno una águila con dos cabezas. Tomándola por buen pronóstico de imperio, le puso aquel nombre de Imperial; y porque entraba el invierno le pareció volverse a la Concepcion, a causa de [que por] ser puerto de mar tendria allí algunos navios del Pirú, y por saber de Santiago. Dejando por su teniente a Pedro de Villagra, hombre fuerte y plático de guerra de indios y arriscado en ella, con mucha cordura le mandó se informase de lo de adelante y mirase por lo presente, y reparase aquel asiento con hacelle un fuerte para su defensa. Proveyendo todo lo que convenia, se partió para la Concepcion solamente con sus criados, por dejar mas número de jente en aquella ciudad, diciendo a todos en jeneral volveria a la primavera a repartilles los indios todos que en los términos de aquella ciudad habia, y descubrir y poblar lo de adelante.

CAPITULO XIII.

De como Valdivia salió de la Concepcion para ir a poblar la ciudad de Valdivia y ciudad Rica, y de lo que le acaeció a Francisco de Villagra en el Pirú hasta que vino a Chille.

Despues que Francisco de Villagra llegó al Pirú, como muchas veces acaescer suele, donde creyó que fortuna le fuera contraria, ansí por la muerte de Pedro Sancho como por ir pobre, le fué tan favorable, que halló tanta voluntad en el presidente Gasca, que demas de dalle licencia para hacer la jente que pudiese, se holgó mucho con su llegada: y en lo de Pedro Sancho no mostró haber sido mal hecho, ántes lo tuvo por muy loable; y como en aquel tiempo las disensiones que en el Pirú habia habido, aun no estaban acabadas de sosegar, rescibió contento; porque le pareció saldrian muchos soldados con él que pretendian desasosegar el reino, y otros que estaban descontentos por no habelles dado de comer, que es indios en repartimiento, y él se quitaria de importunidades. Villagra, como era hombre de buenas palabras, aunque mal mañoso, halló mercaderes que levantándoles los ánimos con las cosas muchas que de Yungulo les decia y a otros oian, viendo la comision que de el presidente Gasca tenia, por tener buen lugar par de él, le ayudaron muchos con sus haciendas. Luego se subió al Cuzco y de allí a los Charcas, donde hizo pié para hacer la jente.

Juntáronsele en dos meses docientos hombres, y entre ellos algunos mercaderes que vinieron con él, de manera que donde entendió que todo le faltara, todo le sobró; porque juntó número de mas de cien mill pesos. De ellos repartia con algunos soldados que no tenian con que aderezarse, los cuales le hacian obligaciones por lo que les daba, y porque no paresciese que los recebia para nunca los pagar, tambien él hacia obligaciones a los que se los prestaban, aunque despues ni ellos se lo

pagaron a él, ni él a los que se los prestaron. Viéndose con docientos y veinte hombres, hizo su maestro de campo al capitan Alonso de Reinoso, natural de la villa de Maqueda, hombre de mucha expirencia de guerra y de buen entendimiento. Hizo su camino la vuelta de los Juries, que agora se va poblando de cristianos: no quiso parar en ellos aunque era tierra viciosa de cocas y de mucha jente, por la grande nueva que llevaba de Yungulo. Pasó por la provincia de largo, donde le acaeció que un hijodalgo llamado Juan Martinez de Prado, hombre principal y que en el Pirú habia servido a S. M., le pidió al licenciado Gasca le diese facultad para que con la jente que juntar pudiese, fuese a poblar fuera del reino adonde le pareciese. Tenida esta licencia, con cien hombres que juntó entró por los Juries y pobló una ciudad a la entrada: púsole nombre Santiago de el Estero por estar poblada junto a un rio pequeño que pasa por ella, que hoi permanece y será buena ciudad por la noble comarca que tiene.

Estando en ella pasó Francisco Villagra con su campo, veinte leguas apartado. Juan Martinez de Prado, que lo supo por la nueva que los indios le dieron, no sabiendo qué número de jente llevaba, creyendo ser ménos salió con treinta hombres en su busca, diciendo dar una noche en él y quitalle la jente que llevaba, que estaba desproveido y falto de ella para poblar su provincia. Ateniéndose que en aquel tiempo las mas veces se determinaba la justicia por las armas, llegado a donde Villagra estaba alojado su campo, a la media noche las centinelas que velaban tocaron arma, diciendo: «arma de cristianos:» se recojieron al campo, y los que venian con Juan Martinez de Prado juntamente con ellos, los unos dando arma y los otros con tropel de caballos, diciendo: "¿Adónde está Villagra? Rendir caballeros.» Todos alborotados en caso tan repentino, se comenzaron a juntar en cuadrillas, y algunos mostrando flaqueza y falta de ánimo, se rindieron; que despues entre ellos se trataba. Villagra estaba debajo de un árbol donde tenia su pabellon, y si acertaran a dar en él ántes que se le llegaran soldados, acabara una cosa grande para él en aquella tierra. Armándose Villagra con los que le acudieron, se estuvo quedo por entender bien la jente que era. En este inter llegó el capitan Guerra con la espada desnuda, preguntando "¿dónde está Villagra? que habia prometido prendello:" Villagra le dijo "qué queria, que él era:» llegándose a él le dijo: "sea preso V.ª merced.» Villagra le asió de la guarnicion de la espada, tirando con fuerza se la sacó de la mano, y dándole algunas cuchilladas los que con él estaban, que por venir armado no le hirieron, se les huyó de las manos. Juan Martinez de Prado, siendo informado la jente que allí habia, paresciôle que si esperaba a el dia, todos se habian de perder: recojió su jente y por el camino que habian venido se volvió, no habiendo hecho mas efeto que se ha dicho: que si viniera con cincuenta soldados hacia una hermosa suerte.

Llegado el dia, Villagra recojió su campo dejando el servicio y tiendas con los bagajes que llevaba; casi con cien hombres a la lijera fué en

su seguimiento y aquel dia entró en la ciudad de el Estero, en donde Juan Martinez de Prado estaba; el cual, como le vido venir, salió luego a recebirlo, y llegando a él se hincó de rodillas y como hombre rendido le entregó su espada: Villagra, como era hombre noble y amigo de gloria, lo abrazó y trató mui bien. Despues de haber recibido su disculpa capituló con él, que por estar aquella ciudad en la gobernacion de Pedro de Valdivia, poblada como parecia por los grados en que estaba contando la latitud, le dejaba en ella para que en nombre de Valdivia la tuviese y le reconociese por su gobernador. Acetada esta condicion y capítulo, tomado de él juramento, aunque despues no lo cumplió, le dejó allí algunos soldados que se quisieron quedar, y otros que se quisieron ir con él los llevó consigo.

Yendo su camino de Yungulo, dejando los Juries atras con esperanza de hallar aquella tierra tan rica, habiendo caminado de una provincia en otra, llegó al valle de Cuyo, donde agora estan pobladas la ciudad de Mendoza y la ciudad de San Juan. Estándose regocijándose todos juntos en su alojamiento, acertó a quemarse una casa y tras de aquella otra, y ansí se quemó todo el campo con algunos caballos y casi todos los pertrechos que traian con las demas ropas de vestir. Quedando tan desbaratados, acordaron, pues estaban en el paraje de Chille y tan faltos de todas cosas, mudar de rota y venirse a donde Valdivia estaba. Pasando la Cordillera Nevada llegaron a Santiago, aunque contra la voluntad de muchos hombres nobles que en su campo traia.

En este tiempo Valdivia, llegada la primavera, juntó toda la mas jente que pudo para ir a poblar una ciudad o mas, conforme a como respondiese lo de adelante, ántes que Villagra entrase en Chille, de el cual tenia nueva venia por de la otra parte de la Cordillera, caminando con docientos soldados bien aderezados, jente mui lustrosa, a fin, a lo que despues él mesmo dijo, de dar repartimientos de indios, a los que le habian ayudado a ganar y descubrir el reino; porque despues los que con Villagra viniesen, no quisiesen entrar tan a la parte que le obligasen a dalles de comer en lo que él habia descubierto. Con esta órden salió para Arauco, que era por allí el camino, y por Tucapel llegó a la ciudad Imperial, donde le fué hecho un recebimiento ordenado por un hidalgo, su amigo, llamado Andres de Escobar (hombre de mucha virtud y discrecion, a quien Valdivia habia dado de comer y héchole vecino en aquella ciudad), a manera de triunfo mui solene, que dió gran contento a todos y mas a Valdivia, que en los pensamientos que tenia todo le parecia que le estaba corto, segun estaba puesto en nombre de señoría. Despues de ser ansí festejado, deteniéndose pocos dias en aquella ciudad, mandó apercibir la jente que le pareció bastaba para ir con él, dejándola reparada porque en los naturales no hubiese algun movimiento, pasó el rio de Cayten, y descubriendo la tierra de adelante llegó a otro rio llamado Tolten, rio grande. Despues de habello pasado en balsas de carrizo, los caballos a nado, caminó ácia la Sierra Nevada. Informándose de lo que habia en aquella provincia, llegó a un valle que hace camino para pasar

la Cordillera de la otra banda, y aunque tuvo por plática de los indios ser mejor tierra y mas bien poblada que en donde estaba, dejó de ir allá; porque muchas veces semejantes relaciones salen inciertas, y en este caso los indios mienten mucho. E informado que cerca de adonde estaba habia unas minas ricas de plata, de donde los naturales sacaban y labraban plata, diciéndole que se las mostrarian, envió al capitan Alderete con diez soldados a pié. Llegados a donde decian que estaban, o fué que se arrepintieron, o fué mentira (que a lo que adelante se vido, lo hicieron por sacar a Valdivia de sus tierras). Alderete se volvió sin hacer mas efeto de lo dicho. Luego levantó Valdivia su campo, y perlongando la Cordillera Nevada, atravesando unos montes, vino a dar a un valle bien poblado llamado Marequina. En este valle tuvo nueva de Villagra y que llegaba desde a pocos dias allí; que como entró en Chille y tuvo nueva que Valdivia habia salido de la Concepcion a descubrir lo de adelante, vino en su busca con ocho soldados a la lijera.

Llegó desde a diez dias, Valdivia lo recibió a él y a los que con él venian amorosamente. Despues de haber estado allí tres dias le mandó volver, y que la jente que habia traido la recojiese y viniese con ella a donde él estuviese, porque iba a poblar una ciudad, y que en ella daria de comer a todos los que lo hubiesen merecido; y que en lo que a él tocaba, entendia hacelle mayor señor que lo era el marques de Astorga, su amo.

Ido Villagra, envió luego al capitan Alderete con cuarenta soldados, todos a caballo, que le descubriese la costa de la mar del Sur. En este tiempo los indios, que ya estaban juntos esperando coyuntura que en su favor fuese para pelear, la hallaron entónces. Como vieron que un capitan habia salido con jente y que era la mitad ménos, informados por sus espías, vinieron sobre el campo; y si como tuvieron ánimo para intentallo y llegallo hasta allí, lo tuvieran para pelear, se creyó hicieran una buena suerte; mas fueron tan ruines, que siendo descubiertos y tocada arma en el campo, hasta seis soldados que se hallaron prestos a caballo, acudiendo a donde el arma se habia dado, y viendo los indios, rompieron con ellos y con tan buena determinacion, que el grande miedo que tenian les hizo volver las espaldas sin pelear tan temerosos, que soltando las armas se echaron a un rio desde una barranca alta. Allí se ahogaron muchos; porque como caian unos sobre otros y era raudal, quedando desatinados, se ahogaban. Desde a dos dias llegó el capitan Alderete con nueva de haber visto buena tierra y bien poblada en algunas partes. Luego partió Valdivia en busca de algun asiento donde poblar. Yendo caminando llegó a un rio mayor que ninguno de los que hasta allí habian visto. Despues de informado que a la entrada de la mar era mucho mayor; porque entraban en él otros rios grandes; y porque sobrevinieron algunos temporales de muchas aguas, se detuvo la pascua de navidad en su ribera, y desde allí envió Alderete con treinta soldados que viese la disposicion (1) de la tierra, el rio abajo. Llegó a un valle grande, bièn

(1) Otras veces *dispusicion*

poblado de naturales y cercado entre dos rios, por cuyo respeto no pudo pasar adelante. Desde allí se volvió y dió aviso a Valdivia, que luego partió con su campo. Llegado a aquel valle, llamado Guadalauquén, mandó hacer balsas para pasar de la otra banda. Este rio no corre furioso sino manso, por su mucha hondura, y ansí lo pasó sin peligro alguno. En su ribera de la otra parte, halló un asiento bueno y mui a propósito para poblar una ciudad, que era la pretension que Valdivia llevaba. Desde aquel asiento mandó algunos hombres de la mar fuesen con algunas canoas el rio abajo hasta la boca de la mar, y viesen si tenia puerto para navios. Desde a cuatro dias vinieron con nueva que tenia buen puerto y tan bueno como lo habia en el mundo. Luego Valdivia pobló en aquel mismo lugar donde estaba, y púsole nombre la ciudad de Valdivia. Está poblada en treinta y nueve grados y medio; y porque de él quedase aquella memoria, quiso remedar a los antiguos que tenian aquella órden cuando alguna ciudad poblaban. Luego mandó alzar árbol de justicia, nombró por alcaldes que la administrasen, a Francisco de Godoy, natural de Córdoba, y a Nieto de Gaete, de Zalamea natural, en Extremadura: hizo rejidores conforme a la costumbre de Indias, y dió solares en que hiciesen casas los que allí habian de ser vecinos, y envió a Alderete con cincuenta soldados a ver la tierra de adelante; y porque tuvo nueva que Villagra estaba en el valle de Marequina, ocho leguas de la ciudad de Valdivia que acababa de poblar, no fué personalmente a esta jornada, a lo que él mesmo dijo.

Villagra llegó desde a poco con ciento y treinta soldados, de ellos muchos hijosdalgo y mui nobles, y que a su Majestad han servido mucho y mui bien. El capitan Alderete llegó al mismo tiempo con buena nueva de la tierra de adelante. Valdivia mandó apercibir ciento y cincuenta soldados para illa a ver; y porque envió a Alderete a poblar una ciudad en el valle de los Poelches, que es donde le dijeron que estaban las minas de plata, trazando en su pecho, que si era verdad el tiempo las descubriria y se ennobleceria el reino, llevó consigo a Villagra.

En este tiempo algunos soldados quisieron revolver a Valdivia con Villagra, diciendo traia determinado de matallo, que mirase por sí. Estos estaban desgustosos de Villagra de el tiempo que con él anduvieron, y ansí querian sacar, como dicen, la culebra con mano ajena; mas Valdivia despreciándolo todo con su mucho valor y sagacidad, lo trató con el mesmo Villagra, quedando conformes y amigos. Le dió de repartimiento mas número de treinta mill indios, diez leguas de la ciudad Imperial, y dejando allí por su teniente al licenciado Altamirano, hombre principal, natural de Huete, se fué a ver lo que Alderete habia descubierto. Llegando cuarenta leguas adelante de la ciudad de Valdivia que habia acabado de poblar, halló por delante un gran lago que nacia en la Cordillera Nevada e iba a entrar en la mar del Sur, tan ancho que le pareció era menester hacer bergantines para podello pasar; aunque despues acá se ha pasado infinitas veces, los caballos nadando hasta la otra banda, y los españoles metidos en canoas, remando, llevan los caballos de cabestro y

ansí lo pasan hoi. Pues Valdivia, poniéndole por nombre el lago de Valdivia, se volvió desde allí; que cierto todo el fin y deseo que tenia era acercarse al estrecho de Magallanes.

Llegado de vuelta a la ciudad de Valdivia, hizo repartimiento de indios en jeneral a todos, rogándoles y pidiéndoles por merced en una oracion que hizo al pueblo, respetasen y tuviesen por su capitan al licenciado Altamirano, de cuya prudencia estaba confiado los tendria en justicia, y que él volveria presto a repartilles todos los indios que habian de servir aquella ciudad: que en el entretanto se visitasen todos para no dar cosa que incierta fuese a ninguno. Dejándolos con esta órden se fué a la ciudad Imperial, que era camino para la Concepcion, lugar que habia escojido para su vivienda, por estar en mitad del reino. Llegado a la Imperial, halló algunos soldados antiguos que estaban quejosos de él, porque en el repartimiento que les habia hecho de aquella ciudad no les habia dado lo que pretendian. Despues de habellos contentado con palabras a unos y a otros con obras, que todo tenia Valdivia cuando él queria, se fué a la Concepcion.

CAPITULO XIV.

De como se le alzó la tierra a Valdivia y la causa que para ello hubo; y de como saliendo a la pacificacion le dieron los indios una gran batalla en que lo mataron a él y cuantos con él iban.

Despues que Pedro de Valdivia hubo poblado la ciudad que de su nombre le llamó Valdivia, vuelto a la Concepcion, estuvo allí el invierno: y el verano siguiente se fué a la ciudad de Santiago, dejando dada órden que le hiciesen sus casas con mucho cuidado grandes y suntuosas, de manera que cuando volviese las hallase acabadas.

Llegado a Santiago, vendió los indios que tenia en su cabeza en aquella ciudad desde que la pobló, a quien mas dinero le dió por ellos; pareciéndole que como eran conquistadores no era venta, sino ayuda que les hacia para sustentar el reino. Juntando la mayor suma de pesos de oro que pudo, con ellos y con lo que Alderete juntó de sus indios, envió a España al mesmo Alderete con mas de treinta mill pesos, y con órden que le negociase con el Rei Don Felipe la gobernacion por su vida, y título de señor con perpetuidad de indios; y que despues de sus dias pudiese nombrar persona que le sucediese en el gobierno.

Despachado Alderete a España, llegó a la ciudad de Santiago Don Martin de Avendaño con una compañía de jente y los capitanes Gaspar de Villarroel y Altamirano, cada uno con una compañía de soldados a caballo; que el virei Don Antonio de Mendoza, que gobernaba el Pirú, entendiendo la necesidad de jente que Valdivia tenia, prestó consentimiento para que de aquel reino la tal jente se sacase, y por supremo en el mando hasta llegar a donde Valdivia estaba, a Don Martin de Avendaño: llegados a la ciudad de Santiago, Valdivia los salió a rescebir.

Despues de haberse visto, y hécholes mucha merced en tratamiento y palabras amigables, desque hubieron descansado, holgándose en aquella ciudad, por algunos avisos que tuvo en que le significaban cuan necesaria era su persona en aquella ciudad para el reparo de ella y proveimiento de las demas nuevamente pobladas, se partió. Y llegado que fué a la Concepcion, quiso luego pagar al mariscal Alonso de Alvarado lo que por él habia hecho, cuando con el presidente Gasca hizo sus negocios, (por ser Don Martin cunnado suyo, casado Alonso de Alvarado con su hermana, persona principal), dándole un repartimiento de indios en la ciudad Rica. Habiendo ido con sus criados a tomar la posesion y ver la disposicion de la tierra, habiéndola visto, quisiera que Valdivia le diera mas número de indios y en mejor parte, porque algo de ello era en monte, y los soldados que los poseian se quejaban unos a otros, diciendo habian ellos ganado indios y tomado tantos trabajos para que despues en remate de ellos los diese Valdivia a Don Martin ni a otro ninguno, quitándoselos a ellos: que si era en obligacion al mariscal y queria hacer por sus cosas, que le diese de sus haciendas o de los indios que tenia en su cabeza, y no de lo que ellos poseian y habian ganado. Don Martin, como era caballero y oia estas cosas que decian y aun delante de él, pesábale que se les quitasen aquellos indios a los que los tenian para dárselos a él, viendo que los habian merecido y trabajado, y que tenian razon, aunque en número eran mas de dos mil indios. Sobre esto volvió a verse con Valdivia y tratar de sus negocios, sobre los cuales se desavinieron. Don Martin le pidió licencia para irse al Pirú: diósela alegremente, porque en aquel tiempo Valdivia, como se via tan señor, toda cosa despreciaba. Por respeto de Don Martin se fueron número de mas de treinta soldados, que despues le hicieron harta falta.

Desde a poco pareciéndole, segun era mucha la jente que en la provincia habia, era necesario para tenella sujeta hacer algunas casas fuertes y tener en ellas guarnicion de soldados, porque si los indios se quisiesen alzar no lo pudiesen hacer tan fácilmente; remedando a los romanos cuando se hicieron señores de España (que por los muchos castillos que hicieron en la provincia se llamó despues Castilla), y como hombre que tenia los pensamientos tan altos, pareciéndole que fortuna le era en gran manera favorable, mandó que se aderezasen dos navios con mucho bastimento y doblados marineros, y rogó a Francisco de Ulloa, caballero natural de Cáceres, que habia sido su capitan, los llevase a su cargo y le descubriese el estrecho de Magallanes para tratarse por aquel camino con España y no por el Pirú; porque demas de no ser mandado por el audiencia que en el Pirú residia, como escueza tanto en los hombres poderosos ser a otros sujetos, y por tener las mercaderías en extremo mas baratas, lo envió a la ciudad de Valdivia, que está de el estrecho de Magallanes doscientas y cincuenta leguas de navegacion. De allí salió proveido bastantemente de matalotaje y jente. Hízose a la vela desde aquella ciudad, e yendo en su demanda llegó a un estrecho de mar que rompia la Cordillera Nevada y pasaba de la otra banda: entró por ella recono-

ciendo si era el estrecho o no. Pareciéndole habia hecho mucho, sin ver la mar del Norte se volvió con solo traer razon de haber visto y corrido la costa y reconocer los puertos que tenia, para poder a otro tiempo hacer mejor efeto para lo que adelante se quisiese hacer.

Mandó Valdivia ansimesmo en este tiempo a Villagra, porque no le quedase cosa alguna por hacer, que con ochenta soldados a caballo fuese de la otra parte de la Cordillera Nevada y le descubriese la mar de el Norte; porque si Francisco de Ulloa, a quien habia enviado por la mar, no acertase por aquella via o por estotra, tuviese razon de ella, y que fuese por la ciudad Rica, que era la mejor entrada que la Cordillera tenia. Decíase que mas lo hacia Valdivia por apartallo de sí, que no por el descubrimiento; porque como Villagra habia traido a Chille doscientos hombres, tan principal jente, y le eran amigos otros muchos, queria apartallo y tenerlo lejos de sí.

Yendo Villagra su camino, que no osaba desgustar en cosa alguna a Valdivia, pasó la Cordillera por buen camino. Siguiendo su viaje, llegó a un rio grande que hacia unos despennaderos grandes e iba hondo de tal condicion que, siguiendo sus riberas muchas jornadas, y no hallando por donde podello pasar, topó con un fuerte donde estaban recojidos hasta veinte poelches. Despues de habellos llamado de paz, visto que no querian entendelle y se daban poco por lo que les decia, los mandó combatir, e que se entrase por podellos castigar como a contumaces y malos. Pues yendo ácia él doce soldados disparando algunos arcabuces, los indios se defendieron de tal suerte, que peleando con ellos y con los demas que les fueron de socorro, mataron cuatro soldados; aunque despues lo ganaron y se castigaron algunos. Yendo Villagra su camino llegó a un valle bien poblado de indios veinte leguas de Valdivia, llamado Maguey: desde allí se fué a la Concepcion, no habiendo hecho mas efeto en su jornada.

En este tiempo Valdivia para mas sujetar los indios que no se le alzasen, pareciéndole que en la comarca de Angol seria bien poblar una ciudad por estar entre la Concepcion e Imperial, mandó que los vecinos en cuya comarca estuviesen sus repartimientos fuesen a vivir allí: con esta órden fueron algunos y comenzaron a hacer sus casas. Mandó tambien algunos hombres pláticos de sacar oro y de conocer la tierra donde se cria, que lo buscasen con yanaconas que lo habian sacado en las minas de Santiago. Estos entraron la tierra adentro y hallaron algunos rios que lo tenian, en especial entre la Concepcion e Imperial: dando tan buena muestra, sacaron en breves dias mucho en que habia granos tan grandes como nueces y como almendras. Desque le trajeron la muestra de ello mandó a sus criados que con la mas jente que pudiesen lo sacasen, y que para ello los señores principales que a él servian lo mandarian a sus súbditos. Tambien en aquel tiempo, junto a la ciudad de la Concepcion, se hallaron otras minas mui ricas; que en las unas y otras traia ochocientos indios sacando oro: y para seguridad de los españoles que en las minas andaban, mandó hacer un fuerte, donde pudiesen estar seguros. Es-

tando en esta prosperidad grande, le trajeron una batea grande llena de oro. Es batea un palo redondo, cavado el fondo de él, de manera que viene a quedar como una fuente de plata, ansí grande aunque mas honda: con estas sacan el oro en las Indias. Este oro le sacaron sus indios en breves dias: Valdivia habiéndolo visto no dijo mas, segun me dijeron los que se hallaron presentes, de estas palabras: «Desde agora comienzo a ser señor.» Sin dar gracias al Criador de todo aquello; que cierto no es creedero [que] un hombre de tan buen entendimiento dejase de dar gracias a Dios, pues de un escudero habia levantado tanto que era señor.

En este tiempo los indios viendo como los trabajaban en hacer casas y simenteras con sacar oro, cosas que no estaban a ello vezados, pareciéndoles trabajos grandes y para ellos insufribles, trataron secretamente de se alzar, y despues de haberlo tratado y comunicado entre sí, resumidos en que se hiciese; pues sabian cierto que si les decia mal, queriendo volver a servir, Valdivia les habia de perdonar lo pasado, y que para ello tenian delante el perdon que hizo a los indios de Quiapo y de Quedico, que estan en el puerto de el Carnero, cuando mataron los cristianos que desembarcaron en su tierra tres años habia. Y fué que Valdivia estando en la Concepcion falto de bastimento, envió al capitan Bautista de Pastene, natural de Génova, con dos navios que los cargase de maiz por la costa en las partes o parte que le pareciese. Llegado a este puerto de el Canero, echó veinte soldados en tierra para ver si tenian las casas comarcanas a la mar algun maiz que poder embarcar. Los indios queriendo defender sus haciendas, se juntaron en un momento mucho número de ellos con sus armas, y vinieron sobre los cristianos, los cuales comenzaron a pelear tirándoles arcabuzazos y los indios muchas flechas. Fuéronse encendiendo en tanta manera que se vinieron a revolver unos con otros a las manos; y como venian mas y mas indios, los que peleaban acrecentando ánimo apretaban a los cristianos, de tal manera que le convino al capitan Bautista, con ánimo de jinoves de que tanto abonda aquella nacion belicosa en cosas navales, acudir en su favor y retirallos. Con harto trabajo los hizo embarcar, quedando muertos seis soldados. Que es esto lo que los indios decian que Valdivia les habia perdonado.

Para hacer lo arriba dicho, tomó la mano la provincia de Tucapel, que es la jente mas belicosa de todos ellos. Estos un dia acordaron de matar la guarnicion de cristianos que en la casa fuerte tenian: y para hacello se determinaron, cargados de yerba como otras veces habian ido, llevar sus armas secretas entre ella metidas, y que con este ardid descuidarian a los cristianos y entenderian que iban a servir como de ordinario lo hacian; y dentro en el fuerte, echando la yerba tomarian las armas, y que ansí los matarian repentinamente. En el fuerte estaban seis soldados bien aderezados de armas, caballos y con cuidado; porque entendiendo que los indios traian trato de alzarse, el que estaba por capitan, que era un soldado antiguo llamado Martin de Ariza, mandó prender los señores prencipales de aquella comarca en quien tenia mas sospecha

y ponellos en prisiones: era Martin de Ariza vizcaino de nacion. Los indios, viendo a sus caciques presos, diéronse mas priesa a poner en efeto lo concertado; y un dia, luego despues de haberse conformado, vinieron cargados de yerba: los cristianos los dejaron entrar, como siempre lo hacian, dentro del fuerte. Echando la yerba en tierra, tomaron las armas y arremeten a los cristianos, que aunque no estaban bien aderezados, con sus espadas y dargas se defendieron por estar todos juntos y ser el lugar estrecho; y tambien los indios no eran mas de hasta ciento, por venir mas disimulados: echáronlos fuera a cuchilladas, dejando algunos muertos, y ellos tambien heridos.

Como los indios vieron descubierta su rebelion, juntáronse con otros muchos que venian detras de ellos a ver como les sucedia, y esperaron a los cristianos fuera en el campo. El capitan Martin de Ariza salió a ellos con otros tres soldados a caballo y los desbarató muchas veces, quedando ellos tan mal heridos que luego dieron órden como irse ántes que los indios viniesen de propósito a ponelles cerco, no esperando socorro tan breve; aunque Valdivia le habia escrito que seria con él tal dia sennalado, no lo quiso llegar a prueba de si seria ansí o no, no queriendo poner su vida en condicion de perderse. Y ansí no pudiendo sufrillo en su ánimo, aquella noche desamparó el fuerte y con una barreta de hierro mató los caciques que tenia en prision. Desde allí se fué a la casa de Puren, que era otro fuerte y estaba de allí ocho leguas. A los que estaban en su defensa dió aviso de lo que le habia acaecido en Tucapel para que estuviesen recatados de allí adelante.

En estos mismos dias Valdivia salió de la Concepcion con cuarenta soldados, los mas de ellos capitanes, mui en órden; no llevó mas número de jente, porque en aquel tiempo eran los indios tenidos en poco, como jente que no sabia pelear ni aun tenian ánimo para ello; mas despues que conocieron los caballos y trataron a los cristianos, supieron defender sus tierras. Valdivia fué al asiento de minas donde sacaban el oro, dejando reparado aquel sitio y dado órden, que un vecino de la Concepcion llamado Diego Diaz, natural de Sanlúcar, pusiese en defensa todo lo que entendiese que para buena seguridad convenia. Atravesó de allí y se fué a Arauco, donde tenia otra casa fuerte. Siendo allí informado de lo de Tucapel, partió luego con treinta y seis soldados; no llevó mas porque habia escrito a la ciudad Imperial, que para tal dia se juntasen con él en la casa de Tucapel veinte hombres principales, y de su letra todos sennalados, que si quisiera llevar mucha jente, en el reino tenia mucha con que pudiera ir al seguro; mas cuando las cosas estan ordenadas por el Divino juez, no se puede ir contra ellas: y ansí es de entender que quiso a Valdivia castigallo por sus culpas y vivienda pública, dando mal ejemplo a todos, con una mujer de Castilla siempre amancebado. Dejados estos secretos para el juez justo que lo sabe, él fué camino de Tucapel confiado en su ventura y buenos sucesos; los indios como tuvieron plática de su venida, se juntaron grandísimo número de ellos como a cosa que tanto les iba, y hechos grandes

escuadrones, fueron sobre el fuerte de Tucapel y lo quemaron. Estando todos juntos tratando qué órden tendrian para pelear con Valdivia, se levantó de entre ellos un yanacona llamado Alonso que habia sido criado de Valdivia y le habia servido de mozo de caballos, y les dijo le escuchasen, que les queria hablar y decir cosas que les convenia. Estando atentos a lo que decia, en voz alta les comenzó a decir, que los cristianos eran mortales como ellos y los caballos tambien y se cansaban cuando hacia calor mas que en otro tiempo alguno: que si ellos querian pelear bien no dudasen sino que los desbaratarian, y echarian de sí el yugo de servidumbre tan áspero, y que entendiesen que no era nada lo que al presente servian y trabajaban en comparacion de lo mucho que habian de trabajar ellos y sus hijos y mujeres; que quisiesen mas como hombres morir una muerte noble defendiendo sus casas, que no vivir siempre muriendo, y que si querian estar por lo que él les dijese, que les daria órden cómo habian de pelear y de lo que habian de hacer para desbaratallos. Los indios principales, que son entre ellos los señores, le dijeron que en todo guardarian cualquier preceto de guerra que les diese. Luego les mandó que en una loma rasa que hacia cerca de la casa fuerte de Tucapel, el rio enmedio, allí se juntasen y le esperasen, dejándole llegar sin mostrársele hasta que estuviese con ellos; y entónces tomando las armas, le defendiesen el camino poniéndosele delante un escuadron, y que los demas escuadrones estuviesen a la mira esperando el suceso de aquel que peleaba: y que cuando aquel se viese rompido, se echase a las laderas, que era en donde los caballos no podian ser bien manejados, y saliese luego otro escuadron a pelear y tras de aquel otro: que Valdivia no pensasen que era mas de un hombre como los demas, y que aunque quisiese pasar adelante no lo osarian hacer sin desbaratarlos primero, de temor que perderian la ropa que llevaban, que era para los cristianos grande afrenta: y demas de lo dicho se habia de poner un otro escuadron junto al rio por donde habian de pasar, que tambien los tendria suspensos viendo tanta jente delante: y que estando los caballos mui sudados, de que él tenia plática, arremeterian cerrados en su escuadron con los cristianos: el cual tiempo y aviso él lo daria en voz alta que lo entendiesen todos: y que con esta órden no dudasen sino que los desbaratarian; mas que era menester para buen efeto dar aviso a todos los indios de la comarca, que como viesen a Valdivia ir caminando, que viniesen tras él a tomarle los pasos pordonde habia de volver desbaratado. Los indios lo hicieron ansí y despacharon mensajeros por toda la provincia que acudiesen con sus armas tras de Valdivia, y en pasando tomasen luego el paso; y ansí en todas partes que era paso dificultoso lo fortificaban con jente, dándoles por aviso que en viendo un humo que en tal parte se haria, entenderian por él que estaban peleando.

Con esta órden que les dió este yanacona, que no debia de ser sino demonio contrario y enemigo a la próspera fortuna que Valdivia habia tenido, quedaron tan animados los indios con la oracion que les hizo

este demonio, que puestos en sus escuadrones mas número de cincuenta mill indios y mas a lo que despues se supo, fueron a el lugar que les estaba sennalado, siendo el camino aquel pordonde Valdivia venia.

Envió cuatro corredores delante que le descubriesen el campo y camino. Ellos se adelantaron tanto, que sin entendello Valdivia ni oillo, por la mala órden que llevaron en su caminar, no como hombres pláticos de guerra, cayeron en una emboscada. Llegados a ella, los dejaron entrar, y luego que se les mostraron, como los tenian en medio cercados por todas partes, los hicieron pedazos, y al uno de ellos cortaron el brazo y se lo echaron a Valdivia en el camino por donde habia de pasar, con su manga de jubon y camisa. El cual llegado allí, visto el brazo un yanacona que habia criado y era ya hombre, llamado Agustinillo, le dijo muchas veces que se volviese, y mirase que llevaba poca jente: porque este yanacona entendia la lengua de aquellos indios mejor que otro alguno, diciéndole: «Señor, acuérdate de la noche que peleaste en Andalien.» Mas Valdivia, como era hombre de grande ánimo, lo despreció todo. Yendo adelante llegó a vista de la casa fuerte de Tucapel, que desamparó Martin de Ariza, siendo aquel el dia en que le habia avisado seria allí con él. Vídola estar humeando, que aun no era acabada de quemar. Dende a poco llegó a donde los indios estaban encubiertos con unos pajonales grandes, porque no los viesen hasta llegar a ellos. Allí se le mostraron todos con grandísimo alarido y sonido de muchas cornetas, puestos los escuadrones a manera de batalla. Valdivia recojió su jente a un altillo, parando en él el bagaje: repartió los soldados en tres cuadrillas, y mandó a la una que rompiese con los indios, los cuales cerrados, con sus caballos puestos en ala, rompieron y anduvieron peleando, hiriendo y matando indios y rescibiendo muchas heridas. Los demas escuadrones se estaban quedos guardando la órden que les estaba dada, y despues de haberse cansado el escuadron que peleaba se retiró a una ladera, y salió otro escuadron a pelear con la misma órden que el primero, al cual mandó Valdivia saliese otra cuadrilla: salieron y pelearon mucho. Viendo que no podia hacer el efeto que deseaba, dejando por guarda de el bagaje diez hombres, rompió él mesmo con veinte y seis buenos soldados que le quedaban, que cierto Valdivia era buen soldado y de buena determinacion, con grande ánimo. Despues de haber peleado y echado los indios por las laderas, viendo que no los podia acabar de romper, y que otros escuadrones venian de nuevo, y los indios con quien peleaban se animaban mas y volvian a pelear, y que tanta jente por momentos se descubria, arremetió con todos los que con él estaban y peleó hasta que le mataron tres hombres. Entónces mandó tocar a recojer las trompetas. Juntos todos, les dijo: «Caballeros, ¿qué haremos?» El capitan Altamirano, natural de Medellin, hombre bravo y arrebatado, le respondió: «¡Qué quiere vuestra señoría que hagamos sino que peleemos y muramos!» Aunque Valdivia conocia su perdicion, y via que si perseveraba todos se habian de perder, como los vido tan animosos volvió a romper. Viendo que le iba peor, acor-

dó retirarse dejándoles el bagaje en las manos: entendiendo que por respeto de roballo, ocupados cada uno por haber su parte, se podria él salvar sin que le siguiesen los enemigos. Como tenia plática de guerra parecióle que estaba en razon lo que decia: mas los indios con la órden que el yanacona Alonso en aquel punto les dió, mandándoles que todos juntos cerrasen con los cristianos, porque ya los caballos estaban cansados con el calor grande que hacia, y que todos estaban heridos, con brevedad los desbaratarian y tomarian a las manos: que no les diesen lugar se alentasen. Esto les dijo en voz alta que todos lo oyeron y entendieron. Con aquella órden arremetieron a los cristianos con brava determinacion, donde despues de haber muerto infinito número de indios, y ser algunos de ellos mui heridos y otros muertos, no pudiendo sufrir el ímpetu de aquellos bárbaros volvieron las espaldas por el camino que habian traido, creyendo que pudieran llegar a Arauco; mas no le sucedió a Valdivia como él pensaba, porque los indios le habian tomado todos los pasos por donde habian de volver y las ciénegas que habian de pasar, que dondequiera que llegaba lo hallaba cerrado y puestos los indios a la defensa; y si dejaban el camino y se apartaban de él era peor, porque los caballos, como iban cansados, los indios que los seguian, viéndolos embarazados buscando caminos, los alcanzaban cobrando mas ánimo del que llevaban, los derribaban de los caballos a lanzadas; porque los indios que habian peleado, aunque les dejó el bagaje, no se ocuparon en él mas de dejar algunos principales con órden de que lo guardasen y recojiesen el servicio que los cristianos traian; y los mas lijeros fueron siguiendo el alcance por la órden arriba dicha, los iban alcanzando y matando. Valdivia, como llevaba tan buen caballo, pudo pasar algo mas adelante, siguéndole un capellan que consigo traia, clérigo llamado el padre Pozo. Llegado a una ciénega, atolló el caballo con él. Acudieron los indios que la estaban guardando, y como estaba en aquella necesidad fatigado, lo derribaron de el caballo a lanzadas y golpes de macanas. Teniéndolo en su poder, lo desarmaron y desnudaron en carnes, y ataron las manos con unos bejucos, y ansí atado lo llevaron a pié casi media legua sin quitalle la celada borgoñona que llevaba, que aunque lo probaron muchas veces no acertaron a quitársela: y como era hombre gordo y no podia andar tanto como querian, llevábanlo algunas veces arrastrando, diciéndole muchos vituperios y burlando de él, hasta un bebedero, donde llegados con él, se juntaron todos los indios y repartieron toda la ropa y despojo por su órden entre los señores, y al yanacona Alonso, que despues se llamó Lautaro, y salió en ser belicoso mas que indio, porque les dió la órden de pelear, le dieron la parte que él quiso tomar. Allí le trajeron a Valdivia su yanacona Agustinillo, el cual le quitó la celada. Viéndose con lengua les comenzó a hablar, diciéndoles que les sacaria los cristianos de el reino, y despoblaria las ciudades y daria dos mill ovejas si le daban la vida. Los indios, para dalle a entender que no querian concierto alguno, le hicieron al yanacona pedazos delante de él. Viendo el padre Pozo que no aprovechaban amones-

taciones con aquellos bárbaros, hizo de dos pajas que par de sí halló una cruz, y persuadiéndole a bien morir, diciéndole muchas cosas de buen cristiano, pidiendo a Dios misericordia de sus culpas. Miéntras en esto estaban, hicieron los indios un fuego delante de él, y con una cáscara de almejas de la mar, que ellos llaman pello en su lengua, le cortaron los lagartos de los brazos desde el codo a la muñeca; teniendo espadas, dagas y cuchillos con que podello hacer, no quisieron por dalle mayor martirio, y los comieron asados en su presencia. Hechos otros muchos vituperios, lo mataron a él y al capellan, y la cabeza pusieron en una lanza juntamente con las demas de cristianos, que no les escapó ninguno.

Este fué el fin que tuvo Pedro de Valdivia, hombre valeroso y bien afortunado hasta aquel punto. ¡Grandes secretos de Dios que debe considerar el cristiano! Un hombre como este, tan obedecido, tan temido, tan señor y respetado, morir una muerte tan cruel a manos de bárbaros. Por donde cada cristiano ha de entender que aquel estado que Dios le da es el mejor; y si no le levanta mas es para mas bien suyo; porque muchas veces vemos procurar los hombres ambiciosos cargos grandes por muchas maneras y rodeos, haciendo ancha la conciencia para alcanzarlos; y es Dios servido que despues de habellos alcanzado los vengan a perder con ignominia y gran castigo hecho en sus personas, como a Valdivia le acaeció cuando tomó el oro en el navio y se fué con él al Pirú, que fué Dios servido y permitió, que por aquel camino que quiso ser señor, por aquel perdiese la vida y estado.

Era Valdivia, cuando murió, de edad de cincuenta y seis años, natural de un lugar de Extremadura pequeño, llamado Castuera, hombre de buena estatura, de rostro alegre, la cabeza grande conforme al cuerpo, que se habia hecho gordo, espaldudo, ancho de pecho, hombre de buen entendimiento, aunque de palabras no bien limadas, liberal, y hacia mercedes graciosamente. Despues que fué señor rescebia gran contento en dar lo que tenia: era jeneroso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso, y de los hombres que lo andaban, y de comer y beber bien: afable y humano con todos; mas tenia dos cosas con que escurecia todas estas virtudes, que aborrecia a los hombres nobles, y de ordinario estaba amancebado con una mujer española, a lo cual fué dado. El cómo murió, y de la manera que dicho tengo, yo me informé de un principal y señor del valle de Chille en Santiago, que se llamaba Don Alonso, y servia a Valdivia de guardaropa, que hablaba en lengua española, y de mucha razon, que estuvo presente a todo, y escapó en hábito de indio de guerra sin ser conocido, y aquella noche llegó a la casa fuerte de Arauco y dió nueva de todo lo sucedido a los que en ella estaban: los cuales se fueron a la Concepcion, que estaba de allí nueve leguas, ántes que los indios les cerrasen el camino.

CAPITULO XV.

De las cosas que acaescieron en Chille despues de la muerte de Valdivia.

Llegada a la ciudad Imperial la carta que Valdivia escrebia a Pedro de Villagra, que era su teniente, le enviase veinte hombres, y algunos de ellos sennalados en su letra, los apercibió, y con mucha presteza partieron de aquella ciudad: siendo llegados a la casa fuerte de Puren, que está doce leguas de la Imperial, hallaron a Martin de Ariza, que habia llegado de Tucapel desbaratado, o por mejor decir desanimado: de él se informaron cómo y de la manera que dejaba el fuerte que a su cargo tenia. Despues de haber entendido que la provincia de Tucapel estaba alzada, hubo varios pareceres entre los que iban, si entrarian o no. En este caso dudoso estuvieron dos dias: al fin de ellos, como eran hombres tan valientes, y que tantas veces habian peleado con indios y siempre de ellos habian tenido victoria, se determinaron de entrar en demanda de Valdivia, queriendo dalle a entender a lo mucho que se habian aventurado y en lo mas que se aventurarian en caso que le pudiesen servir. Con esta órden salieron de el fuerte de Puren catorce hombres de los veinte, porque los demas por justas ocupaciones se quedaron allí. Estos catorce soldados caminaron hasta llegar a vista de la casa fuerte de Tucapel, que era una jornada de caballo de donde habian partido. Los indios, que tenian aviso de la muerte de Valdivia, los dejaban pasar viendo que iban perdidos, y luego que pasaban les cerraban el paso esperándoles la vuelta. Yendo su camino, llegaron a un alto desde el cual vieron venir ácia ellos un escuadron de indios, que llegando cerca les decian: "Cristianos, ¿adónde vais, que a vuestro gobernador ya lo hemos muerto?" No dándoles crédito, como muchas veces mienten, pasaron adelante peleando con ellos. Luego desde a poco toparon con otro escuadron que venia de hallarse en la muerte de Valdivia, diciéndoles lo mismo que el primero les habia dicho; y viendo que traian algunas lanzas de Castilla y ropa de cristianos, diéronles crédito, que a lo que despues se supo habia dos dias que era muerto Valdivia, que fueron los que se detuvieron en el fuerte de Puren, que a no detenerse llegaban a tiempo que Valdivia andaba peleando con los indios; y no desamparando Martin de Ariza la casa, fuera posible que, pervertidos los indios con tantos socorros, le sucediera mejor, en cuanto a los juicios que en aquel tiempo se echaban; mas el que ordena todas las cosas prósperas y adversas, que es nuestro Dios, permitió que fuese ansí como arriba se ha dicho. Volviendo a los catorce soldados, viendo la determinacion que los indios traian a pelear con ellos, como hombres que no llevaban bagajes mas de sus armas a la lijera, pelearon un grande rato, y viendo que mostraban otro brio y determinacion de la que solian tener, y que muchos otros se les llegaban diciéndoles: "No penseis sustentaros contra nosotros, que como hemos muerto al gobernador os matarémos," los cristianos enten-

diendo lo que decian, se recojieron, y todos juntos hechos un cuerpo, se retiraron por el camino que habian venido. Los indios cantando victoria los iban siguiendo, y para mas desanimallos y dar a entender a los comarcanos que andaban peleando, ponen fuego a los campos, que estaban llenos de yerba seca como era en mitad del estio, que por esta sennal de humo se entienden en gran manera. Vueltos por el camino ácia Puren, en las partes que habia estrechura hallaban el camino cerrado, y los enemigos a la defensa; que de necesidad les convenia pelear para pasar adelante o morir allí, pues que no podian volver atras. Habiéndoles muerto un soldado en una ladera a la retirada, que se le vino la silla a la barriga de el caballo por llevar la cincha floja, encarnizados con esto iban con mas braveza siguiéndolos. Los caballos ya no tenian el aliento que al principio, porque habian andado siete leguas y peleado mucho, con el calor del sol iban mui sudados y cansados. Desde a poco, a la pasada de una puente, mataron a Pedro Niño, soldado de buena determinacion, y Pedro Cortes, valiente soldado y de grandes fuerzas, que no le aprovecharon: no contentos con esto, iban en siguimiento de los demas. Desde a poco en un paso el postrero de los que allí adelante habia, derribaron de los caballos otros tres soldados, y entre los demas alanceados y heridos, escaparon siete de catorce, el uno de ellos tan maltratado de heridas y golpes en la cabeza, que llegado a la ciudad Imperial y puesto en cura, perdió la vista de ambos ojos, y desde a pocos dias murió: era natural de Córdoba, llamado Andres Hernandez de Córdoba, caballero conocido. Allí le acaeció a un soldado llamado Juan Moran de la Cerda, natural de Guillena, en la ribera de Guadalquivir, junto a Alcalá de el Rio, una cosa dina de escrebilla, y fué que, andando peleando, le dió un indio una lanzada en un ojo que se lo sacó del casco y lo llevaba colgando sobre el rostro; y porque le impedia al pelear y rescebia pesadumbre traello colgando, asiéndolo con su mano propia lo arrancó y echó de sí: y hizo tan buenas cosas peleando, que los indios cuando le vian venir tanto era el miedo que le tenian, que apartándose le daban lugar para que pasase: este soldado tan valiente escapó con el ojo ménos. En este postrero recuentro ya venia la noche, y entre los soldados que allí derribaron, uno de ellos, natural de Almagro, llamado de su nombre Juan Gomez, hombre de grandes fuerzas y buenas partes, a quien llevaban los catorce por su capitan, con la escuridad de la noche que era vecina se metió por un monte: estando escondido, que ya no habia grita entre los indios como de ántes, y que por respeto de un aguacero grande que vino en aquella coyuntura se habian retirado a unas casas que estaban en medio de el camino, que por no mojarse habian dejado de seguir el alcance. Juan Gomez, vista tan buena ocasion para su remedio, salió al camino, yendo por él sin espada, ni daga, ni otra arma alguna, que todo lo habia perdido peleando: se descalzó unas botas por respeto de la huella, que fuera posible por ella sacarle de rastro, e yendo descalzo iba al seguro. Ansí topó con un indio, el cual le habló como llegó a él en su lengua, creyendo era otro indio como él: Juan Gomez,

como sabia la lengua, le respondió en ella; descuidado con esta respuesta, no se apartó del camino, ántes se llegaron juntos. Como Juan Gomez le vido solo, pareciéndole que habiéndole el indio conocido daria aviso a los de guerra, que estaban cerca, y viéndole un cuchillo que en una mano llevaba, arremetió con él, quitándole el cuchillo lo mató; que aunque dió muchas voces no fué oido. Luego, con su cuchillo en la mano, pasó su camino por las casas donde se habian metido los indios que pelearon huyendo del agua que llovia, con muchos fuegos, y los caballos que habian ganado atados a las puertas. Yendo adelante poco camino, se metió en el monte, y allí estuvo escondido, porque venia el dia, hasta reconocer lo que haria. Sus compañeros llegaron a la casa de Puren dando nueva de su jornada y donde les habian muerto sus amigos, y que no dudaban sino que Valdivia era muerto. Entró tanto temor en ellos, que luego quisieran desamparar aquella fuerza: dejáronlo de hacer por parecelles que estando en tierra llana, era flaqueza sin ver mas, aunque no tardó mucho; que luego aquel dia, como se supo la muerte de Valdivia, los indios de la comarca tomaron las armas, conociendo el temor que tenian los que en la casa estaban; los cuales, compelidos de necesidad ocho soldados que se hallaron en ella, salieron a pelear, y entre ellos un arcabucero llamado Diego García, herrero de su oficio, valiente hombre: este dió órden con dos mantas de cuero de lobo que para ello hizo con algunos agujeros, para tirar con tres arcabuces que tenian, y los de a caballo detras fuesen a desbaratar los indios. Con este ardid de guerra fueron contra un escuadron que enfrente de la casa estaba esperando que saliesen a pelear. Los indios les tiraban muchas flechas, aunque no se osaban llegar a ellos, por no entender que era aquello que detras de los cueros vian venir, y los caballos detras que los hacian fuertes; por este respeto se estaban en su órden. Los soldados, con los tres arcabuces que tenian, puestos cerca, como tiraban a monton, derribaban muchos. Viendo que los mataban, no teniendo ánimo para cerrar con los de las mantas, comenzaron a remolinar, dando demostracion [de] huir de los arcabuces. Los de caballo, conociendo el temor que tenian, rompieron por ellos, alanceando algunos, los desbarataron y dejaron ir, sin seguir el alcance por no apartarse de el fuerte. Vueltos a él, dieron órden como irse a la Imperial; porque los que allí llegaron desbaratados, como no eran mas de seis, que quedaron de los catorce que fueron: Andres Fernandez de Córdoba, Gregorio de Castanneda, Martin de Peñalosa, Gonzalo Hernandez, Juan Moran, Sebastian de Vergara, estaban tan mal heridos, que luego que allí llegaron, se fueron y dieron aviso a Pedro de Villagra de lo sucedido en su jornada: el cual, como hombre de guerra, envió doce hombres a socorrer el fuerte de Puren. Los que iban, llevaban por su capitan a Don Pedro de Avendaño, hombre en gran manera belicoso y amigo de guerra. Por mucha priesa que se dió en caminar, topó en el camino a los que iban de Puren, que habian desamparado el fuerte; y por dar razon de ello, lo quiso él mismo ir a ver si era lo que decian de los muchos indios que habian muerto y estar

todo alzado. Llegado Don Pedro a la casa, vido muchos indios que estaban en ella todos con sus armas: estos en viéndolo se juntaron creyendo pelearia. De esta ida resultó que Juan Gomez de Almagro no viniese a manos de aquellos bárbaros, el cual metido en el monte reconoció con el dia que estaba cerca de el fuerte de Puren, como hombre que habia andado muchas veces aquel camino: determinó irse él encubriéndose por los trigos grandes que habia en aquel camino pordonde habia de ir: siendo como eran mui altos, podia ir por ellos sin que le viesen. Yendo así caminando vido venir hacia sí un principal hijo del cacique y señor de todo el valle. Juan Gomez cuando lo vido y vió que el indio lo habia visto, porque no se alborotase, lo llamó por su nombre que se llegase a él, y se quitó un sayete de terciopelo morado con unos botones de oro y se lo dió, el cual tomó el indio de buena gana, diciéndole no dijese que le habia visto, le esperaria allí que le trajese algo de comer, porque tenia hambre: el indio le dijo que sí traeria y volveria luego; que le esperase allí y no tuviese miedo. Juan Gomez rescibió gran contento viendo que lo habia engañado y que no era cosa fiarse de él, fuése ácia donde vido un poco de monte y debajo el hueco de un árbol que estaba caido de tiempo atras y que era cenagoso lo de alrededor, mirando bien no pareciese su huella, se escondió dentro en aquel hueco. Esperando la noche, quiso su ventura que un soldado de Don Pedro se apartó de los demas que iban juntos. Como lo halló ménos mandó que lo fuesen a buscar: los que lo buscaban dieron algunas voces, a las cuales Juan Gomez, que estaba debajo el hueco del árbol, que las oyó, salió a ellas, e yendo ácia la parte que las habia oido, vido un soldado a caballo, que como lo vió se vino luego a él; este le tomó a las ancas y lo llevó a donde su capitan estaba, que se holgó en gran manera por haber sido instrumento para escapar a un soldado tan valiente y tan principal hombre: fuése luego a la Imperial con su jente. Los que estaban haciendo sus casas en Angol, como supieron la muerte de Valdivia retiráronse unos a la Imperial, otros a la Concepcion. Los que estaban en las minas sacando oro fueron luego avisados por los que de Arauco habian ido, que fueron los primeros que llevaron la nueva. Desta manera se recojieron las guarniciones que tenia Valdivia en los fuertes.

CAPITULO XVI.

De las cosas que hizo Francisco de Villagra despues que supo la muerte de Valdivia; y de como yéndola a castigar, lo desbarataron los indios.

Luego que Pedro de Villagra tuvo por cierta la muerte de Valdivia, envió un hombre a caballo por la posta que diese aviso a las justicias de la ciudad de Valdivia del suceso, y avisasen a Francisco de Villagra para que como principal persona viniese a poner el remedio que convenia. Con esta nueva salió de la Imperial Gaspar Viera y se dió tanta priesa a caminar, que en un dia anduvo veinte y cuatro leguas de mal camino.

Llegado con la nueva a la justicia, despachó luego otro que fuese en busca de Villagra, y le avisase de todo. Hallóle que andaba con cuarenta soldados visitando la comarca de la ciudad, que despues Don Garcia (1) le puso por nombre Osorno, para poblar en la parte que les pareciese un pueblo, por comision que Valdivia le habia dado, pues eran sus amigos todos y él los conocia, que poblase y repartiese como él quisiese, con tal que de los indios que les diese fuesen por confirmacion suya. Andando Villagra ocupado en esto, llegó la nueva. Luego mandó llamar a todos los que con él estaban sin saber ninguno lo que de nuevo habia, les dijo cómo Valdivia era muerto y de la manera que murió y de cómo le enviaban a llamar de la Imperial para que tomase a su cargo la defensa del reino; que él se queria partir luego a reparar las ciudades pobladas, y sobre todas la Concepcion, que tendria mas necesidad; y que si, lo que Dios no quisiese, Valdivia era muerto, quél sirviria a su Majestad hasta que otra cosa le mandase, y pues eran sus amigos, les rogaba cada uno hiciese lo mismo, y que si era vivo, justo era todos le fuesen a servir y ayudar en la necesidad presente. Respondiéronle hiciese su voluntad, que a todos hallaria propicios para lo que quisiese hacer.

Luego se partió para la ciudad de Valdivia, por el mes de hebrero de el año mill quinientos cincuenta y cuatro años. Allí fué recebido con grande amor de todos, que era en aquel tiempo Villagra bien quisto y amado en jeneral, solo por buenas palabras y honra, y era amigo de hombres nobles: con estas solas partes atraia los hombres a sí, aunque despues que fué gobernador por el Rei se mudó en costumbres y condicion. Luego otro dia en su cabildo Cristóbal de Quiñones, que habia sido escribano en Potosí, y al presente era justicia en Valdivia, hombre de negocios, dió órden como lo rescibiesen por justicia mayor y capitan jeneral, hasta tanto que su Majestad otra cosa proveyese, y esto condicionalmente si Valdivia era muerto.

Villagra hizo reseña de toda la jente que habia en aquella ciudad y halló ciento y cuarenta soldados bien en órden; de estos dejó sesenta, que le pareció bastaban para su defensa, y llevó consigo ochenta: con ellos se partió otro dia a la Imperial. Fué en ella rescebido con alegría increible: tenia Villagra en aquella ciudad sus casas y repartimiento de indios, que le andaban sacando oro en un cerro, mas de quinientos juntos. Estos como tuvieron nueva por sus vecinos de la muerte de Valdivia, luego se alzaron, y de los almocafres con que sacaban el oro hicieron hierros de lanzas, y toda la provincia hizo lo mismo. Villagra a todo esto tuvo buen ánimo, pareciéndole que castigando a los que a Valdivia habian muerto, lo demas todo se allanaria breve.

Despues de haber sido rescebido conforme al rescebimiento de Valdivia, les dejó a Pedro de Villagra por su teniente, lo que en Valdivia no quiso hacer sino a los alcaldes ordinarios. Despues de haber dado órden

---

(1) D. Garcia Hurtado de Mendoza, gobernador que fué de Chile.

con que Pedro de Villagra quedó contento, los dejó alegres y se partió con presteza a la ciudad de la Concepcion.

Yendo por sus términos caminando, no halló repartimiento alguno que le saliese a servir, todos los indios alzados. Llegado a la Concepcion, halló el pueblo mui triste y con mucho temor: con su llegada se alegraron y lo recibieron por su capitan jeneral. Luego comenzó a proveer todo lo que convenia para salir al castigo de la muerte de Valdivia: hizo pertrechos de armas y aderezó soldados de lo que cada uno tenia necesidad: y hecha reseña de toda la jente del pueblo, halló que tenia doscientos y treinta hombres, todos hombres de guerra: de estos sacó ciento y setenta, los mas bien aderezados y encabalgados, dejándoles al capitan Gabriel de Villagra, deudo suyo, por su teniente y capitan para las cosas de guerra que se les ofreciesen. Proveido esto, envió a Santiago testimonio de como era rescebido en las demas ciudades por justicia mayor, para que conforme a ellos le rescibiesen. El cabildo y vecinos no lo quisieron hacer, porque Valdivia habia nombrado en un testamento que hallaron cerrado, a Francisco de Aguirre que gobernase despues de sus dias, por virtud de una provision que tenia de el audiencia de los Reyes para que pudiese nombrar a quien le pareciese hasta tanto que su Majestad proveyese; y como Valdivia habia nombrado a Francisco de Aguirre ,no quisieron rescebir a Villagra, ántes enviaron a llamar Aguirre, que estaba en los Juries; porque Juan Martinez de Prado, a quien Villagra habia dejado en Santiago del Estero poblado en nombre de Valdivia, no reconociéndole superioridad alguna como hombre mal agradecido y perjuro, envió Valdivia a Francisco de Aguirre que se lo enviase preso y quedase él en el gobierno de aquella provincia, la cual apartaba de su gobernacion y le hacia merced del gobierno de ella, y para que mejor pudiese sustentarse y ser proveido de cosas de la mar, le daba la ciudad de Coquimbo, que él habia poblado, y la juntaba con lo demas con tanto que lo negociase con el Rei: con esta merced le envió mui contento. Llegado a los Juries, que tambien se llamaba Tucumá, prendió luego a Francisco Martinez de Prado y lo envió a la Concepcion, donde Valdivia estaba, y él se quedó conforme a la órden que llevaba gobernando aquella provincia; al cual los vecinos de Santiago enviaron a llamar como se ha dicho.

Volviendo a Villagra, concertada su jente, nombró por su maestro de campo al capitan Alonso de Reinoso, que lo habia sido en su compañía cuando de el Pirú partió hasta que entró en Chille, hombre de grande prática de guerra y de mucha expirencia por ser mui antiguo en las Indias y haber tenido siempre cargos. Llegado pues al rio de Biobio, pasó su campo por una barca. Puesto de la otra parte, con muchos indios que llevaba por amigos de los repartimientos que estaban de paz, llevando su maestro de campo el avanguardia, llegó a un valle que se llama Andalican. Haciendo allí dormida, salió el maestro de campo a cortalles las simenteras y arrancalles los maices, destruyéndoles todo lo sembrado. Otro dia luego partió el campo de Andalican y llegó a otro

valle que se llama Chivilinguo, donde despues de haber asentado para hacer dormida, salió el maestro de campo a cortalles los maices destruyendo todo el valle. Los indios en este tiempo de creer es que no estaban descuidados, que por espías que tenian en la Concepcion sabian por momentos todo lo que hacian y el dia que habian de pasar el rio: los cuales se hablaron por sus mensajeros tratando de pelear y defenderse; pues vian que estaban culpables, pues era cierto que la muerte de Valdivia la habian de querer vengar, pues iba por todos, que todos saliesen a la defensa, y pues habian como hombres abierto camino para su libertad, que se juntasen y gozasen de una gran victoria, y que demas della los cristianos traian buenas capas y mucha ropa, muchas armas y caballos, que todo se lo quitarian; y pues sabian que habian de entrar por el camino de Arauco, se juntasen en aquel valle, donde ellos pondrian bastimento para todos los que viniesen a hallarse en la guerra. Con esta plática, despues de habella comunicado entre sí los señores principales de el valle de Arauco, enviaron indios pláticos que lo tratasen en su nombre por toda la provincia con esta voz de guerra.

Persuadidos todos los comarcanos y aquellos persuadiendo a otros, se juntaron en el valle jente inumerable. Viéndose los principales juntos, señalaron capitanes menores dándoles número de jente a cada uno, y por principal de todos al señor de Arauco llamado Peteguelen, y acordaron de esperar a Villagra en una cuesta grande que hace al asomada del valle, un pequeño rio en medio de Arauco y de la cuesta: la cual cuesta está llana en lo alto della y se pueden bien manejar caballos. Y porque detras desta cuesta ácia la Concepcion habia otra áspera de monte y despeñaderos grandes ácia la mar, que batia al pié della, pusieron un escuadron grande, para que despues de rotos, como cosa que en su pecho tenian ganada, yendo los caballos y cristianos todos cansados, cerrándoles allí el paso los despeñarian y matarian. Y que un principal del valle llamado Llanganabal juntase todas las mujeres y muchachos con varas largas a manera de lanzas y se representase con ellos en una loma poco apartado de los cristianos, una quebrada en medio, que no los pudiesen reconocer, y que cuando comenzasen a pelear hiciesen muestra caminando que les iban a tomar las espaldas: que seria grande ayuda para desanimallos: y que enviasen avisar a los barqueros de Biobio, que luego como pasasen los cristianos echasen a fondo la barca, y todas las demas cosas en que pudiesen pasar que las quitasen; y que los indios que habian de pelear se estuviesen quedos. Despues de todas estas prevenciones, dieron órden a los capitanes que no acometiesen a los cristianos hasta que fuesen descubiertos. En aquel tiempo habia en la cuesta grandes pajonales, que entre ellos podian estar secretos hasta que llegasen mui cerca. De esta manera y con esta órden se fueron a poner en el puesto. Villagra, despues que hubo cortado las simenteras deste valle, sin hacer dilijencia de hombre de guerra, aunque lo entendia, y con habérselo dicho su maestro de campo, por lo cual despues nunca se llevaron bien, que él queria ir a descubrir el campo

adelante hasta el valle y entrada de Arauco y ver de qué manera estaba el camino: que no lo tenia por buena señal no haber visto indios, ni haber podido tomar lengua de como estaban e informarse de lo que les convenia hacer, Villagra lo estorbó diciendo que no habia necesidad de ello. Puestas sus centinelas para seguridad de el campo, durmieron aquella noche allí, estando los indios ménos de media milla de ellos sin hacer muestra ninguna de haber jente. Otro dia como fué amanecido tocaron las trompetas a partir. Puestos en sus caballos, cargados los bagajes, tomó el maestro de campo la vanguardia, la cuesta arriba llegó al llano donde los indios estaban, los cuales estuvieron quedos hasta que un perro que con ellos estaba les comenzó a ladrar; mirando ácia donde el perro ladraba, se levantaron y dieron una grande grita a su usanza atronando aquellos valles. Reinoso, viéndose con ellos a las manos, mandó subir el artillería y asestalla a un escuadron que mas cerca estaba; que aunque los indios se le mostraron no se movieron de su lugar. Los cristianos que a caballo estaban, rompieron con ellos y los echaron por una ladera abajo. En esto tuvo tiempo Villagra de subir con toda la jente, y juntos ciento y sesenta hombres bien armados, pelearon con gran determinacion, y el mismo Villagra le convino pelear y quitó del poder de los indios algunos cristianos que estaban en necesidad y perdidos, animando a los demas y llamando por sus nombres propios a cada uno, para que la vergüenza les hiciese ser mas valientes y pelear mejor, y ansí los rompió muchas veces. Mas los indios como tenian plática (1) de guardar aquella órden, se echaban por las laderas de la cuesta, y como los caballos llegados allí volvian, salian tras ellos a manera de juego de cañas; habiendo muerto muchos indios, se retiraron a su artillería. Fué cosa de ver una cuadrilla de soldados que peleaban a pié por no tener caballos que fuesen para pelear, estos acometian a los indios y hacian mui buenas suertes en ellos, y se retiraban cuando les convenia, con buena órden. Villagra volvió a romper con los indios, en cuya presencia un soldado llamado Cardeñoso, queriendo en público mostrar su determinacion y ánimo, se arrojó solo en un escuadron de muchos indios; peleando lo derribaron de el caballo y en presencia de todos lo hicieron pedazos sin podello socorrer. ¡Cosa de gran temor, cómo quiso este hombre desesperado acometer una cosa tan grande! Que cierto es de creer, si todos tuvieran su ánimo, hubieran la vitoria.

Para esta batalla hicieron los indios una invencion de guerra diabólica; que fué en unas varas largas como una lanza, ataban a ellas desde poco mas de la mitad un bejuco torcido, que sobraba de la vara una braza y mas, esta cuerda que sobraba era un lazo que estaba abierto, y de aquellos lazos llevaban los indios de grandes fuerzas cada uno uno. Estos hicieron mucho daño, porque como andaban envueltos con los cristianos, tenian ojo en el que mas cerca llegaba, y echábanle el lazo

(1) Otras veces pone *prática.*

por la cabeza, que colaba a el cuerpo y tiraba tan valientemente con otros que andaban juntos para efeto de ayudalles, que lo sacaban de la silla dando con él en tierra e lo mataban a lanzadas y golpes de porras que traian. Y ansí en una arremitida que hizo Villagra, lo sacó un indio de el caballo, y si no fuera tan bien socorrido lo mataran. Algunos indios se ocuparon en tomar el caballo y se lo llevaban a meterlo en su escuadron; mas cargaron tantos soldados sobre ellos que se lo quitaron y volvió a subir en él: y en otra arremetida que hizo, le dieron un golpe de macana en el rostro que lo desatinaron. Despues de habelles cansado los caballos por el mucho tiempo que habian peleado, Llonganabal, capitan de las mujeres y muchachos, comenzó a caminar haciendo muestra que iba a tomalles por las espaldas. Villagra se recojió a su artillería y mandó les tirasen algunas pelotas, entre tanto que se adelantaban los caballos: y conociendo que el escuadron que estaba de la otra parte de la quebrada iba caminando a sus espaldas, que era el camino que con el campo habia traido, entró en consejo de guerra tratando qué se podria hacer para no perderse. Estando en esta plática con algunos hombres principales, los indios se sentaron y descansaron comiendo de lo que allí les traian sus mujeres. Habiendo descansado un poco se levantaron tan determinadamente, que posponiendo todo peligro y temor, cerraron con los cristianos de tal manera, que les hicieron volver las espaldas. Los que peleaban a pié, que eran doce soldados, desamparados de los de a caballo, los hicieron pedazos, sino fueron algunos que acertaron a tomar caballos para huir; y ansí todos juntos bajaron la cuesta. Los indios les ganaron el artillería y toda la ropa que llevaban, siguiéndolos en el alcance hasta la otra cuesta que habian dejado a sus espaldas, donde hallaron un grande escuadron con muchos lazos, lanzas e otros muchos jéneros de armas, esperándolos en gran manera animosos. Como los vian venir desbaratados, llegados allí, como el camino era estrecho por donde habian de bajar, que aunque habia dos caminos ambos eran malos, allí al bajar los apretaron de manera, que por pasar los unos delante de los otros se embarazaban por respeto de illos alanceando y matando: y como los apretaban tanto, viéndose morir sin poder pelear, por bajar a lo llano se echaron por la ladera abajo, camino de peñas y malo para bajar a pié, cuanto mas a caballo: por allí abajo iban los caballos despeñándose, que era grande lástima para los que vian ansí ir, ellos por una parte y sus amos por otra llegaban abajo. Los indios como eran muchos estaban repartidos a todos los pasos donde podian hacer daño. Como llegaban al pié de la cuesta aturdidos y desatinados ¡tánto puede el miedo en caso semejante! con grandísima crueldad los mataban sin se defender: donde les fuera mejor morir peleando como murió Cardeñoso, que para ser tanto número era muerte incierta, que no huyendo entre jente tan cruel que a ninguno tomaron vivo.

Desde allí como hombres desbaratados cada uno huyó por donde pudo, camino de la Concepcion, sin tener cuenta con su capitan ni su capitan con ellos ¡tánto iban de medrosos! y fué su mohina tanta que parecia

fortuna hadada que a Villagra seguia y favorecedora de los indios, que por dondequieran que iban hallaban cerrados los caminos con madera y jente a la defensa puesta; en aquellos pasos mataron muchos cristianos y otros que por cansárseles los caballos murieron a manos de los enemigos que los iban siguiendo. No habia amigo que favoreciese a otro; y por no dejar sin gloria a quien lo merece ni es justo en toda suerte de virtud, diré lo que acaeció a un soldado llamado Diego Cano, natural de Málaga, y fué que andando Villagra peleando en la cuesta ántes que lo desbaratasen los indios, andaba un indio sobresaliente tan desvergonzado y tan valiente que con su ánimo y determinacion mucha causaba en los suyos acrecentamiento de ánimo por muchas suertes que hacia. Villagra viéndolo y no lo pudiendo sufrir llamó a este soldado Diego Cano, y le dijo: "Señor Diego Cano, alancéeme aquel indio." Diego Cano le respondió: "Señor jeneral, vuesa merced me manda que pierda mi vida entre estos indios, mas por la profesion y hábito que he hecho de buen soldado, la aventuraré a perder, pues tan en público vuesa merced me manda;" y puestos los ojos en el indio que andaba con una lanza peleando, y animando a los suyos, como lo vido un poco apartado de su escuadron en un caballo que traia bien arrendado y buen caballo, conforme a su ánimo que era de buen soldado, cerró con él: el indio se vió embarazado y turbado, que ni se reportó para pelear ni para retirarse, con una demostracion de querer huir. Diego Cano llegó a él, que ya se iba recojiendo ácia los suyos que venian en su defensa a paso largo, y dentro en sus amigos que le defendian con muchas lanzas, le dió una lanzada que le atravesó todo el cuerpo con grande parte de la lanza de la otra banda, y salió herido, aunque de las heridas no murió por las buenas armas que llevaba.

Pues volviendo a Villagra veinte hombres que iban par de él, viendo la desvergüenza que traian hasta treinta indios que lo iban siguiendo por tierra llana, les dijo: "caballeros, vuelvan a lancear aquellos indios." Ninguno se atrevió volver el rostro ácia ellos porque llevaban los caballos tan cansados y encalmados, que no se podian aprovechar de ellos, sino era para andar y poco a poco su camino. Iba entre estos caballeros un soldado portugues de nacion, natural de la isla de la Madera: este soldado con una yegua lijera en que iba revolvió a los indios, y con determinacion, en efeto, de valiente hombre lanceó dos indios; los demas pararon allí no osando pasar adelante; que en este lance y buena suerte que hizo este soldado demas de merecerlo, escaparon de ser muertos algunos que allí iban desanimados y perdidos. Poco mas adelante hallaron indios al paso de una puente que la defendian algunos por estar el camino estrecho de peñas y monte: mataron al capitan Maldonado sin que ningun amigo suyo lo socorriese, pudiéndolo hacer no siendo diez indios los que la guardaban; que como jente vencida no tenia cada uno tino mas que a salvar su vida. Murieron ochenta y seis soldados, principal jente que habian ayudado a ganar y poblar todo el reino, y entre ellos muchos hijosdalgo conocidos, como el capitan Sancino, Hernando

de Alvarado, Morgobejo, Alonso de Çamora, Alvar Martinez, Diego de Vega, el capitan Maldonado, Francisco Garces, que por la prolijidad no pongo los demas. De esta pérdida daban la culpa a Villagra diciendo que estaba obligado a recojer su jente aunque iban huyendo, pues eran en número ochenta hombres: mejor pasaran los pasos que les tenian tomados, todos juntos que no tan divididos y sin órden. Villagra se disculpaba diciendo que le convenia llegar al paso de el rio ántes que los enemigos lo tomasen; porque si llegaban primero que no él era imposible escapar ninguno, y que a esta causa no se podia detener. Caminando todo lo que pudo y sin órden llegó al rio al anochecer y a una hora de noche los mas tardios. Fué Dios servido que aunque los indios habian quemado la barca no miraron en unas canoas que tenian de su servicio, que son unos maderos grandes cavados por de dentro a manera de artesa, y en aquel hueco que en sí tienen pasan los rios por grandes que sean; de estas canoas hallaron cuatro en que comenzaron a pasar, dándose tan buena maña ¡cuánto puede el miedo en casos semejantes! que cuando amaneció ya estaban de la otra parte casi todos sin peligrar ninguno: que fué caso harto dichoso, porque si aquella noche cuando estaban pasando les acometieran cien indios, creyendo que eran mas y venian en su alcance, se perdieran todos. Aquel dia llegaron a la Concepcion tan maltratados que en jeneral les tenian lástima.

CAPITULO XVII.

De como Francisco de Villagra despobló la ciudad de la Concepcion y las causas que le movieron.

Llegado Francisco de Villagra a la Concepcion con ochenta soldados que llevaba maltratados y heridos, hizo una oracion al pueblo, diciéndoles el suceso que habia tenido y como era imposible sustentarse contra los indios segun estaban vitoriosos; mas que no embargante haber rescebido aquel infortunio, creyesen de él que no faltaria allí en público: que todos se animasen y aderezasen con sus armas para defender la ciudad, que a lo que él creia convenia ansí, porque era de entender con una vitoria tan grande habian de venir sobre ella.

Mandó luego hacer reseña de toda la jente que habia en el pueblo despues de los que con él escaparon. Habiéndolos visto a todos y que eran hombres mal armados y de caballos peor aderezados, y el mismo Villagra que lo habia todo de reparar, hacia esto con tanta tibieza que por ella se entendia las pláticas secretas que de ordinario traia con su maestre de campo Gabriel de Villagra, a quien habia dejado por su teniente, las cuales fueron de allí a poco descubiertas, y para mas poner en efeto su intencion, porque supo que en Santiago no le habian querido recebir, ántes habian enviado a llamar a Francisco de Aguirre, se dijo haber salido de su casa una nueva falsa, diciendo, muchos escuadrones de indios pasaban el rio de Biobio, la cual extendida por el pueblo,

y siendo el miedo que tenian grande por las muertes que habian visto, no esperando si era verdad o no, comenzó el pueblo a levantar una plática de hombres desanimados diciendo: que por la salud y conservar sus vidas, todo se habia de posponer, y que si se perdiese lo que tenian, era nada en comparacion de lo que se ganaba guardándose para otro tiempo mejor, y al presente irse a Santiago, desamparando aquella ciudad: y como estas razones salian de hombres medrosos, encarecian su perdicion conforme a sus ánimos e inficionaban a otros muchos; aunque los que eran hombres discretos, entendian que todo aquello debia salir de el capitan que lo mandaba, pareciéndoles que aunque quisiesen con palabras y obras irse a la mano no habian de ser parte. Conformábanse con los demas y vian que Villagra no hacia dilijencia alguna, ni recojia bastimento, ni reparaba parte alguna donde se recojiesen, ni proveia de enviar las mujeres a Santiago juntamente con la chusma, que era lo que un hombre de guerra habia de hacer; porque con este reparo y proveimiento sustentaba su presuncion, esperando lo que fortuna de él quisiera hacer y no desamparar una ciudad con tanta flaqueza sin ver lanza de enemigo enhiesta sobre ella, a fin de irse a rescebir a la ciudad de Santiago, como lo hizo ántes que Francisco de Aguirre viniese a tomar el gobierno. Todas estas cosas trataban despues los vecinos de aquella ciudad estando en Santiago, viéndose fuera de sus casas donde tan principal remedio tenian andando por las ajenas; pues extendido el miedo por la ciudad, comenzaron algunos hombres y mujeres a irse por el camino de Santiago unos tras otros; los que tenian caballos cargaban lo que podian en ellos, y los que no los tenian iban a pié.

Sabido esto, Villagra para que a él no le parase perjuicio en algun tiempo, mandó al capitan Gabriel de Villagra fuese al camino por donde iban, y ahorcase a todos los que se fuesen, el cual le envió a decir eran muchos los que se iban, mandase lo que fuese servido. Villagra con esta nueva juntó a los del cabildo y les dijo: que ya vian como desamparaban la ciudad, derribados los ánimos: que él tenia por cierto por lo que habia visto no se habian de poder sustentar, si de propósito los indios venian sobre ellos; que le parecia mejor ántes que sin órden, se fuesen una noche donde en los unos o en los otros sobreviniese algun caso adverso, seria mejor irse todos: los del cabildo le ayudaron a la voluntad que tenia. Luego se puso por obra, que fué gran lástima ver las mujeres a pié ir pasando los rios descalzas, aunque entre ellas hubo una tan valerosa que con ánimo mas de hombre que de mujer, con un montante en las manos se puso en la plaza de aquella ciudad diciéndoles en jeneral muchos oprobios y palabras de mucho valor; y tales que movieran el ánimo a cualquier hombre amigo de gloria o de virtud. Mas Villagra no curó de ello, aunque en su presencia le dijo: "Señor jeneral, pues vuestra merced quiere nuestra destruicion sin tener respeto a lo mucho que perdemos todos en jeneral, si esta despoblada es por algun provecho particular que a V.ª md. resulta, váyase vuesa merced en hora buena; que las mujeres sustentarémos nuestras casas y

haciendas, y no dejarnos ansí ir perdidas a las ajenas, sin ver por qué, mas de por una nueva que se ha echado por el pueblo, que debe haber salido de algun hombrecillo sin ánimo, y no quiera V. md. hacernos en jeneral tan mala obra." Villagra como estaba inclinado a irse aprovechó poco todo lo que esta señora llamada doña Mencia de los Nidos, dijo, natural de Extremadura, de un pueblo llamado Cáceres; que si esta matrona fuera en tiempo que Roma mandaba el mundo y le acaeciera caso semejante, le hicieran templo donde fuera venerada para siempre. Pues volviendo a los que iban caminando por tierra, dejando la ropa en sus casas perdida a quien la quisiere tomar, y en la casa de Valdivia la tapicería colgada y las camas de campo armadas, con grande cantidad de ropa y muchas mercaderías y herramientas, todo perdido, que ponia gran tristeza en jeneral a todos ver la destruicion que por aquella ciudad vino. Un vecino acertó a hallarse fuera en su repartimiento, este llegó a la ciudad, como fué despoblada, que aun no sabia su perdicion, y desde un alto vido andar los indios robando y saqueando lo que hallaban, quemando las casas. Visto su daño, tomó el camino de Santiago que llevaba Villagra. El cual despobló aquella ciudad por la órden que se ha dicho, habiendo cuatro años que la habia poblado Valdivia con mucho trabajo año de 1550. Fué en Santiago rescebido con grande descontentamiento de el pueblo.

CAPITULO XVIII.

De las cosas que hizo Villagra despues que despobló la Concepcion y llegó a Santiago

Despues de llegado Villagra a la ciudad de Santiago, juntó los de el cabildo y les pidió le rescibiesen como lo habian hecho las demas ciudades de el reino. Respondiéronle que Pedro de Valdivia habia nombrado a Francisco de Aguirre por su sucesor y no a él; y que por este respeto en cumplimiento de lo que el Rei mandaba, no habia lugar a rescebirle. Volvióles a decir con algunos que le ayudaban y eran hombres principales sustentando su parte, que despues de haber hecho Valdivia el testamento por donde nombraba a Francisco de Aguirre, hizo otro en que anulaba aquel, y que de ello daria fe su secretario Cardeña, que era el escribano ante quien se hizo, en el cual nombraba a Francisco de Villagra en el gobierno de el reino; y que este testamento Valdivia lo habia llevado consigo en un cofre pequeño, en donde tenia sus escrituras, y que a esta causa no parecia. Algunos hombres de ropa larga decian que aunque el nombrado fuese Aguirre, no habia lugar cumplirlo, por cuanto estaba fuera de el reino, y Villagra rescebido en la mayor parte de él. Anduvieron en estas pláticas algunos dias, hasta que le pidieron parecer de letrados, y para determinallo se juntaron el licenciado de las Peñas, natural de Salamanca, y el licenciado Altamirano, natural de Huete, a los cuales encomendaron determinasen este negocio. Villagra en cabildo, tratando de lo que convenia a su rescebimiento, estando en

ello acudieron sus amigos armados a la puerta de el ayuntamiento con palabras bravas y fieros que hacian, poniéndoles temor lo rescibieron contra su voluntad y por fuerza como hombre poderoso.

En este tiempo Francisco de Aguirre como tuvo nueva de la muerte de Valdivia, partió de los Juríes, y en llegando a Coquimbo envió a los del cabildo de Santiago, que pues él era lejítimo gobernador y sucesor en el gobierno por nombramiento de Valdivia, lo rescibiesen por su gobernador, llamándose señoría. Villagra porque no se le metiese en Santiago envió al camino quince soldados amigos suyos que estuviesen en guarnicion corriendo los valles y rompiendo los caminos, poniendo espías en la parte que les pareciese para que no pudiesen pasar cartas sin que las tomasen y se las enviasen; y si alguna jente viniese de Coquimbo, a quien llaman tambien la Serena, le diesen aviso. Francisco de Aguirre, teniendo plática de esta prevencion, puso ansímesmo otra guarnicion cerca de donde la tenia puesta Villagra, con la misma órden. Villagra se hallaba en aquel tiempo con doscientos hombres bien aderezados, que a muchos de ellos habia hecho amigos con esperanza que les daria de comer, que es dalles indios de repartimiento, en la ciudad de Valdivia; porque el gobernador Valdivia no habia repartido aquella ciudad, donde habia para todo; y como el interes atrae a sí las voluntades, los tuvo a todos por su parte. Aunque en Santiago Aguirre tenia principales amigos, estaba tan apoderado Villagra de todo, que no le podian favorecer mas de con el deseo.

Andando todos revueltos y desasosegados con aquella manera de discordia, trataron los de el cabido con Villagra y oficiales de el Rei, que para quitar de sí una confusion tan grande, que los dos letrados arriba nombrados, pues en el reino no habia otros bien informados de la causa, diesen parecer cual de los dos, Villagra o Aguirre, era lejítimo gobernador; y que este parecer aprobarian por apartarse de tomar las armas, cosa tan dañosa para todo el reino; y que los pareceres se enviasen a la audiencia de los Reyes, para que en ella, vistos por aquellos señores, proveyesen lo que mas conviniese al servicio de su majestad. Tratado con ellos en su acuerdo, el licenciado Altamirano dijo, que por servir al Rei y por la paz de el reino él daria su parecer. El licenciado Peñas dijo, que no daria parecer alguno si no se lo pagaban, y que en tal caso él lo estudiaria; y porque hubiese efeto le dieron luego en oro cuatro mill pesos, que son casi seis mill ducados: y para el efeto los mandaron meter en un navio, que estaba surto en el puerto, y que se hiciese con ellos a la vela dentro en el golfo, porque no dijesen que estaban oprimidos. Estos caballeros letrados dieron de parecer que Villagra debia gobernar y no Aguirre, por razones que para ello dieron, al dicho de hombres discretos no bastantes, pues era cierto que Aguirre tenia por el título de el testamento de Valdivia mejor derecho. Con este parecer volvió el navio al puerto, y traido a la ciudad de Santiago, despues de haberlo visto en su ayuntamiento, quedaron de guardallo hasta que de la audiencia de los Reyes viniese proveido lo mejor. Ya descansando algun tanto los unos y

los otros, retiraron las guarniciones que tenian puestas. En el mismo navio enviaron a informar a la audiencia de los Reyes de el estado de Chille, pidiendo que su alteza proveyese.

CAPITULO XIX.

De las cosas que hizo Villagra despues de ido el navio a los Reyes, y de lo que se proveyó.

Cuando Villagra vido alguna manera de quietud entre sus amigos y enemigos por el parecer que los dos letrados habian dado, quedando que aquello se guardase, trató de enviar un hombre por su parte que hiciese sus negocios e informase a los oidores cuanto convenia al bien de el reino que lo gobernase él, y fué un amigo suyo, oficial del rei, llamado Arnao Cegarra, natural de Sevilla. Con tres mill pesos que le dió le envió enel navio que estaba de partida para los Reyes; y en el entretanto, con la jente que tenia, quiso dar socorro a las ciudades Imperial y Valdivia; porque la ciudad Rica, como tuvo nueva de la pérdida de Villagra, se retiró a la Imperial, despoblando aquella ciudad: y para mejor hacer esta jornada, a muchos de los que con él habian de ir, que estaban sirviendo a otros en la ciudad de Santiago, los casó con algunas huérfanas y les dió indios. Usando de una cautela diabólica, como ántes lo debia tener pensado, hizo una exclamacion diciendo, que los repartimientos que daba y habia dado, en sí fuese ninguna la data para que la persona que en nombre del Rei viniese a el gobierno lo pudiese repartir y dar como le pareciese: diciendo que compelido de necesidad lo habia hecho para poder sustentar el reino, lo cual de otra manera a su parecer era imposible; aunque despues andando el tiempo se arrepintió, porque don García de Mendoza estando en el gobierno de Chille, por esta exclamacion que habia hecho Villagra, lo repartió y dió como él quiso y se han quedado con ello y quedarán para siempre conforme a la órden que se tiene en Indias. Y para mas granjear las voluntades a los que consigo habia de llevar, abrió la caja del Rei y sacó de ella diez y seis mill pesos: estos repartió entre los soldados que mas necesidad tenian, aderezándose para este efeto.

Año de 1555 años por el mes de enero salió de la ciudad de Santiago con ciento y sesenta hombres camino de la Imperial con gran cuidado, como por tierra tan poblada y de guerra. Llegó a la ciudad sin que supiesen de él, ni él de ellos, si estaban poblados o no, hasta que entraron por las puertas. Fué grande el alegría que rescibieron cuando fueron vistos y se presentaron en la plaza. Luego dieron aviso a la ciudad de Valdivia como habian llegado allí, y envió Villagra por su teniente el licenciado Altamirano con algunos soldados que (1) habia dado indios en ella.

---

(1) Por *a quienes.*

Despues de haber agradecido a Pedro de Villagra el trabajo que habia tenido y regocijádose con juegos de cañas, que a ninguno pareció bien, salió descansando pocos dias con número de cien hombres, se fué al asiento que habia tenido la ciudad de Angol, haciendo por aquellos llanos la guerra, quitando a los indios las simenteras hasta que llegó el otoño, que como esperaba nuevas de el Pirú, envió seis soldados que llegasen a los términos de Santiago y le trajesen nueva de lo que habia: y en el entretanto andaba hollando aquella comarca sin hacer fruto alguno, a causa de estar los indios tan vitoriosos y soberbios que toda cosa despreciaban. Vinieron los mensajeros sin nueva alguna mas de que todo estaba como lo habia dejado. Viendo que entraba el invierno y que no hacia allí efeto alguno se fué a Santiago con sesenta soldados, sus amigos.

Llegado a los Poromacaes, ques una provincia en mitad de el camino, supo que el mensajero que habia enviado a los Reyes era venido y que aquellos señores mandaban por el bien de el reino, y porque ansí convenia por evitar pasiones entre sus vasallos, que Villagra y Aguirre, ambos capitanes, licenciasen luego la jente que tenian y se fuesen a sus casas, y no se ocupasen mas en tener jente alguna a su cargo, ni hiciesen retencion de cargo alguno en sí, y que daban por ningunos los nombramientos hechos por los cabildos y por su gobernador Valdivia, y que los alcaldes ordinarios cada uno en su juridiccion administrase justicia. Luego que Villagra lo supo mandó quitar el estandarte, y a los que iban con él les dijo que él habia de obedecer lo que su Rei mandaba; que les rogaba cada uno se fuese a donde quisiese: quedándose con sus criados se fué a Santiago. Francisco de Aguirre cuando supo que le querian notificar la provision, respondió al que la traia ántes que se la notificase, que fuese a notificarla a Francisco de Villagra y no a él; aunque despues la obedeció y hizo lo mismo que Villagra.

Antes que estas cosas sucedieran tuvo Villagra una dilijencia por donde vino despues a ser gobernador; y fué que hizo una probanza como él la quiso ordenar, y con cartas de los cabildos envió a España a un hidalgo llamado Gaspar Orense, natural de Burgos, en que le pedian por gobernador: que lo negociase con el rei Don Felipe, y para su costo le dió seis mil pesos en oro que gastase. Con este recaudo navegó la vuelta de España, y diciéndole mal el viaje se ahogó a vista de Arenas gordas, que es cerca de Sanlúcar: algunas cartas salieron a tierra; y como la pérdida fué grande, y el armada llevaba gran cantidad de plata y oro, acudieron allí algunos mercaderes, y entre otras muchas cartas que salieron a tierra mojadas y perdidas, hallaron aquellas: estas fueron a manos de un deudo de Villagra, hermano de su mujer, clérigo de misa, llamado licenciado Agustin de Cisneros, el cual procuró favores de algunos grandes, y fué a negociar con su majestad, que estaba en Ingalaterra, la gobernacion; de manera que abrió la puerta para que adelante cuatro años el Rei se la diese: por aquí vino a ser gobernador, como adelante se dirá.

Pues volviendo a la provision que de el audiencia de los Reyes se trajo a Chille, presentada en la ciudad de Santiago la llevaron a la de Valdivia. Los que en ella estaban se holgaron con el buen proveimiento a causa que tenian a Villagra por hombre mohino, y que se le hacian mal las cosas de guerra.

CAPITULO XX.

De las cosas que acaecieron en este tiempo en la ciudad Imperial y ciudad de Valdivia.

Como tuvieron nueva los naturales de todo el reino de la pérdida de Villagra, y despoblada de la Concepcion, en jeneral se alzaron todos; y como eran tantos los que habia en los términos de la Imperial, Pedro de Villagra tuvo temor no viniesen a ponelle cerco por respeto de el mucho bastimento que habia en el campo, aunque en aquella coyuntura se halló con buenos soldados y caballos, mas todo era nada si los indios con ánimo de hombres, como habian hecho lo demas, quisieran hacer aquella jornada: y por creballes esta voluntad entendió era necesario hacelles la guerra en sus casas, porque no tuviesen tiempo de venir a las de la ciudad. Anímabale mucho para poderse sustentar ver se llegaba el invierno, y para ponelles temor y dalles a entender que no solo tenia ánimo para sustentar el pueblo, mas aun para destruillos, salió de la ciudad, no para hacer parada, sino correr la tierra, quemándoles las casas con la comida que dentro en ellas tenian, y a los indios que tomaban los alanceaban: tan encarnizados andaban que a ninguno perdonaban la vida. En este tiempo tenian unos perros valientes cebados en indios ¡cosa de grande crueldad! que los despedazaban bravamente: hacíales la guerra la mas cruel que se habia hecho. De esta manera desbarató algunos fuertes que los indios hicieron para defenderse, entrándolos por fuerza, peleando; de tal manera los mataban, que viendo su destruicion andaban huyendo, que no sabian en donde se meter ni que hacer: y una vez que se metieron en una isla que habia dentro de una laguna, repartimiento de Pedro de Olmos de Aguilera, vecino de la Imperial, tomándola para su reparo, entró Pedro de Villagra en ella con muchos indios que llevaba por amigos, y perros, los cuales mataron tantos indios, que con los ahogados pasaron de mill personas a lo que despues se supo; que parecia su pretension era destruillos y que no quedase indio vivo para estar ellos seguros. Por la órden dicha les hizo la guerra aquel verano, y el invierno, retirado a la ciudad, salia con cuadrillas y les hacia el daño posible, andando fuera diez dias mas o ménos, como la suerte se le ofrecia, hasta que llegó el verano.

Los indios como les habian quemado sus casas y los bastimentos que tenian, y ellos andaban en borracheras y banquetes, despues de haber gastado lo que quedádoles habia, cuando vino el tiempo de la simentera no tuvieron que sembrar, y si algo tenian no osaban de temor que los

tomarian labrando la tierra. Juntóseles otro gran mal con este, que entrando la primavera les dió en jeneral una enfermedad de pestilencia que ellos llamaban chavalongo, que en nuestra lengua quiere decir dolor de cabeza, que en dándoles los derribaba, y como los tomaba sin casas y sin bastimentos, murieron tantos millares que quedó despoblada la mayor parte de la provincia; que donde habia un millon de indios no quedaron seis mil : tantos fueron los muertos que no parecia por todos aquellos campos persona alguna, y en repartimiento que habia mas de doce mill indios no quedaron treinta. Vínoles otro mal allende de este, que los que escapaban que eran pocos, teniendo algunas fuerzas, como no tenian que comer, se comian los unos a los otros ¡cosa de grande admiracion! que la madre mataba al hijo y se lo comia, y el hermano al hermano; y algunos hacian tasajos, y les daban un hervor en algunas ollas con agua de arrayan, y despues puestos al sol y secos los comian, y decian hallarse bien de aquella manera. Andaban los indios en aquel tiempo tan cebados en carne humana, que traian la color del rostro tan amarilla, que por ella eran luego conocidos. Algunos indios de junto a la ciudad y a la costa de la mar, con el pescado y marisco se sustentaron, aunque no dejó de alcanzalles parte; y otros que tenian amistad en la ciudad con los cristianos y servicio, con la limosna que les daban, pidiéndolo ellos por amor de Dios, con una cruz en la mano, que la necesidad y el tiempo les dió a entender que les convenia ansí, se sustentaban y vivieron muchos.

En la ciudad de Valdivia se alzaron ansímismo los naturales de ella, hízoles la guerra el licenciado Altamirano un año que la tuvo a su cargo, desbaratándoles muchos bucaranes (1), haciendo en ellos gran castigo. Estos indios por respeto de tener montes en sus términos donde se recojian, no hubo tantas muertes como en la ciudad Imperial, aunque en ellos hubo la pestilencia que en los demas. Quedó Altamirano por la buena órden que tuvo en las cosas de guerra reputado por buen capitan para podelle encargar cosas grandes.

Estando la guerra de estas ciudades en este paso, llegó la provision de el audiencia de los Reyes a quien el reino de Chille estaba en aquel tiempo sujeto, en que mandaba los alcaldes administrasen justicia cada uno en su juridiccion, y que ponian la tierra en aquel ser y punto que estaba cuando Valdivia murió. Con este proveimiento los alcaldes tomaron toda cosa a su cargo. Sucedió una cosa en aquel tiempo que por ser notable la quiero escrebir. Cuando se alzaron los indios de la ciudad de Valdivia tomaron una mujer negra de un vecino llamado Estéban de Guevara: esta negra llevaron a la ribera de un rio y la ataron de piés y manos, tendida a lo largo le echaban cántaros de agua encima y con arena la fregaban con toda el aspereza a ellos posible, creyendo que la color que tenia no era natural, sino compuesta; y desque vieron que no podian

(1) *Bucaranes*, estancias, rancherías de indios.

quitalle aquella color negra la mataron, desollándola como jente tan cruel; y el pellejo lleno de paja traian por la provincia. Todo lo dicho acaeció en estas ciudades dichas año de 1556 años, que despues acá ha hecho y hace grande lástima ver aquellos hermosos campos fértiles y frutíferos, despoblados. ¡Plega a Dios sea servido que en su santísimo nombre y servicio se pueblen de cristianos dando gracias a su Criador!

CAPITULO XXI.

De lo que acaeció en la ciudad de Santiago despues que Villagra dejó el cargo de capitan jeneral.

Entendido por los vecinos de la Concepcion que los señores de el audiencia de los Reyes mandaban volviesen a poblar aquella ciudad, y que las justicias de la ciudad de Santiago les diesen todo el favor y auxilio necesario, viéndose por casas ajenas, acordándose que en las suyas eran servidos y estaban sin necesidad, para ponello en efeto se comenzaron aderezar y con ellos algunos soldados que quisieron ir en su compañía a los cuales les ayudaron con dineros; porque yendo mas jente, mas efeto tendria su jornada. Los oficiales de el Rei que en Santiago residian, les prestaron ocho mill pesos obligándose por ellos al Rei. Con esta ayuda y con lo que ellos pudieron juntar, se hallaron setenta hombres bien aderezados, y para mejor efeto, llevaron un navio con las cosas pesadas de su servicio y bastimento.

Puestos en camino a la lijera, llegaron a la Concepcion y reconocieron sitio en donde hacer un fuerte pareciéndoles estaba a propósito un lugar alto que señoreaba el pueblo y eran casas de un vecino llamado Diego Diaz, lo repararon luego, y en él todos juntos residian. Los indios de la comarca les salieron a dar la paz y servilles de todo lo que les mandaban hasta tiempo de dos meses. En este tiempo reconocido el número de jente que era y la defensa que tenian, se concertaron servilles mui mejor para descuidallos. El capitan que tenian era un hidalgo llamado Juan de Alvarado, montañes, a quien Villagra habia dado un repartimiento de indios en aquella ciudad: teníanle por su capitan para las cosas de guerra, que en lo demas los alcaldes conforme a la provision que tenian hacian justicia; porque yendo caminando un soldado pobre con otro como él, se revolvieron con un soldado principal y le dieron ciertas lanzadas que de ellas sanó breve: con el primer ímpetu el uno de los alcaldes, llamado Francisco de Castañeda, prendió al uno dellos, el mas culpable, y lo mandó luego ahorcar.

El capitan Alvarado despues que hizo asiento en la parte dicha, salió a visitar los repartimientos con quince hombres. Los indios todos conforme a lo que entre ellos estaba concertado, le sirvieron y dijeron harian lo que les mandase; y ansí vinieron a la Concepcion a ver a sus amos y servilles debajo de la cautela que tenian ordenada, la cual el capitan no entendió por no tener tanta plática de guerra, aunque la habia

seguido con Villagra. Vuelto pues a la Concepcion, un dia víspera de Santa Lucía por la mañana, año de 1556, que para aquel dia y tiempo por la órden de la luna (que es la cuenta que ellos tienen, a tantos de creciente o a tantos de menguante, por ella se entienden), se juntaron todos los indios de guerra comarcanos y otros muchos con ellos. Hablados y repartido capitanes, como cosa que ya tenian en su pecho concebida la vitoria, se mostraron por una loma rasa bajando ácia la ciudad doce mill indios y mas con muchas varas largas y gruesas como la pierna: con ellas hicieron luego un fuerte en donde estar reparados, hincándolas en tierra atravesaban otras entre aquellas, y con muchos garrotes tan largos como el brazo y menores, que de ellos trajeron muchas cargas, y con sus lanzas largas y arcos y grande cantidad de flechas, armados con unos pedazos de cuero de lobo marino cudrio (1) y grueso, que a manera de coracinas les defendia el hueco del cuerpo; y platicado entre sí de la manera que pelearian tomaron esta órden: que hecha la palizada, cuando los cristianos viniesen a romper en ellos, pues eran tan pocos, disparasen los garrotes a las caras de los caballos arrojadizos, y que siendo, como eran, muchos, dándoles tanta lluvia de palos en las caras y cabezas, harian mucho efeto para que no osasen llegar a ellos: que esta era toda la fuerza que los cristianos tenian; y que si los caballos viniesen tan armados que no tuviesen temor a los muchos garrotejos que les tirarian y los rompiesen, se recojerian a la palizada que tenian hecha, pues detras della tenian una quebrada, que aunque era pequeña los hacia fuertes, y que desta manera comenzarian su pelea; pues era cierto que los cristianos, en viéndolos, habian de salir a pelear con ellos, y que si los desbaratasen en la primera refriega, tuviesen entendido que en ninguna parte otra tendrian defensa; y si no los desbaratan, como entendian, por lo ménos los dejarian medrosos, y los caballos con temor para no osar llegar mas a ellos: y pues les tenian tomados los caminos, diciéndoles mal, los acabarian en ellos de matar; y que si iban al navio que en el puerto tenian, por lo ménos les habian de dejar los caballos y ropas. Esta plática y órden de guerra tuvieron, sin haber hombre señalado entre ellos mas de su behetría, a manera de república; porque estos indios, si tuvieran señor a quien obedecer, en jeneral fuera conquista mui trabajosa.

Los cristianos, despues de haberlos reconocido, tratan la órden que tendrán para pelear y defender todo lo que tenian en tierra: unos contradecian a otros, porque decian que el servicio de mujeres, que son indias de la provincia, y algunos yanaconas con las ropas se fuesen al navio: otros que no, porque los indios no se animasen y lo tomasen, como eran tan supersticiosos, por buen pronóstico de fortuna; sino que se apeasen parte de ellos para pelear, pues estaban en tierra llana; y que si los indios se recojiesen a la palizada que tenian hecha, con los arcabuces

---

(1) Por *crudo*.

los desbaratarian, y los que tenian buenos caballos rompiesen todos a un tiempo, teniendo cuidado de socorrer a los de a pié. De esta manera fué el capitan Alvarado ácia los enemigos, en una loma sin monte, junto a la ciudad, los cuales, llegando a romper, dispararon en ellos una gran tempestad de garrotejos, dándoles por las caras y cabezas de los caballos los hacian remolinar, y si algunos pasaban adelante, les ponian las lanzas a su defensa, y por los dos lados de la palizada. En este tiempo que peleaban salieron dos mangas de muchos indios con muchas lanzas, estos derribaron cuatro cristianos, y entre ellos a Pedro Gomez de las Montañas, buen soldado, sin que se los pudiesen quitar, los hicieron pedazos. Los cristianos de a pié pelearon con la frente de la palizada, y los indios que la estaban defendiendo que no llegasen a entralles, hirieron a Francisco Peña, valiente soldado, de dos lanzadas en la cara, y dándoles otras muchas heridas. Con los cuatro cristianos que habian muerto cobraron tanto ánimo, que sin hacer caudal de el fuerte que tenian salieron de tropel y los llevaron a espaldas vueltas hasta metellos en el fuerte que tenian hecho. Reconociendo que les tenian miedo, viendo como ya huian al navio, los acometieron dentro de su propio fuerte, en la cual entrada pelearon y les mataron muchos indios, derribándolos con las lanzas a los que intentaban entrar. Estaba entre los cristianos un clérigo, natural de Lepe, llamado Hernando de Abrigo, valiente hombre, junto con un soldado de Medellin llamado Hernando Ortiz: para animar a los demas salieron de el fuerte con intencion de trabar nueva pelea con los indios; a estos dos hombres valientes les tomaron la puerta, cercados por todas partes peleando, despues de haber muerto muchos indios, los mataron a lanzadas. Viendo los demas que no podian dejar de perderse, salieron de conformidad por una ladera abajo ácia la mar, y los que estaban a pié lo mismo; los indios los fueron siguiendo hasta el llano de la mar, que mas adelante no osaron, por ser tierra llana y parte que no tenian defensa para caballos, aunque de los que iban a pié mataron seis cristianos al pasar de un rio pequeño que allí habia. Francisco Peña, natural de Valdepeñas, como estaba tan mal herido de las lanzadas que en la palizada le habian dado, se fué al navio; pudo llegar a tiempo que le tomaron en el batel. Diego Cano, natural de Madrigal, quiso irse al navio; cuando llegó a la playa vido el batel que iba a lo largo; despues de haberlo llamado, como vido que no queria volver, porque iba mui cargado, pareciéndole que mas seguro camino era para salvar su vida aquel, dió al caballo de las espuelas y se metió por la mar adelante nadando tras el barco ¡tanto puede hacer el miedo en casos semejantes! Los del batel cuando le vieron venir, porque no se perdiese le esperaron y tomaron consigo; el caballo, desechado su señor de sí, se volvió a tierra y siguió a los cristianos que huian. Los indios siguieron a los demas hasta metellos en el camino de Santiago; allí los dejaron por volver a gozar del despojo, entendiendo que los que estaban a la guarda del camino los acabarian de matar. Los que iban huyendo, en solo aquello pláticos, tomaron otro camino por la costa de la mar que no era tan

usado, aunque tambien lo hallaron cerrado, cortandolos árboles grandes que junto a él estaban, estos cayendo en medio lo cerraban de tal manera que no podian pasar; allí los hallaban con sus lanzas a la defensa. Ayudóles mucho ir todos juntos para pasar estos pasos, que aunque mataron algunos, los mataran a todos.

De esta desdicha y mala órden decian en Santiago se tenian ellos la culpa, y les fué bien merecida la pena, querer poblar una ciudad setenta hombres, que ciento y treinta la habian despoblado, sin tener fuerte bastante, careciendo de artillería y arcabuces: y cierto el suceso que tuvieron en la ciudad de Santiago por algunos hombres que lo entendian les fué dicho, consideradas todas las cosas, que se habian de perder. Murieron en este recuentro y alcance diez y nueve soldados: los demas que escaparon llegaron a Santiago como jente desbaratada. Los que estaban en el navio, vista su perdicion, hicieron vela y se fueron al puerto de Valparaiso donde habian partido. Decian que Villagra no mostró pesarle de este desbarato, diciendo que él despobló teniendo tino a lo de adelante, porque de él dependia todo, y por no perder mas de lo perdido se retiró con tiempo, ántes que queriendo no pudiese.

CAPITULO XXII.

De como vino de el audiencia de los Reyes proveido Villagra por correjidor de todo el reino, y de lo que hizo.

Como fueron llegados los vecinos de la Concepcion a la ciudad de Santiago tan desbaratados y perdidos, llegó luego desde a poco un mercader llamado Rodrigo Volante que venia del Pirú. Este trajo a Villagra una provision de el audiencia de los Reyes, en que aquellos señores le nombraban por correjidor de todo el reino. Recibióse en el cabildo conforme a la órden que se tenia, y a su proveimiento tuvo ansímesmo nueva del mercader como su majestad habia proveido en España a Gerónimo de Alderete por gobernador, sabida la muerte de Valdivia, y héchole mucha merced, en que le habia dado un hábito de Santiago y título de adelantado; lo cual Villagra no podia disimular sin que diese a entender el desgusto que rescebia; porque esperaba que Gaspar Orense le negociaria la gobernacion para él como atras se dijo.

Estando en Santiago tratando en estas cosas y otras, los indios de Arauco viendo los buenos sucesos que habian tenido en la guerra, se levantó entre ellos un indio llamado Lautaro, mancebo belicoso. Este ensoberbecido con otros como él, se juntaron número de trescientos indios, e informados de la disposicion de la tierra, sabiendo por mensajeros la voluntad que tenian los indios de Santiago para alzarse, tomaron aquel camino con intencion de hacer mal a cristianos en todo lo que pudiesen. Caminando cada dia se le juntaban mas, entendida la demanda que llevaba, y teniendo plática que en el rio de Maule sacaban oro algunos

cristianos, bien descuidados, llegaron una noche sobre ellos y al amanecer dieron en el asiento que tenian. Levantando una grita como lo suelen hacer, los mineros salieron huyendo: de estos mataron dos, los demas se escaparon por el monte: los muertos no eran hombres de cuenta. Tomas ron algunas mujeres indias de la tierra que tenian de su servicio, y toda la herramienta con que sacaban el oro. Con esta presa el Lautaro, como era ladino en su lengua, hizo una oracion a los indios que allí estaban, enviándolos por mensajeros a sus caciques que de su parte les dijesen, [que] él habia venido a aquella provincia para quitallos del trabajo en que estaban: que les rogaba se viniesen a él llamando a sus comarcanos, porque tenia deseo de les hablar a todos juntos y tratar en cosas de su libertad.

Llegada y extendida la nueva por la provincia, vinieron muchos principales e indios a ver jentes que tan grandes vitorias habian tenido de cristianos. Estando todos juntos, el Lautaro tocó la trompeta que traia de las que en la guerra habia ganado: despues de habella tocado subió en su caballo, y puesto en medio de todos, porque le pudiesen mejor ver y oir, les comenzó a hacer una oracion con palabras recias y bravas, poniéndoles por delante la miseria y cativerio que tenian, y que él movido de lástima habia salido de su tierra a procuralles libertad; y pues vian cuan oprimidos estaban, tomasen las armas y se juntasen todos, que con la órden que él les daria no dudasen de pelear; porque convenia ansí para alcanzar su deseo, y que echarian a los cristianos de toda su tierra; pues ellos eran hombres y tenian tan grandes cuerpos como otros indios cualesquiera con sus piés y manos libres; en que les podian ellos hacer ventaja, pues todos eran unos y parientes antiguos, y que bien habian sabido las muchas vitorias que los indios de Arauco habian tenido de cristianos, y como se habian libertado con las armas, que les rogaba las tomasen y enviasen mensajeros los unos a los otros para que todos con una voluntad tomasen aquella guerra. Los indios animados con esta plática que les hizo el Lautaro, le dieron por respuesta que en todo lo que les mandase le obedecerian y harian su voluntad y le agradecian mucho el trabajo que habia tomado por su remedio.

Luego el Lautaro tomó plática de la tierra, y reconociendo la disposicion que en sí tenia, llegó a un llano donde les mandó, por ser lugar conveniente, que con las herramientas que tenian hiciesen un foso conforme al lugar que les señalaba cercado de hoyos grandes a manera de sepulturas, para que los caballos no pudiesen llegar a él; y ansímesmo les dió órden que trajesen bastimentos para todos, repartiéndolo entre los señores principales por su órden; y como era hombre de guerra les dijo que no tuviesen duda, sino que los cristianos en sabiendo que estaban allí, habian de venir a pelear con ellos, y que peleando a su ventaja, como las demas veces lo habian hecho, tendrian cierta la vitoria; diciéndoles que los cristianos, aunque eran valientes, no sabian pelear ni tenian órden de guerra, y que andaban tan cargados de armas que a pié luego eran perdidos: que la fuerza que tenian era los caballos y que para

pelear con ellos en aquel fuerte, de necesidad los habian de desamparar y pelear a pié.

Francisco de Villagra tuvo luego nueva de lo que el Lautaro hacia; que parecia los indios le tenian tan ganada su fortuna, que lo venian a buscar, y para reparo de lo que podian hacer, envió a Diego Cano con veinte hombres a caballo. Los indios pelearon con él al paso de una ciénega en un monte y le mataron un soldado; Diego Cano se retiró a mejor puesto: los indios desollaron el muerto, y lleno el pellejo de paja, lo colgaron en el camino, de un árbol.

Extendida esta nueva por la provincia, tomaron mas reputacion. Villagra que lo supo envió al capitan Pedro de Villagra que en la ciudad Imperial habia sido su teniente, hombre plático de guerra, porque se venia alzando la provincia, con treinta y cuatro soldados. El Lautaro como tuvo la nueva se recojió a su fuerte, y mandó que no les estorbasen el caminar, sino que los dejasen llegar a donde él estaba y que cuando tocase la trompeta saliesen a pelear por las partes que le señalaba, y cuando la volviese a tocar se retirasen. Con esta órden esperó lo que Pedro de Villagra haria: el cual llegó y se puso a caballo con toda su jente en un alto junto al fuerte, y mandó a quince soldados se apeasen y llegasen a reconocer de la manera que estaba: con estos se apearon otros que no se quisieron quedar a caballo. Los indios los dejaron llegar y desque estuvieron junto al fuerte, tocando su trompeta salieron por dos partes como les estaba señalado, tomándolos en medio pelearon lanza a lanza; los cristianos mataron a algunos con los arcabuces. Allí fué cosa de ver un soldado esclavon de nacion pelear tan bravamente, que al indio que con su espada alcanzaba, lo cortaba de tal manera, que si le daba por la mitad de el cuerpo, lo cortaba todo, y al respeto por cualquiera otra parte, llamado de nombre Andrea, valentísimo hombre; de tal manera peleaba que aunque quebró su espada, no osaban los indios llegar a él ¡tanto temor le tenian!

Viendo Pedro de Villagra que no se hacia efeto y que le herian la jente, los comenzó a retirar. Los indios que serian número de seiscientos, vinieron tras ellos con tanta determinacion que a un soldado natural de Zamora llamado Bernardino de Ocampo, que habia peleado con una espada y rodela valientemente, teniendo ojo en él, llevaba su rodela a las espaldas porque le guardase aquel lugar de las flechas, un indio le alcanzó y le asió de la rodela con tanta fuerza que quebrantó la correa con que iba asida, la sacó y se la llevó. Pedro de Villagra se retiró tanto como un tiro de un arcabuz que era ya tarde, y otro dia con nueva órden volver a pelear. El Lautaro conociendo que estaba allí perdido, se salió aquella noche del fuerte y se fué al rio de Maule diciendo, que él habia visto la dispusicion de la tierra y que era a propósito para hacer la guerra por ser abundosa de bastimentos; animando a los principales, dijesen que compelidos no habian podido hacer ménos, porque el Lautaro no los destruyese.

Pedro de Villagra fué luego por la mañana a ver el fuerte. No los

hallando en él, se informó iban la vuelta de Maule y no los podian alcanzar; porque iban para su seguridad por el camino de el monte y malos pasos para caballos, se volvió a la dormida: despues de haber hablado a algunos principales, se fué a Santiago. En la cual jornada, entre los émulos que tenia, perdió de la reputacion en que estaba de hombre de guerra.

Francisco de Villagra luego a la primavera, como vido que no habia movimiento alguno en los términos de Santiago, se determinó ir a la ciudad de la Serena, porque de aquella ciudad por muchas cartas le enviaban a llamar, diciéndole que para la quietud de el pueblo convenia residiese algunos dias allí. Villagra, a lo que se entendia de él, lo deseaba, porque Aguirre era hombre bravo y de grande ánimo, y le pesaba mucho sufrir mayor: por este respeto se fué a Copayapó (1) para estarse en aquel valle miéntras Villagra tuviese mando. Villagra salió de Santiago con treinta soldados, sus amigos, aunque en el camino tuvo algunas armas, diciendo Francisco de Aguirre venia a meterse en la Serena ántes que él entrase, que todo fué echadizo, supo cierto estaba en el valle de Copayapó. Llegado que fué al pueblo, le envió a rogar viniese a su casa, porque de su estada allí tanto tiempo los indios eran vejados, y que por el bien de ellos y descargo de su conciencia estaba obligado a decírselo; Aguirre como en su pecho tenia determinado de no verse con hombre que tan odioso era para él su nombre, lo entretenia con razones aparentes en su descargo. Viendo que en tres meses que habia estado en el pueblo no podia persuadirle viniese a él, se determinó personalmente ir allá, y si lo esperara en Copayapó castigallo por justicia, porque tenia consigo jente la que habia menester, y mas la voz del Rei que llevaba. Por otra parte, si Aguirre no lo esperaba, y se retiraba a los Diaguitas o Juríes, era imposible venir a sus manos.

En este tiempo que trataba de la partida, llegó por el despoblado un soldado, que lo enviaba el marques de Cañete, visorei del Pirú, en que les hacia saber la muerte de Gerónimo de Alderete, y que en esta ausencia habia proveido por gobernador de Chille a Don García de Mendoza, su hijo. Aguirre recibió la carta de el marques, y escribió a Villagra diciéndole mirase como eran tratados, porque en el sobreescrito decia: "Mui noble señor." Villagra calló al sobreescrito de su carta, diciendo que de cualquier manera que el señor visorei le tratase era mucha merced que le hacia, y ansí salió a rescebir al mensajero una milla de la ciudad con trompetas; y despues de ser informado de todo lo demas que quiso, le mandó dar quinientos pesos en un pedazo de oro; y porque estaba un navio en el puerto de aquella ciudad y de partida para el Pirú, no quiso ir a la ciudad de Santiago, sino volverse al Pirú, pues llevaba respuesta de su embajada. Villagra escribió al visorei, y a Don García, su hijo, y se volvió a Santiago con la jente que tenia y

(1) El MS. otras veces pone *Copiapó*.

con los que le quisieron seguir. Subió a la ciudad Imperial para dar nueva de lo proveido para Chille.

Despues de haber caminado cien leguas, y llegado y tratado lo que el visorei le escrebia, y proveido tenientes de correjidor para en cosas de justicia sobre los alcaldes, se volvió por el camino que habia llevado hasta el rio de Maule. Pasando su camino por los Promacaes (1) topó con el capitan Juan Godiñez, que iba con veinte hombres en busca de Lautaro; porque este indio, llegado que fué a su tierra, dió nueva de la fertilidad de Santiago, y de la voluntad que habia hallado en los indios para echar de su tierra a los cristianos: con esta nueva se le juntaron muchos indios valientes y briosos, con los cuales dió vuelta a los términos de Santiago, y desasosegaba aquella provincia.

Pues como se topó Villagra con Juan Gudiñez, despues de informado de la tierra que Lautaro tenia, y donde al presente estaba, caminaron juntos a dar sobre él, con guias que los llevaron por buen camino toda la noche, y a la que amanecia llegaron a un carrizal, donde estaba con sus indios bien descuidado y durmiendo; porque fué tanta la presteza que llevaron caminando, que el Lautaro no pudo tener aviso. Luego se apearon cincuenta soldados con los indios que llevaban por amigos, y dieron en ellos. Los de guerra tomaron las armas para pelear: hallándose cercados de cristianos pelearon con grande determinacion, dando y recibiendo muchas heridas. El Lautaro quiso salir de una choza pequeña donde estaba durmiendo, y fué su suerte que un soldado, hallándose cerca sin lo conocer, le atravesó el espada por el cuerpo. Los indios, viéndose sin capitan ni trompeta que los acaudillase, pelearon tan valientemente sin quererse rendir, que un soldado, hombre noble, llamado Juan de Villagra, queriendo temerariamente entrar en ellos al pasar de una ciénega, confiado en un buen caballo que llevaba, fué muerto en presencia y a vista de muchos, que aunque quisieron dalle socorro no lo pudieron hacer. Murieron en este asalto mas de trescientos indios, sin otros muchos rendidos y castigados.

Quedando aquella provincia castigada y puesta en quietud se fué a Santiago, donde estando bien descuidado oyendo misa en San-Francisco, le llegó una carta, en que por ella le decia un estanciero que residia cerca de Santiago, habia llegado a su asiento un capitan con muchos soldados, y que traian arcabuces y otras muchas armas, y que decian [que] Don García de Mendoza quedaba en la ciudad de la Serena. Luego tras esta carta llegó a la ciudad de Santiago Juan Ramon, que venia por maestro de campo, y traia consigo treinta hombres, con órden de recebirse en nombre de Don García en aquella ciudad. Fuése apear a las casas de Villagra, y envió a San-Francisco a un hidalgo llamado Vicencio de Monte, natural de Milan, a quien Valdivia habia hecho vecino en la Concepcion. Este entró en la iglesia, y despues de habelle saluda-

(1) El MS. pone unas veces *Poromacaes*, otras *Porumancaes* y algunas *Promacaes*.

do, le dijo que el capitan Juan Ramon seria breve allí, dejándolo en sus casas, que son mañas secretas que muchos hombres tienen. Despues que oyó misa se fué a su casa, en donde lo estaban esperando: llegado a la puerta le salió a recebir Juan Ramon, y le dijo traia órden de Don García de Mendoza que su merced mandase juntar el cabildo, y todos juntos verian los poderes que de el marques de Cañete, visorei del Pirú, traia, y los que a su hijo Don García habia dado de gobernador de Chille. Juntos en cabildo rescibieron a Juan Ramon, en nombre de Don García, por poder suyo. Luego que fué rescebido prendió a Villagra, y le puso guardas porque no hablase con él ninguna persona; y otro dia, luego por la mañana, lo llevó a la mar y embarcó en un navio que para el efeto Don García desde la Serena habia enviado, y lo entregó al maestre, que se hizo a la vela con él. De esta manera acabó Villagra su representacion de fortuna, tan contraria cuanto le habia sido favorable para traelle siempre en cargos honrosos.

CAPITULO XXIII.

De como Don García de Mendoza entró en Chille, y rescebido por gobernador, las cosas que hizo.

Llegado Gerónimo de Alderete a España en nombre de Pedro de Valdivia para negociar con su majestad, le fué necesario pasar a Ingalaterra, porque el Emperador Don Cárlos habia renunciado todos sus reinos en el serenísimo príncipe Don Felipe, su hijo, y retirado en un monasterio de relijiosos, no entendia en cosa alguna, ni en proveimiento de ninguna suerte; por donde le convino a Alderete irse a ver con el Rei, que a causa de se haber casado con la reina de Ingalaterra estaba en aquel reino. Llegado allá, e informado al Rei de su venida, desde a pocos dias le hizo merced dalle a Valdivia la gobernacion por su vida, y mas, que le sucediese la persona que él nombrase: con este despacho se partió de Ingalaterra. Entrando por Francia le alcanzó un correo, que le hizo Eraso, secretario de el Rei, en que le decia que por cartas habia el Rei sabido era Valdivia muerto; que le parecia se debia volver a hacer sus negocios, porque el secretario Eraso, siendo informado que la tierra de Chille tenia mucho oro debajo de tierra, hizo una compañía con Alderete, en que ponia Eraso ciertos esclavos para labrar las minas, y Alderete lo demas, con un tesorero que desde allá venia para el efeto de tener cuenta con lo que de las minas se sacase; viendo que el tiempo le ordenaba por la muerte de Valdivia reformalla mejor, dió aviso. Alderete, con esta nueva, volvió a Lóndres, donde el rei estaba: con buenos terceros que tuvo, y por crédito que el rei tenia de su persona, le hizo merced dalle la gobernacion de Chille, ansí como la tenia Valdivia, y mas un hábito de Santiago y título de adelantado: con esta merced se partió de España para Chille. Llegado a Panamá, que es y ha sido sepoltura de cristianos, enfermó de calenturas, y apretándole la enfermedad, murió.

En este tiempo el marques de Cañete venia proveido por visorei de el Pirú y capitan jeneral. Llegado a la ciudad de los Reyes, y rescebido por el audiencia que en ella reside, desde a pocos dias muchos hombres principales, vecinos de Chille, que estaban esperando a Alderete, le fueron a besar las manos, informándole de el estado de Chille y la grosedad de la tierra: le suplicaron y pidieron por merced les diese a Don García, su hijo, por gobernador. El marques, despues de haberlo pensado, se determinó enviarlo, porque gobernando el padre el Pirú, y el hijo a Chille, de jente, armas y lo demas necesario, le proveeria; y para que hubiese buen efeto tener de paz el reino, y por poner a su hijo en buen lugar, teniendo atencion a lo de adelante, porque siendo, como era, mancebo, tenia aparejo desde aquel puesto para grandes efetos. El marques, como era hombre prudente, considerado todo lo proveyó, y para que viniese conforme a la calidad del padre y presuncion suya, mandó hacer jente en Lima, y rogando a otros personalmente que ayudasen a Don García en aquella jornada, entendiendo que al marques daban contento, muchos hombres nobles se ofrecieron irle a servir: algunos por culpa que sentian en sí de las rebeliones pasadas quisieron tenelle propicio, y muchos hidalgos que habian venido de Castilla con Alderete. Y para mejor efeto el marques, como era jeneroso y liberal, gastó de la hacienda de el Rei número de cien mill pesos, que dió en socorros y ayudas a muchos soldados que con Don García venian. Juntó el marques para la jornada trescientos hombres, y con tres navios bien aderezados de artillería, arcabuces y mucha municion de guerra, lo envió que gobernase el reino de Chille, y acompañado de relijiosos, hombres de buena vida y ejemplo, salió a la vela de el puerto de los Reyes, año de 1557. Con buen tiempo que tuvo llegó en tres meses a la ciudad de la Serena: fué rescebido con grande alegría de el pueblo. Estando allí le llegaron procuradores de Santiago pidiéndole por merced quisiese entrar en aquella ciudad: rescibiólos amorosamente, y los despachó diciendo que él venia a poblar la ciudad de la Concepcion, por cuyo respeto no pensaba entrar en Santiago por entónces; que rescebia su voluntad y se lo agradecia mucho.

Tratando con Francisco de Aguirre, en cuya casa posaba, de algunas cosas de el reino, entendió de él no estaba bien en amistad con Villagra, y que era cierto [que] las revueltas que en el Pirú habia habido, las mas habian sido por no ponelles remedio breve. Quiso atajar lo que algunos le decian, podia ser; siendo como eran, hombres poderosos, y tenian muchos amigos, era bien quitalles la ocasion y enviallos al Pirú, miéntras a la tierra de Chille se hacia la guerra y la ponia de paz. Con este acuerdo envió (1) a la ciudad de Santiago, llegado que fué a la Serena, embarcasen a Villagra y lo enviasen a donde él estaba. Preso Villagra, como atras dijimos, lo llevaron en un navio. Entrando por el

(1) Por *mandó.*

puerto, comenzó a hacer salva con la artillería que llevaba, y un galeon que estaba surto en el mesmo puerto, respondió a la salva con el artillería que tenia. Don García mandó ir a ver qué era; supo traian preso a Villagra. Holgándose infinito, lo mandó visitar de su parte, y que lo pasasen a otro navio, en donde estaba Francisco de Aguirre preso, y escribiendo al marques, su padre, los entregó a un hijodalgo, natural de Bormes, en Alemaña, llamado Pedro Lisperguer, que los llevase a su cargo; el cual se hizo con ellos a la vela y fué al Pirú, donde los entregó al marques de Cañete, que los rescibió con mucho amor y mucho honor, y porque iban pobres les mandó dar dineros que gastasen de presente, dándoles esperanza de hacelles mucha merced: se andaban en su corte, como ellos querian, hasta que desde a dos años Aguirre se volvió a Chille con licencia que le dió el marques.

CAPITULO XXIV.

De como Don García de Mendoza llegó a el puerto de la Concepcion, y de lo que le acaeció hasta que llegaron los de a caballo por tierra.

Siendo rescebido Don García por gobernador, como atras se ha dicho, despues que envió a Villagra y Aguirre al Pirú, se hizo a la vela de el puerto de la Serena para la Concepcion, enviando primero al capitan Juan Ramon que diese órden en llevar los soldados y vecinos que le habian de ayudar en la guerra presente a la primavera; y para que tuviesen buen aviamiento, envió con él a Gerónimo de Villegas que traia comision de contador de cuentas, para que en la caja del Rei se pagasen las libranzas que Don García diese, y con órden que tomase la ropa que le pareciese necesaria para proveer soldados, que era informado estaban pobres y desnudos. Con esta órden de ropa, y armas, estando en ello ocupado llegó Don Luis de Toledo por tierra con número de jente que por traer caballos de el Pirú se habia puesto en aquel camino con título de coronel para en todas las cosas de guerra. Don García llegó al puerto de la Concepcion con dos navios, y hasta ver y reconocer la tierra tomó puerto en una isla que hace en mitad de la bahía, por no tener caballos que le descubriesen y asegurasen la campaña. En esta isla estuvo cuarenta dias con docientos hombres, sustentándose de racion que les mandaba dar del matalotaje que traia. Desde allí envió algunos capitanes con un barco reconociesen lugar donde se pudiese hacer un fuerte cerca de la mar en parte segura para podellos proveer de el armada.

Estando en esta obra ocupado, llegó un navio de Santiago con mucho bastimento que aquella ciudad le enviaba, parte de ello en servicio y parte comprado con la hacienda de el Rei. Los que fueron en el barco hallaron en una punta sobre la mar sitio que para fortaleza con poco trabajo se ponia en mucha defensa; con esta nueva mandó venir allí los navios y salir la jente en tierra; con herramientas que traian lo

comenzaron a hacer, y tanta priesa se dieron que en seis dias lo tenian acabado. Todos recojidos dentro de él con sus tiendas y pabellones, daba contento a la vista, fortificándolo de cada dia mas, puesto en buena defensa con sus piezas de artillería asestadas al campo y esperando a los capitanes que por tierra venian con la jente de caballo, haciéndosele a Don García cada dia un año.

Acaeció que los indios, como hombres que tantas victorias de cristianos habian tenido, se juntaron y trataron qué órden tendrian para pelear, pareciéndoles que era nueva manera de guerra aquella que traian, estando dentro del fuerte, velándose de noche y no entrándoles la tierra adentro; enviaron algunos indios sueltos que de noche reconociesen el fuerte, pues por falta de caballos lo podian bien hacer y llegar sin temor alguno. Sabiendo de sus amigos y parientes que venia por tierra caminando mucha jente de caballo, aunque no sabian el número cierto mas de que eran muchos, se determinaron ántes que llegasen pelear con los que en el fuerte estaban. Con esta determinacion en quince de agosto año de 1557, una mañana a las diez de el dia parecieron en una loma rasa grande número de indios juntos. Los cristianos, visto que eran muchos, dando arma se recojieron todos. Como no tenian caballos que los reconociesen, hasta ver qué era su disinio se estuvieron quedos. Los indios comenzaron a caminar ácia la trinchea número de tres mill, que no esperaron se juntasen mas, como hombres que venian a cosa ganada, porque les cupiese mas parte de el despojo, no esperaron mas jente. Don García mandó que ningun arcabucero tirase, ni pieza de artillería se disparase hasta que él lo mandase: con esta órden esperaron qué harian. Los indios llegaron a la trinchea sin temor alguno jugando de sus flechas; los soldados dispararon en ellos gran tempestad de arcabuzazos, de que mataron muchos. No por esto desmayaron, ántes saltando la trinchea llegaron a pelear pié a pié con los que dentro estaban. Allí se vido un indio valiente hombre, dejar su pica de las manos y asir a un soldado llamado Martin de Erbira, natural de Olvera, de la pica que en sus manos tenia, y tirando della con brava fuerza se la sacó y llevó. Otros indios valientes que quisieron entrar dentro de el fuerte, fueron muertos, y viendo como los mataban con los arcabuces y que no les podian entrar, se retiraron, donde a la retirada con el artillería gruesa mataron muchos. Viendo el daño que habian rescebido, se apartaron de allí y procuraron ver si los podrian tomar fuera del fuerte ántes que llegasen los de a caballo; y para este efecto les pusieron emboscadas, y como vieron el mucho recato y cuidado con que de ordinario se guardaban, no trataron mas de venir sobre ellos, ni parecer hasta tomar plática de lo que harian. Comunicándolo con sus amigos, pues iba por todos, se metieron la tierra adentro.

Como Don García habia peleado con los indios dentro de el fuerte, y se via allí encerrado rescibiendo pena con la tardanza de los de a caballo que por tierra venian, y mohino por haberle dicho algunos que cerca de él andaban en privanza, que lo hacian mal sabiendo que su go-

bernador estaba tanto tiempo habia metido en un fuerte, estarse ellos en Santiago sirviendo damas, que de estos hombres siempre se hallan tales amigos de ganar y granjear por allí la gracia que no son para ganar de otra manera, le indinaron de tal suerte que les escribió al camino desfavorable, dándoles mucha reprehension, mandando al capitan Juan Ramon, que traia a su cargo la jente, no le viese, aunque despues lo rescibió en su gracia; porque en este tiempo Don García estaba tan altivo como no tenia mayor ni igual. Libremente disponia en todas las cosas como le parecia, porque en el tratamiento de su persona, casa, criados y guardia de alabarderos estaba igual al marques su padre; y como era mancebo de veinte años, con la calor de la sangre levantaba los pensamientos a cosas grandes.

Llegados los de a caballo a quince de setiembre del año de 1557, se olvidó lo pasado y salieron todos a alojarse al campo. Repartidos cuarteles era hermosa cosa ver tanta jente junta; que tanta hasta entónces no se habia visto en Chille.

CAPITULO XXV.

De como Don García ordenó compañías de a pié y de a caballo, y de la órden que tuvo para pasar el rio de Biobio y la batalla que los indios le dieron.

Pues como llegó la jente que se esperaba, desde a pocos dias mandó Don García hacer correrías por el campo de a cuatro y seis leguas, tomando plática de la tierra; y para que con mejor órden se hiciese, tomó muestra de toda la jente que tenia, y halló por todos quinientos soldados. Hizo luego compañías de a pié, señalando a cada una el número de soldados que habia de tener; despues de habelles dado banderas les mandó tuviesen cuenta con ellas, y que entendiesen que los que habia senialado por soldados en ellas, aunque tuviesen buenos caballos, habian de pelear a pié siempre que se ofreciese; y hacer la guardia con todo lo demas que se ofreciese, y repartió la jente de caballo, y ansí mesmo les dió estandartes que llevasen, y sennialó estandarte jeneral con las armas reales, y para sí tomó una compañía de arcabuceros y lanzas, y les señaló un soldado antiguo a quien respetasen y tuviesen por su capitan, como a su persona. Hechas estas prevenciones, mandó que Francisco de Ulloa, capitan de caballos, con su compañía fuese a echar de la otra parte de Biobio tres hombres camino de la Imperial, doce leguas de la Concepcion, con una carta suya a aquellas ciudades, para que entendiesen estaba de camino para entrar a hacer la guerra a Arauco: que les rogaba con la mas jente que pudiesen le viniesen ayudar, y que para tal dia senialado estuviesen al paso del rio por donde lo habia de pasar.

Prevenido esto, mandó al capitan Bautista de Pastene, hombre plático de la mar, que lo tomase a su cargo, y que con los carpinteros que en el campo se hallaban hiciese una barca llana con su puerta, que cu-

piese seis caballos, en que pasar el rio de Biobio, lo cual hizo con mucha brevedad, que para este efeto se traian los materiales de atras, y toda cosa prevenida. Estando en este proveimiento llegó el obispo Don Rodrigo Gonzalez con doce caballos mui buenos de rienda, con sus mozos que los curaban, y por la mar un navio cargado de bastimento. Todo lo cual dió graciosamente a Don García sin ninguna pretension ni interes; que fué señalado servicio en el tiempo en que estaba, como hombre tan celoso de nuestra relijion católica; y viendo a Don García puesto en aquel camino y jornada tan santa, le quiso ayudar con su hacienda y renta para que mejor efeto tuviese su deseo. Pues volviendo a Don García, en el inter que se hacia la barca mandaba reconocer y ver si las simenteras que los indios tenian estaban de sazon para poder campear tanta jente. Sabiendo que las cebadas estaban maduras y otras cosas de comer que les ayudaban para campear, mandó que la barca y los bateles de navios que allí estaban se llevasen por la mar al rio de Biobio, y que en donde el rio entra en la mar esperasen; y para seguridad de los barcos envió algunos arcabuceros. Luego partió con su campo aquella jornada y se puso en su ribera: y porque era aquel el tiempo y dia que habia sennialado a los de la Imperial, envió un capitan de caballos que fuese en su demanda asegurando los pasos. Dos leguas de el campo topó con ellos: venian sesenta hombres bien aderezados, valientes soldados y mui ejercitados en la guerra. Todos juntos se volvieron al rio, en donde Don García estaba dando órden en el pasar de la jente que en la barca y bateles pasaban a mucha priesa con oficiales de el campo que solicitaban el pasaje, y ansí con brevedad se pasó todo el servicio y caballos, mudando los remeros, que de consados no podian mas. Y un hombre extranjero que habia trabajado mucho, natural de la isla de Lipar, frontero de Nápoles, estando el pobre cansado, se escondió para tomar algun reposo y comer; Don García lo mandó con mucha dilijencia buscar, y luego que pareció lo mandó ahorcar. Sin admitirle descargo alguno, mandaba se pusiese en efeto, y porque no habia árbol en la parte en donde estaba para ahorcallo, era tanta la cólera que tenia, que sacando su espada mesma de la cinta la arrojó al alguacil para que con ella le cortase la cabeza. A este tiempo llegaron unos relijiosos frailes que en su campo llevaba, estos lo amansaron, y el pobre hombre volvió a remar.

Teniendo, pues, su campo de la otra parte del rio, mandó al capitan Reinoso, como a hombre que sabia la tierra, fuese a descubrir el campo por donde habia de caminar otro dia. Reinoso fué con su compañía hasta la entrada de Andelican, tierra de los indios que habian desbaratado a Villagra. Don García mejoró su campo una legua de allí para ponerse en parte que tuviese pasto para los caballos y servicio para el campo. Yendo Reinoso descubriendo su camino, llegó a un fuerte que los indios tenian hecho en una loma, por donde habia de pasar, con su trinchea: Reinoso, reconociendo que estaban allí perdidos viniendo sobre ellos un campo tan grande, mostrando tener temor, y para mas

animallos a que no desamparasen el fuerte que tenian, con apariencia de miedo, volvió las espaldas el camino que habia traido para dar aviso en el campo. Los indios como le vieron volver, sin consideracion alguna salen todos juntos una ladera abajo en su seguimiento, hasta llegar al llano, número de ocho mill indios. Reinoso como traia poca jente, aunque la tierra era llana, se iba retirando y envió un soldado que diese aviso en el campo. Don García envió a su maestro de campo con sesenta arcabuceros a caballo, y entre ellos algunas lanzas, para que les diese socorro y no peleasen, sino que todos juntos se retirasen ácia el campo y le diesen aviso el número de la jente que era y la tierra que traian.

Juan Ramon, usando oficio de soldado mas que de capitan, no guardó la órden que llevaba, ántes trabó batalla con los indios, andando envuelto con ellos: mataron algunos y quedaron de los cristianos tambien heridos, haciendo de ordinario arremetidas dentro en los indios, que como era tierra llana y venian en seguimiento de caballos no podian venir juntos, derribaron algunos de los caballeros a lanzadas, que ponian estos a los demas en mucha necesidad por socorrellos. Un soldado natural de Sevilla, llamado Hernan Perez, se arrojó entre muchos indios por alcanzar uno en quien habia puesto los ojos; diéronle muchas lanzadas, y si no le socorrieran Diego de Aranda y Campofrio de Caravajal con otros, lo mataran allí: mal herido él y su caballo escapó de no ser muerto con los demas que le fueron a socorrer, por acudir tantos soldados valientes en su favor, y ansí peleando los trajeron tres leguas de camino llano hasta ponerse a vista de el campo. Don García los esperaba con órden de guerra, la infantería a los lados de la caballería y sacada una manga de arcabuceros que peleasen en la parte que pareciese convenir mas. Los indios, como llegaron a vista del campo y vieron tanto estandarte y banderas, viéndose perdidos se llegaron a una ciénega, y en ella se hicieron fuertes; porque el lugar lo era de suyo para jente desnuda, que si aquel dia alguno de los capitanes diera aviso a Don García conforme a la órden que llevaban, se hiciera una suerte que no escapara indio ninguno, y ansí se fueron por la ciénega sin que se les hiciese mal.

Otro dia despues de bien informado de lo hecho el dia de atras, estando el campo asentado en donde los indios habian tenido el fuerte, se movió plática de lo pasado. El capitan Reinoso decia que Juan Ramon como maestro de campo tenia el mando, y que él tenia de dar aviso, pues él no era allí mas de un soldado: que lo que a su cargo habia llevado lo habia hecho y avisado de todo lo que convenia: que su maestro de campo, si habia querido pelear y no avisalle, ¿qué culpa tenia él de ello? Don García, despues de haberlos oido y enojado con las disculpas que daban, les dijo que no habia ninguno dellos que tuviese plática de guerra a las veras, sino al poco mas o ménos, y que via y sabia que no entendian la guerra, por lo que dellos habia visto, mas que su pantuflo. Entre los presentes tenido fué por blasfemia grande para un mancebo reptar capitanes viejos y que tantas veces habian

peleado con indios, venciendo y siendo vencidos por hombres tan torpes de entendimiento. Fué causa lo que aquel dia dijo para que desde allí adelante en los ánimos de los hombres antiguos fuese malquisto. Don García, como era hombre de buen entendimiento y tenia el supremo mando, arrojábase con libertad a lo que queria, de lo cual era causa su edad.

Desde allí se partió para Arauco y envió escolta de caballo delante que le descubriese la cuesta grande donde habian desbaratado a Villagra. Llegado aquel dia al llano se regocijaron todos con una hermosa escaramuza de caballo y de a pié; y para mas buena órden en esta jornada, llevaba un navio por la costa surjendo por las jornadas que el campo hacia, y [para] proveelle de lo que hubiese menester. Allí mandó se sacase algun bastimento para proveer el servicio de el campo, que iba falto de ello, y al maestre de el navio mandó se fuese de allí para su seguridad a una isla que estaba cerca y de buen puerto, llamada de Santa María.

CAPITULO XXVI

De como salió el campo de Arauco para ir a Tucapel, y de la batalla que le dieron los indios en Millarapue.

Llegado que fué Don García al valle de Arauco, estuvo dos dias en él y envió en ellos a su maestro de campo que reconociese sitio donde se pudiese mudar de allí. Trájole relacion que de la otra parte del rio que pasa por este valle estaba un llano mui a propósito, porque tenia cerca todas las cosas de que tenia necesidad. Otro dia levantó el campo y se fué [a] aquel asiento: desde allí envió a correr y descobrir el camino de adelante y tomar plática de los indios, que por no parecer ninguno era señal debian de estar juntos. Arnao Cegarra, que era contador del rei, natural de Sevilla, fué con una compañía de caballo esta jornada. Queriendo Don García guiarse mas por calidad que por plática de guerra, pues era cierto Arnao Cegarra no tenia ninguna, y ansí no llevando su jente recojida para lo que le sucediese, un soldado entró por el monte tras de unos indios, que como le vieron solo revolvieron sobre él, y peleando lo mataron: despues de haberlo buscado, que lo vinieron a hallar despojado de las armas y vestidos, lo cargaron en un caballo y llevaron al campo a enterrar. Don García, desgustoso por la mala órden que se habia tenido, dió una reprehension al que los llevaba a su cargo, y no le encomendó cosa otra alguna.

Despues de esto envió al capitan Rodrigo de Quiroga que tomase lengua de un fuerte, en donde le decian estar juntos los indios esperándole. Yendo su camino, llegó a un paso cerrado con muchos árboles grandes cortados, que junto al camino los habia criado naturaleza: estos árboles cayendo cerraban el camino, de suerte que no se podia pasar por él, sino era quitando aquel impedimento; y para habello de quitar habia de ser el trabajo mayor, porque era mucha la lonjitud, y

los indios pretendian ocupallos en aquella obra para pelear con ellos en aquel monte, teniéndolos encerrados en él. Despues que hubo reconocido lo que convenia, se volvió y dijo a Don García era trabajoso llevar el campo por aquel camino. Por este respeto acordó en su consejo de guerra llevarlo por la tierra llana entre la costa de la mar y el camino cerrado, pues habia caminos muchos y buenos que iban perlongando la tierra, el viaje que se llevaba, sin rodeo alguno; cuanto mas que aunque lo hubiera se tenia por mejor.

Echado bando para partir, las espías que estaban dentro de el campo dieron luego aviso el camino que llevaba. Siendo informados, y pareciéndoles que de temor habia dejado de ir el camino de el fuerte por no pelear con ellos, se determinaron aquella noche ir, y al amanecer pelear con él en donde estaba ántes que saliese a mejor tierra, porque la de Millarapue, que ansí se llamaba donde tenia Don García el campo asentado, por ser, como era, tierra doblada de valles y cerros, aunque pequennios, era mucho a su propósito, y que tendrian ventaja a los caballos. Con esta determinacion salieron de el fuerte repartidos por tres partes, teniéndole en poco a causa de las muchas vitorias y buenos sucesos de atras, los tenian tan soberbios, que sin consideracion alguna, sino como hombres temerarios, la siguiente mañana al amanecer vinieron sobre el campo: traian por su capitan mayor a Queupulican, hombre de grandes fuerzas y mui cruel. Luego que fueron descubiertos de las centinelas, que aun no se habian retirado, tocaron arma. Los indios, oyendo una trompeta que se tocó en el campo, entendiendo por ella eran descubiertos, dieron una grande grita, a la cual despertó todo el campo: tomando las armas esperaron la órden que se les daba. Los indios caminaron hasta ponerse a tiro de mosquete, allí hicieron alto por dos partes que venian caminando, los unos a vista de los otros; y cuando los unos hicieron alto, los otros pararon y se estuvieron quedos. Representada la batalla, llamando a los cristianos a ella, el otro escuadron que venia por las espaldas tardó tanto, que no llegó a tiempo de pelear. Don García mandó cargar el artillería, que eran cuatro piezas de campo que estaban puestas en un alto y señoreaban los indios bien al descubierto: dejó por guarda de el campo una compañía de infantería, de que era capitan un caballero de Plasencia, llamado Don Alonso Pacheco, y proveyó que dos compañías de caballo y una de infantería se pusiesen al encuentro de los indios, y que no peleasen, si no les compeliese necesidad, hasta que él lo mandase. Ellos, no teniendo sufrimiento para guardar la órden que les fué dada, rompieron con los indios, y anduvieron peleando de tal suerte, que dos soldados que entraron en ellos los derribaron de los caballos: socorriólos el capitan Rodrigo de Quiroga con algunos infantes y jente de caballo. Los indios les tenian ventaja, porque se peleaba en poco llano y muchas laderas, y en saliendo de el llano que tenian no los podian enojar, si no eran los infantes, que hicieron mucho efeto, porque andando peleando iban siempre ganando con ellos. El otro escuadron, que estaba a la mira,

mejor ordenado, cerrado con sus capitanes delante, poniéndolos en órden, atados unos rabos de zorra a la cinta por la parte trasera, que les colgaba a manera de cola de lobo, por braveza entre ellos usada: estos traen los mas señalados y valientes.

Acaeció una cosa entónces, que por ser dina de memoria la escribo, para que entienda el que esto leyere, y considere cuán valientes hombres son estos bárbaros, y cuán bien defienden su tierra. Unos corredores le trajeron a Don García un indio, al cual mandó que le cortasen las manos por las muñecas: ansí castigado lo envió a donde los señores principales estaban, y que les dijese si le venian a servir les guardaria la paz, y si no lo querian hacer que a todos habia de poner de aquella manera. Ellos, tomando por instrumento el castigo hecho en el indio para su disinio, hablaron su jente, y para ello tomó la mano el Queupulican, como despues se supo por cierto, y les dijo como ya vian los cristianos estaban dentro en sus casas, y que estos eran los mesmos que otras veces habian desbaratado, y que agora, porque se vian muchos juntos, los enviaban amenazas; que todos peleasen animosamente, teniendo tino a la vitoria, de la cual todos quedarian ricos, pues era cierto traian grande cantidad de ropas, caballos y otras muchas preseas, de que habian de estar mui recojidos, pues les cabria tanta parte de el despojo a todos en jeneral, y que si lo que él no creia, le sucediese mal, no tuviesen temor de dar otra y otra batalla, hasta morir todos: y que cuánto mejor les era morir peleando valientemente, que no verse como aquel indio cortadas las manos: y para mas animallos andaba el indio las manos cortadas por el escuadron diciendo a todos su mal.

En este punto y de la manera dicha estaban los indios en su escuadron representada la batalla, y entre ellos el indio sin manos diciéndoles en voz alta que peleasen, no se viesen como él. Los indios, viendo que a sus compañeros hasta entónces no les iba mal sino que peleaban bien, estaban parados esperando a los cristianos que iban poco a poco a ellos. Comenzó a jugar la artillería tan bien que, metiendo las pelotas en la multitud, hicieron grande estrago y pusieron mayor temor, porque yo vide una pelota (que me hallé presente y peleé en todo lo mas de lo contenido en este libro) que yendo algo alta, primero que dió en los enemigos llevó por delante grande número de picas que las tenian enhiestas, haciéndoselas pedazos, y sacándoselas de las manos los dejaban con espanto de caso tan nuevo para ellos, parque aunque otras veces habian peleado contra artillería, era pequeña y no habia hecho en ellos tanto daño. Don García llevó por delante dos compañías de arcabuceros con grande determinacion, disparando en el escuadron sus arcabuces, derribando muchos a causa de tomallos juntos: y viendo tres estandartes de a caballo que venian a romper con ellos y el artillería que no cesaba, no pudiendo sufrir su perdicion volvieron las espaldas, los de a caballo entre ellos alanceando muchos; y por estar cerca una quebrada grande y honda escaparon los mas echándose por ella: allí los mataban los soldados de a pié a estocadas y lanzadas: muchos se

rindieron, que pasada aquella furia escaparon las vidas con pequeño castigo. El otro escuadron que peleaba con el capitan Rodrigo de Quiroga, como vido su daño tan al ojo, por no pasar por donde sus amigos y compañeros huyeron y por ser el sitio donde se peleaba áspero, murieron pocos.

Tomáronse entre todos sietecientos indios a prision, sin mas de otros tantos que murieron peleando. Serian los indios que vinieron aquella mañana, a lo que ellos dijeron, diez mill indios, aunque todos no llegaron a pelear por la tardanza que tuvo el postrero escuadron. Tomáronse prisioneros diez caciques, señores principales, que hacian oficio de capitan: Queupulican, capitan mayor, huyó. A estos principales Don García los mandó ahorcar todos. Allí se vido un cacique, hombre belicoso y señor principal, que en tiempo de Valdivia habia servido bien, indio de buen entendimiento, despues de haber procurado que le diesen la vida, no pudiéndola alcanzar, aunque muchos lo procuraron por ser tan conocido. Este viendo que a los demas habian ahorcado, rogó mucho al alguacil que lo ahorcase encima de todos en el mas alto ramo que el árbol tenia, porque los indios que por allí pasasen viesen habia muerto por la defension de su tierra.

De los cristianos no murió ninguno; hubo muchos heridos aunque no de heridas peligrosas: tomáronse armas, cosa increible.

CAPITULO XXVII.

De como Don García de Mendoza pobló la ciudad de Cañete, y de lo que allí le sucedió.

Despues que Don García desbarató los indios en Millarapue, y hecho castigo en los que tomaron a prision, partió con su campo la vuelta de Tucapel, unas veces por buen camino y otras por malo, tal cual las guias que le llevaban le decian. Llegó en tres jornadas a la casa fuerte que Valdivia en su tiempo allí tenia, que della no parecia mas de solo las ruinas. Despues que asentó su campo envió otro dia desde aquel asiento a recojer y buscar bastimento por compañías. Los indios de aquella provincia, cuando vieron que habia hecho asiento, por guardar sus bastimentos y tenellos secretos, quemaron todas sus casas, que era en donde los tenian debajo de tierra, escondiéndolos en unos silos, pareciéndoles [que] como el fuego de la casa caia encima, quedaba el silo guardado. Era gran lástima ver arder tantas casas voluntariamente, puesto el fuego por los propios cuyas eran, que para [ser] de indios eran mui buenas. Los cristianos apartaban las cenizas despues de muerto el fuego, y sacaban de los silos todo lo que hallaban, y ansí se trajo al campo mucho trigo, maiz y cebada.

Los indios, como vieron tanto cristiano, servicio y caballos, y sabian que con grande crueldad los habian muerto y castigado dos veces que peleado habian, no osaron por entónces probar ventura; y ansí se su-

bieron a la montaña, como tierra áspera, con sus mujeres e hijos, esperando ver si los cristianos se dividian, para tomar conforme al tiempo el consejo, y ansí se estuvieron a la mira.

Don García mandó, para seguridad de la jente que allí habia de dejar, se hiciese un muro que cercase el sitio que la casa fuerte antiguamente tenia en frente de una loma rasa que hacia de una esquina a otra de el mesmo fuerte, porque lo demas de suyo estaba bien fortificado, con un foso grande y peinado. Repartidos los cuarteles, sennialó a cada una compañía lo que habia de hacer. Hízose esta obra con tanta brevedad que no es creedero decillo; porque sacar la piedra y traella a los hombros, hacer la mezcla y asentallo todo fué acabado en tres dias, con dos torres grandes, en que estaban a las esquinas de el fuerte cuatro piezas de artillería. Puesto en esta defensa envió algunas compañías a correr y tomar plática de los indios, si querian venir de paz o de como se sentian; porque ningun indio quiso venir a serville, de que se entendia su pertinacia.

A este efeto fué el capitan Rodrigo de Quiroga con una compañía de caballo a correr el campo. Los indios, que desde lo alto lo vieron con poca jente, y que no eran mas de cuarenta de caballo, dieron aviso a los demas que por allí estaban juntos, y con grande ánimo bajan a pelear con él número de mill indios, mostrándosele por delante, y para el efeto suyo dejándole pasar una quebrada de mal camino y despenadero, diciendo que si los desbarataban, cincuenta indios que tomasen el alto les defenderian el paso y allí los matarian todos. Traian los indios en este tiempo para defenderse de los arcabuces unos tablones tan anchos como un paves, y de grosor de cuatro dedos, y los que estas armas traian se ponian en el avanguardia, cerrados con esta pavesada para recebir el primer ímpetu de la arcabucería, y ansí se vinieron poco a poco ácia los cristianos. El capitan Rodrigo de Quiroga juntó su jente, y les dijo que no podian dejar de pelear; porque si se retiraban y hallaban tomado el paso se habian de perder: que era mejor, pues estaban en tierra llana, romper con aquellos indios con determinacion de hombres, pues no les iba ménos que las vidas; porque demas de la flaqueza que se hacia en no pelear, no habia camino por donde pudiesen volver que no estuviese cerrado; y que desbaratándolos todo lo hallarian abierto. Luego hizo de la jente que llevaba dos cuadrillas: puestos en ala rompió con ellos, y aunque los caballos entraron por ellos, y atropellaron muchos y alancearon otros, no por eso dejaron los indios de pelear, alanceando muchos soldados y caballos; aunque los llevaban bien armados de cueros cudrios, no dividiéndose los cristianos, sino siempre juntos y cerrados. Despues de haber peleado un buen rato desbarataron los indios, con muerte de muchos de ellos.

De allí se volvió Rodrigo de Quiroga al campo, y dió nueva a Don García del suceso que habia tenido. Entendiendo por él no tenian voluntad de venir de paz, envió al capitan Francisco de Ulloa al puerto de la Bapi, que le mandase traer del navio, que allí estaba surto, al-

gunas cosas para proveimiento de el campo, y mandó al capitan Bautista de Pastene, natural de Jénova, fuese en su compañía, y reconociese por la costa si habia algun rio que tuviese puerto para la escala de navios, o de otra manera puerto alguno. Caminando con cincuenta hombres bien descuidado seis leguas del campo, dió en una junta de jente que estaban retirados en una quebrada de muchos pangües entre unos grandes cerros junto a la mar, que por ser menguante andaban todos buscando marisco, donde habia muchos caciques, mujeres y muchachos, mas de seiscientas personas, porque los indios, como jente de guerra, dejando sus mujeres y hijos en guarda con estos principales, andaban ellos en frontera de los cristianos: tomaron de estas piezas todas las que pudieron llevar, y vuelto Francisco de Ulloa al campo, hecho su viaje, unos relijiosos frailes recojieron muchos de ellos; con estos enviaron a llamar los principales viniesen a dar la paz, dándoles a entender su aprovechamiento. Vinieron algunos a servir, aunque finjido y falso todavía tuvo mucho tiempo.

En estos dias Don García mandó a Gerónimo de Villegas que con ciento y cincuenta hombres que le señalaba se partiese a poblar la ciudad de la Concepcion y alzase árbol de justicia en nombre de el Rei y hiciese alcaldes y rejidores como a él le pareciese. Villegas fué por el camino que habia llevado Don García, y porque tuvo nueva que los indios le esperaban en la cuesta grande que es al asomada de Arauco, con parecer de algunos que se lo aconsejaron tomó otro camino dando lado a los indios, por el cual fué a salir al rio de Biobio: pasándolo en balsas y canoas llegó a la Concepcion y pobló luego aquella ciudad, dándole el nombre que de ántes tenia en cinco dias del mes de enero de 1558 años. Procuró luego traer su comarca de paz y hacer casas y simenteras, plantar viñas y otros árboles de frutas que hoi la adornan y enoblecen mucho. Despues que hubo despachado esta jente, personalmente comenzó a buscar sitio donde poblar una ciudad, porque en la parte en donde estaba no era lugar conviniente, y por ser jente tan belicosa la de aquella comarca, ques lo mas de todo el reino. Halló un llano ribera de un fresco rio, cerca del monte: pareciéndole buen puesto pobló una ciudad y púsole nombre Cañete de la Frontera; y desde allí se quiso luego ir a la Imperial para desde allí ir a poblar otra ciudad en lo que Valdivia habia descubierto y descubrir lo demas que pudiese, teniendo puesto el pensamiento no solo en hacer lo posible, mas en dejar gloria y fama. Envió al capitan Diego García de Cáceres a la ciudad de Valdivia para que teniendo el pueblo a su cargo despachase con brevedad un navio cargado de trigo para el proveimiento de aquella ciudad nuevamente poblada; porque tuviesen los vecinos que en ella habia nombrado con que hacer sus simenteras, y mandó al maestre llevase el navio [a] aquel puerto para rescebir la carga. Y porque no le quedase nada por hacer, envió a la ciudad Imperial un capitan con sesenta hombres a caballo, y con comision a los oficiales de el Rei, que de las deudas de diezmos que a su majestad eran debidas, le pro-

veyesen en descuento de ellas de ganado para repartillo en los vecinos que en aquella ciudad dejaba, obligándose a la deuda cada uno de lo que le cupiese, y que para tal dia estuviese en la casa fuerte que habia sido en Puren. Volvieron al mesmo tiempo con dos mill cabezas de ganado la vuelta de Tucapel. Don García envió al capitan Alonso de Reinoso con cincuenta soldados, los mas de ellos arcabuceros, que estuviese en Puren aquel dia que los que venian de la Imperial habian de llegar.

Los indios de la provincia por sus espías fueron avisados que los cristianos iban por aquel ganado: pareciéndoles que en el camino podian hacer suerte en ellos, se hablaron y juntaron por sus mensajeros grandísimo número de ellos, y concertándose que en una quebrada que hace el camino estrecho, porque se juntan dos cerros grandes y lo dejan de tal manera que solo dos hombres juntos a caballo pueden caminar por él, y por la parte de arriba hace un anden, que desde él se descubre el camino: que allí los esperasen, y entrando los cristianos en la quebrada y angostura, que un escuadron se les representase en una plaza pequeña que al remate de la quebrada estaba, y peleando con ellos les defendiese el pasar adelante, y que otro escuadron pelease con la retaguardia, y que teniéndolos ansí pervertidos, compelidos acudir a tantas partes, los que estaban en lo alto con grande número de piedras disparasen en ellos con grande fuerza sus tiros, y que desta manera era cierto los desbaratarian y tomarian todo el ganado y muchas capas buenas, caballos y armas. Animados con esta órden se juntaron en la quebrada donde habian de pelear, poniendo en lo alto grandísimo número de piedras en montones. El capitan Reinoso cuando iba a Puren a rescebir a los que de la Imperial venian con el ganado, pasó por allí. Estando los indios mirándolo sin se mover por no ser sentidos, pareciéndoles que pues les tenian tomado el sitio y tan bien puestos que no dudaban la vitoria, los dejaron. Llegado aquel dia a Puren, el mismo dia llegaron los que venian con el ganado. Otro dia siguiente tomaron su camino bien embarazados, porque demas del ganado traian muchas cargas de refresco. Llegados a la quebrada los dejaron entrar hasta que llegaron al cabo: allí los hallaron con sus lanzas y muchos arcos puestos a la defensa; los que iban delante tocaron arma y comenzaron a pelear con los arcabuces; los que iban de rezaga hicieron lo mismo. Los indios que estaban en lo alto, viéndolos que estaban en aquella confusion parados, dispararon en ellos grandísima tempestad de piedras grandes, que los golpes de ellas los desatinaban. Los cristianos con los arcabuces disparaban en los indios los tiros que podian; los demas peleaban con lanzas y dargas a pié, porque a caballo no era posible, siendo lugar tan angosto; de esta manera pelearon un rato: el ganado y todas las cargas estaban recojidas en la mesma quebrada, que no podian volver atras ni pasar adelante. Estando en este aprieto, no sabiendo qué se hacer, a causa de tenelle los indios tanta ventaja y pelear a su salvo, el capitan Reinoso, buscando si habria camino para subir a lo alto, halló una senda mal usada: subió por ella a caballo y detras

de él otros soldados; subiendo a lo alto se hallaron una montañuela que señoreaba el anden, puesto que los indios tenian, que aunque era mas fuerte para el efeto de tirar las piedras, no era tan a propósito, porque estaba mas léjos que el que tenian. Tomado, Reinoso mandó disparar los arcabuces: los indios que estaban en lo bajo, como los oyeron y vieron que les tenian tomado aquel alto que los señoreaba, conocieron que si perseveraban se perderian, porque comenzaban a tiralles a terrero y morian muchos; dejando las armas, comenzaron a huir. Tomáronse algunos a prision; los demas no se pudieron seguir por ser la montaña áspera. Saliéndoles a bien este recuentro, hicieron su camino maravillados de el ardid que los indios habian tenido. De los cristianos pocos fueron heridos y muchos maltratados de las piedras. Otro dia llegaron al campo: Don García les salió a rescebir y hizo al capitan Reinoso muchos favores.

Luego un soldado, pareciéndole que Don García no habia tenido buena órden en el repartir de los indios, y que en el tratamiento de los hombres estaba áspero, teniendo en poco a los antiguos que allí estaban, despreciándolos en sus palabras, sabiendo que en su retraimiento triscaba de ellos, le escribió una carta y la echó en su aposento. Leida por él rescibió tanto enojo, que luego mandó con mucha cólera se supiese cuya era la letra; y porque un dia ántes el capitan Juan de Alvarado, pidiéndole que le diese de comer y le hiciese merced [le dijo], lo tratase bien de palabra cuando él negociase, porque le llamaba de vos, diciéndole que era hijodalgo, por estas palabras creyó Don García que era el que le habia echado la carta: sin mas averiguacion lo mandó prender y desterrar del reino, y esto fué lo que mas se pudo negociar con él a contemplacion de principales personas que se lo rogaron.

Luego mandó se juntasen todos los que andaban en el campo, que les queria hablar, puesto en frente de los que cupieron en el aposento, les dijo entendiesen de él, que a los caballeros que del Pirú habia traido consigo no los habia de engañar, y que les habia de dar de comer en lo que hubiese; porque en Chille no hallaba cuatro hombres que se les conociese padre; y que si Valdivia los engañó, o Villagra, que engañados se quedasen: y en el cabo de su plática les dijo: "¿En qué se andan aquí estos hijos de las putas?" Fueron palabras que, volviendo con ellas las espaldas los dejó tan lastimados, y hicieron tanta impresion en los ánimos de los que las oyeron, estando delante muchos hombres nobles que habian ayudado a ganar aquel reino y sustentallo. Desde aquel dia le tomaron tanto odio, y estuvieron tan mal con él, que jamas los pudo hacer amigos en lo secreto ¡tanto mal le querian! Despues se ofrecieron algunas cosas que en ellas se lo daban a entender, y ansí cuando salió de Chille, como le querian mal, se holgaban de vello ir pobre y mal quisto. Luego, desde a poco, vino Villagra por gobernador, y en la residencia que le mandó tomar dijeron contra él tantas cosas, que por ellas en el consejo real le pusieron mal: por donde ninguno, por poderoso que sea, trate mal a ningun pequeño, ni a otro ninguno, porque si

es de ánimo noble tiene tino a vengarse por su persona, y si es bajo, de la manera que puede.

CAPITULO XXVIII.

De como Don García salió de Cañete para ir a poblar en lo que Valdivia habia descubierto, y de lo que aconteció en Cañete al capitan Reinoso.

Despues que hubo Don García repartido la provincia de Tucapel, y dado indios a las personas que le pareció, quiso ir a poblar una ciudad en lo que estaba descubierto, que agora es Osorno llamada; y para este efeto habló a los que allí quedaban, rogándoles rescibiesen con buen ánimo su ausencia, que él volveria breve a dalles de comer en la parte que mas aprovechados fuesen; y porque muchos quedaban de mala gana les habló de la manera dicha, que allí les dejaba al capitan Reinoso, que le respetasen como a su persona: finalmente, quél tendria de todos cuidado. Dejada esta órden llevó consigo ciento y cincuenta soldados.

Reinoso, como hombre que pretendia tener buen lugar par de Don García, procuró por mañas atraer los indios de paz, aunque bien entendia que de la manera que la daban era finjida; no embargante entedello la rescebia, dando a entender que a los principios convenia rescebilla de cualquier manera que la diesen, hasta que poco a poco fuesen perdiendo el temor. Luego comenzaron a venir algunos mas para reconocer qué tanta jente quedaba en el fuerte, y la órden que se tenia en la vela, que para servir, y ver qué manera tendrian para probar la mano: y vínoles como lo deseaban, porque un yanacona que estaba allí [y] habia servido mucho tiempo a cristianos, y tenia grande plática de mañas y tratos de indios: era indio discreto, llamado Andresico, que mandaba otros muchos yanaconas que estaban allí con él. Yendo este yanacona por leña al monte se topó con un indio que servia a los cristianos que estaban en el fuerte, y era de los indios de guerra: tratando con él, le dijo muchas cosas para sacalle lo que tenia en su pecho. Estando ambos solos, y viendo el indio de guerra las razones que le daba, entendió eran verdaderas; porque le decia habia muchos años que servia a cristianos trayendo leña y yerba a sus hombros, haciéndoles simenteras y cojiéndolas, y en todo lo demas que le mandaban, y que de ellos no habia rescebido obra buena ninguna, sino por momentos llamándole perro y otros vituperios peores: afirmando les deseaba todo mal y daño, y que tenia gran tino a venganza: que le rogaba, viéndose con sus caciques les dijese deseaba hablar con ellos en secreto algunas cosas que convenian a su bien. El indio, como aquello entendió, le dijo que mui junto allí estaban, porque esperando coyuntura no se habian apartado; que él iria a hablalles, y que otro dia el mesmo indio iria al fuerte a hablar con él de parte de los señores principales, y le llevaria algo en señal de que entendiese era ansí: desta manera se despidieron. El indio fué luego a los principales, y les contó como habia hablado con el yanacona, y lo que habian concertado, de que se hol-

garon en gran manera, pareciéndoles tenian abierto el camino que deseaban. Luego, otro dia, enviaron con el mesmo indio de presente un cesto de chaquira, que cabria un celemin, que es entre los indios tenida en mas que entre los cristianos el oro, y que esta chaquira diese al yanacona en nombre de los principales, y que dijese lo esperaban en cierta parte, cerca de allí, para tratar con él en aquellas cosas que les habia enviado a decir. Andresico, despues que hubo hablado con el indio, entró en el fuerte y lo contó al capitan Reinoso, el cual le mandó lo tratase de manera que los engañase y pudiese castigar. El yanacona, teniendo la voluntad de el capitan, trató consigo la órden que tendria para mejor efeto, si pasase adelante el trato que traian. Y fué ansí, que luego llegó el indio con el presente que de parte de los principales le traia, él lo rescibió alegremente, y le dió de comer en su casa y trató mui bien: mandóle se fuese y le esperase a la entrada de el monte, que él iria solo, porque los cristianos, como malos, no sospechasen algo. El indio se fué, y el yanacona dando aviso al capitan, se fué tras él llevando en la mano una hacha de cortar leña para mas disimular su cautela: en llegando al monte salió el indio a él y le llevó a donde estaban juntos los de guerra. Los principales como le vieron solo y tan bien aderezado, por le honrar a su usanza dejaron la jente y le salieron a rescebir dándole el parabien de su venida; y despues de habérselo agradescido mucho, le dijeron qué órden tendrian para matar los cristianos, pues él trataba de ordinario con ellos, se lo dijese, que en todo harian lo que él ordenase y obedecerian como a su capitan, demas de que le darian grandes dones. Andresico, como era astuto, les dijo que luego otro dia, pues estaban juntos le parecia se podria hacer, y que no dudasen en ello, porque los cristianos de noche dormian armados y se velaban siempre en su ordinario, y que de dia desnudos estaban en las camas durmiendo, y sus yanaconas les llevaban los caballos a dar agua al rio, y por el calor grande que hacia los estaban lavando, descuidados de toda cosa por estar en aquel llano: que a aquella hora era lo mejor acometellos y tomallos ansí de la manera que habia dicho; y que para que entendiesen que era como decia, luego otro dia al mediodía fuese allá un principal con un cesto de fruta, que él lo estaria esperando junto a su casa, que era el camino por donde habia de pasar; y que les rogaba, porque no tenia cosa alguna que podelles dar, al señor de Tucapel que entre ellos estaba, rescebiese de él aquella hacha que entre los indios es tenida en mucho. El quedó mui contento, creyendo que era ansí como el yanacona le habia dicho, rescibiendo su hacha. Se fué y contó al capitan: Reinoso le dijo lo hiciese como lo tenia concertado. Luego otro dia a la hora que estaba sennialada vino el principal con la frutilla, halló al yanacona que lo estaba esperando: despues de rescebido lo llevó a su casa y dió de comer y beber. Despues que hubo descansado un poco lo metió dentro de el fuerte para que viese como era de la manera que les habia dicho.

Este mismo dia llegó Don Miguel de Velasco, a quien Don García

habia enviado desde la Imperial con sesenta hombres por el camino de la costa, que fuese llamando aquellos indios de paz hasta la ciudad de Cañete; para que los naturales entendiesen que en parte alguna no tenian seguridad, sino era dando la paz.

Los indios, aunque vieron que era llegada tanta jente, no por eso dejaron de poner en efeto lo que tenian determinado. Reinoso mandó que no pareciese ningun cristiano, sino que se recojiesen en sus estancias. El yanacona entró con el principal en el fuerte, y se lo anduvo mostrando, y que mirase los caballos estaban en el rio, que por respeto de la mucha calor los refrescaban, y algunos cristianos pocos que parecian estaban jugando; y para mas quitalle de sospecha concertó con él que por dos puertas que el fuerte tenia, por ambas le acometiesen y entrasen con buen ánimo, que a todos tomarian en las camas. El principal se fué luego con la nueva a los demas que le esperaban, e informados partieron con una priesa increible, pareciéndoles en ella consistia todo su bien, como de cierto fuera ansí, si no hubiera cautela. Vinieron con tanta determinacion que llegaron junto al fuerte y algunos quisieron entrar en él por la puerta principal: mas como era cosa ordenada ansí, estaban los mas de los soldados a caballo, la artillería cargada, los arcabuceros de mampuesto dieron una gran ruciada de pelotas en los pobres que venian engañados, y el artillería que se disparó en ellos con grande crueldad: luego salieron los de caballo alanceando tantos que movia a lástima ver aquel campo con tantos muertos. Los yanaconas y negros, como a jente rendida, mataban muchos. Escapáronse los que tuvieron buenos piés lijeros; tomáronse muchos a prision, que despues por justicia se castigaron, y con el artillería atados y puestos en hilera los mataban ¡tan enemistados estaban con estos indios! Habiendo Reinoso dado órden y consentido en este castigo que para su ánimo no seria mui seguro.

Quedaron tan temerosos que nunca mas hubo junta para pelear, ántes andaban en borracheras unos con otros, y de una que tuvo plática estaba bebiendo mucha jente, envió una noche lluviendo y con gran tempestad al capitan Don Pedro de Avendaño con cincuenta soldados; dió en ellos sin ser sentido, por respeto del mucho llover, a la que amanecia. Mataron algunos y otros hubieron prisioneros, y entre ellos un principal señor de Pilmayquen, que era en donde estaban bebiendo, llamado Queupulican, hombre valiente y membrudo, a quien los indios temian mucho, porque demas de ser guerrero era mui cruel con los que no querian andar en la guerra y seguir su voluntad. Este indio traido delante de Reinoso, entre otras razones dijo que le daria el espada y celada de Valdivia y una cadena de oro con un crucifijo que en su poder tenia, que él se lo habia quitado cuando lo mató, y le serviria perpétuamente bien; y que viéndole servir a él toda la provincia haria lo mesmo. Reinoso le mandó que trajese lo que habia dicho, y que trayéndolo tendria crédito con él para lo demas que decia. El Queupulican le trajo en largas algunos dias enviando

mensajeros por ello: visto que era entretenimiento y mentira, pretendiendo soltarse, mandó a Cristóbal de Arévalo, alguacil de el campo, que lo empalase, y ansí murió. Este es aquel Queupulican que Don Alonso de Arcila en su Araucana tanto levanta sus cosas. Muerto este indio belicoso, comenzó a venir de paz la demas parte que no la habia querido dar, aunque mala y no verdadera, sino cautelosa y finjida; porque son los mas belicosos indios y guerreros que se han visto en todas las Indias, y que no pueden acabar consigo a tener quietud, sin morir o libertarse.

CAPITULO XXIX.

De como Don García fué a poblar la ciudad de Osorno, y de lo demas que hizo [en] aquella jornada.

Despues que Don García llegó a la ciudad Imperial, descansando cuatro dias, partió a la ciudad de Valdivia, y porque le dijeron que ir por la ciudad Rica rodeaba camino, atravesó los montes de Guanchuala para ir por el valle de Marequina. Los vecinos de Valdivia que lo supieron salieron a este valle a servirle, que es término de su ciudad.

En el mesmo valle, estando dos vecinos haciendo una casa junto al camino para su aposento, los indios trataron entre sí de matallos, pues estaban descuidados lo podian hacer; pues determinados, andando el uno de los cristianos mandándoles lo que habian de hacer, un indio se llegó a él con una hacha por detras y le dió un golpe en la cabeza que lo derribó: luego dieron una grita y van a donde estaba su compañero descuidado de lo que habian hecho, aunque cuando oyó la grita bien entendió lo que habia; mas considerando que no se podia escapar peleó como valiente hombre: el uno era natural de Jénova y el otro de Portugal. Desde a dos dias Don García llegó a este valle y mandó que castigasen los matadores y los demas que habian consentido en la muerte, y se fué desde allí a Valdivia y luego pasó a poblar en donde tenia determinado, con docientos hombres que llevaba y se le habian juntado. Atravesando por los llanos llegó al asiento donde agora está poblada la ciudad de Osorno.

Despues de visto el sitio ser bueno, pasó adelante ántes que el verano se le acabase, tomando el camino por mas arriba que lo llevó Valdivia cuando fué aquella jornada: pasó el lago que se llamó de Valdivia por un rio que nacia en las cabezadas de él, y caminó por aquellos montes mal camino de tremedales, que se mancaban los caballos de el mucho atollar entre las raices de los árboles. Mas adelante llegó a un brazo de mar grande: viendo que no lo podia pasar, envió al licenciado Altamirano [que] con algunas piraguas fuese por la costa de la otra banda, prolongando la tierra cuatro dias de ida, y que donde les tomase el cuarto dia se volviesen y le trajesen relacion de lo que habia. Vueltos le dieron razon era un arcipiélago grande de islas montosas, aunque bien poblado de naturales, y que parecia la

contratacion de indios ser toda la mas por la mar. Y como entraba el invierno, viendo que no habia por donde pasar ni ir adelante, se volvió al lugar y asiento donde habia de poblar. En la ribera de un buen rio trazó el pueblo, y dió solares a los que allí habian de ser vecinos: dejando alcaldes y rejidores se vino a la ciudad de Valdivia, y les envió por capitan al licenciado Alonso Ortiz, natural de Medellin. En llegando a Valdivia, hizo repartimiento de todos los indios que en aquella ciudad habia, que por la exclamacion que habia hecho Villagra lo halló todo vaco, y los dió a quien quiso. Hecho esto, se fué a la Imperial por tener allí el invierno, a causa de estar cerca de Cañete, donde habia dejado al capitan Reinoso, y de podelle proveer de jente. Aquel invierno desde la Imperial a Cañete se andaba el camino con alguna seguridad por los muchos castigos que se habian hecho, aunque dieron los indios en una invencion de guerra dañosa, que hacian hoyos secretos, grandes y cuadrados en mitad de los caminos, y en ellos hincaban varas, tostadas las puntas y mui agudas, tan gruesas como astas de dardos, y cubrian estos hoyos por cima de tal manera, que se mataban muchos caballos dentro de ellos, metiéndose aquellas astas por las tripas, y hubo grandes castigos para quitalles que no lo hiciesen, empalando dentro en los hoyos los indios que se tomaban en aquella comarca.

Don García, estando en este tiempo en la ciudad Imperial regocijándose en juegos de cañas y correr sortija, con otras maneras de regocijo, quiso un dia salir de máscara disfrazado a correr ciertas lanzas en una sortija por una puerta falsa que tenia en su posada, acompañado de muchos hombres principales que iban delante, y mas cerca de su persona Don Alonso de Arzila, el que hizo el Araucana, y Pedro Dolmos de Aguilera, natural de Córdoba, un otro caballero llamado Don Juan de Pineda, natural de Sevilla, se metió en medio de ambos. Don Alonso, que le vido venia a entrar entre ellos, revolvióse ácia él echando mano a su espada: Don Juan hizo lo mesmo. Don García, que vido aquella desenvoltura, tomó una maza que llevaba colgando del arzon de la silla, y arremetiendo el caballo ácia Don Alonso, como contra hombre que lo habia revuelto, le dió un gran golpe de maza en un hombro, y tras de aquel otro. Ellos huyeron a la iglesia de nuestra Señora, y se metieron dentro. Luego mandó que los sacasen y cortasen las cabezas al pié de la horca, y para el efeto se trujo un repostero y escalera para ponelles las cabezas en lo alto de la horca; y él se fué a su posada y mandó cerrar las puertas, dejando comision a Don Luis de Toledo que los castigase: mas en aquella hora muchas damas que en aquella ciudad habia, queriendo estorbar el castigo, o que no fuese con tanto rigor, quitándole alguna parte del enojo, con algunos hombres de autoridad entraron por una ventana en su casa, y se lo pidieron por merced. Condecendiendo a ruego, los mandó desterrar de todo el reino. Luego le llegaron mensajeros de la ciudad de Cañete, que le certificaban aquella provincia daba muestra de querer pelear, y

cuan necesaria era su persona, para con fuerza de jente castigallos, porque hacian fuertes donde meterse.

CAPITULO XXX.

De como Don García llegó a Cañete y de las cosas que hizo, y de como desbarató el fuerte que los indios tenian hecho en Quiapo, y del castigo que en ellos hizo.

Teniendo Don García nueva cuanto convenia su persona en la provincia de Arauco y Tucapel, por algunos movimientos que entre los indios habia a causa que el capitan Reinoso, dejado el fuerte, se salió con la jente que tenia a poblar la ciudad y que cada uno de los vecinos edificase en su solar y hiciese casas en que viviese; puestos en esta obra, viendo los indios que estaban en parte donde les pudiesen hacer algun daño, trataron una noche dar en ellos; porque estando sin fuerte como estaban harian alguna suerte, que era lo que siempre habian pretendido, tener algun suceso bueno para levantar a los demas, tomando todos mas ánimo para lo de adelante. Con esta determinacion se juntó mucho número de indios junto al asiento de el pueblo para hacer su efeto cuando les pareciese. Reinoso que tuvo plática de lo que trataban, mandó luego recojer a todos los vecinos y soldados que estuviesen juntos para toda hora que se les ofreciese caso repentino, y mandó juntar alguna piedra y hacer con ella una pared de altura hasta los pechos por la frente, y por los lados mandó hincar varas gruesas en la tierra con otras atravesadas y atadas. Con esta prevencion le pareció estaba al seguro, y despachó dos mensajeros haciendo saber a Don García todo lo que se hacia, ansí por su parte como por la contraria. Don García envió luego a Don Luis de Toledo con cincuenta hombres a caballo mui a la lijera. Llegó a tiempo, que aquella noche se esperaba pelear. Con este socorro cesó fortificar el sitio, y por los indios entendido, mudaron propósito.

Desde a tres dias llegó Don García con docientos hombres, y mandó luego trazar cuatro solares en cuadro, y con dos pares de tapiales la mandó cercar, y con tanta presteza que en quince dias estaba esta obra acabada de dos tapias en alto, con dos torres altas de adobes que señoreaban el campo y el fuerte, puestas dos piezas de artillería en cada una. Andando en esta obra, un dia en público se comenzaron de alzar los indios, que cierto dió pena a todos ver que de nuevo se habia de volver a hacer la guerra. Los indios se juntaron en el fuerte que habian hecho en Quiapo mas número de ocho mill indios para pelear en él; porque demas de los que estaban dentro en el fuerte, eran muchos los que con las armas en las manos estaban esperando el suceso que tendrian para dar ellos por un lado en los cristianos o en los bagajes, como mejor les pareciese. Don García, despues de haber acabado la fuerza que hacia, dejó en ella al capitan Juan de Riba Martin, de las montañas de Burgos, hidalgo noble, y setenta soldados con él, y

no le dejó mas porque, estando en tan buen fuerte, bastaban para sustentallo hasta quél hubiese hollado la comarca y desbaratado los indios que le estaban esperando en el camino, para el cual efeto le era necesario llevar fuerza de jente, y que siendo tiempo, él le proveeria de la que hubiese menester.

Llevando consigo al capitan Reinoso por su maestro de campo, y con trecientos hombres bien aderezados de armas y caballos, con dos piezas de campo, se partió la vuelta de Quiapo, que era en donde los indios le esperaban. Todos los demas comarcanos se fueron detras de él a hallarse en aquella junta donde esperaban una gran vitoria. Llegó Don García en dos jornadas, y otro dia luego por la mañana los fué a reconocer. Despues que vió el sitio que tenian trató como desbaratallos, y para el efeto repartió por cuarteles la jente y mandó asestar el artillería contra los indios y palos que tenian por delante, y luego los comenzó de batir. Los indios cuando se disparaba el artillería se echaban en tierra, y despues de pasadas las pelotas, tomaban las armas guardando su puesto. Tenian ansímesmo por delante de el fuerte muchos hoyos en que cayesen los que quisiesen entrar a ellos. Los cristianos se llegaron disparando sus arcabuces y lanza a lanza peleaban por entrar; los indios les defendian la entrada: ¡era hermosa cosa de ver! Don García mandó que por las espaldas fuese una cuadrilla de arcabuceros y con ellos algunos soldados de lanzas y dargas para que mejor se bandeasen unos a otros. Estos llegados pasaron una ciénega pequeña que hacia junto al fuerte y llegaron a la palizada sin que fuesen vistos, ni los indios mirasen en ellos: como estaban revueltos peleando y con tanto sonido de arcabuces y los dos tiros de campo que los ensordecian, pudieron quitar dos maderos y por aquel hueco que hacia de puerta entró delante un soldado llamado Francisco Peña y tras de él Hernando de Paredes y Gonzalo Hernandez Buenos-años, con los demas que tras de ellos iban disparando en los indios los arcabuces; los cuales como volvieron las caras, viendo a los cristianos junto a sí, y que los demas con quien estaban peleando los apretaban mucho, viéndose perdidos se arrojaron por una quebrada de cañas que junto al fuerte estaba, sennialada entre ellos para si les decia mal retirarse por ella. Los cristianos como entraron apresuradamente, mataron muchos y tomaron a prision muchos mas; porque los que mandó matar el maestro de campo por justicia, como hombre que conocia sus maldades, pasaron de sietecientos. Fué tan grande este castigo y puso tanto temor en toda la provincia, que los que se habian alzado vinieron a servir de allí adelante.

Hecho esto, Don García pasó a Arauco, sin haber indio que mas osase pelear con él ni con capitan suyo, porque en ventura deste mozo sucede bien todo lo que manda. Esta plática en jeneral traian los indios entre sí, porque en aquel tiempo Don García era mancebo desbarbado. Llegado a Arauco, le vinieron algunos principales de paz: estos a entender qué hallaban en él, sospechosos de sus culpas, venian a

tentar para obrar adelante conforme a lo que de presente hallaban. Allí dejó al capitan Reinoso para que acabase de asentar aquel valle y le hiciese una casa en el sitio y lugar donde Valdivia la habia tenido, y él se fué a la Concepcion.

CAPITULO XXXI.

De las cosas que hizo Don García, llegado a la Concepcion.

Despues de haber tenido Don García tan buen suceso en guerra y paz, y reparado las ciudades de el reino de jente, armas y municiones, se fué a la Concepcion por respeto de estar en mitad de el reino para los negocios que se ofreciesen ansí de guerra como de gobierno. Llegado [a] aquella ciudad, envió sus capitanes [a] acabar de asentar sus términos, y trató con los vecinos se proveyesen de herramientas y bastimentos con que el verano adelante todos sacasen oro para acreditar aquel pueblo y reparar sus necesidades, pues estaban tan pobres. Venida la primavera, como estaban pertrechados, cada uno comenzó con los mas indios que pudo, haciendo asiento en lugar que con alguna seguridad pudiesen los cristianos estar a manera de fuerte, siete leguas de la Concepcion, dia sennialado para todos se comenzó tomando minas por órden. Traia Don García por sus criados sacando oro seiscientos indios, que dando las minas buenas muestras se aprovechaban en jeneral vecinos y soldados, y los que a las minas iban sacaron aquel año mucho oro, con que se proveyeron para adelante de ganados, ropas y otras cosas de que tenian necesidad para sus personas, y a la voz de el oro acudieron mercaderes con sus haciendas. Usó Don García aquel año de mucha jenerosidad con pobres casados y con algunos soldados y criados que le servian, de hacelles dar todo el oro que en las minas le sacaban de domingo a domingo, repartiendo las semanas a cada uno conforme a su necesidad y merecer; que cierto, aunque otras cosas tuvo de mancebo, siempre resplandeció en él mucha virtud: desta manera repartia el oro que le sacaban, aprovechándose él poco; sino era de la gloria que rescebia en dallo.

Desde la Concepcion proveia [a] Arauco y a Cañete de jente siempre que le avisaron tenian della necesidad, y envió al capitan Don Pedro de Avendaño con cuarenta soldados a caballo que anduviesen en la comarca de Cañete asentando los indios que estaban poblados en la sierra, y castigando a los de guerra. Era Don Pedro hombre cruel con los indios; rescebia gran contento [en] matallos, y él mesmo con su espada los hacia pedazos; de que le tenian gran temor en toda la provincia, y esta crueldad le causó la muerte, como adelante se dirá, porque unos indios conjuraron contra él y lo mataron.

Estando de paz en este tiempo, algunos soldados, desgustosos de Don García por no habelles dado de comer, siendo como eran antiguos, entendiendo de él los tenia en poco, por huir de su presencia se

iban a Santiago, ciudad la mas principal del reino, y desde allí algunos dellos derramaban cartas con nuevas falsas, como le parecia a cada uno echallas. El licenciado Santillan, a quien Don García habia traido a Chille para las cosas de justicia, residia en Santiago, al cual le pareció era bien aclarallo: hallando culpable, por la informacion que hizo, a un soldado llamado Ibarra, lo ahorcó. Fué parte este castigo para que de allí adelante no se echasen mas nuevas en aquella ciudad, aunque en la de Valdivia se extendió nueva que Villagra venia por gobernador, de que muchos vecinos y otras personas se holgaron. Estos, partiendo con la primera nueva, como hombres torpes, aquella noche que de ello tuvieron plática salieron de sus casas con hachas de carrizo: regocijados anduvieron por la ciudad mostrando el placer que tenian; y como al que manda no se le asconde cosa alguna, mandó [D. García] al capitan Gaspar de la Barrera fuese por ellos y se los trajese a donde él estaba: llegados, los envió con Francisco Vasquez de Eslava los entregase en la ciudad de Cañete, como a hombre de confianza, al capitan que allí estaba, para que sustentasen aquella ciudad algun tiempo. En estos dias Don Pedro, haciendo la guerra, se asentaron muchos indios, de que resultó venir los demas a dar la paz.

Don García para dar mas calor a la guerra, y que todo estuviese bien asentado, despues de haber estado el invierno en la Concepcion, el verano adelante se fué a la casa de Arauco, que ya estaba acabada, y tenia aposentos para poder estar en ella. Puesto allí con sus criados y amigos, los vecinos de Tucapel anduvieron buscando oro aquel verano en sus términos para no illo a sacar a otra parte, de que hallaron grande muestra en muchas partes. Tambien mandó a Don Miguel de Velasco que con cuarenta soldados fuese a poblar la ciudad de Angol, que en tiempo de Valdivia habia sido poblada en aquel mismo sitio y lugar, y que los vecinos que estaban en Concepcion, Tucapel e Imperial fuesen a residir a ella, pues tenian los indios en su comarca. Hubo tanto efeto que asentada la tierra, será esta ciudad mui principal en el reino para en guerra y paz, porque tiene todas las partes buenas que una ciudad para ennoblecerse debe tener.

Tambien envió por via de ruego al padre sochantre Molina, antiguo en las Indias, hombre de buena vida, que predicase y amonestase aquellos indios a vivir en la fe de Jesucristo, o por lo ménos que guardasen la lei natural; lo cual no hacian, ántes cada uno tenian todas las mujeres que podian sustentar. Hizo este padre mucho fruto, porque rescibieron agua de Espíritu Santo infinidad de niños, muchachos y mujeres, que por la mala órden de algunos gobernadores, y por pecados de el reino, todo se ha perdido.

CAPITULO XXXII.

De como Don García se fué a la ciudad de Santiago, donde tuvo nueva de la muerte de su padre el marques de Cañete, y la oracion que hizo al pueblo cuando se quiso ir.

Estando de paz toda la provincia que tantos años habia estado de guerra, Don García, como hombre que ya en su pecho tenia concebido irse de el reino, quiso ir a la ciudad de Santiago, habiendo poco mas de tres años que gobernaba a Chille, y conocia la pobreza de la tierra, constándole que el hombre que lo gobernase no tenia necesidad de tanta casa como él tenia, sino dos pajes y un mozo de espuelas; porque en aquel tiempo en todo el reino no se sacaba oro, sino era en las ciudades Santiago y Serena (despues acá se ha ennoblecido el reino por el mucho oro que se ha sacado y sacan de ordinario, y se sacara de cada dia mas, si las guerras no lo hubieran estorbado); por este respeto despidió alabarderos y criados, que aunque tenia veinte mill pesos de salario no los cobraba, que no habia tanto dinero en las cajas del Rei que se pudiese pagar: quedando tan a la lijera, que despues de haber repartido sus caballos y algunas preseas en amigos y en otros aficionados, mandó juntar el pueblo en las casas de su morada, en una sala grande, les habló desta manera, destocándose comenzó a decilles: "El marques mi padre me envió a este reino como a gobierno que estaba a su cargo, hasta que su majestad otra cosa mandase, y por mas serville me quise ocupar, como vuestras mercedes han visto, en paz y en guerra en todo aquello que en jeneral se ha ofrecido, gastando mi edad en cosas virtuosas, como es poblar ciudades, quietar esta provincia. Siendo Dios servido, conforme a mi deseo, darme buenos sucesos para ampliar este reino, pues de mis trabajos ha resultado tener vuesas mercedes remedio en sus casas y principio para ser ricos, de que yo me huelgo infinito, aunque no saco desto barato, sino haber gastado lo que traje del Pirú mio, y lo que mi padre me dió, que con ello, y con lo que despues me envió, pudiera ser rico: me huelgo en gran manera salir de Chille pobre, pues todos vieron la casa que traje cuando en este reino entré, y la que agora tengo; y saber que no lo he vendido, sino que lo he dado, y mucha parte dello gastado para sustentarme; y que vine mozo, y agora parezco diez años de mas edad de la que tengo; y es cierto que si a Chille no hubiera venido, y me estuviera en el Pirú, tuviera mas de doscientos mill pesos, con que pudiera en Castilla comprar mas de diez mill ducados de renta. Esto creo bien lo conoscerán todos ser ansí, pues en verdad que pueden vuesas mercedes creer que siento tanto salir de esta ciudad, como cuando salí de casa de mi padre para venir al Pirú, por tener conoscidos a todos, unos por amigos, y a otros por aficionados: quisiera no ir a Santiago, mas conviéneme desde mas cerca tratar y comunicar con mi padre dé órden en mi remedio con su

" majestad, pues le he servido como todos han visto. Es el mandar tan
" envidioso de suyo, y todo gobierno presente tan odioso, que aunque
" en esta tierra tengo muchos amigos, sé que tengo mas enemigos; pero
" con verdad ninguno dellos dirá que me he hecho rico en Chille; a mí
" ni a mis criados he enriquecido, ántes algunos amigos mios, por se-
" guirme, gastaron sus haciendas, y se han quedado sin ellas, y yo no
" he podido dalles otras, ni tengo de qué recompensalles como yo
" quisiera." Y en lo último les dijo: "Enternézcome tanto, que no pue-
" do decir lo que quisiera." Volviendo las espaldas con buen comedimiento, los dejó y se metió en su aposento. Fué cosa de notar que, los que estaban presentes, hubo pocos que no arrasasen los ojos de agua, aunque muchos estaban mal con él; porque en el repartimiento que hizo de los indios, tuvo mas cuenta con los que consigo trajo del Pirú que con los antiguos que en el reino habia, como era cierto habian servido mucho al Rei, dejó a muchos dellos nescesitados, sin remedio, e ansí lo estan el dia de hoi: de esto se quejaban dél, y deseaban velle fuera del reino, porque su nombre en aquel tiempo les era odioso.

Desde a dos dias despues de haber repartido su recámara entre algunos vecinos y amigos, se fué a Santiago, donde fué bien rescebido, por saber habia mudado mucho en condicion y aspereza, que si Don García no entrara en Chille tan altivo despreciando los hombres, y tuviera alguna afabilidad y llaneza, fuera en gran manera bien quisto; y ansí en Santiago le querian mucho. Desde a poco le llegó nueva el marques su padre era muerto, y que venia por gobernador de Chille Villagra, a quien habia enviado preso cuando entró en el gobierno: luego se retiró a un monasterio de la órden de Sant Francisco, que parescia habia adivinado lo que habia de pasar por él, y mandó a un navio pequeño que se halló en el puerto de Santiago fuese a la Ligua, que es un rio entre la ciudad de la Serena y el puerto de Valparaiso, veinte e dos leguas de Santiago: allí se embarcó con dos criados para el Pirú. Poco ántes de su partida fué Dios servido se descubriesen las minas de Chuapa, cosa riquísima de oro, y las minas de Valdivia, por extremo ricas, que dellas unas y otras se ha sacado en catorce años grandísimo número de pesos de oro.

Era Don García cuando vino al gobierno de Chille de veinte años, gobernó cuatro años bien y con buena fortuna: tenia buena estatura, blanco, y las barbas que le salian negras, los ojos grandes: bien hablado, y se preciaba dello: honesto en su vivir, porque para la edad que tenia nunca se le sintió flaqueza en vicio de mujeres: era amigo de visitar pocas, y no tan de ordinario que se le echase de ver. Trajo consigo algunos hombres principales y viejos, a los cuales se sabia que el mismo Don García correjia de algunos vicios, que era mucho para tan poca edad no caer él en ellos. Dejó por su teniente de todo el reino al capitan Rodrigo de Quiroga, para que como su persona lo tuviese en justicia.

En el cual tiempo los indios de Puren estaban conjurados, y tenian

determinado de matar al capitan Don Pedro de Avendaño, para el cual efeto acordaron venille a servir en las cosas que él mandase. Don Pedro les mandó hacer la sementera de trigo, y que algunos dellos se ocupasen en cortar tablas para una casa que queria hacer. Estando con tres amigos españoles en las casas de los indios, vinieron un dia al poco mas de mediodía con las tablas: Don Pedro estaba durmiendo cuando los indios llegaron; al ruido se levantó a ver qué era. Los indios descargaron las tablas que traian a los hombros, mostrando venian cansados le preguntaron si eran buenas: Don Pedro se abajó a ver el grueso que tenian. Un indio, que para ello estaba apercebido, con una hacha que tenia en las manos, en abajándose, le dió un golpe en la cabeza, y tras de aquel otro, y dando una grande grita dieron en los otros que con él estaban, e saliendo a ella los mataron todos. Un criado que Don Pedro allí tenia mancebo, valiente hombre, llamado Pedro Paguete, vizcaino, que muchas veces se habia visto en la guerra con indios, andaba cavando para sembrar, como sintió la revuelta, entendiendo lo que era quiso huir; no le dieron lugar, porque los indios lo cercaron. Peleó valientemente con todos ellos, mató muchos; mas como era solo y no tuvo socorro y los enemigos muchos, lo mataron. Luego se extendió la nueva por la comarca: sabido en la ciudad de Angol, que estaba cerca, dieron aviso al capitan Rodrigo de Quiroga que asistia en la Concepcion. Fué cosa que no se puede decir la presteza que tuvo en irlo a castigar con ser en mitad del invierno; llegó a Puren donde lo habian muerto y envió desde allí a la ciudad Imperial que le viniesen a ayudar [a] aquel castigo algunos vecinos y soldados: vinieron muchos, porque era y fué siempre mui bien quisto en jeneral. Castigó muchos indios de los culpables, y porque se habian retirado los demas a una ciénega grande que hacia dos leguas de lonjitud y era menester con muchos indios amigos y mas número de jente hacelles la guerra para llegallos a lo último, teniendo nueva que en la ciudad de Santiago esperaban a Villagra que venia por gobernador, se volvió a la Concepcion y de allí se fué a la de Santiago a rescebir la voluntad del Rei.

CAPITULO XXXIII.

De como Francisco de Villagra vino por gobernador a Chille y del rescebimiento que se le hizo en la ciudad de Santiago, y de lo que él hizo despues.

Gobernando el reino del Pirú el marques de Cañete como visorei que el Emperador Don Cárlos habia proveido, el Rei don Felipe despues que heredó todos los reinos que su invitísimo padre tenia, por causas que le movieron, proveyó al reino del Pirú nuevo gobierno, y asímesmo al gobierno de Chille a Francisco de Villagra sacando dél a Don García de Mendoza, hijo del marques de Cañete, que gobernaba al Pirú, por noticia que de Villagra tenia y cartas que habia rescebido de los cabildos y ciudades del reino en que lo enviaban a pedir cuando

envió a Gaspar Orense a España a hacer sus negocios con el Rei, queriendo hacelles merced, con este proveimiento vino un sacerdote deudo suyo, hombre principal; llamado Agustin de Cisneros, que mucho lo habia solicitado en corte. Partió de Castilla trayendo consigo la mujer de Villagra y algunas deudas otras, se embarcó en Sanlúcar. Llegado a Nombre de Dios, halló buen aviamiento para la otra mar del Sur hasta que llegó al puerto de los Reyes, donde Villagra estaba: allí le dió los despachos que de la gobernacion le traia. Luego se comenzó [a] aprestar para venir a Chille, y en el entretanto envió un criado suyo con un traslado de su provision para que constase la merced que su majestad le habia hecho. Llegado que fué, algunos que con Villagra estaban bien y otros que con Don García habian estado mal, se regocijaron y holgaron, aunque despues que tuvo el gobierno en sí comenzaron a sentir su daño por la mala maña que se daba, que ser capitan o ser gobernador va mucho de lo uno a lo otro. Villagra para tan gran cosa como le habia llegado hallábase pobre de dineros; mas como tenia tan buena mano en buscarlos, procurándolos con el crédito del gobierno y la gran fama que tenia aquella provincia de minas ricas de oro, halló mas de lo que hubo menester, que le prestaron a pagar en Chille, y algunos de los que se los dieron se vinieron con él, creyendo que demas de cobrallos les hiciera alguna merced en aquel reino, y fué Dios servido que el uno dellos murió a manos de indios muerte mui cruel, y el otro vivió pocos dias pobre, pudiendo vivir en el Pirú ricos.

Aderezado Villagra, se embarcó con su casa y algunos soldados que con él quisieron venir: navegando con buen tiempo llegó a la ciudad de la Serena, llamada Coquimbo por otro nombre, ques a la entrada del reino; desde allí se vino por tierra a la ciudad de Santiago, donde le estaban esperando de todo el reino muchos vecinos y hombres principales. La justicia y rejimiento le tenian aparejado un rescebimiento, el mejor que ellos pudieron, conforme a su posible. En la calle principal, por donde habia de entrar, hicieron unas puertas grandes, a manera de puertas de ciudad, con un chapitel alto encima, y en él puestas muchas figuras que lo adornaban; y la calle toldada de tapicería, con muchos arcos triunfales, hasta la iglesia; por todos ellos muchas letras y epítetos que le levantaban en gran manera dándole muchos nombres de honor; y una compañía de infantería, jente mui lustrosa y mui bien aderezada, y por capitan della el licenciado Altamirano, y otra compañía de caballo con lanzas y dargas, y mas de mill indios, los mas dellos libres, con las mejores ropas que pudieron haber todos. En órden de guerra le salieron a rescebir al campo, fuera de la ciudad, a la puerta de la cual quedaba el cabildo esperándole, con una mesa puesta delante de la puerta de la parte de afuera, cubierta de terciopelo carmesí, y baja a manera de sitial, con un libro misal encima para tomalle juramento, como es costumbre a los príncipes, que cierto, porque me hallé presente, toda la honra que le pudieron dar le dieron. De esta manera llegó a la puerta de la ciudad, encima de un macho negro, pequeño mas que el ordinario,

con una guarnicion de terciopelo negro dorada, y una ropa francesa de terciopelo negro aforrada de martas, lo metieron en la ciudad como a hombre que querian mucho, y le habian tenido por amigo mucho tiempo. Despues de las cerimonias del juramento lo llevaron a la iglesia debajo de un palio de damasco azul, llevándole dos alcaldes el macho por la rienda, y desde allí a casa del capitan Juan Jufré, que era su posada. Y habiendo sido informado Villagra que habia nescesidad de jente en la Concepcion y Tucapel, [y que] a causa de la muerte de don Pedro de Avendaño se alborotaba la provincia, envió al capitan Reinoso con comision que castigase y quietase aquellos indios, y le avisase de todo lo que entendiese que convenia a la quietud de la provincia.

Los indios, cuando supieron que Villagra venia por gobernador, se alegraron, diciendo que con él siempre les habia ido bien, que querian tomar las armas y pelear, pues Don García era ido, que les parecia se habia de acordar de cuando lo desbarataron en la cuesta de Arauco, y habia de querer vengar tantos cristianos como allí murieron; y pues le tenian por hombre que por la guerra no se le hacian bien sus cosas, que se juntasen todos y a un tiempo se alzasen y declarasen por enemigos, como lo hicieron. Francisco de Villagra, despues que desembarcó en la Serena, parescia venir prenosticando al reino mal agüero, y que de su venida les habia de venir mucho mal en jeneral a todos, porque en desembarcando se inficionó el aire de tal manera, que dió en los indios una enfermedad de viruelas, tan malas que murieron muchos de toda suerte, que fué una pestilencia mui dañosa, y por ella decian los indios de guerra, que Villagra no pudiendo sustentarse contra ellos, como hechicero habia traido aquella enfermedad para matarlos, de que cierto murieron muchos de los de guerra y de paz.

CAPITULO XXXIV.

De como Francisco de Villagra salió a la primavera de la ciudad de Santiago para ir a la de Cañete por la provincia de Arauco, y de lo que hizo.

Despues que fué informado Villagra de la alteracion que los indios tenian con su venida, para dalles algun estorbo y ponelles temor, envió al capitan Reinoso, como atras dije, y desde a poco envió a su hijo Pedro de Villagra, mancebo de buena esperanza por las partes que tenia de virtud, con cuarenta soldados bien aderezados a caballo, que fuese a Tucapel, y en compañía de Reinoso hiciese la guerra por la órden que le diese, al cual obedeciese en todo lo que le ordenase. Ido Pedro de Villagra, desde a pocos dias se partió su padre a la Concepcion, y de allí, pasando el rio de Biobio, entró en Arauco, que estaba de paz, hablando y sosegando a los principales, para que no entendiesen traia la voluntad que les habian dicho, llevando en su compañía un relijioso fraile de la órden de Santo-Domingo, llamado frai Gil de Avila, llegó a Cañete, que es en la provincia de Tucapel. Los indios se estuvieron a la mira, sin

declararse, sino algunos que vivian en la montaña, hasta ver lo que el tiempo les decia que hiciesen; y fué para ellos, conforme a su disinio, tan provechosa la ida de frai Gil, aunque mas dañosa para su quietud y caso presente, porque Reinoso, cuando allí llegó, quiso con su buen entendimiento asentar los indios, poniéndoles temor con las armas, y regalándolos por otra parte con amonestaciones de palabras, con las cuales hizo poca impresion en ellos, ántes viendo que si algunos indios se tomaban en la guerra de los que no querian servir, despues de haberles hecho una oracion, los enviaba por mensajeros, puesto caso que los mas repartimientos estaban de paz. Estos, viendo que ellos servian y los trabajaban, y que los que estaban de guerra se holgaban y no los castigaban, decian que por lo que vian presente, entendian era en daño de los indios que a los cristianos eran amigos, y en provecho de los que les eran enemigos: con esta plática se alzaron todos, sin quedar indio ninguno de paz en aquella provincia. Juntósele a Villagra para no acertar a hacer la guerra, que frai Gil, en las oraciones que hacia a los soldados, les decia se iban al infierno si mataban indios, y que estaban obligados a pagar todo el daño que hiciesen y todo lo que comiesen, porque los indios defendian causa justa, que era su libertad, casas y haciendas; porque Valdivia no habia entrado a la conquista como lo manda la iglesia, amonestando y requiriendo con palabras y obras a los naturales; en lo cual se engañaba, como hombre que no lo vido, mas que como era de buen entendimiento, encima de una obra (1) de causa formaba lo que queria; porque yo me hallé presente con Valdivia al descubrimiento y conquista, en la cual hacia todo lo que era en sí como cristiano. Volviendo a frai Gil, eran sus palabras dichas con tanta fuerza, que hacian grande impresion en los ánimos de los capitanes y soldados, y acaesció vez que Villagra estaba hablando algunos soldados que hiciesen lo que sus capitanes les mandasen, y alanceasen a los indios todos que pudiesen, frai Gil les decia que los que quisiesen irse al infierno lo hiciesen: ansí era una grandísima confusion ver estas cosas y que Villagra no las remediase, y ansí se hacia la guerra perezosamente. Los vecinos de Cañete le importunaban se fuese de aquella ciudad, y les dejase jente para hacer la guerra: que no le podian sustentar de bastimentos, y los descargase en alguna parte. Villagra les dejó a su hijo Pedro de Villagra, y con él al capitan Reinoso, con ciento y veinte hombres de guerra, fuera de los que sustentaban la ciudad, y él se fué a la ciudad de los Infantes, que estaba diez leguas de Cañete. Estando allí pocos dias, se partió a la Imperial; parando en ella poco, pasó a la Ciudad Rica, que estaba cerca de las minas de Valdivia, mui ricas de oro. En aquel tiempo habia Francisco de Villagra desde la ciudad de Santiago enviado delante al licenciado Altamirano con comision suya fuese a las minas, y que, como justicia, tuviese cuenta con todos los que andaban sacando oro, y que cada noche rescibiese el oro que sacasen y lo metiese en un

(1) El autor explica mal su pensamiento, por lo cual parece estar falto el sentido.

cofre, teniendo cuenta de quién y cuyo era, para que cada uno hubiese lo que fuese suyo. Querian decir que Villagra hacia aquella dilijencia, para despues, en monton, hacer dello servicio a su majestad: otros decian cosas diferentes destas; mas el juez reto, que es Dios, lo desbarató todo de comó él lo tenia pensado, porque dió tantas viruelas a los indios que lo sacaban, y morian tantos de aquella pestilencia, que algunos relijiosos, poniéndoselo por cargo, mandó se dejase de sacar, y lo sacado se acudiese a cuyo era. Tambien le sucedió en este tiempo, que estando en la Ciudad Rica la pascua de navidad del año de sesenta y tres (1), que enfermó de mal de hijada, con algunas calenturas, de que pensó morir, y de un mal que le dió en los empeines de los piés, de tan terrible dolor, que no podia andar a pié ni a caballo. Estando en mejor disposicion, en convalecencia, aunque poco, por algunas cartas que tuvo de la Concepcion, en que en efeto le afeaban el irse a las ciudades de paz, dejando lo de guerra tan mal reparado, y que los soldados que habian quedado en Tucapel pedian licencia para irse de la guerra, diciendo que Villagra iba con ánimo de repartir los indios, y dallos a quien a él le paresciese, dejándolos a ellos olvidados. Entendiendo que seria posible su ausencia causar alguna desenvoltura entre ellos, se puso en una silla, en hombros de indios se hizo llevar a la Imperial, y desde allí a la ciudad de los Infantes: hizo algun efeto su vuelta, no para que los indios por ella diesen muestra de venir de paz, sino para que los soldados que en la guerra andaban hiciesen con mejor voluntad lo que les fuese mandado, ántes los indios trataban venir sobre la ciudad y quemar las casas en que vivia. Villagra, como se vido tan enfermo, quiso ponerse en cura: aderezado un aposento, tomó la zarzaparrilla, y estuvo en la cama dos meses; mejoró algo, y porque entraba el invierno, dejando contentos con palabras a muchos, llevando consigo a otros se fué a la Imperial, en donde llegó por legado de la ciudad de Santiago el capitan Bautista de Pastene, pidiéndole en nombre de aquella ciudad les enviase por su teniente a Pedro de Villagra, su hijo, por respeto de no llevarse bien con el capitan Juan Jufré, a quien habia dejado por su justicia mayor: Villagra lo hizo ansí, como se le pidió. Pasando las aguas del invierno se fué a la ciudad de Valdivia, diciendo era tiempo de venir navios del Pirú, y que queria hallarse allí por causas que convenian al bien del reino, y al verano bajar a la Concepcion por la mar y llevar la jente que pudiese.

CAPITULO XXXV.

De como Francisco de Villagra llegó a la ciudad de Valdivia, e yendo a la Concepcion por la mar con viento contrario fué a la nueva Galicia, y de las cosas que le acaescieron.

Habiendo pasado las aguas del invierno, Villagra se puso en camino

(1) Debe ser la Navidad del año de 1562.

para ir a la de Valdivia. Los vecinos de aquella ciudad estaban temerosos si les removeria los indios que tenian, o no, y con este temor se desvelaron en hacelle el mejor rescebimiento que pudieron con jente de a pié y de caballo, a uso de guerra, y le enviaron un barco al camino bien esquifado, con mucho refresco, para que en el barco viniese por el rio que pasa junto a las casas de la ciudad, grande y de mucha hondura, y a la boca de este rio, porque hace una isla que lo divide en dos partes, atravesaron un navio sobre áncoras con mucha artillería que le hiciese salva cuando llegase. Despues de rescibido con esta órden le llevaron a su posada, donde le fatigó el dolor de los piés en gran manera, por cuyo respeto de ordinario se estaba en la cama, y allí negociaban los que tenian negocios: cuando se sentia en mejor disposicion, que se levantaba, estaba en una silla, y ansí ya enfermo, ya mejor pasó aquel invierno, y a la primavera por el mes de otubre, que por aquel tiempo entra el verano en el reino de Chille, fletó un navio a costa del Rei, y embarcando en él treinta caballos y cuarenta soldados salió del puerto de Valdivia a la mar año de sesenta y tres, diciendo al piloto navegase a donde el tiempo le quisiese llevar, aunque no tan confiado de su ventura como Otaviano César, porque Villagra siempre fué mohino en las cosa de guerra, pues saliendo a la mar con buen tiempo para su viaje, revolvió tramontana. Corriendo el navio con el temporal fué a parar al archipiélago de Chilue, provincia de la nueva Galicia que despues se llamó ansí.

Villagra ántes de su viaje habia enviado un bergantin que lo descubriese, qué tierra tenia aquella costa ácia el estrecho de Magallanes: cuando vino le trajo nueva era tierra poblada y fértil, y ansí le tomó deseo de la ver, y para este efeto mandó al piloto navegase a donde el tiempo le quisiese llevar. Entrando entre tantas islas el maestre surjió y amarró el navio a su usanza: Villagra mandó sacar los caballos en tierra, y que algunos soldados fuesen la tierra adentro a caballo por mejor ver y reconoscer qué disposicion tenia, qué jente habia en ella. Trajéronle nueva que era bien poblada, y parescia fértil de simenteras. Estando en tierra en frente de donde estaba surto el navio, no conosciendo el piloto, ni teniendo plática de lo que por aquella costa menguaba la mar, un dia descuidado menguó tanto con el retirarse las aguas vivas, que el navio, puesta la quilla en tierra, cayayó (1) de lado; con el golpe que dió, y otros que le daba la mar, se abrió por algunas partes. Socorriéronlo con grande dilijencia, viendo que estaban en una isla que si el navio se perdia se habian de perder, o pasar mucho trabajo sus vidas, lo remediaron con estantes hasta que la mar volvió a crecer: luego lo metieron a lo largo donde estuviese seguro de otro semejante acaescimiento. Los indios de la isla, viendo que estaban de asiento, tratan de se juntar, y una noche dan en ellos diciendo, no se les podian

(1) Por *encalló.*

escapar; porque estaban en tierra y no habia donde huir, aunque quisiesen. Con este acuerdo se juntaron mill indios, y una noche, a la que amanecia, dan en Villagra y los que con él estaban, que no les sintieron hasta que andaban envueltos a las manos con ellos, dando de palos a los cristianos y caballos y a la tienda en que Villagra estaba; que si como eran indios bisoños fueran pláticos, ninguno dellos quedara que no mataran, y a Villagra con ellos. Algunos soldados, aunque estaban desnudos, subieron en sus caballos en cerro, y entraron por los indios, y con otros que iban bien armados y bien en su órden los desbarataron; porque los indios, como jente mal plática, no sabian jugar de lanza, y ansí mataron algunos y otros tomaron a prision. Para informarse de la tierra y del número que eran, destos llevó Villagra algunos consigo, que luego le hizo buen tiempo y se embarcó con todos los caballos y jente, y con él navegó hasta la playa de Arauco, donde desembarcó y se fué a la casa fuerte que allí estaba. Sabiendo que era llegado, le vinieron a ver de la Concepcion y de Cañete algunos amigos suyos, principalmente Pedro de Villagra, al cual hizo su teniente jeneral de todo el reino para las cosas de guerra.

Estando en esto, los indios andaban haciendo fuertes donde pelear a su ventaja hasta hacer alguna suerte en los cristianos. Queriéndolo remediar, de la Concepcion enviaron a Francisco de Castañeda con treinta soldados que deshiciese un fuerte que comenzaban a hacer, ántes que lo pusiesen en mejor defensa. Llegado a él peleó con los indios, y de tal manera tuvo la vitoria que los enemigos se volvieron a él y desde allí trataron mejorarse en otro sitio cerca de aquel. Villagra, informado por cartas que tuvo de la Concepcion y de la ciudad de Angol, para dar el remedio que convenia, mandó a su hijo Pedro de Villagra, que ya era vuelto de Santiago, donde su padre lo habia enviado a ser justicia, se aderezase con sus amigos y se fuese a juntar con el capitan Arias Pardo, a quien habia dado comision cuando se embarcó en Valdivia para que hiciese jente en aquellas ciudades y viniese con ella a Angol y que de allí le avisase. Siendo informado le escribió viniese a juntarse con Pedro de Villagra, y a Pedro de Villagra mandó se juntase con él, porque sabia habia muchos indios juntos.

Con esta órden se vieron y concertaron cómo pelear con los enemigos, pues era monte la parte en donde estaban y a caballo no se podia hacer efeto alguno, y así acordaron de se apear todos y pelear a pié, pues el fuerte no estaba aun acabado de hacer. Con esta determinacion se fueron ácia los indios cincuenta soldados disparando los arcabuces en la multitud, y los indios grandísima lluvia de flechas en los cristianos. Arias Pardo iba delante embrazado de una rodela y un dardo en la mano, con buena determinacion y desenvoltura, caminando ácia los enemigos: llegando cerca dellos en caso pensado y no repentino, sino con determinacion acordada de pelear, se le heló la sangre de todo un lado, de condicion que le privó el calor natural y quedó pasmado de manera que no se pudo mover mas; los demas pelearon con tanta determi-

nacion que ganaron el fuerte: echando a los indios dél, mataron algunos y otros tomaron prisioneros. De allí se fueron todos al rio de Biobio para enviar por el rio Arias Pardo a la ciudad de la Concepcion, a causa de que no podia caminar a caballo, ni era posible de la manera que quedó, que aunque se puso en cura en el Pirú y en este reino, no pudo sanar: los soldados, [que] salieron todos cincuenta tan mal feridos en el rostro y en lo que llevaban descubierto sin armas, unos se volvieron a la Concepcion, de donde habian partido para aquella jornada, y otros a Arauco, donde Villagra estaba.

CAPITULO XXXVI.

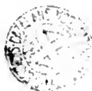
De como Francisco de Villagra envió su hijo Pedro de Villagra a desbaratar un fuerte en compañía del licenciado Altamirano, que era su maestre de campo, y de lo que en la jornada le sucedió.

Despues de haber sucedido lo dicho, viendo los indios que los cristianos les iban a buscar dentro en los fuertes que hacian, acordaron de hacer uno mui de propósito donde se pudiesen juntar en mucha cantidad y pelear a su ventaja. Para este efeto, tratado y comunicado entre ellos, como en todo lo que hacen no hai señor principal a quien respetar, sino behetrías, escojieron en conformidad de todos el propio lugar y sitio donde habian peleado con Arias Pardo y Pedro de Villagra, que aunque no estaba acabado de hacer cuando pelearon, tenian entendido que puesto en defensa era el lugar a propósito por el mucho efeto que en él habian fecho; y así luego lo cercaron por la frente y lados de hoyos grandes, a manera de sepolturas, en mucha cantidad, y junto a la palizada del mismo fuerte, que era de maderos gruesos, una trinchea que lo hacia mas fuerte, teniendo las espaldas a una quebrada de mucho monte desembarazada la entrada, para si les dijese mal irse por ella sin que les pudiesen matar jente alguna, y con órden de no salir a los cristianos fuera del fuerte, sino estarse dentro dél y dejallos llegar hasta los hoyos que tenian cubiertos con paja y tierra, tan sutilmente tapados que era imposible dejar de engañar a quien no lo sabia. Hubo muchos principales que se hallaron en esta junta con sus indios, y todos de conformidad metian el calor y prenda que podian. Hecho el fuerte, tratan con los señores de Arauco que den dello noticia a Villagra, los cuales tambien eran en ello como los otros, aunque como jente cautelosa lo cubrian, dando a entender no sabian mas de lo que les decian.

En este tiempo Villagra estaba en la cama enfermo, e informándose muchas veces del propósito que los indios tenian por un principal del valle de Arauco, llamado Colocolo, [que] siempre fué hasta que murió amigo de cristianos, le dijo que los indios habian hecho el fuerte, y en qué parte y cómo habia en él mucha jente y que deseaban pelear. Entendióse que echaban esta nueva para mas atraer la voluntad de Villagra a la suya, diciendo que ya eran dos veces desbaratados, y que si aquella

los desbarataban no pelearian mas, sino que darian la paz y servirian como les mandasen. Villagra, bien informado del caso, envió a llamar a su maestre de campo, que andaba haciendo la guerra en la comarca de Tucapel, y al capitan Gomez de Lagos que ansímesmo mandaba una cuadrilla de soldados en la misma provincia. Llegados donde estaba con la jente que tenian, les dijo era informado que los indios habian hecho un fuerte: que le paresciа se debian aderezar para ir a desbaratallo, y que entendia, por lo que era informado, que en aquel buen suceso se acababa la guerra, segun los propios indios le habian dicho: ellos se aderezaron de lo que les faltaba para caso semejante. El gobernador mandó a su hijo Pedro de Villagra, mancebo de mucha virtud, se juntase con él, por cuyo respeto fueron algunos soldados, sus amigos, y de la Concepcion vinieron otros, que como era cosa tan señalada quisieron hallarse en ella. El maestre de campo bien quisiera que Villagra no le encargara cosa donde aunque le sucediese bien no se ganaba en ello nada, y si se perdia aventuraba perder mucho; mas como estaba subjeto a voluntad ajena no pudo hacer ménos, y ansí con ánimo de hacer lo que el tiempo y la necesidad presente le dijese, partió de la casa fuerte de Arauco con noventa soldados valientes, y tanto que su mucha temeridad fué parte para su pérdida, y con quinientos indios por amigos con arcos y flechas fué camino de Mareguano, que ansí se llamaba la tierra donde los enemigos esperaban camino de Arauco, hasta allí de seis leguas, y habiendo llegado cerca el maestre de campo, hizo dormida en un valle que estaba una legua de los enemigos, por descansar los caballos y jente para que con mas asiento otro dia se hiciese lo que entre todos se determinase. Luego como amanesció hizo cuadrillas de la jente que llevaba y dió una a Pedro de Villagra de veinte y cinco soldados, y tomó otra para sí del mismo número, y dió otra al capitan Gomez de Lagos; y al capitan Pedro Pantoja con cierta jente que le señaló mandó estuviese a caballo para favorescer a los de a pié si fuese necesario. Ansímesmo mandó al capitan Lagos que con seis soldados fuese delante de todos, y reconosciendo el camino llegase hasta el fuerte si le dejasen caminar, y reconoscido le diese aviso: con esta órden caminó delante del campo.

Los indios ya tenian nueva que venian, y del número que eran, y dónde habian dormido, los cuales acordaron no salilles al camino, sino dejalles llegar, y ansí estuvieron quedos, aunque eran muchos y podian pelear en el monte y mal camino, no lo quisieron hacer, sino mas a su ventaja; por este respeto no paresció ninguno. Era cosa de ver los soldados que iban en la compañía de Pedro de Villagra, como eran mozos gallardos y briosos, no se habian visto en semejantes recuentros ni peleas, iban diciendo deseaban en gran manera [que] los indios se esperasen en el fuerte para mostrar el valor de sus personas, teniéndolos en tan poco que creian en su ventura no les habian de esperar: otros, que tenian mas plática de guerra, decian que no los querian ver ni venir con ellos a las manos, y que pluguiese a Dios hubiesen desamparado el fuerte [y] no hallasen indio en él: que esto decian por experiencia de haber



otras veces peleado con indios en fuertes, donde tan a su ventaja pelean, y que era bestialidad de capitanes mal pláticos, pudiendo pelear en tierra llana, o al ménos en no tan mala, venillos a buscar detras de maderos puestos en los cerros, donde se aventuraba a perder y no ganar. Yendo en esta conversacion les interrumpió el capitan Lagos, que llegó diciendo: «Ahí estan los indios.» Algunos se regocijaron, y a otros les pesó, porque entendian que habia de resultar daño en jeneral. Luego el maestre de campo dijo que le parescia no se debia de pelear, sino reconocer el sitio y de la manera que estaban, para ordenar lo que conviniese: tuvo muchas contradiciones de mancebos que con Pedro de Villagra iban, diciendo que a pelear venian y aquello era lo que convenia. El maestre de campo, aunque conoscia y entendia era caso temerario el que se intentaba, eran tantas cosas las que a sus oidos le decian, que aunque quisiera, puesto en donde estaba se cree era imposible obedecelle: por otra parte via que Pedro de Villagra estaba haciendo cierta oracion a sus amigos, diciendo que les rogaba en aquel caso presente tuviesen cuenta con su persona, y no permitiesen fuese hollado de sus enemigos, ántes se holgaria lo hollasen sus amigos, dándoles a entender que, aunque él se perdiese, tuviesen tino a la vitoria pasando por cima dél adelante; remedando a lo que dijo el marques de Pescara a sus amigos en la batalla que tuvo con Bartolomé de Alviano, junto a Vicencia, porque se holgaba mucho de leer en aquel libro como hombre tan virtuoso, y ansí tomó dél lo dicho. El maestre de campo, visto la determinacion de todos, puestas las cuadrillas en su órden, los capitanes delante, va caminando poco a poco ácia el fuerte. Los indios los dejaron llegar, estando puestos detras de su trinchea con lanzas largas, esperando que llegasen a los hoyos que tenian cubiertos. Este caballero iba delante animando su jente a pelear; sin ver el engaño cayó en un hoyo hecho a manera de sepoltura, tan hondo como una estatura de un hombre, y tras él cayeron muchos en otros hoyos, de tal suerte, que como los indios les tiraban muchas flechas y los alcanzaban con las lanzas, no podian ser bien socorridos. Pedro de Villagra cayó en otro hoyo, y ántes que sus amigos le pudiesen socorrer le dieron una lanzada por la boca, de suerte que le hicieron pedazos las ternillas del rostro, y echaba de sí tanta sangre, que poniéndolo en un caballo no se supo tener, desvanecida la vista, juntamente con la muerte, que le llegaba cerca, cayó del caballo, y allí murió sin podello mas socorrer, porque sus amigos, que eran los que mas braveaban cuando venian caminando, en otros hoyos junto a él los habian muerto. El maestre de campo no tuvo quien le estorbase, y ansí salió sin ayuda de ninguno, porque los que con él iban, como pasaron delante mas cerca del fuerte, y cayeron en otros hoyos, los indios se ocuparon con ellos, los cuales, viendo el buen suceso que tenian, salen del fuerte por dos partes, y cercan los cristianos de tal manera, que como vieron a unos muertos y otros heridos, con grandísimo ánimo pelean. Los cristianos se comenzaron a retirar ácia sus caballos, los indios los aprietan de tal manera, que a lanzadas mataron

muchos, y a manos tomaron algunos, aunque luego los mataban. Los que pudieron subir en sus caballos, sin esperar uno a otro, como jente vencida y desbaratada, huian unos por el camino de la Concepcion y otros por el camino de Angol, que era una ciudad poblada ocho leguas de allí, y no por el camino de Arauco. Los indios los fueron siguiendo dos leguas, en cuyo alcance mataron algunos en los malos pasos que habia de camino estrecho, y otros que se despeñaban sus caballos con ellos. Hubo grandes flaquezas en algunos, y como acaescer suele, en otros hubo buen acuerdo y ánimo reposado para favorecer a los que tenian nescesidad. Iban tan desanimados, que poniéndose delante en un paso estrecho, lugar casi seguro, porque esperasen a los que atras venian, y recojidos juntos caminasen a su salvo, Antonio Gonzalez, vecino de Santiago, natural de Constantina, y Gaspar de Villarroel, vecino de Osorno, natural de Ponferrada, en Galicia, con las espadas desnudas, no los podian detener. El capitan Pedro Pantoja, con la jente que tenia a caballo, siguió el camino que los demas. Luis Gonzalez, residente en la Concepcion, hallándose a caballo, desbaratado como los demas, conosció a Francisco de Ortigosa, secretario que habia sido de Don García de Mendoza, ir a pié y perdido, llegándose a él con ánimo de buen soldado, le dijo subiese a las ancas de su caballo, que con ayuda de Dios le sacaria de la nescesidad en que estaba, y ansí escapó a este hombre noble en tiempo donde ningun amigo se acordaba de otro; que fué hecho de soldado valiente: era Ortigosa natural de Madrid. Murieron en este recuentro cuarenta y dos soldados valientes, y entre ellos Andrea, esclavon, valentísimo hombre, y Francisco Osorio, fijodalgo de Salamanca, Francisco de Zúñiga, de Sevilla, Don Pedro de Guzman, caballero noble de Sevilla, Rodrigo de Escobar, de Medina de Rioseco, y otros muchos que dejo por evitar prolijidad.

CAPITULO XXXVII.

De lo que hizo Francisco de Villagra despues que tuvo nueva de la pérdida de Mareguano.

En el tiempo que Villagra estuvo en la ciudad de Angol, proveyó por capitan para hacer la guerra en las partes que a él le paresciese que convenia a Lorenzo Bernal, con comision que le dió bastante para el efeto, por ser soldado valiente, de buena determinacion, y que entendia las cautelas y maldades de los indios, y amigo de andar en la guerra, cosa que en aquel tiempo muchos soldados se apartaban della. Estaba en Puren castigando aquellos indios, cuando desbarataron en Mareguano al licenciado Altamirano y mataron a Pedro de Villagra; del cual supe yo despues que estando durmiendo aquella noche que fué el desbarato, se le representó lo que habia sido, y estando entre sí con aquella sospecha, tuvo nueva por la mañana que le enviaron de la ciudad de Angol de lo sucedido en Mareguano. Costándole que estaba

aquella ciudad con jente para poderse defender, siendo capitan en ella Don Miguel de Velasco, con cuarenta soldados que consigo tenia se partió para Arauco, donde Villagra estaba, entendiendo que los indios, con la victoria fresca, habian de ir sobre él, y avisar de camino a la ciudad de Cañete que estuviesen sobre aviso por tener poca jente para su defensa. Yendo su camino avisó de lo sucedido en Cañete, deteniéndose allí poco: cuanto descansaron los caballos se fué a donde Villagra estaba enfermo en la cama, que a lo que dijo despues cuando le dijeron estaba allí Lorenzo Bernal, entendió no era por bien su venida, viéndose con él en su cámara le dijo: «Vuestra señoría dé gracias a Dios »por todo lo que hace: Pedro de Villagra es muerto, y todos los que »iban con él desbaratados.» Diciéndole esto volvió el rostro ácia la pared, no habló palabra alguna hasta en poco, que mandó a todos se saliesen fuera y le dejasen solo.

Otro dia llegó allí un navio que venia de la ciudad de Valdivia e iba a la Concepcion, y por estar allí Villagra surjió en la playa de Arauco, aunque es peligrosa para navios. Villagra envió luego a mandar al maestre, que era un hidalgo natural de Jénova, llamado Justiniano, no se hiciese a la vela hasta que se lo mandase, y ansí estuvo allí a ventura de lo que le sucediese. Villagra despues de haber platicado en su acuerdo que la ciudad de Cañete no se podia sustentar, ni él le podia dar socorro alguno, que era bien despoblalla y las mujeres y chusma embarcalla en aquel navio y llevallos todos a la Concepcion, y con la jente que en aquella ciudad habia reparar otras cosas que al presente importaban. Con este acuerdo envió a un caballero de Sevilla, llamado Arnao Zegarra, con un mandamiento suyo, que despoblase aquella ciudad y trajese consigo toda la jente. Presentada en el cabildo la comision que llevaba, poniéndoles delante el peligro en que estaban, diciéndoles que era muerto Pedro de Villagra y desbaratado el campo, y que si los indios venian sobre ellos era imposible dejarse de perder, a causa de no tener jente que pudiese socorrellos; despues de habelle oido tuvo algunas contradiciones al parecer justas, diciendo estaban poblados en tierra llana y tenian mucha municion y artillería gruesa que alcanzaba de léjos y buen fuerte que no querian despoblar; mas acordándose que por descuido y mala órden de un soldado que se durmió en la vela, que por su honor no digo quién es, o segun otros decian haber ido a visitar ciertos amores que tenia, entraron los indios en la ciudad y llevaron un caballo con mucho ganado de cabras y puercos, los cuales no fueron sentidos ni echados ménos, hasta el dia que el capitan Juan de Lasarte tenia a su cargo la ciudad, natural de Toledo, como lo entendió por la mañana, salió con doce soldados, siguiendo el rastr ofuélos a alcanzar en unas montañas ásperas. Los indios conosciendo que le tenian ventaja en la parte que estaban, los esperaron allí. Juan de Lasarte, como era hombre valiente, con gran determinacion en el caso presente, no mirando la ventaja que le tenian, quiso pelear por quitalles el ganado. Los indios, conosciendo tener lo que deseaban, dejaron la presa y vinieron sobre él; despues de haber peleado

y hecho todo lo que conforme a lugar pudieron, habiendo muerto algunos indios, viéndose acometidos por las espaldas de otros que los seguian, les fué nescesario romper por ellos y volver a la ciudad; que fuera mejor habello hecho ántes que no aventurarse a perder por una loca osadía. Habiéndosele al capitan cansado el caballo, lo mataron los indios a lanzadas, y con él otros cinco soldados y a Rebolledo que tomaron a prision, que se les rindió, lo vendieron por una oveja, y despues él se libertó como adelante se dirá, estando en poder de un principal en la isla de Mocha; y porque en otra refriega cerca de allí habian muerto a Rodrigo Palos y a Sancho Jufré, hijodalgo de Medina de Rioseco, pesando todas estas cosas, se conformaron en despoblar la ciudad. Todos juntos hombres y mujeres, niños y servicio, que era lástima de ver, llegaron al valle de Arauco; Villagra los mandó embarcar en el navio que estaba en la playa, y otro dia se embarcó él con dos criados para irse a la Concepcion; y porque Pedro de Villagra habia llegado allí a darle el pésame de la muerte de su hijo, y que era hombre de guerra, le rogó y mandó como a su jeneral se quedase en aquella fuerza con ciento y diez hombres, a los cuales mandó le obedesciesen y hiciesen todo lo que les mandase; y porque se entienda quiénes eran, para lo que se ofreciese adelante, quise ponerlos aquí: Pedro de Villagra, Lorenzo Bernal, Gaspar de la Barrera, Francisco Baca, Alonso de Alvarado, Alonso Campofrio, Sancho Medrano, Alonso Chacon Andicano, Agustin de Ahumada, Antonio de Lastur, don Francisco Ponce, Francisco de Godoy, Hernan Perez, Francisco de Arredondo, don Gaspar de Salazar, Francisco Gomez Ronquillo, Pedro Beltran, Gonzalo Perez, Juan de Almonaci, Juan Garces de Bobadilla, Gabriel Gutierrez, Lorenzo Pacho, Juan de Ahumada, Bartolomé Juarez, Juan Salvador, Francisco de Niebla Bahurto, Pero Fernandez de Córdoba, Gomez de Leon, Francisco Lorenzo, Baltazar de Castro, Juan Rieros, don Juan Enriquez, Lope Ruiz de Gamboa, Juan de Córdoba, Cabral Guisado, Juan de la Cueva, Cortes de Ojeda, Gonzalo Fernandez Bermejo, Jacome Pasten, Villalobos: todos los cuales se hallaron en el cerco, defendieron aquella fuerza peleando infinitas veces, como adelante se dirá.

CAPITULO XXXVIII.

De como se alborotaron los indios de toda la provincia viendo despoblada aquella ciudad, y de como fueron sobre la ciudad de Angol y los desbarató Don Miguel de Velasco.

Los indios de la provincia de Arauco, como vieron que Francisco de Villagra se habia embarcado para ir a la Concepcion, despoblada la ciudad de Cañete, entendieron que lo hacia con temor de no perderse, tratan con los demas comarcanos que no dejen perder tiempo tan oportuno como el que tenian, y que todos tomasen las armas y viniesen sobre la casa fuerte de Arauco, y la combatiesen hasta tomarla por fuerza o por

asidio; y para este efeto hicieron junta y llamamiento jeneral de toda la provincia, y para hacello con mejor órden rogaron a Colocolo se encargase del mando y cargo de la guerra. Era este Colocolo cacique principal y señor de muchos indios cerca del valle de Arauco; y para el efeto hicieron derrama a su usanza de mucha chaquira y ropa, que es el oro que entre ellos anda, y desto le dieron por su trabajo y en nombre de todos paga y salario. En las juntas se conformaron con el parescer que este indio les dió, que era hombre de buen entendimiento, cuerdo, y pensaba las cosas de guerra bien; el cual les dijo que convenia dar aviso a los indios comarcanos a la ciudad de Angol, que juntos con algunos capitanes que les enviaban, el dia que les paresciese diesen repentinamente sobre el pueblo; y que cuando no saliesen con la victoria, por lo ménos serian parte para despoblar aquella ciudad y desechar aquella pesadumbre, y que despoblado Angol, o muertos, como creian, los cristianos que estaban a su defensa, no dudasen sino que los que estaban en la casa fuerte de Arauco serian todos perdidos; porque cuando todo les dijese mal, lo cual no creian, les tomarian los pasos, y que ellos propios se consumirian de hambre, faltos de toda cosa, porque comida no la tenian dentro del fuerte y serian parte para salilla a buscar.

Resumidos en este acuerdo, despacharon indios pláticos que hablasen a los principales de Angol y les dijesen la voluntad que tenian acerca de su voluntad, y de cómo se condolian de sus trabajos. Puesta esta plática en la junta que hicieron, acordaron que para un dia señalado todos estuviesen juntos en el valle de Chipimo, que está de la ciudad poco mas de dos leguas, y que allí, por ser montaña, estarian al seguro y encubiertos para lo que querian hacer. Juntos cantidad de seis mill indios, lucida jente, con buenas lanzas, arcos y flechas, soberbios en gran manera, en mitad del dia se representaron contra la ciudad, pudiendo venir al amanecer, hora competente para su disinio, que aquella hora estando como estaban descuidados de caso semejante los tomaran en sus camas, a causa de ser la ciudad en la parte que estaba poblada cercada de rios y barrancas, tan aparejado todo a su propósito, que ni los vieran ni sintieran hasta que estuvieran en sus casas; mas fué Dios servido no lo alcanzasen, porque no se perdiese tanto niño y mujer. El capitan don Miguel como los vido venir tan al descubierto mandó recojer las mujeres y muchachos en dos casas que estaban cercadas de pared, que para caso repentino como aquel bastaba, hasta ver cómo subcedia, pues forzosamente habian de pelear; dejó con ellos algunos soldados por guarda con el capitan Juan Barahona y salió con veinte hombres los ménos dellos bien en órden, porque habia enviado al capitan Francisco de Ulloa con quince soldados que tomase plática de como estaban los indios y de lo que intentaban hacer: por otra parte envió a Juan Moran, vecino de aquella ciudad, con ocho soldados a lo mismo. En esta coyuntura acertaron los indios a venir sobre Angol no hallándose don Miguel con mas jente de estos veinte hombres, los seis eran arcabuceros y catorce de a caballo. Los indios venian por tres partes; el uno escuadron grande venia por el

llano derecho al pueblo, confiado en la jente que traia; el otro escuadron venia el rio arriba, trayendo por su defensa las barrancas. Viéndose don Miguel tan falto de jente determinó con los veinte hombres que llevaba pelear con el escuadron mayor, pues en aquel estaba toda la fuerza que los indios traian: puesta una pieza de artillería a tiro y asestada en parte que podia al descubierto jugar en los indios, les comenzó a tirar algunas pelotas y mandó apear los arcabuceros para mejor y mas certero pudiesen tirar: los llevó por delante con órden que no disparasen todos juntos sino uno a uno, y que cuando uno tirase el otro cargase y que ansí se esperasen, de manera que no dejasen siempre de tirar para cerrar con ellos, porque a causa del miedo que tenian cuando algun arcabuz se disparaba se bajaban todos, y como no dejaban de jugar los pocos arcabuces que llevaban teníalos destinados a causa de ser los arcabuceros pláticos y tan diestros en manejar los arcabuces y tan certeros en los tiros que hacian. Eran los arcabuceros Juan Gonzalez Ayala, Francisco Gomez, Miguel de Candía, Juan de Leiva, Martin de Ariza, Juan Vazquez; y de a caballo Juan Bernal de Mercado, Diego Barahona, Miguel Sanchez, Pedro Cortes, Cristóbal de Olivera, Baltasar Perez, Sebastian del Hoyo, y un clérigo que iba con un crucifijo en la mano, llamado Mancio Gonzalez animándolos y rogando a Dios les diese vitoria. Los indios, considerando que la parte en donde estaban era tierra llana y que los caballos les tenian ventaja, comenzaron a juntarse a manera de hombres que demostraban tener miedo. Conoscido esto por el capitan don Miguel, despues de haberles dado una rociada con todos los arcabuces juntos, rompió con las catorce hombres que tenia a caballo por ellos, entrando en el escuadron; un indio rostro a rostro le dió al caballo en que iba una lanzada por los pechos que le metió mas de una braza de lanza por el cuerpo, y él se vido perdido, si no se defendiera con su espada peleando valientemente. Juan Bernal de Mercado, queriendo remedar en valentía a Lorenzo Bernal, su hermano, encendido en una virtuosa invidia y mostrar ser merecedor de tal hermano, en un buen caballo en que iba para que tuviesen cuenta con él le puso un pretal de cascabeles, y andando con esta furia peleando lo esperó un indio con una lanza; errándole el golpe del cuerpo le acertó por un muslo y le pasó mas de la mitad de la lanza a la otra parte; el caballo con la furia que llevaba le sacó la lanza al indio de las manos, y llegó luego a un amigo suyo que se la sacase. Pareciéndole que tardaba en obra de médico, él mesmo, tirando por el asta, la sacó por el regaton y no por el fierro que hizo la herida, y despues peleó a gran condicion de perderse por la mucha sangre que le iba de la herida. Los demas soldados revueltos con los indios pelearon de manera que les ficieron volver las espaldas huyendo ácia el rio, en cuya defensa por las barrancas se pudieron ir retirando haciéndose fuertes en toda parte para no rescebir mas daño. El otro escuadron que venia a entrar en el pueblo le salieron a la defensa tres soldados con los yanaconas de servicio que habia en la ciudad: estos peleaban con hondas y piedras, no para mas efeto de entretenellos,

no se metiesen en la ciudad hasta ver cómo les sucedia al capitan don Miguel con el escuadron que peleaba. Allí se vido una mujer india que se cargaba de piedras y entre los yanaconas las derramaba para que peleasen con ellas, haciendo oficio de capitan los animaba y volvia por mas. Este escuadron como vido al otro principal desbaratado y volver las espaldas, hicieron ellos lo mismo: no se pudo dar alcance por respeto del rio adonde se echaron, murieron muchos de los arcabuces y pieza de artillería y alanceados de los de a caballo. Antonio Gonzalez y Francisco de Tapia pelearon tan valientemente que merecieron aquel dia cualquiera merced que su majestad les hiciera. Trataron luego mudar de allí aquella ciudad a otro asiento mejor donde con mas seguridad pudiesen estar, porque allí estaba mui a riesgo de semejantes acaescimientos y por ventura de perderse despues. Se trataba entre los indios la gran flaqueza que habian tenido siendo los cristianos pocos y ellos muchos salir desbaratados y perdidos; afeándoselo algunos principales daban por descargo no habian podido hacer mas, porque una mujer andaba en el aire por cima de ellos que les ponia grandísimo temor y quitaba la vista; y es de creer que la benditísima Reina del cielo los quiso socorrer, que de otra manera era imposible sustentarse, porque las mujeres que en la ciudad habia era grandísima lástima verlas llorar, y las voces que daban llamando a nuestra Señora, es cierto les quiso favorescer con su misericordia. De allí mudaron luego la ciudad donde hoi está poblada en un llano, dos leguas de donde estaba, ribera de un fresco rio llamado Congoya. Esto resultó de aquella jornada que los indios hicieron a esta ciudad.

CAPITULO XXXIX.

De como todos los caciques y señores principales de toda la provincia se conjuraron y vinieron sobre la casa fuerte de Arauco, y lo que subcedió.

Despues que Francisco de Villagra se embarcó en la playa de Arauco con todos los vecinos y mujeres que de la ciudad de Cañete vinieron dejando despoblada aquella ciudad, que habia cinco años poco mas que Don García de Mendoza la pobló, con mucha costa del Rei y trabajo suyo y de todo el reino, los indios, viendo que se les venia a la mano su pretension como ellos lo deseaban, aunque la jornada que hicieron a Angol no les salió como pensaban, se contentaron con lo hecho, pues despoblaron la ciudad de donde estaba (lugar dañoso para ellos por respeto de estar tan conjunta a los montes donde ellos se recojian): tratan luego de se juntar e ir sobre la casa fuerte de Arauco, que aunque estaban en ella ciento y quince hombres, los nombres de los cuales dijimos en el capítulo de atras, los tuvieron en tan poco, que les pareció probar con ellos su ventura; juntáronse todos los principales de la provincia, y con número de veinte mill indios, habiendo lo tratado resumido en que se hiciese la jornada, con órden de guerra dada por su capitan

Colocolo, indio de las partes que tengo dichas atras, una mañana comenzaron a descubrirse a vista del fuerte, con muchas lanzas de Castilla y arcabuces de los que habian ganado en los recuentros que con cristianos habian tenido. Pedro de Villagra, que allí estaba por capitan mayor, mandó que los fuesen a reconoscer. Salió a ello el capitan Lorenzo Bernal con cincuenta soldados a caballo, el cual, viendo los grandes escuadrones que venian caminando, se retiró al fuerte, y dijo a Pedro de Villagra mandase cargar el artillería ; porque de las maneras que los indios venian, y los muchos que eran, no era cosa pelear con ellos en campo, pues estaban tan pláticos en menear las armas, sino esperar qué desino era el que traian, y que despues el tiempo les diria lo que habian de hacer. Los indios llegaron a ponerse con sus escuadrones en una loma rasa apartados algo del fuerte : representada la batalla, comenzaron a llamar a los cristianos a ella. Los soldados que andaban fuera del fuerte, número de cincuenta, trataron con el capitan Lorenzo Bernal seria bien pelear en aquel llano, donde, si les decia bien, castigaban aquellos bárbaros, y si mal tenian el remedio cerca, pues con el artillería y arcabuces los podian defender. Unos eran de este parecer : otros mas atentamente decian que no era bien aventurarse en caso semejante por ser pocos : que era mejor conservarse para mejores efetos con prudencia de guerra, procurando con algunas mañas y ardides desbaratallos que no en batalla tan desordenada, pues era cierto los indios estaban en sus tierras, y aunque los desbaratasen muchas veces podian volverse a juntar mui muchos, como dellos conoscian era jente sin temor y morian bestialmente con grande ánimo. Estaba a esta plática presente un valiente soldado, caballero vizcaino, llamado Lope Ruiz de Gamboa, con ánimo grandísimo de valiente hombre, como en efeto lo era, deshaciendo a los indios, y animando a los demas que rompiesen con ellos, les dijo que él seria el primero que acometeria, que al fin eran indios, que rompiesen con él y no dejasen caer sus ánimos, pues otras cosas mayores habian acabado en el reino de Chille ; y para que viesen que hacia lo que decia les rogaba le socorriesen. Con esta determinacion y ánimo se arrojó al escuadron de los indios, los cuales, viéndole venir, se abrieron y lo dejaron entrar, y el escuadron se cerró por la frente haciendo defensa a los demas que le quisieron socorrer. Los indios que cerca deste caballero se hallaron en mitad del escuadron, peleando con él, con macanas grandes y porras le dieron tantos golpes y lanzadas, que lo derribaron del caballo e hicieron pedazos, desmembrándolo todo, sin que se atreviesen a socorrello. Esta arremetida fué sin órden y de solo su autoridad : digo esto por salvar a los capitanes, que no tuvieron dello culpa. Pedro de Villagra, como vido el suceso de Lope Ruiz, mandó que todos se apeasen y metiesen en el fuerte. Los indios, viendo que los cristianos no querian salir a pelear, determinan quemalles la casa que hacia el fuerte, que eran cuatro lienzos de pared, los tres dellos cubiertos; estos servian de aposentos a los soldados que estaban en ella ; y pudiéronlo mui bien hacer a causa de no estar cubierta con teja, sino

paja; y aunque el capitan lo podia haber reparado, no paró en ello, entendiendo no fuera la venida de los indios con tanta brevedad: por este respeto no la habia descobijado. Un indio valiente y de buena determinacion la quiso quemar, y para ello [puso] a una lanza larga una flecha con fuego atado a ella: este indio corriendo dando vueltas, porque los arcabuces no tomasen puntería en él, llegó a la casa y metió la flecha entre la paja, que como era la lanza larga pudo alcanzar a ella. Acrecentado el fuego con el aire, levantando grande llama comenzó a extenderse por la casa adelante: los indios dan grandes gritos con sonido de muchas cornetas y cuernos con que se apellidan. Los cristianos que dentro estaban, como vian tan grande fuego entre ellos, y que era imposible podello apagar, y mas los indios a las puertas buscando por donde entrar a pelear con ellos, y el bramido de los caballos que dentro tenian quemándose, andaban sueltos dándose de coces y bocados, buscando en dónde tener reparo, y el humo tan grande que los cegaba, no sabian qué hacerse; y si los indios con escalas acometieran por dos torres que tenian, o les quemaran las puertas, era cierto que vieran la vitoria de todos ellos, aunque estaban dentro soldados valientes y ejercitados en la guerra. Porque dos indios que llegaron a un cubo, hallándolo solo, que los que estaban a su defensa por respeto del humo lo desampararon, éstos, abriendo la tronera, y haciéndola mayor, sacaron una pieza de artillería atada a una soga; ayudándoles otros se la llevaron: los soldados que estaban en lo alto de los cubos los desampararon, que no podian sufrir el mucho humo que los ahogaba. Pedro de Villagra con los demas soldados, fuera de los que guardaban las puertas, andaban atajando el fuego, no se les acabase de quemar todos los cuarteles. Baltasar de Castro, con una hacha, adargándole el capitan Gaspar de la Barrera, andaba cortando las varas del cobertor de la casa para poder atajar el fuego, y eran tantas las flechas que los indios tiraban a los que esto hacian, que levantando los brazos para dar el golpe los herian con las flechas que les tiraban. Un soldado llamado Francisco de Niebla estaba a la guarda de una torre, y aunque los indios estaban por de fuera a la mira, quiso mas morir peleando, que como animal morir ahogado en humo, por una ventana ácia la puerta del fuerte se arrojó sin que los indios le enojasen, que no le debieron de ver atentos a otras cosas, que allí lo mataran, mas cuando acertaron a verle ya le abrian la puerta. Don Juan Enriquez estaba en este cubo herido, y en la cama, por la cual indisposicion de la herida no se pudo levantar, ni hubo quien le socorriese, murió ahogado del humo. Los soldados que trabajaban a atajar el fuego, cortaron un pedazo de un lienzo con tanta presteza, que comenzó a ir en disminucion: sobreviniendo la noche se acabó de matar. Los indios, viendo que no les habian hecho mas daño de quemarles la casa, que no fué poco, y mucha parte del bastimento que se les quemó y ahumó, despues de haber estado tres dias, viendo que no querian salir a pelear, se fueron a sus tierras con intencion de volver a ponelles cerco despues de haber cojido las simenteras que te-

nian, y no quitarse de sobre ellos hasta verlos todos a las manos. Pedro de Villagra, habiendo visto el rebato pasado, y trance tan a pique de perderse, paresciéndole que no era para él sustentar aquella fuerza, sino para un soldado amigo de ganar reputacion y honra, dejo por capitan a Lorenzo Bernal con comision que todos le obedeciesen, y él, con dos amigos, se metió en un barco y fué a la Concepcion, donde el gobernador estaba, que se desgustó mucho con su venida, pesándole hubiese dejado aquella fuerza, a lo cual daba buen descargo, como hombre que en hábito de soldado no pretendia ganar honra de nuevo.

CAPITULO XL.

De como los indios de toda la provincia se juntaron y vinieron a poner cerco a los cristianos que estaban en el fuerte de Arauco, y de lo que sucedió.

Despues de haberse ido Pedro de Villagra a la Concepcion y dejado al capitan Lorenzo Bernal con toda la jente que en el fuerte estaba a su cargo encomendándole la defensa hasta que Francisco de Villagra les diese órden de lo que habian de hacer, no queriendo hallarse a los casos de guerra forzosos que adelante subcediesen, los indios cojieron sus simenteras y para el tiempo entre ellos concertado se juntaron todos los que de ántes habian ido a pelear y con los demas comarcanos y de mas léjos, diciéndoles Colocolo, que era su capitan mayor, cuánto ganaban en acabar de echar a los cristianos de Arauco, pues ya no tenian parte alguna otra que les diese pesadumbre sino era aquella, y que juntándose era fácil cosa tomallos por hambre no dándoles lugar que recojiesen bastimentos, pues fácilmente les podian quitar el salir a buscallos, ni rescebir los que de la Concepcion les enviasen por la mar. Juntáronse para tratar lo que harian muchos principales, y entre ellos Millalelmo, indio de guerra, belicoso: este dijo que les convenia ir con brevedad a poner el cerco y no dar lugar que se reparasen de cosa alguna, el cual parecer tomaron y juntos número de treinta mill indios, no siendo mas de ciento y quince los cristianos que en el fuerte estaban. Los cuales avisados de lo que podia subceder, el capitan Lorenzo Bernal se proveyó y pertrechó de todo lo que para buena defensa convenia; y una mañana a las diez del dia vido venir y asomar los escuadrones que sobre ellos venian. Peteguelen, cacique y señor principal del valle de Arauco, sabiendo que los indios de guerra le habian de tener por enemigo, porque siempre les fué sospechoso, con sus mujeres e hijos y algunos amigos se metió en el fuerte. El capitan los rescibió amigablemente y dió un cuartel en donde estuviesen como a hombres que siempre habian sido amigos de cristianos. Los escuadrones se venian acercando y delante dellos cantidad de quinientos indios por una loma, adelante de los demas harta distancia. A estos indios salió el capitan Lorenzo Bernal con treinta soldados a caballo: como le vieron venir se hicieron fuertes en unas matas de monte por temor de los arcabuces: paresciéndole que los podia desbaratar y casti-

gallos como a jente tan desenvuelta, envió al fuerte por veinte arcabuceros otros; fuéle respondido que le convenia retirarse ántes que le cerrasen el camino, porque muchos escuadrones venian caminando apriesa, y algunos iban a dar socorro a aquel con quien queria pelear; que no quisiese por una pequeña suerte y codicia aventurar e perder el todo. Entendido esto, se retiró escaramuzando con otros muchos indios que como a cosa ganada teniéndolos en poco se venian a ellos, hasta que llegó al fuerte. Los enemigos temiendo el artillería no se osaron llegar al descubierto donde les alcanzasen, tomaron por reparo una loma que los cubria; detras de ella se pusiéron en frente del fuerte.

Los cristianos, viéndose cercados y tantos enemigos sobre ellos, y que no eran parte para salir fuera, comenzó el capitan Lorenzo Bernal a tasar la comida, y dar raciones en jeneral de trigo y maiz que en el fuerte habia, teniendo gran guardia en el bastimento, y mandó limpiar un pozo que dentro en el patio del fuerte tenia hecho, temiéndose de cerco, y porque tenia el pozo poca agua para tanta jente y bestias, para mejor poderse sustentar ordenó que, cargada el artillería y los arcabuceros en órden para dalles socorro, con las vasijas que tenian saliesen por agua, y la tomasen de una hoya que estaba junto a la trinchea de los indios, porque luego aquella noche que llegaron sacaron trincheas grandes con vueltas torneadas, y tan hondas, que detras dellas podian estar bien seguros de artillería, ni de otro ningun asalto que no fuese mui a su ventaja; juntamente con esto se velaban con gran cuidado y mudaban los cuartos al sonido de un gran cuerno que para el efeto tocaban, y puestos en órden cincuenta soldados con sus armas para defender a los que habian de tomar el agua, salió el capitan del fuerte caminando; los centinelas dieron arma en el campo, los indios toman las armas, y estan quedos esperando ver si iban a pelear o qué camino llevaban. Entendiendo a lo que iban salen a defendelles el agua, los unos con muchas flechas que parescia llovian sobre ellos; los cristianos a arcabuzazos pelearon hasta haber tomado agua, y al volver con ella, era cosa de ver la flechería que les iban tirando, hiriendo muchos, que como iban a espaldas vueltas los herian en las piernas, y al levantar de los piés hirieron a algunos en las plantas y en otras partes. Esto era de ordinario, hasta que viendo que de las veces que salian fuera le herian muchos soldados, y por otra parte los indios se ensuciaban en el agua y echaban en ella cosas muertas porque no la bebiesen, con todo aprovechaba poco que todavía la bebian saliendo a su riesgo por ella; entendiendo los indios que dentro del fuerte no la debian tener, pues bebian aquella tan mala, con herramientas y palos tostados sacaron un foso desde una quebrada, rompiendo un pedazo de loma que estaba en medio. Con esta dilijencia desangraron por allí el charco, de tal manera que no dejaron en él agua ninguna. El capitan Lorenzo Bernal daba y repartia el agua con órden a todos los que en el fuerte estaban: los caballos era lástima de ver, que como no comian se enflaquecieron mucho, sustentándose de alguna paja, dándoles con ella juntamente a beber de dos a dos dias; mas como luego reconosció

el cerco iba a lo largo, quitó el agua a los caballos, de que se comenzaron a morir muchos; mandábalos desollar, y aprovechándose de alguna carne lo demas se enterraba, y con los cueros daba el capitan órden reparasen las paredes de los cubos, porque no se cayesen a causa de las aguas que entraban del invierno. Era tanta la hambre que los caballos tenian, que muchas veces, y casi de ordinario, los indios tiraban flechas a lo alto, para que al caer dentro en el fuerte hiciesen algun daño, si algunas acertaban a caer entre los caballos, o encima dellos, arremetian con gran ímpetu tomando la flecha con los dientes, y como si fuera manojo de yerba se la comian.

Vinieron los indios a poner este cerco en veinte dias de mayo del año de mill y quinientos y sesenta y dos años; estuvieron sobre el fuerte cuarenta dias de mal tiempo por muchas aguas grandes que hacian, y para sustentarse en el campo y repararse del frio, hicieron muchas casas pequeñas a manera de chozas; yendo el invierno a lo largo tempestuoso, comenzaron a enfermar de cámaras, viéndose así dudosos en lo que harian indeterminables. Francisco de Villagra en la Concepcion, por nuevas de indios bien sabia que estaban cercados, mas no tenia cosa cierta de la manera que habia sido, o si duraba el cerco.

En este tiempo llegó allí un navio a la Concepcion, que venia de la Valdivia, con alguna jente y caballos. El maestre era un hidalgo, natural de Jerez de la Frontera, llamado Bernardo de Huete, hombre rico: este por complacer a Villagra, y que le dejase ir su viaje, que lo detenia hasta saber de la manera que estaban las cosas de Arauco, se le ofreció que iria en un barco y tomaria lengua cierta de todo. Villagra se lo agradesció, y luego con dos hombres pláticos de la mar, y algunos negros que remasen, se embarcó, y por mucho tiempo de norte se fué a la isla de Santa María, que está de Arauco dos leguas, y los indios della de paz, para esperar abonanzase el norte y hacer su viaje al rio de Arauco. Bernardo de Huete salió en tierra en tanto que les hacia tiempo; los indios lo sirvieron mui bien en todo lo que les mandaron, y dieron mucho refresco para descuidallos, y otro dia al amanecer vinieron por dos partes con sus armas, cercando la casa los mataron a todos tres. Los negros que estaban a la guarda del barco, como oyeron la grita se pusieron con el barco junto a tierra hasta ver si alguno dellos escapaba, y como vieron que debian ser muertos se hicieron a lo largo, porque los indios desde la playa los llamaban en nombre de su amo, entendiendo que era mentira se hicieron a la vela, y fueron a la Concepcion dando tan triste nueva. Los indios les cortaron las cabezas y las enviaron a los de guerra que estaban en el cerco del fuerte, presentadas, los cuales se holgaron en gran manera, y las alzaron aquella noche de unos palos junto a la puerta, y ansímismo les pusieron un cesto de uvas, diciéndoles que ya no habia cristianos en la Concepcion, que todos eran muertos, y que ellos no tenian remedio ninguno para escapar las vidas, sino era rendirse entregándoles la fuerza. El capitan Lorenzo Bernal estuvo dudoso, aunque no les dió crédito, diciéndoles que si el

gobernador era muerto a él se le daba poco, que él era gobernador y con él habian de pelear. Los indios le dijeron: no entendais que por mucho que llueva nos hemos de ir de aquí hasta que os tengamos a todos en nuestro poder, y para mejor hemos de hacer aquí un pueblo; ya sabemos que se os mueren los caballos, y que no teneis que comer y no os podeis sustentar veinte dias; y era cierto todo lo que le decian, la misma verdad como si lo vieran. A estas razones que dijo Pelquinaval, le respondió el capitan Lorenzo Bernal que si queria bastimento se lo daria porque no se fuese: que se holgaba, y en gran manera rescibia mucho contento vello estar al agua y frio, y que los cristianos y su servicio estaban en buena casa, detras de paredes, al seguro, donde no sentian frio ninguno; y que no entendiesen se habian de ir, aunque ellos se fuesen, porque habia de hacer en aquel asiento un pueblo aquel verano. Y acaeció a esta plática que poniéndose un soldado llamado Juan Nieto a palabras con un indio que debia de ser plático en lengua española y le conoscia, siendo el Juan Nieto hombre gordo y basto, no de buen entendimiento, a cierta razon que dijo al indio, le respondió: "¿Y » tú, bellacazo, hablas? No tienes vergüenza:» esto en lengua castellana. Pasados veinte dias que estaban cercados, se levantó una plática entre los soldados, diciendo no era bien tener aquellos indios, aunque eran amigos, dentro del fuerte, sino se echasen fuera, pues todos eran unos, se fuesen donde quisiesen; porque tenian dellos sospecha traian plática con los de guerra, dándoles aviso de toda cosa en jeneral, e fué tanta la fuerza que pusieron sus palabras, que el capitan, aunque vió era grande inhumanidad, les mandó se fuesen a donde quisiesen y que no estuviesen allí. Los indios le decian que siempre le habian sido amigos y servido bien, a cuya causa habian pasado muchos trabajos, por qué les querian dar tan mal pago en recompensa, y que si aquello pensaba hacer no los rescibiera al principio, que ellos se fueran a donde pudieran remediar vidas y haciendas, pues era cierto que aquellos indios los habian de matar, o por lo ménos roballes, quitándoles lo que llevaban; no aprovechó cosa alguna, porque el capitan Lorenzo Bernal estaba inclinado a echarlos del fuerte, y ansí mandó abrir las puertas para que se fuesen. Salieron todos juntos número de treinta principales indios valientes, que habian servido a cristianos mui bien. Los indios de guerra que los vieron salir cargados de sus mujeres e hijos, se vinieron a ellos, entendiendo que los cristianos los echaban de su compañía, y con gran crueldad los desbalijaron, sin dejalles cosa alguna encima, y ansí los llevaron a su campo, de los cuales supieron de la manera que estaban, y aunque entendieron estaban faltos de muchas cosas, y que no se podian sustentar mucho tiempo, era tan bravo el invierno, aguaceros y tempestades, que determinaron levantar el cerco, dejándolo para la entrada del verano: con este acuerdo y determinacion se fueron una noche a treinta de junio del año de sesenta y dos. Desde a dos dias, como no via el capitan indio alguno ni sonido de cuerno, salió de la casa a reconoscer el campo, halló que habian levantado el cerco, y en algunas casas

de las que habian hecho, indios enfermos, que por su enfermedad no se habian podido llevar. Destos supieron se habian retirado e ido a sus casas todos los principales indios, dejando aquella guerra para el verano adelante: holgáronse en gran manera, echaron al campo los caballos que tenian, que pasaban de ciento y treinta, los cuales estaban de la hambre tan perdidos que no podian andar, y los cristianos quedaron tan animados para la guerra de adelante, sabiendo que forcible o voluntaria no les habia de faltar. En este cerco sirvió a su majestad mucho el mui reverendo padre frai Antonio Rondon, natural de Jerez de la Frontera, provincial de la órden de Nuestra Señora de las Mercedes, que ordinariamente les decia misa, confesaba y comulgaba, haciéndoles de ordinario oraciones, persuadiéndoles el servicio de Dios nuestro Señor y la honra de todos ellos, que cierto por su mucho trabajo y solicitud meresció mucho, no solamente como relijioso, mas aun como soldado tomaba las armas todas las veces que se ofrecia para animar a los demas.

CAPITULO XLI.

De como Francisco de Villagra envió a castigar la muerte de Bernardo de Huete, y de como queriendo Martin de Peñalosa y Francisco Talaverano salir del reino fueron muertos por justicia.

El barco que Bernardo de Huete llevó a la isla de Santa María, con los negros que lo remaban llegó a la Concepcion y dió nueva de cómo habian escapado, y de la manera que habia sido muerto Bernardo de Huete y los que con él habian ido. Francisco de Villagra rescibió mucho enojo por ver que todo le hacia mal, y para el castigo dello mandó a Pedro de Villagra, su jeneral, fuese aquella jornada y castigase los culpados. Quisiera que el capitan Reinoso fuera a este efeto, y ansí lo trató con él, le haria mucho placer y daba contento en ir aquel castigo. Reinoso le dijo que aquella jornada era de su jeneral, y no suya, porque en aquel tiempo en lo secreto no se llevaba bien con Villagra por algunas quejas que dél tenia. Apercebido Pedro de Villagra con cuarenta soldados, se embarcó en un navio que estaba en el puerto de la Concepcion: hecho a la vela, llegó a la isla de Sancta María, otro dia fondó frente del puerto, que es una caleta pequeña. Los indios estaban reparados de un bastion que habian hecho de piedras y arena, en frente de donde habian de desembarcar, para desde allí hacer sus tiros al seguro, y desembarcando dar en los cristianos sin que el artillería les hiciese mal: con esta órden esperaron ver lo que hacian. Pedro de Villagra mandó [que] todos tomasen las armas y estuviesen a pique, para que sosegando la mar, que andaba alterada, desembarcasen todos juntos en tres barcos grandes que para el efeto llevaba, de manera que pudiese conseguir buen efeto. Viendo tiempo oportuno y la mar sosegada, ántes que la noche viniese mandó meter caballos en los barcos, cada uno conforme al largo que tenia, y meter tres piezas de artillería que

tiraban la pelota como un huevo, y trece soldados en cada un barco; e hecho esto, fueron remando la vuelta de tierra. Los indios los estaban esperando sin moverse de su fuerte: la mar reventaba en tierra, a cuyo respeto no sosegaban los barcos, ni podian hacer puntería para disparar el artillería en el bastion de indios que en él estaban. Puesta la proa en tierra, les era necesario salir o volverse a lo largo, porque los indios les tiraban grande número de flechas y herian algunos. Los cristianos traian los caballos ensillados para salir en ellos: Pedro de Villagra les daba mucha priesa que saltasen al agua los que tenian caballos, que saliesen en ellos, y los que nó que se echasen al agua; obedescieron todos, y entre ellos principalmente un hidalgo llamado Juan de Villalobos, de Extremadura, hombre principal y valiente, confiado en un buen caballo que tenia, dándole de las espuelas saltó con él a la mar: bien armado como iba, rompió con los indios que estaban a la lengua del agua, los cuales como era solo, sin repartirse en los demas el ímpetu de los bárbaros por ser el primero, le dieron muchos golpes de macanas y porras que lo derribaron del caballo en la reventazon de la mar; y como de los golpes que le dieron alcanzaron algunos de ellos al caballo, revolvió todo a un tiempo sobre un lado holcándolo: como estaba aturdido, y el agua era mucha, sin poder ser socorrido fué ahogado. Los demas salieron en sus caballos con trabajo, y los de a pié mojados el agua a los pechos, como hombres desesperados se fueron a los indios y comenzaron a pelear con ellos. En esto el artillería, que en los barcos estaban hechos un poco a lo largo, comenzaron a disparar algunos tiros que hicieron mucho efeto. Los de a caballo, con favor de los de a pié, entraron por ellos y comenzáronlos a holear y a lancear; viendo que los mataban y que no tenian reparo donde se hacer fuertes, a causa de ser la isla llana y sin montes ni arboledas, se rindieron muchos sabiendo habian de usar con ellos de clemencia. Pedro de Villagra castigó a los rendidos, y mandó que a caballo anduviesen la isla y matasen todos los indios que pudiesen haber; y por respeto del castigo grande que se hizo no se han alzado mas, ni se cree alzarán en tiempo alguno. Mandó ansímismo que todos los que quisiesen llevar muchacos o indias los llevasen, para mas castigo de aquellos bárbaros, pues estando de paz y sobre seguro, mataron a quien culpa alguna no les tenia. Hecho este castigo, Pedro de Villagra, con mucha prudencia, envió un barco a la casa fuerte de Arauco que diese aviso al capitan Lorenzo Bernal de lo sucedido en la isla de Santa María. En este barco Lorenzo Bernal envió al capitan Hernan Perez, natural de Sevilla, con una carta a Francisco de Villagra, que estaba en la Concepcion, dándole aviso y razon del estado en que estaban las cosas en jeneral, y a Hernan Perez le encomendó le informase de todo.

Pedro de Villagra se embarcó con toda la jente y fué a la Concepcion: y el cuerpo muerto de Villalobos, porque tenia muchos deudos en la Concepcion, lo mandó meter en una caja y llevarlo para que lo enterrasen en aquella ciudad. Llegó a la Concepcion dia de Corpus-Cristi: Vi-

llagra andaba en la procesion cuando le dijeron que era venido, y aunque informado de lo bien que habia castigado la isla, se enojó y no le quiso ver de presente, porque de secreto le habia mandado y rogado que, despues de hecho aquel castigo, desembarcase en la playa de Arauco, teniendo nueva que el cerco estaba levantado, y con toda la jente se fuese al fuerte y juntase al capitan Lorenzo Bernal consigo, diciendo no querer desamparar aquella fuerza, aunque lo demas hubiese perdido, y desde allí reparar todo lo que habia de guerra, y entre hombres que lo entendian trataban era imposible hacello. Mas como muchas veces vemos a los que mandan y tienen el supremo [mando] asentándose en una cosa con grande libertad, segun su parescer, sin querer tomarlo de los que lo entienden mejor, que les parece pierden de reputacion no salir adelante con ello; mas Pedro de Villagra, como hombre que entendia la guerra y tenia della mucha plática, no lo quiso hacer, sabiendo por expirencia que no convenia al bien del reino lo que el gobernador le mandaba: qué mas quieren los indios, decia Pedro de Villagra, que ver encerrados en un fuerte ciento y cincuenta soldados tan buenos y muchos caballos sin poder salir de allí a hacerles daño, y en el entretanto con esta seguridad ir sobre las ciudades comarcanas hallándolas desproveidas de guarnicion, entrar por fuerza de armas sin haber quien se lo estorbase; por cuya causa, como capitan prudente, dejó de hacer lo que su gobernador le habia mandado.

En este tiempo y dias Martin de Peñalosa, soldado antiguo en Chille y hijodalgo, que habia ayudado a ganar y descubrir todo el reino con Pedro de Valdivia, viéndose pobre y que no tenia posible para poder sustentarse conforme a su merescer y trabajos, trató de secreto con algunos amigos irse del reino a una noticia que tenia de tierra rica y próspera de oro y jente. Comunicado con Francisco de Talaverano, que era mucho su amigo, comenzaron hacer jente de callada, y para un dia señalado que se juntasen entre Valdivia y Osorno, dos ciudades que estan cerca una de otra. Para el efeto salió Martin de Peñalosa de la ciudad Imperial, donde tenia su casa, con cuatro amigos que estaban en el número de ir con él; y como se tenia cuenta con su persona y sospecha en lo que andaba, la justicia de aquella ciudad, hallándolo ménos, salió tras dél con doce hombres, aunque no lo pudo alcanzar, y dió aviso a las demas ciudades. Salió de Osorno el capitan Juan de Larreynaga, y de la Ciudad Rica Pedro de Aranda, de la ciudad de Valdivia Juan de Matienzo, en su busca todos juntos con jente armada; y no teniendo rastro ni plática donde estaba, se volvieron a sus pueblos. Aunque ya habia cuando salieron a buscarlo tres dias que estaba en la parte donde se habian de juntar, esperando la jente quél habia dicho acudirian allí, y acaesció que le faltaron todos, y no vino alguno; como de ordinario se ve en esta tierra de las Indias, meter a hombres principales en pelazas y pasiones, y despues que los ven metidos en ellas los dejan solos, siendo, a lo que despues se supo, muchos. Viendo que no le acudia nadie y le habian dejado solo, dijo a los que con él estaban se fuese cada uno a

donde quisiese, que él sabia lo habian de venir a buscar, pues no tenian culpa no se quisiesen perder. Hiciéronlo ansí, que se quedó con tres amigos que en amistad tenia prendados, y otros cuatro que se le habian juntado, se fueron donde les paresció. El capitan Juan de Matienzo, natural de las montañas de Burgos, tenia a su cargo la ciudad de Valdivia por Francisco de Villagra, viendo que no parecia ni se tenia rastro alguno, pidió por merced a los demas capitanes que todos se volviesen a sus ciudades, que pues andaba Martin de Peñalosa solo, bastaba un alguacil con cinco o seis hombres que lo buscasen, y que a él tocaba proveello, pues estaba en su jurisdicion; y siendo buscado por esta órden, lo hallaron en casa de un indio, que se habia apeado a comer y dar de comer a su caballo. De sobresalto Hernando de Alvarado, Martin de Herrera Albornoz, con otros cuatro, lo prendieron allí, y a Francisco de Talaverano con él. Llevólos luego a la ciudad de Valdivia: la justicia los metió en un navio a entrambos, y les dió tormento; confesaron estaban conjurados mucha jente principal para irse del reino. Por su propia confision, sin mas informacion otra, les mandó cortar las cabezas y ponellas en la horca, diciendo eran amotinadores; la demas informacion envió a Francisco de Villagra, el cual, como hombre discreto, viendo que entraban en ello algunos hombres de lustre, mandó no se tratase mas, ni se entendiese en ello, por no darles ocasion alguna de envoltura. Desta manera se deshizo un nudo, que cierto si pasara adelante fuera mui dañoso para Chille.

CAPITULO XLII.

De la muerte de Francisco de Villagra y de la manera que murió.

Gobernando el reino de Chille Francisco de Villagra con tantas mohindades, viéndose tan enfermo que no podia andar por los grandes dolores que tenia de ordinario en los piés, quiso ponerse en cura, porque le fatigaban mucho, contra el parecer de los amigos que tenia, a morir o vivir lo que Dios fuese servido hacer dél, encomendándose a un médico que tenia plática de dar unciones con azogue preparado con otras muchas cosas, se puso en sus manos. El médico, llamado bachiller Bazan, lo tomó a su cargo, aderezándole un aposento que estuviese abrigado por ser en mitad del invierno, lo comenzó a curar, estando siempre este médico con él. Como las unciones le provocasen sed, estando el médico un dia ausente, pidió a un criado suyo le diese una redoma de agua; no se la queriendo dar, porque la órden que tenia era ansí, no dándosela su criado se la dió un pariente suyo, casado con una hermana de su mujer, llamado Mazo de Alderete, de la cual agua bebió todo lo que quiso. Acabado de beber se sintió mortal, y mandó llamar al médico que le curaba: luego que vino, tomándole el pulso le dijo ordenase su ánima, porque el agua que habia bebido le quitaba la vida: hízolo ansí, que se confesó y rescibió los sacramentos de la iglesia. Apretándole la enfermedad,

desde a poco hizo testamento, y nombró por gobernador hasta que el Rei proveyese, a Pedro de Villagra, su jeneral, por virtud de una provision que tenia del audiencia de los Reyes, en que por ella le concedia pudiese nombrar persona que estuviese en el gobierno como él propio. Este testamento se metió en la caja del Rei, y que allí se guardase, haciendo cargo a los oficiales hasta el fin de su vida. Muerto Villagra, abrieron la caja para ver a quien dejaba nombrado, que no lo habia querido decir, hallaron que a Pedro de Villagra dejaba en su lugar. Luego lo recibieron en el cabildo, y dió órden como se enterrase en un monasterio de frailes de la órden de Sant Francisco, en cuyo hábito murió, llevándole delante honradamente su estandarte y guion.

Era Francisco de Villagra cuando murió de edad de cincuenta y seis años, natural de Astorga, hijo de un comendador de la órden de Sant Juan, llamado Sarria: su padre no fué casado: su madre era una hijadalgo principal del apellido de Villagra. Gobernó en nombre del Rei don Felipe dos años y medio con poca ventura, porque todo se le hacia mal: era de mediana estatura, el rostro redondo con mucha gravedad y autoridad, las barbas entre rubias, el color del rostro sanguino, amigo de andar bien vestido y de comer y beber: enemigo de pobres: fué bien quisto ántes que fuese gobernador, y mal quisto despues que lo fué. Quejábanse dél que hacia mas por sus enemigos a causa de atraellos a sí, que por sus amigos, por cuyo respeto decian era mejor para enemigo que para amigo. Fué vicioso de mujeres y mohino en las cosas de guerra miéntras que vivió, solo en la buena muerte que tuvo fué venturoso: era amigo de lo poco que tenia guardallo; mas se holgaba de rescebir que de dar. Murió en la ciudad de la Concepcion en quince dias del mes de julio de mill y quinientos y sesenta y tres años (1).

CAPITULO XLIII.

De las cosas que hizo Pedro de Villagra despues que fué rescebido al gobierno.

Siendo Pedro de Villagra rescebido por gobernador, conforme al nombramiento que en él hizo Francisco de Villagra, por virtud de la provision que del audiencia de los Reyes tenia, envió a la ciudad de Santiago testimonio de su rescebimiento para que rescibiesen por su poder y en su nombre al licenciado Juan de Herrera, natural de Sevilla, que por Francisco de Villagra administraba justicia en aquella ciudad, y paresciéndole, como hombre que a su cargo tenia el gobierno, que estar tanta jente junta y tan buenos soldados en el fuerte de Arauco, sin hacer efeto alguno mas de estarse allí metidos, no siendo parte para mas de solo guardar aquella fuerza, y que teniéndolos consigo con los demas que tenia, hecho de todo un cuerpo, era gran fuerza y podia

(1) Pone equivocadamente 1562.

reparar con ellos la ciudad de Angol y Concepcion, y con la demas jente que al verano juntaria podria campear buena traza y órden de guerra, si les saliera ansí. Con este proveimiento envió al capitan Hernan Perez, hombre de buena reputacion y crédito, en una fragata y dos barcos, para que sacase el artillería, municiones y cosas pesadas que por tierra no se pudiesen llevar, e indios que tenian de su servicio, mujeres y muchachos. Con esto proveyó de vino, aceite, conservas y otros regalos para enfermos y heridos. Despues de haberlo tratado y comunicado con hombres antiguos que lo entendian, resumido en que era acertado ansí, escribió al capitan Lorenzo Bernal, diciendo no le podia dar ningun socorro, y que dello le hacia cierto, para que despues no se quejase ni dijese no haber sido advertido: que le parescia se debia de ir con toda la jente y caballos a la ciudad de Angol, y que los que no estuviesen para ir aquella jornada los enviase por la mar.

Llegado el capitan Hernan Perez, y dadas las cartas, puesta plática por el capitan Lorenzo Bernal en público de lo que les parescia hacer, muchos soldados dijeron que no debian desamparar aquella fuerza, acordándose que habian pasado mucho trabajo en sustentarla; mas entendiendo que no se les podia dar socorro, y que el gobernador que los habia de socorrer los desengañaba, se conformaron en que se fuesen a Angol, que aunque Lorenzo Bernal tenia el supremo mando, era tan comedido con los soldados que en su compañía estaban, que ninguna cosa queria hacer sin su parescer y consejo, diciendo que mas aventuraba él que ellos, y que tal soldado podia ser diese tan buen parescer que le hiciese ventaja, y que lo que aquel tal dijese fuese lo mejor, que es esta gran prudencia de un capitan. Determinados ir, se mandó meter el artillería en la fragata y algunos soldados enfermos, con las demas cosas que daban pesadumbre llevallas por tierra. Partido el capitan Hernan Perez en la fragata y barcos a la Concepcion aquella noche, siendo primero bien informado del camino, a la segunda vela mandó que todos se pusiesen a caballo, y con grandísimo frio desamparó el fuerte. Los indios estaban siempre tan sobre aviso que luego lo entendieron, como los tenian dentro en sus tierras y a las puertas de sus casas, acudieron luego al fuerte, y como hallaron las puertas abiertas y ninguna persona dentro que lo defendiese, le ponen fuego: el capitan Lorenzo Bernal estaba a dos leguas de allí cuando vido la llama tan grande que salia de la casa. Yendo su camino le amaneció en lo alto de la cordillera; y como habia llovido mucho, y era en mitad del invierno, por dondequiera que iba hallaba los esteros y rios grandes con mucha agua, y al pasar de uno, aunque no mui dificultoso, se le ahogó un soldado llamado Ronquillo, valiente y buen arcabucero. Con este trabajo iba caminando ácia Angol; y llegado a un rio grande, que se llama Tavolevo, no lo pudo pasar a vado, que en aquel tiempo no lo tenia, fuéle necesario hacer balsas para ello. Los indios le venian siguiendo junto a sí muchos, y quisieron llegar a pelear, mas no se atrevieron por el mucho miedo que les habian tomado cuando estaban en el fuer-

te; con todo, llegaron cerca a reconocellos, y como vieron y conoscieron a los caciques principales de Arauco que con ellos iban, se volvieron sin osarle acometer. Los cristianos pasaron este rio con mucho trabajo, y otro dia llegaron a la ciudad de Angol, donde fueron bien rescebidos. Descansando poco el capitan Lorenzo Bernal, se partió a la ciudad de la Concepcion con cincuenta soldados de los que habian estado con él en el cerco de Arauco. Pedro de Villagra los salió a rescebir mui honrosamente con toda la jente de caballo que en la ciudad habia, y una mui graciosa escaramuza de los yanaconas e indios de paz que allí con él estaban.

CAPITULO XLIV.

De como el gobernador Pedro de Villagra envió al capitan Lorenzo Bernal en el galeon del Rei a hacer jente a la ciudad de Valdivia en compañía del capitan Gabriel de Villagra, y de lo que hicieron.

Despoblada la fuerza de Arauco, Pedro de Villagra, para hacer la guerra contra todos los indios rebelados, el verano siguiente quiso juntar jente de todo el reino, y para el efeto envió al capitan Lorenzo Bernal con un galeon que estaba surto en el puerto de la misma ciudad, que el gobernador Francisco de Villagra habia comprado para el Rei, y por no molestar los tratantes tomándoles sus navios de mercancías para el proveimiento del reino, en cosas nescesarias que de ordinario la guerra trae consigo. En este navio, como dicho tengo, despachó a Lorenzo Bernal con su poder para que como su persona y en su nombre se rescibiese en aquella ciudad y despues de rescebido quedase el licenciado de las Peñas, natural de Salamanca, por su tiniente de gobernador, y envió una provision al capitan Gabriel de Villagra de su tiniente jeneral en todo el reino y comision que pudiese hacer jente; y para buen aviamiento della, gastar los pesos de oro que le paresciesen necesarios de la hacienda real. Lorenzo Bernal, llegado a Valdivia, presentó en el cabildo los testimonios que llevaba, fué luego rescebido Pedro de Villagra por gobernador, y envió la comision que llevaba a Gabriel de Villagra, el cual en compañía de Lorenzo Bernal comenzó a hacer jente en las ciudades comarcanas a la de Valdivia, que son: Osorno, ciudad Imperial y ciudad Rica; y porque muchos de los soldados y vecinos que habian de ir aquella jornada estaban pobres, fué nescesario ayudalles con algun socorro de ropa para su aviamiento; porque Pedro de Villagra con cient soldados que de la casa de Arauco habian salido y con los que de Valdivia le traerian, con la demas jente que se hallaba, entendia hacer la guerra y conquista. Lorenzo Bernal y Gabriel de Villagra sacaron de aquellas ciudades setenta soldados bien aderezados, gastando al Rei de su hacienda diez mill pesos, que son catorce mill ducados y mas. Con esta jente se partieron la vuelta de Angol, que era la órden que tenian de Pedro de Villagra, para que

desde allí se proveyese en las cosas de guerra, habiendo primero despachado el galeon del Rei con mucho bastimento y armas para los que en la ciudad de la Concepcion estaban sin ellas. Caminando por tierra de la Imperial llegaron breve a Angol, dejando allí la mayor parte de la jente que traian: con treinta soldados se fueron a ver con el gobernador, y porque los que en su compañía iban no llevaban ropas de vestir, que la habian dejado por ir a la lijera, temiéndose tener recuentro con indios de guerra. Informado el gobernador, mandó al capitan Juan Perez de Zurita, natural de Córdoba, fuese [a] Angol y trajese de vuelta los soldados que por una memoria le dió, a causa que algunos amigos de Villagra le pusieron mal con Lorenzo Bernal: tanto puede la envidia en caso semejante contra hombres de valor, que Pedro de Villagra mostró no estar bien con él. Entendido, Lorenzo Bernal le pidió licencia para irse a su casa, y al capitan Gabriel de Villagra mandó fuese a la ciudad Imperial y desde allí tuviese cuenta con el gobierno de aquellos pueblos.

En este tiempo y dias habia Pedro de Villagra mandado al capitan Francisco Vaca que con cuarenta soldados saliese de la Concepcion y se pusiese en el rio de Itata, corriendo aquella comarca, haciendo la guerra de la manera que a él le paresciese hasta traer aquellos indios de paz. Está este rio de la ciudad de la Concepcion ochos leguas: llegado que fué el capitan Vaca, hizo asiento en un llano que le pareció a propósito para caballos y donde podia estar al seguro. Desde allí destruia las simenteras de los indios, llamándolos de paz; mas estaban tan soberbios viendo que todo se les hacia bien, que no pararon en el daño que rescebian, ántes trataron de pelear, y para el efeto se juntaron número de tres mill indios; tomando la mano Loble, indio belicoso y valiente, les dijo: "que les estaba bien pelear con los cristianos en aquel lugar donde estaban, ántes que rescibiesen mas daño, y que aunque tenian el sitio tan dañoso para ellos, en la muchedumbre se suplia la ventaja que los cristianos les tenian;" y ansí juntos fueron caminando a ponerse cerca de los cristianos. El capitan Vaca, como soldado viejo y de tanta plática de guerra, era informado de todo, y dió dello nuevas al gobernador Pedro de Villagra de como los indios querian pelear con él, y el número que eran y la jente quél tenia poca, que le enviase socorro. No se lo envió, porque esperaba al capitan Juan Perez de Zurita, que era ido a Angol por cuarenta soldados de los que Lorenzo Bernal habia traido: por este respeto no le envió socorro. Los soldados decian, que pues no tenia jente para dar batalla, que se retirase a la Concepcion, y que despues saldria con mayor fuerza y podria hacer buen efeto. Estas palabras no le daban gusto, porque decia con los que le eran amigos, que si desamparaba el campo era dar a los indios grande ánimo y avilantez para lo de adelante, y que él perdia mucho de reputacion: que mas queria estar a lo que fortuna determinase probándola en aquella campaña, que a su parecer era a propósito para pelear y ser bien manejados los caballos, y que no veia los indios quisiesen aventu-

rarse a pelear con jente de a caballo en aquel llano. Con este acuerdo estuvo en su campo poniendo mucha guarda en las velas y rondas, todos armados esperando lo que harian. Loble, con órden de guerra sus escuadrones juntos al amanecer, dió en el campo: los cristianos tocan arma, que ya por el aviso que tenian estaban en órden. El capitan Francisco Vaca, ordenada su jente, rompió con el escuadron que mas cerca estaba con grande ánimo, y pasó por ellos hasta el cabo; alanceando y atropellando muchos indios, anduvieron peleando un rato. Los indios derribarron un soldado llamado Giraldo, vecino de la Concepcion, de lanzadas que le dieron fué muerto en presencia de los demas que no pudieron darle socorro. El capitan Vaca, aunque peleaba bien y acaudillaba su jente con buen ánimo, no los pudo romper de manera que quedase señor del campo. Los indios como eran muchos lo tomaron en medio y a lanzadas le mataron tres soldados: viendo que se perdia, ántes que queriendo no pudiese, se retiró con los que le quedaban, dejando a los enemigos el bagaje y todo lo que tenian, que le fuera mejor haberse retirado ántes, como se lo decian, que no ponerse tan imprudentemente en caso tan dudoso; y porque entendió el camino de la Concepcion estaria tomado por ser montañas y pasar estrechos, se fué camino de la ciudad de Santiago, que estaba sesenta leguas de allí, llegó con los soldados que le quedaron, rotos, maltratados y heridos.

CAPITULO XLV.

De como llegó el capitan Juan Perez de Zurita a la ciudad de Angol, y viniendo a la Concepcion con cuarenta soldados, fué desbaratado por Millalelmo, valiente indio y plático de guerra.

Llegado el capitan Zurita a la ciudad de Angol con la órden que Pedro de Villagra le habia dado para traer la jente, los apercebió que estuviesen prestos ántes que los indios tuviesen aviso de su partida. Habia estado en aquella ciudad por capitan de ella don Miguel de Velasco, y por haber dejado el cargo desgustoso del proveimiento que Francisco de Villagra hizo nombrando por su teniente jeneral a Pedro de Villagra, tuvo nescesidad proveer de nuevo capitan, como cosa tan importante, y ansí proveyó a un hidalgo, natural de Pamplona, llamado Diego de Carranza. Este, muerto Villagra, dejó el cargo de capitan para irse a España, y ansí quedó la ciudad de Angol sin capitan que la tuviese a su cargo, porque Gabriel de Villagra se habia vuelto a su casa a la ciudad Imperial, y el capitan Lorenzo Bernal, aunque estaba en Angol, no tenia cargo ninguno mas que un particular vecino. Los alcaldes ordinarios proveian en lo público lo que se les ofrecia como justicia ordinaria. En este tiempo llegó el capitan Zurita, y estando de partida para volverse, le dijo Lorenzo Bernal: "señor capitan, por el camino que vm. ha venido no debe volver, pues hai otros caminos muchos, tome el mas seguro, porque creo a lo que soi informado que los

indios le esperan a la vuelta." Juan Perez de Zurita, como hombre de grande ánimo y que no se habia visto en recuentro ninguno con aquellos indios, despreció lo que le fué dicho, y respondió que por el mismo camino habia de volver y entrar en la Concepcion con todo el fardaje que llevaba: que era flaqueza con tan valientes soldados buscar nuevos y no usados caminos. Con este presupuesto y determinacion salió de Angol camino de la Concepcion con cuarenta soldados, bien aderezados, con mucho cuidado en la vanguardia y retaguardia, repartidos con órden para caminar y pelear si caso le ofresciese no poder hacer ménos.

Los indios con su capitan Millalelmo teniendo nueva de su venida por los humos que los comarcanos hacian, lo esperó dos leguas de la Concepcion a un paso de un rio llamado Andalien, con una ciénega que juntamente con el rio los hacia mui fuertes, e no saliéndole bien la batalla que pensaban dar al capitan Zurita, su capitan, que aunque habia otros lugares donde poder pelear con astucia de guerra, quisieron descuidallo esperándole mas cerca de la Concepcion, ansí llegó donde los indios estaban mui alegres, porque desde el alto del monte habian visto los muchos caballos que traian cargados de fardos y petacas en que llevaban sus ropas. Millalelmo mandó que treinta indios se le mostrasen delante con sus lanzas y arcos, y que arremetiendo los cristianos a ellos se retirasen a los árboles y matas de monte comarcano, a no mas fin de deshacelles la órden que traian y embarazallos, y habló a sus indios diciéndoles: "peleasen valientemente, que los cristianos que allí venian era jente nueva en la guerra, y que demas de no tener plática de pelear, en la parte que estaban les tenian gran ventaja: que era imposible tan poca jente podelles resistir, que no les quitasen la ropa que llevaban por lo ménos, y que si la querian defender entendia tenellos a todos en su poder como a jente vencida." Los que llevaban el avanguardia desque vieron los indios tocaron arma, Zurita mandó juntar el bagaje para pelear, y pasó adelante a reconocer qué jente era. Como vió tan pocos indios mandó romper con ellos: los enemigos como tenian el emboscada cerca tuviéronles poco temor, ántes se llegaron a pelear con ellos, acometiéndolos y retirándose. Millalelmo como vido lo que deseaba, salió de la emboscada con tres mill indios dando terrible grita, que como era valle y estrecho atronaba la comarca, tocando grande número de cornetas y una trompeta que habia ganado a cristianos. El capitan Zurita, recojida su jente, no desmayó, ántes dejando diez soldados que mirasen por el bagaje, rompió con los demas peleando valientemente. Don Pedro de Godoy, natural de Sevilla, quiso mostrarse animando a los demas que hiciesen lo que él hacia, se arrojó entre los indios peleando, socorrióle otro soldado valiente hombre, llamado Rolon: a entrambos derribaron de los caballos y hicieron pedazos, porque estos indios de toda esta provincia en la guerra son cruelísimos; cortáronles las cabezas, y puestas en unas lanzas largas, fueron dando muestra de su victoria, y como eran muchos, con este principio cobraron tanto ánimo que luego mataron a otro soldado llamado Hinestrosa y a otro llamado Villero, y

ansí con ánimo denodado rompieron. El capitan Zurita, que mui bien habia peleado acaudillando su jente, hizo todo lo que en semejante caso se podia hacer, vueltas las espaldas le dejaron a Millalelmo y a su jente todo el bagaje, que era de mucho precio, que en socorro habian rescebido del capitan Gabriel Villagra en la ciudad de Valdivia. El capitan Zurita, viéndose desbaratado y perdido todos los caballos que llevaba de dobladura, por un camino que atravesaba de montes, fué a salir al paraje donde habian desbaratado al capitan Vaca, y no osando ir a la Concepcion, se fué a Santiago con la jente que le quedó, pobres y perdidos. El gobernador se disculpaba despues diciendo que el capitan Zurita tenia la culpa por no haber querido guardar la órden que le habia dado mandándole que por aquel camino no entrase en la Concepcion, sino por el camino de Itata, que era el mejor y mas seguro.

CAPITULO XLVI.

De como se juntaron los indios de la comarca de Angol y vinieron sobre la ciudad por tres partes, y fueron desbaratados por el capitan Lorenzo Bernal.

Despues de desbaratado el capitan Zurita, los indios de la provincia, cantando victoria, despachan mensajeros a todos los comarcanos que animasen a los demas principales, para que tomando las armas todos juntos echasen a los cristianos de aquella ciudad, pues en los recuentros que habian tenido siempre habian salido con victoria, y que no dejasen pasar el tiempo conforme a su pretension tan favorable: estos, despertando a la voz, hicieron junta a su usanza, que es juntarse en un campo llano, y con gran cantidad de vino que hacen de maiz y de otras legumbres todos juntos beben, y despues de haber bien bebido, un principal plático de semejantes oraciones se sube en un madero que para el efeto tienen hincado en medio de todos, y allí les habla poniéndoles por delante sus trabajos y libertad, y la órden que para ello dan los señores principales a quien todos tienen de obedecer: que se animen a tomar las armas, y echen de sí una carga de tanta pesadumbre como de ordinario reciben con los cristianos, jente que nunca descansa de hacelles mal, y acaben de una vez guerra tan pesada e importuna, pues era necesario ya tener seguridad en sus casas, echallos de la provincia, porque quedándose en ella en ninguna parte podian estar, que de dia y de noche, lloviendo, con grandes frios, cuando mas descuidados estuviesen los habian de hallar a sus puertas matando sus hijos y mujeres y destruyendo sus haciendas. Esta oracion les hace el principal señor si es hombre elocuente, y si no, toma la mano por él algun indio otro que los sepa persuadir mas o ménos conforme a lo que intentan hacer, y como el tiempo lo requiere. Resumidos los indios en que seguirán su voluntad, se apartan luego los señores principales, y sin dejar llegar ningun indio que no sea principal por la órden que tienen de guardar secreto, se reunen en lo que han de hacer; y ansí, despues de haberse juntado y tratado

como dije, se determinaron ir sobre la ciudad de Angol por tres partes. Llegándose a ella con buena órden de guerra, reparándose por ser tierra llana con fuertes que hacian para no rescebir daño alguno, y desde un fuerte resconocer en dónde harian otro primero que aquel desamparasen, y desta manera ir a ponerse sobre la ciudad todos juntos, y que estando cerca, a la hora que les paresciese, conforme a la plática que de las espías tendrian, puestas para el efeto dentro en la ciudad, que les avisarian de todo lo que los cristianos hacian; con este acuerdo, asaltando la ciudad todos a un tiempo, la ganarian tomando la mano. Los principales de Mareguano, juntos cuatro mill indios, vinieron a un estero que estaba de la ciudad dos leguas; allí cortaron madera y se hicieron fuertes con una palizada. Puestos en defensa, enviaron mensajeros por toda la provincia les viniesen a ayudar los demas principales que estaban con ellos acordados.

En este tiempo los vecinos de Angol, como estaban sin capitan, los alcaldes ordinarios, no confiando en su plática de guerra, con todos los principales de la ciudad rogaron al capitan Lorenzo Bernal se encargase de todo, ansí de lo de guerra como de paz y república; el cual, a contemplacion de sus amigos, que ansímesmo se lo pidieron por merced, lo acetó. Fué rescebido en el cabildo, e luego mandó hacer reseña de toda la jente que en la ciudad habia, y de las armas que tenian: halló ochenta hombres entre soldados y vecinos, de los cuales tomó cincuenta, y con ellos fué a resconoscer el fuerte que los indios tenian en el estero. Paresciéndole mas fuerte de lo que se entendia, contra el parescer de algunos se volvió a la ciudad: los indios, como les vieron ir sin acometelles, tratan que de miedo lo hacia por no osar pelear mas. El capitan Bernal, como astuto, entendió que los indios, soberbecidos de no acometelles ni pelear con ellos en el lugar que estaban, habian de salir a buscalle; y como él lo dijo en público, ansí fué, que otro dia salieron del fuerte, y se fueron a poner legua y media de la ciudad, ribera de un rio grande y de mucha defensa para ellos. El capitan Bernal con treinta hombres los volvió a reconoscer, dejando la ciudad reparada de fuerte y de guardia ordinaria, como vido el sitio que tenian, que era fuerte y mui a su ventaja, se volvió sin hacer mas que reconoscer de la manera que estaban. Los indios soberbios, viendo que dos veces que con ellos se habian visto no habian osado pelear, dieron aviso a los demas escuadrones que caminasen todo lo que pudiesen, que los cristianos estaban con tanto miedo que no osaban con ellos pelear, y que llegando sobre la ciudad los turbarian de manera, que sin perder lanza seria todo suyo. Tan confiados estaban en la vitoria, que las mujeres que en la ciudad habia las habian repartido entre los señores principales. Con esta arrogancia y soberbia salieron de allí, y se ponen camino de la ciudad en una loma junto a otro rio, donde esperan respuesta de sus amigos.

El capitan Lorenzo Bernal salió de la ciudad con veinte hombres, no para mas efeto de reconocellos, y ver de la manera que venian y el sitio que tenian. Llegado a vista, le comenzaron a decir muchos oprobios y

hacerle amenazas, teniéndole en poco. No parando en ello, reconosció que en la parte que estaban eran perdidos, trató en su pecho dalles allí batalla, y para mas certificarse de lo que convenia, mandó a cuatro soldados que vadeasen el rio por encima de donde los indios estaban, que de piedras y tierra habian hecho una trinchea, y detras della estaban reparados. Reconosciendo el rio se vadeaba por allí, mandó lo reconosciesen por la parte de abajo, hallaron ansímesmo tenia vado. Luego envió dos soldados a la ciudad que de su parte dijesen a los alcaldes que con toda brevedad le enviasen treinta soldados con todos los arcabuces, que serian doce, y le trajesen un tiro de campo. Los que en el pueblo estaban decian era mal hecho ponello y aventurarlo a perder todo tan temerariamente, y para que no peleasen le hicieron ciertos requerimientos en nombre del Rei. Lorenzo Bernal entendiendo, como prático de guerra, que si daba lugar a los demas escuadrones que venian caminando a que llegasen, siendo asaltada la ciudad por tantas partes se perderian, quiso, como prudente, pelear con los pocos, ántes que esperar se juntasen todos, despachando de sí a los que en aquello hablaban los mandó volver a la ciudad, y él, con número de sesenta soldados, estuvo aquella noche sobre ellos, teniéndolos a manera de cerco, y no peleó ántes, porque no le habia llegado la pieza de campo que esperaba. Teniéndolos desvelados, y estándolo tambien los cristianos, le llegaron quinientos indios amigos y compañeros para ayudarle en aquel asalto, que ya de ántes los tenia prevenidos; jente que, a trueque de aprovecharse, que es robar, hacen la guerra a sus parientes y amigos: estos repartió y puso por cuarteles. Era cosa de ver el miedo que tenian los cristianos que en la ciudad habian quedado con las mujeres, porque sabian que si les decia mal eran perdidos; lloraban sus mujeres e hijos vellos en poder de aquellos bárbaros. Los indios [que] estaban en el fuerte bien quisieran aquella noche desamparallo e irse conosciendo que los cristianos esperaban el dia para pelear; y que lo que habian visto de vadear el rio, era para conoscer el sitio y comarca: teniéndolo reconoscido, estaban a lo ménos con ellos igual si esperaban que el dia les dijese lo que habian de hacer, quejaban de sus compañeros porque caminaban con tanta pereza, que bien pudieran haber llegado a la ciudad puestos a vista; siendo acometida, de nescesidad habian de ir a socorrella, y que entónces le fueran ellos siguiendo a las colas de los caballos, como a jente vencida: por otra parte querian salir del fuerte e irse la vuelta del rio. Juntos en escuadron no osaban determinarse a este efeto por ser tierra llana, hasta llegar a él, y que vian los cristianos todos andaban a caballo velándolos, y los indios amigos puestos en el escuadron ácia la parte del rio, que era por donde ellos pensaban ir; desta manera se estuvieron quedos animados por sus capitanes. Despues que fué bien de dia, puesta la pieza de campo en el lugar que podia hacerles daño, comenzó a jugar algunas pelotas. El capitan Lorenzo Bernal mandó apear a todos, y repartió los cuarteles por donde habian de pelear, y a los indios les dió por órden lo que habian de ha-

cer a vuelta de los cristianos, quedando él a caballo para mejor proveer y mandar lo que convenia. Los cristianos por la parte que les fué señalado, juntos en dos cuadrillas, comenzaron a disparar sus arcabuces en los enemigos, y los amigos indios muchas flechas, que como eran iguales en armas y lengua, era de oir lo que se decian los unos a los otros, porque los de guerra les decian mirasen eran parientes y amigos, y pues todos eran unos y peleaban por la libertad de todos, que se pasasen a ellos y les favoreciesen contra aquellos perros cristianos, grandes enemigos de todos los indios en jeneral. Los indios amigos les decian eran traidores, salteadores, enemigos comunes, y que por roballos habian venido a su tierra cudiciosos de sus haciendas, sin tener atencion a lo que les habian dicho, que allí habian de morir como malos: desta manera peleaban y hablaban. Los cristianos, cubiertos con sus dargas y buenas lanzas, jugaban con los indios bravas lanzadas, mataban algunos, y los indios herian a muchos. Peleóse con grande vocería y grita que los amigos junto con los cristianos daban, y la pieza de artillería que jugaba. Los indios que en el fuerte estaban acaudillándose daban las mesmas voces, de que era grande el estruendo, las trompetas que llevaban a su usanza, que ellos llaman cornetas, y las que los indios de guerra tenian, era cosa de grande levantamiento de ánimo, porque todos ellos, despues de haber peleado y hecho todo lo que pudieron, viéndose entrar, y que los cristianos, envueltos con ellos, se aprovechaban de las espadas, que a estocadas mataban muchos, y los indios amigos, siendo iguales a ellos en el traje y armas, sin conocerse, andando envueltos todos juntos, los herian en gran manera, volvieron las espaldas huyendo ácia el rio, que estaba cerca: los amigos se ocuparon en robar el despojo, como hombres que le ayudaron a ganar. El capitan Bernal mandó a los cristianos subiesen a caballo y siguiesen el alcance, los cuales los alcanzaron presto, y como estaban dellos enojados y era tierra llana, tan encarnizados andaban matando y alanceando, que un soldado vecino de la ciudad de Osorno, llamado Francisco Valiente, valiente hombre portugues, yendo tras de una banda de indios alanceando con otros soldados, se arrojaron los indios de una barranca en el rio, dando en un raudal grande, andaban nadando por él: este soldado, no teniendo temor a la altura de la barranca, mal correr del rio, se arrojó con su caballo tras ellos, que era cosa de ver cómo andaba nadando con el caballo envuelto con los indios, el espada en la mano salió a la otra ribera libre; en esto llegaron los indios amigos ayudando a los cristianos: mataron tantos, que el rio llevaba el agua teñida el tiempo que duró el matar, hasta que el capitan Bernal los mandó retirar, y envió un hombre a la ciudad que llevase la nueva del buen suceso que Dios habia sido servido dalles. Tomáronse prisioneros por los amigos y cristianos muchos indios; dellos mandó matar algunos, y castigó a otros cortándoles las manos y los piés. Murieron en este recuentro mil indios, sin muchos que fueron heridos; murió Illangulien, capitan jeneral desta junta; tomáronse algunas cotas de las que ellos habian ganado en

otros recuentros a cristianos, muchas lanzas de Castilla, dagas, espadas, capas, sayos y camisas que traian; porque los mas destos indios eran los que habian desbaratado al capitan Zurita, y aquellas ropas le habian quitado: de los cristianos no murió ninguno; hubo muchos heridos, aunque iban bien armados. El capitan Bernal, recojida su jente, se fué a la ciudad alegre y vitorioso, dando gracias a Dios por el buen suceso que fué servido darle; todos juntos se fueron apear a la iglesia, ofreciendo a Dios su vitoria. Los que quedaron en la ciudad para guarda della, los salieron a rescebir llorando de placer, dándole muchos loores, como a hombres que con su industria y valor los habia libertado de aquel cativerio que esperaban. Los demas indios que venian caminando a ayudar a sus compañeros a mucha priesa, ya cerca de la ciudad, tuvieron nueva eran perdidos; allí donde les tomó la voz se deshicieron, y fué cada uno por donde quiso la vuelta de su tierra. Desta manera se libró la ciudad de aquellos bárbaros que tan determinadamente venian sobre ella.

CAPITULO XLVII.

De como los indios de la comarca y término de la Concepcion vinieron a ponelle cerco estando el gobernador Pedro de Villagra en ella, y de las cosas que acaescieron.

Habida tan gran vitoria el capitan Lorenzo Bernal, los indios quedaran quebrantados y temerosos, quejándose de sus compañeros porque no llegaron al tiempo concertado; y como quedaban tan lastimados, con deseo de venganza tratan a qué parte irian que pudiesen hacer daño, y resumidos en que la ciudad de la Concepcion era cercada de montes ásperos que tenian muchas quebradas para su defensa, allí era bien ir a hacer asalto y destruilla; aunque el gobernador estaba en ella no por eso le daba mas fuerza, ántes, como tenia tanta jente consigo, mas presto acabarian los bastimentos, porque habian cojido poco, y les destruirian todas las heredades. Despues de haberse hablado con esta órden, se juntaron de conformidad mas número de veinte mill indios, con muchas maneras de armas, lanzas, arcos, flechas, macanas, porras que tienen en el remate una bala gruesa, con que dan terribles golpes, y la macana una vuelta a manera de hoze, porque las hai de muchas maneras, con estas desbaratan bravamente a los caballos, y espadas enastadas en lanzas largas, y con mucho bagaje de mujeres y muchachos que les traian de comer, comenzaron con buena determinacion a caminar la vuelta de la Concepcion, trayendo por sus capitanes a Millalelmo y Loble con otros muchos, aunque estos lo mandaban todo y eran los principales.

Pedro de Villagra tenia plática de todo lo que hacian por algunos indios que le eran amigos y daban aviso: informado de la determinacion que tenian, mandó hacer un fuerte junto a la mar, a la orilla de un

pequeño rio, que entra en ella, por respeto de tener cerca el agua, que si a tanto llegasen no se la pudiesen quitar. Era el fuerte de doscientos y cincuenta piés en largo, cuadrado de cuatro esquinas: en las dos hizo una torre en cada una, y en lo alto y bajo puso seis piezas de artillería, las cuatro gran piezas de campo y las dos pequeñas; recojiendo las municiones y bastimentos al fuerte, puesto en arma para lo que sucediese, con doscientos soldados entre vecinos de toda suerte, hombres de guerra, mandó recojer cerca del fuerte los que estaban algo apartados, recelándose no fuese caso tan repentino que despues no pudiese dalles socorro; pero con esta órden que harian los enemigos, los cuales, informados de todo lo que en la Concepcion se hacia, ántes que se fortificasen mas, se presentaron una mañana con grandes escuadrones: vistos, a gran priesa se recojieron al fuerte. Pedro de Villagra mandó que ninguno saliese fuera a escaramuzar: los indios que eran amigos de los cristianos, viendo su perdicion, con sus mujeres e hijos se arrimaron a las paredes de el fuerte, y otros se ponian junto a ellas en bandas, para que si a tanto mal se viesen vecinos, con el artillería y el arcabucería serian de los cristianos socorridos. Los indios de guerra, con brava determinacion, bajan a la ciudad, haciendo paradas, descansando y mirando lo que les convenia. Para salir con tan grande empresa, tomaron para su defensa el rio, en cuya ribera estaba el fuerte donde los cristianos se recojieron, por ser de barrancas, aunque pequeñas, para pelear con jente de caballo era ventaja para ellos: con esta órden en tres escuadrones entraron por la ciudad, abrasando todo lo que por delante hallaban, no perdonando cosa alguna; hasta que llegaron cerca del fuerte donde Pedro de Villagra estaba, y junto a él saquearon la casa de un mercader, que le paresció, por la vecindad que tenia, estar segura: robáronle lo que en ella habia, y corrieron la ciudad quemando todas las casas que pudieron, sino fué algunas, que por estar en parte que con el artillería les podian hacer daño, quedaron en pié. Viendo los indios que los cristianos no salian a pelear ni a estorbar el daño que les hacian, con la presa que habian hecho se volvieron a una montaña pequeña y de razonable subida; allí asentaron su campo, y se fortificaron por todas partes para estar al seguro: desde allí bajaban muchas veces a la ciudad. El gobernador, encerrado en el fuerte con todos los cristianos, mujeres y niños, y muchas piezas de su servicio con los caballos, no cabian en el poco sitio que el fuerte tenia, hasta que retirados los indios salian algunas veces con Pedro de Villagra los soldados que a él le parescia, y con ellos llegaba cerca de la trinchea adonde los indios estaban, los cuales bajaban tras ellos diciéndoles muchas palabras feas a su usanza. Los cristianos se retiraban hasta metellos en lo llano, y allí revolvian algunas veces, escaramuzando mataban algunos y rescebian heridas de ellos, y las mujeres estaban puestas en las almenas mirando cómo lo hacian los cristianos y los indios. Hubo entre ellas una señora que dijo a un hidalgo llamado Sebastian de Garnica: "Señor Garnica, tráigame vmd. aquel indio." Viéndose nombrar en caso semejante, y en

público, paresciéndole flaqueza no ponerse a todo lo que le pudiese suceder, con grande determinacion, en un buen caballo en que se hallaba, se arrojó entre los indios, teniendo cuenta con el indio que le fué dicho, que era señalado; y aunque el indio se defendió y quiso huir, no le dió tiempo para podello hacer, que le tomó por los cabellos, y con las armas que el indio tenia lo trajo a aquella señora que se lo pidió. Todos los dias escaramuzaban con los indios; aunque algunas veces, viendo que se les metian en el fuerte, y no lo podian combatir por los muchos arcabuces y artillería, bombas de fuego, alcancías, de que eran informados tenian mucha municion, despues de haber estado treinta dias sobre la ciudad haciendo todo el daño que pudieron, llegaron dos navios que de Valdivia venian cargados con trigo y otros bastimentos, entónces paresciéndoles que pues ya tenian tanto socorro como les era venido, y tanta abundancia de toda suerte de bastimento que no los podrian enojar ni hacer mas daño, se retiraron con grande alarido de cornetas, cuernos y otras muchas maneras de trompetas que usan, y por ellas se entienden.

Pasóse en este cerco, aunque fué breve tiempo, mucho trabajo por la mayor parte, demas de la hambre, a causa de estar juntos tantas personas en tan pequeño espacio, y muchos caballos, a causa de la inmundicia que hacian: habia en la Concepcion gran cantidad de perros que tenian los cristianos e indios de su servicio, y cuando se tocaba arma, que era casi de ordinario, aullaban y ladraban en tanta manera que no se podian entender; y para evitar esto, mandó Pedro de Villagra que cualquier soldado o indio que trajese perro muerto, le diesen cierta racion de vino o de comida: con esta órden los mataron todos. Fuera mejor dar la tal racion a quien trajera cabeza de algun indio, o presea dél, como hacian los numantinos en aquella guerra tan porfiada que tuvieron con los romanos.

CAPITULO XLVIII.

De las cosas que hizo el gobernador Pedro de Villagra despues de levantado el cerco de la Concepcion, y de lo que sucedió al capitan Gabriel de Villagra queriendo ir a la ciudad de Valdivia.

En el tiempo que Pedro de Villagra estaba en la Concepcion cercado de indios de guerra, el capitan Gabriel de Villagra residia en su casa en la ciudad Imperial; y como los indios de aquella provincia supieron que los comarcanos de la Concepcion habian tomado las armas e ido sobre aquella ciudad, trataron hacer ellos lo mesmo e ir sobre la Imperial. Gabriel de Villagra, como le estaba encomendada aquella ciudad por el gobernador, y las demas a ella comarcanas, que eran otras tres ciudades, como tuvo esta nueva, hallándose con poca jente a causa de andar algunos vecinos y estantes sacando oro en los términos de Valdivia, tuvo nescesidad de ir allá y enviar alguna jente a la ciudad Impe-

rial para su defensa, si caso se ofreciese. Llegado a las minas de la Madre de Dios, que ansí se llamaban, tratándolo con Pedro Guajardo, vecino de Valdivia, y con el padre Diego Jaymes, sacerdote que allí estaba, que seria bien que la ciudad de Valdivia, pues sus términos estaban de paz, consintiese llevar algunas personas a la Imperial por algun tiempo para seguridad de aquella plaza: estos escribieron al concejo de Valdivia diciendo lo que les habia dicho. Como de ordinario acaescer suele, vistas las cartas en su ayuntamiento, salen añidiendo mas, diciendo que el capitan Villagra volvia aquella ciudad a llevar jente, y tomar a los mercaderes la ropa que tenian y repartilla entre soldados; y que decia habia de llevar treinta hombres para sustentar aquel pueblo: que no era justo perder sus haciendas y casas por sustentar las ajenas, que todos de conformidad le defendiesen la entrada; y como no habia mas de tres meses que habia hecho jente en compañía del capitan Lorenzo Bernal, y las llagas estaban frescas en jeneral diciendo los habia agraviado, estaba mal quisto. Los del cabildo, tomando la mano, trajeron a su voluntad a todos los demas, porque es cierto estando los ánimos desdeñados, pequeña ocasion basta para hacellos inclinar a venganza. Luego le escribieron, diciendo habian entendido venia aquella ciudad a hacer jente: que como capitan, ni como soldado, ni de otra manera alguna no viniese a ella, porque le defenderian la entrada. Rescebida esta carta, estuvo indeterminable, quisiera venir y castigar una desvergüenza como aquella, mas hallábase sin jente para podello hacer. Por otra parte era informado que toda la ciudad estaba en arma, y que de noche dormian en la plaza todos juntos, y tenian en la iglesia cuerpo de guardia, y que no habia ninguno que voluntariamente no tomase las armas, sino eran pocos, y estos le escrebian no viniese por evitar escándalo, que lo habria, y si se revolvian habria muertes causadas por pequeña ocasion. El licenciado Peñas, que era teniente de gobernador en aquella ciudad, no solo no lo quiso remediar, mas se supo despues que de secreto les daba favor y decia cómo se habian de rejir. Quitaron los barcos que en el rio tenian y todas las canoas en que pasaban, y para mas seguridad pusieron guarnicion de soldados y vecinos de la ciudad; hacian estas cosas con tanta calor, que entendido por el capitan Villagra, se volvió a la Imperial. Los vecinos de Valdivia, aunque supieron se habia vuelto, no dejaron de velar la ciudad y tener espías en los caminos, porque no se les entrase sin sentillo: creian ser ido a la Imperial a rehacerse de jente y volver sobre ellos; por cuyo respeto, recelándose, trataron informar al gobernador, que estaba en la Concepcion, de lo sucedido, dando colores a su yerro, y para negociallo enviaron a Cristóbal Ramirez, natural de la Bañeza cerca de Leon, en un navio del Rei que estaba en el puerto de aquella ciudad. Embarcando en él trigo, harina, con otros bastimentos, llegó en dos dias a la Concepcion, e informando a su voluntad, sin haber contraditor alguno, proveyó el gobernador que el capitan Gabriel de Villagra no tuviese entrada en la ciudad de Valdivia en caso ni cosa que se ofreciese

de justicia, ni de otra manera, sino el licenciado de las Peñas, como su teniente, y que apartaba la ciudad de Valdivia de su mando, y alzaba el rescebimiento del concejo que en él habian hecho. Con este proveimiento volvió el embajador, de que no rescibieron poca alegría los vecinos de aquella ciudad en haber salido con su intincion, aunque despues lo pagaron todo junto.

Pasado esto, y los indios levantado el cerco que sobre la Concepcion tenian, Pedro de Villagra determinó irse a la ciudad de Santiago y tener allí el invierno, y al verano, recojida la jente que del capitan Vaca habia quedado y la del capitan Zurita, con la demas que podria juntar, volver a la Concepcion haciendo la guerra en sus términos el verano siguiente; y encomendando la ciudad al capitan Reinoso, antiguo en las Indias, y prudente en cosas de guerra, por el cual respeto de entedella tan bien, se llevaba mal con el gobernador, porque Reinoso trataba y murmuraba de algunas cosas que hacia, que se podian hacer mejores, pues tomando a su cargo la defensa de aquella ciudad, el gobernador se embarcó en un navio con cuarenta soldados. En dos dias llegó a la ciudad de Santiago, navegacion de sesenta leguas: en el puerto le proveyeron caballos en que fuese a la ciudad. En ella fué bien rescebido, que era bien quisto, aunque sin cerimonia de rescibimiento.

CAPITULO XLIX.

De lo que hizo Pedro de Villagra aquel invierno en Santiago, y de como al verano salió a hacer la guerra, y lo que le sucedió.

Estando Pedro de Villagra en la ciudad de Santiago, y empezando año de sesenta y seis, como en ciudad abundante de todas cosas, por ser, como lo es, la mas fértil y mejor de las del reino (que ha sido para soldados y gobernadores en el reino de Chille otra Capua, como lo era antiguamente la de Italia, para los capitanes que en ella hacian la guerra, en vicios iguales) con muchos amigos que Pedro de Villagra tenia, y algunos privados, mas de lo que le convenia, dándose a buena conversacion, comenzó a ponerse mal con algunos vecinos, que en lo secreto no estaban bien con él, y fué la mayor parte del odio que le tomaron, ponerse el gobernador mal con un caballero vizcaino, llamado Martin Ruiz de Gamboa, hermano de Lope Ruiz de Gamboa, que murió en el cerco de Arauco, peleando como se dijo. A este caballero, por causas bien pequeñas, lo mandó prender y tenerlo con guardas y prisiones, hasta que pasados cuatro meses por sentencia lo dió por libre, el cual estaba casado con una hija del capitan Rodrigo de Quiroga, que como era persona tan principal rescebió desgusto del mal término, y de allí adelante en sus cosas no estuvo bien.

Pedro de Villagra comenzó a tratar con los oficiales del Rei de los soldados que allí estaban, [los que] pasaban mucha pobreza, y para salir a la guerra era menester gastar de la hacienda real cantidad de pesos

de oro: estuvieron discordes al principio, aunque despues de algunos dias, tratándose siempre dello, vinieron en que gastase lo que le pareciese. Hecho acuerdo para el gasto, mandó se tomase ropa de la que tenian los mercaderes, y se librase en la caja del Rei, para que allí se hiciese la paga. Juntó entre los soldados que salieron desbaratados, y con los que despues vinieron con él, ciento y diez soldados, que para aderezallos gastó mas número de veinte mill pesos de la hacienda del Rei; y aun no dió socorro a todos, porque a los primeros el licenciado Herrera, que allí era su teniente, les habia dado a seiscientos pesos y a sietecientos, con que se ponian galanes y holgaban en buen pueblo, y para ellos bien aparejado, conforme a usanza de soldados. Habiendo gastado Pedro de Villagra con lo que gastó el licenciado Herrera, natural de Sevilla, mas número de treinta mill pesos de oro, se estuvo en Santiago, a lo que sus émulos decian, mas tiempo mucho de lo que convenia; porque habiendo de partir por otubre para ir a los términos de la Concepcion a hacer la guerra, salió de Santiago en fin de enero del año de sesenta y seis, despues de hecho repartimiento de indios a los vecinos de Santiago, a cada uno conforme a lo que tenia, que para tal dia estuviesen en lugar señalado con sus armas.

Son estos indios amigos mui provechosos para la guerra, porque ayudan en gran manera a los cristianos; demas de que son iguales a los de guerra en deciplina y lijereza, al pasar de los rios hacen mucho efeto, aderezan los caminos, sirven de gastadores: juntos quinientos indios de estos que tengo dicho, y con los ciento y diez soldados, salió de Santiago camino de la Concepcion. Pasado el rio de Maule, tomó el camino de Reinoguelen, que es una provincia llamada ansí junto a la Sierra Nevada, porque tuvo nueva que aquellos indios con gran desenvoltura hábian hecho un fuerte, quellos llaman en su lengua *bucara*, en tierra llana, ribera de una acequia grande que para ello habian traido. Pedro de Villagra tomaba lengua cada dia; sabiendo ser ansí, caminó derecho allá. Los indios habian enviado a llamar todos los comarcanos les viniesen a ayudar, pues los habian pagado a su usanza, y para esta paga habian juntado ochocientos perros y gran cantidad de chaquira, que es unas cuentas de muchas colores, mas pequeñas que granos de trigo, horadadas por el medio, las traen al pescuezo en sartas largas, mayormente las mujeres, y con la ropa de vestir que juntaron habian pagado grande número de soldados. Los perros quiérenlos para cazar, y desto se aprovechan de ellos, y cuando no son de provecho se los comen. Acudióles mucha jente, eceto Loble, hombre belicoso, que no se pudo juntar con ellos por estar algo apartado, aunque caminó todo lo que pudo. Llegado Pedro de Villagra al fuerte, salieron los indios a escaramuzar con él: algunos soldados que llevaban caballos bien aderezados y de buena rienda, alancearon algunos, y entrellos Cristóbal de Buiza, buen soldado, confiado en el caballo que llevaba se metió entrellos: cebado en un indio por lo alancear, tropezando el caballo cayó con él, y si no fuera socorrido lo mataran. El caballo tomó un indio, y

en presencia de los cristianos subió en él, y lo comenzó a manejar como si fuera jinete andaluz.

Pedro de Villagra asentó su campo cerca del fuerte, y reconoscido, ordenó cuadrillas para otro dia pelear con ellos, de las cuales dió una a Martin Ruiz de Gamboa, de veinte soldados, y otra a Gomez de Lagos, y al capitan Zurita, Juan de Biedma, Pedro Fernandez de Córdoba, les dió cuadrillas del mismo número: a los indios amigos que de Santiago habia traido, ordenó cómo habian de pelear y por dónde. El fuerte que los indios tenian, era entre unos robles altos y gruesos, que habia muchos, criados allí por naturaleza; y para mas defensa de los arcabuces y artillería, que sabian los cristianos llevaban siempre, tenian atajado un trecho de tierra de hasta docientos piés por la frente, que por un lado de suyo estaba fuerte con un rio que les defendia la entrada, y una ciénega que no se podia andar por ella a caballo ni a pié, sino era jente desnuda: desta manera estaban fortificados. La frente era de un foso lleno de agua, poco mas hondo que un estado de hombre: este foso era a manera de albercas de huerta que entre una y otra habia una entrada tan ancha como dos piés, de tierra firme, cubierta de agua, por tal manera que no la podian ver si dello no tenian plática; los indios, como la sabian, entraban y salian desenvueltamente.

Otro dia por la mañana, el gobernador Pedro de Villagra mandó que todos se apercibiesen para combatir el fuerte, y con la órden ya dicha se llegaron a él. Los indios desque vieron a los cristianos en el foso comenzaron a tirarles mucha flechería: los soldados arcabuzazos, en que mataban muchos: los indios amigos muchas flechas como ellos, los unos por entrar dentro del fuerte, los otros por defendelles la entrada. El capitan Lagos, que iba con una cuadrilla, viendo tanto número de indios, y que les herian mucha jente, dijo: "Caballeros retirar, que nos perdemos." Villagra, que cerca estaba, como lo oyó, respondió: "¿Cómo retirar? Adelante, que todo es nuestro." Los indios amigos, con las flechas que tiraban, les hacian mucho daño, y habiendo reconoscido la entrada de los andenes que estaban en el foso, comenzaron a entrar por ellos. Los enemigos desque los vieron tan juntos, y que peleaban lanza a lanza defendiendo todo lo posible, no pudiendo hacer mas, viendo les habian ganado el foso, volvieron las espaldas huyendo. Los amigos los siguieron y mataron muchos, otros tomaron a prision: el yanacona que tenia el caballo de Buiza, como vido la perdicion de los demas, huyó a vista de todos con el caballo: fué tras dél el capitan Alonso Ortiz de Zúñiga con tres soldados, no lo pudo alcanzar ni seguir por respeto de un monte donde se le metió, en el cual se le perdió de vista. Castigó Pedro de Villagra en este fuerte por justicia, fuera de los muertos, mas de sietecientos indios.

CAPITULO L.

De como yendo Loble a socorrer los indios que estaban en el fuerte se encontró en el llano con Pedro de Villagra, y lo que acaesció.

Despues de haber Pedro de Villagra desbaratado el fuerte de Reinoguelen, muerto y castigado por justicia muchos indios, se partió otro dia siguiente camino del rio de Niviqueten: yendo caminando, tratando en las cosas pasadas, y cómo se habia peleado, los corredores que iban delante descubriendo el campo, tocaron arma. Cuando se entendió por los que iban atras, los que tenian plática de guerra temieron; porque haber desbaratado y muerto tanta jente, que bastaba poner miedo a toda la provincia, ver que de nuevo en mitad de un llano los venian a buscar indios de guerra, creyeron debian de ser muchos; y fué que Loble, indio principal entre los de guerra, señor de muchos indios, habia prometido a los principales de Reinoguelen les vendria ayudar, y en su favor pelear con los cristianos; y por haber Pedro de Villagra con tanta brevedad acometido y desbaratado el fuerte, no tuvo tiempo de poder llegar a tiempo por ser su tierra algo léjos para jente de a pié. Este indio belicoso venia caminando, y los corredores ansímesmo, los unos contra los otros, sin verse por estar en medio una loma, que aunque rasa y sin monte era alta; por este respeto no se vieron de léjos, hasta que a un tiempo se descubrieron todos, pues iban delante trecientos indios bien armados. Estos, como vieron a los cristianos tan cerca de sí, no osaron volver atras: viendo que eran muchos, arrojáronse a una mata grande de monte que hacia ciénega, y allí se comenzaron a hacer fuertes. Loble venia un poco atras, y como asomó con una macana grande en las manos, y vió a los cristianos que querian pelear con sus indios, paró, no para volver atras, sino para llamar su jente se diesen priesa a caminar. Llegados, con todos ellos se metió por los cristianos a socorrer los suyos: junto con ellos eran todos número de mill indios. Puestos en la mata, tomando la ciénega por fuerte, comenzaron a tirar flechas: los cristianos quisieron entrar a ellos a caballo, y como era lugar cenegoso cayeron los caballos con los primeros atollados en el lodo, por cuya causa les convino apearse y entrar a pié, pues estaban en parte que de otra manera no se podia pelear, teniéndolos en medio cercados por todas partes. Loble, viéndose perdido si peleaba, mandó a un indio hablase alto, porque Pedro de Villagra le oyese, diciendo que queria hablar. Pedro de Villagra se llegó mui cerca; este indio le dijo: "Gobernador, si no nos matas ni castigas, perdonándonos lo pasado y presente, nos rendirémos todos, y te entregarémos las armas, y harémos todo lo que nos mandares." Prometióselo así como se lo habia pedido. Luego salieron, estando todos los cristianos en arma, y los indios amigos que de Santiago habia traido, a los cuales pesó mucho del concierto, porque hubieran su parte de la barata y saco: ellos echaron las armas en la parte que les fué señalado, y se sentaron en tierra, esperando la

clemencia que con ellos se tendria. Pedro de Villagra llegó a ellos estando a caballo, y mandó que llamasen a Loble, que estaba en medio de todos la cabeza baja, por no ser conoscido y corrido del caso presente; no queriendo responder por entender este indio que llamallo en aquel tiempo no era por bien suyo, se estuvo quedo, dando a entender que no estaba allí. Viendo que se negaba, y los indios lo decian ansí no estar entre ellos, mandó a un soldado que lo conoscia bien entrase entre los indios y lo buscase. Luego lo señaló con el dedo, diciendo: "Este es." Salió del medio de su jente como hombre corrido, aunque bien señalado, por ser indio valiente y membrudo. Pedro de Villagra lo mandó prender, y hizo a los indios, como estaban juntos, un razonamiento breve, en que les dijo como el diablo los traia engañados para que se perdiesen, pues habian visto que en el fuerte habia desbaratado a todos los indios de guerra de aquella provincia, y que de lástima, doliéndose dellos, no habia querido matar mas; y que de presente bien vian estaban allí juntos mill indios enemigos de cristianos, los cuales se enojaban con él, porque no los mataba a todos, pues que en ellos no habia enmienda: que mirasen eran ménos de cada dia por las guerras que traian, y por andar en la guerra se les morian sus hijos y mujeres por no cultivar la tierra y hacer simenteras: que a Loble, aunque le habia mandado prender, no era para castigallo, pues les habia dado su palabra, estuviesen ciertos la cumpliria; mas que queria traello consigo algunos dias para que hablase a los principales se quietasen dejando las armas, y que ellos se acordasen de aquella buena obra que les hacia para servir de allí adelante en lo que les mandase. Un indio en nombre de todos le dió las gracias por ello, prometiéndole se lo agradecer. Luego los envió a sus tierras y siguió el camino que llevaba hasta junto al rio de Niviqueten: en un hermoso llano asentó su campo. Estando allí le vinieron a ver de la ciudad de Angol algunos aficionados, que por nueva de indios habian sabido todo lo sucedido: vínole a ver ansímismo el capitan Lorenzo Bernal, con quien Pedro de Villagra se holgó mucho, y encomendándole la jente que tenia en su campo, se partió a la ciudad de la Concepcepcion llevando consigo treinta soldados para su seguridad. Llegado que fué, proveyó al capitan Gomez de Lagos por su teniente, a causa de no querer el capitan Alonso de Reinoso usar mas del cargo. Habiendo estado en aquella ciudad ocho dias, se volvió al campo, y desde allí, porque entraba el invierno, despachó al capitan Pedro Fernandez de Córdoba por su tiniente a la ciudad de Valdivia, con comision que castigase la desenvoltura que con el capitan Gabriel de Villagra habian tenido cuando le hicieron resistencia; y porque tuvo nescesidad llevó consigo al capitan Reinoso y Lorenzo Bernal, y dejó en la ciudad de la Concepcion la jente que bastaba para su reparo; con esta prevencion se fué a Santiago.

CAPITULO LI.

De como estando el gobernador Pedro de Villagra en la ciudad de Santiago, llegó al puerto el capitan Costilla con docientos hombres y tres piezas de artillería que el licenciado Castro, gobernador del Pirú, enviaba a Chille, y de lo demas que acaesció.

En el tiempo questas cosas pasaban en Chille, el licenciado Castro, gobernador del Pirú por muerte del conde de Nieva, su predecesor, bien informado de cuán falto estaba el reino de jente, y la guerra ordinaria que habia, como celoso del bien comun y por servir al Rei, mandó hacer docientos hombres de guerra, en la cual todos ellos aprobaron mui bien; ayudándoles con dineros de la caja real, conforme a su hábito y a la nescesidad que cada uno tenia. Estos soldados, que entre ellos habia algunos caballeros y hombres nobles, encomendó y dió a cargo al capitan Costilla, vecino de la ciudad del Cuzco en el Pirú, y con provision secreta le encomendó que llegado al reino de Chille, se informase del gobierno que traia Pedro de Villagra, y que si le hallase bien quisto le entregase toda la jente que llevaba, y si le hallase mal puesto la diese al jeneral Rodrigo de Quiroga. Con esta órden y confianza despachó el licenciado Castro al capitan Costilla del puerto de los Reyes. Dijeron algunos que en el armada venian, que el licenciado Castro, para el efeto dicho, le dió el nombre de gobernador en blanco, para que, conforme a la instruccion que traia, lo hiciese.

Salió a la vela en dos navios grandes; en el uno venia su persona, y en el otro un caballero de Burgos llamado Diego Barona: tuvo tan buen tiempo en su navegacion que en tres meses llegó a la ciudad de la Serena. Estuvo allí seis dias refrescando la jente, y al seteno se hizo a la vela para el puerto de Valparaiso, que está de la ciudad de Santiago diez y seis leguas, donde descargan los navios que vienen del Pirú. Allí desembarcó toda la jente y sacó el artillería: alojados con órden, se mandaba velar de noche y tener guardia ordinaria de dia como hombre recatado. Habiéndose informado en la ciudad de la Serena del gobierno que traia Pedro de Villagra, le dijeron estaba mal quisto en la ciudad de Santiago y en las demas del reino: en Valparaiso, de las personas que se pudo informar, le dijeron lo mismo. Con esta nueva se inclinó dar la jente al jeneral Rodrigo de Quiroga, que estaba en el reino bien quisto, y siempre lo estuvo, por tener de ordinario gran virtud este nobilísimo hombre. Pedro de Villagra, como supo era desembarcado, le escribió dándole el parabien de su venida, y que le hiciese saber la jente que traia, para quién la traia, o con qué órden venia: con esta carta escribió [a] algunos caballeros y hombres principales que con él venian ofreciéndoles caballos y servicio, de que venian faltos. El capitan Costilla respondió, que la jente traia para dársela como a gobernador del Rei; con esto se aseguró algo, aunque con sospecha, porque Costilla se estaba en el puerto sin venir a la ciudad, y sabia Pedro de Villagra se comunicaba con el jeneral Rodrigo de Quiroga y con Mar-

tin Ruiz de Gamboa, los cuales le proveian en la mar de bastimento con caballos y carretas para él y toda la jente que traia. Viendo que se tardaba, estuvo indeterminable si iria al puerto o no: resumióse de esperalle en la ciudad; y para mas descuidallo decia Costilla a los que le iban a ver, que la jente que el presidente Castro le habia dado, que era la que él traia de su mano, la tenia de entregar al gobernador Pedro de Villagra, que ansí se lo habia mandado; dando a entender ser ansí, porque al descubierto no le pudieron sacar cosa alguna que paresciese al contrario, ni los que con él venian en toda la jornada tal habian podido alcanzar. Pedro de Villagra, sospechoso por algunas aparencias, sabiendo que breve partiria del puerto, le envió al camino un alcalde ordinario con dos rejidores, para que en la parte que le hallasen, tratasen con él que exhibiese las provisiones y recaudos que traia del licenciado Castro, gobernador del Pirú, para que conforme a ellas se proveyese lo que mas convenia al servicio del Rei. El capitan Costilla le respondió, despues de habelles oido, que no habia nescesidad de aquellas cosas que parescian manera de alboroto, que llegado donde Pedro de Villagra estaba, le entregaria la jente. Hallábase cuando esto pasó distante de la ciudad de Santiago seis leguas, y siempre caminando. El alcalde se volvió y dió nueva de lo que con él habia pasado y lo que le habia respondido. El jeneral Rodrigo de Quiroga, con algunos amigos suyos, se estuvo en su casa, y no salia por el pueblo, por cuya causa le dijeron a Pedro de Villagra que habian visto meter armas y arcabuces en su casa. Oido esto, salió con treinta hombres a la plaza, y con ellos fué a la casa del jeneral Rodrigo de Quiroga, y mandó le dijesen estaba allí: los que dentro estaban no le quisieron responder. Pedro de Villagra quiso entrar, defendiéronle la entrada diciendo no estaba en su casa, tuvieron palabras los soldados de una parte a otra. Pedro de Villagra mandó le trajesen dos barriles de pólvora para derriballe la casa: no hubo efeto porque no se determinaba en lo que hacia y habia de hacer sino tarde, y por su mucha tardanza se determinaba mal. Mandó ansímesmo que le trajesen el estandarte de la ciudad, a quien todos los vecinos y estantes estan obligados a acudir: el que lo tenia, que era un rejidor, no se lo quiso dar, ántes se fué con él a la casa del jeneral. Quiso ansímesmo mandar repicar la campana, que es con la que se da arma al pueblo; fuéronle a la mano sus amigos, diciéndole que no consistia en fuerza lo que habia de hacer, sino en quien mejor papel tuviese, pues por él habian de determinar la justicia de cada uno, y que dado caso que quisiese salir al camino al capitan Costilla con mano armada, le era mucho inferior, porque demas de la jente que traia de los que estaban en la ciudad, habian salido mas de treinta hombres e ido a juntarse con él, y que la demas que quedaba era cierto tocando la campana se habian de juntar en la casa de Rodrigo de Quiroga y le habian de acudir todos los mas. Por este respeto lo dejó de hacer, y quiso esperar que llegase para saber la certidumbre que traia, aunque desde a poco pidió un caballo, y con algunos amigos se fué a ver con Costilla dos le-

guas de la ciudad, que se rescibieron bien dándose el bien venido: y tratado de algunas palabras amigables, le dijo que llegado a la ciudad, su merced sabria lo que el licenciado Castro mandaba; que no tuviese pena, pues seria breve.

Pedro de Villagra se volvió, y desde a poco entró el capitan Costilla con la jente que traia, todos en escuadron, con el artillería en batalla y las mechas de los arcabuces encendidas. Con esta órden llegó a la plaza y pidió se juntase el cabildo, verian el recaudo que traia: juntos alcaldes y rejidores, presentó un papel en que en él venia nombrado por gobernador del reino de Chille el jeneral Rodrigo de Quiroga. Fuéle respondido mostrase por dónde el licenciado Castro podia proveer gobernador en Chille, porque Pedro de Villagra lo era por el audiencia de los Reyes. Costilla les respondió que el licenciado Castro daria cuenta al Rei de lo que hacia, y que no habia nescesidad de mas recaudo, solo aquel. Sobre esto hubo votos en los del cabildo; unos votaron en favor de Pedro de Villagra y otros de Rodrigo de Quiroga: estuvieron indeterminables, que no podian entender cómo el licenciado Castro podia deshacer, sin mas razon de aquella voluntad suya, lo que habia hecho toda una audiencia; mas como vian doscientos hombres en escuadron puestos en la plaza y los ciento y treinta arcabuceros y la determinacion de Costilla, aunque ellos eran amigos de Pedro de Villagra (que era una cautela que los que gobernaban a Chille en aquel tiempo tenian, como hacian las elecciones, procuraban granjear a los del cabildo y tenellos propicios para casos semejantes), viendo que ménos no podian hacer, y que todo el pueblo estaba a la parte del jeneral Rodrigo de Quiroga, lo rescibieron por gobernador conforme a su proveimiento, y esto con mucho regocijo, que adelante les salió a todos mui bien, porque fué buen gobernador y de mucha virtud.

Rescebido al gobierno, luego prendió a Pedro de Villagra, y lo envió preso al puerto, con órden que le embarcasen en un navio, donde estuvo con guardas mas de treinta dias, hasta que el capitan Costilla se fué al Pirú y lo llevó consigo, no por delito que habia cometido, sino por sacalle del reino, que Pedro de Villagra era vecino del Cuzco, que en aquella ciudad le habia dado de comer el marques de Cañete cuando envió a su hijo D. García al gobierno de Chille.

Era Pedro de Villagra natural del Colmenar de Arenas, y cuando gobernó el reino de Chille tenia de edad cincuenta años, bien dispuesto, de buen rostro, cariaguileño, alegre de corazon, amigo de hablar, aficionado a mujeres, por cuya causa fué mal quisto: fué amigo de guardar su hacienda, y de la del Rei daba nada; aunque despues de un año que fué gobernador, viendo que lo murmuraban jeneralmente, comenzó a gastar de la hacienda del Rei, dando algunos entretenimientos a soldados. Tuvo el tiempo que gobernó buenos y malos sucesos en las cosas de guerra y de gobierno. Gobernó dos años, pocos dias mas.

CAPITULO LII.

De lo que hizo el gobernador Rodrigo de Quiroga despues que fué rescebido al gobierno.

Despues de preso Pedro de Villagra, y enviado al puerto con guardas que con su persona tuviesen cuenta, el capitan Costilla estuvo en la ciudad de Santiago el tiempo impetuoso de invierno, y a la entrada de primavera se embarcó y fué al Pirú, llevando a Pedro de Villagra en su navio, que despues se supo en el audiencia de los Reyes habia puesto demanda al capitan Costilla en que decia, estando sirviendo al Rei quietamente en el reino de Chille, entró con número de jente armada y le prendió. Este pleito anduvo en el audiencia, aunque no se determinó: dijéronme que cuando llegó el capitan Costilla al puerto de los Reyes, y se dijo en Lima que Pedro de Villagra venia preso, le dijeron los oidores al licenciado Castro: «¿Vuestra señoría mandó prender a Pedro de Villagra?» y que les respondió: "fué trato gallego", porque el licenciado Castro era natural de Galicia.

Rodrigo de Quiroga, teniendo a su cargo el reino, proveyó por su teniente jeneral a Martin Ruiz de Gamboa, hombre suficiente por la plática de guerra que tenia, solícito y de buen entendimiento y discreto; al cual en un navio lo envió a la ciudad de Valdivia, para que de aquella ciudad y las demas a ella conjuntas trajese la mas jente que pudiese, porque queria a la entrada del verano hacer la guerra a la provincia de Arauco y poblar la ciudad de Cañete, que Francisco de Villagra habia despoblado, dándole comision para que con los oficiales del Rei que allí estaban, pudiese hacer acuerdo y gastar de la hacienda real todo lo que le pareciese y tuviese necesidad. En este mismo tiempo Pedro Fernandez de Córdoba fué rescebido en la ciudad de Valdivia por teniente del gobernador Pedro de Villagra. Estando en su cargo, comenzó a proceder contra el cabildo y pueblo por la resistencia que habian hecho a Gabriel de Villagra, teniendo presos en sus casas a unos y en la cárcel pública a otros, siendo tratados a su parescer ásperamente. Llegó a aquella ciudad un soldado que traia una carta habida en la de la Concepcion, la cual decia como Rodrigo de Quiroga era rescebido al gobierno y proveia en todas las cosas como gobernador. Esta carta hubo uno de los alcaldes, y con ella aquella noche habló a todos sus amigos, diciéndoles como Pedro de Villagra no era gobernador, y pues habia nuevo gobierno, le parescia no debian de perder aquella coyuntura, y que por la mañana llamasen al capitan Pedro Fernandez de Córdoba, diciéndole habian venido despachos para el cabildo, que su merced se hallase presente, si le paresciese. Resumidos en este acuerdo, por la mañana se juntan en cabildo y se lo envian a decir. Descuidado de aviso cordobes, aunque era de Córdoba, no advertido de lo que le podria resultar, fué al ayuntamiento: estando dentro, le dijeron viese aquella carta, y por ella le constaria que Pedro de Villagra no era gobernador,

sino Rodrigo de Quiroga; que su merced debia deponer el cargo. Respondióles que no habiendo mas informacion de aquella, no era bastante recaudo. Queriéndole quitar la vara, puso mano a su espada, y como estaba en lugar angosto, teniéndole en medio, se abrazaron con él; como eran muchos, quitáronle las armas y la vara, y le pusieron dos pares de grillos y guardas. El les dijo que le diesen parescer de letrados de que su cargo era espirado, que él lo depondria. Juntáronse para este efeto el licenciado Agustin de Cisneros, natural de Medina de Rioseco, y el licenciado Molina, de Almagro, y el licenciado Peñas, de Salamanca: tratando dello, dijo el licenciado Peñas, porque me hallé yo presente, que no queria dar su parescer si no se lo pagaban. Este fué el que por el parescer que dió entre Francisco de Villagra y Francisco de Aguirre sobre quién debia gobernar, le dieron cuatro mill pesos. Con esta respuesta se desavinieron, y quedó para otro dia, que no se concertaron mas ni se trató de parescer. Desde a tres dias, estando todos comiendo, se quitó los grillos, y al pasar por donde estaban los guardas le defendió uno dellos la salida, al cual dió una cuchillada en un brazo: haciéndole lugar se metió en la iglesia. Acudió luego todo el pueblo al repique de una campana, y cercaron la iglesia donde se habia metido con un foso y muchos maderos con ímpitu de bárbaros, sin que le pudiesen meter comida ni otra cosa alguna, y una vez que le quiso meter una bota de agua un fraile de la órden de San Francisco, mirándole si llevaba algo, le hallaron la bota; demas de quitársela, lo echaron de allí. Bien pudieran sacallo de la iglesia si quisieran; dejáronlo de hacer, porque se metieron con él algunos hidalgos sus amigos, y porque no hubiese alguna muerte, queriendo evitar mas el daño que el escándalo y alboroto: de esta manera que hemos dicho estuvo dos dias. Viendo que se perdian por sed y hambre, acordó darse al vulgo, deponiendo ante todas cosas el cargo de teniente de gobernador: desta manera salió de la iglesia. Depuesto el cargo, se fué a la ciudad Rica, donde era vecino.

Desde a ocho dias siguientes llegó a la ciudad de Valdivia Martin Ruiz de Gamboa, quedando concertado con el gobernador que para tantos dias de enero del año de sesenta y seis estuviese con la jente que habia de traer en el rio de Biobio, abajo de la ciudad de Angol dos leguas. Llegado Martin Ruiz a la ciudad de Valdivia, fué rescebido con infinita alegría, y porque salian de la pelaza en que habian estado con Pedro Fernandez de Córdoba, corrieron toros y otros autos de placer.

El jeneral proveyó por la comision que llevaba tenientes de gobernador en todas las ciudades, y comenzó a hacer jente para acudir con tiempo donde tenia de hallar al gobernador; y para buen aviamiento hizo acuerdo con los oficiales del Rei para pagar la ropa que se tomase de los mercaderes. Hizo gasto de quince mill pesos en ropa, caballos y armas, con tanta solicitud, que en cuatro meses se aprestó y salió de la ciudad de Valdivia para la Imperial, que es el camino por donde

tenia de ir con ciento y diez hombres bien aderezados de caballos y armas.

El gobernador, despues que despachó a su teniente jeneral, como arriba se ha dicho, para su buen aviamiento, proveyó por su maestre de campo al capitan Lorenzo Bernal, teniendo entendido que era hombre que se le podia encomendar mejores cargos, por su buen entendimiento de guerra, comprando caballos de los vecinos de Santiago, en descuento de los pesos de oro que debian al Rei, con que aderezar los soldados que trajo el capitan Costilla, que todos venian a pié. Mandó hacer fustes de silla, muchas celadas y las demas cosas necesarias para la guerra; todo lo cual se hizo con gran presteza, y se proveyeron todos; y para llegar al rio de Biobio al tiempo concertado con su jeneral, partió de la ciudad de Santiago con trecientos hombres y ochocientos amigos. El artillería envió por la mar a la ciudad de la Concepcion. Por sus jornadas se puso en el rio, y otro dia llegó el jeneral con ciento y diez hombres. Pasado el rio, que era por donde se tenia de entrar a hacer la guerra, se juntaron los dos campos.

CAPITULO LIII.

De como el gobernador Rodrigo de Quiroga hizo consulta de guerra con todos los capitanes que llevaba en su campo por dónde se entraria a hacer la guerra a Arauco y a Tucapel, y de lo que se acordó.

Juntos que fueron los dos campos, el gobernador mandó al maestro de campo que tomase reseña de toda la jente para saber el número que habia de hombres que tomasen armas; halló eran por todos cuatrocientos, en que habia docientos y sesenta arcabuceros. Luego mandó juntar los capitanes antiguos que venian en su campo, y por honrar algunos hombres principales de los que habian venido con el capitan Costilla, mandó se hallasen presentes. Despues de haber hecho compañías de toda la jente de a pié y de a caballo, y señalado los capitanes y el número que cada compañía habia de tener, juntos en consulta de guerra trataron algunos que en el fuerte de Catiray, donde habian los indios desbaratado al licenciado Altamirano y muerto a Pedro de Villagra, habia mucha junta de jente que los estaban esperando, y que pues tenia el gobernador tanta jente y tan buena con tantos arcabuces, no era bien pasara delante sin desbaratallo, pues era cierto los indios en su relijion tenian aquel lugar por adoratorio y cosa invencible por haberles ido siempre allí bien, y que habian de entender que para cristianos no habia cosa dificultosa sino todo llano, y que agora tenia el gobernador aparejo para dárselo a entender, y que un campo tan grande como el que tenia no se juntaba en Chille tan fácilmente; que no se debia perder tan buena ocasion: estos eran algunos de los capitanes antiguos, y el que mas insistia en ello era el capitan Francisco de Ulloa. Otros que mas atentamente median las cosas, decian que no se debia de pelear

en fuerte alguno, sino despues de bien reconoscido, viendo que estaba puesto en parte cómoda, o a lo ménos con el ménos riesgo, ya que no con conoscida ventaja, y no torpemente aventurallo a cosa incierta; y que no era de capitanes prudentes juzgar las cosas al mas o ménos, sino pesadas con gran cordura, pues era cierto que si desbarataban a los indios en el fuerte que tenian, no aventuraban a ganar cosa alguna sino maderos y piedras, detras de las cuales estaban metidos, porque tenian las espaldas una quebrada grande, y junto a ella otras muchas, que si les decia mal se echaban por ellas, sin perder mas jente de la que al primer ímpetu les podian matar, que serian bien pocos por respeto de la defensa grande que tenian. Despues de haber tratado el pro y contra sin que se resumiesen en cosa alguna, el maestre de campo fué con cincuenta soldados a reconoscer el fuerte, o de la manera que estaban, y llevó por delante una mujer india con una carta que diese a un meztizo que decian estaba con los indios. Llegó cerca del fuerte sin ver indio alguno; desde allí envió la india con la carta no pasando adelante. Los indios de guerra desde lo alto estaban mirando el camino que llevaba, y no parescieron por dejallo llegar hasta el fuerte sin salir a él; mas desque vieron habia parado y no pasaba adelante, salieron de las emboscadas donde estaban metidos mas de diez mill indios, y mui desvergonzadamente se vinieron a los cristianos. El maestre de campo mandó se retirasen la cuesta abajo: los indios vinieron tras dél un poco, y viendo que no esperaba se pararon.

El gobernador volvió a tratar el camino que se llevaria para entrar en Arauco; decíanle que desbaratando aquel fuerte cualquier camino era bueno. El maestro de campo afirmaba no era de tratar en aquello, sino dejallos en su fuerte e irse por la montaña de Talcamávida, que era desembarazada; porque los indios que en el fuerte estaban, viendo que los despreciaban, habian de salir y venillos a buscar, y que él entónces pelearia con ellos de la manera que quisiese; y que si todavía el señor gobernador era de parecer, porque estaba indeterminable, se fuese a combatir, que él se desistia del cargo y pelearia como soldado: decia estas palabras con tanta determinacion, por expiriencia que tenia, que movia a los oyentes. El gobernador como prudente, entendiendo que aquello era lo mejor, mandó se fuese por el camino de Talcamávida.

Los indios de guerra, como eran muchos convocados de todo el reino, viendo que los dejaba, salen del fuerte y se le van a poner delante en una loma por donde habia de pasar, y hacen luego un fuerte de poca defensa: puestos en él y al derredor esperaron. El maestro de campo llevaba el avanguardia con cincuenta hombres: llegado donde los indios estaban, reconosció eran perdidos. Salieron a escaramuzar con él y peleó un rato al principio; luego salió tanta jente en favor de los que escaramuzaban, que le convino retirarse una loma abajo, y tan sin órden, que algunos cayeron de los caballos envueltos con los indios. Despojaron de las armas a Gabriel de Zúñiga, el cual, por el buen socorro que tuvo y buen ánimo para defenderse, no murió. Tomas Pastene cayó el caballo

con él, y por el socorro que tuvo del maestro de campo no fué muerto, aunque él se defendió con buen ánimo: el campo se alojó en un llano junto a los indios, lugar conviniente. Luego otro dia el maestro de campo con trecientos hombres volvió a combatir con los indios, creyendo los hallara en el fuerte; mas ellos como hombres de guerra, conosciendo su perdicion en la parte que estaban, desmampararon el sitio que tenian: cuando llegó ya se habian ido. Tuvo algunos émulos que decian lo habia hecho no acertadamente, pues como hombre de guerra y tan ejercitado, conosciendo que los indios estaban en parte que se les podia hacer mucho daño, no los habia de dejar, sino entretenellos y enviar por jente, porque en aquel suceso bueno se castigaba toda la provincia. El maestro de campo se descargaba diciendo: indios que habian tenido ánimo para desamparar el fuerte en donde primero estaban, y se les habian venido a poner delante, no era de entender habian de huir sino pelear, pues con él habian escaramuzado y le habian hecho volver las espaldas, que era mas acrecentamiento de ánimo para no irse hasta probar su fortuna.

CAPITULO LIV.

De cómo yendo el gobernador Rodrigo de Quiroga para entrar en Arauco por la montaña de Talcamávida, pelearon los indios con él, y de lo demas que sucedió.

Despues que los indios desampararon el fuerte, se retiraron a la montaña de Talcamávida, por ser tierra áspera y de muchas quebradas, por donde de nescesidad el campo habia de caminar para entrar en Arauco; y como eran muchos, se fortificaron con piedras y maderos, no para pelear dentro de aquel sitio que por fuerte tenian, sino para estar seguros no los tomasen descuidados; y en el entretanto que el gobernador llegaba a aquel paso, pusieron dos emboscadas dentro del monte para que habiendo el campo pasado hiciesen arremetida en la retaguardia, y que ellos saldrian entónces de su fuerte y se le pondrian delante, para que todos a un tiempo diesen en los cristianos: con esta órden los turbarian y harian alguna suerte con que tomasen ánimo para lo de adelante. Andaban entre estos indios algunos principales hombres de guerra y los mas nombrados entre ellos, Llanganaval, señor en el valle de Arauco, Millalelmo, Loble, a quien todos seguian. Dada esta órden, estuvieron en el puesto que les fué señalado, esperando que los cristianos llegasen. El gobernador caminó en batalla con todo el campo; el maestro de campo llevaba el avanguardia. Llegado al fuerte, salen los indios a él y se le ponen delante; los emboscados salen al mesmo tiempo y arremeten a la retaguardia con grande ánimo. El jeneral Martin Ruiz que la llevaba a su cargo, defendiendo y peleando, mandaba recojer los bagajes: fué la voz de mano en mano que los indios habian desbaratado la retaguardia. El gobernador mandó al maestro de campo que volviese a dalles socorro con algunos arcabuceros. Luego, recojiendo los bagajes y de-

jando soldados para guarda dellos, con la resta que le quedaba rompió con tanta determinacion en los indios que los desbarató y pasó por ellos, alanceando algunos; siguióse el alcance camino de Arauco mas de una legua, aunque se hizo poco efeto por ser mala tierra para caballos y mui a propósito de los indios, que como es jente suelta andan desenvueltamente por los cerros como quiera. El maestro de campo llegó a la retaguardia, y recojido, echados los indios por las quebradas, y muertos algunos con los arcabuces, volvió [a] alcanzar al gobernador, que estaba hecho alto, y por ser tarde alojó su campo cerca de allí. Otro dia llegó al valle de Chiculingo y cortó las simenteras a los indios.

Desde allí se fué otro dia al valle de Arauco, y estuvo algunos dias llamando aquellos principales viniesen a darle la paz. Viendo que estaban olvidados de ella, mandó les cortasen los panes, que tenian mui buenos. Andando ocupado en cortar estas chácaras de maiz, hubo entre dos soldados cierta diferencia en que el uno dió una cuchillada al otro. Los amigos del que habia recibido la cuchillada tomaron las lanzas y le dieron ciertas lanzadas de que murió. El que lo hirió tenia muchos amigos, y por no dar ocasion que hubiese alguna revuelta, mandó el gobernador al maestro de campo lo prendiese y hiciese justicia, la cual, a contemplacion de algunos amigos suyos, dilató y quedó sin castigo, aunque despues le fué mal agradescido. Desde allí pasó el gobernador a poblar la ciudad que Francisco de Villagra habia despoblado, buscando sitio competente cerca de la mar para poderla socorrer con navios, porque donde la habia poblado D. García de Mendoza estaba de la mar siete leguas, y si los naturales se rebelaban y quitaban las simenteras, no se podian aprovechar de los bastimentos que por la mar llevasen, a causa de ser léjos, y que yendo por ellos habia de ir jente que bastase para su defensa, si indios de guerra saliesen al camino; porque repartidos los que iban y los que quedaban, estaban todos en ventura y suerte de perderse. Por este respeto el gobernador, como hombre que tenia tanta plática y experiencia de guerra, buscó donde poblar aquella ciudad a propósito, y para el efeto que deseaba halló que en el rio del Levo habia puerto razonable para navios grandes y mui bueno para pequeños, y en comarca que se podian proveer de lo necesario, y el rio apacible con menguantes y crecientes. Asentó el campo allí para poblar, y quedando a la lijera hacer la guerra a los naturales, trayéndolos de paz, o destruirlos. Luego otro dia pobló y le puso el nombre que de ántes tenia ansí como D. García se lo habia puesto, habiendo tres años que Francisco de Villagra la habia despoblado por su mala órden de gobierno. Repartidos solares a los vecinos que en ella habian de ser, comenzó a llamar de paz los principales que le viniesen a servir; a esta voz vinieron los comarcanos, y siendo informados otros muchos les perdonaba lo pasado, animáronse para venir a servirle; y dió ansímesmo órden se hiciese un fuerte cerca del rio en parte conviniente, para estar al seguro, con dos torres, donde estaban cuatro piezas de artillería y los españoles recojidos dentro en él. Y

porque los vecinos de Santiago habian gastado mucho en aquella jornada, como de ordinario lo han hecho con todos los gobernadores, siguiéndolos y sirviendo al Rei, aunque dello nunca fué informado, pues es cierto han merecido mucho; porque el sustento ordinario de todo el reino ha dependido de ellos, rescibiendo soldados en sus casas, curándoles sus enfermedades, dándoles de comer a ellos y a sus criados y caballos, vistiendo a los desnudos, dando caballos à los que estaban a pié, gastando en jeneral sus haciendas sirviendo al Rei; que de justicia habian de ser jubilados, lo que no se ha hecho ni hace; sino derramas e pensiones, si en el reino se echan por los gobernadores con las colores que quieren, ellos han sido los primeros que las pagan y lo son en el dia de hoi, sin tener atencion a lo que tengo dicho; porque en las Indias el Rei D. Felipe, nuestro señor, no es tan señor dellas como lo son sus gobernadores, que les paresce que el tiempo que gobiernan lo han todo heredado de sus padres. Y es verdad, por la profesion que tengo de cristiano, no me mueve a lo que dicho tengo sino decir verdad. Vuelto al gobernador Rodrigo de Quiroga, por estar léjos de sus casas, que habia casi cien leguas de camino, y entraba el invierno, agradesciéndoles lo que en servicio del Rei habian hecho, les dió licencia se volviesen; y porque el camino de Ilicura, saliendo por él al valle de Puren, se hacia mucho efeto el hollarlo, y castigar aquellos indios, mandó al maestro de campo que fuese a aquella jornada con ciento y treinta hombres. Entre todos los que habian de ir fueron de los vecinos de Santiago todos los que en el campo andaban y algunos otros de las demas ciudades del reino, con acuerdo que el maestro de campo, como hombre que sabia la tierra, hiciese lo que le paresciese que convenia. Siguiendo su camino, entró por el valle de Ilicura cortando las simenteras a los naturales y quemándoles las casas llenas de comidas, que son legumbres y bastimentos del año de atras. ¡Gran lástima verlas arder! sin querer aquellos bárbaros venir de paz, porque estaban de las vitorias pasadas tan altivos, que todo lo despreciaban, dándose poco por su perdicion. Desde allí fué al valle de Puren, que es mui fresco en todo tiempo y mui fértil. Los indios, como vieron los españoles dentro en su tierra, desampararon sus casas y se metieron huyendo en una ciénega grande, que tiene dos leguas de monte y agua, donde se hacen fuertes, y no se les puede entrar sino es mui de propósito, y ha de ser por muchas partes y con posible de jente; por cuyo respeto se quedan muchas veces sin castigo este valle. Despues de haber destruido todo lo que en él tenian sembrado, el maestro de campo, porque no paresciese no hacer efeto su ida, entró en la ciénega, que por ser el año seco no era dificultosa la entrada ni de andar por ella: tomaron los soldados muchas mujeres y muchachos y algunos indios de guerra que se castigaron, y reservando algunos los envió por mensajeros a llamar los señores principales viniesen a dar la paz. Los indios daban esperanza della, y como no se efetuaba, no se les dejaba de hacer la guerra. El invierno venia entrando recio; los vecinos que allí estaban

importunaban al maestro de campo los dejase ir a sus casas, diciendo: el gobernador les habia mandado estuviesen en Puren quince dias y no mas, que ya eran pasados treinta; pues tenian jornada tan larga y entraba el invierno, no les hiciese mala obra. Queriendo darles contento, pues tan bien lo merecian, los dejó ir y se volvió a la ciudad de Cañete, donde el gobernador estaba con sesenta hombres, habiendo licenciado otros sesenta entre vecinos y soldados antiguos. Llegado al gobernador, despues de haberle dado cuenta de lo hecho, dió órden de ir al valle de Arauco y hacer asiento en él hasta atraer de paz aquellos indios y reedificar el fuerte que despobló Pedro de Villagra.

CAPITU LV.

De cómo el gobernador Rodrigo de Quiroga salió de la ciudad de Cañete a hacer la guerra y atraer de paz la provincia de Arauco, y de lo que hizo.

Despues que el maestro de campo hizo espaldas a los vecinos de Santiago y de las demas ciudades, para que con seguridad fuesen su camino, vuelto a la ciudad de Cañete, el gobernador se ocupó aquel invierno en traer de paz la provincia, guardándola a los principales que la daban, y castigando a los que estaban en rebelion y contumacia. Llegada la primavera, salió con ciento y treinta soldados a la provincia de Arauco, por ser de mas jente y lo mas poblado de todo el reino. Los indios en esta provincia, por ser fertilísima, a cuya causa cada un indio, teniendo las mujeres que puede sustentar multiplican mucha jeneracion, y como son muchos no pueden vivir quitándoles el valle; los cuales, entendiéndolo ansí, cuando ven pujanza de jente, aprovéchanse del tiempo, y como ven que en saliendo a dar la paz se la tienen de rescebir, vinieron luego disculpándose. El maestre de campo les mandó por órden del gobernador no estuviesen en los montes, sino en sus casas, como lo solian hacer ántes que los cristianos entrasen en sus tierras: respondiéronle que lo harian ansí. Luego se llamaron unos a otros, y asentaron en sus casas y haciendas: demas de estos indios vinieron otros muchos, y se abrió camino para ir desde allí a la Concepcion por Andelican, que es mui cerca cuando se puede caminar. Arauco como es la cabeza, todos los demas principales siguiendo su opinion, vino de paz Colocolo, que era el principal capitan de todos, y que sustentó el cerco en la casa de Arauco, estando en ella el maestro de campo: demas deste vinieron otros muchos.

Gastóse aquel verano en acabar de quietar aquellos indios y hacelles que fuesen a la ciudad de Cañete a servir en aquello que los cristianos los quisiesen ocupar. El gobernador esperaba a su jeneral, que habia ido a la ciudad de Santiago para traer indios amigos y ganado, que faltaba bastimento en el campo. Para aquel tiempo concertado, vino y llegó en coyuntura tan buena que las vacas que a cuenta del Rei habian traido y carneros eran acabados. Trajo el jeneral con los amigos mill

cabezas de puercos, que es el mejor bastimento de todos para en la parte donde estaban, los cuales eran del gobernador de su propia hacienda; que en gastar de la del Rei fué tan templado, que ántes gastaba de la suya que mandar se gastase algo de lo que al Rei pertenescia, sino era en caso forzoso.

Llegado el jeneral, trató el gobernador con él, que con la jente que tenia consigo asentaria lo que estaba de guerra, y acabaria de allanar todo lo demas y ponelle de paz; que le parescia en el reino habia muchos soldados que no se habian querido hallar en aquella guerra por respeto de no tener que dalles, a causa de estar todo repartido por los gobernadores pasados, huian de andar en ella, pues no sacaban mas del trabajo, y que destos en las ciudades de Valdivia, Osorno y las demas a ellas comarcanas habia muchos, y otros que a la fama acudirian, juntos todos poblaria una ciudad en la provincia de Chilué. Habiendo mucho ántes desto escrito y enviado comision al tiniente que en la ciudad de Valdivia tenia, que con toda la dilijencia posible hiciese una fragata y que estuviese acabada para Navidad, que es en mitad del estio en el reino de Chille, como lo es en España del invierno, y con comision que le dió para que de la caja del Rei pudiese gastar dos mill pesos para el aviamiento y despacho desta fragata, y de otra que le mandó dar y le andaba sirviendo, y al presente habia venido de la ciudad de Valdivia cargada de trigo para que los vecinos hiciesen simenteras, y de otros bastimentos necesarios para pueblo nuevamente poblado, en la cual fragata mandó embarcar algunas piezas de artillería pequeñas y una pieza de campo de bronce. Con esto se partió a la vela para la ciudad de Valdivia, y al jeneral despachó se fuese para que pudiese hacer su jornada. Antes que entrase el invierno salió de Cañete, camino de la ciudad de Angol, que es una travesía para caminar con seguridad estando la provincia de guerra, por ser despoblado y pocas veces usado de los naturales: el dia que salió de la ciudad, los indios comarcanos, como jente que jamas tuvo paz verdadera sino de traidores, y que siempre esperan coyuntura para hacer maldades, tuvieron aquel dia aparejo para matar mucho servicio que iba a herbajar; bien descuidados, no llevando escolta que los guardase, dieron en ellos y mataron mas de cuarenta yanaconas de servicio. Llámanse así, porque son indios extranjeros y sueltos que sirven a cristianos, y es este su nombre. Salieron soldados de Cañete al castigo y mandólo el gobernador al maestro de campo, el cual vino y castigó algunos no tanto cuanto su culpa merescia.

CAPITULO LVI.

De cómo el gobernador Rodrigo de Quiroga salió de la ciudad de Cañete con ciento y cincuenta hombres de a caballo a correr la provincia, y de cómo los indios vinieron sobre la ciudad y de lo que acaesció.

El gobernador Rodrigo de Quiroga, con ánimo de sosegar y asentar

la provincia de Tucapel y todo lo demas que estaba de guerra, por estar algo apartado servian mal y ponian voluntad de no servir a los que estaban de paz, y hablar a los naturales dándoles a entender se apartasen de cosas pasadas y perseverasen en la amistad que habian dado, no fuese de condicion de la que otras veces tan encubiertamente daban; y para poder ir con jente que les pusiese temor y pudiese castigar a los contumaces, por haber malos pasos de montañas en muchas partes que habia de pasar, llevó ciento y treinta soldados, no teniendo aviso de lo que traian los indios encubierto para el tiempo que saliese jente conforme al número que les paresciese ser a propósito para efetuar su intincion, estando de muchos dias atras palabrados y resumidos, con espías que de ordinario tenian que les daban aviso de todo lo que se hacia. En tratando el gobernador de hacer la jornada, luego fueron avisados de todo, y como a jente tan inconstante, olvidada de todo bien rescebido, enviaron mensajeros por toda la provincia dando dello aviso, y como tenian los ánimos aparejados para semejantes maldades, con grande secreto se juntaron número de doce mill indios, trayendo por sus capitanes a Millalelmo y Loble, indios belicosos y valientes, con otros muchos hombres principales de guerra. Despues de informados que el artillería que los españoles tenian, la mayor parte della habian llevado en la fragata por mar a Valdivia, y que la que quedaba era de poco provecho; porque dos piezas grandes, ellos las habian ayudado a embarcar con otras diez pequeñas, y que la que estaba en el fuerte no era de temer, que aun cristianos que la supiesen tirar no los habia, y que los mas valientes que ellos conoscian eran idos con el gobernador, y los que estaban en el fuerte eran soldados mal pláticos de guerra y para poco; con esta nueva, paresciéndoles que ya lo tenian todo en sus manos, vinieron sobre la ciudad: los yanaconas que de fuera andaban tocaron arma. El capitan Agustin de Ahumada habia quedado para tener aquella ciudad a su cargo; como vido los indios que acercándose venian, mandó recojer el ganado y caballos dentro del fuerte y mandó limpiar el foso y reparar los lugares que estaban de poca defensa, lo cual pudieron hacer, aunque el tiempo fué breve, por ser pequeño el sitio en que estaban. Los indios iban con grande ánimo a dar asalto al pueblo: el capitan Ahumada mandó cargar el artillería, que aunque habian llevado en la fragata la que el indio dijo, quedaban dos piezas grandes en los dos cubos; en cada uno dellos, una. Estas dos mandó que dos soldados tuviesen cuenta con ellas, no se ocupasen en otra cosa. Los indios venian cerrados en sus escuadrones para batir el fuerte. Un soldado que se llamaba Ortuño, vizcaino, con cólera de su nacion, no pudo esperar con su ánimo, que no disparase una pieza de campo que a su cargo tenia, y aunque los indios estaban léjos, hizo tan buena puntería, que dándole fuego dió la pelota junto al escuadron y de recudida acertó a un indio valiente en la cara, que le hizo pedazos la cabeza y murió luego.

Viendo Millalelmo que aquel tiro desde tan léjos habia hecho aquel

efeto, dijo a la espía: «¿Tú no me dijiste que estos cristianos no te-
" nian artillería, por qué me has engañado?» El indio le respondió:
" Lo que yo te dije es la verdad: el artillería que fué en la fragata yo
" la ayudé a embarcar, que fueron diez tiros pequeños y dos grandes,
" y que la que quedaba era de poco provecho; bien podia ser tuviesen
" alguna pieza enterrada que yo no la viese.» El sitio del fuerte estaba en un llano: reconosciendo que habian de ir al descubierto a combatillo, y que con el artillería ántes que llegasen los matarian, acordaron de tomar por delante una pared que junto al fuerte estaba para su defensa. Por otra parte vido Millalelmo que un soldado arcabucero, estando el rio en medio, con ser bien ancho derribó un indio muerto, dándole por los pechos la pelota, por donde entendió que acercándose mas rescibirian mucho daño; por la cual causa puso su jente repartida, de manera que no pudiese ningun cristiano salir ni entrar, con mucha guardia, teniendo espías que les daban aviso en donde el gobernador estaba: intentaban sacar trincheas por donde se llegasen a combatir el fuerte, tratando qué órden tendrian para salir con su empresa. Sucedió que en el campo del gobernador, como habia veinte dias que andaba fuera de la ciudad bien descuidado de lo que pasaba, un soldado le pidió licencia, y tras de este otros diez: yendo su camino toparon cerca del fuerte muchas mujeres cargadas de vino, y otras que venian. Preguntándoles de dónde venian, responden que de llevar de comer a los indios de guerra que estaban con los cristianos peleando. Con esta nueva tuvieron miedo, y estuvieron en si pasarian adelante o no: al fin parescióles que no habria tanta jente que les estorbase la entrada, porque no sabian de la manera que los indios estaban sitiados. Estos diez soldados, llegando cerca con ánimo de hombres ejercitados en la guerra, los caballos al galope, entraron dando voces, diciendo: "Arma, cris-
" tianos, que aquí viene el maestro de campo.» Los indios, como vieron el caso repentino, tocaron arma con sus cuernos, como estaban acostumbrados, y acudieron a tomar las armas. Los españoles, como sabian las entradas del fuerte, pudieron entrar en él pasando por el lugar que los indios dejaron desamparado por respeto de recojerse a su escuadron, no sabiendo el número de la jente que venia. Los que estaban en el fuerte se pusieron a caballo y salieron fuera, entendiendo que el gobernador venia, mas como se informaron que no era mas jente de los diez soldados que habian entrado, y vieron los indios se estaban en su escuadron quedos, se volvieron al fuerte con mas ánimo del que habian tenido.

El maestro de campo dejó al gobernador en un asiento llamado Engolmo, y fué adelante con treinta soldados: preguntando a un indio que topó: "¿dónde estaban los indios, que no parescen?» respondióle: "son idos al bucara;» entendió que habian ido a servir, como lo hacen cuando estan de paz. Yendo mas adelante una legua llegó a otros pueblos, y como no hallase jente en ellos, preguntó a una mujer adónde estaban los indios, en qué andaban: respondióle eran idos a pelear con los cristianos que estaban en el fuerte: siendo de otros bien informado,

halló era verdad. Luego caminó a toda la prisa que pudo hasta donde el gobernador estaba, contándole el caso; aunque el gobernador ya lo sabia, y estaba con cuidado por su tardanza, se partió camino del pueblo al mayor paso que pudo, por llegar a tiempo que pudiese hacer algun efeto. Los indios, como vieron el socorro que habia entrado, entendieron que el gobernador lo habia enviado adelante como a mensajeros que diesen aviso para que mejor se defendiesen, creyendo que el campo seria breve allí, se dividieron y fué cada uno la vuelta de su tierra; que si el gobernador llegara a aquella coyuntura hiciera una grande ejecucion de justicia, mas quiso la suerte de los indios que aunque se fueron y levantaron el cerco, no fuese sin castigo de algunos; porque el gobernador, que venia caminando con mucho cuidado por la salud de aquella ciudad, llegando cerca topó muchos indios de los de guerra que se volvian a sus casas. Viéndose todos a un tiempo, aunque huyeron, alancearon muchos, y otros que tomaron vivos castigó por justicia. Desde a poco llegó a la ciudad, que estaba cerca, fué bien rescebido: luego mandó hacer la guerra y castigar a todos los que encubiertamente habian consentido en la rebelion; castigáronse algunos y los demas sosegaron por entónces.

CAPITULO LVII.

De cómo el maestro de campo pasó a invernar de la otra parte de Arauco sobre Tavolevo, y de lo que hizo.

Llegado el gobernador a la ciudad de Cañete, paresciéndole que seria posible, como los indios habian venido sobre aquella ciudad, hubiesen ido ansímismo sobre la de Angol, por estar mas desproveida de jente, se informó de algunos principales, los cuales le dijeron la tenian cercada y puesto sitio en tres partes, tan apretada y aparente a los que habian estado en Angol, que creian ser ansí, y que los cristianos se perderian breve. Teniendo esta nueva por verdadera, conforme a lo que en otras cosas habia visto, mandó a el maestro de campo fuese a deshacer aquella junta y castigallos, que si no fuese verdad, no se perdia cosa alguna en hacer aquel camino, porque a los vecinos animaria y castigaria los indios que pudiese haber: los cuales echaron esta nueva, no para mas efeto de pervertirlos, como paresció; porque llegado, halló ser mentira, como de ordinario las tratan, mayormente cuando se ven derribados, y que son inferiores. Pues vuelto el maestro de campo, trató con el gobernador que para acabar de asentar los indios que estaban entre Arauco y la ciudad de Angol de la otra parte de la Cordillera, le parescia ir a invernar en aquella comarca, pues no habia otra parte mas cómoda para deshacer el desinio de aquellos naturales, viéndose apretados por todas partes. Para hacer esta jornada, con órden del gobernador salió de Arauco con ciento y veinte soldados a caballo. Despues que hubo corrido la tierra de Mareguano, que es donde tenian hecho el bucara

y fuerte para pelear con el gobernador, estando dentro en él, mandó a los yanaconas quemar mucha parte de la defensa que en él habia, y hizo asiento en una tierra llamada Millapoa para desde allí llamar aquellos indios, y castigar en sus personas y haciendas a los que no quisiesen tener quietud. No embargante esta órden, los naturales, aunque le tenian dentro en sus casas, no tuvieron pensamiento de servir, sino andarse por los montes, dándose poco por el frio y temporales del invierno, ántes lo desvelaban de cada dia con nuevas falsas que echaban en su campo algunos indios que en correrías tomaban, y otros que de maña le venian a ver. A cabo de tres meses que allí estaba con necesidad jeneralmente de toda cosa, sin haber hecho mas de haber desanimado aquellos indios, los soldados que con el maestro de campo estaban, como hombres que nuevamente habian entrado en la guerra, pasaban mucha necesidad por falta de servicio: ellos propios, siendo hombres nobles, iban por la yerba y paja para cubrir unas chozas pequeñas en que estaban, y no tenian que comer, ni lo hallaban, y andaban descalzos: importunaban mucho al maestro de campo se volviese a Cañete, donde el gobernador estaba, dejando aquella guerra para el verano adelante, pues del tiempo que allí habian estado ningun provecho dello habia resultado. El maestro de campo, entendiendo vendrian de paz, se estuvo mas tiempo del que los soldados quisieran, porque ya que no se hacia tanto fruto que se asentasen aquellos indios, quitábaseles la ocasion de ir ellos mismos a inquietar a otros, por cuya tardanza los soldados comenzaron a tratar mal dél en secreto, con vituperios de palabras; y como a los que mandan ninguna cosa se les esconde, aunque las decian entre ellos y no en público, todo lo sabia, de lo cual nasció una mala voluntad que contra él tomaron. El cual, como hombre que tenia el supremo mando, comportaba con buen ánimo todas aquellas cosas, dándoles las mejores palabras que podia; esta enemistad duró entre estos soldados algunos dias, que nunca perdieron el rencor que le tenian, miéntras tuvo mando ni aun despues. Viendo el maestro de campo cuán desgustosos andaban y que de su estada no sacaba ganancia alguna, y como de ordinario se informaba de lo que los indios hacian y trataban, supo se andaban juntando para pelear con él. Considerando el sitio que tenia para de invierno, aunque era el mejor que habia en aquella comarca, era malo, cercado de ciénegas, y solo una loma por donde podian andar, y esa angosta y de muchas quebradas. Por no esperar en mal sitio suceso dudoso y con jente descontenta, partió una noche y se vino al valle de Arauco, y fué a tan buena coyuntura, que si mui de pensado lo quisiera hacer y tuviera nuevas de Arauco, no le sucediera mejor, porque llegó a tiempo que andaban los principales del valle en banquetes y fiestas tratando de pelear. Con su llegada cesó el bullicio que traian, y les habló a todos poniéndoles temor para lo de adelante y presente: diciéndoles volveria breve, se fué a Cañete, donde el gobernador estaba.

CAPITULO LVIII.

De cómo el jeneral Martin Ruiz de Gamboa, por órden del gobernador Rodrigo de Quiroga, fué a poblar la ciudad de Castro y de lo que hizo. Está esta ciudad poblada en cuarenta y tres grados.

El jeneral Martin Ruiz salió de la ciudad de Cañete por órden del gobernador para ir a poblar en lo que se llama Chilué, porque no solo se contentaba Rodrigo de Quiroga con restaurar lo que Francisco de Villagra habia perdido, mas poblar al Rei una ciudad nuevamente, reparando lo que tenia presente y acrecentando por sus capitanes lo de léjos, y tan sin costa del Rei que se juntaron en breves dias en la ciudad de Osorno ciento y diez hombres, que era por donde se habia de entrar a hacer la jornada: que como tuvieron nueva iba [a] aquel efeto, acudieron de muchas partes soldados para ir en su compañía. Viendo la órden que tenia y se reparaba para llevar bastimentos y cosas pesadas por la mar, como hombres que sabian cierto iba a poblar, y ansí todos los que quisieron embarcaron sus ropas y las demas cosas que tenian, quedando ellos a la lijera. Antes que pasase el verano, salió de Osorno y llevó consigo algunos vecinos de la misma ciudad que tenian sus repartimientos de indios en comarca de la ciudad que iba a poblarse. Estos para que le ayudasen a pasar los caballos y soldados [por] un brazo de mar que divide la tierra firme de Osorno de la isla de Chilué, puestos todos en este desaguadero que corre la mar por él en sus menguantes y crescientes con mas braveza que un rio grande por impetuoso que venga, y es menester para pasar de un cabo al otro conoscer el tiempo; porque muchas veces se ha visto perder los caballos y meter la corriente a los cristianos dentro en la mar grande, y han escapado los que ansí han ido, con gran trabajo, porque el pasaje que tienen es unas piraguas hechas de tres tablas y una por plan, y a los lados a cada un lado una, cosidas con cordeles delgados, y en la juntura que hacen las tablas, ponen una caña hendida de largo a largo, y debajo della y encima de la costura una cáscara de árbol que se llama maque, mui majada al coser: hace esta cáscara una liga que defiende en gran manera el entrar del agua. Son largas como treinta y cuarenta piés y una vara de ancho, agudas a la popa y proa a manera de lanzadera de tejedor. Destas piraguas, que es el nombre que les tienen puesto los cristianos, que ellas se llaman en nombre de indios dalca, se juntaron cincuenta. Reman a cada una conforme como es, de cinco indios arriba hasta once y doce y mas: navegan mucho al remo. En estas piraguas pasó en cuatro dias trescientos caballos a nado por la mar adelante hasta llegar a la otra costa, lonjitud de una legua castellana, y ciento y diez hombres juntamente con los caballos, que fué un hecho temerario; porque de ninguna nacion, griegos ni romanos, se halla escrito haber ningun capitan hecho caso semejante. Estando de la otra parte, informado de la dispusicion de la tierra, halló que no habia camino por donde pudiese

llevar el campo, sino era por la costa de la mar, a causa de ser montosa la mayor parte de la isla y llevar muchos caballos de carga. Tuvo muchos inconvenientes para que no hubiese efeto la jornada que llevaba, diciendo echaba a perder el reino, en tiempo que tanta nescesidad tenia de jente, [y que] no convenia sacar ninguna mas. Martin Ruiz, como hombre prudente y que entendia no se movian de celo que tuviesen del reino sino de envidia, puesto como estaba con la jente junta y a pique de hacer viaje, paresciéndole no estaba bien a su presuncion, habiéndolo primero pesado tantas veces y resumido en que se hiciese, caminó la costa de largo ocho dias. Al cabo dellos dejó el campo, con órden que caminase detras dél, y pasó adelante con treinta soldados a caballo, para ver si habia lugar conviniente donde asentar el campo, y desde allí buscar sitio para poblar; pues se hallaba en mitad de la isla, y viendo era bien poblada, halló un asiento y por ser tal pobló en él, junto a la mar, ribera de un rio, rodeada de hermosas fuentes, criadas de naturaleza de mui buena agua, y hermosa campaña, abundantemente regalada de muchas pesquerías de toda suerte de pescados: púsole nombre la ciudad de Castro, y a la provincia Nueva Galicia. Luego se informó de los indios y tomó por memoria los repartimientos que podia dar a soldados que con él habian ido, dejando justicia en nombre del Rei. Despues de nombrado concejo y puesta horca, se embarcó en un navio del Rei y anduvo navegando hasta el arcipiélago, que es de muchas islas, y esta isla grande es la principal de todas ellas: tiene de lonjitud sesenta leguas y de latitud seis y ocho, y ansí al poco mas o ménos. Está apartada de la Cordillera Nevada cuatro leguas, y hai entre la isla y la Cordillera un otro brazo de mar que tiene de ancho dos leguas. Este brazo de mar viene de ácia el estrecho de Magallanes, y rompió por aquella parte de que hizo tantas islas, y salió por estotra que es por donde Martin Ruiz pasó con las piraguas. Desde allí adelante va la costa hasta el estrecho de Magallanes áspera, aunque de muchos puertos, porque la mar va cerrando siempre con las haldas de la Cordillera Nevada y no hai lugar donde se pueda poblar ningun pueblo otro hasta el estrecho. Pues habiendo navegado por estas islas y tomado plática de todas ellas, echó en tierra al capitan Antonio de Lastur que llamase de paz los principales de una isla grande llamada Quinchao, de muchos naturales, el cual lo hizo tan bien que trajo la mayor parte dellos consigo a dar la obediencia al jeneral en nombre del Rei, y para buen efeto dejó en la ciudad de Castro un capitan que la tuviese a su cargo y mandase visitar aquella provincia, con órden que si lo que él habia repartido saliese alguna parte incierta, lo remediase con la mejor órden posible, no permitiendo se hiciese agravio ninguno.

Dejada esta órden, se vino por la mar alegre en haberle sucedido tan bien su jornada. De allí se partió, aunque con triste nueva, por la muerte de su mujer, moza y rica, que estuvo cerca de tenerle compañía, para irse a ver con el gobernador, y por ser en mitad del invierno y por aquella tierra [que] en aquel tiempo hace bravos temporales de

norte, no pudo navegar y fué a darle cuenta por tierra de lo que habia hecho. Llegado a Cañete donde el gobernador estaba, fué bien rescebido, como hombre que tan buena cuenta habia dado de lo que llevó a su cargo. Luego desde a pocos dias le llegó nueva al gobernador que el rei Don Felipe habia proveido audiencia para el reino de Chile, y que eran llegados a la ciudad de la Serena tres navios, y en ellos venian dos oidores, y que el Rei les mandaba asentasen el audiencia en la ciudad de la Concepcion. Con esta nueva dejó al maestro de campo encargada la jente y se vino a la Concepcion, y con él el jeneral Martin Ruiz. Los oidores, llegados a la Serena, fueron rescebidos por el capitan Alvaro de Mendoza, natural de Extremadura, por tiniente de gobernador, con muchas invenciones que mandó se hiciesen para alegrallos. Despues de haber descansado pocos dias del trabajo de la mar y rescebido algunos caballeros de los que vinieron a Chile con Costilla, que estaban quejosos del maestro de campo por causas que aunque fueran verdaderas, eran bien livianas, dándoles buena esperanza a todos, se vinieron en sus navios al puerto de Valparaiso, que es escala de la ciudad de Santiago, y fueron visitados de todos los nobles que en la ciudad habia, dándoles el parabien de su venida y festejándolos como mejor pudieron; porque Santiago es un pueblo fértil, vicioso de todas cosas, mui bastantemente proveido para la vivienda de toda suerte de hombres. Se holgaron allí, rogándoles y pidiéndoselo por merced en nombre de toda la república fuesen [a] aquella ciudad, no lo quisieron hacer, diciendo no traian órden para parar en pueblo alguno, sino era en la Concepcion, donde el Rei les mandaba asentar su audiencia. Dijéronles era invierno y por aquella costa reinaba mucho el norte, que les podia suceder algun caso adverso, no lo quisieron hacer resumidos en su opinion, de que despues fueron bien arrepentidos: y porque fueron informados que la ciudad de la Concepcion estaba falta de todo bastimento, mandaron embarcar en los tres navios que traian, el mas trigo que pudieron, y se hicieron a la vela por el mes de julio año de sesenta y siete.

Navegando con buen tiempo, les dió una tramontana al principio bonancible y de buena navegacion, como ella suele venir, y desde a poco embraveciéndose la mar, y el viento tomando fuerzas, sobreviniendo la noche, iban con grandísima tormenta, que aunque iban su derrota, no se entendian, ni sabian qué órden tener para sustentarse; y ansí navegando a la ventura, encomendándose a Dios, cesó el norte y saltó luego en travesía, que es otro viento peor. Este los echó la vuelta de tierra, y como era tan escuro, y la mar andaba hecha fuego, el navio de Marroquí, que era uno de los tres y el mejor dellos, vino con el temporal tan cerca de tierra, que sin entenderse el piloto, dió en unas peñas y en el momento fué hecho pedazos. Murieron en él muchos hombres principales y nobles, en especial el capitan Reinoso, que habia servido a su majestad mucho en las Indias, Pedro de Obregon, que ansímismo habia servido a su majestad, Gregorio de Castañeda y otros muchos hom-

bres principales, que algunos dellos venian del Pirú de negocios que tenian, y otros se habian embarcado en la Serena y puerto de Valparaiso: solo escapó un pobre hombre llamado Lorenzo, jinoves, y dos indios que sin saber cómo ni de qué manera se hallaron en tierra, que los echó la mar, no supieron dar otra razon alguna. Los otros dos navios al amanescer se hallaron junto a tierra, y queriendo dar en ella, por escapar las vidas, fué Dios servido, como era de dia bonanzó un poco el viento, y con este buen socorro doblaron una punta y detras de ella hallaron un puerto que se llama de la Herradura, donde dieron fondo y estuvieron al seguro dos leguas de la Concepcion; desde allí se fueron los navios a Talcahuano, que es el puerto de aquella ciudad. Los oidores se vinieron por tierra; fueron rescebidos con mucha alegría del pueblo. El gobernador les entregó el gobierno del reino y se fué a Santiago, donde tenia su casa.

Era Rodrigo de Quiroga cuando tomó el gobierno a su cargo, de edad de cincuenta años, natural de Galicia, de un pueblo pequeño llamado Tor, dos leguas de Monforte, y diez y seis de Pomferrada: hombre de buena estatura, moreno de rostro, la barba negra, cariaguileño, nobilísimo de condicion, mui jeneroso, amigo en extremo grado de pobres, y ansí Dios le ayudaba en lo que hacia: su casa era hospital y meson de todos los que la querian, en sus haciendas y posesiones. Se pudo con verdad decir dél, lo que decian los griegos de Cimon, aquel valeroso natural de Atenas, hijo del gran Milciades. Costóle tener el gobierno dos años poco mas que gobernó, de sus haciendas gastadas y perdidas por su ausencia, gran cantidad de pesos de oro. Gobernó bien con próspera fortuna sin tenerla adversa, ni salió de la guerra en todo el tiempo que gobernó, ántes si alguna cosa se hacia que conviniese al bien público, era el primero que ponia las manos en ella, y ansí se trataba como un soldado particular, teniendo mucha cuenta y mui puesto por delante el gobierno que a su cargo tenia, para que en tiempo alguno no le fuese reputado, ni puesto por cargo haber dado ocasion alguna a mal suceso. No se le conosció vicio en ninguna suerte de cosa, ni lo tuvo, tanto fué amigo de la virtud.

CAPITULO LIX.

De cómo los oidores llegaron a la Concepcion y asentaron el audiencia, y de las cosas que hicieron.

Ido el gobernador Rodrigo de Quiroga, los oidores asentaron el audiencia conforme a la órden que de España traian dada por su majestad y consejo de las Indias; comenzaron a oir de negocios que habia muchos, y pleitos de indios, a causa que por estar pobres no podian illos a seguir a la audiencia de los Reyes, [y] por respeto de las ordinarias guerras no tenian aprovechamiento de sus indios; luego se movieron muchos para venir a la Concepcion y pedir lo que cada uno le parescia

tenia derecho por título de los gobernadores pasados. Los oidores nombraron luego oficiales de audiencia y señalaron cárcel de corte y procuradores para los negociantes que pedir quisiesen, y oian cada dia de negocios públicos, y como habian tomado todo el gobierno del reino a su cargo, despues que salian de audiencia se ocupaban de cosas y proveimientos de guerra. Eran estos señores dos y sin presidente, porque otro oidor, que su majestad habia proveido juntamente con ellos, llamado licenciado Serra, murió en Tierra-firme ántes de llegar al Pirú: el uno de los dos, natural de Estepa, llamado Licenciado Juan de Torres de Vera, y el otro, natural de Montilla cerca de Córdoba, por nombre licenciado Egas Venegas: ambos de conformidad tenian el gobierno.

Queriendo sustentar lo que estaba de paz y atraer lo de guerra a quietud, rogaron al jeneral Martin Ruiz de Gamboa, que lo habia sido de Rodrigo de Quiroga, se encargase de hacer la guerra a los indios alzados. Hubo demandas y respuestas, porque Martin Ruiz les pedia le diesen provision bastante para podello hacer, dándole el supremo cargo. Los oidores no estuvieron en se la dar hasta ser informados de lo que convenia al bien público, y ansí se dilató algunos dias, hasta que despues por via de ruego se fué a encargar de los soldados que andaban con el maestro de campo Lorenzo Bernal y estaban en la ciudad de Cañete; finalmente de todo escribieron por via de acuerdo a todo el comun lo respetasen y tuviesen por su capitan como hasta allí lo habia sido: con esta órden se partió y llegó a Cañete, mandando en todo lo que entendia que convenia hacerse. El maestro de campo estaba en la casa fuerte de Arauco, que queria venir a verse con los oidores; enviáronle a decir no viniese, sino que se estuviese en la guerra como estaba; y para hacer jente en las ciudades de arriba para que con mas posible se pudiese campear al seguro, enviaron al capitan Alonso Ortiz de Zúñiga, natural de Sevilla, con provision, que por la órden que se acostumbraba en el reino y a él le paresciese, hiciese la mas jente que pudiese en las ciudades de Valdivia, Osorno, Imperial, Ciudad Rica, y con ella viniese a la Concepcion.

Llegado el capitan Alonso Ortiz a la ciudad de Valdivia, presentó en el cabildo la provision que llevaba y comenzó a apercibir a las personas que podian ir en su compañía, y otros que eran tratantes y hombres que no seguian la guerra, se componian por dineros para con ellos ayudar a los que estaban pobres con que se aderezasen: juntó en breves dias sesenta soldados bien aderezados, y a vueltas dellos muchos otros que venian a negocios, y las ciudades, por dalles el bien venido, les enviaron procuradores, y que demas de la órden que llevaban, tratasen cada uno lo que les paresciese conviniente a su república, conforme a la instruccion que para ello les daban. Llegó el capitan Alonso Ortiz a la ciudad de la Concepcion con su jente; fué rescebido de los oidores alegremente. Despues de haber descansado algunos dias del camino por respeto del servicio que traian y por no haber cosa nueva, a causa que el jeneral Martin Ruiz, estando en la ciudad de Cañete,

tuvo nueva que los indios de aquella provincia hacian un fuerte, dos leguas de aquella ciudad, como jente que no sabia tener quietud, y se juntaba de cada dia mas número, apercibió ochenta soldados y envió al fuerte de Arauco dar aviso dello al maestro de campo se hallase con él, el cual vino, y con la jente que trajo y la que el jeneral tenia se juntaron ciento y quince soldados. Llegado al fuerte el maestro de campo, reconosció y dijo al jeneral, su merced hiciese cuadrillas porque en todo caso convenia pelear: que el fuerte estaba por acabar, y por aquella parte podrian pelear a mucha ventaja, aunque los indios eran muchos; el fuerte que tenian era una trinchea lunada con dos puntas a manera de luna cuando está de tres dias. Estas puntas fenescian en una quebrada mui honda, y por la frente tenian demas del foso muchas sepolturas hondas del estatura de un hombre, algunas cubiertas de manera que no se conoscian. Ellos estaban detras de su trinchea número de tres mill indios, y los mas cercanos tenian lanzas largas a medida de las sepolturas para que cayendo en ellas los soldados, sin salir a ellos, desde lo alto los pudiesen matar con las lanzas. El jeneral ordenó cuadrillas de a quince hombres cada una, porque mejor pudiesen pelear y socorrerse, y las dió [a] algunos soldados que de valientes eran conoscidos: a Don Diego de Guzman, natural de Sevilla, le dió una, y [a] Alonso de Miranda otra, y a Luis de Villegas otra. Desta manera repartió todos los soldados, y con algunas alcancías de fuego que hacen entre los indios mucho efeto para desbaratallos; estando juntos, quedó el jeneral a caballo para proveer lo que conviniese, y treinta soldados consigo con que pudiese socorrer a la salud de los que habian de pelear a pié. El maestro de campo con algunos amigos quiso pelear a pié para poder mejor animar y acaudillar su jente, hablándoles primero, aunque en breves palabras, les dijo: [que] aquellos indios habian tenido ánimo esperarle allí, confiados en la fuerza que tenian de trinchea y sepolturas hondas; que no desmayasen, pues al fin eran indios, y que peleando con determinacion de hombres como otras veces habian hecho, no les esperarian el primer ímpitu: que les rogaba mirasen y tuviesen cuenta a no se detener en dar socorro a los que cayesen en los hoyos, sino que pasasen adelante, teniendo tino a la vitoria; porque si se paraban a socorrellos eran desbaratados: "¿qué mas quieren los indios, decia el maestro de campo, que vernos olvidados de las armas, socorriendo a los que estan caidos en las sepolturas? Saliendo ellos nos han de tomar ocupados en aquella obra; es cierto a su ventaja pelearán con nosotros, como lo han hecho en otras partes, sino que pasemos adelante peleando animosamente, quitarémos a los indios la ocasion de pelear y matar a los que en los hoyos cayeren, y desta manera ellos saldrán sin que les ayude nadie, ni habrá quien se lo estorbe:" con esta órden fueron caminando ácia el fuerte. Los indios los dejaron llegar; yendo tan cerca dél que querian intentar a entrallo, cayó un soldado en un hoyo, luego cayeron otros: los indios los alcanzaban y daban de lanzadas; los demas soldados no se quisieron ocupar en dalles

socorro, sino conforme a la órden que tenian asaltar la trinchea. Con esta determinacion les quitaron el poder herir a los que estaban en las sepolturas, que con este beneficio salieron dellas sin peligro. Los cristianos echaban muchas alcancías de fuego entre los indios, y de su suerte y poca plática de guerra no prendia el fuego, porque las tiraban arrojadizas a manera de quien tira piedras, no habiéndolo de hacer así. El maestro de campo, como habia reconoscido por donde se les podia entrar, acometióles por aquella parte y muchos soldados con él: los indios pelearon defendiendo la entrada. El jeneral Martin Ruiz estaba a caballo, puesto a la frente del fuerte con treinta hombres haciendo rostro a los enemigos, y encomendó al capitan Andicano con quince soldados a caballo tuviese cuenta con una punta que hacia el fuerte para resistir a los enemigos, si por allí quisiese salir alguna manga. El maestro de campo se acostó al remate del fuerte, que era uno de los dos cuernos que acababan en la quebrada; por allí pelearon tambien y con tanto ánimo lanza a lanza y [a] arcabuzazos, los enemigos gran cantidad de flechas. Estuvo en peso un rato la batalla haciendo cada una de las partes todo lo que podia; hasta que viendo los indios la determinacion grande de los cristianos y que peleaban como hombres desesperados, volvieron las espaldas para huir; y como no lo podian hacer a causa de estar tan apretados, los mataban con las espadas: dándoles por las espaldas los hacian apretar a los que junto con ellos estaban, de manera que el vaiven los hacia desamparar el sitio que tenian. En este medio un soldado acertó a echar entre ellos una alcancía, ésta prendió de suerte que quemó algunos indios de los que cerca estaban; viendo su muerte y pérdida presente, se echaron huyendo por la quebrada que a las espaldas tenian, sin que pudiesen los cristianos seguilles el alcance. Murieron pocos indios por respeto de ser mala la tierra para caballos y no podellos seguir. De los cristianos muchos hubo heridos y ninguno muerto. Desde allí anduvo el jeneral Martin Ruiz por la provincia llamando a los naturales le viniesen a servir, los cuales, viendo que no tenian seguridad en parte alguna, porque dondequiera que iban los seguia e perseguia, comenzaron a venir de paz dando algunas desculpas, y como les eran admitidas, venian de cada dia mas, hasta que les quitó el temor: tratándoles bien por una parte y castigando los malos por otra, se asentaron y servian todos los comarcanos.

CAPITULO LX.

De cómo los oidores dieron provision de jeneral a D. Miguel de Velasco y le encargaron la guerra, y de lo que hizo.

Ya dije atras cómo algunos soldados que estaban desgustosos del maestro de campo Lorenzo Bernal se quejaron a los oidores de su órden y manera de mandar en la ciudad de la Serena y por el camino, y las quejas que dél dieron: decian que los trataba mal de palabra y que era áspero de condicion e insufrible; y como llegaron a la Con-

cepcion los soldados que en el campo estaban, entre algunos bulliciosos y amigos de cosas nuevas trataban de escrebir una carta a los oidores quejándose dél, pidiéndoles que le quitasen del cargo que tenia, o les diesen licencia para irse a donde quisiesen: esta carta firmaron muchos persuadidos unos por otros. Visto por aquellos señores, que aunque venian de España y no tenian plática ninguna de cosas de Indias, mayormente de guerra, como hombres discretos lo enviaron a llamar que se viniese a la Concepcion. Llegado que fué, desde a pocos dias le proveyeron por correjidor en aquella ciudad, queriendo tenerlo cerca de sí para casos repentinos y cosas de guerra; y porque algunos hombres principales que junto a ellos estaban, les informaron que el capitan Don Miguel de Velasco era hombre que se le podia encomendar cualquiera cosa por importante que fuese, lo proveyeron por capitan jeneral para todos los casos de guerra, y escribieron al jeneral Martin Ruiz el proveimiento que habian hecho. Teniendo todo buen cumplimiento con él, Martin Ruiz le entregó la jente y se vino a la Concepcion. Don Miguel llegó a la ciudad de Cañete: usando del cargo y mando, anduvo por la provincia hablando a los principales que sirviesen a los cristianos, y estuviesen en sus casas.

En este tiempo saliendo de la ciudad de la Concepcion un sacerdote clérigo de misa que iba a la Nueva Galicia, donde era cura, y habia venido [a] aquella corte a negocios que tenia, camino de la ciudad Imperial ocho leguas de ella, en una quebrada fué muerto de unos salteadores que lo estaban aguardando, esperando si pasarian cristianos donde pudiesen hacer asalto; y llegando allí cuatro que iban juntos, al clérigo y [a] un amigo suyo que iban delante, los mataron a vista de los otros dos, que como los vieron alancear volvieron ácia la ciudad de Engol huyendo por no podelles dar socorro, que el uno dellos era fraile y el otro estaba enfermo. Llegados a Engol, dieron aviso de lo subcedido, luego salió el capitan que allí estaba a castigar los culpados y tomó algunos dellos. Despues que mandó enterrar los muertos, envió los malhechores a la audiencia para que aquellos señores los castigasen; porque en este tiempo estaban en jeneral tan temerosos todos que ningun capitan queria matar indio alguno, sino con amonestaciones y palabras atraellos a quietud, cosa que por ello se les daba poco, porque vian que los oidores trataban los indios, como no los conocian, amorosamente, y decian que el mal tratamiento les hacia querer ántes morir en la guerra que servir a los cristianos; lo cual no procedia sino de ser ellos belicosos, como despues lo vieron por experiencia. Estos indios que fueron en la muerte del clérigo no los castigaron, ántes los enviaron al jeneral para que los castigase; resultó dello, llegados los indios, que Don Miguel, como vido que no los habian querido castigar, los mandó soltar, los cuales iban diciendo por donde pasaban que el jeneral D. Miguel de miedo no los habia osado matar, y que los oidores eran como clérigos, por respeto de vellos andar sin espadas y con ropas largas; esto dañó mas la provincia de lo que estaba con esta nueva.

Despues que llegó a la Concepcion, mandaron aquellos señores que todos los que habian venido apercibidos para la guerra saliesen luego de la ciudad y fuesen a Arauco donde estaba el jeneral, y a los procuradores de las ciudades mandaron ansímesmo que fuesen con los demas: de que algunos dellos se tenian por agraviados, porque como venian los oidores de Castilla y tenian poca plática de las cosas de Chile, despues que una cosa mandaban se resumian en que no habia de haber replicato sino complirse; porque un hidalgo llamado Santestevan, que vino por procurador de la ciudad de Osorno, siendo apercebido con los demas dió algunas razones en su descargo para no ir, y no siéndole admitidas, dijo al licenciado Egas Venegas: "Entendíamos que vuestras mercedes venian a este reino a desagraviarnos y dolerse de nuestros trabajos:" el cual lo mandó llevar al cepo, y ansí por no verse preso fué la jornada. Y otro soldado antiguo y viejo le fué mandado por el licenciado Juan de Torres de Vera que fuese aquella jornada: el cual dijo que no tenia caballo en que ir, y le mandó que fuese a pié o en un barco por la mar. Llamábase Diego de Carmona, y con pena de muerte le mandó notificar saliese luego del pueblo, y fuese en cumplimiento de lo que le mandaba, y ansí fué como pudo. Ya desde entónces comenzaban a sentir cuánto mejor les iba con los gobernadores que con audiencia, maldiciendo a los que la habian enviado a pedir. Llegados a Arauco, el jeneral D. Miguel los consoló a todos como los conoscia tan atras, y dió aviso a los oidores, diciendo que muchos soldados que allí estaban pasaban necesidad, y que con la ordinaria guerra estaban rotos y mui pobres, que era justo se les enviase alguna ropa con que cubrir las carnes; mandaron luego que en dos barcos les llevasen paño, camisas y otras cosas con que se aderezasen y se la repartiese como le paresciese.

CAPITULO LXI.

De las cosas que acaescieron despues que el jeneral D. Miguel recibió la jente que le enviaron los oidores, y de lo que hizo aquel verano.

Llegada la ropa que Don Miguel envió a pedir, la repartió entre algunos soldados que estaban rotos: diciendo a los demas siempre se tendria cuenta con sus necesidades para remediallas, se partió de Arauco y anduvo toda la provincia asentando como mejor podia los naturales, jente tan malvada y que de ordinario piensan traiciones y se ocupan en ellas. Vuelto al valle de Arauco, porque llegaron a la ciudad de la Concepcion algunos vecinos de Santiago y con ellos número de treinta hombres con mucho ganado, los oidores mandaron que con la jente que en aquella ciudad estaba, aunque tenian negocios, se partiesen y juntasen con el jeneral que estaba en Arauco, por respeto del ganado que llevaban. Creyendo los indios saldrian al camino a quitárselo, como otras veces habian hecho, fueron por todos sesenta hombres y llegaron a la cuesta grande: dejando allí a los que iban para andar en la guerra,

se volvieron a la Concepcion. El jeneral Don Miguel vino al rio de Biobio para tratar desde allí con los oidores algunas cosas que convenian. Despues de haberse comunicado por mensajeros, se volvió al valle de Arauco, que es la fuerza de toda la jente que tiene la provincia, mandando a los indios que trabajasen en la reedificacion de la casa que habia comenzado el gobernador Rodrigo de Quiroga; y para quitalle de este cuidado proveyeron los oidores a un hijodalgo de Madrid, llamado Gaspar Verdugo, por capitan, y le dieron provision que dentro en la casa fuerte con él y con los soldados que consigo tuviese no se pudiese entrometer ninguno otro capitan; en el cual tiempo Don Miguel quiso pasar la cordillera de la otra parte a las vertientes de la ciudad de Angol. Está esta cordillera entre Arauco y la tierra de Angol y es de mucha montaña, y para hacer esta jornada consideró seria bien acertado castigar aquellos indios destruyéndolos, o compelelles a dar la paz; y para mejor efeto mandó que todos los soldados dejasen su ropa en aquel fuerte y ninguno llevase bagaje de ninguna suerte, y ansí la dejaron con personas de su servicio, cada uno que tuviesen cuenta con ella y la guardasen. Hecho esto, se partió con ciento y cuarenta soldados, los sesenta arcabuceros, y anduvo de la otra parte de la cordillera mas tiempo de dos meses, sin que dello resultase mas de gastalles las simenteras y comidas que tenian, porque donde paraban, como llevaba muchos caballos y servicio, destruíanlo todo como si jamas nunca se hubiera sembrado. Andando con esta órden haciendo la guerra mas dias de los que creyeron, paresciósles, pues tan presto no habian de volver donde habian dejado su ropa, era bien importunar al jeneral enviase algunos soldados que la trajesen. Siendo persuadido de muchos, envió un soldado llamado Hernando de Alvarado, deudo suyo, con doce hombres. Los indios, cuando le vieron salir del campo y supieron por las espías que dentro dél tenian, que iba por la ropa y habia de volver por aquel mismo camino, llamaron por mensajeros a los ausentes, diciendo tenian en la mano una suerte provechosa. A esta voz, se juntaron grande número dellos en lo alto de la montaña, esperando quitalles la ropa y las vidas con ella. Hernando de Alvarado, como llegó Arauco, quiso luego partirse con los caballos cargados. El capitan que estaba en el fuerte tenia algunos indios que le eran amigos, y para el efeto pagados que le servian de espías: estos le dijeron que mucha jente de guerra esperaban a los cristianos en la montaña. Luego que lo supo, informó [a] Alvarado, el cual como hombre impetuoso y que no queria mas de su voluntad, no quiso dejar de hacer su camino, diciendo el jeneral estaba cerca, y que para pasar lo alto de la montaña queria apercebir veinte hombres de los que estaban en aquella fuerza. El capitan Verdugo le dijo no se los daria, que era perdellos y poner en condicion lo demas. Alvarado quiso mandar a los soldados se aprestasen; ellos le dijeron no lo conoscian por su capitan sino a Gaspar Verdugo. Desto vinieron a enojarse y tratarse mal de palabras y casi querello poner a las manos. El capitan Verdugo hizo de todo una

informacion y la envió a los oidores, los cuales por su carta le dieron [a] Alvarado cierta correccion, el cual con tan poca jente no se atrevió volver donde el jeneral estaba, que como vido tardaba, informándose de los indios el cómo y dónde estaban, supo esperaban en el camino la ropa que les habia de venir, y como allí no se hacia efeto alguno para traer aquellos naturales a la paz, que tan precitos estaban en su opinion, partió con todo el campo. Los indios, cuando vieron su determinacion, no quisieron pelear con él, viendo que traia mucha jente, y ansí llegó sin estorbo alguno al valle de Arauco. Haciendo allí estada algunos dias por órden de los oidores, dió licencia a los que tenian negocios en la audiencia, y desde a poco licenció a todos los vecinos que vinieron con el capitan Alonso Ortiz de Zúñiga apercebidos para la guerra, quedando los soldados que habian rescebido paga del Rei. Entre estos habia muchos hombres nobles que en público delante de otros se quejaban de los oidores diciendo: que el Rei los habia enviado al reino de Chile a tenello en justicia, y que esta en los casos que se ofrecian en letijios, era cierto que lo hacian bien y daban la justicia a los que la tenian; mas que en dar los aprovechamientos que habia en el reino, no guardaban buena órden, porque los daban a sus parientes y a otros que eran de sus tierras, sin debérselo aquel reino, estando tan adelante muchos hidalgos que desde el tiempo de Valdivia habian trabajado mucho y ayudádolo a ganar, y muchas veces aventurado sus vidas sirviendo al Rei, y al presente lo andaban, y que la instruicion que su majestad les habia dado, mandaba en el proveer de los tales cargos tuviesen cuenta con los hombres beneméritos y antiguos y que ellos no lo hacian ansí. Desto todo daban la culpa al licenciado Egas Venegas, que como oidor mas antiguo, usando oficio de presidente, dispensaba ansí como dicho tengo. Desto resultó una plática que se extendió por el reino, afeándolo, diciendo era justo apartarse de la guerra; pues los que andaban en ella no sacaban mas de trabajos, hambres y muertes, y los provechos daban a quien les parescia, no habiendo nunca andado en ella. Demas desto venian algunos soldados de el campo con licencia de los oidores, y como no tenian qué dar de comer a su servicio, pedíanles algun trigo de lo del Rei que tenian a su cargo los oficiales. Y como llegaban a negociar con el licenciado Egas, despues de haberlos oido, los enviaba al licenciado Juan de Torres de Vera, que con buen comedimiento los volvia a enviar al licenciado Egas, y en las licencias para algunos soldados que andaban en la guerra ero lo mesmo; y como no estaban vezados a negociar por aquella órden con los gobernadores, y que era un hombre solo y andaba de ordinario con ellos, sentian la falta que les hacia y proponian muchos de no andar en el campo sino apartarse de guerra tan infinita. Y vino despues a ser ansí, que aunque les daban socorro, que es paga del Rei a docientos pesos y mas, no querian rescebillos, y algunos de menor condicion se metian en las iglesias y otros se escondian por los montes porque no les compeliesen; que aunque los oidores eran afables y partian lo que tenian amigablemente

con quien lo queria, siempre los tuvieron por odiosos y de secreto no estaban con ellos bien.

En esta coyuntura vino el doctor Bravo de Saravia por gobernador del reino y presidente de la audiencia y voz de capitan jeneral. Llegado a la ciudad de la Serena, que es el primer puerto de Chile, luego se tuvo nueva en la ciudad de Santiago, y desde allí hicieron mensajero a la Concepcion, de que rescibieron los oidores y todo el reino gran contento y alegría con nueva tan buena en jeneral porque los quitaba de trabajo, teniendo a su cargo las cosas de justicia y gobierno, porque no sabian como juntar campo el verano siguiente sino con gran pesadumbre diciendo: que un gobernador extiéndese por via de gobierno a lo que quiere, lo que ellos no podian hacer con tanta libertad: y ansí hicieron alegrías en la Concepcion, y los soldados que en la guerra andaban, se alegraron mucho, y los demas que estaban por las ciudades del reino, se comenzaron [a] aderezar cada uno conforme a su posible para irle a servir, a causa que el doctor Saravia traia gran fama de hombre prudente, buen cristiano y de mucha discrecion. Los oidores para mejor ayudalle en las cosas de guerra, proveyeron al capitan Gaspar Verdugo que estaba en el fuerte de Arauco, y le mandaron fuese a las ciudades donde el capitan Alonso Ortiz de Zúñiga habia hecho jente el verano de atras, y que a todos los que dejó apercebidos para la guerra aquel verano los trajese consigo. Para ello le dieron provision conforme a la órden que se tenia, mandando a los correjidores le ayudasen en todo lo que mandase, para que hubiese buen efeto su pretension.

CAPITULO LXII.

De cómo llegó el doctor Saravia al reino de Chile y del rescebimiento que se le hizo en la ciudad de Santiago.

Rescebida por el doctor Saravia la provision que esperaba de gobernador de Chile, puso luego en órden su casa para venir a su gobierno: embarcándose con buen tiempo en el puerto de los Reyes, llegó a la ciudad de Coquimbo, que por otro nombre se llama la Serena. Fué rescebido por el cabildo de aquella ciudad y por el comendador Pedro de Mesa, natural de Córdoba, que era correjidor puesto por el audiencia, con mucha alegría, aderezando las calles por donde habia de pasar conforme a su posible, porque Coquimbo tiene nueve vecinos y no mas, a causa de tener pocos indios: que Valdivia cuando pobló aquella ciudad mas fué por el puerto que tenia para navios y por la escala que allí hacian los que viniesen por tierra, que por otro respeto alguno, y por tener aquel paso seguro, teniendo atencion a lo de adelante; que a lo que agora vemos, no se engañó, porque muchos se han avecindado en ella, y de cada dia se va ampliando y es al presente buen pueblo. Despues de ser allí bien rescebido en contentamiento del pueblo, trató

como venir por tierra con su casa, mujer e hijos, que consigo traia. El correjidor le proveyó de todo lo necesario, ansí caballos como refresco, por el camino que tocaba a su juridiccion; y ansí despues de haber descansado del trabajo de la mar, desde a pocos dias se partió y dejó a su mujer en aquella ciudad para que desde a doce o quince dias viniese a Santiago; y para el efeto de venilla sirviendo quedó el capitan Juan Jufré, el cual les ofreció su casa donde posasen. El gobernador lo acetó, y Juan Jufré despachó la aderezasen con todos los aposentos altos, que habia muchos. Ansímismo la justicia e rejimiento de Santiago, como tuvieron nueva de su venida, enviaron algunos hombres que proveyesen los pueblos por donde habia de pasar, de que tuviesen bastimento en abundancia para todos los que viniesen. Hízose ansí, porque la comarca de Santiago es fértil, abundosa de toda recreacion; y dentro en la ciudad el capitan Juan Barahona, natural de Burgos, correjidor proveido por el audiencia, mandó hacer muchos arcos triunfales, aderezando las calles por donde habia de pasar con tapicería y otras cosas que les daban mucho lustre; y a la entrada de la calle principal mandó hacer unas puertas grandes a manera de puertas de ciudad y en lo alto de ellas un chapitel que las hermoseaba mucho, puestas muchas medallas en un lienzo con las figuras de todos los demas gobernadores que habian gobernado a Chile, con muchas letras y epítetos que hacian al propósito; y de fuera de las puertas una mesa baja cubierta de terciopelo carmesí, y encima de una almohada de terciopelo puesto un libro misal para tomalle juramento. Llegando a vista de la ciudad, le salió a rescebir toda la jente de a caballo, que era mucha, los mas en órden de guerra con lanzas y dargas, y muchos indios de los que estaban en el cercuito de Santiago armados a su usanza con muchas maneras de invenciones, lo rescibieron acompañándolo hasta las puertas de la ciudad, donde estaba el capitan con todo el cabildo esperando. Llegado cerca, le ofrecieron en nombre de la república un hermoso caballo overo, aderezado a la brida, con una guarnicion de terciopelo dorada, el cual rescibió y se puso en él, y llegando a las puertas salió la justicia con todo el cabildo bien aderezados de negro, y le dieron el bien venido. Luego le pidió el correjidor en nombre de la ciudad: "V. S. jure poniendo la mano encima de estos evanjelios, teniendo el libro abierto, que guardará a esta ciudad todas las libertades, franquezas, exenciones que hasta aquí ha tenido, y por los demas gobernadores antecesores de V. S. le han sido dadas y guardadas:" dijo a estas palabras, que lo juraba ansí. Abrieron luego las puertas de la ciudad y descojeron un palio de damasco azul con muchas franjas de oro que lo hermoseaban, teniéndolo descojido delante de la puerta para metelle dentro dél; pidiéndoselo por merced los alcaldes y rejidores, no lo quiso acetar sino que iria fuera del palio, mostrando mucha humildad. Llegó el correjidor Juan Barahona a tomalle el caballo por la rienda queriéndole servir en caso tan honroso, como es costumbre; no lo quiso consentir dando a entender la llaneza que traia, hasta que

siendo importunado lo permitió, mas no quiso entrar debajo del palio, sino ir detras dél como dos pasos: desta manera lo llevaron a la iglesia mayor y desde allí a su posada. Desde a pocos dias entró frai Antonio de San Miguel, obispo de la Imperial y primero consagrado en el reino de Chile: ordenaron vecinos y soldados muchos regocijos de toros, juegos de cañas, regocijándole en todo lo que podian. Desde a quince dias llegó su mujer Doña Gerónima de Sotomayor: fué rescebida con mucho regocijo y alegría de todo el pueblo, de lo cual fué y era merecedora por las muchas partes que tenia de virtud.

CAPITULO LXIII.

De cómo el gobernador Saravia salió de Santiago para ir a la Concepcion, y de cómo nombró por su jeneral a Don Miguel de Velasco, y de las cosas que acaescieron.

Rescebido el gobernador Saravia en la ciudad de Santiago, se entendió el deseo que traia de acabar la guerra que tantos años duraba y tan dañosa era para todo el reino, y como hombre que tenia expirencia de haber visto y leido que muchas veces de soldados sencillos salen avisos discretos e importantes para buen efeto de guerra, trataba y comunicaba de ordinario la órden que tendria para acaballa con brevedad, que esta brevedad en adelante le dañó mucho: su conversacion lo mas del tiempo ocupaba en esto, y porque juzgó que la hacienda del Rei estaba empeñada por el ordinario gasto, pidió a los vecinos de Santiago ayudasen al Rei con alguna parte de los tributos que los indios les daban, pues iba por todos el asentar el reino. Comunicado entre ellos, se resumieron darle la octava parte del oro que durante el tiempo de ocho meses que los indios andan en las minas les sacasen, condicionalmente que no llevase a la guerra ningun vecino, ni hijo suyo ni criado que tuviesen en sus haciendas, aunque despues que le hubieron hecho obligaciones por ello, no lo cumplió, porque llevó nueve vecinos, de que se quejaban en jeneral; mas como de necesidad habian de pasar por ello, llevábanlo con buen ánimo. Demas desto, hizo acuerdo con los oficiales del Rei para gastar lo que fuese nescesario de la hacienda real y dar socorro [a] algunos soldados que estaban pobres y no tenian posible para poder ir en su compañía. A estos mandó dar de ropa en las tiendas que los mercaderes tenian puestas, a docientos pesos, mas y ménos conforme a la necesidad que cada uno tenia, para que se pudiesen aviar y aderezar. Despues que hubo cumplido con todos y dádoles armas, caballos y ropas, que montó el gasto poco mas de ocho mil pesos, salió de la ciudad de Santiago a la primavera con ciento y diez soldados bien en órden, y dejó su mujer e hijos en casa del jeneral Juan Jufré mui servidos y regalados, como si estuviera en la suya propia.

El gobernador Saravia entró tan bien puesto en Santiago, que con grande amor le daban los vecinos sus hijos primojénitos que fuesen con él aquella jornada, y por el camino le fueron sirviendo y acari-

ciando, proveyendo a toda la jente que consigo llevaba hasta el rio de Maule, que parte términos con la Concepcion. Allí, por órden del jeneral Juan Jufré, le proveyó su hijo de muchos caballos cargados de bizcocho y otras maneras de matalotaje para el camino y gastar en la guerra, y ansímismo de carneros y puercos para su servicio y gasto ordinario; que fué principal presente en grado de amistad. Pasado el rio, caminó una jornada con el campo, y otro dia llegando al camino que atraviesa de la Concepcion y va a Engol, porque tenia pensado ir [a] aquella ciudad a verse con los oidores, encomendó el campo al capitan Diego Barahona, natural de Burgos, y habló a todos que le respetasen por su capitan: tomó el camino de la Concepcion, y el campo fué camino de Angol.

En la Concepcion, como supieron su venida, le salieron a rescebir el jeneral Don Miguel de Velasco y muchos capitanes otros, a los indios y repartimiento del capitan Diego de Aranda, vecino de aquella ciudad, el cual le hizo allí un espléndido banquete. Siguiendo su camino, acompañado de tan principal jente, tratando en cosas de guerra llegó a la Concepcion. Fué recebido por los oidores y pueblo con mucha alegría, aunque por estar de guerra y los vecinos mui pobres a quien era dado el rescebimiento, no hubo cosa alguna notable. Hospedólo en su casa el licenciado Egas, oidor de aquella audiencia, con muchos regalos y buena conversacion y mui principal mesa, porque era cumplido y jeneroso en lo que hacia. Estando en tan buena conversacion, porque no se le pasase el tiempo conforme al deseo que traia, trató con los capitanes que en aquella ciudad estaban y le habian venido a ver y rescebir, la órden que tendria en hacer la guerra: tomando parescer con todos, y oyendo lo que cada uno decia, se resumió en que el jeneral Martin Ruiz de Gamboa, como hombre tan reputado y que tan bien lo entendia, llevase a su cargo la provincia de Tucapel y Arauco, y con sesenta soldados anduviese por toda ella asentando y castigando a los que hubiese culpables: le dió comision bastante para todo lo que quisiese hacer, y trató con el jeneral Don Miguel que se encargase del campo y de todo lo tocante a la guerra, como lo habia hecho hasta allí gobernando los oidores: no lo quiso acetar excusándose con algunas razones. El gobernador Saravia quiso entónces llevar consigo al maestro de campo Lorenzo Bernal, que lo mandase todo como hombre que tenia plática de guerra y sabia la tierra y conoscia las mañas y cautelas de los indios, finalmente experiencia civil y militar de lo que convenia. Entendido esto por algunos hidalgos mancebos que junto al gobernador andaban y estaban mal con el maestro de campo del tiempo que con él anduvieron en el campo del gobernador Rodrigo de Quiroga y eran amigos de Don Miguel, fueron allí, le importunaron que aceptase el cargo, pues era tan honroso, y por no ser del maestro de campo mandados; de esta manera persuadido, lo aceptó, y conforme a lo que el gobernador tenia de plática mandó al maestro de campo, que en aquel tiempo era correjidor en la Concepcion, que con sesenta soldados se pusiese entre los dos rios

Biobio y Niviqueten, y que el gobernador con lo principal del campo se pondria de la otra banda del rio, tomándolo en medio, desharian aquellas ladroneras que los indios tenian, quitándoles el no poder pasar a ninguna parte, de nescesidad, viéndose tan apretados, habian de servir o quedar destruidos. Esto trató en acuerdo de guerra, y lo puso por obra por la órden dicha, que fué buena si adelante no se desbaratara, porque en aquella sazon tenia encomendada la fuerza de Arauco al capitan Gaspar de la Barrera, natural de Sevilla, con treinta hombres de guerra, y la ciudad de Cañete estaba poblada y la tenia a su cargo el jeneral Martin Ruiz de Gamboa, con sesenta hombres, los treinta dellos para traellos consigo y acudir adonde le paresciese. Algunos hombres que tenian plática de guerra le dijeron al gobernador Saravia que no debia ir allá, sino estarse en aquella ciudad, y desde allí proveer lo que fuese necesario, pues tenia capitanes tan pláticos que tantos años la habian seguido. No quiso venir en ello diciendo, que si se quedaba en aquella ciudad se quedarian muchos soldados antiguos y capitanes que no querrian ser mandados por otros, y que por este respeto de meter mas jente en èl campo le convenia andar en él, no para mas de representar su persona a todos, y que Don Miguel hiciese lo que él entendiese que conviniese, pues todo se lo habia encargado. Con esta órden salió de la Concepcion, y llegando a los Llanos, que es ocho leguas de camino, le salió a ver un indio hermano de Loble, al cual trató bien y lo envió por mensajero a llamar a su hermano, dándole un anillo que pidió a un soldado que iba con él, para que entendiese por aquel anillo que no rescebiria mal alguno y podria venir seguro. Loble no se fió, porque habia pocos dias que habia muerto por órden suya un soldado llamado Gavilan que llevaba unas ovejas, y por este respeto estaba temeroso. De allí caminó al rio de Biobio y lo pasó en unas balsas de madera, y porque tuvo nueva que la ciudad de Engol estaba desproveida de bastimentos, no quiso entrar en ella y se fué al estero de Rancheuque, donde tenia su campo asentado. El capitan Diego de Barahona le estaba esperando: fué de todos rescebido con mucho amor por las muestras que daba de humano y afable. El capitan Gaspar Verdugo se juntó en este asiento con el gobernador y sesenta soldados que trajo en su compañía de la ciudad de la Valdivia comarcana: puestos debajo del mando de Don Miguel, eran doscientos y veinte, todos soldados viejos y de mucha plática de guerra. Luego dió cargo del estandarte real a un caballero de Cáceres llamado don Alonso de Torres, y proveyó a Don Gonzalo Mejia por sarjento mayor, natural de Sevilla, y quiso ansímismo hacer compañías y repartir en ellas la jente, que era la mejor órden de guerra a lo que decian hombres prudentes que en su campo andaban. Fuéle al camino el jeneral y alferez jeneral y sarjento mayor, diciendo que no habia necesidad para tan poca jente tantos capitanes, no entendiendo que para casos repentinos y aun pensados era mui acertado proveimiento; mas cuando las cosas van guiadas por pasion en todo se yerra.

CAPITULO LXIV.

De cómo el gobernador Saravia hizo consulta de guerra con los capitanes que llevaba, y la plática que propuso por donde se acertaria mejor a hacer, y de lo que se proveyó.

Puesto el gobernador en el estero de Ranchcuque en el mes de diciembre del año de sesenta y ocho, mandó juntar en su tienda todos los capitanes que en su campo llevaba y algunos soldados, que aunque no eran capitanes ni lo habian sido, tenian mucha plática de guerra por haberla usado mucho tiempo. El gobernador les dijo, que lo que les paresciese que convenia hacerse por el bien público le advirtiesen dello, como hombres que tenian plática de toda la tierra: que él habia venido del Pirú con voluntad de quitar una guerra tan enojosa y dañosa a todo el reino de tantos años atras, y que la mesma voluntad tenia al presente: que claramente le dijesen lo que cada uno entendia; que aunque dejó tratado con el jeneral Martin Ruiz de Gamboa y con el maestro de campo Lorenzo Bernal otras cosas, si convenia mudar de parescer lo haria; porque en las cosas de la guerra no se ha de mirar a sustentar una cosa sino a lo que mas conviene. Despues de haber tratado en ello hubo varios paresceres, que unos decian por Puren era lo mejor a causa de estar aquella comarca cerca de la ciudad Imperial y por ser tierra de mas tempranas simenteras que otra alguna y mas fértil, y estar aquellos indios culpables mucho tiempo habia, y que estando el campo puesto en aquel valle aseguraba la ciudad Imperial y el camino real desde Angol a ella, y que aquellos indios habian enviado a decir que querian dar la paz, perdonándoles la muerte de Don Pedro, y como era cabeza Puren de lo demas a ello comarcano, seria parte, haciendo aquellos indios amigos, que los otros viniesen con facilidad al servicio, y que comenzándose a enhilar se acababa breve la guerra; porque cuando los ánimos estan dudosos, pequeña ocasion basta para moverlos a la parte que quieren. Otros decian era mejor comenzar la guerra por donde estaban, conforme a la órden que el gobernador dejaba dada en la Concepcion y que no era bien inovar cosa alguna. Despues de haberlo tratado, viendo no se conformaban, se resumió en lo que tenia acordado y proveyó fuese su jeneral con cincuenta soldados a caballo a ver y reconoscer la comarca en donde estaba, si habia bastimento para sustentar el campo, de trigo, cebada, y otras legumbres. Pues yendo a ver y reconoscer la disposicion de la tierra, vino otro dia y trajo lengua, habia mucha comida en la campaña, de la cual bastantemente seria el campo proveido. Comenzó a enviar mensajeros por la provincia llamando de paz a los naturales, los cuales no daban oido a cosa alguna que sonase a paz, ántes se convocaron por sus humos y tratos ordinarios de guerra, que por ellos se entienden para pelear juntos. Muchos caciques y hombres principales tratan entre ellos, juntos como estaban, qué órden tendrian para pelear con los cristianos; porque illos a buscar eran mu-

chos y se ponian en sitios a su ventaja, por donde si iban en su demanda se perderian. Resumiéronse en hacer un fuerte, dentro del cual se hallaban bien, porque aventuraban a perder poco, diciendo si los cristianos quisiesen pelear con ellos, allí pelearian como otras veces lo habian hecho; y si no, poco se perdia, pues entre tantos indios era poco el trabajo que podian tener, y que para buen efeto no paresciese indio ninguno por la tierra llana, que viendo los cristianos no paresçian, seria posible venillos a buscar. Luego se juntaron por sus mensajeros y escojeron un cerro alto a manera de una bola: en aquel comenzaron a hacer su trinchea y hacer algunas sepolturas, y porque hallaron que tenia piedras y no podian sacar la trinchea como querian, hincaban maderos y entre ellos ponian piedras grandes y otros maderos atravesados. Hecha su albarrada, estuvieron esperando lo que Saravia haria: el cual mandó que con los indios amigos que en su campo traia, saliesen soldados por su órden y les cortasen las simenteras, arrancándoles el maiz, papas, frisoles, derribándoles los trigos y cebadas, que tenian muchas y mui buenas, dejando la tierra por donde andaban que parescia no haberse sembrado jamas. Era esta la mas brava guerra que se les podia hacer, y como las simenteras eran muchas, para que a ménos trabajo se pudiesen destruir, mandó al capitan Alonso Ortiz de Zúñiga fuese a echar cuatro soldados de la otra parte de la cordillera que cae en Arauco, con una carta suya al capitan Gaspar de la Barrera, que tenia a su cargo aquella plaza, que luego apercibiese trecientos indios con sus armas, que para tal dia enviaria por ellos, y que él saliese con la jente que le paresciese del fuerte hasta la primera dormida, que allí se toparia con el jeneral, que iria a recibillos, para que con mas facilidad se destruyesen aquellos indios de guerra, jente tan malvada: Gaspar de la Barrera los apercibió y tuvo juntos para aquel dia. En el entretanto el gobernador Saravia tomó para su consejo de guerra cuatro soldados los que su jeneral le nombró, amigos suyos, diciendo que con ellos podia tratar en jeneral todas las cosas que se ofreciesen tocantes a la guerra a causa que tenian plática y expiriencia militar; aunque despues sabido en el campo, se murmuraba, diciendo no se tenia atencion al bien jeneral, mas de solo amistad privada, y mandaba de allí adelante se procediese en el cortar las simenteras, mudando de cada dia el campo por hacelles mayor daño, compeliéndoles a venir de paz: y para ponelles mas temor, fué informado cerca de allí estaban en un monte juntos muchos muchachos y mujeres con algunos indios que los guardaban, envió al capitan Alonso Ortiz con ochenta soldados una noche. Llegó a la que amanescia donde estaban, y con los indios amigos que llevaba, como jente suelta, tomó mucha chusma con algunos indios de su guarda y grande cantidad de ganado de toda suerte. Vuelto al campo, el gobernador lo salió a rescibir e hizo mucha honra de palabra, y lo trajo consigo. Otro dia luego quiso ir a ver el fuerte que los indios habian hecho, cuando quisieron pelear con el gobernador Rodrigo de Quiroga, que no le fué poco dañoso, porque a lo que despues se entendió los indios se animaron en

su obra viendo al gobernador que lo mandaba todo ir a ver aquel fuerte, y que ansí habia venido para entender de qué manera estaba, paresciéndoles era camino para llevallo al que ellos hacian, que aun no le habian acabado. En esto se llegaba el tiempo, que con el capitan Gaspar de la Barrera estaba concertado, para traer los amigos de Arauco por órden del gobernador. Salió el jeneral Don Miguel con cien caballos, buenos soldados: llegado al lugar donde se habian de ver todos a un tiempo, durmieron aquella noche juntos. Otro dia por la mañana se partieron Don Miguel para el campo con trecientos amigos, y Gaspar de la Barrera a la plaza de Arauco. Martin Ruiz de Gamboa, a quien el gobernador Saravia habia encomendado la provincia de Arauco y Tucapel, vino allí a verse con él y pedille jente para volver a la provincia y poder castigar a los principales que intentaban novedades, y no se hallaba con jente para podello hacer: resultó que de los indios que trajo y plática que él tenia, se supo en el campo el fuerte que los indios hacian. El gobernador informado de Levolican, por otro nombre Don Pedro, indio belicoso, le dijo que era verdad los indios de guerra hacian un fuerte y en la parte que lo hacian, y el gran deseo que tenian de pelear con él. Luego se extendió por el campo la nueva por cierta, y Saravia se inclinó a pelear con ellos en la parte que estuviesen.

CAPITULO LXV.

De cómo el gobernador Saravia envió al jeneral Don Miguel a deshacer una junta de indios, y cómo despues de venido le mandó ir a deshacer el fuerte de Catiray, y dónde lo desbarataron, y lo demas que acaeció.

Teniendo nueva el gobernador Saravia, que cerca de su campo habia una junta de indios, no sabiendo para qué efeto, quiso tomar lengua dello, y si se pudiese hacer, dar en ellos una mañana y ántes que tuviesen aviso desbaratallos, castigando los que se pudiesen haber. Tratado con Don Miguel, se apercibieron cien soldados para a la segunda vela que estuviesen con sus armas en órden. Aquella hora partió Don Miguel: caminando todo lo que de la noche quedaba, llegó al amanecer donde los indios estaban en un monte arrimados en una quebrada, que siempre toman por reparo para sus necesidades, que es para caballos gran defensa. Don Miguel se detuvo en hacer cuadrillas de la jente que llevaba para pelear si se ofreciese, y con órden de guerra caminando, cuando llegó no los halló allí, o fué que tuvieron aviso de las espías que tenian secretas en el campo, o que cuando se detuvo en hacer las cuadrillas los indios le vieron, o fueron de sus centinelas descubiertos, halló huella de mucha jente y de haber estado allí algunos dias. Oyéronse cornetas, que iban tocando ácia la parte donde el fuerte se hacia, vieron algunos con sus lanzas ir por un camino delante dellos la vuelta del fuerte; no los pudo seguir a unos ni a otros, por ser camino de montaña y mui áspera para caballos, que de ninguna manera

se podia caminar sino era a fuerza de gastadores. No habiendo hecho ningun efeto, se volvió al campo e informó al gobernador dello; rescebió desgusto en ver lo poco que se hacia para castigar los indios en las personas, que en las haciendas no se les podia hacer mayor daño del que rescebian. Díjole el gobernador, por qué no habia seguido el alcance: Don Miguel le respondió, que la disposicion de la tierra no dió lugar a mas; que él iba con ánimo de pelear, si hallara con quien. Saravia le replicó a esto y le dijo, que peleara con los árboles: apartáronse desgustosos ambos. El gobernador otro dia siguiente mandó juntar su acuerdo de guerra y algunos soldados que habian sido capitanes y tenian plática de la tierra de Chile: con ellos trató era informado los indios hacian un fuerte cerca de allí para pelear con él en aquel lugar que llaman Catiray, donde otras veces habian peleado, teniéndolo por su adoratorio y pronóstico de buena fortuna, entendiendo que allí no les podia faltar, le parescia se debia ver y reconoscer sitio donde se pudiese llevar el campo cerca de donde estaban: que puestos allí, se buscarian mañas y ardides como desbaratallos y pelear con ellos en aquel asiento donde a su parescer e idolatría tienen cierta la victoria; porque desbaratándolos allí, en una sola batalla se conquistaba lo que estaba de guerra y lo de paz se afirmaba mas en amistad, quitándoles su loca imajinacion, dándoles a entender que para cristianos no habia parte alguna donde pudiesen estar seguros, porque de presente se hallaba con docientos y veinte soldados y dos piezas de artillería, y de los soldados los noventa arcabuceros, con mas de seiscientos amigos. Que se debia procurar quitallos de allí con buena órden, lo cual con el ayuda de Dios se haria fácilmente, y que para buen efeto fuesen juntos Martin Ruiz de Gamboa y Don Miguel de Velasco con los demas capitanes que en el campo andaban. Pues iba por todos, mirasen por el bien público; y en todo caso les encargaba reconosciesen donde se podia llevar el campo que estuviese cerca de los enemigos. Todos los de su acuerdo de guerra, viéndole inclinado, se resumieron en que era bien proveido: ansí mandó el gobernador a Don Miguel apercibiese la jente que le pareciese bastante, y que si le paresciese, llevase dos piezas de artillería y algunas hachas y azadones para limpiar el camino, pasos estrechos; y para que con mas jente se hiciese, escribió al maestro de campo Lorenzo Bernal, que andaba cerca de allí haciendo la guerra con cincuenta caballos, le enviase veinte. Lorenzo Bernal los envió y escribió no mandase hacer aquella jornada, que era informado habia mucha jente y no se aventuraba a ganar, y que si todavía era de parescer se hiciese, le diese licencia para irle a servir: el gobernador no le respondió por entónces. Su jeneral Don Miguel abominaba aquella jornada y quisiera mucho no hacella, mas no se atrevia [a] declararse con Saravia, porque no le tuviese por hombre que en un negocio importante como era aquel no queria aventurar su persona; y aunque muchos caballeros mancebos que en el campo andaban y eran sus amigos le ponian calor y decian bravezas que habian de hacer, todavía andaba

triste y se conoscia dél era jornada aquella contra su voluntad, y que no se hacia por su consejo ni parescer, sino compelido por necesidad que tenia de sustentar su honra y reputacion, diciendo aquellas palabras que dijo Pompeyo en Farsalia, queriendo dar la batalla a César, compelido de algunos caballeros romanos que en su campo andaban, que por ser tan notorias no las trato aquí; y ansí envió de su parte al capitan Alonso Ortiz de Zúñiga tratase con el gobernador Saravia no mandase hacer aquella jornada, poniéndole por delante muchas cosas, el cual no solo no lo quiso hacer, mas ni aun oillo. Tambien desde a poco de la casa del gobernador salió una plática en que decian, que los que tenian los cargos, hacian la guerra perezosamente y no la querian acabar por estarse en ellos a causa de sus aprovechamientos y de sus amigos; porque sin cargos estarian en sus casas como hombres privados, y con ellos mandaban y eran respetados; y mirando los que esto decian, que no hai mayor gloria para el capitan que sigue la milicia, que en su tiempo acabar la guerra y que dél quede aquella memoria.

Pues volviendo a Don Miguel de Velasco, con ciento y cuarenta soldados salió del campo al cuarto de la luna, con intencion de reconoscer el sitio que los indios tenian y ver dónde se podia llegar cerca del fuerte para llevar la resta del campo, y con mejor órden al seguro desbaratar aquellos bárbaros. Mas cuando las cosas estan ordenadas por Dios y quiere castigar a los que mandan por sus culpas, ciégales el entendimiento, como acaesció en aquella guerra que tan dañosa fué a todo el reino; porque muchos soldados hombres prudentes que tenian tino a lo de adelante y andaban en el campo, decian en público era torpeza de capitanes querer pelear con unos indios metidos en un corral cercado de maderos puestos en un cerro, lugar a su propósito, donde si les va mal despues de haber hecho su posible, tienen a las espaldas la huida y por ella se van retirando, sin que les puedan cercar el sitio que tienen. ¿Qué mejor guerra se les podia hacer ni mas cruel, que quitalles las simenteras como se las destruian? Y era cierto que entrando el invierno todos perecerian de hambre, pues estaba poblada la ciudad de Cañete y la casa fuerte de Arauco, y al presente todo se hallaba reparado, sin perder un hombre se acabaria de conquistar y castigar lo que estaba de guerra, pues era lo ménos de la provincia. Que aquel año con el daño que se les hacia quedaban castigados, y el de adelante se acabaria de asentar todo, haciendo la guerra atentadamente y no con temeridad; pues tenian delante la pérdida de Francisco de Villagra, que por la muerte de su hijo en Mareguano despobló la ciudad de Cañete y estuvo en condicion de perder lo demas del reino por una loca osadía, y a él le costó morir de dolor. El indio Levolecan, por nombre de cristiano llamado Don Pedro, decia: "¿qué quieren buscar los cristianos en aquel fuerte que los indios tienen? pues aunque los desbaraten no pueden tomar ningunos, ni castigarlos por respeto de la mala tierra en que está tan a su propósito: que él bien sabia que allí no tenian oro ni ropas de precio, sino maderos, piedras, y que destos no se

habian de mantener: que no haciendo cuenta dellos, desampararian el fuerte y vendrian a buscar al gobernador, si con él quisiesen pelear, y que entónces podrian pelear los cristianos, si tanta gana de pelear tenian, porque la guerra que se les hacia era cierto la mejor quitándoles las simenteras: que los indios a ellos comarcanos no les habian de dar de comer de ordinario, si no lo sembraban ellos, y que se les quitaba la oportunidad para todo." Esta plática andaba por el campo que a todos parescia bien, y decian que hasta aquel indio, con ser enemigo de cristianos y contra su nacion, les decia lo que convenia; mas ninguno habia en el campo que lo osase tratar con el gobernador Saravia a causa que era tan impaciente en oir lo que no le daba gusto o le era en contrario, que no los queria oir, y ansí le dejaban para que su fortuna hadada hiciese dél lo que tenia determinado: y ansí resumido en que se fuese a hacer el efeto acordado, se pusieron en camino.

Los indios fueron avisados por sus espías, y con la órden que les dió Millalelmo, que aquella noche llegó con su jente de guerra, se estuvieron quedos esperando que llegasen los cristianos. De los indios de Arauco y de su comarca con muchos repartimientos otros que estaban de paz, se juntaron con los de guerra para satisfacer la enemiga que con cristianos tenian. Llanganabal, cacique principal en Arauco, con Millalelmo y otros capitanes, mandaron a los indios recojesen gran cantidad de piedras e hiciesen dellas montones por la frente del fuerte, y que dejasen llegar los cristianos a él para poder mejor aprovecharse dellas. El fuerte que tenian era un alto cerro, delante dél hacia un poco llano; por los demas lados al derredor tenia laderas que el fuerte las señoreaba, y una quebrada grande, y por junto al llano tenia una puerta, por ella entraban los indios y salian. Don Miguel llevaba la vanguardia y Martin Ruiz la retaguardia. Llegado con el avanguardia a los indios, mandó apear los arcabuceros y los demas soldados que le paresció ser hombres sueltos para andar desenvueltamente; por aquella ladera los repartió en cuadrillas y les señaló caudillos a quien acudiesen. Quedó él a caballo con veinte y cuatro soldados, y mandó que los indios amigos de Santiago los llevase a cargo Francisco Jufré, hijo del jeneral Juan Jufré, soldado arcabucero que entendia la lengua, y que con ellos pelease con los que del fuerte habian salido. Estos comenzaron a ir ácia los indios de guerra jugando de sus flechas con tan buena determinacion a causa de llevar las espaldas seguras: yendo los cristianos cerca dellos, los llevaron retirando hasta metellos dentro del fuerte. Los soldados que iban a pié llegaron hasta la trinchea que los indios tenian por delante, disparando sus arcabuces. Los enemigos les tiraban gran cantidad de piedras, gruesas como membrillos, y como los tomaban de arriba ácia abajo, e los indios que las tiraban eran escojidos de mucha fuerza, iban con tanta braveza que a los que acertaban, si era en pierna se la quebraban o brazo, y si en la cabeza lo desatinaban; finalmente a una rociada desbarataron los arcabuceros y derribaron muchos. Luego salieron por la puerta del fuerte muchos indios

y anduvieron peleando con los cristianos y amigos, aunque no se apartaban de su albarrada. Cermeño, soldado de buena determinacion, quiso asaltar la trinchea; poniéndolo en efeto, encima della lo mataron a lanzadas. Don Miguel envió un capitan con veinte hombres por las espaldas para que por allí acometiese a los indios: estos subieron en en lo alto sin que les sucediese mal: no hicieron efeto alguno, porque a un tiempo ellos llegaban y el trompeta tocaba a retirar. Los indios mataron dos soldados de los que derribaron a pedradas, sin que los pudiesen socorrer, y como reconoscieron que habian herido muchos, y que los caballos no les podian hacer ningun daño a causa que el sitio no era para ellos a propósito, salieron con la órden que sus capitanes en aquella hora les dieron. Todos juntos cerrados con grandísimo ímpitu, les mandaron rompiesen con los cristianos lanza a lanza, pues les tenian ventaja grande que los tomaban de arriba ácia abajo, entendiesen que con solo el encuentro que les darian, aunque no se aprovechasen de las armas, los llevarian por delante desbaratados, y que de los indios amigos que los cristianos tenian no hiciesen cuenta, que mas tino tendrian a salvar sus vidas que no a pelear. Con esta órden salieron del fuerte, y de la manera que sus capitanes lo dijeron ansí les sucedió, porque como tenian hollado aquel sitio y la tierra de Catiray es tierra fofa, levantaron tan grande polvo con el arremetida que ficieron, que sin verse los unos a los otros, los llevaron por la cuesta abajo desbaratados. Juan Alvarez de Luna, que llevaba a cargo los veinte hombres que se dijo iba a acometer por las espaldas, viniéndose retirando dijo a Francisco Benitez, soldado a caballo: "Señor Benitez, v. m. me haga espaldas hasta juntarme con los demas, que me siguen estos indios;" el cual le respondió no era este tiempo de llamar a nadie por su nombre, mas yo lo haré así aunque me pierda; y ansí lo hizo, que sin perderse le favoresció hasta que se puso en seguro. Los cristianos andaban entre los indios y no se vian ni entendian ácia donde habian de ir: los indios pasaron adelante dejando muchos atras de los que a pié venian, entrellos Martin Ruiz y Don Miguel con la jente que tenian de a caballo. Levantado el polvo, acudieron a socorrer los que venian a pié: favorescieron a muchos que andaban peleando con los indios, mas como eran muchos y los cristianos pocos y los tenian desbaratados, heríanlos a gran ventaja suya. Algunos se metieron en el monte creyendo escapar por allí; otros tomaron a las ancas y algunos las colas de los caballos; los indios les iban siguiendo alanceando a los que alcanzaban, y como el camino era de montaña y habia algunos pasos estrechos que los cerraban cañas gruesas, impidíanse los unos a los otros: allí los alcanzaban y daban de lanzadas, quitándoles las lanzas y sacándoles las espadas de la cinta para derriballos de los caballos: los fueron siguiendo hasta que salieron de aquellos pasos, donde los dejaron. Los demas indios se ocuparon en buscar a los que se habian metido en el monte y en hacer pedazos a los que atras habian quedado. Esta fué la rota que en Catiray los indios dieron al dotor Saravia, hombre amigo de su voluntad

y opinion. Murieron de los cristianos cuarenta y dos buenos soldados: hubo muchos heridos, aunque de heridas no peligrosas, y entre los muertos muchos caballeros conoscidos, como Sancho Medrano, natural de Soria; Don Alonso de Torres, de Cáceres; y Don Diego de los Rios, hijo del capitan Gonzalo de los Rios; Juan de Pineda, de Sevilla; Alonso de Aguirre, de Córdoba, y otros muchos que dejo: todos mancebos de mucha esperanza en virtud y valor, aunque al presente de todo alcanzaban mucha parte. De los amigos no murió ninguno, que como era cuesta abajo llevaban siempre la vanguardia sin que les hiciesen daño: defendíanse con sus flechas. El jeneral Don Miguel recojió su jente en un arroyo, e hasta que todos llegaron estuvo en él, y de allí se vino al campo desbaratado. A dos horas de noche comenzaron a llegar soldados que venian heridos, estos dieron nueva de su perdicion. El gobernador Saravia la recibió con buen ánimo, y consolaba algunos dellos que venian desbaratados: Don Miguel no le fué a ver a su tienda. El gobernador le envió a llamar, entónces vino y entró diciendo: "mis pecados han sido la causa de mi perdicion; pluguiera a Dios que en mí solo se acabara." Saravia le consoló y mandó que se tuviese cuenta con la vela del campo, porque algunos soldados no de buen ánimo habian cargado sus bagajes creyendo irse: los mandó alancear, aunque no tuvo efeto. Con este proveimiento cesó el miedo hasta por la mañana, que mandó retirar su campo a los llanos de Angol.

Muchos daban la culpa de esta pérdida al jeneral Don Miguel en haber peleado en parte tan en daño suyo, habiéndolo reconoscido, sino retirarse sin pérdida; pues la verdadera prudencia de un capitan es conoscer el daño que le puede venir para reparallo con tiempo, y con esta prevencion triunfa del enemigo, pues tanta expiriencia tenia de la guerra de indios, especialmente en Chile. Don Miguel decia, que por su reputacion y por satisfacer al gobernador Saravia no pudo hacer ménos, casi compelido de muchos caballeros mancebos que consigo llevaba, que estos, como hombres que no tenian plática de guerra, y estaban en amistad y deudo juntos con el gobernador, por lo que habia entendido de atras, siempre se lo pondrian por cargo.

CAPITULO LXVI.

De lo que hizo el gobernador Saravia despues de la pérdida de Catiray.

Otro dia por la mañana Saravia mandó retirar el campo a la tierra llana de Angol, dejando a Martin Ruiz de Gamboa de retaguardia, llevó su jeneral el avanguardia, y él se fué en batalla. Llegado al estero de Ranchenque, aquella noche hizo dormida en él, y desde a dos horas, a la primera vela los indios de guerra pusieron fuego cerca del campo a una cabaña de yerba seca en una ladera: encendiéndose el fuego se extendió por el campo comarcano.

Los indios amigos que el gobernador traia consigo y estaban alojados junto al estero, como vieron el fuego, tocaron arma: luego tocó la trompeta, y se puso en arma el campo. Los arcabuceros de a pié con el artillería; los de a caballo acudieron a la tienda del gobernador. Don Miguel los puso en órden de batalla, para pelear si los indios viniesen a ella, cargada la artillería: los amigos todos en escuadrones, esperando lo que seria. El gobernador mandó se fuese a reconoscer: hallaron no haber indios, mas de haber puesto fuego [a] aquel campo: entendido esto, cada uno se fué a su tienda, y se doblaron las velas para seguridad.

Otro dia por la mañana Saravia hizo consulta de lo que haria: fué tratado se diese aviso al maestro de campo, que andaba cerca de allí, de lo sucedido, y a la ciudad de Angol, y que su señoría apercibiese jente de la que allí habia para que luego fuese a dar socorro a la ciudad de Cañete, que estaba desproveida de jente, y si los indios iban sobre ella se perderian, y era grande inhumanidad dejallo de hacer. Para quitalles aquella ocasion, y dar aviso al capitan Gaspar de la Barrera mirase por sí, de docientos hombres que el gobernador Saravia tenia consigo, apercibió ciento y cuarenta. Destos no queria ir ninguno, y decian algunos dellos estar heridos, y otros que no querian ir a Tucapel, que ansí se llama la provincia adonde habian de ir, y estaba de allí diez leguas de camino y no mas; sino que Saravia y los de su consejo de guerra, que lo habian perdido contra el parescer de todo el campo, lo fuesen ellos a remediar. Estaban tan desenvueltos con sus palabras, que ninguno queria ir: dábanse poco por amenazas y promesas que el gobernador les hacia: tan remisos estaban en su opinion. El gobernador no sabia qué se hacer ni qué órden tendria: vista la dureza de los soldados, determinó ir en persona aquella jornada. Algunos hombres principales le dijeron no quisiese aventurar su persona de aquella manera: que puesto allá no sabia como le sucederia, mejor le era quedarse en Angol para el reparo de todo lo demas. Viéndolo ansí congojado, el capitan Alonso Ortiz de Zúñiga, Don Diego de Guzman, Alonso de Córdoba, con otros capitanes que en su campo andaban, se ofrescieron de ir con cualquier capitan que enviarlos quisiese, y muchos otros que en amistad estaban con ellos prendados se ofrescieron a lo mismo: fué parte para que hubiese efeto el ir a socorrer la ciudad de Cañete. Hízose el apercebimiento, quitando a unos y poniendo a otros [hasta el] cumplimiento de ciento veinte hombres a caballo. De allí se fué el gobernador una legua adelante para descuidar a los indios, dándoles a entender se iba a Angol, que estaba de allí dos leguas, por quitalles la ocasion de no esperallos en el camino, que era mucho dello montaña por donde habian de ir. Aquella misma tarde casi al anochecer tocó la trompeta a partir. Fué la partida peor que el principio, porque algunos de los apercebidos, hombres bajos y de poca presuncion, se escondieron, y otros se huyeron a Angol, y algunos a Santiago: tanto era el temor que tenian de ir a Tucapel; aquella hora hubo algunos

soldados antiguos que dando causas para no ir aquella jornada, no les siendo admitidas, decian hacer dejacion de todo lo que a su majestad habian servido y trabajado en Chile, para no pretender cosa alguna en el reino de allí adelante de merced que pudiesen, y ansí quedaron sin ir allá los que esto hicieron. Saravia, para mas animallos, envió con ellos a su hijo Ramiro Yañez, mancebo de mucha virtud: el mando sobre todo llevaba el jeneral Martin Ruiz, que por su buena intelijencia, solicitud y cuidado, poniéndose a todo trabajo, hubo efeto [a] animar a los amigos y enemigos para ir a hacer aquel socorro; y como tenia a su cargo aquella provincia por la comision que habia llevado cuando desde la Concepcion le envió Saravia, érale dado proveer todo lo que le paresciese que convenia. El jeneral Don Miguel fué con él; por respeto de llevar mas jente quiso tomar su compañía en aquel camino: fueron sus amigos y aficionados a él. A la hora que comenzó [a] anochecer hicieron camino por la montaña hasta el cuarto de la luna, que fatigados de sueño y perdido el camino, pararon a la asomada del valle de Cayocupie, cuatro leguas de Cañete. Por la mañana, despues de haber castigado unos indios, que disimulados se habian juntado con ellos, y eran espías que los iban a contar y saber el número que eran y el camino que hacian, se partió y llegó a la ciudad, sin que en ella tuviesen nueva de su venida: tan descuidados estaban, que si luego fueran los indios sobre ella, gozaran de otra vitoria mejor que la de Catiray. El gobernador se fué a Engol (1) y mandó recojer los arcabuces que habia, y aderezallos de lo que estaban faltos para la necesidad que dellos se entendia habia de haber, y porque le paresció que Cañete estaria falta de bastimentos, envió a Pedro Guajardo, natural de Córdoba, a la ciudad de Valdivia a los oficiales del Rei, que luego cargasen un navio que estaba surto en el rio de aquella ciudad con todo el bastimento que pudiesen y lo enviasen a Cañete; y para que si, lo que Dios no quisiese, tuviesen dél necesidad, se aprovechasen como mejor les paresciese. Quedando concertado entre el gobernador y Don Miguel que para tal dia señalado seria de vuelta y estaria en Angol, y creyese, si para aquel tiempo no venia, era perdido. Llevó Martin Ruiz por principal cuidado socorrer el fuerte de Arauco y abrir aquel camino para tratarse unos con otros, demas de hacer mas cuerpo de jente para sujetar y castigar la provincia.

CAPITULO LXVII.

De lo que hizo el jeneral Martin Ruiz de Gamboa despues que llegó a Cañete, y de lo que le sucedió.

Llegado a Cañete Martin Ruiz, fué rescebido de la poca jente que en ella habia, conforme a la nescesidad que de su venida tenian para

---

(1) El autor, como se habrá notado, pone unas veces *Engol* y otras *Angel.*

seguridad de sus vidas, mujeres e hijos. Despues que hubo descansado algunos dias, trató ir al fuerte de Arauco y juntarse con el capitan que allí estaba, para que abierto aquel camino, se pudiesen tratar y socorrer unos a otros, pues no habia mas lonjitud de ocho leguas, temiéndose que los indios no pusiesen cerco [a] aquella fuerza, que seria posible por falta de bastimento perderse, a causa que no estaban de sazon los que en el campo habia, y estos para habellos de recojer, habia de ser a lanzadas con los que estaban a la defensa y podian perderse. Apercibió cien soldados a la lijera, sin cargas algunas mas de sus armas, y algunos caballos que llevaban de respeto para si se ofresciese caso en que los hubiesen menester, hallarlos descansados. Tocando la trompeta a partir, pasaron el rio que está junto a la ciudad, y cuando es bajamar puédese pasar a los estribos, y cuando la marea crece no puede vadearse a causa que hinche mucho por allí. Despues de pasado hizo dormida [a] dos leguas. Los indios por órden de Millalelmo y de otros muchos capitanes, despues que desbarataron al jeneral Don Miguel en Catiray, despacharon mensajeros por toda la provincia, manifestando el buen suceso que habian tenido, y enviaron de presente muchas cabezas de cristianos para que creyesen era ansí como les decian, rogándoles que todos tomasen las armas y no perdiesen tan buena oportunidad como al presente tenian para libertarse; y como todos en jeneral son amigos de novedades, conosciendo el tiempo serles favorable, de conformidad quisieron aprovecharse dél, y ansí se juntaron grande número de indios. Puestos en un lugar llamado Quiapo, tratan era cierto por plática que tenian de atras, [que] los cristianos que estaban en Cañete era imposible dejar de salir de allí para ir al fuerte de Arauco a tratarse con los que allí estaban, que les convenia guardar aquel paso, porque no se pudiesen juntar los unos con los otros, y que para el efeto estaba mui a propósito una quebrada grande y montosa cerca de allí en medio del camino, que era el mas derecho para ir a Arauco; y que para saber cuándo saldrian de la ciudad era bien enviar algunos indios pláticos que estuviesen entre el servicio de los cristianos y entendiesen lo que hacian, para dalles aviso de todo. Pues como Martin Ruiz salió de la ciudad, fueron luego avisados por sus espías, cuántos eran y en dónde dormian: aquella misma noche se dieron aviso unos a otros, porque estaban repartidos a la guarda de tres caminos que habia para que no se les pasasen sin sentillos. Los que estaban en las otras guarniciones las dejaron y acudieron a tomalles las espaldas, que era el camino por donde habian de volver por respeto de unas ciénegas que en él habia. Martin Ruiz fué caminando sin ver indio alguno: los que llevaban el avanguardia llegaron á la quebrada donde estaban emboscados: cuando los vieron venir cerca, se metieron entre los árboles y matas, y otros que les tomó la voz en lo llano fuera del monte se meten entre unos lampazos: tendidas las armas en tierra, se ponian las hojas en la cabeza por no ser descubiertos, y ansí hizo alto la vanguardia hasta que llegasen los capitanes que atras venian. Con su llegada sucedió juntamente

llegar una gran tempestad de agua, y ansí puestos al campo, tratan qué órden tendrian para hacer su jornada. Estando en esto, los indios, como los vieron parados y que no pasaban adelante, creyeron que los habian visto y por este respeto no caminaban de temor. Concebida esta imajinacion, se salen por muchas partes dando grandísima grita y tocando muchas cornetas. El jeneral Martin Ruiz quedó haciendo rostro a los indios, y trató con Don Miguel volverse atras con veinte hombres a dar órden, con el servicio que llevaban, se aderezasen ciertos pasos cenagosos que atras quedaban; porque si la necesidad les compeliese a volver por aquel camino, pudiesen salir sin peligro a la tierra llana, y en el entretanto procuraban como poder pasar adelante haciendo su camino peleando con los indios: echarlos de allí desocupando el paso que les tenian tomado como jente plática, dejando las flechas, no haciendo cuenta dellas, habiendo visto por experiencia el poco efecto que hacian para dañar a los cristianos con ellas por respeto de ir tan armados: estaban todos proveidos de lanzas largas, con las cuales resistian a los caballos y alanceaban a los que en ellos iban. Con la determinacion dicha los apretaron en tanta manera, por ser el lugar estrecho y no poder pelear en él a caballo, les hicieron volver las espaldas, y en su alcance fueron hasta pasar los pasos cenagosos que Don Miguel habia mandado aderezar. Los indios que guardaban los otros dos caminos, por presto que llegaron, ya habian salido a la tierra llana: por allí los fueron siguiendo, y aunque alguna vez Martin Ruiz revolvia con algunos soldados valientes que consigo llevaba y alanceaba algunos indios que iban desmandados siguiendo el alcance, no por eso dejaban los demas de seguirlos, como lo hicieron, dos leguas de camino, en el cual alcance les tomaron treinta caballos de los que llevaban de rienda, y les mataron algun servicio; y ansí con esta pérdida llegaron al rio una hora de noche, que por estar crecido no lo pudieron pasar. Esperando que bajase la marea, estuvieron en su ribera aquella noche faltos de toda cosa y quejosos de su mohindad, diciendo que en ventura de Saravia tenian todos aquellos casos de guerra mohinos y tan adversos. Por la mañana entraron en la ciudad tristes y desconsolados, perdida la esperanza de socorrer a los que estaban en el fuerte de Arauco.

CAPITULO LXVIII.

De como Martin Ruiz salió a buscar bastimento para sustentarse en la ciudad, y de lo que le sucedió.

No habiendo hecho ningun efeto la ida de Arauco, el jeneral tuvo nescesidad de salir a buscar bastimento, porque dentro de la ciudad no lo habia para tanta jente, pues estaban ya las simenteras de los indios de sazon para podellas cojer, mandó que se aprestasen los que quisiesen ir con él. Salieron ochenta soldados a caballo con algunos bagajes, y cojieron todo lo que pudieron traer esta vez, y otra que ansímesmo

fueron a buscallo. Los indios, a lo que se entendió, que lo pudieron estorbar, no lo quisieron hacer: por mas descuidallos no paresció ninguno en toda la comarca, como jente que andaba a huida, y en una quebrada que estaba dos leguas de Cañete, de muchos maizales, se emboscaron e hicieron allí asiento secreto, esperando si los cristianos venian a cojer aquellos maices, que a su parescer era imposible dejallo de hacer, por ser lo mas conjunto que otra parte alguna donde hubiese comidas, que es el nombre que dan a los bastimentos y vituallas en la tierra de Chile. Puestos en aquel lugar, desde él se repartieron en otras dos emboscadas mui a su propósito.

Martin Ruiz salió tercera vez por bastimento, porque como tenian muchos caballos y servicio, gastábase mucho y duraba poco lo que se traia. Apercibió para esta jornada ochenta soldados, y por la plática que tenia de haber muchos maices en aquella quebrada, fué allá aunque bien recatado de lo que podia ser. Los soldados se dividieron a cojer de las simenteras, que habia muchas. Martin Ruiz tomó un alto que hacia sobre la quebrada, llamado Payllataro: abajo andaban soldados y servicio cargando los caballos. Los indios, paresciéndoles era tiempo, salieron de una emboscada y mostráronse: luego se tocó arma y a recojer. La fuerza de los indios se vinieron a donde Martin Ruiz tenia tomado el alto, con largas lanzas y con tanta determinacion, que los cristianos, viéndose repentinamente acometidos, y en lugar mal acomodado para pelear a caballo, sin infantería y contra jente de a pié, por ser valles pequeños y estrechos de barrancas que lo cerraban, tocando la trompeta a recojer se hicieron a lo llano. Los que estaban en lo bajo de la quebrada quisieron subir a lo alto y tomar el camino que llevaban los demas; no lo pudieron hacer porque los indios estaban a la defensa. Queriendo dalles lado y tomar otro camino se embarazaron en unas ciénegas pequeñas; no habiendo otro paso puestos allí sino aquel, de necesidad habian de pasar a su ventura por entre los indios que estaban a pié con sus lanzas en las manos aguardándolos. Al pasar por entre ellos peleando, mataron al capitan Juan de Alvarado, vecino de Osorno, y a Sebastian de Garnica, que poco habia el Rei Don Felipe, por lo que en Chile habia servido, le habia hecho merced de tres mil pesos en su caja para ayuda de costa, siendo informado los tenia merescidos, los cuales no pudo gozar, y a Francisco Lopez, valiente soldado: hirieron a otros muchos. El servicio que estaba en lo bajo de la quebrada cojiendo los maices, no teniendo socorro, dieron los indios en ellos y mataron algunos, aunque los mas se escondieron por el monte y de noche se fueron a la ciudad: tomaron muchos caballos de carga. Aquel dia llegaron todos los que escaparon de esta refriega a la ciudad. Los enemigos, con la fresca victoria, vinieron a ponerse sobre ella quitándoles el poder salir a buscar bastimentos, pues sabian no los tenian y pasaban nescesidad, todo lo cual se excusara si las justicias de Valdivia proveyeran con brevedad el enviar bastimento en el navio que tenian surto en el rio, aunque despues se disculpaban con

Saravia diciendo habian hecho todo lo posible en el despacho del navio, a causa que el trigo que en él habian de embarcar estaba léjos de la ciudad, no se podia hacer con tanta brevedad como decian.

CAPITULO LXIX.

De las cosas que acaescieron en la ciudad de Cañete despues del suceso de Payllataro.

Estando en la nescesidad que hemos dicho la ciudad de Cañete, falta de todas cosas, llegó el navio que venia de Valdivia cargado de trigo y otros muchos bastimentos: fué rescebido con jeneral alegría, como hombres que tan nescesitados estaban y en gran manera faltos de toda suerte de vituallas, y tambien, porque si a tanta nescesidad llegaban, podian enviar a la Concepcion las mujeres, niños, con las demas cosas que impidian, y que los soldados a la lijera se irian por tierra, pues eran ciento y cuarenta y estaban bien proveidos de caballos muchos y mui buenos, aunque despues no les sucedió tan bien como al principio lo trataban. El jeneral mandó sacar en tierra trigo y tocinos con que se sustentaban de ordinario. El trigo daban a los caballos por tenellos alentados y con fuerza para lo que se les ofreciese.

En este ínterin hubo discordia entre los jenerales, porque Don Miguel quiso irse a ver con Saravia y dalle razon de como estaba aquella provincia. Tratándolo con Martin Ruiz se desavinieron, porque decia no era cosa, estando la provincia tan de guerra, salir jente ninguna; porque demas de dar avilantez a los naturales, los podian matar en el camino, y que se habia de entender estarian todos [los pasos] tomados y los indios a la defensa: que demas desto él era allí justicia mayor en jeneral con todos y se habia de hacer lo que mandase, porque era lo que mas convenia al bien jeneral. Algunos capitanes y soldados que junto a Don Miguel andaban, le ponian calor en que se fuese a ver con el gobernador, pues no se habia de presumir que Martin Ruiz le habia de tener tan oprimido; esto con intencion de irse ellos con él. Llegaron estos tratos y palabras a tanto, que fué nescesario entrar de por medio algunos soldados desapasionados y dar traza en el negocio, porque no viniesen en rompimiento. Acordóse que en un barco que habia allí de dos que los oidores habian enviado [a] aquella ciudad con refresco desde la Concepcion, cuando supieron la nescesidad en que estaban: a estos barcos les dió un temporal de tramontana, como lo hace muchas veces por la costa de Chile, y fué ensoberbeciéndose de tal manera que se perdió el uno, y el otro, viéndose perdido, alijó lo que llevaba, y con esta dilijencia escapó. En este, de conformidad los dos jenerales, enviaron un hidalgo, llamado Pedro Lisperguer, natural de Bormes en Alemania, hombre plático y de buen entendimiento, por ser amigo de ambas las partes; que por ser extranjero era hombre sin sospecha, y de su persona, noble, criado desde niño en la casa del duque de Feria: por las razones dichas lo enviaron aquellos caballeros.

que otros muchos habia a quien podello encomendar. Pues llegado a la Concepcion, que estaba de allí diez y seis leguas de camino, trató con los oidores, por estar Saravia en la ciudad de Angol y no poder ir allí por respeto de estar aquel camino cerrado de enemigos, díjoles la nescesidad en que aquella ciudad estaba, que sus mercedes proveyesen lo que al servicio del Rei les paresciese convenir mas, porque los capitanes no se llevaban bien, y seria posible haber alguna pasion entre ellos. Los oidores les escribieron y encomendaron tuviesen conformidad en todo; pues tenian la cosa presente, mirasen lo que mas convenia. Luego desde a poco, viendo no era cosa [de] ir jente alguna por tierra desde aquella ciudad [a] Angol, donde Saravia estaba, se concertaron que Don Miguel saliese por la mar con veinte hombres, los que él quisiese, para informar de lo presente y pasado, porque con brevedad enviase a mandar su voluntad. Concertados en la manera dicha, se embarcó Don Miguel en una fragata que habia llegado de la ciudad de Valdivia con bastimento. En ella navegó a la Concepcion, y llegado, se partió desde a dos dias a donde Saravia estaba, que se holgó con su venida, porque despues que dél se partió nunca mas tuvo nueva que cierta fuese hasta que llegó allí; e informado de su jeneral en el peso que quedaba la guerra en aquella provincia, no pudiendo desde allí dalles ningun remedio, sino era con solo el deseo, mandó apercebir ochenta soldados y vecinos a caballo para irse a la Concepcion; que muchos dias ántes se hubiera ido, si tuviera jente para ir con seguridad, porque se creia [que] los indios le esperaban en el camino, como despues se supo por cierto. Pasando el rio Biobio por vado, que pocas veces se halla en él por ser rio grande e de mucha cresciente de aguas, se ahogó un caballero de Sevilla que servia de sarjento mayor, llamado Don Gonzalo Mejía, por socorrer una mujer de su servicio que se ahogaba. Desde allí mandó Don Miguel ir veinte hombres con un capitan a tomar lengua entre los indios y saber el camino de la manera que estaba, y si se podia caminar con seguridad. Otro dia salió a donde el gobernador iba caminando y trajo tres indios; preguntado a cada uno por sí, se afirmaron que Millalelmo con muchos indios de guerra le esperaba en el camino para pelear con él, y que habia hecho un fuerte entre dos quebradas a la junta del camino que iba de Santiago y el camino que llevaba, para guardallos ambos sin que se escapase a la Concepcion. Con esta nueva estuvo indeterminable por donde entraria que fuese a ménos riesgo. Tratado con sus capitanes, acordaron de llegar mas adentro: para informarse mejor púsose siete leguas a la entrada de los montes, en un asiento llamado Quines, y porque no se tomó allí razon de lo que pretendia pasó el rio de Itata, camino de Reynoguelen, intento a muchas cosas. Pasado el rio, tuvo acuerdo de lo que haria: algunos le decian se fuese al rio de Maule, que estaba de allí veinte leguas, y por la mar se iria a la Concepcion en una fragata, y que en lo que tocaba al campo, se andaria por aquella tierra llana como le pareciese, y a tiempo convenible todos se entrarian

una noche en la Concepcion, pues no habia mas de siete leguas de camino. A Saravia le parescia era mucho perder de reputacion, y por este respeto no se determinaba en cosa ninguna. Desde allí envió a Juan Alvarez de Luna por los caciques de Reynoguelen para informarse dellos. Venidos otro dia, le dijeron el camino estaba seguro, y que ellos no habian entendido que jente de guerra ninguna lo estuviesen aguardando, aunque despues se supo que mintieron, porque como todos son unos, acuden mas a su natural que a la amistad que tienen con cristianos. Saravia volvió desde allí a Quines, donde dos indios, que con los de Reynoguelen venian y habian andado muchas veces aquellos caminos, le dijeron que ellos le llevarian por un camino mal usado a dar a la costa de la mar, sin que los enemigos lo entendiesen, y que desde allí entrarian al seguro en la Concepcion. Informado bien, se retificaron en que lo harian ansí como decian. Andaba en este tiempo Saravia mui desgustoso y mohino viendo que los caminos se le cerraban y todo se le hacia mal, por donde se conoscia el arrepentimiento que en su ánimo tenia por no haberse desde el principio guiado con prudencia de guerra y parescer de hombres viejos antiguos que la entendian. Pues como fué anochecido, dejando los fuegos encendidos, se partió para la Concepcion con las guias que tenia, que le llevaron por buen camino hasta una legua de la ciudad, donde mandó poner en órden la jente que llevaba, y dió su estandarte a un caballero de Sevilla llamado Don Diego de Guzman, que en órden de guerra caminando se fué a la Concepcion. Salióle a recebir el audiencia y todos los demas vecinos y soldados como a gobernador del Rei.

CAPITULO LXX.

De las cosas que pasaron entre el gobernador y jeneral Martin Ruiz despues que llegó Saravia a la Concepcion, y de como se despobló la ciudad de Cañete.

Llegado que fué Saravia a la Concepcion, lo hospedó en su casa el licenciado Juan de Torres de Vera, oidor en aquella audiencia, en la cual posada fué regalado y servido los dias que en ella estuvo, porque era jeneroso y mui cumplido Torres de Vera en toda suerte de cosa que hiciese. Luego otro dia trató de enviar a Cañete un barco y escrebir a Martin Ruiz se comunicase con Gaspar de la Barrera, que estaba en Arauco, a fin que se abriese aquel camino, y todos juntos pudiesen hacer algun efeto en la provincia. Martin Ruiz le respondió no se podian juntar, ni era posible, porque los indios tenian cerrado el camino, y que no era parte para podello sacar de allí, ni tratarse con él: que su señoría viese lo que era servido hiciese, porque la jente que consigo tenia estaba descontenta, y que los indios de ordinario estaban sobre la ciudad a la mira, esperando saliese jente del pueblo para dar en la parte que les paresciese podian hacer mas efeto, y que de su estada allí no resultaba ningun provecho [a] aquella provincia para traer los

naturales de paz. Saravia, viendo esta carta, trató con sus amigos lo que podia hacer: desta plática, despues de resumido en lo que le paresció para cumplir con los oidores y pueblo, resultó que hizo junta otro dia en su casa de los capitanes que en aquella ciudad estaban, y oficiales del Rei y señores oidores se hallasen presentes para mas autoridad.

Propuesta su oracion en jeneral, les dijo: que Martin Ruiz le habia escrito no podia dar socorro a la fuerza de Arauco por efeto de no hallarse con jente; que le parescia, puesto era ansí, se debia dar órden como dalle remedio, ántes que los indios pusiesen cerco [a] aquella fuerza, porque no les podia dar socorro, ni era posible en el tiempo presente ni aun el año de adelante, pues estando seis leguas dellos Martin Ruiz no lo habia podido hacer con ciento y cincuenta soldados que tenia: que les rogaba le diesen su parescer de lo que podia hacer al presente que mas acertado fuese, y que si convenia despoblar aquella fuerza se lo dijesen, y la ciudad de Cañete tambien, y claramente dijese cada uno su parescer de lo que entendia; que él pretendia reparar lo demas, [mas] no se hallaba con jente para podello hacer, y que con la que allí estaba se podia sustentar lo poblado, y que no parasen en decir que era flaqueza despoblar aquella ciudad y fuerza de Arauco, que dello él daria cuenta y descargo al Rei.

Los que allí estaban que eran soldados, le dijeron que en despoblar aquella ciudad no se perdia cosa alguna, pues siempre que hubiese jente se podia volver a poblar, y que era gran costa a la hacienda real sustentar allí docientos hombres de bastimento por la mar y ropa de vestir, sin que de ello resultase ningun aprovechamiento al Rei ni a los vecinos de ella, pues no habia granjas, ni heredamientos, ni casas que tuviesen edeficios razonables, sino solamente unos paredones, mal reparados, y no podian hacer simenteras, ni criar ganados: que todo se les habia de llevar por la mar a mucha costa, y que sacándolos de allí, con ellos reparaba las demas ciudades que estaban faltas de jente; y que los que estaban en la fuerza de Arauco no hacian ningun efeto que bueno fuese para el reino, mas de estarse allí metidos, donde podia ser perderse. Los oidores eran de contrario [parescer], que no quisieran se despoblara aquella fuerza, sino que se sustentara, como ellos lo habian hecho en su tiempo, e pesábales se perdiese.

Oido el parescer de todos, Saravia mandó aderezar una fragata y dos barcos para que fuesen a la isla de Santa María, que está de la playa de Arauco dos leguas, y allí tomasen lengua si estaba cercada aquella fuerza o no, y con una carta suya envió a Juan Alvarez de Luna, con órden que, si no estuviese cercada, viniese de noche a la playa y echase dos indios en tierra que sabian el camino, y pagados, porque con mejor voluntad lo hiciesen, y diese aviso con uno de los barcos a Martin Ruiz, que estaba en Cañete; escribiéndole Saravia que ningun socorro le podia dar, que mirase lo que le convenia hacer, como hombre que lo entendia y tenia la cosa presente, hiciese lo que le pareciese mas acertado. Martin Ruiz quisiera que Saravia le mandara despoblar clara-

mente, el cual no le queria decir lo hiciese, porque no paresciese se lo mandaba, sino que él de su autoridad lo hacia. Martin Ruiz le respondió se aclarase su señoría, porque él no se podia sustentar, y que si queria se despoblase aquella ciudad se lo mandase por mandamiento, y si no lo queria hacer, que él de su voluntad se estaria allí a todo lo que le sucediese hasta ponerse en lo último, y que le parescia que primero que él saliese, se diese órden en la fuerza de Arauco, porque saliendo de aquella ciudad era cierto los indios habian de ir sobre ella. Esta carta rescibió el gobernador en respuesta de la suya, y decia eran muchas prevenciones las de Martin Ruiz, porque decia no queria hacer cosa que le parase perjuicio adelante. Al capitan Gaspar de la Barrera le escribió que de ninguna manera le podia dar socorro mas de aquel que le enviaba con la fragata y barco, ni Martin Ruiz, que estaba en Tucapel, se lo podia dar por tierra; que viese lo que le convenia: no diciéndole que desamparase la fuerza, sino que no le podia socorrer. La fragata y barco llegaron a la playa tres horas de noche; luego echaron en tierra los dos indios: estos fueron con la carta al fuerte sin hallar estorbo alguno. Llamaron a la puerta, la vela dió aviso, el capitan mandó entrasen, y juntos todos los soldados, leyó la carta de Saravia. Tratando luego en lo que harian, les pareció no perder tan buena oportunidad como tenian delante, y ansí todos juntos se resumieron de embarcar el artillería, municiones, con el servicio y todo lo demas que tenian, e irse a la Concepcion. Por mucha priesa que se dieron, no pudieron despacharse con tanta brevedad que, cuando lo acabaron de llevar a la playa y embarcar, ya era de dia. Los indios, cuando reconoscieron que se iban, comenzaron a juntar [se] para pelear con ellos, por ser aquel valle mui poblado de jente. Los soldados, despues de embarcada la artillería con lo demas que tenian, vieron los indios que se venian acercando a ellos, apellidándose unos a otros. Allí se vió algunos soldados, queriendo embarcarse con mas priesa de la que la nescesidad les compelia, dejar sus caballos en la playa con silla y freno sin se lo quitar, que aunque vian a otros mas reportados y sin alteracion darse maña a lo que tenian presente, no aprovechaba dalles mas ánimo del que ellos tenian, y ansí se embarcaron treinta y seis soldados que en aquella fuerza estaban. Dejaron sesenta caballos en la playa, muchos dellos mui buenos: levantando velas, se vinieron a la Concepcion. Los indios tomaron todos los caballos, y fueron al fuerte a quemallo y ponello por tierra, como lo hicieron: de los caballos los mas dellos comieron, algunos dejaron para su servicio. Saravia, despues de despoblada aquella fuerza, envió un barco a Martin Ruiz, dándole cuenta dello para que no estuviese atenido a lo que de ántes habia dicho, volviéndole a decir no le podia socorrer. Martin Ruiz hizo de todo una informacion, como él la quiso ordenar, aunque al dicho de algunos de quien yo me informé fué verdadera, para su descargo adelante, si en algun tiempo se le pidiese, en la cual se contenian muchas cosas. Comunicándolo con todos los que en la

ciudad estaban, y tratando de lo que se podia hacer, se resumieron irse a la Concepcion. Mandó luego embarcar las mujeres, niños, con las demas alhajas que cada uno tenia, no dejando en tierra cosa alguna, sino los caballos, que fué harta pérdida, porque quedaron trecientos caballos, los mejores del reino, sueltos por aquel campo: mirando muchos dellos al navio a la vela, hacian grandísima lástima a cuyos eran, pues sabian no habian de haber otros tales, como los que dejaban en poder de aquellos bárbaros. Los indios, como los vieron embarcar, vinieron a la ciudad a quemar las casas y derribar los edeficios a vista de los cristianos: ¡tanta era la enemiga que con ellos tenian! otros fueron a los caballos y tomaban dellos todos los que podian llevar. No solo tuvieron este suceso adverso, mas al salir a la mar, como el navio iba tan cargado y balumbado, un golpe de mar le echó tan a la costa, que casi acostado del todo estuvo para perderse, y por la mucha presteza de los marineros que lo rejian escapó. Despues con buen tiempo llegó a la Concepcion otro dia, y queriendo surjir en un rio llamado Andalien, que entra en la mar junto a la ciudad, tocó en tierra, y al momento se trastornó y quedó al traves, que parescia andaba la fortuna buscando en que hacer daño al gobernador Saravia, y por su respeto, a todo el reino de Chile, por seguir su opinion, que era amigo della en toda suerte de cosa. Perdiéronse cuatrocientas hanegas de trigo que en él venian para el sustento de aquella ciudad.

CAPITULO LXXI.

De lo que hizo el gobernador Saravia despues que despobló la ciudad de Cañete y casa fuerte de Arauco, y de lo demas que acaesció.

Estando Saravia en la Concepcion, quitado del cuidado que habia tenido de la casa fuerte de Arauco y ciudad de Cañete, por haberlas despoblado, mandó que en una fragata del Rei, que en aquella ciudad estaba, se embarcasen las mujeres que de Cañete habian venido, con sus maridos, hijos y familia, porque sustentar tanta jente en la Concepcion a costa del Rei, que era grande el gasto que se hacia, y ansímesmo licenció otros soldados para las ciudades que quisieron irse, dejando la que bastaba para el sustento de aquel pueblo. Y porque Don Miguel, que habia sido su jeneral, se quiso ir al Pirú, trató con él pidiese socorro al visorei Don Francisco de Toledo, que lo gobernaba, informándole la nescesidad que tenia de jente el reino de Chile, y el mucho servicio que al Rei se hacia proveer remedio con brevedad; y comunicó con el licenciado Juan de Torres de Vera, natural de la villa de Estepa, que era oidor en aquella audiencia, se encargase de la guerra como su jeneral, dándole el supremo grado en todo el reino. El licenciado lo acetó, aunque contra el parescer de algunos amigos suyos que le dijeron no lo hiciese, porque el dotor Saravia era mudable e inconstante en las cosas que hacia: que siendo oidor del Rei le era mejor

estarse en su audiencia que ocuparse en cosas de guerra, y que demas desto le encomendaba una cosa mui pesada, porque estaba ruinada y perdida mucha parte del reino, sin podello reparar ni tener jente bastante para volvello a restaurar: como cosa perdida, no debia encargarse della, teniendo atencion a lo de adelante. El licenciado, como hombre de grande ánimo, entendiendo Saravia tuviera mas constancia, no dió oido a lo que le dijeron, parsciéndole que habiendo dado su palabra, no le estaba bien apartarse della; y como por la guerra los hombres que son deseosos de gloria levantan su nombre y fama, y que andando el tiempo lo que estaba de guerra se habia de quietar, estuvo en su opinion; y para hacer la guerra el verano adelante, el gobernador le dió comision que fuese a la ciudad de Santiago y hiciese jente, y de la hacienda real gastase los pesos de oro que le paresciese. Con esta órden se embarcó en un navio pequeño con treinta soldados, dos dellos amigos suyos, y otros que estaban mal en órden para que se aderezasen. Llegado a Santiago, comenzó a hablar y a apercebir las personas que estaban desocupadas para ir en su compañía: dándoles con que se aderezasen, armas, caballos, ropas de vestir, juntó en breve tiempo ciento y diez soldados aquel invierno, y para el aviamiento de todos gastó ocho mil pesos, que es número de diez mil ducados. Salió a la primavera con muchos amigos que de la ciudad de Santiago le dieron los vecinos della. Con esta jente entró por los términos de la Concepcion: llamando de paz a los que estaban de guerra y castigando a los rebeldes, anduvo por toda su comarca quitándoles la ocasion de no ir sobre las ciudades Concepcion, ni Angol, corriéndoles de ordinario sus tierras la mayor parte del verano, hasta que fué Dios servido año de mil y quinientos y sesenta y ocho, miércoles de ceniza, vino repentinamente un temblor de tierra y terremoto en aquella ciudad, tan grande que se cayeron la mayor parte de las casas, y se abrió la tierra por tantas partes que era admirable cosa verlo; de manera que los que andaban por la ciudad no sabian qué se hacer, creyendo que el mundo se acababa, porque vian por las aberturas de la tierra salir grandes borbollones de agua negra y un hedor de azufre pésimo y malo que parescia cosa de infierno: los hombres andaban desatinados, atónitos, hasta que cesó el temblor. Luego vino la mar con tanta soberbia que anegó mucha parte del pueblo, y retirándose mas de lo ordinario mucho, volvia con grandísimo ímpetu y braveza a tenderse por la ciudad. Los vecinos y estantes se subian a lo alto del pueblo, desamparando las partes que estaban bajas, creyendo perecer. Los indios de la comarca, entendiendo ser la ciudad perdida, vinieron sobre ella, y como vieron que los cristianos estaban sin peligro, siendo ellos pocos, se volvieron sin intentar cosa alguna. El licenciado tuvo de ello nueva ocho leguas de allí: partió luego a dalles socorro, y se puso dos leguas de la Concepcion, que por estar destruida del terremoto no quiso entrar en ella, y desque supo estaban sin peligro, despues de haber estado tres dias a su reparo, se volvió al rio de Niviqueten, ocho leguas de allí, donde anduvo haciendo

guerra a los indios alzados, castigando muchos dellos, y de allí pasó a la tierra de las minas, que es donde los vecinos de aquella ciudad sacan el oro, por nombre llamado Gualqui, jente belicosa por la disposicion que tienen de cerros y tierra doblada, quebradas cenagosas, que es a su propósito para pelear con jente de caballo a su ventaja; y así anduvo todo aquel verano dando castigo a muchos que lo merescian: a la entrada del invierno se retiró a la Concepcion por las tempestades de agua.

El gobernador Saravia, de la madera que las casas tenian hizo un fuerte donde se recojiese el pueblo, si los indios viniesen sobre él, como se creia; hincando las vigas gruesas en tierra, y atravesando ramas de árboles y varas pequeñas entre ellas, distancia de unas a otras de dos piés poco mas de grueso, lleno de tierra pisada, quedaba hecha buena defensa. Cercó una cuadra que tenia por frente trecientos piés por cada un lienzo, y dos cubos de madera, que cada uno guardaba los dos lienzos, con tres piezas de artillería en cada uno de los cubos que alcanzaba léjos a la campaña. Hecho este fuerte, y traido por su mandado mucho trigo de las ciudades de Valdivia y Santiago, se embarcó con sus criados, dejando al licenciado Juan de Torres de Vera en aquella ciudad toda cosa a su cargo, con nombre y título de jeneral, se fué a Santiago a esperar allí, si el visorei Don Francisco de Toledo daba socorro de jente a Don Miguel de Velasco para proveer de lo que nescesario fuese y volver a hacer la guerra restaurando lo perdido, o si todo faltase, el verano adelante traer alguna jente para reparar las ciudades pobladas, teniendo cuidado por falta della no tuviese caso adverso.

CAPITULO LXXII.

De las cosas que acaescieron en la Concepcion despues que el gobernador Saravia se fué a Santiago.

Partiendo Saravia de la Concepcion en un navio del Rei que en aquella ciudad estaba para irse a Santiago, el licenciado Juan de Torres de Vera, como capitan que tenia a su cargo la guerra, procuraba, no solo sustentar lo poco que estaba de paz, sino atraer lo de guerra, y para este efeto tenia todo el cuidado posible en dar trasnochadas, que cuando mas descuidados los indios estaban, lo hallaban en sus tierras castigando sus maldades y desvergüenzas; porque queriendo hacer un fuerte cerca de la Concepcion, en un asiento llamado Pichituven, para pelear a su ventaja, como lo hacen, fué con tanta presteza a ellos, que ántes que se acabasen de juntar desbarató los que en el fuerte estaban, castigando algunos que pudo haber; y siendo informado que los indios y principales de Talcaguano, que está ribera del rio Biobio, se querian alzar y pasarse con los de guerra de la otra banda, fué una noche sobre ellos, y al amanecer prendió los principales: haciendo castigo de los mas culpables, dejó sosegada su comarca. Muchas veces indios saltea-

dores venian a la Concepcion en cuadrillas, como es tierra doblada, a robar caballos y ganado: viendo tiempo para hacer salto, se iban con la presa por los montes. Tocando arma los ganaderos, era cosa increible cuán de presto acudia al peligro, mas como soldado que capitan, por poner en los demas presteza en los casos de guerra que se ofrescen, en los cuales muchas veces se pierden ocasiones y buenas suertes que se harian por acudir a ellos perezosamente, quitándoles siempre el ganado que llevaban, andando desvelado en castigar los indios que venian a la ciudad, casi no parando de noche ni de dia; y aun despues de dejado el cargo, como adelante se dirá, no podia sufrir con su ánimo rebato alguno que no fuese el primero que se ponia al reparo de lo que podia acaescer.

CAPITULO LXXIII.

De como llegó a Santiago Don Miguel de Velasco con docientos hombres que le dió el visorei Don Francisco de Toledo para socorrer a Chile, y de lo que hizo.

Llegado Don Miguel a la ciudad de los Reyes, fué a visitar al visorei, y despues de haber tratado algunas cosas, le dió cuenta del estado del reino, pidiéndole socorro: halló voluntad en él de mandar hacer alguna jente que llevase, pues todo era del Rei de España, y en semejantes nescesidades seria servido se ayudasen y socorriesen sus gobernadores. Desde a pocos dias mandó el visorei hacer jente, número de docientos hombres, y con ellos, algunos criados suyos que de Castilla habian venido en su casa a la ménos costa que al Rei pudo hacer: poniendo pinsiones [a] algunos extranjeros de los reinos de España, conforme al caudal y haciendas que tenian, despachó a Don Miguel en dos navios, proveyóle de armas, pólvora, toda suerte de municiones y cuatro piezas de artillería de campo, y se hizo a la vela del puerto de los Reyes, con buen tiempo. Llegó a Chile en tres meses de navegacion, que aunque no hai mas de quinientas leguas de mar, es el viento siempre tan contrario, que se navega contra el mesmo viento a la bolina, dando un bordo a la mar y otro a la tierra: ansí van ganando el camino. Llegado al puerto de la Serena, dió aviso al gobernador Saravia, que estaba en Santiago, de su llegada y la jente que traia. Saravia mandó comprar caballos de la hacienda del Rei para aderezallos y salir con brevedad a hacer la guerra, cobrando la perdida reputacion con el nuevo socorro. Estando en esto llegó con la jente en los dos navios al puerto de Santiago; de allí se vino con toda la jente que traia a la ciudad, dejando el artillería que la llevasen por mar a la Concepcion. Puestos en Santiago por el mes de setiembre del año de setenta, el gobernador les dió caballos y mandó hacer muchos fustes de sillas para ellos; y para aprestarse con brevedad envió a su hijo Ramiro Yañez y al capitan Gaspar de la Barrera, con comision a las ciudades Valdivia, Osorno, Ciudad Rica, Imperial, Ciudad de Castro, que hiciesen la mas jente que pudiesen, y

que para el aviamiento pudiese gastar de la hacienda del Rei lo que le paresciese.

En este tiempo, de la ciudad de Angol salieron entre vecinos y soldados doce hombres para ir a la Imperial, que está de Angol diez y ocho leguas, y como hombres mal pláticos de guerra hicieron dormida seis leguas de Angol, en mitad del camino cerca de unos carrizales. Los indios de guerra tuvieron nueva dellos por sus espías, que es imposible quitarles a causa que de ordinario tratan con cristianos y les sirven: siendo avisados, número de quinientos indios con sus lanzas vinieron aquella noche sobre ellos. La centinela que velaba oyó levantarse una perdiz con aquel estruendo y barahunda que ellas suelen, el cual estuvo con cuidado mirando ácia aquella parte: luego desde a poco sintió los enemigos que venian dando arma; por advertir a sus compañeros se retiró. Los indios que venian por dos partes, como jente que les habia reconoscido el sitio que tenian, fueron con ellos, tan presto como fué su centinela: con esta presteza los tomaron en las camas descuidados, durmiendo y los caballos desensillados, y como se levantaban vencidos del sueño, yendo a tomar sus armas, topaban con las de los contrarios que los alanceaban y mataban. Algunos que sabian la tierra se metieron huyendo por el carrizal que junto a ellos estaba, y como los indios tuvieron tino a robar lo que llevaban y era de noche, pudieron escaparse cuatro soldados que llevaron la nueva de lo sucedido [a] Angol, de donde habian salido. Quedaron muertos ocho y entre ellos Gregorio de Oña, natural de Burgos, que iba por su capitan: muerte bien empleada si en él solo fuera, porque le dijeron los demas que estuviesen con cuidado y se velasen con sus caballos mui en órden, y que haciendo muestra de dormida allí, pasasen dos leguas adelante y desmentirian a los enemigos, si algunos habia; respondió estaban allí tan seguros como en Sevilla, hablando a lo rasgado, que es costumbre de algunos soldados bravos midiendo mal sus razones. Pues como llegaron Angol y dieron nueva de su pérdida, hicieron mensajero a la Concepcion. Sabido por el licenciado Don Juan de Torres de Vera, fué increible la presteza que tuvo en ir al socorro con veinte soldados que llevó consigo: siendo veinte leguas de camino, las anduvo en un dia natural, pasando dos rios grandes ántes de llegar Angol. Llegado a la ciudad, halló a los vecinos desesperados de su salud porque con la muerte de los ocho cristianos habian ganado los indios reputacion y se juntaban para venir sobre ella. Con su llegada cesó el miedo que tenian, reparando un fuerte que en la ciudad habia, velándose con cuidado: recojió algunos vecinos que estaban apartados de los demas, y con la llegada de Luis de Villegas, soldado de buen ánimo y determinacion, estando en Valdivia en compañía de Ramir Yañez y Gaspar de la Barrera teniendo nueva de lo sucedido, con la jente que pudo haber, se partió en socorro de aquella ciudad. Con su llegada, el jeneral Torres de Vera, viendo que estaba sin peligro con la jente que tenia, se volvió a la Concepcion.

Volviendo a Saravia que en la ciudad de Santiago estaba, paresciéndole Angol tendria nescesidad de jente por la muerte de Gregorio de Oña, rogó a Don Miguel se encargase de la guerra como su jeneral, y con la jente que le paresciese fuese [a] Angol, [e] hiciese la guerra en aquella provincia, pues sabia y entendia lo que mas convenia al bien jeneral, y que como fuese aderezando a los demas, los enviaria tras dél por sus cuadrillas, para que los indios viesen iba mucho campo a hacelles la guerra: Don Miguel le respondió que no queria encargarse mas de jente. En esto pasaron algunos dias, en los cuales siendo importunado, acetó el cargo y con cien hombres partió de Santiago para Angol. Estando pocos dias, por no hacer costa a los vecinos de aquella ciudad, que estaban pobres, se salió al campo camino de Puren, haciendo la guerra en las partes que le parescia podia hacer alguna suerte en los indios que habian muerto los ocho cristianos poco habia.

En estos dias Ramir Yañez y Gaspar de la Barrera en las ciudades que fueron hacer jente, juntaron sesenta hombres bien aderezados de armas y caballos, con el ayuda que les hicieron de la hacienda real: que con la cantidad que ellos gastaron y lo que gastó Saravia en Santiago para aviar los soldados que Don Miguel trajo, llegaba a número de veinte mill pesos, que serán veinte y siete mill ducados. Yendo caminando con esta jente, tuvieron nueva que el jeneral Don Miguel estaba en Puren haciendo la guerra [a] aquellos indios, y siendo certificados dello, dejaron el camino que llevaban de Angol y se fueron a juntar con él. Despues de juntos y rescebidos unos a otros, como acaecer suele en semejantes vistas, trataron de ir al desaguadero de la ciénega de Puren y dar una vista [a] aquella tierra. Para ello se ofreció un vecino de la Imperial, llamado Juan de Villanueva, el cual dijo sabia toda aquella comarca y la habia andado muchas veces. Con tan buena guia partió del campo el capitan Gaspar de la Barrera con cincuenta soldados y llegó con ellos al desaguadero de la ciénega, donde halló quince o veinte casas y en ellas algunas mujeres que tomaron los soldados que a ellas primero llegaron, y porque habia mucho ganado suelto por el campo, con cudicia de hacer presa, se dividieron a muchas partes. Los indios se comenzaron [a] apellidar, y juntos hasta cuarenta indios, hicieron rostro [a] doce soldados y comenzaron a pelear con ellos, porque dos que se apearon a tomar unas mujeres, se les soltaron los caballos y se fueron ácia los indios: queriéndoselos quitar les mataron otros dos de los que con ellos peleaban y hirieron otros. En esto se habian ya juntado muchos indios que iban a tomalles el paso del desaguadero. Gaspar de la Barrera y Ramir Yañez con los soldados que consigo tenian les defendian no llegar al paso, porque pudiesen salir los que dentro en la ciénega de la otra parte del desaguadero estaban; y porque tardaban, los fué a llamar un soldado. Pasados de esta otra banda, venian tras ellos número de mill indios con mucho ánimo, viendo que se les huian: por provocallos a pelear, los cristianos volvian algunas veces sobre ellos y alanceaban algunos. Los indios se recojian

a su escuadron y todos juntos caminaban tras ellos. Luis de Villegas, como era buen soldado y valiente, hizo una arremetida: quiso su poca ventura cayó el caballo con él, y al levantar no se pudo aprovechar del caballo, donde le convino huir a pié de muchos indios que venian sobre él; algunos soldados le daban las ancas de sus caballos; no quiso o no pudo subir a caballo por respeto de una pierna que llevaba maltratada, tomáronlo por delante. Mas los indios, viendo que iba a pié, como jente suelta, los apretaron de tal manera, que dejándolo los de a caballo, como hombres temerosos, desamparado sino de su fortuna, aunque él con buen ánimo, que lo tenia de buen soldado, rogándoles que le hiciesen espaldas, no aprovechó, que los indios llegaron a él. Viéndolos tan cerca se paró; poniendo mano a su espada, revolvió sobre ellos como hombre desesperado. Los enemigos que con lanzas y macanas venian a herille, le dieron tres golpes a la par sobre la cabeza y brazo, que no pudiendo mandar mas el espada, en presencia de los de a caballo, con ser muchos dellos sus amigos, lo mataron sin ser socorrido. Los demas soldados huyendo llegaron al campo de Don Miguel con la pérdida dicha: el cual otro dia mudó su campo para ponerse mas en comarca de Puren, y castigar la muerte de este soldado.

CAPITULO LXXIV.

De lo que hizo el gobernador Saravia despues que envió a Don Miguel de Velasco al socorro de Angol, y de lo que acaesció a Don Miguel en Puren.

Despues que salió Don Miguel de Santiago para socorrer a la ciudad de Angol y hacer la guerra [a] aquellos naturales, Saravia quedó aprestando los demas soldados para enviallos en su seguimiento; y porque la Concepcion estaba desproveida de ganado y pasaba nescesidad, mandó al maestro de campo Lorenzo Bernal se aprestase, para que con cincuenta soldados metiese en la Concepcion el bestiame de vacas que de la hacienda del Rei se habian comprado, y despues de habellas entregado en aquella ciudad, se fuese a juntar con Don Miguel, quedándose de retaguardia con la resta del campo, para irse despues a juntar con ellos. El maestro de campo partió de Santiago: diciéndole bien su jornada, llegó a la Concepcion, y de allí salió al campo con ánimo de esperar al gobernador en los términos de aquella ciudad, que a lo que algunos decian, mas era por no se juntar con Don Miguel que por hacer en aquel destrito la guerra, a causa de no llevarse bien.

Saravia salió de Santiago por el mes de enero del año de setenta; por sus jornadas llegó a Quines, que es un repartimiento de indios siete leguas de la Concepcion. Desde allí escribió al licenciado Juan de Torres de Vera se viniese a ver con él, el cual le respondió le perdonase, que estaba ocupado en negocios de justicia y no podia salir de aquella audiencia; dando otros descargos, no quiso ir a verse con él a causa que se habia visto con Don Miguel cuando por allí pasó y supo

la comision que le habia dado de su jeneral, sin tener con él cumplimiento alguno como hombre desgustado: siendo, como era, de grande ánimo, rescibió mucha pena en su espíritu. Habiendo ántes de esto mandado juntar el cabildo de aquella ciudad, les dijo hacia dejacion del cargo que de jeneral habia tenido en nombre del gobernador Saravia, y lo deponia en aquel ayuntamiento, despreciando toda cosa, quedando en su pecho quejoso, como se le pareció desde allí adelante; y aunque muchas veces fué importunado por aquella ciudad no los desamparase, no lo quiso hacer, que a lo que despues se vido y sucedió a Don Miguel en aquella jornada, le estuvo mucho bien el no haberse encargado del campo. Por donde entenderá todo cristiano que el bien o mal que a cada uno sucede es guiado por la voluntad divina, y ansí le sucedió a Don Miguel en aquella jornada; porque queriendo ir a castigar la muerte de Luis de Villegas con ciento y treinta soldados, llegó al rio de Puren, y hallando sitio a su propósito, como él lo quiso, alojó el campo en un codo que el rio hacia, teniendo [a] sus espaldas las barrancas del rio, y por los lados ansímismo lugar bien fuerte para su seguridad, y por la frente tenia la campaña, que era tierra llana y mui a propósito para pelear a caballo. Estando el campo alojado en la parte dicha, los indios se llamaron y juntaron por sus mensajeros número de dos mill indios: mui bien pertrechados de armas que para aquel efeto traian, se llegaron un dia cerca del campo, ménos de una milla de camino, con ánimo, a lo que despues se supo, de pelear aquella noche con los cristianos, dando de sobresalto repentinamente en ellos. Habiendo primero reconocido las barrancas del rio, si les iba mal, eran mucha defensa para su salud, y porque la noche les ayudaria alguna parte, acordaron a las dos horas de noche probar su ventura; pues eran tan pocos cristianos y ellos dos mill indios, no dudaban la vitoria ser suya. Aunque sin capitanes conoscidos, sino a manera de behetría, con mucha órden se emboscaron con esta determinacion esperando la noche. Acaesció que un soldado andaba potreando un caballo, que era nuevo y no estaba bien domado, y como el campo era a su propósito, iba al galope sin saber donde mas desenvolver su caballo, y ansí fué a dar en una quebrada donde los indios estaban, que seria hora de vísperas, por el mes de enero, año de setenta. Cuando los indios lo vieron, creyendo eran muchos cristianos, se levantaron y mostraron: el soldado, cuando los vido, volvió al campo dando arma. Don Miguel mandó apear sesenta soldados, quedando los demas a caballo, y estos que estuviesen a pié para pelear si conviniese; y mandó al capitan Gaspar de la Barrera que con veinte lanzas fuese a reconoscer los indios que estaban de la otra banda. El rio era pequeño, que se podia vadear por muchas partes; pasándolo, llegó a una loma donde estaban parados en su escuadron, que como los descubrió aquel soldado, luego por órden de Paylacar, señor principal en el valle de Puren, a quien todos ellos respetaban, se pusieron en órden. Viendo que no podian hacer el efeto acordado, que era pelear de noche, se fueron caminando ácia el campo, para ver de qué

manera se ponian los cristianos con ellos. La órden que llevaban era un escuadron cuadrado, con dos cuernos o puntas, que llaman mangas, de a cuatrocientos indios, y algunos sueltos que andaban fuera de órden como les parecia. Gaspar de la Barrera, cuando llegó y vió la órden que traian caminando, trabó con ellos escaramuza y alancearon algunos. Los indios le echaron una manga que les tomase las espaldas, y el escuadron cerrado iba caminando ácia ellos: los cuales, viendo que unas veces se paraban y otras caminaban, acordaron puestos en ala acometerlos por ver qué ánimo mostraban, con demostracion de darles batalla, aunque despues acometieron a manera de juego de cañas, porque si se retiraban, era cierto los habian de llevar tras de sí al campo. Con esta órden arremetieron todos juntos, donde un soldado, de nombre Juan de Cabañas, o fué que lo llevó su caballo, o que él quiso pasar adelante mas de lo que le convenia, entró en los indios, que con muchas lanzadas y golpes de porras lo derribaron del caballo, y con gran presteza le cortaron la cabeza y pusieron en una lanza; mas animosos con esta suerte, iban cerrando en su órden, siguiendo a los cristianos hasta cerca del campo, donde hicieron alto esperando batalla. Vuelto el capitan Gaspar de la Barrera con la jente que habia llevado, y los indios tan cerca, mandó Don Miguel al artillero asestase una pieza de campo que tenia, aunque pequeña, y jugase en los indios. Con esta pieza les hacia daño algunos tiros, porque los tomaba al descubierto, y con los arcabuces ansímesmo. Los indios tenian tanto aviso para no dar a entender que les mataba jente la artillería, que cuando alguno caia, los que estaban cerca se le ponian delante por no dar ánimo a los cristianos; y viendo que tanta jente les mataban, para repararse del tiro que les hacia mas daño, se recojieron a unas matas [que] aunque claras los defendian algo. Don Miguel trató con los capitanes que allí estaban qué órden tendrian. Todos de conformidad le dijeron que pelease; no dejase perder una ocasion tan buena como tenian delante para castigar aquellos bárbaros, y decian que en qué parte podian desear tenellos mas a propósito para pelear que en un llano como aquel donde no habia monte, ciénega, ni quebrada que los hiciese fuertes, sino sus armas. Viéndolos con esta determinacion y que los que esto le decian eran soldados viejos y que otras veces habian peleado con indios, mandó a todos los que tenian caballos para poder pelear, que subiesen a caballo, quedando a pié ocho o diez soldados con el artillero que de ordinario tiraba a los indios con la pieza de campo que tenian. Saliendo con esta determinacion para pelear en aquel llano, los indios, como los vieron venir, que era lo que deseaban sacallos del fuerte que tenian, en órden de guerra se vienen ácia los cristianos, que con grande determinacion rompieron con ellos: andando peleando mataron algunos enemigos, los cuales, como eran muchos y todos los mas con lanzas, que es gran ventaja para pelear contra jente de a caballo, y los caballos desarmados, los apretaron de manera, que les convino retirarse al campo, y los indios envueltos con ellos, llevándolos desbaratados, entraron todos juntos en el campo. Los soldados, derriba-

dos los ánimos y temerosos, sin haber peleado mas de solamente la primera arremetida que hicieron, vueltas las espaldas, se dejaban llevar de los enemigos tan desanimados que aunque su capitan los llamaba [a] que peleasen y se juntasen, no lo quisieron hacer, porque viendo a los indios dentro en el campo y que les andaban saqueando las tiendas y robando sus haciendas, que era ocasion para volver sobre ellos con coraje por vengarse del daño rescebido, no lo quisieron hacer; pues era cierto que andando envueltos en el saco, olvidados de las armas y riñendo unos con otros sobre las ropas que tomaban, ocupados en esto, hicieran una suerte de guerra mas buena, al cual efeto el miedo no les dió lugar. Don Miguel acudió con diez hombres a socorrer al artillero; cuando llegó ya lo habian muerto: recojiendo algunos que a pié andaban, tomaron el camino de la ciudad de Angol, que estaba de allí nueve leguas, dejando a los indios todas sus ropas y lo que les habia dado Ramir Yañez, hijo del gobernador Saravia, de socorro en Valdivia y lo que habia gastado su padre en Santiago, que todo ello no fué para mas de vestir los indios, con muchas camisas, frezadas, jubones, capas y otras muchas galas que traian hechas, muchos caballos y otras cosas de precio. Murieron de los cristianos, el artillero y un soldado llamado Juan de Dueñas (1) que entró en los indios, cuando al principio los fueron a reconoscer. Fué una pérdida la que allí se hizo no vista ni oida en las Indias, porque en ella perdieron toda la reputacion que entre los indios tenian, teniéndolos en poco de allí adelante: viendo que en un llano los habian desbaratado y quitado sus haciendas, haciéndolos huir afrentosamente, cobraron grandísimo ánimo, porque ántes de esto en tierra llana nunca los indios osaron parescer cerca de adonde anduviesen cristianos. Quedaron soberbios, y los españoles, corridos de su flaqueza y poco ánimo, llegaron a Angol aquella noche.

CAPITULO LXXV.

De lo que hizo el gobernador Saravia despues que tuvo nueva del suceso de Puren.

Llegado Don Miguel [a] Angol, despues de desbaratado y dejado en poder de los indios los bagajes que llevaba, con muchas preseas que traian, envió a dar aviso al gobernador Saravia del suceso y pérdida que habia tenido, al capitan Gaspar de la Barrera, que llegó con la nueva al rio Itata, donde halló a Saravia que iba caminando ácia Angol con cien soldados que consigo llevaba; diciéndole como habian sido desbaratados de los indios; y en donde quedó imajinativo pensando lo que haria, determinó a cabo de un rato ir con la jente que llevaba a Angol, donde halló a Don Miguel, que le dió razon de su pérdida

---

(1) Arriba le llama *Cabañas*. Véase p. 195.

y juntamente con ello le dejó el cargo de jeneral, diciéndole que su señoría proveyese en aquel cargo a quien fuese servido porque no lo usaria mas. El gobernador rescibió este golpe de fortuna con buen ánimo y rogó al maestro de campo Lorenzo Bernal que se encargase de la jente, pues no habia ninguno que fuese supremo en el cargo sobre él, sino era él propio, como gobernador del Rei. Lorenzo Bernal le dijo que por servir al Rei haria lo que le mandaba, y desde luego comenzó a dar la órden que se habia de tener con ella. Salieron de Angol camino de Puren, para dar a entender a los indios que volvian en su busca y pelear con ellos si quisiesen. Con esta deliberacion, llegó al asiento donde a Don Miguel habian desbaratado, y de allí corrian la comarca toda cada dia, sin que los indios bajasen a pelear con ellos. En las correrías que hacian tomaban algunos indios y preguntábanles la causa por que no venian a pelear: decian que no osaban porque eran muchos. Estuvo Saravia en aquel asiento de Puren muchos dias, hasta que entrando las aguas y el invierno, con docientos soldados que tenia consigo, viendo que no hacia ningun efeto su estada allí, los repartió en las guarniciones de Angol e Imperial y Concepcion, y a otros dió licencia para irse a sus casas; y por dejarlo todo en buena órden, dió provision de jeneral a Lorenzo Bernal para en todas las cosas de guerra, y él se fué a invernar a la ciudad de Valdivia, echando fama que iba doliéndose de los trabajos que los vecinos de aquella ciudad tenian, y a dar algun órden como no fuesen tan vejados en las condenaciones que el licenciado Egas Venegas les hacia en la visita de los indios que por órden del Rei hacia en aquella ciudad, queriendo tenellos propicios y atraellos a su voluntad, para hacer despues con ellos lo que hizo. Pasando por la Imperial y Ciudad Rica, que estan en el camino para ir a Valdivia, decia a los vecinos dellas que para su quietud convenia tasarles los indios que cada uno tenia de repartimiento, y que estando tasados, se quitarian de visitas costosas, porque ya que las hubiese, no serian con tanto rigor; y que estando los indios tasados, podian llevar los aprovechamientos sin conciencia; y para que se diese órden en lo que convenia al bien de todos, cada ciudad enviase un procurador o los demas que quisiese a la Valdivia, donde habia de estar el invierno, y que juntos los procuradores, tratarian del bien comun y jeneral. Entró en Valdivia por el mes de mayo del año de setenta y uno, informándole los vecinos de aquella ciudad de su nescesidad y pobreza que tenian con el ordinario apercebimiento para la guerra, y que con la visita que al presente tenian, quedaban del todo gastados, le suplicaban diese órden como en las cobranzas de las condenaciones hubiese alguna espera, porque no tenian de que podellas pagar. A esto les daba buenas palabras y entretenia, hasta que llegaron los procuradores de las ciudades, y en el entretanto trataba con el licenciado Egas algunas cosas acerca de las pensiones que los vecinos de aquella ciudad tenian: resultó que miéntras andaban en estos conciertos juntos los procuradores en su casa, un dia les dijo que el año de adelante no podia

juntar campo para hacer la guerra, mas de solo sustentar las guarniciones que estaban en frontera, que les rogaba porque la hacienda del Rei estaba gastada y sus cajas empeñadas, y los soldados en el desbarato de Puren habian perdido sus ropas y al presente no tenia posible para podellos adereszar, ayudasen a su majestad con alguna parte del oro que de las minas sacaban, y que en recompensa dello les reservaria sus personas y las de sus hijos y criados, y que si no lo querian hacer los apercebiria como a él le paresciese para la guerra, y asistir en la parte que mas necesidad hubiese. Anduvieron tratando de ello algunos dias; unas veces se concertaban y otras se desconcertaba lo hecho, porque los que eran hombres prudentes y de negocios, entendian que lo que hacia Saravia no era por hacer bien a los vecinos de aquella ciudad, sino por su interes; pues era cierto que el año de adelante ni aun el otro no podia juntar campo para hacer la guerra, porque en las ciudades Imperial, Angol y Concepcion, que estaban en frontera, habia en ellas jente que bastaba para su sustenso, y que de nescesidad los habia de dejar estar en sus casas, pues no podia hacer guerra con ellos; y que como hombre que tenia tino a lo de adelante, no sabiendo como sucederian los tiempos, queria juntar dineros a costa ajena, poniéndoles temores; porque un repartimiento de indios que vacó en la ciudad de Osorno en este tiempo, lo vendió por dineros, y dellos hizo cargo a un vecino que servia en aquella ciudad al Rei en cargo de tesorero, no haciéndole cargo como oficial del Rei por bienes que le pertenecian, sino para que acudiese con ellos a quien él mandase, conforme a una obligacion que le hizo el que los compró.

Los soldados que con Saravia andaban pretendiendo en nombre del Rei les pagase sus servicios, como vieron que vendió estos indios, que es la paga que los gobernadores en Indias dan a los conquistadores, quejábanse unos a otros diciendo que no habia qué esperar del dotor Saravia, pues vian que vendia el patrimonio real, sino irse del reino o apartarse de los trabajos, por la órden que tenia en su gobierno, que no se desvelaba sino en juntar dineros.

Volviendo a los procuradores, tantas cosas les dijo y tantos temores les puso, que vinieron a darle tres mill y tantos pesos cada un año las tres ciudades, y cierta cantidad de trigo para el sustento de la Concepcion. Deste concierto le hicieron obligaciones por dos años, quejándose los pobres vecinos que los hacia pecheros: para lo de adelante todos los que viniesen al gobierno les habian de pedir lo mismo; mas compelidos de nescesidad, le dieron lo que él pedia, y tambien porque les era en extremo aborrescible la guerra, mui costosa para todos ellos por ser tan larga.

CAPITULO LXXVI.

De lo que hizo el gobernador Saravia despues que se concertó con los vecinos de Valdivia.

Despues de concertado Saravia con los vecinos de Valdivia que le darian seis mill pesos por dos años, en cada uno tres mill, y aquellas ciudades porque los reservase de la guerra, como atras se dijo, para cumplir con ellos en lo de la visita y tasacion de los indios que les habia prometido, rogó al provincial de los franciscos, llamado frai Juan de Vega, y al vicario jeneral de los dominicos frai Lope de la Fuente, tomasen a su cargo la visita jeneral de aquellas cuatro ciudades, a causa que, habiendo visto la disposicion de los repartimientos en la tasa, que era el tributo que habian de dar a sus encomenderos, se hiciese conforme a conciencia; y pues ellos habian de asistir a la tasacion que se haria en la audiencia, convenia viesen personalmente la calidad de las tierras que los indios tenian. Dada esta órden, les señaló dos vecinos que anduviesen juntamente con ellos, se embarcó en un navio de dos que habia mandado cargar de trigo en aquel invierno que en Valdivia estuvo, obligando la caja del Rei a la paga. Se hizo a la vela, llegó a la Concepcion en dos dias, sesenta leguas de costa, por el mes de setiembre del año de setenta y uno, donde estuvo el verano. Desde a poco llegó frai Antonio de San Miguel, obispo de la Imperial, y el licenciado Egas, que venian por tierra con muchos caballos y soldados que en su compañía venian todos juntos en la Concepcion. Los indios no por eso dejaban de venir a hacer correrías, y de noche andaban en los indios que estaban de paz cerca de la ciudad; salian a quitalles el ganado y presas que de ordinario hacian todo el verano, no dejando de hacer salto en las partes que les parescia ser aprovechados. Saravia escribió a su hijo, que estaba en Santiago, viniese a juntarse con el jeneral Lorenzo Bernal, en donde estuviese, con la jente que pudiese traer sin dalles socorro alguno. Juntó entre sus amigos treinta soldados, con ellos vino a Angol: desde allí salian a hacer la guerra por aquella comarca, que mas se podia decir destruir la tierra, porque las mujeres y muchachos que tomaban las vendian, y jugaban los soldados unos con otros, que parescia andaba el gobernador Saravia buscando como acabar de destruir aquellos pocos indios que en la tierra llana quedaban, pues era cierto que conquistado Arauco aquello luego daba la paz, y en el inter no podian servir porque los de guerra de noche venian sobre ellos y los mataban. Estuvo en la Concepcion en su audiencia hasta que llegó el mes de mayo, que se embarcó en un navio que de Valdivia habia venido con trigo para el sustento de aquella ciudad, y vino a la de Santiago, donde tenia su mujer y casa.

Los oidores y fiscal que en la audiencia residian, murmuraban de las idas y venidas que hacia, no asistiendo en su cargo de presidente, pues

las tomaba por su recreacion, quedándose ellos en aquella ciudad faltos de todas cosas a todo lo que les sucediese, como en tierra tan de guerra; porque luego que salió de la Concepcion, desde a pocos dias los indios comarcanos de paz se conjuraron con los de guerra para un dia que querian beber y holgarse a su usanza, despues de pascua de Espíritu Santo, por fiesta de la pascua, y que aquel dia viniesen todos los que pudiesen, y se emboscasen junto a la ciudad, y a la hora que les pareciese a propósito de hacer efeto les darian aviso, y todos juntos darian en el pueblo, que estaba descuidado de semejante acaescimiento, y seria posible desbaratallos. Esta conjuracion se vino a saber por intercesion de una mujer india que lo descubrió. Luego se hizo informacion, y halló por ella el capitan Altamirano culpables ciertos principales que haciendo confianza dellos, andaban entre los cristianos. Estos que lo habian ordenado, fueron ahorcados, y con ellos otros algunos que entraban a la parte. Los oidores dieron aviso al gobernador Saravia, que envió treinta soldados en buenos caballos desde la ciudad de Santiago con su hijo Ramiro Yañez, que se dió tanta priesa en caminar que llegó a tiempo de hacer mucho efeto para el sosiego del pueblo. Desde a pocos dias volvió a Santiago, donde su padre estaba, a informarle del estado de aquella ciudad, para que fuese su persona o enviase mas jente. El gobernador comenzó luego a dar órden como sacar de los vecinos de aquella ciudad otra pinsion como de los de las demas ciudades habia sacado, y puesta plática que le diesen con que socorrer a los soldados que en la guerra andaban, y a los que consigo llevaria, como los demas pueblos habian hecho, juntos en su casa, lo trató en jeneral: dijéronle que despues de haberlo comunicado entre sí, le darian la respuesta. Anduvieron algunos dias tratando en ello; al cabo se resumieron en que los dos alcaldes ordinarios, que eran Juan de Cuevas y Pedro Lisperguer, ambos vecinos de aquella ciudad, lo tratasen con Saravia, y que lo que ellos hiciesen por aquello pasarian todos. Estos le dijeron estaban pobres y adeudados con las ordinarias guerras, por la cual causa no le podian dar lo que pedia, sino fuese que les diese libramiento para cobrallo de la caja del Rei rata por cantidad, como cupiese a cada uno, y que desta manera lo buscarian, aunque fuese tomándolo a censo, mas que se entendiese se lo prestaban, y no en servicio que le hacian de gracia. Desta respuesta se desgustó mucho, y trataba de llevallos consigo a la sustentacion de las ciudades pobladas y demas, y que presentasen los títulos que tenian de encomiendas de indios, porque queria saber cómo los poseian y con qué derecho. Los vecinos viéndose apretados, como les ponia tantas cosas por delante, y que al fin ellos habian de pagar y lastar lo que él habia perdido, haciendo cuenta consigo, les paresció que mas habian de gastar si los llevaba a la guerra que lo que les pedia, y aflojando los alcaldes de lo que tenian a su cargo, conforme a la órden que les habian dado, y que como era letrado no les pusiese en confusion en algunos repartimientos que tenian, dando la voz al fiscal del Rei, vinieron en que le darian

dos mil pesos en oro y cincuenta caballos, y mas quinientas fanegas de trigo para llevar a la Concepcion. Con esta data los dejó en sus casas y mandó cobrar los dineros y caballos, y porque algunos vecinos no tenian el oro para se lo dar de presente, diciéndole se lo darian en ropa en las tiendas de mercaderes que allí habia, en las cosas que quisiese, pues era para dar a soldados, no lo quiso hacer, sino que se lo diesen en oro. Con este rigor se lo dieron en oro, el cual efeto no podian entender, pues habia de dar a los soldados ropas con que se vistiesen y no oro que guardasen. Decian debia de tener tino a lo que de España vendria proveido, porque habia escrito a los señores del Consejo de Indias y a su majestad le sacase de áquel cargo, que se hallaba viejo y el reino estaba de guerra; por el cual respeto toda la provincia estaba pobre, y no cobraba [el] salario que su majestad le daba: andaba recojiendo dineros para su aprovechamiento, teniendo atencion a lo que vendria proveido en la armada que esperaba de Castilla. Despues de haber hecho lo que pretendia, se partió para la Concepcion, llevando consigo ménos jente de la que llevara si quisiera partir con soldados lo que los vecinos de Santiago le dieron.

CAPITULO LXXVII.

De cómo el licenciado Juan de Torres de Vera fué a castigar un motin que se hacia en la ciudad de Valdivia, y de lo que acaesció en la ciudad de Osorno en aquel tiempo.

Como el reino de Chile estaba con tantos trabajos por las ordinarias guerras, y tan pobres en jeneral todos los estantes en él, se levantó el ánimo a un mozo, hijo de india y de español, que estos por la mayor parte son y han sido mal inclinados, diciendo este soldado (era oficial platero) ser trabajo vivir en tierra de tanta guerra, sino irse della, pues habia tan buena noticia de lo de adelante ser tierra rica y noble, y no estar atenidos a tantas vejaciones como de ordinario rescebian de los gobernadores y capitanes; y para ponello en efeto vino a la ciudad de Angol, donde habia muchos soldados descontentos, que está cincuenta leguas de Valdivia, donde era casado y tenia su casa. Remedando a lo que en tiempo de las comunidades hizo en Toledo un bonetero, y en Medina del Campo un frenero, por aquí quiso sonar y levantar su nombre. Llegado [a] Angol, comenzó a tratar con otros como él salirse del reino, pues en él estaban tan oprimidos, y levantar una persona que los llevase a su cargo. Andando en esta plática, el capitan Lorenzo Bernal lo vino a saber y hizo contra él informacion y dió aviso con ella a la audiencia. Aquellos señores mandaron en su acuerdo lo fuese a castigar el licenciado Juan de Torres de Vera, con comision que para ello le dieron, el cual se embarcó en un navio que estaba en el puerto de aquella ciudad, y de allí fué a la de Valdivia en mitad del invierno con mucho riesgo, por la fortunosa navegacion que hai por aquella costa, donde decian se habian de juntar y estaba concertado.

Luego prendió al Juan Fernandez, que ansí se llamaba: púsolo a quistion de tormento. Viéndose en tanta nescesidad, por salvar la vida, dijo: que otros muchos hombres principales estaban con la misma voluntad, y que por órden suya habia ido [a] Angol a saber la voluntad que tenian los soldados que allí estaban. Averiguado y sacado en limpio, se halló no ser ansí, mas de como hombre que se veia perdido procuraba por aquella via su remedio, creyendo escapar por allí a vueltas dellos; pues no hallando otro alguno culpable sino a él solo que lo tramaba, despues de bien informado, lo mandó ahorcar. Hecho este castigo, llegó nueva de la ciudad de Osorno que los vecinos de aquella ciudad, desgustosos con Antonio de Lastur, correjidor que los tenia en justicia, puesto por Saravia, decian algunos, que sobre cobrar el salario que tenia de correjidor en descuento de deudas que a su majestad debian: otros decian, que por malos tratamientos, que lo uno y lo otro no fué ansí, mas de por pequeñas causas, como hombres soberbios vinieron en rompimiento, de manera que sacando el estandarte que tiene la ciudad para su defensa contra deservidores del Rei, apellidando su nombre, le quisieron prender y enviarlo a la audiencia, diciendo no podian sufrir su aspereza. El correjidor, apellidando el nombre del Rei ansímismo, con algunos que le acudieron, que estuvieron los unos y los otros para darse batalla, y por respeto de algunos relijiosos de buena vida se recojieron a sus casas para no tratar en caso de tomar las armas, hasta que Saravia proveyese o los señores de la real audiencia. Cuando esto acaesció en la ciudad de Osorno, estaba en la de Valdivia el licenciado Torres de Vera con la comision que tenia, y por evitar mas daño fué a la ciudad de Osorno y procedió contra todos los culpables, castigándolos en dineros. Dejó aquella ciudad quieta para de allí adelante no intentar semejantes alborotos, y llevó consigo presos algunos que mas metieron la mano en el escándalo que hubo: con esto quedaron aquellos pueblos sosegados para lo de adelante y presente.

Vuelto a la Concepcion y estando en ella, llegó desde a poco nueva de la ciudad de Angol, que el jeneral Lorenzo Bernal, con deseo de asentar la comarca de aquel pueblo, tuvo nueva que unos indios comarcanos a él seis leguas de camino estaban juntos bebiendo y holgándose. Mandó al capitan Zárate que con cincuenta soldados les fuese hacer la guerra, que era informado estaban a su usanza holgándose en regocijo, que haria en ellos una buena suerte, y que él no iba aquella jornada, que tenia por nueva de indios que en saliendo de la ciudad habian de venir sobre ella, y por este respeto dejaba de ir allá. Llevó consigo los soldados siguientes: Coronel Duran, Miguel de Silva, Hernan Pacheco, Gabriel de Gaona, Pedro Plaza, Francisco Hernandez Pineda, Hernando Diaz Caravajal, Juan Gonzalez Orellana, Don Beltran Vergara, Juan de Leiva, Pedro Miguel Castillo, Pedro Mendez, Francisco Sanchez, Villasinda, Barrientos, Fuentes, Correa, Diego Diaz Arboleda y otros hasta cumplimiento de cincuenta. Zárate caminó hasta llegar cerca donde los indios es-

taban, los cuales se mudaron del puesto que tenian: ansí como venia caminando le dejaron llegar sin salir dél, hasta que vieron por las centinelas que tenian ser ménos jente, porque a manera de a cosa hecha iban sin órden con grande determinacion para meter en colleras mujeres y muchachos; que si en alguna parte se pudo decir "cudicia mala rompe el saço", fué aquí, porque los indios les habian cerrado el paso a las espaldas dó ellos estaban, y hicieron demostracion de les defender el paso del rio, entretanto que los demas les tomaban el alto; y fué así que los desbarataron y mataron catorce hombres buenos soldados. El capitan Zárate, aunque en parte mal cómoda para caballos, arremetió en favor de los que peleaban a pié: su caballo atolló con él en una ciénega de condicion que no podia salir; viéndolo con esta nescesidad un indio de los de guerra, saltó con gran lijereza en las ancas de su caballo, y le sacó la daga de la cinta, y con ella le andaba buscando por donde cortarle la cabeza por detras, a causa que el gorjal de la cota le cubria el pescuezo. En aquella nescesidad fué socorrido de un soldado llamado Pedro Plaza, que mató [a] el indio que con él estaba a las manos, y lo sacó de entre ellos. Los demas soldados estaban tan temorizados, que no pudo con ellos dalles órden, aunque algunos de buen ánimo, como fué Francisco Jufré y otros de su condicion, se pusieron a la defensa y defendieron no fuesen muertos mas de los que al primer ímpetu murieron. Ansí rotos y perdidos, por muchos caminos se volvieron a Engol. Los indios con esta victoria despacharon por la provincia mensajeros, persuadiendo a los demas tomasen las armas para venir sobre la ciudad, y como es jente tan amiga de cosas nuevas, y que pequeñas ocasiones les levantan los ánimos a lo que quieren hacer dellos sus mayores, se comenzaron a juntar cerca de la ciudad para el efeto dicho. El capitan Lorenzo Bernal mandó a Juan Moran, vecino de aquella ciudad, soldado antiguo y valiente, que con veinte soldados corriese el campo y anduviese los repartimientos de paz, animando a los amigos y castigando a los enemigos como a él le paresciese, porque no entendiesen estaban derribados los ánimos por el caso acaescido al capitan Zárate. Juan Moran, como hombre que entendia la guerra, juntó ciento y cincuenta indios amigos de los cristianos, teniendo aviso que cerca de allí estaba una junta, que eran de los que se habian hallado en el desbarato pasado; su jente bien en órden caminó todo lo que pudo por hacer en ellos alguna suerte, y sucedióle conforme a su desino, porque llegó al amanecer con una neblina grande donde estaban juntos, y dió en ellos de tropel. Los indios toman las armas y se apellidan: los cristianos ántes que se juntasen los rompieron muchas veces, y los indios amigos, con armas iguales como los de guerra, con el favor que llevaban, mataron muchos y les tomaron caballos, cotas, arcabuces, lanzas, armas de todas suertes usadas entre ellos. Con este desbarato se deshizo la junta que hacian para ir sobre la ciudad.

En estos mismos dias el jeneral Lorenzo Bernal envió a la Con-

cepcion a pedir jente a Saravia, que esperaba vendrian sobre la ciudad. No se la envió, porque tuvo nueva querian ansímismo venir sobre la Concepcion, y estaban juntos y pagados para el mismo efeto. Súpose por un indio que vino a la ciudad a llamar a su madre y sacarla de allí, porque los indios de guerra no la matasen aquella noche que habian de venir sobre el pueblo. A este indio se le dió tormento, y confesó estar cerca de allí ciertos indios emboscados para dar aviso a los demas. Fueron a donde decia, y hallaron unos principales, que traidos a la ciudad dijeron ser verdad: con su declaracion los ahorcaron. Luego mandó el gobernador Saravia se recojiesen los del pueblo junto al fuerte. Entendido por los de guerra el aviso que tenian, mudaron de parecer, viendo que todos sus disinos les eran descubiertos.

Acaesció en esta coyuntura que cinco soldados quisieron irse del reino de Chile al Pirú, pues no les daban licencia, y como la libertad sea cosa de tanto precio, posponiendo todo lo que les podia suceder, sabiendo que al fin no se les habia de dar la licencia, tomaron un barco grande, y proveidos de lo que habian menester para su jornada, se fueron la vuelta del Pirú, y diéronse tal maña en el navegar, durmiendo cada noche en tierra, que por su mucha pereza no salieron con su pretension. Hallándolos ménos, el gobernador despachó tras dellos por tierra [a] Alonso de Vera, natural de Estepa, y otros soldados, con comision, si los tomase, hiciese justicia como a él le paresciese, y si no, que diese aviso al capitan Alonso Ortiz de Zúñiga, que tenia a su cargo la ciudad de la Serena. Rescebido el aviso, mandó a los indios comarcanos estuviesen con cuidado para avisarle si viesen el barco por la costa. Desde a poco fué informado iban navegando la costa de largo; entendiendo que el todo consistia en presteza para buen efeto, mandó apercibir ocho soldados, y con ellos se metió en un barco al remo y vela. Caminó tanto que en breve tiempo los alcanzó y mandó que amainasen: visto que no lo querian hacer, sino remar e irse su camino, mandó a los arcabuceros les tirasen. De los tiros que hicieron mataron un soldado de los que iban en el barco contrario, llamado Juan de Rica: con aquella furia llegaron a embestir, y dieron a un otro soldado una lanzada por un brazo que lo tulleron dél, y saltaron dentro del barco: los demas se rindieron. El capitan se volvió con ellos a la Serena, y de allí los envió presos a la Concepcion. Los oidores mandaron al correjidor los castigase, pues estaba a su cargo y el delito habian cometido en su juridicion. Sentenciólos por esclavos del Rei, y que perpétuamente anduviesen en su servicio; y porque se casaron con unas pobres huérfanas, mandaron aquellos señores les quitasen las argollas de hierro que al pescuezo les habian mandado poner porque fuesen conoscidos. Quedaron los demas con tanto temor, que ninguno otro se huyó de allí adelante de la guerra.

CAPITULO LXXVIII.

De lo que acaesció en Chile hasta que el gobernador Saravia dejó el gobierno y entró en la ciudad de Santiago el licenciado Gonzalo Calderon.

Los indios de la Concepcion y los demas a ellos comarcanos, como jente tan inquieta, trataron venir sobre aquella ciudad, y como hombres pláticos ordenaron que un escuadron viniese por Talcaguano, no para mas efeto de pervertirlos; porque acudiendo al reparo por aquella parte, el otro escuadron entrase por el pueblo haciendo el daño que pudiese, y que si les dijese mal se volverian retirando a las montañas que tienen por tan vecinas y tan cerca del pueblo por la parte de San Francisco.

Casi en este tiempo y dias su majestad habia desde España enviado a mandar por una provision, que ninguno de los oidores se ocupase en negocios de guerra, sino que asistiesen en su audiencia, no embargante aquel dia fué nescesario todos tomasen las armas para pelear y defenderse. El licenciado Torres de Vera, como oyó tocar arma por la parte de San Francisco, y que la mayor parte de los soldados eran idos ácia Talcaguano, adonde primero se habia dado el arma, entendiendo lo que podia ser, salió a caballo y se vino a la casa de Saravia, diciendo este dia nos obliga a exceder las leyes por la salud y defendernos, pues los indios entran por el pueblo, ¿qué es lo que manda vuestra señoría que se haga? Saravia, turbado viendo el caso presente, le dijo que hiciese lo que le paresciese que convenia para defender la ciudad, y ansí se fué con mucha presteza ácia San Francisco por alcanzar los indios en lo llano, ántes que tomasen lo alto de la sierra con la presa que llevaban, siguiéndole Martin Ruiz de Gamboa, Gonzalo Mejia, Diego de Aranda, Campofrio, Felipe Lopez de Salazar. Martin Ruiz salió aquel dia a pelear solo por su reputacion, a causa que estaba tullido de un brazo; y ansí como estaba, quiso hallarse en semejante acto de guerra, porque los demas viéndole se animasen a hacer lo mismo. Halláronse con él Hernando de Alvarado, Francisco Gutierrez de Valdivia, Gonzalo Martin, Juan de Córdova, el capitan Juan de Torres Navarrete y Antonio de Lastur iban delante escaramuzando y deteniendo los indios. Baltasar de Castro, viendo al licenciado Torres de Vera, que iba sin darga, con buen término de soldado ejercitado en la guerra, conosciendo que iba perdido conforme a su ánimo, le dijo: "Señor jeneral, V. m. resciba esta darga, pues va sin ella, que la ha menester este dia mas que otro ninguno;" y así la rescebió graciosamente, agradeciéndoselo mucho, porque la suya habíala llevado Alonso de Vera, su deudo, que era ido con los demas soldados que fueron a la primera voz que se dió, acudiendo a aquella parte donde se entendia que los indios venian. Los que iban delante acometian a los indios por muchas partes deteniéndolos, aunque no osaban meterse entre ellos hasta que llegase mas núme-

ro de jente. Andando ansí llegó el licenciado Torres de Vera, y con los que consigo llevaba quiso probar a rompellos: aunque iban cerrados se arrojó al escuadron que llevaban entre dos quebradas por una loma rasa, caminando de suerte que pasando por ellos se halló de la otra parte solo con muchas heridas, que no le siguió ninguno de los que iban con él. Puesto de la otra parte, y que no habia otro camino para volverse sino por el mesmo que habia llevado, despues de haber hecho a los indios muchos acometimientos y que los demas soldados no rompian, viéndose perdido, quiso ántes morir como hombre noble que dar nota alguna de sí, y para mas animar a los que peleaban, volvió a romper por un lado del escuadron junto a una quebrada, yendo los indios estrechando el poco llano que habia; de suerte que despues de haber peleado buen rato, alanceado el caballo, con el ánimo que tenia y buena determinacion, lo sacó de la otra parte con muchas heridas. Rompiendo los demas juntamente con él, importunados de su propia vergüenza, viéndole delante, pelearon tan bien que desbarataron los indios y les quitaron toda la presa que llevaban, aunque murieron pocos por la disposicion de la tierra ser a su propósito. Salió de aquel rencuentro herido Gonzalo Martin de una lanzada que le pasó la cota y le entró la lanza por el cuerpo, de condicion la herida que desde a poco murió: los demas salieron bien heridos. El licenciado Torres de Vera le sacó su caballo hasta la ciudad, llegado a ella murió; que él y la darga que le dió Baltasar de Castro le dieron la vida muchas veces. Los demas capitanes y soldados que allí iban pelearon bien y con mucha reputacion, tan atentadamente que conservando su honor, dieron buena nota de sus personas. No por el suceso dicho que los indios perdieron, dejaron de apartarse de su pertinacia y remision, ántes perseveraban en su opinion y de ordinario venian a hacer el mal que podian en aquella ciudad, haciendo cuenta consigo, que si de allí echasen a los españoles quedarian con sosiego en sus tierras, como otras veces habian estado en tiempo de Villagra, hasta que [fué] venido Don García de Mendoza, de quien hemos dicho. Pues fué un dia para ellos señalado en su junta, que se determinaron ponerse una noche emboscados cerca de la ciudad, y al medio dia, que estarian descuidados, entrarian por ella repentinamente, sin darles lugar a que tomasen armas ni caballos, porque estando cerca, siendo con brevedad asaltados, les tenian ventaja; y quiso su suerte que estando juntos para el efeto dicho, acertaron aquella mañana a ir por fajina Diego de Bustamante y Juan Molines y Lucero, todos tres descuidados de la emboscada que delante tenian, y ansí pasaron por ella. Estando de la otra banda, parescieron parte de los indios delante, y como no habia otro camino alguno por donde volver, sino el mesmo que habian llevado, volviendo atras salieron los que guardaban la vuelta y pusiéronseles delante. Los soldados con buen ánimo se arrojaron por ellos: los indios los recibieron con tantas lanzadas que sacaron de los caballos a Bustamante y a Juan Molines. Lucero pudo pasar por un lado y llevar la nueva a la Concepcion. Tocando arma, salió a la

voz della los capitanes Alonso Picado, Diego de Aranda, Pedro Pantoja, Alonso de Alvarado, Juan de Torres Navarrete, Antonio de Lastur: siguiéronles los soldados Alonso de Vera, Juan de Córdova, Hernan Perez Morales y otros muchos hasta número de treinta, que llegaron donde los indios estaban: que como hicieron aquella suerte, se vinieron caminando ácia la ciudad, que aunque los españoles llegaron a ellos y comenzaron a escaramuzar matando algunos, no por eso dejaron de ir siempre ganando ácia el pueblo hasta que la demas jente llegó, la cual habian enviado a pedir al dotor Saravia, que estaba en la plaza de la ciudad con todo el pueblo; y la primera vez les respondió con Juan de Ocampo San Miguel que se retirasen. Con este recaudo rescibieron desgusto y respondieron les enviase su señoría jente, que no se querian retirar, sino pelear, y ansí les envió socorro. Llegado allá, siendo en número por todos treinta arcabuceros y treinta hombres de lanza y darga, los cercaron al derredor por ser tierra llana, aunque de algunas quebradas pequeñas, apretándoles con arremetidas que hacian y jugando los arcabuces de ordinario, los vinieron a poner espaldas con espaldas, y ansí peleaban; y alguna vez cuando vian poder hacer algun efeto, rompian por aquella parte con grande ánimo, despreciando las vidas, teniéndolas en poco. Se apartó un indio de su escuadron con una macana grande en sus manos, vino sobre Alonso de Vera por le herir encima de la cabeza; habiendo hecho su golpe, desatinado Alonso de Vera, el indio se abrazó con él por sacallo de la silla. Andando ansí asidos llegó Juan de Córdova y le dió una lanzada por las espaldas: el indio, viéndose herido, volvió sobre el que le hirió, dejando el competidor que tenia, y le asió a Juan de Córdova de la lanza, y de tal manera tiró que se la sacó de las manos, y con ella le dió una lanzada al caballo del mesmo Córdova, que cayó luego muerto en una ladera. El capitan Diego de Aranda, que lo vido, vino por socorrerle: el indio, herido como estaba, lo esperó y dió una lanzada al caballo, que ansímesmo lo derribó muerto: hechas estas dos suertes, con su lanza en las manos se retiró al escuadron. Pues teniéndolos tan juntos y apretados, como se ha dicho, derribando muchos con los arcabuces, como tiraban a monton, viéndose morir, determinaron ántes que se perdiesen del todo, romper por los españoles que delante tenian ácia una barranca. Con esta órden pasaron, quedando muchos de ellos muertos, y muchos que fueron heridos. Halláronse despues deste recuentro hasta cien indios muertos en la parte que se habia peleado, porque aquella noche habian llevado muchos otros. Dejaron grande cantidad de armas de toda suerte en la barranca de donde se habian despeñado. Desde aquel dia, indio de guerra en escuadron formado nunca mas vino sobre la Concepcion, sino eran algunos ladroncillos, que estos de ordinario a hurtar algun caballo venian, o a matar algun yanacona, que es indio de servicio que tienen los españoles.

Ya habrá visto el letor que todos los sucesos de guerra que dejamos atras, han sido todos adversos; pues como de todos ellos llegase a Es-

paña la nueva y del gobierno que el dotor Saravia traia, su majestad mandó a Don Francisco de Toledo, su visorei, que a aquella sazon gobernaba el Pirú, proveyese de jeneral y maestro de campo que hiciesen la guerra a los naturales rebelados en el reino de Chile, y que los tales que proveyese fuesen de los que en el propio reino asistian y habian seguido la guerra en él. El visorei, informado de lo que convenia, proveyó, por virtud de lo que su majestad mandaba, al gobernador Rodrigo de Quiroga por jeneral, y a Lorenzo Bernal de Mercado por su maestro de campo, y para el efeto envió a Gaspar de Solís, su criado, que viniese por tierra con el proveimiento. Rodrigo de Quiroga no quiso acetar el jeneralato, diciendo que no le estaba bien haber sido gobernador, sin tener supremo alguno sino sola su voluntad, ser ahora jeneral volviendo atras y con un gobernador al lado y una audiencia, que ambas a dos cosas eran suficientes para no poder hacer efeto alguno en la guerra, porque los hombres nobles que habian servido a su majestad decian no les podia hacer ninguna merced, mas de solo darles trabajos de guerra, de lo cual estaban cansados, y los aprovechamientos era cierto los tenia Saravia de proveer en quien le paresciese, como lo hacia; por cuya causa se querian andar con él mas que con Rodrigo de Quiroga, y ansí no quiso acetar el cargo de jeneral.

Los oidores, como vieron que su majestad le quitaba el cargo de jeneral, viendo la cédula del visorei, dieron a ella entendimiento que ansímesmo le quitaba el gobierno, y juntos en su acuerdo, despues de haber tratado dello, mandaron no le tuviesen por gobernador, mas de solo presidente de la audiencia. Saravia decia no lo podian hacer, porque el Rei no le quitaba mas de solo el jeneralato que tenia. Esto aprovechó poco, a causa de estar mal quisto por su mala órden de gobierno, que en jeneral todos se holgaron y por la mayor parte regocijaron. Los oidores pronunciaron un auto en que por él mandaban no lo tuviesen por gobernador, y ansí lo mandaron pregonar en la plaza de la Concepcion. El pueblo disparó el artillería, diciendo *Te Deum laudamus:* despues desto ordenaron en su acuerdo, porque no se entendiese era pasion, mas de solo bien del reino, que todas las cosas estuviesen como en aquella sazon estaban, sin que contra ellas se proveyese cosa alguna de nuevo, ni se mudase cargo alguno de los proveidos hasta que el visorei y audiencia de las Charcas diese claridad si habia lugar o no estar sin el gobierno, para el cual efeto despachó Saravia al mesmo Gaspar de Solis que trajo los despachos del visorei, y los oidores enviaron por su parte a Diego de Chaves Tablada. Estos mensajeros, llegados a las Charcas y dado sus recaudos, aquellos señores declararon no habia lugar [a] entendimiento alguno mas de solo el jeneralato; que este su majestad se lo quitaba, y el gobierno no. Esta respuesta volvió a Chile; rescebida en la Concepcion por los oidores, fué admitido a su gobierno: él comenzó a usar por la misma órden que hasta allí habia tenido.

En este tiempo su majestad fué informado del licenciado Castro,

que habia sido gobernador del Pirú y tenia en jeneral plática de todas las Indias, cuanto convenia proveer gobierno para Chile e ansímesmo quitar el audiencia que en él estaba siete años habia, por respeto de la guerra hasta que el reino se quietase, y que de los salarios que llevaban oidores y gobernador con los demas ministros, habria que gastar para quietar el reino, pues de él propio salia el dinero para el gasto. Su majestad, informado de lo que mas convenia, celoso de las cosas de nuestra relijion católica, constándole que los indios rebelados muchos dellos eran cristianos y vivian fuera de nuestra relijion, y cuánto convenia quietar aquella provincia, porque lo demas del reino no se dañase, proveyó por gobernador a Rodrigo de Quiroga, que lo habia sido ántes cuando el audiencia entró en el reino, como en su lugar lo dijimos, y que se quitase el audiencia. Antes que este proveimiento se supiese, el visorei, visto que Rodrigo de Quiroga no habia querido acetar el cargo, volvió a hacer mensajero a Chile en que con pena se lo mandaba, y envió con la provision suya el treslado de la cédula que su majestad le envió para el efeto. Rodrigo de Quiroga lo acetó por servir al Rei, y luego comenzó como jeneral a hacer jente que de presidio residiesen en las ciudades de Angol, Imperial, Concepcion. Andando ocupado en este proveimiento, en veinte de noviembre de setenta y cuatro años, tuvo nueva como su majestad le habia hecho la merced que atras hemos dicho: esta carta le trajo Mendo de Ribera, mancebo gallego, por tierra. Desde a poco vino de los Charcas Francisco de Irrarrazaval, que trajo un treslado del orijinal que su majestad enviaba y estaba en poder del visorei juntamente con una carta suya en que le decia estaba proveido por gobernador de Chile, y su majestad le hacia merced de un hábito de Santiago y quitaba el audiencia, con otras muchas mercedes que le hacia, y que para el efeto de tomar visita a presidente y oidores venia desde España el licenciado Gonzalo Calderon, y por su tiniente jeneral en las cosas de justicia. Llegada y publicada esta nueva, fué tanto el contento que en la ciudad de Santiago se rescibió, que andaban los hombres tan regocijados y alegres, que parescia totalmente tener su remedio delante. Era de ver el repique de campanas, mucha jente de a caballo por las calles, damas a las ventanas, que las hai mui hermosas en el reino de Chile, infinitas luminarias, que parescia cosa del cielo: fué luego rescebido al gobierno tornando toda cosa a su cargo. Fué de ver los hombres que andaban por los montes huyendo de la guerra, por no servir a Saravia, venian a ofrecerse que le servirian en todo lo que quisiese mandarles. Saravia, quitado el gobierno, quiso irse a la Concepcion [a] asistir en su presidencia, y porque en el rio de Maule, que está entre la ciudad de Santiago y Concepcion tanto de una como de otra, estaba por órden suya un navio del Rei cargado de trigo por el proveimiento de aquella ciudad, quiso irse a embarcar en él por llegar con mas brevedad y ménos trabajo; cuando llegó a la mitad del camino supo era perdido con cuatrocientas hanegas de trigo que tenia, que los oficiales del Rei habian comprado

de la hacienda real y por cuenta suya, a causa que habiéndose detenido Saravia en Santiago mas tiempo de lo que convenia, con un temporal se perdió. Desde allí se volvió a Santiago y se fué a embarcar en un otro navio que estaba diez y seis leguas de allí en el puerto de Valparaiso, cargado de trigo para el mismo efeto. Que cierto parescia andaba la fortuna persiguiéndole y buscando en que hacelle mal y por él a todo el reino.

Luego que Saravia salió de Santiago, desde a veinte e seis dias, juéves a diez y siete de marzo, a las diez horas del dia, año de setenta y cinco, comenzó en la ciudad de Santiago un temblor de tierra al principio fácil con solo una manera de sentimiento, y desde a poco, no dejando de temblar, tomó tanto ímpetu que traia las casas y edificios con tanta braveza que parescia acabarse todo el pueblo. Fué Dios servido que aunque andaba ansí como se ha dicho no cayó casa ninguna, que las habia buenas, y de buenos edificios; abriéronse algunas, haciendo sentimiento de lo que por ellas habia pasado. Cesó desde a poco, dando gracias a Dios en jeneral todos por la merced que les habia hecho, entendiendo eran avisos que Dios les enviaba para enmienda de vida.

Y porque yo me ofrescí en el principio desta obra a escrebir todo lo que en este reino acaesciese, así de paz como de guerra, y lo que habia acaescido de atras hasta este año de setenta y cinco, tomando desde que se descubrió, y cumpliendo con lo que prometí, dejo de escrebir lo que adelante sucederá, porque habrá otros de mejor erudicion y estilo que suplirán lo que en mí falta: acabó con esta representacion de trajedia, pues lo ha sido, el dotor Saravia en su tiempo y gobierno, con casos tan adversos como por él han pasado.

Era el dotor Saravia natural de la ciudad de Soria, de edad de setenta y cinco años, de mediana estatura, y no en tanta manera que se echase de ver, sino era cuando estaba junto a algunos que fuesen mas altos que no él, angosto de sienes, los ojos pequeños y sumidos, la nariz gruesa y roma, el rostro caido sobre la boca, sumido de pechos, jiboso un poco y mal proporcionado, porque era mas largo de la cintura arriba que de allí abajo; polido y aseado en su vestir, amigo de andar limpio y que su casa lo estuviese; discreto y de buen entendimiento, aunque la mucha edad que tenia no le daba lugar a aprovecharse dél; cudicioso en gran manera y amigo de rescebir todo lo que le daban; enemigo en gran manera de dar cosa alguna que tuviese; enemigo de pobres, amigo de hombres bajos de condicion, que era [por ello] detractado en todo el reino; y aunque él lo entendia y sabia, no por eso dejaba de darles el mesmo lugar que tenian: amigo de hombres ricos, y por algunos dellòs hacia sus negocios, porque de los tales (era presuncion) rescebia servicios y regalos: sus cargos de correjidores y los demas que tenia que proveer como gobernador, los daba a hombres que estaban sin nescesidad. Presumíase lo hacia por entrar a la parte, pues habia en el reino muchos caballeros hijosdalgo que a su majestad habian

servido mucho tiempo, a los cuales no daba ningun entretenimiento, y dábalo a los que tenian feudo del Rei en repartimiento de indios; a estos aprovechaba, pues en este tiempo dió a Francisco de Lugo, mercader, hombre rico y que al Rei jamas habia servido en cosas de guerra en Chile, un cargo de protector de los indios con seiscientos pesos de salario, y a un hombre otro que le ayudase le dió docientos, y a un otro que defendiese las causas de los indios en audiencia pública ciento, de lo que los pobres indios sacaban de las entrañas de la tierra con su trabajo. Este cargo le pidieron muchos soldados, y yo Alonso de Góngora fuí uno dellos, que desde el tiempo de Valdivia habia servido al Rei, y ayudado a descubrir y ganar este reino, y sustentado hasta el dia de esta fecha, y estaba sin remuneracion de mis trabajos. Saravia no lo quiso dar a ninguno por no quitar al mercader que lo tenia, ántes para dárselo lo quitó a un soldado antiguo que lo tenia y que al Rei habia servido mui bien y siempre a su costa, llamado Juan Nuñez, natural de Torrejon de Velasco. Por estas cosas daba [a] entender Saravia debia de ser con él particionero, y como el reino de Chile estaba tan léjos de España, no podia su majestad ser informado con tanta brevedad como convenia, pasábase por todo, rescibiendo los vasallos del Rei tantas vejaciones. Era tanta su miseria y codicia, que mandabá a su mayordomo midiese delante dél cuantos cubiletes de vino cabian en una botija, teniendo cuenta cuanto se gastaba cada dia a su mesa, en la cual solo él bebia vino, aunque valia barato, para saber cuantos dias le habia de durar; y porque vido un dia unas gallinas que comian un poco de trigo que estaba al sol enjugándose para llevarlo a el molino, y era el trigo suyo, las mandó matar; y como despues supiese del mayordomo que eran suyas, habiéndolas repartido [a] algunos enfermos, los trató mal de palabra. Decian ansímismo que no veia, y para el efeto traia un antojo colgado del pescuezo, que cuando queria ver alguna cosa se lo ponia en los ojos, diciendo que de aquella manera via, y era cierto que sin antojo via todo lo que un hombre de buena vista podia ver cuando queria, que una sala todo el largo de ella via a un paje meterse en la faldriquera de las calzas las piernas de un capon, siendo buena distancia; lo cual yo vi y me hallé presente. Tenia una doble condicion, que no agradescia cosa que por él se hiciese, y queria que en extremo grado se le agradesciese a él lo que por alguno hacia. Son tantas cosas las que podria escrebir del dotor Saravia, que porque el letor no me tenga por sospechoso, como algunos hombres togatos y torpes podian tenerme, determino no decir mas, aunque con verdad habia mucho. Y pues he cumplido mi promesa, quisiera que el dejo de este gobernador fuera de hechos valerosos y virtudes encumbradas; mas como no puedo tomar lo que quiero, sino lo que sucesive detras de los demas gobernadores ha venido y tengo de nescesidad pasar por lo presente, suplico al letor no me culpe el no pasar adelante, porque en solo esta vida quedo bien fastidiado, que cierto no la escribiera, si no me hubiera ofrescido en el principio de mi obra escrebir vicios y

virtudes de todos los que han gobernado; y porque me he preciado escrebir verdad, no paro en lo que ninguno detratador puede decir.

Pasadas las cosas dichas en el gobierno de Saravia, y rescebido Rodrigo de Quiroga por gobernador, a dos dias de mayo de setenta y cinco años, se tuvo nueva en la ciudad de Santiago era llegado a la Serena un navio en que venia el licenciado Gonzalo Calderon con órden de su majestad para tomar visita a presidente y oidores de la audiencia que en la ciudad de la Concepcion residia, y enviarla a España, para que en el real Consejo de las Indias se entendiese de la manera que habian vivido y la órden que habian tenido en las cosas de gobierno y de justicia, y para levantar el audiencia y cesar negocios, tomándolos todos en sí otorgando las apelaciones para el audiencia de los Reyes. Llegada la nueva a la ciudad de Santiago, el gobernador Rodrigo de Quiroga le envió al camino a Gregorio Sanchez, natural de Alcalá del Rio, hombre principal, que de su parte le visitase y diese el bien venido. En Santiago fué rescibido con mucho contentamiento de todo el pueblo y de muchos hombres principales que le estaban esperando para dalle el bien venido y parabien del cargo que traia y merced que su majestad le habia hecho, ordenaron regocijalle con toros y juegos de cañas, y otras muchas maneras de fiestas que se hicieron, porque la audiencia en aquel tiempo estaba odiosa en jeneral por respeto de la guerra. Luego prosiguió la órden de su visita con hombres principales y desapasionados, porque no se entendiese que negocio tan importante le movia pasion ni otra cosa alguna de las muchas que se suelen poner a jueces semejantes. El licenciado Torres de Vera estaba en Santiago en aquel tiempo, que habia acabado de visitar los términos de aquella ciudad, por órden de la audiencia y por comision suya, como oidor que en ella residia. Estando de partida para irse a su audiencia, el licenciado Calderon le mandó notificar en ocho de junio de setenta y cinco años, dia lúnes, que no usase de ninguna juridiccion por el camino, ni llegado que fuese a la audiencia; el cual respondió a la notificacion que lo oia, y pidió se le diese treslado del auto, con el cual se fué su camino por otra parte. Envió ansímesmo comision a Francisco Gutierrez Valdivia, que era correjidor en la Concepcion, y con treslado de lo que su majestad mandaba, que por virtud dello notificase [a] aquellos señores, no oyesen de ningunos pleitos ni de otros negocios algunos presidente y oidores: respondieron que obesdecian lo que su majestad mandaba y estaban prestos de lo cumplir; y ansí, víspera de San Pedro y San Pablo del mismo año de setenta y cinco, cesaron en su audiencia, dándose por no jueces para poder oir ni determinar negocio alguno.

Y porque tengo dicho que habrá otros que escriban lo de adelante, acabo con esta mi obra. La gloria de toda ella se dé a Dios todopoderoso, que vive y reina por todos los siglos de los siglos, amen.

Acabóse en la ciudad de Santiago del reino de Chile en diez y seis dias del mes de diciembre de mil y quinientos y setenta y cinco años.—Fin.—*Alonso de Góngora.*

COLECCION DE DOCUMENTOS

ANEXOS

A LA HISTORIA ANTERIOR.

I.

Dejacion que hizo Pedro Sancho de Hoz, de una provision que el marques Don Francisco Pizarro le habia dado, a consecuencia de no haber cumplido lo que habia asentado y capitulado con el capitan Pedro de Valdivia, para el descubrimiento de las provincias de la Nueva Extremadura (1).

En el pueblo de Atacama, que es en costas provinciales del Perú, domingo 8 dias del mes de agosto año del Señor de 1540 años, envió Pedro Sancho de Hoz con Lope de Landa a llamar a Alonso de Monroy e a Juan Bohon, para dar concierto con el capitan Pedro de Valdivia en sus cosas y negocios, y lo que les dijo fué, que dijesen al capitan Pedro de Valdivia lo siguiente:

Que el dicho Pedro Sancho de Hoz queria hacer dejacion e revocacion de una provision que el marques Don Francisco Pizarro le habia dado, por cuanto el dicho Pedro Sancho de Hoz veia y conocia que no habia cumplido lo que habia quedado e firmado con el capitan Pedro de Valdivia, que era lo contenido en una cédula e contrato que se hizo en la ciudad del Cuzco a 28 dias del mes de diciembre de 1539 años, la cual cédula y contrato está escrita del dicho Pedro Sancho de Hoz, y firmada de su nombre y del nombre del dicho señor capitan Pedro de Valdivia, su tenor de la cual es esta que se sigue:

En la ciudad del Cuzco, a 28 dias del mes de diciembre de 1539

(1) Tomado de la Coleccion de Documentos de Gay, que lo ha "sacado del orijinal que se halla en el archivo jeneral de Sevilla entre los documentos traidos de Simancas."

años, estando en las casas del marques Don Francisco Pizarro, en la sala de su comer, se concertaron, e yo Pedro Sancho de Hoz digo: iré a la ciudad de los Reyes, e de ella os traeré 50 caballos e yeguas; y mas digo, que traeré 2 navios cargados de las cosas necesarias que se quieren para la dicha armada; e mas digo yo el dicho Pedro Sancho de Hoz, que traeré 200 pares de coracinas para que se den a la jente que vos, el dicho capitan Pedro de Valdivia, tuviéredes, lo cual todo como dicho es, digo que lo cumpliré dentro de cuatro meses cumplidos primeros siguientes; e yo el dicho capitan Pedro de Valdivia digo: que por mejor servir a S. M. en la dicha jornada que tengo comenzada, que accepto la dicha compañía, y digo que la haré con las condiciones contenidas en este concierto, que vos, el dicho Pedro Sancho de Hoz, cumplais lo por vos aquí en este concierto dicho e contenido, y firmámoslo de nuestros nombres dicho dia, mes e año susodicho.—*Pedro Sancho de Hoz.—Pedro de Valdivia.*

Ansí llamados el dicho Juan Bohon e Alonso de Monroy en el dicho pueblo de Atacama por Pedro Sancho de Hoz, les dijo: que dijesen de su parte al capitan Pedro de Valdivia, que le rogaba que pues no habia podido cumplir ni cumplió lo entre ellos concertado y capitulado, que deshiciesen todo lo capitulado, porque esto era lo que convenia al servicio de Dios N. S. e de S. M. y provecho de esta armada e sosiego de los españoles de ella.

Item dijo: que si el dicho capitan Pedro de Valdivia tenia por bien de lo llevarse, como a servidor de S. M. y debajo de su bandera, para ir a servir en la jornada en lo que pudiera, y tener de comer en la provincia de Chile, conforme a la calidad de su persona, yendo siempre obediente al dicho Pedro de Valdivia, y debajo de su bandera.

Item dijo: que pedia al dicho capitan Pedro de Valdivia, que algunos caballos y otras cosas que él le habia dado para ayuda a esta armada, que hobiese por bien de le mandar hacer por ellos sus obligaciones conforme a lo que fuese justo.

Item dijo: que la compañía entre ellos hecha, que la quiere dar y da por ninguna y de ningun valor ni efecto, pues que como dicho tiene, él no tiene posibilidad de cumplir lo que quedó para ser su compañero, y pues no hobo efecto la posibilidad, ménos es razon de cumplir la compañía, e firmólo de su nombre.—*Pedro Sancho de Hoz.*

Lo que respondió el capitan Pedro de Valdivia es lo siguiente:

Al primer capítulo, que cuanto a lo que tira a la dejacion de la provision, que él lo ha por bien, pues el dicho Pedro Sancho de Hoz no ha podido cumplir lo que era obligado.

En lo que dice de lo llevar consigo a las provincias de Chile a servir a S. M., que él lo ha por bien, y de le dar de comer conforme a la calidad de su persona.

En lo que dice de los caballos que le ha dado e otras cosas, que el dicho capitan Pedro de Valdivia está presto de se los pagar con ganancias moderadas y precios justos, como es razon.

En lo que toca a deshacer la compañía, por la poca posibilidad que dice que tiene, que lo ha por bueno, y es dello contento, y esto dijo que daba e dió por su respuesta, e firmólo de su nombre.—*Pedro de Valdivia.*

Despues de esto, en el dicho pueblo de Atacama, que es en las provincias del Perú, a 12 dias del mes de agosto de 1540 años, en presencia de mí Luis de Cartagena, escribano público en el real del capitan Pedro de Valdivia, por el I. S. marques D. Francisco Pizarro, adelantado e gobernador y capitan jeneral de estas provincias por S. M., e de los testigos de yuso escritos, pareció Pedro Sancho de Hoz e dijo: que por cuanto en la ciudad del Cuzco hobo hecho e otorgado cierta compañía entre el dicho capitan Pedro de Valdivia y él, por virtud de la cual el I. S. marques Don Francisco Pizarro le dió una provision, e agora por cuanto entre él y el dicho capitan Pedro de Valdivia estan acordados de deshacer la compañía y darla por ninguna, por razon que el dicho Pedro Sancho de Hoz no ha podido cumplir, ni ha cumplido lo que tenia prometido al dicho capitan Pedro de Valdivia para el viaje y conquista y poblacion, que el dicho capitan Pedro de Valdivia estaba proveido por el dicho señor marques en nombre de S. M., que es ir a conquistar y poblar y gobernar las provincias de Chile e todas las otras sus comarcas, de que tuviese noticia el dicho Pedro Sancho de Hoz, que no siendo persuadido ni amolestado de persona alguna, ántes estando en su libre poder, e de su espontánea voluntad, hacia e hizo dejacion de la dicha provision, uso y ejercicio de ella, pues el dicho señor marques se la habia dado por razon de la dicha compañía, e porque el dicho Pedro Sancho de Hoz habia de dar al dicho capitan Pedro de Valdivia todo lo ya dicho y declarado, y contenido en los dichos contratos, que aquí van declarados, lo cual todo lo que dicho es, el dicho Pedro Sancho de Hoz dijo: que no ha podido ni puede cumplir aunque lo ha procurado, por auto, que como dicho tiene, que se apartaba y apartó, desistia y desistió de la dicha provision a él dada por el dicho señor marques; y que no queria ni quiere usar de ella agora, ni en tiempo alguno, ni por alguna manera, y que renunciaba y renunció todo el favor y mando de la dicha provision, y la daba e dió por ninguna, e de ningun valor ni efecto, y quiere y es su voluntad, que el dicho capitan Pedro de Valdivia use y ejercite, como siempre ha usado y ejercido e gozado, su primera provision, porque así cumple al servicio de Dios e de S. M., y provecho y pacificacion de este real.

Otrosí: dijo el dicho Pedro Sancho de Hoz, que si por razon dél haber escrito o avisado, o otro por él, a S. M. e a los señores de su mui alto consejo, que él habia a hacer este viaje, conquista y poblacion, le fuesen hechas alguna merced o mercedes, título o títulos, o otras cosas que S. M. suele dar o hacer mercedes a los que le sirven, que en tal caso las tales merced o mercedes, título o títulos, franquezas o liberalidades, se desistia e apartaba de ellas, y pide e suplica a S. M. e a los

señores de su mui alto consejo, que las mercedes que tuviesen hechas o se hiciesen de aquí adelante en el dicho Pedro Sancho de Hoz, se pongan en cabeza al dicho capitan Pedro de Valdivia, como en persona que él solo hace los dichos servicios a S. M., e que desde agora renunciaba e renunció todas e cualesquier gracias y mercedes, privilejios, libertades, títulos y exenciones que por razon de lo susodicho le sean fechas, e quiere y es su voluntad que las haya e goce el dicho capitan Pedro de Valdivia, pues S. M. es servido que la persona que lo trabaja y gasta en su real servicio, goce de las tales mercedes y gracias por él fechas, para lo cual todo lo que dicho es ansí tener y mantener, cumplir e guardar dijo: que juraba e juró por Dios N. S. y por Santa María su Madre, y por las palabras de los Santos Evanjelios doquier que mas largamente estan escritos, y por una seña de la cruz tal como esta †, do corporalmente puso su mano derecha, e a la solucion de dicho juramento dijo: "Sí juro, e amen," que no irá ni vendrá agora ni en tiempo alguno, él ni otro por él, contra lo que dicho es, ni contra cosa ni parte de ello, so pena de perjuro e infame, e de caer en caso de ménos valor, e que no pedirá relajacion del dicho juramento a nuestro mui santo padre, ni a otros sus delegados, ni a otro ningun prelado ni persona que de la causa pueda ni deba conocer, so pena de 50 pesos de oro para la cámara e fisco de S. M., que desde agora dijo que se daba e dió por condenado en ellos lo contrario haciendo, o alguna cosa o parte de ello; para ejecucion de lo cual todo que dicho es, dijo que daba e dió todo su poder cumplido, bastante e llenero, a todos e cualesquier alcaldes, justicias de S. M., de cualquier fuero e jurisdiccion que sean, así eclesiásticos como seglares, para que por todos los remedios y rigores del derecho me compelan y apremien a lo ansí tener e guardar, y cumplir y pagar, y dijo que él obligaba e obligó su persona y bienes, muebles y raices, habidos y por haber, doquiera que los haya y tenga, haciendo y mandando hacer entrega y ejecucion en su persona y bienes, y haciendo entero pago de todo lo susodicho bien, e ansí y tan cumplidamente como si lo susodicho fuese sentenciado por juez competente, e la tal sentencia fuese por él consentida e pasada en cosa juzgada e dada a ejecutar, e renunció todas y cualesquier leyes, fueros y derechos, ordenamientos, mercedes y privilejios e gracias que en este caso se pudiere ayudar o aprovechar, que le non valan, y en especial y señaladamente renunció la lei e regla del derecho en que dice, que "jeneral renunciacion de leyes fecha, non vala."

En testimonio de lo cual otorgó la presente ante mí el escribano y testigos de yuso, e lo firmó de su nombre, que es fecho e otorgado en el dicho pueblo de Atacama, a 12 dias del mes de agosto, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1540 años.

Testigos que fueron presentes a todo lo que dicho es e vieron firmar al dicho Pedro Sancho de Hoz:—*Juan Bohon*, e *Alonso de Monroy*, y *Pedro Gomez*, e *Diego Perez*, clérigo presbítero.—*Pedro Sancho de Hoz*.—E yo *Luis de Cartagena*, escribano público en esta armada y real

del mui magnífico señor el capitan Pedro de Valdivia, por el ilustre señor el marques D. Francisco Pizarro, adelantado, gobernador y capitan jeneral en estos reinos de la Nueva Castilla por SS. MM., que presente fuí en uno con los dichos testigos a todo lo que dicho es, lo fice escribir segun ante mí pasó, e por ende fice aquí este mio signo atal.—En testimonio de verdad.—*Luis de Cartagena,* escribano público y del juzgado.

II.

Poder que dió Pedro de Valdivia, gobernador de la Nueva Extremadura, a Juan Bautista Pastene, su teniente de capitan jeneral en la mar, para el viaje a que le enviaba a descubrir la costa desde el puerto de Valparaiso hasta el estrecho de Magallanes; y a continuacion la instruccion, y la relacion del suceso del viaje desde 4 hasta 30 de setiembre de 1544 (1).

En el puerto de Valparaiso, que es en este valle de Quintil, término y jurisdiccion de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, a 3 dias del mes de setiembre de 1544 años, el mui magnífico señor Pedro de Valdivia, electo gobernador y capitan jeneral en nombre de S. M., dió poder ante Antonio de Valderrama, escribano de S. M., a Juan Bautista de Pastene, su teniente de capitan jeneral en la mar, y piloto de su navio llamado *San-Pedro,* y a Gerónimo de Alderete, tesorero de S. M., e a Rodrigo de Quiroga, e a mí Juan de Cárdenas, escribano mayor del juzgado en estos reinos de la Nueva Extremadura, para efectuar lo que en él se contiene, el tenor del cual es este que se sigue:

Sepan cuantos esta carta de poder vieren, como yo Pedro de Valdivia, electo gobernador y capitan jeneral en nombre de S. M. en estos reinos de la Nueva Extremadura, que comienzan del valle de la Posesion, que en lengua de indios se llama Copayapo, con el valle de Coquimbo, Chile y Mapocho, y provincias de Promaocaes, Rabco, y Quiriquino, con la isla de Quiriquina, que señorea el cacique Leochengo, con todas las demas provincias, sus comarcanas, hasta en tanto que S. M. provea lo que fuere su servicio, etc., digo: que há cinco años que vine a esta tierra a la conquistar, pacificar y poblar en nombre de S. M.; y en llegando que a ella llegué, poblé la dicha ciudad de Santiago, y por haberse los indios rebelado contra el servicio de S. M. no queriendo sembrar todo este tiempo manteniéndose de muchas legumbres que produce la tierra; y por me poder sustentar con la jente que traje, y permanecer en ella, y no desampararla, ha sido mas que necesario con una parte de los vasallos de S. M., hacer la guerra a los naturales que la han mantenido contra nosotros mui de veras, y la otra que atendiese a sembrar; y así he tenido harto que hacer en que me sustentar y gardar las comarcas de la dicha ciudad, porque siempre los indios pensaron habia desampararla y volverme; y aunque yo decia a

(1) Tomado de la Coleccion de Documentos de Gay (t. I), que lo ha "sacado del orijinal que se halla en el archivo jeneral de Sevilla entre los documentos traidos de Simancas."

los que prendia en la guerra, que habian de venir muchos cristianos, se burlaban de ello, y no lo creian, y por esto perseveraron en su rebelion hasta que el capitan Alonso de Monroy, y mi teniente, me llegó con el socorro por que le envié a las provincias del Perú, que fueron setenta hombres de caballo por tierra, y un navio por la mar, con armas y herraje, y vino para decir misa, de que teníamos falta, que habia mas de cuatro meses que no se decia, y con su venida constreñí a los indios de tal manera, no dándoles lugar a que tuviesen un dia de seguridad ni descanso, que les ha sido forzoso venir a la obediencia de S. M. pidiéndome la paz que yo siempre les he ofrecido y guardado, en tanto que ellos la quisieron sirviendo a los cristianos que los han conquistado y tomado con la contínua guerra y mui crecidos trabajos, y viendo esto, he poblado de nuevo en nombre de S. M. la ciudad de la Serena en el valle de Coquimbo, enviando un teniente mio con jente de caballo y pié para que haga servir a los indios como conviene a su real servicio, y ahora de nuevo nombro y señalo este puerto de Valparaiso para el trato de esta tierra y ciudad de Santiago, y he enviado a mi maestre de campo con copia de jente de caballo a la provincia de Rauco, a que me descubra la tierra y tome lenguas, que hai de camino hasta sesenta leguas, segun tengo noticia por relacion de indios tomados cerca de allá por mis capitanes y maestre de campo, y que de allí no pase, porque a mí me conviene en tanto quedar en persona en esta provincia para la conservacion della, hasta que abiertos los caminos con estar poblada la dicha ciudad de la Serena, venga jente para ir a poblar adelante, dejando pacíficas y seguras estas provincias por tener seguras las espaldas, pues la ciudad de Santiago es el principal escalon donde toda esta tierra hasta el estrecho se ha de descubrir y poblar; y para que mi buen deseo haya el efecto que al servicio de Dios y de S. M. y al acrecentamiento de su real patrimonio y rentas conviene, envío tambien dos navios con jente de guerra, con Juan Bautista de Pastene, mi teniente de capitan jeneral en la mar, por ser persona de prudencia y confianza, y práctico en las cosas de la guerra, así con indios como en nuevos descubrimientos, para que salte en tierra todas las veces que le pareciere con la jente que fuere menester para saberlo bien hacer, y me tome lenguas en toda la costa desde el paraje de este puerto de Valparaiso hasta el estrecho de Magallanes, y me descubra la costa y puertos que hai en ella, y me traiga verdadera relacion, y para que dé favor a mi maestre de campo y a la jente que con él va; y tambien dí órden al dicho maestre de campo, obedeciese en todo al dicho capitan Juan Bautista.

Por tanto, por todas las causas dichas, y para que S. M. sea mejor servido, y sus vasallos animados con saber hai tierra donde se les pueda gratificar sus trabajos, y yo tenga la posesion de ella en nombre de S. M., otorgo y conozco por esta presente carta, que doi y otorgo todo mi poder cumplido, libre, lleno, bastante, segun que lo yo he y tengo, y de derecho en tal caso se puede y debe dar, jeneral y especialmente a

vos, Juan Bautista de Pastene, mi teniente de capitan jeneral por la mar, y a vos, Juan de Cárdenas, escribano mayor del juzgado destas provincias, mi secretario, y a vos, Gerónimo de Alderete, tesorero de S. M., y a vos, Rodrigo de Quiroga, que estais presentes, y a todos cuatro juntamente, y a cada uno de vos *in solidum*, conviene a saber: a vos los dichos Juan Bautista de Pastene, Gerónimo de Alderete y Rodrigo de Quiroga, para que todos juntos e cualquiera de vos podais tomar e tomeis, aprehender y aprehendais en nombre de S. M. y mio la posesion de la tierra y tierras, provincia y provincias donde vos, el dicho Juan Bautista de Pastene, mi capitan, saltáredes, y a vos, Juan de Cárdenas, por ser, como sois, persona de prudencia, y gran confianza y autoridad, celoso del servicio de S. M., para que deis testimonio por escrito de la tierra donde el dicho mi capitan saltare, y de la posesion que tomare della cualquiera de los sobredichos en nombre de S. M. y mio, como su escribano mayor del juzgado, y escribano que de nuevo os creo si es necesario en nombre de S. M. para este efecto, y tener práctica así dello como de las cosas de la guerra, y ser de buen juicio y natural para dar en todo buen parecer, y teneis experiencia y habilidad para bien saber servir a S. M., y demas y allende sois mui buen soldado, y habeis usado la guerra muchos años, y sé haceis en este descubrimiento mui gran servicio a S. M., como lo habeis hecho donde os habeis hallado, y le habeis mui bien servido en estas provincias del Nuevo Extremo, y para todas las cosas y casos a esto tocantes, y a lo demas que a vos los sobredichos Juan Bautista de Pastene, mi capitan, y Juan de Cárdenas, mi secretario, y Gerónimo de Alderete, y Rodrigo de Quiroga, os pareciere convenir al servicio de S. M. y mio en su nombre, y hacer todas las dilijencias que yo haria y hacer podria presente seyendo, aunque sean tales y de tal calidad que en sí requieran haber otro mi mas especial poder, mandado y presencia personal; e cuan cumplido y bastante poder yo he e tengo para todo lo susodicho, ese mismo y otro tal y tan cumplido doi a vos los sobredichos juntamente y a cada uno de vos *in solidum*, con todas sus incidencias y dependencias, anexidades y conexidades, y con libre y jeneral administracion, y vos relevo segun forma debida de derecho, y segun en tal caso debeis ser relevados, y para haber por firme todo aquello que por virtud deste dicho mi poder fuese por vos los dichos fecho, obligo mi persona y bienes, habidos y por haber: en fe de lo cual otorgué la presente carta en este puerto de Valparaiso, a tres dias del mes de setiembre, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1544 años, siendo presentes por testigos a lo que dicho es: el padre *Diego Perez*, clérigo presbítero, y *Juan Gomez*, alguacil mayor, y *Diego García de Villalon*, y *Gabriel de Salazar*, alferez, y *Enaldino de Cuella*, estantes en este dicho puerto, y el dicho señor gobernador lo firmó de su nombre en el rejistro desta carta: *Pedro de Valdivia.*—E yo *Antonio de Valderrama*, escribano de S.S. M.M., que a todo lo que dicho es en uno con los dichos testigos presente fuí, y de otorgamiento del dicho señor go-

bernador la escribí segun que ante mí pasó, e por ende hice aquí este mio signo que es atal.—En testimonio de verdad.—*Antonio de Valderrama*, escribano de S.S. M.M.

E despues de lo susodicho, en el dicho puerto de Valparaiso el dicho señor gobernador dió y entregó al dicho Juan Bautista de Pastene, su capitan, un estandarte, y en él pintado un escudo de las armas imperiales, y bajo dél otro de las del dicho señor gobernador, y le dijo estas palabras: "Capitan, yo os entrego este estardarte para que bajo la sombra y amparo dél sirvais a Dios y a S. M., y defendais y sustenteis su honra y la mia en su nombre, y me deis cuenta dél cada e cuando os lo pidiese, y así haced juramento y pleito homenaje de lo cumplir." Y luego el dicho capitan Juan Bautista de Pastene recibió el dicho estandarte, y dijo que haria y cumpliria lo que le era mandado por el dicho señor gobernador, y lo que andando el tiempo demas le mandase en servicio de Dios y de S. M., con toda fidelidad y dilijencia y buena conciencia; y hizo el juramento y pleito homenaje dello en manos del dicho señor gobernador: testigos los sobredichos y otros muchos.

E luego *incontinenti* dijo el dicho señor gobernador al dicho capitan, que por cuanto convenia al servicio de Dios y de S. M. descubrir la costa de esta mar del sur ácia el estrecho de Magallanes, y saber qué tierra habia, y tomar posesion en el nombre de Jesucristo, y por S. M. y por el dicho señor gobernador, en nombre de ambos le mandaba fuese luego a lo poner obra.

Y así salió del dicho puerto de Valparaiso, que está en el altura de 32 grados y tres cuartos, a 4 dias del dicho mes de setiembre y año susodicho, con treinta hombres de guerra, y con otro navio llamado *Santiaguillo* con jente asímesmo, y ambos bien proveidos de mantenimientos, a descubrir en nombre de S. M. y del dicho señor gobernador, con una instruccion en que por ella le mandaba lo que habia de hacer. El tenor de la cual es este que sigue:

Instruccion para vos, Juan Bautista de Pastene, mi teniente de capitan jeneral en la mar, de lo que habeis de hacer con el ayuda de Dios y de su bendita Madre, y del apóstol Santiago, patron de nuestras Españas y alferez de la cristiandad, y de como os habeis de gobernar en el viaje que ahora os envío a descubrir la costa desta mar del sur ácia el estrecho de Magallanes, y tomar posesion en la tierra donde saltáredes en nombre de S. M. y mio, y traerme lenguas della, y hacer todo lo demas que conviniese a su real servicio.

Llevais el poder que he dado a vos, y a Juan de Cárdenas, escribano mayor del juzgado, y a Gerónimo de Alderete, tesorero de S. M., y a Rodrigo de Quiroga, y habeis de usar dél desta manera:

Dándoos Dios salud a todos los que vais nombrados en el dicho poder, tome posesion de la tierra y tierras donde saltáredes, en nombre de S. M. y mio, el tesorero Gerónimo de Alderete, porque sea testigo de vista para si lo hobiere de enviar a España, y haga todas las dilijencias

que en tal caso sean necesarias; y si Dios dispusiere dél, tomaréis vos o el dicho Rodrigo de Quiroga la posesion.

Tambien va Juan de Cárdenas, por ser hábil y de confianza, para que dé fe como escribano mayor del juzgado de la posesion que se tomare en las tierras donde saltáredes, y principalmente le envío como a persona de experiencia y prudencia en cosas de la guerra, y de buen parecer en estas y en todas las demas que se os podrá de nuevo ofrecer, y sabrá juntamente con vos hacer todo aquello que al servicio de S. M. convenga, y a la conservacion de todos y buena expedicion de lo que is a hacer, y demas desto va bien advertido de mi voluntad: conformaros heis con su parecer, porque junto con el vuestro no podréis dejar de acertar, y así haréis todo aquello que os pareciere convenir al servicio de Dios y de S. M.

En lo que tocare a vuestra navegacion y saltar en tierra y tornaros a embarcar, se reserva solamente a vos que os compete.

Envío asímesmo en vuestra conserva el navio llamado *Santiaguillo*: si tuviéredes buen tiempo con que seguir vuestra navegacion, daréis órden al maestro dél que vaya la vuelta de tierra y surja en el rio de Mauli, porque allí estará esperándole mi maestre de campo, para que con el batel ayude a pasar aquel rio los cristianos y caballos, y vuelva de allí cargado de comida, porque así lo mandé al dicho maestre de campo, y sepa como habeis pasado de largo, y que os espere para la vuelta cerca de la provincia de Rauco, adonde mejor le pareciere, o haga aquello que viere convenir y el tiempo le diere lugar si tardáredes.

Navegaréis hasta ciento cincuenta o doscientas leguas la costa arriba, o mas o ménos como el tiempo os hiciere, y saltaréis en tierra donde halláredes puertos o abrigos para ello, y tomaréis en todas partes las lenguas que pudiéredes para que tengamos claridad cierta de toda esta tierra, y en todas las partes que saltáredes tome posesion en nombre de S. M. y mio quien tengo dicho, y descubriréis mui bien toda la costa, mirando los puertos y trayendo larga memoria de todo.

Pónase nombres a los puertos, rios e islas que descubriéredes, y tierras donde tomáredes posesion, como pareciere a vos el dicho Juan de Cárdenas; y porque él va, como dicho tengo, advertido de lo que yo deseo que se haga, tomaréis en todo su parecer, pues él no saldrá del vuestro, por quedar confiado e ser bien acertado en el servicio de Dios y de S. M., y contentamento mio.

Si pudiere ser, ya que seais de vuelta para este puerto de donde partís, cargaréis el navio de comida y ovejas donde las halláredes, "pues por mucho pan nunca mal año."

Esto y todo lo demas remito a vuestro buen parecer y juicio, y a la dilijencia que habeis siempre puesto donde habeis andado, en lo que al servicio de S. M. ha convenido.—Fecha a 4 de setiembre del dicho año.—*Pedro de Valdivia.*

El dicho dia una hora de noche se hizo el navio *San-Pedro* a la vela, y con un viento norte navegó el dicho capitan Juan Bautista Pastene

trece dias, de dia con las velas que le parecia convenir, y de noche metiéndose a la mar con solo el papahigo del trinquete, por temor de los nordestes, que son travesías en esta costa y le seguian mucho; y a cabo de estos dias, a los 17 del dicho mes y año dicho, hizo un dia claro y buen sol, y el dicho capitan tomó el altura y se halló en 41 grados y un cuarto, y parecióle a él y a nosotros no debia subir mas, hasta que viésemos la tierra donde estábamos, y este dia volvimos ácia ella en busca de puerto, y le hallamos una hora ántes que se pusiese el sol.

Aquí mandó el dicho capitan a sus marineros que echasen ancla y sacasen la barca en nombre de Dios, y de S. M. y del gobernador Pedro de Valdivia, su señor, cuyo teniente de capitan era, y por cuyo mandado él y todos los que allí estábamos, y el navio, íbamos a hacer el dicho descubrimiento.

Aquí pusimos nombre a este puerto, el puerto de San-Pedro; por llamarse Pedro el gobernador y San-Pedro el navio que lo descubrió; y estuvimos quedos aquella noche, habiendo visto cuando llegamos indios e indias a la costa, y buhios, que son sus casas, y muchas sementeras y tierra apacible y de buen temple: este puerto tiene abrigo de norte y sur y de travesía.

Otro dia juéves por la mañana entró el capitan en la barca, y salimos con él doce soldados con nuestras armas y a punto, y saltó en tierra en una provincia que se llama Lepil, dádose éxito a un poblezuelo que se dice en aquella tierra Lepilmapo, y pasa por junto a él un riachuelo pequeño que se dice Lepileubo.

Aquí salimos en tierra el capitan, y Gerónimo de Alderete, y yo y otros siete soldados, dejando en la barca tres que la toviesen presta y a recaudo, y en llegando a tierra estaban cerca del agua hasta doce indios e indias, algunos de ellos con unas tiraderas en las manos, hablando soberbiosamente, lo que no les entendimos: y mostrándoles alguna chaquira, y haciéndoles señas nos dejaron llegar a ellos: llegados, tomamos dos indios y dos indias, y teniéndolos cuatro soldados por las manos, sacó el dicho capitan la instruccion arriba contenida del dicho señor gobernador, y dió el poder al tesorero Gerónimo de Alderete, e díjole que tomase posesion en aquellos indios e indias de aquella tierra por S. M., y en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia, su señor, y a mí Juan de Cárdenas que hiciese mi oficio, como lo mandaba el gobernador por mi instruccion.

E luego este mesmo dia por la mañana, juéves 18 dias del dicho mes de setiembre del dicho año 544, en presencia de mí el dicho Juan de Cárdenas, escribano, y testigos de yuso escritos, el dicho Gerónimo de Alderete, tesorero de S. M., armado de todas sus armas, con una darga en su brazo izquierdo, teniendo su espada desnuda en la mano derecha, dijo que tomaba e tomó, aprehendia y aprehendió posesion en aquellos indios e indias, y en el cacique dellos, que se llamaba Melillan, y en toda aquella tierra y provincia, y las comarcanas a ella, por el emperador Don Cárlos, rei de las Españas, y en su nombre por el gobernador

Pedro de Valdivia, cuyo vasallo y súbdito era el dicho gobernador y todos los que allí estábamos, y en presencia de todos, dijo el dicho Gerónimo de Alderete lo siguiente: "Escribano que presente estais, dadme por testimonio en manera que haga fe ante S. M. y los señores de su mui alto consejo y chancillerías de las Indias, como por S. M., y en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia, tomo y aprehendo la tenencia, y posesion y propiedad en estos indios, y en toda esta tierra y provincia, y en las demas sus comarcanas, y si hai alguna persona o personas que lo contradigan, parezcan delante, que yo se la defenderé en nombre de S. M. y del dicho gobernador, y sobre ello perderé la vida, y de como lo hago, pido e requiero a vos el presente escribano, me lo deis por fe y testimonio, signado en manera que haga fe, y a los presentes ruego me sean dello testigos."

Y en señal de la dicha posesion, dijo las palabras ya dichas tres veces en voz alta e intelijible que todos las oimos, y cortó con su espada muchos ramos de unos árboles, y arrancó por sus manos muchas yerbas, y cavó en la tierra, y bebió del agua del rio Lepileubo, y cortados dos palos grandes, hicimos una cruz, y pusímosla encima de un gran árbol, y atámosla en él, y en el pié del mesmo árbol hizo con una daga otras muchas cruces; y todos juntamente nos hincamos de rodillas y dimos muchas gracias a Dios.—Testigos que fueron: el capitan *Juan Bautista de Pastene.—Rodrigo de Quiroga.--Diego Ozo.--Antonio Farabarano.—Juanes de Mortedo.—Juan Elias.*—El capitan *Pedro Estévan.—Antonio Venero.*

Y luego nos metimos en la barca, hecho esto, con los indios e indias tomados, y nos volvimos al navio. Este mismo dia juéves nos hicimos a la vela despues de comer, costeando la costa la via del puerto de Valparaiso, de donde salimos con un viento sur que nos dió no mui furioso, y navegamos con solo el papahigo del trinquete junto a tierra, por verla toda bien, teniéndonos las noches al reparo, lo que nos quedó del juéves, y el viérnes y el sábado adelante; y el domingo, que fueron 21 dias del dicho mes de setiembre año susodicho, a hora de vísperas, surjimos segunda vez media legua de tierra en una punta mui señalada que sale mucho a la mar, y pusímosle nombre la punta de San-Mateo, porque en su dia estuvimos cabe ella: está esta punta en 40 grados largos por el altura.

Salimos en tierra con el capitan una docena de soldados por ver la manera de los indios y las armas que traian, y no hicimos mas de darles alguna chaquira, y tomar una oveja que nos dieron, y dar la vuelta del navio, porque era ya tarde.

Otro dia lúnes por la mañana, tornó a salir el capitan en tierra con veinte y dos soldados para tomar lenguas, y salimos tantos porque habia mas de trescientos indios e indias a la luenga del agua, dejando cuatro soldados a la guardia del barco. Tomamos dos caciques, cuatro mancebos y dos mozas; y los demas viendo esto dieron a huir, escondiéndose por unas malezas que estaban por allí cerca.

Y puestos estos caciques, e indios e indias en medio de nosotros, el tesorero Gerónimo de Alderete, armado como estaba, con su adarga embrazada y la espada desnuda, dijo que tomaba y tomó, aprehendia y aprehendió posesion de aquella tierra y provincia, que se llama en lengua de aquella tierra Sepilloa, en aquellos dos caciques, que se llaman Turiocula y Perquinande, y en los demas indios e indias, y en su principal cacique a quien son sujetos, que se llama Leubomanique, y que tomaba la dicha posesion por S. M., y en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia, y pidió a mí el dicho escribano se lo diese así por testimonio en manera que hiciese entera fe, así y como en la primera posesion parece habérmelo pedido, y rogó a todos los que saltaron en tierra le fuesen dello testigos; y dijo, en señal de la dicha posesion, en voz alta e intelijible, tres veces, que tomaba e aprehendia la posesion de aquella tierra por S. M., y en su nombre por el gobernador Pedro de Valdivia, en aquellos caciques e indios, e que si habia alguno que se lo contradijese, que pareciese, para que estaba presto y aparejado de la defender y morir por ello, y hizo todas las demas dilijencias que la primera vez, arrancando ramas, y cavando la tierra, y bebiendo agua de un arroyuelo que por allí corria, y cortamos palos grandes, y pusimos una cruz, y dando gracias a Dios por todo, fuimos a dos poblezuelos que estaban dos tiros de arcabuz de la costa, y tomamos veinte ovejas, que no quisimos mas, y maiz, y otras cosas que en sus casas tenian los indios.—Testigos: el capitan *Juan Bautista de Pastene.—Rodrigo de Quiroga.—Diego Ozo.—Antonio Farabajano.—Juanes de Mortedo.—Juan Elias.*—El capitan *Pedro Estévan.—Antonio Venero.—Juan Ortiz San-Martin,* maestre en él.—*Anton Sanchez.—Diego García.—Juan Riezo.—Henrique de Flandes.—Juan Oliva.*

Y luego nos volvimos a embarcar con los caciques, indios e indias que habíamos tomado, y alzando vela a hora de comer, vinimos navegaño costa a costa hasta un rio grande llamado Ainilebo, y a la boca dél está un gran pueblo que se llama Ainil, y está en el altura de 39 grados y dos tercios.

Aquí pusimos nombre a este rio, el rio y puerto de Valdivia: no saltamos en tierra porque era tarde. Desde la mar el dicho Gerónimo de Alderete dijo, que tomaba y tomó posesion de aquella tierra y provincias por S. M. y por el dicho señor gobernador Pedro de Valdivia, en su nombre, y de la isla que cerca de allí vimos, que se llama Guiguacabin, a la boca de un rio grande llamado Collecu, donde tiene su casa y guaca, que es su adoratorio, el cacique y gran señor llamado Leochengo, y del dicho cacique e indios de aquella provincia, y pidió el dicho Gerónimo de Alderete a mí, el dicho escribano, se lo diese por testimonio en manera que hiciese fe, como me lo tiene pedido en las dos posesiones ántes tomadas, y a los que presentes estaban, rogó fuesen dello testigos. Pusimos nombre desta isla, la isla Imperial, y al rio, el rio de Santa Ines: testigos todos los sobredichos, y mas todos los del navio.

Viérnes 25 dias del dicho mes de setiembre año susodicho, pasamos

con temporal por una isla que está junto a tierra firme, corre un rio llamado Toltel-Leubo, y la isla se llama Gueuli, y está en 38 grados largos, que a la ida la descubrimos dia del señor San Nicolas Tolentino, y por esto la nombramos la isla de San Nicolas, y al rio llamado Tórmes, porque pasamos con tormenta por él.

Aquí tomó el dicho tesorero Gerónimo de Alderete posesion desta isla y tierra firme, caciques e indios della, desde la nao, por S. M. y por el dicho señor gobernador de Valdivia, en su nombre, y pidió a mí el dicho escribano, se lo diese por testimonio, como me lo tenia pedido en las posesiones pasadas, y a todos los que allí venian rogó le fuesen dello testigos: testigos los sobredichos.

Mas abajo ácia el puerto de Valparaiso está el Ribimbi, que es en la provincia de Rauco, que mandó el cacique Leochengo, y confina con la provincia de Itata y de los Promascaes, de las cuales tiene tomada posesion tres años há el dicho señor gobernador Pedro de Valdivia, en nombre de S. M., y de nuevo la tomó aquí en nombre de S. M. y del dicho señor gobernador, el dicho Gerónimo de Alderete, y me pidió y requirió se lo diese por testimonio, e a los presentes le fuesen dello testigos: testigos los dichos.

Y así cesándonos la tormenta a la entrada de la provincia de Itata, con buen tiempo que nos hizo tornamos al puerto de Valparaiso, de donde habíamos salido, y surjimos en él mártes a 30 dias del dicho mes de setiembre del dicho año de 544 años, con la ayuda de Dios y de su bendita Madre, y del apóstol Santiago; llegados a este dicho puerto, saltando en tierra pidió el dicho tesorero Gerónimo de Alderete a mí el dicho Juan de Cárdenas, escribano del juzgado, le diese por fe y testimonio cumplidamente todo lo que me habia pedido en las posesiones que habia tomado, y lo que se habia hecho en este viaje en servicio de Dios y de S. M. y del señor gobernador Pedro de Valdivia, para que hiciese entera fe ante S. M. y de su mui alto consejo y chancillerías de las Indias, y supiesen como por S. M., y por el dicho gobernador Pedro de Valdivia, en su nombre, y con su poder, habia tomado el dicho Gerónimo de Alderete, del principal cacique y señor llamado Leochengo, la posesion de las provincias, tierras, islas, rios y puertos, caciques e indios arriba declarados, así y de la forma e manera que está escrita de ántes.

Y asímesmo el dicho señor gobernador Pedro de Valdivia pidió a mí el dicho escribano, pusiese en la cabeza de esta dicha escritura lo que habia pasado con el dicho Juan Bautista de Pastene, su teniente jeneral en la mar, en lo del entregarle el estandarte real, y el despacho de los navios que envió a descubrir, y todo lo demas en esta escritura contenido.

E yo Juan de Cárdenas, elejido, nombrado y creado escribano mayor del juzgado, en nombre de S. M., en este Nuevo Extremo, por el mui magnífico señor Pedro de Valdivia, electo gobernador y capitan jeneral en su cesáreo nombre, fuí presente a todo lo susodicho, juntamente

con los sobredichos testigos, y lo fice escribir, y doi fe y verdadero testimonio que en los sobredichos dias arriba nombrados y declarados del dicho mes de setiembre año susodicho de 1544 años, el dicho gobernador entregó el dicho estandarte al dicho capitan Juan Bautista de Pastene, y despachó los dichos navios a descubrir, y el dicho Gerónimo de Alderete, tesorero de S. M., tomó y aprehendió la tenencia, propiedad y posesion real y actual en los dichos caciques e indios de las provincias, tierras, islas, rios y puertos de suso nombrados y declarados, con todas las solemnidades dichas, y en lugar de posesion puso en todas las partes donde la tomó las cruces dichas, y hizo los autos arriba declarados, y todas las cosas sobredichas.

Por tanto, a pedimento del dicho señor gobernador Pedro de Valdivia, y del dicho Gerónimo de Alderete, tesorero de S. M., fice aquí este mio signo, rogado y requerido a tal.—En testimonio de verdad.—*Juan de Cárdenas*, escribano mayor del juzgado.

III.

Carta de Gonzalo Pizarro al gobernador Pedro de Valdivia dándole cuenta (1) de lo ocurrido en el Perú, y de la muerte de Blasco Nuñez Vela.

(Coleccion de Muñoz MS., A 112, núm. 85, fol. 24.)

Mui magnífico señor: Una de v. md. recibí de veinte de agosto de quinientos e cuarenta e cinco que me trajo Antonio de Ulloa; holgué mucho con el buen suceso que v. md. ha tenido en esa tierra: plega a Dios a v. md. le dé salud para que pueda cada dia descubrir mas tierra, y mostrar en ello parte del mucho valor de su persona.

Las cosas subcedidas en esta tierra, aunque v. md. pueda tener relacion de otros, quiero extensamente en esta dar cuenta de todo ello como pasa, porque sé que lo que toca a Hernando Pizarro, mi hermano, y a mí, lo tomará v. md. como cosa propia, como siempre hizo.

S. M. envió a esta tierra visorei y audiencia contra lo que tenia capitulado con el marques, mi hermano, que sea en gloria, como v. md. sabe, y trajeron ciertas ordenanzas para la gobernacion destos reinos, y jeneralmente para todas las Indias, por las cuales, como v. md. verá por ellas, que allá las envío, a todos los que en esta tierra le habíamos servido quitaba lo que por nuestro trabajo nos habia sido dado, y lo ponia todo en su cabeza, y quitaba el poder repartir los que iban a descubrir tierras nuevas, sino que todo lo hiciese el visorei y audiencia. Los vecinos desta tierra lo sintieron, como es razon, y me enviaron a llamar a las Charcas, y por sus importunaciones vine al Cuzco con hasta quince o veinte caballeros amigos mios. Llegado que fuí, hallé

(1) Aunque relativa en su mayor parte al Perú, hemos creido deberla insertar aquí por lo que trae de Pedro de Valdivia y de su gobierno en Chile. La carta se escribió a la sazon que Pedro de Valdivia gobernaba a Chile la primera vez, y ántes que pasase al Perú en contra de este mismo Gonzalo Pizarro.

la tierra mui alborotada, porque Blasco Nuñez Vela, a quien S. M. habia proveido por visorei, sin esperar a la audiencia, contra los mandados del Rei y sin ser recibido en ninguna parte de la tierra, empezó a ejecutar las ordenanzas con mui mayor aspereza de lo que en ellas se contenia, sin querer oir suplicacion que por los pueblos se hiciese; ántes respondiendo que quien en ello se pusiese le cortaria la cabeza, y que así me la habia de cortar a mí y a todos los que habian seido notablemente, como él decia, culpados en la batalla de las Salinas y en las diferencias de Almagro, y que una tierra como esta no era justo que estuviese en poder de jente tan baja, que llamaba él a los desta tierra porqueros y arrieros, sino que estuviese toda en la corona real. Quitó a los mas vecinos de Piura e Trujillo sus indios, y pósoles en cabeza de S. M. Entre otras cosas que hizo despobló los Tambos, y mandó que a ningun español le diesen de comer, sino fuese pagando en oro la comida. Fué causa de [la] muerte de muchos españoles y de muchos indios, que por tomalles por fuerza la comida los mataban. Fueron tan graves las cosas que hacia, que con ser Trujillo un pueblo tan pequeño, como v. md. sabe, estuvieron a punto para matalle, si no se partiera para Lima, previniéndoles con la brevedad. En Lima estaba acordado por el obispo y los oficiales de S. M. y rejidores de la ciudad de prendelle y embarcalle. Despues, de temor de Vaca de Castro, con quien el factor Illan Suarez de Carvajal y el tesorero y los demas vecinos de Lima estaban mal, sabiendo que Vaca de Castro venia, reciben a Blasco Nuñez por unas cartas suyas, traslados y no orijinales mal autorizados. Recebido, hizo en Lima cosas tan ásperas que cada dia se tenia por cierto que lo habian de matar; los vecinos del Cuzco que con Vaca de Castro habian venido, no le osaron asperar, y se volvieron huyendo al Cuzco, y hallándome allí, todo el cabildo y vecinos del Cuzco y de otras partes de la tierra, y otros muchos caballeros que a la sazon allí se hallaron, me requirieron muchas veces tomase el poder de toda la tierra y fuese procurador jeneral de ellos para suplicar de las ordenanzas, para que S. M., siendo mejor informado, proveyese lo que mas a su servicio convenia, y por mala relacion no se destruyesen unos reinos de tanta importancia como estos. Aceptélo por ver que en ello hacia servicio a Dios y a S. M., y gran bien a esta tierra, y jeneralmente a todas las Indias, porque como se hiciese con nosotros se habia de facer con todos los demas. Determinado venir a Lima a facer mi suplicacion, supe que Blasco Nuñez, sabiendo que los vecinos del Cuzco se habian ido publicando que ántes habian todos de morir que consintir sus cosas, sin esperar los oidores, por solo su parecer tomó ochenta y tantos mill pesos que en un navio estaban, que Vaca de Castro enviaba a S. M. de los quintos desta tierra, y hace jente de guerra. Visto que si venia sin jente, sin oirme me cortaria la cabeza, como decia que haria a cualquiera que suplicase, acordaron todos estos caballeros, mis amigos, que hiciésemos jente con quien viniésemos seguramente a suplicar, y así se hizo, que hice hasta quinientos y cincuenta hombres

entre vecinos y soldados, y a este tiempo eran llegados los oidores a Lima, y le contradecian todo lo que hacia. Requiriéronle que otorgase la suplicacion hasta que S. M. fuese consultado sobre ello. Yo, por justificar mas la causa destos reinos, le envié los capítulos que yo pedia en nombre de estos reinos, y que si como creia por su aspereza y mala condicion no los quisiese otorgar, diciendo no ser justo, que pusiese él un letrado de su parte e yo otro de parte destos reinos, y hacia jueces a los mesmos oidores, con tanto que hiciesen juramento sobre un ara consagrada de hacer justicia, sin tener respeto a ninguna de las partes. No solo no lo quiso hacer, pero aun tratara mal a los mensajeros, sino fuera por algunos de los oidores que le fueron a la mano.

Visto en Lima cuan insufribles eran las cosas de Blasco Nuñez, empiézanle a dejar y huirse todos para mí. Pedro de Puelles se me vino con hasta treinta e cinco o cuarenta caballeros, a quien le habia hecho correjidor de Guanuco. Gonzalo Diaz, su capitan de arcabuceros, se me vino con veinte e cinco arcabuceros. Don Baltasar de Castilla, e Diego de Carvajal, y otros dos sobrinos del fator Illan Suarez, y Gaspar Mejia, e Pedro Martin de Secilia e otros veinte caballeros se me vinieron. Blasco Nuñez mató a puñaladas al fator Illan Suarez de Carvajal, pensando que los sobrinos que se le habian ido habian ido por su mandado; fué sin culpa, porque ántes él escribia a su hermano el licenciado Carvajal, que estaba en el Cuzco, que se viniese a él porque tenia temor que si no lo hacia que lo habia de matar, y el licenciado, por el mucho amor que tenia al su hermano y temiendo no lo matasen, lo habia hecho así. Mandó matar a puñaladas a Diego de Urbina, su maestre de campo, y despues arrepintióse y díjoselo. Luego mandó matar a puñaladas a Martin de Robles, su capitan de ciento y treinta hombres, y arrepintióse y dijóselo; de manera que andaban los hombres como atónitos de su temor, y no tenia hombres que peor lo quisiesen que eran los que andaban con él. E visto por Blasco Nuñez la voluntad que todos le tenian y que yo me venia acercando, acordó de embarcar todas las mujeres de los vecinos, porque con esto los vecinos le siguiesen aunque no quisiesen, y saquear el pueblo para que con esto se prendasen los soldados y le siguiesen: los oidores le requirieron no lo hiciese, y viendo que no aprovechaba nada, dieron una provision sellada y por virtud della se juntaron con ellos poca jente, aunque la mas principal de los que estaban en Lima; y con ella, teniendo él mas de cuatrocientos hombres en escuadron, en que habia mas de docientos arcabuceros, no llevando ellos aun noventa hombres, porque como era a la hora que amanecia no se habia juntado la jente de una banda ni otra, que mas tenia él hechos y pagados de los dineros del Rei de sietecientos hombres sin los vecinos, y con ella le prendieron: porque luego él echó a huir y no osó esperar. E hízose sin que muriese un hombre, ni fuese herido, como obra que Dios la guiaba para el bien desta tierra; preso, envíanle los oidores en un navio a S. M. y envían con él un oidor que entrellos venia, de ruin casta, que se llamaba el licenciado Alvarez, y enviaron

a este porque no tenia mujer; y conciértanse Blasco Nuñez y él y saltan en Tumbez, y con jente que se les llegó, que entónces venia d'España, robó todo el oro de S. M. que habia en Piura, Guayaquil e Puerto viejo; y con ellos hace jente y roba todos los navios que venian de la Nueva España y Guatimala y Panamá. Y a esta sazon llegué yo a Lima, y todos los procuradores de las cibdades destos reinos suplicaron al audiencia me ficiesen gobernador para resistir los robos e fuerzas que Blasco Nuñez andaba faciendo y para tener la tierra en justicia hasta que S. M. proveyese lo que mas a su real servicio convenia. Los oidores, visto que así convenia al servicio de Dios y al de S. M. y al bien destos reinos, habiéndolo comunicado con los tres obispos que en estos reinos hai, que entónces estaban en Lima, y con todos los perlados de las órdenes y los oficiales de S. M. y con el secretario Agostin de Zárate, contador jeneral destos reinos, me mandaron que aceptase la gobernacion destos reinos; yo la acepté por las causas que tengo dichas, y con un oidor quel audiencia enviaba a hacer saber a S. M. lo sucedido en esta tierra, envié a Francisco Maldonado para que de mi parte hiciese saber a S. M. el estado en que estos reinos estaban; y para resistir los robos de Blasco Nuñez envié al capitan Hernando Machicao por la mar con cincuenta arcabuceros, y por la tierra envié [a varios] de tenientes a todos los pueblos. Llegado Machicao a Tumbez, teniendo Blasco Nuñez ciento e cincuenta hombres, huyó tan sin concierto, que todo lo que tenia de lo que habia robado, tomó Machicao y lo volvió a sus dueños, y fuese huyendo hasta Quito, donde fué rescebido, ansí por temor de la jente que llevaba, como porque no sabian por estar léjos sus cosas, ni las ordenanzas habian llegado allá, ni sabian lo quel audiencia habia proveido. Con los dineros de las minas de Quito hizo hasta cuatrocientos e cincuenta hombres, y con ellos fué a Eaxas, donde estaban Gonzalo Diaz y Hernando Alvarado con hasta cincuenta o sesenta hombres, que los demas no habian salido de Piura, donde todos habian estado con Gerónimo de Villegas, teniente de aquel pueblo. Los capitanes huyeron, y de la jente los que no se pudieron escapar prendió y les robaron hasta las camisas; de allí fué sobre Piura, y Gerónimo de Villegas con la jente que allí habia se vino hasta Trujillo, donde yo estaba, que venia con hasta quinientos e cincuenta hombres a acabar de echar de la tierra a Blasco Nuñez. Llegado a Piura, Blasco Nuñez dió a saco el pueblo, sin tener respeto a amigos y enemigos, ni a mujeres, que hasta lo que tenian vestido les quitaban, y a las iglesias les robaron cálices y patenas, hasta los corporales; yo me vine derecho a Piura, y estando cuatro leguas de ella, finjiendo Blasco Nuñez que me venia a dar la batalla, se fué huyendo camino de la sierra; yo le seguí a la lijera y en el alcance se le tomó toda la jente, y él escapó con hasta cuarenta o cincuenta hombres sin armas; desta manera le seguí hasta Temebanva, donde de los que le habian seguido mató a Rodrigo de Campo, que era su maestre de campo, y a Gerónimo de Serna, que era capitan suyo de arcabuceros, y [a] Agustin Gil, que era su capitan

de caballos, porque con matalles supiesen que le habian sido traidores, y encubrirse con esta cautela su flaqueza. Sabido que yo llegaba, se huyó a Quito, donde mató a Gomez Destacio y [a] Alvaro de Carvajal y al capitan Hojeda y a cuatro soldados arcabuceros que todos se le habian pasado a él del capitan Machicao, porque desta manera pagaba a los que le servian. Yo me vine derecho a Quito y en el camino topé a Machicao con hasta cuatrocientos e cincuenta hombres que venia a tomalle la delantera de Panamá y le seguí hasta el rio Caliente, ques nueve leguas mas allá de Pasto, y de allí me partí a la ciudad de Quito por parecer de todos estos caballeros que en mi ejército andaban, donde estuve esperando lo que Blasco Nuñez haria; el cual se pasó a Caly, ques en la gobernacion de Benalcazar, adonde tuve nueva que estaba rehaciéndose de jente y armas. En este tiempo yo envié a Panamá al capitan Pedro de Hinojosa con seis navios de armada para tomar dos navios que Blasco Nuñez traya. El cual, llegado a la Buenaventura, prendió a Vela Nuñez, su hermano de Blasco Nuñez, y le quitó a Francesquito mi hijo, que le llevaba a España, y allí se ha estado y está aguardando los españoles que S. M. enviará; siempre yo con todos los caballeros que andan comigo, me estuve en Quito, porque es un pueblo mui abundante de todas las cosas, y donde mas todos nos podíamos sustentar, aguardando que Blasco Nuñez revolviese, porque él se estaba en la gobernacion de Benalcazar rehaciendo, como tengo dicho. En este tiempo me vino un mensajero con nueva que las Charcas se habian alzado contra todos los que en servicio de S. M. andamos; he tenido por teniente allí al capitan Francisco de Almendras; se juntó Centeno e Lope de Mendoza e Antonio Perdesquivel e Alonso Perez Castillejo e otros vecinos, y todos juntos fueron en matar al capitan Francisco de Almendras. Despues de hecho, hicieron jeneral a Diego Centeno, y empezaron a hacer jente y a robar todo lo que podian de la hacienda del Rei y de otras personas que podian haber. Sabido esto por Antonio de Toro, questaba por teniente en el Cuzco, comenzó a hacer jente contra Centeno, e hizo trecientos hombres, y entre ellos sesenta arcabuceros, y todos son mui buenas personas; y Diego Centeno y Lope de Mendoza mataron en las Charcas hasta ciento e cincuenta hombres e vinieron al Collao a roballo todo y de lo del Rei. Del Chuquito se partió Lope de Mendoza y se fué a Arequipa con sesenta hombres y no halló en él a Pedro de Fuentes, que era teniente, el cual se le habia salido del pueblo con cuarenta hombres a juntarse con Antonio de Toro, y el Lope de Mendoza se entró en el pueblo y prendió los vecinos dél y metiólos en un bohio (1), y con amenazas que les hizo les sacó todo el oro que tenian para hacer jente, y de la caja del Rei sacó seis o siete mill pesos; que con decir, andamos en servicio de S. M., roban su real hacienda, y crea v. md. que si yo no me pusiera en lo que me he puesto,

(1) Choza, cabaña.

que en esta tierra hubiera mas salteadores que en el monte de Torozos. Y el Lope de Mendoza hizo cuarenta hombres, que serian docientos, e se fué a juntar con Diego Centeno que estaba en Chuquito, donde supo nuevas que yo estaba bueno e vivo y con toda la jente que habia sacado de Lima, porque lo quél habia dicho era que yo era muerto. Pedro de Fuentes se fué a juntar con Antonio de Toro en Urcos, y empezaron a caminar con su jente para dar en Diego Centeno e Lope de Mendoza, y ellos, como supieron que Antonio de Toro les seguia, empezaron a huir desbaratados y se fueron huyendo fuera de toda la tierra. Antonio de Toro les siguió hasta las Charcas e se volvió, e despues de puesto en concierto, visto yo las cosas que arriba andaban, envié al maestre de campo Francisco de Carvajal con cuarenta hombres de los que estaban comigo, a que pusiese toda la tierra en paz y la allanase y castigase a los que andaban alborotando. Pasando por Trujillo, le preguntó por Verdugo, questaba en sus indios, el cual fué siempre amigo de Blasco Nuñez; sabido quel maestre de campo se pasó arriba, se vino al pueblo con diez o doce hombres y se metió en su casa, diciendo que estaba malo, y prendió a todos los vecinos del pueblo uno a uno y dos a dos, y robándoles todo lo que pudo y tomando todo el oro questaba en la caja del Rei y de difuntos, tomó un navio questaba en el puerto que habia traido allí la hacienda del capitan Machicao (1), y con él se fué a Nicaragua. Siempre que yo estuve en Quito tuve puestas postas en los caminos para que no se supiese nueva que yo estaba en la cibdad, e hice escribir cartas en las cuales decia como yo me habia vuelto a la cibdad de los Reyes, y que no estaba en Quito mas del capitan Pedro de Puelles con trecientos hombres, para que sabido esto, Blasco Nuñez tuviese mas voluntad de venir donde yo estaba. El cual se dió tanta priesa que en mui poco tiempo hizo cuatrocientos hombres con docientos e cuarenta arcabuces, y con ellos empezó de caminar ácia Quito donde yo estaba con seiscientos hombres, entre los cuales habia docientos arcabuceros que pudiéramos dar batalla a mill. Siempre tuve guardas y centinelas para que por ninguna via supiese de mí, e yo cadal dia tenia nuevas como Blasco Nuñez venia con mucha jente, y esto por noticia de indios, que por españoles yo nunca tuve cosa cierta; con esto hice poner todas las armas en órden, y aderezar los arcabuces y picas, y avisé a mis amigos questaban fuera, que yo tenia puestos por los caminos, que los guardasen para que la jente no se fuese. En esta estada vino la nueva tan cierta, que no hubo lugar de venir por la mucha dilijencia que Blasco Nuñez se dió a andar, pensando de tomar de sobresalto al capitan Pedro de Puelles, que pensaba que estaba allí solo, y que yo me habia venido a esta ciudad de los Reyes. Como yo supe que ya venia tan cerca, salí dos leguas y media de la ciudad del Quito con toda la jente, e púseme a una salida de una sierra grande por donde

(1) Dice Bachicao.

Blasco Nuñez habia de venir con su jente, y estuve en aquel paso hasta medio dia que nunca supe dél, y a la tarde nuestros corredores se vieron con los suyos. Desque aquello vide, tuve todo el ejército escondido porque no lo viese, y a puesta del sol hizo muestra el Blasco Nuñez que abajaba el rio para subir la sierra arriba donde yo estaba; e hizo luego tan grande niebla que no pudimos ver mas jente, e habia dos caminos para subir donde yo estaba, y en el uno tenia seis arcabuceros y postas de [a] caballo para que me avisasen si venia, y en el otro, que era el camino real, tenia puestos treinta arcabuceros en celada para que en pasando diesen en ellos, creyendo que habian de subir aquella noche por uno de aquellos dos caminos, y desquél reconoció que le teníamos tomado todos aquellos pasos, así como anocheció dió la vuelta, e fuése por otro camino y anduvo toda la noche, y cuando por la mañana envié a saber si estaba allí, ya tuve nuevas por otra parte que ya estaba cerca del Quito, y que cuando yo llegase a la ciudad, estaria dentro en ella. Luego en sabiéndolo, que fué a hora de misas mayores, mandé a los capitanes que marchasen cada uno con su jente, y no paramos hasta llegar un cuarto de legua de la ciudad, e dímonos tanta priesa que llegamos a hora de vísperas. Los corredores siempre me venian a decir que ya estaba dentro en la ciudad, e puse en órden toda la jente, que serian trecientos e treinta piqueros e ciento e cincuenta de [a] caballo e doscientos arcabuceros, y ántes que allegase al pueblo a media legua, salieron luego las mujeres e niños e viejos e mercaderes dando gritos, pensando que les habia de tomar sus haciendas, y como yo me dí tanta priesa, no se osó a desmandar ninguna jente de la quel traya, mas de que dijo en la plaza a una mujer o dos que allí habian quedado: señoras, no tengais miedo que yo os prometo por vida de S. M. de hacer cuartos a Gonzalo Pizarro e a mas de trecientos con él; y él como vido que yo tan cerca estaba, y que le tenia tomado el camino por donde él solia huir, fuéle forzado pelear; y obra de dos tiros de arcabuz salió del pueblo donde yo estaba puesto en órden; y cuando él salió yo le estaba aguardando por tomarle en el campo y no en el pueblo, y en el campo se ve quien pelea y el que nó; y subí un repecho y él a otro que estaba allí para un llano, que seria como una gran carrera de caballo, y ya unos sobresalientes se estaban tirando con los otros, y así como nos vimos, comenzamos a marchar los unos contra los otros hasta que llegó a darse con las picas la una infantería con la otra. Los de [a] caballo que yo tenia, hícelos estar quedos todos hasta tanto que ellos [nos] viesen a nosotros, y como los vide venir algo abiertos y temerosos, salieron dos de [a] caballo de nuestra parte, y entraron por medio dellos y los rompieron; y luego empezaron a huir, porque como traian el capitan que otra cosa no sabia hacer, fueron en un punto desbaratados, y Blasco Nuñez puso mucha dilijencia por poder huirse si pudiera, porque venia vestido con una camiseta de indios por no ser conocido, y no quiso Dios, porque pagase cuantos males por su causa se habian hecho; y un soldado le dió un encuentro que lo derrocó, y

el licenciado Carvajal, que se halló entónces allí, le hizo cortar la cabeza por venganza de la muerte de su hermano. Murió allí de los principales que Blasco Nuñez traia Juan Cabrera, su maestre de campo, y otras personas mui prencipales, y el oidor Alvares salió con muchas heridas, de las cuales murió, y asimesmo salió mal herido el gobernador Benalcazar, y demas desto murieron de su parte hasta cien personas, y heridos mas de ciento e cincuenta, que murieron muchos dellos; y de nuestra parte murieron siete, y heridos otros cuatro o cinco, e ninguno dellos persona principal; por donde parecerá claramente que Nuestro Señor fué servido este se nos viniese a meter en las manos para quitarnos de tantos cuidados, y que pagase cuantos males habia fecho en la tierra; la cual quedó tan asosegada y tan en paz y servicio de S. M. como lo estuvo en tiempo del marques, mi hermano. El traia ciento e cincuenta arcabuceros e ciento e sesenta de a caballo, y serian con estos y con los piqueros cuatrocientos e cincuenta hombres; si él supiera cierto que yo estaba en el Quito, no osara venir a donde yo estaba, aunque trajera dos [veces] tanta jente de la quél tenia; pero como estaba ordenado de Dios quél viniese al pagadero, le cegó el entendimiento a que se viniese a meter a nuestras manos, que como él se vido desesperado en haber gastado tantos dineros de los quintos de S. M., y haber echado a perder a tantos hombres, habiéndoles robado sus haciendas, quiso mas aventurarse a dar la batalla que no a verse con S. M., temiendo el castigo que allá se le habia de dar por el mal que habia hecho. Despues de todo esto pasado, yo me estuve en Quito hasta que pasaron las aguas, donde me vine a esta ciudad de los Reyes: y viniendo por el camino, ántes que allegase a la ciudad de Trujillo, me vino mensajero de los (1) Charcas de la parte de Francisco de Carvajal, que yo habia enviado allá a pacificar la tierra, como Centeno habia revuelto sobre los Charcas despues que Antonio de Toro se volvió al Cuzco, e que habia juntado docientos e cincuenta hombres, y como habia ido con su ejército en su seguimiento, donde le dió la batalla, y lo desbarató y le vino siguiendo hasta Arequipa. Lope de Mendoza se volvió al Callao con cien hombres que habia juntado de los que se le habian quedado en el alcance, y a la sazon habian salido de la entrada de Diego Rojas ciento e sesenta hombres, y por capitan dellos.... Heredia, a los cuales les dijo tantas palabras, y con la necesidad que traian les persuadió a que todos se juntasen y viniesen contra el capitan Francisco de Carvajal, y así se juntaron y rehicieron, que serian bien docientos y sesenta hombres. Sabido por el capitan Francisco de Carvajal, revolvió sobre ellos con su ejército y les dió la batalla, adonde fácilmente los desbarató, y cortó la cabeza al Lope de Mendoza y al capitan.... Heredia, la cual muerte ellos tenian bien merecida, por donde parece claramente que Dios pone sus manos en nuestras cosas, y el capitan Carvajal se está al presente en

(1) Unas veces está *los* Charcas y otras *las* Charcas indistintamente.

los Charcas, y está todo mui pacífico, y lo estará en tanto que en nombre de S. M. esta tierra yo la gobernare. E viniendo mi camino a esta ciudad de los Reyes, un dia ántes que entrase en ella, vino Diego Velasquez y trajo nuevas que estando el capitan Pedro de Inojosa en Panamá, habia venido Verdugo de Nicaragua al Nombre de Dios por el Desaguadero, en unas fragatas con jente que allí habia hecho, y le ayudaron los oidores que allí estan, y vino a la sazon al Nombre de Dios, que estaba en él Don Pedro de Cabrera y su yerno Hernan Mejia por capitanes, aguardando lo que venia d'España, y el Verdugo los tomó descuidados y dió con ellos. En fin, con mucho trabajo se escaparon de sus manos y se fueron a Panamá a dar mandado al capitan Inojosa a pié y descalzos y con mucho trabajo. Luego como lo supo, hizo alarde de la jente que tenia, y halló que tenia ciento e sesenta hombres, y con ellos vino la vuelta del Nombre de Dios, teniendo tanta dilijencia que nunca Verdugo lo supo hasta questaba junto al pueblo, el cual hizo escuadrones de su jente, y halló que tenia trecientos e ochenta hombres y bien armados. Pedro de Inojosa, con la suya en buena órden, los acometió con tanto denuedo, que los desbarató y mató treinta hombres, y el Verdugo se fué huyendo en una fragata que tenia; murieron de la parte del capitan Inojosa cuatro, entre los cuales fué el capitan Rodrigo de Caravajal, Gerónimo de Carvajal e otros dos soldados, que puso harta lástima su muerte, por ser tan buenos amigos como eran. Pasada la batalla, vino al Nombre de Dios el licenciado de Lagasca con otros dos oidores, que S. M. le enviaba a estas partes: dice que traen grandes poderes, e no se sabe lo que es; dicen ques mui buen cristiano y hombre de buena vida y clérigo, y dicen que viene a estas partes con buena intencion, y no quiso salario ninguno del Rei, sino venir para poner paz en estos reinos con sus chripstiandades. Sabido por los procuradores del reino y por los oficiales dél e por todos los caballeros e vecinos que no convenia que este viniese a estos reinos por los daños e desasosiegos que causaria su venida, diciendo que ninguno habia venido desta manera que no hubiese robado a S. M. sus reales haciendas, y causado todos los escándalos y alborotos que en la tierra ha habido, vístose el medio para nuestro descanso, se elijió al capitan Lorenzo de Aldana que fuese a él con requerimientos y con todos los poderes de las cibdades destos reinos, el cual se despachó con toda brevedad, y es ido; el cual yo creo que se volverá de Panamá a dar cuenta a S. M., pues este no venia para nuestro provecho, sino para causar mas alborotos de los causados, porque a cabo de tantos trabajos como hemos pasado nos queria poner agora en otros de nuevo. Tambien se estan despachando los procuradores del reino que para esto se han nombrado: son el capitan Lorenzo de Aldana, y Gomez de Solis y Hernando Pizarro, mi hermano, que aunque le han agravado las prisiones, sin dejarle venir [a] hablar a ninguna persona, en pago de lo que ha servido, yo creo le sacarán de la prision presto, pues quél se quiso ir a meter en ella, y los dias pasados me escribió que me enviará

muchas cosas, y que lo dejó de hacer porque no alcanzaba mas de un ducado. Yo no le he enviado dineros porque se los tomaran todos, como hacen a todos los que destas partes los llevan, por causa de las grandes guerras que [ha] habido, y tambien porque acá hai razonable [ocasion] en que gastallos, y siempre lo harémos así, si S. M. nos hiciere mercedes. Don Gonzalo, hijo del marques, mi hermano, que haya gloria, fallesció el otro dia: y segun Vaca de Castro les trató y Blasco Nuñez hacia con ellos, me parece que es el mejor librado, porque segun con ellos se hacia, fueran a pedir por amor de Dios en pago de los grandes servicios quel marques hizo a S. M. en estos reinos y en otras partes, y esto es la verdad de lo que hizo Vaca de Castro con ellos y conmigo, y no lo que allá le han dicho a v. md., y tuve yo mas miramiento por hacer lo que debia a quien soi; porque aunque fuese por otros fines, en fin vengó la muerte de mi hermano, y por esto, hallándole preso en un navio, y tomándole todos sus bienes, cuando yo llegué a Lima por Blasco Nuñez Vela, le enviaba a S. M. faciéndole el buen tratamiento posible, aunque otros amigos mios me aconsejaban otra cosa.

Yo he despachado a Antonio de Ulloa, a quien yo, por ser caballero, fuí servidor de v. md., y cabe bien en él, pues viendo que murió el capitan Alonso de Monroy dejó la ida d'España, y lo que en ella tiene de comer por facer lo que debe a caballero y al servicio de v. md. Huelgo mucho de tener aparejo para mostrar por obra lo mucho que a v. md. debemos, pues muerto el marques, mi hermano, ha mostrado en sus cosas tanta virtud y agradecimiento y los despachos que enviare a España, de mi parecer por el presente no se debe facer, porque, como verá por las ordenanzas, S. M. no quiere que los gobernadores tengan poder para dar en la tierra que han conquistado a los que lo merecen, como v. md. verá por las ordenanzas que envío de molde, y mandaba que ninguna cosa se fuese a negociar con él, sino que se negociase en las audiencias, a quien habia dado instrucciones que se pusiese todo en su cabeza.

Las nuevas que de Méjico tenemos, son que estuvo la tierra tan alborotada, que si el visorei no tuviera mas prudencia de la que tuvo Blasco Nuñez le mataran; pero hizo que se otorgase la suplicacion y que no se ejecutasen las ordenanzas, y fueron sobrello a España; dicen que el Rei las revocó, y si algo con ellos hiciere será con haber hecho nosotros lo que hemos hecho.

Yo he sabido quel de la Gasca trae muchas bulas para poder descomulgar a todas las personas que supieren de dineros e haciendas de Vaca de Castro, y he procurado por algunas vias de saber quien tiene poder de Vaca de Castro para poderme concertar con él, para ver si pudiere cobrar algunos bienes de lo mucho que debe a los hijos del marques, mi hermano, que haya gloria, y halléle en poder de Paez, su secretario; he enviado por ella a Guanuco; ellos serán cincuenta mill pesos, los que debe a los hijos del marques; yo me concertaré acá por todo lo mas que pudiere con él, e el concierto yo lo enviaré a v. md.

para que los cobre, pues allá no hai ninguno que tanto le duela los males que Vaca de Castro les hizo, y tendrá el cuidado dello que siempre ha tenido, porque con los muchos robos que le hicieron estan mui pobres y alcanzados. Y esto no lo eche en olvido, porque mas vale que gocen los hijos del marques dellos que no el Rei, que no es suyo. Antonio de Ulloa le debe v. md. mas que a su padre ni a su madre por la buena dilijencia que pone en todo lo que a su tierra conviene; y mire lo que deja en España por irle a servir, que todo lo que hiciere por él lo meresce tan bien, como si yo propio fuese a esa tierra: lo cual no há muchos dias que yo pensé ir allá, sino que ha subcedido tambien, como dirán todos los caballeros que allá van, y crea, como cree, en Dios, que si no fuera para él, en el tiempo que agora me toma, que no dejara ir a jente ninguna teniendo tanta nescesidad; pero como sé que las cosas del marques las tiene siempre en la memoria, e las de mi hermano Hernando Pizarro e mias, porque ya vé él lo que ha fecho el Rei con él, que si Dios no hobiera fecho milagro en esto, quedáramos cual merescíamos por haber gastado la hacienda e vidas en su servicio; pero como Dios lo ha remediado todo, yo tambien he tenido por bien Antonio de Ulloa vaya con el socorro a su tierra, habiendo aparejo y armas, cuando pudiere ir.

Juan Batista [Pastene], su capitan, he trabajado contra la voluntad de todos que vaya allá e lleve los navios que lleva, que como es buena pieza el navio que lleva, no quisieran que saliera de aquí. El es un hombre de bien, e tan su servidor, que no digo yo en navio, mas a pié iria él donde está por servirle y portalle personas como estas que tanto le desean servir: mire siempre por ellas e las tenga en la memoria. En allegando Batista, v. md. lo deje venir, porque él hará mucho al caso e llevará todas las nuevas que entónces hobieren venido d'España; e si vinieren buenas que nos quiere hacer merced, yo dejaré ir con él todos los navios e mercaderías e jentes que quisieren ir e llevar, porque con ello se noblescerá mucho esa tierra; e ruegue a Dios que nos dé paz, porque le pueda ir todo recabdo que ser pueda. Tenemos no podrémos tan presto dejar ir jente a esas partes, y aun tambien será menester venir de allá socorro, porque si esto dejamos perder, lo cual Dios no permita, tampoco se sanará esto, porque yo no creo sino que S. M. confirmará las mercedes que tenia fechas al marques.

Ruiz de Baeza va por maestre de campo de Antonio de Ulloa: él ha servido tanto que no sé cómo lo decir, sino que con dalle la mitad de la tierra no se pagaba lo mucho que ha servido en esa jornada. V. md. lo tenga siempre en la memoria en se las facer, como merescen sus servicios, e asimesmo va Rodrigo Niño, que es alférez jeneral, el cual ha servido tambien como cuantos acá quedan. Figueroa se halló con Blasco Nuñez, e cuando le tomamos en el alcance, él se estuvo comigo; e despues quél ha servido tanto, que no ha habido ninguno que le haga ventaja. A estos les haga mucha honra, e les tenga consigo, porque esos son los que le han de sostener; e a todos los que

se hallaron comigo en la batalla, porque estos que aquí señalo dirán quien son.

Allá está un hermano de un criado mio que se llama Carvajal. V. md. mire por él, o en todo lo que se le pudiere aprovechar lo aproveche.

Orense es de la canela, y anduvo siempre comigo, y en mi nescesidad nunca me dejó, y es mui honrado. V. md. le trate bien, e le dé de lo que hobiere en la tierra, por quél me escribe siempre v. md. le hace contino muchas mercedes.

Un criado del licenciado Cepeda, que tengo yo agora por teniente, de quien yo hago mucho caso y le quiero mucho, no sé cómo se llama, ni le conozco, v. md. le conoscerá allá, haga con él como con tan buen amigo, y le favorezca en todo lo que se le ofresciere, e le dé bien de lo que hobiere, pues que yo creo sus servicios lo merescerán.

Dende Quito lescribia haciéndole saber todo lo que acá habia subcedido con Diego García de Villalon; y él fué tan gran bellaco con ir tan avisado, que los de Centeno le tomaron el barco y todos los despachos que llevaba. Si estos fueren allá con algunas personas señaladas de las que fueron en la muerte del capitan Francisco de Almendras, a ninguno dellos les dé la vida, sino paguen como grandes bellacos, porque si allá se ofresce alguna cosa tambien lo serán, como van muchos que yo señalo e llevan cartas mias, tambien van mui muchos bellacos que envío yo desterrados: tenga aviso sobre ellos, no le hagan alguna bellaqueria, e gáneles por la mano, porque si no, ganallo han ellos, y piérdese mucho en un descuido que haya; siempre v. md. haga por buenos, porque esos son los que le han de sostener.

Hernando Pizarro, como dicho tengo, no creo que él saldrá de la Mota de Medina, porque agora le tienen mas aprisionado que nunca, que ni vé el sol ni luna, ni aun tiene quien le dé un jarro de agua; pues mire a Vaca de Castro, que aunque algunas cosas robó, volvió la tierra al Rei, e la puso en justicia, e lo metió en otra fortaleza, e le quitó todas sus haciendas, y este es el producto quel Rei da a quien le sirve, e huelgo que van allá personas que darán relacion de todo esto, como personas que se han hallado en todo esto.

Y agora que yo tenia puesta esta tierra en sosiego enviaba de su parte al de la Gasca, que aunque arriba digo que dicen ques un santo, es un hombre mas mañoso que habia en toda España e mas sabio; e así venia por presidente e gobernador, e todo cuanto él quiera; e para poderme enviar a mí a España, y a cabo de dos años que andábamos fuera de nuestras casas, queria el Rei darme este pago; mas yo, con todos los caballeros deste reino, le enviamos a decir que se vaya, si no, que harémos con él como con Blasco Nuñez; y así se lo envío a decir, y aun a todos los que vinieren, sino fuere persona de quien estemos seguros, y este será Hernando Pizarro, y aun dél aun no nos fiarémos, segun estamos escandalizados.

A v. md. envío ciertas cosas, como verá en la memoria; y como yo venia tan alcanzado de Quito, no pude facer lo que yo deseo: rescibirá

mi voluntad, porque siempre esta será mui larga para lo que le toca, y demas desto no habia tiempo ni mercaderías, porque ha habido falta dellas: las obligaciones que allá estan mias, no se le olviden, de unos caballos que allá tengo, y cóbrelos, que mas vale que lo tenga v. md. que no esotros.

Hoi dia de la fecha desta me vino mensajero como Antonio de Toro era muerto, que estaba por teniente en el Cuzco.

IV.

Relacion de los méritos y servicios hechos por Pedro de Valdivia en la gobernacion del reino de Chile, enviada al Emperador Cárlos V por los rejidores y ayuntamiento de la ciudad de Valdivia, a 20 de julio de 1552.

(Coleccion MS. de Muñoz, A. 113, tomo 86.)

S. C. C. M.—Por cumplir con la obligacion natural que tenemos como súbditos y leales vasallos de V. M., hacemos por esta relacion de los muchos, grandes y calificados servicios quel gobernador Pedro de Valdivia a V. M. ha hecho, así en las provincias del Perú como en estos reinos nuevamente por él conquistados.

V. M. ha ya sabido, como al tiempo que vino a las provincias de Chile, pobló en el valle de Coquimbo en el asiento mas conveniente la cibdad de la Serena: es de poca jente y mui bellicosa, tiene buen puerto de mar, donde hacen escala los navios que vienen de los reinos del Perú a estos: y como asímismo pobló en la provincia de Mapocho, questaba poblada de indios que fueron subyectos a los Ingas, señores del Perú, la cibdad de Santiago en un valle mui fértil e abundoso, en el comedio de la tierra, doce leguas de la mar, donde hai buen puerto: y como en la conquista y pacificacion destos indios, y sustentacion destas cibdades pasó grandes y excesivos trabajos, porque a causa de las guerras continas que con ellos tuvo, y de la gran riqueza del Perú, no ménos trabajo pasó en sustentarse con los españoles que consigo tenia, que en resistir a los naturales, hasta tanto que un capitan llamado Alonso de Monroy, que envió por socorro a los reinos del Perú, vino; con él y con la jente que trajo y parte de la que acá tenia, pobló aquella cibdad de jente noble, y trajo los naturales so el dominio de V. M.

Despues de haber poblado estas cibdades, teniendo noticia desta tierra ser poblada tambien, como lo ha mostrado habiendo parte della descubierto, con capitanes por mar gastó gran suma de pesos de oro en traer jente a estos reinos para la conquista y pacificacion destas tierras, asi por su persona al tiempo que fué a servir a V. M. a los reinos del Perú en la rebelion y allanamiento de la tiranía que Gonzalo Pizarro tuvo en ellos, como vuelto que fué a estos reinos, con capitanes que envió por jente para seguir su conquista adelante, para cuyo efecto fué nescesario adeudarse de nuevo en encabalgar y proveer de armas y las demas cosas nescesarias a la guerra a todos los soldados que consigo habia

traido, comprándolo todo a peso de oro, porque como los despoblados que se pasan de los reinos del Perú a estos son tan largos y estériles, y la navegacion por la mar dificultosa, vienen mui pocos caballos acá, y los que en la tierra se han criado y crian son mui pocos y caros, porque un caballo razonable vale de mill castellanos arriba, y a esta causa está adeudado en mas de trescientos mill castellanos de oro, y cada dia se adeuda mas con celo de servir a V. M. Habiendo encabalgado esta jente y proveido las cosas nescesarias para la guerra, salió de la cibdad de Santiago y vino por la tierra adelante, conquistando ácia el estrecho de Magallanes los naturales que se le resistian, hasta llegar a las provincias de Arauco, donde halló gran resistencia en los indios, con los cuales tuvo muchos recuentros y guazabaras, habiéndolos primero requerido con la paz y hecho lo que V. M. manda, procurando que se les hiciese el menor daño, y con su buena industria los soyuzgó, y conquistó, y pacificó, y pobló una ciudad que puso nombre la Concepcion: está en mui buen asiento, puerto de mar, cincuenta leguas de la cibdad de Santiago.

Habiendo poblado esta cibdad, dejando en ella para su sustentacion el recaudo conveniente, se partió con hasta ciento y cincuenta hombres de [a]caballo, e vino conquistando y pacificando los naturales hasta llegar donde ahora está fundada la cibdad Imperial, e habiendo conquistado la jente que halló, en el mejor sitio pobló esta cibdad: está fundada entre dos rios, quel uno dellos es mui caudaloso y hondable, en que se hace un puerto de mar: está dos leguas della: es mui buena comarca de tierra e bien poblada. Púsosele este nombre, porque en aquella provincia y esta, en la mayor parte de las casas de los naturales, se hallaron de madera hechas águilas con dos cabezas. En esta cibdad hizo ochenta vecinos, la mayor parte dellos hijosdalgo: está de la cibdad de la Concepcion veinte y cinco o treinta leguas.

Acabada de poblar esta cibdad, prosiguiendo su conquista comenzada, prosupuesto todo trabajo, sin descansar cosa alguna, que segun su edad y trabajos pasados le era nescesario quietud, salió desta cibdad con hasta ciento y veinte hombres de [a] caballo viniendo prolongando la tierra, conquistando la jente que hallaba e se le resistia, hasta que llegó a esta cibdad de Valdivia, veinte leguas poco mas de la cibdad Imperial. Púsole este nombre al tiempo de su fundacion, porque un capitan que envió por mar a descubrir esta tierra, viniendo por la costa halló un puerto de mar el mejor que se hallara en grandes partes, mui hondable y abrigado de todos vientos y mui limpio. Este puerto se hace de un rio grande y caudaloso que pasa junto a esta cibdad, al cual puso nombre rio de Valdivia por ser descubierto por su mandado, y porque correspondiese el nombre de esta ciudad al del rio, y tambien porque quede memoria de Pedro de Valdivia gobernador de V. M., su fundador, se llamó así. Está asentada en la ribera deste rio, una legua de la mar en un valle mui llano que en la redondez dél se hace tierra mui templada y apacible vivienda, pueden subir hasta los muros della na-

vios de trescientos toneles y mas; hará aquí hasta setenta vecinos hijosdalgo, leales vasallos de V. M. En este puerto y en el de la Concepcion se pueden hacer muchos navios, por haber junto a ellos mucha madera y mui buena.

Habiendo poblado esta cibdad con casi docientos hombres de caballo, que un capitan que habia enviado al Perú, llamado Francisco de Villagra trajo de socorro dél, en que le adeudó al gobernador para ello en mas de otros cien mill castellanos de oro, con parte desta jente e de la que acá tenia, envió a un capitan llamado Gerónimo Alderete, a poblar una villa la tierra adentro, la cual pobló ácia la sierra junto a la cordillera de La nieve, en triángulo de la cibdad Imperial; y [a] esta púsole nombre la villa Rica: podrá hacer en ella hasta cuarenta vecinos.

Despues de pobladas esta cibdad e villa, porque el invierno sobrevino, e los rios en este reino son muchos y caudalosos, no prosiguió adelante en su conquista, mas de salir desta cibdad con hasta ciento de caballo para saber lo que en la tierra habia, por de todo informar a V. M., como despues que en estos reinos está, lo ha tenido de costumbre. Desta vuelta tuvo noticia la tierra adelante ser poblada honestamente: en todo lo fundado y poblado hasta ahora se ha hallado personalmente aunque es ya viejo y mui trabajado; tiene intento el verano que viene, que comienza desde el mes de setiembre hasta el mes de abril, seguir la ampliacion deste reino, poblando en nombre de V. M. en las partes que viere convenientes. Adéudase de nuevo para por mar descubrir la navegacion segura del estrecho y puertos que desde aquí a él hai, por ser la cosa mas importante para la sustentacion destos reinos e de los demas descubiertos y poblados en este mar del Sur, y para descubrir otros mayores y mejores a V. M. Tiene hasta ahora en esta tierra mill hombres, y cada dia le vienen socorros de mas.

A V. M. humillmente suplicamos nos haga merced dar favor y ayuda al gobernador Pedro de Valdivia para que descubra la navegacion del estrecho, pues para sustentarla y asegurarla tiene posibilidad suficiente, y de cada dia abundará mas, así por mar con navios, como por tierra con jente de pié y de caballo, porque si no es por su persona, por otro ningun capitan puede ser descubierto ni sustentado, aunque gaste grande suma de oro. A todos los que en este reino estamos nos tiene en rectitud y concordia; es celoso de justicia, y en lo tocante al servicio de Dios nuestro Señor y de V. M. lo atiende y considera como conviene; guarda la paz cumplidamente a los naturales, no consiente que sean vejados, como en otras partes lo han sido, trayéndolos en cadenas: tiene vijilancia sean doctrinados en las cosas de nuestra santa fé, que imprime bien en ellos, poniendo, como ha puesto, en cada cibdad de las pobladas una persona que tiene dello cuidado.

El bachiller Rodrigo Gonzalez, clérigo presbítero, há muchos años que sirve a V. M., así en los reinos del Perú en la conquista dellos e conversion de los naturales, como en estos, y es uno de los primeros que a ellos vino; ha trabajado mucho, así en administrar los sacramen-

tos e predicacion a los españoles, como en enseñar y doctrinar los indios. Demas desto ha gastado de su hacienda mucha cantidad de oro en socorro que ha dado a muchos soldados, encabalgándolos y proveyéndolos de las cosas nescesarias; y no solo en esto, pero muchas veces ha prestado y socorrido al gobernador Pedro de Valdivia en tiempos de gran nescesidad con mui gran cantidad de moneda para ayuda a la conquista y sustentacion destos reinos. Es persona de ciencia y conciencia calificada, viejo, de buena y honesta vida, de noble sangre, en quien concurren las calidades que cualquier buen perlado debe tener: humillmente suplicamos a V. M. nos haga mercedes de dárnosle por perlado destos reinos, que en ello nos hará V. M. crecidas mercedes.

Sobre las cosas tocantes a la república desta cibdad, y sobre ciertas mercedes que en nombre de V. M. el gobernador Pedro de Valdivia hizo a esta cibdad al tiempo que la pobló, será por nuestro procurador a V. M. pedido y suplicado confirmacion dellas. A V. M. humillmente suplicamos asimesmo nos haga mercedes de confirmar y otorgar todo lo que por parte desta cibdad fuere pedido, que por nuestro poder e instruccion el procurador lleva, pues todo ello es para sustentarla en servicio de V. M., cuya vida y mui alto estado nuestro Señor guarde y augmente con el dominio de la universal monarquía.—Desta cibdad de Valdivia a 20 de julio 1552.—De V. S. C. C. M. súbditos humildes y leales vasallos que las reales manos y piés de V. M. besan.—*El licenciado Altamirano.—Francisco de Godoy.—Alonso Bs.* (*Benites*).—*Cristóbal Ramirez.—P.º Panxa* (*Pantoxa*).—*Lope de Encinas.—P.º Guajardo.—Juan Trrs.* (*Torres*) *de Almendras*, escribano de V. M. y deste cabeldo.

V.

Carta de aviso (1) de la muerte de Pedro de Valdivia.

(Coleccion MS. de Muñoz, tom. 87, fol. 77.)

Señor: En el mes de noviembre pasado escrebí a v. md. largo de lo que pasaba en esta tierra de como era bueno, y agora le hago saber el suceso dello, que es, que el gobernador Don Pedro de Valdivia, que Dios haya, salió de la Concepcion cinco o seis dias ántes de Navidad a sus indios, llamado el su estado, en el cual dicen que ternia cien mill indios en doce leguas de luengo de la costa arriba, para castigar algunos indios, y como los indios estaban de mal arte habian hecho gran junta, y el gobernador envió seis de a caballo delante, y mataron los cinco, y el uno vino a dar aviso, diciendo al gobernador que no pasasen, que los matarian a todos, y luego tornó a enviar otros diez de a caballo, y matáronlos tambien; y con todo esto no se quiso retraer, y remete con otros

(1) Parece dirijida al marques del Cañete, virei del Perú.

treinta hombres de a caballo, y tambien los mataron, y al gobernador tomaron preso y le tuvieron tres dias vivo. Queriéndole ya soltar para que se fuese a la Concepcion, y estando en esto vino un cacique diciendo que qué hacian con él, y por qué no lo habian muerto, y tomó una hacha y matólo con ella, de manera que le mataron a él y a otros cincuenta hombres, los cuales eran casi todos sus criados, por manera que quedó él y todo su servicio, ansí blancos como negros y indios, ahí muertos: plega a Dios que él los perdone a él y a todos. El dejó la tierra en mui gran confusion, especialmente en tener la jente mui derramada: los unos estaban en el estrecho: el señor jeneral Francisco de Villagran (1) en el Lavoa, que es la costa arriba, haciendo un pueblo, y otros estaban haciendo un pueblo llamado los Confines, y otros estaban en las minas: fué Dios servido que viniese Francisco de Villagran con toda su jente, y rehízose en la Imperial, y luego fué a la Concepcion, y luego en este instante vinieron los navios del estrecho, y como los indios vieron que tan presto se tornaban a juntarse las jentes, estuviéronse quedos y no se quisieron juntar con el estado; y digo en verdad a v. md. si todos los indios se levantaran no dejaran cristiano a vida. El jeneral Francisco de Villagran es ido a castigar con trescientos hombres, los docientos de caballo y cincuenta arcabuceros, y los otros de espada y rodela; plega a nuestro Señor que él les quiera dar victoria, de manera que permanezca la tierra en servicio de Dios y del Rei. Sé le decir a v. md. en verdad que la tierra de arriba es mui rica de oro, y sacaba a medio peso hasta a peso por batea, un oro mui menudo; y si no hubiera acontecido el desastre, que sacaran esta demora mas de trescientos mill pesos de oro arriba. Los navios que fueron al estrecho, los dos entraron dentro mas de treinta leguas por ella arriba, y trujeron ciertas presas del estrecho, y hallaron una cruz puesta: ansímesmo de Valdivia hallaron cada legua y cada dos leguas mui buenos puertos, y dicen que descubrieron cient leguas ácia el estrecho, que comienzan desde el cabo, de mui buena tierra y mui poblada hasta la costa e tierra de muchas ovejas; de manera quieren decir hai tanta jente en esta tierra como en Arauco: ansímismo hallaron muchas islas, y quieren decir que es segundo arzopiélago, y todas pobladas, y es jente de guerra, y andan en grandes canoas, y traen su fuego dentro: dicen tambien que estas cient leguas de tierra tienen gran dispusicion de minas de oro: bien creo las hai, no tengo dubda ninguna, si el gobernador viniera, queste año fueran navios de aquí a Sevilla. Sé decir a v. md. los que tractaren por el estrecho a esta tierra serán mui ricos, por tres cosas: la una ser buena navegacion y la tierra mui sana, y el otro ser la tierra toda mui buena y mui rica de oro y de muchos pueblos que terná, y todos en la costa, y lo tercero que terná a Potosí, que no hai mas de docientas y cincuenta leguas de aquí a

(1) El mismo llamado en otras partes Villagra.

Arequipa. Doi a v. md. esta cuenta, porque sé que holgará dello, y tambien por hacer lo que v. md. me manda.

VI.

Carta de los tesoreros a S. M. sobre la muerte de Valdivia y el estado del pais (1).

S. C. C. M.—Despues que Gerónimo de Alderete salió destas provincias a hacer saber el suceso desta tierra a V. M., sucedió en ella, que estando pacífica, e sirviendo los indios, empezaron a levantarse, e a matar algunos cristianos, lo cual viendo el gobernador D. Pedro de Valdivia, que en gloria sea, estando que estaba en la ciudad de la Concepcion, quiso ir a castigar e a pacificar los indios; e fué Dios servido, que yendo a los pacificar, a quince leguas de una casa que tenia el dicho gobernador en Puren, estaba hecha gran junta de indios, e mataron al gobernador y a cincuenta soldados que iban con él, a los cuales los despedazaron despues de haberlos preso, e cortando dellos pedazos se los comieron. Fué en 1.° de enero del año de 1554 años.

Despues desto, sucedió, que como murió el gobernador, la ciudad de la Concepcion se halló con poca jente e los naturales estaban victoriosos, enviaron a esta ciudad de Santiago a hacer saber la muerte del gobernador e pedir socorro.

Sabido por el cabildo e rejimiento della la muerte, e que la ciudad de la Concepcion enviaba a pedir socorro, para poderlo hacer como convenia, de toda esta gobernacion elijieron por capitan jeneral e justicia mayor al capitan Rodrigo de Quiroga, que era entónces teniente de gobernador en esta ciudad de Santiago.

Fué elejido e nombrado por el cabildo e rejimiento della, e por todos los vecinos, e por tal se recibió hasta que proveyese otra cosa, por ser como es hombre de mucha calidad e mui buen cristiano, el cual envió luego todo el socorro que para la dicha ciudad era menester.

Despues desto, sucedió, que como Francisco de Villagra estaba nombrado por el gobernador de teniente jeneral en esta provincia, y era ido a cierto descubrimiento que se dice el Lago, la vuelta del estrecho, como tuvo nueva de la muerte del gobernador, tomó a las ciudades Imperial, y Valdivia, e Villarica e Concepcion, donde por ser muerto el dicho gobernador, estas ciudades le elijieron por capitan jeneral e justicia mayor, hasta que V. M. otra cosa proveyese.

E como fué elejido, envió a decir a esta ciudad, que pues recibídole habian en las ciudades ya dichas, que tambien le recibiesen en esta.

La justicia e rejimiento le respondieron, que ellos habian elejido por capitan jeneral e justicia mayor a Rodrigo de Quiroga, e que no elejirian a otro.

---

(1) Tomada del tomo I de Documentos de Gay, que la ha "sacado del orijinal que se halla en el archivo jeneral de Sevilla entre los documentos traidos de Simancas."

E ansí fué, que como fueron con la respuesta los mensajeros del capitan Francisco de Villagra, e se halló en la Concepcion, quiso ir a castigar los indios por la muerte del gobernador.

Salió a hacer el dicho castigo con ciento y ochenta de caballo, e halló junta de muchos indios que dieron sobre él e sobre la jente que llevaba, e matáronle ochenta dellos, e con los demas que le quedaron maltratados y heridos, se volvieron a la ciudad de la Concepcion.

Sucedió, que como el capitan Francisco de Villagra volviese desbaratado por la fuerza de los indios a se meter en la Concepcion, luego otro dia el dicho Francisco de Villagra e los demas caballeros e soldados y vecinos que estaban en la dicha ciudad la despoblaron, e se vinieron a esta de Santiago. La justicia e rejimiento della, por evitar no se hiciese algun escándalo, requirieron al capitan Rodrigo de Quiroga, que se desistiese del cargo que tenia, y el dicho Rodrigo de Quiroga por mejor servir a V. M., y por desviar las disensiones que entre él y Francisco de Villagra pudieran haber, se desistió del dicho cargo y le dejó en la justicia e rejimiento desta ciudad. El cabildo e rejimiento della han estado hasta agora teniendo el gobierno de la dicha ciudad, sin recibir por capitan e justicia mayor al capitan Francisco de Villagra ni a otro ninguno, esperando la voluntad de V. M.

Pues como sucedió la venida de Francisco de Villagra a esta ciudad de Santiago con mucha jente que consigo trajo, quedándose las otras ciudades Imperial y Valdivia e Villarica en término de se perder, e visto esto, compramos un navio para enviar socorro a aquellas ciudades, porque por tierra no les podia ir, y tambien por saber si eran vivos los españoles, porque quedaban a gran riesgo: enviámosle con buen recaudo, el cual llegó en salvamento, e hizo mucho fruto, e volvió a pedir socorro, diciendo quedar la jente en extrema necesidad.

Pues como el gobernador murió, hallóse un testamento que dejó hecho juntamente con una provision del presidente de la Gasca en que daba poder al dicho gobernador porque no pereciese la administracion de la justicia, que en fin de su muerte pudiese nombrar una persona que gobernase en estas provincias, hasta que V. M. otra cosa proveyese.

Y ansí es que se halló una cláusula en su testamento en que por ella nombraba en su lugar despues de sus dias al tesorero Gerónimo Alderete, con aditamento que pagase todas sus deudas, y en defecto de no querello aceptar, nombraba por tal gobernador al capitan Francisco de Aguirre con las mismas condiciones.

Pues como al tiempo que murió el gobernador no estaba aquí el tesorero Gerónimo de Alderete, que era ido a informar a V. M., y el capitan Francisco de Aguirre no estaba aquí, porque era ido con provision del gobernador a poblar detras de la Cordillera ácia la provincia de Tucuman, hiciéronse el nombramiento ya dicho.

Pues como el capitan Francisco de Aguirre supo la muerte del gobernador, dejó de poblar, e vínose a la ciudad de la Serena, en la que

estaba nombrado por teniente; y de allí envió a decir a esta ciudad de Santiago le recibiesen por gobernador, llamándose señoría, como se declaraba en el testamento.

El capitan Francisco de Villagra replicó diciendo, que él estaba elejido por capitan jeneral e justicia mayor por cinco ciudades desta provincia, y que a él le pertenecia el gobierno, hasta que V. M. proveyese: y hubo diferencias entre ellos.

Esta ciudad e cabildo e rejimiento han procurado tener en paz este reino: dieron por medio que se dejase en manos de dos letrados que lo determinasen; los cuales dieron por órden, que se estuviese la tierra como se estaba, hasta que pasasen siete meses, y que pasados, no viniendo mandato de V. M., en tal caso tuviese el gobierno della el capitan Francisco de Villagra.

Y con esto despachamos a la real audiencia que reside en la ciudad de los Reyes.

Sucedido esto, despachamos el navio que habia venido a pedir socorro, por el mucho aprieto en que estaban los españoles de las ciudades ya dichas.

El capitan Francisco de Villagra por el parecer de los dos letrados hizo requerimientos, diciendo convenir al servicio de V. M. le socorriésemos con dineros, para ir a socorrer a aquellas ciudades, e como no le socorrimos, se hizo recibir por fuerza en esta ciudad por capitan jeneral e justicia mayor, diciendo servir a V. M. en ello. Un dia estábamos en la fundicion quintando, y entró dentro con ciertos hombres, e nos requirió le diésemos el oro que estaba en la caja real; e nosotros se lo defendimos con requerimientos e apelaciones para ante V. M.— E no embargante esto, nos quebrantó la caja, e forciblemente, sin podellos nosotros resistir, por estar como estaba poderoso: sacó de la caja real 388,625 pesos, diciendo ansí convenir al servicio de V. M., con los cuales hizo ciento y ochenta hombres, con que fué a socorrer las dichas ciudades.

Somos informados, que su ida hizo mucho fruto, porque a no ir, se perdieran las dichas ciudades. Y despues de socorridas, se volvió a esta ciudad de Santiago, halló en ella al capitan Arnao Cegarra Ponce de Leon, contador en estas provincias por V. M., con provisiones enviadas por el audiencia de Lima, en que mandaban la órden que se habia de tener en esta tierra, hasta que V. M. proveyese gobernador: el capitan Francisco de Villagra las obedeció e cumplió, e lo mesmo hicieron todos los demas pueblos e capitanes, y ansí estan esperando la voluntad de V. M.

La órden que el audiencia dió en estas provincias fué, que los alcaldes, cada uno en su jurisdiccion, administrasen la justicia, hasta que de gobernador se proveyese; del cual hai tanta necesidad, que si V. M. no provee presto sobre ello, puede ser que venga en disminucion la tierra.

Esta gobernacion es al cabo del mundo: todas las cosas valen a peso

de oro, como V. M. será informado por una probanza que dello hicimos, la que enviamos a V. M.: ningun oficial desta provincia se puede mantener en ella con 4,000 pesos, y aunque V. M. dellos le haga merced, es imposible poder vivir sin indios, y tanto, que por no poderse sustentar con los 500,000 maravedís que V. M. manda se les den, estan los oficiales en casa de los vecinos; a los cuales si los vecinos no les diesen de comer, no se podrian sustentar. Suplicamos a V. M. provea sobre ello lo que mas a su servicio convenga. Estando esta tierra asentada, tenemos noticia que se sacarán cada año en ella dos millones de oro, que vendrán de los quintos reales 500,000 ducados.

Nuestro Señor, la sacratísima persona de V. M. prospere con adelantamiento de muchos reinos en su santo servicio.—Desta ciudad de Santiago, a 10 dias de setiembre de 1555 años.—S. C. C. M.—Los sacratísimos piés de V. M. besamos sus criados, súbditos e vasallos.—*Arnao Cegarra Ponce de Leon.—Juan Fernandez de Alderete.—Antonio Alvarez.*

VII.

Relacion que envía el señor García de Mendoza, gobernador de Chile, en 24 de enero de 1558, desde la ciudad de Cañete de la Frontera, que nuevamente se ha poblado en Arauco (1).

Yo salí a 1 de noviembre de la ciudad de la Concepcion, llevando conmigo seiscientos hombres, mui escojidos soldados, y cien caballos, y tres o cuatro amigos de servicio, y con una docena de relijiosos con su cruz delante, enviando todos los indios amigos y caciques haciendo amonestaciones a estos indios, y prometiéndoles el perdon y la paz, y el buen tratamiento, y no obstante esto, enviaron muchas veces a decir por otros caciques y los capitanes dellos, que era un Cupulican y Cancomangue, unos indios mui belicosos, desasosegados y crueles con sus indios, que me diese prisa a ir donde ellos estaban, porque me querian comer a mí y a toda la jente que llevaba, y tomarme todo lo que llevaba, y que si me tardaba, que ellos me vendrian a buscar, y la informacion que todos los indios me daban era, que habia mas indios que yerbas en el campo, y así como la mas jente que traia era chapetona, y los baquianos estaban tan amedrentados de las burlas pasadas, sentí que andaba gran miedo en el campo, y por darles a entender lo poco en que los habíamos de tener a estos pobres indios, hice echar una barca en un rio mui grande, que tiene dos leguas de ancho, y metí veinte arcabuceros de mi compañía y cinco caballos, y dejé los arcabuceros en defensa del paso del rio, e yo entré con cinco de a caballo dos leguas

(1) Tomada de la Coleccion de Documentos de Gay (t. I), que la ha "sacado del orijinal que se halla en el archivo jeneral de Sevilla entre los documentos traidos de Simancas."

la tierra adentro, y la corrí toda, y me volví a mi jente, y con esto parece que tomó la jente ánimo, y los indios fué cosa que sintieron mucho, por verlo hacer con tanta brevedad, y fuéles arma a que pasábamos ya el rio, y empezaron a enviar mensajeros y hacer sus juntas jenerales.

Juntáronse todas las provincias de la redonda la mayor cantidad de jente que pudo, y quisieron ir a estorbarme el paso del rio, e por desmentirles, volvíme con mi compañía a la Concepcion, que tenia allí mi campo. Hice salir la barca del rio, y dejélos deshacer: desque me pareció que estaban vueltos a sosegar, apercibí una noche todo el campo, y otro dia hice ir todos los barcos de los navios y barca grande por la mar, y jente que venia de la Imperial y que nos traia ganado, enviéles diez de a caballo que fuesen al rio, y por mar y tierra allegamos todos a un tiempo al rio, y empezamos a pasar, y por gran prisa que me dí, habia tantos caballos y ganado, que me detuve en pasar seis dias, y luego aquella misma tarde que acabaron de pasar los postreros, ordené mi jente en esta manera: a media legua del campo una compañía de cuarenta caballos repartidos unos delante de otros, por todos los lados, y otros diez de a caballo a vista dellos y del campo, para que en dando ellos arma nos la diesen a nosotros, y delante de mí doce relijiosos con la cruz, y luego yo, y tras de mí mi compañía en la vanguardia, y tras la mia tres compañías de infantería de arcabuceros y piqueros, y espadas e rodelas: luego seguian cinco capitanes de a caballo en una hilera, y tras dellos el estandarte real; y de un lado llevaban a D. Pedro de Portugal, alférez jeneral, y del otro lado al licenciado Santillan, y en la misma hilera los altérez de los capitanes que iban delante con sus estandartes, y tras dellos en sus hileras de cinco en cinco todas las compañías, y el jaradaje y las piezas, llevámoslo todo por un lado una compañía de a caballo y otra de infantería de retaguardia, y con esta órden anduvimos este dia dos leguas a donde en un buen llano, aunque habia algun poco de monte, nos alojó el maestre de campo, y por tener nueva que nos querian venir a estorbar el paso los indios, me subí en un cerro alto de una barranca a reconocer si se parecia alguna jente, y volvimos al campo, y envié quince o veinte corredores con el capitan Reinoso a que corriesen el campo, y en pasando una legua de adonde estaba alojado el campo, se vió cercado de indios, y fuéle forzado venirse retirando, y porque no le matasen, haciendo rostro en algunos pasos a los enemigos, y envió a dar arma; y envié a reconocer lo que era con treinta de a caballo al maestre de campo Juan Remon, y fuéle forzado no poder salir sin pelear de entre los indios; y así envióme a pedir socorro, y que no podian salir por unos pasos malos que habia de ciénaga, si no le enviaba socorro, y quise yo ir allá, y todos los soldados y frailes y clérigos me asieron de las riendas del caballo, que no los dejase.

Llevé la infantería a pié, y les parecia que los desamparaba, y estúveme así junto al real con mi campo, y de allí envié al capitan Rodrigo

de Quiroga con cincuenta lanzas, y a mi alférez con mi compañía de arcabuceros. Fué tanto el teson de los indios, que los trajeron retirándose a todos hasta mi campo, porque cuando allegaban allá los caballos iban mui cansados.

Yo dejélos allegar lo mas que pude a los indios, y desque me pareció que estaban en buena parte, hice salir la compañía de a caballo de Francisco de Ulloa a ellos, y con esto, y con reconocer mi campo, empezaron luego a retirarse a un montecillo espeso de cien apas, e hice entrar allí a D. Felipe con cien arcabuceros, y mataron gran cantidad dellos, y los demas tambien alcanzaron mucha jente; y los indios, pareciéndoles que se les hacia mala burla, retiráronse tras una lagunilla, y allí rehicieron sus escuadrones, y por ser noche y no poder pasar ya allá, los dejé estar así, e informéme de los indios que se tomaron adonde estaba la demas jente, y afirmaron que estaban dos leguas de allí en mitad del camino real, adonde tenian hecho un fuerte; y sabido aquello, luego en amaneciendo empezamos a marchar por la órden que hasta allí habia venido, y en estando junto al fuerte, que estaba en una loma, lo envié a reconocer, y no hallaron a nadie en él, sino desamparado de los indios, y con esto paré allí en el fuerte dos dias, porque sanasen muchos heridos que llevaba; no mataron ningun hombre mas de un mozo que tomaron a mano, este no peleando, sino yendo a cojer frutilla.

Y estando en aquel asiento me vinieron nuevas en que me traian cartas de V. E., el capitan Guevara, que no fué poco contento el que recibí en saber de la salud de V. E., aunque él ni las cartas nunca acá han llegado. Tambien vinieron nuevas como en acabando nosotros de pasar el rio, hizo un norte que se anegó la barca que habia mandado hacer, y se perdieron dos o tres criados mios y otros tantos negros, y no sé qué tantos marineros: diónos a todos harta pena, por ser el principio de lo que veníamos a hacer.

Partidos de aquí de Andelican, fuimos por la mesma órden, llevando yo comida por la mar, sin tomarles cosa ninguna, y enviándoles siempre a rogar con la paz, hasta la cuesta adonde desbarataron a Villagran, que teníamos por cierto que estaba allí toda la junta; y allegados allí, asentamos al pié della el campo, hasta reconocer bien lo que habia en ella. Reconocióse aquella noche no haber nada, y otro dia nos metimos en los llanos de Arauco, donde no fué poco el contento que toda la jente recibimos, y así me detuve en el mismo asiento de Arauco quince dias, rogándoles con la paz a los indios, pero ellos mas pensaban en pelear que no darla, porque cada dia salian los que se podian juntar, a escaramuzar con los corredores, y matáronme allí un buen soldado; visto que estos me decian que no querian venir de paz, hasta ver como me iba con Cupulican, que tenia mucha jente, y habia muerto al gobernador pasado, y tambien me habia de matar a mí, y que no darian ellos la paz; y así por esto acordé partir de allí, y fuí a dormir tres leguas de allí, y envióme a decir el Cupulican, que él habia comido al gobernador y a los demas cristianos, y que así haria a nosotros

otro dia por la mañana, y visto esto, tuvímoslo por cosa de burla, porque otras muchas veces lo habia dicho; y otro dia por la mañana, estando dando el alborada los menistrales y trompetas, ellos pensando que habia dado la jente, que traian concertado que diese por las espaldas, y que tocaban arma, empezaron a dar grandes voces todos juntos, y descubriólos la centinela, que habian dormido aquella noche allí junto detras de unas quebradas, y luego enfrenamos, y repartí la jente por la parte que me pareció que venian los escuadrones, y ellos vinieron lo mas de prisa que pudieron, e yo estúveme quedo con mi jente puesta en órden en tres partes, y dejélos allegar.

Y no se pudo jugar el artillería por estar en unas quebradas, y dos escuadrones que acometieron por delante, el uno acometió por la parte do estaba D. Luis de Toledo con dos compañías, la de Renjifo y la mia, y dieron el Santiago en ellos; y por donde yo estaba acometió otro escuadron grande, y puse a D. Felipe Rasco y Suarez delante de la caballería, y una compañía de a caballo hícele cercar por las espaldas, y ellos confiados en una quebradilla que estaba allí junto, hicieron alto con tanto órden como nosotros, llevando su flechería por delante, piquería y macana y lazos detras, e yo empecé a marchar poco a poco a ellos, y llegando a tiro de arcabuz dí dos rociadas en ellos, y despues por un lado, ya que estaban un poco desbaratados de la arcabucería, dimos el Santiago la jente de a caballo: creo que se matarian y heririan casi mil indios, y de los demas que se metieron en la quebradilla, que hice cercar a la redonda, otros ochocientos o mil presos, e yo hice frutiera de veinte a treinta caciques que se cojieron vivos, que eran los que traian desasogada la tierra, y pensé que quedaba castigada para no alzar nunca mas la cabeza, y ellos estan tan emperrados con este mal indio de Cupulican, que otro [dia] me envió a decir, que aunque fuese con tres indios me habia de matar, y aun desafiándome en forma, como si fuera hombre de gran punto.

Por no ver tantos muertos como allí habia, aunque traia muchos heridos, vine marchando hasta aquí, donde há que estoi un mes; adonde hice luego un fuerte para repartir desde aquí la jente donde sea menester mas: y entendido que la tierra estaba mui despoblada, y que la jente que se juntaba a pelear era de otras provincias comarcanas, y que se iba deshaciendo, envié a Gerónimo de Villegas con ciento y cincuenta hombres a poblar la Concepcion, y señalé dos capitanes para enviarlos a los pueblos de arriba con alguna jente. Yo me he quedado aquí a poblar esta ciudad, por ver que está la jente tan desvergonzada, aunque es poca, que há no sé cuantos dias, que viniendo a pelear otra vez aquí, se toparon con Rodrigo de Quiroga que enviaba a correr, peleó con ellos, y mató trescientos indios, y con todo esto cada dia nos estan dando arma, matándonos anaconas y negros e caballos, y andando el monte; hasta ver que empiecen a dar señal de paz y se sosieguen mas, me estaré aquí comiendo por racion, como há un año que lo hago, y trayéndose las armas como sayo de no quitarse; y así

espero en Dios, que la tierra es tan rica, que por poca jente que haya quedado en ella, y con la esperanza de lo de adelante, de aquí a algunos años dará algun provecho: yo creo que la principal causa de no venir estos, es por el gran miedo que tienen en pensar que segun los males que han hecho, han de ser así castigados, y en acabándoseles una frutilla que tienen en el monte, con que hacen chicha y se emborrachan, vendrán todos de paz, porque no pueden dejar de hacerlo, porque estamos señores de todas las comidas que tienen en el campo y casas.

Agora me llegan nuevas de que dieron seis mil indios en obra de mil quinientas cabezas de puercos, que habia enviado a que me trajesen de la Imperial, porque há cuarenta dias que no se come en esta ciudad de Cañete de la Frontera bocado de carne; y como teníamos tanta hambre, envié cien hombres, por recelarme de la mala dijestion con que andan estos indios, a que socorriesen a los veinte hombres que venian con los puercos, y por pensar tener ganado el juego, dejaron pasar los cien hombres de socorro que enviaba los indios, y a la vuelta tomáronles una quebrada mui áspera y montuosa, que les fué forzada para defender las vidas y los puercos, que se lo habia encargado tanto como sus vidas; pelearon a pié cuatro horas largas, sin poder vencer, ni desbaratar los indios, hasta que a la postre los arcabuceros que de ahí traje, se dieron tan buena maña, que los vencieron, matando muchos dellos, y los que han librado bien de la burla, es el capitan Reinoso que iba con la jente, que por haber andado toda esta jornada alentado como buen soldado, le dí a escojer de los repartimientos que tenia vacos el que mejor le pareciese.

VIII.

Relacion de las cosas de Chile, dada por el licenciado Juan de Herrera (1).

(Bibl. Nac, *Varios tocante al gobierno de las Indias*, J. 53, fol. 233.)

Illustre Señor: Con la memoria que dí sobre lo de la órden que tuve en ir a la guerra de Chile, pensé que tenia cumplido, y pues v. md. manda diga mi parecer en lo que entiendo del gobierno de aquella provincia y en el remedio della, y lo que se debe proveer, porque el señor visorei lo quiere ver, con lo demas que conviene que yo envíe por escrito. Lo que yo entiendo de aquella provincia y lo que me parece que es menester para poderse sustentar, es lo siguiente:

Hase de presuponer que en la provincia de Chile hai diez ciudades

(1) Muerto Francisco de Villagra, y habiendo encargado el gobierno de Chile a su hijo Pedro de Villagra, por un testamento cerrado que se halló entre sus papeles, este envió a la ciudad de Santiago al licenciado Juan de Herrera, natural de Sevilla, para que le recibiesen en su nombre. Véase a Góngora Marmolejo, páj. 184. Este Herrera es el autor de la presente relacion.

pobladas de españoles, en las cuales habrá hasta docientos vecinos que tienen indios.

Los quintos de Su Majestad montarán cincuenta mill pesos.

Que la guerra sea justa, por lo que han hecho los indios de aquella provincia, señaladamente los de los términos de la ciudad de la Concepcion, no hai duda, porque dieron la paz al principio; aunque en esto se entiende que no fué la paz al principio voluntariamente, mas al fin la dieron e se predicó el evanjelio, y recibieron la doctrina chripstiana muchos años.

Despues de haberla recebido han sido infestos y molestos a los chripstianos; no han permitido que se les predique el santo evanjelio, han tomado y tienen consigo muchos indios chripstianos, han muerto mas de setecientos españoles y robádolos sus haciendas, salteándolos en los caminos, y han hecho otros insultos y delitos nefandos, y en algunas partes comen carne humana, que ha acontecido venirse a comer de sus propias carnes, e yo ví en la cibdad Imperial una india que le faltaba un pedazo del muslo, y decian que se lo habia comido; y comer a los españoles que toman, es mui ordinario.

Estos indios de los términos de la dicha cibdad de la Concepcion en especial, son mui belicosos, y en tanto grado, que para estar mas lijeros el dia de la batalla, o *guazabara*, se purgan, y aun se han sangrado. Elijen por su capitan al que es mas valiente y tiene mas fuerzas, y pruébanlo en el que mas tiempo tiene en el hombro una gran viga.

En la guerra dicha se han señalado los indios que dicen del estado, que son de Arauco, Tucapel y Mariguano; y aunque estos son los nombres, todos los de la dicha provincia en jeneral son los que contribuyen y envían indios, rata por cantidad, como dicen, cada cacique conforme al número de indios de los que estan de paz en todas las dichas provincias, y aunque sirven envían sus indios de mitad para el dicho efeto.

Hai otra manera de indios de guerra que son como soldados de Italia, y son indios motilados que vienen por sus meses a servir por paga cierta que se les da, y llevan sus picas y armas; y demas de estos hai otros muchos indios que dan para la guerra los caciques de paz de toda la provincia, por órden secreta que tienen.

En la guerra andan mujeres del partido, que ganan como mujeres enamoradas: no quiero tratar de otras muchas particularidades que tienen, por no ser este el principal intento para que v. md. me mandó diese esta memoria.

Todos los mas visoreyes y gobernadores que ha habido en esta provincia, han enviado socorro de jente y municiones y navios a Chile, en que se han gastado mas de cuatrocientos mill pesos, y no ha habido de quintos Su Majestad cient mill de treinta años a esta parte, porque solas dos partidas se han llevado, una que llevó Gerónimo de Alderete, tesorero y gobernador, de sesenta y tantos mill pesos, e yo truje veinte e nueve mill pesos, que entregué a Ortega de Melgosa y demas

oficiales, cuando vine a dar cuenta del estado de aquella provincia al conde de Nieva y comisarios sobre lo de la perpetuidad.

Todo lo que he dicho ha sido para venirme a resumir que todos los socorros que se han hecho e hicieren en Chile, no han aprovechado ni aprovechan para mas de se sustentar los españoles, porque si va mucha jente, los indios dan la paz hasta que veen la suya, y tienen tanta vijilancia y cuenta que uno a uno vienen a contar los que van al socorro desde esta provincia.

La guerra que en Chile se ha de hacer ha de ser guerra galana, como dicen; talando las comidas procurar tomarlos por hambre y a manos, o con mucha pujanza, y hacer a los indios viejos mitimas [sic] y pasarlos a esta tierra, porque de otra manera hasta que todos se consuman no se acabará la guerra.

En Chile, miéntras hobiere guerra, la audiencia y oidores y correjidores y oficiales del Rei son demasiados, y no hai necesidad dellos, y es mas el gasto que lo que rentan los quintos, y los negocios son pocos; y en el gobierno ha de ser mas por industria, conforme a la necesidad del tiempo, que por órden de derecho, teniendo, como dicen, un caballo blanco y manco que espante y no mate; y así conviene que no haya mas de un gobernador y este lo ha de proveer el visorei deste reino, y que se entienda que está dél mui favorecido, para que ningun soldado se le venga, y de aquí le provean de municiones, de que hai gran falta en Chile, en especial de salitre, azufre, mecha, algodon y arcabuces y otras armas.

Cuando yo estuve, servia el oficio de gobernador Francisco de Villagra con dos mill pesos de salario, y me daba a mí por su teniente jeneral otros dos mill; hasta que se acabe la guerra se podria proveer por esta órden y quitarse la audiencia y los correjidores, porque bastarán los alcaldes ordinarios en cada pueblo, y el teniente letrado que lo ande todo, y los oficiales reales pueden ser vecinos, personas de confianza, sin salario, y en esto se ahorran cincuenta mill pesos, con que se pueden proveer cient soldados a manera de lanzas.

Item darán los vecinos otros L. hombres en sus lugares.

Item de deudas que deben a Su Mag.t se cobrarán cada año mas de ocho mill pesos en caballos y comidas que darán los vecinos, como yo los cobraba.

Puédese pedir que Su Mag.t mande que se pague por seis años el cuarto en lugar del quinto prestado durante la guerra, con que los años adelante las personas que lo pagaren paguen sesmo, que serán mas de XII mill pesos por año.

Los indios, de cada cacique que tenga ciento, dé seis para que se puedan echar a las minas, pagándoles su trabajo y sesmo por seis años, que valdrá cada año mas de XX mil pesos; y en esto no se les hace agravio, pues les curan y doctrinan y dan comidas; y pues ellos los dan para la guerra sin paga, no es mucho que los den para la defensa de la tierra pagándoselo.

Tambien se pueden mandar vender rejimientos y alguacilazgos y dos oficios que hai de gobernacion, y dar poder para perdonar los delitos: de todo lo cual y de otras muchas cosas se puede sacar [de] donde pueden tener CCL hombres, a manera de jente de guarnicion y lanzas, a quinientos pesos cada uno.

El gobernador no ha de encomendar indios durante el tiempo de la guerra, ántes lo ha de tener todo suspenso, entreteniéndolos y dándoles buenas esperanzas con que se sustenten.

Para esta guerra podrian ir los arcabuces y aun algunas lanzas que Su Ex.ª fuese servido, y los que se perdonasen por delitos, y mi parecer es que la jente que hobiere de ir sea con paga y de voluntad, porque en cuatro años casi que yo estuve en Chile, todas las veces que fuí a la guerra y llevé jente, fué dándoles socorros y con buenos medios y prometiéndoles de darles licencia para volverse a reformar, y así llevé mas jente que otro ninguno y holgaban de ir conmigo: y así entiendo que es y será el mejor remedio procurar de sustentar al presente la tierra, como está, hasta que S. M. provea sobre los apuntamientos que yo aquí digo, y otros que mas expiriencia y mejor lo saben dirán: y así se reciba mi voluntad que es con intento de acertar y servir como debo.—*El licenciado Juan de Herrera.*

IX.

Segunda relacion de las cosas de Chile, dada por el licenciado Juan de Herrera.

(Bibl. Nac. *Varios tocante al gobierno de las Indias*, J. 53, fol. 245.)

Illustre Señor: En cumplimiento de lo que v. md. me ha mandado, le envié la órden que yo tuve en Chile para poder ir a la guerra sin escrúpulo el tiempo que yo fuí juez y teniente jeneral en aquella provincia: para que no me pusiesen inconveniente ni cargo en la confision a mí ni a los capitanes y soldados que en aquella sazon fueron, y ellos no se escusasen de ir a la guerra, fué el remedio y órden esta.

Al principio los indios de la dicha provincia diþron la paz y rescibieron el evanjelio y predicacion chripstiana, y despues se han rebelado y alzado muchas veces y han muerto así en *guazabaras* como sobre asechanzas y por los caminos mas de setecientos españoles, y han sido molestos e infestos a los chripstianos e impiden la pedricacion chripstiana y retienen los indios chripstianos, que no los dejan venir a oir el evanjelio y los vuelven a sus rictos, y finalmente ellos son los que hacen y dan la guerra a los españoles hasta venirles a cercar las ciudades adonde estan; y son tan belicosos que ha acontescido ya el dia que han de venir a dar la batalla, un dia ántes estar purgados por estar mas lijeros, y hacer otras muchas invenciones para el dicho efeto; e yo como juez e teniente jeneral de aquella provincia, hice proceso en forma contra todos los dichos indios rebelados y los llamé por edictos, y se creó fiscal y se les puso acusacion sobre las muertes y robos e insultos,

e otros delictos que habian hecho e cada dia hacian, y por su ausencia y rebeldía hice citar y llamar a las personas que eran sus protectores, y que en público volvian por ellos, hasta venir a citar a frai Gil de Sant Niculas, que era y fué el mas principal relijioso que por ellos volvia, y el que mas escrúpulos ponia y pedricaba que se iban los capitanes e soldados y jueces al infierno, y de palabra me dijo que Su Majestad, ni yo en su nombre, no éramos jueces porque no estaban seguros; y en efecto, yo sustancié el proceso e hice probanzas y vine a sentenciarlos a muerte y perdimiento de bienes, y notifiqué la sentencia en los estrados, y a los que pretendian defenderlos, y pasado el término en que podian apelar, pronuncié otro auto en que, en efecto, dije que por cuanto convenia ejecutar la dicha sentencia e ir a prender los culpados, y que andaban salteando y matando por los caminos, y por andar con mano armada e yo no los poder prender ni castigar si no llevaba copia de jente, y que fuese armada, y que para el dicho efeto convenia yo ir en persona y llevar hasta docientos hombres que fuesen apercibidos con un capitan que nombré; y con esta órden fuí a la guerra y dí aviamiento y municiones y socorros a la jente que iba y fué a ejecutar lo susodicho; y cuando me vine a confesar en esta ciudad, por saber que habia ido a la dicha guerra y dado aviamiento y socorros para ella, no querian confesarme hasta que vieron lo susodicho letrados teólogos los mas principales desta ciudad y así me absolvieron: y esta fué la órden que yo tuve en lo tocante a la guerra; lo demas que v. md. manda sobre que diga mi parescer sobre el gobierno de aquella provincia y remedio, ya yo lo tengo en minuta; si su Ex.cia y v. md. lo quisieren ver, sacarélo en limpio, que podria ser aprovechar: a lo ménos serálo mi voluntad mui aparejada para servir en lo que se me mandare.—*El licenciado de Herrera.*

X.

Relacion dada por el licenciado Diego Ronquillo de lo ocurrido en Chile durante el tiempo que asistió en dicho reino.

(*Papeles varios tocante al gobierno de Indias*, Bibl. Nac., J. 53, fol. 247.)

En el tiempo que yo Diego Ronquillo [he] estado en Chile, las cosas que los naturales de aquel reino han hecho en deservicio de Dios nuestro Señor y de Su Majestad, y que yo he visto, son las siguientes:

Don García de Mendoza entró en aquel reino por gobernador habrá doce años y medio (1); llegado que fué a la cibdad de la Serena, e informado del trabajo que los indios y españoles recibirian, especial los naturales que hai en el camino desde Mapocho a la cibdad de la

(1) Por el de 1557, y por consiguiente esta relacion es del año 1570.

Concepcion, si desembarcaba toda la jente que llevaba, acordó con parecer de los relijiosos que llevaba consigo, que eran frailes de la órden del bienaventurado Santo Domingo y San Francisco, y clérigos dotos, de buena vida y fama, de irse por la mar a la Concepcion con la mas jente que llevaba, y llegado al puerto de la Concepcion, desembarcó con la jente que llevaba en una isla que llaman de Talcaguano, donde habia algunos indios, los cuales se alborotaron y huyeron, porque habia dias que no vian por allí jente española, que en este tiempo estaba despoblada la Concepcion y no se habia poblado Tucapel ni Arauco, y estaba todo alzado desde que mataron a Valdivia; y luego, como Don García vió que se habian pasado los naturales a tierra firme y dejado sus casas, mandó poner españoles que las guardasen y que no les tomasen sus comidas. Tomáronse algunos indios, y con ellos envió a llamar a los demas, hablándoles ansímesmo los relijiosos que consigo tenia, diciéndoles que no se alborotasen, que no venia a hacerles mal ninguno y que lo verian ansí, ántes castigaria a quien les habia hecho mal tratamiento y no le servirian mas; que se viniesen a sus casas; y a los mensajeros que enviaba les ví dar de vestir a todos el dicho Don García. Fueron perdiendo el temor, y vinieron los mas de los indios de la dicha isla a sus casas, y se holgaron mucho de ver que no les faltaba cosa ninguna dellas: con estos indios ví enviar por mensajeros a llamar a los demas, y requerir con la paz, y ninguno iba que no fuese vestido, que se lo daba Don García, y los relijiosos se lo decian así para que los demas viesen el buen tratamiento que les hacia. Venian algunos indios de parte de sus caciques siempre con mentiras, diciendo que querian venir a servir; estuvo en la isla aguardándoles mas de dos meses; pasó a tierra firme y hizo el fuerte de San Luis, y desde a siete dias que estaba en tierra firme, vino toda la tierra a pelear con él, y cercáronle; y como vieron que no podian entrar en el fuerte, porque tenia mucha jente, alzaron el cerco; hirieron algunos españoles, y murió uno de las heridas: estuvo allí mas de mes y medio, que no tenia caballos, hasta que llegó la jente que iba por tierra. En este tiempo, con algunos indios de la isla, enviaba llamar y requerir con la paz a los demas comarcanos, y vino un cacique a dar la paz, y ví que le recibió con mucho amor y le dió de vestir, y con indios deste cacique envió a hablar a los demas, y a todos los mensajeros daba de vestir, y los regalaba mucho, y los frailes ansímesmo les hablaban, y decian el bien que les venia de dar la paz, ansí para sus ánimas como para su sosiego; no vinieron mas caciques a dar la paz de los comarcanos.

Visto esto D. García, y habiendo llegado la jente de caballo y que no querian venir los demas caciques, acordó con parecer de algunos relijiosos de los que tenia consigo, que seria bien entrar en Arauco y aquella tierra con el ménos daño que fuese posible; y ansí partió con toda la jente de la Concepcion y pasó a Biobio, y el mesmo dia que comenzó a caminar, despues de haber pasado el rio, envió a correr al

capitan Antonio de Reinoso, el cual yendo descubriendo el campo descubrió los indios de toda aquella tierra en escuadrones que venian a pelear con los españoles. Volvióse retirando a dar aviso, y los indios lo siguieron, de manera que le hirieron algunos caballos de los soldados que llevaba consigo. Así como D. García lo supo, envió a su maese de campo Juan Remon a que socorriese al capitan Reinoso: llegado Juan Remon, pelearon con él los indios y hicieron retirar a mas de cincuenta soldados, y les siguieron hasta llegar al real donde estaba asentado, que era mas de una legua de adonde los hallaron: salieron mas jente de caballo y desbarataron algunos indios, porque los escuadrones [en] que iba la mas jente de los indios se estuvieron quedos hechos fuertes y no les acometieron. Los españoles tomaron algunos indios, a los cuales habló Don García y los frailes que iban en su compañía, y los soltaron y enviaron con ellos a requerir con la paz a los demas.

Partióse de allí y entró en Arauco desde a tres dias, y mandó a dos alguaciles tuviesen cuenta con las casas y sementeras de los indios, y que no consintiesen llegar a ellas, ni cojerles sus comidas, lo cual les mandó azotasen a las piezas que llegasen a las comidas de los indios, y ansí lo hacian. Llevaba un navio por la costa con comida y daba de tantos a tantos dias racion a todo el campo porque no hiciesen daño en las chácaras e comida de los indios: estovo en el valle de Arauco quince dias, en los cuales se tomaban algunas piezas de indios e indias en las correderías que se hacian, y las vi asoltar y tratar mui bien, y con ellas enviaban siempre a requerir con la paz a los caciques e indios, y nunca vino ninguno a dar la paz, ántes en una correduría mataron un español. Viendo que no venian, con parecer de los relijiosos, porque allí no se hacia efeto ninguno, partió para Tucapel, y otro dia siguiente que partió al cuarto del alba, vinieron los indios en el levo de Millarapue y le dieron una guazabara, en la cual se tomaron algunos indios e indias, y los vi soltar y no les hacer mal tratamiento, y los frailes tenian desto y el dicho Don García mucho cuidado. De allí se partió y fué a Tucapel, teniendo mucho cuidado de que no llegasen a chácara ni casa de indio: estuvo allí mas de dos meses y pobló la cibdad de Cañete, y en este tiempo no vinieron los indios de Tucapel de paz, sino eran algunos que en algunas corredurías les tomaban sus mujeres, las cuales les daban luego sin hacerles mal ninguno, y con ellos enviaban a requerir con la paz a los demas. En este tiempo envió Don García a la cibdad Imperial por ganado para sustentar aquella cibdad, y fué el capitan Antonio de Reinoso a metello con cierta cantidad de soldados, porque se decia los indios estaban para tomallo juntos, y viniendo con ello le aguardaron en la quebrada que llaman de Puren y pelearon con el dicho capitan, y él desbarató los indios y tomó algunos, y sin hacelles mal les soltó hablándoles mui bien, diciéndoles el bien que les venia de dar la paz. De algunos indios que venian por espías y a saber lo que habia, se informaban de lo que pensaban y querian hacer:

decian que tenian mucho miedo al Apo y que por eso no venian. Acordó Don García, con parecer de los capitanes y personas dotas, de salirse de allí dejando buen recabdo en aquella cibdad y ansí lo hizo, dejando [a] Antonio de Reinoso por capitan, y fuése a la Imperial dejando ansímesmo al padre Valderrama, persona de buena vida y fama, en aquella cibdad, para que con su buena dotrina hablase a los naturales y les dijese lo que mas les convenia. Llegado a la Imperial, Don García tuvo noticia que los indios habian dicho, para que se saliese, que de miedo venian a servir y que querian venir sobre la cibdad a pelear con los españoles; envió luego al jeneral Don Miguel de Velasco con treinta hombres al socorro de aquella cibdad, y dándose mucha priesa vino a Tucapel, y otro dia como llegó, vinieron los indios en muchos escuadrones a cercar un fuerte en que estaban los españoles y a pelear con ellos, en la cual guazabara se tomaron mas de ducientos indios, y vi soltar muchos dellos sin hacelles mal ninguno, ántes hablándoles con palabras amorosas: despues desto vinieron algunos caciques de paz. Don García fué a descubrir el lago e islas de Anzud, en el cual descubrimiento llevaba consigo al sochantre, hombre de buena vida y fama, y nunca consintió que en casa ni chácara de indios se llegase ni hiciese daño. Volvióse a invernar a la Imperial, y a la entrada del verano volvióse a Tucapel. que tuvo nueva que los indios venian sobre la cibdad: y estando en Tucapel servian algunos indios pocos y con cautela, mataban cada dia los anaconas de servicio que tenian los españoles, hacian emboscadas junto a la cibdad, llevaban los caballos de junto a la cibdad. Aguardaron en el valle de Cayacupil en una emboscada a mas de treinta soldados que habian ido a correr con Rodrigo Palos, y pelearon con ellos, hiriéronles dos españoles y muchos caballos, y vinieron desbaratados los españoles.

Como Don García vió que los pocos indios que servian se habian alzado, y tuvo noticia que estaban haciendo fuertes en todos los caminos que habia para entrar en Arauco, envió al capitan Don Pedro de Avendaño con cantidad de soldados a correr la tierra y a saber si era verdad lo que decian; el cual fué y vió en los caminos hechos fuertes, y de algunos indios que se tomaron se informó como estaba toda la jente de guerra junta, y que querian pelear con los españoles. Con los indios que tomaba, vi que enviaba a rogar con la paz a los indios y caciques que estaban aguardando para pelear. Venido y dada esta relacion a Don García, con indios que se tomaban enviaba sin hacerles mal ninguno a requerirles con la paz. Viendo que no aprovechaba ni querian venir, partióse para Arauco, y en el levo de Quiapeo halló un fuerte, y en él estaban todos los indios de guerra aguardándole para pelear con él. Como vió Don García que estaban allí, asentó su real un cuarto de legua de donde los indios estaban, y estuvo allí cinco dias: cada dia iba y hablaba con los indios requiriéndoles con la paz, enviándoles a hablar con naturales que servian a los españoles, para que les informasen cuán bien los trataban a ellos, y se lo dijesen:

decíanles que ellos eran gallinas, y que por eso servian, que si fueran hombres como ellos que no sirvieran a los españoles. Viendo Don García que ni hablalles él, ni el sochantre ni sus amigos dellos que no aprovechaba, y que no tenia otro camino desde allí para entrar en Arauco, parecióle, con acuerdo de sus capitanes, de desbaratar el fuerte, y así lo hizo, en el cual desbarate se tomaron muchos indios e indias y las soltaron, hablándoles bien y diciéndoles el sochantre muchas cosas tocantes a nuestra santa fe católica. Tomaron algun miedo, porque otro dia llegó Don García [a] Arauco, y vinieron los caciques de aquel valle y algunos comarcanos a dar la paz, y él les recibia con mucho amor, y ansímesmo envió cabdillos por toda la tierra, y salió la mas parte de paz, y a la Concepcion vinieron a servir dentro de quince dias la mayor parte de la tierra: hízoles tan buen tratamiento que venian muchos indios a servir. Pobló la casa de Arauco; tenia allí dotrina. Tuvo necesidad de venir a la Concepcion, y estovo allí algunos dias; a la entrada del verano tuvo noticia los naturales andaban alborotados. Volvióse a la casa de Arauco, y vile hacer mui buenos tratamientos a los naturales, de manera que se asentaron e hicieron sus casas, que las habian ellos mesmos quemado para hacer la guerra. Estuvo allí mas de ocho meses personalmente, en el cual tiempo se averiguó que le querian matar desta manera [e les convidaba a comer a los caciques muchas veces], que estando comiendo arremetiesen con él y le matasen, que ellos eran contentos de morir por matalle. Informóse Don García como era verdad, y ellos se lo confesaron; no les hizo por esto mal tratamiento, sino regalalles siempre y dalles de lo que tenia, y dándoles siempre buena dotrina con el padre sochantre, que siempre tenia allí.

Estando ya mas asentados, y sirviendo casi toda la tierra, envió a poblar [a] Angol al jeneral Don Miguel de Velasco, y con los buenos tratamientos que recibian vinieron a servir casi todos los naturales. Al cabo deste tiempo tuvo nueva como iba por gobernador de aquel reino Francisco de Villagra, y vínose a Santiago, dejando por jeneral a Rodrigo de Quiroga, y en todos los pueblos que habia poblados, relijiosos de buena vida, y desde algunos dias que llegó se embarcó y salió de aquel reino.

Fué luego Francisco de Villagra por gobernador, y llegado a Santiago, le vi tratar con relijiosos, qué órden se ternia para traer de paz algunos indios que no servian, y cuando salió de Santiago para ir a la Concepcion, llevó consigo a frai Gil, fraile de la órden de señor Santo Domingo, con quien el dicho gobernador tomaba parecer en lo que debia hacer con los naturales, y sé que los trataba mui bien, y que ansí mandaba a sus capitanes lo hiciesen; y no fué parte todos estos buenos tratamientos para que no se alzasen y matasen muchos españoles, y un hijo del mesmo gobernador. Sucedió luego, por la falta que habia de jente y de armas, despoblarse Cañete, porque no se podia sustentar por la falta de lo que digo.

Murió Francisco de Villagra en este tiempo: sucedió en el gobierno Pedro de Villagra; alzáronse en este tiempo todos los naturales, y vinieron a cercar a la Concepcion. Hicieron mucho daño: despoblóse la casa de Arauco porque no tenian bastimentos, y los indios les cercaron dos veces, y no dejaban meter comida ninguna, y siempre tuvo en la casa el relijioso para que les hablase y les dijese que se sosegasen y que no se inquietasen, porque no les hiciesen mal los españoles, y les dijese cosas de nuestra santa fe católica. Y en este tiempo sé que trataba bien el gobernador Pedro de Villagra a los naturales, y lo mandaba ansí a sus capitanes que tenia en las cibdades, siempre les encargaba mucho el buen tratamiento, y sélo como uno de ellos, y me encargó con sus cartas muchas veces el buen tratamiento de los naturales.

Al cabo de dos años sucedió por gobernador Rodrigo de Quiroga, y fué de Santiago con mucha jente: pobló a Tucapel y la casa de Arauco, y sé que llevaba consigo un fraile de buena vida y fama, de la órden de nuestra Señora de la Merced, para que hablase a los naturales, y que tenia mucho cuidado del buen tratamiento de los naturales, y ansímesmo lo encargaba a sus capitanes, y a mí me lo encomendó muchas veces por sus cartas.

Desde a dos años fueron asentar el abdiencia real los señores oidores Egas Venegas y Torres de Vera, los cuales sé que tovieron gran cuidado en el tratamiento de los naturales, y no consentian se les hiciese agravio ninguno; y ansí sé que mandaron al jeneral Don Miguel de Velasco no matase ninguno, ni consintiese se les hiciese agravio ninguno, el cual se tenia gran cuidado dello.

Desde a un año fué por gobernador y presidente el dotor Bravo de Saravia, y vi tratar con hombres dotos la órden que se tendria con los naturales para que se quietasen, y acordó ir él en persona, y ansí lo hizo para tratarles bien y no consentir que se les hiciese agravio ninguno, y ansí fué. Llegado al valle de Mareguano, estaban los indios en un fuerte fuera de Ariscocer, y fué lance forzoso pelear con los indios, y fueron desbaratados los españoles, y mataron por la memoria que yo vi, que no me hallé allí, cuarenta y seis hombres, sin otras muchas piezas de servicio que mataron, y tomaron muchas cotas y arcabuces: de lo cual redundó quedar la tierra con gran falta de jente y armas y municiones, y fué forzado despoblar a Tucapel y la casa de Arauco porque no se podia sustentar en ninguna manera.

Esto es lo que en aquel reino ha sucedido desde que yo entré en él hasta agora que salí en este navio, sucesivamente como va escrito, sumariamente sin añadir ninguna cosa, ántes no he puesto algunas, porque seria prolijidad; y esta es la verdad, y es ansí en efeto, y lo firmé de mi nombre.—*Diego Ronquillo.*

XI.

Relacion enviada al virei del Perú por Juan de Matienzo, vecino de Valdivia, del alzamiento y rebelion de los indios araucanos.

(*Varios tocante al gobierno de las Indias*, Bibl. Nac., J. 53, fol. 237.)

Relacion del principio y proceso del nuevo alzamiento de los indios de las ciudades Valdivia, Osorno y Ciudad Rica, para el Excmo. señor visorei del Pirú, dada por Juan de Matienzo, vecino de la dicha Valdivia, por ser la cosa mas importante que hasta agora ha habido en este reino que informar a Su Majestad, de treinta años acá que dura la guerra en Arauco y sus comarcas, términos de la Concepcion, Imperial y los otros dos pueblos añadidos de Ongol y Tocapel; porque la dicha guerra, gastos, mantenimientos y socorros de soldados y jente, así españoles como amigos naturales que acudian a ella, todo lo mas se suplia de los dichos pueblos y quintos reales y otras rentas que en ellos pertenecian a Su Majestad, granjerías y haciendas que habia en las dichas ciudades y sus campos, y por haberse perdido cuasi todo esto, no queda ya sino lo que se puede suplir de sola la ciudad de Santiago, ques tan poco a respeto de lo ques menester, y de lo que se suplia de las dichas ciudades y sus comarcas, que se tiene dubda de que se pueda sustentar de hoi mas, considerado el estado en que han venido las causas [*sic*: cosas], a causa deste dicho alzamiento, y lo que en él se ha perdido.

Los términos destas dichas tres ciudades consisten entre la costa del mar y la gran sierra nevada en anchura de quince o veinte leguas del norte al sur. Comenzóse este alzamiento cuando el terremoto en la halda de la dicha cordillera, por ser tierra áspera y vivir en ella los indios puelches que no han servido, para recojerse allí en los casos adversos, y fueron proseguiendo poco a poco sacando los unos consejo de los sucesos de los otros.

En esto los españoles con sus capitanes no usaban de prevencion ni salian jamas, sino estimulados de la fortuna y provocados de los asaltos de los indios ya en balde, sino era para contar los muertos y los daños, y volverse luego a sus casas, de manera que sin resistencia los indios tornaban tras esto a hacer sus entradas, y desta manera a cae y levanta anduvo la guerra dos años, perdiendo cada dia mas los españoles, y aun siendo desbaratados de los indios, cosa nunca ántes vista en estas comarcas; y todo por no se prevenir los capitanes ni perseverar en la guerra hasta acaballa, que es la cosa mas aborrecible a la jente de esta tierra que hai en ella, por una costumbre nacida de la guerra vieja de abajo, ques causa principal de haberse dilatado tanto, que cuasi es ya incurable.

Al fin destos dos años, estando ya los indios bien desvergonzados, me cometió el gobernador la guerra destas tres ciudades y sus térmi-

nos, porque los indios son todos unos, y se juntan para acudir a la una o a la otra parte, y así conviene que lo hagan los españoles de contínuo para resistillos.

Yo previne con apercebir el número de jente que entendí ser necesaria estar siempre en el campo continuando la guerra hasta acabar, porque no se causasen intervalos de tiempo, en los cuales los enemigos hacen sus saltos o por venganza o por necesidad de los daños rescebidos, y con esto torna la guerra atras, y piérdese lo gastado hasta allí y el trabajo.

Hice este apercibimiento igual, porque nadie fuese mas agraviado que otro en la república, con órden que cada uno sirviese lo que justamente le cabia sin salir de la guerra, y que de nadie se recibiese por ningun capitan oro ni ropa para se evadir de la guerra, socolor de que el capitan lo dé a otro que vaya en su lugar; mas si quisieren ir uno por otro se concertasen entre sí, sin que los capitanes tuviesen entrada ni salida en lo uno ni en lo otro, quitando ni ponieudo, porque se cercenasen cohechos y granjerías particulares en la causa pública, y que el número no se disminuyese por dispensaciones, que son las cosas que en este reino mas daño han hecho para la conclusion de la guerra.

Esta órden fué odiosa a los que hallaban provecho en la desórden, que son los que mas pueden, así como correjidores y capitanes y personas que tenian los oficios públicos, y los otros que tienen mas posibilidad, y jeneralmente cuasi todos aborrecian la perseverancia en la guerra por estar habituados a hacella de repellon y a caballo revuelto para casa, por lo cual me lo comenzaron a estorbar y dificultar por diversas maneras; y como cuasi se hacia con voz pública y favor de los ministros de justicia, no pude ejecutar enteramente lo que convenia mas; avisé al gobernador y salí a la guerra con el mas posible que pude.

Los rebelados, vista la repunancia que se hacia a la continuacion de la guerra, atreviéronse a cercar treinta españoles que yo habia enviado entretanto delante, y lo primero que hice fué quitalles el cerco, y de allí fuí persiguiendo los enemigos y desbaratándolos de un fuerte en otro, llevándolos de huida hasta la cumbre de la sierra y corrientes a la mar para delante, haciendo buenos castigos y costreñir a la paz al capitan jeneral de los puelches con todos los demas caciques e indios sus súbditos, descubriendo los valles y ladroneras de la dicha sierra, que eran incógnitos a los españoles, con lo cual tuve los dichos rebelados tan quebrantados que estaban ya a punto de asentarse, si no me fuera forzoso volver atras, así porque en los pueblos habia venido a tanto rompimiento que con armas y junta de jente defendian el apercebimiento dicho escandalosamente para los naturales, y los correjidores contra mi mandado salieron a la guerra, y fueron los dos dellos desbaratados de los indios, con muerte de algunos españoles, en diferentes partes, y murió el uno de los dichos correjidores; y aunque acudí al socorro con presteza, estaba ya el cuerpo sin cabeza, y así le saqué

de entre los enemigos; en prosecucion de lo cual, haciendo otra vez retirar los enemigos en los límites de los Puelches, tuve vitoria en todas partes, especialmente en dos guazabaras, las mas reñidas y sangrientas, y en mas peligrosos y ásperos lugares, y que mas tiempo han durado en el pelear despues queste reino se descubrió, donde los chripstianos hayan salido vencedores, porque si alguna ha habido que se iguale, han salido vencidos los chrisptianos.

No por esto cesaron los estorbos e impedimentos sobredichos, por lo cual aun la defensa se hacia con gran sobra de trabajo y solicitud, y sobresto proveyó el gobernador un hombre de su tierra por correjidor de esta ciudad de Valdivia, en lugar del que habian muerto los indios: este era de los vecinos que estorbaban, como he dicho, la guerra: lo uno por esto, lo otro por ser fácil de persuadir por su natural injenio, y como confiado en el gobernador, le tomaron los demas por cabeza para esta alteracion, que a esto habia ya llegado, por ser el gobernador tan humano y de amigable condicion, que causaba menosprecio de sus proveimientos. Este ejecutó lo que entre todos estaba concertado, para lo cual tenia parecer de un letrado, que era de los mismos vecinos que estorbaban la dicha órden, que cuasi con parecer de letrados se han fundado todos los motines de indios, y con mano armada y junta del pueblo contra mí, mandó que nadie me obedeciese, ni fuese comigo a la guerra; y aunque pude castigarle a él y a los demas, por atajar escándalo que contra un privado fuera forzoso habelle, y porque dijo de palabra que sabia que el gobernador lo tenia por bien, hasta ver si era así, me retraje en mi casa y dí lugar a todo, obedeciendo al tiempo y a la tiranía de la costumbre.

Luego que yo dejé de usar del cargo, se fueron las cosas de la guerra enflaqueciendo y desordenando, segun ántes que yo le tomase, especialmente la cuenta y razon de la jente y armas, que en poco tiempo se fué todo desapareciendo sin saber cómo: este es uno de los mayores defectos que entre los que han gobernado la guerra de Chile ha habido, y de que mas mal ha resultado; porque como es tierra tan desproveida y remota, aunque haya curiosidad en esto habrá faltas, y entendido por los indios, que tienen siempre los ojos abiertos midiendo el tiempo, luego les parescia que sin mucha resistencia podrian salir con su intencion, y comenzaron sus entradas con toda confianza, y [a] amonestar a los de paz que estaban a la mira.

A esta sazon vino un juez, que el gobernador habia proveido cuando supo las dichas resistencias, para castigallas; proveyóle tambien por capitan para que usase el cargo que yo tenia, entretanto que hacia la dicha averiguacion. Este, no solamente no lo castigó, mas dió órden en echalle tierra, que así se hace en esta tierra en todos los delitos; y en lo de la guerra, lo que el otro habia comenzado a deshacer sin facultad, este lo acabó de todo punto, y destruyó la rectitud e igualdad del apercebir, y la prevencion y perseverancia de la guerra, conformándose con la voluntad de los vecinos y personas a quien era odiosa; porque en

este reino, para conseguir los cargos y provechos, por cosa mas importante se tiene el favor y gracia de los concejos y comun, que no el hacer derechamente lo que al servicio de Su Majestad conviene, y tener para ello suficiencia; y tambien que el estar las cosas del apercebimiento remitidas a la voluntad y querer del capitan, y no sometidas a órden, en quél no pueda quitar ni poner, es cosa tan dulce y provechosa a los dichos capitanes, cuanto es perjudicial e injusta a los de la república, especial a los que ménos pueden, y lo propio para la misma guerra: entrambas estas cosas han seido harto dañosas en esta tierra.

Yo habia tomado por remedio para defender quel fuego de la guerra no saliese de la cordillera donde la habia arrinconado, cundiendo ácia los pueblos, poner algunas fronteras de españoles en lugares cómodos, porque ya no podia hacer mas, a causa de ir cada dia creciendo las dichas contradiciones y estorbos, en medio de los cuales las sustentaba y proveia convinientemente, aunque con harto trabajo de espíritu y persona, que por el trabajo de acudir a ellas eran tan odiosas como todo lo demas de la órden que he dicho, y tan reprobadas por las personas que tengo dicho; y este capitan por dalles en el gusto, como en lo demas, trataba de despoblallas y quitallas de los lugares donde estaban puestas con mucho peso y medida, y tambien porque algunos vecinos que tenian los indios cerca de las dichas fronteras, trataban y procuraban traellos y despoblallos de allí a sus heredades, y aun a Santiago, ques cien leguas de allí, y lo habian comenzado por mar y por tierra, hasta que yo lo estorbé miéntras tuve el cargo por el mal ejemplo, y que luego se seguia haber de hacer lo propio los que despues dellos quedaban en frontera hasta despoblarse todo, lo cual hacian lo uno por huir de la guerra, y lo otro por aprovecharse mas a su placer de los sudores destos indios; y el dicho capitan tambien les quiso en esto dar gusto, y persuadieron a los indios con su provecho, y con una manera de ruego, que era mas que fuerza, y haciéndoles saber que los españoles se habian de quitar, y que sin ellos quedaban en peligro, y otras cosas harto dañosas, a lo cual los indios respondieron que les diesen algun término para cojer y recojer sus sementeras y lo que tenian, que despues lo harian, y a mí me vinieron a pedir socorro sobre esta fuerza, cuando ya no tenia poder para dárselo, aunque lo avisé en vano al capitan: así que en este ínterin procuraron los indios revolver los negocios de arte que por otra via se pudiesen escapar de la dicha fuerza que se les pretendia hacer; y esto, junto con las demas ocasiones y oportunidades que a los de guerra se les ofrecian, fué parte para hacer unas juntas grandes, y vinieron sobre dos de las dichas fronteras, y desbarataron en cada una a los españoles dellas, porque ya estaban con mui pocas fuerzas, porque no se proveyan ya, y murieron cinco o seis españoles y negros.

El capitan salió a este rebato, y con hallar los enemigos bien poco adelante de los cuerpos muertos de los españoles, siguiendo la antigua y mala costumbre, despidió la jente y les dió licencia para se volver a

sus casas sin reforzar la dicha frontera, ántes la dejó con propósito de que de nescesidad se despoblase, y hizo que otra questaba en otro lugar cómodo se quitase y retirase, y con esto y con otras inconsideraciones que tuvo, pervertiendo toda órden y previnimiento y perseverancia, a 20 de hebrero de 80 años, en un dia se rebeló cuasi toda la tierra hasta dos leguas de los pueblos, que por estar ya tan desaviadas las cosas de la guerra, y tan desordenadas, que no parecia cosa con cosa, si aquel mismo dia en que habian muerto todos los españoles que hallaron en diversas partes, y robado todos los ganados, oro de minas, herramientas, comidas y todo lo demas que habia, y muerto al capitan, que se retiró, como he dicho, de una frontera con toda su jente cuasi, y los de la otra que dije habíase ido otra vez desbaratada, se huyeron con pérdida de algunos dellos por querer todavía porfiar en despoblar algunos indios y sacallos consigo, como y para el fin que dije atras, dejando dos caudillos amigos de los naturales desamparados con perpétua infamia de españoles por los notables y valerosos hechos que en favor de los chripstianos siempre hicieron; y si este dia no llegara un navio del armada que su Ex.ª envió al estrecho con el almirante Juan de Villalobos, que saltó luego en tierra, y tomando bestias acudió contra los rebelados y les quitó algunos de los españoles que tenian presos, y mató muchos, y puso gran freno y espanto a los indios de guerra, se tiene por averiguado que los indios vinieran sobre los pueblos, y aun los llevaran, por estar, como he dicho, todo tan desencuadernado, y perdida toda la cuenta y razon de lo poco que habia quedado. Tanto cuanto este capitan estuvo de confiado, inorante y descuidado y desordenado en las cosas de la guerra, tanto estuvo espantado con este caso tan repentino y tan nuevo para su injenio, así que con la jente del estrecho y la que mas pudo juntarse, cuasi por voluntad de cada uno, aunque pasó por la tierra de los alzados, lleno de miedo se fué a meter en un pedazo de tierra, que por su dispusicion, y estar cerca de Osorno, no se habia declarado; donde sin salir a tierra de guerra se estuvo con toda su jente mas de cuarenta dias arrinconado, en el cual tiempo mucha jente y muchos repartimientos que no estaban en su corazon alzados, aunque lo finjian por temor de los otros, y con disimulacion, habian conservado algunas haciendas de los españoles: creyendo que acudieran luego, les fué forzoso meter prenda, por temor de los crueles castigos que los rebelados hacian en los que hallaban alguna muestra de esperanza de chripstianos, y murieron muchos por esto, especial los dichos dos capitanes naturales, que con la dicha esperanza estuvieron algunos dias encaramados en unos riscos, y por no ser socorridos murieron; y al fin este capitan, sacando consigo los vecinos y la mayor parte de la jente, cuasi rendido sin entrar a hacer guerra, se vino al pueblo, guardando la costumbre vieja de no perseverar en la guerra, ni costreñir a ello la jente.

En este tiempo llegó la nueva de la muerte del gobernador y nuevos proveimientos de ministros, y como en tales tiempos suele acaecer

que ántes la behetría y desórden crece que mengua hasta ser entablado nuevo gobierno, así ha seido aquí agora, porque con esto se persevera ménos, y cada uno se vuelve a casa; y si de ántes los capitanes y ministros daban lugar a ello por tener gratos y propicios los hombres, agora mucho mas; finalmente, en cuatro meses con haberse juntado grandes y buenos socorros con el del estrecho, y otros que nunca en esta tierra se han visto, ni aun el tercio, no se ha restaurado cosa, sino perdido cada dia mas, y los vecinos con toda la mas de la jente, se han venido a sus casas en todos los pueblos cuasi sin licencia de sus capitanes, y aun se han puesto con los nuevos ministros en no obedecer y aun en prender sus caudillos, porque los querian detener en la guerra; y si algunos no se han ido a casa, mas entienden en las cosas particulares que en las públicas y guerra, y así en este reino el palmo de tierra que una vez se pierde, jamas se ha tornado a cobrar. Quiera Dios que esto no sea así, que sí será si no se mudan estas malas costumbres.

Cifradas todas las cosas que para el remedio desta gobernacion son necesarias, por falta de las cuales está perdido, son cuatro: prevencion de lo necesario y jente para poder acabar la guerra, cuenta y razon y vijilancia en ello y perseverancia hasta acabar, justicia y rectitud en los apercebimientos, derramas y distribuciones; esto junto con la destreza y partes que requiere tener quien gobernare la guerra, seria suficiente remedio.

En esto de las partes que debe tener quien gobernare esta guerra, ha habido engaño en este reino; porque se ha entendido que los que saben bien pelear y tener ardides en la ejecucion dello, son suficientes para conseguir la paz y asiento; y aunque es un medio mui conviniente y necesario, principalmente es menester saber y comprender las causas destos movimientos y las que [ha] habido para no se haber acabado, y donde ha trabado y traba el aralo, y los modos que se pueden y deben tomar para remedio y conclusion destas alteraciones, disponiendo y aparejando primero la cosa pública con limpiar los defectos y errores que arriba van apuntados y otros decendientes dellos.

En un capítulo de los arriba contenidos se trata de la mala órden que se ha tenido despues deste nuevo alzamiento para la reducion de los rebelados, y no se dice copiosamente lo que pasa sino en suma, hame parecido conviene al servicio de Su Majestad aclararme mas porque su Ex.ª pueda mejor cercenar excesos y desconciertos.

Cuanto a lo primero, los soldados del socorro que vino de España que han hasta agora andado por Arauco y su comarca y vinieron a este nuevo alzamiento hasta ciento, se han corrompido en costumbres desaforadas en tal manera, que no hai natural por donde ellos pasan, aunque sea de paz, que sea señor de su mujer, hermana ni parienta, ni hijos, ni otra hacienda, porque se lo quitan como si fuesen jente de guerra, y aun a los mismos españoles se lo entran a tomar en sus propias casas, sin que los capitanes que los rijen se lo estorben, al

34

principio por no querer o no tener prudencia para ello, y ya por no ser parte contra el desenfrenamiento que han cobrado, en tanto grado que cuasi pesan ya mas sus agravios y fuerzas que las de la jente de guerra, y espérase vendrá a todo jénero de libertad, si Dios no lo remedia: andan vagando de un pueblo en otro, sin asistir lo mas del tiempo en presidio ni guerra, que con no haber mas tiempo que desde mediado hebrero que andan en campo, de todos ellos han quedado en la guerra hasta 25 o 30 socolor de necesidades, las cuales no tienen muchas; porque demas de otros muchos socorros que han recebido este año, para hacer lo que digo han recebido a 100 pesos y a 150, y mas y ménos en oro, de socorro o en ropa, y cada tres o cuatro caballos y mas armas y otros, fuera de la dicha moneda; y finalmente pocos soldados hai que dejen de traer almofrex en que traen su cama y toldo o tienda, y mozos y mozas de su servicio a caballo, y ordinariamente se traen muchos ganados en el campo y vino algunas veces, cosas que en conquistas de indios se solian suplir a pié muchos, o un caballo con una frazada en la silla y las herraduras de respecto al canto de la frazada, y comiendo lo que en el campo cada uno cojia, cuanto mas que no sé yo en qué campo ni qué caballero tan principal traya mas questo, no sé ques la causa de que se representen tantas necesidades, aunque está claro que es el poco gobierno y dotrina de sus capitanes y la poca cuenta y razon que tienen en ordenallo comedidamente y enseñar a los soldados a contentarse con una moderacion y templanza honesta. Algunos por su virtud y respondiendo a sus padres, no hacen esto conservándose en la obligacion por sí, mas que por los precetos de sus capitanes, que ningunos les saben poner.

Allende desto, cuando se alzó en estas comarcas la jente, quedaron algunos repartimientos desamparados de los chrisptianos en medio de los otros que se alzaron, atajados, ofreciéndose a los chrisptianos que de por allí se huyeron con el ruido del alzamiento, que moririan en su defensa; a estos tales debiendo de volver a ellos públicamente, haciéndoselo saber para saber si habian permanecido en su fe, o qué estado tenian para poder segun esto tratar con ellos de paz o de guerra con justicia recta, no se ha hecho así, ántes han dado en ellos de sobresalto, matando niños y mujeres y todos los demas, sin oillos ni recebir descargo, lo cual es la cosa mas contraria para asentar la tierra que puede haber, porque es un argumento fuerte para que los rebelados convenzan a los otros, decirles que es peor suerte la del amigo del chrisptiano, porque le tenian debajo de fe sobre seguro en su casa, que la de los de guerra, que han hecho tantos males, porque estos estan metidos en lugares seguros y no los hallan, y aunque los hallen, defiéndense. Esto propio acaesce en los repartimientos que estaban alzados, y aclarados con mucha jente dellos que no estaban de mal corazon, que como son behetría, unos quieren uno y otros otro, y como aquellos que no los acusa la conciencia son mas fáciles de hallar, ejecutan sobrellos la furia y crueldad, sin haber capitan que en estos casos y otros

semejantes sepa, ni se precie, ni quiera purificar la justicia de cada uno, mayormente entre unas jentes simples que no saben cómo se han de prevenir de resguardos, aunque tengan buena intencion; por expiriencia tengo aprendido entre esta jente que no hai cosa que tanto les convenza la voluntad como ver quel español curiosamente distingue el malo del no tan malo, y así de grado en grado, porque el malo teme de serlo y tiene ejemplo para ello, y el bueno asegúrale su limpieza; y si no, tanto monta ser bueno como malo, y aun es peor y no hai para que trabajar serlo, o ser amigo, pues todos pasan por un rasero.

Arriba dije que al principio deste alzamiento se habian recojido amedrentados el capitan con la jente en un lugar que se llama los llanos de Valdivia, ques junto a Osorno, y no es tierra dispuesta para sustentarse de guerra los indios, con color de guardar las comidas de aquel valle, como si todo el estado y bien comun consistiera en aquello, estando lo demas hasta los muros del pueblo alzado y perdido, y con color de guardar aquello dejaron perder seistanto ganado en todo lo demas, y seistanta hacienda; por manera que esta fué causa particular y no del bien jeneral; cuanto mas que aquello se guardaba mejor haciendo la guerra y guardando lo demas: mas intervino tambien el temor del trabajo y peligros de la guerra, por lo cual fácilmente se dejó persuadir el capitan.

A ejemplo desto, y por la misma razon, los ministros del nuevo gobernador y jente de socorro que vino, se han alojado en los propios llanos y valle y tierra de paz, a discrecion, entre la dicha jenta de paz y casas de vecinos, sin hacer cuasi mas que estarse allí; y aunque han hecho de allí algunas corredurías de poco momento, y estas contra los que no tienen culpa, parece que son mas para cumplir y para que no parezca que de todo punto desamparan la guerra, que para cosa que aproveche; y así los indios de guerra corren y saltean libremente hasta dos leguas desta ciudad, donde han salteado muchos que pasaban de camino tomándoles muchos caballos y haciendas y herido muchos, y aun el rio junto a esta ciudad, que se navega con canoas, han ya ocupado, de suerte que si no es con armada no se puede tampoco navegar; y aunque en esta ciudad hai copia de jente para poder salir por otras partes a campear, no se hace, socolor de decir ques invierno, y que no es posible, como si en esta tierra no hubiésemos siempre con gran facilidad hecho la guerra en invierno, porque es tierra abrigada y de mucha leña y poblada; y sobre todo, como si no pudiésemos los españoles vestidos y con camas y a caballo, sufrir los frios y aguas que sufren los indios desnudos, que cada dia nos hacen mil saltos y suertes.

Viendo todas estas cosas, y questa tierra se va acabando de perder, no hai razon que convenza a los dichos capitanes a hacer la guerra como conviene, ni conocer el riesgo que hai en dilatallo; porque aunque yo, por habérmelo enviado a rogar el nuevo gobernador, les he dado y ofrecido órden contra los inconvenientes que ponen para hacello, por larga expiriencia que tengo, no lo han querido hacer, y así es causa que los

que esto bien escudriñan, sospechan que se pretende dificultar el gobierno desta guerra, para nescesitar a S. M. que lo provea en hombres de expiriencia, que aunques acertado, es causa, segun dicen, deste estado; y es y ha sido otras veces grandísimo inconveniente en este reino.—*Juan de Matienzo.*

XII.

Informacion y relacion de los sucesos de la guerra de Chile, hasta el año de 98, y el aviamiento que se dió aquel año al jeneral D. Gabriel de Castilla.

(*Papeles varios tocante al gobierno de Indias*, Bib. Nac., J. 53, fol. 181.)

En la ciudad de Santa Cruz de Hoñez, reino de Chile, a catorce dias del mes de marzo de mill y quinientos y noventa y ocho años, Martin García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral y justicia mayor en este dicho reino por el rei nuestro Señor, dijo: Que como es notorio, la conquista y guerra deste reino há mas de cincuenta años que dura, y se ha fecho a sus naturales a mucha costa y gastos y expensas de la real hacienda, y estando en costumbre acudir a ella los vecinos encomenderos, moradores y habitadores deste reino, sin haberse excusado ni reclamado contra ella, y estando en esta posesion S. M. y sus gobernadores que han sido en su real nombre, habiendo venido Su Señoría a gobernarle habrá cinco años y medio, le halló y a sus naturales en mas probeza y guerra que jamas habia estado, y mas falto y necesitado de jente española que acudiese a su conquista; y viendo los dichos vecinos con cuánto cuidado y celo del servicio de Dios y de S. M., y bien jeneral, Su Señoría tomaba el conquistar este reino, y dar fin a tantos trabajos como se habian padecido, ocupándose personalmente en ello, debiendo animarse y ayudar a tan buen celo, por el contrario procuraron los vecinos de la ciudad de Santiago, cabeza de gobernacion, y que han gozado de mas paz, quietud, tranquilidad y hacienda y regalo que las demas ciudades, excusarse y exonerarse, ganando e impetrando provisiones reales de la real audiencia y chancilería que reside en la ciudad de los Reyes del Pirú, para que no fuesen apercebidos para la dicha guerra ellos ni sus criados, ni acudiesen a los llamamientos que Su Señoría les hiciese, teniendo proveido ántes la misma real audiencia su provision para que acudiesen a los dichos llamamientos, recibida e publicada de treinta y cuatro años y mas a esta parte; con lo cual tomaron avilantez los de guerra publicando que a Su Señoría se le quitaba el poder para hacerles la guerra, y motivó los vecinos de las demas ciudades a no acudir con la puntualidad que solian, y no haber socorrido ni ayudado a Su Señoría el marques de Cañete, visorei del Pirú, con cuyo acuerdo se despacharon las dichas reales provisiones en favor de los dichos vecinos e sus criados, aunque informado de la dicha necesidad, e instado a que lo hiciese; se tenia por cierto ruina irremediable, si no fuera por la intelijencia que

tomó Su Señoría desta guerra, trato y gobierno de los naturales, que mediante ellos, y principalmente el favor divino, obrando con su larga mano cuando ménos esperanza habia, fué ganando Su Señoría, e pacificando la Illaregoa del estado de Arauco y provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, riberas del Biobio, Goalqui, Quilacoya y Llanos, reedificando Su Señoría el fuerte del dicho estado de Arauco, y poblando en la dicha ribera de Biobio y sus juntas en la provincia de Ricle esta ciudad e poblacion de Santa Cruz de Hoñez. Teniendo Su Señoría aviso el año pasado de noventa y seis que el visorei Don Luis de Velasco enviaba a este reino un socorro y tercio de soldados para su conquista a costa y expensas de la real hacienda, envió a la dicha ciudad de Santiago al capitan Miguel de Silva, castellano de Arauco, a persuadir a los dichos vecinos de Santiago acudiesen a su obligacion en necesidad tan urjente y precisa, ayudando a Su Señoría en la dicha conquista, sin excusarse como lo habian fecho por las dichas reales provisiones, manifestándoles de cuanta importancia seria su ayuda e venida, e despachando su comision a su teniente jeneral para los llamar y apercebir; los cuales dichos vecinos se entretuvieron, hasta que visto por Su Señoría que el verano estaba delantero y cercano el invierno, suspendió su venida hasta el verano siguiente que lo hiciesen por fin de setiembre, que es el principio del verano en este reino, y lo concedieron y prometieron venir: y este año próximo pasado de noventa y siete, habiendo tenido aviso que el dicho visorei enviaba otra ayuda y socorro de soldados a este reino, los cuales venian a tomar puerto y desembarcar en la dicha ciudad de Santiago, como la mas rica y opulenta del reino, para que allí se encabalgasen e peltrechasen, demas que las ciudades de arriba, por haberlo fecho el año ántes a los soldados del primer tercio, estaban descarnadas de caballos y armas, Su Señoría previno para que a costa y cuenta de S. M. se tomase y comprase para encabalgar y peltrechar los dichos soldados, proveyendo se hiciese asímismo peltrechos, e que los dichos vecinos, pues se habian quedado el verano ántes, acudiesen este presente y estuviesen en compañía de Su Señoría en todo el mes de octubre pasado del dicho año de noventa y siete, las cuales comisiones dirijió al capitan Nicolas de Quiroga, correjidor e justicia mayor de la dicha ciudad, que estándolo ejecutando falleció, e previno Su Señoría de mil hanegas de trigo en la Ligoa y quinientos carneros, cecinas e peltrechos en los términos de la dicha ciudad de Santiago, y en las de arriba cuatrocientos caballos y quinientas cabezas de vacas, y un mil fanegas de trigo en la Imperial y diez pares de tapiales, y en Angol noventa mil tejas y carretas para acarreallo, y otra máquina de prevenciones necesarias que Su Señoría tenia prevenido y junto para la poblacion que este verano se habia de hacer y pretendia, con el dicho socorro e ayuda de vecinos y moradores, demas de ochocientas o novecientas cabezas de vacas que estan en la estancia de S. M. en estos términos. Y habiendo llegado a la dicha ciudad de Santiago por el mes de octubre pasado o principio de noviembre, el

maese de campo D. Gabriel de Castilla, con el dicho tercio y socorro de ciento y cuarenta soldados, y hecho pregonar y publicar en la dicha ciudad real provision de la dicha real audiencia, inserta en ella carta del Rei nuestro Señor, para que sin embargo de las proveidas, los dichos vecinos acudiesen a los llamamientos que para la dicha conquista y guerra Su Señoría les hiciese, los cuales no acudieron a los llamamientos que para ello Su Señoría les hizo y el dicho maese de campo en su nombre, ni ayudaron a encabalgar e peltrechar los dichos soldados los vecinos que por impedimento no podian personalmente acudir, en tanto grado que de la dicha ciudad solo han venido dos encomenderos que tienen particulares negocios, e tres o cuatro moradores, que los últimos llegaron a nueve deste, diciendo vienen a la lijera e dejan atras su carruaje, siendo ya casi entrada de invierno: y no solo los dichos vecinos no han acudido ni ayudado, mas hicieron impedimento para que los dichos soldados no saliesen aviados; porque habiendo el dicho maestre de campo echado bando para que ningun soldado sacase indio por fuerza y contra su voluntad de la dicha ciudad, y que los que quisiesen de su voluntad venir sirviendo a los dichos soldados, no lo impidiesen ni se lo quitasen los dichos vecinos, el cabildo de la dicha ciudad con desenvoltura hicieron requerimientos al dicho maestre de campo, contradiciendo bando tan justificado, e los de la dicha ciudad yendo contra él salieron a los caminos reales a quintar y volver como lo hicieron a indios que de su voluntad venian por ser naturales de estas ciudades de arriba, y haciendo otros estorbos, impedimentos, invenciones y nuevas que echaban hasta publicar que Su Señoría enviaba pliegos y despachos suyos por Buenos-Aires a la costa del Brasil para encaminallos a España, quejándose del dicho visorei, siendo notorio cuán agradecido está Su Señoría de la merced que el dicho visorei ha fecho a este reino, y no haber despachado ningun pliego ni despacho por la dicha via de Brasil. Y de las ciudades de arriba, habiendo Su Señoría enviado al capitan Antonio Recio de Sota a llamar y apercebir los encomenderos y moradores dellas, ha tenido aviso se han excusado los mas dellos y ocultádose y hecho ausencia, y los soldados del dicho tercio y socorro que trujo el dicho maestre de campo, han venido a pié sin caballos de servicio para la guerra y gastando sus haciendas en comprar rocines en que poder venir, porque los que se dieron e juntaron en la dicha ciudad, que fueron bien pocos, que a la primera o segunda jornada se cansaban sin haber caballo que fuese de efeto para la guerra, siendo la dicha ciudad de Santiago la mas opulenta dellas que todas las del reino juntas; por cuya causa y no haber venido los dichos vecinos e moradores, y los soldados que han venido haber sido a este tiempo que entra el invierno, Su Señoría no ha podido ni puede juntar ejército real ni tomar el puesto para la pobiacion que convenia hacer, que si se hubiera fecho, hubiera llamado a aquella parte la guerra, y héchola, se hubiera excusado grandes daños. Porque demas de haber perdido el tiempo e prevenciones, viendo el enemigo que no se les hacia guerra

ni juntaba ejército, atribuyéndolo a flaqueza, han tomado avilantez y salido ellos a hacérnosla, convocándose y juntándose y yendo sobre el fuerte de Arauco por el mes de diciembre pasado, pretendiendo ganarle y levantar aquellos naturales nuevamente reducidos, tramando con ellos y los demas destas provincias de Catirai y Mariguano y las demas, se rebelasen y quebrasen la palabra de paz que tenian dada, y otras invenciones y engaños que maquinaban, que Su Señoría descubrió y desentrañó y mediante ellos reparó. Y de pocos dias a esta parte fueron sobre la ciudad Imperial, donde en una emboscada mataron seis de los nuestros y llevaron las cabezas, con que procuran levantar los de paz, como lo han fecho en Arauco los levos de Tavolevo y Lavapi y Quidico; y tiene nueva de presente Su Señoría van sobre dicho fuerte de Arauco, como se lo escribe el castellano, cuya carta manda poner con este auto, y se esperan otras ruinas y daños, causado de no habérseles fecho la guerra ni tomado los dichos puestos, como los reducidos habian pedido a Su Señoría diversas veces, e lo pretendia hacer, si los dichos vecinos y moradores hubieran acudido al tiempo que por la carta del cabildo de la dicha ciudad habian ofrecido, que ansímesmo manda poner aquí, y se hubiera excusado que los dichos naturales salieran a buscar las fronteras y presidios, como se vido el tiempo que Su Señoría tuvo poblado un fuerte en Puren, que por incendio que lo abrasó, se despobló, no tuvieron arma ni rebato las dichas ciudades fronteras ni presidios. Y para que se sepa y entienda lo que en esto ha pasado, y culpa, estorbos, impedimentos y chismes que pusieron y hubo, pues demas de lo referido, ha avisado a Su Señoría el castellano de Arauco y ministros de guerra, que los soldados que tienen en sus presidios y órden, habiendo entendido lo que ha pasado en la dicha ciudad de Santiago, han tomado libertad y no acuden al servicio real como solian, se reciba informacion al tenor dél y pongan un treslado de las comisiones que Su Señoría despachó para los efetos referidos, para que fecha la dicha informacion, conforme a lo que por ella resultare, sean castigados los culpados e satisfecho el daño por su protervidad, y provea lo que convenga al servicio de Dios y de S. M. e bien jeneral deste reino, e conste al Rei nuestro señor y su visorei lo que se ha fecho y resultado de la dicha inobediencia, y ansí lo proveyó y firmó.—*Martin García de Loyola.*—Ante mí *Hernando Rodriguez de Gallegos.*

Carta del castellano de Arauco.

Despues de haber escrito hoi a medio dia a V. S., tuve aviso de un indio de Arauco que yendo caminando ácia las Cruces dió con la junta, y queriéndole matar, dijo iba por órden de sus caciques a llamarlos, y ansí le dejaron pasar a donde la demas jente venia, por donde tuvo lugar de escaparse, y esta nueva me ha venido por otras veinte partes ser cierta esta nueva; y ansí me certifican serán mañana en la ciénega de Coliquican, donde piensan fortificarse y de ahí

echarnos como a toros ántes de acometer el fuerte, que dicen traen disignio de hacerlo. Las cinco regoas tengo aqui conmigo y con ánimo a lo que amuestran bueno: espero en Dios tendrá todo el fin que se desea. El lo encamine todo como vé que es menester, y a V. S. dé la salud que yo deseo. Y estando escribiendo esta, me vino aviso como la jente de a caballo viene quemando las rancherías de las cabezadas de Arauco, por donde se vé ser ya cierta esta nueva, y entiendo no podré por agora avisar a V. S., porque no dudo dejen de tomar las caminos. Deste fuerte de Sant Alifonso hoi juéves a puestas de sol. Y el que lleva esta es cacique de Lavapie, del cual podrá V. S. saber lo que fuere servido, y es ladino.—*Miguel de Silva*.—Al gobernador mi señor.

Carta del cabildo de Santiago.

Dé Dios a V. S. buenas salidas de pascuas y entradas de años con la felicidad y posteridad que todos deseamos en su santo servicio, y quisiéramos estuviera V. S. en parte donde personalmente pudiéramos decir lo que escribimos. Aunque el capitan y correjidor dice ha dado aviso a V. S. de la eleccion que esta ciudad ha fecho este presente año, por cumplir con nuestra obligacion, damos cuenta a V. S. della, la cual se hizo en mucha conformidad: los eletos fueron por alcaldes ordinarios el capitan Alonso de Riberos, y de los ciudadanos Lesmes de Agurto, y rejidores vecinos el capitan Gaspar de la Barrera y capitan D. Francisco de Zúñiga y D. Diego Yañez de Saravia, y ciudadanos el capitan Juan Nuñez de Leon y el licenciado Francisco Pasten y Santiago de Huriona: por alcalde de la hermandad al capitan Tomas de Pasten, y procurador jeneral de la ciudad al capitan Martin de Zamora.

Este cabildo y vecinos desta ciudad rescibieron particular merced en lo que V. S. con su prudencia militar, por estar el tiempo tan adelante, proveyó de suspender su ida a servir a V. S. hasta el fin de setiembre, aunque los mas destos caballeros rescibieron alguna pesadumbre por tener hecho el gasto y estar a punto de partir, y algunos en sus pueblos despachándose; y en lo demas que V. S. ordenó del socorro presente de sus bastimentos, acudieron con mucha voluntad cada uno con su posible, como habrá informado el capitan Niculas de Quiroga, que venida la fragata que V. S. dice, se podrán llevar a la Concepcion, y para el tiempo asignado no faltarán como han ofrecido, satisfechos todos que quedando y partiendo V. S. les ha de hacer merced y a esta ciudad en particular, que en todos tiempos se desvela del servicio de S. M. y de V. S., a quien Dios guarde en su santo servicio. En Santiago, cinco de enero mil quinientos y noventa y siete años. *El licenciado Bizcarra.—Niculas de Quiroga.—Lesmes de Agurto.—Bernardino Morales de Albornóz.—Juan de Galves.—Alonso del Campo Lantadilla.—Gaspar de la Barrera.—D. Francisco de Zúñiga.—D.*

Diego Bravo de Saravia.—Juan Ruiz de Leon.—Con acuerdo del cabildo, justicia y rejimiento desta ciudad de Santiago, *Xines de Toro Masote*, escribano real público y del cabildo.—A Martin García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral y justicia mayor deste reino por el Rei nuestro señor.

COMISIONES.

Martin García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral e justicia mayor en este reino e provincias de Chile por el Rei nuestro señor, etc. Por cuanto, como es notorio, de cuatro años a esta parte que entré en este reino a le gobernar, he asistido personalmente en la pacificacion de los naturales rebelados de los estados de Arauco y Tucapel y sus comarcas, que de tantos años a esta parte han estado rebelados y causado tantas muertes de españoles y naturales amigos e inquietud a las repúblicas, grandes gastos y expensas, y sus vasallos estándose en su rebelion y cada dia creciendo los daños e inquietudes, y hallando como hallé el reino el mas nescesitado de posible y soldados para continuar la pacificacion que jamas habia estado, en tanto grado que al tiempo que me allegaron las provisiones de S. M., de su gobernador y capitan jeneral deste reino, habia salido a pedimiento e requerimiento de los vecinos e moradores dél forzado de la dicha nescesidad, D. Alfonso de Sotomayor mi antecesor (1), a significar al visorei del Pirú, marques de Cañete, la dicha necesidad e pedir socorro [para] este reino de soldados y ayudase con ropa necesaria para vestirlos, por estar desnudos y en gran probeza, y con la dicha calamidad sin haberse proveido del dicho socorro e ayuda, tomé el dicho gobierno a mi cargo y luego con la jente que pude juntar, que fué la ménos que en ningun tiempo ha habido en este reino, procuré la dicha pacificacion y allanamiento por todos los medios posibles, continuándose por mi persona el dicho tiempo con notable trabajo e vijilancia, atrayendo las cabezas principales con regalo; y ansí, mediante el favor divino, a quien se ha de atribuir, han ido los dichos rebelados dando la paz y aficionándose a ella con muestra de perpetuidad, de manera que el dia de hoi la han dado casi todas las dichas provincias y las que han sido mas belicosas: e por ser conveniente y necesario para la dicha paz y asiento della poblé riberas del gran rio de Biobio, en la provincia de Millapoa, un pueblo y ciudad, por ser aquella provincia comarcana y vecina a las provincias que estan sustentando la guerra,

(1) D. Alonso de Sotomayor ocupó el gobierno de Chile desde 1583 hasta 1593 que fué reemplazado por D. Martin de Loyola. Véase la obra que con el título de *Servicios de D. Alonso de Sotomayor, del hábito de Santiago y comendador de Villamayor, etc., que hizo a S. M. del Rei Felipe II.* escribió el licenciado Francisco Caro de Torres. Madrid, 1620, 4.° : en ella se hallarán preciosos documentos para la historia de esta guerra.

y como se ha visto e mostrado la experiencia, ha sido y es uno de los remedios mas urjentes y necesarios para la dicha conquista e sustento de paz que ha tenido el estado de la guerra en el referido, ir cada dia faltando e impusibilitándose las fuerzas de poder proseguir la conquista y sustentar e perpetuar la paz que me han dado, por haber sido no tan solamente socorrido e ayudado del dicho visorei del Pirú, mas aun de las pocas quel reino tenia, ha proveido que lo que mis antecesores habian fecho e costumbre de ayudarse de la hacienda de los vecinos, moradores, mercaderes e naturales deste reino para la despedicion de la guerra y socorrer e ayudar a los soldados, prohibió la real audiencia de los Reyes con acuerdo del dicho visorei no lo hiciese ni sacase los vecinos encomenderos y sus criados, moradores ni casados a la guerra, con que han excusado y de punto faltado el posible para conseguir la dicha paz. Y visto el dicho estado, y tenido noticia que S. M. removia el gobierno al dicho visorei y proveia en él al señor D. Luis de Velasco, acudí enviándole la relacion de lo referido, y S. Señoría con celo cristiano del servicio de Dios y de S. M. he tenido aviso que con haber hallado la real hacienda del Pirú gastada y empeñada por haber llevado el dicho marques la mas que fué pusible con el dicho empeño, se dispuso a socorrer y ayudar a este reino tan necesitado, mandando levantar, y que se quedaban levantando cuatrocientos hombres, que segun el aviso [que] he tenido espero en mui breve, socorriéndoles a una barra de plata a cada uno de la real hacienda y sesenta mil pesos en ropa para vestir e socorrer los que en este reino estan, e gastos de la dicha guerra, sin los de navios, bastimentos y otros necesarios para traerlos a este reino, que es en gran número el dicho gasto que será de docientos mil pesos o casi; y porque habiéndose fecho tan excesivo a costa de S. M., seria de ningun efeto, si no se acudiese a lo que conviene de prevencion con la ayuda de este reino, pues se espera que haciéndose lo ques justo e necesario en ello, será el último gasto para la dicha pacificacion y asiento de la paz, previniendo las fuerzas que sean pusibles; y que para esto es necesario la venida y asistencia en la dicha pacificacion y que sustenten en sus camaradas la parte que sea posible de los soldados que a mí vienen, por ser el remedio mas eficaz para el dicho efeto, y que no se excusen en ninguna manera por edad ni otra causa como esten ájiles para andar a caballo, pues como leales vasallos acostumbrados a le servir, estan obligados a acudir al real servicio, especial en esta ocasion tan precisa y necesaria, como lo han tenido de costumbre; pues no seria justo se quisiesen exonerar por vejez, ni decir se despachó la dicha real provision por la dicha real audiencia en su favor, pues cuando pudieran gozar del dicho privillejio, en esta ocasion como tales leales vasallos lo debian renunciar atendiendo al bien que redundará del buen efeto que se espera con el dicho socorro, e por el contrario el daño [de] que no se acudiese a la ayuda necesaria. Demas que las dichas reales provisiones por decreto de la dicha real audiencia, informados del daño que redundaba de haberse proveido, estan alteradas,

y para que haya efeto la venida de los dichos vecinos encomenderos, y ser de no ménos importancia la asistencia en esta ocasion en la dicha pacificacion del licenciado Pedro de Bizcarra, mi teniente de gobernador y capitan jeneral, para la ayuda e favor que conviene darse a la dicha paz, por haber yo de andar ocupado en las nuevas poblaciones que se han de hacer con el favor divino, segun el número de jente e dispusicion y ocasion de las cosas. Por tanto, encargo al dicho mi teniente jeneral, que luego como reciba esta mi provision, sin dilacion alguna, por estar el tiempo tan adelante, y que no haciéndose con toda brevedad, se pasará el verano sin hacer efeto, como se ha pasado, que seria de gran inconveniente, haga apercibimiento jeneral de todos los vecinos encomenderos de indios de la ciudad de Santiago deste reino, cabeza desta gobernacion, y que residen en ella de otras ciudades, de cualquier edad que sean, como puedan andar a caballo, sin que ninguno se reserve ni excuse, para que todos ellos partan en su compañía de la dicha ciudad, e vengan en ella a su órden a toda priesa a donde yo estuviere con sus armas y caballos; y los encomenderos que fueren de mucha edad, de manera que no puedan andar a caballo, o estuvieren ausentes del reino, acudan y socorran con los caballos, sillas e peltrechos que fuere justo para encabalgar los soldados que ansí vienen, conforme a la pusibilidad de indios que tuviere el tal encomendero, con consideracion de [los] gastos que hiciera si viniera personalmente, haciendo cargo de todo lo que ansí dieren y con que acudieren al fator real. A todo lo cual compela y apremie por todo rigor a los dichos encomenderos, a los cuales mando lo cumplan inremisiblemente y sin poner excusa, y al tiempo que se les señalare, sin embargo de apelacion, contradicion ni otra excusa, ni de la dicha real provision e provisiones despachadas por la dicha real audiencia, por ser el caso de precisa necesidad al servicio real, y estar suspendida la ejecucion e cumplimiento de las dichas reales provisiones por decreto de la dicha real audiencia; sopena al encomendero que no lo cumpliere de dos años precisos de servicio en la guerra a su costa, y suspension de los indios de su encomienda o tributos dellos por los dichos dos años; los cuales, luego que conste de la inobediencia de no haber salido, o presentádose ante mí dentro del término que asignare el dicho mi teniente jeneral, sin otro auto alguno, mando al capitan Niculas de Quiroga, correjidor de la dicha ciudad de Santiago, ejecute la dicha pena, y entregue y haga entregar los indios del tal encomendero a los jueces oficiales reales para que cobren los tributos y aprovechamientos dellos, e los tengan por cuenta aparte en la caja real para los gastos de la guerra para que los señalo: ejecutando la dicha pena, sin embargo de apelacion ni contradicion, ni otra excusa, pues no la hai en caso tan urjente y necesario. Que para todo lo susodicho doi entera comision al dicho Pedro de Bizcarra, demas de la que tiene de S. M., como tal mi teniente de gobernador e capitan jeneral, a quien encargo la brevedad, de manera que llegue a tiempo que no cause dilacion en los efetos que

se han de hacer, como espero hará de su parte todo lo que se pudiere, porque el buen efeto consiste en su buen despacho, brevedad, cuidado e dilijencia, de que yo principalmente lo fuí, particularmente le encargo, por no poder yo acudir personalmente a ello, por estar ocupado en las prevenciones que conviene hacerse en las demas ciudades deste reino.—Fecho en la ciudad de la Concepcion de Chile en diez y siete dias del mes de octubre de mil y quinientos y noventa y siete años.—*Martin García de Loyola.*—Por mandado del gobernador.—*Fernando Rodriguez de Gallegos.*

COMISION.

Martin García de Hoñez y Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral e justicia mayor en este reino e provincias de Chile por el Rei nuestro Señor, etc. Por cuanto para seguir la guerra y conquista de los naturales rebelados deste reino en discurso de cincuenta años mas que há se levantaron, se ha consumido y gastado mucha suma de hacienda de S. M., y de vecinos, moradores y naturales de paz, y seguídola con grandes trabajos y riesgos; y de cinco años a esta parte poco mas que yo há que tengo de gobierno, lo he hecho con la continuacion que es notorio, y se ha tenido buenos efetos: de presente tengo aviso, despues que el señor visorei Don Luis de Velasco manda levantar un tercio de ochocientos soldados, que se traigan a este reino, con que mediante el favor divino y ayudándonos con las fuerzas y pusible del reino se espera fruto, haciéndose las poblaciones que convienen. E porque siendo, como son, los dichos soldados bisoños, y haber en este reino otro número de los del tercio que a fin del año pasado de noventa y seis llegaron del dicho reino del Pirú, que como jente nueva en el reino e su guerra, no estan ni estarán tan aptos para ella ni con el servicio cómodo que se requiere, conviene se junten y vengan a esta ocasion tan precisa todos los vecinos, encomenderos e moradores, estantes y habitantes en la ciudad de Santiago, cabeza de esta gobernacion, por ser necesario lo hagan todos los que fueren de provecho y servicio en la guerra, e que con ellos se acomoden los bisoños, y los que no fueren de provecho ayuden, como vasallos del Rei nuestro Señor, para los gastos y expensas de la guerra, como lo han acostumbrado hacer en tiempo de los gobernadores pasados, mis antecesores, despues que sucedió el dicho alzamiento, sin se excusar, si no ha sido de algunos años a esta parte, despues que yo entré en este reino: y esta no es ocasion de lo hacer, aunque les competiera esencion para ello, como yo lo espero o me consta lo harán, pues habiéndolos enviado a llamar el verano pasado ofrecieron de lo hacer, y por ser tarde se sobreseyó su venida hasta este verano; y así, con la dicha ocasion, es justo acudan, teniendo consideracion al servicio de Dios nuestro Señor y de S. M., y a que resultará la predicacion de su santo evanjelio e paz universal. E porque yo no puedo ir personalmente a lo susodicho y de vos, el capi-

tan Niculas de Quiroga, correjidor e justicia mayor de la dicha ciudad de Santiago, tengo tan entera satisfaccion en este caso, como de mi propia persona, que como tan vasallo y fiel ministro del Rei nuestro Señor, acudiréis y entenderéis en lo susodicho, he acordado de os lo cometer, como por la presente os lo cometo; y en nombre de S. M. os mando que luego como esta mi provision veais, hagais llamamiento y apercibimiento de los vecinos encomenderos de esa ciudad e moradores y habitantes en ella que sean de servicio para la guerra, para que con sus armas y caballos vengan a servir a S. M. y hallarse en su real servicio conmigo en esta ocasion de guerra que este verano próximo venidero con el favor de Dios se les ha de hacer, e reprimir sus alteraciones e daños que han fecho, sin que en ello pongan excusa, pues en necesidad y caso tan forzoso no la puede haber, y salgan de esa ciudad para el dicho efeto para el tiempo que señaláredes; de manera que en todo el mes de otubre primero venidero deste año, esten y se junten conmigo; y los encomenderos que no acudieren a la dicha guerra por mucha edad o ausencia o ser menores de diez y siete años, ayudarán con escuderos que sirvan en la dicha guerra, conforme a la pusibilidad de sus haciendas y el mucho gasto que se hace en ella. Todo lo cual ejecutaréis con todo rigor e cuidado sin lo dilatar y sin excusa a los dichos vecinos y demas personas a quien ansí apercibiéredes lo cumplan, so las penas que les pusiéredes a los dichos encomenderos de pérdida [de] su encomienda, lo cual ejecutaréis. E los oficiales reales, luego que conste haber quebrantado e no cumplido vuestros mandamientos, tomen por sí los indios de las encomiendas del tal vecino, y cobren los tributos dellos e metan en la real caja por cuenta aparte para los gastos de la dicha guerra. Y para todo lo susodicho e cada cosa y parte dello, doi comision bastante al dicho capitan Niculas de Quiroga e para lo a ello anejo y concerniente y ejecucion de lo que proveyere, y nombrar caudillos, personas que le ayuden a la ejecucion de lo susodicho y lo que sobre ello convenga, sin limitacion alguna, sin embargo, sin apelacion ni contradicion que hagan e interpongan, y de la real provision de la real audiencia de los Reyes para no ser apercebidos, por estar alterada su ejecucion por la dicha real audiencia. Y el dicho capitan Niculas de Quiroga lo cumpla y ejecute sopena de perdimiento de su encomienda e mill pesos para la cámara de S. M.—Fecho en el fuerte en San Salvador de Coya, de la provincia de Puren, donde está alojado el ejército real, a nueve dias del mes de julio de mill y quinientos y noventa y siete años.—*Martin García de Loyola.*—Por mandado del gobernador.—*Fernando Rodriguez de Gallegos.*

COMISION.

Martin García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador y capitan jeneral e justicia mayor en este reino y provincias de Chile por el Rei nuestro señor, etc. Por cuanto para prose-

guir la guerra y conquista de los naturales rebelados deste reino, que de tantos años a esta parte se ha fecho, e yo de cinco que estoi en él lo he hecho y continuado, y de presente he tenido aviso que el señor visorei del Pirú D. Luis de Velasco ha mandado levantar en el dicho reino un tercio de ducientos soldados, los cuales fin del mes de setiembre primero que viene o principio de octubre deste año de noventa y siete llegarán al puerto de la ciudad de Santiago, cabeza desta gobernacion, y conviene prevenir caballos y sillas y demas peltrechos para los encabalgar y peltrechar, que sean de servicio en la guerra, porque sin ello no serán de provecho ni frutuosos, y que esto esté prevenido para cuando lleguen porque no se detengan; demas que los soldados [que] de presente militan en este reino, estan a pié por haber consumido los caballos que tenian en la guerra que este año se ha fecho; y esto se encargue y se encomiende a persona de confianza y cuidado que con ello haga, tomando el mejor medio que se ha hallado, por la notoria falta que de los dichos caballos hai en este reino, y que la ocasion presente no requiere dilacion: Doi la presente, por la cual ordeno al licenciado Pedro de Bizcarra, mi teniente jeneral de goberrador, y mando al capitan Niculas de Quiroga, correjidor e justicia mayor de Santiago, que luego como esta mi provision vean, junten y hagan juntar con ellos a los jueces, oficiales reales deste reino que residen en la dicha ciudad, y juntos en acuerdo de hacienda, traten y acuerden los caballos, sillas y peltrechos que serán necesarios para encabalgar e peltrechar el dicho tercio de ducientos soldados y los demas que de la dicha ciudad han de salir este año; y acordado el número que ansí acordaren, doi comision al dicho capitan Niculas de Quiroga para que por todas las vias e medios pusibles junte todos los caballos pusibles de servicio, tomando todos los que hubiere en el potrero jeneral de la dicha ciudad y Aconcagoa, Quilloca, Rapel y Nancagagoa, y otros cualesquier potreros y de cualesquier personas eclesiásticas y seglares, de cualquier estado que sean, sin reservar ninguno de los indios pescadores que vinieren a la ciudad, de manera que en todo caso e por todas vias se junten y hayan los dichos caballos con la brevedad que se requiere; e tome e haga hacer todas las sillas que sean posibles para los dichos soldados en el número que así se acordare, e peltrechos necesarios. Y todo ello lo haga tasar por tres tasadores nombrados por los oficiales reales e partes, y se hará cargo al fator, y el dicho capitan dará libranzas de lo que se montare para que los dichos oficiales reales lo paguen, como de gastos de guerra, de lo que es a S. M. que se trujo de la ciudad de la Serena para los dichos autos; y lo que se montare mas para que se pague de lo que fuere cayendo, a su cargo de los dichos oficiales reales; e las dichas libranzas las cumplan y paguen a las personas a quien así librare el dicho capitan Niculas de Quiroga, sin poner excusa en ello, ni tener atencion ni consideracion a las personas cuyos fueren los tales caballos, haciéndolo con el rigor que se requiere personalmente; pues conviene y es forzoso el dicho proveimiento, y [si se dilatase y no se hiciese,

recreceria mucho daño este reino por no se encabalgar ni ser de servicio los dichos soldados. Por evitar el fraude que suele haber en trocar los tales caballos, hará hierro particular con que se hierren y señalen, e nombrará persona y personas que los recojan y tengan a cargo, de manera que con la dicha brevedad se junten: que para todo ello e lo a ello anejo e dependiente, doi comision bastante al dicho capitan Niculas de Quiroga, el cual lo ejecute como dél confío y espero lo hará, sin embargo de apelacion y contradicion, pues el caso y necesidad no requiere dilacion, en que le encargo el real servicio.—Fecho en el fuerte de San Salvador de Coya, de la provincia de Puren, donde está alojado el ejército real, a nueve dias del mes de julio de mil y quinientos e noventa y siete años.—*Martin García de Loyola.*—Por mandado del gobernador.—*Fernando Rodriguez de Gallegos.*

COMISION.

Martin García de Hoñez y Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral e justicia mayor destos reinos e provincias de Chile por el Rei nuestro Señor, etc. Por cuanto los medios que la larga experiencia de la guerra deste reino ha mostrado ser mas útiles para conseguir la paz jeneral deste reino, y que cesen cuarenta años y mas que se han tenido de contínua guerra en que se ha consumido mucha suma de hacienda y españoles, es hacerse poblaciones en las comarcas de provincias que paresce convenir, y ansí, mediante el favor divino, despues de haber fecho la poblacion desta provincia de Puren, se ha de hacer este verano que viene ansímismo la del estado de Tucapel, que son los dos puestos con que se espera asentar paz universal con el ayuda de un tercio de ducientos soldados que tengo aviso el señor visorei del Pirú D. Luis de Velasco ha mandado levantar en el dicho reino, y se espera estarán en este y puerto de la ciudad de Santiago fin del mes de setiembre o principio del de otubre primero venidero de este año de noventa y siete: e porque el dicho tercio se ha de ocupar e hacer con él la dicha poblacion de Tucapel, conviene vengan peltrechados y bastecidos de lo necesario para su sustento, de tocinos, cecinas, manteca, quesos y aparejos de harria, y que esto se haga y reparta entre los naturales de los Promacaes e términos de la ciudad de Santiago; porque, como es notorio, en tiempo de los gobernadores pasados mis antecesores, los dichos naturales acostumbraron a dar e dieron los dichos bastimentos y peltrechos en mucha suma, y despues que yo entré en este reino e le gobierno, que há poco ménos de cinco años, he relevado de dar los dichos bastimentos y peltrechos, [a] los dichos naturales, como no los han dado ni fecho en todo el dicho tiempo, y ansí en él han estado y estan lo mas holgados y descansados que en muchos años atras despues que hai guerra en este reino lo han estado, y agora es precisa necesidad acudir a este bastecimiento; porque si no se hiciese por los dichos naturales, no hai modo para lo poder proveer, e seria perder la ocasion

e tiempo e ser [in] frutuoso el gasto que se ha fecho en levantar el dicho tercio e cuidado que en ello se pone, y otras cualesquier prevenciones que se hagan: y pues ha de resultar bien jeneral, paz y sosiego y aumento de la real hacienda, es poco o ningun inconveniente que los dichos naturales se ocupen en hacer la dicha prevencion e ayuda, e la den a cuenta de S. M. para los dichos gastos, dándoseles libranza para que se les pague. E para que esto se haga con el cuidado que conviene, y estar yo actualmente ocupado en la dicha pacificacion; e porque del capitan Niculas de Quiroga, correjidor e justicia mayor de la dicha ciudad de Santiago, tengo entera satisfaccion, he acordado se lo cometer; e para ello dí esta mi provision, por la cual mando al susodicho que luego como la resciba, juntando consigo a los jueces oficiales del Rei nuestro Señor, que residen en la dicha ciudad, trate, confiera y resuelva los bastimentos que serán necesarios de tocinos, manteca, quesos y cecina, para número de ducientos soldados, e los aparejos de harria que sea pusible de hacer en los dichos Promocaes, y [de] lo que ansí resolvieren, hagan su acuerdo de hacienda para que a cuenta della, como gastos de guerra, los hagan y tomen los dichos naturales, hallándose en la dicha resolucion y acuerdo el protetor de los dichos naturales, y advertir lo que cada pueblo de indios podrá dar para el dicho efeto; y se reparta lo que ansí se acordare por el dicho acuerdo de hacienda por el dicho capitan Niculas de Quiroga, al cual doi poder y comision para que fecho el dicho acuerdo haga cada reparticion entre los dichos pueblos de indios de la juridiccion de la dicha ciudad y correjimientos de sus partidos de Tevo, Quilloca, Aconcagoa e Maule, de manera que entre todos se reparta: proveyendo sus mandamientos para que los dichos correjidores de partido y administradores de indios hagan en cada pueblo lo que les cupiere, despachando para brevedad persona y personas que lo visiten y vean el cuidado que se pone en hacer lo susodicho con la brevedad que el tiempo por estar tan adelantero requiere, apremiando los tales correjidores, administradores, caciques e indios a que lo hagan, so las penas que les pusiéredes, que he por puestas, y doi comision para las ejecutar e castigar a los dichos administradores: previniendo que el dicho protetor lo haga, que haya cuenta y razon de lo que cada pueblo de indios da de los dichos jéneros, e que el fator real, como proveedor jeneral, o su teniente, tome la razon y cargo dello para que, como tales gastos para la guerra forzosos y necesarios, se les dé por mí libranzas para que se les pague de la real hacienda, como es costumbre, haciendo que se tasen por sus jéneros por dos personas juramentadas que se nombren por parte de la real hacienda la una, y otra por el protetor, y en defeto de no los nombrar o nombrándolos no se conformando, de oficio, para que conste el valor para la dicha libranza. Lo cual haréis e cumpliréis vos, el dicho capitan Niculas de Quiroga, sin embargo de apelacion o contradicion o otra cosa que se diga y alegue para no lo hacer, o que digan estan despachadas provisiones [reales por la real audiencia de los Reyes, para

que a los dichos naturales no se les echen peltrechos ni derramas; porque demas de estar por la dicha real audiencia alterada su ejecucion, es forzoso y necesario al real servicio la ayuda de los dichos bastimentos, y que sin ellos no se puede conseguir la dicha poblacion: demas de habérseles de librar e pagar a los dichos naturales lo que ansí dieren. Que para todo lo susodicho e cada cosa e parte dello e lo a ello anejo e dependiente, doi entera comision a vos, el dicho capitan Niculas de Quiroga, y que en cosa ni en parte dello no se os ponga embargo ni impedimento, sopena de mill pesos de oro para la cámara real y gastos de guerra por mitad.—Fecho en el fuerte de San Salvador de Coya, provincia de Puren, a diez y nueve dias del mes de julio de mill y quinientos y noventa y siete años.—Y al dicho acuerdo de hacienda que ansí se ha de hacer, se junte y halle el licenciado Pedro de Bizcarra, mi teniente jeneral, que juntamente hagan el acuerdo referido sobre el dicho gasto.—Fecho ut supra.—*Martin García de Loyola.*—Por mandado del gobernador.—*Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Martin García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral y justicia mayor en este reino y provincias de Chile, etc. Por cuanto yo despacho de presente mis comisiones al capitan Niculas de Quiroga, correjidor e justicia mayor de la ciudad de Santiago, para que en ella y sus términos y partidos de correjimientos levante soldados para la continuacion desta guerra, y se tomen caballos, pertrechos y bastimentos a cuenta de S. M., y haciéndose cargo dellos al fator y proveedor jeneral, para los encabalgar y aviar ansí ellos como el tercio de soldados que tengo aviso se está levantando en la ciudad de los Reyes del Pirú por órden del señor visorei Don Luis de Velasco, que ha de traer el maestre de campo Don Grabiel de Castilla, e segun el aviso, han de desembarcar en la dicha ciudad de Santiago fin del mes de setiembre o principio de otubre primero que viene deste año de noventa y siete; que ansí los dichos caballos, como bastimentos, sillas y demas peltrechos se han de entregar y hacer cargo al dicho fator y veedor real, como cosa tomada para S. M., y a cuenta de su real hacienda, y lo mismo lo que se diere gratis, y de allí se han de distribuir e repartir entre los dichos soldados que han de venir y los que se levantaren en la dicha ciudad de Santiago; y para los poder distribuir requiere comision por estar yo ausente y no lo poder hacer personalmente: Y por la satisfaccion que tengo de vos, el dicho capitan Niculas de Quiroga, y especialmente habiendo de levantar y apercebir la dicha jente y aviarla y encabalgarla, como lo tengo cometido por las comisiones que el dia desto os despacho, dí la presente, por la cual en nombre de S. M., como tal su gobernador, e capitan jeneral e justicia mayor, os doi comision para que todos los caballos, sillas, peltrechos y bastimentos y demas cosas que ansí se tomaren a cuenta de S. M. y sirvieren con ello gratis, de que se hiciere cargo dicho fator e proveedor jeneral y sus tenientes en cualquier manera

por de S. M. y a su cuenta, lo distribuyais por libranzas entre los dichos soldados que ansí levantáredeis e vinieren del Pirú, dando las dichas libranzas para ello dirijidas al dicho fator y sus tenientes, las cuales vayan como si yo las diese. E mando al dicho fator e veedor real e proveedor jeneral y sus tenientes, e cualesquier dellos a cuyo cargo estuvieren los dichos caballos, sillas e peltrechos e bastimentos, cumplan y goarden las libranzas que el dicho capitan Niculas de Quiroga diere, con las cuales, y recibo de los soldados a quien él diere, será bastante recaudo para su descargo y se resciba en cuenta.—Fecho en el fuerte de San Salvador de Coya a nueve dias de julio de mil y quinientos y noventa y siete años.—*Martin García de Loyola.*—Por mandado del gobernador.—*Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Declaracion de testigos.

En la ciudad de Santa Cruz de Hoñez, en catorce dias del mes de marzo de mill y quinientos y noventa y ocho años, Su Señoría Don Martin García Hoñez de Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral e justicia mayor en este reino de Chile, para la dicha informacion e averiguacion de lo contenido en su auto, hizo parecer ante sí al capitan Grabiel de Hucero, del cual tomó e recibió juramento por Dios, por una señal de cruz que hizo, socargo del cual le encargó y él prometió de decir verdad en lo que se le preguntase, e siéndole leido el dicho auto, y mandado declare en lo que refiriere lo que sabe ha visto y entendido lo que le parece, y habiendo oido, dijo: Que el testigo há quince años poco mas o ménos que entró en este reino por soldado en el tercio que a él trujo de los reinos de España Don Alonso de Sotomayor, gobernador e capitan jeneral que fué deste reino, e del dicho tiempo acá ha estado el tercio ocupado en la guerra y ministros della; y vido como en tiempo del dicho gobernador Don Alonso de Sotomayor acudian y acudieron los vecinos y moradores deste reino y habitadores dél a los llamamientos y apercibimientos que se les hicieron para la guerra y conquista, y en esta costumbre y uso halló este testigo a los dichos vecinos y moradores, sin excusa ni reclamar contra ello, y en esta posesion estaba cuando Su Señoría del dicho gobernador presente vino a este reino a le gobernar, que habrá cinco años y medio poco mas o ménos, y este reino probe y necesitado y falto de jente, y su guerra mas obstinada y encendida que habia estado; y ansí el dicho gobernador Don Alonso vido este testigo, que forzado de la dicha necesidad, cuatro meses ántes poco mas o ménos que Su Señoría del dicho gobernador entrase en este reino, habia salido de la ciudad de los Reyes del Pirú a informar dello al marques de Cañete, visorei del dicho reino, y no socorrió ni proveyó de cosa alguna. El dicho gobernador, con gran cuidado y vijilancia, se ocupó en la dicha conquista, tomando intilijencia de la forma de gobierno e trato de los dichos naturales: y vido este testigo que habiendo comen-

zado a hacer alguna ayuda para la dicha guerra, los vecinos encomenderos de la ciudad de Santiago, cabeza desta gobernacion, que es la ciudad y vecinos que han gozado en este reino de mas paz, hacienda y regalo que las demas deste reino, procuraron excusarse en acudir a la dicha guerra, ganando para ello provisiones de la real audiencia de los Reyes, con acuerdo del dicho visorei marques de Cañete, para no ser apercebidos ellos ni sus criados, teniendo ántes proveido, habrá treinta y cuatro años, la misma real audiencia provision para que los dichos vecinos acudiesen a los llamamientos que se les fuese fecho para la dicha guerra deste reino por los gobernadores dél; y porque el testigo ha visto las unas y otras provisiones, e las ha leido, e se remite a ellas. Y vido este testigo como estando Su Señoría del dicho gobernador y capitan jeneral haciendo la guerra, y esta poblacion de Santa Cruz, que tan importante era, y ha sido, vino un escribano público de la dicha ciudad de Santiago a notificar las dichas nuevas provisiones a Su Señoría, la cual vido y entendió este testigo haber causado avilantez en los de guerra, porque trataban, segun averiguó, que Su Señoría no les podia hacer la guerra porque se le quitaba el poder y fuerza; e los vecinos de las demas ciudades decian, que a ellos tambien les competia la misma libertad, pues eran encomenderos, y a los soldados se les quitaba el ánimo y voluntad de andar en la dicha guerra. Que lo uno y otro eran y fueron grandes estorbos en aquella ocasion, y se temia ruina y daño de nuestra parte: y obrando el favor divino, con el contínuo cuidado y trabajo de Su Señoría, vido este testigo, que cuando se tenia perdida la esperanza, se fué ganando, porque se trujo de paz y redujo la Illaregua de Arauco que poco ántes habian peleado con el castellano del fuerte de aquel estado que Su Señoría reedificó; y ansimismo conquistó e trujo de paz las provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, riberas del gran rio de Biobio, Goalqui, Quilacoya y Llanos, poblando en la dicha fuerza de Biobio y sus juntas esta ciudad e poblacion de Santa Cruz de Hoñez, en que el testigo se halló y lo vido. Y sabe por haberlo visto y entendido, que por el año pasado de noventa y siete tuvo Su Señoría aviso como el visorei del Pirú D. Luis de Velasco que sucedió al dicho marques de Cañete, enviaba a este reino para su conquista un socorro y tercio de soldados que en la ciudad de los Reyes se levantaban a costa y paga de la real hacienda; y para frutificar y que fuese de efeto y fruto este socorro y gasto, y se emplease en conseguir paz, envió a llamar y apercebir los vecinos encomenderos de la dicha ciudad de Santiago, enviando en persona al capitan Miguel de Silva, castellano de Arauco, a que él manifestase esta justa causa e persuadiese a que viniesen al dicho efeto y acudir a su obligacion en caso tan urjente sin excusarse: porque el testigo vido que despues que ganaron las dichas provisiones, se excusaron y no acudian, y el testigo entendió que los dichcs vecinos pidieron que por ser la mas parte del verano pasado, se sobreseyese su venida hasta el verano siguiente, que lo harian por el mes de setiembre del año pasado de

noventa y siete, como este testigo lo ha visto por carta del cabildo de la dicha ciudad: y que es verdad que por el mes de otubre es el principio del verano en este reino. E por el dicho año pasado de noventa y siete vido este testigo que estando Su Señoría del dicho gobernador invernando en la provincia de Puren, en un fuerte que allí tenia, tuvo nueva como el dicho visorei del Pirú D. Luis de Velasco enviaba otro socorro e ayuda de soldados a este reino, los cuales por ser la dicha ciudad de Santiago de mas vecindad y hacienda que las demas juntas deste reino, venian a desembarcar en la dicha ciudad como mas rica y opulenta, para que allí se peltrechasen y encabalgasen; demas que este testigo vido que los soldados que el año ántes habian venido a este reino, se habian ido a encabalgar a las ciudades de arriba, ordenando y despachando sus comisiones para quel capitan Niculas de Quiroga, correjidor de la dicha ciudad, a cuenta de S. M. comprase los caballos y aderezos necesarios; y que los dichos vecinos, pues se habian quedado el verano ántes, acudiesen este presente, y conforme a la carta del dicho cabildo estuviesen con Su Señoría en todo el mes de otubre pasado del dicho año, y previno Su Señoría de las demas prevenciones que refiere: este testigo ha visto algunas dellas, y ha visto y entendido por cosa cierta, las demas estaban hechas para con ello y los dichos vecinos y soldados tomar un puesto para poblacion. Y este testigo sabe por cosa cierta que el maestre de campo D. Grabiel de Castilla, con ciento y cuarenta soldados, llegó a la dicha ciudad de Santiago por el mes de otubre o noviembre pasado, porque este testigo llegó a ella por el mes de diciembre que pasó y halló en la dicha ciudad al dicho maestre de campo y soldados, y en aquel tiempo falleció el dicho capitan Niculas de Quiroga. Y vido este testigo haberse publicado y pregonado en la dicha ciudad real provision de la real audiencia, por la cual proveia que los dichos vecinos, sin embargo de las dadas, acudiesen a los llamamientos de Su Señoría, inserta en ella carta real de S. M. Y este testigo supo y vido, como persona que se halló en la dicha ciudad, y a pocos dias que llegó della, que los vecinos encomenderos de la dicha ciudad y moradores no acudieron a los llamamientos y apercibimientos que les fué fecho por órden de Su Señoría, ni ayudaron [a] encabalgar ni peltrechar los dichos soldados, porque este testigo solo ha visto venir della solo dos vecinos encomenderos y cuatro o cinco moradores poco mas o ménos: que algunos dellos habrá cuatro u cinco dias llegaron, y aun dejaron su hato atras; que ya es casi entrada de invierno, porque por el mes de abril que viene entran las aguas del invierno en esta tierra; y que no solo este testigo ha visto y vido en la dicha ciudad de Santiago por haberse hallado, como tiene dicho, presente, que los dichos vecinos encomenderos no acudieron ni ayudaron, publicando que no querian venir a la guerra, ni tenian obligacion a ello, y que harto habian ayudado en cinco años, y esto era lengoaje jeneral entre todos, haciendo juntas y corrillos en la plaza y calles de la dicha ciudad. donde públicamente lo decian y trataban. Y este testigo supo que el dicho

maestre de campo habia echado un bando en la dicha ciudad para que ningun soldado tomase ni sacase indio ni india por fuerza contra su voluntad, y para que los que quisiesen de su voluntad venirse en servicio de los dichos soldados y otras personas no se los quitasen ni saliesen a los caminos: y este testigo vido como el cabildo de la dicha ciudad se airó contra el dicho maestre de campo porque dé tratacion dello, y le hicieron requerimiento; siendo el dicho bando justo, segun a este testigo le parece, pues los dichos indios son libres y naturales los mas dellos de acá arriba, y que desean volverse a su natural. Y este testigo supo, y es cosa pública, que algunas personas de la dicha ciudad, que no sabe quién son, salieron a los caminos y quitaron servicio de indios a algunos soldados, y volvieron, y los dichos vecinos e moradores hacian otros estorbos e impedimentos con nuevas que publicaban en la dicha ciudad, como que estaba proveido nuevo gobernador para este reino, desanimando con esto la jente y soldadesca; y que Su Señoría estaba mal con el visorei del Pirú Don Luis de Velasco, por no haber sido buenos los socorros que le habia enviado para este reino, y que despachaba por la Cordillera ocultamente informaciones a S. M. al Rio de la Plata, quejándose del dicho visorei; sabiendo, como este testigo sabe por lo que ha visto y entendido, que Su Señoría del dicho gobernador está mui grato y agradescido a la merced que el dicho visorei ha hecho a este reino, estimándola por propia por ser en tiempo de su gobierno; y esto le ha visto este testigo tratar y estimar de ordinario en público y en secreto: y se verifica la dicha invencion y cautela, porque dijeron que era Juan de Agurto el que llevaba estos pliegos e informaciones. Despues que ellos lo dijeron llegó a la misma ciudad de Santiago con ellos, a donde iban encaminados para llevarlos para el Pirú, y el uno de ellos iba sobre escrito al mismo visorei, porque este testigo vido los dichos pliegos, y no sabe este testigo quién echó esta nueva, sino la publicidad con que se trató, sin saber de quién nació el oríjen: e le paresció mal a este testigo, y es cosa cierta y notoria, que los dichos soldados bisoños que de presente han venido por no haber sido encabalgados en la dicha ciudad, han venido a pié, por falta de caballos, en yegoas, y haciendo por ello para se poder encabalgar y peltrechar, agravios a los indios de paz por donde pasaban. Y que este testigo vido que en la dicha ciudad juntó el dicho maestre de campo últimamente veinte y uno mancarrones que a este testigo se entregaban para traellos a su cargo, tan ruines que a la segunda y tercera jornada se iban quedando sin ser ninguno dellos de servicio para la guerra; y este testigo dejó los dichos caballos mancarrones en un potrero de Maule por no podellos pasar por ser tan ruines, y ansí no llegaron mas de quince al dicho potrero, siendo, como es, la dicha ciudad y sus términos, la mas abundosa deste reino, en tanto que lo tienen por granjería la saca de ellos: y fué en tanto grado la necesidad que los dichos soldados traian de caballos que por los caminos venian deshaciéndose de aderezos de su persona para habellos; y por la dicha mala ayuda, y no acudir los dichos

vecinos e moradores, ni juntádose los dichos soldados, ni venido los vecinos e moradores de las ciudades de arriba, ha visto este testigo se ha pasado el verano, y es ya el fin dél sin haberse hecho guerra, ni conquista, ni poblacion, que era lo que Su Señoría del dicho gobernador pretendia hacer: y por ello es cosa pública que los rebelados, visto que los han dejado, tomando ánimo y avilantez han salido ellos a las ciudades y fuertes sus fronteras a buscarnos y hacer guerra, y a persuadir y tramar para que los reducidos se alteren y rebelen, buscando invenciones y engaños como hacerlo, y haciendo las entradas que el auto refiere, y de presente se tiene nueva y aviso van sobre el fuerte del estado de Arauco; todo lo cual se hubiera excusado, si se acudiera con ejército haciéndoles la guerra, o se hubiera hecho la poblacion, que esta los ocupara y llamara a sí, y no salieran ellos a hacerla y a buscarla: se vido el tiempo que fué poblado el fuerte de Puren, que por el incendio que le sucedió se despobló, que el tiempo que allí estuvo poblado, por llamar a sí la guerra las demas fronteras estuvieron quietas y los reducidos sosegados: y los dichos daños de haberse alterado y rebelado, como es público, lo han fecho nuevamente los levos de Tabolevo, Quidico y Lavapi en el estado de Arauco, e lo hubiera fecho el de Quiapo si no hubiera preso su cacique por aviso que dieron tres indios de Catiray de la trama con que a él iban a sacar los indios de mita que allí tenian, por no dejallos empeñados y sacados alzarse: lo [cual] ha causado la dicha dilacion y mal aviso y recaudo y impedimento que hicieron los dichos vecinos de Santiago en lo que dicho tiene, y perdido el tiempo y prevenciones y alargando la guerra, poniéndose en ocasion de perder lo ganado y causar guerra inmortal, gastos y daños de la real hacienda y vecinos y moradores deste reino. Y que lo dicho es la verdad de lo que sabe, ha visto y entendido y le parece para el juramento que tiene fecho, y en ello se afirmó y retificó, y queste dicho y otro que tiene declarado sobre esta misma materia se entiende ser todo uno, y que es de edad de treinta y siete años, poco mas o ménos. Y lo firmó de su nombre.—*Martin García de Loyola.*—*Grabiel de Ucero.*—Ante mí, *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Testigo capitan Pedro de Escalante.—En la ciudad de Santa Cruz de Hoñez, en diez y seis dias del mes de marzo de mill y quinientos y noventa y ocho años, Su Señoría de Martin García Hoñez y Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador y capitan jeneral y justicia mayor en este reino y provincia de Chile por el Rei nuestro Señor, a la dicha informacion y averiguacion, hizo parecer ante sí al capitan Pedro de Escalante, del cual Su Señoría tomó e recibió juramento por Dios y por una señal de cruz que hizo, so cargo del cual le encargó y él prometió de decir verdad en lo que se le preguntase y él supiese, y siéndole leido el auto y cabeza de informacion de suso, y mandádole que en razon dello diga lo que sabe, y declare lo que ha visto y entendido, y habiéndolo oido dijo: este testigo há quince años poco mas o ménos que entró en este reino en compañía de D. Alonso Sotomayor,

gobernador que fué dél, y del dicho tiempo acá se ha ocupado en el dicho real servicio en la guerra que se ha fecho y hace a los rebelados, y halló que se tenia costumbre en este reino de acudir a la dicha guerra los vecinos encomenderos y moradores deste reino, y ansí ha visto este testigo provision real despachada por la audiencia de los Reyes, mas há de treinta y cuatro años, para que los dichos vecinos acudiesen a los llamamientos que los gobernadores deste reino les hiciesen para la guerra, a que se remite; y así vido este testigo que el tiempo que gobernó el dicho D. Alonso de Sotomayor, los dichos vecinos y moradores acudian a los llamamientos que para la dicha guerra les hacia como obligados a ello, sin se excusar ni reclamar, y estando en esta posesion y costumbre cuando Su Señoría del dicho gobernador presente entró en este reino a le gobernar, que há cinco años y medio. Vido este testigo que habiendo hallado el dicho gobernador este reino en mas probeza que hasta entónces habia tenido y la guerra mas encendida y viva, y falto de soldados para su conquista, y acudiendo a ello el dicho gobernador con mucho cuidado y celo, que este testigo siempre ha conocido dél, del servicio de Dios y de Su Majestad y bien jeneral, procurando por todas las vias pusibles y medios lícitos el hacer la dicha conquista y procurar pacificar los dichos naturales, en lugar de ayudar a tan buen celo y trabajo personal quel dicho gobernador traia en esta fuerza de trabajos, vido este testigo que los vecinos encomenderos de la ciudad de Santiago, cabeza desta gobernacion, y que siempre ha estado de paz y con quietud y gozado sus vecinos y moradores de mas tranquilidad, hacienda y regalo que los de las demas ciudades, por ser la tierra aparejada para ellos, se procuraron excusar y exonerar de no acudir a la dicha conquista, ellos ni sus criados, ni moradores de la dicha ciudad, ganando provisiones contra la antigua que estaba despachada para ello; porque este testigo vido que estando Su Señoría ocupado en la mas fuerza de la guerra y efetos de mas importancia para conseguir la paz, llegó al campo y ejército real un escribano público de la dicha ciudad de Santiago, a pedimento de los dichos vecinos della, a notificar como notificó a Su Señoría del dicho gobernador las dichas provisiones de la dicha real audiencia para no acudir a la dicha guerra; porque este testigo estaba en aquella sazon en el dicho ejército: y las dichas provisiones causaron inconveniente, porque demas de la libertad que tomaron los dichos vecinos y moradores de ver que no habian de ser apercebidos, los de guerra que tomaron relacion dello, cobraron mas ánimo diciendo que al dicho gobernador se le quitaban las fuerzas, y esto fué pública voz y fama se trataba entre ellos, y las pocas fuerzas que habia en el reino, fueron ménos por la dicha causa. Y en este tiempo cuando ménos esperanza habia y mas ruina se esperaba, habiendo Su Señoría reedificado el estado del fuerte de Arauco, fortificándole y poblando esta ciudad de Santa Cruz de Hoñez, en la ribera del gran rio de Biobio y sus juntas, a la parte de Catiray, obrando nuestro Señor con su divino favor, se trujo de paz debajo el yugo real a los levos del dicho estado de

Arauco, y a las provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, riberas del dicho rio de Biobio, Gualqui, Quilacoya y Llanos, que fué de grande efeto, las dichas poblaciones acompañada la una con la otra, e intelijencias que Su Señoría tomó con el trato y gobierno de los dichos naturales. Que este testigo, como persona que se ha ocupado personalmente en la dicha guerra, y ha andado con Su Señoría en todo lo que ha fecho, vido y entendió lo que tiene dicho y lo ha manifestado el tiempo. Y que por el año pasado de noventa y seis, estando el testigo con Su Señoría vido como tuvo nueva que el visorei del Pirú Don Luis de Velasco, que sucedió al marques de Cañete, con cuyo acuerdo se habian despachado las provisiones de la dicha audiencia de los Reyes para que los dichos vecinos no fuesen apercebidos, hacia levantar y se levantaron en la ciudad de los Reyes un tercio de soldados, que despues este testigo vido que llegaron a este reino número de ducientos hombres, pocos mas o ménos, los mas o casi todos inútiles para la guerra, a costa, expensas y pagas de la real hacienda; envió el dicho gobernador a la dicha ciudad de Santiago al capitan Miguel de Silva, castellano de Arauco, a persuadir y amonestar de su parte a los dichos vecinos de Santiago de su parte acudiesen en la dicha ocasion a servir a Su Majestad en la dicha guerra y conquista, pues era precisa la necesidad, y seria urjente y de fruto su venida, y no se excusasen como lo habian fecho en tiempo de Su Señoría por las dichas provisiones. Y este testigo vido ir a ello al dicho castellano, y fué cosa pública haberles hablado y persuadido a que acudiesen, y despachado su provision Su Señoría del dicho gobernador a su teniente jeneral para que los trujese, que ha visto y se remite a ella. Y es cosa cierta que los dichos vecinos no vinieron y pidieron que por ser pasada la mas parte del verano se sobreseyese su venida hasta el siguiente; y escribió el cabildo de la dicha ciudad a Su Señoría vendrian los dichos vecinos y saldrian por fin de setiembre, que es la entrada del verano en este reino. Y el año próximo pasado de noventa y seis, este testigo fué destas ciudades de arriba, donde dejó a Su Señoría, a la de Santiago, donde llegó por principio de diciembre pasado y halló en la dicha ciudad al maestre de campo Don Grabiel de Castilla con ciento y cuarenta soldados, pocos mas o ménos, que habia traido del Pirú y se habian levantado en los Reyes a costa de Su Majestad, por mandado del dicho visorei Don Luis de Velasco, la cual dicha ciudad de Santiago, como este testigo tiene dicho, es la mas rica, bastecida y opulenta de las del reino, porque este testigo las ha andado, y en la que con mas comodidad que en las demas del reino juntas de acá arriba, se podian encabalgar y peltrechar, si los vecinos de la dicha ciudad, quisieran ayudar a ello: y Su Señoría tenia proveido sus comisiones al capitan Niculas de Quiroga, correjidor de la dicha ciudad que fallesció estando ocupado en ello, para que a costa de la real hacienda se tomasen y comprasen caballos y demas aderezos para encabalgar y aderezar los dichos soldados, y para que los dichos vecinos acudiesen a lo que habian ofrescido y estuviesen en todo el mes de

otubre pasado en compañía de Su Señoría, y los impedidos de no poderlo hacer personalmente, ayudasen para encabalgar y peltrechar los dichos soldados: y asímismo proveyó se hicieran peltrechos a la dicha costa, y previno Su Señoría de las demas prevenciones de comida, carneros, vacas, teja y lo demas que refiere, y caballos en las partes contenidas en el dicho auto: que parte dello este testigo lo ha visto; y lo demas es cosa pública y notoria está prevenido. Y este testigo supo en la dicha ciudad de Santiago, como en ella se habian pregonado y publicado provisiones de la real audiencia, inserta carta real para que los dichos encomenderos y moradores acudiesen a la dicha guerra y llamamientos que para ella le fuesen fechos; y con todo eso vido este testigo que los vecinos de la dicha ciudad, excepto el capitan Alonso de Córdova que se compuso por sí y por Alonso de Córdova, su hijo, no acudieron a los llamamientos que por parte de Su Señoría les fueron fechos para venir este verano a la dicha guerra, ni quisieron ayudar a encabalgar los dichos soldados, resistiéndose y haciendo corrillos, diciendo que Su Majestad por la real carta inserta en la dicha provision no les mandaba sino que acudiesen a sus obligaciones, y que esto era estar en sus casas y sustentar su república, y ansí no querian ya salir della, y que harto habian gastado ellos y sus padres: y que esta era plática jeneral entre todos, y lo trataron y dijeron a este testigo diversas veces; y que querian hacer sus papeles y los andaban haciendo, y que los que particularmente trataban desto era el capitan Tomas de Pasten, e Luis m.te de Sotomayor, Pedro de Escovar, D. Gonzalo de los Rios, Joan Godines, Don Francisco Zúñiga, y jeneralmente todos los vecinos y moradores, el algoacil mayor Alonso del Campo Lantadilla, Melchor Fernandez, escribano público, Hernando Alvarez de Bahamonde, Juan Venegas, Luis de Toledo, Hernando Alvarez de Toledo, y jeneralmente todos unánimes, conformes [en] resistir de no estar obligados [a] acudir a la dicha guerra; y haciendo impedimentos y requerimientos a el dicho maestre de campo por el bando que echó, y saliendo a los caminos a volver a los indios que de su voluntad venian con los soldados, por ser naturales de acá arriba y desear volverse a su natural; y entre los que salieron fueron el licenciado Francisco Pasten, Juan de la Cueva, con otros sus amigos y allegados, y los hijos de Lesmes de Agurto y otros; y publicando en la dicha ciudad nuevas de que estaba proveido nuevo gobernador, y que Su Señoría despachaba pliegos informes por el Rio de la Plata a España, y otras invenciones y nuevas; todo dirijido a estorbo e impedimento, que fué tanto el que en la dicha ciudad se hizo que solo salieron della dos encomenderos para la guerra, y estos tienen negocios particulares de pretensiones, y cuatro u cinco moradores, que los últimos llegaron a esta ciudad, que está ántes de la guerra, a nueve de este mes, y aun a la lijera, sin su hato, siendo ya casi entrada de invierno. Y los dichos soldados que vinieron del Pirú, han llegado por el mismo tiempo y pocos dias ántes, tan desaviados por venir casi a pié y los caballos que traen ser tan malos, que no son de servicio para la guerra,

y muchos dellos haber venido en yegoas y deshaciéndose de sus vestidos para poder haber caballos en que venir, por haber setenta u ochenta leguas de camino de aquí a Santiago: y que los que en ella se juntaron, que los que este testigo vido fueron veinte o veinte y uno, fueron tales que a la segunda y tercera jornada se cansaban; y los que se juntaron de los naturales de la dicha ciudad fueron de ningun efeto por ser potros flacos y sin tresno alguno, sin haber caballo que fuese de efeto, siendo la dicha ciudad la mas opulenta de las del reino. Y que este testigo ha visto que por no haber acudido los dichos vecinos y moradores y dado aviamiento a los dichos soldados, y la jente de arriba no haber acudido, se ha pasado este verano sin haberse juntado ejército ni tomado puesto y poblacion, y ha sido causa que los indios rebelados, viéndose desocupados ellos, hayan salido a buscarnos e ido a hacer guerra a los de paz y sobre las ciudades fronteras y presidios, como son la ciudad Imperial y fuerte de Arauco, y es público haber fecho los daños que el auto refiere; y que si se hubiera hecho poblacion en uno de los puestos de Tucapel o Puren que Su Señoría pretendia y para que tenia hecho las dichas prevenciones, hubiera llamado a sí la dicha guerra y ocupádose en los dichos rebelados, y así hubieran ellos dejado de irla a buscar y a hacer, como se ha visto y mostrado la experiencia, que teniendo en sus mismas tierras y comarcas españoles se ocupan allí, porque la llaman a sí y no salen fuera ellos a hacerla como la hacen, viendo que no se les hace: y así demas de los efetos que causa la poblacion, excusa que los naturales rebelados salgan a hacer guerra y daños, y por haberse pasado este verano sin lo poder hacer, se ha pasado el tiempo y perdido las prevenciones y alargado la guerra, y puesto en condicion los nuevamente reducidos, que este testigo ha entendido habian tratado parte dellos de levantarse, y otras máquinas y enredos que Su Señoría desentrañó y supo, y mediante ello atajó. Y no solo lo han fecho el daño que tiene dicho los dichos vecinos de Santiago, sino dado motivo a que los vecinos de otras ciudades hagan lo mismo; porque pasando este testigo por la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, le dijeron allí ciertos vecinos de la dicha ciudad que los de Santiago eran su gallo y se habian de conformar con ellos. Y esto que ha dicho y declarado este testigo, dijo ser la verdad de lo que ha sabido y entendido y visto, cada cosa como tiene declarado, así por haberse hallado este testigo en la guerra, como en la dicha ciudad de Santiago cuando pasó y lo supo y entendió, y para el juramento que tiene fecho, y en ello se afirmó y ratificó, y dijo ser de edad de treinta y cinco años, poco mas o ménos. Y lo firmó.—*Martin García de Loyola.—Pedro de Escalante.*— Ante mí *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Testigo capitan Juan Perez de Cáceres.—En la ciudad de Santa Cruz de Hoñez en diez y siete dias del mes de marzo de mill y quinientos y noventa y ocho años, el Señor Martin García Hoñez y Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan jeneral e justicia mayor en este reino e provincias de Chile por el Rei nuestro

Señor, para la dicha informacion hizo parecer ante sí al capitan Juan Perez de Cáceres, vecino morador de la ciudad de Santiago, del cual Su Señoría rescibió e tomó juramento por Dios e por una señal de cruz en forma de derecho segun de suso, y prometió decir verdad: y siendo preguntado conforme al dicho auto y cabeza que le fué leida, y mandado que cerca dello diga y declare todo lo que sabe y ha entendido, y habiéndole leido dijo: Que desde veinte años a esta parte y mas, que há que este testigo tiene memoria y conocimiento, ha visto que los vecinos de la ciudad de Santiago, cabeza de esta gobernacion, donde este testigo nació y se crió, tenian de costumbre acudir y acudian a la guerra y conquista deste reino todas las veces que eran llamados por los gobernadores deste reino, sin contradicion, y en esta posesion y costumbre habian estado y estaban los vecinos encomenderos y moradores de la dicha ciudad y las demas de este reino, y en ella los halló Su Señoría del dicho gobernador cuando vino a gobernar a este reino, que habrá cinco años y medio poco mas o ménos: y estaba este reino en aquel tiempo mas probe que jamas habia estado, y los indios rebelados mas obstinados y rebeldes, y ménos españoles que jamas habia habido, pues habia obligado a Don Alonso de Sotomayor, antecesor de Su Señoría, que pocos dias ántes dejó el reino, constreñido de la dicha necesidad, y fuese al reino del Pirú a informar dello al marques de Cañete, visorei que a la sazon era, y pedirle proveyese de socorro y jente para él, que no proveyó. Y hallando Su Señoría el reino en el estado que tiene dicho, vido este testigo procuró con todo cuidado y celo la pacificacion deste reino, y estando actualmente ocupado en ello y con necesidad de ser ayudado, vido este testigo que los vecinos encomenderos de la dicha ciudad de Santiago, que es la ciudad que ha gozado de mas paz y tranquilidad y descanso de las deste reino, y de mas vecindad y territorio, por haber andado este testigo las del reino, o casi todas; y las que no ha andado, que son dos o tres, tiene noticia dellas, procuraron ser excusados para no acudir a la dicha guerra ganando provisiones de la real audiencia de los Reyes, con acuerdo del dicho visorei, marques de Cañete, para que ellos ni sus criados ni moradores lo fuesen, habiendo proveido la misma real audiencia, habrá treinta y cuatro [años] poco mas o ménos, provision real, para que los encomenderos acudiesen a los llamamientos y apercibimientos que les fuese fecho para la guerra por los dichos gobernadores: y este testigo ha visto las unas y otras, y se remite a ellas. Y fué cosa pública y notoria que estando Su Señoría del dicho gobernador ocupado en la dicha guerra y pacificacion, vino un escribano público de la ciudad de Santiago, a pedimento de los mismos vecinos, a le notificar las dichas provisiones, que causaron la avilantez en la de guerra, y poca voluntad en los demas vecinos del reino que el auto dice; porque este testigo oyó decir trataban que siendo ellos encomenderos, como los de la dicha ciudad de Santiago, ansímismo habian de gozar de la dicha libertad. Y estando en esta nescesidad y trabajo y perdida la esperanza de buenos

sucesos y ganancia, vido este testigo que habiendo Su Señoría fortificado el fuerte de Arauco y poblado esta ciudad de Santa Cruz de Hoñez en la ribera y junta del gran rio de Biobio, acompañada la una poblacion con la otra, obrando Nuestro Señor con su divina mano, se fué ganando y trayendo de paz el estado de Arauco, y provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, la ribera del dicho rio de Biobio, provincia de Gualqui, Quilacoya y Llanos, que son las provincias de mas gallardos bárbaros desta tierra: sábelo este testigo como persona que ha estado y está actualmente en la guerra y ha visto y entendido lo que tiene dicho. Y este testigo vido como el año pasado de noventa y seis, habiendo tenido nueva Su Señoría que en la ciudad de los Reyes del Pirú se levantaba un tercio de soldados por órden del visorei Don Luis de Velasco que sucedió al dicho marques de Cañete, con pagas y costa de la real hacienda, envió a la dicha ciudad de Santiago al capitan Miguel de Silva, castellano de Arauco, a hablar, pedir y persuadir a los dichos vecinos, viniesen a ayudar a Su Señoría a la dicha conquista y ayudándole en necesidad tan precisa, sin excusarse, como lo habian fecho el tiempo que habia gobernado, por las dichas reales provisiones: y despachando para el dicho llamamiento y apercibimiento su comision al licenciado Pedro de Bizcarra, su teniente de gobernador, a la cual se remite: y es cosa pública que despues de haberlos hablado y persuadido el dicho castellano por parte del dicho gobernador, se entretuvieron hasta que pasada la mayor parte del verano envió Su Señoría se sobreseyese su venida, por estar el tiempo tan delantero, hasta el verano siguiente, y ansí se quedaron. Y ha visto este testigo carta del cabildo de la dicha ciudad, en respuesta desto, refiriendo saldrian los dichos vecinos para el verano siguiente por fin de setiembre, que es principio de verano en este reino, a la cual se remite: y este testigo vido como estando invernando Su Señoría del dicho gobernador en la provincia el invierno pasado de noventa y siete, tuvo aviso que el dicho visorei enviaba otro socorro de soldados a este reino, y venian a tomar puerto y desembarcar en la dicha ciudad de Santiago, que, como tiene dicho este testigo, es la mas rica y opulenta del reino y donde mejor se podrán encabalgar y peltrechar (demas que en las ciudades de arriba lo han fecho los ducientos soldados que el año ántes habian venido del primero tercio, e aunque los mas o casi todos no fueron de provecho por no ser ájiles para la guerra, y por ello estar descarnadas de armas y caballos las dichas ciudades), y proveyendo sus comisiones para que a costa y cuenta de Su Majestad se tomasen los caballos necesarios para encabalgar los dichos soldados y los demas que de la dicha ciudad habian de salir, proveyendo asímismo se hiciesen en la dicha ciudad y sus términos los peltrechos necesarios, y que los dichos vecinos cumpliesen lo que habian prometido, y acudiesen todos los que fuesen suficientes a se hallar en la dicha conquista y ayudar a Su Señoría, y para ello estuviesen en su compañía en todo el mes de otubre pasado de noventa y siete, dirijidas las dichas comisiones al capitan

Niculas de Quiroga, correjidor e justicia mayor que fué de la dicha ciudad, estándolo previniendo y ejecutándolo fallesció. Y es cosa notoria tenia Su Señoría prevenido el trigo, carneros, vacas, cecinas y otros peltrechos en mucha suma en términos de la dicha ciudad de Santiago, que este testigo ha visto y tiene la memoria dello, y ha visto gran cantidad de teja en la ciudad de los Confines, y es cosa pública que en la ciudad Imperial y en las demas de arriba estaba prevenido lo que el auto dice, para con ello hacer lá poblacion que Su Señoría pretendia en uno de los puestos de Tucapel y Puren. Y este testigo vido por haberse hallado en la dicha ciudad de Santiago, donde pocos dias habia llegado de la guerra deste reino, que por el mes de noviembre, el primero dél, tomó puerto el maestre de campo Don Grabiel de Castilla con ciento e cuarenta soldados, pocos mas o ménos, que trujo en el puerto de la dicha ciudad; y en la dicha ciudad es cosa pública haberse pregonado por órden del dicho maestre de campo la última provision de la real audiencia de los Reyes, inserta una real carta, en que por la dicha real provision manda la dicha real audiencia que los vecinos encomenderos acudan a los llamamientos que el dicho gobernador les hiciere para la guerra, a la cual se remite: y sabe este testigo, por haberlo visto, que, si no son dos encomenderos de la dicha ciudad, no ha venido otro della este año, y cuatro o cinco, pocos mas o ménos, moradores, y algunos dellos habrá cuatro o cinco dias que llegaron y los demas soldados que vinieron del Pirú pocos dias ántes, de manera que han llegado por mediado de enero, y este de marzo que es ya el fin del verano en este reino, la resta de la dicha jente: y que el aviamiento que los vecinos de la dicha ciudad de Santiago este testigo vido que dieron al dicho maestre de campo Don Grabiel de Castilla, no llegaron a sesenta mancarrones, entre ellos cinco o seis rocines de servicio para la guerra, y los demas tan ruines que no eran para ella, y cuatrocientos veinte y cinco pesos que entraron en poder del fator Bernardino de Morales Albornoz, y se gastaron, y distribuyeron en sillas que se hicieron y en frenos y otras algunas cosas que se dieron a soldados que tenian nescesidad, en que se consumieron los cuatrocientos y veinte y cinco pesos, poco mas o ménos; porque de solo los cien frenos costaron los ciento y veinte pesos dellos, y los moradores de la dicha ciudad dieron hasta sesenta pesos, poco mas o ménos, ansí en tiempo del dicho maestre de campo y capitan Niculas de Quiroga, questos por órden de los susodichos recojió este testigo y solicitó la cobranza dello, y cincuenta vacas que dieron Alonso de Riberos y Alonso de Córdova y Joan Gudinez, y ciento y sesenta carneros que dieron los dichos Riveros y Córdova, que esto quedó en Maule: y los correjidores de los partidos acudieron, el de Rapel con veinte y un potros y veinte y siete aparejos de harria, y el pueblo de Lampa con ocho potros con sus aparejos de harria, el pueblo de Colina con lo mismo, y el pueblo de la Angostura con diez e siete potros y con veinte y ocho aparejos de harria, y el pueblo de Pomairé seis potros con sus aparejos de harria, el pueblo

de Aconcagoa con veinte y ocho potros y diez y seis aparejos, del valle de Quillota trece potros y diez y nueve aparejos: todos los cuales potros eran tan malos los mas dellos y tan flacos, que si no fuera por echar la jente no se tomaran, porque no eran de caballería ni para carga. Y esto fué lo que este testigo vido y entendió haber dado los de la dicha ciudad y partidos que tiene dicho, como persona que los recojió y tuvo a cargo encabalgar los dichos soldados, que vinieron mui desaviados e infrutuosos para la dicha conquista y tan tarde como tiene dicho: y ansí este verano se perdió la ocasion de poderse hacer la poblacion que Su Señoría tiene platicado y para que tenia hechas las prevenciones referidas, y ansí la dicha tardanza y no haber acudido los vecinos y moradores de la dicha ciudad de Santiago y las demas de arriba, los que estaban apercebidos para venir, ha sido causa de no haberse juntado ejército real el tiempo del verano, y ejecutado Su Señoría los disinios que tenia prevenido, y ansí se perderán los dichos peltrechos y prevenciones. Y ha entendido este testigo que los naturales de la comarca desta ciudad de Santa Cruz de Hoñez, que son de Catiray y Mareguano, los mas belicosos que Su Señoría redujo y trujo de paz, han tratado entre muchos dellos alterarse y rebelarse, pareciéndoles que hai flaqueza de fuerzas y jente de nuestra parte; y Su Señoría, por haber descubierto estos tratos y tramas ántes que se declarasen en ellas, lo ha atajado. Y ansímismo de presente ha tenido nuevas de que viene una junta sobre la fuerza de Arauco, como consta por la carta del castellano que está en esta informacion, que ha visto, y a ella se remite. Y ansimismo dijo este testigo, que al tiempo que el dicho maestre de campo estaba en la dicha ciudad de Santiago encabalgando e peltrechando los soldados que habia traido, y entendiendo en el dicho apercibimiento, habian echado un bando para que ninguna persona saliese a los caminos a quitar el servicio de indios que trujesen los soldados de su voluntad, que todos ellos o los mas son de las ciudades de arriba: segun este testigo ha entendido, el cabildo de la dicha ciudad hizo requerimiento al dicho maestre de campo, que por él parecerá el término que en él tuvieron; y este testigo vido mui sentido al dicho maestre de campo por haberlo tenido malo. Y ansímismo en el dicho tiempo y ántes echaron y publicaron nuevas en la dicha ciudad que Su Majestad habia proveido nuevo gobierno a este reino y estaba ya proveido y removido Su Señoría; y quien lo publicaba diciendo que era cierta y que vendria sin falta Don Fernando de Zárate, fué Gaspar Jorje de Segura, mercader de la dicha ciudad, que este con palabras ciertas lo publicaba, y los demas solo era de rumor, procedido de lo que el susodicho publicaba: y ansímismo en el dicho tiempo se publicó en la dicha ciudad que un hijo del capitan Joan Ruiz de Leon habia dicho habia visto a Juan de Agurto, hijo de Lesmes de Agurto, que habia salido de la dicha ciudad y venido a donde estaba Su Señoría, que de vuelta iba el camino de los Juries a la lijera con solo un caballo en que iba, y otro de diestro y un muchacho, y que solo le habia preguntado por un caballo rucio suyo, y dádole ciertas

encomiendas para Rodrigo de Araya, y no otra cosa; y con esto los de la dicha ciudad comenzaron a decir, unos que debia de ir con pliegos y despachos a Domingo de Erasso, que está en España, y otros que los debia de ir a encaminar, y cada uno lo que les parescia en esta razon: y que no se acuerda a quién oyó decir que estaba dada una informacion o se habia hecho contra el dicho visorei, en razon de no haber sido la jente del primer socorro que le envió de servicio en la dicha guerra: y que las dichas nuevas no hacian ninguna ayuda, ántes estorbo en lo que se estaba entendiendo en la dicha ciudad de Santiago, del dicho apercibimiento y prevenciones. Y lo que dicho e declarado tiene es la verdad para el juramento que tiene fecho: leyósele su dicho, retificóse en él, y dijo ser de edad de treinta y tres años, poco mas o ménos, y que no le tocan las jenerales, y lo firmó de su nombre.—*Martin García de Loyola.*—*Juan Perez de Cáceres.*—Ante mí *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Testigo el capitan Tomas Duran.—En la fortaleza de Sant Alifonsso, del estado de Arauco, a veinte y siete dias del mes de abril de mil y quinientos y noventa y ocho años, Su Señoría del dicho gobernador e capitan jeneral Martin García Hoñez y Loyola, para la dicha informacion hizo parecer ante sí al capitan Tomas Duran, vecino encomendero de la ciudad de Santiago y capitan de una compañía de caballos, del cual tomó e recibió juramento en forma, segun que de los demas testigos de suso, e prometió de decir verdad: y siéndole leido el auto desta cabeza de informacion, y oido por él, dijo: Que es cosa notoria que la guerra de este reino há que dura desde que se descubrió, que há mas de cincuenta años con grandes gastos y costas de la real hacienda, vecinos moradores deste reino, acudiendo personalmente los vecinos y moradores, y los que no lo hacian ayudando con sus haciendas para los gastos de la dicha conquista; y en esta posesion y costumbre estaban los encomenderos e moradores deste reino cuando Su Señoría del dicho gobernador y capitan jeneral vino a le gobernar, que habrá cinco años y medio, poco mas o ménos: y al dicho tiempo este reino estaba mas probe y necesitado y mas falto de jente que jamas habia estado, porque este testigo es nacido y criado en este reino, y ha seguido la guerra desde tierna edad, e ansí ha visto e tiene noticia de lo susodicho. Y vido este testigo que Su Señoría del dicho gobernador, tomando con gran celo el proseguir y hacer esta conquista, la fué haciendo con los medios e intelijencias que tomó y pudo, con las pocas fuerzas y posibles que el reino tenia, sin haber querido socorrerle ni ayudarle el marques de Cañete, visorei del Pirú, aunque se le habia pedido e instado, e informado de la dicha necesidad: pocos dias ántes que Su Señoría llegase a este reino, habia salido dél Don Alonso de Sotomayor, su antecesor, a pedir el dicho socorro al dicho visorei, el cual no dió como tiene dicho. Y estando Su Señoría del dicho gobernador en estos trabajos, y haciendo la dicha conquista personalmente a las provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, Gualqui, Quilacoya y riberas del gran rio de Bio-

bio, de una parte y otra, que son los mas gallardos bárbaros de este reino; y habiendo poblado en la ribera del dicho rio de Biobio, a la parte de Catiray, y reedificado y fortalecido esta fortaleza de Arauco, teniendo las cosas en buen estado, habrá cuatro años, poco mas o ménos, que de la dicha ciudad de Santiago vino un escribano público a donde el dicho gobernador estaba ocupado en lo dicho, a le notificar ciertas provisiones despachadas por la dicha real audiencia, con acuerdo del dicho visorei, marques de Cañete, para que los dichos vecinos ni sus criados ni moradores de la dicha ciudad de Santiago, acudiesen a la dicha guerra y conquista y llamamientos que les fuesen fechos, habiendo despachado ántes, habrá treinta y cuatro años, poco mas o ménos, otra real provision a pedimento de Pedro de Villagran, segundo gobernador de este reino, para que los dichos vecinos acudiesen a la dicha guerra, que fué pregonada e publicada en la dicha ciudad, que este testigo ha visto y se remite a ella: y que las dichas provisiones que a pedimento de los dichos vecinos de Santiago se ganaron, fueron de gran daño para este reino e su conquista, porque quitaron las fuerzas que habia y ayuda que hacian, en que estaban en costumbre, y en posesion Su Majestad; y tomaron ánimo nuevo y avilantez los de guerra para su protervidad, y los vecinos de las demas ciudades tibieza en acudir, publicando que por qué habian de ser ellos de peor condicion que los de la dicha ciudad: e ansí los dichos vecinos y sus criados e moradores de Santiago, despues que ganaron las dichas provisiones, aunque Su Señoría les exhortaba y pedia le ayudasen, no lo hacian; y de los encomenderos solo este testigo, por ver la dicha necesidad, ha acudido de su voluntad ordinariamente a la conquista que Su Señoría ha fecho: que con la alteracion y movimiento de las dichas provisiones se tenia y esperaba por cierto gran ruina en el reino, y ha visto este testigo que ayudando nuestro Señor al dicho gobernador trujo de paz a las dichas provincias de Catiray, Mareguano, Talcamavida, Curan, Levo, riberas del dicho rio de Biobio, de una parte y otra, Gualqui, minas de Quilacoya y Llanos, que llaman de la Concepcion, y este estado de Arauco: y procurando Su Señoría que de los reinos de España se le trujese un buen socorro de soldados para pasar adelante, enviando para ello persona de su casa que informase a Su Majestad, y que en el ínterin el visorei del Pirú le ayudase y socorriese con soldados para sustentar lo ganado; y teniéndolo en este estado, vino nueva a este reino por fin del año noventa y seis, como habiendo llegado al dicho reino del Pirú por visorei el señor Don Luis de Velasco, informado de lo dicho, enviaba a este reino un socorro de soldados que hacia levantar en la ciudad de los Reyes, los cuales llegaron fin del dicho año a este reino, que fueron ducientos hombres, pocos mas o ménos, y segun público con paga de ciento cincuenta pesos corrientes a cada uno por un año, con los cuales Su Señoría tomó el puesto de Puren, e por no ser jente hecha para trabajos de la guerra, por ser los mas muchachos, no fueron del efeto y servicio que fueran, siendo de suficiencia para la dicha guerra, aunque habian

llegado a gran tiempo y ocasion. Y vido este testigo que con la dicha nueva y socorro el dicho gobernador, pretendiendo y deseando hacer efeto con el dicho socorro, envió al castellano Miguel de Silva a persuadir a los dichos vecinos e moradores de Santiago viniesen a ayudar a Su Señoría para que entremetida la jente baqueana con la chapetona se abrigasen; y vido este testigo que no vinieron, porque solo este testigo vino de los encomenderos, y entendió que Su Señoría, visto se pasaba el verano, les ordenó se quedasen hasta el venidero, que fué este que entró por setiembre de noventa y siete, pidiéndoles que en todo el dicho mes saliesen de la dicha ciudad para el dicho caso, y lo aceptaron. Y estando invernando con el ejército Su Señoría en la provincia de Puren, tuvo nueva como el dicho visorei le enviaba otro socorro de soldados a la primavera del dicho año; y vido este testigo proveyó se desembarcasen los que ansí viniesen en la dicha ciudad de Santiago, que es la ciudad de mas poblacion y vecindad y de mas haciendas y regalos que las del reino, y donde mas caballos, bastimentos y peltrechos se pueden juntar: y de nuevo proveyó que los dichos vecinos e moradores viniesen a ayudar a Su Señoría y estuviesen en su compañía en todo el mes de otubre pasado, y previno que a costa de Su Majestad se tomasen caballos y sillas y lo necesario para encabalgar e peltrechar los dichos soldados, y que los encomenderos y moradores impedidos ayudasen para lo dicho: y este testigo, habiendo salido por setiembre del dicho ejército e ido a la dicha ciudad de Santiago a se peltrechar, vido llegar a ella al maestre de campo Don Grabiel de Castilla, que habia traido el primer socorro y vuelto al Pirú a pedirle de nuevo, y llegó con ciento y cuarenta soldados y oficiales de guerra, pocos mas o ménos, por fin del mes de otubre o primeros de noviembre, que son los primeros meses de verano; y llegados a la dicha ciudad de Santiago, se detuvieron allí hasta el mes de hebrero. porque este testigo se vino adelante con una compañía de soldados chapetones, y despues vido como el dicho maestre de campo no llegó a donde Su Señoría estaba hasta principios de marzo, que son los últimos de verano, habiendo detenídose todo este tiempo por falta de caballos y sillas, porque los pocos que dieron los vecinos de la dicha ciudad fueron mui tarde, y tan ruines que no fueron de servicio para la guerra, porque de los primeros que se escojieron fueron los que se dieron a los soldados de la compañía deste tercio, y ansí fueron los mejores, y con serlo fueron tales que a las nueve leguas de la dicha ciudad no pudieron pasar adelante, y para lo hacer, compraron rocines con sus vestidos y ropas que traian, desnudándose para ello, y los que no lo tenian les buscó este testigo yegoas de indios en que poder pasar adelante, y segun esto que serian los mejores, se deja entender cuál serian los demas; y ansí vido este testigo que las demas compañías que vinieron fueron por la misma órden que este testigo, y ansí vinieron los soldados infrutuosos, por no tener caballos de servicio para la guerra ni servicio casi todos ellos. Y de la dicha ciudad no vinieron

38

mas encomenderos que este testigo y Juan de Barrios, su cuñado, porque si hubieran venido, este testigo lo supiera e no pudiera ser ménos, y cinco o seis moradores, poco mas o ménos; y que la dicha jente llegó a las fronteras de Santa Cruz y Angol por fin de hebrero y hasta los nueve de marzo, que son los últimos meses de verano, como tiene dicho; y que los vecinos e moradores se procuraron excusar haciendo instancia en ello para no venir, como no vinieron, y haciendo impedimentos para no ayudar y salir aviados los dichos soldados, porque habiendo echado un bando el dicho maestre de campo para que ninguno saliese a los caminos a quitar el servicio de indios que los soldados trujesen de su voluntad, y encargado a este testigo que los que trujesen los soldados de su compañía supiese si venian forzados o de voluntad, y que los forzados no los dejase pasar; y con haber sido con toda esta justificacion, los de la dicha ciudad y los del cabildo lo repudiaron e hicieron requerimiento diciendo verbalmente palabras descomedidas, y ansímismo echando nuevas en la dicha ciudad de nuevo gobierno, que estaria mui presto en este reino el proveido, y otros chismes que desayudaban a lo que se estaba haciendo; y despues que este testigo salió de la dicha ciudad oyó decir que en ella habia publicado un hijo del capitan Joan Ruiz de Leon, que Su Señoría enviaba despachos y pliegos por via del Brasil, y en la dicha ciudad decian y argüian que era contra el dicho señor visorei, siendo cosa notoria no haber enviado ningunos despachos por la dicha via, y que el que decian que los llevaba, que era Juan de Agurto, los llevó a la dicha ciudad de Santiago, y de allí se encaminaron al Pirú. Y que Su Señoría sabe y que este testigo sabe [sic] por cosa notoria [por] haber visto mucha parte dello (1), tenia fechas y prevenidas las prevenciones quel auto dice para hacer la poblacion este verano, y por haber faltado la jente de la dicha ciudad de Santiago y las demas ciudades imitándola, y la que vino chapetona tan tarde y desacomodada, no se pudo hacer la dicha poblacion ni entrada a hacelles la guerra hasta ya fin del verano; que visto por ellos, han ido sobre la ciudad Imperial y tomado allí en una emboscada seis soldados, cuyas cabezas llevaron; con lo cual han inquietado, pretendido levantar los reducidos y venido dos veces sobre este estado de Arauco: que si se hubiera entrado y tomado uno de los puntos y poblaciones, hubiera llamado a sí la guerra y acudido a ella los rebelados, y hubieran dejado las fronteras y ciudades, como se ha visto el tiempo que estuvo poblado en Puren: y ansí se ha perdido el tiempo y ocasion y prevenciones fechas, siendo principal causa de estorbo la dicha ciudad, porque habiéndose pregonado en ella una provision despachada el año pasado de noventa y siete, en que les manda acudir a la dicha guerra sin embargo de las provisiones dadas en contrario, suplicaron dello y lo contradijeron

(1) Y que este testigo sabe por cosa notoria por haber visto mucha parte de ello, Su Señoría tenia fechas y prevenidas, etc.

y alegaron, dando ocasion a que las demas ciudades digan han de hacer lo propio que los de la dicha ciudad, como fueron los vecinos de San Bartolomé de Gamboa. Tratando de la dicha nueva provision, oyó decir este testigo a uno dellos que habian de seguir lo que los de la dicha [ciudad] de Santiago; y algunos de los de arriba que estaban en Angol, les oyó decir lo mismo. Y ha visto este testigo que Su Señoría vino a este estado de Arauco a su socorro por haber venido sobre él los del estado de Tucapel, y haberse levantado los levos de Lavapi y Quidico, Quiapo y Levo, y los ha reducido y allanado: y ha sido en tanto grado la repugnancia que la dicha ciudad de Santiago ha hecho, que no solo ellos, pero soldados sueltos que fueron a se peltrechar cuando este testigo fué, visto las fuerzas que la dicha ciudad ponia, no quisieron volver y se quedaron en ella amparados; y esto ha visto este testigo y entendido como quien lo ha manejado: y tratado entre los soldados, no acuden como solian, visto que los dichos vecinos no acuden y que no son apremiados a ello y que se salen con lo que quieren. Y que lo que dicho y declarado tiene es la verdad so cargo del dicho juramento en que se afirmó, e ratificó siéndole leido, y dijo ser de edad de cuarenta años poco mas o ménos. Y lo firmó.—*Martin García de Loyola.*—*Tomas Duran.*—Ante mí *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Testigo el capitan Don Fernando Melendez Marquez.—En la fortaleza de Sant Alifonso, del estado de Arauco, en veinte y siete dias de abril de mil y quinientos y noventa y ocho años, Su Señoría del dicho gobernador para la dicha informacion, hizo parecer ante sí al capitan Don Fernando Melendez Márquez, capitan de una compañía de caballo, del cual fué tomado e recibido juramento en forma, segun que a los testigos de atras, y habiéndole leido e mostrado el dicho auto, prometió de decir verdad y dijo: Que este testigo vino a este reino de Chile por fin del año de noventa y seis con el socorro y tercio primero de soldados que el señor visorei Don Luis de Velasco envió a él, que fueron ducientos hombres, pocos mas, con paga de a ciento y cincuenta pesos por un año, el cual socorro trujo el maestre de campo Don Grabiel de Castilla y desembarcaron en la ciudad de la Concepcion, y de allí fueron la mayor parte o casi la mitad dellos a las ciudades de Valdivia, Rica y Osorno a se encabalgar y peltrechar, y los restantes los peltrecharon en la dicha ciudad de la Concepcion y salieron a hacer la guerra a la provincia y estado de Puren, donde Su Señoría tomó un puesto y pobló un fuerte con presidio, y habiéndolo poblado, y tenido allí diversas peleas y batallas, y puéstoles cerco, salió el dicho maestre de campo deste reino y este testigo con él a dar cuenta al señor visorei de lo que se habia fecho y estado del reino y pedir enviase a él mas socorro de jente; y el dicho señor visorei hizo levantar de nuevo bandera y trujo el dicho maestre de campo y este testigo que vino con él por alférez, ciento y cuarenta soldados y oficiales, los cuales llegaron al puerto de la ciudad de Santiago, cabeza desta gobernacion, que, segun es público, es la de mas vecindad, haciendas e paz e descanso

del reino; y llegaron a dicho puerto a fin de otubre o principio de noviembre, y allí hallaron que Su Señoría habia ordenado y proveido para que los dichos fuesen encabalgados, armados e peltrechados, e que los vecinos e moradores de la dicha ciudad viniesen a la guerra, pues se habian quedado el verano ántes por causa y razon que el auto dice, que este testigo entendió e fué público. Y que llegado el dicho maestre de campo a la dicha ciudad con los dichos soldados, procuró con todo cuidado aviarlos y salir de la dicha ciudad sin perder tiempo, por ser ya el del verano, e hizo apregonar en la dicha ciudad una real provision despachada por la real audiencia de los Reyes el dicho año de noventa y siete, para que los dichos vecinos y moradores acudiesen a la guerra, sin embargo de las provisiones que se habian dado para que no lo hiciesen, lo cual sintieron mucho los de la dicha ciudad, y presentaron peticiones ante el dicho maestre de campo, suplicando de la dicha real provision y alegando contra ella y los apercibimientos que se les hacian por el dicho maestre de campo. Y vido este testigo que sin embargo de la dicha provision y apercibimientos no quisieron salir de la dicha ciudad, ni ménos ayudar a encabalgar y peltrechar los dichos soldados; porque, puesto que dieron algunos rocines que fueron pocos, eran potros recien amansados e mancarrones que a las primeras jornadas se cansaban, y si algunos pasaron no eran de provecho, y eran tales que entre mas de ciento de vecinos y naturales no pudo hallar este testigo ocho que fuesen razonables, y ansí tomó solos cuatro, habiéndose de caver [*sic*] los dichos ocho. Y este testigo sacó una compañía de los dichos soldados chapetones, los cuales por venir a pié, que se les cansaban los rocines que les habian dado, los compraban y compraron con ropa de su vestir, y a otros les iban dando yegoas, y ansí llegaron los dichos soldados tarde, que era ya pasado casi el verano e infructuosos porque no traian caballos de servicio para la guerra, e mas venian desnudos por haberlos comprado para poder llegar y sin servicio los mas dellos. Y que en la dicha ciudad los vecinos y moradores della amostraron mala voluntad en ayudar a los dichos soldados, haciendo todos el desaviamiento que podian, porque habiendo echado bando el dicho maestre de campo para que no saliesen de la dicha ciudad a los caminos a quitar el servicio de indios que viniese con los soldados de su voluntad, y en particular a los capitanes les ordenó que no dejasen pasar ninguno contra su voluntad, con todo eso reclamaron los de la dicha ciudad; y supo este testigo que salieron algunos y los quitaron. y volvieron y publicaron que habian de salir a los caminos a quitar el dicho servicio, y otros estorbos e impedimentos, que todo ayudó a detenerse. Y este testigo sabe por cosa cierta que Su Señoría del dicho gobernador tenia prevenido para la poblacion que pretendia hacer este verano con el dicho socorro y ayuda de vecinos y moradores, muchas prevenciones de comidas, cecina, bizcocho, manteca en la Ligua y término de Santiago, y en la Imperial, juntado trigo, caballos, tapiales, y en Angol hecho mucha cantidad de teja y carretones para po-

dellos llevar, que este testigo ha visto: y que la primera jente que llegó, que fué la compañía de este testigo, fué por el mes de hebrero, y los últimos a nueve de marzo, poco mas o ménos, que son los últimos meses de verano en este reino, y que este testigo ha entendido como vinieron dos veces sobre este fuerte y sobre la Imperial, donde en una emboscada tomaron seis españoles y dicen haberles llevado las cabezas; con lo cual los dichos naturales alteraban a los de paz, como se ha visto que en este caso se habian alterado cuatro levos, a cuyo socorro y castigo vino Su Señoría, y este testigo en su compañía, y los castigó: e mediante el castigo han venido los caciques a ofrecer la paz, y en este tiempo se ha ocupado el poco tiempo de verano que ha tenido, y está todavía ocupado en ello; y que no se pueden dejar de perder los peltrechos que tenian fechos para la dicha poblacion por no se haber fecho, como parte dellos que se habian recojido en la ciudad de San Bartolomé, ha venido nueva que se quemaron. Y esto es lo que este testigo sabe y ha visto y entendido para el juramento que fecho tiene: leyósele lo susodicho, ratificóse en él, y dijo ser de edad de veinte y cuatro años poco mas o ménos. Y lo firmó de su nombre.—*Martin García de Loyola.—Don Fernando Menendez Marquez.*—Ante mí *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Testigo el maese de campo Don Gabriel de Castilla.—En la fortaleza de Sant Alifonso de Arauco a dos dias del mes de mayo de mill quinientos y noventa y ocho años, Su Señoría del dicho gobernador, para averiguacion de lo susodicho, hizo parecer ante sí a Don Grabiel de Castilla, maestre de campo jeneral de este reino, del cual tomó y recibió juramento en forma, segun que a los demas, y le encargó diga y declare el aviamiento y despacho que en la ciudad de Santiago se le dió con la jente de socorro que trujo el año pasado de noventa y siete, y desaviamiento y descomodidad, y quién, y cómo, y a qué tiempo salió; y leídole el auto y cabeza de informacion, dijo: Que por el año pasado de noventa y seis este testigo vino a este reino con un socorro de ducientos y tantos soldados, con los cuales desembarcó en la ciudad de la Concepcion, y de allí subieron mucha parte dellos por la mar a la ciudad de Valdivia para encabalgarse en ella y las demas de arriba; y habiéndose hecho guerra a la provincia de Puren, pobló allí Su Señoría en Lumaco un fuerte, y aquel verano no acudieron los vecinos de Santiago, sino fueron uno u dos vecinos, y los demas, por ser tan tarde, el dicho gobernador suspendió su venida hasta el verano siguiente; y este testigo volvió a la ciudad de los Reyes a dar relacion y cuenta al dicho señor visorei de lo que se habia fecho y estado en que estaba el reino, y tener necesidad de mas jente, y pedir le socorriese; y así el dicho señor visorei mandó levantar de nuevo soldados en la dicha ciudad de los Reyes, y este testigo los llevantó y trujo ciento y cuarenta de lista, y desembarcó en el puerto de la ciudad de Santiago, cabeza desta gobernacion, por órden del dicho gobernador, que trató con este testigo, que si trujese la dicha jente la desembarcase en la dicha ciudad de Santia-

go, que por ser la mas descansada y que mas ha gozado de paz y de mas vecindad, se podria mejor peltrechar y encabalgar, demas que las ciudades de arriba, por haber ayudado y desembarcádose en ellas el primer socorro que este testigo habia traido, estaban descarnadas y faltas, y ser de suyo pobres, y acudir de ordinario con sus personas, o con mas continuacion que los de Santiago, a la guerra: y este testigo llegó al dicho puerto de la dicha ciudad a primero de noviembre del dicho año, y luego este testigo procuró encabalgar e peltrechar los dichos soldados para con ellos venir a donde el dicho gobernador estaba a los efetos de la dicha conquista, y con la mas priesa que pudo, por ser ya verano: hallando allí comisiones que Su Señoría habia dado para que a cuenta de la real hacienda se tomasen caballos y lo necesario para el aderezo de los dichos soldados, y que los vecinos moradores de la dicha ciudad en esta ocasion acudiesen a servir a Su Majestad, que fuesen apercebidos para ello, y los impedidos para poder acudir a la dicha guerra y que se quedasen, ayudasen para los dichos gastos, y el apercibimiento halló hecho este testigo por el capitan Niculas de Quiroga, correjidor de la dicha ciudad: y este testigo, por la comision particular que tuvo del dicho gobernador para ejecutar y hacer salir la dicha jente, lo mandó llevar [a] debida ejecucion, sin inovar [lo] que estaba fecho. Y los dichos vecinos e moradores en cosa alguna para el dicho aviamiento y despacho de la jente dieron ayuda ni favor a este testigo, ni los oficiales reales; ni este testigo le tuvo de persona alguna de los de la dicha ciudad, sino fué del capitan Joan Perez de Cáceres, que en todo el dicho apercibimiento le ayudó e acudió; y toda la pretension de los de la dicha ciudad era quedarse ellos en sus casas, y que los soldados echasen presto della sin ayuda ni socorro con que lo pudiesen hacer, porque decian estaban probes y alcanzados. Y este testigo hizo apregonar en la dicha ciudad una real provision despachada por la real audiencia de los Reyes, que trujo en su poder, para que los dichos vecinos e moradores acudiesen a la dicha guerra, la cual tomaron mal y dieron muchos sentidos, encaminados a la dicha excusa de acudir a la guerra, y diciendo que estaban en su fuerza, y haciéndolas notificar [a] este testigo, y diciendo que el dicho gobernador los queria hacer esclavos, y haciendo otros impedimentos de desavio, como fué que habiendo hecho echar este testigo bando justificado, y con acuerdo del teniente jeneral del reino, para que los indios que de su voluntad saliesen con los soldados a servirlos, no saliesen los de la ciudad ni justicias della a quitárselos a los caminos por el daño que podria resultar de encontrarse los unos con los otros, y quitar el inconveniente que los soldados no tuviesen respeto ni obedeciesen a la justicia que les saliesen a los caminos, por estar debajo de bandera y ser ordinario los soldados no sujetarse a las justicias sino a sus capitanes, ni las dichas justicias conocer de sus delitos y causas; y otro bando ántes de este para que los dichos soldados no sacasen ni trajesen servicio de indios contra su voluntad, porque los perderian y serian cas-

tigados, y encargándolo en particular esto a los capitanes que traian las compañías, que no consintiesen los llevasen contra su voluntad, demas que es cosa notoria no podellos traer contra ella, porque se pueden volver cada que quieren, y en la misma ciudad hizo volver este testigo todos los que le dieron noticia que sacaban soldados, ecepto cuatro o cinco, pocos mas o ménos, que con su voluntad declarada e publicada en público se quisieron venir con soldados; y por estos bandos los de la ciudad se juntaron y detrataron dello, y dijeron a este testigo con libertad que alborotaba la dicha ciudad, y era causa dello por la avilantez que a los dichos soldados daba, presentaron peticiones sobre ello, y alegando contra la dicha real provision, y suplicando della, y apelando de los apercibimientos, como constará de las peticiones que ante este testigo presentaron, a que se remite, y otras invenciones y nuevas que el vulgo publicaba, que todos eran estorbo y desaviamiento sobre los dichos soldados, en que este testigo estaba ocupado, publicando que Juan de Agurto, que habia ido de donde Su Señoría del dicho gobernador estaba, habia pasado secretamente a la provincia de Cuyo, con despachos para encaminallos a España, diciendo que esto lo presumian por haber pasado el dicho Juan de Agurto con secreto y sin haber visto a su padre que está en la dicha ciudad de Santiago; y despues encontró este testigo al dicho Juan de Agurto viniendo esta jornada, quince u veinte leguas mas acá de la dicha ciudad de Santiago, en un pueblo que llaman Rapel, que dijo llevar los despachos de Su Señoría a la dicha ciudad para encaminallos al Pirú en el navio en que este testigo habia venido, y diciéndole lo que en la ciudad se habia dicho dél, se espantaba cómo se hubiese echado semejante nueva. Y ansímismo echaron el vulgo de la dicha ciudad de que habia navios de ingleses en esta mar, y que los habia visto un clérigo, y por dar por autor a un clérigo, aunque este testigo quisiera hacer averiguacion sobre ello, no pudiera. Que este testigo echó bandos para que la jente que estaba apercebida saliesen, expresando los nombres; de los vecinos no salieron dellos sino dos, que fueron Juan de Barrios y Tomas Duran, a los cuales bandos se remite; y que de los moradores solo vinieron con este testigo el capitan Joan Perez de Cáceres y Pedro de Silva, y no se acuerda de otro; aunque ántes [que] este testigo llegase a la dicha ciudad, supo haber salido della hasta veinte y cinco hombres: y sabe que algunos dellos no son moradores de la dicha ciudad. Y que los caballos que en la dicha ciudad dieron, así los vecinos della como naturales, que fueron mui pocos y tanto que no se pudo con ellos peltrechar la jente; fueron tan malos y ruines que a las primeras jornadas se cansaron los mas dellos, y algunos que llegaron fué de manera que casi no eran ya de servicio. Y ha entendido este testigo que los dichos soldados, viéndose a pié con los caballos cansados, se deshacian de sus vestidos y ropa para comprar en que poder venir, y a otros les daban yegoas de unos pueblos de indios a otros, y así los dichos soldados quedaron sin ropa y sin caballos y casi todos sin servicio, y llegaron a las

fronteras de Santa Cruz y Angol, los últimos fin de hebrero y principio de marzo, que son ya los meses últimos del verano en este reino; y la jente que vino fué la chapetona que este testigo trujo, que llegarian a la dicha guerra hasta ciento y treinta, poco mas o ménos, porque el resto se quedaron en Santiago enfermos y otros impedidos. Y cuando este testigo llegó a la ciudad de Angol, que fué el primero dia de marzo, halló allí al dicho gobernador que habia ido a visitar aquella frontera, y allí supo cómo en aquella ciudad tenia prevenidas y hechas hacer mucha cantidad de tejas y carretones, y en la ciudad de Santiago en la Ligua tenia prevenida comida que la fragata real andaba acarreando, y ha oido decir que en la Imperial tenia prevenidas comidas y caballos, y que habiendo vuelto Su Señoría a la ciudad de Santa Cruz, y juntando allí así la jente que este testigo trujo como la que sacó de aquella frontera, por haber tenido nueva que este estado de Arauco estaba en riesgo y que venian sobre él los de Tucapel, y segunda nueva que algunos levos deste estado maleaban, vino a su socorro y castigo, en que este testigo se ha hallado en la jornada que ha hecho a Tucapel, y guerra a los de Levo, Quiapo, Quidico y Lavapi, que son los cuatro levos que se habian alterado; y que este verano, a causa de no haberse juntado mas jente de la chapetona que este testigo trujo, tan desaviada y mal acomodada como tiene dicho, y haber llegado ya tan tarde y no haber acudido los de la dicha ciudad de Santiago ni de las demas del reino, como este testigo no ha visto ninguno dellos, no se podrá tomar ninguno de los dos puestos de Tucapel o Puren, y se ha perdido el tiempo y las prevenciones que el dicho gobernador es público tenia prevenidas. Y que los moradores de la dicha ciudad de Santiago, la causa porque no los trujo a la dicha guerra, fué por haber hallado se habian compuesto en ayudar con dineros, ropa y caballos que se gastó con la jente primera que salió de la dicha ciudad ántes que este testigo llegase a ella; y los pocos que lo eran mucho, que quedaban por componerse cuando este testigo llegó, le hicieron para la jente chapetona que trujo, que fué tan poco la dicha ayuda que fué necesario ayudarse de los chapetones que por impedimento se quedaban en la dicha ciudad, de algun dinero y sillas de la paga que habian recibido para venir a él; porque estando pobres las cajas deste reino, que en ellas no halló hacienda, ántes ha sabido estan mui empeñadas, y que los dineros y quintos que hai son tan pocos que los oficiales reales pidiéndoles este testigo le ayudasen, le decian no lo podrán hacer por no haber con qué, porque toda cuanta hacienda real habia no alcanzaba a los salarios de gobernador, teniente jeneral y oficiales reales. Y esto que ha dicho es la verdad de lo que ha visto, entendido e le parece para el juramento que fecho tiene. Y fuéle leido su dicho, retificóse en él y lo firmó de su nombre.— Y ansímismo habiendo avisado este testigo al dicho gobernador del mal aviamiento que en la dicha ciudad tenia y hallaba de caballos para los dichos soldados, y sillas y lo demas necesario, le escribió y ordenó que del camino donde aquella le alcanzase fuese a la dicha ciudad de San-

tiago, y sacando los caballos que hallase en las caballerizas procurase juntar hasta cien caballos buenos para los dichos soldados, pues no se habia de permitir que por no quererlos dar los dichos vecinos y moradores que los tenian, se dejase de acudir al servicio real e bien jeneral del reino, [y] fuese infructuoso todo lo que se habia gastado y prevenido; y este testigo volvió a ello a la dicha ciudad, y por haber ya corrido la voz en ella de que este testigo volvia al dicho efeto y que estaban preveniendo el esconderlos, el medio mas suave, como siempre lo procuró y buscó y así tomando por mejor, los juntó en la plaza de la dicha ciudad; y este testigo y el teniente jeneral con amonestaciones e persuasiones les pidieron, que considerado que este testigo habia venido del Pirú y puéstose en [el] trabajo que habian visto, demas del servicio real, por dalles a ellos descanso, y el dicho señor visorei con mano larga les ayudaba y socorria, le ayudasen cada uno de ellos unido con un caballo razonable para la dicha guerra; los cuales respondieron que por pedírselo este testigo lo harian: y así entre todos le dieron hasta cuarenta rocines deteniéndole para juntarlos y dárselos quince dias, diciendo que por la probeza de la tierra no podian mas, y estos que dieron fueron tales que este testigo entiende no son de servicio para la guerra sino para carga, los cuales este testigo entregó al capitan Grabiel Ucero para que los trujese, el cual declarará cuáles eran y dónde quedaron y cómo.—*Martin García de Loyola.*—*Don Grabiel de Castilla.*—Ante mí *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

Auto.—En la ciudad de San Felipe de Arauco a dos dias de mayo de mill y quinientos e noventa y ocho años, Su Señoría del dicho gobernador e capitan jeneral Martin García de Hoñez y Loyola mandó que se saque desta informacion un treslado o mas en pública forma, e sucesivamente vayan las declaraciones que hicieron el sarjento mayor de este reino e castellano de Arauco y otros vecinos que declararon en una informacion que sobre esta materia Su Señoría hizo ántes desta, que comenzó en ocho de hebrero de este año, y todo junto se envíe a Su Majestad y visorei del Pirú e real audiencia. Y lo firmó.—*Martin García de Loyola.*—Ante mí *Fernando Rodriguez de Gallegos* (1).

---

(1) En cumplimiento de lo mandado en el auto anterior se unieron a este proceso de informacion otras declaraciones sobre los mismos hechos, recibidas en el mes de febrero de 1598, en la ciudad de Santa Cruz de Hoñez, por Don Martin de Hoñez y Loyola, gobernador y capitan jeneral en el reino de Chile, ante Francisco Rodriguez de Gallegos, secretario de la gobernacion. Hállanse tambien en el tomo citado de la Bibliot. nacional, J. 53. Omitimos las mas de ellas porque ningun hecho nuevo revelan, y publicamos solo la del indio Francisco Fris, intérprete jeneral y capitan de los indios reducidos, quien da algunas noticias del intento que tuvieron los de paz de alzarse y atacar el fuerte de Arauco.

Los testigos examinados fueron:

1. En 8 de febrero: Miguel de Silva, de edad de 45 años, castellano de la fuerza de San Ildefonso, del estado de Arauco, que hacia veintiocho años que seguia la conquista y guerra de Chile, sirviendo en ella con cargo de capitan.

Testigo Francisco Fris.—En la ciudad de Santa Cruz de Hoñez en nueve dias del mes de hebrero de mill e quinientos y noventa y ocho años, Martin García de Hoñez y Loyola, caballero de la órden de Calatrava, gobernador, capitan y jeneral y justicia mayor en este reino e provincias de Chile por el Rei nuestro señor, para la averiguacion y prueba de lo susodicho, hizo parecer ante sí a Francisco Fris, intérprete jeneral y capitan de los indios reducidos, del cual Su Señoría tomó e rescibió juramento por Dios y por una señal de cruz que hizo, so cargo del cual le encargó y él prometió decir verdad, y leídole el auto de suso y díchole declare sobre ello, y lo que entiende y le paresce la verdad de lo que se le pregunta, dijo: Que este testigo ha visto, desde que tiene memoria y acuerdo de razon, que há mas de treinta años que los vecinos encomenderos deste reino y moradores han acudido y acudian a la guerra deste reino y llamamientos de los gobernadores que han sido dél, y esta costumbre es cosa pública se ha tenido desde su primer descubrimiento, conquista y guerra. Y que há mas de treinta y cuatro años que la real audiencia de los Reyes envió su provision real para que los dichos vecinos encomenderos acudiesen a los dichos llamamientos, la cual estaba recibida y pregonada en este reino y ciudad de Santiago, sin que este testigo haya sabido ni entendido hobiese contradicion en ello; y estando en esta costumbre y posesion, vido este testigo que habrá poco mas de cinco años que Su Señoría del dicho gobernador y capitan jeneral vino a este reino a le gobernar nombrado por Su Majestad, y al tiempo que entró en él estaba este reino mui pobre y necesitado, y la guerra mui encendida, y [los] naturales mas obstinados que jamas habian estado, por haberlo visto ansí este testigo como persona que andaba en la guerra. Y llegado Su Señoría en el dicho estado, y procurando llamar los vecinos y habitadores del reino conforme a la dicha costumbre para proseguir la dicha conquista, los vecinos encomenderos de la dicha ciudad de Santiago, que es la cabeza desta gobernacion, y la ciudad que ha gozado de mas paz y tranquilidad y posibles que otra ninguna del reino, por conocerla este testigo y las del reino y estado en ellas, procuraron excusarse y exonerarse de no acudir a los dichos llamamientos y costumbre: y ansí vido este testigo que por parte de los dichos vecinos de Santiago se ganaron e impetraron provisiones de la dicha real audiencia de los Reyes contra lo que tenian proveido, para que los dichos vecinos no acudiesen a los dichos llamamientos y apercibimientos que les fuesen fechos por el gobernador para la dicha guerra, ni sus criados y moradores; y estando este testigo en compa-

---

II. En 8 de febrero: Pedro Cortes, de 58 años, quien servia mas de cuarenta años con cargo de capitan, y era a la sazon sarjento mayor del reino.

III. En 9 de febrero: Francisco Fris, de edad de 40 años, intérprete jeneral y capitan de los indios reducidos.

IV. En 11 de febrero: Pedro de Olmos Aguilera, de edad de 40 años, capitan, vecino encomendero de la ciudad Imperial.

ñía de Su Señoría, que estaba ocupado en la dicha conquista, vino un escribano público de la dicha ciudad a notificar las dichas provisiones a Su Señoría del dicho gobernador y se las notificó, la cual este testigo sabe causó avilantez en los rebelados, visto que el dicho gobernador no podia juntar los dichos vecinos, y motivó a los vecinos de las demas ciudades de arriba a quererse aprovechar dellas y no acudir con la puntualidad que solian, con lo cual y no haber socorrido ni ayudado a Su Señoría el visorei del Pirú, marques de Cañete, para la dicha guerra con soldados ni otra cosa en tres años, aunque fué informado de la dicha necesidad, se tenia y tuvo por cierto habria ruina inremediable: y cuando ménos esperanza habia de paz, con la intelijencia que tomó Su Señoría desta guerra, y trato y gobierno de los naturales y nuevo estilo y proceder en ella, y con el favor divino, fué ganando Su Señoría e pacificando las provincias del estado de Arauco y provincias de Catiray y Mareguano, Talcamavida, Gualqui, Quilacoya y riberas del rio de Biobio, por haberlo visto este testigo, reedificando y fortaleciendo Su Señoría la fuerza de Arauco, y pobló esta ciudad de Santa Cruz de Hoñez en la ribera del gran rio de Biobio y sus juntas: que acompañada esta poblacion con la de Arauco ha causado los buenos efectos que tiene dicho, y por haberlo dicho este testigo. Y este testigo vido como, habiendo tenido Su Señoría aviso por fin del año pasado de noventa y seis de quel visorei del Pirú Don Luis de Velasco, que subcedió al dicho marques, habia levantado en el dicho reino en la ciudad de los Reyes un tercio de soldados a costa de Su Majestad para enviar de socorro a este reino para su conquista, envió a la dicha ciudad de Santiago al capitan Miguel de Silva, castellano de Arauco, a que de su parte hablase y persuadiese a los vecinos de la dicha ciudad de Santiago, a quienes escribió, y al cabildo, acudiesen a la obligacion que tenian en necesidad tan precisa y necesaria, para que con su ayuda se pudiesen conseguir buenos efectos; y este testigo vido ir al efecto al dicho capitan Miguel de Silva y volver de la dicha ciudad de Santiago, ántes fué público habian entretenido el tiempo, y por estar cercano el invierno pidieron a Su Señoría sobreseyese su venida hasta el verano siguiente: y ansí vido este testigo que el tercio que entónces llegó, que fué en número de doscientas personas de lista, poco mas o ménos, no eran soldados hechos ni ájiles para la guerra y trabajo della, y tales que no fueron de efeto, aunque llegaron en ocasion de importancia, por la dicha causa y venir por tiempo limitado. Y el año próximo pasado de noventa y siete, habiendo tenido nueva Su Señoría, estando invernando en campaña en la provincia de Puren, que dicho visorei del Pirú enviaba otro socorro de soldados a este reino, y que venian a la dicha ciudad de Santiago a desembarcar, y allí se encabalgasen y peltrechasen, por ser la ciudad mas opulenta del reino y estar las ciudades de arriba descarnadas por haberse encabalgado el primer tercio de soldados en las dichas ciudades, proveyó Su Señoría sus comisiones para que en la dicha ciudad se tomasen y buscasen a cuenta de Su Majestad los caballos, sillas y pel-

trechos necesarios para encabalgar y peltrechar los dichos soldados, y los que de la dicha ciudad saliesen; y envió de nuevo a pedir y persuadir y rogar a los dichos vecinos que pues el año ántes se habian excusado y quedado por ser fin de verano, este año no se excusasen y como fieles vasallos acudiesen en esta ocasion y no se excusasen por ninguna causa, y estuviesen con Su Señoría en todo el mes de otubre pasado de noventa y siete: a las cuales comisiones este testigo se remite que las ha visto. Y este testigo sabe por cosa pública que el dicho socorro de soldados, que fueron pocos mas de cient hombres, llegaron a la dicha ciudad de Santiago, y que en ella con toda la prevencion que Su Señoría hizo, no han querido venir ni han venido los vecinos y moradores de la dicha ciudad de Santiago hasta hoi, que son nueve de febrero de noventa y ocho, que es pasado casi todo el verano, que no queda dél sino hasta mes y medio; de manera que se ha pasado el verano sin que hayan venido los dichos vecinos, ni Su Señoría haya podido juntar campo y ejército con toda la prevencion y dilijencia que ha puesto, ni el maese de campo Don Grabiel de Castilla que vino con la dicha jente: ántes ha sabido este testigo, por cartas que se han escripto de la dicha ciudad y personas que della han venido, que los de la dicha ciudad no han querido no solo acudir a los llamamientos de Su Señoría con haberse apregonado en la dicha ciudad nueva provision de la dicha real audiencia para que acudan, pero han hecho todo el mal aviamiento que han podido para que los dichos soldados bisoños no se encabalguen y peltrechen, como en efeto este testigo ha sabido vienen a pié, porque vienen los mas en yeguas: y demas de haberse pasado el verano y alargádose la guerra, los soldados que andan en ella, viendo que los vecinos encomenderos de la dicha ciudad de Santiago, que son los que han gozado y gozan de lo que hai en el reino y ellos padescen necesidad y trabajos y sin esperanza ni premio, ni quieren andar en la guerra ni acudir a ella, y aquellos que los hacen acudir, andan disgustados y con libertad: y esto lo ha visto y entendido este testigo de los dichos soldados y de los capitanes que siguen la guerra y los mandan. Y demas deste daño sabe este testigo que los caciques e indios que se han reducido del estado de Arauco, han tratado de alzarse, y visto las pocas fuerzas que hai, pues el dicho gobernador no ha podido juntar ejército este verano, y para ello han determinado entrar con una mita de yerba y pescado a rescatar, como es costumbre, e ir al fuerte a hacer el dicho rescate de yerba, pescado y legumbres, y llevar entre las cargas sus garrotejos y otros bordones, y de esta manera teniendo una gran junta fuera, hacer la seña y los de rescate cerrar con los soldados del fuerte que estarán rescatando, y los soldados como descuidados y desapercibidos no tener resistencia, y dar sobre ellos y matallos, haciendo cierta seña para que los que quedan fuera acudan, y con esto ganar aquello y venir sobre esta ciudad de Santa Cruz, y levantando la cordillera. Y los desta comarca y provincias desta ciudad, vista la dicha flaqueza, tuvieron ordenado lo primero venir a procurar llevar las vacas desta

ciudad que estan para su substento, dando paso para pasar la junta los del levo de Tabolevo, que son de los que estan de paz y la habian dado, por ver las pocas fuerzas que esta ciudad tiene, y por tener recojidas las vacas dentro de la ciudad, no hobo efeto esta jornada: y luego trataron de levantarse la cordillera de Catiray, e asímismo de los reducidos por Su Señoría, y algunos de los caciques de aquella provincia, por amor que tienen a Su Señoría por el buen tratamiento que en jeneral les hace y buenas obras que reciben, avisaron dello a Su Señoría del dicho gobernador; que fueron los caciques Llangolien, Llanganaval, y Maricanui y Mareguano, caciques y cabezas principales de Catiray y Millapoa, caciques de la misma provincia, y Reguegoaquin, a quien trataban de cortar las cabezas porque estorbaban el alzamiento, y que les persuadia no lo hiciesen, pues veian el buen tratamiento que Su Señoría les hacia: y ansímismo, de pocos dias a esta parte, han consentido e dado entrada los de Tabolevo a la regua de Coyunco y Conopuille, que estan de guerra, a que hiciesen daño y entrada en los términos de Ongol, y alanceasen tres indios principales, hermanos y hijos de caciques principales de paz, que se llama Quinchamalin, que estan en el estero de Vergara, tres leguas de la ciudad de Ongol y una legua del dicho levo de Tabolevo, y otras tramas que de pocos dias a esta parte han tramado los de Lapiren, Mavida y Quilimoque [que] confinan con la illaregua de Arauco, levantándose el levo de Tabolevo, del estado de Arauco, que habia dado la paz; y mediante las intelijencias que Su Señoría ha fecho, ha descubierto las dichas tramas y traiciones que de presente tenian ordenado los dichos indios de las dichas provincias que se habian reducido, causado todo por ver flacas las fuerzas del español, y que no hai superioridad de nuestra parte para los oprimir y hacer las poblaciones de Tucapel y Puren que convienen, y que aunque se ha tratado, y ellos pedido que se hagan, por la falta de los españoles se dilata, y ansí se causa lo susodicho por conocer la dicha flaqueza. Y ansí conviene y es necesario para poder sustentar lo ganado y pasar adelante, que venga socorro y un buen tercio de soldados a este reino de los de España con brevedad, porque los que han venido del Pirú, [segun] que este testigo ha declarado, no han sido de efecto, ni lo son, por lo que ha dicho, demas de venir por tiempo limitado: y si el dicho socorro de España se dilatase y no viniese tan breve, este testigo tiene por cierto, como persona que sabe los disignios y tratos destos naturales, y tiene larga expiriencia, que no se podrá sustentar lo ganado, y que Su Señoría ha reducido; y no solo eso, sino que han de procurar hacer todo el daño que puedan a las demas sus fronteras para podellos levantar y alzar. Y este testigo, como intérprete que ha sido, y examinado por órden de Su Señoría y en su presencia los caciques e indios, ha visto han descubierto y desentrañado las dichas tramas y alzamientos que de tres meses a esta parte han tratado los dichos indios, visto que no se les hace la guerra ni ha venido la jente de Santiago ni demas ciudades; que se debe considerar y reparar, y con instancia pedir a

S. M. que provea del dicho socorro y tercio de España de soldados, y con pagas situadas en las cajas del Pirú, como es costumbre darse en todas las partes donde hai presidios y soldadesca como en este reino, por estar las cajas de éste mui empeñadas, y no haber en ellas hacienda real, y el reino mui pobre y necesitado, para que se acabe esta guerra tan prolija y trabajosa y se alcance y consiga paz universal. Y que lo que dicho e declarado tiene este testigo, es la verdad de lo que sabe para el juramento que tiene fecho, y en ello se ratificó y dijo ser de edad de mas de cuarenta años. Y lo firmó de su mano.—*Martin García de Loyola.*—*Francisco Fris.*—Ante mí *Fernando Rodriguez de Gallegos.*

INDICE.

HISTORIA DE CHILE

POR EL CAPITAN ALONSO DE GONGORA MARMOLEJO.

COLECCION DE DOCUMENTOS.

FIN DEL ÍNDICE.





HISTORIA DE CHILE

POR EL

MAESTRE DE CAMPO DON PEDRO DE CORDOBA Y FIGUEROA.

(1492–1717)

BREVE NOTICIA DEL AUTOR.

Con Pedro de Valdivia llegó a Chile Juan de Negrete, uno de los projenitores de don *Pedro de Córdoba y Figueroa*, autor de la siguiente historia, que hasta hoi ha quedado manuscrita. Sus inmediatos ascendientes tuvieron una parte activa en las guerras que continuaron la conquista del pais, y ejercieron en él distinguidos cargos públicos. Su abuelo, el jeneral don Alonso de Córdoba y Figueroa, gobernó interinamente a Chile por muerte de don Martin de Mujica y Buitron, desde abril de 1649 hasta mayo del siguiente año; y su padre, que llevó el nombre del abuelo, figuró en varios hechos de armas con los Araucanos, ocupando el puesto de teniente jeneral de caballería, comandante de las plazas de Puren y Repocura, y Gobernador de Valparaiso bajo el gobierno de don Juan Henriquez, y fué maestre de campo de la frontera por nombramiento que le hizo en 1692 el presidente don Tomas Marin de Poveda, quien le distinguió con su aprecio y no olvidó al hijo "en la horfandad de su puericia," como se expresa este mismo en su historia.

Acia el año citado de 1692 parece que nació el autor: vió la luz en la antigua ciudad de Concepcion, hoi, por la traslacion a su sitio actual a consecuencia de la inundacion y ruina que experimentó con el terremoto de 25 de mayo de 1751, reducida a la villa de Penco. Creado en el centro de la conquista y entre el ruido de las armas, siguió la carrera militar sin descuidar los estudios de aquel tiempo y el de los clásicos, en que se manifiesta mui versado. El presidente don Manuel de Salamanca le confirió en 1734 el grado de sarjento mayor. Sirvió en varias expediciones al interior de la Araucanía y asistió a tres parlamentos o juntas de aquellos indómitos indios, llevándole, el conocimiento que adquirió de su carácter y de sus hechos, a dejarnos una historia de Chile, la mas completa y detallada hasta su tiempo. Entretanto, desempeñó comisiones importantes en el órden civil. Entendió en la fundacion y repartimiento de sitios de la ciudad de los Anjeles, hoi capital de Arauco, por encargo de 27 de marzo de 1739, del presidente don José Antonio Manso de Velazco; fué alcalde de la ciudad de su nacimiento, etc.: todo lo cual le facilitó los medios de compulsar los antiguos acuerdos de aquel cabildo y de consultar documentos que han nutrido su narracion

histórica de hechos curiosos, que sin él no habrian podido preservarse del olvido. Gozó de una fortuna regular, y entre sus propiedades tenia la hacienda de Tomeco, cerca de la aldea de este nombre en el departamento de Rere, que habia sido de un don Diego de Trujillo. La fecha de su muerte no hemos tenido aun oportunidad de averiguarla.

El tiempo en que escribió es incierto; pero por algunos pasajes de su historia, se viene en cuenta de que lo hacia por los años de 1740 a 1745. Describiendo la segunda ciudad de los Confines o de los Infantes de Angol, destruida en el alzamiento de los araucanos de 1599, dice que allí se conservaban algunos signos de su existencia, como las viñas, etc., "no obstante el transcurso de 140 años há que sucedió su pérdida:" en otra parte afirma que escribia a los 86 años despues del terremoto del 15 de marzo de 1657, uno de los que arruinó a Concepcion; y por fin, hablando del gobierno de don Diego Gonzalez Montero, dice que entre la entrada de Valdivia a Chile (1540) y la fecha en que escribia, mediaba el espacio de 204 años.

Termina su historia con el gobierno de don Juan Andres de Ustariz (en 19 de marzo de 1717) y principio del corto interinato de don José Santiago Concha. Parece que no alcanzó a concluirla ni a darla la última mano, porque, ademas de notarse en el estilo cierto desaliño que una lijera correccion hubiera bastado a hacer desaparecer, los últimos capítulos demuestran que no son mas que el bosquejo de un cuadro mas completo.

Esta relacion merece, en nuestro concepto, mucho crédito por la naturalidad con que enuncia los hechos, por la precision de las fechas en que pasan y porque su posicion, antecedentes y documentos que tuvo a la vista, lo colocaban en situacion de ser un fiel historiador. Don Vicente Carvallo y Goyeneche, en su historia manuscrita, sigue de cerca al autor. Gay, en la suya, aunque en varios pasajes se refiere al mismo historiador, parece que lo hace por citas de Carvallo y que no ha visto el presente manuscrito; pues, para confirmar varios hechos y ocurrencias especiales, tomados evidentemente de aquel por Carvallo, cita a este y no a Córdoba y Figueroa, el primero en asentarlos o exponerlos. Carvallo es posterior a nuestro autor, como que escribió a fines del siglo pasado. Molina hace referencia de él solo en su prólogo.

Pondrémos término a esta lijera noticia, insinuando la duda de que la copia que existe en la biblioteca nacional de esta ciudad y de que se ha sacado la presente, no es la orijinal, sino que se ha hecho de otra, porque muchos de los nombres de lugares y personajes que debian ser familiares al autor, estan en ella evidentemente equivocados.—De todos modos, la copia de esta historia es una importante adquisicion para la biblioteca de Santiago, con que el gobierno de Chile, ordenando su ejecucion, se ha apresurado a enriquecerla.

Lima, abril 12 *de* 1861.

F. S. Asta-Buruaga.

HISTORIA DE CHILE,

POR EL

MAESTRE DE CAMPO

DON PEDRO DE CORDOBA Y FIGUEROA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Extension de la América, y lo que los antiguos discurrieron de ella.—Su descubrimiento por Cristóbal Colon, y el del mar del Sur por Vasco Nuñez.

A Dios se deben dejar las providencias de su querer incomprensibles a nuestra cortedad; y solo se admira que los habitadores de las tres partes del orbe ignorasen por tan dilatados siglos el conocimiento de la América, siendo el espacio de su extension mayor que el del orbe antiguo. De suerte que el mundo, mal conocido de sí mismo, ignoró que fuese mas, discurriéndose los antípodas por los pueblos fabulosos; habiéndola hallado sus primeros descubridores tan poblada, que parece fué escojida para la habitacion de la mayor parte del linaje humano. Portentosa maravilla del divino artífice; y así dice el Padre Vieira: que su descubrimiento fué una de las cosas que admiró mas a los hombres.

Pitágoras afirmó que la equinoccial y tórrida zona era habitable, no obstante lo excesivo de sus ardores: Aristóteles, Lactancio, Ciceron y otros muchos sabios de la primera distincion, lo negaron; mas término tiene la sabiduría humana, y mas allá de él todo es ignorancia, y la experiencia vindicó con tan evidentes demostraciones lo contrario de falible, manifestando el acierto de la opinion de Pitágoras, pues la experimentamos templada y propicia a la conservacion de la humana vida.

Cristóbal Colon fué el escojido del cielo entre todos los hombres para el descubrimiento del Nuevo Mundo, a los fines del décimo quinto siglo de la reparacion humana. Fr. Juan Perez de Marchena, franciscano,

le desaprobó la ida a Francia y coadyuvó a que se reiterase con los Católicos Reyes el proyecto formado del nuevo descubrimiento, quienes le oyeron benignos y concedieron liberales todo lo conducente a la expedicion y a sus particulares intereses, y para las impensas de él, se empeñaron las joyas de la Reina Católica.

Nunca la osadía está fuera de peligros, como dice Ovidio; mas estos no aterraron a Colon, porque ningunos halló su valor invencibles. Ya se ejecutó el mas feliz atrevimiento que jamas hombre emprendió, pareciendo delirio su designio y dejando reprehendida la vana confianza de Hércules y sus columnas en el estrecho gaditano. En sesenta y ocho dias de navegacion se puso desde San Lúcar en una de las islas de la América: fué un juéves venturoso, y a mejor asunto podrémos decir con Lucano: feliz aquel dia y digno de alabanza para el orbe. Interesóse el mundo en su buena dicha, porque la mayor parte de la plata y oro que por él circula, de la América ha ido, y en él causó su descubrimiento singular admiracion a los hombres. Su nombre debe colocarse entre los primeros héroes que celebra la fama, y su memoria quedará indeleble hasta la consumacion de los siglos, sin que lo impida la voracidad del tiempo. Los litijios y otras persecuciones que le suscitaron sus émulos, hicieron azarosa su brillante fortuna; mas a ninguno se le mostró tan risueña que no reservase algun ceño, y así no se vé felicidad constante.

Secuestráronle sus bienes, y puesto en arresto para remitirlo a España, hubo un ingrato que se ofreció a ponerle grillos; porque no hai beneficios que obliguen a los desagradecidos, ni inmunidades que contengan atrevidos, y así se ven con frecuencia profanadas las tiaras. Mas el almirante resignado se puso a vista de los Católicos Reyes, quienes desaprobaron el hecho del comendador Bobadilla; y allá murió disponiéndose para volver a la América.

Entre varios que prosiguieron el descubrimiento y conquista de las Indias, fué uno de ellos Vasco Nuñez de Balboa, esforzado capitan, amado y temido de los suyos, porque el amor ha de vivir a vista del temor: fué constante en los trabajos, sabio en las resoluciones y en todo de singular conducta. Ofreciόse en la prosecucion de su empresa hacer la distribucion de cuatro mil pesos en oro, y dos soldados contendieron sobre la mejora de la asignacion que se les hacia, y un indio de los circunstantes, habiendo observado el descompas de sus voces y lo airado de los semblantes (por lo cual dijo Aristóteles, que no habia moderacion en la codicia, siendo toda excesos), y puesta la mano el bárbaro en la balanza, les dijo: me admira que tanto aprecieis lo que en mi concepto vale tan poco, y que por su solicitud abandoneis vuestra patria, viviendo en contínuo desahogo. Yo os manifestaré donde le sacieis; y mostrándoles la sierra que a la vista tenian, prosiguió diciendo: pasados esos montes hai otro mar, y transitado, hallaréis mucho oro y plata que aquellas jentes tienen, y yo os acompañaré.

Con tan sabio consejo confundió a los españoles, como hicieron con Alejandro los embajadores de los Escitas, y con su expresada bizarría los

excitó obligándolos. Esta fué la primera noticia que los españoles tuvieron del Mar del Sur; esta la casualidad venturosa con que se vino en conocimiento de aquella maravilla sin término de la Divina Providencia; y como la esperanza representa las cosas mayores que la posesion, recreciéndolas el deseo, todos los españoles se juzgaron ricos, teniendo por dilatada demora la mas corta retardacion, y sin diferirlo se pusieron en camino para transitar por aquellos montes, haciéndose lijera su penosa fatiga.

CAPITULO II.

Descubrimiento del Mar del Sur por Vasco Nuñez y su trájico fin; y el del Perú por Francisco Pizarro y Diego de Almagro.—Prision de Atahualpa y su fin desgraciado.

Tiene puesta la eterna sabiduría sus delicias entre los hombres, alternando el gobierno de esta visible máquina con variedad de sucesos: fuélo admirable el de Vasco Nuñez, pues prosiguiendo su destino, poco ántes de llegar a lo mas elevado de la sierra mandó que se detuviesen todos, porque quiso tener la gloria de ser el primero que lo viese, y llegándolo a descubrir se arrodilló llenó de alegría y admiracion, viendo aquel piélago profundo v los espaciosos senos del Mar del Sur, y que él fuese el primer europeo que lo hubiese visto, lo que por tantos siglos se negó a todos los que le precedieron; y llamados sus compañeros, fueron presurosos a lo mesmo, a quienes preocupó igual asombro. Fué este feliz descubrimiento el dia veinte y nueve de noviembre de mil quinientos y trece años; y descendiendo a la orilla, entró en él Vasco Nuñez tomando posesion en nombre de los Católicos Reyes.

Dijo Dionisio, estando en Corinto decaido de su grandeza: que eran felices los que desde su puericia eran infelices. Vasco Nuñez era almirante de la Mar del Sur y gobernador de Panamá, y se hallaba con cuatro navíos y trescientos hombres para emprender el descubrimiento y conquista del Perú, cuando Pedro Arias lo prendió y mandó cortar la cabeza. Dice el Crisóstomo: que la justicia sin misericordia no es justicia sino crueldad, y la misericordia sin justicia, no es misericordia sino locura. Los mas hombres que pasaron al descubrimiento de la América, fueron de feroces circunstancias, de que estan llenas las historias, no sin admiracion de quien las lée.

Fué capitan tan valiente como juicioso: elevóle la fortuna a lo mas encumbrado para que el lapso fuese mayor, y el efecto no correspondió al auspicio esperado de Pedro Arias; y con su permision se prosiguió el descubrimiento a expensas del maestre escuela Hernando de Luque, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, cuyo excesivo dispendio devoró sus caudales enajenando sus bienes: accion digna de grandes príncipes. Ejecutóla Godofredo vendiendo el castillo de Bullon a Uberto Obispo de Lieja para la conquista sacra, como dice Forestio, y Roberto con el mismo fin empeñó el ducado de Normandía a Guillermo de Inglaterra; y

celebrada misa solemne por el maestre de escuela, se ofrecieron a Dios con uniforme voluntad para darle a conocer entre aquellas jentes, y el celebrante, dividiendo la hostia en tres partes, con las dos comulgó a ambos y consumió la tercera. Bien podrémos exclamar con el apóstol de las jentes y admirar lo incomprensible de los juicios de Dios, pues estos devotos principios tuvieron tan desastrados fines, que los causó la codicia y desunion.

Las penalidades que experimentaron en el progreso de la empresa, fueron muchas; de suerte que decaidos los españoles de aquel su valor constante, se volvieron a Panamá con el comisario Pedro de los Rios, sucesor de Pedro Arias, quedando los *trece de la fama* con Pizarro: heróica resolucion, y nunca bastantemente alabado valor tan a toda prueba, y accion digna de que se trasmita a la posteridad, pues como dice Ausonio: la vida perece, y el mérito y gloria permanece.

Socorrido Francisco Pizarro en aquel terreno ingrato, pasó a Tumbes, y con mas ámplias noticias de aquellas dilatadas provincias, se volvió a Panamá, y de allí a España. Recibióle el Emperador grato y premióle liberal; dióle la gobernacion y conquista de doscientas leguas de pais con título de adelantado, y otras gracias que le concedieron a favor de sus intereses y de Hernando de Luque: Diego de Almagro quedó mal satisfecho de don Francisco. Dice Séneca: que las fieras del campo y los peces del mar se engañan. Ofrecida una alegre esperanza, prometíasela Almagro con la ida de don Francisco; fundaba su queja en la mala fé que decia habia tenido, porque habiendo sido los riesgos iguales y aun mayores sus impensas, debiera serlo la recompensa, y que con reservada intencion no habia hecho mencion de él al César, atribuyéndose todo el mérito; y resolvió separarse de la compañía. Mas la persuasiva de muchos y las ofertas no pocas de don Francisco le retuvieron, mereciéndose a los tratados celebrados ciertas condiciones a su favor.

Embarcóse Pizarro para Túmbes, y precediendo embajadas con Atahualpa para verse, resultó de esto su prision, viérnes tres de mayo de mil quinientos treinta y tres años, que fué el principio de la catástrofe y el de la extincion del imperio de los Incas en la Meridional América, continuado por mas de cuatrocientos años en catorce soberanos, siendo Atahualpa el último de los reyes y el primero de los tiranos: tan afables fueron todos, piadosos y benignos, como él fué cruel, fratricida y temerario exterminador de su misma real familia. Mas el mundo apénas salió de su cáos, cuando vió el escandaloso ejemplo de los dos primeros hermanos: infalible pronóstico de que acabaria como empezó. Quitáronle la vida los españoles, lo que la posteridad tendrá trabajo en creer, derrocando del orbe una de las grandezas mas empinadas que hasta entónces se vió, en extension de dominios, muchedumbre de vasallos y en inmensas riquezas, que parecieron increibles aun al exámen de la vista. Y aunque algunos españoles protestaron de apelacion al César, todo se denegó; por lo cual dijo Solon: que el dia último es el juez de las felicidades. El de este soberano fué uno de los mas terribles que represen-

taron los siglos: raras veces se vé ejemplo igual al de Pompeyo, que con la jenerosa diestra que venció a Tigranes, con ella le levantó cortes al solio. A los pocos años de esta ejecucion, se vieron trájicas muertes en los que tuvieron parte en la del Inca, y la aniquilacion de sus familias.

CAPITULO III.

Hace merced el Emperador a don Diego de Almagro del descubrimiento del Nuevo Toledo, emprendiendo la conquista de Chile.—Extremosa libertad suya.—Trae a Pullu-Inca, y acaecimientos de su viaje.

Hizo merced el Emperador a Diego de Almagro de doscientas leguas de pais con título de adelantado de el nuevo Toledo, completadas primero las de don Francisco. Dióle a Diego de Agüero, que le llevó la noticia, siete mil castellanos de oro, y recibióla con reportada moderacion, permaneciendo siempre superior a su fortuna: y así le juzgaron digno de otra mayor, pues el soberbio y vanaglorioso para ninguno es buen amigo y nadie lo es para él, como dice Diójenes. Tenia dispuesto el adelantado hacer la conquista de los Chiriguanes, y dejóla por la de Chile, provincia dilatada al antártico, que era el rumbo de su gobernacion: movióle a esto las relevantes noticias que se tenian y que la fama las publica mayores, y para la ejecucion de su designio mandó hacer una poderosa fundicion de plata y oro y sacar lo perteneciente al quinto; y sin que sea digresion del asunto, dirémos una de las muchas liberalidades que en su vida hizo. Pidióle Juan de Lepe un anillo de los que estaban para fundirse, y le mandó sacar con entrambas manos cuantos pudiese, y a esta jenerosidad añadió la de cuatrocientos pesos en plata para su mujer. El obsequio que Silofonte hizo a Dario de la capa, se lo retribuyó cuando fué emperador de la Persia con darle la isla de Samos, su patria; mas el del adelantado no fué por lo recibido ni esperado.

Mandóse que todos los que no tenian ocupacion pública ni particular en el Cuzco, se previniesen para ir. El alborozo fué grande; y para que todos comprasen armas y caballos con el demas competente equipaje para tan árdua como dilatada empresa, mandó sacar de sus cofres ciento y ochenta tercios de plata acendrada de a 6 arrobas y veinte de oro, y mandó a sus tesoreros y mayordomos lo distribuyesen, dejando al arbitrio de ellos, que lo recibian, el hacer caucion o no del empréstito para reintegrárselo de lo que se adquiriese en la conquista. Dice Valerio Máximo: que la vanidad y clemencia es compañera de la liberalidad, y que esta es el iman de los corazones y el dulce atractivo de las voluntades; y así el adelantado con una apacible violencia se llevaba las de todos. A tan jenerosas expensas consiguieron para sus soberanos aquellos conquistadores, los reinos y provincias que sujetaron, y en esto excedió a todos el adelantado.

Manco Inca, monarca de aquel decadente imperio, ya en los últimos parasismos de su grandeza, le dió a su hermano Pullu-Inca y al sumo sacerdote Villalcamu para que los trajese en su compañía: quísole hacer este obsequio amistoso por la que con él profesaba, porque a vista de la autoridad y respeto se contuviesen sus vasallos en el deber y asistiesen al adelantado con las puntualidades que a su persona. Suplicó a estos dos personajes, que con anticipada marcha le precediesen en compañía de algunos españoles que les dió, y mandó a Juan de Saavedra que le esperase en Paria. El adelantado, teniendo ya hechas las provisiones de boca y guerra, y prevenido el competente equipaje, mandó saliesen las tropas del Cuzco a seguir su destino, que se componian de trescientos cincuenta infantes y doscientos cuarenta caballos, por octubre del año de mil quinientos treinta y cinco, y el de treinta y seis llegó a Chile.

Iba el adelantado obedecido y respetado con las puntualidades que pudiera apetecer el deseo, efectos del mandato de su príncipe, y sin novedad digna de notar llegó a Paria, donde tuvo reiterados avisos de como el Emperador mandaba se deslindasen los términos de la Nueva Castilla, que era la gobernacion de don Francisco Pizarro, y completado las doscientas leguas de su extension, se asignasen los de la Nueva Toledo, que era la suya. Suplicáronle sus amigos o los interesados en su regreso, que se volviese; mas la águila, si se dejara amaestrar del buho, no la llevara a rejistrar los rayos del sol; y les respondió, que sin indecoro no podia retroceder, y que no habia de ejecutar accion que fuese en menoscabo de su honor, y mandó con severidad se prosiguiese la marcha, cual otro Agrícola, como dice Tácito, que mostraba entereza en el tribunal como afabilidad fuera de él; ni era dable retroceder con tan considerable pérdida de su caudal: y así salió por enero del siguente año para la provincia de los Chichas y ordenó a Juan de Saavedra le siguiese para incorporarse con él en Topia (1); y al llegar a este pueblo el adelantado, le salió a recibir Pullu-Inca y Villalcamu, y le obsequió con cien mil pesos en oro o con doscientos, como dicen otros que llevaba de Chile.

Cinco españoles que vinieron con el Inca, intentaron internarse en Jujui, para cuyo efecto pidieron al príncipe del Perú algunas tropas, a cuyos reyes no estuvo bien sujeta esta belicosa nacion. Los españoles despreciaron su valor contra la buena máxima de prudencia, que no habiendo enemigo pequeño, el desprecio lo hace mayor; y así el suceso fué adverso; y el adelantado destacó al capitan Salcedo para castigarlos, a quien siguió el capitan Francisco de Chavez con mas tropas para sostener las primeras, y habiendo acometido a los indios que estaban acampados y bien fortalecidos, quedaron batidos, mas no sin alguna pérdida, y se retiraron a incorporarse con el adelantado.

(1) Tupisa, pueblo de Bolivia.

CAPITULO IV.

Prosigue el adelantado su empresa y líbrase de un grave peligro.—Llega a la cordillera y principia su tránsito en la rijida estacion: padece notables penalidades y considerable pérdida de tropa.

Viéronse en el caso presente los jiros de la humana inconstancia, que todos tienen por centro la infinita sabiduría. El Inca, de soberano nacimiento y poderoso príncipe, iba sujeto por albedrío a don Diego, porque pudiera traerlo por violencia. Mas ¿cuándo las glorias del mundo no se representaron en un mentiroso teatro? y si de la instabilidad no se han preservado las tiaras, ¿cómo se exceptuarán las coronas? Juan, depuesto, se vió adorando a Martino V, y Celestino preso por Bonifacio VIII, su sucesor. Venian con el Inca quince mil hombres, y otros dicen que veinte, de tropas arregladas y comandadas por oficiales de su nacion. El adelantado, para hacer su viaje mas cómodo, ordenó a Noguerol de Ulloa que le siguiese siempre a cierta distancia, y llegado a Chuquiga, halló a los habitadores en arma, resueltos a oponerse al tránsito de los españoles; y para hacerlo con mas vigor ofrecieron en solemne sacrificio al sol, su suprema deidad, el morir o vencer, con cuya superticion se opusieron intrépidos, y pudo ser fatal a los españoles la accion, porque habiéndole muerto el caballo al adelantado, estuvo en grave peligro su persona, y un accidente de tan irreparables consecuencias a todos los tuvo cuidadosos. Los enemigos se retiraron con pérdida.

Proseguian las tropas su destino por pais ménos poblado, por lo cual comenzaron a escasear los bastimentos, hasta que llegó a un terreno árido y salitroso: padecióse en su tránsito bastante penalidad, porque la Providencia no pudo ser bastante a tan crecido número de tropas y vivanderos como los que venian. Por fin se salió a una encañada fértil y amena, la cual se continuaba en medio de unos montes de moderada elevacion, que terminaban en la cordillera de Chile, preciso tránsito de su marcha. Los indios, espavoridos de aquel piélago y promontorio de nieve que a la vista tenian, temblaban estremecidos y lamentaban su fin. El adelantado con heroica firmeza y elocuencia insinuante habló a sus españoles y díjoles: que los trabajos y peligros se superaban con fortaleza y perseverancia; que a costa de una corta fatiga gozarian de grandes conveniencias, que llenarian el espacio de sus deseos, en un reino en cuya opulencia y amenidad se habia esmerado y desvelado la naturaleza; que los riesgos despreciados se anonadan, como temidos se aumentan; que al valor heredado añadiesen el adquirido, dejando a la posteridad una ilustre recordacion de su firmeza, y que esperasen en Dios les favoreciera para la grande obra de darle a conocer entre aquellas jentes; que vivia mui satisfecho de su valor, estimulando solo su osadía con el precepto de pasar a aquellas sierras, y que él seria el primero que expusiese su persona. Todos los españoles con igual voluntad se ofrecieron a seguirle, porque el ejemplo es poderoso atractivo, y eslo mas, cuanto es mayor

distinguida la persona que lo da, pues todos piensan adelantar mérito en la imitacion de quien manda. Dióle Aníbal en los Alpes, donde solo la llama pudo abrir senda en una formidable roca y estacion tan incómoda, como en la que don Diego transitaba, aunque los Alpes chilenos son con exceso mayores en elevacion y latitud.

El adelantado destacó su mejor caballería para que principiase la marcha, siendo el primero que ejecutó lo mismo que ordenó: terrible fué el empeño porque todo era nieve. Era espectáculo lastimoso ver a unos sepultarse en la nieve discurriendo era sólida, porque los valles se igualaban con los montes, y en estos hallaba firmeza la huella, mas no siempre en los otros, y si la voz del ajeno trabajo hallaba compasion para el remedio, era exponiéndose al mesmo peligro cayendo en la mesma fosa por lo deleznable. Terribles incidentes se vieron, singulares acasos se notaron, émulos de una filiana amistad: quedaban muchos muertos arrimados a las peñas, a otros se les caian los miembros del cuerpo, y no pocos, a quienes la fatiga los retenia para tomar alientos, el aire fríjido y sutil los penetraba, y morian. Fué especial acaecimiento el de un negro que se paró al precepto de una voz, casualidad que le costó la vida a él y a un caballo que llevaba. ¡Nuevo peligro y cauteloso, que fuese mortal una corta intermision para alivio de tan penosa fatiga! Los indios, a quienes se les recrecian los inconvenientes por el desabrigo y poca ropa que tenian y la mayor escasez que ellos experimentaban de bastimentos, morian a millares; de suerte que escaseó todo alivio y solo creció el trabajo.

El adelantado, así como expuesto al naufrajio, pareció superior al peligro, que pudo ser cáos de lamentable ruina, a no amanecer los visos de serenidad en su semblante y la voz con que a todos animaba para el remedio o alivio, cual heroico Alcides de aquel peligroso estrecho, o sereno Neptuno de aquel turbulento mar, como dijo Virjilio. Por fin, se llegó a lo mas encumbrado de la cima, de donde se vió el valle de Copiapó, que es de los mas fértiles de Chile; y con presurosa noticia que se les dió a sus habitadores de parte de su príncipe, vino mucha jente al socorro con bastimento y ropa, llevando lo posible. A una solicitud dilijente y no diferida dióse todo alivio al desconsuelo, socorro a la necesidad y aliento a las desfallecidas tropas. Con una benignidad compasiva cargaban a los que no podian marchar, o a los que desfallecidos estaban dispersos en aquel terrible páramo; y así sucesivamente iban descendiendo al valle, donde hallaron todos los agrados que aquellos vasallos rendian a sus soberanos.

CAPITULO V.

Llega don Diego a Copiapó, y despues Rodrigo Ordoñez.—Singular acto de justicia del adelantado.—Real magnificencia del Inca y liberalidad extremosa de don Diego para con los españoles.

Tan osado atrevimiento pocas veces se ha visto. Murieron diez mil indios y negros, ciento cincuenta y seis españoles, y una mujer casada que

venia, y cuarenta caballos. Hizo mayor el hecho el no ser español ninguno práctico de tan peligrosa senda, ni en tal tiempo, ni ántes ni despues emprendida. Y así dice Bossio: que el descubrimiento y conquista de las Indias fué hazaña mayor que la de ninguna nacion del mundo, ni todas juntas emprendieron.

Dejó don Diego a Rodrigo Ordoñez en el Cuzco para que con las tropas que pudiese y algunas municiones de guerra le socorriese. Ejecutólo sin perder momento: en regulares marchas llegó a la cordillera, y no obstante que el tiempo aun no era cómodo para su tránsito, lo intentó siguiendo las huellas de don Diego, lo que sirvió de estímulo a su jenerosidad y no de terror en lo árduo de la empresa. Las penalidades que padeció fueron grandes. Acaeció que teniendo Ordoñez el sostenedor de una tienda, se le cayeron las uñas, y perdiera los dedos si no retirara su mano: otros cegaron. Cayó una tienda con la copia de nieve e impetuosidad del aire, y murieron doce que dentro estaban, y veinte y cinco caballos, que en aquellos tiempos valian algo mas o ménos de mil pesos. El socorro que les vino, les hizo pasar con presura y ménos fatiga.

El adelantado, con beneplácito de Pullu Inca, hizo un acto de justicia y de piedad, que fué restituir al lejítimo heredero de Copiapó el gobierno que le habia quitado su tutor y tio interesándose en la muerte de su hermano. El mundo apénas salió de su cáos, cuando vió el escandaloso ejemplo de los primeros hermanos : infalible pronóstico de que acabaria como principió. Accion de tanta equidad como la que ejecutó, captó la benevolencia de todos ; y así dijo Aristóteles: que la justicia es la mas excelente de todas las virtudes; y despues se le mandó quitar la vida, porque la intentó quitar a su inocente sobrino y señor.

El príncipe del Perú obsequió al adelantado con un presente digno de su grandeza y liberalidad, para cuyo efecto en un dia o en mui pocos hizo juntar en el valle doscientos mil pesos en oro y se los dió. Quedaron los españoles admirados de ver la brevedad con que se habia recojido tan notable cantidad, y don Diego mui obligado a tan real magnificencia, y no omitió ninguna expresion para manifestar el suyo, pues como dice Ausonio: es ingrato el agradecimiento tardo, y gratitud grata el presente.

En pechos jenerosos, el contínuo recuerdo del beneficio recibido es estímulo para reiterarlos. La agradecida memoria que tan presente tenia el adelantado, obligó al Inca a repetir su real magnificencia, y así mandó se juntase todo el oro que se pudiese, que llegó a trescientos mil pesos, los que con sumisa obediencia le ofrecieron los habitadores de todo el pais, y se le dió al adelantado. Don Diego y sus españoles rindieron a Dios las gracias por verse en tan poderoso reino, y celebró su buena dicha por tener en que actuar su jenerosidad, a que propendia su jenio. Vióse esto en el caso presente, que estando para hacer la distribucion del oro hasta entónces adquirido, mandó juntar a todos sus soldados, y a vista de los deudores, rompió las obligaciones de paga que le hicieron en el Cuzco cuando el empréstito de plata y oro que queda dicho, y con semblante

2

alhagüeño les dijo: que ya quedaba satisfecho, y que deseara que fuesen mas cuantiosos sus créditos para que la gracia fuese mayor; y excediéndose a sí mismo, ordenó se distribuyese entre todos la cantidad de seiscientos mil pesos en oro. Con razon dijo Aristóteles: que quien inventó beneficios, inventó prisiones. Y despues, no contento con ser superior a todo humano poder, intentó aprisionar el mar y hacer esclavo aquel fugaz elemento; mas solo el liberal hace este milagro, pues no hai mar tan ajitado y borrascoso como el pueblo, y una mano jenerosa lo contiene y atrae.

Estando ya las tropas recuperadas de las pasadas fatigas, salió el adelantado de Copiapó para el Huasco, no obstante la venida de Juan de Herrada con el despacho de la merced concedida a don Diego y varias cartas del Perú en órden a su regreso; mas prosiguió su marcha hasta Coquimbo, donde hicieron mansion algunos dias, bien servidos y obsequiados de los naturales del pais por ser vasallos de los reyes del Perú, y Pullu Inca le volvió a obsequiar con algun oro. La antigüedad pagana rindió cultos al dios Pluto, porque le atribuian soberano poder en las riquezas, y parece que este númen le fué propicio a don Diego, segun la opulencia con que las tenia, no para avaro depositario, sino para benéfico dispensador de ellas. Las tropas llegaron a Mapocho, y siguiendo su destino, pasaron los rios de Maipo y Cachapoal, y segun algunos, de Maule, o como quieren otros, llegó solo a su ribera. Tuvo el adelantado noticia de que se juntaban considerables tropas para reunirse con los Promaucaes. Componíanse estas de los Isleños, Cauquenes, Pervines, Labquenes y Costinos, con ánimo de oponerse a los españoles, cuyo número era de veinte y cuatro mil hombres, audaces e insolentes con la repulsa que hicieron al formidable poder de los Incas, que dilatando los rayos de sus armas en distantes horizontes, allí las retuvo su valor. El adelantado pidió al Inca algunas tropas de la guarnicion de sus fronteras, y adjuntas a las nuestras, vino a buscar al enemigo, que ocupaba un ventajoso terreno en la inmediacion de Rio Claro, y con igual valor principió una accion dudosa; mas el fuego y los caballos causaron terrible estrago, manteniéndose aun mas allá de lo que pedia la novedad de los caballos y arcabuces; y aunque quedaron batidas sus tropas, no fué con mucha confusion su retiro, de que infirieron bien los españoles que no era despreciable su valor, y por alguna pérdida que experimentaron; y de allí se retiró el adelantado.

CAPITULO VI.

Retírase el adelantado de Chile.—Discordias que hubo con don Francisco Pizarro.—Batalla de las Salinas: quedan batidas sus tropas y él prisionero.—Quitanle la vida, a que le sentenció Hernando Pizarro.

La fortuna, a los que con exceso favorece, suele hacerlos mas desdichados. A Filipo, padre de Alejandro, la noticia de tres felicidades que

llegaron en un dia, hizo exclamar diciendo: oh fortuna, conténtate con poco mal. Hasta lo presente llegaron las felicidades de don Diego; de allí se siguieron sus desgracias; y así dijo Ciceron: que nada siempre florece, y a la edad sucede la edad. Vinieron algunos del Perú con varios despachos, de que se orijinaron diversos pareceres, los cuales tuvieron a don Diego algun tiempo irresoluto. Decian unos que no se abandonase a Chile, cuyo cielo y suelo hacia ventaja a todo lo descubierto hasta entónces; que su riqueza era mucha y no ménos la opulencia de jente que en él habia para esperar ventajosos repartimientos, y que su costa tenia acomodados puertos para las utilidades del comercio. Otros decian que era mas acertado volverse al Perú a gozar lo conquistado, sin exponerse a una suerte dudosa; pues dicta la prudencia el que ha de tener deseo la paz y precision la guerra, y mas cuando habia mostrado la nacion chilena un espíritu belicoso, a que se añadia que los socorros que podian venir del Perú, serian tardos o a destiempo por la distancia, y que si no tomaba la posesion del Cuzco se quedaria sin él y sin Chile, porque, segun regular cómputo, Chile no se comprendia en su gobernacion, y que era mas conveniente ir a gozar de la merced que el Emperador le habia hecho.

No puede prevenirlo todo la prudencia humana, ni le es fácil tomar el punto a la medicina, y así don Diego se inclinó al peor partido para el público y particular interes suyo. En su regreso fué tan obsequiado como en su ingreso, porque el príncipe Pullu mandó se tuviesen las mismas puntualidades, y llegó al Cuzco año de mil quinientos treinta y siete. En la mayor armonía introduce disonancias la discordia para confundirlo todo, como dice Séneca. Sobre la posesion del Cuzco se suscitaron varios disturbios entre don Diego y don Francisco Pizarro, y tuvieron estos el fatal éxito de una batalla, que llamaron de las Salinas: tenia el comando de las tropas Hernando Pizarro, como teniente jeneral de su hermano, y Pedro de Valdivia era su maestre de campo. El adelantado se hallaba indispuesto de calenturas, y para observar la accion que habia de decidir la querella, se puso en sitio superior al campo de batalla, de donde tuvo el displacer de ver el vencimiento de sus tropas, de que se orijinó su prision. Y pareciéndole a Hernando Pizarro que no habria paz miéntras viviese tan poderoso y bien amado concurrente y competidor de su fortuna y la de su hermano, dispuso que se le hiciese causa de perturbador del reposo público y usurpador de ajena gobernacion, de las muertes y escándalos sucedidos, y sentencióle a muerte sin recurso. Hablóle el adelantado y díjole: que la elevada fortuna de don Francisco a él se le debia, porque habia hecho mas crecido dispendio de caudal que su hermano, y que habia solicitado gratificacion haciendo lucro de sus méritos y dinero; que por socorrerle se habia expuesto a inmensas fatigas, y que sin este sufrajio hubiera perecido, en cuya empresa habia perdido un ojo; y así le pedia no abreviase los pocos dias que le quedaban con una muerte ignominiosa, pues no podian ser muchos por su avanzada edad y contínuas dolencias, y que hiciese remini-

cencia de la jenerosidad con que le habia puesto en libertad siendo su prisionero, contra el dictámen de muchos que se lo disuadian.

Hallábase Hernando Pizarro favorecido de las felicidades del mundo, y su súplica hizo poco eco en su atencion; y así dijo Lactancio; que jamas piensa tener necesidad de favor aquel que a otro niega el suyo: y así le respondió desapacible, que se resolviese jeneroso y resignase cristiano a tolerar una muerte, la cual no podia evitar, y que se admiraba le faltase el esfuerzo a una persona de su valor. A que replicó don Diego, que Jesucristo Dios y hombre habia temido la muerte, y mas él, siendo hombre puro y miserable pecador; y con católica resignacion recibió el golpe fatal que le quitó la vida en un cadalso, en el Cuzco, de setenta y seis años de edad, y dispuso le sepultasen en la iglesia de la Merced de aquella ciudad, y dejó por su heredero al Emperador. Dice San Gregorio: que los corazones de los hombres son ásperos e indomables: bien lo manifestó este hecho, que causó pasmo y admiracion a los indios y sensibilidad mui llena a los obligados y aun a los indiferentes, ménos a algunos que fundaron su interes en su muerte. Tuvo un hijo en una india noble de Panamá, a quien sentenció a muerte en su juvenil edad el licenciado Vaca de Castro, y reposan sus cenizas con las de su padre, como lo pidió cuando le quitaron la vida; y como las fortunas o desgracias de primera magnitud de nadie se dejan ignorar, en la representacion de esta trajedia pueden aprender los hombres a ser sabios con ajenos escarmientos, pues son tan costosos los propios.

La diversidad de flores hacen los cuadros agradables, y no será excedernos reflexionar sobre el hecho de Hernando Pizarro. Por causar a don Diego su desgracia puso en el extremo su fortuna y la de su hermano don Francisco; pues provocaba la indignacion del César y su justicia, denegando la apelacion interpuesta para su real persona, lo cual la tiranía de Festo no negó a San Pablo en el paganismo; y mas cuando fué interpuesta por un ministro de grado y carácter igual al de su hermano, sin advertir se conciliaba el odio de muchos interesados en tan útil vida como la que quitaba, porque las pérdidas mas se sienten cuando media interes; y el hecho se tuvo por injusto, por lo que dijo San Isidoro: que la pasion no guarda derechos a la razon. Estuvo preso Pizarro mas de veinte y tres años en la mota de Medina del Campo, abandonado de todos, en suma inopia, y murió en un abismo de pleitos hasta con sus consanguíneos, y en el horror de ellos expiró.

CAPITULO VII.

Elojios del adelantado don Diego de Almagro.—Su vária fortuna hasta su muerte.

Especificarémos algo de lo conducente al adelantado, porque todo es debido a su ilustre memoria y a las obligaciones en que Chile le está. No podrémos dar idea mas ventajosa que formar sus panejíricos con las voces de sus enemigos, adonde no cabe emulacion. Fué su patria Alma-

gro, de donde tomó apellido; padres no conocidos, por haber sido expósito a las puertas de la habitacion de un cura, o a las de la parroquia, como dicen otros. Ménos loadas fueran sus acciones, si en siglos distantes o en aquel presente hubiera heredado nacimiento y esplendor. Crióse en los rústicos ejercicios del campo sin ninguna enseñanza, y así no supo escribir. Preguntado Alejandro que a quien debia mas, si a su padre Filipo o a Aristóteles su maestro, respondió: que al uno le debia el ser y al otro una preclara enseñanza; y así no fué mucho tuviese tan ilustres acciones quien tuvo tan alto nacimiento y educacion, como lo es el que esto se hallase en quien no tuvo tal fortuna. Pasó a la América, y con su solicitud e industria buscó conveniencia; de suerte que fué la suya de las mas ventajosas de Panamá, donde se avecindó. En su persona siempre halló la necesidad socorro y el ajeno trabajo compasion, y su franqueza y bondad hacia desear su amistad, siendo su casa receptáculo de desvalidos. Marco-Aurelio decia: que una de las cosas de que era en cargo a los Dioses, era el haberle hecho compasivo, apreciando esto mas que el haberlo hecho señor del Romano Imperio. Ya en edad avanzada hizo la compañía para el descubrimiento del Mar del Sur que dicho queda, y concurrió con mas notables cantidades que los dos triunviros.

Fué de noble condicion, olvidando agravios y retornando beneficios. Bien manifestó la docilidad de su bella índole al regreso de don Francisco Pizarro de la corte, de donde vino colmado de mercedes con total olvido suyo; pues hasta Hernando de Luque, el tercero de la compañía, vino gratificado, teniendo los amigos de don Diego por soberbia insoportable el que olvidase el beneficio por negarse al agradecimiento; mas con ánimo jeneroso y notable predominio sobre sus pasiones, depuso su sentimiento, en cuyos elojios se extendió el amor viéndolos despues concordes. Sobre la posesion del Cuzco se ofrecieron dos desazones, queriendo cada uno que se comprendiese en los términos de su gobernacion, de que se orijinó la batalla de las Salinas y muerte de don Diego, como queda dicho, habiendo llegado a lo supremo del mando, autoridad y riquezas que pudiera apetecer el mas avaro deseo. ¡Oh! cuán misteriosa anduvo la antigüedad romana, cuando entre las majestades de los triunfos hacia que un esclavo recordase al que triunfaba la inconstancia de lo humano, para que a vista de lo que era meditase lo que podria ser y mejor triunfase de lo caduco!

Su liberalidad, para particular, fué extremosa, aunque no faltaron críticos que la impugnaron de ostentativa mas que benéfica, ejecutando siempre acciones de una eminente virtud. En remuneracion de una adarga de corto valor, dió mil y doscientos pesos; en retorno de una ave que le obsequiaron, dió una alhaja de plata y cuatrocientos pesos. Hizo a muchas personas poderosas, y ricos a cuantos le sirvieron, hallando siempre todos en él un natural agrado, leido en su semblante y en sus obras, y una admirable jenerosidad y franqueza. Fué constante en los trabajos, intrépido en los peligros, justo en las resoluciones y elocuente a lo militar para imprimir jenerosos sentimientos en los suyos; bien se vió esto. Su

comer y beber era templado, y nada profano en su persona, y el amor del sexo femenil le tocó lijeramente, y así no se casó, y en todo procuró dar ejemplo, porque a quien es mayor le compete ser mejor.

Disfrutó en compañía de don Francisco Pizarro las inmensas riquezas del Perú que por muchos siglos acumularon sus reyes, y él solo las de Chile, y parece que nació para haber sido el mas rico de todos los hombres particulares. ¡Oh inconstancia de lo humano, que en las mismas glorias que concedes os reservas las ruinas! Su muerte dejó igual recordacion a su memoria y deseo; y como la historia no es apolojía, sino relato verdadero y desinteresado, no omitimos decir lo que expresa en su historia Garcilaso que dijo Atahualpa a Hernando Pizarro, estando en su prision: de que en su ausencia le procurarian quitar la vida el adelantado y Alonso Riquelme: otros no lo dicen. Mas lo cierto es que don Diego fué mui amado de los indios, lo que parece no hubiera sido, si le tuvieran por causante de su muerte.

CAPITULO VIII.

Pedro de Valdivia pide a don Francisco Pizarro la conquista de Chile, a cuya empresa va.—Acaecimientos hasta su ingreso al reino.

El marques don Francisco Pizarro quedó con la muerte de don Diego único gobernador del Perú y Chile, pero no tan sin zozobras que no temiese algun siniestro accidente; pues la memoria del bien amado don Diego estaba mui reciente en los suyos, quienes despues ejecutaron una sangrienta venganza quitándole la vida, como que fuesen veneradores de la deidad Postriades, a quien la antigüedad pagana rindió cultos porque infundió el furor e ira, la que en ellos permaneció hasta la consecucion del hecho, pues, como dice Erasmo, la perseverancia todo o lo mas consigue.

Pedro de Valdivia era persona de las mas distinguidas del Perú, y le pareció que tenia bastantemente obligados a los Pizarros por haberles servido de maestre de campo de sus tropas como queda dicho; y así le pidió a don Francisco la conquista de Chile, quien, conociendo su militar experiencia y amables prendas que le constituian merecedor de aquel empleo, se lo concedió, mediando tambien la razon política de evacuar al Perú de muchas personas turbulentas que podian encrespar la tormenta de aquel mar ajitado de odios y disensiones. Fué jeneral la aceptacion que tuvo la empresa, y se resolvieron muchas personas a ir en su compañía, principalmente de los afectos y obligados a don Diego; y como la esperanza es sueño de despiertos, como dice San Agustin, todos discurrian mejoras de fortuna; y con doscientos españoles, y no falta quien diga que fueron algunos ménos, salió del Cuzco a principio del año de mil quinientos cuarenta. Traia en su compañía muchos indios y ganados mayores, menores y de cerda, semilla y otras cosas competentes para la acimentacion que venian a hacer al reino.

Proseguíase la marcha con lentitud, y en el progreso de ella, las mujeres, jente de servicio y de menor edad que venian, padecieron algunas enfermedades; de que se orijinaron dicterios sediciosos que hubieran provocado al castigo a Pedro de Valdivia, a no poseer en tan eminente grado la prudencia; y los corrijió perdonándolos mejor que castigándolos, como dice Séneca.

Al ingreso al reino experimentaron notables frios, mas todo ménos de lo que padeció el adelantado. Llegaron por fin al valle de Copiapó: recibióles su príncipe con agrado por la buena memoria de don Diego. Laudable accion, pues en los hombres es frájil la de los beneficios como tenaz la de las injurias. Retuviéronse allí los españoles algun tiempo para restablecerse de las penalidades de tan prolija fatiga.

No pretendo negar unas cortas noticias a la curiosidad, mencionando varias personas que vinieron en compañía del gobernador Pedro de Valdivia, siendo mas lo que ignoramos en órden a esto que lo que sabemos: Diego de Oro, Hernando Paez, Pedro Pantoja, Francisco de Aguirre, Pedro Gomez de las Montañas, Francisco Riveros Ontiveros, Gerónimo de Vergara, Fernando Ortiz, el licenciado Peñas, don Cristóbal de la Cueva, Juan Negrete, abuelo del autor, y Francisco Cabrera.

CAPITULO IX.

Situacion del reino de Chile.—Su extension y descripcion de su famosa cordillera.

Dejarémos a los españoles en las delicias de Copiapó, y pasarémos a hacer una jeneral descripcion de Chile, reino que vienen a conquistar. Dice Casidoro: que de grandes artífices es incluir el todo en la pequeñez; y así, como pareció ménos digno el cetro en las manos del quinto Cárlos, que un anillo en cuyo abreviado círculo se incluia la extension armoniosa de un reloj, no discurro sea feliz el éxito de nuestro intento, pues no tengo dictámen tan de mi agrado como el que hago de mi insuficencia para incluir en breves cláusulas las singularidades que en él produjo naturaleza; porque el querer reducir a puntuales individualidades sus materiales grandezas, fuera formar de este asunto un dilatado volúmen. Preguntado Séneca la regla que se observaria para escribir con elegancia, respondió: que la de decir lo que bien se supiese. Esta solo será la que observarémos; pues ademas de ser regnícolas, tenemos a la vista el objeto de que tratamos.

Háblase con variedad del oríjen del nombre de Chile. Dicen unos que en el idioma peruano alude a rejion fria; otros afirman que era nombre propio de un valle y que los españoles lo hicieron jenérico, y no falta quien discurra que derivó de un pequeño pájaro, *tili*, bien conocido en el reino. La situacion de este es en la meridional América, siendo su extension desde los veinte y.... grados de latitud al trópico de Capricornio, hasta los cuarenta.... al polo antártico, pudiendo tener quinien-

tas leguas del mediodía al setentrion, no por la graduacion numeradas, sino es por las curvidades del terreno que media entre sus extremos. Su latitud es sin igual, de cuarenta leguas, de treinta y de algo ménos de oriente a poniente. Esta irregularidad la ocasiona el alejarse la cordillera en algunas partes del mar o aproximarse en otras. Los ingresos de Chile son difíciles: el del mediodía es un despoblado arenoso y dilatado, escaso de agua y desapacible. Por el setentrion(1), el canal de Chiloé, que separa aquella isla del reino, tormentoso y de un violento flujo y reflujo, émulo de Euripo, que tan fatal fué a Aristóteles. Por el oriente está la famosa cordillera, solo transitable los seis meses del año, y los restantes innaccesible por la copia de sus nieves, que sirven de horror aun a la vista. Por el occidente, el Mar del Sur, que tiene algunos puertos y caletas cómodas, y lo restante de la costa es de difícil desembarque por su braveza y arrecifes.

Hace la naturaleza algunas raridades, con las que pone en admiracion a los hombres: una de ellas es la cordillera, cuya descripcion harémos, pues es tan principal parte del reino. Es admirable por su lonjitud y latitud, altura y fragosidad, riqueza y boscajes, y nada ménos por la impenetrable terquedad de su nieve, siendo su conjunto un horroroso o deleitoso objeto. No es comparable con ella el Pelion ni el Olimpo de Tesalia; no los Alpes, ni el Apenino de Italia; ni el Pirineo de España, ni Atlas africano, ni el Líbano Oreb, ni el grande Cáucaso que, como dice Arriano, atraviesa lo mas del Asia; y solo hallamos similitud en ella. Principia desde el nuevo reino de Granada y termina en el estrecho de Magallanes, que bien serán mil y seiscientas leguas; y solo hablarémos por lo que se comprende en los términos del reino. Hácela admirable su altura, pues es tan soberbiamente elevada por algunas partes, que impiden que las luces del sol se comuniquen al occidente, hasta que fogoso y elevado mas allá de su nacimiento, se dejan ver. Su latitud es de cincuenta, setenta y aun cien leguas por varias partes, principalmente para el polo, donde sus faldas son de mas ensanche y los montes con moderacion se van excediendo unos a otros hasta su mayor altura.

Esta famosa cordillera no se compone solo de una sierra, sino es de dos, tres y aun cuatro, unas a continuacion de otras; y hai en los intermedios muchos valles de grandísima extension, amenidad y herbaje: los que de plano no ven el cielo por los crasos vapores que se exhalan, desde sus cimas lo descubren terso y sereno, mas no la tierra, porque las nubes que para abajo se miran la ocultan, teniendo por escabel muchas veces el íris que la repercusion del sol forma. Y si célebre es el Olimpo porque las nubes excede, como ponderó el poeta, no deben ser ménos plausibles estos montes, que a ellas y a él se aventajan. Es imponderable la inmensidad de su nieve: cuando ha de haber tempestad las nubes la ocultan, mas despues que con la bonanza se disipa aquel volan-

(1) Quiso decir el *austro o sur*.

te que la cubria, parece toda blanca. Es objeto deleitoso o es embeleso admirable contemplarla, pues previno la naturaleza hermosura en el horror de sus nieves, las que hacen una continuada valla de eminencias disconformes que mas parece obra del arte que de la naturaleza. Los pájaros y animales de que su vasta extension está poblada, la desamparan durante su rijidez, de suerte que en sus inmediaciones se vé mucha volatería; y moderado el rigor con el verano, se vuelven a internar por ella, con el instinto que la naturaleza les dió, de ser precavientes en su conservacion. Solo es trajinable los seis meses del año, sirviendo de sendas el cauce de los rios; y no obstante, se suelen suscitar tempestades que a los viandantes les suele ser preciso abandonar sus efectos, o con precipitada fuga evadir el peligro; y está el camino con recuerdos de temerarios escarmientos.

Plinio contempló los incendios del Etna. ¡Qué atenciones no se ha llevado tras sí el Monjivelo y el admirable Masaya en la Nueva España! Hai variedad de Etnas o volcanes en esta cordillera chilena. El padre Alonso de Ovalle en su historia, dice que hai diez y seis: no es dudable que los haya, aunque se observa singular variedad en ellos; unos se extinguen y despues se reproducen; otros contínuamente humean y con mas vehemencia en la estacion inverniza, en que solia ser notable el de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, asemejándose a una nube mui opaca y tan sólida que prevalecia contra la impetuosidad del viento. El volcan de Allipen vomita fuego, y al de la Silla Velluda le vimos no há muchos años exhalarse con tal violencia, que descantillándose la roca por ser estrecha para tanta llama, corrió mucho espacio con un ímpetu espantoso, permaneciendo veinte dias en contínuo incendio, quedando por vestijio de su aborto un campo de escoria que el dia de hoi se vé.

No es ménos admirable por las minas de oro y plata que en ella hai, y manantiales bituminosos, minas de sal y baños de aguas.

CAPITULO X.

Apacibilidad del cielo de Chile y sus benévolos influjos.—Descripcion de sus rios y despeños de aguas.

La magnitud de los orbes celestes nos manifiestan el poder de su divino artífice; sus regulares movimientos, su sabiduría; y la redundancia de sus benévolos influjos, su bondad. Los sabios de Ejipto decian que el sol era hijo visible de Dios invisible, porque necesitando el mundo de varias estaciones para mantener su virtud, lo ejecutaba con mutuacion casi insensible, porque fuera nociva si fuera repentina.

El comun sentir de desinteresados, es que el cielo y suelo de Chile, si tiene igual, no superior en el orbe. Omito equipararle con otros reinos del uno y otro hemisferio, porque fuera prolongado asunto, y quizá odioso; mas en cuanto a su hermosura y brillantez de las estrellas, a lo terso y resplandeciente del cielo, es manifiesta la ventaja, que será la

3

causa el buen temperamento y pureza del aire. Y aunque es copiosa la abundancia de rios, corren con rapidez y sin rebalse, lo que pudiera causar gruesos vapores.

Creó el artífice soberano a la cordillera chilena para su fecunda amenidad: nace de ella especialmente y de otras serranías, tanta copia de manantiales, arroyos gruesos y rios de mayor y menor caudal, que fuera difícil reducir a número su imponderable muchedumbre. El padre Alonso de Ovalle dice en su historia, que hai doscientos de los mayores, moderados y menores: Don Jorje de Ilumbe, en el proyecto que presentó al rei el siglo pasado, no se aleja de este número, ni tampoco Pedro Ugarte de la Hermosa en su manuscrito histórico. De suerte que habrá dicho número aun con exceso, siendo muchos por la cordillera, ménos en el intermedio del reino, donde ya corren incorporados, y algo mas minorados al ingreso del mar, su ocaso; adonde ya llegan muchos que pueden pasar por navegables, como el rio Maipo, que tiene barco y puente para su manejo y beneficio; pues tienen fácil saque sus aguas para el riego del pais y son saludables por la zarza que marjena sus riberas. El rio de Rapel se compone del formidable Cachapoal, que es de los mas caudalosos y rápidos del reino, y del Tinguiririca; el de Mataquito, que se compone de Lontué y Teno. El rio de Maule, que fué lo último adonde llegaron con sus armas los monarcas del Perú, diez y seis leguas del mar mantiene embarcacion para su manejo, siendo su émulo Loncomilla, con que se incorpora, y solo transitable en balsas. El rio de Itata, que desde que se junta con el de Ñuble, solo es capaz de barco o balsa. El grande Biobio, que es el mayor de Chile; júntasele el de Vergara, que es de notable profundidad, y el de la Laja de mucha anchura. El rio del Lebo, bastante caudaloso, y el de Paicaví nada ménos, y Tirua, y el hermoso rio de la Imperial, Chilli y Tolten, tan rápido como caudaloso, y sin vado desde la cordillera al mar. El rio de Valdivia es capaz de embarcacion de cualquier porte, y algo ménos caudaloso es rio Bueno, y el de las Canoas, que corre inmediato a la arruinada ciudad de Osorno.

No pudiera ser perenne tanta muchedumbre de rios con ménos nieve que aquella que se deposita en lo profundo de los valles de las cordilleras y en lo elevado de sus cimas: esta hermosamente se vé y aquella cautelosamente se oculta; y próvida la naturaleza previno la una para la abundancia y la otra reservó para la escasez, y así siempre hai para el caudal de sus rios; y son mas los que corren para Chile que no para la provincia de Cuyo, porque en su opulencia y amenidad se quiso esmerar su fortuna; y así no se vé pais de igual elevacion al polo tan abundante de aguas. Y si el Tígris y Eufrates ocasionan la fertilidad de Mesopotamia, y el Nilo la de Ejipto, no es mucho que tantos con tanta copia de fuentes causen la de Chile. El ornato del mundo, en cuanto asímismo dice San Agustin que es hermoso, en Chile pasó a ser divertido con el despeño de algunos rios que se precipitan de sus elevados cáuces con pavor divertido a otros inferiores: tal es el de Aconcagua, Dañecalque, Itata, Güequen, Miginco y el del rio

de Laja, que corriendo por un plano que parece de pulida cantería, en él se forman varias pozas, con tal propiedad que pudieran pasar por advertencias del arte, mas que por descuidos de la naturaleza, y faltando la solidez de la roca, se despeña como de cincuenta varas de alto. La peña está tan lisa y derecha desde su cima al pavimento, que hace viso de artificial construccion en forma de semicírculo, y parece que la tierra se conmueve en aquella circunferencia, y es menester violentar la voz para entenderse. La niebla que levanta la repercusion de las aguas y el aire, se vé de ocho leguas y en la inmediacion equivale a una pequeña pluvia ; y al ponerse y salir el sol se ven dos o tres arcos de alto en bajo con toda su perfeccion. Son dos los despeños que el rio hace, inmediato el uno del otro.

CAPITULO XI.

De los lagos que hai en Chile y de su templado clima.—De los frutos de cultivo que los indios tenian y frutas que producia el pais, y de los ganados y animales que en él habian.

Dice Senoras, que las obras de Dios se han de exaltar y alabar, y que los arcanos de los reyes se han de ocultar.

No son ménos los lagos en Chile que lo son los rios, guardada proporcion, pues solo entre la corta distancia de Biobio e Itata, se hallan mas de veinte. Lo laudable es que ni todos en jeneral, ni cada uno en particular, tengan malignas influencias o nocivas cualidades, como el Averno inmediato al golfo de Bayas, en Arcadia el Feneo, el Alfatite en Palestina, y la Estijia en Sicilia. Ante todo son abundantes de peces, como lo son los rios y arroyos gruesos de Chile. El de Villarica tiene de retorno diez leguas, y en el medio dos isletas peñascosas, cómodas y deleitables; su ribera en partes es despejada y en otras de arrecifes; su desagüe es Tolten, un caudaloso rio y solo trajinable en canoas. El lago de Butanlebu tiene veinte leguas en su circunferencia; hácelo o recrécelo el rio de Puren, como en Italia el Mincio el de Mántua: corre con curso contrapuesto, pues naciendo en las serranías de la costa, jira para la cordillera, como alejándose del mar, para pagar despues mas copioso su tributo. Entre las cordilleras hai dos copiosos lagos de enorme profundidad y extension: de el uno sale el caudaloso Biobio, y del otro el rio de la Laja. El lago de Ilicura está entre ásperas serranías: se asemeja al mar en la contínua ajitacion de sus olas, abundancia de pescado y volatería : bojea como veinte leguas, y su desagüe es el caudaloso Paicaví. El lago de Ragilgue es algo menor y sale del rio de Lleulleu, que se maneja por puente: no es tanto su caudal, como es tanta su rapidez. El lago de Tirua es salobre: hai en él varias isletas y en ellas agua dulce, y así parece que se contrapone la naturaleza a sí misma ; mas, como dice Aristóteles, no hace cosa en vano, ni falta en las necesarias, ni es demasiada en las supérfluas: sale de él el rio del mismo nom-

bre. El lago de Tagua-tagua tendrá doce leguas de circunferencia. El de Cahuil tendrá veinte y seis: no solo hai en él pescado, sino marisco; comunícale el mar esta abundancia. El lago de Aculeo es de singular hermosura y extension: las márjenes son pastosas y mui amenas, sobre ser mui despejado; tiene un islon en medio de sus aguas, cuya inspeccion lo hace mui divertido. Los pejereyes que en él hai, son célebres. Hemos hecho solo recuerdo de los mas notables.

No hai placer que se ofrezca a los sentidos, que no se pueda gozar en este reino, pues en él compite la amenidad con la abundancia. El aire jeneralmente es sano como su temperamento, en que hai poca variacion no obstante su extension. El que cae al trópico es algo cálido, y el opuesto al polo, frio; mas ambos con moderada intension, pues a la sombra no fatiga lo cálido, ni a cubierto incomoda lo frio; pues no se experimentan las nieves que en el ártico en igual altura, y el intermedio es templado. Esta benignidad aun en la rijida estacion, es propicia a los hombres, ganados y animales; pues nunca se cubren los campos de nieve.

Las plantas y frutos en que se afianzaba la mantencion de los indios, ántes del ingreso de los españoles al reino, eran las papas: háilas de varias especies y poca disimilitud. Los frejoles, el maiz, la quínua, la teca, el ají y el madi, de que se saca aceite no desagradable; estas eran de cultivo y de produccion natural. Los lagües, comida gustosa, a quienes la naturaleza les previno varias cubiertas, los gadus, los guanques, los coltos y el liutu, que es deleitoso y delicado, los changedes y leures y otras especies de ménos cuenta. Es imponderable la abundancia de frutilla fresca que producen los campos desde los treinta y seis grados para el polo.

Desde el principio de la vida fué perenne desvelo para la Obnipotencia prevenir socorro a la necesidad, haciendo que produjese los frutos la tierra sucesivos; y así dice San Pablo, que nos amó Dios desamándole nosotros. Habia diversidad de frutas, que producian los árboles del campo y hoi las llaman los españoles silvestres, como la murtilla, que se asemeja a granada mediana, coronada como reina de las frutas; es fragante y gustosa y es especial hasta su flor; comienza su abundancia desde los treinta y seis grados, como asímesmo la avellana, que es semejante a la europea; su flor es de las mas singulares y delicadas que produjo naturaleza, y en los árboles se hallan a un mismo tiempo las tres gracias de pimpollo, fruta y flor. El peumo es fruta gustosa; el maque, el molle, el güigan y el luilo aplican para sus brebajes los indios. Los pinos son desemejantes de los europeos: la hoja es una aguda espina que del tronco sale; la piña es grande, y los piñones son gustosos y apetecibles y de mucha mantencion; principia su abundancia desde los treinta y siete grados, y críanse en las fragosidades y en lo mas pendiente de los riscos.

Dice el filósofo Difilo, que la naturaleza impuso a los animales ciertas leyes, que debieran servir de enseñanza a los hombres para vivir y políticamente gobernarse: sirva de confusion a la humana soberbia, de que

podemos aprender de los brutos, cuando nos desdeñamos de que nos corrijan los hombres.

De los animales cuadrúpedos que en Chile habian, uno de ellos es el leon, jeneroso y piadoso, como dice Solino, no como los de la Libia y Etiopia, sino de mui moderada grandeza. Habitan en los bosques en los tiempos nebulosos, hacen sus presas en ganados menores y bestias sillares, huyen de los hombres, y perseguidos, se suben a los árboles mas robustos. Los huanacos habitan en los lugares áridos y en las cordilleras; no hai caballo que en la carrera los iguale; con el esputo se defienden y ofenden; andan atropados; críanse en ellos las piedras bezares. El chilligüeque es un animal doméstico; tiene una lana lustrosa y suave. Hai en la cordillera algunos venados y vizcachas. El güillin es animal anfíbio; tiene lana corta y mui fina, y el coipu es de la misma suerte. Hai muchas raposas y un animal mediano llamado chingue, de un orin tan pestilencial que hasta a los perros los encalabrina y huyen de él: estas son las armas de su defensa.

CAPITULO XII.

Fertilidad de Chile y sus frutos que produce.—La abundancia de sus ganados y jenerosidad de sus caballos, y reflexion que hace en órden a su conquista.

El sol solo sabe caminar por la eclíptica con acierto, sin subir a las borealtas estrellas, ni descender a las australes: los demas planetas, como desavertidos faetones, no se afirman en el medio, y así se llaman errantes. Si esto sucede en los astros ¿cómo no errarán los hombres?

Parécenos que será acierto el tratar ya de la fertilidad del reino y desembarazarnos de este ramo de la historia; y para poderlo mejor hacer, suspenderémos la narracion de Chile jentil y tratarémos de Chile ya católico con el establecimiento de los españoles, pues entónces se manifestó mejor su abundancia. El trigo se da jeneralmente en todo el reino, y en muchas partes de él rinde ciento por uno, lo que ha sido exámen de nuestros ojos y no de los ajenos: esto es que con neglijencia se cultivan los campos, como bien lo notan y aun admiran los europeos. Las campañas de tan grato terreno, son las de Taiguen en Quechereguas, las del Larque, Ñuble y Perquilauquen, las de Chanco, la Navidad y en el fértil valle de Copiapó y en otras muchas partes de la cordillera y costas de los dos obispados del reino, de donde se extrae anualmente notable cantidad y se navega para la ciudad de los Reyes: de suerte que suele ser nociva su abundancia, pues muchos no lo siembran porque el bajo precio no suele dar los costos. Cosechanse muchos cáñamos, de donde se proveen los navios que navegan el Mar del Sur. Abundan mucho las legumbres, buenas por excelencia, como lentejas, garbanzos, cominos, anis, azafran y orégano, lo que se extrae del reino para el Perú.

Las almendras solo se dan en Chile, y no en otra parte de las dos Américas, de donde se provee toda la meridional. Abundan mucho las nue-

ces, limones y naranjas, y toda esta especie de fruta en toda su extension. Hai muchos olivos de singular robustez y excelente fruto, granados, higueras, que hasta los treinta y cinco grados dan con imponderable abundancia; y hasta la misma altura fructúan las palmas, que habiendo hallado el terreno mui propicio, han pasado a ser bosques; y con mas notable exceso los hai de manzanos desde los treinta y seis hasta los cuarenta grados, que se pueden numerar a leguas, sin que basten los hombres, animales ni aves a extinguir su fruto, alcanzándose en algunas partes de abrigo el fruto a la flor. De guindas, melocotones y duraznos de varias especies abunda mucho el pais hasta los treinta y ocho grados, de suerte que se ven algunos prados cubiertos de esta fruta, habiéndose criado estos sotos sin ninguna solicitud ni cultivo; y aun todavía es mas notable la abundancia de membrillos y lúcumas, y de esta especie hai unas singulares en Coquimbo, que solo las produce aquel pais; hai albarcoques, tunas, peras de varias especies, y mui delicadas ciruelas.

Dice Esculapio, que el vino iguala á la potencia de los dioses: háilos en el reino con abundancia, mas de igual jenerosidad. Son los mas electos, los que se dan en las inmediaciones de las riberas de Itata y jeneralmente en la jurisdiccion de su distrito, y en algunas partes del partido de Maule, como en Cauquenes, Pichinguileu, Villavicencio y otras; y hablando con sinceridad y sin empeño, en lo delicioso y delicado y conjunto de su bondad, si no exceden, pueden competir con los de mas celebridad del orbe, y así se aprecian para traficarlos fuera del reino. Nunca la naturaleza anduvo escasa en amonestarnos lo que nos sirve con el majisterio de sus obras: mucho se mejoró en Chile el elemento de la tierra con el ingreso de los españoles, pues trajeron los ganados mayores y menores, caballos para mas anualmente soportar la vida de la humana vida, en que no han sido ménos interesados los indios que los mesmos españoles; y el pais ha sido tan adecuado para su procreacion y aumento desde los treinta y un grados ascendiendo al polo, que es imponderable la abundancia de vacas, ovejas y cabras. Bien se puede inferir lo que se mata, por lo que anualmente se extrae de sebo para el Perú, pues, segun regular cómputo, son de treinta y cinco a cuarenta mil quintales, fuera de lo que se consume en el abasto del reino; y los cordobanes llegarán a doscientos mil, proveyéndose de Chile el Perú y las provincias de Cuyo, Tucuman, Paraguai y Buenos-Aires. Abunda el reino de muchos y jenerosos caballos. Cese la voz y hable la fama de su bondad: valen poco, y las yeguas a mui ínfimo precio. Los asnos y principalmente las hembras, hemos visto venderlas a tres reales. Abunda mucho el ganado de cerda, y no ménos las aves caseras. Es el reino por lo jeneral mui abundante de pastos, y mas y mejores miéntras a mayor altura, y tan crecidos que el ganado menor se oculta en ellos, y tan adecuados para la crianza que la carne es mui regalada.

Todo jénero de hortalizas se dan crecidas y con grande abundancia, no habiendo extrañado el pais; ántes sí, algunas se han mejorado que se dan mas crecidas que en la Europa, sobre que pudiéramos producir al-

gunos ejemplos, que omitimos por no hacer mas prolija narracion, sino es una breve pausa para alabar la divina Providencia de que hubiese amanecido en este reino su misericordia con espirituales y temporales mejoras, y se disipase el tenebroso cáos de brutalidad en que sus naturales vivian, por medio de maravillosos incidentes que procedieron al ingreso de los españoles; y siguiendo al político Cornelio Tácito, que hace profundas reflexiones aun sobre pequeños accidentes, harémos algunas, como lo fué la liberalidad del adelantado don Diego de Almagro en las excesivas impensas que para el descubrimiento y conquista de Chile hizo, y mucho mas el donarles a sus deudores lo que le satisfacian, siendo tan notable la cantidad con imitable ejemplo; no alterarle el tránsito de la cordillera en tan ríjida estacion, lo que ántes ni despues se hizo, digo se vió; el jeneroso impulso de Pedro de Valdivia, a quien no amilanó su escasez de medios para tan árdua empresa como la conquista de este reino; pues, como dice Séneca, ninguno vale mas en la plaza de lo que tiene en arca, bien que su capacidad sobresaliente y singulares talentos le hacian digno de tan osado empeño: de lo que carecia Pedro Sanchez de la Hoz, [que] en virtud de merced del Emperador se juzgaba acreedor de esta conquista y segun el dictámen de desinteresados, en la mayor parte del reino bien fundada causa; cuya exclusion fué venturosa a Chile y fatal al excluido, como despues dirémos.

CAPITULO XIII.

De las aves terrestres, marítimas y palustres.—Dase noticia de los árboles mas especiales que produce el pais, y de la abundancia de su costa, y de singulares simples que en él hai.

Proseguirémos la narracion de Chile en su bárbaro sistema. El elemento del aire no mejoró de fortuna en el ingreso de los españoles: siempre fueron unas mesmas las volátiles que poblaron la baja rejion, salvo las palomas. Principiemos por el águila, pues sin que le deslumbre el esplendor del sol ni la copia de sus luces, le mira una hora sin intermision, como dice Aristóteles: hai muchas y en poco disímiles de las europeas. El cóndor, ave voraz que se alijera con el vómito, y tan audaz que, haciendo círculo de sus alas, acomete a los vítulos; hai garzas y cigüeñas, cisnes y gran diversidad de patos, y entre estas palustres puede numerarse el piuquen, singular ave de caza. Abundan mucho las palomas, torcazas, tórtolas y zorzales: el pájaro carpintero es negro con un airon de plumas carmesíes en la cabeza, lo que notablemente le agracia; cavan contínuamente los troncos con la agudeza de su pico, y el golpe es violento y estrepitoso, pues se percibe de distancia; otros hai menores que aunque vistosos, no de la gallardía de los primeros. Los papagayos exceden a todas las aves en su muchedumbre: son nocivos, y mas lo fueran, a no ser tanta la apetencia de sus polluelos, que son de sin-

gular gusto, olor y sabor. Hai abundancia de perdices y finos alcones, y otras mas aves de rapiña. La pingüida o picaflor es pájaro pequeño; el color es entre verde y anteado, con un jénero de tornasol que le da visos de bruñido oro; el macho se distingue de la hembra en que tiene en la cabeza no sé qué fogoso carmesí que hace visos de anima la llama: andan de flor en flor, en contínuo y presuroso movimiento, sosteniéndose en el aire; los inviernos se adormecen con accidentes de muerte, sin ejercer accion vital, y solo con la experiencia que hemos tenido, pudo haberse convencido nuestra incredulidad.

Y porque en la república de las aves no faltasen canoras que alabasen a su Creador o excitasen a los hombres a ello, pues nos dice por San Mateo que las miremos, hai varias en Chile. La calandria es pájaro desairado a la vista, mas de una melodiosa armonía, con quiebros de alto, bajo y tenor, que es embeleso oirla. El jilguero, el ruiseñor, la loica y el tordo, que es de tanto cariño a su dueño que, suelto, vuelve al amor de su prision. La diuca canta con grande armonía al primer albor del dia, con otras muchas en admirable concierto, lo que dura en su mayor fervor la estacion de primavera. El pidén y el zorzal cantan al ponerse el sol, porque no falte música a su ocaso. Tambien previno la naturaleza que hubiesen algunas nocturnas, como la del quillquill y el nuco, alternado de uno en otro, mas en melancólico metro: es pájaro abultado; sobresálenle unas plumas que parecen orejas. El guairabo y el chuid tambien son nocturnos. El tegle o el fraile, segun su vulgar voz y no sin alguna similitud, es pájaro que nunca pára en árbol, y de notable vijilancia, pues con rumor y sin él igualmente graznan de dia y de noche.

El pájaro que llaman flamenco, es ave de mar, entre blanco y rojo, de corto vuelo, alto y corpulento. El pájaro niño tiene la similitud de muchacho fajado; no vuela porque no tiene plumas; tienen sus horados en la orilla del mar, donde habitan; no son de huraña condicion; tiene un fuerte y natural tejido de pluma corta y felposa que con dificultad le cala la punta mas aguda. El pico de alcatraz es marítimo y el mayor de los costinos, y su gravedad es embarazo al vuelo; el pico es grande y mucho mayor su buche, de que se hace lanternas por lo que esclarece la luz; vense despues de las tempestades, y sin ellas rara vez.

Es el mar el hospedaje de los rios y la fuente de las aguas; es el socorro de las necesidades y liga con que se unen los pueblos separados, no obstante de ser la mas falsa e inconstante, como dice Pitaco. No nos apartarémos de sus playas sin decir algo de sus peces y mariscos; pues la naturaleza es poderosa y en sus producciones varia, el mundo grande, de suerte que con frecuencia llegan a nuestra noticia varias cosas que ignoramos. Es abundante de pescado de várias especies, como es el róbalo, que es peje mui delicado, gustoso y mejor miéntras a mas altura. El cauque, el roncador, el lenguado, la vieja, el tollo, pejegallo y cabrilla, el pejerei, la liza y el atun, y algunos que tal vez se cojen no conocidos; y no solo son abundantes las aguas, sino las playas, arrecifes y peñas.

Críase en ellas una yerba que llaman luche, de cuarta o tercia mas o ménos, crecida por primavera que es su tiempo, y entónces se arranca de ellas, y seca es vianda gustosa y aun apetecida para afuera del reino. La ostra y el pico de papagayo es marisco regalado, como el choro y la cata y piur, y mejores miéntras mas al polo. En las cholguas se crian perlas y algunas de buena oriente. Tambien son apreciables los locos, los erizos y otros muchos en toda la costa de Chile y principalmente en la de Arauco. Arroja el mar ámbar a sus orillas cuando está tempestuoso, mas la pajarería lo agota, y la omision pierde lo que podia aprovechar el cuidado. Es maravilla sin término, bien ponderada del P. Seneri, que albergándose en el aire, en el mar y en la tierra tantos animales diversos, a ninguno jamas le falta con que vivir.

Los árboles mas especiales que producen los bosques de este pais, los cuales principian a ser mas frecuentes desde los treinta y cinco grados, son los cipreses, que los hai de una enorme grandeza; los laureles, a quienes honró tanto la antigüedad pagana y, segun su sentir, los exceptuó de los fulminantes rayos, como dice Suetonio: es singular y notable la abundancia que hai, y de mucha corpulencia. El reuli es una especie de cedro bastardo; el choigue, que es mui robusto; el roble o pellin; la patagua, es árbol de mucha elevacion y frondosidad; el incorruptible alerce, que a todos excede en su grosor: su resina es un finísimo incienso; el canelo, no sin alguna similitud al del Oriente, aunque en esto se le aventaja la corteza del boldo, y aun casi puede equivocarse, lo que tenemos por experiencia; el guayo es madera fuerte y colorada, y el michai, amarillo y de flor mui fragante; la luma, el guayacan, algarrobo y el litre, puede alguno de ellos competir con la fortísima tiga de Filipinas; el maiten es hermosísimo y frondoso, tiénenle por el sen; el culen es árbol mediano y mui medicinal, repútanle por el té, y si no es, la hoja se le asemeja; la guillipatagua tiene la hoja que se equivoca con la yerba del Paraguai. Hai cuatro especies de arrayanes; el colcolen es árbol moderado, que produce una flor amarilla y mui delicada a copos, que abunda tanto que ofusca el verdor de su hoja, de un fragante tan suave y sin fastidio que es imponderable; percíbese de ordinario mas por el olor que por la vista, y esto no en la cercanía, sino en la distancia; es de lo singular y raro que la naturaleza produjo; no da fruto alguno, ni es de aprecio la madera, y solo parece que este fué su destino, y solo los hai desde los treinta y seis grados para el polo. Los espinos, que los hai muchos descendiendo para el trópico, es madera fuerte y tambien da su aroma de apacible olor. El notul es árbol vistoso que da una flor carmesí a racimos, que se hace mas agradable entre el verde oscuro de su hoja.

Abunda este reino de muchas plantas de singular virtud, siendo mas fecundas y vistosas en la inmediacion de la cordillera, principalmente lo que es herbaje. Hai muchísima violeta y orozuz; lo uno y otro se extrae del reino despues de su reciente conocimiento. Abunda la zarza y polipodio; el cachanlaguen, que es la centáurea, y el nanculaguen,

la viravira y doradillas, el quilenquilen y otras muchas plantas de singular virtud, cuya narracion la omitimos por prolija. Y no abunda ménos de tinturas, las que puso la naturaleza en diversas plantas y árboles, principalmente el relbun, que es para el carmesí, de que hai notable abundancia.

CAPITULO XIV.

De los primeros habitadores de Chile, del númen de su adoracion, y lo que creian de la inmortalidad del alma.—La dispersion en que vivian, sin leyes ni sujecion alguna.—De su apetencia a la embriaguez.—Disposiciones que precedian para la paz y la guerra, y de sus hechicerías, etc.

Mísero a todos visos era el estado en que se hallaban los indios habitadores de este hemisferio chileno, cuando el ingreso de los españoles a su conquista. Faltábales la razon, que, como dicen los jurisconsultos, es una virtud callada, fija y colocada en el entendimiento de los hombres. De primeros pobladores de este reino, por dónde o cómo a él viniesen, nada sabian, lo que denota el que fué en siglos mui remotos de su memoria: a esto induce lo poblado que el reino estaba, cuyos vestijios permanecen en el dia de hoi entre bosques y cordilleras, no sin admiracion de los que notan que en lo presente se tuvieron por inhabitables, lo que tenemos mui observado.

El númen a quien su barbaridad rendia lijero culto, porque no habia ningun exceso en su relijiosidad, llamaban Pillan, y decian que habitaba en la cordillera o volcanes, haciendo el trono de su deidad los horrores del fuego y humo, y decian que los truenos, rayos y relámpagos eran efectos de su poder o indicios de su indignacion; y cuando esto sucede, le invocan a voces, mas con placer que con temor. Solicitan tenerle propicio en los casos árduos, principalmente en la guerra al tiempo de acometer a los enemigos. Vibrando la lanza, le llaman a voces; ceremonia que acostumbran, no solo para implorar su favor, sí tambien para expulsar el pavor y que les dé espíritu de audacia y vigor, lo que no omiten aun en sus juegos de chueca.

La antigüedad pagana colocó a los héroes entre los hombres y dioses, haciéndolos mas que aquellos y ménos que estos; en cuya línea tenian los indios a la Anchimalgüen, que decian les noticiaba de lo adverso para precaverlo o de lo próspero para celebrarlo: reputábanla por su deidad tutelar. Creian la inmortalidad del alma, sin pena ni gloria, estando persuadidos que los que morian iban a la otra parte del mar, donde se alimentaban de cierta especie que llaman *peñis*; y en los sepulcros se les ponian vasijas de chicha y vianda para su viático, y algunas veces sus armas, que nunca las desestimó su jenio marcial, bien así como los romanos dominadores del orbe, que ponian monedas a sus muertos para pagar el portazgo de Aqueron en la Estijia. Tenian noticia del universal diluvio, bien que adulterada con ridículas circunstancias, como el que ciertos montes a quienes llaman *Thegtheg*, que el dia de hoi

aun los mencionan, crecian excediendo siempre a las aguas, y que en ellos se libraron algunos, de los cuales se habia multiplicado el linaje humano.

Usaban la pluralidad de mujeres, y las usan, teniendo tantas cuantas eran posibles a su caudal, para cuyas impensas ayudaban los parientes, quedando los padres y consanguíneos gratificados, y solo de esta suerte las hallaban: singulares desposorios que aun hasta el dia de hoi usan, pues en ellos no se pintan lienzos de dotes, ni se finjen hermosos y amables los novios, y ellas quedan en servil sujecion; bien que, como dice Eurípides, la mujer indotada tiene poca libertad de hablar. Por lo jeneral heredan los hijos las mujeres, exceptuando del lecho a sus madres. Mas la educacion de ellos en todo es bárbara, licenciosa y descomedida, desacatando a los padres, y la de las hijas no ménos neglijente, no reputando sus padres este cuidado por digno de su atencion, o porque quizá los maridos no reputan en que vayan incorruptas al tálamo, o porque ni aun con el pensamiento quieren gravar su flojedad o pereza, que, como dice el maestro Medina, es caimiento del corazon para el bien obrar, y tristeza y hastio de las cosas.

Es veloz el flujo de la vida, pues dice Job que el hombre huye como sombra y nunca permanece en un mismo estado. Los indios de este reino vivian dispersos por todo él, bien que pobladísimo, jeneralmente en Mapocho, que es el contorno y asiento de la ciudad de Santiago, y desde el Biobio hasta el extremo del reino al polo. No tenian leyes para políticamente gobernarse, ni gobierno democrático, aristocrático ni monárquico; aunque los que eran de alguna familia o parcialidad, miraban con algun jénero de atencion, no subordinacion, al mas anciano y de mas racionalidad, que con el transcurso quedaron de caciques sus descendientes; y los mas eran despreciados, y en sus contínuas embriagueces los ultrajaban, en donde todo era excesos y se cometian homicidios y enormes fratricidios, los que aun al presente se ejecutan, porque la apetencia que a beber tienen, es imponderable y lo mismo en lo presente, jeneralmente los de la otra parte del rio de Biobio. Para cultivar sus campos, sembrarlos y cojer su fruto, hacian sus chichas para sus convites, que todo terminaba en bebezones, que, como dice Caton, es locura voluntaria.

Lo mesmo ejecutaban para la construccion de sus casas y estreno de ellas, curacion de enfermos y sepultacion de muertos, recepcion y hospedaje de amigos, celebridad de sus desposorios, y en los juegos de sus divertimientos; y lo que mas es, [en] los importantes manejos de la paz o de la guerra, para cuyos efectos, la propension del jenio de esta nacion en su belicoso clima, tenian ciertas modales recibidas de comun consentimiento, que aun hasta el dia de hoi las observan.

Hai ciertas personas a quienes llaman toquis, los cuales en la paz no suponen nada, mas en la guerra hacen la primera personería, no solo para el consejo, sino para el comando de las tropas. El modo de convocarse para la guerra o sublevacion que ya se ha deliberado, es con una

flecha. Esta pasa de un correspondiente a otro con cierto número de nudos en un hilo, siendo el postrero el del último plazo para tomar las armas; y así con gran cuidado desatan uno por dia, quedando obligados a esto todos los que la han recibido; y lo que es admirable y digno de la mayor ponderacion, es el indispensable silencio que observaban, sobre lo que pudiéramos producir notables ejemplos. El padre no le hacia partícipe al hijo, ni este a su padre si recibia la flecha, ni el marido a la mujer. Túvose por caso notable que hubiese secreto entre doscientos hombres por un año, cuando la proclamacion del rei don Juan el Cuarto al trono de Lusitania: esto se vé con frecuencia en Chile, observado por esta nacion aun entre mayor número. Dice Quintiliano, que no hai virtud mas dificultosa que la del silencio; y así los ejipcios adoraban a Harpócrates como dios de él, como dice Catulo, y los romanos, entre la vanidad de sus dioses, rendian cultos a Agenora como diosa del secreto, segun Macrobio; de suerte que con una admirable metamórfosis se transformaban estos bárbaros en sabios, pues, como dice Pitágoras, es el traje y vestidura de ellos el sijilo.

En la formacion de estos proyectos matan un chilligüeque negro, porque aun en el color quieren que sea funesto; sácanle el corazon, de cuya sangre gustan todos los que se juntan a estos congresos, adonde siempre llevan su ramo de canelo, árbol de su veneracion y que de él usaban en las determinaciones de guerra y paz. Tambien usan de él sus hechiceros, cuando solicitan el patrocinio de su Pillan o del demonio, quien visiblemente les habla por medio de sus machis, quienes eran mui respetados y temidos, porque jeneralmente estaban imbuidos, y aun de presente no exemptos, de que los mas que mueren es por maleficio; y consultados, culpan por actores a los inocentes, de que se orijinan muchas disensiones unos con otros, pidiendo la satisfaccion de estos ocultos homicidios. Es cosa notable y digna de toda ponderacion, que para la guerra deponen sus domésticos intereses y particulares querellas, y teniendo tanta propension a la embriaguez cual es ponderable en ella, se vuelven sobrios y precavientes, como la nacion mas política lo pudiera ejecutar.

CAPITULO XV.

Dase noticia del jenio y costumbres de los indios y su sin_ular valor.—Reflexion que [en] órden a esto se hace, y de sus juegos, que son belicosos ensayes.

Ciceron da la honra de la invencion de la guerra a su diosa Palas, y que por esto fué llamada Belona; Diódoro Sículo dice que Marte, y por eso lo llaman dios de las batallas. Sin duda domina este belicoso clima, pues el jenio de los indios es marcial, lo que ha notado la experiencia de los treinta y seis grados para el polo y de estos para el trópico, y hace bien ver cuán vária es la condicion de los hombres, y que la voz comun suele hacer justicia en sus elojios, y que de su valor los tiene esta nacion bien

merecidos. Son de promediada estatura y robustos, ménos los cordilleranos, que en lo uno y otro los exceden. Toleran sin fatiga las inclemencias mayores, y para recrecer su furor ensangrientan las armas con sangre de sus enemigos, a quienes hacen guerra cruel, y contra el derecho de jentes sin cuartel, quitándoles la vida a los prisioneros de tiempo en tiempo, sin que el interes, el ruego ni servicios aplaque su fiereza, pues es lo mesmo que cantar a tigres de melodía.

La incredulidad es produccion de la ignorancia, y porque no parezca inmoderada alabanza la de su valor, hable la experiencia, que el fin de ella es la verdad, como dice Aristóteles; pues no será digresion del asunto, reflexionar sobre el carácter de esta nacion desde los siglos pasados hasta la presente centuria. Los monarcas del Perú sujetaron a su imperio muchas naciones de esta meridional América, mas al rápido curso de sus conquistas se opusieron los indómitos chilenos, sin que pudiesen penetrar sus armas del rio Maule adelante, no obstante que mantenian cincuenta mil hombres de tropas arregladas con el destino de esta conquista, la que ciento diez años ántes principió el Inca Yupangui. Sujetaron en breve tiempo los españoles los tres poderosos imperios de este americano hemisferio, el del Perú, Méjico y Bogotá, y no han sido suficientes ciento noventa años que há que principió esta conquista, para terminarla soyugándolos, ni el excesivo dispendio de cincuenta millones y mas de veinte y cinco mil hombres de reclutas, ni la mucha efusion de sangre que hubo, habiendo hecho el rei el siglo pasado el honor a esta guerra de que fuese de igual mérito a la de España, Flandes e Italia. Hoi poseen el espacioso jiro y noble porcion de Chile que hai del rio de Biobio hasta el canal de Chiloé, que serán ciento y cincuenta leguas de lonjitud y de latitud de mar a cordillera, donde solo tienen los españoles la plaza de Arauco y la de Valdivia, y viven en lo presente con realidades de independientes y en su apetecida libertad. Y lo que mas es, se hacen paces con ellos como con potencia extraña, y con indecoro de las armas. No me atreveria a decirlo si el rei así no lo expresara en su real cédula dirijida al Exmo. señor don Gabriel Cano, teniente jeneral de los reales ejércitos y presidente que fué de Chile, consultándole el modo que pueda haber para terminar esta guerra y conquista; sobre cuyo asunto remite un proyecto a S. M., el que podrá ser agreguemos a nuestra historia.

Hoi se ven las ruinas de ocho ciudades, que recuerdan tristes memorias de lo que fueron, como la historia mas latamente nos lo hará ver, sin que en la sufrida esperanza de ciento cuarenta años que há que se perdieron, haya habido el consuelo de su restablecimiento, y cuya pérdida de lo sacro y profano se puede remunerar a millones, la cual no han experimentado igual los españoles en Indias; cuyos hechos bien denotan si es despreciable su valor y singular conducta. Sus resoluciones son premeditadas y las resoluciones prontas; coadyuva a esto los muchos y jenerosos caballos que tienen y el no llevar equipajes en sus tropas, sino en el respaldo de sus sillas la precisa manutencion, mostrándose siempre

intrépidos, constantes y despreciadores atrevidos de la vida. Bien lo ha manifestado la obstinacion con que por casi dos siglos se han opuesto a la dominacion española con criminoso teson; y aunque muchos han tenido en desprecio a esta razon, han experimentado lo contrario, y fuera ofensa de la justicia el faltar a esta verdad que tan fatal ha sido al reino; y creo que no ha sido excederme el correr algo la pluma.

Dícese de Vespasiano que con el milagro de su magnificencia hizo dos obras que habiendo excedido las mas magníficas, solo entre sí competian, que fueron el Templo de la Paz y el Anfiteatro: este solo con el designio de que aquel pueblo dominador del orbe, en su mesma diversion, hallase ensayes de guerra, ya con lid entre los hombres o ellos mesmos con las fieras. A esta similitud, los bárbaros chilenos usaban el juego de chueca, que es un bélico ensaye, cuya invencion dice bien con el jenio. El campo de esta batalla es un plano de mas lonjitud que latitud, designado con ramos verdes en toda su circunferencia. Juéganle con igual número de quince o treinta por banda, segun lo arbitran los que hacen personería: cada uno elije o le dan contendor: entran desnudos y solo cubiertos las partes verendas: cada uno lleva un madero, corvo en su extremidad, de seis a siete palmos: ponen una bola en medio, y el empeño es echarla cada parte de las contendientes al extremo de la lonjitud; y cuando esto no lo pueden ejecutar, la echan fuera de la línea de la latitud, que llaman *falia*, y se principia otro juego. Cada uno manifiesta la fuerza y destreza en la lucha, su ajilidad y lijereza en la carrera: dotes especiales que apreció la antigüedad pagana para acabarlos en los juegos olímpicos. Procuran el reparo con el madero y el presto desembarazo para herir la bola, que a un tiempo todos o los mas corren presurosos con este empeño, pidiendo algo de osadía y de valor, que se exponen a ser heridos, pues raras veces el juego termina sin alguna efusion de sangre; mas no oculta como hacian los romanos, regando con ella sus anfiteatros, y de menuda arena para que no se viese. Tienen otra diversion que llaman de la pilma, que es otro menor ensaye, y el del quechu y lligues, que es de reposo y armonía.

CAPITULO XVI.

De las conquistas que hicieron los monarcas del Perú en Chile.—Los años de su duracion.—La abundancia de minas y riquezas que hai en dicho reino.

Todos los hombres miden la felicidad de su deseo, en cuya ejecucion parece tarda cualquiera demora. El Inca Yupangui, noveno monarca peruano, hallándose con nombre ilustre y florido imperio, haciéndole sus vasallos de la adoracion obsequio, le pareció la conquista de Chile digna empresa de su grandeza, para que su imperio en distantes y opuestos horizontes comprendiese las tres zonas, tórrida, templada y fríjida, no obstante que la poca consistencia es achaque temporal. Dígalo la ruina de tantos reinos, donde la Providencia ha esculpido memorias en sus

ruinas para desengaño de humanas seguridades. Disuadiéronle algunos de sus capitanes de la empresa, representándole la notable distancia en la antemural del despoblado y de la cordillera, únicos ingresos de Chile, la retardacion de socorros y el valor de sus naturales. Dióles las gracias por la injenuidad con que le decian su dictámen, no obstante que lo desaprobó, así como al grande Alejandro se las dió Alitípatro cuando le disuadió de la empresa de Persia, y el emperador Gordiano de los yerros que le arbitró Milesio. Y como la guerra que emprendia no era de precision sino de eleccion, mandó hacer un singular preparamiento de municiones de boca y guerra, de vestuario y hasta de medicinas, y el demas conveniente equipaje para cincuenta mil hombres que discurria internar en Chile, para ser formidable el primer escantillon de su poder: así como dice Quintiliano, que primero se ha de proveer para la guerra.

Nombró por jeneral a un inca de los de su real familia, política que siempre observaron, y los demas oficiales fueron los de mas crédito, y las tropas las mejores del imperio; y porque la marcha habia de ser por el despoblado, mandó que el camino se marcase con maderos y piedras, cuyos fragmentos el dia de hoi en algunas partes se ven, y mandó que las tropas se dividiesen en columnas de a diez mil hombres para que fuese mas cómodo su tránsito; y en la forma expresada siguieron su destino, año de mil cuatrocientos veinte y cinco, quedando anticipada prevencion de que frecuentemente se le ministrase las noticias que ocurriesen. Tan cabales medidas no pudiera tomar la mas consumada prudencia, ni mas pudiera prevenir la militar pericia. Llegaron sucesivas a Copiapó con tolerable pérdida y causaron notable admiracion a los habitadores del pais; mas no los preocupó de tal suerte que no intentasen oponerse, discurriendo que aquel aparato de tropas seria fatal a su libertad, y tomaron todos las armas poniéndose en defensa. El jeneral mandó que sus tropas se contuviesen en el deber, sin permitir se hiciese ningun agravio en el pais, y manteniéndose en la defensiva, procuraba traerlos con la benignidad de su trato, y darles una alta idea de su príncipe con su locucion acostumbrada de hijo del sol, y del amor filial que tenian a sus pueblos, y su justicia.

No era ponderada adulacion lo que afirmaban los peruanos de la bondad de sus reyes, salvo el desvario de finjirle hijo del sol su rudeza; pues Alejandro se discurrió hijo de Júpiter, haciendo adúltera a su madre, ridículo a su padre y a sí mismo espúrio y vergonzoso, y quitó la vida a Clito porque se opuso a la pública adulacion y con un dicho agudo procuró sanarla. El grande Antioco no aprendió esto de su señor, pues tratándole un panejirista de divino, respondió y dijo: que él y los criados de su cámara sabian mui bien lo contrario, y con este dicho agradable lo despidió vergonzoso.

Los capitanes del Inca prosiguieron la conquista practicando los medios de dulzura ántes que los del rigor, y no obstante la muerte de Yupangui, prosiguieron sus sucesores hasta que quedaron sus tropas derrotadas en el rio de Maule, bien que mal sujetos los Promaucaes que de la

otra parte habitan. Pero esto fué cerca de los ciento y diez años que principió la conquista, aunque no se les descontinuaron nunca las asistencias en este dilatado espacio, porque siempre mantuvieron cincuenta mil hombres, para cuyo efecto venian contínuas remesas. Lo que dominaron en Chile los peruanos quedó en estado de mejor política, y enseñaron a sus naturales con alguna mas perfeccion la agricultura y los términos de la equidad, tan necesaria a la justicia para el bien vivir de los hombres; y así esto se vió en Copiapó y Coquimbo, en donde se hablaba su idioma: iban estableciendo tambos y posadas, cuyos fragmentos el dia de hoi se ven entre las fragosidades de las cordilleras, para su cómodo tránsito, y aun fuera de ella; y es cosa notable que lo que su barbaridad ejecutó a favor del público interes, no lo haga nuestra política, pues no hai alguna hostelería en el reino siendo tan necesaria.

La antigüedad pagana finjió que los rodios fueron los primeros que ofrecieron sacrificios a Minerva, y que el soberano Júpiter, agradado de esta piedad, con una nube de oro regó toda aquella isla de este precioso metal. La pluvia de oro que con impropiedad dijo el poeta Píndaro de Rodas, con propiedad podrémos decir de Chile, porque todo el reino es de minas, o con mas adecuacion, es una mina. Lo que la naturaleza depositó de riquezas en la cordillera e inmensidad de sus montes, en lo plano y en la serranía de sus costas, es imponderable, porque o son vetas o lavaderos: estos jeneralmente abundan de los treinta y cinco grados al polo, y las otras de ellos al trópico. Esto se hizo ver con mas evidencia despues del ingreso de los españoles al reino, en cuyo sistema hablarémos. En Copiapó no há mucho que se descubrió una mina tan rica que no solo igualó, pero aun excedió a las mas poderosas del Perú, de donde se sacó notable cantidad de oro: otra reciente se está trabajando en el Huasco bastante rica. En Coquimbo está la de Andacollo y otras muchas, haciéndolas mas francas de oro la mayor abundancia de sus aguas que ofrece la estacion inverniza. Las minas de cobre de este pais son tan opulentas, que abastan a la meridional América: háilas tambien de azogue. En la jurisdiccion de Santiago se descubren tantas minas de oro, que se vé confusa la eleccion de los mineros. Petorca y Longotoma son minerales continuados, y la de los Bronces no eran mas que piedras tachonadas de oro: en Illapel, la Ligua, Tiltil y otras muchas partes. Háilas de plata en las punas ríjidas, como en San Pedro Nolasco y otras diversas partes de la cordillera. ¿Qué diremos de los antiguos fragmentos, cuyas catas manifiestan lo mucho que trabajaron los primeros españoles en la solicitud de este precioso metal? Vense soberbios fragmentos en el partido de Maule, como en Name, la Huerta, Talgua (1); pero donde esto se vé con mas exceso es en Quilacoya, cuyo dilatado espacio está trasegado y desentrañado, y bien se vé que aquella fué obra de diez y seis a veinte mil indios que allí tuvo Valdivia, quienes le pagaban el

(1) Debe ser Talca.

tributo en oro. Vense otros fragmentos de labores no tan soberbios en Calcaimo, Angol, Puren, Maquegua, y en las inmediaciones de la plaza de Valdivia, y pocos há que se vió un aborto de esta riqueza en la jurisdicion del partido de Rere, adonde el oro pareció superficial y hubo quien sacase de una cata o foso ocho libras. Y porque se admire el aborto de la naturaleza en sus producciones, no omitimos el narrar que el año de mil setecientos diez y siete se internaron algunos particulares por la cordillera, y en la parte oriental de ella hallaron un elevado monte de cinco a seis leguas de circunferencia, y superficialmente dispersos por todo él mucho cobre, cual estan las piedras en la superficie en el campo; y se halló un peñon como de cincuenta quintales, y trajeron una notable cantidad, la que vimos, y se pagó en la ciudad de los Reyes a mayor precio que el comun cobre por estar misto con oro; y lo que podemos asegurar es que en cualquiera parte que se lave, se ven muestras de oro: esto jeneralmente lo ha notado la experiencia. Hállanse tambien minas de cristales y ametistas, lo que da bien a saber de cuán felices influjos goza este reino; y si, como dice Séneca, que ninguno vale mas de lo que tiene, bien se vé lo que valdria Chile por lo que en él hai.

CAPITULO XVII.

El Gobernador Pedro de Valdivia funda la ciudad de Santiago en el valle de Mapuche, cuya descripcion se hace, y de dicha ciudad.—Dase noticia de sus edificios sacros.

Queda hecha abreviada descripcion de este hermoso reino, que, como dice Aristóteles, es prerogativa de la naturaleza ; y proseguirémos con Pedro de Valdivia, a quien dejamos en Copiapó. Los naturales del pais, preocupados del asombro de que los españoles hubiesen sujetado el imperio peruano, los recibieron pacíficos, bien advertidos, aunque bárbaros, de que honestamente sirve quien al tiempo obedece, como dice Séneca. Y viendo el gobernador Pedro Valdivia recuperada su jente de las fatigas pasadas, dejó aquel valle y prosiguió su marcha para el Huasco, y de allí a Coquimbo, en donde halló la novedad de que los mas de los naturales habian abandonado las poblaciones de aquel espacioso valle que su rio hace. Procuró el gobernador sosegar la inquietud de sus ánimos con elocuencia persuasiva adecuada a su jenio, bien como la de Pericles y Pisístrato, que privó la libertad pública; y los naturales, desengañados o advertidos, comenzaron a perder la suya rindiéndose, que en realidad con mas amplitud gozaban en el tiempo de los Incas, mas en las tinieblas de su jentilidad. Por fin llegaron las tropas españolas y de los indios peruanos al valle de Mapuche.

Y porque en este ameno pais se fundó la ciudad de Santiago, se hace preciso su descripcion. *Mapuche* en el idioma indiano quiere decir *tierra de jente*, pues segun los fragmentos de aquel tiempo consta que habian ochenta mil indios en él. Su extension considerada con restriccion, es de treinta leguas, y si con amplitud hasta San Francisco del Monte, de

mas de cincuenta. En su circunferencia circundan este espacioso plano los montes de Conchalí, Caren y otros, que en la estacion inverniza se nievan, y la cordillera, de donde sale el rio que lo fertiliza caudaloso, rápido y benéfico, que tienen fácil extraccion sus aguas; pues próvida la naturaleza le previno superficial cauce, para que con su derrame le fecundasen mas de sesenta acequias, y compitiese la amenidad con la abundancia, y del todo resultase su hermosura, que, como dice Clidero, tiene gran fuerza de atraer a sí los corazones de los que la miran aun en la insania de la ira, pues esta la refrenó Menelao para no matar a Helena a vista de su belleza. Y así no fué mucho que estuviese este pais tan poblado de los indios, pues el dia de hoi es rémora de españoles; porque pocos de los que le ven, dejan de acimentarse en él para gozar una felicidad deliciosa, cual finjió la antigüedad pagana en los campos Elíseos.

El gobernador se informó de la estacion del reino y naciones que le habitaban, de sus rios, costa y riquezas; y hallándolo todo mui conforme a su deseo, lo que habia ocasionado notable alegría a los españoles, que, como dice Quintiliano, enjendra esperanza como la tristeza afliccion, discurrieron con uniforme consentimiento fundar una ciudad, para que se perpetuase con lustre en los venideros siglos, y que fuese el centro de sus conquistas y el arsenal de sus armas: y se persuadieron de que aquel valle seria el mejor, por la eleccion que de él habia hecho tan numeroso jentio como le habitaba. Principióse la poblacion de la ciudad de Santiago, que así quiso el gobernador que se llamase, dia veinte y cuatro de febrero, año de mil quinientos y cuarenta, en treinta y tres grados de latitud al antártico, y como treinta y seis leguas del mar y tres de la cordillera por la enderechura de su mayor inmediacion, gobernando la militante Iglesia Paulo III, y siendo gobernador de Alemania y rei de España Cárlos V, reinando en Francia Francisco I, en Inglaterra Henrique VIII, en Hungría Fernando I, en Escocia María Eduarda, en Suecia Cristiano I, en Dinamarca Cristiano III, en Polonia Sejismundo I, en Portugal don Juan el III, en Moscovia Juan Basilio IV, en Constantinopla Soliman el II y en Persia Sacastamas.

El gobernador hizo delinear la plaza en perfecto cuadro, dando a cada lienzo una cuadra de extension y cuatro en su retorno, y con relijiosa piedad tomó la cuerda para trazar la iglesia, cuyo sitio asignó a la parte occidental, y con reverente culto puso en él una cruz, bien persuadido que accion de tanta cristiandad y ejemplo a él solo le competia: diólo al mundo el gran Constantino tarjando doce espuertadas en reverencia de los Apóstoles para la Iglesia de San Juan de Letran; y el lienzo setentrional lo asignó para casa de ayuntamiento, palacio y cárceles: y lo que entónces fué bosquejo, describirémos con sus coloridos como de presente está; y quedó con adecuada formacion que pocas la igualan en su belleza. Salen de la plaza ocho calles espaciosas, tan en línea que se ven sus extremos no obstante su prolongacion. Tres cuadras de ella principia el cauce de su rio, superficial y espacioso, y tanto que en derechura de la Recoleta Franciscana tiene un puente de diez y nueve arcos,

obra costosa, y por él se transita al barrio de la Chimba y Cañadilla, que son de considerable extension y poblacion.

Cuatro cuadras de la plaza mayor está el monte de Santa Lucía, que es de moderada altura, y por el un lado de fácil acceso y por lo demas de su circunferencia de algo difícil por lo pendiente. Su cima está cubierta de peñascos de enorme grandeza, que exceden su superficie con hermosa discordancia; de donde es deleitosa la vista, ya de jardines que dentro y fuera de la ciudad se ven, émulos de los Alcinoes de quienes habló Homero en términos tan magníficos, cuya fragancia por las calles se exhala; ya campañas de trigo, de hortalizas y legumbres, con muchas viñas que hai por aquella vasta extension. Vense florestas de almendros, olivos, higueras, limones y duraznos con otras frutas, cuyo recuento fuera prolijo, y tanta la abundancia de ellas que es admiracion a quien lo oye. Vense diversas acequias que con armonioso curso ya unen o se separan unas de otras, para con su derrame fertilizar los campos: y lo que es mas singular, que casi no hai casa que no goce de beneficio del agua, corriendo las acequias por el fondo de los solares, lo que causa la abundancia de jardines y huertas; y tan agradable conjunto no envidia delicias a los mas célebres pinceles del orbe; y si no es superior a Eden y Damasco, capital de la Fenicia, será igual, pues por ella dijo el profeta Amos, que era casa de placer y diversion.

Hai en la plaza su pila bien rentada para su curso perenne, y no ménos sirve a la comodidad que al deleite. Los edificios sacros son ostentosos. La Catedral es de tres naves, de pulido maderámen su techumbre, y sobre canes y corpulentas trabes costosamente encolleradas. Sostienen esta máquina dos órdenes de arquería de fina cantería de piedra, de admirable simetría y proporciones, que con razon las alaba el ilustrísimo Villarroel en sus *cuchillos:* la sacristía, bautisterio y juzgado, son obras mui competentes para su destino. Hai cinco dignidades y cinco canonjías con la supresa, mui bien rentadas, y la renta episcopal ha llegado a veinte y seis mil pesos algunos años.

La iglesia de Santo Domingo era de tres naves, con su arquería de ladrillo y un campanil costoso y curiosamente construido; mas todo lo fracasó un terrible terremoto que hubo el año de mil setecientos y treinta. Este convento es cabeza de la provincia chilena, y lo mesmo los otros de las demas relijiones. La iglesia de San Francisco, son de cantería sus paredes: ellas y su coro tiene unas trabes de enorme corpulencia, sostenida de varios canes que se avanzan de las paredes excediéndose unos a otros, y a proporcion su techumbre, y todo su maderámen es de cipres con pintura a lo mosaico. La sillería del coro es igualmente costosa; su primer claustro es de una hermosa arquería, y en sus flancos se vé una valiente pintura. Tiene el convento seis cuadras en su circunferencia, y a corta distancia está el convento de San Diego, y la Recoleta de la otra parte del rio, obra a todo costo construida, en que se admira la divina Providencia, a cuyas expensas viven los hijos del será-

fico Francisco, y en la inmediacion de la ciudad tienen el hospicio del Monte Alvernia.

La iglesia de San Agustin es de las mayores: los arcos que sostienen su techo son de mucha elevacion y corpulencia: su portada está entre dos torres de moderada altura: el respaldo del prebisterio padeció ruina en el dicho terremoto, y el altar mayor era obra de las singulares del reino.

La iglesia de la Merced era de cal y ladrillo su edificio, sostenidas sus bóvedas sobre dos órdenes de arquería; mas todo vino abajo en la calamidad referida con inestimable pérdida. El convento es de mucha extension, y su sitio mui ventajoso; y fuera de este tienen el de San Miguel, que está en la Cañada.

La iglesia de la Compañía de Jesus es edificio de los mas suntuosos de Indias; dígalo su excesivo costo de mas de seiscientos mil pesos: es de tres naves, sostenidas sus bóvedas sobre arquería de singular proporcion, y gran cúpula sobre cuatro pilastrones de enorme grandeza y elevacion: fracasóla el temblor. Por lo interior de la iglesia hai una airosa balconada que la circunda. Tiene tres portadas que caen a una hermosa plaza, quedando la iglesia mui superior a ello, y para su ingreso se sube por unas gradas costosamente labradas. El noviciado de la Compañía está en la Cañada, que es espaciosa calle o prolongada plaza de esta ciudad. Fuera de los dichos colejios, tienen tambien el de San Pablo en la inmediacion del rio.

El hospital de San Juan de Dios está en la Cañada y mui bien rentado, donde los padres actúan su caridad fervorosa con los pobres que en varias salas se curan, y el sitio es de amplitud.

CAPITULO XVIII.

De los conventos de monjas y parroquias que hai en dicha ciudad de Santiago; y de sus edificios profanos, tribunales de justicia y gobierno político, de su vecindario y comercio.

Hai en esta ciudad cinco conventos de monjas: dos de Santa Clara, uno de Capuchinas, otro de Agustinas, el de Teresas, y un beaterio de Rosas que espera su clausura; dos parroquias, la de San Isidro y Santa-Ana, y las capillas de San Saturnino y San Lázaro. Estos son los templos que hai en esta ciudad dedicados al verdadero Dios, que, como dice el padre Granada, todo lo creó sin necesidad y lo rije sin trabajo, siendo infinito en la grandeza, copioso en las misericordias, omnipotente en la virtud, altísimo en la bondad, pacientísimo con los pecadores y clementísimo con los penitentes. Hai varias capillas dispersas por la inmediacion de esta ciudad, como la del Santo Cristo de Renca, que se halló en la espesura de un bosque: obra de los cielos y nunca bastantemente admirada, ni alabada su perfeccion; mas la tibieza de nuestro culto nos hizo indignos de tal don, pues el año de mil setecientos treinta

y cinco, un casual incendio o advertido, como tambien presumen, lo consumió casi todo.

En el flanco setentrional de la plaza mayor está la real audiencia, que es edificio réjiamente construido, y en el respaldo del dosel de terciopelo estan las armas reales, de plata, de martillo cinceladas, y su capilla con una valiente pintura del Ticiano; y en el mismo patio estan las arcas reales con todo lo concerniente a esta oficina, que las administran un tesorero y contador, y lo son de la jurisdiccion del obispado. Síguese el palacio de los gobernadores y presidentes del reino, de mucha capacidad y extension para la mas numerosa familia que puedan tener, con suficientes caballerizas y cocheras; y uno y otro edificio tuvo de costo mas de cincuenta mil pesos. La casa del ayuntamiento está en el opuesto extremo de la acera: es de altos que hacen unos hermosos portales a la plaza, y las cárceles son mui espaciosas. En el contrapuesto lienzo de la plaza, está una arquería de ladrillo que coje toda su extension, obra no ménos cómoda que vistosa; y reciente ha venido la dotacion de cátedras para que haya universidad, lo que cede en su mayor lustre.

Vense frecuentemente portadas costosamente labradas, ministrando para semejantes obras una inmediata cantera, blanquísima y de fácil extraccion, que allí previno la naturaleza para que fuese mas armoniosa la hermosura de esta ciudad. No tienen ménos propiedad ni costo lo interior de los edificios, y los adornos y ricos muebles, con los muchos calesines y forlones que ruedan, porque a juicio de la mas desinteresada observacion, parece todo esto de excesivo costo para Chile, porque los caudales por lo jeneral no los reportan.

La Cañada es una calle de extension y latitud; corre por ella un arroyo grueso, suficiente para dos molinos, y por su márjen hai varios árboles que recrecen su hermosura; y bien tendrá tres leguas en su circunferencia todo lo que tiene traza y poblacion de ciudad de una y otra parte del rio, y su vecindario será de tres mil vecinos españoles, y hai familias de mui distinguida nobleza.

La real audiencia es el supremo tribunal del reino. Compónese de cuatro oidores y un fiscal con cinco mil pesos de renta, y un capellan real con cuatrocientos, y los demas ministros que componen esta soberana corte de justicia; la cual se estableció segunda vez en ocho de setiembre de mil seiscientos nueve, gobernando este reino Alonso García Ramon. Hai un correjidor, que es cabeza de un ilustre ayuntamiento, que se compone de dos alcaldes, rejidores y los demas oficios concejiles. Tiene de propios de ciudad algunas dehesas de arriendo, con el puente de Maipo y otros cortos ingresos; mas lo que es mucho y acendrado es el derecho de balanza, que usufruta de trece a catorce mil pesos de anual, efectiva satisfaccion, lo que pocas ciudades de la dominacion española tendrán.

Los frutos que el pais produce es el trigo, sebo y cordobanes, járcia, tralla y suelas, almendra, nueces y cocos, azafran, anis y orégano: todo esto se extrae del reino, y es tal la abundancia que para explicarla nin-

guna ponderacion fuera hipérbole; pues el diezmo de la ciudad y su inmediacion se ha llegado a rematar en veinte mil pesos, y la alcabala y almojarifazgo ha llegado a cuarenta y ocho mil pesos su anual arriendo. El comercio del mar del norte por Buenos-Aires, le da el ingreso de ropa y negros, y el del Paraguai la cera y yerba para el abasto de Chile y el Perú. Esta es la acrecion que ha tenido esta ciudad a los doscientos años de su poblacion, habiéndola principiado la pérdida de las ciudades del reino, porque el mundo es tan pobre, como dice el padre Estela, que para dar a unos ha de quitar a otros.

Productúan las minas que en los términos de su jurisdiccion se trabajan, mucho oro: pesos, por el derecho de ventavo, se vé que son de seiscientos mil para arriba anualmente.

CAPITULO XIX.

Sublévanse los indios contra los españoles y avánzanlos en su fortin.—Hecho de doña Ines Suarez, y quedan vencidos en campal batalla, y extremosa necesidad que padecieron.

Lo mejor que el hombre tiene en su vida es la libertad, aunque siempre a los pueblos aprovechó mas la templada que no la mucha, como dice Livio. Los indios, viendo que los españoles comenzaban a construir edificios para permanente acimentacion, discurrieron exonerarse de la lijera servidumbre en que estaban, ántes que el transcurso la hiciese insoportable, y con reservada intencion solicitaron la confianza de los españoles para lograr el descuido y quitarles la vida, lo que les pareció empresa de poco momento; y como el premio del silencio es la seguridad del peligro, como dice Estobeo, procuraron tenerle grande; mas no pudo ser tanto que no llegase a penetrarlo el gobernador, y cerciorado del caso, puso en arresto algunas personas en el fortin que tenia hecho en Santa Lucía; y dejándolo en estado de regular defensa y dádole el comando a Alonso Monroy, salió con sesenta hombres de caballería a explorar el pais, con designio de llegar hasta el rio Cachapual, empresa temeraria por la distancia; mas, como dice Demócrito, que como el atrevimiento es principio del hecho, así la fortuna es señora en el fin, la cual le fué favorable.

Los naturales de Mapocho tomaron las armas y se previnieron para acometer a los españoles, y Alonso Monroy envió a noticiárselo a Pedro de Valdivia, quien siguió su destino sin retroceder, previniéndole que seria breve su regreso, y que en el entretanto cumpliese con el deber de su obligacion; mas los indios sin perder instante inundaron aquellas campañas de numerosas tropas de infantería con militar ordenanza, y destacaron algunas para el avance, quedando las demas formadas para sostenerlas. Por fin acometieron a los españoles con ciego furor, despreciando el fuego. Desde por la mañana hasta la noche duró la accion, que por último terminó a favor de los españoles y con pérdida considerable de los

indios; y muchos de ellos quedaron muertos en las trincheras, pues con intrepidez sin igual despreciando el fuego, llegaban a aferrarse de ellas, y desfallecidos de las heridas, al pié caian, faltándoles el vital aliento ántes que soltarlas: émulos de Sinejiro, valeroso ateniense, que derrotadas las naves de Dario, asió una con la diestra, y cortada, prosiguió con la siniestra, y viéndose sin ella, con los dientes, hasta que exhausto de sangre murió.

Doña Ines Suarez, varonil heroina, durante lo mas fervoroso de la accion les quitó la vida a los prisioneros con una hacha de armas, sin órden del comandante, menospreciando el temor de ser los españoles vencidos o la esperanza de vencedores, siendo lo mas oscuro de saber lo porvenir, como dijo Pitaco; y lo mas cierto de lo que a este hecho la impulsó, seria el anillo nupcial, pues tiene en comun las personas, sucesion y fortuna, y veia a su caro esposo expuesto al mayor peligro. De la noche las tinieblas retiraron a los indios, habiendo durado el avance la mayor parte del dia. Los españoles quedaron todos heridos. El gobernador a los cuatro dias volvió, habiendo llegado a la inmediacion del rio Cachapual; y de comun acuerdo se resolvió el salir formados a campo raso, adonde pudiesen acometerlos sin las ventajas que tenian en la traza de la ciudad por la division de los solares, hechas de ramas y estacadas, y las que ellos habian recrecido para ponerse a cubierto, y la caballería no podia correr con desembarazo.

Ejecutaron los españoles su designio, y en el centro de su escuadron pusieron a las mujeres, criados y niños; y habiendo ocupado un terreno inmediato al rio, esperaron a los indios llenos de coraje y braveza; y sin duda debió ser caso inexcusable, pues el gobernador así lo ejecutó, o cual otro Alejandro al ver el bélico aparato del rei Poro, dijese que era igual a su ánimo el peligro. Las tropas de los indios, en confuso movimiento y embarazados con su muchedumbre, comenzaron a circundarlos y se asemejaban a las olas de un mar ajitado. Por fin los acometieron con imponderable ardor; mas el fuego violento y sin intermision hizo un sangriento estrago, y la caballería lo aumentó, porque corria sin embarazo por todas partes; mas no obstante, las tropas enemigas no cedian, hasta que murieron las personas mas distinguidas del comando y abandonaron el campo de batalla con gran confusion y desórden, dejándolo cubierto de muertos. Consternó a los indios una accion tan decisiva como la que acababan de perder, y sagazmente prevenidos, los mas inmediatos se sujetaron con violenta sumision, no para permanecer en ella, sino es para intentar pruebas de la fortuna en tiempos ménos borrascosos, bien prevenidos de que no la habia sin inconstancia; mas en esto solo terminó su deseo, pues han permanecido sujetos doscientos años, no siendo indóciles, como lo son los que habitan mas al polo.

La victoria siempre fué de sí soberbia y vanagloriosa, como dice Ciceron. No tuvo este vicio la que los españoles consiguieron, pues fué melancolía su celebridad; porque los indios incendiaron todas las casinas que los españoles tenian, y las vituallas que en ellas y fuera de ellas tenian

almacenadas; y se les prevenia una necesidad extremosa; y para subvenirla en lo presente y futuro vituallándose, era preciso alejarse mucho, porque los naturales habian destruido u ocultado todo lo comestible. Fueron imponderables las urjencias en que nuestros españoles se vieron: sirviéles de manjar lo inmundo y aun lo nocivo, y en la terquedad de tantas congojas, solo se veia un crepúsculo de remotas esperanzas; y como la necesidad es industriosa, uncieron los caballos por falta de bueyes para cultivar la tierra y sembrar algunas simientes, haciendo mui solícitos el oficio de labradores, y sin neglijencia de la militar obediencia; y como los trabajos toman alientos para ser mayores, se recreció la desnudez; y aunque tan pesadas fatigas rendirian los hombros del mayor héroe, mas el gobernador se mostró siempre superior a los trabajos con heróica firmeza.

CAPITULO XX.

Dase noticia de una sublevacion tramada contra la persona del gobernador.—Princípiase a trabajar las minas de Quillota.—Despacha el gobernador al capitan Monroy y a otros españoles al Perú, y notables acaecimientos de este viaje.

Los sediciosos en la paz, son cobardes en la guerra. Estos suscitaron algunas pláticas para volverse al Perú, diciendo que era imposible el subsistir en Chile, y por fin terminaron en conspiracion contra la persona del gobernador, como dice el cronista Herrera. Esta traicion, que, segun Livio, es determinacion injusta y acordada contra hombre descuidado, llegó a noticia del gobernador, y con singular precavencia procuró asegurarse con presta dilijencia, ántes que esperar que la malograse la detencion; y con el motivo de que le diesen el título de gobernador y conferir otras cosas de la comun utilidad, hizo que se juntasen el cabildo abierto, y mandó arrestar a los cómplices; y convictos, pagaron con la vida pocos y escarmentaron muchos. Viendo el gobernador Pedro de Valdivia que se trataba la conquista de uno de los mas ilustres reinos de la tierra, la prosiguió con inflexibilidad, porque la inconstancia alejó de muchos la dicha; pues, como dice Séneca, no hai cosa que no combata un caido dilijente y perseverante.

El gobernador se mostró tan valeroso en la guerra, como justo y prudente en la paz; y esto atrajo el respeto y voluntad de los naturales; y siendo ya su autoridad establecida y el pais al arbitrio de sus armas, dispuso se trabajasen las minas de Quillota, de donde se comenzó a sacar mucho oro, y para poner a cubierto de peligro a los españoles que corrian con esta intendencia, receládose con maduro acuerdo de una dominacion reciente y violenta sujecion, mandó construir un fortin y fabricar en el rio que da nombre al valle, una embarcacion moderada para hacer viaje al Perú. Mas como las urjencias presentes no pedian retardacion, sí abreviados remedios, porque la desgracia que se temia hallase alivio y la pobreza socorro, despachó al capitan Monroy con seis

hombres al Perú por tierra; y para que se excitasen a venir a Chile con el deseo de la riqueza, que, como dice Aristóteles, pasa a infinito en los hombres, mandó el gobernador que las estriberas, hebillas de silla y pretales, y aun los frenos, segun dicen algunos, fuese todo de oro, y que treinta hombres fuesen en su escolta hasta el Huasco. Ejecutóse así, y de allí volvieron los unos y prosiguieron los otros su destino hasta Copiapó. Y estando para entrar en el despoblado, los acometieron cautelosamente los indios, y se escaparon solo con la vida el capitan Monroy y Pedro Miranda heridos, y huyeron por unos valles arenosos de los indios que sin intermision los seguian y por fin los aprisionaron, ya desfallecidos y los caballos fatigados. Este fué el fruto de su alevosía, que, como dice Marco Aurelio, los traidores saludan para engañar y ofrecen para no cumplir. Presentáronlos al cacique principal del valle, cuyo dominio gozaba por su mujer, y mandó que les quitasen la vida, en satisfaccion o venganza de los que ellos habian muerto en su defensa. Y viendo los españoles que era inevitable la muerte, resolvieron jenerosos y dispusieron como cristianos a esperar el golpe fatal.

Maravillosos son los caprichos de la fortuna, pues sabe sacar de el mal bien, contra la expectacion de la mas consumada prudencia. Vió el mundo a Matias Corvino esperando la muerte en una estrecha prision, y de ella salir para el trono de Hungría. La cacica se apiadó de los españoles al tiempo de la ejecucion, y pasó obsequiosa a desatarles las ligaduras de las manos. Pedro Miranda, que entendia el idioma del pais, postrado a sus piés le dió las gracias de que les hubiese otorgado la vida. La misericordia es necesaria a los hombres y hermosa a los príncipes, y será siempre laudable la que tuvo esta soberana; y el oficial que los aprisionó se congratuló con ellos en las mejoras de su fortuna.

Los españoles fueron curados y obsequiosamente atendidos de la cacica; mas como la inconstancia de la nacion los aseguraba poco en aquel estado, discurrió el capitan Monroy que les convenia asegurarse a cualquier precio que fuese, y ejecutaron su evasion con un homicidio en perjuicio de su bienfactora; y el agradecimiento debe ser tal cual fué la buena obra recibida, como dice San Agustin.

A los seis meses de la retencion de los españoles, estando un dia en el ejercicio, que solian enseñar al príncipe a manejarse a caballo como el cacique lo deseaba, acometió el capitan Monroy con él dejándole por muerto, quitándole el caballo, y lo mesmo ejecutó Pedro de Miranda con el que llevaba la lanza y espada. Esta audacia costernó notablemente a los de la guardia del príncipe y dió a los españoles mayor ánimo; y mandándole a Casco con fiereza (era un español que desde el ingreso del adelantado se habia quedado en el pais) que los precediese, siguieron el camino del despoblado, y atravesando un valle, tuvieron la casualidad venturosa de encontrarse con un indio que llevaba un carnero del pais y dos talegas de maiz tostado, y quitándoselo les sirvió de provision para su penoso viaje, en que se les ofrecieron dificultades solo superables a su valor heroico; y transitando tan penoso despoblado, se desviaron de Ata-

6

cama por estar de guerra, y llegando a Oporco, pasaron al Cuzco a verse con el licenciado Vaca de Castro, gobernador del Perú, de quien fueron bien recibidos; y viendo lo que el rei se interesaba en la conquista de Chile y conservacion de lo adquirido, dispuso el que en celeridad se socorriese a Pedro de Valdivia, y mandó al capitan Monroy dispusiese su regreso al reino, para cuyo efecto se libró del real haber lo suficiente para estas impensas; y entretanto que se previene, volverémos a Chile.

CAPITULO XXI.

Los indios sorprenden a los españoles del fuerte de Quillota.—Sale el gobernador a su castigo.—Da algunas encomiendas.—Envia a descubrir la costa del sur, y funda la ciudad de la Serena en el valle de Coquimbo.—Hácese su descubrimiento, y el estado presente en que dicha ciudad se halla.

Gonzalo de los Rios, comandante del fortin de Quillota, puso toda su atencion en la labor de las minas, y viendo que el trabajo era fructuoso, se aplicó con mayor desvelo, y esto hizo a los naturales resentir mas el pesado yugo de su servidumbre vaticinándola mayor en lo futuro, que es mui grave a los criados en libertad, como dice Ciceron; y equiparaban la independencia pasada con la sujecion presente, y sufocados con la pena de su desgracia, discurrieron en la venganza, ejecutándola con la mesma codicia que era la causante de su ruina: para cuyo efecto le llevaron a Gonzalo de los Rios una considerable porcion de oro en granos, noticiándole de que lo habian hallado en una nueva mina, donde habia mucho y de fácil extraccion. Los españoles, deslumbrados con la riqueza, pidieron que los llevasen, y fueron poco cautos y desavertidos siguiendo a los indios, que los llevaron a donde tenian en celada un destacamento de jente armada, y circundados de los enemigos, les quitaron a todos la vida, ménos al comandante y a Juan Valiente, negro, que mas venturosos pudieron montar a caballo y evadirse del peligro. De resulta de esto pasaron a incendiar la fragata, que estaba ya en su última perfeccion. Esta noticia el gobernador no la desestimó, y hubo menester su gran conducta para serenar tormenta tan repentina; y así con celeridad destacó cincuenta hombres para ir en persona al castigo, bien persuadido que a la locura y atrevimiento se ha de salir al encuentro, como dice Livio.

Su presencia consternó a los sublevados, reparó en mucha parte lo perdido, y con la pena capital de algunos, no de comun distincion, quedaron escarmentados todos, y con acertada política disimuló el que merecian los demas; porque en el mando no se puede vivir sin parte de ignorancia, pues en muchas cosas tiene accion el tiempo para correjirlas. Construyó una casa fuerte, y puesta en regular defensa, se prosiguió en la labor de las minas y el gobernador se volvió a la ciudad de Santiago. En los mas españoles vivia ya desfallecida la esperanza de poder subsistir en Chile, viendo la retardacion del socorro; y aunque el gobernador

entraba en los cuidados, por obligacion era superior a ellos; y su constancia tuvo un dichoso fin, pues a este tiempo llegó del Perú el capitan Monroy y Miranda con sesenta hombres, alguna ropa, municiones y ganados; y sin este alivio no pudiera haber subsistido el gobernador en Chile. Siguióse el que trajo Juan Bautista Pastene en un navio, lo que ocasionó jeneral alborozo, que nunca fué tan terrible la tormenta como es apacible la bonanza; y los españoles principiaron a poner mas atencion en la construccion de sus casas.

Dice Ciceron, que la servidumbre es pesado yugo a los criados en libertad, pues los que sirven involuntariamente, tienen por enemigos a sus señores. Bien sabido esto se tenia la elevada comprension del gobernador, y así principió a dar algunos moderados repartimientos de indios, pues como cosa inusitada pudiera ser entrepitoso. Pedro de Valdivia con deseos de informarse con mas exactitud de la costa chilena, mandó a Juan Bautista Pastene que aprestase su navio y fuese a reconocerla para el polo. Ejecutólo así, y a su regreso fueron las noticias conformes a la comun expectacion; y esto excitó mas al gobernador para proseguir la conquista del reino, y tuvo por conveniente el fundar una ciudad en el intermedio de Copiapó y la ciudad de Santiago; pues con este arbitrio quedarian los indios enteramente sojuzgados y se facilitaria el comercio y correspondencia con el Perú, y sin este beneficio quedaba lo uno y otro poco seguro; y así se puso en ejecucion este proyecto, que a todos pareció mui conveniente para facilitar la conquista de Chile.

Quiso Pedro de Valdivia eternizar con su ilustre memoria el recuerdo de su amada patria, porque es para sus hijos un gozoso y apetecido bien, por cuyo motivo a la nueva ciudad la llamó de la *Serena*, por la de la Extremadura, lugar de su natalicio. Situóla en el ameno valle de Coquimbo, a la márjen del rio Limari (1), en veinte y nueve grados de latitud y como dos leguas de un comodísimo puerto. Las lluvias son pocas, mas su terreno es tan grato que esta cortedad le fecundiza y causa una florida primavera. El rio es proficuo, pues desde su nacimiento (que es en la Cordillera) hasta su ocaso, tienen fácil saque sus aguas; y así se vé que en diversas acequias se fertiliza aquel dilatado valle, y en la inmediacion de la ciudad se vé una floresta de arrayanes de hermosa perspectiva, que mas parece esmeros del arte que descuidos de la naturaleza. Aquí, pues, en un plano superior a esta vega se delineó la nueva poblacion.

En lo presente está mas decaida que aumentada, contra la comun expectacion, pues en ella se acimentaron muchas personas de las mas distinguidas del reino; pero el efecto no correspondió al auspicio esperado. Han ocasionado su ruina las sorpresas que ha experimentado de los enemigos de Europa, y el recelo de que se repitan, porque no tienen ciuda-

---

(1) El rio llamado tambien Coquimbo, que el autor confunde con el Limari, que está mas al sur.

dela ni guarnicion para su defensa. Gobierna lo espiritual un cura y vicario bien rentado. Hai los conventos de Santo Domingo, San Francisco y la Merced, y un colejio de jesuitas. Gobierna el distrito de su jurisdiccion un correjidor, alcaldes y los demas oficios concejiles. Los vinos que el pais produce, son jenerosos. Hai abundancia de trigos y legumbres y de las demas frutas europeas, mas las aceitunas exceden en bondad a todas las del reino. Las lúcumas, que solo aquel terreno produce, son mui electas. Vense mucha abundancia de minas: las de cobre son tan copiosas, que fuera de abastecer al reino, son suficientes para proveer toda la meridional América: muchas de oro, y tambien de plata y azogue.

CAPITULO XXII.

Baja al Perú por socorro el jeneral Pastene y vuélvese sin él.—Determina el gobernador irse a ver con el Presidente Gasca y llega a tiempo de hallarse en batalla de Saquizagriana.—Hácele nueva merced, y viniéndose para Chile, envia al jeneral Hinojosa por él: ya satisfecho de su inocencia, vuelve al reino.

El jeneral Juan Bautista Pastene, de órden del gobernador, volvió al Perú en solicitud de nuevos socorros, no obstante las turbulencias de la guerra que ajitaban aquel poderoso reino, la que igualmente inquieta ánimos, armas y plumas, sin tejer tela de operaciones concordes. Aprisionaron su persona, y debió a la industria lo que peligraria en la fuerza; y a media noche salió de la bahía del Callao, y con próspera navegacion llegó a Chile sin él; mas no quedaron los españoles sin la esperanza, que, como dice San Agustin, ella sola basta para el consuelo de los trabajos, no obstante que los veian recrecidos; porque habiendo despachado el gobernador a Antonio de Ulloa al Perú por caballos, jentes y armas, fué infructuosa su solicitud, porque las discusiones civiles todo lo tenian invertido; y con jenerosa resolucion fué a servir al Emperador en las tropas del comando del jeneral Diego Centeno, y terminó sus dias, muriendo en la batalla de Guarina, a veinte de octubre de mil quinientos cuarenta y siete años: era persona de calidad, mérito y experiencia, por lo cual el gobernador habia fiado de su conducta tan importante comision, y es digna su memoria de gloriosa recordacion.

El gobernador Pedro de Valdivia propuso al cabildo de la ciudad de Santiago y a su vecindario, el que seria mui conveniente bajar al Perú para solicitar armas, municiones y jente, con cuyo subsidio proseguiria la conquista de Chile; y que las empresas grandes como era esta, no se habian de fiar de ajena solicitud cuando podia intervenir la propia, y que ademas de esto lograba servir al Emperador, yéndose a ofrecer al licenciado Pedro de la Gasca, reciente gobernador. Fué jeneral aceptacion que la propuesta tuvo, y su dimision en tomar consejo admiró a todos, pues los sublimados y prósperos presumen que para ellos no se hizo, como dice Plutarco; y luego puso en ejecucion su viaje.

Dejó por gobernador interino a su teniente jeneral Francisco de Villagra, ordenándole se mantuviese en la defensiva durante su ausencia, y que solo fuese el objeto de su desvelo la conservacion de lo que adquirió; pues siempre fué mejor lo poco que se conserva, que lo mucho que se arriesga.

Llegó con felicidad el gobernador al Perú, y en Andagailas se juntó con el presidente Gasca, que celebró mucho su vista y luego le nombró por uno de los cinco de su privado consejo; y bien se vió cuán fructuosa fué su venida, pues Francisco de Carvajal lo conoció en la formacion ventajosa del ejército en Saquizaguana, y así dijo que solo Valdivia o él lo pudieran haber hecho a la forma europea, porque Cristóbal de Hervas, que era el otro, habia muerto. Terminó esta accion ventajosa y decisiva a favor de los realistas, que no hubiera sido tanto a haberse aprovechado del consejo de Siluro en órden a la union, o del de Carvajal para impedir el tránsito del rio Apurimac, lo que él pedia se fiase a su conducta y no a la del capitan Acosta.

El presidente se retiró al Cuzco, adonde le confirmó o le hizo nueva merced a Pedro de Valdivia de gobernador de Chile, Nueva Extremadura, con facultad de descubrir, poblar y repartir indios; y sus despachos se publicaron en la plaza del Cuzco, precediendo el son y concierto de cajas y clarines, lo que nos manifiestan los fragmentos de aquel tiempo. Bien merecida recompensa de sus penosas fatigas, pues, como dice Séneca, el que al digno premia, a todos obliga; y es delirio el querer que los ocios sean gradas para los ascensos. El presidente ordenó a Pedro de Valdivia que apresurase su regreso al reino, y mandó se le providenciase todo lo necesario para su despacho, y siguió su destino para Chile con jente, armas, municiones y ropa, y le limitó el gobierno hasta los cuarenta y un grados norte sur, y diez este oeste; y porque el embarazo del grueso equipaje y ganados que llevaba, pudieran retardarle, adelantó un lijero socorro, y de Arequipa por tierra prosiguió su marcha. A este tiempo llegaron algunas personas de Chile y se presentaron ante el presidente Gasca, querellándose de que el gobernador les habia retenido algunas cantidades de oro, y que no les habia hecho el reintegro que les habia ofrecido; y acusáronle de homicidios ejecutados por su órden y del mal ejemplo de su persona, sindicándole de que habia tenido correspondencias con Pizarro, dándoles visos de criminosas, y que volvia a Chile con accidente de sublevado, y que aun iban en su compañía algunos delincuentes. Todo esto fomentaban o apoyaban sus émulos, y aun para concitar el ánimo indiferente del presidente, sujirió la malicia el que hacia poco aprecio de sus órdenes.

No viendo los hombres cosa que puedan envidiar, pasan sin ofender; y así dice Séneca, que es mui miserable la fortuna que de enemigos carece. Por fin se resolvió el presidente a enviar al jeneral Pedro de Hinojosa para que fuese en su alcance, y rejistrados sus cofres, le trajese, y en caso de inobediencia usase de la autoridad que le daba. Pedro de Hinojosa, habiéndole alcanzado, con comedimiento le ma-

nifestó al gobernador la comision que llevaba: obedecióla con sumisa resignacion, y despachando para Chile a Francisco de Ulloa con el socorro que llevaba, se embarcó en Atacama, adonde experimentó tan sensible displacer. Llegó a la ciudad de los Reyes; el presidente le oyó sus descargos y quedó enteramente satisfecho: y haciendo retener algunas personas de las que llevaba, le dió sesenta hombres mas y dos navíos suficientemente proveidos, para que volviese al reino. Los envidiosos y aduladores son inevitables consejeros de poderosos; y así el Emperador con sublimada prudencia, le previene en la instruccion que le dió: que no dé oido a los parleros de su familia. No se sabe si estos u otros que se valieron de ellos, aunque se presume, hicieron que el presidente trajese a Pedro de Valdivia como a criminal, para volverle despues como inocente. Bien ruda mortificacion para persona de su grado; y mas vale suspirar en la duda indiferencias, que falsedades en la determinacion. Buen ejemplo dejaron los dos mas poderosos príncipes de la tierra: César, quemando los pliegos que cojió en la batalla de Farsalia, y Alejandro los que halló de correspondencias en la chancillería de Dario; pues muchas [veces] conviene [mas] ignorar que saber para omitir el castigar; y así dijo Séneca, que la clemencia hace feliz a quien la posee.

Llegó el gobernador con felicidad a Chile, y puso toda su atencion en que se adelantase la nueva poblacion; para cuyo efecto, a los que estaban ya constituidos con formal vecindad les asignó o recreció opulentos repartimientos, para que se enardeciese su tibieza; y los indios ménos indóciles o mas sumisos obedecian puntuales.

CAPITULO XXIII.

Dase noticia de la sublevacion tramada por Pedro Sanchez y se termina su muerte.—Quitan la vida los mozos a los vecinos de Coquimbo: incendian la ciudad: quedan castigados y puéblase.

Es el mundo natural vianda del amor humano; y así no tenemos tan poderosos enemigos como nuestros mesmos deseos, como dice Marco-Aurelio.

Bien se vió esto en Chile durante la ausencia del gobernador. Pedro Sanchez de Hoz quedó ofendido de que Pedro de Valdivia hubiese dejado a Francisco de Villagra con el gobierno durante su ausencia, cuando no solo se discurria acreedor al interato, sino es con mejor derecho a la propiedad, fundado en la merced que el Emperador le habia hecho, como tenemos dicho, para que poblase en la costa del Mar del Sur, completada la gobernacion del marques, adelantado y Camarco, quien no vino al reino: y a juicio de indiferentes, comprendia el espacio, sino desde el rio de Maule, a lo ménos desde el Itata para el polo: otros decian que la merced estaba equívoca y confusa, y que era preciso el esclarecerla; y aunque se opuso a la que el marques hizo a Valdivia, cedió con pulso no voluntario como despues se vió, y concorde con Valdivia se

vino en su compañía, experimentando siempre la recomendacion del marques en las atenciones de su persona, pues siempre le antepuso en el repartimiento de indios y tierra, lo que no satisfizo a Pedro Sanchez; y el haberle pospuesto en el mando renovó el recuerdo de lo pasado, teniéndolo por repetida injuria, porque es tenaz su memoria como frájil de los beneficios, como dice Séneca; y a cualquier precio que fuese, le pareció entrar en el gobierno, pareciéndole bien fundada su accion en virtud del real despacho.

Estas prácticas llegaron a noticias de Francisco Villagra, quien le mandó prender, y sustanciada la causa, a él y a un Romero les hizo quitar la vida: fin tan trájico tuvo este caballero. Dos frutos se lograron de las desgracias: que son escarmientos y advertencias, y tal vez se debe la salud a la mesma enfermedad. Los naturales de Copiapó quitaron la vida a cuarenta españoles que venian del Perú, y duró la cautela hasta que pudieron actuar su deseo: imputóse esta pérdida a la mala conducta de Juan Bonson, comandante. Dice Josefo, que los romanos fueron invencibles porque aun en la paz tenian sus tropas tan arregladas, como que estuviesen a la frente de ellas sus enemigos. Y pudieran advertir los españoles, que el dominio violento apénas lo hace el transcurso voluntario. Las desgracias se aplazan y los males se encadenan para ser mayores. Los naturales de Coquimbo, deseosos de recuperar su libertad, que, como dice César, es naturalmente apetecida de todos, se sublevaron con tan simulada precaucion, que no pudieron los españoles penetrar sus designios; y así les quitaron la vida, sin exceptuarse ninguno de tan funesta trajedia, y despues incendiaron la ciudad reduciéndola a cenizas: tal estrago y horror experimentó la Serena. Estos fueron los acaecimientos mas notables de Chile, habiendo llegado a él el gobernador a fines del año de mil quinientos cuarenta y ocho.

Francisco de Aguirre, de órden de Pedro de Valdivia, pasó al valle de Coquimbo con suficientes tropas de españoles e indios, para castigar la sublevacion de los naturales de aquel pais, y que nuevo poblasen la arruinada ciudad de la Serena. El dictámen mas arriesgado, la precision lo suele hacer el mas prudente. Cumplió este jeneral exactamente con el órden que se le dió, satisfaciendo en todo a la confianza que de él se hizo, y se mantuvo tan en el aprecio del gobernador, que a él dejó por digno sucesor suyo, como consta por el testamento que otorgó en la Concepcion poco ántes de su muerte, como despues dirémos: tuvo algunas acciones decisivas con los indios, que quedaron enteramente castigados, y se terminó la guerra con su entera sujecion, la que no se ha descontinuado por casi dos siglos: lo que manifiesta que es belicoso clima el que cae al polo, y pacífico el del trópico. La construccion de la ciudad se volvió a hacer con mas adecuada formacion que la que ántes tuvo.

El avariento llama pródigo a lo liberal y el cobarde temerario al valiente, porque cada uno reprueba lo que no tiene o aquello a que no propende. Algunos imputaban al gobernador, de que con tan pocas fuerzas quisiese proseguir el descubrimiento y conquista de tan dilatado reino como

el de Chile y poblado de bélicas naciones; mas estas razones las despreció, porque el reparo es pension de lo grande o porque su magnánimo corazon, resuelto en las arduidades, le pareció empresa digna de su valor y conducta; y así a rostro firme llevó la ejecucion de su proyecto. Decia el filósofo Quilo, que es menester entrar con premeditacion en los empeños, pero puestos ya en ellos, se debian seguir con inflexibilidad: esta máxima se la observó al gobernador.

CAPITULO XXIV

Sale el gobernador Pedro de Valdivia de la ciudad de Santiago, con sus tropas españolas y auxilios, en prosecucion de sus conquistas.—Pasa el rio de Maule y llega al valle de Penco: hácese su descripcion y la de su puerto.

El gobernador mandó hacer todo el preparamento que le fué posible para tan alta empresa, e implorando el favor divino con públicas preces, salió de la ciudad de Santiago, principiado el año de mil quinientos cuarenta y nueve, con ciento y cincuenta españoles: iban algunos con sus familias, y tropas auxiliares de peruanos y chilenos. Ejecutábase la marcha con exacta disciplina, sin permitir agraviasen a los indios que habitaban los paises de su tránsito, que los mas preocupados del terror habian desamparado sus cenizas, no obstante que el gobernador los solicitó para que volviesen a ellas ofreciéndoles buena amistad y correspondencia, previniendo el embarazo en que pudieran ponerlos si esta quedara cortada, y siempre siguiendo la táctica otomana de no dejar enemigos en retaguardia cuando intentan sus conquistas. Complació mucho a los españoles la amena fertilidad de los campos y la muchedumbre de sus habitadores, sobre cuyos fundamentos fabricaban ventajosas fortunas, no obstante que cualquier parte de la vida es un volúmen de penas; y así el espíritu divino se extiende mas difuso en las aflicciones de Job, que no en las prosperidades de Salomon.

Los españoles pasaron a Maule, último término y conquista de los monarcas del Perú, y siguiendo su destino en derechura del rio de Itata, llegaron al valle de Penco, situado a la márjen del Mar Pacífico. Allí se incorporó con el gobernador una nueva recluta que en pos de él vino, y viendo aumentada su tropa, les propuso cuán conveniente seria fundar allí una ciudad, en aquel terreno que estaba en igual distancia de la ciudad de Santiago a la Serena, en términos contrapuestos de polo y trópico, y que así quedaria sufocados los naturales que mediaban en tan espacioso pais; y que la conveniencia marítima facilitaria el comercio y socorro del Perú, con el cual podrian internar sus conquistas hasta el extremo del reino, de cuya fertilidad, riqueza y muchedumbre de habitadores estaban bien informados; y que la nueva poblacion seria nuevo arsenal para conseguir tan dichoso fin. Todos convinieron con el dictámen del gobernador, pues de la esperanza es el objeto el bien con la confianza de su ejecucion, como dice Santo Tomas.

Con la candidez que es necesaria a la legalidad de la historia, dejaré correr la pluma, aunque se mire como digresion, para especificar algunas individualidades, compulso con la obligacion de hijo; que, como dice Séneca, ninguno ama a su patria por grande, sino es por propia, siendo a todos dulce su memoria.

El valle donde se fundó la ciudad es de moderada extension, bañado del mar: por el mediodía, por el oriente y setentrion le circundan varios montes de mayor y menor elevacion y de mas y ménos volcanes, herbajes, arroyos y manantiales los mas perennes. Por el oriente se ven unas colinas despejadas y de plantacion de viñas, cuyos fragmentos de las que en la antigüedad hubieron, el dia de hoi permanecen, y el conjunto es de compacible amenidad e inspeccion por su armoniosa discordancia y predominio al valle. Desgájase de estas eminencias por la parte setentrional un collado prolongado, que termina tres cuadras de la playa, de fácil ascenso y descenso por toda su circunferencia, y de planicie espaciosa en su cima, y por él viene la agua de Landa, copiosa y de fácil extraccion para fecundizar aquel terreno, que no es ingrato sino fecundo. Por el valle corre un arroyo grueso, o moderado riacho, cuyas aguas son de sublime bondad; y otro perenne que dicen o llaman de la Tintorera, sale de la parte oriental de aquellas sierras y corre superficial. Vense de sus eminencias paises divertidos o jardines deliciosos que la naturaleza previno para que del todo resultase un deleitoso objeto. Divísase el rio Andalien, cuyo ingreso al mar es a corta distancia del valle y abundante de pescado, y a tres leguas el gran Bio-bio y los llanos de Gualpen y Talcahuano, entrecortados de lagos y brazos de mar, y algunos pasan a querer ser salinas sin artificial beneficio. Síguese el puerto entre la Herradura y Quiriquina, cuyo abertor será de legua y media y toda su circunferencia de diez y ocho entre caletas y ensenadas, incluyéndose la boca chica, que es de pocas cuadras, entre la isla de la Quiriquina y la tierra firme de Túmbes.

Vense varias florestas de árboles mui robustos, cuya muchedumbre entretejida de coligües, zarzas y varias especies de hiedra, hace que la noche se anticipe o que la aurora se retarde. No se nota menor verdor en los prados, entre cuyo herbaje es comunísima la violeta y el orozuz, por muchos años desconocido. Divísase la cordillera nevada, extremo de la latitud del reino; y entre este medio círculo de montes está el plano donde se fundó la ciudad, en algo mas de treinta y seis grados de latitud al antártico, que es lo mas templado de la zona. Si tanta amenidad y abundancia ofrece la tierra, no la hai ménos en el mar de pescado y marisco con singular variedad, y principalmente en algunas estaciones del año, que sirven de tedio a la vista, y aun las peñas producen la yerba luche, como tenemos dicho. El valle de Palomares, que está inmediato al de Penco, tiene ocho leguas por las curvidades con que le baña su rio, que corre serpentándole y superficial. En algunas partes los montes estrechan su vega y en otras le ensanchan; y por una y otras le sirven de vallado encumbradas selvas, algunas impenetrables por montuosas y

breñosas densidades, y tan pendientes que parece que donde terminan los copos de los árboles, de allí nacen otros.

La inmensidad de manzanos que hai dispersos por el valle y en el intermedio de los bosques, producidos sin ninguna plantacion, es imponderable y al exámen de la vista solo es persuasible su credulidad. Cruzan el valle muchos arroyos que terminan en el rio. Toda esta apacible vega está cultivada, y así se vé un verano delicioso y un otoño de opulencias; y porque nada le falte, es abundante de pescado, porque hasta el mar se lo comunica con su mucho flujo y reflujo por su adecuado cauce del rio, y un tal conjunto de amenidad hace persuasible el que la fortuna se esmeró o desveló para hacerlo amable.

CAPITULO XXV.

Dáse noticia de una batalla peligrosa en que estuvo el gobernador y sus españoles en manifiesto riesgo de perderse.—Funda la ciudad de la Concepcion: nombra las primeras justicias y oficios concejiles de ella: menciónanse sus primeros vecinos.—Asígnase el gobernador solar y campos en su distrito, y otras individualidades que se ofrecieron.

Los bienes raras veces se conocen sino a vista de los males, como dice Séneca. Estos los discurrieron mui próximos los indios, viendo a los españoles tan internados y con familias en su pais, y los reprehendió su mesma neglijencia; y así se acordó entre los principales de su nacion que se juntasen las mas tropas que se pudieran, para poner diques al torrente de la felicidad española, y con este designio se acompañaron seis mil indios en la ribera de Andalien. El gobernador no resolvió el desalojarlos ántes que se recreciesen sus tropas, porque es parte de la victoria hacer que el enemigo tema ántes de la batalla, como dice Vejecio; y salió a ellos dejando sus equipajes, competente guarnicion en un fortin que tenia hecho donde hoi es el almacen real; y como era de la última importancia la accion que emprendia, habló a sus españoles, no para ardecerles el deber de su obligacion, sí es para estimularles con el recuerdo de su ambicion jenerosa de honra. Los indios le salieron al opósito y destacaron diversos pelotones de sus tropas con el designio de que estando ya en funcion, circundasen a los españoles para que fuera mas fácil su vencimiento.

Principióse la batalla dudosa y sangrienta, pues se vieron los españoles circundados por todas partes, y con ciego furor los indios despreciaban el fuego; de suerte que Pedro de Valdivia y lo suyos estuvieron en estado de perderse, como dice el coronista Herrera y nos lo manifiestan las memorias de aquel tiempo: a tal extremo llegaron los arrestos de su bárbara osadía. Mas, como la tierra era llana, la caballería corria sin embarazo y pudo romperlos, no obstante que se sostenian con nuevas tropas sin confusion. No pudiendo prevalecer, se retiraron con confusion y desórden, dejando el campo de batalla cubierto de muertos. Hicié-

ronse muchos prisioneros y entre ellos el cacique Aillabillú, una de las personas de mayor distincion entre los de su nacion, quien murió o le hicieron morir encarcelado. Nunca el gobernador desde su ingreso al reino se vió en tan grave peligro, pues estuvo en estado de muerte o prision, y los españoles en el de derrotados y desordenados. Mas como la paz se hace buscar con la guerra, como dice Livio, vinieron los indios pidiéndola, lo que complació mucho a Valdivia porque eso solicitaba por medio de algunos comisarios de su nacion.

Viéndose el gobernador desembarazado y en estado de ejecutar el proyecto de la fundacion, pasó a hacerla, domingo cinco de octubre del año de mil quinientos y cincuenta, a los diez de su ingreso al reino. Púsose por nombre a la nueva ciudad el de la Concepcion de María. Delineóse la plaza, mas no en el sitio que hoi está, y en ella levantó el árbol de la cruz: esta memoria se expresa en el libro de la fundacion y será bien el no omitirla. Asignó sitio a la iglesia y dióle por nombre y patron titular a San Pedro, y de ahí señaló el sitio de ayuntamiento y cárceles, y nombró dos alcaldes, que fueron Perestevan y el licenciado Pedro Antonio de las Peñas, y por rejidores perpétuos al capitan Diego de Oro, don Antonio Beltran y Diego Diaz, y por cadañeros a don Cristóbal de la Cueva y a Francisco de Rivera Ontiveros y Agustin de las Casas, y a Gerónimo de Vera alguacil mayor con voto y asiento, a Gaspar de Vergara por mayordomo y procurador, y todos los mencionados aceptaron y juraron, como consta en el libro de la fundacion, el cual el mismo gobernador se lo entregó al escribano, que lo fué Domingo Lozano.

A unas cosas las hace nuevas el olvido, a otras la oscuridad y a no pocas la neglijencia; y así dice Galucio que las estrellas de Géminis guardan tal órden para no ser ignoradas aun estando en el firmamento, que cuando la una se oculta la otra se manifiesta, lo que dió motivo a la fábula de que los hermanos Castores alternadamente nacian y morian; y así ofrezco a mis compatriotas de la Concepcion memorias muertas de nuestros projenitores, en el olvido sepultadas, para que al recuerdo renazcan.

Acimentáronse en la ciudad con formal vecindad de solares y campos, Diego Diaz, de quien permanece descendencia en los Ochoas, Alonso y Gonzalo Sanchez, Diego Mendez, Pedro de Leon, Perestevan, Antonio Lozano, García de Vergara, Francisco de Rivera, Hernando de Paez, de quien permanece sucesion mui arruinada, licenciado Antonio de las Peñas, Diego de Oro, de quien hai sucesion en la ciudad de Santiago, Lope de Landa, Juan de Medina, Vicente Camacho, Juan Negrete, mi quinto abuelo que habiéndose acimentado en la primera poblacion de Santiago, vino en compañía del gobernador, Mateo Beltran, Gines Gil, Gerónimo de Vera, Gerónimo de Alderete, de quien permanece descendencia en la provincia de Chiloé, Alonso Galeano, Juan Valiente, Alonso de Vera. I porque nunca los conquistadores perdieron de vista la piedad cristiana, asignaron seis cuadras para hermita, huerta y viña de nuestra Señora de Guadalupe y el Rosario *en la chapa* y *frontero a esta ciudad*,

formales palabras con que se explican, del cual sitio tomó posesion Lope de Landa: y asímesmo se dieron seis cuadras al padre vicario de la Merced para iglesia y convento de su relijion, y con lo jenérico de vicario, hallamos explicado su nombre y el de frai Miguel de Segura, en una merced de chácara que despues se hizo para dicho convento. De suerte que la relijion mercenaria fué la primera que hubo en la Concepcion y los únicos relijiosos que vinieron con Pedro de Valdivia y el cura y vicario Gonzalo Lopez, que fué el primero de la ciudad, y con esta diminucion se explican. A la devocion de Jeraldo Gil se concedieron cuatro cuadras para Iglesia y huerta del glorioso San Antonio. Asignóse solar y chácara para hospital.

Todo lo referido y otras obras de piedad que la historia nos hará ver, manifiestan las ideas raras de la imajinacion de algunos que discurren que los conquistadores fueron hombres olvidados del deber de católicos, o que profesaban un villano ateismo. Prosiguióse el repartimiento de solares y chácaras en otras personas, como Felipe Herrero, Mro. Tomas, doña Catalina Gonzalo Perez, etc.

El gobernador reservó para sí un sitio en la traza de la ciudad, y un espacioso campo como de veinte leguas en su retorno con todos los indios que en él habian de acimentacion, que era desde el ingreso de Andalien y Bio-bio al mar, hasta el camino que del uno a otro rio va, y es casi península con el mismo mar, en que se comprende Talcahuano, Hualpen, Diñagüe y otros paises, y es el mas fértil y ventajoso terreno de aquel contorno y principia como nueve cuadras de la ciudad. A Gonzalo Lopez le asignó una chácara o cortijo.

Mandó Pedro de Valdivia que los alcaldes y rejidores sin nueva eleccion prosiguiesen sus oficios todo el año de mil quinientos cincuenta y uno y nombró por correjidor a Diego de Oro; mostráronse tan rijidos que habiéndose presentado al cabildo Vicencio del Monte con un despacho del presidente en que le hacia merced de rejidor perpétuo, veedor y factor, contradijeron el oficio concejil y le intimaron el que manifestase el despacho del César para ver si en él le concedia tal facultad al licenciado Pedro de la Gasca, y que entretanto que no les constase, no lo admitian. Recibióse Gerónimo de Alderete de tesorero y contador. Con tanta justicia se dispuso la nueva poblacion, que, como dice San Anselmo, da a cada uno lo que es suyo: al mayor reverencia, y al igual concordia, al menor disciplina, y al pobre misericordia.

Finjió la antigüedad pagana que asistia al sol como a su rei, Saturno, planeta lento y oríjen del buen consejo, seguíase Júpiter como ministro del rei, a éste Marte, jeneral de milicias, y luego Vénus, señora de riquezas y deleites, y de ahí Mercurio, intérprete de palabras y procurador de negocios. Benévolo fué el influjo de estos astros al tiempo y cuando el gobernador dispuso cuarenta y dos capítulos de ordenanzas, con tanto acuerdo y reflexion hechas, que en aquella positura no cabia mas en la humana prudencia, y bien manifiestan su profunda comprehension y singulares talentos, y porque obvian prolijidades omitimos el referirla; y con

público pregon se hicieron a todos notorias el dia treinta de setiembre de mil quinientos cincuenta y un años, y en ellas hai algunas que se ordenan al buen tratamiento de los indios; y así dice San Gregorio, que aquel hace bien las cosas piadosas que sabe guardar las justas. Ordenó el tiempo de los remates de diezmos y el modo de su exacta satisfaccion; asignó los montes que debian ser comunes; dió a la ciudad de Santiago la primera voz y voto en Córtes, por haber sido la primera fundacion del reino, lo que todo bien persuade su consumada prudencia que hace a su persona digna de veneracion y aplauso. No mereció ménos de todo por haber mandado que los alcaldes prosiguiesen siéndolo todo el año de cincuenta y uno con los rejidores cadañeros, sin que precediese nueva eleccion.

CAPITULO XXVI.

Dispone el gobernador se hagan posadas o tambos.—Envía a descubrir el estado de Arauco.—Pone toda solicitud en buscar minas y principiase su labor.

La gobernacion y oficios descubren lo que es el hombre, como dice Aristóteles. La gran conducta del gobernador bien la manifestaron sus operaciones, y porque la memoria hace presente lo pasado, hacemos recordacion de como el dia veinte y cinco de diciembre de mil quinientos cincuenta y uno, hizo la ordenacion de tambos o posadas promediándolas a la distancia de siete leguas unas de otras: las cuales eran desde la Concepcion a Santiago y desde la Imperial a la Concepcion por los dos caminos de costa y llanos, arreglando las casas que en cada una de ellas habia de haber, la asistencia alternativa de indios y composicion de caminos; y en todo tuvo atencion a que fuese lijero el gravámen y que circulase, pues no se siente tanto la carga muchas veces como la desigualdad de su peso. Esta distribucion la hizo entre los vecinos encomenderos, y porque se sepa los que en aquel tiempo lo eran, los mencionarémos, segun consta en el primer libro de cabildo: don Cristóbal de la Cueva, Jerardo Gil, don Antonio Diego de Oro, Pedro Gomez de las Montañas, Francisco Riveros Ontiveros, y Hernan Paez Columbres, Gerónimo de Vergara y Gaspar de Vergara, Fernando Ortes, Cristóbal Mella, Francisco Rivera de Almonacir, Pedro Columbes, licenciado Peñas, Juan Negrete, Gaspar Vergara Medina, Juan Fernandez Garces, el alguacil mayor Lope de Landa, Camacho, Alonso Sanchez, Pedro Bonal, Diego Diaz, Gaspar Casas, Pedro Jaen, Vicencio Monte, Juan de Vera, Francisco Cabrera, Mre. Francisco; y aunque esto fué despues de la poblacion de la Imperial, lo dejo dicho por no descontinuar la narracion de los estatutos y ordenanzas que el gobernador hizo promulgar.

Pareciole al gobernador que era tiempo competente para que se fuese a descubrir el estado de Arauco, pues la fama con sus clarines habia en aquel pais publicado su victoria con el retiro de las tropas vencidas en

la batalla de Andalien, y se hace indigno de las caricias de la fortuna quien no logra las ocasiones con que le brinda, pues estas son pocas o raras, como dice Ausonio; y destacó a Gerónimo de Alderete para la ejecucion de este proyecto con sesenta hombres valerosos y bien montados. La estacion mas árida del año tenia minoradas las aguas del gran Bio-bio: pasóle por donde el coronist aHerrera dice que tiene mil y quinientos pasos de latitud, los que en realidad habrá con exceso por la endechura de San-Pedro, que por allí fué el tránsito, no obstante que en la opuesta ribera habia mucha jente en diversos pelotones bien formada, cual otro Alejandro en el Granico a vista del numeroso ejército de Dario, o como Luis el Grande lo ejecutó en el siglo pasado en el Reno a la frente las tropas holandesas, como dice Limies. Mas el jeneral Alderete así lo hizo en mucho mas caudaloso rio que los dos. Los indios, o precavientes o aterrados de tan arrojada accion, se retiraron a los montes abandonando sus casinas; y prosiguiendo los españoles su marcha, hallaron todo el pais despoblado, y bien observado todo aquel ameno y terreno fértil, se volvieron admirados de ver lo cultivado y poblado que estaba; mas no por el mismo camino, sino por el que de presente se llama Talcamavida y Santa-Juana, y llegaron a la Concepcion, donde el gobernador los esperaba cuidadoso, y con las noticias recientes y las que con anterioridad se tenian, resolvió proseguir la conquista, para cuyo efecto envió a Santiago por jentes y armas: estos asuntos excelsos eran en los que entendia, pues no es grande quien se versa en lo pequeño.

Dispúsose el que se solicitase el descubrimiento de minas, que mejorarian el reino, para cuyo efecto se despacharon várias personas intelijentes en busca de ellas, y despues de haber corrido mucho, volvieron los emisarios gozosos por la descubierta que habian hecho y que demostraban ser mui ricas, principalmente las de Quilacoya, cuya noticia la celebraron los españoles con demostraciones singulares de alegría: mas no así el gobernador, quien la recibió con ánimo indiferente sin que se le observase mutacion exterior. Bien como Alejandro, a quien le pidió un propio la mano y albricias, diciéndole que tenia que darle una noticia plausible, y respondió que solo tuviera por grande y regocijada la de la resurreccion de Homero, como dice Erasmo. Y aunque Pedro de Valdivia no abandonó sus intereses, no obstante, siempre se le oyó decir que la conquista espiritual y temporal del cristiano era su primera atencion. Principióse la labor de ellas, y en todos se recreció la esperanza del adelantamiento de fortuna por lo que daban.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Viene un poderoso ejército contra los españoles.—Sale el gobernador Pedro de Valdivia al opósito.—El apóstol Santiago visiblemente los favorece y quedan los indios vencidos.—Ofrecen hacer una hermita en recuerdo de este milagro.

Ha esforzado mi solicitud en esclarecer un milagro del glorioso apóstol Santiago, sepultado en las tinieblas del olvido; mas no es mucho que esto acaezca en Chile, cuando vemos poco acordado en España el que hizo en la batalla de Clavijo en tiempo del rei don Ramiro I, no obstante que para su recordacion se estableció la contribucion de las yugadas y asignacion de parte de los despojos enemigos; y a no ser tan autenticado este portento, no lo escribiéramos. Hallábase el gobernador fortaleciendo la reciente ciudad; y viendo los naturales que aquel establecimiento era fatal indicante para perder su libertad, les pareció conveniente hacer un poderoso esfuerzo para acabar con aquella extranjera jente o nacion, o a lo ménos expulsarlos de sus paises, tentando otra vez a la fortuna por ver si se les mostraba mas propicia, como que supiesen su informalidad; que cuantos simulacros finjieron de ella los antiguos con diferentes insignias y nombres, todos aluden a inconstancia, como dice Cansino; y fundados sus engaces, se juntaron muchas tropas de la otra parte del rio de Bio-bio e hicieron su campamento en la ribera que a la Concepcion mira; y así se revistaron mas de cuarenta mil hombres de armas con los caciques Lincoya, Queupolican, Rengo, Tucapel y otros, y de comun acuerdo se vinieron para la nueva ciudad despreciando el corto número de los españoles, y que éste era sin recurso para prevalecer contra su poder, como que la esperanza de los triunfos estuviese mui segura en los ejércitos mui numerosos, como dice Salustio.

El gobernador observó que los de la mayor confianza le ocultaban la verdad, que, como dice Anaxágoras, está rodeada de tinieblas, porque le anonadaban aquel espantoso aparato procediendo con reservada intencion; hasta que puestos a la vista, se enteró de su poder, viendo venir al enemigo bravo, tenaz y empeñado, en tres columnas, bien formados y militarmente adornados de vistosa plumería, y que su creci lo número ocupaba valles y collados; veíanse por las eminencias de los montes muchas personas de uno y otro sexo que habian venido a ser inspectores de aquella grande accion que habia de ser decisiva de su libertad o sujecion. Hicieron la ceremonia de espulsar el miedo, lo cual acostumbraban ántes de entrar en funcion, cuya confusa vocería, recrecida con sus bélicos instrumentos, hacia su percusion por los montes

horrorosa disonancia en los españoles. No hubo susto avanzado, porque llegaba el caso de lo que ya se sabia; y así la presencia de espíritu fué en todos mui igual, y tambien porque el lance forzoso recrece el valor, el cual disminuye el empeño voluntario. Cumplieron todos con el deber de católicos, disponiendo las conciencias y los negocios domésticos, y salieron al opósito de sus enemigos con fiereza de leones, cuyo número se ignora, y a paso regular llegaron los indios a tiro de ballesta de los españoles, como consta del instrumento orijinal en la narracion de este caso.

Pedro de Valdivia y sus españoles con fervorosa devocion y confianza imploraron el patrocinio y favor del glorioso apóstol Santiago, y ordenó a su teniente jeneral Gerónimo de Alderete que con veinte y cuatro hombres de caballería acometiese la primera línea o columna, quedando las otras dos a competente distancia para sostenerse sin embarazo, y al mismo tiempo se hizo una justa descarga de la arcabucería. Los indios consternados se pusieron en precipitosa fuga; mas habiendo intentado rehacerse para proseguir la accion, los cargaron y casi sin llegar a las armas huyeron, y viendo esto la segunda línea, se vinieron para los españoles, feroces y vergonzosos por la consternacion de los suyos: mas habiéndolos acometido, huyeron aun con mas confusion y desórden que los primeros. Sucedió lo propio con la tercera, no obstante que procuraron ordenarla los del comando para renovar la batalla, mas los españoles sin darles tiempo se fueron para ellos con valor y confianza en el glorioso apóstol Santiago, cuyo patrocinio experimentaban y así a voces le imploraban, y sin la menor oposicion quedó aquel numeroso ejército vencido y el campo de batalla cubierto de muertos y heridos, pues su asombro fué tal que no ejecutaron lo que acostumbraban, que es el ocultarlos, y muchos se aprisionaron. No le pareció conveniente al jeneral seguir la victoria por la cortedad de su tropa, y se retiró a dar gracias a Dios y al apóstol por la consecucion de accion tan decisiva sin ninguna pérdida.

Fué cierto y patente a aquel numeroso jentio de que habian visto un hombre anciano y de venerable aspecto en un caballo blanco con sus armas resplandecientes, el cual precedia a los españoles, y que al tiempo que este divino númen los acometia se retiraban confusos y asombrados, y que habiéndose rehecho para renovar la batalla los volvió a disipar con tal pavor y espanto suyo, que a este divino personaje solo atribuian su vencimiento, cuya deposicion uniforme de esta irrefragable verdad, fué la de mas de cuarenta mil personas, testigos oculares de esta maravilla que a una voz publicaron; y los españoles, aunque no vieron al apóstol glorioso, le experimentaron en la ninguna oposicion que los indios les hicieron, terminando la osadía con que venian, en una vergonzosa fuga, no obstante los repetidos esfuerzos que hacian. El gobernador, su teniente jeneral y los demas caballeros y soldados que presentes se hallaron, en memoria de tan singular portento y que a la posteridad quedase su recuerdo, acordaron de construir

una hermita; mas los embarazos que se ofrecieron y en el corto tiempo que el gobernador sobrevivió, no les fué posible, y así dijo Ciceron que el agradecimiento, aunque sea tarde, no debe ser reprehendido.

Permaneció este recuerdo en los que componian el cabildo de la Concepcion cuando su primera despoblacion y que se retiraron a la Imperial, como consta y se vé en el auto que hicieron dia diez y siete de diciembre del año de mil quinientos cincuenta y cuatro, a los tres de este acaecimiento, el cual pasó ante Domingo Lozano, escribano de cabildo, en que se expresa que comparecieron y se presentaron al visitador y vicario jeneral de estas provincias Fernando Ortiz de Zúñiga, los que en aquel tiempo componian su ayuntamiento, que fueron los señores Francisco de Castañeda, alcalde, Hortucio Jimenez de Etenduar, Gaspar de Vergara, Lope de Landa, Pedro Gomez de las Montañas, y narran el milagro que en abreviado resúmen es como le expresamos, y ofrecen construir la hermita y que el cabildo habia de quedar con el patronato para siempre de ella, y dicho visitador concedió la licencia y permiso, interponiendo su autoridad, y se mencionan por testigos a mayor abundamiento en el referido instrumento a Juan de Villanueva y Francisco Sanchez, cuyo orijinal pára en el libro de la fundacion, el cual le hice trasuntar siendo alcalde de la Concepcion; y aunque el coronista Herrera no lo narra ni Arzila (1), que tan reciente al suceso vino, ni el padre Ovalle, regnícola, sin embargo, en el acaecimiento no hai la menor duda.

Comprueba esto mismo un manuscrito de aquel tiempo digno de toda fe; mas no lo extrañarán los eruditos, sabiendo que Josefo escribió con tantas puntualidades la vida de Herodes el grande y omite decir el caso de los inocentes tan estrepitoso por el orbe, pues el mismo César con un dicho agudo satirizó, y lo que mas es, predicho por el profeta Jeremías. Fué felicidad inaudita y desmedida dicha la de Pedro de Valdivia, pues mereció que a favorecer las tropas de su comando, bajase de la celestial esfera el glorioso apóstol Santiago. ¡Cuán pocos de los mortales han tenido tan alta dicha! Consúltese la historia antigua y moderna y véase si debe ser contada entre los héroes de la fama, pues mereció su persona que el cielo así lo distinguiese, manifestando Dios cuan de su agrado era la grande obra que emprendia para que con mas fervor la prosiguiese.

CAPITULO II.

Prosigue el gobernador sus conquistas: funda la ciudad de la Imperial.—Descripcion de su ameno valle.—Dase noticia de los muchos indios que le habitaban y de sus primeros pobladores y acimentacion que despues tuvo.

La feliz fortuna es anotomía de corazones: bien manifestó el gobernador la grandeza del suyo, pues aunque prosperado, nunca se demos-

(1) Don Alonso de Ercilla: Arcila tambien le llama Góngora Marmolejo.

tró desconocido y así se hizo digno de otra mayor. Agatocles fué hijo de alfarero y despues soberano, y hacia modesta ostentacion de su nacimiento, lo que recreció elojios a su grandeza y silencio a su humildad, como dice Polibio.

Pedro de Valdivia, viéndose ya con el socorro que de Santiago esperaba, resolvió proseguir la conquista de Chile, para cuyo efecto se previno de equipaje competente y lo demas necesario para tan árdua empresa. Dejó de correjidor de la Concepcion a Diego de Oro, persona de mérito y calidad, como lo manifiestan los encomios de sus despachos que tenemos visto, y salió de ella a principios del año de mil quinientos cincuenta y uno, a lo que nos persuadimos, con doscientos españoles y crecido número de tropas auxiliares, y dirijió su marcha para el rio de la Laja, y habiéndole transitado por Tarpellanca, y al gran Bio-bio por Negrete, llegaron al Capten, bien admirado de ver lo poblado de los paises de su tránsito y su amenidad.

Dios hizo al mundo de los abismos de la nada, creándolo espacioso para que en él resplandeciesen tantas maravillas de hermosura, sucesion y utilidad, órden, medida y duracion, dando a cada cosa mensura y lugar, inclinacion, límites y perfeccion. Y pues en este pais se fundó la ciudad de la Imperial, será bien que hagamos su descripcion y admiremos los atractivos de su hermosura. Está situada en algo mas de los treinta y ocho grados de latitud al antártico. Riega este dilatado valle el caudaloso Capten, tan profundo, que es capaz que por él naveguen los navíos de mayor porte, a que coadyuva el flujo y reflujo del mar que admite la lenidad de su curso y que excede mucho mas allá de la situacion de la arruinada ciudad, ocasionando esto lo útil y deleitoso de la pesca, pues es la mas abundante y segura del reino. Su fertilísima vega, que marjena el cauce de este caudaloso rio, es de las mas agradables que pudo apetecer el deseo o finjir la imajinacion, émula de los Campos Elíseos que tan ventajosos ideó la antigüedad pagana, y como la hermosura es don de la naturaleza, como dice Elidioro, parece que aquí se esmeró o desveló, y no es mucho que tantos agrados llevasen tras sí la atencion de los españoles para fundar una ciudad que fuese la tercera del reino.

Elijieron para el efecto un extremo de loma baja o de vega alta, distante de la Concepcion setenta leguas, que con esta similitud la hace el rio de las Damas moderado, que allí se junta para aumento de su grandeza. Mírase de alto en bajo su deleitosa vega, delicias de este hemisferio chileno: por unas partes se estrecha y por otras se ensancha segun las curvidades del rio o locacion de las colinas que sirven de bahía a su cauce hasta el mar, de donde dista seis leguas, adecuada promediacion para disfrutar sus conveniencias y estar a cubierto de invasiones, como lo previó Rómulo en la fundacion de Roma. Los despejados collados y sus boscajes a competente distancia, recrecen su belleza, y el gozar de tantas conveniencias fué rémora que atrajo a ochenta mil indios que allí hallaron acimentados.

Púsole por nombre el gobernador la *ciudad de la Imperial* y mandó delinear la plaza, y lo demas adecuado de su flanco asignó para iglesia y palacio episcopal, que desde aquel tiempo lo miró con este designio previendo lo que fué, mas no en lo que habia de terminar, porque el hombre con el tiempo reparte su ciencia o ignorancia: de lo presente sabe poco con vanidad de saber mucho, y de lo futuro nada. Señaló sitio para la casa de ayuntamiento y cárceles y otro para hospital, el cual denominó de San-Julian. Dedicóse solar para construir una hermita con él, de nuestra Señora de la Antigua, y otro mas extenso fuera de lo que se asignó de traza de ciudad, para hacer otra de Nuestra Señora de la Concepcion del Monte Calvario, cuyo culto despues fué en grande aumento; y de allí se prosiguió haciendo la distribucion de solares en las personas que fueron de la primera distincion, que los que entónces y despues se acimentaron fueron, Francisco de Villagra, a quien se le asignó sitio en la plaza y a Pedro Olmos de Aguilera, don Miguel de Velasco, Francisco Gutierrez, Andres Martinez, Diego Martin Ballesteros, Gabriel Sevilla, Antonio Saldaña, Juan Hidalgo, Antonio Cervera, Alonso Miranda, Baltazar Rodriguez, Juan de Ocampo, Hernando de San Martin, don Luis de Barba, abuelo del autor, Juan de Cevallos, Andres de Montesinos; y de su vecindario se elijieron por alcaldes a Francisco de Villagra y a Gaspar Horense, y por rejidores a Juan de Vera, Gaspar de Castañeda, Leonardo Cortes, Fernando de Losmore.

Persuadímosnos a que, si no entónces, poco despues, que es lo mas verosímil, se señaló sitio para convento de San Francisco y la Merced, segun lo tenemos visto en instrumentos de aquel tiempo, pues a pocos años de su fundacion hallamos a Frai Francisco Moncalvillo de comendador, y si no hubo convento de San Agustin, a lo ménos consta en papeles suficientemente legalizados, que el año de mil quinientos setenta y dos habia una iglesia dedicada a este Santo Doctor.

El gobernador hizo algunos repartimientos de indios, como fué a Francisco de Villagra, su teniente jeneral, a quien le dió treinta mil, y no falta quien lo aumente a treinta y seis, cosa portentosa pues parece que es soñada la verdad: esta asignacion le hizo en la provincia de Maquegua, que aun el dia de hoi permanece la mas poblada como la mas belicosa y pertinaz de este florido reino. Dióle a Pedro de Olmos de diez a doce mil, a Diego Martin mil, a Hernando de San Martin ochocientos, y a don Luis Barba mil y quinientos, y a otros muchos, cuya noticia quedó sepultada en las cenizas de su ruina, pues hasta el dia de hoi lloran los sitios por donde pasó el furor de estos bárbaros chilenos, bien que el tiempo hace los tiempos enajenar todas las cosas, como dice Menandro, con vicisitud admirable; así como el luminar mayor, que no fueran tan favorables sus influjos, si Dios le hubiera criado astro fijo y sedentario, como lo son con su contínuo movimiento.

Aumentóse mucho la devocion y decencia del culto divino; bien lo manifiesta la vista del señor San Miguel, su primer obispo, que hizo de la

hermita de la Concepcion, año de mil quinientos setenta y uno, la cual pára en el protocolo eclesiástico. El hospital estuvo mui bien rentado: dejaron fundaciones de capellanías y otras obras pias don Miguel de Velasco, Gabriel de Villagra, Baltazar Rodriguez, Rodrigo de Hoces, Andres Martinez de Santa-Ana, don Luis Barba; y Hernando de San Martin fundó dos iglesias en su repartimiento, como consta del instrumento otorgado por agosto de mil quinientos setenta y tres, y Pedro Olmos de Aguilera siete en el suyo y un hospital, como se vé por el instrumento que orijinal pára en el protocolo eclesiástico, su data por junio de mil quinientos setenta y tres años. No hemos querido negar estas cortas noticias a la curiosidad, en cuya investigacion se ha desvelado la solicitud.

CAPITULO III.

Prosigue de Valdivia sus conquistas.—Funda la ciudad de Valdivia: descríbese el terreno de su fundacion, vecindario y aumento.—Envía a Gerónimo de Alderete a que funde la ciudad de Rica: hácese la descripcion de su sitio y pais: dase noticia de su aumentacion y comercio.

No hai bien en la tierra que no cueste sumos desazones, tanto para conseguirlos, como para mantenerse en ellos, y así dijo Eurípides, que los grandes galardones con el trabajo se consiguen, pues es padre de fama: este hizo tan famoso a Hércules, César y Alejandro. Así el gobernador, estando el pais al arbitrio de sus armas, se engolfó en otros mayores con la esperanza de una competente recluta que le venia, y determinó proseguir sus conquistas, dejando facultades al cabildo para que prosiguiese haciendo el repartimiento de indios que habia principiado, y siguió su destino hasta la Mariquina, donde se le incorporó la jente que esperaba, y pasó a camparse a la ribera del rio Calle-calle en el sitio y lugar donde fundó la ciudad de Valdivia, cuya descripcion es preciso hacer. Está en algo mas de los treinta y nueve grados y cien leguas de la Concepcion. Fundóse la ciudad en un plano no mui superior al rio, que no le incomoda aun en la mayor aumentacion de sus aguas, recrecidas y ajitadas con el flujo y reflujo del mar, pues sube su represo hasta mas adelante del castillo de Cruces, que está distante catorce leguas del mar. La inspeccion que ofrece la extension de su oriente es sumamente deliciosa, porque todo es agrado, sin embargo de ser mas montuosa que despejada; mas no tanto como el dia de hoi está, pues se ven robustísimos árboles donde fueron campañas de cultivo. Vése aquel profundo rio, de tan retardado movimiento que parece que no es progresivo, y para navegarle se espera la creciente o la menguante. Es tan caudaloso que es capaz de navios del mayor porte. Hai florestas de manzanos producidos sin ningun cultivo ni plantacion, tanto grato les ha sido aquel terreno. Tiene el rio islas que cooperan a la hermosura y utilidad de sus habitadores. Previno la naturaleza una cantera de

piedra franca que llaman *cancagua*, que con facilidad se corta y labra con la medida y proporcion que se necesita.

El puerto es de los mas cómodos y seguros de la meridional América. Tiene una entrada estrecha, en donde se han construido los castillos de Niebla, Manzera, Amargos y Corral, como despues dirémos, y formó allí la naturaleza una despejada bahía o prolongado golfo, circundado de altísimos montes de deleitoso y útil boscaje, y en él entra el rio Calle-calle: hai una isla que tiene alguna extension, fértil y deliciosa y no ménos útil a todo el vecindario. El gobernador prosiguió la delineacion de la ciudad, que por eternizar su nombre, le dió el de su apellido nombrándola *Valdivia;* y persuadímosnos a que esto fué por la primavera del año de mil quinientos cincuenta y uno, que tambien esto ha quedado sepultado en el olvido, ménos algunas noticias que ha descubierto mi desvelo. Sábese que levantó árbol de la cruz en la plaza, que con este término se explican los que ponderan su piedad, y delineó él mesmo lo que asignó para iglesia y casa de ayuntamiento, y para sí se reservó un flanco de la plaza.

Fueron sus primeros vecinos Rodrigo Orosco, Cosme Gutierrez Altamirano, Pedro Gutierrez Altamirano, Andres Salinas, Pedro de Campo, Diego de Eslava, Martin de Quesada. Sábese que al tiempo de su ruina estaba mui aumentada, y que se veian acimentadas muchas familias de distincion, como eran las de los Valenzuelas, Ocampos, Montesinos, Cuevas, Santanderes, Moras, Navarretes, Benitez, y que habian conventos de San Francisco y la Merced y casas de altos, como lo manifiesta un instrumento mui auténtico en que Diego Nieto y doña Leonor Cervantes, su mujer, fundaron capellanías en unas tiendas de su casa, y la mesma obra pia instituyó en cuatro dichas Pedro y Cosme Gutierre de Altamirano; y para el servicio y decencia del culto divino dieron vinajeras y candeleros, cálices y hostiario de plata, una casulla de terciopelo y otra de damasco.

Aquel puerto fué de mayor comercio del reino. Las minas que en su jurisdiccion se trabajaron, fueron muchas y ricas, por cuyo motivo se estableció el cuño de doblones, el cual permanece el dia de hoi en la caja real de la ciudad de la Concepcion, que tenemos visto. Hubo oficiales de real hacienda, y uno de ellos fué don Pedro Mendez de Sotomayor, cuya descendencia subsiste; y al tiempo de su pérdida era alcalde mayor de minas y alguacil mayor de dicha ciudad Pedro Gutierrez de Mier, cuarto abuelo del autor.

Creció presurosa para menguar, porque la flor que se anticipa peligra. Viendo el gobernador que los indios [que] estaban en la opuesta ribera, no querian sujetarse al dominio español, y que si se omitia hacerlo serviria de pernicioso ejemplo a los sumisos, intentó separarlo con la mayor parte de sus tropas españolas y auxiliares; mas la mujer de un cacique de aquella confederacion le rogó suspendiese su tránsito, ofreciéndose por medianera para la paz, a que el gobernador condescendió con su deseo: pasó a nado aquel caudaloso rio, y habiéndoles hablado

con singular facundia, los trajo a su voluntad, y se consiguió la paz a favor de los españoles. La antigüedad pagana rindió cultos a la discordia para obviar los males que ocasiona; píntala Polibio; y no ménos los rindió César y Tiberio a la concordia para atraer los bienes de ella. De suerte que esta sábia heroina, con admiracion de los españoles, separó lo adverso y atrajo lo favorable a su patria, segun lo incidente del tiempo, accion digna de que se trasmita a la posteridad con el de su nombre que se ignora. El gobernador repartió algunos indios en el nuevo vecindario.

Pedro de Valdivia, con aquellos primeros españoles que han sido sin segundos, se mostró infalible en sus empresas, y cual otro Anníbal en la conquista de Italia y batalla del Tecino, animaba a los suyos diciéndoles, como escribe Polibio, que los romanos estaban en su propio pais y libre o franca la retirada, y que lo uno ni otro tenian sus tropas cartajinenses.

Esto mesmo debió recrecer el valor constante del gobernador, pues la retirada la tenia impedida, con haberse hecho odioso a esta belicosa nacion por la cadena de la servidumbre con que los tenia opresos, y el pais de su tránsito, ademas de ser mucha parte montuosa, estaba entrecortado de caudalosos rios y tan distante no solo de su patria o suelo, sino es del de adonde podia esperar socorro para evadirse, y de los peligros que amenazaban a su corta tropa; mas todo lo despreció su valor constante, y destacó a Gerónimo de Alderete con ochenta hombres para que se internase hasta la cordillera. Ejecutólo así, y de su órden pobló la *ciudad de Villarica*, que así la denominaron; y la descripcion del terreno de su fundacion y aumento, nos es preciso hacer, y despues la de su ruina.

Poblóse en una espaciosa campiña donde la naturaleza previno un poderoso lago, tanto en su profundidad como en su extension, delicias de aquel pais, en cuyo desagüe se fundó la ciudad. Tiene una islilla fértil y amena que recrece la hermosura de aquel piélago, el cual ministra lo abundante y deleitoso de la pesca y volatería, componiéndose sus márjenes de espaciosos desplayes y de algunos intervalos de arrecifes, principalmente por la parte que mira a la cordillera, donde se estrellan las aguas ajitadas de los vientos, cuando hai alguna crespa borrascosa. En aquella enderechura la cordillera es baja y mas apacible o franca su impenetrable terquedad, y ofreció senda para su tránsito, el cual se puede hacer cómodamente en las estaciones del año, aun en las mas rijidas, cuya conveniencia no desestimaron los españoles todo el tiempo que subsistió, teniendo frecuente comercio con Buenos Aires en carretas, de las cuales aun en el dia de hoi permanecen fragmentos, lo que recreció la conveniencia de las ciudades del obispado Imperial. El camino era mas abreviado y en todo mas cómodo que el que hoi se frecuenta. La extension de todos aquellos campos es mui dilatada; los mas son lomas bajas y despejadas, ni con escasez ni mucha abundancia de monte que pudiese incomodar a los habitadores del pais; el cual le hallaron los españoles

mui poblado, y en medio de la decadencia jeneral del reino, el dia de hoi permanece con bastante jente.

Fundóse la ciudad en algo mas de los treinta y nueve grados de elevacion al polo antártico y como treinta leguas de la de Valdivia, inmediata a la cordillera. Delineóse la plaza con la adecuacion acostumbrada, y asignóse lo mejor de su frente y fondo para su iglesia, que dedicaron a Santa María Magdalena, y casa de ayuntamiento y cárceles. Presúmese que esto fué por noviembre del año de mil quinientos cincuenta y dos. De los primeros alcaldes y oficios concejiles, de presente todo se ignora, y de las mas personas que construyeron su vecindario, fué uno de ellos Juan de Almonací, persona mui piadosa: fundó hermita a San Sebastian en una heredad suya inmediata a la ciudad, la cual constaba de treinta y seis solares; y Hernando de Belmonte instituyó un aniversario de misas por los indios de su repartimiento y las dejó competente dotadas. Pedro Aranda Valdivia fué persona de las mas distinguidas de aquella ciudad; fundó en uno de sus pueblos una iglesia y hospital de pedimento del cabildo. Declaró el señor San-Miguel por obra pia la fundacion de un hospital que denominó de Santa María de Gracia, y que le pertenecia el noveno y medio y en diezmos, y estableció una cofradía con ordenanzas mui santas.

Otra memoria piadosa dejó Juan Fernandez Portocarrero; y Antonio Rodriguez, cura que fué de aquella parroquial, dejó un aniversario de opulenta dotacion, y otra igual el padre Diego de Valdenebre, todo lo cual consta y parece en el protocolo eclesiástico y en otros instrumentos de aquel tiempo que han permanecido hasta el nuestro, los que tenemos vistos. Asímesmo fueron vecinos de dicha ciudad Juan de Ocampo, Martin de Avendaño, Diego de Corvera, Nicolas Sotelo.

El comercio de Buenos-Aires facilitó el ingreso de negros, y de los que quedaron entre los indios cuando su destruccion, ha procedido una jeneracion de zambos que el dia de hoi permanecen, mas juntos que dispersos, manifestando en el pelo y color su projenie.

CAPITULO IV.

Fabrica el gobernador tres fortines en Puren, Tucapel y Arauco: hácese la descripcion de esta provincia.—Va el gobernador a la ciudad de Santiago y de allí despacha a Gerónimo de Alderete a España, y con qué designio, y envía a hacer la conquista de Cuyo.

Gerónimo de Alderete dejó hecha la poblacion de la ciudad Rica y se retiró a Valdivia, y todos ponderaban las utilidades que en lo futuro ofrecia su ventajosa situacion; mas ninguno discurrió en la borrascosa fortuna que la redujo a cenizas, pues el dia de hoi escasamente se descubren sus fragmentos, llorando los sitios por donde pasó el furor de los bárbaros; y así dijo Mincio Publio: que hable la fortuna es fácil, que hacerla estar firme es lo difícil.

El gobernador se vino a la Imperial y de allí a Puren, donde le pareció conveniente construir una casa fuerte, que así la denominó, para mantener en sujecion aquel pobladísimo pais; y dejó disposicion para ello, pues ademas de terminar allí la montaña costeña, tenian el receptáculo de una poderosa laguna que hace el rio de Puren, con algunos islotes, y en lo ménos profundo de sus márjenes hai varios bosques, donde tan industriosos como discursivos hacen sus encatrados de madera y terraplen en competente promediacion que no los ofende el lago en su mayor crecimiento, lo que obligó al gobernador a construir el primer fortin, y habiendo dejado cuarenta hombres de guarnicion, ejecutó lo mesmo en Tucapel y despues en Arauco, frontera la mas pertinaz que por un siglo tuvo Chile, cuya fama ha volado en las plumas de los elojiadores, y así harémos su descripcion.

Tiene lo que comprende la jurisdiccion de Arauco treinta y seis leguas de lonjitud, computando veinte desde San Pedro, que está al márjen del rio de Biobio, hasta la plaza de San Ildefonso de Arauco, la cual está situada al pié del monte Colocolo de admirable simetría, y de allí a Lebo diez y seis, que es adonde principia la de Tucapel, fecundizándola ocho rios medianos que salen de la cordillera costeña. Entre la dicha y el mar tiene su prolongada situacion: su latitud es sin igual, pues por unas partes el mar se aleja de los montes y por otras los montes se acercan al mar. Mas las espaciosas vegas que marjenan los rios, se internan por sus sierras, de suerte que su mayor latitud será de seis leguas y la menor termina en cuadras; mas estos son cortos trechos, como se vé entre Colcura y Villagran.

El terreno es fertilísimo jeneralmente, de suerte que ninguna ponderacion fuera hipérbole para narrar lo grato y adecuado de este pais, pues la mesma playa salitrosa y de una arena al parecer infecunda, produce tal abundancia de frutilla o fresa, sin ninguna plantificacion, que es admirable el verla. El mar no es ménos abundante y pródigo de pescado y marisco y de el herbaje que llaman luche y cochayuyo, que parece que la naturaleza allí se esmeró y desveló. Cójese ámbar en sus playas, mas en todos sus habitadores está abandonado, que pudiera serles lucrativo. El maderámen que produce aquellos bosques, son de muchas especies, elevacion y frondosidad, y entre ellos el pino. Mas lo que es raro y singular es ver lo atenuado y despoblado que está este pais de indios, habiendo sido de los mas opulentos de Chile, pues de presente no hai ochocientos de armas, y lo que ha causado este estrago ha sido las pestes y la inmoderada apetencia del vino.

El gobernador dejó cuarenta hombres en la casa fuerte que se construyó en Arauco, la cual se situó rio arriba de Carampangue, pareciéndole que era menester vivir precaucionado con esta belicosa nacion, pues se les quitaba la libertad de vivir a su albedrio; y no hai quien ménos la conozca que el que mas usa de ella, como dice Curcio, pues es ingrato a su precio. Con total moderacion usaban de ella estos bárbaros chilenos, siendo mayor la impaciencia de sufrirla que el dolor de padecerlo. El

gobernador sosegaba poco o no sosegaba, pues estaba en contínuo movimiento, que aunque el descanso se asegura con el trabajo, quien sin intermision trabaja nunca descansa, como dice Séneca. De la ciudad de la Concepcion salió para la de Santiago, de donde despachó a Gerónimo de Alderete para España: era persona de su confianza, porque esta en todos obliga a la amistosa correspondencia, como dice Séneca, y de mérito conocido y consejo aprobado, acimentado en el reino y obligado con beneficios, que el que los recibe la libertad pierde. Entrególe para el emperador todo el oro perteneciente al real haber y de su quinta una considerable cantidad para que solicitase con S. M. cesárea por gratificaciones de sus servicios, la perpetuidad de el gobierno, la confirmacion del repartimiento de indios que se habia asignado, con título de marques o conde del estado de Arauco.

Envió una exacta descripcion del reino, de sus conquistas y poblaciones. Pedia misioneros y otras cosas concernientes a la pública utilidad. Recomendó el que se le trajese a Doña Marina Ortiz de Gaete, su mujer, y para las impensas de su transporte, destinó una considerable cantidad, y otra competente suma para que se distribuyese entre sus parientes y amigos, dando con esto ejemplo de singular moderacion, pues en la fortuna adversa el amigo es desconocido y en la próspera desconoce. Y miéntras Gerónimo de Alderete sigue su destino, volverémos a las cosas de Chile.

Todo el orbe no le bastó a Alejandro para términos de sus conquistas, como dice Juvenal. El gobernador con alguna similitud emprendió esta heroicidad, pues no pareciéndole suficiente el orbe chileno para empleo de su valor con tan limitadas fuerzas, siendo su extension mayor que la mitad de Europa, emprende el descubrimiento y conquista de la provincia de Cuyo, sin que obstase a su designio la fragosa cordillera, cuyo tránsito es impenetrable los seis meses del año, y mas difícil entónces por estar ménos versada la senda, lo que bien hace ver que el hombre suda por lo imposible y deja lo fácil, como dice Sidas. Al dictámen de muchos parece fué empresa mui arrojada, pues en Chile solo habrian mil españoles escasos, y estos en notable distancia dispersos, cuando solo los vasallos de su repartimiento eran cincuenta veces mas; pero hai felices atrevimientos, como el de César en pasar el Rubicon contra el poder romano, y el del Macedon transitando el Helesponto contra Dario, poderoso monarca del oriente. El gobernador tuvo a rostro firme su resolucion, viendo que aquella conquista facilitaba el comercio de Chile con las provincias de Tucuman, Rio de Plata y España, y destacó a Francisco de Aguirre con cien hombres para que la emprendiese, y aunque se le ofrecieron sus penalidades en el pasaje de la cordillera, superólas con su constancia, de cuyos progresos despues hablarémos.

CAPITULO V.

Socorro que trajo a Chile don Martin de Avendaño.—Fundó el Gobernador la ciudad de los Confines.—Hácese la descripcion del valle donde la situó.—Dase noticia de su vecindario y aumentacion.

Medido con la necesidad le llegó al gobernador el socorro que deseaba, porque la esperanza es bastante consuelo para el hombre, como dice Ciceron, y aunque es propio del desvalimento la confianza, no fué Chile desatendido como algunos melancólicamente juzgaron. Trájolo Don Martin de Avendaño por mar; vinieron algunas familias, y por tierra trescientos cincuenta caballos y yeguas con alguna jente; y con la mas que pudo sacar de la ciudad de Santiago, salió para la de la Concepcion, en donde supo que se habian descubierto poderosas minas en la inmediacion de Valdivia, Angol y en otras partes, cuya recomendacion dejó al tiempo de su partida, aunque este negociado nunca se omitió; mas en lo presente se cojió con fervoroso empeño, como ya mas bien establecidos y con mas conocimientos de sus repartimientos.

El gobernador determinó se fundase la ciudad de los Confines en el intermedio de la Imperial y Concepcion: opúsose esta representando las razones que parecieron convenientes, y por obviar prolijidades omitimos el referirlas; y aunque parecen convenientes, debió de tener otras hoi ocultas a nuestra edad, pues no se conformó con la propuesta, cuyo sentimiento se manifiesta en el auto que se halla en el libro de la fundacion, en que expresan que como persona poderosa no hizo caso de la representacion y ménos la apreció Francisco de Villagra, su sucesor, cuando despues de poblada como verémos, mandóla restablecer, lo que confirma nuestra presunta. Elijióse para el efecto un extremo de vega que hacen los dos rios de Güequen y Malleco; mas no harémos la descripcion de este ameno valle, porque en él no permaneció, sino en el de Colgüé, adonde se mudó, y está en los treinta y siete grados y medio de latitud al antártico y treinta y cinco leguas de la Concepcion.

Es este pais uno de los mas agradables, fértil y delicioso del reino, y de tan nobles cualidades que no tiene que envidiar el mas avaro deseo. Corre inmediato a la ciudad el rio de Tolpan, ni de notables aguas para grande, ni de escasas pequeño, y tan cristalino que se ve el centro de sus profundos raudales. Las rosas hallaron tan adecuado terreno en sus márjenes, que por ocho o diez leguas se ven no descontinuadas, por quienes dijo Anacreon que eran el honor y decoro de las flores; y es tan benéfico el rio que son de mui fácil extraccion sus aguas, pues para mas conveniencia del vecindario sacaron una copiosa acequia porque no hubiese campo ni casas que no gozasen de este beneficio, y permanece el dia de hoi árido su cauce porque los indios cerraron la toma. El terreno es llano y de una grande extension y crecido herbaje: por la parte del oriente hai un moderado lomaje que allí previno la naturaleza, propísimo para plantacion de viñas, de que abundó mucho,

y eran tan jenerosos los vinos, que de esta ciudad se proveian los que estaban en mayor elevacion al polo hasta el extremo del reino, y se traficaban para Buenos-Aires, de que se infiere bien su bondad y abundancia; y la adecuacion de su suelo es tal que hasta el dia de hoi permanecen las viñas abandonadas y sin cultivo, incendiándose con frecuencia, no obstante el transcurso de ciento cuarenta y dos años que há que sucedió su pérdida, sin que en tan sufrida espera haya habido el consuelo de su restablecimiento.

Dista del gran Biobio, que hoi es el término de nuestra barrera, cuatro leguas de vega contínua hasta la mesma ciudad, la cual está no en la promediacion de la latitud del reino, que es entre el mar y la cordillera, sino mas inmediata a esta; pero no tanto que no diste nueve leguas de ella. Si el gobernador se halló en su fundacion o si envió a hacerla, hoi se ignora; mas parece que fué el año de mil quinientos cincuenta y dos. La iglesia parroquial se llamó San Andres. Habia una hermita mui devota nombrada San Sebastian, la cual construyó Don Miguel de Velasco, persona de las mas distinguidas de este reino, y le donó viña y chacra y avecindóse en esta ciudad; y Lorenzo Bernal, cuya mujer Doña María de Rojas fundó una opulenta capellanía en casas, tiendas y oro, quien sobrevivió a su marido. Don Gaspar Vergara, Francisco Fernandez, Diego Medina, Nuño Hernandez de Salomon y Rasura, cuarto abuelo del autor, Pedro Cortes, el César de estas chilenas campañas, Fernando de Ulloa, Diego de Mora y Martin Sotelo, y a pocos años se vinieron algunas personas de la Concepcion a acimentarse en ella, como el licenciado Peñas, Diego Diaz, Juan Negrete y otros, siendo esta una de las razones que la dicha ciudad dedujo para oponerse a su fundacion. Habia convento de relijiosos mercenarios, pues consta de instrumentos auténticos de aquel tiempo que el año de mil quinientos setenta y cuatro, era comendador frai Antonio Rondon, varon apostólico y de singular celo en la predicacion evanjélica, en cuyo ministerio se ocupó muchos años doctrinando a los indios con mucho fruto y ejemplo. Habia tambien un hospital, aunque de reciente fundacion, cuando su pérdida; porque todo su brillante lo obscureció un fatal eclipse, como dice Ausonio, que tambien la muerte viene a los mármoles y peñascos: y se iba recreciendo mucho su vecindad, porque los atractivos de su fecundo terreno y benigno temperamento, hacian producir con perfecta madurez y abundancia las frutas y semillas europeas. El maderámen para construccion de casas lo tenian a competente distancia, de suerte que en su opulencia y amenidad se esmeró o desveló la fortuna. Con gran misterio adoraban los romanos a un mesmo tiempo la Boltipia y Aujerona, aquella diosa de los placeres y esta de los pesares. Lo uno y otro experimentaron los habitadores de esta infeliz ciudad.

CAPITULO VI.

Envía Pedro de Valdivia a reconocer el estrecho de Magallanes, y con qué disignio.—Aplican muchos indios a la labor de las minas y exaccion de tributos, de que procedió su primera sublevacion.

No hai estado en que halle quietud el deseo: lo que se posee se desestima y se anhela por lo que falta. Bien pudiera el gobernador vivir satisfecho con las caricias de su fortuna, porque sola aquella es durable que camina a paso lento, como dice Séneca, pues es estilo de ella quitar hoi lo que dió ayer; y parece que Pedro de Valdivia se desentendió de sus cuidados para entrar en otros mayores y resolvióse a enviar a reconocer el estrecho de Magallanes hasta el mar del Norte y todo lo que pudiese observar del Archipiélago y el último extremo de la costa de Chile, para cuyo efecto nombró a Francisco de Ulloa y mandó se previniese un navio para esta expedicion. Quiso cerciorarse con mas luces de las escasas que hasta entónces habian, con designio de ejecutar el proyecto que tenia formado. Dicen unos que era el de pasar a España, para cuyo efecto tenia en sus cofres trescientos mil castellanos de oro, y que con esta inspeccion se recreció mayor número de operarios en el trabajo de las minas: dícese que le llevaba el traer eclesiásticos al reino para la predicacion del Evanjelio y establecer manufacturas, trayendo operarios, jente, armas y fierro por senda mas abreviada, y tambien que le llevaba el interes de la recompensa propia, como queda dicho, y el traer a su mujer Doña Marina Ortiz de Gaete. Otros impugnan estos, porque el ir, habiendo acabado de enviar a Gerónimo de Alderete a España a esto mesmo, parece que se opone, y mas haciendo en el reino tan notable falta su persona, lo que no parecia arbitrio de su consumada prudencia.

Mas lo cierto es que en el primer libro de cabildo de la ciudad de Concepcion, consta y parece que el dia veinte y seis de octubre de mil quinientos cincuenta y tres años, esto es, treinta y nueve dias ántes de su muerte, las siguientes cláusulas: que por cuanto Su Señoría está para ir a la conquista del mar del Norte y de la pacificacion de la tierra adelante y repartimiento de la ciudad de Valdivia, quiere hacer ántes la eleccion de alcaldes. Hemos procurado observar las medidas del aplauso, porque encarecerlo todo es humilde necesidad y el nada alabar tiene visos de melancólica envidia. No podemos dispensarnos de repetir encomios cuando nos parecen debidos. ¿A quién no admirará el oir que Pedro de Valdivia estaba para ir a la conquista del mar del Norte y pacificacion de la tierra adelante? ¿Quiso acaso ser émulo de Alejandro, a quien todo el mundo le pareció poco, como dice Juvenal, y por eso lloró al oirle al filósofo Anaxarco de que habian muchos, o como otro César, a quien no aterró el emprender ser dueño de Roma, no temiendo el caer al subir, como que supiese que habia de ser dichoso en el emprender? ¿A quién no admirará que con mil hombres escasos hubiese

sujetado y conquistado la provincia de Cuyo y la vasta extension de Chile, poblado ciudades y puesto en servidumbre a la mas belicosa nacion de las dos Américas, no sujeta de los monarcas peruanos en mas de un siglo de tenaz guerra, y por casi dos opuesta a la dominacion española con criminoso teson, y parece que de todo esto se desentendió para entrar en empresa tan árdua? Dijo Palas a Telémaco, hijo del alabado Ulíses: sed fuerte para que tú tambien halles un panejirista como tu padre; y habiéndolo sido tanto el gobernador, esto solo le faltó y esta felicidad fué digna de haberla envidiado Alejandro a Aquíles y César a Alejandro al ver tantas plumas empleadas en sus elojios.

De la resolucion del gobernador se infiere que volvió Francisco de Ulloa del descubrimiento a que le enviaron, con favorables noticias; pues se resolvió a tan árdua empresa, porque siempre le hallaron las dichas cuerdo, las dos fortunas igual, el castigo medido, la piedad jeneroso, las consultas prudente y la determinacion brioso. Estas prendas hicieron felices las fatigas en sus excelsos asuntos, pues siempre es preciso tantear las fuerzas y con ellas proporcionar las empresas; que el dejar a grande riesgo el suceso, es fiarse mucho del destino, como dijo Ovidio. Los españoles que gozaban de opulentos repartimientos, pues el menor era de mil indios, como dice Don Francisco de Bascuñan en su *Cautiverio Feliz*, manuscrito histórico, se aplicaron con mucho fervor a la labor de las minas, pues el amor de las riquezas, como dice Juvenal, va creciendo con las mismas riquezas, y así la sabiduría llama bienaventurado al hombre que no se fué tras el oro.

Muchos millares de indios estaban ocupados en las minas; bien lo manifiestan en el dia de hoi los soberbios fragmentos que se ven, los que hemos notado con singular atencion, principalmente en Quilacoya, adonde se dice que tenia el gobernador de catorce a diez y seis mil indios, o veinte, segun el cronista Herrera, que es el autor mas exacto en lo poco que de Chile habla. Dice Ciceron que la servidumbre es yugo mui pesado para los criados en libertad. Con dolorosa experiencia se verificó esto en Chile, porque experimentando los indios el presente trabajo en que estaban con el ocio pasado en que habian vivido, se les hacia mas acerba la condicion servil en que se hallaban, y así discurrieron en sublevarse. Hai asuntos intratables aun a la pluma mas discreta, porque su memoria puede ser borron a la posteridad; mas, como dice Plutarco, nos queda por ejemplo, consulta y escarmiento para lo presente y futuro. Esta sublevacion se inputó a la impiedad y rigor con que se hacia trabajar a los indios y a la exaccion de tributos; y aunque los supongo mas verdaderos que pretestados, no obstante los considero con exceso ponderados; y dejando jeneralidades individualizarémos algo de lo que en manuscritos de aquel tiempo tenemos visto.

Dice el maestre de campo Don Francisco Bascuñan en el citado *Cautiverio Feliz*, que dejaron morir a los indios en las cavadas de donde se sacaba el oro, ántes de retirar lo que mensualmente se les cobraba de tributo; que al que no lo enteraba, le despojaban de su ropa, y si estas

eran despreciables, los azotaban y tal vez les cortaban el pelo y les quitaban sus hijos de menor edad; y algunos lo ejecutaban furtivamente para venderlos, y que a muchos les llevaban sus hijos y mujeres para que sirviesen a los españoles; y en el discurso tercero, once capítulo, dice que omite referir muchas cosas porque no conviene al crédito de los conquistadores, y que algunas eran ejecutadas por los que debian dar ejemplo y edificacion.

Si fué cierto lo referido, deploraremos con Salustio la corrupcion de costumbres de aquel siglo; mas con ser el autor regnícola y que pudo conversar con los de aquel tiempo, suspendemos el juicio para el asenso, pues su jeneral locucion a nadie exceptúa, y no es dable que no hubiesen muchos conquistadores temerosos de Dios, humanos y caritativos, pues jeneralmente hemos visto en instrumentos de bastante autenticacion, cláusulas mui edificantes, ya de fundaciones de hospitales para curacion de los indios, construccion de capillas, aniversarios de misas, ya condonaciones de tributos, solicitud de eclesiásticos para su educacion y repartimiento de ganados, como la historia nos lo hará ver. Las mercedes que el gobernador hizo de indios a los conquistadores, estan tan piadosas y justas, que es admiracion verlas y reflexionarlas, recomendando mucho en ellas la cristiana educacion de los indios y su humano tratamiento, y por obviar prolijidades omitimos el insertarlas, pues fuera su narracion importuna a quienes no son interesados en la sangre de los muertos.

En las ordenanzas que el gobernador hizo en la Concepcion, como dejamos dicho, ocho de ellas miran a favor de los indios, y podráse decir lo que San Ambrosio a Teodosio: que si algunos siguieron a David errante, tambien le siguieron penitente; y nos ha parecido de razon el vindicar su memoria de calumnia tan difundida como mal averiguada; y lo que don Francisco Bascuñan expresa, lo supo de los mesmos indios, quienes le tuvieron siete años prisionero, que con otros muchos lo hicieron en la infeliz batalla de las Cangrejeras, donde comandó la infantería con gran valor; y con el natural odio a los españoles, lo que los indios le narraron fué con mas pasion que verdad.

CAPITULO VII.

Disponen los indios sublevarse: ejecútanlo con acuerdo.—Acometen a la fortaleza de Arauco, mas sin suceso.—Ejecutan lo mesmo en Tucapel, y despues de varios avances, abandonan la plaza los españoles y se retiran a Puren.

Próvida la naturaleza con el majisterio de sus obras, concedió solo al hombre el privilejio de avergonzarse. Pareció a los indios que habia dejenerado su valor con villana servidumbre, y corridos de su tolerancia, dispusieron sublevarse, pareciéndoles mejor la peligrosa libertad, que no la segura servidumbre, como dice Salustio; y pasando de esforzados a discursivos, resolvieron que unos hiciesen la guerra y otros afectasen

la paz para esperar el fruto de sus cosechas, en que estriba su manutencion. Dieron principio a la ejecucion de su proyecto acometiendo dos mil hombres a la casa fuerte de Arauco al primer albor del dia; mas el comandante, que estaba cuidadoso y con indicios de esta sorpresa, los dejó acometer, digo, llegar al bordo del foso, e hicieron una justa descarga en que recibieron bastante daño; mas no los aterró y pretendieron llenarle con la fajina que traian prevenida: prosiguió el fuego sin intermision y ellos su intento, mas entre confusos y consternados se retiraron, procurando llevarse sus muertos y heridos; y puestos a la vista en varios pelotones, incendiaron algunas casinas y se retiraron protestando volver a la venganza del mal logro de su accion.

No hai cosa que no combata un pertinaz empeño y un cuidado dilijente, como dice Séneca. Hízolo así esta nacion valerosa; y discurrieron el ganar a Tucapel, para lo cual les pareció conveniente que los indios que estaban destinados para leñateros y forrajeros, llevasen armas ocultas, y acometer a los españoles procurando ganar la puerta, y que Caupolican, que estaba oculto con algunas tropas, llegase presuroso a introducirse por ella. Esta bien premeditada idea fué sin suceso, porque los españoles estaban mui sobre aviso, y habiendo observado sus movimientos y semblantes, compurgados indicantes de su malicia, a unos aprisionaron y a otros les quitaron la vida para que con el castigo quedase ejemplarizado el escarmiento.

Caupolican se avistó tarde a la plaza a ser solo inspector de su malograda sorpresa y contentóse con oprobiar a los españoles por desahogo del bochorno de su cólera, excitada con la vista de las cabezas aun palpitantes de los suyos; mas un soldado con temeraria inprudencia salió a provocarlos contra órden. Circundáronlo, y pareció al comandante Martin de Erízar el salir a defenderle, por lo cual se principió una accion sangrienta, mas esta terminó a nuestro favor despues de un dudoso Marte: porque el fuego que se hacia de la casa fuerte con seis tiros medianos, sin descontinuarlo, hicieron bastante estrago. Notaron los españoles el mucho tiempo que los indios permanecieron expuestos a los tiros del cañon de la plaza, no obstante el daño que experimentaban, y por fin se retiraron con bastante pérdida, habiendo experimentado lo que dice Livio, que a la locura y atrevimiento se ha de salir al encuentro; y la casualidad del soldado sacó a los españoles de su retiro.

Bien discurrieron los indios que no estaba su felicidad en el empezar, sino en el proseguir; pues ha conseguido mas laureles la perseverancia que el valor, como dijo Ausonio; y pusieron formal sitio a la plaza, procurando frecuentemente incomodarlos. El comandante se valió de algunos indios de fidelidad conocida y por medio de ellos pidió le socorriesen de Arauco o de Puren, ponderando el conflicto en que se hallaba, y la escasez de municiones de boca y guerra que tenia, y la jente sobre ser poca casi toda herida; mas viendo el comandante Martin de Erízar que las tropas enemigas cada dia se recrecian y que el sitio se estrechaba, repitiendo frecuentes asaltos sin casi hora de descan-

canso, y que el socorro retardaba, tomado su recuerdo, resolvió jeneroso a romper por las tropas enemigas, forzando sus líneas a todo trance. Ellos eran ocho mil y los españoles no llegaron a cuarenta.

Es poderoso influjo en últimas tribulaciones la audacia, pues promete esperanza de salud, como dice Livio; y con superior coraje se determinaron a salir de noche abandonando la plaza y la artillería. El consejo fué acertado, porque la oscuridad recreceria la confusion de sus numerosas tropas embarazándose a sí mesmas. Bien así como lo hizo Cortes en su nocturna retirada de Méjico; mas faltóle a aquella (por la inadvertencia de puentes, como dice Solis) la felicidad que tuvo esta. Por fin salieron los españoles con superior ardimiento, y habiendo roto algunos escuadrones que quisieron impedir su tránsito, prosiguieron su destino para Puren, poco seguidos porque no lo permitió Caupolican, quizá porque aquellos leones no volviesen el rostro. Ha sido esta máxima de grandes capitulaciones: practicólo Cárlos V cuando se retiró Soliman de Viena y el marques de Mántua con Cárlos VIII cuando la batalla del Taro. Los indios, despues de saqueado el fuerte, lo incendiaron.

CAPITULO VIII.

El gobernador, con la noticia de la sublevacion, sale de la Concepcion para Quilacoya.—Envía a socorrer la plaza de Tucapel.—Singular retirada de Diego de Maldonado.—Viene el gobernador a Arauco: sale al castigo de los indios, aunque se lo disuaden: llega a Tucapel con pérdida.

Así principió esta repentina tormenta que amenazaba peligro a la posesion, o esta pequeña centella menospreciada que causó tan grande incendio, como dice Curcio. Llególe al gobernador la noticia a la Concepcion: como versado jeneral no la desestimó. Pareció a algunos que lo acertado era ir luego al castigo de los rebeldes ántes que se creciesen sus tropas, porque la retardacion haria mas valido su partido; pues la voz y el deseo de la libertad atraeria a los que fluctuaban todavía indiferentes. Otros decian que seria mejor ir a Quilacoya primero, en donde habia catorce a diez y seis, o bien veinte mil indios, como dice el coronista Herrera, tributarios y del repartimiento del gobernador, cuyas provincias eran las alteradas, para contenerlos; pues prudentemente debia discurrirse que estando actualmente en el trabajo de las minas, serian comprendidos como en interes comun, y que para retenerlos era conveniente construir un fortin, dejando competente guarnicion para que los intendentes de minas y recaudadores de tributos estuvieran a cubierto de cualquier insulto. El gobernador, despues de haber fluctuado y resuelto de lijero el ir primero a Quilacoya, y no desentendiéndose de nada su cuidado, providenció el que de Arauco se pasase a socorrer a Tucapel.

Coje largo distrito un deseo; porque a las continjencias tan buen

derecho tienen las dichas como las desgracias. El gobernador elijiólo peor porque la fatalidad lo llevaba por inevitable senda, pues hasta allí solo llegaban sus dichas, y principiaban ya sus desgracias. El comandante de Arauco, Francisco Reinoso, cumpliendo con la órden del gobernador y la instancia de Martin de Erízar, envió a Diego de Maldonado con seis hombres bien montados para el socorro de la plaza de Tucapel; mas fué infructuoso porque no llegaron sabiendo de......... de la plaza; y los indios con reservada intencion los dejaron internarse por su pais para cortarles el paso a su regreso, valiéndose de los desfiladeros y rios que [hai] en la distancia de diez y ocho leguas que habian tenido que transitar.

Por fin fué esta accion la mas valerosa y bella retirada que se ha hecho, digna de compararla con las mas plausibles que celebra la historia antigua y moderna. Mucho alabó Alejandro la famosa de Jenofonte y Clearco desde Persia hasta Grecia. Hércules, idea de la fortaleza en la antigüedad pagana, quedó vencido en los Olímpicos, batallando contra dos, y así buscó asociado para combatir contra la hidra y cangrejo. Mas de diez mil indios habian dispersos por todo el camino para impedirles su marcha; y contínuamente peleando, todo lo superó su valor, y llegó a Arauco con tres hombres ménos y ya casi desfallecidos. No podria hallar ningun panejirista mas noble hazaña para escrita que esta; mas no hubo pluma que siquiera se emplease en mencionar a estos héroes. Bien lamenta esta desgracia el maestre de campo Santiago de Tesillo en la historia del gobierno de Don Francisco Laso de la Vega, gobernador de Chile, que dió a la estampa. Noticióse al gobernador el abandono de la plaza y el mal éxito del socorro, y sin perder instante dejó en algun modo en estado de defensa lo de Quilacoya y pasó presuroso a Arauco por Talcamávida.

Allí le informaron de lo acaecido, y principalmente Diego Maldonado, del cuerpo que habia tomado la rebelion y lo demas que en el viaje especuló su cuidado, y añadió que, hallándose con tan limitadas fuerzas para el castigo del enemigo tan poderoso e insolente por la expulsion y muerte de los españoles, le parecia conveniente que se contuviese en aquella plaza hasta que se juntasen las mas tropas que se pudiese para castigarlos y ponerlos en la sujecion en que estaban, y que lo demas le parecia accion arrojada e indigna de su gran prudencia y conducta, pues aventuraba con pérdida de su persona y vida la salud del reino, y que todo se aseguraba con una moderada retardacion. De este mesmo dictámen fué el comandante Reinoso y Diego de Oro, a quien trajo en su compañía, aun siendo correjidor de Concepcion.

Dice Plutarco que el consejo es cosa celestial, y si la yerra sin [él] el protervo o apresurado, no la enmienda el arrepentido. Es cosa de admiracion que un hombre de tan profunda capacidad y consumada experiencia como el gobernador, no siguiese tan sabio aviso y seguro consejo, y se resolvió a salir al castigo e ir a Tucapel, en donde estaban acampadas las tropas enemigas. Hai notable discordancia en órden al número

de españoles que llevó. El coronista Herrera dice fueron cincuenta y seis, Garcilaso ciento y cincuenta, otros que ochenta, y Don Francisco Bascuñan dice que doscientos; mas no impugnemos a nadie, pues cada uno escribe lo que por cierto tuvo. Consta a fojas cincuenta y siete en el libro de la fundacion de la ciudad de la Concepcion, el que tenemos visto y dice, que le mataron con mas de cuarenta hombres, sin que escapase persona que pudiera traer la noticia, y en una merced que el gobernador Francisco de Villagra hizo a Juan Negrete (mi quinto abuelo) de siete mil indios, fecha por noviembre de mil quinientos sesenta y un años, refrendada por Diego Luis de Olivera, y cerca de los ocho de este suceso, en la cual se expresan las palabras siguientes: "mataron al gobernador Pedro de Valdivia y a mas de cuarenta caballeros y soldados que con él entraron, sin que se escapase quien la nueva pudiese dar en ninguna parte." Cuyo instrumento orijinal pára en nuestro poder, de que se infiere que no llegaron a cincuenta españoles los que con él fueron.

Envió órden anticipada al comandante de la plaza de Puren para que destacase catorce hombres de los mas valerosos y bien montados de aquella guarnicion, y que se incorporasen con él el dia aplazado. Llevólos a su comando Juan Gomez de Almagro, y llegaron un dia despues a ser inspectores de la desgracia y a recrecer con la suya el triunfo de los indios.

Llevaba el gobernador como dos a tres mil indios, muchos de ellos del Perú, Santiago y Promacaes, de cuya fidelidad vivia satisfecho, y salió de Arauco a seguir su destino. Iba de vanguardia Diego de Oro con diez españoles y algunos indios y se adelantó tan notablemente, o se retardó de tal suerte la marcha de las tropas, que en un desfiladero algo prolongado y montuoso, los acometieron con despecho y furor, y circundándolos los mataron a todos, aunque los españoles se defendian y ofendian con desesperacion; pues, como dice Vejecio, donde no hai esperanzas tomó las armas el temor. La victoria les fué costosa por los muchos que de ellos perecieron. Llegó el gobernador a tiempo de ver solo el estrago y no el remedio, y halló las cabezas y miembros por los árboles en que las pusieron los enemigos por terror o trofeo.

Detúvose un poco a vista de este sangriento espectáculo que solo le informó del hecho, mas no la voz de ninguno. A este tiempo salió un indio de una montaña pequeña y le notició como venia de Tucapel, y que Caupolican estaba acampado con veinte mil hombres, tan resuelto como determinado. Mas el gobernador no se persuadió a tanto como despues vió, olvidando la buena máxima de que en el recelo está la seguridad y el peligro en la confianza. Con este motivo le aconsejaron algunas personas de las mas distinguidas de su séquito que se retirase a Arauco, donde podria esperar a Francisco de Villagra, su teniente jeneral, que venia de Valdivia a la Imperial para la Concepcion con algunas tropas, cuya noticia se tenia, y que con aquella aumentacion era suficiente para castigar los sublevados, y que no expusiese el reino

ni su persona con tan poca jente al peligro de perderse. Desatendió el gobernador tan sabio aviso y a rostro firme prosiguió la marcha. ¡Oh infeliz jenio de los mortales! pues los mas saludables consejos los oyen con desazon, cuando se oponen a sus dictámenes. La temeridad de Alejandro les pareció fortaleza y la crueldad de Sila justicia.

Llegó el gobernador a Tucapel y vió los indios que estaban en diversos y numerosos escuadrones formados, cuyo número ha quedado hasta el dia de hoi mal averiguado, pues lo crecen unos a veinte y los que ménos lo disminuyen a diez mil. Pusiéronse en movimiento procurando mejorarse en unas lomas rasas inmediatas al rio de Tucapel. Recreció la desgracia el que Juan Gomez de Almagro, a quien el gobernador nombró para que le trajese el socorro de los catorce hombres de Puren, como queda dicho, no pareció ni llegó a tiempo, porque accidentes inexcusables le retuvieron un dia para no llegar el aplazado. Viéndose los españoles en lance tan árduo, se recreció su valor al igual del peligro. Absolviólos el capellan, cumpliendo con el deber de católicos y despidiéndose unos de otros con ternura.

Quizá el gobernador conoció entónces tarde el remedio en que la presura de su fogoso espíritu le puso, el cual hubiera evadido con una prudente retardacion; mas entre lo caduco, todo lo perfecto es con defecto; pues Vespasiano infamó el prodijio de su magnificencia y bondad con el tributo de las cloacas, reprendido de su mesmo hijo. Pedro de Valdivia con singular presencia de espíritu habló a sus españoles, diciéndoles: que bien conocia no necesitaba de estímulos su valor para que cumpliesen con su deber; que aquel era el dia en que mas lo necesitaban, pues en su esfuerzo consistia la causa de Dios, del reino y la propia, y que no les pedia ejemplo, sino imitacion.

A este tiempo los indios se venian para los españoles oprobiándolos y con singular alegría, no dudando conseguir la victoria de tan corto número de españoles que despreciaba su muchedumbre, y con esto y los estímulos de su libertad perdida, los enardecia Caupolican, diciéndoles que aquel era el dia en que habian de recuperarla.

CAPITULO IX.

Batalla de Tucapel.—Queda vencido y muerto Pedro de Valdivia.—Famosa retirada de Juan Gomez de Almagro.—Abandónanse las plazas de Puren y Arauco.

Principióse la accion mandando el gobernador al capitan Bobadilla que con algunos españoles acometiese a los indios. Abrióse el escuadron para cojerlos en su centro; mas al fin de media hora de un tenaz empeño, se retiraron con precipitacion y desórden. El gobernador, acometido de varios escuadrones al mesmo tiempo, ejecutaba con los suyos acciones de un furioso despecho y que excedian a su corto número, lo que ocasionaba a que su mesma muchedumbre los embarazase. Por fin, se retiraron poco ménos que desordenados y se pusieron a la vista de los es-

pañoles entre irresolutos por haber perdido cerca de cien hombres: dícelo así D. Francisco Bascuñan. Permanecieron algun tiempo en esta suspension hasta que estimulados de la persuasiva de Queupolican, Tucapel, Colocolo y otros muchos, volvieron por segunda [vez] a la carga, oprobiándolos. El gobernador con sus españoles que, cual otro Anteo, se renovaba en las repetidas lides, los recibió con mayor esfuerzo, manteniéndose en buena continencia para que su crecido número no los pudiese oprimir. No fué dilatada la contienda, porque se volvieron a retirar con pérdida, y de los nuestros murieron algunos. Permanecieron los indios a vista de los españoles, y pasado un corto espacio, volvieron a proseguir la accion con mayor denuedo, aunque no fueron con menor recebidos; pues desea morir matando, quien sabe que ha de morir en la lid, como dice Vejecio. Ejecutaron los españoles acciones de increible valor, de suerte que los hicieron ceder y sin esperanza de prevalecer contra ellos, teniendo perdidos como trescientos hombres, segun dice el maestro de campo Bascuñan en el citado manuscrito.

Los indios ya consternados se hallaban en ánimo de retirarse, cuando Felipe Lautaro, indio de servicio del gobernador, criado en su casa desde su primera infancia, hijo de uno de sus caciques, quiso fabricar su fortuna con la ruina de su señor, notable saña de su tenaz venganza; pues, como dice Plutarco, con mas eficacia daña el malo que aprovecha el bueno. Este desertor se pasó a los indios y les dijo como los españoles y caballos estaban heridos y sumamente fatigados, a mas de algunos muertos, y que no omitiesen ocasion tan oportuna, como la que les ofrecia su buena dicha, de acabarlos, y que se acordasen de la odiosa condicion servil en que estaban, y que él seria el primero que ejecutase lo mesmo que les persuadia, pues el amor de la patria y el comun interes de la libertad eran los estímulos que le habian obligado a juntarse con ellos.

Con tan eficaz persuasiva se conmovieron y vinieron para los españoles; y reconociendo a Felipe Lautaro que venia comandándolos y animándolos con la voz y el ejemplo, se tuvieron por perdidos; mas, no decaidos de aquel su valor constante, los recibieron con desesperada fiereza e ira, la cual, como dice Aristóteles, es mui impetuosa para acometer y despreciar peligros. Peleóse con dudoso Marte y el gobernador mandó que se fuesen retirando para un estrecho paso, a tiempo que ya solo catorce quedaban con vida, y unido con las tropas auxiliares, que ya eran en corto número, se venian sosteniendo; mas los indios penetrando este designio le ocuparon, y circundados los españoles por todas partes, quedaron opresos de su muchedumbre, casi muertos de las heridas, sin poderse mover hombres y caballos. Al gobernador y capellan los aprisionaron entre unos pequeños arbústulos: a este mataron luego, y a Pedro de Valdivia, ligadas las manos, le pusieron dentro de un círculo de mucha jente: esto fué ya al ponerse el sol, habiendo durado la accion doce horas.

Fué tal la confusion de voces, que el eco que resonaba por los montes

hacia horrorosa armonía. Unos pedian que muriese luego; estos eran los interesados en la sangre de los recientes muertos y heridos. Otros se persuadian que se difiriese hasta tiempo y lugar, y que se le quitase la vida entre las celebridades que pedia victoria tan decisiva; mas Lautaro, a quien se le debia, dirimió la discordia, haciendo recuerdos de los agravios de todos e inhumanos tratamientos, a que añadió los propios con la insolencia de su personal servicio y contínuos oprobios que durante él experimentó. Dice San-Bernardo que tiene perverso corazon el que busca ocasion para ser ingrato. Persuádense a que el gobernador le ofrecia el que evacuaria de españoles sus paises; mas esto no lo hemos visto en ningunos fragmentos de aquel tiempo. En acaecimientos mas reposados, aun se ignoran o con gran variedad se relatan los hechos, cuanto mas en este tan confuso, en donde no hubo español que lo viese; mas sábese que uno de los circunstantes le dió un golpe en la cabeza con una arma que ellos llaman macana, con que le quitó la poca vida que le quedaba, y al cuerpo palpitante aun entre las angustias de la muerte, le sacaron el corazon y gustaron de su sangre muchos de los mas feroces e inhumanos, la que es accion consueta de esta nacion. Cortáronle la cabeza y con ella cantaron victoria, los brazos y piernas, y en el tronco de su cuerpo ensangrentaron sus armas, y quedó para alimento de las aves. Bien pocas letras en la pared escritas trastornaron en una noche la felicidad de Baltazar; así como esta en un dia. Los indios auxiliares que en su compañía iban, cumplieron con el deber de amigos y confederados muriendo todos, ménos tres que se exceptuaron de esta desgracia, la cual sucedió dia tres de diciembre de mil quinientos cincuenta y tres, segun Ugarte de la Hermosa.

Andres, uno de ellos, llegó con la noticia a la Concepcion: era natural de Copiapó, que en la esfera de criado del gobernador, la puntualidad de sus servicios le habian merecido agravios.

Juan Gomez de Almagro, con Pedro Gonzalez, Gonzalo Hernandez, Leonardo Manrique, Pedro Niño, Diego García, Pedro Moran, a estos menciona solo Arcila, llegó al dia siguiente de esta desgracia, que quizá no sucede a haberse incorporado con el gobernador: esto persuade el suceso venturoso de su retirada, pues habiéndole acometido los indios con la confianza que dan en la guerra los favorables sucesos y lo despreciable de su corto número, se sostuvo contra su poder con imitable valor, por cierto digno no de menor elojio que el que tenemos hecho de Diego Maldonado: casi veinte y cuatro horas peleó con los indios; y aunque el camino fué mas corto, pero mas fragoso, y llegó a Puren...... y así dice Vosio, por el descubrimiento de las Indias y su conquista, que la grandeza de esta hazaña fué mayor que la de ninguna nacion del mundo, ni las que todas juntas emprendieron.

El hecho del gobernador jeneralmente lo tuvieron por temerario, indigno de un jeneral tan prudente y experto como él; y por eso ponderó Homero que el prudente Ulises habia visto varios sucesos en

diferentes provincias y ciudades: no pudiéramos decir ménos de Pedro de Valdivia, pues sirvió en Italia, España e Indias.

La plaza o casa fuerte de Puren luego la abandonaron los españoles retirándose a la Imperial. Los de Arauco ejecutaron lo mesmo, aunque no tan breve. Los indios con festivos alborozos no se ocuparon algunos dias sino es en la celebridad de su triunfo, cantando canciones en alabanza de Lautaro.

CAPITULO X.

Elojio de Pedro de Valdivia.—Su vária fortuna y riquezas, y singulares talentos de su persona.

Mui venturosos serian los hombres si deseasen ménos y no anduviesen tan solícitos en buscar las que discurren mejoras de fortuna. Claudiano la llamó envidiosa, Ovidio dudosa y triste, Juvenal ímproba y amenazadora, y Dion dijo que sus bienes los da prestados, porque de los engaños mundanos ninguno es de ménos consistencia que la dicha. Llegó el gobernador a lo último que cupo en su esfera en Indias: diré algo de lo que se sabe, siendo mucho lo que se ignora. Con razon Alejandro exclamó a la vista del sepulcro de Aquiles diciendo, que habia sido dichoso porque en su vida habia tenido un fiel amigo como Patroclo, y en su muerte un tan alto pregonero de sus alabanzas como Homero, de quien se dijo que su lectura jamas atedió a los hombres. No se duda que el gobernador en el reino tendria muchos Patroclos, donde hizo mercedes de mucha extension de tierras y tan opulentos repartimientos de indios, como tenemos dicho; mas no hubo ningun Homero que trasmitiese a la posteridad las noticias de su nacimiento, educacion y crianza, ni los demas progresos de su vida, sino suscintamente. Fué de Villanueva de la Serena en la Extremadura, aunque no faltan quienes quieren quitarle la gloria de tal hijo; mas no se admira, pues por la patria de Homero contendieron siete ciudades. Lo cierto es que por su dulce recuerdo denominó a Chile del Nuevo Extremo y en Coquimbo fundó la ciudad de la Serena, pues aunque parezcan tibios los ardores, siempre ácia la amada patria son incendios.

Su nacimiento fué ilustre, a que añadió nuevo esplendor con sus heroicas acciones. Pasó a servir a Italia en su juvenil edad, y se halló en la batalla de Pavía, saco de Roma y sitio de Florencia y en el feroz reencuentro cuando murió el príncipe de Orange. Volvió a España, de donde pasó a Indias, y habiendo corrido vária fortuna, se acimentó en las Charcas, adonde gozaba un moderado repartimiento que le hacia subsistir ni con escasez ni superfluidad, bien así como decia César, ni poco ni mucho, riqueza sosegada. Mantúvose en los intereses de los Pizarros, mas por gratitud de beneficios recibidos que por caprichosa parcialidad; y así dijo Mimo Publio, que no produce ni cria la tierra cosa peor que el ingrato; y no se pudo dispensar de comandar

las tropas de Hernando de Pizarro, que lo hizo maestre de campo cuando la batalla de las Salinas. Pidióle al marques Don Francisco el descubrimiento y conquista de Chile, lo que le concedió, no obstante la oposicion de Pedro Sanchez de Hos en virtud de real despacho que manifestó del César; y a juicio de desinteresados, aunque no bien esclarecido, en considerable parte del reino bien fundado. Volvió de Chile al Perú en socorro del gobernador licenciado Pedro de la Gasca, y llegó tan a tiempo que sirvió de consternacion a los Pizarros y de aliento a los realistas; pues habiendo reconocido Francisco de Carvajal la formacion del campo, dijo que era imposible que en él no estuviese Pedro de Valdivia, pues los dos solos habian que pudiesen hacerlo, por haber muerto Cristóbal de Herbais. Elijiόle el licenciado por uno de los de su consejo privativo, honrándole con nueva merced, y del camino lo hizo volver con escrutinio de sus papeles, como dicho queda, imputándole sus émulos de correspondencia con los Pizarros; mas, si fué cierta, no criminosa, sobre que recibió muchos displaceres. Quedó Gasca satisfecho y quizá corrido; pues, como dice Séneca, el arrepentimiento apresura el que presto juzga. Vuelto a Chile, prosiguió sus conquistas, y queriendo eternizar su nombre, dió el de su apellido a la ciudad de Valdivia que pobló.

Fué casado con Doña Marina Ortiz de Gaete, natural de Salamanca, quien vino de España a gozar de su opulenta fortuna, a no ser la esperanza sueño de despiertos, como dice San Agustin; pues cuando llegó a Chile le halló muerto, y lo mas verosímil nos parece que no dejó sucesion: vinieron con ella dos sobrinas que vivieron innuptas, haciendo una vida ejemplar, y tambien algunos parientes que se establecieron en el reino. Gobernóle cerca de catorce años que mediaron desde su ingreso a Chile hasta su muerte, en cuyo intervalo de tiempo fundó las ciudades de Santiago, la Serena, Concepcion, Confines, Imperial, Villarica, Valdivia y tambien se presume que Osorno, pues llegaron sus conquistas hasta el extremo del reino; y tres casas fuertes, la de Tucapel, Arauco y Puren, fuera de otro fortin en Quillota; y de su órden Francisco de Aguirre sujetó la provincia de Cuyo, en donde construyó una fortificacion que quedó con guarnicion de jente competente para mantener en obediencia aquella provincia. Su capacidad fué sobresaliente y de singular discernimiento y penetracion para elejir y precaver lo bueno, malo y mejor; esto a la primera vista e ingreso de cualquier negocio: y así se ha notado que lo que fué de su eleccion, todo fué adecuado y conveniente sin que la mas rijida censura haya hallado enmienda o reprension, sino la accion última de su ruina.

Lo que providenció para el beneficio comun, tanto en lo espiritual como en lo temporal, es cosa de admiracion el reflexionarlo: bien lo manifiestan las ordenanzas que dejó, como tenemos dicho, las cuales arreglan la satisfaccion de diezmos y el tiempo de sus remates. Antes de salir de la Concepcion le hizo cabildo, en que ordenó se construyese la Catedral y expresa su lonjitud y latitud, arquería y naves, portada y sacristía,

y que ha de ser alta y baja, con chimenea, que aun esto no desacordó su providencia; y para tan crecida impensa asignó los fondos, y porque el maestro constructor se obligase a acabarla dentro de tres años, expresa el que se le den fuera de la convencion y trato diez mil pesos gratuitos. Haga aquí paréntesis la admiracion de magnificencia tan inaudita, que solo tuvo por objeto el que se celebrase el divino culto con toda decencia y no en una choza pajiza en que ántes se hacia, para que recreciese la admiracion y respeto a lo sagrado a vista de tan inumerable barbarismo; así, su piedad mereció que el apóstol Santiago viniese de la celestial esfera a favorecer las tropas de su comando. ¡Cuán pocos de los mortales han merecido tan alta dicha!

El inhumano tratamiento de los indios que, como primer móvil quieren imputar sin fundamento al gobernador, [es] todo lo mas supuesto; pues dice el castellano Don Jorje de Ilumbe en el memorial histórico que presentó al rei el siglo pasado, año de mil seiscientos sesenta y cuatro, que los venerables padres fr. Juan de Torralva y fr. Juan de la Torre, franciscanos, y el santo fr. Cristóbal de Ravaneda, mercenario, con un apostólico celo no dudaron reprender al mismo gobernador algunas cosas que no llevaban el gobierno cristiano, y que el gobernador, habiéndolos oido con agrado, les dió las gracias por la advertencia y procuró remediarlo sin diferirlo; pues tanto pierde la buena obra de su valor, cuanto tuvo de retardanza, como dice Séneca. El autor citado pondera la grande aplicacion que tuvo a la conversion de los indios del reino y en particular a los de su repartimiento, como dejamos dicho. Tuvo ánimo de ir para el estrecho de Magallanes; díganlo las palabras que debajo de su firma permanecen en el primer libro de Cabildo de la Concepcion: "por cuanto su señoría está para ir a la conquista del mar del Norte y pacificacion de la tierra adelante." Esta cláusula, aunque repetida, haga su elojio, o pluma de mejor corte que la mia; y su beneficencia pudiera quejarse ofendida de la ingratitud de nuestro olvido.

De Mahoma el grande, dice su historiador que mandó poner en su sepulcro que queria acometer a la fuerte Rodas y a la soberbia Italia, reputando por nada la conquista de los imperios de Constantinopla y Trebisonda, el de doce reinos y dos principados, y solo por algo lo que queria hacer. Así el gobernador reputó por nada la conquista de Cuyo y Chile, que es de mas extension que las tres partes de Europa, y ahora se engolfa en el gran piélago del sur para ir al océano del norte y conquista de aquellas tierras; cuya inscripcion nos dejó treinta y nueve dias ántes de su muerte para que supiésemos hasta donde llegó su valor.

Permite el Altísimo los contratiempos para que las felicidades no nos saquen del centro de la modestia; y solo faltó a su brillante fortuna el moderarla, como dijo Séneca a Neron por la suya; pues no finje la fantasía lo que la desgracia ejecuta. Fué magnánimo, liberal y afable, conjeniándose con todos sin abatimiento de su persona. Fué acordado en las empresas, pronto en las ejecuciones, infalible en los trabajos: no se vió corazon mas entero, ni elocuencia mas insinuante que la suya

para imprimir jenerosos sentimientos en sus tropas. Fué observador de la disciplina militar y mas exacto de la justicia distributiva, y siempre con el rostro festivo, templada la alegría con la veneracion, como lo recomendó Justiniano a sus ministros. No hubo quejosos en la distribucion que hizo de premios, porque el que al digno da, a todos obliga, como dice Séneca; no obstante, es cosa singular tal acaecimiento. Siempre desatendió la lisonja con prudente desestimacion: su bondad no fué simulada, ni de las que duran en la pretension para conseguir y acabar en la posesion; así fué amado como ninguno y sentido como él solo, llorando todos su muerte, pues se interesaban en tal útil vida. Fué su repartimiento el mas opulento que se vió en Indias, pues principiaba desde Talcahuano, Arauco, Tucapel y Puren, en que tenia cincuenta mil indios tributarios, y excedió en esto a Hernan Cortes y a Don Francisco Pizarro; y en el corto tiempo que vivió acumuló mucha riqueza, pues regulado en lo mas promediado el tributo que le daban, era de diez a doce marcos de oro al dia: lo que puede ser admiracion, pero nó duda. El emperador le confirmó el repartimiento, dióle el gobierno de por vida y merced de hábito, y suspendió el titularle hasta estar mejor informado del pais: condigno premio a su mucho mérito.

Asignóse en todas las ciudades que pobló grandísima extension de campos, a lo que no llegó ningun conquistador en Indias. Doña Marina le sobrevivió muchos años llorándole sin consuelo, con excesos a lo Artemisa por su querido Mausoleo: y por recordacion de entrambos instituyó un aniversario de misas en el convento de San Francisco de la Concepcion, del cual ni memorias hai; ni ménos en Chile hubo ocho piezas de tierra para el reposo de sus cenizas, pues, como dice el Crisóstomo, es nuestro natural sepulcro, en un reino que conquistó, adonde tanto dió y para sí reservó. Portentoso caso, y por fin, con la postrera señal de vida dió el último parasismo su riqueza y grandeza. ¡Quién hubiera dicho tan feliz pasaje! ¡Quién mutacion tan improvisa hubiera creido, sino es que tardes tan funestas acompañan las serenidades de nuestra alegría! y así dice Ovidio, que nadie es dichoso hasta el fin: que un dia juzga de otro, y el último de todos. Recreció al emperador un florido reino, digno de la corona que ciñó sus reales sienes. Sus memorias piden en Chile gratitudes eternas, pues se le debe todo lo que es y será; y como patricio, ha corrido obligado la pluma.

CAPITULO XI.

Llega a la Concepcion la noticia de la muerte del gobernador.—En el pliego de providencia es nombrado en tercer lugar Francisco de Villagra; no obstante, es electo por gobernador interino.—Sale al castigo de los rebeldes.—Notable batalla que tuvo, y retírase con considerable pérdida.

De una tempestuosa inundacion aun los collados no se libran, porque las aguas sin término todo lo inundan. Viendo los españoles principiada ya la guerra, la cual, como dice Livio, por sí se osa y encien-

de, discurrieron incorporarse para mas válidamente hacer la ofensiva y defensiva. Retiráronse, como dejamos dicho, los de Puren a la Imperial, y siguieron el mismo destino los de la ciudad de los Confines, unos y otros bien observados, porque solicitaban la ocasion de sorprenderlos; pues la victoria robada es la ménos costosa y mas aplaudida. Los de Arauco se vinieron a la Concepcion, haciendo algunos que sentian lo mesmo que deseaban. Las desgracias siempre vuelan a herir los oidos de quienes deben sentirlas, y así con brevedad se difundió por el reino la noticia de la muerte del gobernador, la cual llegó a la Concepcion dia veinte y seis de diciembre, que la trajo Andres, como tenemos dicho, asociado con otro, a quienes exceptuó su fortuna de la desgracia de todos. La confusion y llanto fué sin igual, pues murieron con el gobernador Diego de Oro, Agustin Gudiel, Juan de Bobadilla, Andres Villarroel, Juan de Mesa, Juan Peñas, todos vecinos de la Concepcion, y otros dignos de que sus nombres no hubiesen quedado sepultados en el olvido.

El dia veinte y ocho del mes se juntó el ayuntamiento, y arreglándose a la disposicion que el gobernador dejó a su partida, le dieron el comando a Gaspar de Vergara, miéntras llegaba Francisco de Villagra, teniente jeneral del reino, de quien se sabia que habia salido de la ciudad de Valdivia con treinta hombres y que venia para la de la Concepcion, agregando a su tropa alguna jente de las demas ciudades. Por fin llegó el dia primero de enero, y el siguiente se abrió su testamento, que con estas palabras se explican en el libro de la fundacion, y bien que fuese pliego de providencia que el gobernador entregó al ayuntamiento, y en él se halló que nombraba por sucesor a Gerónimo de Alderete, que, como tenemos dicho, estaba en España, y en segundo lugar a Francisco de Aguirre, que se hallaba en la provincia de Cuyo, y en tercero a Francisco de Villagra: mas el cabildo y todo el pueblo de la Concepcion le elijieron y aclamaron el dia seis por gobernador interino, haciendo por exordio a su nombramiento un brillante elojio de sus méritos y persona. En él expresan que es caballero hidalgo notorio y que viviendo el gobernador siempre fué su segunda persona por sus grandes talentos y militar experiencia. En estas expresiones prorrumpió uniforme la voluntad de todos; pues, como dice Marco-Aurelio, que para que sea cierta la alabanza, ha de intervenir el amor.

En asuntos delicados debe correr la pluma lijera: tal es el que se ofrece a la vista digno de reflexion. Durante la vida del gobernador antepuso a todos a Francisco de Villagra, haciéndole su segunda persona, y cuando se ausentó del reino lo dejó de gobernador y en su muerte lo pospuso. Arcano es este mas para venerado que para impugnado, y por fin, razon oculta al transcurso de dos siglos, y mas cuando él solo se la supo y nunca la profirió. Admiróse en Alejandro el que a Pérdicas nombrase por su sucesor, entregándole su real sello, cuando no habia tan brillante fortuna en su corte que pareciese el mas aventajado en su gracia; mas porque no fuese disonante o calumnioso

de Francisco de Villagra, expresan en el libro de ayuntamiento la ausencia del primer nominado fuera del reino y hallarse el segundo en los confines de él, y por el motivo de la jeneral sublevacion, impedida toda correspondencia y en estado de perderse por falta de un jeneral comandante, y que la utilidad pública es la suprema lei; y expresa que le han pedido y con reiteracion requerido que acepte el cargo por convenir así al servicio de Dios y del Rei, con cuya insinuacion o precepto aceptó el cargo Francisco de Villagra, nombrando luego por correjidor de la Concepcion y lugar a Gabriel de Villagra.

Pareció al gobernador y a todos los del concejo, que para esto juntó, que era conveniente el contener la audacia de los indios y salir con honra a buscarlos, ántes que con indecoro y poca reputacion de las armas esperarlos en la Concepcion, adonde se sabia que venian; y porque habiéndose recrecido las tropas de Caupolican con el mucho número de mitayos que estaban dispersos por las minas, le pareció conveniente no perder la ocasion, pues en la guerra aprovecha mas que la fuerza, como dice Vejecio. Mas ántes de proseguir con las operaciones de su feliz campaña, dispuso público regocijo, para lo cual se hizo un retranchamento en un espacioso campo donde todo fué excesos y el mayor el de la embriaguez; y aun en esto halló medra su política, porque con el incentivo vinieron muchos que con él se quedaron.

El gobernador, viéndose reconocido y jeneralmente aplaudida su gobernacion, digo, eleccion, dispuso salir para Arauco a disipar aquella tempestuosa nube que amenazaba bloqueo o sitio formal a las recientes ciudades; y dejando ochenta hombres en la Concepcion, salió de ella con ciento y sesenta de los mas valerosos y bien montados, dia veinte de febrero de mil quinientos cincuenta y cuatro años.

Iba con los españoles una corta partida de indios amigos, y habiendo llegado el maestre de campo Reinoso a Laraquete con la gran guardia, se les opuso un escuadron numeroso y apiñado de piqueros a impedirles el tránsito. Es esta una punta de moderada elevacion, aunque algo pendiente, que termina en el mar: a la parte de Arauco la baña un arroyo grueso que con el reflujo pierde vado. Ibanse dejando ver otros escuadrones, cuando llegó al pié de aquel monte el gobernador con las tropas españolas y auxiliares: tenazmente resueltos y empeñados los indios a impedir el que los españoles se internasen en su pais, y estos revestidos de ira, que, como dice Aristóteles, es tristeza y perturbacion, con vehemente apetito de venganza, no hallaban obstáculo que fuese capaz de su retencion, y así se principió una accion sangrienta y dudosa.

El terreno ventajoso militaba a favor de los indios, mas no obstante a las tres horas de un dudoso Marte superáronle el recuesto; gánanle pié a pié. Esto no acobardó a los indios, pues alternándose otras tropas de refresco, con furor incapaz de retencion volvieron a la carga, despreciando el fuego, las picas y espadas, ocupando a porfía los vivos el lugar de los muertos, sin que les sirviese de horror sino de estímulo. El gobernador con heroica firmeza pareció superior al peligro y anima-

ba a los españoles con la accion, voz y semblante; mas para que esto terminase a favor de los indios, le mataron el caballo, y caido, levantaron los enemigos un tan horroroso y disonante clamor, que todo era confusion y desórden, procurando aprisionarlo o matarlo; mas tuvo la buena dicha de montar en otro, y no pudiendo prevalecer, cedieron los españoles poco ménos que vencidos, quedando los indios dueños del campo de batalla con noventa y seis españoles muertos, y Francisco de Villagra se retiró con sesenta y cuatro todos heridos, y los mas de los auxiliares perdieron la vida.

Duró esta batalla mas de medio dia: dícelo así el mesmo gobernador Francisco de Villagra en un título o merced orijinal de indios que en nuestro poder pára, hecho a Juan Negrete, quien se halló con él, fecha en veinte y dos de noviembre de mil quinientos sesenta y un años, a los seis de este suceso. Los indios siempre ocultan los muertos, mas no obstante, se puso o se supo que murierón mas de setecientos. El número de sus tropas se reputó por el de siete a ocho mil hombres; y a no haber experimentado tan grave pérdida, mas que por la calidad que por el número, y los mas heridos, hubieran enteramente batido a los españoles y acabado con ellos en su retirada. Bien pueden reflexionar sobre este hecho los que desestiman el valor de estos bárbaros chilenos. Y si la gloria del vencedor se mide con la resistencia y honor del vencido, como dice Plutarco, bien se vé la distancia de nacion y de arma a armas.

CAPITULO XII.

El gobernador despues de su retiro resuelve despoblar la Concepcion: opónense a esto sus vecinos; no obstante, se ejecuta: vanse a la Imperial y el gobernador a Santiago.—Diferencia que se ofrece con Francisco de Aguirre.—Vuelve al socorro de la Imperial y Valdivia sitiadas: ejecutólo con felicidad.—Sujeta a los indios de la Imperial.

Llegó el gobernador a la Concepcion, y en su marcha no dejó de venir observado para que no le faltase la zozobra y recelo de ser acometido. Es verdaderamente magnánimo quien no apetece el peligro, como temerario quien no le teme. Como tímido fluctuaba el gobernador irresoluto sobre si seria inconveniente el despoblar o no la Concepcion y que sus vecinos se retirasen a Santiago o a la Imperial, en donde estaban ya los de los Confines, y los de la Ciudad Rica en Valdivia; mas todos los habitadores se opusieron al dictámen de abandonarla, representándole que seria darles ganancia de causa a los indios con indecoro de las armas, y que en lugar de causarles temor les recreceria la audacia, y que si se mantenia la Imperial y Valdivia, estando mas avanzadas y mas distantes del socorro, mas bien lo podia hacer la Concepcion por estar inmediata al de tierra y mar, y que cómodamente les podia venir. El gobernador se negó a las representaciones que le

hicieron los alcaldes Juan Cabrera y Diego Diaz y los demas que componian su ayuntamiento, y resolvió su despoblacion con jeneral sentimiento del vecindario, que todos se ofrecian a morir en su defensa. Embarcáronse en dos navios los ancianos, mujeres, muchachos y criados, y el menaje que pudo ser de transporte, quedándose la jente apta para el manejo de las armas.

Esto se ejecutó con tal celeridad, que cuando llegó a noticia de los enemigos fué tarde; y así dice Vejecio, que el mejor consejo es el ignorado de los que lo son. Debió de ser conveniente, pues el gobernador así lo ejecutó y quiso no se creyese en algun tiempo el dolor, lo que se negó al aviso, pues en donde no vive el recelo acude el peligro, como dice Veleyo. Siguióse el abandono de la ciudad, luego el incendio a vista de los mesmos vecinos. Embarazado se halló Eneas al referir a la reina Dido el de Troya, su patria. No me hallara yo ménos si hubiera de especificar esto de la mia, y no será la primera vez que experimente fortuna tan borrascosa, que solo pudo tener el consuelo de suspiros en tan acerbo dolor, como dice Eurípides; recreciéndolo el ver que iban a mendigar hospedaje, el que ántes podian dar, y a suplicar necesitados con lo que habian podido obsequiar liberales. Extremosa desventura para pechos jenerosos. Este acaecimiento sucedió por marzo de mil quinientos cincuenta y cuatro años. Desamparada la Concepcion, el cabildo con los vecinos que quedaron, se fueron a la Imperial y el gobernador para la ciudad de Santiago. Esto inferimos de los fragmentos de aquel tiempo.

La discordia todo lo invierte: hubo de ocasionarla Francisco de Aguirre con la noticia de su nombramiento y vino de la provincia de Cuyo con sesenta hombres a la ciudad de la Serena; y aunque entabló su presentacion, fué sin ansia para no perder con dolor, y resolvióse de que la audiencia de los Reyes determinase el caso y que entretanto el gobernador Villagra quedase en el gobierno, así por su grado como por la urjente y fatal positura en que el reino estaba. El ceder no solo es accion de jenerosos, sino es dilijencia de acomodados, y así Aguirre despreció los fantásticos anhelos en que le querian imponer algunos aduladores, no obstante que la adulacion es mas agradable que el consejo, como dijo Demóstenes.

Francisco de Villagra, viendo el notable peligro en que se hallaban las dos ciudades de la Imperial y Valdivia, sin esperar la resulta de Lima, apresuró su regreso; y para aprontar el socorro de ciento y cincuenta hombres que llevaba y el competente equipaje, se sacaron del real erario setenta mil pesos en oro. Mas de cien leguas de pais sublevado tenia que penetrar hasta la Imperial, y los naturales habian alzado los bastimentos por los paises de su tránsito y cortado los caminos, caya noticia tuvo de antemano el gobernador y de como le esperaban diversas tropas en los desfiladeros y tránsito de los rios; mas todo lo despreció su valor y lo superó su constancia, sabiendo que los honores y grandeza de los vencidos los recupera para sí el vencedor,

como dijo Platon; y con diez y nueve compañeros terminó su marcha llegando con felicidad a la Imperial.

Los indios, que son prontos y ejecutivos en sus victorias, le tenian puesto formal sitio con mas de veinte mil hombres y de antemano prevenidas reclutas para que sucediesen a las demas tropas fatigadas, y por sus operaciones bien se veia el empeño con que pretendian expulsar a los españoles de su pais, pues estaba todo al arbitrio de sus armas. Tenia el comando de la ciudad Martin Ruiz de Gamboa, persona de las mas distinguidas del reino, y sostuvo el ímpetu de los bárbaros chilenos con porfiado teson, y llegaron casi a lo último de una necesidad extremosa, tanto de víveres como de municiones de guerra; mas en la divina Providencia halló la voz lastimosa, su dolor el remedio para socorro de tantos males; y habiendo llegado a la inmediacion de la ciudad el gobernador Villagra con sus tropas, se retiraron los indios consternados, y reforzados los españoles, destacó el gobernador ciento y veinte hombres para que fuesen a socorrer la ciudad de Valdivia: remitió armas y municiones, de que habia escasez. Tuviéronla los indios bloqueada, y el jeneral Julian Gutierrez de Altamirano, que era el gobernador político y militar de ella, manifestó en su defensa su gran conducta y valor.

No hai mas que saber en la guerra que el no perder la ocasion; pues, como dice Vejecio, aprovecha mas que la fuerza. Perdióla Aníbal en no destruir a Roma despues de la victoria de Canas, sabiendo que los romanos solo eran invencibles en pais extraño, y así se le aconsejó a Antioco, que no los esperase en Siria, sino que viniese a buscarlos a Italia; y la ocasion perdida que lamentó siempre arrepentido, fué la ruina de Cartago y la propia suya. No así lo ejecutaron los indios, que aprovechando la menor ocasion, quisieron ganar las ciudades de la Imperial y Valdivia para acabar con la dominacion española en su patria que tan nociva era a su libertad, lo que hubiera conseguido su valor si se retarda mas el socorro de Francisco de Villagra.

El gobernador comenzó una cruda guerra contra los indios que habitaban en la jurisdiccion que Pedro de Valdivia asignó a la ciudad de la Imperial: todo era un horror de sangre y fuego: solo se exceptuó de la voracidad del incendio las vituallas que se pudieron transportar a la ciudad; y aquel pobladísimo pais quedó poco ménos que desierto, huyendo los habitadores a lo mas oculto de los bosques. Mas como las desdichas no se remedian con el despecho, ántes se reagravan, resolvieron los indios el dar la paz, no todos, volviendo a la sujecion en que ántes estaban. Así el gobernador fué el aquilon que disipó la borrascosa tormenta, siendo infalible su desvelo en el cumplimiento de su obligacion. Bien así como Pirrocho que mostró desdeñarse de saber y hablar cosa ajena de arte de gobernar; y así se discurrió su persona por la mas adecuada que pudo haber para librar a Chile del naufrajio que le sumerjia.

CAPITULO XIII.

Dase noticia de una notable peste que hubo en Chile.—Retírase Francisco de Villagra para Santiago.—Anula la audiencia de los Reyes su nombramiento y confiérelo a los alcaldes de las ciudades.—Puéblase la Concepcion.—Lautaro con tropas araucanas viene a desalojarlos: hubo un avance pertinaz: por fin retíranse los españoles a Santiago vencidos.

Pidió David a Dios el castigo de la peste, porque juzgó que inmediatamente procedia de la divina diestra. Con esta plaga castigó Dios a la mayor parte de las provincias de este reino, causando terrible estrago en sus habitadores. Principióse a resentir el año de mil quinientos cincuenta y cuatro y duró todo el siguiente. Fué el contajio de viruelas, y tal la infeccion del aire que ninguna ponderacion será hipérbole para narrar el sinnúmero de jente que murió. Bien manifestó esto Pedro Olmos de Aguilera, que era vecino de la Imperial, en el escrito que presentó al Sr. D. fr. José Antonio de San Miguel, primer obispo de aquella ciudad, dia veinte y dos de junio de mil quinientos setenta y tres años, el cual pára en protocolo eclesiástico, donde expresa las palabras siguientes: "de que el gobernador Pedro de Valdivia le encomendó por marzo de mil quinientos cincuenta y dos hasta diez o doce mil indios, y que pasados tres años, hubo tal mortandad que de todo el número dicho no le quedaron en el repartimiento sino hasta cien indios." J. Hernando de San Martin, vecino de la mesma ciudad, en otro tal escrito y obligacion que hace de cierta obra pia, por agosto de mil quinientos setenta y tres, cuyo orijinal pára en el citado protocolo, y en él dice, que el gobernador Pedro de Valdivia el año de mil quinientos cincuenta y tres, por mayo, le asignó ochocientos indios de repartimiento, y que el año de mil quinientos cincuenta y cinco hubo tal peste que solo le quedaron ochenta, de suerte que este fué uno de los atroces contajios que se han visto en el mundo. Consúltese la historia antigua y moderna y se verá si hai cosa que le exceda, ni aun que le iguale. Huyendo de su furor se internaban los indios con sus familias en los bosques mas distantes del comercio humano: los cuerpos quedaban insepultos, muriendo todos los habitadores de las casas sucesivos; mas fué cosa de notar, que en todos los vivos y en los pocos que recuperaron la salud, en unos y otros quedó tenaz el empeño de proseguir la guerra, sin que tan terrible castigo amortiguase este ardor.

Parecióle a Francisco de Villagra que era conveniente volver a poblar la ciudad de los Confines. Opúsose el cabildo de la Concepcion con el mesmo empeño que lo hicieron con el gobernador Valdivia: mas fué infructuosamente con Villagra; y resolviendo su regreso a Santiago, se vino en su compañía el corto vecindario de la Concepcion; y habiendo llegado a Panqueco, hicieron eleccion de alcaldes dia veinte y seis de noviembre de mil quinientos cincuenta y cuatro, y siguieron su destino hasta Santiago. Los oidores de la real audiencia de Lima,

que lo eran el Dr. Don Melchor Bravo de Saràvia y los licenciados Santillana, Altamirano y Fernandez de Peñalosa, por real provision, su fecha trece de febrero de mil quinientos cincuenta y cinco, anularon el nombramiento de Francisco de Villagra, y [ordenaron] que los alcaldes de las ciudades gobernasen los distritos de sus jurisdicciones: providencia desacordada y extravagante. Imprućbala el coronista Herrera diciendo, que esta provision fué hecha de léjos y con poca informacion de lo que el reino necesitaba, y con razon la lamentó Chile. Es priesa noche de mucha sombra, y la madura reflexion dia de mucha luz: pedíala Codras para conocer las cosas que todos los dias estaban sucediendo, y para esto es menester toda la atencion de la prudencia, y solo Dios admite los deseos cuando no nos son posibles las ejecuciones. Francisco de Villagra se retiró del comando y halló muchos fieles Acates que le siguieron en la declinacion de su fortuna: singular acaecimiento, porque siendo todo pareceres y envidias el mundo, los hombres se hacen diversos semblantes, siendo contradictorios de sí mismos, mudando mas formas que Proteo.

Nombróse de procurador a Gaspar de Vergara para que pasase a la ciudad de los Reyes e informase a los oidores del sistema lastimoso en que de presente se hallaba el reino, en virtud de la providencia dada por los oidores y de haber improbado el abandono de la ciudad de la Concepcion, y órden expresa que enviaron para poblarla. Se resolvieron los vecinos a ejecutarla porque la tenian por propia patria, adonde la infelicidad se hace leve, como en la ajena grave. Distribuyéronse entre ellos diez mil pesos de la real hacienda para sus avios y algunos mas suplementos que les hicieron; y hecha eleccion de alcaldes para su gobierno político y militar, que lo fueron Francisco de Castañeda, Juan de Alvarado, y los rejidores Ortuño Jimenez, Lopez de Landa, Pedro Gomez y Pedro Bonal, nombraron a Luis de Toledo, conquistador, por alférez mayor para que llevase el real estandarte. Fletaron un navio, nombrado San Cristóval, para que transportase a la Concepcion armas, municiones y otros efectos necesarios para su subsistencia y algunas personas de ambos sexos que pudieran servir de embarazo, y el dia primero de noviembre del año de mil quinientos cincuenta y cinco salieron de Santiago, siendo todos entre vecinos y soldados sesenta y ocho personas; y el dia trece de dicho mes, pasado a Maule, tomó posesion el cabildo de los términos y jurisdiccion de la ciudad, segun y como los estableció el gobernador Valdivia, y nombraron por alguacil del campo a Pedro Fernandez, y habiendo llegado a tres leguas de distancia de la Concepcion, enviaron treinta y dos hombres con el escribano Domingo Lozano para que reconociese y diese fe si habia enemigos en su esfera, y no habiéndolos, entraron a dicha ciudad despoblada el dia veinte y cuatro de noviembre.

Hízose auto de reedificacion, y en él consta hubieron treinta y una personas de su antiguo vecindario y dos clérigos, el padre Martin de Abreu y el licenciado Ortiz y un relijioso que solo le hallamos con el

nombre del P.e ministro; y se distribuyeron entre todos los que quisieron acimentarse, ochenta y cinco solares, huertos y viñas. El primero que con antelacion a todos se presentó, fué Francisco Gudiel en nombre de Doña Marina Ortiz de Gaete, mujer que fué de Pedro de Valdivia, pidiendo tierras y solar, que sin duda seria lo mesmo que el gobernador, y no hemos podido investigar en cual de las ciudades se hallaba. Los vecinos elevaban ya a grandes deseos la imajinacion, mas la esperanza de atribulados es siempre movible, como dice Eurípides: así lo experimentaron en la poca consistencia de la suya, de que quizá se avergonzaron, pues próvida la naturaleza con el majisterio de sus obras solo concedió al hombre este privilejio. Observóse que los indios del contorno acudian repugnantes al trabajo y súpose que solicitaban a los de Arauco para desalojar a los españoles ántes de su mayor arraigo, y mas querian peligrosa libertad que no segura servidumbre, como dice Salustio. Hicieron armonía los ecos de estas voces proferidas por los de su nacion, y resolvieron aventurarlo todo sin respirar indiferencias, volviendo al trance dudoso de las armas. Destacáronse algunas de las mejores tropas* al comando de Lautaro, que, como dice el coronista Herrera, era hombre feroz y constante en sus empresas, y con cuatro mil hombres transitó el rio de Biobio siguiendo su destino para la Concepcion con cruel coraje; pues siempre el vencimiento aumenta la osadía, como dice Salustio.

Los vecinos de la Concepcion, sabiendo que se acercaba, se previnieron para el opósito, redoblando el valor la cortedad de su número. Noticias escasas son las que ha podido descubrir nuestro desvelo, porque en los manuscritos de aquel tiempo suscintamente se narra el hecho y en el libro de cabildo se halla anotado, que por mar fué remitido a Santiago para que quizá no se extrañase en lo futuro este silencio, o la interrupcion de siete meses segun la serie que llevaba. Juan de Alvarado salió con nueve hombres a reconocer el campamento de los indios, para informarse mejor de sus tropas y designios, y a corta distancia los descubrieron y acometió su gran guardia. Trabóse una accion dudosa, y viendo los españoles que por instantes la reforzaban, se retiraron sin pérdida y con alguna de los enemigos, quienes sin retardacion se vinieron para la Concepcion. Observaron los españoles que traia Lautaro dos clarineros y sus tambores y pífanos, y algunos de los mas distinguidos venian con espadas, celadas, *cotas* y otras armas españolas.

Francisco de Castañeda animó a los españoles con fervor y presencia de espíritu y no desacordó decirles lo que Aníbal a sus cartajineses en la batalla del Tecino, como escribe Polibio: que los romanos tenian franca y segura su retirada, la que ellos nó, sino distante y llena de inmensos peligros. Los vecinos tenian hecho un fortin o retranchamiento donde el dia de hoi es el almacen real y el convento de Santo Domingo. Con variedad se narra esta accion: unos dicen que salieron fuera al opósito de los enemigos, y que habiendo peleado con tenaz empeño, cedió el corto número de los españoles a la muchedumbre de

los indios, y retirándose a su campamento, que los cargaron de tal suerte que unos y otros entraron con confusion y desórden; mas el coronista Herrera y un manuscrito de bastante autenticacion, afirman que los indios acometieron las trincheras españolas con tanto empeño y ardor, que aunque repetidas veces los hicieron ceder con pérdida considerable, no obstante, volvieron a la carga y fué tan porfiado el avance que a las cuatro horas lo ganaron y entraron dentro con pérdida de veinte y cuatro españoles: los que restaron vivos se hicieron fuertes en un ángulo donde por fin todos hubieran perecido, si los indios no se hubiesen desordenado por la codicia del saco.

Lautaro, viendo por las exterioridades que querian abandonar el pais, discurrió su política el vencer a ménos costa y no aventurar sus tropas contra la impetuosa y sanguinaria desesperacion de los españoles: pues, como dice Vejecio, es una cierta muerte. Unos se embarcaron en el navio que los condujo, en cuyo número entraron ancianos, heridos, mujeres, niños y criados; y la demas jente apta para el manejo de las armas se volvió por tierra a Santiago. Las heroicas acciones que ejecutaron, quedaron sepultadas en el olvido como el nombre de los muertos, los que son dignos de contarse en el número de los vencedores, como dice Demóstenes.

CAPITULO XIV.

La audiencia de los Reyes nombra por correjidor y justicia del reino a Francisco de Villagra.—Lautaro sale de la Concepcion con algunas tropas con ánimo de invadir la ciudad de Santiago. —Sale al opósito Juan Godinez, mas sin suceso.—Hostiliza Lautaro los paises de los que permanecian en la obediencia española, y mejoras del alojamiento.

Los oidores de la ciudad de los Reyes, mas bien informados o mejor advertidos, revocaron la providencia que habian dado, pues con diferentes ojos se mira el mal que acontece, que no el error que se busca, y nombraron por correjidor y justicia mayor del reino a Francisco Villagra; pues la eleccion hecha sin que preceda solicitud propia, como esta fué, acredita la justicia de quien por su motu propio la hace, como dice Plinio, pues no era dable que los alcaldes ejecutasen el urjente socorro que necesitaban las ciudades de la Imperial y Valdivia para su subsistencia; y así como sabios mudaron consejos, y el reino esperó la bonanza en su acertada conducta; y sin perder instante empezó a juntar tropas para el socorro de las ciudades.

Hasta aquí se le recrecieron a Lautaro, cual otro Polícrates, rei de los Samios, las dichas, que el preciado anillo que al mar arrojó lo halló en un pez, o del Macedon vencimientos: exoneró a la mayor parte de su nacion de la servidumbre española con el abandono de seis ciudades y casas fuertes que la oprimian. Venció y mató al gobernador Valdivia, jeneral el mas experto y acreditado de Indias, y enteramente quedó batido Francisco Villagra y sus tropas, y él miraculosamente libró con

la vida; y a los recientes pobladores de la Concepcion los venció y con precipitada fuga se retiraron a Santiago, unos por mar y otros por tierra; y así ponderó Veleyo, que no sin causa pintaban sin ojos a la fortuna, que entre los hombres no hace eleccion, pues favorece a los perversos, de quienes si viera debiera huir: y aun no satisfecho con sus caricias, que le habian conseguido eterna fama y nombre ilustre, emprendió lo que ninguno ántes ni despues discurrió, que fué invadir la ciudad de Santiago y expulsar a los españoles del reino, y aunque el arrojo era terrible y la empresa temeraria, no obstante la discurrió factible su valor, digno en realidad de todo encomio.

Salió Lautaro de la Concepcion con seiscientos hombres de las mas veteranas tropas de Arauco, porque en las provincias de su tránsito podia recrecerlas hasta la cantidad que le pareciese competente por ser jente belicosa. Así lo ejecutó, y llegó al rio de Maule con mas de tres mil hombres: pasólo y acampóse en Rio Claro en un ventajoso terreno y lo fortificó con la regularidad que observó cuando estaba de doméstico de Pedro de Valdivia, su señor: practicaba la militar disciplina de montar guardias, distribucion de nombre y rondas, y todo sin discrepancia: allí se le incorporaron otros reclutas. Comenzó a hostilizar a los indios que se mantenian en la obediencia de los españoles, procurando no solo con las armas, sino es con la persuasiva, sustraerlos de ella y atraerlos a su partido, con la buena máxima de no dejar enemigos a las espaldas por lo que pudieran obstar a sus designios: le retuvieron para fortificarlos y despues proseguir su marcha.

Caupolican, capitan de los mas acreditados de la nacion, con crecido número de tropas se vino para la Imperial con ánimo de sitiarla y de ejecutar lo mesmo en Valdivia, discurriendo que en aquella campaña podria concluir las dos empresas, para cuyo efecto se prevenian reclutas en todas las provincias sublevadas; y esto lo dan por tan hecho, que en derechas celebraban ya por conseguido el triunfo. Este fué efecto de su política bastantemente advertida para dar a sus soldados mas audacia y vigor. Ejecutólo así el Gran Capitan cuando la batalla de Cerinola al ver el incendio de las municiones de guerra, diciendo que eran anticipadas luminarias o fuegos de regocijo por su futura victoria.

Don Miguel de Velasco, comandante de la Imperial, y Julian Gutierrez de Valdivia estaban mui sobre aviso para oponerse a los designios de Caupolican, quien llegó a las cercanías de la Imperial con diez mil hombres y envió sus órdenes para que pasasen otros tantos para la ciudad de Valdivia, y todo se ejecutó sin retardacion, porque la dilijencia es acto corporal y pronto que vale mucho en todas las cosas, como dice Ciceron; y queria Caupolican que llegase a destiempo el socorro que intentaba traerles el gobernador Villagra, quien se hallaba cerciorado de este designio; mas este Alcides (1) moderno, émulo del

(1) Desde la palabra Alcides hasta Busiris está en blanco en el manuscrito orijinal.

que venció a Busiris, Anteo y Gerion, salió de la ciudad de Santiago con cien españoles valerosos y bien armados, con suficiente remonta y quinientos amigos.

Parecióle al gobernador y a los que componian su consejo el no detenerse al opósito de Lautaro, sino ir en derechura al socorro de las ciudades y dejar lo otro para su regreso, porque su tiempo quieren las cosas, pues no pocas veces el apresurarlas es perderlas. Llegaron los españoles al Maule y desde allí a la Imperial, que hai mas de cien leguas: hallaron el pais enteramente sublevado. Nunca pudieron los indios sorprender a nuestras tropas en sus campamentos ni marcha, porque el gobernador siempre procedia cauteloso y sumamente vijilante, así como alaba Josefo a los romanos teniéndolos por invencibles. Por fin, llegaron a tiempo que se hallaba la ciudad en sumo conflicto, y las tropas enemigas se retiraron abandonando sus trincheras y alojamientos. Francisco de Villagra dispuso luego el que pasase socorro a Valdivia, con cuya noticia, que divulgó la fama aun ántes de la ejecucion, levantaron los indios el bloqueo que le tenian puesto. En la una y otra ciudad dejó el gobernador cincuenta hombres y las vitualló lo mejor que pudo. Los indios del contorno disculparon su desercion con la violencia que decian les habian hecho los rebeldes; mas a los malos se tolera porque no sean peores, y tal vez conviene afectar ignorancia de lo que se sabe, como dice Séneca: e instándole urjentes negocios procuró cuanto ántes su regreso para la ciudad de Santiago. Bien como sabio piloto que gobierna excelsa nave a traves de la tormenta, así brilló su prudencia en los mayores embates de la desgracia. Dejó dispuesto se hiciesen copiosas siembras, ejecutando su retiro con cincuenta hombres y cuatrocientos auxiliares.

Las noticias de los progresos de Lautaro, a quien dejamos acampado en Rio Claro, tenian al gobernador cuidadoso, porque este valeroso bárbaro no respiraba sino ira y amenazas, y para estimular a los de su nacion les acordaba la libertad pasada y la presente servidumbre en que estaban, ponderando esto con la eficacia de su elocuencia, la cual no fué ménos costosa a Chile, como sucedió en la muerte de Valdivia, que la de Plutarco a los Macedonios; pues les hizo tantos enemigos como empleó razonamientos, y a los que no agradaba esta melodía enviaba frecuentes destacamentos con partidarios de su satisfaccion para sujetarlos, lo que hubiera conseguido hasta Santiago; y justamente recelosos los vecinos de aquella ciudad despacharon a Juan Godinez con veinte y cinco hombres, los que le habian de reclutar para impedir el torrente de sus progresos; y habiendo peleado con parte de las tropas de Lautaro, se retiraron los españoles con alguna pérdida y mayor de las tropas auxiliares que llevaban, y mas advertidos o quizá costernados, se acamparon en un sitio ventajoso, fortificándole contra un enemigo bravo, tenaz y empeñoso, y allí esperó el comandante español las remesas o la incorporacion de Francisco de Villagra con su tropa. Fué bien fundada esperanza, y aunque se aventuraba en su retencion en caso de

extremos, el menor mal tiene razon de bien, como dice Séneca. Lautaro no omitió dilijencia para incomodar el campo español, y así hizo romper algunas acequias para inundar los campos que circundaban su alojamiento, porque su plano era bajo.

Dice Séneca que no se omita ocasion de precaverse. Ejecutólo así Lautaro; pues teniendo noticia del regreso del gobernador, le pareció conveniente mejorarse, y así vino a camparse en la inmediacion del rio de Mataquito, en una eminencia de moderada altura, mas con predominio a las vegas de aquella circunferencia. Francisco de Villagran anticipó noticia a Juan Godinez que le esperase en el rio Teno, y de intento cojió la marcha desviado incorporándose con él, quien tenia treinta españoles y seiscientos auxiliares.

CAPITULO XV.

El gobernador acomete las trincheras de Lautaro: fuérzalas y pierde la vida con otros muchos.—Vuelve el gobernador al socorro de las ciudades y retírase.—Llega al rei la noticia de la muerte de Valdivia.—Nombra por gobernador a Gerónimo de Alderete.—Accidente fatal que le acaeció y muerte en Taboga.

El gobernador no perdió instante y así apresuró la ejecucion de forzar las trincheras de Lautaro, pues siempre fué mejor asegurar presto la dilijencia que esperar a que la malogre la detencion, como dice Casiodoro: y con un desertor de espía se puso en marcha, y al primer albor del dia llegó al retranchamiento de Lautaro, quien actualmente andaba de ronda en la circunvalacion, sabiendo mui bien que en aquella hora es la mas expuesta a sorpresas: precedíale un clarin español. El gobernador mandó desmontasen cuatro españoles, y con otros tantos o algo mas de caballería y cuatrocientos auxiliares, asaltaron su campamento. Lautaro, sin consternarle lo inopinado, dispuso la jente distribuyendo sus órdenes con grande presencia de espíritu, y animaba a todos con la voz y con el ejemplo. Púsose de los primeros al opósito con fiereza y singular desprecio de la vida: perdióla a los principios de la accion: mas no el valor ni la constancia, pues entre los deliquios de la muerte, ocasionada de una mortal herida, manejaba las armas con remiso impulso, sirviéndole de apoyo para sostenerse en pié su mesma trinchera, y así exhortaba a los suyos que no desmayasen: por fin le faltó el vital aliento. A los indios no acobardó su muerte, ántes con desesperacion (que es extremo de todo mal) acometieron a los españoles, entrándose por las armas como que no querian sobrevivir a su desgracia, de suerte que los hicieron ceder. Por fin volvieron a recuperar su terreno, y esta alternativa de ganar y perder duró mas de una hora, en justa balanza el valor, comun en esta accion, hasta que por fin cedieron con confusion y desórden. Murieron seiscientos indios, quedando todos los españoles heridos, y perecieron algunos y de los auxiliares muchos mas, cuyo número ignoramos.

Así terminó la vida Felipe Lautaro en el empeño de exonerar a su patria del dominio español, que le tenia por opresor de su libertad. Halló en el morir medio para volver a vivir en la fama su valor. Llegó a los extremos de temerario, siendo igual a su ánimo el peligro, sin advertir que era negado a su poder. Quiso fabricar su fortuna con la desercion de nuestra católica relijion y con la desgracia de su señor, de la que fué causante, faltando a la obligacion y a un oficioso deber: mas nunca es agradecido el que se muestra quejoso, como dice Séneca, y él siempre lo debió estar. No falta quien le disculpe con decir, que aunque la sujecion sea justa, es odiosa no habiéndola ántes tenido, o que digan con Fulgocio: que por la patria y en la patria el morir es preclaro; y no porque hubiese sido el mas acérrimo enemigo de nuestra nacion, faltarémos al deber de la alabanza que merece su valor y conducta.

Retiróse Francisco de Villagra a Santiago, adonde fué recibido con públicas aclamaciones, pues tenia esta victoria especialidades para su celebridad, porque con su muerte quedó castigada la que causó a Valdivia, su señor, y de la que se libró Villagra en el Laraquete, como queda dicho, las dos despoblaciones de la Concepcion y por fin toda la gran ruina espiritual y temporal que ocasionó la pérdida de Valdivia y el armonioso establecimiento con que los españoles iban poblando el reino, pues todo quedó invertido, sin que haya habido igual prudencia y posibilidad para que se restablezca; y solo nos resta el venerar las providencias de Dios, pues escoje a los invencibles del mundo para confundir a los fuertes.

Por la tristeza se aprende lo que es consuelo y por el dolor lo que es el descanso, y siempre exasperó mas en el mal la impaciencia de sufrirlo que no el dolor de padecerlo. Ajitado estaba Chile con terribles convulsiones, pues lo que con la presencia del gobernador mejoraba, con su ausencia adolecia, porque siendo las fuerzas pocas, los socorros eran ténues y no podian subsistir contra enemigos tan poderosos, insolentados con la próspera fortuna, como pondera Cleóbulo; y segun algunos fragmentos de aquel tiempo, aunque confusos, parece que el gobernador Francisco de Villagra volvió con tercer socorro, trayéndose al corto vecindario de la Concepcion que subsistia en Santiago, quienes habiendo llegado a pocas leguas de distancia de su despoblada ciudad, volvieron a hacer protestas para que se les permitiese ir a reedificarla; estando en tal pobreza que hicieron cabildo para sacar ocho fojas blancas del libro de la fundacion para poder escribir y hacer algunos despachos concernientes a la pública utilidad, porque no se halló quien lo tuviese entre todos los que habian sido y discurrian ser vecinos de la Concepcion. Rara inopia de bienes temporales y qué abundancia de los del valor, pues se rozaba en un temerario despecho. Operaciones de espíritus ardientes que arrebatados de sus deseos, apresuran esperanzas y por no aguardar lo seguro en la demora, padecen en lo pronto el peligro, como pondera Tácito; y así el gobernador se negó a esta propuesta, y

habiendo socorrido las ciudades de la Imperial y Valdivia y tambien la de los Confines, que dejó poblada, se retiró presuroso a Santiago.

Hallábase en la corte de Felipe II Gerónimo Alderete, solicitando la justa recompensa de los singulares servicios de Pedro de Valdivia. Oyóle el Rei benigno y prometióle liberal, lo que hace mas plausible el don: concedióle el gobierno de por vida y el que se cruzase, haciéndole nueva merced de repartimiento de indios que se le habia asignado, y suspendió el titularle hasta estar mejor informado del pais, como tenemos dicho, y mandó dar providencia de jente y armas para que cuanto ántes fuese el regreso de Gerónimo de Alderete para Chile; y estando ya para salir de Lóndres, donde el Rei estaba, llegó la noticia de la muerte de Valdivia. Su majestad mandó entónces a Alderete que le informase de las personas que en Chile le servian y que eran dignas del comando, pues la fama propia depende de la justa alabanza ajena, como dice Marco Aurelio. Quedó el Rei satisfecho de su integridad y modestia, pues no cojió en boca méritos propios, cuando se solicitaba el saberlos para premiarlos y que en justicia pudiera decir de sí tanto como dijo de otros. Mas el Rei, haciendo un alto juicio de su prudencia y gran concepto de su persona, por lo que le informaba Pedro de Valdivia, lo hizo adelantado nombrándolo por gobernador de Chile y mandó que luego se viniese con seiscientos hombres, y salió de España en prosecucion de su destino, y en la navegacion le sucedió el caso fatal del incendio de su navio, como cuenta Garcilaso, por la inadvertencia de una hermana que consigo traia. El gobernador y solo tres libraron en un esquife, pereciendo todos los demas.

El pesar de este trájico suceso, con un accidente malicioso, le incomodaron de tal suerte que salió de Panamá para Taboga: discurrieron convalecer en aquel ameno sitio, mas el accidente se recreció de tal suerte que hizo baldios los remedios, terminando allí su carrera con gran sentimiento de todos por sus amables prendas y singulares talentos, dignos de toda alabanza sin apariencias de lisonja. Dígalo el que mejor lo conoció y trató, que fué el gobernador Valdivia, quien le prefirió a todos para los dos casos de la mayor arduidad que pudieran ofrecérsele: de enviarle a España, durante su vida, a que le informase al gobernador, digo, emperador del nuevo reino que le habia conquistado, y le solicitase la gratificacion de sus méritos, y en su muerte nombrarle por digno sucesor suyo. Permanece en Chile y en la provincia de Chiloé su descendencia, no con las conveniencias de que eran acreedores los muchos méritos de tan ilustre ascendiente.

CAPITULO XVI.

El virei del Perú despacha a don García de Mendoza, su hijo, con poderosas tropas por mar, y por tierra la caballería.—Llega con felicidad a la Concepcion.—Construye una fortificacion.—Procuran los indios ganarla, sobre cuya invasion hubo una accion sangrienta.—Notable hecho de Tucapel.—Retíranse los indios con pérdida y mayor esfuerzo se oponen a los españoles.

El marques de Cañete, virei del Perú, sabiendo que estaba Chile ajitado con terribles convulsiones y que el gobernador Gerónimo de Alderete era muerto, y si retardaba el socorro seria infructuoso el remedio, pues los enemigos eran agresores, y que haciendo el gobernador vigorosos esfuerzos apénas terminaban en la defensa, y viendo que la guerra por sí sola se atiza y enciende, como dice Livio, resolvió válidamente socorrer a Chile, dándole el comando a su primojénito Don García de Mendoza, para que con el estímulo de tan alto ejemplo, se resolviesen muchas personas de distincion a venir en su compañía, y nombró por auditor jeneral al licenciado Hernando de Santillana, oidor de Lima.

Equipáronse varios navios, cuyo número cierto se ignora; vinieron bien vituallados y con muchas municiones y como setecientos soldados de desembarco fuera de los voluntarios y de la caballería, que conducia por tierra el maestre de campo Juan Ramon con penosa fatiga, pues tenia que transitar como setecientas leguas desde la ciudad de los Reyes a la Concepcion.

Habiendo llegado la escuadra a la costa de Chile, tuvieron una terrible tempestad que los puso en mucho conflicto, y pasada, llegaron al puerto de la Concepcion por abril de mil quinientos cincuenta y siete años, y se desembarcaron en la isla de la Quiriquina, cómoda invernada para la seguridad de los navios y tropas, y allí la puso Don García siguiendo en esto el mejor consejo y no el temerario de algunos de que se acampasen en Talcahuano; pues los dictámenes atrevidos al principio son alegres, tratados duros y efectuados tristes, como dice Erasmo: y viniendo el tiempo bonancible determinó construir un fortin al oriente de la arruinada ciudad de la Concepcion, en una moderada eminencia con predominio a la ciudad y sin que a ella haya otra que en aquella inmediacion le exceda, y el flanco que mira al mar es un despeño que termina en su orilla y hoi le llaman el alto de Pinto.

Don García habló a los españoles que habia destinado para la guarnicion y trabajo de las trincheras y foso que pretendia hacer, pues no hai mayor riesgo que exponerse a una ocasion ardiente con el corazon helado: todos quedaron enardecidos con su elocuencia insinuante, obligándolos mas con las palabras que aun con las obras. Noble y laudable política es el atraerse voluntades, pues como dice Séneca: el que verdaderamente ama, no mira provecho ni peligro. Ciento y treinta hombres fueron los que se desembarcaron con este designio, con ocho

cañones y la jente competente para su manejo. Don García llegó luego y procuró noticiar a los españoles de las tres ciudades que subsistian, de su arribo, advirtiéndoles a los del comando el tiempo en que debian venirse a incorporar con él para principiar las operaciones de la futura campaña, para cuyo efecto se valió de los mismos indios, comprando su fidelidad a tan crecido interes, cuya dilijencia fué fructuosa, y así dice Plutarco: "yo gusto de una traicion venal por su industria y órden, mas no alabo al que la ejecuta."

Los indios con la noticia de la venida de los españoles tuvieron en Arauco un congreso, a que concurrieron las personas mas distinguidas de su nacion, y en él se determinó que se enviasen dos embajadores con el pretestado motivo de solicitar la paz; mas con realidad el ánimo era investigar las fuerzas españolas y ver si podian penetrar sus designios para proseguir la guerra. Recibiólos el gobernador con agrado, ofreciendo oirles en tiempo y lugar mas cómodo en su pais; y habiendo cumplido con el ceremonial de su carácter, pasaron a observar todo lo que fué posible a su solicitud y simulacion, y despidiólos gratificados con algunos regalos dignos de su aprecio.

Proseguíase en la fortificacion del fortin, siendo el jeneral y las personas a quienes el mérito distinguia del comun, los que primero trabajaban en la obra, de suerte que en breve quedó en estado de regular defensa; y los indios, observando estos movimientos como preludios de la prision de su libertad, se acamparon nueve mil hombres en Talcahuano a distancia de tres leguas de la arruinada ciudad, con designio de sorprenderlos, para cuyo efecto se vinieron en tres escuadrones, procurando cuanto les fué posible ocultar su marcha y designio.

El dia que destinaron para este efecto, acometieron al alba la fortificacion española en tres escuadrones para sostenerse: venian prevenidos de fajina para llenar y poder transitar el foso. Los españoles. viéndolos acercarse a competente distancia de sus trincheras, hicieron una justa descarga de su artillería y fusilería, lo que no los retuvo ni aterró, ántes pasaron al foso, llegando al retranchamiento, donde se peleó con empeñado teson. De los navios se aprontó luego jente para venir a socorrerlos, y esto mismo hizo a los indios redoblar su esfuerzo ántes que llegase. Tucapel, uno de los principales caciques del comando, entró solo dentro del recinto y atropelló a Mejia, Bustamante, Diego Perez y Saldaña, y gravemente herido se precipitó de alto en bajo, cuyo despeño es de veinte brazas, como dice Alonso de Ercilla, y que en realidad las hai aun con exceso, quien se halló en esta accion; y habiéndose felizmente librado del mucho fuego que sobre él se hizo, y el coronista Herrera, (*sic*) se vino a incorporar con sus tropas mal herido; y por no interrumpir el hilo de la historia haga un breve paréntesis la admiracion.

Dice San Agustin que los Romanos deseaban vivir con la honra y vanagloria, y que por ella no temian y aun solicitaban el morir. Ninguna de las acciones que estos dominadores del orbe hicieron, excedió a la

de Tucapel, y la podemos equiparar a la que ejecutó el grande Alejandro en la India, cuando con igual intrepidez se entró solo dentro de los muros de la ciudad de Oxidraca y con igual dicha libró con la vida, o al hecho de Mucio exponiendo el brazo al fuego. Maravilloso accidente, cruel coraje y digno de que se transmita a la posteridad, no con el buril somero de mi pluma.

Peleábase con tenaz empeño, a cuyo tiempo llegó a tierra la jente de los navios: comandábala Julian de Valdivia, y formados en escuadron cerrado, tomaron su marcha para incorporarse con los españoles; mas los indios los acometieron con designio de impedirlo, y siempre peleando proseguian superándolo todo su esfuerzo, hasta el impedimento del terreno, que era un recuesto desigual. Por fin los indios cedieron retirándose con despecho, mas voluntario que forzoso, como arco que se inclina a mayor influjo. Recibiólos Don García, que en el recinto estaba, con aplauso, elojiando su valor y buena conducta del comandante. La accion duró mas de tres horas y fué mui costosa a los indios, cuya pérdida se ignora por la precaucion que tienen de ocultar los muertos, y aun la de los españoles no se sabe. Ellos se retiraron a Arauco, y Caupolican hizo un jeneral congreso diciéndoles: que con las armas habian de alcanzar lo que la razon de su libertad hasta allí no habia podido conseguir; que no los desmayase la accion sin suceso de la Concepcion; que a la tempestad deshecha se sigue la tranquilidad gozosa; que la vicisitud humana hace que hoi sean venturas las que ayer fueron desgracias, y que pues el destino nunca los habia expuesto a tan manifiesto peligro como el en que se hallaban, era menester mostrar constancia y el valor tan connatural a su nacion, y que no habia contratiempo sin evasion, ni mal adonde no se pudiese hallar algun bien. Así los enardeció, viéndose lo mui bien ponderado por Valerio, que es mui poderosa la elocuencia; y resolvieron que diez mil hombres se opusiesen a los españoles en el tránsito de Biobio, y que otras tropas quedasen prevenidas para sostenerlas, porque sabian que Don García principiaba las operaciones de la futura campaña por Arauco.

CAPITULO XVII.

Dase noticia de la entrada de don García a Arauco, habiendo transitado con felicidad el rio de Bio-bio, y de las batallas que tuvo consecutivas con los indios, en las que quedaron vencidos.

La guerra inquieta ánimos, armas y plumas porque todo lo invierte, y así no ha de ser de eleccion sino de precision, siendo el juez de ella un dudoso fin, como dice Livio. Viéndose Don García en estado de que no podia mantenerse mas en la inaccion, despreciadas las propuestas de paz que habia hecho, resolvió el seguir su destino para Arauco, hallándose con la caballería que trajo a su comando el maestre de campo Juan Ramon del Perú, y alguna mas que se le agregó en la

ciudad de Santiago, y otra recluta que esperaba de la ciudad de la Imperial, y a principios de octubre del año de mil quinientos cincuenta y siete salió de la arruinada Concepcion para las provincias de Arauco y Tucapel, por entónces las mas pertinaces de las sublevadas. Acampóse en la ribera del rio de Bio-bio, para cuyo tránsito habian prevenidos barcos. Allí se incorporó con ellos Martin Ruiz de Gamboa con las que trajo de la ciudad de Valdivia y la Imperial: traia en su compañía a Lorenzo Bernal, Pedro Cortes, Gabriel de Villagra, Lorenzo Reinoso, Don Miguel de Velasco, el licenciado Peñas, Juan Negrete y otras personas cuyos nombres hoi se ignoran, y de Santiago habian venido con el maestre de campo Juan Ramon Francisco Gutierrez de Valdivia, Juan Gomez, Hernando de Alvarado y Francisco de Castañeda. El campo español se componia de cerca de setecientos hombres.

Pasaron el rio sin oposicion, lo que tuvieron por especial providencia, que les desacordó las ventajas que hubieran logrado en el tránsito de tan caudaloso rio, que por San Pedro, que fué por donde se ejecutó, es su latitud de mas de media legua, hallándose con mas de catorce mil hombres de tropas arregladas, a cuyo desacuerdo pudieron contribuir su ruina; mas no es mui notable, cuando Don Ramon de Cardona, aquel mismo siglo, no quiso atacar el ejército frances al pasar el rio Ronco, a cuya omision se atribuyó la pérdida de la batalla de Ravena ganada el 11 de abril de 1512 por Gaston de Foix, duque de Nemours; y así castiga la fortuna, haciendo que cuando se quiera no se pueda, porque cuando se pudo no se quiso.

Caupolican, Tucapel y otras personas distinguidas de la nacion, advertidos del yerro que habian cometido, no difirieron el acometer a los españoles cuando principiaron la marcha, y en tres líneas bien formadas para sostenerse unas a otras, se vinieron para ellos con un furor incapaz de retencion. Traian muchas armas españolas defensivas y ofensivas, que bien indicaron los trofeos de sus victorias. Caupolican con singular presencia de espíritu exhortaba a los suyos a que cumpliesen con el deber de tan honroso empeño como el en que se hallaban. El maestre de campo Juan Ramon manifestó su experiencia en la buena formacion de las tropas: colocó la caballería a la derechura izquierda de la infantería con ocho tiros medianos que llevaban. Principióse la batalla con igual ardor. Los indios toleraron el fuego violento y no descontinuado, llegando a estrecharse con los españoles, y aunque su derecha se puso en alguna confusion, por tres veces fueron sostenidos de sus tropas, hasta que cargados con mas vigor de los nuestros, se retiraron en desórden. Murieron muchos indios y algunos españoles, y quedaron mas heridos. Esta batalla se dió inmediata al rio de Biobio.

Prosiguió Don García su marcha y se notó que los indios incendiaron sus casinas y retiraron sus familias a lo mas fragoso de aquellos montes o bosques. Llegó el gobernador a Arauco sin mas novedad que la de haber sido bien observado; y porque los españoles no prosiguiesen en el empeño de internarse por sus paises, redujeron a cenizas todo lo

combustible, sin que exceptuase nada su furor, ejecutando en esto los dos consejos que Memnon dió a Dario, de que si con las talas y aniquilacion de los paises no atajaba a Alejandro, saliese a combatirle: mas Caupolican antepuso esto como mas honroso y propuso el otro como solo útil, y nunca decaido de su valor; porque las desgracias militares tanto constituyen a los héroes como las victorias, cuando se saca documento de la adversidad, como dice Salustio.

Siguieron los españoles su marcha para Tucapel y ellos su observacion con designio de sorprenderlos en tiempo o lugar oportuno. Parecióles que esto lo podrian conseguir en Millarapu, adonde estaban acampados: ejecutáronlo así aun estando con escasa luz el dia, y para que la confusion favoreciese al designio, los acometieron por toda la circunferencia con estrépito de voces para que esto coadyuvase a la sorpresa y mal se percibiesen las órdenes que el jeneral diese, que hasta precavencia tuvieron para lograr sus ventajas. Los españoles estaban mui sobre aviso y así los recibieron sin confusion y con esfuerzo: no obstante, tolerando o despreciando el fuego llegaron a romper el retranchamiento; pero el maestre de campo Juan Ramon los acometió con la caballería por su flanco, de suerte que los rompió: mas venian várias tropas a sostenerlos y su misma muchedumbre les causaba confusion porque el terreno era estrecho y el alojamiento por el fondo estaba naturalmente defendido; y al fin de un dudoso Marte, se retiraron con notable pérdida, quedando algunos prisioneros, y a catorce de ellos se les quitó la vida, o se la quitaron, ministrándoles Galbarino una soga para ello, como dice Arcila. Bien pudo haber sido lo uno y lo otro, que vió cumplida Don García la palabra del desafio que el dicho autor dice le envió a hacer Caupolican.

CAPITULO XVIII.

Funda don García la ciudad de Cañete en Tucapel: descríbese el pais de su situacion.—Acometen los indios a los españoles en su recinto, mas sin suceso, y pretenden impedir el socorro que llevan a la ciudad.—Batalla dudosa que se tuvo.

Tres batallas perdió esta belicosa nacion en setenta y cinco dias y no se da por vencida su constancia, lo que la posteridad tendrá trabajo de creer. Dice Lucano que tocando la mano de César la cabaña de Amiclas, no tembló estremecida, y pondera que a templos o muros pudo acontecer esto. Juzgó Don García que pavorosos o estremecidos temblasen los araucanos, viéndole tocar sus chozas pajizas con tan poderosas fuerzas, cuales nunca habian hollado aquel indómito pais; mas no se muestran ni aun pavorosos, sino es que pretenden su exterminio o expulsion, hallándolos bravos, tenaces y empeñados. El heroico valor de Hércules no fuera conocido sin los monstruos, ni el de Caupolican sin estas pérdidas, que le hará su teson mas glorioso en ellas que en las victorias.



Agradáronse los españoles de la amena fertilidad de Tucapel, y viendo aquellos paises tan poblados, resolvió Don García construir un fortin y ciudad para tener en brida esta nacion y dejar un monumento ilustre a la posteridad para recordacion de su memoria, y así le puso por nombre la ciudad de Cañete, título ilustre que condecora su ínclita casa. Situóla en una loma baja, fértil y deliciosa: aumenta su amenidad el rio de Tucapel, que es moderado y su cauce de laja o piedra y abundante de pejes y anguilas; y para que a la poblacion no le faltasen las conveniencias que el mar ofrece, la colocó a distancia de siete leguas, cómoda promediacion para disfrutarlas sin el riesgo de invasion. Los campos que la circundan por toda su inmediacion, son de un grato y fértil terreno, y no tiene que apetecer el mas avaro deseo: tanto los privilejió la naturaleza. Abunda mucho de fresa o frutilla y tan crecida como la del mas prolijo cultivo. Avecindáronse en dicha ciudad cerca de cien personas, a quienes Don García dió y ofreció despues repartimientos de indios y campos para su subsistencia; y el recuerdo de fomentarla nunca lo perdió de vista su cuidado, pues desde España solicitó el que se remitiesen veinte mil ducados de los represados a la nacion hebrea, para que se distribuyesen en su vecindario. De los principios y progresos de su adelantamiento todo se ignora, porque estas memorias se sepultaron en su ruina, como despues dirémos.

Don García dejó de comandante a Alonso Reinoso, a Don Miguel de Velasco y a Don Pedro de Avendaño para que con sus tropas apresurasen la construccion, haciendo escolta a los operarios, hasta que quedasen en estado de una regular defensa. Don García siguió su destino para la Imperial, donde fué recibido con aclamaciones de sin igual celebridad. Caupolican y los demas caciques hicieron fatal anuncio del establecimiento de los españoles y que la subsistencia de la nueva colonia seria el pesado yugo de su servidumbre; y viéndose con crecido número de tropas para fundar esperanzas, discurrieron el proseguir o principiar la guerra con mas empeño, pues, como dice Aristóteles, que el principio es mejor y vale mas que el medio; y se resolvieron a impedir los progresos, y en breve se juntaron diez mil hombres para este efecto, en que excedieron demostraciones a deseos, y con superior coraje vinieron a acometer el fuerte de los españoles, a cuya noticia habia llegado este designio: por este motivo despachó Don García a Don Miguel de Velasco, que ya se habia retirado, y a Martin Ruiz de Gamboa para que los socorriese y recreciese la guarnicion; mas no por estar reforzados, mudaron de designio, sino con ciego furor por verse prevenidos, acometieron al fuerte dejando tropas de reserva para sostenerse. Transitaron el foso habiéndole llenado con haces de fajina y llegaron a la misma puerta del fortin, no obstante el fuego violento de la arcabucería y pedreros que sin intermision se hacia, formando empeño en su misma ruina y en el de las picas y espadas que por las oquedades de la estacada manejaban los españoles en su defensa y ofensa: procuraban con fuego, flechas y cuerdas superar el obstáculo

de la empalizada, no obstante que era de robusto maderámen; mas por fin, no pudiendo prevalecer, se dió por vencida su constancia y se retiraron con pérdida y confusion, mas no decaido Caupolican de su valor en fortuna tan borrascosa como la que experimentaba; porque las esperanzas de triunfos no estan seguras en ejércitos numerosos, como dice Plinio.

La memoria hace presente lo pasado y parece da existencia a lo que ya no es. No comprendemos el motivo que Ercilla tuvo para no hacer resminicencia de esta accion que parece precedió o se pospuso a la que narra en el canto veinte y ocho, con poca intermision; y porque no parezca voluntariedad lo que escribimos, satisfarémos con decir que lo expresado consta en informacion hecha ante el Dr. Peralta, oidor de la real audiencia del reino, año de mil quinientos sesenta y ocho y a los nueve del suceso, de pedimento de Nuño Hernandez, abolengo del autor, que en ella se halló con Francisco de Zelada, Alonso de Miranda, Juan de Cabrera, Francisco Gutierrez y Pascual Urdaneta.

Hallábase menesterosa la plaza y para vituallarla era necesario proveerla de la Imperial, y el camino era fragoso y los indios vivian desvelados para no malograr las oportunidades, teniendo bien entendido que la perseverancia ha conseguido mas triunfos que el valor. El comandante Reinoso salió a recibir y escoltar el convoi, para lo cual llevó la jente mas valerosa que a su comando tenia, pues la felicidad de su transporte era de la última importancia porque se componia de ganados, víveres, semillas y municiones de guerra, y entre los españoles venia Don Alonso de Ercilla. En la quebrada de Puren, su preciso tránsito, los esperaban cuatro mil indios en diversos pelotones y en terreno ventajoso, y viendo se acercaban, los acometieron.

El conflicto fué grande, porque los desfiladeros eran frecuentes o prolongados, el embarazo de cargas y ganados, embarazoso. Desde las eminencias que predominaban el camino, eran ofendidos hasta con el despeño de galgas y maderos: fué extremosa la confusion; recrecíala el inmoderado clamor de los indios, que resonando por las quiebras de aquellos montes, hacian horrorosa disonancia. Contra tantas dificultades parece que no podia bastantemente providenciar el consejo, como dice Salustio; mas túvole mui acertado el maestre de campo Reinoso y ordenó a Nuño Hernandez que con un corto destacamento ganase una eminencia, desde donde comenzó a ofender a los indios y poner a cubierto a los españoles: recrecióse el número y fué mayor el daño que a los indios se hacia, y a las tres horas de un tenaz empeño cedieron, debiéndose a esta accion la victoria. Dícelo así Alonso de Miranda, uno de los declarantes de la dicha informacion. Murieron algunos españoles, y con moderada pérdida llegó el convoi a la ciudad de Cañete.

CAPITULO XIX.

Procura don García remediar algunos desórdenes.—Manda poblar la Concepcion, de que se da sucinta noticia.—Fortifican los indios un sitio ventajoso: va don García a desalojarlos y, no obstante su muchedumbre y defensa, quedan vencidos.

Vense en la guerra invertidas las leyes, embarazada la justicia y tolerada la impiedad, como dice César. Remedió Don García lo que pudo con loable zelo y singular cuidado, y pareciéndole conveniente poblar la ciudad de la Concepcion, nombró para ello a Gerónimo de Villegas, persona digna para la ejecucion de tan importante proyecto. Dice Pedro Ugarte de la Hermosa, en su manuscrito histórico, que el ilustrísimo D. Rodrigo Gonzalez Marmolejo, primer obispo de Santiago, asistió a los vecinos con cuanto pudo, accion digna de su pastoral zelo el apiadarse de las desgracias socorriendo a la indijencia: de suerte que luego se habilitaron y llegaron a la arruinada ciudad dia diez y seis de enero de mil quinientos cincuenta y ocho años; y estando en la que fué plaza, en nombre de S. M. y de Don García, cuyo poder manifestó, levantó árbol de cruz, rollo y picota y nombró por alcaldes a Francisco de Ulloa y a Don Cristóbal de la Cueva, y por rejidores a Don Luis de Toledo, Don Miguel de Velasco, Pedro de Aguayo, Juan Gomez, Gaspar de Vergara, Juan Gallegos, y por procurador a Pedro de Pantoja, y alguacil mayor a Juan Perez. Nombró por alarife a Francisco Medina con trescientos pesos: otros tantos se asignaron a Domingo Lozano, escribano. Luego predicó bando que dentro de un año se cercasen los solares para quitar la deformidad que causaban a la traza de la ciudad, y por consiguiente las chácaras, y no ejecutado, se diesen por perdidos para que otros los ocupasen.

A Don Luis de Toledo nombró por mayordomo de la iglesia y a Cristóbal Nicon hicieron portero de cabildo, asignándole doscientos: providencióse el que se midiesen las heredades para que cada uno se mantuviese en los límites de su pertenencia sin perjuicio de la ciudad.

Estas providencias tan arregladas a la equidad se dieron, para que se vea con la justicia que principió a renacer de sus repetidas ruinas, no obstante que su vecindario estaba atenuado por haberse avecindado mucho en los Confines, porque en el mar alterado de su infortunio no faltase a la Concepcion esta desgracia.

Caupolican, habiendo hecho un congreso de las personas mas distinguidas de su nacion, propuso en él se incendiasen todos sus bienes sin reserva alguna, pues si habian de morir vencidos todo sobraba, y si vivir vencedores todo se recuperaba: feroz acuerdo; y así dice San Agustin, que la desesperacion es un cruel homicida del alma, pues nunca se curan los males con el despecho. No fué de todos aprobado su dictámen; pero es digna de admiracion su firmeza, pues tan repetidas adversidades no abatian su fiereza, que eran capaces de rendir los espacios de la

mayor tolerancia; y formó otro proyecto que discurrió seria de mayor aceptacion, el cual fué de fortificarse en Quiapo, haciendo un foso y retranchamiento de fuerte palizada para que quedase cortada la correspondencia y socorro de la ciudad de Cañete con la nueva ciudad de la Concepcion, porque aquel es preciso tránsito para el socorro, y en breve juntó su liberalidad de diez a doce mil hombres, y fortificado un sitio ventajoso, se acamparon en él.

Viendo el gobernador que era accion precisa desalojarlos y que la dilacion podia ser mui nociva siendo aquel el único tránsito, se resolvió a ejecutarlo en persona, fundado en la buena máxima de hacer pasar ántes por sí que por otro, no obstante el quebranto de su salud pudiera dispensarle, y con doscientos hombres y algunos auxiliares se puso en marcha para Quiapo a desalojarlos. El cacique Colocolo, a quien su ancianidad y respeto daba la primera veneracion, les dijo, estando ya a la vista Don García, lo que Catilina a sus soldados: que cuando en la accion estuviesen, se acordasen de que en sus manos llevaban la patria, vida y libertad, y que todo aquello ganarian de vencedores y lo mismo perderian de vencidos, y que los españoles habian venido voluntarios a ofenderlos y ellos entraban precisados en su defensa, y que su soberbia o felicidad despreciaba su crecido número y valor, pues presumian con tan corta tropa subyugarlos, y que tuviesen en recuerdo que a quienes habian vencido, eran de igual esfera que la de aquellos que a la vista tenian, y que cuando mal les sucediese, les esperaba una jenerosa muerte que debian preferirla a todo. Enardecidos con esta persuasiva, salieron algunas tropas y se formaron en la izquierda y derecha de su retranchamiento, y en esta positura esperaron a los españoles.

Don García con singular valor y presencia de espíritu ordenó a su maestre de campo Juan Ramon dispusiese las tropas para el avance de las trincheras. Formóse toda en infantería, quedando solo una corta partida de caballería. El jeneral corria los escuadrones y animábalos con la voz y la serenidad de aspecto sin ninguna conturbacion. Ponderóles el extremoso lance en que se hallaban de morir o vencer, y que su muchedumbre estaba opresa en la cortedad de su recinto, y que aquellas tropas eran de condicion vagamunda y desestimable: esto les dijo, y no pudiendo ya reprimir la audacia, que, como dice Salustio, por muralla se reputa, ordenó se acometiese. Hízose la descarga de la artillería que llevaba y de la arcabucería con suceso; mas la toleraron sin confusion ni desórden, viniéndose con denuedo y fiereza. Las tropas que estaban fuera del retranchamiento formadas, se adelantaron a estrecharse con los españoles para que se inutilizasen las armas de fuego. Por fin todo era impensado horror y confusion, y como en flujo y reflujo, ya cediendo, ya ganando terreno, se mantuvieron dos horas con dudoso Marte.

Los españoles se vieron en terrible conflicto, circundados por todas partes; mas no obstante, todo lo superó su valor. Su mesma muchedumbre y el deseo de ofenderlos los embarazaba. Transitóse el foso supe-

rando todos los obstáculos y forzaron sus trincheras, no obstante que en los ángulos procuraron rehacerse, defenderse y aun recuperar lo perdido; mas no les dieron tiempo nuestras tropas, pues sin intermision prosiguieron la victoria con horroroso estrago, dejando el campo de batalla cubierto de muertos y heridos. Faltaron algunos de los españoles. Mostróse Don García como jeneral valiente y juicioso aun mas allá de su edad: afable, cortes sin abatimiento de su dignidad y estado, dejando correjidas las grandezas novísimas que se empinan para parecer mayores. Esta ilustre victoria la tenemos vista en varios fragmentos de aquel tiempo, que por obviar prolijidades omitimos el referirlos, dignos de toda fé.

CAPITULO XX.

Dase noticia de la sorpresa que Caupolican intentó hacer de la ciudad de Cañete, mas sin suceso, y retiróse con notable pérdida a una aspereza donde le prendieron, y sentenciado a muerte, pidió el ser cristiano y le quitaron la vida: elójiase su persona.

Como las dichas hallaron cuerdo a Caupolican y la ocasion valiente, así toleró las dos fortunas igual, y por eso dice Plauto, que al mal que se sufre con fortaleza, le convierte la paciencia en bien; y aunque esta batalla quebrantó la fiereza de esta nacion, mas no la de Caupolican, quien puso en práctica para restablecerse los mas finos resortes de su militar política y experiencia. Muchos improbaban su conducta, estos eran los emuladores de su fortuna; mas fué invencible a la calumnia despreciándola, como habia sido a la lisonja desatendiéndola con prudente desestimacion, excediendo a la barbaridad de su crianza; y en ejecucion de su proyecto dispuso el sorprender a los españoles, pues la victoria nunca es mejor que cuando es robada, por ser ménos costosa.

Comandaba en Cañete Alonso Reinoso, adonde envió a Peruan, como dice Ercilla, que tripulado con la jente de su nacion, que con frecuencia entraba a servir, observase a los españoles, lo que ejecutó con toda atencion y se manifestó a Andres, indio del servicio de los españoles a quien tomó por amigo: vióle con reservada intencion, y así, dice Séneca, que todas las cosas se han de consultar con el amigo; pero primero, si lo es.

Andres notició el caso a Reinoso, quien le mandó prosiguiese en la simulacion, para que cerciorado de lo que pretendian ejecutar, se aplicase con ventajas el remedio: y habiéndose comunicado el caso con Caupolican, se deliberó el que la sorpresa fuese a las horas mas descuidadas, que parece fueron de su eleccion las de entre medio dia y siesta; mas ántes de la ejecucion envió a la plaza a Peruan y vió a los españoles con cuidadoso descuido tan bien afectado que le juzgó verdadero, y presuroso fué a noticiárselo a Caupolican, quien se vino para la plaza, arrastrando las picas y ocultándose entre los arbústulos y el crecido herbaje. Los soldados bien advertidos tomaron las armas y la caballería

se ocultó entre las casas para por otra puerta acometerles por la retaguardia y flanco, y estando a distancia de cincuenta pasos, se hizo una cumplida descarga de la artillería y arcabucería, y sin embargo del estrago de tan violento fuego, no los contuvo, ni ménos la confusion que pudo causarles caso tan impensado como era el hallar tanta prevencion donde discurrian descuido, y acometieron a las puertas que estaban abiertas. Prosiguióse la accion, y al fin de un corto intervalo los acometió la caballería, y aunque todo era terrible y de formidable aspecto, no cedieron. Peruan, que antecedia a todos, murió de los primeros; mas viendo que su empeño era infrutuoso, se retiraron con notable pérdida, aire de fiereza y venganza. La caballería los siguió corto espacio: aprisionáronse muchos indios y entre ellos mas de treinta caciques o personas distinguidas, y dice Ercilla, que presente se halló, que a trece caciques, ligados a la boca de un cañon, les quitaron la vida para que castigo tan inusitado les sirviese de escarmiento.

A los desdichados el fin de una desgracia es principio de otra, como dice Bias. Caupolican despues de este infortunio experimentó otros. Retiróse a una serranía costeña que miraba a las tierras del cacique Angolican. Pusieron los españoles gran cuidado en su solicitud, ofreciendo crecidas recompensas a quien le trajese vivo o muerto, o diese noticia de su persona, para cuyo efecto enviaron várias personas, ofreciéndose otras voluntarias, movidas del interes, pues comunmente va sobre la justicia y razon; por cuyo medio se supo el paradero de su persona, y por senda desusada vinieron a solicitar su captura; y habiendo llegado a la inmediacion de su retiro, el conductor rehusó proseguir, ni fué posible el conseguirlo con ruego ni amenazas. Dejáronle ligado a un tronco, y bien instruidos del corto espacio que faltaba y de la estrecha y montuosa senda que habian de llevar, llegaron a la casina al primer albor del dia; mas la centinela los reconoció, y con presura Caupolican ganó la puerta para defender su ingreso, y habiéndolo herido en un brazo, salió con intrepidez sin igual y le aprisionaron peleando y a nueve que con él estaban. Los españoles quisieron cerciorarse de su persona, mas negaron todos quién él fuese, tal respeto o temor le tenian, hasta que la guia los sacó de este cuidado.

Lleváronle y sentenciáronle a muerte, y persuadido de la falsa credulidad en que habia vivido, tuvo la dicha de hacerse cristiano; y empalado, seis flecheros le quitaron la vida. Este fué el fin de tan heroico capitan.

Murió en el empeño de libertar su patria de la servidumbre española, y la experiencia de este imposible no dió leyes a su conocimiento, pues con proterva o temeraria osadía quiso terminar su carrera muriendo libre por eleccion, ántes que vivir por necesidad en servidumbre, en la que sus pasados no habian estado. Notable recordacion será esta para lo futuro, el inimitable empeño de su ánimo jeneroso, de que se ven raros ejemplos en las historias; y así es digna su memoria de toda alabanza, sin que ninguna parezca encomio. Y si, como dice Aristóteles, que

es la muerte lo mas espantoso de lo terrible, admiraron mucho los españoles la entereza y ánimo reposado con que la recibió, lo que recrece su elojio.

CAPITULO XXI.

Dan algunas provincias la paz, sujetándose al dominio español.—Reedifica el gobernador la plaza de Arauco.—Construye un fortin en los Confines, de donde se hostilizan los rebeldes, que por fin se rinden.—Conquista la provincia de Cuyo y funda la ciudad de Mendoza.—Puéblase la de Osorno: descripcion de su terreno y de lo que fué.

A los golpes de repetidas desgracias no hai diamante que no desfallezca. Experimentóse esto, pues se vió algo abatido el invencible orgullo de esta nacion, y así dijo Séneca, que la felicidad tenemos prestada y la adversidad por propio patrimonio. El solicitar la paz teníanla por árdua empresa para su altivez; no obstante, compulsos de la extremidad en que se hallaban, la pidieron a Don García confiados en su benigno carácter y temerosos de su poder y fortuna; y así se principiaron a sujetar al dominio español, no con ánimo de permanecer en ella, pues lo que por necesidad se ejecuta, pasada se disuelve; y para tenerlos en brida dispuso Don García se poblase Arauco en el mismo sitio donde lo habia construido Pedro de Valdivia: ejecutó esto viniendo en persona despues de la victoria de Quiapo. Mandó como jeneral y dando ejemplo como soldado, pues era el primero que ponia la mano en la obra, y allí vinieron varios lebos o parcialidades a dar la paz, no obstante que muchas personas con sus familias ejecutaron vivir en voluntario destierro de su patria y se retiraron a la fragosidad de los montes.

Estando ya adelantada la plaza de Arauco, destacó el gobernador a Don Miguel de Velasco para que fuese a la ciudad de los Confines y que en las tierras del cacique Angolican levantase una fortaleza para hostilizar algunas provincias que se mostraban distantes de sujetarse al dominio español: estos eran los lebos de Boquilemu, Minchilemu, Quilacura y otros. Apresuróse la obra de suerte que en breve quedó en estado de una regular defensa, y se principió a talar el pais con el rigor de la guerra para que resintiesen los efectos del desprecio que habian hecho de la paz; mas mucho tiempo no se dió por vencida su constancia, y pues la lei de nuestra naturaleza nos sujeta a mil mudanzas, es razon nos conformemos en tolerar lo que evitar no se puede.

Así lo ejecutaron despues de un doloroso escarmiento; mas no con ánimo de permanecer en ella, sino por seguir los vestijios de sus mayores, pues la independencia en que habian vivido por inmemoriales siglos, les tenia en contínua ajitacion. El gobernador, que trataba la conquista de un tan ilustre reino como el de Chile, no omitió nada de lo que pudo conducir a tan glorioso fin, y así envió a la provincia de los Coyunchos o Cuyo a que se finalizase su conquista, que con el regreso de Francisco de Aguirre estaba abandonada, y para tan importante empresa nombró a Pedro del Castillo, dándole potentes tropas, con las que ente-

ramente sujetó a los indios habitadores de aquel pais y fundó la ciudad de Mendoza y San Juan de la Frontera, que hoi subsisten, cuyo asunto excelso es digno de toda alabanza, pues es el tránsito preciso para el comercio y correspondencia del Tucuman, Rio de la Plata y Paraguai, de que resultan ventajosas utilidades a Chile, habiéndolas provisto como buen gobernador, pues, como dice Ciceron, no solo ha de advertir lo que hace, sino es lo que de adverso o próspero puede sobrevenir.

Hallábanse los vecinos de la ciudad de los Confines incomodados en el sitio de su fundacion, y providenció Don García el que pasasen a fundarla en otro, mejorándola en el valle de Colhue, donde hallaron las utilidades que podia apetecer el deseo, y quiso que se llamase la ciudad de los Infantes, cuyo nombre no subsistió, pues no convino su vecindario en que se le mudase el que el gobernador Valdivia le habia puesto.

Don García enteramente sujetó a Chile segun y conforme estuvo en tiempo de Pedro de Valdivia, habiendo durado la guerra cerca de seis años sin intermision; principiando la catástrofe por la muerte del primer hombre que veneró la meridional América en aquel tiempo; y vióse su fiereza subyugada, ménos algunos que elijieron un voluntario destierro, y trasmontando la cordillera, se establecieron fuera del reino.

Resolvió Don García el gratificar a los que lo merecian por sus servicios, pues los galardones por el trabajo se merecen, dando mayor placer los que con él se alcanzan, como dice Eurípides; y para el acierto se informó con una exactitud del mérito de cada uno y procedió con tal equidad en materia tan escabrosa, que no tuvo la crítica que impugnarle. Qué mucho cuando procedió sin amor, odio ni interes, (laudable e inimitable ejemplo,) y sin dilatarlo, porque los pretendientes, fatigados de la duracion, juzgan que la justicia o que la gracia es venal. Nombró oficiales de la plana mayor de la guerra, que ántes solo habia caudillos; y porque el alivio de unos caudales fuese el pesar a otros, como lo ponderó Plinio de Trajano, corrijió muchos abusos, procurando se administrase con exactitud la justicia y que los encomenderos tuviesen a los indios en vida política y católica educacion, con moderados tributos: todas acciones dignas de tan singular comandante.

Y para que mejor quedase subyugado el reino, dispuso el que se fundase la ciudad de Osorno en el extremo del reino, al antártico. Unos afirman que el gobernador Pedro de Valdivia la fundó el año de mil quinientos cincuenta y dos, y otros aseguran que Don García; y aunque irresolutos, nos inclinamos a lo primero: el corto tiempo de su existencia se ofuscó con el de su reedificacion. Situóse en cuarenta y nueve grados de elevacion al polo, segun dice Pedro Ugarte de la Hermosa, en un espacioso y delicioso pais, de terreno fértil y de pan sembrar, y tan grato que se cojian copiosas cosechas. Fecundiza aquel valle el rio que llaman de las Canoas, y a corta distancia de él, por la parte que mira a Valdivia, otro que le nombran Rio-Bueno. En las

cenizas de su ruina quedaron sepultadas las noticias de sus primeros pobladores; no obstante, entre tantas sombras se descubren algunos crepúsculos de su pasado esplendor. Habia convento de relijiosos de Santo Domingo y San Francisco y monjas de Santa Isabel, viuda, de la órden tercera, que fué el primero del reino, como consta por un instrumento otorgado año de mil quinientos sesenta y tres en fundacion de capellanía que hace Juan Donoso, clérigo, para cuyo [efecto] dió dos barretones de oro, los que cojió a censo Juan Lopez de Porres, siendo abadesa Isabel de Placencia. Habia un hospital de San Cosme y San Damian mui bien rentado. Rodrigo de los Rios, vecino acomodado, construyó una capilla de Nuestra Señora del Socorro, cuya festividad fuese el dia de la Expectacion.

Esta segunda fundacion de Osorno la hizo por mayo de mil quinientos cincuenta y ocho el licenciado Alonso Ortiz, teniente del gobernador Don García, nombrado para este efecto; y se acimentaron con formal vecindad Don Luis García, Diego de Rojas y Gaspar Verdugo y Pedro Muñoz de Alderete, quien instituyó un aniversario de legos mui opulento y dió el servicio de plata a una capilla para ornato y decencia de ella, Juan Reinoso, Baltazar Verdugo, Juan de Hinostroso, Alonso Ortiz de Zúñiga, Juan Godoi, Mateo Castañeda, Francisco Cortes, Francisco Tapia y Rodrigo de los Reyes. Sus vecinos fueron mui ricos: bien lo manifiesta la piadosa memoria de Nieto Gaete, que fué uno de ellos; pues se halla que por disposicion suya sus testamentarios, que lo fueron frai Juan de Torralva, provincial de San Francisco, y Hernando de Caravantes, cura y vicario de aquella ciudad, frai Pedro de Vergara y frai Luis Quintero, dominicano, satisfacieron y pagaron veinte y siete mil pesos de buen oro a tres mil indios que tenia de encomienda, lo cual consta y parece por el instrumento que pára en el protocolo eclesiástico, su fecha por febrero de mil quinientos setenta y ocho años; y tan piadoso legado es digno que se eternice su memoria.

Haga aquí paréntesis la admiracion para celebrar la piedad de este ilustre conquistador, pues excluyó a Francisco Ortiz de Gaete, su hijo, de esta intervencion, dejándola al arbitrio de eclesiásticos de la mayor virtud y desinteres que el reino en aquel tiempo conoció; y tambien se note su riqueza, pues se exhibieron de sus bienes cincuenta y cuatro mil pesos, quedando un opulento residuo para su familia. Habíanse establecido en dicha ciudad manufacturas de paños y lienzos, y tenemos notado que se reservó solar en la traza de la ciudad para la dignidad episcopal, fuera de la que [se] asignó al vicario, lo que da bien a entender que la discurrieron de que podia ser en lo futuro digna del solio episcopal. No hai infelicidad mas trájica que la que sorprende a una vida dichosa: no ofenderian poco a los indios las felicidades españolas, aunque no los irritasen sus soberbias, pues pusieron tanto empeño en acabar con ellos o expulsarlos de su pais, porque la inconstancia de la vida está sujeta a toda mutacion, como dice Heliodoro: y aquel pais

quedó tan impenetrable, que de presente no habrán diez españoles en Chile que lo hayan visto, tal es la fuerza o terquedad.

CAPITULO XXII.

Llega la noticia que viene de gobernador Francisco de Villagra.—Retírase don García: hácese un digno elojio de su gobierno.—Queda de interino Rodrigo de Quiroga.—Llega al reino Villagra.— Sublévanse algunas provincias: notable propuesta que le hacen, y sobre ella se reflexiona.

Túvose noticia de que venia Francisco de Villagra por el Rei provisto gobernador y mariscal del reino, y Don García, no teniendo qué hacer en Chile, apresuró su retiro para el Perú, dejando de gobernador interino a Rodrigo de Quiroga, y se fué para Valparaiso y en una fragata pequeña que tenia prevenida, se embarcó para Lima, como lo dice Pedro Cortes en sus memorias, que actualmente estaba en el reino. Fué Don García el restaurador de Chile, haciendo revivir los ya difuntos anhelos a mejor vida: fué en discursos pronto y en consejos abundante y superior a toda fortuna: vióse esto en Quiapo, en donde su valor solo fué superior al peligro; émulo de Alejandro, quien le discurrió igual a la vista del espantoso aparato del rei Poro. Reedificó la Concepcion y pobló a Osorno, Cañete, Mendoza y San Juan de la Frontera, y mejoró a los Confines, nombrándola ciudad de los Infantes. Corren con extension los hechos de Don Garcia en historia particular suya, impresa y escrita por un Suarez, cuyo nombre se hallará de cierto en el "Sol del Nuevo Mundo," vida de Santo Toribio, arzobispo de Lima, que titula así su autor. Construyó los fuertes de Arauco, Puren y Colhué en dicha ciudad; y si alguno le ha igualado, ninguno le ha excedido en acuerdo: hazañas dignas de la grandeza de quien las hizo, y que pueden recrecer blasones a su ínclita casa. Como ignoramos el motivo, repetimos la admiracion de que Ercilla en su Araucana omitió referir algunas de sus ilustres acciones, habiendo sido ocular testigo de ellas; quizá lo ocasionó el hallarse quejoso de su persona, como lo manifiesta en la octava siguiente:

"Ni digo como al fin por accidente
Del mozo capitan acelerado
Fuí sacado a la plaza injustamente
A ser públicamente degollado:
Ni la larga prision impertinente
Do estuve tan sin culpa molestado,
Ni mil otras miserias de otra suerte,
De comportar mas graves que la muerte."

Sin duda tanto efecto procedió de una gran causa, la que Ercilla no dice; mas sábese que fué el desacato cometido en la catedral de la Imperial durante se celebraba una misa solemne, como lo expresa el padre Torres en Crónica Agustiniana. Y antiguo es en el mundo con un rasgo

de pluma dar tal jiro a la mas asentada conducta, y que la haga parecer injusta, y no es dudable de que la sentencia la consultaria Don García con el licenciado Santillana, su auditor y oidor de Lima, o bien para la ejecucion o amenaza, y mas contra un caballero cruzado y que habia obtenido oficio en el real palacio.

Plausible fué el ingreso del gobernador Villagra al reino, donde tenian en recuerdo su mérito, apacibilidad y agrado con que a cada uno guardaba la proporcion de su jerarquía, sin elacion en lo próspero ni fastidio en lo adverso: moderacion bien laudable, como dice Séneca. En la ciudad de la Serena, en donde se desembarcó, le participó Rodrigo de Quiroga la sublevacion de algunas provincias del reino. Principióla Puren con la muerte que los indios dieron a su Señor Don Pedro de Avendaño y a otros cuatro asociados, que habiendo ido a divertirse y entender en la construccion de una casa, veinte indios que venian con unas tablas para este efecto, y para sostener mejor su peso afectaron el traer unos cortos maderos, y con ellos les quitaron la vida. Cuéntalo así Pedro Cortes en su manuscrito histórico, a quien seguirémos, como que lo vió y se halló presente. Discurrieron los Purenes que para principiar la guerra era la ocasion oportuna, pues ella ayuda mas que la fortaleza, como dice Vejecio.

El gobernador, viendo que la demora en el socorro o castigo podria recrecer el daño, destacó a Pedro de Villagra, su hijo, con veinte y cinco hombres y suficiente remonta para marcha acelerada, y que con ellos pasase a Arauco y Cañete, donde se habian juntado considerables tropas; y habiendo llegado con felicidad a esta ciudad, los indios, confusos o aterrados, se disiparon, pues la dilijencia no retardada, como dice Ciceron, vale mucho y por eso debe ser amada de todos. El gobernador, habiendo dejado el mejor órden en lo militar y político de la ciudad de Santiago, se vino para la Concepcion con ochenta hombres, armas y municiones de guerra, de que habia escasez; y llegado a la Concepcion, vino de Puren Rodrigo de Quiroga con las tropas de su comando, adonde habia ido al castigo de los sublevados, y se retiró a su casa o desfavorecido o desgraciado, y el motivo es oculto a nuestra edad. Don García le juzgó digno sucesor suyo entre todos los del reino, y este breve rasgo puede ser su grande elojio. Salió el gobernador para las provincias de Arauco y Tucapel, donde vinieron a cumplimentarle algunos caciques de distincion, quienes le ofrecieron mantener paz y buena correspondencia con los españoles y que les darian campos para su habitacion, crianza y cultivo, el que deberian hacer con el sudor de su rostro, sin que les sirviesen de mitayos como ántes. Dícelo así Pedro Cortes.

No hicieron tan noble propuesta de vencedores, como lo ejecutan de vencidos en diez batallas y notables reencuentros en que salió siempre victorioso Don García de Mendoza; ni semejante propuesta en igual positura ha hecho a los españoles nacion alguna de la setentrional ni meridional América. Hácela mas notable el que hubiese sido a Francisco de Villagra, quien puso dique al torrente de su fortu-

na despues de la muerte del gobernador Valdivia, dándosela a Lautaro, causante de ella y digno por su insolencia de la fatalidad de su destino; aunque no hai cosa tan santa ni fuerte que no la corrompa y acometa alguna vez la osadía, como dice Ciceron. Noto una diferencia: de que los españoles han ido a mas, y los indios mas invariables en su dictámen; y aunque pareció delirio la ejecucion, lo contrario ha acreditado la experiencia, hallándose el dia de hoi exemptos de toda servidumbre; y así dice Erasmo, que con ánimo y perseverancia todo se alcanza; por donde se puede inferir si a buen título merecen el renombre de esforzados.

CAPITULO XXIII.

Hostilízanse las provincias rebeldes.—Bloquean los indios la ciudad de Cañete.—Va a su socorro el maestre de campo Altamirano, de donde pasó a desalojarlos a Lincoya.—Batalla que con ellos se tuvo, en que quedaron vencidos.—Procuran sorprender a Pedro Fernandez de Córdoba.—Hecho de Pedro Cortes.—Notable valor de un cacique.—Afectan la paz y vuelven a la guerra.—Batalla que con ellos tuvo Arias Pardo, en que quedaron vencidos.

En los ánimos jenerosos reluce un alto deseo de esplendor. Ciro, echado a las fieras para que no reinase, entre las bajezas pastoriles se mostró imperioso en las cabañas como despues en el trono de Persia. Los caciques chilenos, viéndose sujetos, quisieron eximirse de aquella que reputaban por villana servidumbre, y el gobernador, resentido del temor que no les causaba su poder, o del terror que no les procuraba su nombre, elijió a Pedro de Villagra, su hijo, para que con ochenta hombres hostilizase con frecuentes irrupciones sus provincias, para cuyo efecto le dejó en Cañete, viniéndose por Cayucupil a la ciudad de los Confines, de donde pasó a la Imperial, en que fué recibido con singulares demostraciones de aprecio, pues allí habia constituido su vecindad, recreciéndolas al verle en el supremo mando del reino, en el que habia estado várias veces de interino.

El gobernador dispuso que de las ciudades de Valdivia, Osorno y Rica viniesen algunas tropas del comando del licenciado Don Julian Gutierrez de Altamirano, prudente y experto jeneral y sabio jurista, y mandóle el gobernador que fuese a castigar a los rebeldes Purenes; y para que con mas válidas fuerzas lo hiciese, ordenó se le agregasen las que dejó en Tucapel, donde habian talado e incendiado los paises de las provincias rebeldes, habiéndolas abandonado sus habitadores.

Mas apénas se principiaron las operaciones de la campaña contra la provincia de Puren, frontera pertinaz de este hemisferio chileno, cuando los Tucapeles salieron de los bosques y con crecido número de tropas bloquearon la ciudad de Cañete, aprovechándose bien a propósito del retiro de los españoles para poder ejecutarlo a su satisfaccion; y en el arte de la guerra no hai mas que saber, que no perder la ocasion, como dice Salustio; todo lo que aprovechaba y desaprovechaba su saña,

provocándolos a esto las cenizas por donde pasó el furor español. El maestre de campo licenciado Altamirano, sabiendo la urjencia en que Cañete estaba, resolvió irla a socorrer con ciento sesenta españoles, y ganados mayores y menores, y municiones y otras cosas que el aprieto hacia precisas. Ejecutóse esto con suceso; aunque los indios obstasen el designio, omitieron el hacerlo hasta el regreso de los españoles, el cual sin duda seria con ménos tropas y mas fatiga de la caballería por las irrupciones que ejecutarian en sus paises, a que ayudaria la estacion avanzada, que haria los caminos de mas difícil tránsito.

Todas estas providencias fueron bien advertidas, aunque no correspondieron al auspicio esperado: mas bien manifiestan estas acordadas reflexiones que son tan valerosos como discursivos; y así dice Livio, que ninguna cosa despierta tanto a los hombres, como el contínuo ejercicio de la guerra. Los indios se retiraron a los montes quedando el pais al arbitrio de las armas españolas, el cual hostilizaron con todo el rigor de la guerra. Este fácil abandono que en casos urjentes se ejecuta, y el seguro receptáculo que hallan en lo montes, hace penosa y dilatada su conquista, a que coadyuva su valor.

El maestre de campo licenciado Altamirano tuvo la noticia que en la quebrada de Lincoya, en un sitio ventajoso, se habian fortificado haciendo su retranchamiento, y que allí se juntaban várias tropas, y resolvióse el ir a desalojarlos; y puestos los españoles a la vista, hallaron su fortificacion en mas regular defensa, y habiéndola avanzado, se defendieron en ella por espacio de una hora, que se mantuvo la accion dudosa. Por fin, cedieron con pérdida de cuatrocientos hombres, retirándose a las inmediatas espesuras; y volvieron [los españoles] a Cañete cargados de despojos y prisioneros: no obstante, no accedió a esta desgracia su constancia, pues en vano procura las cosas el que restriba en ellas con el valor de la perseverancia, como dice Séneca; y volvieron a juntarse en la sierra de Rucapillan, segun lo dice en sus memorias Pedro Cortes; con cuya noticia fueron los españoles en su busca, lo que no aterró a los indios, pues tres mil los esperaron bien formados en un quebrado terreno, teniendo su izquierda y derecha naturalmente defendida de una montañeta y barranco. Principióse la batalla, mas los indios se mantuvieron con mui buena continjencia, digo, continencia, animados de las contínuas tropas que los venian a sostener. Nuño Hernandez de Salamon y Razura, que comandaba un peloton de caballería, se desmontó con otros españoles agregándose a la infantería, de suerte que rompieron su unido escuadron de picas, y la caballería, aprovechándose de este favorable movimiento, los puso en gran confusion y desórden: unos se precipitaron por un accesible despeño, otros murieron sin abandonar su terreno aun viéndose vencidos. Por fin, fué cumplida la victoria: aprisionáronse muchos: cuatro españoles perdieron la vida, quedando los mas heridos. Esta accion tan decisiva abatió algo su fiereza y retuvo su osadía.

Hacíanse contínuas sorpresas en sus provincias, con horroroso es-

trago de talas, muertes e incendios. El maestre de campo ordenó a Pedro Fernandez de Córdoba que con un destacamento de veinte y cinco hombres fuese a la provincia de Angol y le esperase. Acampóse en Rucapillan y vino un cacique a cumplimentarle y tratar de paces, y trájole veinte hombres para el servicio del campo, como por prendas de su fe: recibióle con agrado y distribuyólos entre los españoles. Andres Fuensalida se segregó con el suyo y le amenazó de muerte si no le confesaba el designio con que habian venido, y aterrado, le confesó que seiscientos hombres estaban en celada destacados de mayor tropa para sorprenderlos aquella o la subsecuente noche, juzgandolos ménos precaucionados con la locucion de paz que habia habido, y que ellos venian a coadyuvar a este designio. Y habiendo hecho todos unánime confesion, los mandó degollar el comandante, reteniendo al cacique, que aun no se habia despedido; y a puestas de sol en la opuesta sierra se dejaron ver cuatro que esforzando la voz llamaban al cacique, y compeliéndole a que les dijese que viniesen, no lo hicieron; y dijo que uno era el comandante con tres capitanes.

Pedro Cortes con tres españoles y tres criados se internó por una montañeta hasta ponerse a su respaldo, sin ser visto ni sentido de ellos, ni aun de los mismos españoles, de quienes ocultó su designio; y con increible celeridad aprisionó a los cuatro, y descendiendo con ellos se los entregó a Pedro Fernandez. Heroica resolucion, a quien favoreció el atrevimiento, como dice Valerio. Narra este hecho Cortes con la moderacion que acostumbra en sus memorias. Y confesaron todos los caciques, ménos el jeneral, a quien ni la persuasiva ni los terribles tormentos que le dieron fueron capaces de quebrantar su silencio, y murió en su constante empeño con los demas. Mudóse el campo español a sitio mas ventajoso, haciendo aprecio del daño que amenazaba, porque despreciado, pudiera pasar a peligro irremediable. Pedro Fernandez participó al maestre de campo de lo acaecido, quien vino con las tropas de su comando a incorporarse.

Recojiéronse las vituallas que se pudieron, y todo se llevó a sangre y fuego, y compulsos del rigor, resolvieron dar la paz algunas provincias sujetándose al dominio español; y como la causa comun con todos se debe consultar, como dice Ciceron, elijieron a una persona de las distinguidas de su nacion para que con cincuenta hombres fuese a la Caramávida, adonde se habian juntado várias tropas, para que de comun acuerdo se tratase el proyecto formado; y habiendo llegado a Cañete en lo mas silencioso de la noche, observaron que el de la ronda se habia desmontado y entrado en una casina. Le cojieron el caballo y se llevaron unos cerdos. Juan de Lazarte, comandante, los siguió el dia siguiente por la huella con doce hombres: avistóse con ellos mediando la estrechura de una senda: principióse la lid con desgracia, pues murió Lazarte y tres españoles despues. Murieron veinte indios y se retiraron los otros dejando el ganado.

El prevenido vale por muchos, y solo lo es el prudente, y por no serlo

perdió la vida este comandante. Es cosa notable que así provocase esta nacion a la guerra, cuando pareció que consternados solicitaban la paz a impulsos de sus desgracias, mas con apariencias que con realidades de quererla, ejecutando lo que dice Vejecio, que quien desea la paz, ha de preparar la guerra para hacerla mas ventajosa: y parece que así fué, pues no desaprobaron el hecho los unos ni los otros, y así se noticiaron los españoles que mil indios se acampaban en Millapoa en la cima de un monte naturalmente defendido. Fuélos a desalojar el capitan Arias Pardo ántes que la retardacion recreciese mas sus tropas: no los aterró el ver las de los españoles y auxiliares, y los esperaron con resolucion de bien defenderse.

Avanzáronlos haciendo poderoso esfuerzo para ganarles su retranchamiento, no hallando menor oposicion en su defensa, militando a su favor lo ventajoso del terreno. Terminó la noche esta accion indecisa, y no dándose por vencida la constancia de los indios y españoles: habiéndose retirado los nuestros con ánimo de asaltarlos al primer albor del dia, reconocieron que habian abandonado su campamento por la notable pérdida que habian tenido. Murieron algunos españoles y crecido número de auxiliares, y el jeneral Pardo salió gravemente herido. Los indios se partieron gozosos, porque les pareció que era triunfo de su valor el retiro voluntario y no forzoso, y ardiendo en saña vomitaron humo y ceniza, como los caballos de Diomedes y los toros de Jason.

CAPITULO XXIV.

El gobernador visita las ciudades del reino y embárcase en Valdivia, y hácenle los vientos arribar a Chiloé.—Nota las particularidades de la isla y viene a Arauco.—Hace jeneral a su hijo Pedro de Villagra, quien prosigue las operaciones de la guerra en algunas provincias.—Notable accion que al maestre de campo Altamirano acaece con un indio.—Descripcion del monte de Mariguenu.—Acometen a los indios en su campamento.—Muere el jeneral y retíranse los españoles con grave pérdida.

Uno de los preceptos que Ciceron da para bien gobernar, es el que miren por todo el cuerpo de la república, sin desamparar jamas parte de ella. El gobernador con esta inspeccion quiso circular el jiro espacioso del reino, visitando sus ciudades desde Coquimbo hasta Valdivia, adonde nunca ha llegado otro en ciento y ochenta años que han corrido desde aquel tiempo hasta el presente; y en todas partes dejaba singulares efectos procedidos de su gran conducta, no obstante que su habitual mal de gota le tenia bastantemente incomodado; por cuyo motivo de Valdivia se embarcó para Arauco; mas los vientos contrarios estorbaron su designio, haciéndole arribar a Chiloé.

Desembarcóse en la isla de Quinchao, que es de las mayores de aquel archipiélago; y como poco prácticos del flujo y reflujo, en la baja marea quedó el navio en seco, de cuyo inopinado accidente se consternaron los españoles y se mantuvieron aquella noche en tierra; y al reir el alba los atacaron los isleños, y habiendo muerto algunos, se retiraron con-

fusos y desordenados. El gobernador se procuró informar de las calidades, extension y poblacion de aquel pais, siendo ellos los primeros españoles que habian visto; y siguiendo el destino de su viaje, llegaron con felicidad a Arauco.

Destacó el gobernador cien hombres al comando de Pedro de Villagra, su hijo, a quien hizo jeneral, y ordenóle que en Talcamávida, Marigueno y Millapoa principiase las operaciones de aquella campaña, prometiéndole el reclutar sus tropas, para cuyo efecto se le incorporó Arias con la jente que trajo de la Concepcion. Ejecutáronse las hostilidades de la guerra en estas provincias, sin que el estrago descontinuase el teson de los indios: y aunque se tuvo noticia de que se juntaban várias tropas, el jeneral no fué en su busca, porque se le habia hecho saber que obviase toda accion decisiva hasta nueva órden.

El maestre de campo licenciado Altamirano con veinte y cinco hombres vino de la ciudad de Cañete a incorporarse con el jeneral Villagra, y con tan válidas fuerzas mandó el gobernador que se pelease con los indios.

Prosiguióse con este designio en la tala de sus provincias con horroroso estrago; mas las incomodidades de la guerra causaron en el campo español algunos accidentes; y para la curacion de los enfermos, los llevaron a la Concepcion con competente guarnicion, quedando solo ochenta y cinco [españoles] y cien auxiliares: no obstante, se prosiguieron las operaciones ofensivas, mas no abatieron la constancia de los enemigos, ántes renació otra mas venenosa hidra que la de Alcides contra los españoles.

El maestre de campo, viendo un prisionero de venerable aspecto, jentil presencia y compuesta gravedad aun en fortuna tan abatida, le amenazó de muerte con sus lebreles si le faltaba a la verdad de lo que preguntarle queria; mas, como dice Ciceron, que la violencia del dolor da resolucion y fortaleza para hablar, le respondió: que la diria, no por temor de la muerte, sino porque siempre la habia tratado, pues siendo de ilustre nacimiento se veia destituido, herido y en condicion servil, habiendo perdido sus bienes, hijos y mujer, y que quien tal fortuna experimentaba, no tenia para qué vivir. El maestre de campo le mandó dar ropa para cubrir su desnudez, curarle y le ofreció su libertad y la de su familia, que el hacer beneficios, como dice Séneca, es imitar a los dioses; y dióle por noticia que cinco mil hombres se hallaban juntos y resueltos a pelear, y si los vencian, darian la paz, y si salian vencedores, a proseguir en la guerra; que aquellas provincias se habian ofrecido a mantener las tropas y que dentro de quince dias espiraba el término de su obligacion, y discurrian que el campo de batalla fuese donde la accion de Arias Pardo, y que esto lo sabia por ser uno de los del consejo y comando.

Con esta noticia se pusieron los españoles en marcha y se vinieron a campar en las vertientes de la quebrada de Catirai, como dice Pedro Cortes, quien allí venia, y a lo que parece, fué en la inmediacion de lo

que hoi es Colcura, teniendo a la vista el espacioso monte de Mariguenu, que desde entónces hasta hoi ha quedado con el nombre de la cuesta de Villagra; y pues que ha sido várias veces campo de batalla o palestra de combates, no será desagradable el que hagamos su descripcion.

Está situado este elevado monte en el estado de Arauco, preciso tránsito: es entre despejado y montuoso, cuya entretejida discordancia de prados y selvas causa a la vista un armonioso deleite. Baña el mar mucha parte de su falda, estrellándose con impetuoso furor en las enormes rocas y peñas que la circundan, siendo innaccesible su descenso a la playa, sino es por unas penosas sendas; y próvida la naturaleza hizo que aquellos despeños fuesen pingües y divertidos, pues la abundancia de mariscos que en ellos hai, es atractivo de muchos. Todo este monte es de una vasta extension, pues en él se ven muchas cimas mas y ménos pendientes y varios manantiales perennes, y todo su terreno de un crecido herbaje: lo inmediato al mar es despejado y su mayor elevacion de impenetrable bosquecidad. En un plano de su cumbre, hicieron un trincheron de trescientos pasos que cojia todo el frente, y por su derechura, izquierda y respaldo los cubria la montaña; y en campamento tan ventajoso esperaron a los españoles.

El maestre de campo habia sido de dictámen que se ocultasen cuarenta españoles en una montaña pequeña, inmediata a una espaciosa y bien cultivada sementera, y que con algunos auxiliares la talasen, pues era mui factible que habiéndola conservado tanto tiempo indemne, descendiesen a defenderla, para que no se admire que solo el ejército de Belisario no tocó a un árbol cargado de fruta, ni ménos el (1)......... en Persia. Parece que el arbitrio pudiera producir favorable efecto, pues los de la tala afectarian temeroso retiro para mas empeñarlos, a cuyo tiempo podrian salir los de la celada para por frente y fondo atacarlos con ventaja, la que no tendrian haciéndolo en su retranchamiento.

Asintieron algunos españoles a este dictámen, mas otros mozos inexpertos lo reprobaron diciendo, que aquellas eran operaciones de mucha tibieza y que convenia a cualquier precio ir a forzar sus trincheras. El jeneral fué de este dictámen, no obstante que se opuso el maestre de campo, y públicamente protestó que la accion se terminaria con su total pérdida. Cotite, dios de la imprudencia, predominó en este inexperto jeneral y en los que imperaban en su voluntad.

A la primera luz del dia siguiente se ascendió el prolongado repecho: iba de vanguardia Gomez de Lagos y llegó a una hoya que el monte hace a corta distancia de su trinchera, y mandó desmontar su jente. A este tiempo los indios salieron a hacer una descarga de flechas y piedras. Atacaron los españoles, haciéndolos retroceder con confusion, unos y otros tripulados, y aun ya entraban por los intervalos o puertas de su campamento, llevándolos a cuchilladas y picazos. A este tiempo

---

(1) No se entiende la palabra escrita *descauro*.

llegó el jeneral y los contuvo e hizo montar, y bien formados, prosiguió la marcha a vista del frente de su campamento, y a la promediacion de él se desmontaron y formaron para asaltarlo; y un soldado nombrado Cabrera que estaba en sitio mas elevado, inmediato a los enemigos, esforzó la voz diciendo: *a ellos que huyen,* porque vió que entraban algunos enemigos de los que se habian ocultado cuando los españoles los hicieron retirarse. Entónces avanzaron desordenados y quedó un capitan con quince hombres defendiendo el puesto por donde entraron. Los enemigos, como peleaban defendidos de su fortificacion y de algunos árboles que se incluian en su centro, era poco su daño; y al contrario el de los españoles, que estaban descubiertos y desordenados. Desampararon el terreno que defendian los quince hombres, habiendo hecho corta defensa, y se retiraron dejándolos en tan grave peligro; y por la derecha cayó muerto el jeneral Villagra, por cuyo motivo los indios levantaron un notable alarido: procuraron reunirse los que estaban dispersos y se renovó la accion con braveza mas que de hombres, pues los enemigos eran cinco mil y quinientos, y se les quitó el cuerpo del jeneral, que habian cojido. A este tiempo habian mas de veinte españoles muertos, cuando Gomez de Lagos, esforzando la voz decia, que se rehiciesen y unidos se retirasen al cuerpo de reserva y lugar de su desmonte. Así lo hicieron llevando el cuerpo del jeneral, y la batalla hasta entónces habia durado mas de dos horas, y montaron a caballo y se retiraron descendiendo de la cumbre con alguna precipitacion y desórden, y de los auxiliares libraron mui pocos con la vida.

CAPITULO XXV.

Prosigue la batalla de la cuesta de Villagra.—Hecho memorable de Pedro Cortes y de catorce españoles, de los cuales libra don Gonzalo Salazar con la vida.—Prosigue la guerra en Puren y manda el gobernador despoblar la ciudad de Cañete.

Digna recompensa es la alabanza de las heroicas acciones o bien intentadas o conseguidas, las que no se dignaron (1) de escribirlas los primeros personajes del orbe como de Jugurta, los romanos, Amatiniza y Mitridates de Antiprato a César, y en la presente centuria el gran Leopoldo elojió y manifestó su gratitud escribiéndole de puño propio al duque de Marlborough cuando la de Hochstett, como dice Limiers. No es ménos laudable la accion de Pedro Cortes, el cual quedó cortado con catorce hombres por los enemigos y no pudo incorporarse con los que se retiraron.

Viéronse hombro con hombro, y a paso lento marchaban circundados de enemigos; mas este Aquiles chileno con singular presencia de espíritu le dijo a Agustin Hernandez: "buenos nos han dejado estos bellacos retirándose sin ayudarnos;" a que respondió: "pues no hai otro

(1) Parece que debiera leerse *desdeñaron.*

remedio, estrellémosnos con ellos;" mas Cortes dijo: "ese es caso desesperado, podrá ser que alguno libre; peleemos hasta morir, sin que a nadie el valor falte y ninguno se deje cojer vivo, mil veces ántes perder la vida." Refiérelo en sus memorias con la injenuidad de aquel siglo. Así terminó la primera escena de esta batalla y principió esta segunda.

Iban muriendo algunos españoles sin decaerles la constancia de ofender y defenderse hasta exhalar el último aliento de la vida, teniendo todos presente el empeño de no dejarse aprisionar vivos. Doce eran ya los muertos cuando llegaron al lugar donde estuvo el equipaje, y restaban solo con vida Pedro Cortes y otros dos, cuando vieron a Gonzalo Rodriguez y Pedro Castillo que rompieron a caballo con la multitud de indios que por delante tenian, hasta que los perdieron de vista y murieron en este empeño. El un caballo, discurriendo el cojerle sin herirle, se evadió de quienes lo intentaban y terminó su carrera donde estaban los tres españoles con mas que natural instinto, y le asió de la rienda y montó Gonzalo Salazar, de la Extremadura.

Los indios con el despojo de los muertos y repartimiento de equipajes, aflojaron algo en el empeño de seguirlos. Pedro Cortes a este tiempo procuró con la lanza el desapartar a los que le circundaban, y arrojándola de presto, con espada en mano corrió por el desfiladero abajo, porque aunque robusto era de notable ajilidad, y esgrimiendo el acero con esfuerzo mas que de hombre, llegó al plano ménos perseguido aunque venian muchos en su alcance. A este tiempo previno su buena dicha que hubiese quien le socorriese en tan terrible conflicto e inevitable peligro, pues habia cinco horas que duraba la lid y el calor era excesivo, lo que aumentaba la fatiga.

Francisco Perez, su amigo y costerráneo, soldado de caballería quien se habia retirado de los pōstreros, le vino a socorrer, oponiéndose a los indios que marchaban presurosos en su alcance, y en este intervalo puesto en una peña, montó a su respaldo. Ya parece que hasta aquí terminaba su fortuna, mas volvióse a repetir, porque muchas veces los males toman alientos para ser mayores, y así dice Livio, que los contínuos trabajos o repetidas desgracias suelen turbar el juicio; mas no sucedió así a este Hércules invicto, actuando su valor heroico en otro lance extremoso. Atascóse el caballo en un tremedal y fué preciso su desmonte para que alijerado del peso pudiese evadir el peligro, pues los indios gozosos venian con presura a lograr la ocasion que se les ofrecia. Cortes corrió adelante miéntras el compañero salia del ciénego, y esforzando su ajilidad alcanzó a un indio yanacona que a caballo se retiraba. Consiguió esto su buena dicha, y junto con su favorecedor puso en salvo al indio a quien quitó el caballo y a un muchacho español a quien un auxiliar habia dejado a pié, y se juntó con el maestre de campo, que se retiraba con veinte hombres.

Salió con nueve heridas, y es mas ponderable que viéndose insultado y perseguido de los indios, se puso en la retaguardia, adonde era el mayor peligro del ataque, y habiendo muerto a uno de los mas audaces, se

abstuvieron los mas de seguirlos. Solo Pedro Cortes y Gonzalo Salazar libraron con la vida, y dignos son de contarse en el número de los vencedores los que gloriosamente en la guerra mueren, como dice Demóstenes: una sola contendió Cortes con inimitable valor o con esfuerzo mas que de hombre, y es cosa notable que estas y otras hazañas se ignoren en Chile en donde fueron hechas. Con razon esclama Séneca diciendo, que muchas acciones egrejias permanecen en lo oculto; y por este motivo ha corrido mas difusa la pluma.

Murieron cuarenta y siete españoles, y lastimoso olvido ha sido el que no se sepan los nombres de los compañeros de Pedro Cortes, y solo se sabe que fué uno de ellos Agustin Hernandez y Gonzalo Salazar, que libró con la vida. Pudo competir esta accion con la de Leonidas y sus compañeros en la Termópilas contra el poder de los Persas, o con la de Ricardo, monarca ingles, cuando la sacra conquista en el sitio de Joppe.

Esta desgracia la causó la imprudencia del jeneral inexperto, que aunque su padre le elevó a aquel cargo, no le pudo infundir su experiencia, y así la gloria terminó en afrenta y la eleccion en su deshonor. Bien advertida la República Veneciana, procuró obviar iguales inconvenientes desde que el jeneral Canales por el amor tierno e inconsiderado de su hijo, omitió el socorrer a Negroponto atacando el puente de Leuripo, como dice Guillete, y por lei que el dia de hoi subsiste, ordenó que ningun almirante llevase consigo a sus hijos. El maestre de campo prosiguó su marcha y habiendo llegado a los Confines, despachó a Juan Moran con quince españoles a reclutar las tropas de Lorenzo Bernal, que se hallaba en Puren haciendo resentir a aquella provincia las hostilidades de la guerra que ella principió, y los auxiliares que tenia a su comando lo ejecutaban con saña y furor.

El gobernador recibió la noticia de la muerte de su hijo y desgracia del campo español con resignacion cristiana y prudencia estoica, sin que le viesen ni oyesen extravagancia de sentimiento que desdijese del carácter de su persona. El maestre de campo se fué para la Concepcion a esperarle, quien se hallaba en Arauco, de donde despachó a Juan Gomez para que despoblase la ciudad de Cañete y que sus habitadores se retirasen a Arauco, porque quien al tiempo obedece honestamente sirve, como dice Séneca, y la suficiente medicina, la hizo la experiencia y no la conjetura.

CAPITULO XXVI.

Accion acaecida a los españoles en la Mocha con deshonor de las armas.—Retírase el gobernador a la Concepcion, donde murió.—Elójiase su persona.—Por su nombramiento sucédele Pedro de Villagra.—Los sitian en Arauco.—Fortifícanse en Leuquetal y quedan batidos.—Vienen a sitiar a la Concepcion, mas sin suceso, y sorpresa por ellos intentada.

Adonde no vive el recelo, allí acude el peligro, y siempre fué mejor adolecer de prevenido. En la isla de la Mocha, que está inmediata a la

costa de Arauco, experimentó esta perfidia un español, de aquellos insulares, pues habiéndose quedado entre ellos para su espiritual y temporal beneficio, atraido de sus ofertas y finjidas súplicas, porque es de los aleves y traidores tener buenas palabras, como dice Marco Aurelio. Por fin, quitáronle la vida atrozmente cuando discurrió mas segura su confianza: no nos individualizan mas las memorias de aquel tiempo. El gobernador, viendo que aquella omision del castigo traeria consecuencias perjudiciales al público interes, destacó a Pedro de Villagra, su primo, con sesenta hombres para que castigase aquellos isleños; mas hallólos resueltos y bien prevenidos a una vigorosa defensa y vinieron a atacar a los españoles. La accion fué dudosa y en ella perdió Villagra dos hombres, y habiéndose retirado, procuraron siempre alejarse, viendo que no podian subsistir mucho tiempo en su pais, lo que acaeció volviéndose a Arauco en la misma embarcacion que fueron.

Esto exasperó al gobernador, viendo terminada la operacion con poco decoro de las armas, y resolvió retirarse a la Concepcion por mar con las mujeres y niños de la ciudad de Cañete y la jente poco apta, dejando en Arauco de comandante a Bernal con noventa hombres. El gobernador tenia un corazon digno de su carácter; no le ensoberbecian felicidades, ni le abatian infortunios: en todas fortunas se hizo recomendable; solo sentia el que su habitual mal de gota le privase hallarse presente en las operaciones de las campañas, y esta era la rémora que aprisionaba su belicoso jenio, llevando con impaciencia tan violenta retencion, pareciéndole que se desacertaba todo lo que no veia, y para el caso que el mal hiciese baldios los remedios, dispuso una silla portátil en que, como a otro Antonio de Leiva, le llevasen a la frente de sus tropas.

Púsose en cura, y unas unciones que le dió su médico, le quitaron la vida por julio de mil quinientos sesenta y tres años. Nombró por gobernador interino a Pedro de Villagra en virtud de real despacho que para ello tuvo, cuyos ejemplares de igual facilidad han sido raros. Dícelo así Pedro Cortes, que se halló presente, lo que bien manifiesta la gran satisfaccion que el Rei tuvo de su conducta. Gobernó a Chile cuatro veces y vino al reino de la provincia del Tucuman con válido socorro para subsistir y conquistarle, y sin duda fué confundador del reino. Hízole Pedro de Valdivia su teniente jeneral durante su vida. Acimentóse en la Imperial y dióle treinta y cinco mil indios de repartimiento en la provincia de Maquegua, que aun el dia de hoi en medio de la jeneral atenuacion permanece la mas poblada.

Despues de la muerte de Valdivia mantuvo el reino entre las terribles convulsiones de una fatal ruina. Fué de todos bien amado y al igual sentido, pues en él perdieron afable compañero, fiel amigo, compasivo padre y gobernador justo. Ignoramos su patria, y bien pudieran contender por tenerle por hijo las ciudades mas ilustres, como lo hicieron siete de Grecia procurando serlo cada una de Homero. Y porque no lo extrañe el deseo, no decimos nada de su familia porque ignoramos si

dejó o no sucesion en el reino, y esto nos parece lo mas verosímil. Año de mil quinientos sesenta y uno hizo merced a la ciudad de la Concepcion, para propios de ella, de una grande extension de campo que se comprenden desde la Dormida del gobernador Valdivia hasta el rio de Itata, de una y otra parte del camino real de Santiago, en que se ha entendido várias veces para dar a la ciudad la propiedad de tan extenso pais. Recibióse Pedro de Villagra en virtud del real despacho y nombramiento que ya tenemos dicho, dia cuatro de junio de mil quinientos sesenta y tres años.

Los araucanos, luego que supieron que se recrecia el accidente del gobernador, pusieron sitio a la plaza de Arauco, y con mayor teson lo prosiguieron despues de la noticia de su muerte, sin que descontinuase este su ardor la erizada estacion del invierno, que es bastante rijida en aquel pais. Antigüenu, que era jeneral, con dos mil hombres que allí tenia, estaba con firme resolucion de que las trincheras habian de ser su sepulcro y el de sus familias, ántes de ceder del empeño en que su valor los habia puesto, esperando un dichoso fin de su constancia o una gloriosa muerte. Si esta accion hubiera sido despues de la del duque de Alba, cuando el sitio de Arlen, en Flandes, dijéramos que este jeneral habia querido imitar a tan ilustre capitan, quien consultado de Don García sobre levantar el sitio, le respondió que en él muriese y que él iria a proseguirle y por su muerte vendria de España la duquesa: a esto le impulsó su gran conducta y valor a la inspeccion de la Europa, con la espera de inmortal gloria; mas acá en Chile solo una heroica aunque inculta braveza y ménos brillante, pues se ejecutaba en el ángulo mas retirado del orbe y sin la apetencia de que se transmitiese a la posteridad su memoria.

Cualquiera leve esperanza la hace abultar el deseo. Pareciòles a los indios bien fundada la que se les ofrecia con la muerte del gobernador para salir de la odiosa y servil condicion en que estaban. Los habitadores de Lebquetal se sublevaron y fortificaron en un terreno ventajoso y esperaban las reclutas que les venian. Al gobernador no le pareció conveniente el mantenerse en la innaccion, y mas estando tres leguas solo de la Concepcion: se resolvió a desalojarlos, para cuyo efecto fué con sesenta hombres y llegó al sitio de su retranchamiento, que está en un plano de una eminencia despejada; y como la voz de la ocasion no es otra cosa que una consideracion o advertencia del tiempo que en vida [*sic*], como dice Demóstenes, los avanzó sin pérdida, aprovechándose de la confusion en que parece los habia puesto la improvisa vista del campo español: mas no dejaron de formar algunos escuadrones fuera de su recinto, quedando los demas dentro para sostenerse mejor.

Principióse la accion y la terminó la noche, indecisa, con considerable pérdida de los indios, y al dia siguiente se prosiguió con el mismo ardor y con poca ventaja suya, mas no se forzaron sus líneas; y viendo que no podian permanecer mas tiempo en su defensa, las abandonaron de noche con pérdida de mas de cien hombres. No se dió por este sinies-

tro accidente por vencida su constancia, y así formaron el proyecto de acometer el centro dejándose de la circunferencia, y juntado válidas fuerzas para fundar esperanzas al comando de Antenecul, se vinieron a sitiar a la Concepcion, atrincherándose en seis distintos puestos en figura de medio círculo a promediadas distancias unos de otros, para mejor sostenerse, de suerte que quedaron cortados los caminos de su ingreso.

Incendiaron todas las casas de las huertas y viñas, esclareciendo la llama las tinieblas de la noche, haciendo horrorosa y dolorosa la inspeccion en los dueños. Dos meses duró este sitio o bloqueo, y casi no hubo dia en que no viniesen a provocar a los españoles, o estos no saliesen a incomodarlos, lo que fué siempre con suceso. Un dia avanzaron de tal suerte las tropas enemigas, que estuvieron para entrar en la ciudad por la casa de Pedro Perez de Valdivia, la que ganaron y estaba a corta distancia de la Catedral en el plano de la loma de la hermita; y Nuño Hernandez de Salamon Irrazura fué el primero que se les opuso y contuvo; mas volteáronle del caballo mal herido, y haciendo esfuerzo de un desesperado valor, fué socorrido y cobró el caballo, y se retiraron con confusion.

Declarólo así el maestre de campo licenciado Altamirano en un instrumento auténtico de aquel tiempo, y que Francisco de Zelada fué uno de los que le favorecieron. Por fin, se retiraron los indios viendo infructuosos sus deseos, y pasados cinco meses, a la primera luz del dia llegaron a la ciudad sin ser sentidos e incendiaron el molino de Hernan Paez y algunas casas en la inmediacion del convento de la Merced. Esta accion promulgó la noticia de su sorpresa y salieron veinte de a caballo, a que se agregaban otros en pequeñas partidas; mas el haberse separado unos de otros por el despojo, fué el motivo para que quedasen batidos. Murieron algunos y otros se aprisionaron.

CAPITULO XXVII.

Prosigue el sitio de Arauco.—Accion inhumana del comandante ejecutada con los auxiliares, y abandona la plaza.—Accion poco ventajosa que tuvo con los indios Diego Perez de Zurita.—Juan Moran sorprende en su campamento a los indios con suceso.—Fortifícanse entre los rios de Vergara y Bio-bio.—Hecho notable de Pedro Cortes.—Mudan de alojamiento.—Forza sus líneas Lorenzo Bernal.—Hecho singular suyo, y consigue una cumplida victoria.

Prosiguieron los indios en el sitio de Arauco, sin que los hiciese desistir la rijidez de la estacion inverniza, porque la perseverancia en el mal, no es constancia si no es pertinaz dureza, como dice Lactancio, o que discurriese el jeneral Antiguenu que era accion reprensible a su conducta el haber entrado fervoroso en aquella empresa para descaecer helado; mas tenia una capacidad sobresaliente que excedia a la rudeza de su bárbara crianza; bien esto lo manifiesta el hecho siguiente. Comenzaron a vociferar los indios las urjencias que pasaban los sitiados, dando por autores a algunos de los confederados que tenian en su recin-

to, que con laudable lealtad habian negado su patria y parientes para servir a los españoles. El comandante, con imprudente acuerdo, discurriéndolos cómplices en traidora correspondencia, les ordenó se fuesen de la plaza. Los auxiliares respetuosamente le propusieron que los echaba a morir; que era supuesto lo que decian y solo a fin de que llegase a aquel extremo con ellos, y que se acordase de los que habian muerto a su vista en el empeño de su defensa, y que aquel no era el premio debido a su mérito.

El comandante mandó con reiteracion se ejecutase su órden; mas entónces con jeneroso despecho a una voz le dijeron: "Capitan, quitadnos la vida, que será honor nuestro el perderla a vuestras manos y no a las de aquellos que siendo nuestros parientes, amigos y compatriotas, la perdieron a las nuestras, sin mas interes que el de vuestro servicio, y tan ingrata correspondencia no cabe en la jenerosidad de vuestra nacion, cuando se avergonzara de ejecutarla la barbaridad de la nuestra."

Pedro Cortes menciona a los mas principales y no es razon negar al público la noticia de su memoria, que son los siguientes: Lincalebu, Malloquital, Tegualemu, Colbanti y Pillaleb. Por fin los echaron y a vista de los españoles los despojaron y atrozmente les quitaron la vida, principiando esta sangrienta ejecucion por Pillaleb, diestrísimo flechero. No se puede negar que aquel siglo produjo hombres de feroces jenios: no poco denigró la fama y conducta de Lorenzo Bernal esta accion tan inhumana, ejecutada contra la piedad cristiana y toda máxima de buena política; y consiguió Antigüenu el privar a los españoles de tan válido socorro que tanto cooperaba a su subsistencia, haciendo terrible y odiosa la nacion.

Con razon esclama Eliodoro diciendo, que es miserable la fortuna de la humana vida, pues está llena de inscontancia y sujeta a toda mutacion. Recrecia la penalidad de los sitiados el haber venido dos veces un barco en su socorro infructuosamente, porque estando la fortaleza mas de una legua de la playa, no llevaban competente jente para forzar sus líneas. En el campo de los indios se experimentaban várias enfermedades, lo que desmayó algo su empeño, mas no que llegase a descontinuar su teson; y en el intervalo del retiro de unos para su curacion y espera de reclutas de otros, resolvió el comandante desamparar una noche la plaza, porque llegaba ya el extremo de no poder subsistir en ella; mas el famoso Antigüenu desafió al comandante a campal lid. Aceptóla contra el dictámen de los españoles: ejecutóse en el intermedio del campo y de la plaza, quedando igual número a competente distancia para seguridad de los campeones. Acometieron con fiereza; mas estando el terreno resbaladizo, un golpe de pica hizo rodillar a Bernal: acudieron los españoles y lo retiraron. Esta arrojada accion manifiesta el valor de Antigüenu.

Ejecutóse el retiro con suceso, a que no ayudó poco la enfermedad del jeneral Antigüenu: atravesaron la sierra costeña por el camino de Nonconagüel y llegaron a la ciudad de los Confines. Los indios, vien-

do abandonada la plaza, que era el padron umbrajoso de su libertad, los dejaron ir. Lorenzo Bernal bajó a la Concepcion a verse con el gobernador, de donde volvió mal satisfecho, porque no le habian hecho maestre de campo, como dice Cortes, y se retiró a los Confines, adonde tenia su acimentacion.

Un cuidadoso desvelo, una fatiga sin intermision manifestó Pedro de Villagra desde el ingreso a su gobierno, la cual no se vió descontinuada hasta el fin, y aun sus émulos confesaron que excedian demostraciones a esperanzas, pues, como dice Séneca, es miserable la fortuna que de enemigos carece. Mandó el gobernador que de las ciudades de arriba viniesen cuarenta hombres al comando de Diego Perez de Zurita, y Diego de Carranza se le agregó, quien habia sucedido a Don Miguel de Velasco en el gobierno de los Confines y venia a conferir con Pedro de Villagra varios negocios de la utilidad pública; y en el sitio de Lebquetal, que es montañoso, les acometieron cuatrocientos indios, cuya improvisa vista no consternó a los españoles, aunque habia diez enemigos para cada uno, y principióse la accion dudosa que duró hora y media y se terminó con pérdida de ocho españoles y entre ellos Don Pedro Godoi, persona de distincion. Extraviaron el camino y llegaron a la Concepcion.

Ni vencedora ni vencida sosiega esta belicosa nacion: el fin de un combate es principio de otro, y la fatalidad de un suceso les ministra luces para las operaciones de otro. Súpose en este tiempo que en Molchen y en la isla de la Laja se juntaban várias tropas con designio de invadir la ciudad de los Confines, y el cabildo nombró a Juan Moran con veinte y ocho hombres para que fuese a cerciorarse del caso; y a la primera luz del dia los sorprendió, favoreciendo su designio lo nebuloso de la montaña, que no pudieron distinguir su corto número. Murieron cien indios y les quitaron las cabezas y armas de los que perecieron en Lebquetal, y se halló en esta accion Pedro Cortes.

El cabildo de los Confines, por ausencia de Diego Carranza, nombró por jeneral a Lorenzo Bernal, persona de las mas distinguidas del comando, lo que siempre debe ser atendido por ser la guerra el mas árduo e importante manejo que pueda haber, como dice Livio; y no obstante la reciente pérdida que experimentaron, se juntaron várias tropas, cuyo total número fué el de dos mil quinientos indios, con designio de apoderarse de la ciudad o compeler a los españoles a su abandono, y se vinieron a campar en las juntas de los rios de Vergara y Biobio, y para su mayor seguridad hicieron a su frente un trincheron. El jeneral Bernal salió con cincuenta hombres al opósito y destacó a Pedro Cortes con cinco hombres para que fuese a reconocerlos, y dejándolos a competente distancia, él solo se vino escaramuceando para su retranchamiento hasta la distancia de diez varas, y reconocido bien, se volvió con notable peligro de su vida, pues con nueve arcabuces que tenian corrientes, hicieron contínuo fuego: estos fueron tristes despojos de la infeliz jornada de Villagra, con muchas cotas, celadas y espadas

que allí tenian. Retiróse el jeneral, difiriendo su avance con mayor acuerdo.

En la ciudad congregó Bernal a los caciques que permanecian sujetos al dominio español, y habiéndolos exhortado a la comun defensa, Mincheleb, de mui avanzada edad, persuadió a los suyos y respondió por todos ofreciendo cuatrocientos buenos soldados y pidió por compensacion media braza de chaquiras a cada uno, chicha y a cada veinte un perro para comer. Dícelo así Pedro Cortes, que presente se halló; y este nuevo reglamento de paga se extrañará en el tiempo presente en Chile, pues tienen tanta abundancia de ganado mayor y menor, que es imponderable su crecido número, y no creerán los indios que hoi subsisten, que sus projenitores apetecian los perros por manjar delicioso, y que abundando tanto esta especie, solo crian para su diversion y placer; mas el tiempo se burla del mesmo tiempo, haciendo que en unos sea apetecible lo que en otros fué despreciable. Túvose por grandeza y honor el quemar los cuerpos de los emperadores, y hoi esto se reputa por vituperio y castigo de los delitos de la mayor enormidad. Ofrecióles el comandante aun mas de lo que pidieron. Súpose que los enemigos se habian venido a campar en la inmediacion de la ciudad, y de noventa y seis españoles que en ella habian, segregó cincuenta, y con ellos y los auxiliares se vino a alojar como a dos tiros de fusil de ellos, y de allí envió por un cañon y municiones.

Hai casualidades que consternan como otras que animan, y así los Romanos dieron por nombre de relijion a los augurios, y el grande Alejandro entre las aclamaciones de divino hizo grande aprecio de ellos. Una raposa pasó por el intervalo de los dos campos y una galga de Pedro Cortes la alcanzó en la inmediacion de las trincheras, y en celebridad del que tenian por feliz vaticinio, nuestros auxiliares levantaron confusa vociferacion que terminó en fiera amenaza. Salió a este tiempo de las trincheras un capitan valeroso y blandiendo una pica, esforzando la voz dijo: "que aquellas eran acciones casuales, sin influjo próspero ni adverso, y que el valor era el que decidia la fortuna de la guerra;" y hallándose el jeneral con quince hombres mas y la pieza que esperaba, acometió a los indios, que eran dos mil seiscientos, habiendo formado de los suyos dos trozos y quedando otro de reserva; mas ordenó que no se aproximasen hasta hacerles gastar las municiones que tenian, porque hacian fuego sin descontinuarlo; y así se difirió el avance hasta el dia siguiente, y habiéndolos formado como el dia antecedente, les dijo Bernal la exhortativa siguiente.

Díjoles: que nunca el destino los habia puesto en tan manifiesto peligro como el que de presente se hallaban, de morir o vencer, y que seria vergonzoso el que la osadía de los indios causase su ruina; que en aquella accion consistia la conservacion de la ciudad, la de sus vidas y las de sus mujeres e hijos; y volviéndose a ocho españoles que solo dejó montados, les ordenó con ardiente enerjía que si algun español se retiraba, cuya pusilanimidad de nadie creia, lo matasen luego, aunque estu-

viese mortalmente herido, sin eceptuar personas, y que les pedia él imitacion y no ejemplo. Heroica accion que apénas tendria igual en la historia antigua y moderna, y digna de que a la posteridad se trasmita en honor de quien la hizo. Por fin, atacaron sus líneas y a las dos horas de un dudoso Marte habian veinte españoles heridos; mas advirtiendo el jeneral que en un ángulo de su retranchamiento no cabian mas que los que estaban en su defensa y que por fuera podian avanzar muchos, cargaron por allí los nuestros con los auxiliares, y al opósito concurrió tal muchedumbre que no solo les fué embarazo, sino opresion, y haciendo diversion mui a propósito, los atacaron los españoles con fiereza. Defendia el ingreso un capitan esforzado que con cinco balazos no desistió del empeño, hasta el sesto que le dieron por los pechos y cayó muerto. Algo consternados los indios se retiraron para el rio, adonde se arrojaron muchos; mas el comandante, esforzando la voz, los persuadió a que muriesen peleando como valerosos, y no en las ondas como cobardes. Fué tan eficaz esta exhortacion, que unos mojados y otros casi desnudos volvieron a renovar la accion, en cuyo empeño perecieron todos, sin querer ninguno evadir el peligro aunque pudieron: fué su pérdida de setecientos hombres. Veinte y cuatro españoles quedaron heridos y mucho mayor número de auxiliares, y algunos muertos. Dejaron cuarenta y un arcabuces, veinte y seis cotas, quince celadas y algunas picas: hiciéronse quinientos prisioneros. Esta batalla tan decisiva fué de gran consecuencia para la conservacion de la ciudad y sosiego del reino. Debióse a la conducta de Lorenzo Bernal, cuya militar experiencia bien la manifiesta hecho como este; y la ciudad y vecinos solo experimentaron el recelo y temor del peligro, siendo el puerto mas dulce que no amarga la tormenta. La historia debe ser apetecida, no solo para el deleite, sino es por ser utilísima para las consultas, como dice Aristóteles.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Los indios de la ribera de Itata y Coyunchos se sublevan.—Mal éxito de las armas en su castigo.—Sujeta el gobernador a los que habian tumultuado el reino.—Viénele por sucesor Rodrigo de Quiroga y llevan preso a Lima a Pedro Villagra.—Puéblase a Quiapo.—Dos batallas que el gobernador con los indios tuvo, y sujétanse algunos.

Los escarmientos no aterraban a esta belicosa nacion, no queriendo ser de los felices a quienes los ajenos peligros hacen cautos, como dice Séneca, pareciéndoles que toda dificultad no era superior a su valor. Los Coyunchos, que hoi se ignora quienes fuesen, y los de la ribera de

Itata se sublevaron, y envió el gobernador a Pedro Balza con cuarenta hombres a su castigo: y corriendo hostilmente su pais, esperaron a los españoles en un sitio ventajoso por naturaleza y arte, adonde los atacaron; mas el combate terminó a favor de ellos; y se retiraron los nuestros batidos con pérdida de siete hombres. Parecióle al gobernador que el castigo no debia ser diferido, porque la retardacion les daria confianza, haciendo juicio deleitable, como dice Aristóteles; y hacia el caso mas preciso el que quedaba cortada la correspondencia con la ciudad de Santiago, porque estaban en el intermedio; y con ciento y cincuenta hombres salió de la Concepcion para Reino Belen, que hoi es Perquilauquen: y esperáronlos formados entre unos arbústulos para que sirviesen de estorbo a la caballería y pelear mas a cubierto, o diferirlo, porque siendo ellos dos mil, esperaban otros tantos para mas válidamente oponerse a los españoles. El gobernador no omitió la accion, la cual terminó despues de una hora mui a su favor, quedando enteramente batidos. Cuando al mesmo tiempo se dejaron ver por una espaciosa campiña varios escuadrones bien formados, y habiendo sabido la adversa fortuna de los suyos, apresuraron la marcha para internarse en la espesura de un bosque; mas el gobernador lo previno y atacó su retaguardia. Liglemu, su comandante, se puso de los primeros exhortándolos con el ejemplo y la voz: aprisionáronlo peleando con valor, y consternados se internaron en la montaña. Murieron trescientos indios, aprisionándose doscientos. Todas estas tropas se refujiaron en la cordillera, teniéndola por receptáculo de su infortunio; mas no quedaron escarmentados, ni ménos incómodos en su rijidez; y pues que las leyes de nuestra humanidad la sujetan a mil mudanzas, es razon nos conformemos con ellas; así lo hicieron, tolerándolas por la apetecida libertad, que, como dice Ciceron, es facultad de vivir cada uno a su arbitrio.

Proseguíase la guerra con operaciones de tibio calor de parte de los indios, porque su fortuna adversa habia retardado los progresos. Gozábase de paz en las ciudades de Osorno, Valdivia y la Rica, en cuyas jurisdicciones habia hecho ver la experiencia que sus habitadores eran ménos belicosos que algunos otros de las provincias del reino. Gozábase tambien de sosiego en la Imperial; pero no tan sin recelos que no temiesen su quebranto. Volvióse a la labor de las minas, y en Osorno se precipitaron las manufacturas de lienzos y paños. A este tiempo llegó noticia al gobernador de como Don Gerónimo de Castilla se habia desembarcado en Valparaiso con trescientos hombres, y que venia nombrado por gobernador del reino Rodrigo de Quiroga por Lope García de Castro, presidente de la real audiencia de la ciudad de los Reyes. Hallábase el provisto avecindado en la de Santiago de Chile, como tenemos dicho, y su distinguido mérito le hacia digno de toda atencion. Ordenóle a Don Gerónimo que se viniese a incorporar con él a la dicha ciudad.

Pedro de Villagra, con la noticia que tuvo de novedad tan extraña, se retiró de la ciudad de la Concepcion para la de Santiago, adonde

llegó con acelerada marcha. Juntóse alguna jente en la casa de su posada: imputáronle sus émulos que habia sido con designio de avanzar la de Rodrigo de Quiroga, adonde habia un mayor número con ánimo de prenderle. El gobernador Villagra, indignado del desacato que discurrió hacian a su dignidad, no habiéndole todavía intimado despacho de su deposicion, se vino con alguna jente armada para la casa de Rodrigo de Quiroga, y habiendo enviado a Juan Alvarez de Luna para que le hablase, ejecutólo y de las vistas resultó su arresto, a cuyo tiempo llegó la jente de Castilla, que se habia demorado por venir enferma en infantería; y quedó de pacífico gobernador. No individualiza mas circunstancias Pedro Cortes en su manuscrito histórico; y Pedro Ugarte en el suyo dice, que llevaron preso a Lima a Pedro de Villagra de órden de dicho presidente Lope García de Castro. Hoi se ignora el motivo, mas no es mucho, que en aquel tiempo mal se supo. No le hizo tan digno la pretension como despues la posesion del gobierno, y su acertada conducta merecia premio y no castigo. Y así dice Quintiliano, que el ofender y dañar en el mundo es cosa comun; que se tiene por difícil el ayudar y favorecer. Ignoramos el fin que tuvo: gobernó a Chile hasta el año de mil quinientos sesenta y cuatro, y en él quedó un apasionado recuerdo de su persona, ménos algunos ingratos, porque en todos los siglos hai Popilios que quiten la vida a quienes les libraron de la muerte, como lo hizo con Ciceron.

El nuevo gobernador Rodrigo de Quiroga con tan ventajosa recluta vino para la Concepcion, donde nombró por jeneral a Don Miguel Velasco y por su maestre de campo a D. Lorenzo Bernal, quienes expresaron lo indispensable que era la sujecion de las provincias de Arauco y Tucapel para la quietud del reino, cuya melodía de razones no fué menester para que se resolviese a la guerra, como la música de Jenofonte que procuraba a Alejandro a las batallas. Pasó a Arauco a la ejecucion de su proyecto y en Quiapo construyó una ciudadela para que igualmente incomodase a entrambas provincias e inmediata al mar, que franquease sus conveniencias y facilitase socorros, y se quedó para mayor adelantamiento de la fábrica y reglar las operaciones de la futura campaña, y bien enterado del valor y conducta de Pedro Cortes, le nombró por capitan partidario para hostilizar las provincias rebeldes con golpes de sorpresas o furtivas correrías. Practicóse con los rebeldes todo el rigor de la guerra, siendo sus paises un teatro lastimoso de sangre y fuego, adonde todo se actuó. Esto abatió su fiereza, si no para perpetuarse en la paz que ofrecian, a lo ménos para evadir la guerra que temian, porque a repetidas desdichas o a contínuos infortunios, no hai diamante que no desfallezca; y este partido tomaron las provincias mas expuestas, pero no las distantes, pues se acamparon en Rucapillan tres mil hombres a quienes no abatió el infortunio de los suyos: quizá considerando que en la frajilidad de la fortuna, no vive la desgracia distante de la dicha, pues ni aun las aras raras veces humean felices.

El sitio era ventajoso, pues por su izquierda y derecha tenia precipi-

cios innaccesibles: no obstante, se resolvieron a atacarlos sin diferirlo, porque en el próximo peligro no es menester largo consejo: hiciéronlo, separados los españoles de los auxiliares que llevaban. Fué tenaz el empeño de una y otra parte, y al fin de una hora de obstinada resistencia, cedieron los indios con pérdida de doscientos hombres. El gobernador procuró abastecer la plaza; pero fué con escasez, porque los incendios y contínuas talas tenian el pais en suma inopia. Por lo cual destacó al maestre de campo Lorenzo Bernal con las tropas españolas y auxiliares para que tuviesen sus cuarteles de invierno en la ciudad de los Confines, y envió sus emisarios a los indios solicitándolos con la paz, pues es de tanta excelencia que está acompañada con la gloria que a Dios se da en las alturas, como dice San Lucas, y en la tierra a los hombres de buena voluntad: cuya proposicion no desestimaron, pues las desdichas no se remedian con el despecho, ántes sí se agravan.

CAPITULO II.

Envía el gobernador Rodrigo de Quiroga de la Concepcion a la isla de Chiloé al mariscal Martin Ruiz de Gamboa.—Ejecútalo con suceso y funda la ciudad de Castro.—El gobernador reedifica a Arauco.—Establece el tribunal de la audiencia en Chile y termina su gobierno.

Rara fué la produccion de los hombres del décimo quinto y sesto siglo de la reparacion del linaje humano. Increibles fueron las acciones que emprendió su temeridad o valor: bien será el repetir sus elojios al narrar sus empresas. Hallábase el gobernador en guerra de precision, y solicita otra [de] eleccion fuera del reino en la conquista de Chiloé y su archipiélago, haciéndola mas difícil la separacion del continente de Chile, con un mar proceloso, cuyo rápido e irregular flujo y reflujo es émulo o superior al Euripo, que divide a Negroponto de Eubea, y digno de que con prolija atencion le contemplase Aristóteles. No le bastaba a Rodrigo de Quiroga el orbe chileno para actuar su valor y conducta en tan crespas borrascas que por instantes se levantaban. El cabildo de la Concepcion le hizo su representacion para que desistiese de esta empresa; mas inflexible llevó a rostro firme su ejecucion, no obstante las poderosas y aun convincentes razones que le propuso. Obras de locura ofrece el hombre al peligro, como dice Séneca, mas no pareció esto así a Quiroga, y vése en este caso lo impenetrable de lo futuro o, por mejor [decir], los decretos de la divina providencia, pues la conquista de la mejor parte de Chile no subsistió con ocho ciudades, y la de Chiloé permanece solo con una en la mejor cristiandad de la meridional América. Nombróse al mariscal Martin Ruiz de Gamboa por jeneral de esta empresa, y por maestre de campo a Alonso Benitez, vecino de Valdivia, y salió de Osorno siguiendo su destino con sesenta hombres año de mil quinientos sesenta y seis.

Pasó el canal que media entre Chile y la isla grande, sin ninguna

contradiccion: hallóla mui poblada en las demas de aquel archipiélago, reputando, o bien la realidad o la fantasía, por setenta mil los indios. Bien esto lo persuade el que las tierras se mediau (*sic*) a cordel, haciéndolas apreciables su muchedumbre. El mariscal corrióla toda y fundó la ciudad de Castro en honor y memoria del licenciado Lope García de Castro, oidor mas antiguo de los Reyes y gobernador del Perú, situada en los cuarenta y cuatro grados de latitud al antártico, en un bellísimo y despejado plano con predominio al mar, y el mariscal dió al rio que inmediato corre el nombre de su apellido, que hasta el dia de hoi permanece con el de Gamboa. Confirió opulentos repartimientos de indios a los que se quisieron acimentar. Procuró establecer contínua correspondencia entre Osorno y Chiloé; pues de aquella suerte se facilitaba la subsistencia de la nueva colonia, y dejando de comandante a su maestre de campo, con la celeridad que ejecutó la conquista, con ella misma se vino a incorporar con el gobernador a Arauco, habiendo ido, visto y vencido, cuya agradable melodía fué el mas plausible elojio del primer César en la victoria de Farsalia.

Los aplausos no siempre los tiene el digno: lógralos el afortunado. Por lo uno y otro lo fueron y son mui debidos a la memoria del mariscal. Rodrigo de Quiroga entendia en la fortificacion de Arauco y en el adelantamiento de la ciudad de Cañete, tan reiteradas veces despoblada, e iba tomando tan cabales medidas, que parece hubieran sido fructuosas para la entera sujecion del reino; mas habiendo habido otras disposiciones, terminó año de mil quinientos sesenta y siete, a los dos años y medio de su gobierno, como dice Pedro Ugarte en su manuscrito histórico.

El rei Felipe II, bien informado de la extension del reino, determinó que se estableciese el tribunal de la real audiencia y que el presidente fuese capitan jeneral para que esta soberana corte de justicia la actuase con celo e integridad, pues el espíritu de la guerra, que todo lo invierte, habia introducido abusos en lo militar y político que por perniciosos, eran dignos de la mayor atencion para el reparo. Y así dijo Aristóteles que la mas excelente de todas las virtudes es la justicia, que da un maravilloso brillante al gobierno; cuya real cédula se expidió en el bosque de Segovia en veinte y siete de agosto de mil quinientos sesenta y cinco años, y así comenzó a ilustrarse en el reino.

CAPITULO III.

Fúndase la real audiencia de Chile.—Entra el real sello en la Concepcion.—Notable dicho y hecho de un indio.—Asaltan los españoles unas trincheras de unas tropas acampadas.—Tálase el pais de los sublevados.—Trabájanse las minas en los paises pacíficos, y procuran reducir los encomenderos a pueblos sus indios.

Los rebeldes chilenos celebraron gozosos el que finalizase el gobierno de Rodrigo de Quiroga, pues veian que el destino o su conducta los exponia al peligro de su entera sujecion; y como la esperanza es

manjar de atribulados, colocada entre el temor y la seguridad, como dice San Agustin, tuviéronla bien fundada. Entró el real sello a la ciudad de la Concepcion dia mártes trece de agosto de mil quinientos sesenta y siete años, en donde habia de quedar sedentario este tribunal; y para mayor condecoracion de su ingreso, se compró un caballo blanco enjaezado a Francisco Gudiel en trescientos cuarenta pesos, como consta en el segundo libro de cabildo, y vinieron por oidores el Dr. Diego Nuñez de Peralta, y los licenciados Hegas Venegas y Juan Torres de Vega, a quien se habia nombrado por oidor de Santa Fe y despues de la ciudad de los Reyes, y por secretario de cámara Antonio de Quevedo; y despues vino al reino, como dirémos, el presidente Don Melchor Bravo. Principió la audiencia el gobierno y dieron el comando de las armas a Martin Ruiz y a Lorenzo Bernal: tan acertado nombramiento fué de comun celebridad, porque quien a los dignos premia a todos obliga. Dice Lipcio que la constancia es una inmutable fortaleza del ánimo: esta mostraron los indómitos chilenos, ministrándoles las adversidades luces y los peligros firmeza, como admira Meseray del almirante Coligny; y tenemos que notar mas que esta virtud heroica se hallase en muchos en Chile. No es capaz de mas empeño el humano valor, y para dar a entender a los españoles la saña de su obstinacion, se vinieron a campar considerables tropas a distancia de dos leguas de la ciudad de Cañete, en sitio ventajoso por naturaleza y arte y a vista del mariscal, que en la ciudad estaba (1), el que viniese a incorporarse con él, trayendo las tropas españolas y auxiliares de su comando para reforzar las suyas. Martin Ruiz dijo a Nagüelguala, comandante de los nuestros agregados, que le parecia iba involuntario pues solo llevaba una flecha por armas, cuando a impulsos de su ejecucion y ejemplo, debiera enardecer el valor a sus tropas viéndole otras mas ofensivas: a que respondió, uniendo la jenerosidad con el despejo, que cuando peleaba, las armas se las ministraban los enemigos, quitándoselas en los combates, lo que veria ejecutaba en la primera ocasion: dícelo Pedro Cortes en su manuscrito histórico, y que así lo ejecutó con admiracion de los españoles. En una línea tirada conoció Protójenes la valentía del pincel de Apéles, y bien conocieron con tal demostracion la de Nagüelgala los españoles. Atacaron las líneas cien españoles por su derecha y doscientos indios por la izquierda: principióse la accion dudosa; mas habiéndose incendiado las casinas pajizas que tenian, con las alcancías que echaron, no obstante la solicitud que habian puesto en extinguir el fuego, los puso en grave consternacion, y aprovechándose de ella, forzaron su retranchamiento, retirándose con precipitacion, desórden y pérdida de doscientos hombres.

Quedaron aquellas sus provincias al arbitrio de nuestras armas, porque las abandonaron sus habitadores, retirándose a las mas impenetra-

(1) Aquí parece haber una laguna, aunque no está indicada en el MS.

bles fragosidades, y se ejecutó en ellas todo el rigor de la guerra, que se practicó por el término de un año sin intermision. Quién no pensará que tan repetidos infortunios no eran capaces de abatir su fiereza, pues apénas se vé el que a golpes de desgracias no haya diamante que no se molifique; pero la experiencia de su teson acreditó lo contrario, despreciando las paces con que várias veces los solicitó el gobernador Martin Ruiz de Gamboa: y así dice San Agustin, que la desesperacion es una cierta muerte o un cruel homicida del alma. Finalizó la campaña el año de mil quinientos sesenta y ocho, en el cual llegó al reino el presidente Melchor Bravo de Saravia y luego nombró por maestre de campo a Don Miguel de Velasco; y a Lorenzo Bernal, que lo era, le confirió el empleo de correjidor de la ciudad de la Concepcion.

Toda la costa o la mayor parte estaba sublevaba, con los paises de Catiraigüen, que es lo que el dia de hoi se llama Santa Juana y Tabolevo; mas en los términos de las ciudades de la Imperial, Confines, Villarica, Osorno y la Concepcion, se gozaba de sosiego y al mesmo tiempo se recrecia el comercio y vecindario. Trabajábanse las minas, que como todas eran de lavaderos, se hacia mas fácil la extraccion del oro, y por lo jeneral las vetas eran mas someras que profundas, y adelantábanse las manufacturas. Todo lo cual nos lo manifiestan los fragmentos de aquel tiempo. No ménos se mostraron desvelados los mas de los conquistadores en reducir los indios de sus repartimientos a pueblos para que estuviesen en vida cristiana y política educacion, construyendo iglesias en ellos. Estas y otras obras pias, dignas de laudable recuerdo, principiaron a ejecutarse, y despues con mas ardor se prosiguieron cuando llegó D. fr. Antonio de San Miguel, primer obispo de la Imperial, como dirémos.

CAPITULO IV.

Los indios se acampan en un ventajoso terreno.—Va el presidente Melchor Bravo a desalojarlos, lo que se ejecuta sin suceso.—Notable accion de un soldado español.—Despuéblase Arauco, y quedan vencidos los indios en Cayucupil, y siguen las tropas españolas su destino hasta la ciudad de Cañete.

Poca es la fortaleza sin constancia, y con la perseverancia es poderosa; y así dice San Gerónimo, que el comenzar es oficio de muchos y el perseverar de pocos, y es laudable en justo y honroso empeño. Por tal tuvieron los bárbaros chilenos el suyo, y así vinieron a camparse seis mil hombres en la cima del monte de Marigüenu, que hoi se nombra cuesta de Villagra, quizá por anuncio de feliz auspicio, pues allí lograron la victoria y muerte de Pedro de Villagra. El presidente, viendo esta provocacion indecorosa al honor de las armas, y como oprobiosa a su pundonor, mandó que se juntasen las tropas del mariscal y maestre de campo, que se componian de doscientos sesenta españoles y quinientos auxiliares, para desalojarlos. Dícelo así Pedro Cortes en su manuscrito histórico, quien presente se halló. Y viendo el gobernador que

la accion era de la última importancia, vino a gobernar las operaciones de esta campaña. Acampóse el ejército en un valle delicioso que está entre el monte de Marigüenu y el de Colcura; y habiendo el presidente llamado a consejo, en él se determinó que Don Miguel de Velasco con sesenta hombres fuese a reconocer su campamento, el cual estaba en lo mas superior del monte, con una fuerte trinchera por su frente y por su izquierda y derecha unas montañas que su espesura las hacia impenetrables.

Don Miguel de Velasco le persuadió al presidente oyese el dictámen de Pedro Cortes, pues su experiencia y valor le hacian de acertado consejo. Es cosa notable que ántes no hubiesen llamado a persona tan distinguida, mas hai arcanos que solo se pueden admirar y no investigar. Igual caso sucedió con Fernando Cortes cuando Cárlos V fué sobre Arjel, no apreciando la persona de quien recreció los dominios del César con una nueva España de mas de triplicada extension que la antigua: y aunque respetuosamente se excusó Pedro Cortes, sabiendo lo que ya se habia dispuesto, no obstante, cedió a la instancia del gobernador y dijo, que se habia de ir a reconocer con tan suficiente jente cuanta era necesaria para pelear, pues estaba al arbitrio de los indios el hacerlo y no al de los españoles el excusarlo, si ellos principiaban la accion: y que su dictámen era que el reconocerlos y avanzarlos fuese ejecutivo, y añadió el arbitrio de ciertos bastidores portátiles y atronerados para ofenderles a cubierto de sus flechas y piedras. Mas el presidente airado y aun con palabras punzantes desaprobó su dictámen, aunque deben ser apreciables las personas que con injenuidad y franqueza nos desengañan. Diciendo Tiberio al senado romano que daria su voto para la decision de una grave consulta, le replicó Pison, que si hablaba primero no tenia mas que hacer, sino seguirle: cuya desazon manifestó el presidente porque la propuesta no se arregló a su dictámen; y con la atencion debida a su carácter le dijo [Cortes], que en la accion donde se interesaban las vidas y conservacion del reino, estaba en el deber de decir su sentir sin excepcion de personas.

Al siguiente dia los dos jenerales con ciento y cuarenta hombres comenzaron a subir el monte, y habiendo llegado a competente distancia de poder reconocer su campamento, salieron várias tropas acometiendo a los españoles por su frente, izquierda y derecha. Favorecíalos mucho la superioridad del terreno para ofender de alto en bajo: los españoles estaban opresos por la estrechura de las sendas, que eran unos desfiladeros emparedados, sin poder pasarlos del fondo al frente. Viendo que estas ventajas podian terminar la accion a su favor y que el número de sus tropas se recrecia, resolvieron los españoles el retirarse, el mariscal en la vanguardia y el maestre de campo Don Miguel Velasco en la retaguardia, de donde habiéndose llevado un español, Francisco Hernandez Redondo, con espada en mano, rompió solo por mas de doscientos indios que al frente estaban, y a cuchilladas se los quitó y trajo a incorporar con la tropa española. ¡Increible hazaña, heróica fiereza que

igualmente asombró a indios y españoles, y digna que de siglo en siglo a posteridad se trasmita! Cuéntala Pedro Cortes, quien la vió y añade que el soldado con indecorado furor se salió de la ordenanza y murió de un golpe de pica en los pechos.

Al maestre de campo Velasco se le cortó el reudaje y el caballo fogoso le llevó a los enemigos: socorrióle un soldado valeroso y dichosamente lo libró entre unos precipicios, donde le hubieran muerto. Mas viendo los indios que en la retaguardia quedaban sin comandante, se estrecharon de tal suerte con los españoles que, despreciando el fuego, se entraban por las picas y espadas; mas Pedro Cortes tomó el mando y exhortaba a los españoles, mencionándolos para mas estimularlos; y habiéndose reunido para sostenerse mejor, los cargaron con tal desesperado furor, que mataron veinte indios, y los hizo retirarse mas de sesenta pasos, dejando algunas armas de las que habian quitado: hizo desmontar a un yanacona para que llevase asido a Juan Ruiz de Leon, que estaba mortalmente herido, y ya a mas distancia seguidos, descendieron al plano: y aquella noche llegaron algunos españoles de los que tuvieron la dicha de ocultarse en los bosques o quedaron por muertos: no obstante, fué la pérdida de cuarenta y cuatro hombres y cien auxiliares, fuera de otros que de las heridas murieron. Padecióse el daño a vista del remedio, y esta no es dicha, sino inconsideracion. No sabemos si el presidente hizo mas aprecio de Cortes despues de esta accion que la predijo, que el que habia hecho ántes que le pidiese el consejo.

Isócrates llamó a los infortunios eficaces maestros, porque enseñan a conocer los yerros y a moderar la presuncion que los causó. El presidente, no abatido con esta desgracia, aunque acaecida a su primer ingreso, se retiró el dia siguiente para la ciudad de los Confines y vino a camparse al rio de Vergara, de donde envió al mariscal y maestre de campo a despoblar a Arauco, donde habia quedado de comandante Gaspar de la Barrera con cuarenta hombres, y que los retirasen a Cañete, pues la mala fe de la nacion no dejaba duda en que se sublevase aquel su contorno que habia quedado pacífico; y si es trabajo sufrir un reves de fortuna, eslo mayor no remediar el mal que a resentir se comienza, como dice Milecio. Los jenerales siguieron su destino y al bajar a Cayucupil, preciso tránsito para Cañete, les salieron seiscientos indios en dos tropas, y al fin de un dudoso Marte, quedaron batidos con pérdida considerable, y con la de ocho españoles llegaron a la ciudad.

CAPITULO V.

Dase noticia de dos batallas que tuvo el mariscal Martin Ruiz de Gamboa con los indios, lo que abatió su valor.—Resuelven algunos a dar la paz, otros por no sujetarse se destierran de su patria con sus familias.

Ni vencedores ni vencidos descansan los belicosos araucanos y tucapeles: no les incomodaban las fatigas de la guerra, no la rijida estacion

inverniza, ni la desnudez de sus personas para tolerar las inclemencias. ¿Dónde se ha visto milicia de valor tan marcial, cuyo coraje y braveza nunca será bastantemente alabado? Con interposicion de dos dias de descanso se vieron compulsos los jenerales a salir a su opósito, llevando ciento y veinte españoles y cien auxiliares, porque sabian que diversas tropas se juntaban para poner formal sitio a la ciudad de Cañete; y con designio de estorbarlo se vino el mariscal a campar a Quiapo, y porque la solicitud de los indios nada omitia, persuadian a voces a nuestros auxiliares desde las eminencias el que desertasen, con várias razones de estímulo para su ejecucion; y habiendo proseguido el dia siguiente la marcha, se avistaron como cuatro mil hombres que marchaban a ganar unas despejadas colinas, cuya vista contuvo a los españoles; y como dice Salustio, que a un improviso negocio debe haber nuevo consejo, tuviéronlo sobre si convendria la proseccucion de su marcha o el retiro. Todos fueron de este dictámen, ménos Juan Ruiz y Pedro Cortes, quienes dijeron: que si el regreso era por obviar accion con ellos, buscarian sitio ventajoso adonde no podrian omitirla, y que su retiro les infundiria audacia y valor con fundada esperanza de ganancia de causa, y que aquel terreno era despejado para el manejo de la caballería y propio para entrar en funcion con ventaja, la que no lograria en el que fuese de su eleccion. No se siguió este dictámen, y en cuatro pelotones, uno en pos de otros, ejecutaron la marcha.

Los indios vinieron a atacar a los españoles, a quienes juzgaban aterrados, sobre el desprecio de su corto número y que sus tropas por momentos se aumentaban. Mas los españoles, viéndose en el estado de vencer o morir sin miedo, no les pesaba de perder la vida que les podian quitar, y así los recibieron con temerario despecho, el que bien resintieron en el espacio de hora y media que duró la batalla indecisa, y por fin terminó a favor de los españoles, quedando trescientos indios muertos en el campo de batalla y con alguna pérdida de nuestra parte. Siguió el campo su destino, y en los desfiladeros se avistaban, procurando impedir su tránsito, mas sin suceso, pues separados todos los peligros, llegaron a la ciudad de Cañete. Y queriéndola el mariscal vituallar, en medio de la inopia del pais, salió con ánimo de hacerlo con unos cien españoles y algunos auxiliares, y habiendo llegado con este designio al valle de Pailataru, donde estaban cerca de seis mil indios, con tal recato y precaucion que ignoraron el que tan crecido número de tropas estuviesen allí acampadas. No sorprendió a los españoles tan inopinado accidente, aunque se vieron acometidos por su frente y fondo. El mariscal con admirable presencia de espíritu animó a los suyos y distribuyó órdenes: principióse la accion con denuedo y confianza de parte de los indios, solicitando el triunfo del vencimiento sin reparar en el costo, teniendo por ganancia propia todo lo que era ajena pérdida. De la una y otra parte todo se daba a la ferocidad y venganza, y vióse lo que dice Plinio, que a los valerosos en el peligro les recreciese el ánimo. Contuvo a los bárbaros su estrago, y los españoles se fueron

retirando, y aunque seguidos, les acometieron con tibieza, y de esta suerte llegaron a la ciudad de Cañete con pérdida de siete hombres, y la de los enemigos fué de seiscientos.

Fué esta batalla una de las mas notables de este reino: tal la hemos visto ponderada en una informacion hecha ante el Dr. Peralta de pedimento de Nuño Hernandez, que en ella se halló, como asímesmo los declarantes, que lo fueron Diego Cabral, Julian Carrillo, Agustin Romero, Juan Negrete y Juan Gomez. Dice Plutarco, que la paciencia es un sufrimiento de males con ánimo de tolerarlos hasta el fin; y usando de ella y de la fortaleza, se resolvieron muchos a sujetarse al dominio español, no con ánimo de permanecer, pues nunca lo violento fué perpétuo, sino solo por evitar su ruina: algunos hubieron que quisieron remediar el mal con el despecho, el que solo le agrava, viviendo en voluntario destierro, abandonando de por vida su nativo suelo; y no faltó quienes quisiesen decorar sus cicatrices con la ruina, incendiando sus casas ellos y sus familias reputando este hecho por la última de sus hazañas. No hicieron mas los de Sagunto por no sujetarse a Aníbal; no los de Numancia por no rendirse al romano imperio, señores de lo mas y mejor del antiguo orbe.

CAPITULO VI.

El presidente envía a solicitar socorro el virei del Perú a Chile.—Nombra el rei por primer obispo de la Imperial a don frai Antonio de San Miguel y Avendaño.—Notable terremoto e inundacion en que se arruina la Concepcion.—Va por visitador a las ciudades de ácia el polo el licenciado Hegas Venegas.—Singular reglamento que hizo.

El presidente Don Melchor Bravo, no solo se mostró desvelado para las providencias de la toga, sino es tambien para las de la guerra; pues atormentado, cual otro Prometeo, de la pérdida que tuvo en la cuesta de Villagra, como queda dicho, la que causó su impericia o imprudencia, quiso pundonoroso resarcirla con solicitar la entera conquista del reino, para cuyo efecto despachó el jeneral D. Miguel de Velasco al virei del Perú, que lo era D. Francisco de Toledo, a quien propuso lo importante que seria la ejecucion del proyecto, pues la extension de Chile, con lo belicoso de la nacion, pedia aumentacion de tropas, armas y municiones para mantener en obediencia a los sumisos y sujetar a los rebeldes, pues a vista de la tolerancia y a instigacion de estos se sublevaron los otros. Fué la negociacion fructuosa, y volvió al reino año de mil quinientos y setenta con doscientos hombres. Dícelo así Pedro Ugarte de la Hermosa en su manuscrito histórico.

Es la felicidad lo sumo de los deseos; y en el rigoroso combate de fuertes infortunios amaneció la divina Providencia en tan funesta noche de atribulaciones, para que todos viesen cumplidos sus anhelos, llegando a Chile este mesmo año D. fr. Antonio de San Miguel y Avendaño, franciscano a quien Felipe II presentó al Papa por primer obispo de la

Imperial, persona de las mas distinguidas en virtud, letras y otros singulares talentos, de cuantos veneró en aquel tiempo la meridional América, y su mérito será mayor que la alabanza, y como dice Séneca, es sombra de la verdad, lo que hizo plausible su ingreso, y operaciones brillantes su pastoral gobierno; y así permanece su memoria laureada de bendiciones y por norma de prelados, como nos lo hará ver la historia en los diez y nueve años de su gobierno. Estableció las prebendas y canónigos de su catedral: nombró por su provisor y vicario jeneral a Don Agustin de Cisneros; y la ruina de esta ciudad sepultó en el olvido muchas cosas dignas de que se trasmitiesen a la posteridad.

Dice San Gregorio, que la adversidad es prueba de la virtud y puerta del reino de los cielos. Fatal fué este año de mil quinientos y setenta para el obispado Imperial y principalmente para la ciudad de la Concepcion por el terrible terremoto con la inundacion de mar que allí se experimentó, dia miércoles de ceniza a cuatro de febrero como a las nueve de la mañana. Fué tan espantoso que no quedó casa ni templo que no se arruinase: de esta suerte lo narra el voto solemne que entónces se hizo, y prosigue diciendo, que aquel mesmo dia salió el mar muchas veces y que totalmente destruyó esta ciudad; pero que ninguna persona pereció, y perseveraron por espacio de cinco meses contínuamente la repeticion de temblores. Y congregados todos en público cabildo para el efecto de que saliese a la suerte el abogado y patron para invocarle, cayé en la Natividad de la Vírjen nuestra Señora, y ofrecieron construir una hermita dedicada a su gloriosa Natividad, en cuyo sitio y lugar levantaron una cruz y ofrecieron ir todos los años a vísperas solemnes las tardes de los miércoles de ceniza, y al dia siguiente tenerle por festivo e ir procesionalmente de la catedral los eclesiásticos de la ciudad, el cabildo secular y todos los vecinos y moradores, descalzos, a celebrar una misa cantada. Hicieron este voto solemne el licenciado Juan Torres de Vera y el Dr. Diego Nuñez de Peralta, oidores de la real audiencia, y prosigue el instrumento narrando los siguientes: el padre Martin de Caz, cura y vicario, el comendador fr. Fernando Romero, vicario provincial de la Merced, Alonso Alvarado, correjidor, y Gomez de Lagos y Diego Diaz, alcaldes, Pedro Pantoja y Pedro Gutierrez, rejidores, y Antonio Lozano, escribano, Fernando de Guelva, Diego de Aranda y otros muchos, cuyo instrumento se otorgó dia ocho de junio del referido año, lo que se ejecuta el dia de hoi con tibieza.

Fué laudable en el presidente el celo con que se aplicó este mesmo año a correjir los desórdenes en razon del tratamiento de indios, y queriendo que todo fuese arreglado en lo presente y quedase de norma para lo futuro, nombró al licenciado Hegas Venegas, oidor de la real audiencia, persona de literatura, de capacidad sobresaliente y superior actividad, para que visitase las ciudades desde la Concepcion para el polo hasta Osorno; quien bien satisfizo a la confianza que de él se hizo y dejó ordenanzas archivadas donde se expresaban las satisfacciones de quintos del rei y de los sesmos, que era cierto derecho que se pagaba

del oro de las minas, para que sirviese en comun beneficio de los indios de cada repartimiento, los tiempos en que debian servir a sus encomenderos y lo que debian tributarles, y en todo se portó con singular moderacion y desinteres, pues no hizo peligroso el poder porque estaba en manos de quien no abusó de él. Nombró protectores para la defensa de los indios; y así dice San Anselmo, que el vigor de la justicia ha de ser fervoroso pero no precipitado; y quedó su nombre laureado de bendiciones, convirtiéndose en amor todo el temor que le tuvieron.

CAPITULO VII.

Laudable aplicacion de los oidores en la administracion de justicia.—Comiénzanse los indios a reducir a pueblos.—Enardece el obispo con su celo a los conquistadores en la visita que hace.—Para esta ejecucion administra el sacramento de la confirmacion a innumerable jentio.—Sublévanse los indios de Lebuquetal y se castigan.—Pondérase su audacia.—Acaece lo mesmo en la Villa-Rica.

Dice San Crisóstomo que la justicia es la raiz de la vida: tan alto elojio le da este gran doctor por ser tan necesaria para el bien vivir de los hombres. Administrábase en la real audiencia de la Concepcion con aceptacion comun: quizá fué en aquel reciente tribunal sin el laberinto o circulacion de infinitas formalidades, donde el mejor derecho perderse suele con excesivo dispendio. Esto nos lo hacen comprender las memorias de aquel tiempo; y tan singular beneficio no sabemos si lo causó los pocos abogados o los ménos ministros de que se componia. Principiaba el reino a prosperar, siendo el conato de los encomenderos el reducir a pueblos sus repartimientos para que viviesen en vida política y católica educacion. Enardeció estos sus deseos el ilustrísimo obispo Don frai Antonio de San Miguel en la visita que hizo de su obispado, procurando anticiparla; y segun la tradicion que de aquel tiempo se ha trasmitido al nuestro, se dice que confirmó mas de cien mil. Bien tenemos adelantadas estas noticias, de la construccion de iglesias, capellanías, hospitales y otras obras pias que aquí tocamos con lijera pluma.

Arreglóse en este tiempo lo que los indios debian dar a los curas por la doctrina y administracion de sacramentos, con advertencia de que si los encomenderos no mantenian eclesiásticos en sus repartimientos por la inopia de ellos, no debian hacerles este escalfe, lo que se ejecutaba inviolablemente; y aun hemos visto en los fragmentos de aquel tiempo que para subvenir a esta falta, se destinaron algunos españoles de vida inculpable, habiendo sido el primero que esto ejecutó el gobernador Pedro de Valdivia, como tenemos dicho.

No obstante esta cenid (*sic*) en algunas partes reverdecian los brotes del indómito natural de los indios, porque hai paises que tienen no sé qué actividad en su terreno o benévolo influjo en su zenit, para producir hombres valerosos, como en otros tiempos Esparta, y la experiencia manifiesta esto en Chile mas para el polo que al trópico. Entre los indios del repartimiento de Hernan Perez, se comprendian los de Le-

buquetal a distancia de cuatro leguas de la Concepcion; en donde ejecutó varios actos de piedad, construyéndoles iglesias, fundándoles capellanía, que subsiste aunque atenuada, con obligacion de que allí se les fuese a decir misa, cuyas cláusulas dictadas de su gran piedad, el dia de hoi edifican. Estos indios, que de presente no hai ninguno, se sublevaron año de mil quinientos setenta y dos.

Haga aquí breve pausa la admiracion, e ignoramos si este fué valor, despecho o temeridad, estando el tribunal de la audiencia a tan corta distancia de ellos; y siendo en la Concepcion la ordinaria asistencia del presidente, y que aquel su pais situaba entre esta ciudad y la de los Confines y ser el preciso tránsito para la correspondencia de las otras, de cuyas razones bien podian inferir que a cualquier precio los sujetarian los españoles, como lo habian hecho en dos anteriores rebeliones sin diferirlo, hallándose con ménos poder para hacerlo, y las provincias que podian fomentarlos, como en otras ocasiones lo hacian, estaban en lo presente sujetas. ¿A quién no hará extrañada novedad este hecho? y sea el mismo su elojio, pues valor tan marcial no se puede bastantemente alabar. Y lo que mas es, las mujeres tomaron las armas para que despues pagasen, como Zenobia, la pena de su temeridad, o como Cleopatra, con la fama de fuerte, la afrenta de su imprudencia, pues muchas se quitaron la vida.

Fué el maestre de campo Lorenzo Bernal con ciento y cincuenta españoles y doscientos auxiliares a su castigo. Hallólos fortalecidos en un elevado monte, cuya cima era mas montañosa que despejada, con un fuerte trincheron por su frente. Resolvióse a atacarlos: fué la accion dudosa y se mantuvo indecisa por mas de una hora, hasta que habiendo muerto los principales del comando, forzaron su alojamiento; y retirados a un ángulo de él, se mantuvieron peleando media hora a cuerpo descubierto; y abandonando el terreno se internaron en los bosques, de que abunda aquel pais. Murieron trescientos indios y se aprisionaron ciento y cincuenta personas de uno y otro sexo, a quienes cojieron peleando al lado de sus maridos; y fué tal su despecho que aquella noche se ahorcaron algunas. Perdieron la vida cinco españoles y doce auxiliares.

En las montañas de la Villarica se habian refujiado muchos indios, huyendo el sujetarse al dominio español. Estos ejecutaban sus golpes de sorpresa en los que lo estaban, haciéndoles tan cruda guerra como a los mesmos españoles, lo que turbaba el sosiego de aquella ciudad. Y de órden del presidente, salió Gregorio Bastidas a castigarlos: ejecutóse esta accion con suceso, pues habiéndoles cojido algo descuidados y en las horas mas silenciosas, mataron a algunos y ahorcaron a otros, cuyo temor los hizo desalojar, y se retiraron a mas fragosas montañas. La ciudad de Cañete, cuya guarnicion y vecindario se aumentó con la jente que trajo Don Miguel Velasco, tenia en brida esta frontera pertinaz, y la fortaleza de Arauco, que se habia vuelto a poblar, servia de lo mesmo; y de una y otra provincia muchos habian dado la paz, y de

ella se gozaba jeneralmente en el reino: la cual concedió Dios a un pueblo por premio temporal de la observancia de su lei.

CAPITULO VIII.

El licenciado Calderon viene de visitador a Chile y suprime la real audiencia.—Viene de gobernador Rodrigo de Quiroga.—Ejecuta una fructuosa campaña en las provincias rebeldes.—Auméntase mucho el reino.—Singular aplicacion de los vecinos para la cristiandad y vida política de los indios.—Propónese un arbitrio para que se extraiga el oro del reino.

Dice Séneca que tanta necesidad tenia la república romana de Caton Censorino para gobernarla con sus consejos, como de Escipion Africano para defenderla con las armas. Vino por este tiempo a Chile de visitador el licenciado Calderon, quien reformó la audiencia por órden del Rei en el mes de julio de mil quinientos setenta y cinco años: dícelo así Ugarte de la Hermosa; y se fueron a Lima el presidente y ministros de que se componia este tribunal, y en el reino quedó laureada de bendicion su memoria. Y a los veinte y cuatro años de esta supresion, que fué cuando acaeció la muerte del gobernador Loyola, se conoció la lamentable falta que hizo; pues su autoridad, poder y alto respeto, hubiera sido suficiente para providenciar de por luego lo conveniente al reparo de tanta ruina; pues su teniente jeneral Pedro de Vizcarra, que estaba en Santiago, llegó solo a tiempo de ser inspector de la desgracia, y este es el comun sentir de desinteresados; cuya pérdida no ha sido reparada en el transcurso y sufrida esperanza de ciento y cuarenta años que acaeció esta desgracia.

Nombró el rei por gobernador de Chile a Rodrigo Quiroga, de la órden de Santiago, premiando su distinguido mérito y empeñándole a mayores servicios: pues, como dice Ausonio, que a vista de la palma se esfuerzan los alientos, y mas cuando el transcurso de veinte y dos años en que Gerónimo de Alderete le habia hecho el retrato de sus relevantes méritos, no le habian borrado de su real memoria, ántes sí supo que los habia recrecido. Feliz imperio, pues llegaba el premio al extremo de sus vastos dominios, sin el sudor congojoso de la socilitud, y digno recuerdo para que de siglo en siglo se transmita a la posteridad mas remota.

Envió el gobernador poder a Gomez de Lagos para que en su nombre se recibiese en el cabildo de la Concepcion, con el cual se presentó dia quince de febrero de mil quinientos setenta y cinco años. Consternó a los indios esta noticia, cuyo valor tenian experimentado desde el ingreso de D. Pedro de Valdivia y en su gobierno interino; y así en los sumisos se hizo necesaria su equidad, y en los alterados reposados sus deseos: moderacion que no tuvieron con su sucesor. Vínose el gobernador de Santiago con la mas jente que pudo y pasó para Arauco y Tucapel, provincias sublevadas: abandonaron sus paises, retirándose a los montes, y quedaron al arbitrio de nuestras armas, donde se ejecu-

taron todas las hostilidades de la guerra para ablandar su dureza: mas las toleraban con invencible firmeza. Esta dió a Poro su fortuna, y la pusilanimidad indecente de Perseo para con Paulo Emilio fué la última de sus ruinas, como dice Plutarco. El gobernador prosiguió visitando las ciudades del reino, logrando tan cabales aciertos en su gobierno propietario, cuanto costó de suspiros en su interinato su retiro.

La buena correspondencia que mantuvo con el obispo, cooperó mucho al espiritual y temporal adelantamiento del reino, pues los encomenderos hacian en sus repartimientos iglesias y hospitales, procurando reducir a pueblos sus indios. Solicitó se adelantasen las manufacturas, y sobre todo se aplicó al fomento de las minas, mas sin transgresion del estatuto que dejó la audiencia aprobado y establecido. Descubrieron en este tiempo unas mui ricas de oro en la jurisdiccion de Osorno, que llamaron de Ponzuelo, y el pago de su situacion hoi se ignora. Concurrian muchos solicitadores de oro al reino por su bondad y subidos quilates, de suerte que casi todo se extraia, por cuyo motivo Francisco de Castañeda, vecino de la Concepcion, propuso, como consta en el segundo libro de cabildo, de que se le echase liga para que bajase a seis quilates ménos, por cierto tiempo, y que de esta suerte se haria ménos apreciable y quedaria mucho para que dentro del reino circulase.

En la provincia de Chiloé, digna conquista de su valor, refrenó las injusticias que supo se hacian, castigando a los transgresores: y así dice Séneca, que ninguno peca involuntario, ni recibe sino es queriendo. Ordenó se tratasen los indios con la equidad y justicia arreglada en el reino. Los que no estaban sujetos se mantenian en la indijencia, padeciendo sus fatigas con voluntario destierro entre los montes: y a desgracias no rendirse es partida heroica, y con la paciencia lograron sacar frutos de contratiempos, que es lo mas laudable de una acendrada política. Esto se admiró el siglo pasado en las Provincias Unidas de Holanda, etc.; y esto mesmo en aquel y en el presente siglo tenemos que notar de estos indios chilenos, a quienes desestimamos por bárbaros; mas Dios escoje a los imbéciles del mundo para confundir a los fuertes, como dice el apóstol de las jentes. No solo mereció el reino al gobernador esta atencion por lo que mira al polo, sino es tambien por lo contrapuesto al trópico. Ibase aumentando la ciudad de Santiago y su comercio. Principióse la labor de la jarcia, tralla y de las minas de oro y plata, procediendo así su desvelada atencion.

CAPITULO IX.

Funda el gobernador la ciudad de San Bartolomé de Gamboa.—Hácese su descripcion, y muerte en su gobierno.—Elójiase su conducta y persona.

Toda era desvelos la atencion del gobernador, todo solicitudes su cuidado, y deseando obviar accidentes de altas consecuencias en lo futuro y poner el reino en estado de mayor seguridad, dispuso el fundar una

ciudad (asunto excelso). Estas (*sic*) no es grande quien se versa en lo pequeño, como dice Demóstenes, y estos sus elevados pensamientos los manifestó en la conquista de Chiloé, como tenemos dicho, emprendida en tiempo calamitoso e indijente.

Dispuso fuese su construccion veinte leguas de la Concepcion, mas para el trópico y en algo ménos de los treinta y seis grados de elevacion, cuasi en la promediacion de la latitud del reino, en un jénero de península que hace el caudaloso Ñuble y el rio de Chillan, en cuya endechura, que habrá dos leguas de el uno al otro, hai un plano de notable lonjitud, tan fértil y ameno que parece se esmeró o desveló la naturaleza, pues representa un abreviado paraiso con cuantos agrados puede apetecer el deseo. En este, pues, delicioso valle, a orillas del rio de Chillan, que es de moderado caudal, fundó la ciudad de San Bartolomé de Gamboa Martin Ruiz de Gamboa de órden del gobernador, año de mil quinientos setenta y nueve. De las primeras justicias que tuvo y de su vecindario, el dia de hoi se ignoran, porque la despoblacion y abandono que de ella se hizo, consecutivo a la sublevacion de los indios, año de mil seiscientos cincuenta y cinco, lo sumerjió todo en el olvido; haciendo mas sensible este trabajo el que estaba la ciudad acontajiada, y tal fué la confusion o la imposibilidad al tiempo de su retiro, que dejaron oculta una imájen de San Sebastian (que hoi se venera en la plaza de Yumbel) en un tremedal pajizo. Restablecióse a los ocho años, gobernando este reino D. Anjelo de Pereda. Todo el distrito de su jurisdiccion estaba bien poblado, y es mui abundante de granos (1) mayores y menores. La ciudad se aumenta con lentitud por la escasez de medios que tiene su vecindario. Hai un cura y los conventos de Santo Domingo, San Francisco, la Merced y Colejio de la Compañía de Jesus, que se mantienen mas con escaseces que abundancia por lo poco rentados que estan.

Habítanla nobles familias; gobiérnala un correjidor y dos alcaldes, con los demas oficios concejiles. Es su rio tan benévolo que tienen fácil extraccion sus aguas casi sin dispendio; y al arbitrio de sus habitadores se puede regar la vasta extension de sus campos, que por sí son tan fértiles que rinden a ciento por uno con neglijente cultivo; no solo esto, sino en los mas de sus términos y jurisdiccion se experimenta esta abundancia. Hai muchos jardines y molinos dentro y fuera de la ciudad: el rio viene tan somero que suele inundar parte de ella: la agua es mui electa y de una singular claridad, que casi sin estorbo de ella se rejistra el plan de sus profundos raudales y los peces que los surcan, de que hai notable abundancia en entrambos rios. Opúsose el cabildo de la Concepcion al establecimiento de esta nueva colonia; mas el gobernador la tuvo por necesaria, como lo es y ha sido; y en la calamidad que arruinó las ocho ciudades, se escapó, y esto siendo mas reciente y mé-

(1) Quizá deba leerse *ganados*.

nos poblada, y con imprudente acuerdo y ménos peligro la desampararon sus vecinos, yéndose a la otra parte del rio de Maule.

Así proseguia el gobernador, cuando le asaltó una enfermedad prolija y pagó con su muerte el tributo de humano vasallaje, a fines de febrero del año de mil quinientos y ochenta. Gobernó a Chile tres veces: nombróle D. García de Mendoza por digno sucesor suyo, anteponiéndole a otros que pudieran serlo en el reino; despues la audiencia de los Reyes y últimamente el rei con título de adelantado y facultad de elejir sucesor, lo que bien manifiesta la gran satisfaccion que tuvo de su conducta, y en virtud de ella designó para el gobierno a Martin Ruiz de Gamboa, su yerno. Fué uno de los mas amados gobernadores que han habido, y sobre su gran desinteres resplandeció su prudencia y justicia, haciéndola pronta al miserable y al poderoso, y en que se veia con admiracion la igualdad que ella pide, cuya ilustre recordacion dejó vinculada a su memoria y deseo; y aunque halló a Chile entre turbulencias de guerra, su tiempo fué el de la paz, como dice el Eclesiastes, apreciable don. Acimentóse en Santiago, donde gozó un opulento repartimiento, e ignoramos si dejó sucesion de varonía. Sábese que casó una hija con Martin Ruiz de Gamboa, cuya ilustre projenie hoi en el reino existe. Para fundacion del convento e iglesia de la Merced hizo liberales limosnas, para cuyo reconocimiento quedó un aniversario perpétuo que permanece con la misa de los sábados y sálve, cuya fundacion fué el año de mil quinientos sesenta y cuatro: que bien manifiesta la piedad de tan ilustre conquistador, que esta con otras muchas podrán borrar la calumniosa memoria que contra su honor ha suscitado la malicia, como tenemos dicho.

CAPITULO X.

Sucede en el gobierno Martin Ruiz de Gamboa: visita las ciudades del reino.—Refrena a los rebeldes de Tucapel.—Viene de España por gobernador don Alonso de Soto, de la órden de Santiago: extraña providencia que envía para el gobierno.—Remite a socorrer las ciudades de Valdivia y Rica: accion ventajosa que se tuvo con los enemigos.

Revivió en Martin Ruiz de Gamboa la memoria de tan bien amado antecesor y suegro: y pues que las leyes de nuestra naturaleza nos sujetan a mil mudanzas, como dice Séneca, razon es el que nos conformemos con ellas. Por marzo de mil quinientos y ochenta se presentó al cabildo de la Concepcion Alonso de Alvarado con su poder para que le recibiesen de gobernador, y su reconocido mérito y bondad hizo plausible su ingreso, para que los presentes imiten a los bien amados y se aparten de la conducta de los odiosos. No se desentendió su cuidado de la obligacion en que le ponia el comando del reino, y cual vijilante Argos, como dice Ovidio, extendió la vista para que nadie quedase sin el beneficio de sus atentas luces, y no adormeciéndose sobre cenizas que tan repetidas veces exhalaron llamas. Pasó de visitador a las ciudades

y plazas de las fronteras del reino y en ellas con la severidad o clemencia corrijió abusos y deslices en la justicia, haciendo de esta suerte felices los deseos que tenian de verle; y habiéndole experimentado los españoles afable y justiciero, le vieron los indios esforzado y terrible en la campaña.

De la ciudad de Cañete envió algunos destacamentos para que ejecutasen golpes de sorpresas en los rebeldes, los cuales se hallaban en sus paises mui dispersos de intento para que de esta suerte fuesen ménos ofendidos: precavencia que les pareció adecuada, como en realidad lo fué; y para noticiarse de cualquier acontecimiento, hacian fuegos de noche y ahumadas de dia. Hiciéronse doscientos prisioneros de ambos sexos, y algunos murieron en el tenaz empeño de defender su libertad, poniéndose en la puerta de sus casinas con armas a defender el ingreso con cruel desesperacion, por la que dijo San Agustin, que es homicida del alma o una cierta muerte. Y como la paz se ha de buscar con la guerra, envió el gobernador a solicitar con ella por medio de algunos prisioneros, cuya propuesta fué jeneralmente mal recibida, pareciéndoles que no habia trabajo insoportable al precio de una apetecida libertad. Prosiguióse una guerra flemática en aquella frontera, donde las fragosidades que ofrece aquella prolongada montaña, los ponian ménos expuestos al peligro, aunque vivian mas necesitados de lo preciso para su subsistencia.

Felipe II, con la inspeccion de terminar la guerra y conquista de Chile, nombró por gobernador a D. Alonso de Sotomayor, de la órden de Santiago, que con quinientos hombres vino de España a Buenos-Aires, habiendo arribado al rio de Janeiro tan considerable recluta, la que nunca habia venido mayor a Chile: bien hacia ver que este proyecto no se trataba con operaciones de tibio calor. Por fin, llegó el gobernador a Mendoza por junio del año de mil quinientos ochenta y tres, como dice Ugarte de la Hermosa en su manuscrito histórico, y prosigue que envió facultad a Lorenzo Bernal, a Alonso Reinoso, a Gaspar de la Barrera, a Pedro Lisperguer, Pedro Alvarez y a Diego García para que gobernasen el reino, en cuya conformidad lo ejecutaron el tiempo de tres meses, y la pluralidad no causó confusion ni desconformidad: ¡bien rara moderacion que califica la prudencia de los electos! Tan extraña providencia causaria sensibilidad mui llena a Martin Ruiz; mas la felicidad tenémosla prestada y la adversidad por natural patrimonio, como dice San Agustin. Fueron dichosas sus fatigas en la conquista que hizo en la provincia de Chiloé y la fundacion de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, que ambas subsisten con aumentacion y harán que permanezca su memoria a la posteridad mas remota o hasta la consumacion de los siglos: gloria a que anhelaron los primeros monarcas del orbe y con mayor connato los romanos Césares. No hai duda que fueron desgraciados sus méritos: mas pocas veces la fortuna está de parte de ellos, y aunque es escala del sosiego, si no se premian son teatro de la inquietud. El tener el gobierno en propiedad D. Alonso de Soto

le hizo dichoso, no mas digno que Martin Ruiz, lo que dió mérito al cotejo desaprobándole el hecho: y el dia de hoi permanece su ilustre descendencia en el reino.

Llegó el gobernador a Santiago por octubre de mil quinientos ochenta y tres, donde fué recibido con festivos aplausos, recreciéndolos mayores la aumentacion de fuerza con que venia, suficiente para fundar la esperanza de finalizar la conquista. Tuvo noticia de como desasosegaban los indios los términos de las ciudades de Valdivia y Rica, lo que incomodaba notablemente a aquel vecindario; y determinó que D. Luis de Sotomayor, su hermano (a quien nombró por coronel jeneral, o segun otros, parece que vino de España con ese grado), con ciento y ochenta hombres fuese al socorro, y que ejecutase en los rebeldes el castigo. Venia de maestre de campo Alonso del Campo; y habiendo llegado a la quebrada Honda, cuya situacion era prolongada y montuosa con desfiladeros, los acometieron dos mil indios que estaban en celada, por su derecha, izquierda y frente, aprovechándose mui bien de las ventajas del terreno en que actuaban mui a propósito su valor y pericia. Los españoles, viéndose en tan arduo empeño, hicieron notables esfuerzos de valor. Duró la accion indecisa media hora, hasta que el fuego violento y no descontinuado los hizo ceder con considerable pérdida, no obstante los esfuerzos que hacia Alonso Diaz, rebelde, que era el del comando. Así terminó esta accion mui a satisfaccion de los españoles, quienes prosiguieron su destino; y con la noticia de su aproximacion, se retiraron a los montes.

CAPITULO XI.

Atacan los españoles a los indios en un ventajoso campamento.—Tiburcio de Heredia y Don Antonio Galleguillos tienen dos reencuentros con ellos.—Principia el gobernador las operaciones de la campaña.—Favorable suceso de Alonso García Ramon.—Acometen los indios al gobernador: quedan batidos y aprisiónase al rebelde Alonso Diaz y quítasele la vida.

Este ni otros embates de desgracias no abatieron la fiereza de los indios o su constancia, la cual estimulaba Alonso Diaz, mestizo desertor; y de comun acuerdo se retiraron a un sitio ventajaso e innaccesible en su circunferencia, y solo con una senda estrecha y prolongada que terminaba en un espacioso plano, sin predominio de ninguna ni aun igual cima: émula de la que Arimazes defendió contra el grande Alejandro, como dice Curcio, aunque con igual infortunio. El coronel D. Luis de Soto fué con un destacamento y algunas tropas auxiliares a desalojarlos, y puestos al pié de aquella inaccesible roca, la cual la hacia ménos tratable un moderado rio que corria por su falda, los exhortó a que cumpliesen con el deber de su obligacion. Principiaron los españoles el asalto; rodeleros y arcabuceros iban al frente. Los indios se defendieron con el rodado de galgas y de maderos; no obstante, los españoles ganaban terreno con fatiga y peligro. El jeneral iba de los

primeros y procuraron con la presura abreviar el peligro, y por fin llegaron al ingreso del recinto que tenian hecho, adonde se esforzó el valor: y a la hora de un dudoso Marte, hollando los cuerpos muertos, lo forzaron; y se retiraron a un ángulo con confusion y desórden: muchos se precipitaron por evadir el peligro y otros con increible desesperacion se quitaron la vida. ¡Notable saña de su obstinacion! Incendiaron unas casinas donde tenian lo comestible: lo demas que pudiera complacer al deseo, hoi se ignora.

Tiburcio de Heredia, partidario de valor y conducta, fué a ejecutar una sorpresa en el pais mas rebelde, y los indios discursivos en la ofensiva, tomaron bien cabales medidas para hacer con sus tropas lo que iba a ejecutar con ellos: ofrecíase un plano de estrecha senda, montuosa y prolongada, en cuyo tránsito acometieron a los españoles. La accion fué dudosa y estuvieron cortados, lo que hubiera causado su total ruina a no haberse reunido con esfuerzo que hicieron mas que de hombres. Esta su defensa consternó a los indios, y se retiraron con alguna pérdida. Prosiguieron su destino, mas con poco fruto, porque hallaron las provincias deshabitadas y en una melancólica lobreguez, habiendo ellos mismos incendiado sus casinas. Don Antonio Galleguillos ejecutó otra tal en sus paises, mas con el mismo efecto, y a su regreso tuvo un fiero reencuentro con los indios, el cual terminó a favor de los españoles. ¡Quién no admirará el que con tan repetidos infortunios no se dé por vencida su constancia! Preveníalos mayores la fama para la futura campaña, pues era notorio por el reino que el gobernador preparaba considerables tropas para reglar en persona las operaciones de ella. Mas todos estos bélicos aparatos les ministraban luces y les recrecian firmezas, habiendo tomado el partido de los rebeldes algunos de los sumisos. Esto puso al gobernador en alto concepto de esta nacion, para que nuestra experiencia aprenda cuan poco se puede fiar del dictámen de nuestra vanidad, en que las mas veces estriba la confianza. Con ella llegó Aníbal a sitiar a Roma; mas, haciendo ridícula su soberbia, no le cerraron las puertas y pasaron a vender en pública subastacion el terreno de su campamento; y por fin se retiró con indecoro.

El gobernador por octubre de mil quinientos ochenta y cuatro vino a la ciudad de San Bartolomé, adonde le esperaban las tropas de españoles y auxiliares para castigar a los cordilleranos de su distrito que se habian sublevado, y juntos con los pehuenches, tenian en contínuo desasosiego a todo el vecindario. Castigáronse algunos y los demas dieron la paz, asombrados o recelosos de que el gobernador principiase por ellos el estreno de su valor, el cual tenia divulgado la fama. Y superado felizmente este obstáculo, siguió su destino para Yumbel hasta Angol, adonde se le juntó su hermano el coronel D. Luis con las tropas de su comando, que unas y otras hicieron el número de setecientos hombres. Llegó a noticia del gobernador, que en Marigueno (el que comunmente se menciona la cuesta de Villagra) se habian acampado algunos rebeldes, y ántes que recreciese el número de sus tropas, marchó por camino

extraviado el ejército. Destacó al maestre de campo Alonso García Ramon para que con ciento y cincuenta hombres bien montados fuese a desalojarlos. Sorprendiéronlos con tan buena dicha que mataron algunos, aprisionaron otros y cojieron porcion de caballos y ganado mayor, volviéndose con la misma celeridad que fueron: tan cabales medidas tomó el comandante para el logro de tan feliz suceso. Esta accion consternó a los indios.

El rebelde Alonso Diaz, viendo que era de su interes el que se prosiguiese la guerra, procuró enardecer su tibieza diciéndoles: que a la adversa fortuna se seguiria la próspera, siendo esto mui propio de la vicisitud humana, y que la constancia habia de muchos apartado la dicha, de la cual hubieran gozado con ella, y que hiciesen resminicencia que su teson los habia exceptuado de la dominacion española, no obstante las ventajas que en ellos reconocian. Esta elocuente exhortacion los resolvió a la guerra. Fué costosa a los macedonios la de Plutarco, pues les hizo tantos enemigos como empleó razonamientos; y la de este desertor no lo fué ménos a los españoles, pues era facundo e insinuante y conjeniado con ellos. El gobernador pasó a Puren y Tucapel, y a su regreso se volvió por Arauco. Taló aquellas fértiles provincias, reduciendo a cenizas lo que fué capaz de combustion. Hízose considerable presa de ganados: quitaron la vida a tres de los mas obstinados, dejándolos hechos cuartos en los caminos mas frecuentados para que acordase esta pena el mérito de sus culpas.

El mestizo Diaz observaba siempre el campo español y acometiólo en un desfiladero que le pareció a propósito, con un destacamento de mil hombres. Principióse la accion dudosa y confusa con igual coraje. Los españoles, que iban sobre aviso, hicieron un fuego violento, lo que no los contuvo, hasta que Juan Zapata mató de un arcabuzazo al capitan mas intrépido y esforzado, lo que los aterró; y penetrando los españoles por el centro de su escuadron, se retiraron con desórden, no obstante que Alonso Diaz los procuraba reunir para volver a la carga. La pérdida de parte de los enemigos fué considerable; hízola mayor la captura de Diaz, a quien halló oculto en un coligual Juan Martin, y queriéndolo matar, se le arrodilló pidiéndole lo suspendiese hasta confesarse y morir como católico: concediósele usando de misericordia, que, como dice San Agustin, es efecto de ánimo piadoso para compadecerse del prójimo. Quitáronle despues la vida; y si su perversion fué escandalosa, su conversion fué ejemplar, con signos de verdadera predestinacion. Pagó la pena de su delito a los once años de su desercion. ¡Oh lisonjera fortuna! Defirieron siempre los indios a su dictámen, y entre ellos tuvo un absoluto comando: tanta confianza les mereció o fué digna recompensa, porque le solicitaron várias veces los españoles, ofreciéndole el indulto de sus delitos y el gratificarle; mas nunca quiso abandonar sus intereses. Prometió ántes de su muerte el ser conductor de una sorpresa para aprisionar dos mulatos que fueron sus asociados: intentóse, mas sin suceso.

CAPITULO XII.

Reedifícase la plaza de Arauco, la que redujo a cenizas un incendio.—Procuran sorprender los indios la plaza.—Singular disimulacion de un tránsfuga: avánzanla.—Tenaz combate y dudoso en que estuvieron los españoles perdidos: por fin terminó a su favor.

La esperanza es peligro de la seguridad, pues las mas veces no lo que se piensa o presume sucede, sino al contrario, lo que no se presumió ni pensó: este es accidente de que han adolecido los primeros héroes del orbe. Discurrió Gustavo el siglo pasado apoderarse de Alemania, y aun mas allá pasaban sus vastos designios; mas una mano atrevida le cortó el estambre de la vida y el verdor de sus esperanzas. Así el gobernador, habiendo experimentado que no era tan corta expedicion como se habia figurado, la de sujetar a los rebeldes chilenos, dispuso el que se reedificase la plaza de Arauco con mas regularidad y amplitud, la cual la habia reducido a cenizas un voraz incendio, pues era en aquel tiempo la de Arauco y Tucapel frontera la mas pertinaz de este belicoso clima, cuya indocilidad con admirable metamórfosis la experimentamos el dia de hoi mudada a otras provincias, como Quechereguas y Maguegua, etc. Esparta en siglos distantes tuvo no sé qué actividad en su terreno para producir hombres valerosos, la que se extraña en su abatida servidumbre y limitada capacidad de los patricios.

Dejó por comandante de dicha plaza a Alonso García Ramon, quien con todo desvelo se aplicó a su construccion; y entretanto el gobernador resolvió el talar el pais de Marigüenu y sus dependencias, tan poblado entónces como deshabitado hoi. Era señor de aquellos deliciosos valles el cacique Cayancura, quien, habiendo penetrado este designio, juntó las tropas que pudo y solicitó otras por medio de ciento y cincuenta emisarios que a diversas partes envió, cuya solicitud fué fructuosa, pues en breve se halló con cinco mil hombres, suficiente número, segun su dictámen, para fundar esperanzas de prevalecer contra los españoles. Mas como las victorias son mas plausibles cuanto ménos costosas, como dice Salustio, deliberó sorprenderlos en su campamento en las horas mas silenciosas, por tres partes, para recrecer la confusion, con distraccion de las fuerzas españolas, cerrando los ojos a dificultades, porque la distancia de ordinario las recrece, queriendo este valeroso cacique con la constancia desacreditar la adversa fortuna, o como dice Silio Itálico, que raras veces humean siempre felices las aras. Andres, indio jóven del servicio de Fernando Alvarez de Toledo, quejoso de su servidumbre, pues es condicion odiosa, o deseoso de su libertad, habia hecho fuga y se hallaba entre los que militaban al comando del gran Cayancura, y se ofreció el ir a observar el campo español para que la intentada sorpresa fuese mas fructuosa. Y para obviar toda sospecha discurrió su malicia el finjir evadirse de las manos de diez soldados que le trajesen hasta la márjen del rio de Carampangue, en cuya opuesta ribera estaban acampados los españoles, quienes a sus vo-

ces vendrian a favorecerlo, y que la protesta de su arrepentimiento la manifestaria a su antiguo señor, quien allí estaba, con el regreso a su servicio, y que breve volveria con noticia individual de todo. El hecho se ejecutó al igual del deseo, sin que nadie penetrase tan reservada intencion; y al segundo dia hizo fuga llevándose un caballo de su antiguo dueño, a quien engañó su artificiosa simulacion contra la buena máxima de que el traidor no debe ser creido, como dice Livio.

Enterado Cayancura y los demas jenerales del campamento, el cual estaba entre calles compartido y con débil trinchera, se fué para él en tres columnas de a mil y setecientos hombres, siendo Andres el conductor. Esperando la noche en una montañeta para llegar a las horas mas silenciosas, que fué a la media noche (como lo especifica Alonso García Ramon en una certificacion, quien de maestre de campo allí se halló), y estando ya los indios en la inmediacion, advirtió la gran guardia en el polvo que se dejaba ver al traves de la claridad de la noche, y tocando alarma, se apresuraron los invasores, y atropellándolo todo con ciego furor, se apoderó de la primera calle Lonconaguel con las tropas de su comando, desbaratando las pequeñas partidas que salian al opósito, y proseguian por las calles alanceando las tiendas, mas sin distraerlos la codicia de su militar ordenanza (bien rara moderacion). Opúsose el gobernador a esta impetuosa corriente, exhortando a los españoles y exponiéndose sin reserva de su persona al mayor peligro, y como de un comun acuerdo, quisieron mas ántes morir que ceder a los indios, de suerte que reprimidos proseguian la accion indecisa. A este tiempo el jeneral Antelebu se apoderó de otra calle, mas el capitan Francisco Hernandez se le opuso y retuvo con un fuego violento de mosquetería y arcabucería, y en breve rato cedieron con mucha pérdida y el jeneral mortalmente herido. El tercer escuadron se apoderó de la otra calle y opúsosele el sarjento mayor, y con ménos dudoso Marte, duró media hora la accion en igual balanza, no obstante haber muerto en ella uno de los dos mulatos que tenemos dicho y el hermano del comandante, hasta que el maestre de campo jeneral Alonso García Ramon acometió a esta tropa por la retaguardia, y se retiraron con desórden.

Ejecutó lo mesmo en la que contendia con el gobernador, donde fué mayor el teson; y viéndose oprimidos por su frente y retaguardia, se retiraron sin confusion. Viendo el jeneral Cayancura, quien por todas partes habia andado animando a los suyos, frustrado ya su designio, los reunió a una competente distancia del campo español, y con eficaces razones les renovó el espíritu de audacia y fiereza de que estaban ya decaidos, con que primero vinieron a forzar las trincheras, y por segunda volvieron a la carga, exhortándose unos a otros a hacer bien su deber o a morir en tan jeneroso empeño. Haga aquí paréntesis la atencion. ¡Quién no admira que ya con la luz del dia quieran volver a exponerse a un fuego tan bien prevenido, unos hombres medio desnudos, sin caballería, ni mas armas que sus picas y flechas! Laudable empeño y digno de todo encomio.

Mas el maestre de campo jeneral, advirtiendo su designio, les salió al opósito con toda la caballería, que era la flor de la nobleza del reino. La campaña era despejada; y dividida en dos pelotones, los acometieron; mas no pudieron romper su bien arreglada falanje, en cuya formacion estaban, émula de la que usaban los macedonios, guarnecida de espesa piquería de cuarenta palmos, que esa es su mensura, sobre bien unidos. Hasta que enardecido el valor español con la resistencia, hicieron los últimos esfuerzos y los rompieron, ejecutando en ellos un grande estrago. Los españoles estuvieron en notable peligro de perderse, no obstante que sus tropas habian sido las mas numerosas que hasta entónces se habian visto. En los fragmentos de aquel tiempo hallamos bien ponderado el peligro, mas no especificada la pérdida, pues que el hablar en jeneral no satisface al deseo: omite esto el mesmo gobernador en una merced de indios que hizo a Nuño Hernandez, en que narra difusamente la accion, quien se halló en esta batalla, y lo mesmo su sucesor Martin Ruiz de Loyola, y en otra igual a Francisco Buiza, quien se portó en ella con gran valor, cuya descendencia permanece en los Leones de la ciudad de Santiago y Concepcion. Fué esta batalla el dia diez y seis de enero de mil quinientos ochenta y cinco años.

CAPITULO XIII.

Constrúyense dos fuertes en las opuestas riberas de Biobio.—Tala el gobernador el pais de los sublevados.—Acometen los indios a una partida de españoles: terminóse la accion a su ventaja.—Sitian seis mil indios con tenaz empeño a Arauco y estréchanlo.—El maestre de campo Alonso García Ramon con resolucion y despecho ataca sus líneas.—Batalla cruel y sangrienta, y quedan enteramente batidos con gran gloria y reputacion de las armas.

Muchas cosas que cree ser imposibles la flojedad o el temor, las halla fácil la experiencia, como dice Tácito. Habíanse opuesto muchos al dictámen del gobernador, el cual era de construir dos fortines, el uno al ingreso del rio Tavolevo con el gran Biobio, a quien nombró del Espíritu Santo, y el otro de la Trinidad en la opuesta ribera: mas llevando a rostro firme su resolucion, superó todos los obstáculos y quedaron en estado de una regular defensa. El cacique Taruquilla, que habitaba en aquella inmediacion y aun dominaba en parte del territorio de Yumbel, quedó en breve tiempo con su numeroso jentio enteramente subyugado; y es cosa digna de reparo que tan extenso pais, el dia de hoi le habitan mui pocos o casi ningunos indios. Y para que se pudiesen sostener con mútuo socorro y frecuente correspondencia, mandó el gobernador construir dos pequeñas embarcaciones, y llevándolas rio arriba, las asaltaron los indios por una y otra parte de la ribera del Biobio, cuyos raudales corrian minorados. Hicieron tan vigoroso esfuerzo, que se apoderaron de ellas con pérdida de cuatro españoles, sin que la escolta que por tierra seguia, lo pudiese remediar. No faltaron despues impúdicos que llamaron a estos fuertes los de *los amantes*, por-

que hubo un Leandro que en las horas mas deliciosas de la noche transitaba nadando el Biobio por ver a otra Hero y al alba se volvia, no obstante que la latitud del rio es poco ménos que el Bósforo de Tracia: pero no experimentó igual desgracia a la de Leandro.

Así proseguia la guerra, unas veces ardiente y otras remisa en Arauco i Tucapel; mas lo restante del reino gozaba de paz y se aumentaba la cristiandad, las ciudades y el comercio. El gobernador con fervoroso deseo queria enteramente subyugar a los rebeldes para que todo fuese pacífico; y este ardiente y laudable celo tuvo desde su ingreso hasta que finalizó su gobierno; por cuyo motivo ejecutó otra campaña el año de mil quinientos ochenta y ocho y se internó por Arauco a las provincias de Tucapel.

Acampóse en Mollgüilla, donde los indios intentaron sorprenderle, mas sin suceso y retirándose con alguna pérdida. Prosiguió el gobernador su destino y halló las provincias de Tucapel abandonadas por el retiro de sus habitadores, y viendo que la estacion inverniza se aproximaba, se retiró dejándolas taladas. Acometieron los indios a una corta partida de españoles que salió del fuerte del Espíritu Santo: murieron cuatro y los demas se retiraron a la plaza. Con este suceso insolentados, intentaron atacarla; mas Tomas de Olavarria disparó con tan acertada mira que a Longonagüel, jeneral, le quebró un brazo por dos partes, y aterrados se retiraron. El cómputo preciso de los tiempos en que acaecieron algunos hechos, el dia de hoi se ignoran, y así no se extrañe el que unos vayan en ordenada serie y otros invertidos y quizá callados; pues los conquistadores se ocuparon solo en el manejo de la espada y no en el de la pluma: aunque tiempo tuvo César para lo uno y otro, pudo ser que el corto premio desacordase este cuidado.

Envió el gobernador a la ciudad de Santiago a solicitar remonta para la caballería, de donde le trajeron doscientos caballos y alguna jente de recluta, porque el fervor de finalizar la guerra, como tenemos dicho, nunca decayó de su ánimo, aunque las emerjencias del tiempo privaron a Chile de este beneficio. La obra de Arauco que fervorosa proseguia, consternó a los indios, discurriendo que esta terminaba en reducirlos a servidumbre; y siendo la ocasion transitoria, como dice Ausonio, y que estar en un lugar no puede, trataron de aprovecharla juntándose con celeridad y sijilo, no obstante que lo advirtió el comandante Alonso García Ramon.

Avistáronse a la plaza seis mil indios con tal denuedo y resolucion que a la credulidad excede. El maestre de campo juntó toda la guarnicion y los exhortó a que cada uno cumpliese con su deber y sostuviese con honor la gloria de la nacion. Vinieron los enemigos a acamparse donde no les pudiese ofender el cañon de la plaza, y principiaron a trabajar en una línea de circunvalacion con actividad increible. Y viendo el maestre de campo que no podria sostener un dilatado sitio y que el socorro no podria ser medido con la necesidad; que la demora aumentaria sus tropas con las reclutas que esperaban, fortificando mas sus

líneas de contravalacion y lo que haria difícil el forzarlas, a que se añadia que en breve faltaria el forraje para la caballería: compulso de estas razones, resolvió el salir a presentarles campal batalla; pues entre dos extremos, tiene lugar de bien el menor mal. Dió tiempo competente a los españoles para la disposicion de sus conciencias y ordenacion de negocios domésticos, y despidiéndose mutuamente, salió de la plaza con cuarenta y cuatro hombres de caballería a pelear con ellos, que ya los enemigos eran mas de siete mil: y porque siendo esto verdad no se repute entre las demasías de la fábula, citarémos ántes de narrar el hecho los instrumentos orijinales de aquel tiempo que paran en nuestro poder, y los que en el de otros hemos visto. Certifica el maestre de campo Pedro Cortes el número expresado de los indios y españoles, y que se halló en la batalla Francisco de Buiza. Don Alonso de Sotomayor en otra tal, a favor de Francisco Ortiz, expresa lo mismo y dice que la batalla duró mas de tres horas. El gobernador Martin García de Loyola en merced que hace a Pedro Gutierrez de Mier, de alguacil mayor de Valdivia, narra lo mesmo y añade que por su consejo se dió la batalla.

Los indios estaban en diversos escuadrones bien formados y muchos con armas españolas defensivas y ofensivas, que bien acordaban los trofeos de sus victorias. El maestre de campo mandó que se procurasen mantener unidos y que no se dejasen aprisionar vivos, pues habia mas de ciento y sesenta enemigos para cada uno. ¡Portentoso caso! Principiaron los españoles la accion acometiendo a los indios, mas como leones que hombres, pues donde no hai esperanzas toma armas el temor con desesperacion. Circundáronlos por todas partes los enemigos para oprimirlos con su mesma muchedumbre y embarazarles el regreso a la plaza. No habia golpe que no fuese mortal, mas con eleccion, procurando fuesen en las personas que se les ofrecian distinguidas. La vociferacion era grande y coadyuvaba a sus militares instrumentos, y hacian pavorosa disonancia. Al acometimiento de los españoles, cedian el terreno que ocupaban y le recuperaban con su retiro: así estaban en el centro de este gran círculo, asemejándose su muchedumbre a las olas de un mar ajitado que retroceden para impulsarse. Duró la accion mas de tres horas indecisa, hasta que quiso Dios por su misericordia que comenzasen a retirarse con algun desórden, dejando el campo cubierto de muertos. Es deplorable el que ignoremos el número de estos, como el olvido de sus nombres; pues lo sabemos de Francisco de Buiza, Pedro Cortes y Pedro Gutierrez de Mier, quien habia militado en Flandes con el señor Don Juan de Austria y Requesens y en Malta, defraudando a la posteridad memorias que pedian heroica recordacion; y adelanto esta protesta, porque no se fabrique ofensa que no pensó hacer la pluma. Al maestre de campo premió el Rei haciéndole gobernador de Chile, como verémos despues. Celebraron con devotas demostraciones los españoles tan feliz victoria, que parece excedió a las humanas fuerzas. Los enemigos consternados se retiraron a los montes sin saber a qué atribuir

su vencimiento por tan corto número. Vínole al maestre de campo una corta recluta y se ejecutaron algunas sorpresas con suceso; mas por entónces no doblegó su constancia. Singular teson y digno del aplauso de su valor, pues Hércules no hubiera sido conocido sin los mónstruos, ni Sanson sin los Filisteos.

CAPITULO XIV.

Envía el virei del Perú dos socorros a Chile.—Dan algunas provincias la paz.—Construye el gobernador varios fuertes y el de Puren.—Incomoda bastante aquella provincia Cadeguala.—Sorprende a la ciudad de los Confines, la que estuvo en estado de perderse: lo que sucede si el gobernador no se halla en ella.—Retíranse los indios consternados.—Cadeguala los exhorta y prosigue la guerra.

No sé qué atractivos tiene la planta que se crió para merecer de su dueño los agrados y el recuerdo de su fomento: este se le observó siempre a D. García de Mendoza desde que gobernó a Chile, y hallándose de virei del Perú, tuvo por recomendados los intereses del reino; y en un navio envió de socorro doscientos hombres con armas, municiones y ropa: condújolo D. Pedro Paez Castillejo, persona de calidad y mérito, cuya ilustre projenie permanece hoi en la familia de los Arias en la Concepcion. Estas y otras remesas aterraron a los indios, pues a golpes de repetidas desgracias no hai constancia que no desmaye. Hallábanse en fatal positura, viviendo como fieras en los bosques y en las últimas extremidades; y pareciéndoles que el ceder por entónces, no solo era largueza de jenerosos, sino dilijencia de acomodados, resolvieron algunas provincias el dar la paz; mas con reservada intencion, pareciéndoles que estos engaños eran lícitas permisiones de la guerra para evadir sus peligros o recrecer utilidades. Con los mesmos se apoderó Soliman de Buda, de que tuvo algun escrúpulo; mas sus jenerales le dijeron, que ¿quién seria el que le formase proceso de esta adquisicion, teniendo por lícito lo útil? cuyo consejo aprobó.

Enviaron los indios sus comisarios al gobernador, que los recibió benigno, experimentándolo tan humano con los rendidos como le vieron terrible con los rebeldes. La antigüedad pagana rindió cultos a la clemencia, como dice Plutarco, por ser virtud apreciable o como guardian del mundo, segun pondera Claudiano. Dos mil y quinientos fueron los que sujetaron al dominio español. El gobernador hizo construir un fortin en la provincia de Guadava y otro en Marigüenu y Puren, provincia pertinaz adonde pasó a comandar las armas el maestre de campo Alonso García Ramon, habiendo dejado sujeta la mayor parte de la costa de Arauco y Tucapel, pais de sesenta leguas de extension. Improbaron al gobernador sus altos oficiales el que se fortaleciesen tantos puestos, porque componiéndose el ejército de tan limitadas tropas, quedaria con las guarniciones mui atenuado. Mas llevó a rostro firme su resolucion. Semejante a este dictámen fué el del príncipe de Condé cuando Luis XIV invadió la Holanda, que le dijo demoliese

las plazas, y no lo siguió sino el de cierto ministro, manifestándole el tiempo, que es maestro de lo futuro, el yerro que cometió.

Este año fué el de mil quinientos ochenta y nueve: volvió de la ciudad de los Reyes el coronel D. Luis de Soto, con dinero y tropas, porque en el marques de Cañete, que gobernaba el Perú, hallaron las urjencias de Chile grato y pronto despacho.

El rio Puren, que de las montañas costeñas sale, se alaguna, y los muchos arroyos que rápidos corren por aquel agradable valle, la recrecen. Circúndanla varios montes y es trajinable solo en canoas sus islotes, como tenemos dicho, y luego prosigue su curso como el Mincio en Mantua: este fué en aquel tiempo y aun en el presente lo ha sido el asilo de estos bárbaros. El gobernador procuraba incomodarlos; mas Cadeguala con otros caciques formaba el proyecto de una poderosa diversiva, para obviar tan nociva vecindad como les era la guarnicion de Puren, la cual fué de sorprender la ciudad de los Confines, que con la paz que en su territorio se gozaba, se habia adormecido el cuidado de la guerra: para cuyo efecto destacó cien hombres de la caballería (que ya entónces la usaban) y se acampó en un bosque a competente distancia de la ciudad, habiendo atraido a su dictámen al cacique Cheuquetaro y a otros de los que con mas frecuencia comerciaban con los españoles, y discurrieron el incendiar algunas casas en las horas mas silenciosas, porque eran las mas pajizas, y entre la confusion y espanto que esto causaria, que los acometiese Cadeguala con la caballería, a quien seguirian mil hombres para sostenerlos. El dia aplazado se ejecutó el incendio, y ajitada la llama, hacia un voraz efecto. Cadeguala penetró hasta la plaza y se apoderó de ella: los vecinos conturbados salian medio desnudos o mal vestidos a buscar el remedio.

Cadeguala, mudando formas como Proteo, ya jantaccioso (*sic*) y festivo para con sus soldados por el buen éxito, como de terrible para con los españoles, en diversos pelotones los acometia por las calles, llevándolo a sangre y fuego: todo era impensado horror, que solo puede explicar la reflexion y el silencio, mas no la voz ni la pluma. Hubieran perecido si no hubiera acaecido la casualidad venturosa de la llegada dal gobernador aquella mesma noche, que con la jente que trajo, su presencia y valor animó a todos, exponiéndose a los peligros de los primeros, y para pelear con mas desembarazo y ménos confusion, hizo recojer de pronto a las mujeres y niños: y al fin de mas de dos horas de indecisa accion, cedieron los indios, llevándose algunos prisioneros y con notable pérdida: tuviéronla tambien los españoles, que una y otra ignoramos el dia de hoi para especificarla. Salió en su alcance el capitan Luis del Monte, y avistándose con ellos, les acometió con suceso, quitóles parte de la presa y aprisionó cuarenta: coadyuvó a esta favorable accion el haberlos hallado con los caballos fatigados.

Fué el suceso de Binidas a quien los romanos rindieron cultos: Praxíteles hizo una bella estátua, como dice Plinio, representábanla en varon con una copa y espiga. El adverso que habia experimentado Ca-

deguala, no le aterró, y con la política no de bárbaro, quiso sacar bien del mal, lo que admiró al conde Gualdo, historiador de Mazarino, por arbitrio de la mas fina política: y lo que notarémos en este Alcides chileno, pues con su natural facundia introdujo nuevo valor a sus tropas, de que estaban decaidas, diciéndoles: que lo adverso y desacomodado, servia al deleite y a lo próspero; que habiendo experimentado fortuna contraria, debian esperar la favorable, pues en nada era consistente sino en lo mudable; que no eran mas valerosos los presentes españoles que los pasados, a quienes tantas veces habian vencido cuando ellos estaban en positura ménos ventajosa que la presente, pues se hallaban con muchos y jenerosos caballos y bien armados, de todo lo cual habian carecido sus pasados; que la inconstancia habia apartado de muchos la dicha que con ella hubieran conseguido. Los indios, enardecidos con esta exhortacion, le dieron palabra de morir en el empeño de su libertad.

CAPITULO XV.

Sitia Cadeguala a Puren: intenta el gobernador socorrerla y no lo consigue.—Prosiguen con mas empeño.—Desafía al comandante Alonso García Ramon a campal batalla de persona a persona: muere en el combate Cadeguala: abandonan el sitio.—Vienen algunos navios extranjeros a hostilizar el mar del Sur: mal éxito de Tomas Candish.—Los indios pretenden sorprender a los españoles.—Notable hazaña que ejecutan en su defensa.

Cadeguala con infatigable solicitud de eximir su nacion del dominio español, émulo de Viriato, que intentó lo mesmo contra el poder romano, manifestó el designio a sus tropas, que constaban de cinco mil hombres, el cual era de sitiar la plaza de Puren y compeler al comandante, que era Alonso García Ramon, a su entrega y abandono, para cuyo efecto se acampó a tiro de fusil de ella, sin que obstase este su designio lo ríjido de una estacion inverniza. Atrincheróse para su mayor seguridad. Montábase la guardia con toda formalidad, y siempre prevenidos y bien formados, provocaban a los españoles con obras y palabras a campal batalla y no omitian cosa de las que podian incomodarlos que no la ejecutasen. El maestre de campo notició al gobernador por medio de un indio de toda su confianza del estado en que se hallaba, que era con poca jente y algo escaso de municiones de boca y guerra, y recrecia su recelo el tener por muralla una endeble palizada y ver al enemigo tenazmente empeñado. El gobernador no desestimó el aviso que se le dió, y sin perder instante vino al socorro de su maestre de campo. Cerciorado de esto Cadeguala, le salió al opósito con quinientos hombres y ganó un puesto ventajoso, que era un desfiladero lodoso, lo que hacia mas difícil su tránsito; y habiendo acometido los indios, se retiraron los españoles con alguna confusion y desórden. No obstante, intentó el gobernador por segunda [vez] seguir su destino, mas disuadiéronselo sus capitanes, pues siempre mas aprisa viene el peligro que se desprecia, como

dice Séneca, y a los sucesos se debe el quedar con la opinion de prudente: con ella quedó el gobernador, conformándose con el dictámen de sus jefes.

Siempre el vencimiento aumenta la osadía, como dice Salustio. Cadeguala presuntuoso y mas esforzado, que habia embarazado el socorro, prosiguió el sitio de Puren con tenaz empeño, y queriendo sus soldados avanzar la plaza, los contuvo diciéndoles, que queria primero desafiar al jeneral a campal batalla, para cuyo efecto pidió suspension de armas, y montando en su jeneroso caballo, se llegó a competente distancia de la plaza y retó al maestre de campo para el tercero dia, en que quedaron entrambos convenidos; y entretanto los enemigos solicitaban a voces a los españoles e indios el que desertasen, ofreciéndoles grata acojida, y hubo un Juan de Tapia tan desleal que se pasó y no indio alguno. ¡Vergonzoso ejemplo! y así dice Ciceron, que no hai castigo que iguale al que merece el traidor. El dia aplazado llegó primero al puesto Cadeguala con un moderado cortejo, el cual quedó algo distante de la palestra, y el maestre de campo llegó despues con cuarenta españoles, los que quedaron en igual paralelo que los otros, y puestos los contendores a promediada distancia uno de otro en jenerosos caballos, bien armados y con sus picas, se acometieron con fiereza, y al primer bote cayó en tierra Cadeguala mortalmente herido. Mas levantándose con sus armas, sin confesarse rendido queria proseguir el combate; y dando traspiés cayó desfallecido para no mas levantarse; a cuyo tiempo llegaron los suyos, a cuya vista expiró. No hubiera hecho mas Diego García de Paredes en el combate que tuvo con franceses en la guerra de Nápoles; Marales ni Mariban en el que tuvieron consecutivo a la muerte de Enrico III en el sitio de Paris, como dice Mezeray. Accion por cierto digna de un alto elojio y que el nombre de Cadeguala se transmita a la posteridad mas remota.

Trabóse una accion dudosa entre indios y españoles, y como de comun acuerdo se separaron llevándose el cuerpo de su jeneral. Su pérdida los consternó y se retiraron con alguna confusion, mas no desórden. Lo mesmo ejecutó el ejército de los Filisteos cuando la muerte de Goliat, y el de Holofernes despues del triunfo de Judit. Dieron la paz muchos de los rebeldes, la que se debió al singular valor de Alonso García Ramon, y así le reconoció Chile por la persona mas distinguida de su tiempo, y en dos certificaciones suyas tenemos notado el que narra el hecho. El gobernador, ya desembarazado de este cuidado, pasó a la plaza de Arauco con el motivo de haberse incendiado, y se aplicó con todo desvelo a su reedificacion, y con loable ejemplo ejecutaba lo mesmo que mandaba, y dejándola en estado de una regular defensa, pasó para Tucapel con considerables tropas a talar los paises de algunas provincias rebeldes, lo que se ejecutó con todo el rigor de la guerra, no obstante que las hallaron desiertas; y a los cincuenta dias de su ingreso, se retiró a la Concepcion.

La reina Isabel de Inglaterra procuraba desasosegar el dominio es-

pañol por todas partes, en Flandes, Portugal y Cádiz; y hasta en la meridional América quiso se resintiesen los rayos de su indignacion, para cuyo efecto envió escuadras al mar del Sur el año de mil quinientos ochenta y cinco, ochenta y siete y noventa y uno, y de comandante las dos veces a Tomas Candi, y la última vino a resforzarse a la isla de Santa María, de donde pasó a la Herradura, que es una punta que hace el puerto de la Concepcion; y viendo que allí no podia efectuar sus designios, se fué a Valparaiso y a Quintero, adonde se proveyeron de leña y agua; y solicitando bastimentarse por la inopia en que estaban, enviaron con este designio a un español prisionero, porque en males desesperados todo se aprueba y reprueba, como dice Salustio. La jente española que con novedad tan extraña estaba sobre las armas, (*sic*) vinieron de la ciudad de Santiago algunas tropas con su comandante Alonso de Molina Parragues, que habiéndolas ocultado en una inmediata selva al lugar del desembarque, solicitó la ocasion para acometerlos: hallóla y ejecutóla con suceso: murieron algunos y aprisionaron catorce, y entre ellos al jeneral Candi, y la escuadra desamparó la costa de Chile. Lo expresado tenemos visto en instrumentos de aquel tiempo, los que paran en la ilustre descendencia que de este caballero está acimentada en la Concepcion, quien ejecutó la prision de un navio holandes, hallándose de correjidor en la ciudad de Santiago, habiendo llegado con notable penuria de bastimento a la costa de Chile; y las circunstancias que echare ménos la curiosidad, las ha sepultado el olvido.

Es la esperanza el mas gustoso engaño de la vida, y así lo esperado no es defectuoso, como ni lo poseido perfecto. Los indios, viendo la atencion de los españoles preocupada o distraida con los enemigos de Europa, discurrieron exonerarse de la servidumbre en que estaban, para lo cual tomaron sus medidas los caciques Catipingue y Peruan, solicitando el vencer con la simulacion, ya que no pudieron ejecutarlo con la fuerza: y así dice Séneca que las suaves palabras suelen tener su veneno; y para recrecer estímulos a su fiereza quitaron la vida a un español, de cuya sangre gustaron. El maestre de campo Alonso García Ramon, noticiado de la muerte, solicitó el castigo, y Catipingue y Peruan dieron tales coloridos al engaño, que le persuadieron que habia un congreso festivo, segun el uso de la nacion, y que entre los placeres del convite podia con seguro ejecutar la venganza; de donde se puede inferir cuan bien unen la astucia de la raposa con la fiereza del leon. El maestre de campo, estimulado de la venganza, dió asenso a la noticia y salió con cuarenta españoles y otros tantos auxiliares, y habiendo llegado a una eminencia precipitosa, fué menester se desmontase con veinte hombres para descenderla, quedando los demas en la cima; persuadido que este número seria suficiente para acometer a personas que estaban en los regocijos de una profunda embriaguez. Mas reconocida la traicion, formó su pequeño escuadron con dos frentes para mejor defenderse en su forzoso retiro, el cual procuraron los indios estorbarlo, circundándolos por todas partes su crecido número, que era

de seiscientos; mas no descaecido de su valor exhortaba a sus españoles, y todos con coraje mas que de hombres ejecutaron acciones increibles. A este mesmo tiempo se principió otra accion dudosa con la corta tropa que quedó de reserva. ¿Quién vió jamas tempestad tan unida o tan crespa borrasca, y mas cuando a su regreso se ofrecia un precipicio? Bien como Ulíses, a su corazon el maestre de campo diria, que a mayores riesgos se habia expuesto; aunque ninguno pudo ser mayor: hiriéronle a este tiempo en el lagrimal y cayó medio muerto o enajenado: ayudáronle a levantar, y con espada en mano se entró entre los enemigos, quienes asombrados o espavoridos comenzaron a ceder, y a la hora de un tenaz combate se incorporó con los españoles. Los indios desmayaron viendo que si separados no habian vencido, ménos lo ejecutarian unidos, y se retiran con pérdida: fué de cinco la de los españoles, y todos quedaron notablemente heridos y el maestre de campo estuvo a la muerte. Considerado el número de los indios y el corto de los españoles y estos separados unos de otros, lo que atenuaba su defensa, el terreno precipituoso y montuoso: todas estas circunstancias hacen la accion una de las mas heroicas que han acaecido en las dos Américas; y no habiendo fuerzas para tanto en lo humano, solo la divina Providencia que los protejió, pudo darles la victoria; y Alonso García, cual sereno Neptuno, superó el peligroso estrecho o turbulento mar que pondera Virjilio.

CAPITULO XVI.

Constrúyese una ciudadela.—Muere con imprudencia el comandante.—Notable hecho de los españoles.—Consigue una victoria D. Luis de Soto con prision del jeneral, que hace una oferta jenerosa en cuyo empeño pierde la vida.—Sale el gobernador a desalojar a los enemigos: batalla decisiva y cumplida victoria que obtuvo quitando la vida a su jeneral.—Despacha a los Reyes a Alonso García Ramon, y mal éxito de una correría.

Fué diosa adorada de la antigüedad pagana la tranquilidad con el nombre de Quies: hasta los romanos, nacion la mas belicosa del orbe, le dedicó templo junto a la puerta Colina, como dice San Agustin. Mas el apetecido sosiego lo despreciaron los indios, habiéndose ofrecido un español que tenian prisionero a solicitar la paz con el gobernador; cuya propuesta les hizo porque habia tenido la fortuna en medio de su desgracia de que les fuese grata su persona. El gobernador principió las operaciones de la campaña por Tucapel, aunque halló desiertas las provincias sublevadas: ejecutó con ellas el rigor de la guerra de que se hicieron reos, quitó la vida a algunos que se aprisionaron, dejando los cuerpos en los árboles para su escarmiento, y despobló los dos fortines del Espíritu Santo y Trinidad, y construyó otro en la inmediacion de los Confines, donde dejó de comandante a Cristóbal de Arana con competente guarnicion: y viendo los indios lo que los incomodaba, determinaron sorprenderlo: tuvo esta noticia, y con imprudencia salió

con veinte y dos hombres al opósito, dejando la seguridad que le daba su recinto: avistóse con los enemigos, mas con desgracia, pues al primer reencuentro perdió la vida y su cuerpo lo hicieron piezas: la tropa española, estimulada de la venganza, peleó con ardor, mas no pudieron romper su unido escuadron, hasta que Pedro Calderon y Juan Rubio penetraron por los enemigos: reuniéronse y quedaron los dos españoles en el centro y allí murieron sin ser socorridos, y no daban herida que mortal no fuese: fuéronse retirando los demas a la plaza y los indios siguiéndolos, mas sin estrecharse. Así terminó esta accion tan a su ventaja, viéndose por experiencia que lo que yerra el apresurado, no lo enmienda el arrepentido.

Tiene mas atractivo la promesa rogada que no la oferta forzosa, como dice Plutarco. Los caciques sublevados solicitaron a los de la Villa Rica para evadirse del dominio español: ménos insuativo los hubiera atraido a su dictámen, cuánto mas el de su apetecida libertad; y con esta esperanza que, como dice Séneca, es el mas dulce engaño de la vida, se juntaron cuatro mil y se acamparon en un terreno ventajoso. El gobernador sin diferirlo envió al coronel D. Luis de Soto con tropas competentes, no obstante la rijida estacion, que les hizo padecer penalidades excesivas: por fin atacaron sus líneas por dos partes, y aunque una lluvia inutilizó las armas de fuego, superaron los obstáculos y la vigorosa defensa que los indios hacian, consiguiendo una cumplida victoria que terminó con la prision de Guechutureo, a quien hallaron oculto en un monte; y este, puesto en presencia de D. Luis, sin abatimiento de su persona, ántes sí con aire ardiente y resuelto le dijo: que le ofrecia, porque le otorgase la vida, el reducir las provincias sublevadas, y pues que habia sido el causante de la guerra, seria el promotor de la paz, no obstante el inhumano tratamiento que experimentaban de los españoles. Admitió D. Luis este ventajoso partido, y el sabio cacique se hizo recomendable logrando sacar frutos de contratiempos, que es lo acendrado de la política, porque a las desdichas no las remedia el despecho, ántes las reagrava; y lo que es mas laudable fué la buena fe con que procedió, cumpliendo lo que ofreció, pues unos en pos de otros se rendian, lo que bien da a entender el predominio que entre los de su nacion tenia. A esto se opuso el cacique Catipingue, y sobre asunto tan excelso tuvieron campal desafio y Quechutureo quedó muerto en la palestra. Sintieron su falta los españoles, pues terminó la vida en el honroso empeño de cumplir su palabra, y su memoria es digna de que se transmita a la posteridad.

El marques de Cañete envió a Chile una recluta con D. Pedro Perez Castillejo y D. Cárlos de Peñalosa; y resolvió el gobernador salir con seiscientos españoles a desalojar a cuatro mil indios que se habian acampado en Marigüenu al comando de Quintegüenu; y estando las tropas españolas al pié del monte, cuya subida es prolongada, quiso el gobernador ser de los primeros, y estando en la medianía, salieron algunas tropas al opósito y principióse una accion dudosa; y no obstante que los indios

tenian algunas tropas para sostenerse, cedieron y se retiraron sin confusion a su campamento, adonde se renovó la batalla, haciendo unos y otros el último esfuerzo, hasta que por un ángulo lo forzaron veinte españoles, como dice Hernando Alvarez de Toledo, quien se halló presente: no obstante, no desmayó Quintegüenu, ántes sí esforzaba a los suyos haciéndoles reminiscencia de las victorias antecedentes que allí se habian conseguido; hasta que el gobernador le dió una tal herida que cayó muerto, habiéndose resistido a otras. Su falta consternó a los indios, y se retiraron con pérdida de seiscientos hombres. De los españoles murieron veinte, y entre ellos un caballero portugues del hábito de Cristo: y para que esta victoria fuese mas plausible, se dejó ver a este tiempo por Chivilingo la escuadra del Perú que corria la costa de Chile, y con alternadas salvas se saludaron con festivos aplausos; y como los extremos de la alegría los ocupa el pesar, tuviéronlo los españoles con el intempestivo incendio de la plaza de Arauco, desgracia várias veces repetida.

Los indios consternados solicitaron la paz, para cuyo efecto despacharon sus embajadores al gobernador, quien solo podia aliviarlos en la pesadez de sus trabajos: recibiólos entre agradable y severo, porque siendo esta asidua, pierde la autoridad, como dice Séneca: hízoles comprender las frecuentes infracciones de su palabra y cuan dignos eran del último rigor, el cual podia actuar con tan válidas fuerzas como eran las que tenia, porque es bien que la reminiscencia del delito haga apreciable el perdon. Ofrecióles el moderarles el tributo, mas que habian de venir todos los caciques de la jurisdiccion de Arauco, que eran los de la solicitud. Ejecutóse todo con igual satisfaccion y quedaron pacíficos, ménos los tucapeles y purenes. Envió el gobernador al maestre de campo Alonso García Ramon a Lima en la escuadra que de la costa de Chile se retiraba, para que propusiese al virei el ánimo en que se hallaba de terminar breve la total conquista del reino, para lo cual necesitaba que se continuasen reclutas y remesas para su subsistencia y armas. Prosiguieron nuestras tropas en talar las provincias de Tucapel, mas los indios se previnieron al opósito: para ejecutarlo con ventajas pusieron a la vista una corta partida, y habiéndolos acometido, hicieron una corta defensa, retirándose con aspecto de temor, en lo que no advirtieron los españoles hasta que salieron los que en la celada estaban: fué menester que hiciesen todos notable esfuerzo para salir con aire del empeño. Desanimólos la muerte de su comandante, y se retiraron con desórden y alguna pérdida.

CAPITULO XVII.

Aflije al reino el contajio de viruelas.—Vuelve con corto socorro Alonso García Ramon.—Resuelve el gobernador pasar a la ciudad de los Reyes, preparando con prontitud su regreso con toda providencia.—Viene provisto Martin García de Loyola, de la órden de Calatrava: llega a Chile con los primeros padres de la compañía.—Funda la ciudad de Santa Cruz de Loyola.—Intentan sorprender el fuerte de Jesus: vigorosa defensa que hace el comandante y notable hecho de Loncotegua: retíranse.

Escojió David la peste por castigo, por serlo de la mano de Dios, y no otro por de los hombres; pues nos enseña su divina piedad, cuando el incendio de las ciudades de Pentápolis, que sabe perdonar a muchos por el mérito de pocos. La peste de viruelas se difundió en este tiempo por el reino, haciendo lamentable estrago en unas partes mas que en otras; y como de comun acuerdo quedó toda en la indignacion (*sic*), no duró mucho la divina indignacion, porque son estos advertimientos para mejoras de nuestras distracciones. El maestre de campo llegó de Lima con un corto socorro y pasó a Santiago, adonde el gobernador se hallaba, quien juntó cabildo abierto y en él propuso el ánimo en que se hallaba, que era de bajar a Lima para solicitar válidas fuerzas y medios para la total conquista del reino, pues solo restaban las provincias que comprendian la jurisdiccion de Tucapel y Puren, y que si quedaban estos rebeldes, sublevarian a los pacíficos, y que quitado este obstáculo, se finalizaria gloriosamente su entera sujecion. El dictámen fué de todos jeneralmente aprobado, y en su ejecucion dejó al maestre de campo Alonso García Ramon el comando de la frontera, y el político gobierno al licenciado Pedro de Vizcarra, y se embarcó para el Perú, adonde le llevó su ardiente celo en comun beneficio. Llegado al Callao, le ordenó el virei se volviese a Chile, donde juzgaba era mui necesaria su persona, y que propusiese por escrito lo que tenia que representarle: ejecutólo así, manifestando el sistema presente en que quedaba y los motivos que compulsaron su venida. Quedó el virei satisfecho y mandó se le hiciese un suntuoso recibimiento, saliendo el cabildo y la mas florida nobleza, y aun el mismo virei no se desdignó de bajar al patio ántes que se desmontase.

Tan grata acojida prometia un feliz despacho. Principiaron los preparamientos de armas, jente y dinero, todo con presura para que cuanto ántes el gobernador ejecutase su regreso, cuando a este tiempo llegó la noticia de que habia otro provisto al gobierno de Chile, que fué Martin García Oñez de Loyola, de la órden de Calatrava, quien se hallaba en el Perú: este acaecimiento fué a los fines del año de mil quinientos noventa y dos, y así se desvanecieron tan bien fundadas esperanzas, y a pocos años siguió un funesto ejemplo de desdichas, como verémos. D. Alonso de Soto nueve años tuvo el comando del reino, y fué prueba de su conducta en la guerra la celebridad que causó a los indios el ingreso de otro, pues la ida a la ciudad de los Reyes los habia puesto en

la última consternacion, porque sabian el fin de su solicitud y tenian experimentado su valor; y es comun sentir, que si permanece, enteramente sojuzga a esta belicosa nacion, y nadie los tuvo en el estado en que él los dejó, excepto el gobernador Pedro de Valdivia, y no era obra en aquel tiempo negada a su poder, valor y experiencia. Por gratificacion de sus méritos le concedió el Rei cinco mil pesos de renta en Indias y asignóselos en la jurisdiccion de Santiago, principalmente en el valle de la Aconcagua, de los que gozaban sus herederos el año de catorce del siglo pasado. Su desinteres y justicia dió un singular brillante a su gobierno. Fué infatigable en la guerra, la que siguió desde su primera edad, sirviendo en Flandes, Alemania e Italia. El destino que tuvo su persona y familia, de presente lo ignoramos.

Martin García Loyola llegó a Valparaiso con su esposa Doña Beatriz Clara Coya, y con él vinieron los primeros relijiosos de la compañía de Jesus, que tanto fruto han hecho en el reino. Pasó a la ciudad de Santiago, de donde vino a la Concepcion con alguna jente. El maestre de campo Alonso García Ramon y el licenciado Pedro de Vizcarra le dieron exacta razon de todo: vinieron varios caciques a cumplimentarle, no solo de los amigos, sino es tambien de los sublevados: en todo se mostró mui circunspecto, porque quien con facilidad cree, con facilidad se engaña, como dice Séneca. Resolvióse un congreso, y para el dia emplazado se hallaron los mas principales y aun algunos de los rebeldes: el gobernador les habló con entereza e injenuidad, diciéndoles: que una larga experiencia habia enseñado que sus promesas eran artificiosas y engañosas, y que era fábula de lo público el admitirlas por verdaderas, para lo cual observan mas silencio que los areopajitas, mudando mas formas que el fabuloso Proteo, y que hallándose superior en todo, no tenia porque contemplarlos; mas que ostentaria su poder en beneficios, como ellos protestasen la enmienda con sincera intencion.

Antipillan, principal cacique, habló por todos, esforzándose para desimpresionar el concepto en que estaban, y la experiencia hizo ver que no fuéron finjidas sus palabras, no obstante que su principal mujer le insistia a lo contrario; mas en él no tuvo igual predominio que la infame Tais con Alejandro, a quien le persuadió que incendiase a Persépolis, como dice Curcio; y los caciques por indicante mayor de su fe le propusieron el que hiciese una poblacion de españoles en Millapoa y se ofrecieron a dar el fomento para su construccion. No le pareció al gobernador despreciar oferta tan ventajosa, y para mas facilitarla se hicieron dos fortines en las dos opuestas riberas de Biobio, en cuya construccion dió un singular ejemplo, no dispensando su persona de ninguna faena para su adelantamiento, y dejó por comandante a Juan Riba de Neira con cincuenta hombres.

Al gobernador no le pareció diferir mas tiempo la fundacion de la nueva ciudad, a la cual, por eternizar su nombre, quiso darla el de su apellido, nombrándola Santa Cruz de Loyola, cuyos jenerosos deseos parece han sido en todos los siglos connaturales a los hombres. Bien

esto se vé en la mas santa hoi y soberbia corte de la tierra que hubo, Roma y Constantinopla; y aun ha pasado a los hijos, pues Clearco fundó a Antioquía en honor de su padre. I aunque el sitio parece que pudo ser mejor, debió de ser allí conveniente, el cual está en una loma despejada algo distante del agua, cuya penalidad la suplirian con los pozos que el dia de hoi permanecen, y como tres leguas del rio de Biobio, casi en el conmedio de la latitud del reino. Acimentáronse en la nueva poblacion ochenta vecinos, cuyo número fué copioso para aquel tiempo, y señalóse sitio a los relijiosos de San Francisco, la Merced y San Agustin. Fué su correjidor D. Antonio de Avendaño y su cabildo se compuso de dos alcaldes, cuatro rejidores y un escribano, cuyos nombres hoi se ignoran. El gobernador dió mucho fomento al vecindario para su fomento: bien lo manifiestan el dia de hoi los fragmentos, que son muchos para lo poco que subsistió esta nueva colonia; facilitó el que se trabajasen las minas de oro de Quilacoya y puso a cubierto la extension de Guilquilemu y en brida a los indios de Catirai, Puren y Guadava.

Ninguno se adormezca sobre las cenizas del fuego que acabó de extinguirse, pues es cierto que de padres infieles se ven hijos desleales, como dice el Libro de los Reyes. Esto se vió en la reciente sublevacion de los indios de Catirai, que en el término de veinte y cinco años habian dado ocho veces la paz y con alternacion de tiempos vuelto a la guerra: ejecutáronlo en lo presente con otros atraidos de los purenes, que viendo los progresos de Santa Cruz de Loyola, discurrieron el sorprender el fuerte de Jesus y retardar con esta accion la felicidad con que iba la acimentacion de los españoles, pues la tenian por fatal indicio de su ruina; y habiendo juntado quinientos hombres, se vinieron ocultos y sin estrépito hasta el mismo fuerte, y en tres escuadrones lo avanzaron en las horas mas silenciosas, y como los techos eran pajizos, al mismo tiempo procuraron incendiarlos. Los españoles se opusieron a tan impensado avance: el comandante, que lo era Francisco Guajardo, ganó la puerta para defender la entrada: a este tiempo prendió el fuego en un baluarte y dos casas; mas las mujeres y jente lo extinguieron, y los enemigos, redoblando su esfuerzo, abatieron algunos troncos de la robusta palizada de que se componia su recinto; mas el capitan se opuso a su ingreso con intrepidez sin igual: estorbólo por allí; mas Loncotegua, partidario de fama, abrió otro portillo y entró con cuatro de igual ánimo al suyo, y con la voz y su ejemplo persuadia a sus soldados que le siguiesen. La confusion era grande y el peligro no pudo ser mayor; mas el comandante, viendo esta diversiva, con otro español se fué para Loncotegua y le dió tan fuerte cuchillada que le llevó un brazo; mas cual otro Sinejiro, que se valió del siniestro para entrar en la nave, tomó la lanza con él; pero otra mortal herida le quitó la vida. Consternó esto tanto a los indios que se retiraron. Así terminó esta accion tan a nuestra ventaja, debida al valor y conducta de Francisco Guajardo, a quien honró mucho el gobernador como asímesmo a los soldados.

CAPITULO XVIII.

El gobernador funda una ciudad en Arauco: hácese la descripcion de aquel pais.—Principia las operaciones de la campaña por Puren y Catirai y termínalas en Tucapel.—Las ciudades y su comercio se recrecen.—Funda el gobernador la ciudad de San Luis de Loyola.—Viene el socorro del Perú.—Intenta el gobernador subyugar a Puren.—Jeneroso empeño de Paillamacu y no lo consigue; y construye en aquella provincia una ciudadela.

El gobernador con maduro acuerdo resolvió hacer ciudad la poblacion de Arauco, poblándola con formal vecindario, en quienes distribuyó solares y campos para su perpetuidad: dícelo así Pedro Ugarte de la Hermosa en el Epítome del gobierno de Martin García Loyola, el cual escribió a los veinte y tres años de su muerte; y se hace preciso el especificar, aunque con suscinta narracion, la descripcion de este pais. Su benigna situacion está en algo mas de los treinta y siete grados de elevacion al polo, que es lo benigno de la zona. Fué la fundacion en un ameno y extenso valle que el mar baña por el mediodía, para que igual gozase de las delicias y conveniencias de la tierra y mar, y por el oriente el rio de Carampangue de moderado caudal, profícuo por la abundancia de su pesca y la fácil extraccion de sus aguas; y por el poniente y setentrion le circundan unas moderadas colinas que terminan en el célebre y elevado Colocolo, que aquellos montes predomina, en cuya gallarda simetría se esmeró o desveló naturaleza. Al pié de él se construyó o amplificó la poblacion a competente distancia del mar, teniendo por respaldo o muralla el tajo natural que hace desde su cima al plano; y en el intermedio de su elevacion hace una grada algo esférica, de extension y capacidad para cultivarla, de cuyo bordo brotan diversos manantiales de agua perenne, y tan copiosos que distribuidos con órden pudieran mantener un pueblo de mas de veinte mil vecinos. Su vega es fertilísima, adonde mejor que en la isla de Corfú pudieran colocarse los jardines de Alcinoo, de quienes habló tanto Homero, pues no solo los campos, sino es hasta la arena de sus playas produce tanta abundancia de fresas o frutillas, que solo es persuasible al exámen de la vista y no al de la narracion. Y ceso con la descripcion de tan amable pais, por ser atributo de una dulce y fecunda retórica, de la que carece nuestra pluma.

Las acciones del gobernador, arregladas en equidad, miraban al político y militar gobierno: bien lo comprueban las elecciones que hizo de sujetos, a quienes llegaba el premio sin el sudor congojoso de la solicitud, lo que hizo laudable su memoria; pues quien al digno da a todos obliga, como dice Séneca. Las mercedes de encomiendas que dió, cuyos orijinales tenemos vistos, pueden servir de desengaños de muchos y enseñanza de todos; tan circunstanciadas y conminatorias son las palabras que en ellas se expresan, las cuales en los antecedentes despachos no se veian, que influian en los encomenderos al mejor trato de los

indios, como se vió. El gobernador con la inspeccion de ejecutar en persona la futura campaña, salió para Puren con cuatrocientos españoles y dos mil auxiliares, los cuales se componian de cierto número que quedaba exento de tributo en los repartimientos y de tal cual provincia asignada para este efecto. Dióse la tala al pais, porque sus habitadores ganaron las montañas con sus bienes y familias: no obstante, cojieron algun ganado: de donde pasaron nuestras tropas a Catirai y Coyuncos, cuya situacion y nombre el dia de hoi se ignora; y en lo mas fervoroso de la hostilidad, se encontró con cierta huella que se internaba por la fragosidad de un bosque. El gobernador mandó a Pedro Gutierrez de Mier, que iba de capitan de una compañía de caballos, que con ella y algunos auxiliares la siguiese: ejecutólo así y salió a un prado, donde se hallaba una partida de enemigos que se discurrian a cubierto de sorpresa y se habian juntado con ánimo de insultar a los indios sumisos. Aprisionáronlos, y entre ellos a dos mulatos que habiendo desertado, hacian notable daño en la ciudad Imperial y en los Confines con furtivas correrías: hízose en ellos ejemplar castigo. Consta esto por certificacion dada por dicho gobernador a Pedro Gutierrez, abuelo del autor, y a Francisco de Buesa, que fué en su compañía.

El gobernador pasó con el campo a Tucapel, habiendo tomado precaucionadas medidas para los tránsitos fragosos que se ofrecian, como para la subsistencia de sus tropas, porque siempre la prudencia de precaucionar lo futuro fué feliz, como dice Tucídides. Hostilizóse el pais enemigo con saña, de donde el gobernador se retiró a Arauco. Estas ni otras acciones militares no interrumpian el sosiego ni aumento de las demas ciudades del obispado Imperial, ántes con la labor de las minas se recrecian. Los indios pacíficos se reducian a pueblos, siendo mui empeñosa la solicitud de sus encomenderos, no solo para esto, sino es para hacerles enseñar oficios mecánicos, en que iban entrando con medras. Estaba corriente el comercio por los puertos de Valdivia, la Concepcion y Valparaiso, navegándose mutuamente los frutos de entrambos reinos, del Perú y Chile. Como las poblaciones de las ciudades era su mayor desvelo, pues mejoraba el reino aumentando el comercio, mandó fundar la ciudad de San Luis de Loyola en la provincia de Cuyo, en el pago de la junta de Venados, como hoi vulgarmente la llaman, la cual está en el extremo de la jurisdicion de Chile y facilita el comercio con el Tucuman, Paraguai y Buenos Aires, lo que fué en comun beneficio, pues está al ingreso de las pampas. Saliendo de Chile y viniendo a él, es benéfica escala para repararse de la penosa marcha de carretas. Subsiste el dia de hoi y siempre se ha mirado como necesaria. Aunque con corta poblacion, hai convento de relijiosos de Santo Domingo y reciente establecimiento de jesuitas: tiene correjidor, que es cabeza de las demas justicias y oficios concejiles. Su territorio es fértil, principalmente en herbaje.

El gobernador pensó terminar con el belicoso teson de los purenes y de otras algunas provincias, para cuyo efecto puso en práctica las facul-

tades de su política y poder. Inflamábale la gloria de conseguir lo que infructuosamente emprendieron sus predecesores; y porque en empresas ardientes es gran riesgo el ponerse con el corazon helado, como dice Salustio, acaloró sus deseos la recluta de jente armada y ropa que le trajo de la ciudad de los Reyes D. Gabriel de Castilla, y comenzó a prepararse para la futura campaña. Paillamacu, cacique principal de Puren, exhortó a sus tropas para mas estimularlas diciéndolas: que se hallaban en estado de una inculpable defensa, a que los compelia la violencia con que los españoles querian quitarles su libertad heredada de sus mayores, y que esto lo tenian por delito capital; que adonde obraba el valor eran ridículas las amenazas, y que despreciasen las que los españoles proferian, y que sus fantásticos anhelos de mas de treinta años los habia desvanecido su constancia, y que en tan jeneroso empeño seria él el primero que perdiese la vida. A la deidad Promiades veneró la antigüedad pagana, como dice Pausanias, porque infundia la ira y furor: de ella se infundió a estos bárbaros, como que venerasen su númen. Juntóse el campo español en Quinel en diez de enero de mil quinientos noventa y siete años, que constaba de quinientos españoles y mil y quinientos auxiliares, y en cinco dias llegaron a Puren. El gobernador solicitó los medios de paz; mas ellos no la admitieron si no quedaban independientes. Presto muere la fama cuando no se mantiene en la pluma de los escritores, y al juicio del lector dejamos si es digno de que en ellas viva esta accion y otras que se verán en el teatro de nuestra historia. Paillamachu y Quelontaro los exhortaron a proseguir en su empeño, y la melodía de las palabras fué tan de su agrado, que la retardacion la miraban impacientes, como la música de Jenofonte, que provocaba a Alejandro a la guerra, de quien dijo Diójenes que mas músico fuera si le sosegara.

El gobernador, irritado con la repulsa de la propuesta, ordenó se hiciese la guerra a sangre y fuego: ejecutóse así incendiándolo todo y pasando a cuchillo a los que se aprisionaron. Los indios unos se retiraron a su ciénega y otros a lo mas breñoso de los bosques, donde les sirvió de defensa lo inaccesible. El gobernador atrincheró su campamento para estar a cubierto de sorpresa, porque se dejaban ver algunas tropas entre desfiladeros. No dejó en el campo cosa que pudiese servir a la subsistencia, y para mas incomodarlos se construyó un fuerte en Puren y otro en Lumaco, adonde dejó suficiente guarnicion, y se retiró a los Confines. ¿Quién no admirará el valor marcial de esta nacion y el no reducirse a tanto diluvio de males, capaces de llenar los espacios del mas dilatado sufrimiento, y que Paillamachu sostuviese los intereses de su nacion? No hizo mas Escipion cuando consternada Roma por la pérdida de la batalla de Cannas, reanimó en aquel belicoso pueblo el valor de que decaido estaba, como dice Livio: y renaciendo este valeroso bárbaro, cual otro fénix, de las cenizas de su incendiada patria, con dos mil y quinientos hombres se puso en marcha para el fuerte de Puren, atrincherándose cuasi a tiro de fusil, sin que caballos ni ganados pudie-

sen salir a pastoreo; y porque la estacion era inverniza, hicieron sus cabañas de pieles y pajizas. Asaltaron dos veces a la plaza entre las tinieblas de la noche para hacer inciertos los tiros y recrecer a los sitiados la confusion.

El gobernador despachó luego el socorro al comando de Pedro Cortes, que se componia de ciento cincuenta hombres y seiscientos indios, que llegó a los catorce dias del sitio; que a retardarse, logra Paillamachu el triunfo: y se retiró con sus tropas, practicando la buena máxima de guerra, de no exponerse a una grande accion en propio pais; mas logró el que abandonasen los dos fuertes.

CAPITULO XIX.

El gobernador despuebla la fortaleza de Lumaco: hace una irrupcion en Puren y los indios ganan los bosques.—Retírase a la Imperial, y viniendo para la ciudad de los Confines, le quita la vida Quelantaru.—Elójiase su conducta y dáse noticia del destino de su familia.

La experiencia de cada uno confirma que las providencias humanas no pueden evitar lo que la divina sabiduría ordena, y así se confunde el humano saber. Bruto, particular amigo de Artemidoro, le dió parte de la conspiracion contra César, quien al instante se la hizo saber; mas su destino fué tal que no leyó el papel dirijiéndolo, el cual se le halló despues de su muerte, y pereció teniendo a la vista y en su mano el remedio, como dice Estrabon. Acercábasele al gobernador su trájico fin y todas sus providencias fueron desaciertos: túvose por tal el que hubiese despoblado el fuerte de Lumaco, pues con él aseguraba el camino y correspondiencia de los Confines a la Imperial, y podia servir de venta o de un cómodo alojamiento para los viandantes, para cuyo efecto se habia construido; y su permanencia hubiera obviado su muerte y la total ruina del reino, pues en este tránsito le quitaron la vida: opusiéronse algunos a su abandono, mas el gobernador llevó a rostro firme su resolucion. Las operaciones de la campaña por primavera se actuaron en la provincia de Puren, y los indios ejecutaron la mesma ocultacion y abandono, de suerte que fué ténue el daño que se les hizo; y el gobernador pasó a correr las plazas, fronteras y ciudades y vino a terminar por marzo de mil quinientos noventa y ocho a Santa Cruz, su amada colonia; y desde su fundacion, mandó se poblasen los campos hasta la Concepcion, porque no habia ya motivos de recelos; y el considerable oro que productuaban las minas, hasta florecer mas el reino, y el sosiego y abundancia, ocasionaba vida licenciosa y litijiosa por los pleitos y desazones que se ofrecian entre los vecinos, como dice el padre Ovalle.

Cuéntase con variedad su muerte y los acaecimientos ántes y despues de ella; y esta desconformidad hace la verdad dudosa. Nosotros elejirémos lo mas verídico y lo que consta de los cortos fragmentos que han permanecido de aquel tiempo. Hallábase el gobernador en la Im-

perial y resolvió el venir a la ciudad de los Confines: dicen que venia a determinar varios pleitos entre el cabildo, correjidor y algunos de sus vecinos, sobre que habia tenido alternadas representaciones. Otros dicen que el ánimo era pasar de los Confines a la Concepcion. Tiénese por cierto que al querer montar a caballo se cortaron los rendajes y cayó el freno; otros aseguran que un lebrel de su aprecio los cortó: o bien que fuese lo uno o fuese lo otro, todos los circunstantes lo tuvieron por fatal indicante y solicitaron el que se quedase. Alejandro, al desembarcarse en Asia, cayó en tierra, y consternados los presentes de tan melancólico anuncio, les dijo regocijado: "buen ánimo que la tierra es a mí." Estos y otros accidentes pueden ser casuales y tambien divinos advertimientos: mas el gobernador siguió su destino, no obstante que el cabildo y otras personas le representaron que sesenta hombres, que era con los que salia, no era competente escolta para la seguridad de su persona. Todo lo despreció y se puso en marcha llevando en su compañía a frai Juan de Tovar, provincial franciscano, a fr. Miguel Rosillo y a fr. Melchor Arteaga, con muchos vecinos que voluntariamente quisieron obsequiarle, los cuales se volvieron del primer alojamiento: prosiguió el segundo hasta los confines de Quechereguas y acampóse en un prado a la márjen de un arroyo nombrado Curalava.

Quelentaru, que se hallaba solicitando reducir unas vacas montaraces en Guadava, como dicen, o que tuviese el aviso y se viniese en pos del gobernador para sorprenderle, lo que nos parece mas verósimil, pues traia doscientos hombres bien armados y montados, al romper el alba de una mañana nebulosa, que hasta esto previno la desgracia para no ser vistos, encontráronse con un criado que salió del alojamiento en solicitud y recojida de unas bestias, y habiéndole aprisionado, les dió el aviso de su letargo y descuido y de que estaban acampados sin órden; y viniéndose con toda celeridad, los acometieron con tan fatal desgracia que ningun español libró con la vida; cuyo acaecimiento fué el dia veinte y cinco de noviembre de mil quinientos noventa y ocho años.

Los cuerpos quedaron desnudos e insepultados, y volvióse Quelentaru cargado de despojos, con tanta celeridad como fué el hecho, cuya noticia dió a Paillamachu, de donde se divulgó por todo el reino con tan rápido curso, que asegura Pedro Ugarte de la Hermosa que en cuarenta y ocho horas tomaron las armas mas de treinta mil hombres, sublevándose con tan uniforme consentimiento doscientas leguas de pais, que se comprenden desde el rio de Itata hasta el canal de Maullin, que divide a Chile de la provincia de Chiloé; y se apoderaron de todo el ganado mayor y menor, caballos, yeguas y bestias de albarda que tenian los españoles en sus haciendas de campo, las cuales todas incendiaron con cuantas iglesias, pueblos y hospitales habian construido los españoles en beneficio suyo, y quitaron la vida a cuantos en aquel rebato aprisionaron, sin exceptuar sexo, edad ni condicion; que todas fueron mas de doscientas y cuarenta personas. Incendiaron las mieses, que algunas estaban en estado de madurez, y talaron todos los demas frutos de ver-

dor, sin exceptuar ni aun los propios que estaban inmediatos a las ciudades, porque no pudiesen servir de alimentos a los españoles; y porque en tanto diluvio de males no quedase consuelo, cortaron con gran cuidado la correspondencia de unas ciudades a otras, la cual solo se podia tener por medio de los indios, que unos habian nacido y otros criádose en casas de españoles; mas en uno y otro sexo se comenzó a experimentar jeneral desercion, lo que no fué ménos sensible a quienes los miraban con afectos de padres y educándolos como a hijos, y así dice San Bernardo, que perverso corazon tiene el que busca ocasion para ser ingrato: pues no solo se experimentó en estos la perversidad de una depravada índole, sino en muchos de los que teniendo oficios públicos estaban acimentados en las ciudades, a cuyas expensas vivian honradamente y con aprecio competente a su esfera. ¿Quién vió jamas tan crespa borrasca, ni tan unida tempestad, quién dolor tan acerbo, igualmente experimentado de clérigos, regulares y monjas, de ancianos y mozos, y del fuerte y delicado sexo de alta y baja esfera?

Y por desembarazarnos de este ramo de la historia, darémos alguna noticia de la conducta de Martin García y de su familia. Mostróse en su gobierno mui desinteresado y amante de la justicia, y no ménos propenso al servicio del Rei y utilidad pública: bien lo manifestó en las tres ciudades que fundó en seis años que tuvo el jeneral comando. Solicitó con fervor el buen tratamiento y educacion de los indios, fué mui devoto y de una vida mui ejemplar. Habiendo descaecido en la Concepcion el fervor con que anualmente se hacia conmemoracion del temblor e inundacion que la arruinó, mandó se cumpliese segun y como se obligó a ello el cabildo y vecindario, cuyo auto narrado con gran piedad tenemos visto. Casóse con Doña Beatriz Clara Coya, hija de D. Diego Lairitupaca, a quien sacó de los Andes y le cortó la cabeza D. Francisco de Toledo en el Cuzco, lejítimo descendiente del gran Guainacapac, el último y mas poderoso monarca del Perú, y el hecho servirá de horror a la posteridad mas remota; de cuyo matrimonio tuvo una hija. De la ciudad de la Concepcion se fué con ella a España y casóla el Rei con D. Juan Henriquez de Borja, caballero de la casa de Gandia y la tituló marquesa de Oropesa de Indias. Véase en la doctrina del padre Calatayud o su dedicatoria el grande ascenso a que hoi ascendió esta casa.

CAPITULO XX.

Queda de gobernador Pedro de Vizcarra.—Notable sublevacion de los indios: vienen aproximándose a la campaña y quedan batidos.—Sale el gobernador a campaña.—Despuéblase la ciudad de los Confines y la de Santa Cruz despues de un bloqueo.—Viene provisto por el virei Don Francisco de Quiñones.—Consigue una notable victoria: se ejecuta espantoso castigo en los prisioneros.—Envía al socorro de Arauco.—Forzan las trincheras de los indios.—Despuéblase la ciudad.

El licenciado Pedro de Vizcarra, teniente jeneral del reino, se hallaba en Santiago, y por su grado y nombramiento que de él hizo el cabildo

de aquella ciudad, quedó de gobernador interino entretanto que el virei, que lo era D. Luis de Velasco, providenciaba lo mas conveniente, a quien se le participó lo acaecido en Chile. Notáronle al gobernador algunos su demora en caso que pedia tanta urjencia la asistencia de su persona en la Concepcion, y llegó a tiempo que todo era un impensado horror y a notable calamidad expuesto; y aunque como Jano, de quien finjió la antigüedad pagana que tenia mas de dos ojos, procuró mirarlo y precaverlo todo, no le fué posible en tan enorme desgreño. Mas sabiendo que algunas tropas de los sublevados principiaban a hostilizar el partido de Puchacai, en cuyo centro está situada la Concepcion, despachó a D. Pedro Paez Castillejo con algunas de las que habian venido de Santiago; y habiéndose avistado las acometió con suceso, retirándose con pérdida y confusion los indios a su pais, lo que contuvo la insolencia de otros que venian a sostenerlos o a interesarse en los despojos que tenian por seguros. A este tiempo fueron viniendo noticias mas específicas de los acaecimientos y presente estado en que se hallaban las ocho ciudades de Osorno, Valdivia, la Villa-Rica, Imperial, Confines, Santa Cruz de Loyola, Arauco y Cañete, adonde se habian venido los de esta provincia, y se hallaban formalmente sitiadas; y como que estaban mas inmediatas al socorro, hacian poderoso esfuerzo para ganarlas: las otras, que lo tenian distante por estar internadas en el pais sublevado, las tenian bloqueadas con estrechez, sin aventurarse a experimentar alguna notable pérdida, porque estaban con la esperanza bien fundada de que la suma inopia de bastimentos las haria rendirse.

El gobernador salió con algunas tropas para la ciudad de Santa Cruz y se acampó a la márjen del rio de Biobio, en el territorio de los Confines y sitio de la empalizada, cómodo para cubrir a entrambas ciudades, fortalecido por naturaleza; y por la cortedad de sus tropas no pasó a la Imperial. Los indios con la noticia de su marcha y aproximacion desampararon el sitio de las dos ciudades; y viendo que no se podia mantener en ellas, las desampararon y se retiraron para la Concepcion, siendo cada uno incendiario de su misma casa y de los demas de sus bienes que no podian transportarlos. Acerbo dolor como el dejar para siempre su amada patria con las heredades que habian sido el esmero de sus trabajos para mantenerse unos cómodamente y otros con esplendor sus familias; y con inaudita mutacion se veian orfanos y compulsos a mendigar hospedaje y manutencion, lo que prueba la inconstancia de lo humano, pues que no hai nada sólido ni durable en la tierra; y así dijo San Agustin, que el mundo tiene por donde ser amado y aborrecido. A este tiempo llegó a la Concepcion D. Francisco de Quiñones, dia diez y ocho de mayo de mil quinientos noventa y nueve, alcalde que era de la ciudad de los Reyes, provisto por el virei al gobierno de Chile, y finalizó el del licenciado Vizcarra, que duró seis meses.

El gobernador se procuró informar con exactitud de todo lo acaecido en el reino y del reparo que pudiera ponerse a tan rápido torrente

de infortunios, para lo que se aconsejó con personas de ancianidad y experiencia, que es lo primero, y lo segundo poner en ejecucion lo resuelto y lo tercero esperar el fin, como dice Ciceron ; y sin perder instante salió a campaña con las tropas que pudo, porque el bloqueo de las ciudades habia pasado a sitio formal. Mas ántes de proseguir, quede advertido que como la guerra inquieta ánimos, armas y plumas, no hubo ningunas que escribiesen estos notables sucesos, tan sabidos en aquel tiempo como ignorados en este ; y nos será disculpable si no guardamos la serie de ellos en su narracion, o si omitiéremos algunos ocultos a nuestra edad o solicitud.

Y habiendo llegado al territorio de Yumbel, donde se avistó con el campo enemigo, que se componia de seis mil indios, que fiero, tenaz y empeñado venia a solicitar a los españoles para con una accion decisiva lograr la rendicion de las ciudades, porque quitada la esperanza del socorro ellas solas se rendirian, pareciéndoles mui flemática la operacion de que se entregasen por necesidad: estas bien arregladas conjeturas hizo Paillamacu, y mas cuando le seguian prontos refuerzos para sostenerle. Luis II de Borbon, príncipe de Condé, cuyo ánimo feroz y resuelto fué la admiracion en Europa, decia: que el ponerse a los peligros sin diferirlo, el mejor modo era de evadirlos: máxima mui opuesta a la que observa el mariscal de Turena. Este belicoso y político bárbaro siguió las del primero. Los indios se formaron en dos escuadrones de caballería y alguna de infantería, o bien fuese primera y segunda línea

Don Francisco manifestó una singular conducta. Distribuyó órdenes a los altos y bajos oficiales con aspecto sereno y nada conturbado y exhortó a los suyos, ejecutando otras acciones dignas de un jeneral prudente ; y ordenó a los sarjentos y tenientes que al pusilánime que abandonase su puesto le quitasen la vida. Principióse la funcion con igual coraje. La infantería de los indios se vino presurosa a estrechar con la nuestra, despreciando el fuego que no descontinuado de la arcabucería y de seis tiros de campaña, hizo un estrago terrible, hasta que se mezclaron con los españoles: lo ventajoso de nuestras armas igualaba a su crecido número. Por fin cedieron a la hora de un dudoso Marte y se siguió el alcance a corta distancia porque no se rehiciesen o encontrasen con algunas tropas de reserva. De los indios murieron muchos y algunos de los españoles, cuyo número hoi se ignora con el de los prisioneros. Mandó el gobernador que se ejecutase en ellos ejemplar castigo, el que no habian visto ni experimentado hasta entónces, como fué hacer pedazos en el campo de batalla a muchos y colgar sus cuerpos a trozos por los árboles y caminos: bien lo da a entender Don Jorje de Ilumbe en el memorial histórico que presentó a su majestad, cuyas palabras son las siguientes: "Don Francisco de Quiñones puso algun remedio en los grandes trabajos y cercos que halló, poniendo gran freno en los indios rebeldes con cruelísimos castigos ;" y terminó con tan corto período dejándonos con los deseos de que pudo individualizar algo mas, y sin duda convino el llegar a los extremos del rigor, pues estaban

insolentes con su fortuna y los españoles sofocados con su desgracia, y como dice Lactancio, que el que castiga a los malos, mira por la salud de los buenos.

Los indios habian estrechado notablemente el sitio de Arauco y estaban resueltos a no levantarlo hasta ganarlo. Hallábanse en extrema necesidad y escasos de municiones de guerra, y en tan terrible conflicto les pareció al comandante y a todos los que componian su guarnicion y vecindario, el seguir una esperanza vana que no una desdicha cierta. Fructuosa su constancia fué, porque, sabiendo el gobernador la estrechez en que estaban, despachó a D. Pedro Paez Castillejo con trescientos veinte hombres para que la socorriese. Mas de cuatro mil indios eran los que se hallaban acampados a vista de ella, y aunque pudieron en los desfiladeros que se ofrecen, embarazar el socorro, jactanciosos o temerariamente confiados los esperaron en sus trincheras. Forzólas D. Pedro con gran valor, y los indios las abandonaron con alguna pérdida. Despoblóse Arauco, porque en la positura presente no era posible su subsistencia, y se retiraron todos bien observados de los indios. Esta accion consta en certificaciones de aquel tiempo, que hemos visto, dadas a este ilustre caballero.

CAPITULO XXI.

Dase noticia del número de cristianos que habia en las ciudades, y el estrago que hicieron en lo sacro, y su desercion que hicieron de la relijion, y reflexion que de esto se hace.—Va el gobernador a socorrer la Imperial: ejecútalo con suceso, mas no pudo penetrar mas adelante.—Notable batalla que tuvo en que quedan vencidos.—Ejecuta singulares castigos en los prisioneros de mayor distincion.—Prosigue el sitio de la Imperial y favorece Santa María de Nieves con un milagro a los sitiados.

Se le atribuye a la guerra la suversion de la justicia, desobediencia de leyes, el dominio de la impiedad, devoracion de caudales y la incertidumbre de acaecimientos. Mas D. Francisco de Quiñones se portaba como sabio piloto que gobierna la nave al traves de las desgracias, procurando cuidadoso evadir los escollos. Digna fué por cierto de altos elojios su conducta; y así dijo Aristóteles, que el arte de gobernar tiene la primacía entre todas: y entretanto haga un breve paréntesis la admiracion, que habiendo en la jurisdiccion de las ciudades mas de setenta mil cristianos, ó bien que sean seis mil, como dice Ugarte de la Hermosa, y que doscientos eclesiásticos les administraban el pasto espiritual, como tenemos dicho, con extraña trasformacion, de improviso desertaron de nuestra católica relijion y creencia, profanando y quemando mas de cincuenta iglesias y hospitales que habian dispersos en el campo y sus pueblos; pues, aunque tuviesen motivos verdaderos o pretestados para el odio que manifestaron contra los españoles, no podian ni cabia el que lo tuviesen contra los altares e iglesias; y se volvieron tan repentinamente a la barbaridad de sus costumbres a los

cuarenta y ocho años que se habia principiado en ellos la educacion y política cristiana, lo que hace ver lo bien que dice el árbitro, que la contumacia de los indios y la fiereza de su condicion los hacia ciegamente obstinados, y que el introducirse la cristiana doctrina al lado de las armas, no solo era conveniente sino forzoso, porque la novedad pide poder para la introduccion y conservacion, como enseña Santo Tomas, lo que es digno de reparo.

El gobernador con los repetidos avisos que tuvo del tenaz empeño con que los indios proseguian el sitio de las ciudades, con cuantas tropas pudo juntar su actividad fué a ejecutar su socorro con marchas prontas y rápidas. Quieren unos de que en esta ocasion despoblase las ciudades de los Confines y Santa Cruz; otros juzgan que esto fué en tiempo de su antecesor el licenciado Vizcarra, como tenemos dicho; y sin contender el caso resolvemos en que corto fué el espacio que medió entre el un tiempo u el otro. Proseguia el gobernador su destino para la Imperial, y de paso sin distraerse se talaban los campos de su tránsito: hiciéronse algunos prisioneros, y los dejaban ahorcados en sus casinas, si no para el terror, para el escarmiento. Los indios con la noticia de su aproximacion levantaron el sitio. Fué increible la alegría que los de la ciudad tuvieron, y procurando el gobernador sus alivios, ejecutó cuanto pudo conducir a este fin, y para el efecto destacó algunas tropas que por tres partes a un mesmo tiempo corriesen el pais y trajesen cuantas vituallas y ganados se pudiesen: ejecutóse así, aunque con poco fruto, pues todo lo habian retirado adonde no pudo ser habido.

Procuró el gobernador valerse de algunos indios, a quienes obligó el interes mas que la fidelidad, para que fuesen a Valdivia, la Villarica y Osorno, noticiándoles de que a esta iria el socorro por Chiloé y la otra por Valdivia, adonde llegaria por horas un navio con municiones de boca, guerra y jente, y que el no (*sic*) penetrar hasta aquella ciudad no era dable por la cortedad de sus tropas y las muchas enemigas que en los desfiladeros y pasajes de los rios estaban acampadas para estorbar su tránsito. A este tiempo tuvo el gobernador noticia de que la Villarica se hallaba con notable estrechez; mas la divina Providencia dispuso se mantuviesen con la pesca de aquel su profundo lago. Hallábase a este tiempo la ciudad de la Imperial sin obispo por la muerte del señor D. Agustin de Cisneros, que, de dean de aquella iglesia, le hizo el Rei esta merced y murió sin consagrarse. Hallábase de provisor y vicario jeneral del obispado el maestre de escuela D. Alonso de Olmos y Aguilera, hijo del insigne Pedro Olmos de Aguilera, de quien tenemos hecha mencion en el teatro de nuestra historia. Viendo el gobernador que se aproximaba la inverniza estacion, procuró ejecutar su regreso: a este tiempo le llegó la noticia de que dos mil indios de sus mejores tropas y con suficiente remonta pasaban el rio de Biobio con designio de hostilizar la jurisdiccion de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa; y dejando el mejor órden y providencia que pudo, se retiró presuroso para obstar sus designios, que en realidad eran bien fundados; porque las tropas espa-

ñolas estaban en la Imperial y no habian otras que válidamente se pudiesen oponer a las suyas, y que entretanto que venian podrian conseguir felices progresos, y así aprovechaban la oportunidad que el tiempo les ofrecia, pues en la guerra no hai mas que saber que el no perderlas. Estas y otras muchas resoluciones de la nacion, con tanto acuerdo premeditadas y con celeridad concluidas, nos confirman en el dictámen que de ellos se hace, de que són tan valientes como discursivos.

El gobernador ejecutaba con aceleracion su regreso, y en lo que hoi se denomina las islas de Tavon, que dista seis leguas de Yumbel, se avistó con los enemigos, que se retiraron con alguna presa de ganado mayor y caballos, procurando evadir el encuentro con las tropas españolas. Mas viéndolo inexcusable, Paillamacu, su jeneral, exhortó a los indios enérjica y suscintamente diciéndoles, que el vencer al gobernador, que presente tenian, los pondria en el goce de una cumplida libertad, y que su captura o muerte habian de solicitar, de cuyo jeneroso hecho solo pendia la posesion de inestimables bienes, la entrega de las ciudades, quedando al arbitrio de sus armas cerca de trescientas leguas de pais que se comprendian desde el rio de Maule hasta el canal de Chiloé; que todo se aseguraba con el trabajo de una hora que podria durar la accion, y que las tropas españolas venian fatigadas de una presurosa marcha. Con razones tan incitativas quedaron fieramente empeñados en morir o vencer.

Enrique IV, siendo príncipe de Bearne, aseguraba a Enrique III que con dos meses de trabajo viviria en reposo toda su vida, y de esta suerte inflamaba su tibieza, dice Mezeray: y como nos lo manifiesta la historia, no hai máxima practicada por los mas expertos jenerales que no la veamos ejecutada por estos bárbaros chilenos. Principióse la batalla con furor incapaz de retencion: el fuego de la arcabucería y el de cuatro pedreros de campaña, bien a propósito manejados, aumentaban el estrago. El gobernador sin reserva de su persona, con su guardia de veinte y cinco hombres, era de los primeros que se exponia al peligro. Su infantería se llegó a mezclar con la nuestra, y hubo indios que a brazo partido contendieron con los españoles. Duró dos horas la accion indecisa, hasta que al ponerse el sol, Paillamacu y sus tropas abandonaron el campo de batalla dejándole cubierto de muertos, con alguna pérdida de los españoles. Cojióseles algo de la presa, y el alcance no se siguió por el recelo de la noche. El gobernador, siguiendo el método de su justicia, mandó quitar la vida a los mas prisioneros que se hicieron, y hechos cuartos, los mandó dejar por los árboles que ofrecia aquella campiña, que es bastante prolongada. Esta victoria y la de Yumbel las refiere el maestre de campo Pedro Cortes suscintamente en un manuscrito de aquel tiempo que tenemos visto.

Los yerros de los que mandan son perjudiciales al público, y si no infames, vergonzosos al autor, y el no discurrir es disculpa de necios; y lo cierto de este aforismo nos lo persuade el consejo de Séneca de que el peligro que no se teme, se apresura: y la experiencia en la teme-

raria confianza del gobernador Loyola fué fatal al reino. En prosecucion de estas desgracias volvieron diez mil indios a proseguir el sitio de la Imperial. Un moderado rio o arroyo grueso que inmediato a la ciudad corria y de donde se proveia, discurrieron el estraviar las aguas de su cauce, para que en la sedienta estacion quedase árido, y esta falta los compulsase a su entrega. Ejecutáronlo con suceso, y el pueblo sumamente congojado imploró el patrocinio de Nuestra Señora de Nieves, llevando procesionalmente su devota imájen al brocal de un árido foso porque la ciudad estaba en un elevado terreno, y al instante brotó el agua a vista de tan numeroso concurso como el que presente estaba, y hubo la suficiente para la subsistencia de todos, el cual permanece hasta el tiempo presente.

CAPITULO XXII.

Prosiguen los milagros de María Santísima de las Nieves en la ciudad de la Imperial.—Estrechan los indios su asedio: mueren muchos españoles y aprisionan otros.—Varonil hecho de Doña Ines de Córdoba y Aguilera.—Va socorro a la ciudad: abandónanla y retíranse los pocos que quedaban y traen la imájen a la Concepcion.

Los indios continuaban el sitio sin que la estacion inverniza atenuase el ardor de su empeño, porque discurrian que la permanencia de esta ciudad seria el escollo donde naufragase su libertad; y aunque ya la tenian absoluta, no la querian recelosa ni ménos templada, que, como dice Livio, es la que mas aprovecha a los pueblos, que no la mucha. Y entretanto crecia la inopia de bastimentos, y aquel desamparado pueblo se encomendó fervoroso a María Santísima de las Nieves, y voluntarias se venian muchas volátiles a la ciudad diariamente deponiendo su natural esquivez y se dejaban cojer sin afan, sirviendo para su manutencion hasta que les fué el socorro. Persuadímonos a que este acaecimiento fué en el primer asedio. El maná mantuvo a los israelitas en el desierto solo, y cesó este portentoso rocio cuando llegaron a pais que les pudo ministrar para su subsistencia: hizo mas brillante esta maravilla el verla practicada en igual conformidad. Viendo los españoles que el socorro se retardaba, aunque no decaidos de la esperanza, que, como dice Séneca, es manjar de atribulados, solicitaron noticiar al gobernador del estado y situacion en que se hallaban, para cuyo efecto dispusieron construir una pequeña chalupa y despacharla por el rio al mar, porque les era impracticable el ejecutarlo por tierra; y como la necesidad es industriosa, el maderámen y tablas se ministró del que en la ciudad habia y de odres se sacó la brea para el reparo; mas no fué tan suficiente como se discurrió porque llegó a faltar mucha: encomendáronse a esta divina Señora, quien convirtió dos odres que de vino eran, en brea, los cuales tenia en un sótano un particular vecino, quien con pasmo y admiracion suya los halló llenos de este betúmen, y con él hubo aun mas de lo suficiente; y perfectamente acabado, prosiguieron sus fervorosas preces pi-

diendo el buen éxito del viaje. Túvolo con felicidad aun mas allá del deseo, porque siendo el primer destino para Valdivia, los vientos contrarios la llevaron a la Concepcion, adonde no iba, porque hubiera llegado a tiempo de hallarla perdida, en que se manifestó la especial proteccion de esta altísima Señora.

Al principio del bloqueo de la ciudad destacó el corrèjidor cincuenta hombres al comando de Francisco Galdámes para inquirir sus designios y solicitar algun bastimento del que almacenaban en su inmediacion; y yendo en prosecucion de su designio, cayeron sobre ellos dos mil hombres, y a breve rato que se principió la accion, se hallaron todos heridos y circundados de un crecido número. El comandante los exhortó a que implorasen el auxilio de Nuestra Señora de las Nieves, ofreciendo todos irle a rendir gracias descalzos por que los sacase con bien de peligro tan inevitable como era en el que se hallaban. A este tiempo los indios se formaban en dos escuadrones para proseguir la pelea, porque su mesma muchedumbre los habia desordenado. Los españoles resolvieron retirarse; mas era preciso hacerlo por su frente y fondo: así lo ejecutaron. Los indios sin hacer ningun movimiento se mantuvieron en la formacion en que estaban, lo que los españoles absortos o embelesados notaban con admiracion, y esta innaccion duró hasta que llegaron a la ciudad. El capitan, que era persona piadosa y de vida arreglada, cumplió con sus soldados la promesa, dándole las gracias a María Santísima de tan singular portento, como fué enajenarlos privándoles de toda accion y movimiento, en que consistió su salud. Fué uno de los que salieron Diego Venegas, y por consiguiente ocular testigo de esta maravilla, cuya declaracion auténtica hizo despues de algunos años en la Concepcion en tiempo que administraba la hermandad de esta santa imájen Juan Palomino, la que está confirmada con bula pontificia y goza de muchas gracias, como tenemos visto.

No fué ménos admirable el caso de no dar fuego un pedrero, cuyo disparo intentó repetidas veces un artillero, el cual por inadvertencia quedó cargado con bala y hubiera sido la ruina fatal, por ser en la plaza a tiempo que en ella se hacia una solemne procesion, llevando a esta divina imájen concurrencia del pueblo. Trájola a la ciudad D. Frai Antonio de San Miguel y Avendaño, su primer obispo, lustre y honra de la familia seráfica; y al tiempo de su partida, que fué el año de mil quinientos ochenta y nueve, para el obispado de Quito, adonde fué promovido no obstante la demision que habia hecho del de la Imperial, el cabildo y pueblo de esta ciudad le pidieron la dejase para su consuelo, en que convino; y aunque nuestra solicitud ha investigado los acaecimientos ántes y despues sucedidos, no permanece nada archivado, culpable pérdida y omision perezosa de nuestro reconocimiento; pues ha quedado en el olvido lo que debiera permanecer en la memoria, de la que hizo aprecio Dios nuestro Señor, pues nos mandó que en su memoria le recibiésemos. En nuestra primera edad vimos un extracto de los estatutos u ordenanzas de esta santa hermandad, el que de pre-

sente no subsiste, y en él se previene que se haga libro, como se acostumbra, en que se asienten los milagros que hiciere esta soberana reina; de que se infiere serian contínuos y que habrá hecho que cesen nuestra tibieza, y que siempre tuviese tres velos y no se descubriese sin cierto número de luces, y esto se prevenia al hermano mayor.

Para averiguar el cómo o cuándo la trajeron a la Concepcion, en cuya catedral el dia de hoi permanece, terminarémos el lamentable fin que tuvo la Imperial, aunque con oscuras noticias, como tenemos dicho. Los indios, impacientes de tanta resistencia, se empeñaron tenazmente a finalizar el sitio, recreciéndose por instantes su campo con nuevas tropas. Hai variedad de opiniones en órden a su pérdida; si fué ganada por asalto, si se entregó, o la abandonaron, y lo último nos parece mas verosímil, como dice Ugarte de la Hermosa, quien escribió en Chile inmediato a aquellos tiempos. cuyas palabras son las siguientes hablando de la Imperial: "Doña Ines de Aguilera Villavicencio, habiendo muerto su marido el noble caballero Pedro Fernandez de Córdoba y otros hermanos y deudos suyos, cuando asolaron la ciudad de la Imperial, y habiéndose recojido a un fuerte los vecinos y soldados que habian quedado vivos, y teniéndolos cercados, queriendo rendirse y entregarse por hambre por ser pocos y desfallecidos, la dicha Doña Ines los animó y divertió, y en los asaltos que les daban los enemigos los proveyó de cuerda y municiones y los gobernó, armándose como un esforzado y valiente capitan, varonilmente, hasta que fueron socorridos y librados." De que inferimos que en lugar cómodo hicieron los vecinos un fortin para mejor defenderse y adonde pusieron sus bienes de mayor aprecio; que ganaron o abandonaron parte de la ciudad, y que allí se recojieron y fué donde hizo o persuadió la defensa Doña Ines, la cual fué tan singular que el Rei le asignó una pension que de por vida gozó; y a este tiempo fué el socorro que el citado autor refiere, y abandonando la ciudad y reducto, se retiraron a la Concepcion, y sin alguna duda, fué entónces cuando trajeron consigo a esta milagrosa imájen, con el protocolo eclesiástico en que se ven recopiladas las capellanías y obras pias de las ciudades del obispado Imperial, cuya laudable solicitud fué de su primer obispo, y un ornamento de terciopelo carmesí, dádiva del Emperador, todo lo cual hoi permanece en la catedral de la Concepcion; y no es presumible que aquella ciudad y devoto pueblo adelantasen aquella divina imájen en el regreso del primer socorro y que quedasen sin el consuelo de su vista, y mas cuando se tiene por cierto que el milagro de los odres y chalupa, adonde solo venian cinco personas, fueron en el segundo sitio.

La minoracion de su vecindario y guarnicion fué notablemente grande, porque cuasi todos murieron peleando con ardiente despecho, teniendo por insoportable el sobrevivir a la deshonra y captura de sus caras prendas de mujer e hijos, lo que con acerbas voces lo proferian los indios. Sábese que aprisionaron a algunas mujeres de alta y baja esfera: sin duda fué cuando se recojieron al fortin y al primer rebato de su subleva-

cion, de cuya bastarda projenie, tanto de esta como de las demas ciudades, hoi se ven muchos que acuerdan esta desgracia apellidándose con los que fueron de sus madres. Y si los de Creta o Candia contaban las felicidades o adversidades diarias con piedras blancas y negras y al fin del año las numeraban, como dice Querai, no hallará este infeliz sexo una blanca que contar en los años que sobrevivieron a su desgracia.

CAPITULO XXIII.

Estrechan los indios el sitio de la ciudad Rica y apodéranse de ella.—Enormes sacrilejios y crueldades que ejecutan con españoles, y destrúyenla.—Ponen asedio a la ciudad de Osorno.—Sorpréndenla una noche, distráense al saqueo y expúlsanlos de ella los españoles.—Resuélvense a abandonarla y ejecútanlo con suceso, y retíranse a la isla de Chiloé.

Solo Dios es fortuna sin inconstancia. Bien pondera Curcio la de Alejandro, diciendo de que solo entre los mortales en su potestad la tuvo, y luego nos narra su fatal fin en su florida y rozagante edad: ¿si esto acaece en las de primera magnitud, cuyas dichas fueron la envidia y ofensa de los hombres, qué se espera en las de moderada esfera? De Babilonia, la grande por excelencia, como la llamó el profeta Daniel y lo manifiesta la soberbia descripcion que Curcio de ella hace, hoi apénas se distinguen sus ruinas; y así igualmente en lo animado e insensible se admiran mudanzas a que está expuesto lo caduco. Por lo que no extrañarian las suyas ni la de las ciudades estos infelices vecinos. Seis mil indios se hallaban en el sitio de la Villarica y esperaban breve su rendicion, porque sabian de la inopia de bastimentos, aunque tenian las suficientes municiones y alguna artillería mediana como en todas las demas ciudades, segun dice Pedro Ugarte en su histórico manuscrito.

Un caballero esforzado nombrado Juan de Bastidas, era correjidor y gobernador político y militar de ella. Con su ejemplo y constancia esforzaba a todos: no hubo cosa inmunda que no les sirviese de alimento, sin reserva de gatos, perros ni ratas: la esperanza de socorro era ninguna. ¿Quién vió jamas situacion mas triste, ni desventura mayor de pueblo, en tan fatal positura como en la que se hallaban? Ignórase si ellos se entregaron, o la ganaron. Igualmente se portaron de la una o de la otra suerte; porque la guerra que ellos hacen es cruel, sin cuartel, contra el derecho de las jentes. Sábese que muchos vecinos de honor, dejando a sus caras prendas, se despeñaban entre los precipicios de su lago y rio, buscando sin esperanza su evasion o mas ciertamente la muerte que seria, por no ser inspectores de su afrenta y deshonra, la que les vociferaban contínuamente los indios. ¡Qué tierna despedida seria la que ántes de esta ejecucion tendrian con sus caras consortes! y si como dice Ovidio con atrevida o verdadera ponderacion, con lágrimas moverán a las piedras, queda al dictámen de cada uno el efecto que causarian las recíprocas.

Los indios resentidos del mal trato de sus señores, satisfacian el ardor

de su venganza quitándoles la vida atrozmente entre baldones e improperios. De esta implacable saña no se exceptuaron los sacerdotes que habian, ni ménos algunas mujeres de ancianidad que no provocaban su lascivia. Quitaban las criaturas de pecho a sus madres y a su vista las hacian pedazos, porque mirándolas como a esclavas, querian exonerarlas de aquel inútil cuidado, para que sin distraccion se empleasen en su servicio. Reservaron la vida a pocos españoles con el designio de quitárselas despues entre los placeres de sus embriagueces, cuya costumbre el dia de hoi permanece. Sacaron las imájenes y cuanto en las iglesias habia para escarnecerlas. Incendiaron la ciudad y despues la demolieron con tan cruel saña, que en lo presente mal se distinguen sus ruinas. A vista de este acaecimiento notable, no ponderaria tanto Cornelio Tácito el de Cremona ejecutado por las tropas de Vespasiano al comando de Antonio Primo, despues de haber vencido a las del emperador Othon.

La ciudad de Osorno no se hallaba ménos angustiada, pues aunque a los principios la avanzaron, los hizo retirarse con pérdida la vigorosa defensa que en ella hallaron. Mas habiéndose juntado como ocho mil indios, se vinieron a campar a dos tiros de fusil de ella, con resolucion de no dejar el sitio hasta rendirla, y para tenerlos en contínuo desasosiego, todas las noches repetian armas, unas verdaderas y las mas falsas. Los españoles dentro del recinto, en lo mas cómodo hicieron segunda retirada. Una tenebrosa noche algo tempestuosa lograron hallar a los centinelas en un profundo letargo: quitáronles la vida y ganaron una puerta y por ella entraron a la ciudad los enemigos: solo proferian la voz de que muriesen. Así lo ejecutaban; y para terminar la accion mas a su ventaja, incendiaron algunas casas, a cuya luz ejecutaban mejor la sorpresa. En tan triste situacion se hallaba todo cuando con el incentivo del saqueo, comenzaron a desbandarse por las casas y aun a contender sobre los prisioneros de ambos sexos que habian hecho. Los españoles, que se habian retirado a la corta ciudadela que habian construido, viendo el desórden en que estaban, salieron a acometerlos con furor incapaz de retencion, pues muchos veian en su poder a sus amadas esposas, porque, como dice Quintiliano, siempre el afecto se muestra en peligros. Y a tanto rayo de indignacion no pudieron resistir y se retiraron con mucho desórden y pérdida. Quitáronles algunas personas de las que habian aprisionado, y otras quedaron en su poder con suma desgracia. Fué una de ellas Sóror Francisca o Doña Francisca Ramirez, monja profesa del monasterio de dicha ciudad de Santa Isabel, viuda, de la órden tercera de San Francisco. No se extrañe la locucion, porque en instrumento otorgado a favor de dicho convento, veinte y seis años ántes de su pérdida, el que tenemos visto, se hace este relato: es tradicion asentada que al indio que la aprisionó, se le apareció el glorioso San Francisco, queriéndola violentar, con aspecto terrible, de que se orijinó su conversion, y en su compañía se vino a la ciudad de Santiago con su familia y se mantuvo en su servicio durante ella vivió en un convento.

Siempre fué mejor seguir una esperanza dudosa que no esperar una calamidad cierta: esta la veian inevitable los de Osorno si allí permaneciesen, y aventurándose en ir a Chiloé pudieron evadirla, pues el tránsito que se ofrecia no era de notable distancia, sino una pampa desembarazada por la mayor parte; y así tomaron este consejo, que, como dice Estobeo, en la guerra es el que del enemigo triunfa. Por fin abandonaron la ciudad, y los indios se embelesaron de tal suerte en el saqueo de ella, unos por otros, que los dejaron, no queriendo ningunos abandonar esta utilidad, la que les figuraba mayor su codicia; y cuando fueron en su alcance, ya los hallaron inmediatos al canal de Chiloé, de donde pasaron en piraguas a la isla. Habia en Osorno fábrica de paños y linos, y en la Villarica e Imperial se hacian lienzos. Los indios incendiaron la ciudad y totalmente la arruinaron; y de presente estan ocultas sus ruinas, que son mui raros los que han llegado a verlas y me persuado no llegarán a diez personas en el reino. Tan caniveros se muestran los de esa benévola extraccion (*sic*), abstrayéndose de todo comercio y reteniendo los presentes en su memoria el odio implacable que heredaron de sus mayores contra los españoles: todo esto hace mas acreedoras nuestras lágrimas, viéndolo opreso de amargura, como Jeremías dijo de Jerusalen.

CAPITULO XXIV.

Ejecutan los españoles en Valdivia dos sorpresas con suceso, lo que los hizo omisos en su custodia, con cuya noticia ganaron la ciudad.—Notable estrago que los indios hicieron en ella. —Vienen dos navios de socorro y hállanla perdida.—Rescátanse algunos prisioneros de ambos sexos.—Abandonan la ciudad con notable displacer de los que se iban y quedaban con los bárbaros.

Debió Roma a los ánsares la custodia de su capitolio miéntras sus guardias dormian, y estorbaron la sorpresa de los Galos, recordándolas con su graznido, y puestos en defensa, les quitaron el triunfo de su posesion, como dice Livio. Mas en la infeliz Valdivia no hubo quien velase miéntras su guarnicion estaba en un profundo letargo, y pagaron inocentes el castigo que merecian los culpados. De todas las ciudades del gran pais sublevado ninguna pareció que habia de subsistir sino ella, porque habia recibido socorro por mar y el bloqueo ya los indios le habian abandonado; y se esperaba otro mas válido en dos navios, el cual se tenia por competente para ir al cerco de la Villarica y Osorno, pues el desvelo del gobernador no omitió solicitud para su breve despacho, porque no se hallaba con tropas competentes para penetrar por el pais enemigo e ir a socorrerlas; y entretanto le pareció al comandante ejecutar alguna sorpresa, para cuyo efecto destacó una corta tropa, y esta dió tan de improviso en los enemigos que aprisionó algunos y se retiraron con vituallas: este buen suceso excitó el deseo de repetir otra irrupcion. Túvose a este tiempo noticia que en un prado espacioso, situado entre aquellos montes, se hallaban algunos indios con sus familias,

atrincherados para su mayor seguro, y que se podia ir por una senda poco versada: por fin, resuelto el viaje, lo ejecutaron con un fiel práctico, y llegando sin ser sentidos, sin diferición los atacaron; mas hallaron una vigorosa defensa, estimulados de la de sus bienes y familias que allí tenian. No obstante, forzaron los españoles sus trincheras, quienes se expusieron con grande esfuerzo al peligro, pues nunca uno se vence sin otro, como dice Publio. La pérdida de los indios fué considerable: volviéronse las tropas a Valdivia persuadidas, no sin temeridad, a que con el acaecimiento pasado y el presente quedaba refrenado su orgullo: a esto se anhelaba, y así el deseo fué ceguera del entendimiento, como la esperanza lo es de la voluntad: confirmólos el saber que en las inmediaciones de la ciudad no se veian indios como ántes de las dos acciones; y siempre será laudable el consejo de Séneca: "que al enemigo aunque humilde, de sabios es el temerle."

A este tiempo vinieron algunas tropas de las que se hallaron en la expedicion de Villarica y en la sorpresa y abandono de Osorno. Maherbal, que comandó la caballería cuando Aníbal venció a los Romanos en Cannas, le dijo: "Sabes vencer, mas no aprovechar de la ocasion," porque vió que la perdia. Paillamacu y Quilantaru supieron vencer y aprovecharse de las ocasiones, no ejecutando el desacierto en que incurrió el mayor jeneral que veneró la antigüedad pagana. Supieron estos dos campeones por algunos desertores y fieles espías que en la ciudad tenian, el descuido con que estaba la guarnicion, no solo de dia sino de noche, principalmente en el cuerpo de guardia: esta oportunidad estimuló a todos para no diferirla, y con marcha lijera se vinieron con cinco mil hombres bien montados para la plaza y armados con lo que habian cojido a los españoles, que bien indicaban los trofeos de sus victorias; y tomaron tan cabales ideas para la sorpresa, que no pudieron ser mas justas: llegaron a la ciudad entre una y dos de la mañana, — dia mártes veinte y seis de noviembre de mil quinientos noventa y nueve. Apoderáronse de la principal guardia, cuya custodia estaba entregada al sueño como todos sus habitadores, lo que ocasionó el que diversas partidas ocupasen las principales calles sin ser sentidos, y al mismo tiempo tocaron a arma e incendiaron diversas casas. Siguióse tras esto una extraña confusion: a las voces de incendio y enemigos, salian los vecinos medio desnudos o mal vestidos y a sus umbrales encontraban con la muerte. Los indios estaban tan bien distribuidos y todos tan al arbitrio de sus armas, que no podian los españoles juntarse, y cuando lo intentaban perdian la vida unos en pos de otros, y ménos pudieron servirse de la artillería que tenian en dos reductos, porque tambien la ganaron.

El caso no pudo llegar a mas estrecho punto deplorable de la calamidad. Todo era horror y desventura: aumentábanla los llantos y lamentos, pues sin distincion de edad, sexo ni condicion a todos quitaban la vida. La voraz llama sin estorbo se embravecia de unas casas en otras, y aun esta alumbraba para mayor desdicha; pues a su luz se

hacia mas difícil la ocultacion, siguiendo a los que huian. En la iglesia de la Merced se hallaba el comendador frai Luis de la Peña con diez y seis relijiosos, a quienes esforzaba para morir con fervoroso celo: y despues de haber consumido al Señor, como perros rabiosos, así se explica el bulario de su órden narrando este caso, los hicieron pedazos, y esta su saña pasó a actuarse en algunas personas de su nacion, puestas en sus intereses. Y con inaudita felicidad en dos horas ejecutaron este hecho que será admiracion y ejemplo a lo futuro, como dice en su historia el Padre Ovalle, regnícola: "que se salieron con el mas bravo caso que jamas bárbaros hicieron," y a tan expresiva frase no tenemos que acrecer. Los muertos fueron cuatrocientos y cuasi otros tantos de uno y otro sexo (*sic*). Salváronse muchos en las lanchas de dos navios que estaban en su rio, que iban y venian para fomentar el embarco. A la márjen llegaban la inmediacion de las huertas y bosques del contorno, lo que favoreció la evasion de otros. Los indios robaron todo el oro y plata y demas apreciables muebles que libraron del incendio. Incendiaron el resto de casas que quedaban reduciendo la ciudad a cenizas, cuya pérdida fué de cuasi dos millones: y de presente permanecen en poder de los indios muchas alhajas de plata de las robadas en esta y en otras de las ciudades perdidas, lo que podemos testificar por haber visto y tenido en nuestras manos algunas de ellas.

Hizo mas sensible esta pérdida el haber llegado a los diez dias el coronel Juan del Campo con dos navios, jente, municiones y armas de la ciudad de los Reyes, y solo se anticipó el infortunio porque despues no pudiera suceder. El coronel solicitó el rescate de dos hijos párvulos que le aprisionaron los indios, y se consiguió lo mismo con tal cual persona de las que tuvieron este destino, a esfuerzo y solicitud de parientes. Mas cuasi todos los prisioneros de uno y otro sexo quedaron con ellos: a algunos les quitaron la vida en sus públicas celebridades; muchos, estimulados de los crecidos rescates que se les ofrecia, se los reservaron, deteniendo su fiereza los deseos del interes.

Mas lo que a todos visos fué mas deplorable es la separacion que hubo: el hijo e hija del padre, el marido de la mujer o al contrario, segun la desgracia de la prision; lo que fué de sensibilidad tan llena que abrevió a muchos la vida, y no dejó de haber quienes perdiesen el juicio y la vida. En esta ajitacion de infortunios no faltaron heroinas que escojieron una voluntaria muerte ántes que condescender con su lascivia, y por omision de los de aquel tiempo hoi ignoramos sus nombres. Iguales acaecimientos se vieron en las demas ciudades, no ménos dignos de eterna recordacion que el de Ana Erizzo, noble veneciana, que quiso ántes morir que rendirse a la voluntad de Mahometo II, quien le ofrecia mil agrados en el serrallo, como dice su historiador Guillel, narrando la pérdida de Negro Ponto.

CAPITULO XXV.

Hácese una prudente reflexion de las crecidas impensas que el rei ha hecho en Chile y de la notable pérdida que hubo.—Calamidades que pasaron los prisioneros de ambos sexos y la culpable omision que hubo en su rescate.--Notable celo que manifestó en esto el marques de Baides.—Termina el gobierno de don Francisco Quiñones y el de su sucesor Alonso García Ramon.—Viene socorro de jente.

Participó al senado veneciano el embajador del César la noticia de la victoria de Pavia y prision del rei Francisco. Respondió Andres Gritti, su Dogo: que en lo presente debia seguir el consejo de San Pablo, de llorar con los que lloran y alegrarse con los que se alegran. Y así seguiré en su llanto a los que experimentaron tanta fatalidad en su destino, y en que fueron comprendidos algunos ramos de mi familia, lo que hace el consejo preciso. La pérdida de lo sacro y profano pudo numerarse a millones, y asegura Pedro Cortes llegaron a diez y ocho. No parezca hipérbole su número, que con prudente y reflexionado avalúo, aun nos parece mayor, sin que la crítica tenga que impugnarlo: e igual pérdida en las dos Américas no han experimentado los españoles, ni el real erario ha entrado en mas crecidas impensas por la anual remesa de doscientos noventa y dos mil pesos peruanos: se perpetuaron para la paga del ejército de Chile ciento setenta y dos mil y despues se rebajaron a cien mil, los que hoi subsisten, fuera de veinte y cinco mil hombres de recluta que han venido a Chile, como individualmente consta en informe que tengo hecho al Rei.

Redujéronse a la mendicidad ilustres familias: muchas salieron del reino, otras se esparcieron por él y no pocas quedaron prisioneras en la mas villana y dura servidumbre que se ha visto, pues hasta de la ropa de su preciso vestuario las despojaron, dejándolas, contra el pudor de su sexo, medio desnudas y solo con una manta, como ellos llaman, de burda manufactura.

Dificultoso es el silencio donde hai dolor, como dice Ciceron: los interesados y compasivos se quejaron de algunos gobernadores mas que de otros, de que postergaron unos, y otros trataron con tibieza causa tan piadosa como era la redencion de las prisioneras españolas, o bien por rescate o por canje, pues la misma guerra ofrecia prisioneros y la compasion cristiana efectos del aprecio de los indios para hacerlo, y que en la terquedad de tan acerbas congojas no veian crepúsculo de consuelo, ni hallaba la voz lastimosa de su dolor el remedio. Y siendo la historia de los tiempos testigo de lo pasado, estamos en el deber de hacer una relacion verdadera y desinteresada, porque no es el tiempo de Tiberio, en que dice Tácito que escribieron unos con odio y otros con temor. Y ciertamente hubo omision culpable, bien que seria en unos mas que en otros, pero indigna de pechos jenerosos y cristianos, pues en la ciega jentilidad conoció Ciceron que la piedad siempre es gratísima a los dioses.

La conducta del marques de Baides en órden a este caritativo cuidado, fué mui laudable, no obstante que vino a gobernar el reino a los cuarenta años de este arresto. Extrajo muchas personas españolas de uno y otro sexo y mucha parte de ellas nacidas en el barbarismo, y algunas personas principales, como fué la familia de Don Pedro Mendez de Sotomayor, a quienes honró mucho y dió para que pudiesen subsistir con decencia, y no faltó tal cual mujer que avergonzada de su numerosa y bastarda projenie, se quisiese quedar en el barbarismo, con detrimento de su salvacion y en vida tan oscura. Ejemplar de esto tenemos en la antigüedad pagana. Coreo, hermoso mancebo, fué convertido en cuervo y desterrado a las selvas por haber descubierto cierto defecto de una hermosa. Descendiendo a particularidades: fué a pedir limosna un marido infeliz al Perú para el rescate de su mujer, trajo lo necesario y en treinta años de su solicitud nunca supo de su persona. Por fin se entró relijioso de la Merced, y el importe de siete mil quinientos pesos que recojió, lo aplicó a la obra pia de una capellanía por la alma de ambos, la cual hoi subsiste, sino en el todo en la mayor parte en dicho convento, cuya institucion tenemos vista. Otra tal memoria pia hai en el convento de Santo Domingo de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, donde se estableció un infeliz vecino de las ciudades perdidas y adquirió decente pasadía, y se lamenta de que en veinte y seis años de solicitud ignore el paradero de su mujer y dos hijos.

Terminó su gobierno D. Francisco Quiñones, el que fué de dos años y tres meses, como dice Pedro Ugarte de la Hermosa, y su acertada conducta le hizo digno de mayor duracion, como se dijo del duque de Alva en Flandes, no haber sido o no haberlo quitado. Don Luis de Velasco, que fué el que lo promovió, le envió por sucesor a Alonso de la Rivera. Las dos acciones que tuvo y otras victorias de ménos monta, detuvieron el torrente de felicidades de esta belicosa nacion que iba a inundar a Chile, y los castigos que ejecutó mui a propósito, los contuvo con espanto y horror de la otra parte del rio Biobio, en que consistió la salud del reino; pues, como dice Terencio, los grandes castigos sirven de ejemplo para los demas; y por fin, llenó con el acierto de su gobierno toda la expectacion, y habiendo tenido competentes tropas para penetrar por tan extenso pais como el sublevado, hubieran permanecido las ciudades. Su sucesor, como tan experto en la guerra de este reino, hallándose atenuado le pareció conveniente mantenerse en la defensiva, para cuyo efecto se acampó en la ribera de Biobio a tiempo que llegó a su noticia que Quelantaru con seis mil hombres queria hacer oposicion e irrupcion en el territorio de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, y para mas cómodamente obstar la sorpresa destacó algunas tropas, que vinieron a alojar a Yumbel y se atrincheraron en un ventajoso terreno; y habiendo este valeroso bárbaro prevenido la idea de su designio, que era en caso de que la fortuna se le mostrase favorable, internarse por el reino y procurar sublevar a los indios encomenderos que se mantenian pacíficos, que era mui factible el que lo

consiguiese con el dulce atractivo de la libertad que les ofrecia, la que naturalmente es de todos apetecida. En este tiempo o un poco ántes llegó al reino D. Francisco Rodriguez de Ovalle con una recluta de jente que de órden del Rei levantó en Lisboa, y trájola por Buenos Aires, cuya ilustre descendencia permanece de presente en la ciudad de Santiago, adonde se estableció este caballero. Sin duda llegó el socorro a tiempo de la mayor urjencia, y por consiguiente terminó el gobierno de Alonso García Ramon, que duró seis meses.

CAPITULO XXVI.

Llega al reino de gobernador Alonso de la Rivera.—Procura adelantar las armas y construye dos ciudadelas.—Principia la campaña hostilizando las provincias de Arauco y Tucapel.—Hace una poblacion en Levo y ofrece al Rei finalizar la guerra y conquista del reino con la aumentacion de tropas y dinero para su pagamento, y providencióse todo.

En Chile todo era mutaciones de gobernadores: en poco tiempo habian habido cuatro. Alonso de Rivera llegó al reino por febrero de mil seiscientos uno con el intento de castigar tan rebeldes vasallos, cuyo furor desmesurado habia excedido los términos de la crueldad, pues de su tolerancia se siguieron perjudiciales consecuencias. Y el gran crédito con que habia servido en Flandes e Italia le hacian digno de tan gran confianza, y así le prefirió a otros muchos; y sin duda tenia los talentos que requeria manejo de tanta gravedad, y siempre será laudable el que las elecciones se hagan sin que precedan solicitudes propias; pues, como dice Plinio, acreditan la confianza o justicia de quien *motu propio* las hizo.

Halló el gobernador a los indios insolentes y obstinados, como que habian disfrutado contínuas felicidades, mas no neglijentes en sus intereses; y se resolvió a adelantar las armas y ordenó se construyese una ciudadela en Buena Esperanza con el alto fin de que despues dirémos, y en el territorio de Yumbel la de Santa Lucía; y viendo cuan necesario era el tránsito del rio Biobio para las provincias de Arauco y Tucapel, reedificó el fortin de la Candelaria, abandonado despues de la muerte del gobernador Loyola, con el nombre de San Pedro, el que hoi subsiste; y mirando estas fábricas como indispensables disposiciones para la futura campaña, procuró su adelantamiento. Dejábanse ver algunas tropas enemigas con designio de sorprender a los españoles; mas se mantenian con tan exacta disciplina y vijilancia, que no pudieron actuar con suceso sus deseos. Hallábase el gobernador con mil hombres, para cuya efectiva paga se habian consignado ciento diez mil pesos peruanos, habiendo sido ántes ochenta mil por ser ménos la tropa.

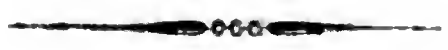
Principió el gobernador las operaciones de la campaña por las provincias de Arauco y Tucapel: llevaba seiscientos hombres españoles y algun tren de artillería de campaña. Los enemigos no se opusieron a su ingreso, sino que desamparando el pais, se retiraron a las fragosidades,

para ponerse a su cubierto con sus familias, habiendo incendiado ellos mismos sus casinas y lo que no les fué posible trasportar, siguiendo en esto el consejo de Paillamacu, igual al que dió Memnon a Dario, quien le dijo: que si con las talas e incendios de los paises no podia atajar a Alejandro, saliese a combatir con sus tropas; observando los indios las españolas para lograr las oportunidades que pudieran ofrecérseles en los desfiladeros y tránsitos de rios, pues, como dice Séneca, lo porvenir en lo incierto permanece. Mas la marcha se ejecutó con tan exacta disciplina y regular órden que no les fué posible practicar su designio; y habiendo pasado por la arruinada ciudad de Arauco, se vino a acampar a Levo; y pareciéndole al gobernador aquel pais cómodo para construir una ciudadela, lo puso en ejecucion, no obstante que muchos juzgaron que quedaba mui internada, y que de primer ingreso no debian adelantarse tanto las armas sin exponerlas a un siniestro accidente. Mas el gobernador llevó a rostro firme lo resuelto, fundado en la máxima de que quien hace la ofensiva tiene por recurso el pais propio, como dice el marques de Santa Cruz, y porque es bueno o lo mejor, segun el proverbio aleman, atar los caballos en los árboles de los enemigos.

Prosiguióse la construccion de la nueva poblacion con ardor, de suerte que en breve quedó finalizada. Algunos de los mas expuestos a las hostilidades de la guarnicion, enviaron personas de distincion para proponer algunas proposiciones de paz, ejecutando con apariencias voluntarias lo que en realidad era violento, porque no es perpétuo, como dice Séneca, y así fueron todos con desconfianza. El gobernador se retiró dejando una competente guarnicion.

La prudencia es virtud universal o parte de ella, como dice Platon; y enterado del sistema presente del reino, le hizo al Rei un exacto y prolijo informe, y ofreciéndole finalizar la conquista con la entera sujecion de los indios en tres años, como se recreciese la tropa al número de dos mil hombres, y que los un mil habian de ser de Europa. Concedióselo con la asignacion de doscientos doce mil ducados, que montan a doscientos noventa y dos mil pesos peruanos, para su paga efectiva por el término de cinco años, todo lo que se expresa en la real cédula fecha por diciembre de mil seiscientos seis, que pára en el oficio de la veeduría jeneral. Diéronse las órdenes al virei del Perú para que no descontinuase las asistencias. Nombróse a Antonio de Mosquera para que trajese a su comando los un mil hombres, que se embarcaron en Lisboa para Buenos-Aires y de allí siguieron su destino a Chile con armas.

Tanto aparato bien manifiesta que se deseaba con empeño el castigo de los indios y sujetarlos al deber de vasallos, la recuperacion de lo perdido y exonerar en lo futuro al erario de tan crecidas impensas: acciones todas dignas de un gran Rei.



LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

El gobernador pone en práctica algunas providencias de ropa, ganados y caballos para el abasto de las tropas: procura estorbar la evasion de los enemigos: de las ciudades perdidas hace algunas poblaciones: cásase sin licencia en el reino y depónele el virei del gobierno y pasa al Tucuman.

El gobernador Rivera se manifestó mui económico de la real hacienda, porque la parsimonia es grande entrada y la superfluidad grave dispendio, y su prudencia política ahorró mucho de lo supérfluo; tal era en consejos abundante como en las ejecuciones pronto. Viendo que las tropas necesitaban de ganado vacuno para su manutencion, dispuso se pusiese un abasto de ocho mil vacas en el pago de Catentoa para que con el aumento de su procreacion se mantuviesen, quedando no solo indemne sino aun recrecido el principal: puso en Buena Esperanza una cabaña de ovejas para el apero que allí estableció de trigos y cebada; y habiendo experimentado lo costosa y penosa que era la remonta para la caballería del ejército, providenció una cria de dos mil yeguas, y dispuso fábrica de paños en Quillota, jurisdiccion de la ciudad de Santiago, para el vestuario de los soldados; y aunque todo eso no tuvo la entera perfeccion que se deseaba en su primer gobierno por abreviado, mas sí en el segundo, lo que dejamos dicho como hecho referente: ponderosa discrecion, con el recelo de la penuria excusar los desperdicios; y en todo manifestó una capacidad sobresaliente y singular don de consejo, de que deben hacer gran aprecio los príncipes, pues se oyó decir a Dario, padre de Jerjes, que se alegraria tener tantos Séfiros (que era singular en consejos) como granos la granada que en la ocasion partia.

Viendo el gobernador a los vecinos de las ciudades perdidas en sumo descarrio y vacilantes sobre su destino de quedarse o salir del reino, que era a lo mas que se inclinaban, porque veian distante la esperanza de poder establecerse, los contuvo ofreciéndoles tierras para su manutencion y subsistencia, y así se comenzó a poblar el gran pais que mediaba entre la ciudad de la Concepcion y Santiago; y el maestre de campo Fernando de Utier, mi primer abuelo, fué uno de aquellos a quienes se concedieron este singular beneficio: le debió Chile y él que no se hubiesen ido todos como se habia principiado a hacerlo: con tal pavor y espanto quedaron. El gobernador se preparaba para la futura campaña, y con setecientos españoles pasó el gran Biobio por Negrete y principió a talar la provincia de Quechereguas, Malleco, Angol y otras mas con poco fruto, pues recelosos de tal irrupcion con anticipa-

cion ganaron los montes como seguro receptáculo. Ejecutó lo mismo la guarnicion de Levo por la costa, mas sin suceso; y de esta y otras hostilidades se sacó solo el fruto de que algunas familias de indios se sometieron al dominio español y se acimentaron en Talcamávida, Marituco y Colcura, y se les dió plaza de soldados asignándoles una corta paga, cuya inalterable lealtad que ellos y sus descendientes han guardado a los españoles por ciento cuarenta años, puede ser émula de los tlascaltecas, pues han sacrificado sus vidas por la fidelidad a los españoles, y muchos de los que de presente subsisten en San-Cristóbal, Colcura, Nacimiento y Santa Juana, son ramas de tan jenerosos troncos y se mantienen con plazas de soldados.

Sabiendo el gobernador cuan bien recibida habia sido la propuesta que al Rei hizo, dispuso el adelantar las armas para la ejecucion de sus designios, y ordenó se construyese una ciudadela a las orillas del rio Vergara, sitio ventajoso y de predominio a una deleitosa campaña, y tan abundante de albérchigos y melocotones, que sin alguna plantacion o cultivo los produce aquel grato terreno para cuantos quieren aprovecharse de su fruto. Dice Marco Aurelio, que el amor caduca como viejo, desvaría como niño y yerra como ciego, siendo enemigo del descanso, caida de dichosos y extremo de desventuras.—Una amorosa llama alteró el sosiego del gobernador, causada al ver una hermosura. A vista de la de Elena abstuvo de matarla Menelao, como dice Virjilio, mas no el gobernador de casarse con doña Ines de Córdoba y Aguilera, nieta del ilustre Pedro de Olmos y Aguilera, vecino de la Imperial, cuya familia se veia en descarrio, habiendo perdido los muchos bienes que allí gozaban, y a su singular belleza, digna de que Tele la numerase entre las que solicitó para el mundo de órden de Marco Antonio, se añadian las dotes del alma. Procuraron várias personas disuadir al gobernador de su empeño, proponiéndole que ejecutar el matrimonio que intentaba sin licencia del Rei, en el tiempo de su gobierno, le traia por lei la privacion de oficio, y que decaeria del gran concepto y reputacion en que se hallaba y en estado de quedar en la esfera de una vida privada y con cortos medios para subsistir con esplendor segun su calidad y estado, y que con alguna dilacion lo podria hacer pidiéndole permiso al Rei; mas el amar y saber apénas a los dioses se concede, como dice Séneca, y sin ninguna retardacion se casó. El Rei, luego que lo supo, lo privó del gobierno de Chile, sin que esto se le dispensase por el singular servicio que habia ofrecido, y segun el sentir de Pedro Ugarte, le parece lo hubiera conseguido, y Felipe III atendiendo a sus méritos lo promovió al gobierno del Tucuman año de 1605.

CAPITULO II.

Viene provisto por gobernador Alonso García Ramon: prosigue la economía de su antecesor y la guerra: hace dos poblaciones.—Sujétanse algunos indios con sus familias, y recíbelos con capitulaciones de poco decoro.—Fúndase la real audiencia de la ciudad Santiago.—Batalla en que enteramente quedan vencidos los españoles.—Sitian la plaza de Boroa.—Defiéndela con gran valor el comandante hasta que es socorrida.

A juicio de desinteresados ejecutó Alonso de Rivera una accion arrojada, y mas haciéndola sin embozo como gloriándose en el crímen y en edad avanzada, mas esta no exceptuó de los juveniles ardores a los jueces de Susana. Al transitar la cordillera de Chile en prosecucion de su destino encontró con 1,000 hombres que habia pedido: bien lamentó el reino su ausencia porque con su presencia se discurrian las mejoras de sus desgracias, y por eso se alejó el alivio; y así dice Quintiliano, que la tristeza mas sensible es la que a la esperanza sucede. Sus economías las aprobaron sus sucesores, y aun algunas hoi se extrañan por no practicadas, despues del transcurso de mas de un siglo, habiendo superado lo mas difícil, que, como dice Aristóteles, es el principio. Informado el Rei de lo mucho que habia servido Alonso García Ramon en Flandes y Chile, hizo eleccion de su persona y le nombró por gobernador, siguiendo en esto la máxima de Felipe II, su padre, que nombró a tres de los que en el reino hicieron condigno mérito para tal premio, lo que fué plausible admirando la equidad: fomentó los económicos establecimientos de Alonso de Rivera, aplaudiendo sus importantes máximas, bien rara moderacion; pues frecuentemente se ve que el sucesor desaprueba las operaciones del antecesor, y esta es verdadera alabanza por ser en ausencia, porque en presencia fuera adulacion, como dice Aristóteles.

Llegaron a Chile los 1,000 hombres que desde Lisboa trajo a su comando Antonio de Mosquera, de suerte que los que ántes habian llegado y estos componian el número 3,000 españoles efectivamente pagados, los que ántes ni despues ha habido en Chile, como dice Ugarte de la Hermosa (1), que fué desgraciado en sus empresas militares, y ofreció finalizar la conquista de Chile bien así como lo hizo su antecesor, de lo que el Rei se da por entendido en real cédula expedida el año de 1606, y así se resolvió a internar las armas por sus paises mas allá de donde las halló Juan Sanchez, mestizo que entre los indios habia tenido bastante aceptacion y se volvió a los 7 años de su escandalosa desercion, ofreciendo al gobernador ejecutar a su favor lo mismo que ántes a los otros en nuestra contra; mas el gobernador Alonso García procedia en la precavencia, que dice Livio, de que a tales personas no

(1) Aquí pudiera haber una laguna, aunque no está indicado en el MS.

se les debe dar toda fe, y por real despacho se ve el que se le manda al gobernador no se fíe de él, verificándose lo que dice Erasmo, que príncipes nunca aman a los traidores. El gobernador hizo dos campañas en la provincia de Arauco y Tucapel y asímismo en la de Quechereguas, Cholloha y Puren, de que resultó el que se sometiesen cinco mil seiscientas personas en la costa, mas no quedaron en la esfera de encomenderos como ántes estaban, ni ménos en la de tributarios al Rei, y la razon que el gobernador tuvo, hoi permanece oculta a nuestra edad, que fué radicarlos en cierto modo en la independencia en que estaban; mas lo que nos puede admirar es que Alonso García le pidió al Rei un mil hombres, los seiscientos de pronto, y ciento cincuenta caballos que vinieron de Tucuman a Chile: dícelo así el Rei en real despacho dirijido al marques de Montes Claros, virei del Perú; cuando, como queda dicho, a su ingreso se halló con crecido número de tropas pagadas, cuales ántes ni despues ningun gobernador tuvo. Los indios de los llanos se mostraron mas indóciles, y así puso en ejecucion el proyecto de adelantar las armas en lo interior de su pais con sólidos fundamentos para su estabilidad, para cuyo efecto pasó a Boroa con válidas fuerzas y allí construyó una ciudadela, cuya situacion está adelante de la arruinada ciudad de la Imperial. Puesta en estado de regular defensa y bien proveida [de] municiones de boca y guerra, dejó trescientos hombres de guarnicion al comando de don Juan Rodulfo, y pobló a Monte-Rei, inmediato a Biobio.

Mui sensible fué a los indios estos establecimientos, y el precaver lo futuro es discursiva operacion de los mas entendidos. Bastantes recelos causó a la Helvecia el fuerte de Fuentes en el confin del Milanés, y no menores en la presente centuria la fuerte plaza de Dunquerque a la Gran-Bretaña, cuya demolicion solicitó en el Congreso de Utrecht no obstante que Cárlos II, su rei, se la vendió a Luis el Grande. La real audiencia se estableció en el reino a los treinta y cuatro años de su supresion, y el real sello entró a la ciudad de Santiago el dia ocho de setiembre de mil seiscientos nueve, y allí ha quedado sedentaria. Dice Santiago de Tesillos en su historia que el despacho vino equívoco, porque dice que permanezca en la ciudad de Santiago donde ántes habia estado, lo que no fué sino en la Concepcion, mas en aquel sistema era esta ciudad el extremo de las poblaciones españolas y la otra estaba en el comedio y a poca distancia de la provincia de Cuyo, que es de su jurisdiccion. Vino a fundarla el doctor Luis Merlo de la Fuente, oidor decano, y fué el primer presidente el gobernador Alonso Garcia Ramon, quien con sus sucesores quedaron mas exonerados, porque siendo jueces de apelaciones tenian el embarazo de resolver, y el estrépito de las armas con la asistencia de sus personas en la frontera hacian retardar las providencias y se incomodaban los litigantes.

De una continuada felicidad resulta arrogancia, impiedad y neglijencia; mas esta no la tuvieron los indios, pues solo entendian en incomodar la guarnicion. Salió de la plaza un comandante con el motivo de un

convoi con dos capitanes y ciento noventa hombres: tuvieron de esto noticia los indios, como que observaban todos los movimientos de los españoles con ojos de lince, y destacaron un mil trescientos hombres de las mejores tropas, y solícitos vinieron a su encuentro formados en caballería e infantería. El jeneral don Juan Rodulfo exhortó a los suyos a cumplir con el deber de tan fuerte lance, cuyos extremos eran el de morir o vencer: los indios los atacaron por su frente y derecha, que por el fondo estaban fortalecidos y en terreno ventajoso: principióse la accion con igual valor, y aunque el fuego de la infantería era violento, no los retuvo, ántes, despreciándolo, trataron de mezclarse sin que fuese posible a nuestra caballería el romperlos: por fin terminó a su favor la accion, quedando los españoles enteramente batidos, sin que se exceptuasen de prisioneros o muertos. No especifica mas circunstancias, de las que hoi extraña el deseo, Pedro Ugarte de la Hermosa en su histórico manuscrito. Con razon los indios celebraron la victoria, siendo asunto de los cantos en sus funciones.

En prosecucion de ella pasaron a poner sitio formal a la plaza, aprovechándose de la fortuna, la que es un repentino y no pensado acaecimiento. Era comandante Francisco Gil Negrete y pocos los españoles de su guarnicion, que a los demas se los habia llevado el jeneral Rodulfo; mas luego que supo su desgracia, abandonó la mayor parte del terreno que ocupaba la fortaleza y la redujo a mas estrecho recinto para mas cómodamente defenderse: atacáronla tres mil hombres, y no habiéndolos contenido los tiros de artillería y arcabucería, llegaron con intrepidez sin igual al foso, y viéndose expuestos a todo el fuego y sin poder transitarle aunque lo intentaron, se retiraron con pérdida considerable, mas con designio de ponerle sitio formal y ganarla ántes que llegase socorro, para cuyo efecto se atrincheraron y le dieron tres avances sin suceso; pero su obstinacion no los desapartó del empeño; y ya que con las armas no los pudieron vencer, procuraron hacerlo con la negociacion, para cuyo efecto solicitaron algunos de su nacion que servian a los españoles, unidos con los vínculos de amistad o parentesco, pues la humana inconstancia hace que en el infortunio no sean conocidos los amigos que le padecen, y en la prosperidad desconocen los amigos que la gozan, siendo muchos en esta y solos en la otra, como dice Virjilio. Halláronlos constantes, y con finjidas demostraciones de piedad pasaron a condolerse de los trabajos que padecian, y les ofrecian honroso partido por que se entregasen, a que se negarian si despues lo ejecutaban, para cuyo efecto los desesperanzaban del futuro socorro. Estas y otras cavilosas acciones que en solicitud de atraer a los españoles hacian los indios, fué el motivo mas animoso que empeñó a los sitiados a una desesperada defensa, sin que les aterrase la inopia que de todo tenian, habiendo sostenido con valor mas que de hombres tres jenerales avances, de los cuales se retiraron con notable pérdida y confusion vergonzosa. Así prevalecieron contra el poder de esta belicosa nacion, queriendo ser émulos de los numantinos que desvanecieron la sober-

bia de seis consulares ejércitos que envió la república romana contra ellos.

Al fin de tan penosa fatiga llegó el deseado socorro, y a su aproximacion abandonaron los indios el sitio, y los españoles la plaza a los siete meses de su construccion y a los treinta y cinco dias de su asedio. Los enemigos vinieron observando a los españoles, por ver si en sus campamentos o marcha se ofrecia alguna oportunidad para sorprenderlos, y así llegaron hasta la ribera del Biobio. En la narracion de este hecho hemos seguido a Pedro Ugarte, que cuando vino a Chile estaba reciente la memoria de este suceso. No es lo mas el emprender, como lo es el proseguir: quedaron con poco decoro las armas y con la nota de empresas mal permitidas y premeditadas, pues con desaire se cedia. Al contrario los indios, como jactanciosos, hacian irrision o desprecio del tonante Júpiter, y ejecutaron algunas sorpresas en el pais español con suceso, las cuales en grueso no las cuentan las memorias de aquel tiempo; y con doloroso escarmiento la experiencia nos hace ver lo que conviene vivir receloso de Marte y de la fortuna, pues, como dice Ciceron, no hai cosa mas inconstante que ella misma. El gobernador vivia notablemente incómodo de la salud y en estado de no poder salir a campaña, y esta privacion recrecia su indisposicion.

CAPITULO III.

El rei declara por esclavos a los indios sublevados de Chile.—Muere el gobernador Alonso García Ramon.—Elójiase su persona.—Sucédele el doctor Luis Merlo de la Fuente.

Consecuentes, segun la supersticion romana, como dice Pausanias, eran ciertos dioses de primer órden que componian el consejo de estado del cielo, para darnos a entender que si esto ejecutaban los dioses, cuanto mas lo deberán hacer los hombres para el acierto; y solo así Felipe III, y con maduro acuerdo, declaró por esclavos a los indios sublevados del reino con la restriccion de que los varones habian de ser de diez años y medio para arriba y las hembras de nueve y medio, y que esto fuese en caso de mantenerse protervos en su rebelion a los dos meses de publicarse el bando por la frontera, el que fué expedido por mayo de 1608. Así lo previno su justicia y piedad, que, como dice Ciceron, aun en la ceguedad de su idolatría, que es gratísima a los dioses: esto requeria la protervidad de tan rebeldes vasallos, gloriados en los crímenes de la guerra atroz que hacian sin cuartel contra el derecho de las jentes, y que siendo cristianos habian ejecutado enormes sacrilejios en todo lo sacro; mas tiene la admiracion que notar, pues tan terrible estruendo no abatió su constancia. Al gobernador se le recrecia el accidente sobre la pesadumbre de no poder ir a la frente de sus tropas, hasta que llegó el momento fatal de su muerte, año de 1610, y a los cinco años de su gobierno.

Bien nos ha manifestado la historia su gran valor y conducta, ope-

rando de subalterno: dígalo la brillante accion de Arauco y Puren, en cuya alabanza no hubiera inmoderado elojio; mas de comandante jeneral del reino experimentó en la guerra la fortuna adversa, quizá porque fué en el último período de su ancianidad, a cuyo asunto dijo Cárlos V, cuando abandonó el sitio de Metz con indecoro de sus armas, que la fortuna era como las mujeres, que siempre preferian los jóvenes a los ancianos, aludiendo a la edad florida de Enrique II, rei de Francia; y en nuestro caso de Chile Ayllavilú, ardiente e intrépido en su juvenil edad, que como a jeneral obedecian las tropas de su nacion. Fué el gobernador no solo experto en la guerra de la América, sino es tambien en la de Europa, habiendo servido en Flandes con crédito; y no extrañaria el gobernador su fortuna borrascosa, que, como dijo Betocino, es mas benigna cuando airada, declarando en esta paradoja que con la prosperidad se fabrica la ruina para perecer, y con la adversidad se aprende a vivir. Persuadímonos a que este ilustre caballero no dejó sucesion en el reino: fué infatigable en soportar las penalidades de la guerra, exacto en la disciplina militar, y afable con los soldados, sin abatimiento de su persona. Siempre en ella halló la afliccion consuelo y la necesidad remedio; y aunque pudo atesorar mucho, no dejó nada con laūdable moderacion y desinteres.

CAPITULO IV.

Queda de gobernador de Chile el Dr. Luis Merlo de la Fuente.—Dase noticia de los sucesos de su abreviado gobierno.—Sucédele Juan Jara Quemada, provisto por el virei del Perú.

Por muerte de Alonso García entró de gobernador Luis Merlo, como presidente de la sala, quien habia venido a fundar la real audiencia, como dejamos dicho, apto igualmente para los ejemplos de la toga y de la guerra, tan versado pareció en ella los seis meses de su gobierno; y sin perder instante se vino a la frontera, no obstante su avanzada edad, trayéndose de la ciudad de Santiago la mas jente que pudo con designio de ejecutar la próxima campaña por su persona, no con las intrepideces del cónsul Varron, que causó a los romanos la ruina de Cánas, sino con la circunspeccion de Fabio Máximo, que supo reprimir el torrente de las felicidades de Aníbal, como en Chile el gobernador la de esos bárbaros; y habiendo llegado a la Concepcion, con actividad singular dispuso todo lo necesario para la subsistencia de tropas, como que hubiese sido el arte de la guerra el de su profesion, y de allí pasó a las provincias de Arauco y Tucapel, como que en ellas se habia radicado mas la obstinacion, y le pareció conveniente principiar por ellas el castigo, que es corporal pena fundada en justicia para reprimir los malos efectos de la voluntad, como dice Lactancio. Llegó el gobernador a la plaza de Levo, de donde salieron varios destacamentos para hostilizar el pais enemigo, todos con suceso; pues trajeron muchos y jenerosos caballos

y prisioneros de ambos sexos, y hasta veinte caciques y personas de excepcion. Por la frontera de San Felipe se ejecutaron las mismas sorpresas con igual fortuna, lo que causó singular celebridad en el reino.

Pareciéndole que era conveniente ejecutar un ejemplar castigo en los prisioneros que se habian distinguido con enormes delitos, les hizo quitar la vida a algunos, y separados sus miembros, los mandó poner en los precisos tránsitos y lugares mas expuestos a la inspeccion pública, para que al horror del castigo se consiguiese el escarmiento; pues mira para los buenos el que castiga a los malos, como dice Séneca. Los oficios militares y políticos que proveyó, los dió a personas de mérito, de suerte que la emulacion ni envidia halló cosa digna de reparo; y por última narracion de su acertada política y conducta trasuntarémos las cláusulas siguientes, que expresa en su historia Pedro Ugarte de la Hermosa, que lo pudo ver en tan abreviado tiempo. Castigó al enemigo con muerte de indios belicosos; tuvo buena suerte milagrosamente; procedió con amor y caridad con los soldados y gastó con ellos de su hacienda no pequeña parte, y cuanto era de pio, era severo en el castigo, etc. Estas y otras acciones terminaron con el ingreso de su sucesor Juan Jara Quemada, mayordomo del virei marques de Montes Claros, quien lo envió a Chile de gobernador y llegó en 17 de enero de 1611 y a los seis meses del gobierno de Luis Merlo, en cuyo tiempo manifestó una capacidad sobresaliente y consumada prudencia, que le hacen digno de la propiedad en el comando. Mantuvo en reputacion las armas y contuvo a los indios, dejándolos entre tímidos y horrorizados.

El gobernador luego salió a ver las plazas fronteras y ordenó que a su vista se hiciese el pagamento de las guarniciones para evitar algunos fraudes que supo se hacian. Fué digno del grande Alejandro este cuidado, y así a Butiles, su veedor y pagador, le hizo volver 3000 talentos que habia usurpado. Los indios no se mantenian tan en inaccion que no ejecutasen algunos golpes de sorpresa, aunque con poco suceso; y porque era conveniente el que se estableciese la labranza y crianza en el obispado de la Concepcion, que hasta lo presente se mantenia con suma inopia, fomentó a los vecinos para que poblasen los campos y procuró tambien tener asegurada la barrera que los pusiese a cubierto de irrupciones. Así prosiguió en su gobierno sin notables acontecimientos el tiempo de dos años y dos meses, hasta que por la senda que ménos discurrió la prudencia humana, volvió segunda vez a Chile Alonso de la Rivera, como dirémos en el capítulo siguiente.

CAPITULO V.

Propónesele al Rei el proyecto de que se corte la guerra de Chile por algunos años.—Manda el que se la haga solo a la defensiva.—Impugnan en el reino los mas cuerdos la inaccion.—Viene de visitador el padre Luis de Valdivia y como asociado a Alonso de la Rivera, nombrado por gobernador.—Hacen los indios un jeneral congreso.—Hállase en él el padre Luis, en cuya buena fe no ponian duda, sino en la de los jefes militares, y procura satisfacer su desconfianza.

La astucia busca con medios aparentes el mismo fin que la prudencia; aquella solicita el interes, esta la justicia, porque, como dice Polibio, hace Dios los ánimos en sí semejantes como los cuerpos. Propúsosele al Rei por este tiempo el que se cortase la guerra de Chile por algunos años, y que solo se hiciese defensiva, limitando la barrera hasta el rio de Biobio, por ver si con el dulce atractivo de la paz se abria senda para la espiritual y temporal conquista; pues se habia observado que la guerra los hacia mas arreglados y tenaces en el empeño de su libertad, a que propendia su jenio marcial, habiendo hallado en su constancia las mejoras de su fortuna, y que no podia dejar de vivir en ellos la propension natural de volver a gozar su patrio suelo y de sus árboles de herencia o plantacion, y de donde los tenia expulsados a la mayor parte de ellos el rigor de la guerra, ademas de que no eran ya, con el trato de los españoles, tan abandonados al ocio como solian, pues apetecian la labranza y crianza principalmente. Y no faltaban eruditos que dijesen que los godos habian sido notablemente propensos a la guerra, y por motivo de inclinarse su rei Ataulfo a la paz, le quitaron la vida, mas que con el ocio habian dejado de ser aguerridos, y que despues dejenerando de su braveza, sin dificultad los habian sojuzgado los árabes, cuyo igual acaecimiento se habia observado en los longobardos y normandos; a que se agregaba la razon piadosa de que, por medio de la paz, se facilitaria la extraccion de la jente española de uno y otro sexo que jemian en la mas inhumana servidumbre que se habia visto, la que solo la admiracion mas que la pluma pudiera expresar, siendo mucha de ella de distincion.

Dispuso el Rei se ejecutase este proyecto, como se ve por la real cédula fecha por diciembre de [1610] dirijida al marques de Montes Claros, virei del Perú, ademas de que en la ciudad de los Reyes se tuvo otra consulta y se resolvió lo mismo. Algunos críticos del reino, a quienes la experiencia despues acreditó de juiciosos, no aprobaron la ejecucion de este proyecto, y se fundaban en que siendo los indios amantes de la independencia, no era presumible dejasen voluntarios el goce de esta su apetecida condicion en que se hallaban, por volver a la odiosa y servil en que ántes habian estado, a que solo la violencia los podria compeler, pero no la lenitud que se intentaba; que protervos se habian negado a sujetarse a los monarcas peruanos, siendo asi que los meridionales americanos los tenian por señores del orbe, haciéndoles de la

adoracion obsequio y teniéndolos como a semidioses por hijos del sol; y parecia indecoroso de las armas cederles las armas y el pais conquistado demoliendo la plaza de Levo y otras por limitar la barrera, y que en esto, como en abandonar la conquista de las ciudades perdidas, se les daba ganancia de causa, y que si el erario quedaba gravado con la misma impensa y se mantenia la misma tropa en la guerra que en la inaccion, era infructuoso el cortarla, ántes sí se recrecian nuevos gastos en la construccion de otras plazas por la ribera de Biobio, como el Rei mandaba, y que era no sé qué desaire a la nacion española el esperar a que los indios fuesen agresores para manejar las armas en solo la defensa propia, cuando por ella y segun derecho es permitida la ofensa ajena; por fin, debieron tambien haber otras razones ocultas a nuestra edad, pues prevaleció la defensiva.

Hallábase el padre Luis de Valdivia de la compañía de Jesus en la corte, adonde habia ido de Chile. Este apostólico varon fué uno de los doce que vinieron al reino con el gobernador Martin García de Loyola, y con loable celo se habia empleado en el ministerio de misionero. Tuvo grande aceptacion con el Rei; pues, como dice el padre Alonso de Ovalle en su Historia de Chile, rehusó la dignidad de obispo a que el Rei lo quiso promover para la mejor ejecucion del proyecto, y que solo aceptó la de visitador, y que dejó a su disposicion la eleccion de gobernador, lo que comprueba sus grandes talentos, pues de él se hizo tal confianza, a la que correspondió el padre Luis proponiendo a Alonso de la Rivera, quien se hallaba en el Tucuman, como queda dicho. Aceptóse la propuesta, y volvió segunda vez de gobernador: hízole el Rei merced del hábito de San Juan y dió facultad a un capitan de infantería para que se lo pusiese, por no haber ningun cruzado en el reino. Dícelo así en sus memorias Pedro Ugarte. De suerte que con providencia nunca vista, vino el padre Valdivia de su asociado, cuya buena correspondencia se ordena por real cédula. Invocaban los romanos a Portuoste, deidad del paganismo, para evadirse de los peligros que les amenazaban, como dice Solio Rodijino. Propicia la tuvieron los indios, pues cuando esperaban la guerra, un Rei tan poderoso como Felipe III los envía a solicitar con la paz. Las banderas de las pretorianas tropas que servian de custodia a los emperadores romanos, tenian por divisa pintado un cielo de donde descendian rayos con una letra que decia: "adonde quiere el airado Júpiter," denotando a lo que se exponian los que provocaban la indignacion. Fueron bien enormes sus delitos, y cuando podian esperar las centellas de su ira, experimentaron tan benévolos influjos que pasaron a ser solicitudes, dignándose el católico monarca de escribir a algunos principales caciques, cuyas letras dió al padre Luis para darlas a quienes se dirijieron. Por mayor satisfaccion de la buena dicha de estos rebeldes chilenos, trajo el padre Valdivia unos caciques de la ciudad de los Reyes que por justos motivos los habian extraido del reino, donde puestos en su libertad, los hizo volver a su pais.

Los arcanos de los reyes no se deben notar sino admirar, y la reflexion de estos hechos queda a la posteridad el hacerla, o que quizá los soberanos, a la imitacion de Dios, que se compadece de todo porque todo lo puede, como dice la Sabiduría, presuman el imitarle. El gobernador que ejecutó la defensiva, fué el primero que la improbó. Volvió por fin Alonso de la Rivera al reino a los siete años de haber experimentado en su destierro una fortuna borrascosa, aunque se mostró superior a ella. Restablecióse con honor por la senda que ménos pensó la humana prudencia, lo que fué laudable al padre Valdivia y grato al Rei por recuerdo de persona que tanto le habia servido. Hallándose el gobernador sin los cuidados de la ofensiva, aplicó mucha parte de ellos al temporal beneficio de Chile, como despues dirémos, y de comun acuerdo con el padre Luis, se trató de poner en práctica el proyecto que ya el visitador habia principiado, por haber sido primero su ingreso al reino, y acaloróse esto con mas ardor proponiéndoles a los caciques la nueva disposicion del Rei, el perdon que de sus delitos les ofrecia, empeñándoles su real palabra de que no los encomendaria. No les desagradó la propuesta, y para mas cerciorarse enviaron cinco caciques de Paycaví donde estaba el padre Luis; de cuya locucion resultó el que los indios resolvieron hacer un congreso de los mas principales de su nacion y le suplicaron el que asistiese a él; y aunque el riesgo de su persona era grande por su mala fe, no obstante se resolvió jeneroso a ir a él, sacrificándose por el público interes. Huayquimilla envió algunas personas distinguidas para que con obsequioso cortejo lo llevasen.

Principióse la locucion dando las gracias por las penosas fatigas a que se habia expuesto en beneficio de ellos, sin reporte de propia utilidad, y que ellos dudaban la paz aun deseándola, por el temor de que los españoles la tomasen con suma [*sic*] intencion: a que les respondió, que las órdenes e instrucciones que traia del Rei la harian estable y segura, y para su mayor satisfaccion les manifestó los reales despachos, el indulto de sus delitos, su incorporacion a la corona y deseo de la predicacion evanjélica, para cuyo efecto venian diez misioneros, y para insinuarles su real ánimo la vuelta del dicho padre Luis, persona que conocian y que entendia su idioma, quien se los explicó con otros adecuados intérpretes en esta asamblea y en otra mas numerosa que despues se tuvo. Bien manifiestan estos hechos el ardor con que se deseaban, porque en realidad se prometian fruto espiritual y temporal; mas, como dice Séneca, que en las ocasiones sucedidas se aprendan las amenazadas, estas permanecen de presente en Chile, y nos persüadimos a que no son preceptos las otras.

CAPITULO VI.

Piden los indios se despueblen las plazas de Levo y San Gerónimo.—Niéganse a entregar las mujeres.—Establécense misiones.—Quita la vida el cacique Ancanamun a tres jesuitas.—Varios dicterios que de esto resultan.—Retírase el padre Luis de Valdivia a España.—Queda el Rei satisfecho de su conducta.

Los indios, persuadidos de las ventajas que podian sacar de la solicitud que notaban en los españoles, pidieron que se despoblasen y totalmente abandonasen las plazas de San Gerónimo y Levo, donde actualmente se hallaba el gobernador y el padre Luis. No pudiera apetecer mas un avaro deseo que, fuera de lo que se les daba, concederles lo que pedian: tal acaeció entónces, que se les ofreció el retirar los españoles y demoler las plazas, y díjose que esto se hacia por mas facilitar la predicacion evanjélica; para cuyo efecto se fundaron dos misiones, la una en la plaza de Arauco, la que subsiste hasta lo presente, no obstante los intervalos de sus despoblaciones, y otra en Monte-Rei; y fué mui laudable el ardiente celo que siempre manifestó el padre Luis en la conversion de los indios; y para que se apresurase el establecimiento de la paz y se hiciese mas notoria la comision y reales órdenes dadas al gobernador, se despachó al alférez Melendez, persona bien amada de los indios e intelijente en su idioma y práctico en su pais, y por su asociado a Jerolipi, que habia sido prisionero: habiendo cumplido con el ceremonial de su carácter y mui cumplidamente con la comision que se les dió, se volvieron dejando aplazado otro tercer congreso, que fué mas numeroso que los pasados.

Vino Ancanamun, cacique de Puren, y en expresion del buen deseo que manifestó, se ofreció a ir a Villarica, Valdivia y Osorno, para que en todos fuese uniforme la convencion. Mas en estas numerosas cortes, adonde partidos tan ventajosos se les ofrecian o ratificaban los ofrecidos, se negaron a entregar todo el sexo femenino, tanto prisionero como procreado en su servidumbre, y solo prometieron la de los varones de toda edad y condicion. Esta negacion hizo notable eco en los interesados y compasivos y aun en los indiferentes, y causó una jeneral vociferacion. Difícil empresa es el desentrañar la naturaleza de los negocios para que no se exceda de lo que pide su curacion, que la medicina, como dice Hipócrates, es buscar lo que falta y quitar lo que sobra. No faltaron algunos imitadores de Fabio Máximo, que con inimitable ejemplo vendió una heredad para recrecer el rescate de los prisioneros de la batalla de Canas, que protestaban enajenar lo que tenian para facilitar su extraccion.

En el ínterim que el cacique Ancanamun entendia en la comision que se le dió, hicieron fuga dos mujeres suyas, la una española con dos hijos, que llegaron a la plaza de Levo, cuya noticia le irritó con extremo, y ejecutó luego su regreso y pasó a solicitar con los españoles el que se le volviesen. La una se hizo cristiana, y no era dable el condescen-

der con él en su entrega: mas se le ofreció competente compensacion de paga por ella, segun su costumbre y otras ventajas, sin perjuicio de la relijion; mas nada le satisfizo sino el quitar la vida a inocentes, porque no pudo hacerlo con los que le pareció culpados; y así dijo Aristóteles, que la ira era impetuosa para acometer peligros y es rayo con poder. Los indios, idólatras de su libertad, estaban recelosos de la estabilidad de lo estipulado: no dudaban de la buena fe del padre Valdivia, ni de su sincera intencion, mas no vivian satisfechos de la de los españoles que tenian el comando presente y futuro. No trató igual materia con mas precaucion la Holanda despues de la sustraccion del dominio español al tiempo de las paces, que lo ejecutaron estos bárbaros; mas el padre Luis con santa intencion no quiso diferir la predicacion evanjélica, y aunque esto se atrasó por el retiro de Leuvullican, quien sujirió dicterios contrarios a la verdad; mas vinieron muchos caciques a dar la paz al gobernador en Levo, lo que ocasionó el que siguiesen su destino los padres misioneros.

Llegaron a Ilicura, y con noticia que de ello tuvo el cacique Ancanamun, vino a sorprenderlos con doscientos hombres de caballería. El padre Aranda quiso aplacar su furor dándole razon del ingreso a su pais, cuyo motivo era el de la predicacion evanjélica, y que para la satisfaccion de los intereses de sus mujeres se le traian competentes pagas, y lo exhortó con apostólico celo al ardor en que estaba de vivir como católico, pues era cristiano. Todo lo despreció su saña, pues se admira, como dice Aristóteles, con que cólera el hombre airado se arma de furor dentro de sí, y les mandó quitar la vida estando para decir misa. Este dichoso fin tuvieron los padres Horacio Vecchio, Martin de Aranda y el hermano Diego Montalvan, en cuya narracion hemos seguido el manuscrito del castellano don Jorje de Illumbe, y sin excepcionar a los de su misma nacion, quitóla tambien a 40 personas, cuyo hecho fué el dia 14 de diciembre de 1612. Algunas provincias que propendian al dictámen pacífico, siguieron el sentir de Ancanamun y se negaron totalmente a la correspondencia española que se iba estableciendo, y todo se invirtió. Bastantes tropas pagadas habia en el reino, con las que el gobernador pudiera bien actuar su valor; mas se vió, como dice Ugarte, con las manos ligadas por la defensiva, preciso mandato del Rei, y así se aplicó a que se poblase la campaña y fomentó, en cuanto de su parte estuvo, la labranza y crianza, cuyo esmero fué tan fructuoso, que dice el autor citado, que en la Concepcion valia un peso la vaca, dos reales el carnero, real y medio la oveja y la fanega de trigo ocho a nueve reales, y miró siempre el reino con afectos de propia patria, pues tenia ánimo de establecerse en él, finado su gobierno, y no con el desamor de algunos que desean finalizar para terminar aun con su memoria.

No se desacordó el gobernador de atender en justicia y caridad a los indios encomenderos y a los demas que vivian en servicio de los españoles, pues por todo el reino circulaba su cuidado. Suscitáronse contra

el padre Luis muchas calumnias, no solo en Chile, mas tambien fuera de él, y era el objeto de la murmuracion de los críticos, como el que viniendo para alivio del reino, habia sido su ruina, y que el rogar a indignos, como habia ejecutado con los indios, era insolentarlos, vulnerando el decoro de las armas y de la nacion española con indecentes bajezas, y que no obstante habian pasado a ser agresores, lo que habian manifestado, observándose en ellos ántes violenta la quietud. Es dolencia de nuestra naturaleza el ser rijidos censores de las acciones ajenas, como humanos de las propias, y solo Dios recibe los deseos como que fuesen ejecuciones. Los del padre Valdivia no pudieron ser mejores, y el que no correspondiesen a la espectacion en que se estaba, no tuvo ninguna culpa, y sus acusadores querian que obra tan grande se consumase mui breve como que fuese la trasformacion de Aretusa en un dia, que celebró la antigüedad pagana por singular maravilla. Retiróse a España porque vió el caso sin remedio; pues todas las cosas tienen su tiempo, el de la paz y el de la guerra, como dice el Eclesiástes; y segun el padre Ovalle, rehusó su modestia relijiosa la gratificacion honorífica que el Rei le quiso dar, quien quedó satisfecho de su conducta, y cesaron las persecuciones de su combatida inocencia.

CAPITULO VII.

Prosigue la inaccion de parte de los españoles.—Fortifícase la barrera limitada.—Muere el gobernador.—Elójiase su conducta.—Sucédele el licenciado Hernando Talaverano.—El cacique Lientur ejecuta una irrupcion en el pais español con suceso y termina su gobierno.

El gobernador, arreglado a la órdenes del Rei y disposicion del padre Luis, limitó la barrera hasta el rio de Biobio con el abandono de plazas, como queda dicho, y se entendia con todo fervor en fortificar su ribera desde el mar hasta la cordillera, y con el mismo se aplicó a sosegar los ánimos alterados de los indios, mostrando el empeño de su obediencia, que, como dice Salomon, el varon que lo fuere cantará la victoria ; mas su indocilidad y soberbia hacian las solicitudes infructuosas. Hallábase el gobernador bastante aquejado de las heridas que en las batallas y encuentros habia recibido, las que reverdecieron en su ancianidad, o no pudo soportar la fatiga con que vivió, y así terminó el período de sus dias, mas no el de su memoria en Chile, que permanecerá laureada de bendiciones. Dejó dos mil yeguas de vientre para que con la procreacion hubiere suficiente remonta para la caballería, 20,000 ovejas en el apero y 17,000 vacas, y no falta quien las aumente a 20, las que producian aun mas de lo necesario para el abasto de las tropas españolas e indianas que estaban a nuestro sueldo, y la fábrica de paños corriente en Quillota. Fué en consejos abundante y en las ejecuciones pronto, en lo uno y en lo otro manifestándolo estos establecimientos ejecutados en su primer gobierno, cuando halló el reino en terribles convulsiones, y perfeccionados en el segundo.

Su valor y conducta le hizo, si no fácil, ménos difícil de lo que a otros pareció la conquista de Chile, y así le ofreció al Rei el hacerla como dejamos dicho: mas pasóse el mejor tiempo sin ejecutarla en su primero y segundo gobierno, y construyó muchas poblaciones, fortificándolas y guarneciéndolas segun su situacion y urjencia, las cuales fueron: Buena Esperanza, San Rosendo, Nuestra Señora de Ale, donde se junta el rio de la Laja con el Biobio, el de Santa Lucía, el del Nacimiento, San Francisco de Borja en Negrete, el de Gumeraque, Talcamáhuida y el de Curi, y algunas atalayas, como el Rei mandó se pusiesen: mudáronse algunas y mejoráronse otras, lo que ocasionó confusion. La opulencia, como dice Séneca, es frájil y deleznable, no obstante que sea adquirida con buenos medios; constituye alguna beatitud eterna, pues lo mas es ántes dar que recibir, como dice el apóstol. Esta se debió al gobernador haciendo flores de la abundancia de su mujer Doña Ines de Córdoba y Aguilera; tuvo a Don Jorje Loreto de Rivera, del órden de Santiago: murió en la Concepcion sin sucesion en su juvenil edad. Una hija fué casada con el licenciado D. Juan Canseco, que fué presidente de Guadalajara, y la otra monja en la ciudad de Santiago de Chile, adonde se retiró su madre y pasó viuda los muchos años que sobrevivió a su marido, mas con escasez que abundancia; porque el gobernador nada dejó, que fué sumamente desinteresado: gobernó cinco años y murió el de 1617.

Era oidor mas antiguo de la audiencia real de Santiago el licenciado Hernando Talaverano Gallegos, quien le sucedió en el gobierno: fué de gran celo e integridad, no solo para las cosas de justicia, sino aun para las de la guerra. Guió su conducta por el ejemplo de los mejores, porque es la mas cierta guia para no errar el camino de materias dudosas, como dice Ciceron. En la frontera hicieron los enemigos dos irrupciones con poco fruto y salieron escarmentados. Tiempo ántes el cacique Lientur, que habia servido con los demas indios pagados, se rebeló con parte de los de Neculhuense y Santa Fe, que habian militado de la misma suerte, y procurando sublimarse entre los suyos con algun hecho brillante, hizo irrupcion por el territorio de San Bartolomé de Gamboa con suceso, porque con increible celeridad se apoderó de 400 caballos que en diversas partes tenian apotrerados los españoles y algun ganado vacuno, y con la misma se retiró viendo el estampido que su ejecucion habia dado en todo el partido y se internó por la Silla Velluda, senda bien notoria de la cordillera. No fué posible alcanzarle en su regreso, porque la mucha remonta que llevaba ocasionó su mayor celeridad. Tambien aprovechó Lientur los instantes para su seguridad.

Con esta accion y otras de ménos cuenta que precedieron, esforzaron la voz los españoles en el reino y decian que era indecoroso al crédito de las armas el estar en contínua espera de semejantes hostilidades en nuestros paises y el no poder actuar las mismas en los suyos. Otras furtivas correrías de ménos entidad ejecutaron, y aunque se castigaban algunas, era sin escarmiento en todos. Así terminó el gobierno de Her-

nando Talaverano, en que se mantuvo diez meses hasta el año de 1618 por el mes de enero, que vino su sucesor, como dirémos en el capítulo siguiente, y de su secretario Pedro Ugarte de la Hermosa, que fué uno de los mas famosos escritores de su siglo, autor a quien várias veces hemos citado y que escribió un abreviado compendio de la historia de Chile que nos ha ministrado bastantes luces en el laberinto de tanta oscuridad, como de lo pasado habia.

CAPITULO VIII.

Envía el virei por gobernador a don Lope de Ulloa, cuya eleccion confirma el Rei.—Hacen los indios irrupcion en el partido de Chillan.—Sale el correjidor al opósito y quítanle la vida.—Retíranse los españoles con indecoro.—Salen en su alcance algunas tropas de San-Felipe y se vuelven a la plaza sin suceso.

No sirve para desentrañar negocios el que ha tratado pocos, dijo el hijo de Sirac. El príncipe de Esquilache, virei del Perú, como tan ejercitado en los de mayor entidad de la monarquía, nombró por gobernador de Chile a Don Lope de Ulloa y Lémus, cuya eleccion para mayor acierto tuvo algun tiempo embarazado su cuidado, persona de tan distinguido mérito que mereció la real confianza, y así el Rei le confirmó la propiedad movido de la singularidad de su expedicion y desinteres. La Sabiduria llama beato al hombre que tras el oro no se va: en su desprecio lo dió notable, haciéndose agradable la autoridad del poder, pues le ejercia con tan laudable virtud, como al contrario es temeroso el hombre a quien esta pasion predomina. Halló de maestre de campo jeneral a Alvaro Nuñez de Pineda y sarjento mayor a Juan Fernandez Revolledo. Dícelo así su hijo Don Francisco de Pineda en su Cautiverio Feliz: mantúvolos en el comando por ser personas de experiencia y aprobada conducta. Los indios permanecian en contínua ajitacion, asemejados al flujo y reflujo en sus irrupciones en el pais español y presurosos retiros, los que ejecutaban algunos partidarios con mas o ménos tropa para su lijero movimiento.

Lientur, a lo que parece, o fuese otro partidario de fama cuya incertidumbre ha ocasionado el tiempo, vino a la inmediacion de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa con ochenta hombres los mas valerosos de las tropas de su comando, bien armados y con suficiente remonta. El correjidor Osorio, que aquel dia habia sido el de su recepcion al oficio, juntó presuroso cien hombres, y aunque mal montados, salió al opósito en su alcance. Ofrecíanse dos sendas, la una siguiendo sus huellas, la otra la de salir al atajo, donde se discurria podrian estar: esta por mas abreviada haria que la caballería llegase con ménos fatiga y mas lozanía para entrar en funcion; mas Cotite, diosa de la imprudencia, hizo que el correjidor no tomase este partido contra el dictámen de todos, sino el de otro de mas rodeo; de suerte que cuando llegó a batirse, avistándose con los enemigos, habia quedado alguna jente de su tropa con los caba-

llos fatigados por el camino. Los indios se habian formado en sitio ventajoso de la otra parte de un arroyo grueso, cuyo preciso tránsito era el de una senda estrecha y profunda, y para provocar a los españoles a su ingreso les decian algunas palabras de oprobio, dignas de ser desatendidas del comandante; mas prosiguiendo en el desacuerdo con que principió la empresa, se enardeció notablemente al oirles que sabiendo venian en su alcance se habian detenido solo por esto a esperarlos, y que era mengua de su valor el retirarse satisfechos con su vista, y que seria de rebaja a su nacion el temer el tránsito de tan corto arroyo cuando a ellos no los habia retenido los grandes rios de Biobio e Itata. No esperó mas el correjidor, y sin atender a la propuesta que se le habia hecho de que no mui distante habia otro paso mas cómodo, se arrojó a él. Los indios, que tenian algunos en celada entre las malezas de su cauce, lograron la ocasion para acometerlos por su diestra, siniestra y frente.

Quitáronle luego la vida, y a dos jóvenes hijos suyos, que viendo a su padre en el empeño le siguieron; asímismo al alferez real de la ciudad y un rejidor. Dícelo el Rei en real despacho en que se da por entendido de esta pérdida y de tres soldados, y quedaron cuatro heridos. Los indios, recelosos de que la guarnicion de San-Felipe saliese a cortarles el paso, se retiraron a vista de los españoles, quienes ejecutaron lo mismo, llevándose el cuerpo del correjidor, y con fúnebre y militar pompa lo enterraron con sus hijos, a que concurrió todo el pueblo con aspecto triste y abatido. Acierto es la desdicha con consejo, y yerro el acierto con temeridad; y aludiendo a esto pintó la antigüedad pagana a Apolo con cuatro orejas, porque el varon prudente ha de oir a muchos. Juan Fernandez era comandante de la plaza de San-Felipe, y con la noticia que se le dió, sin perder instante destacó doscientos hombres españoles y auxiliares, y se pusieron en celada en la inmediacion del rio de Duqueco, que es el mas caudaloso de la isla de la Laja, para sorprenderlos en su tránsito: mas su dilijencia fué tal que frustró la esperanza, y solo vieron un corto piquete, y evadiéndose tres de las manos de los españoles, dieron la noticia a los suyos, y con precipitosa fuga se arrojaron al Biobio y felizmente ganaron su pais. Así terminaron estas dos ocasiones sucesivas, tan aventajadas de los indios y tan contrarias a los españoles; pues aun hubo la casual desgracia de que un arcabucero matase al que le precedia. Don Francisco Bascuñan, que estaba de guarnicion con su compañía en la plaza de San-Felipe, imputa el desacierto a la mala conducta del comandante, y desadvertido o recatado, ocultó su nombre por motivos que hoi permanecen ocultos a nuestra edad, bien que en la guerra, como dice el marques de Santa Cruz, hai preciosos momentos que pasan como relámpagos, y es menester presencia de espíritu para aprovecharlos. Tan ventajoso suceso enardeció a los indios e hizo audaces a los mas contenidos y declararse a algunos indiferentes; porque los hombres se inclinan adonde la fortuna, como dice Justino.

CAPITULO IX.

Reflexion en órden a los indios.—Dáse noticia de la batalla de las Cangrejeras, adonde quedan enteramente batidas las tropas españolas.

Pondera Lucano que habiendo tocado la mano de César la choza de Amiclas, cuando fué a solicitarle que le pasase a Italia, no tembló estremecido, y prosigue en su admiracion diciendo, que a qué templos o muros pudo haber acontecido esto en el orbe; y notamos que en llegando a tocar las humildes cabañas de estos bárbaros las piedades de Felipe III, hasta solicitarlos con cartas y enviarles una persona tan constituida en dignidad como el padre Luis de Valdivia para que les manifestase su real ánimo, como dejamos dicho, esto no les obliga ni tiemblan estremecidos de abusar de las reales piedades, y pasan con increible insolencia a provocar su real indignacion y justicia, siendo tan reiteradas veces agresores, como hemos visto en sus espantosos arrojos. Doscientos años tardó el mas formidable poder de la tierra, que fué el de los romanos, para sujetar a España, y mas de dos siglos há que se principió la conquista de Chile, y no la han finalizado, ni aun hai próxima esperanza de que termine; y en el sistema presente han quedado con indecoro las armas, cuya incontestable verdad bien la experimentamos en Chile, y en recito tan verdadero entramos con desinteres.

Lientur, jeneral venturoso y acreditado, se resolvió a hacer una sorpresa en el pais de Quinel y los adyacentes y no mui distantes de la plaza de San-Felipe, lo que puede admirar mas su osadía, pues en ella habia una competente guarnicion al comando del sarjento mayor Juan Fernandez Rebolledo, persona de las mas acreditadas del reino; y aunque este bárbaro cauteloso procuró ocultar sus designios, lo supieron los españoles ocho dias ántes de la ejecucion, lo que participó un prisionero que con presurosa evasion llegó a San-Felipe, y al término dicho, que fué el dia 15 de mayo de 1619, llegó la noticia de los robos e incendios que ejecutaban los indios en el territorio mencionado de Quinel, practicando este capitan la máxima mas aplaudida del Marte de las campañas de nuestros tiempos, el príncipe Eujenio, y la de los mas famosos capitanes que celebra la fama: de que el que la ofensiva hace, tiene por recurso el pais propio. Destacó luego el sarjento mayor a dos capitanes de a caballo, Alonso Moran y Rodrigo Aranguren, con su jente, a quienes seguian las de infantería de Don Juan Jacinto Morales, la del sarjento mayor Alonso Tinoco, y Don Francisco Bascuñan, a quien seguirémos en mucha parte de este recito, en su Cautiverio Feliz.

La caballería llegó a un paso profundo y cenegoso que hace un arroyo moderado, algo mas de dos leguas de la plaza, y en su opuesta márjen habia una partida de doscientos hombres, de cinco en que se habian separado los enemigos de igual número, y era esta la primera que habia llegado, segun el órden prescrito por el jeneral Lien-

tur, de incorporarse allí esperándose unas a otras. Los españoles quisieron apoderarse de aquella, los indios se empeñaron en defenderla, y para ejecutarlo con ventaja, se desmontaron algunos y ganaron la montañeta de su cauce: la accion se principió y prosiguió con igual empeño; mas se retiraron los españoles, viendo que se recrecian sus tropas con la union de los destacamentos que tenian dispersos, y que los de la plaza de San-Felipe aun no llegaban. Murió el capitan Rodrigo Aranguren y quince hombres, tres quedaron prisioneros y los demas se formaron en una loma despejada, donde se unió con ellos la infantería, que venia al comando de Don Francisco Bascuñan; y unos y otros eran ciento noventa hombres. Los indios a este tiempo pasaban ya de mil, por haberse aumentado con los que habian desertado del servicio de los españoles.

El jeneral Lientur mandó desmontar alguna caballería, y de ella formó un escuadron de piqueros, y a su diestra y siniestra colocó la caballería, y en forma de medio círculo se vinieron para sus enemigos: ya que estaban inmediatos, se dió órden para que se formasen en escuadron redondo, y fué esto tan a destiempo, que dice Don Francisco Bascuñan, que ántes que se acabase acometieron los indios. Disparóse la arcabucería, y por desmentir los tiros, dejó dicho el citado autor, que unos se aterraban y otros saltaban al aire; mas no retuvo el fuego su furor y procuraron estrecharse. Corria norte, que es aire de tempestades en Chile, y principió una lluvia copiosa; de suerte que inutilizó las armas de fuego e incomodó notablemente a los españoles, porque de rostro les daba. Cercaron la infantería y la acometieron por todas partes, no obstante [que] se esforzaron cuanto pudieron, haciendo una obstinada resistencia. La caballería los abandonó villanamente retirándose, como lo dice el citado autor, quien, gravemente herido en la cabeza y en un brazo, cayó como muerto: de allí todo fué horror y estrago. La tempestad se recrecia, lo que apresuró la noche, cuya anticipacion fué de algun alivio; porque algunos libraron la vida finjiéndose muertos, otros se ocultaron entre los pequeños arbústulos que por aquel campo habia.

Con celeridad increible los despojaron a todos. Lo que recreció el dolor fué los prisioneros víctimas sangrientas de su saña: a los que estaban gravemente heridos, allí de pronto o despues les quitaron la vida, porque les eran gravosos. Murieron sesenta y un españoles y el capitan Don Juan Jacinto de Morales, y aprisionaron treinta y dos hombres, y uno de ellos fué Don Francisco Bascuñan, que habiendo corrido vária fortuna y librado várias veces la vida contra toda humana esperanza, lo sacaron a los siete años de tan dura prision. Damian del Prado, que en su infortunio tuvo igual dicha, dejó una nómina de los prisioneros y muertos que en nuestro poder pára, a quien hemos seguido. En las memorias de aquel tiempo no se expresa el motivo por que el sarjento mayor Juan Fernandez, comandante de la plaza y frontera, no se halló en esta funcion, ni ménos si se le dió algun castigo al capitan Alonso Moran, y el ignorarlo hará que otros lo cometan; y a pesar del tiempo

y del olvido, acuerda Valerio Máximo el que ejecutó el cónsul Calfurnio, que era jeneral de la caballería cuando la guerra de los esclavos en Sicilia, quien pusilánime o afeminado se rindió a esta canalla; mas viendo el cónsul que el dejarle sin castigo traeria consecuencias perniciosas al interes de la república, le hizo degradar de la nobleza y le vistió una ropa andrajosa, y que descalzo y sin pelo marchase a la frente del ejército; a cuyo fin decia Clearco, que mas habian de temer los soldados a sus capitanes jenerales que a sus enemigos. En el caso presente se vé cuan poco lo temió Moran, y mucho a sus enemigos.

CAPITULO X.

Célebre festin que celebran los indios cimentado con sangre española.—Asegúrase la ribera del Biobio y muere el gobernador.—Sucédele el Dr. don Cristóbal de la Cerda, oidor mas antiguo de la audiencia de Chile.—Hacen algunas irrupciones los enemigos en cortas partidas, y termina su gobierno.—Fué acertada su conducta.

Parece que la fortuna se arregló al deseo de estos bárbaros, pues en tan breve tiempo tuvieron dos tan ventajosas acciones, y aunque el obsequio es peligroso, como dice Epitecto, mas no los hizo necios ni imprudentes. Bien rara moderacion! Lientur llegó a su pais con toda felicidad, y parecióle conveniente celebrar un festin para que se regocijasen sus tropas de las fatigas de la campaña; mas lo que ejecutó con toda precavencia para que el extremo del gozo no lo ocupase el pesar. Principióse la celebridad con la sangre de dos españoles prisioneros, segun su inhumana costumbre, que hasta la presente permanece. El gobernador se hallaba circundado de cuidados, pues fuera de los de la guerra y justicia, estaba bastante incómodo de la salud, que, como pondera el poeta cómico, es el grande bien de la vida: no obstante, la desestimó y se puso en marcha para las plazas fronteras, adonde ordenó se tuviese bastante vijilancia en la ribera del Biobio, con lo que se aseguraron los habitantes de la campaña, que corrian sumamente recelosos de ser sorprendidos en sus haciendas. Así prosiguió Don Lope valetudinario, hasta que terminó los dias de su vida por diciembre de 1620. Tuvo un jenio dichoso, buen sentido, propiedad exacta, corazon de integridad y desinteres, y aunque excedia en dignidad, era tan agradable que parece [se] arreglaba a la suerte mas humilde, como ponderó Ciceron de Pompeyo.

En la distribucion del pagamento de los soldados, se mostró mui exacto, quitando anticipados empeños que hacian casi ninguna la percepcion del sueldo anual. En la gratificacion de servicios nada dió al favor y al interes, y con loable ejemplo se mostró mui devoto; y como el ahogo y lo adverso no solo acusan el descuido sino la vijilancia, hubo su imputacion contra él, principalmente en la batalla de Yumbel o de las Cangrejeras, de que despreció la noticia, como lo dice Don Francisco Bascuñan, y el vulgo desenfrenado pasó a sindicar su conducta. Cuenta Valerio que un cordonero improbó a Apeles la impropiedad de

los zapatos y correas de una pintura, oyóle apacible y con laudable modestia; y queriendo montar mas alto y proseguir su censura sobre la pierna, le rogó diciéndole que cada uno solo se mezclase en su oficio. Bien pudiera habérsele dicho al pueblo tan desenfrenado esto, y no con ménos serenidad oyó el gobernador la censura.

Sucedió a Don Lope el doctor Don Cristóbal de la Cerda Sotomayor, oidor mas antiguo de la real audiencia del reino, persona de literatura y prudencia. Renovó las órdenes de su antecesor en que se estuviese con toda vijilancia en la frontera, lo que con exactitud se ejecutó; de suerte que no hubo cosa notable en su interino gobierno; mas no obstante, solian venir a nuestro pais algunas cortísimas partidas ya de cuatro o de seis indios, y por cordilleras tan impenetrables que mas eran despeños que caminos, y volvian con algunos caballos. Pondera Pedro Ugarte que la celebridad de estas acciones eran frecuentes en su pais, no con bárbara política, pues esto servia de recrecerles la audacia, porque el ánimo regocijado hace la edad florida. Por fin terminó el gobierno de Don Cristóbal a los once meses de su ingreso. Dice el autor citado que se valió de buenos consejeros antiguos y soldados, oyéndolos mas taciturno que locuaz. Entre el citado autor Ugarte y Don Francisco Bascuñan halló notable diferencia: el primero dice que Lientur con su jente desertó en este tiempo; y el segundo que ántes, lo que tenemos por mas verosímil, o que hubiese tenido segunda defeccion despues de sumision finjida, lo que es ordinario en esta nacion, y segun el método que llevamos de no impugnar ni controvertir, pudo haber sido lo uno y lo otro.

CAPITULO XI.

Nombra el virei por gobernador a don Pedro Sores de Ulloa del órden de Calatrava, y confírmale el Rei.—Pedro Ugarte imprueba su gobierno.—Construye un fortin en Negrete y muere.—Nombra a don Francisco de Alava, su cuñado, por su sucesor.—El Rei declara esclavos a los indios.

Las revoluciones de la vida cada dia nos manifiestan la instabilidad humana; pues la antigüedad pagana no exceptuó de estas mutaciones a las deidades de su adoracion, finjiendo [que] Amaltéa y Melisa, nutrices de Júpiter, por haber sido las primeras que prepararon la miel, se habian trasformado en ovejas, y otros iguales delirios. Tan frecuentes mutaciones de gobierno como las que acaecieron, fueron fatales a Chile; pues cada uno imbuido de las máximas de sus disposiciones rara vez aprueba las ajenas, lo que retarda los progresos políticos y militares aumentos. El príncipe de Esquilache, virei del Perú, nombró por gobernador de Chile y sucesor de Don Cristóbal a Don Pedro Sores de Ulloa del órden de Calatrava, jeneral del Callao, y llegó al reino por octubre de 1621; y pasadas las celebridades que se hicieron a su ingreso, quiso hallarse a la revista de las tropas que para el pagamento se hizo. Nombró por maestre de campo a Don Francisco de Alava, jentil-

hombre de la compañía de hombres de armas del Perú, quien vino en su compañía. Confirmó el Rei la eleccion que el virei hizo en atencion a los distinguidos méritos y calidad de Don Pedro, que le hacian digno de mayores ascensos. Procuró con todo desvelo cumplir con la confianza que de él se hizo; y aunque tales cuales indios pasaban a nuestro pais, como dejamos dicho, no era cosa que alterase el sosiego, porque procuraban no ser vistos y llevarse algunos caballos de los dispersos o apotrerados en la vasta extension de la cordillera.

En la opuesta ribera de Biobio hai un monte de bastante elevacion con predominio a aquellas campañas, que son despejadas, de donde se descubre grande extension de paises, y próvida naturaleza previno en su cumbre una fuente perenne: no es mui pendiente, y así tiene fácil y no fatigoso ascenso. En su cima mandó el gobernador construir un fortin, adonde anteriormente habia habido otro. No pudiera ser mejor que esta otra atalaya; y así el Rei lo aprobó y ordenó se mantuviese, como consta de real despacho que tenemos visto. Los indios no estaban con ménos recelos y precauciones que los mismos españoles, no obstante la estricta órden que sabian que el Rei tenia dada en órden a la guerra solo defensiva. Todo en ellos era ensayos militares, prevenciones de armas ofensivas y defensivas: si iban al cultivo de los campos las llevaban, y solo las deponian cuando estaban en la actual ocupacion, y ejecutaban lo mismo en sus frecuentes regocijos, pasando las armas por adornos y gala, como lo ejecutó Hernan Cortes en su ingreso en Tlascala y Méjico, segun Solis.

Es el pincel pluma muerta, y la pluma pincel vivo con que a la posteridad se trasmite lo que sin ella quedara en el sepulcro del olvido. Dícenos la de Ugarte que en este gobierno y en el siguiente se mudó todo y quedó trocado. Explícase con estas voces: "que la buena armonía para el abasto del ejército con tan maduro acuerdo establecida, quedó invertida y fué en decadencia, y que jeneralmente se experimentó esto en el reino," y prosigue diciendo que fué por mal gobierno. Dice Aristóteles que la gobernacion u oficio descubre quién es el hombre, y así vemos que a muchos aprobó el pueblo por dignos, y la experiencia reprobó por ineptos. Si esto es cierto, no tenemos que admirar, pues en lo caduco lo que parece perfecto no es sin defecto. Las memorias de aquel tiempo nos ministran las noticias de que se extrajo del reino notable cantidad de ganado menor para Potosí, acaecimiento desde entónces hasta lo presente no sucedido, como el que llegase a valer ocho reales un carnero y cuatro la oveja, cuando de presente estas valen real y medio. El gobernador comenzó a experimentar una salud quebradiza, y recrecióse el accidente de tal suerte que hizo inútiles los remedios y murió por setiembre de 1624, habiendo gobernado cerca de tres. Dice el padre Ovalle que era limosnero, principalmente con los eclesiásticos: otras bellas cualidades adornaban su persona. Dificultad tiene la alabanza, porque se deben bien rejistrar las prendas y las voces para que se enjendre veneracion y no desdoro.

Nombró el gobernador por sucesor a Don Francisco de Alava, actual maestre de campo del reino, su cuñado, segun nos lo dicen las memorias de aquel tiempo. El marques de Guadalcazar, virei del Perú, informó al rei ámpliamente, que ya lo era Felipe IV, del sistema presente y calamitosa positura de Chile; por consiguiente fueron várias relaciones y cartas dignas de toda fe sobre el asunto de que era de necesidad indispensable la guerra ofensiva, y se tuvieron várias consultas que terminaron en que se les hiciese segun y conforme se actuó ántes de la defensiva, y declaró el Rei por esclavos a los prisioneros de uno y otro sexo, como mas latamente se ve en real cédula, fecha por abril de 1625, la que trasunta en su manuscrito histórico Ugarte de la Hermosa, dirijida al marques de Guadalcazar. Así terminó la inaccion o guerra defensiva, que duró cerca de tres años, tiempo mas que suficiente para experimentar lo fructuoso o infructuoso de ella, como en realidad lo fué; pues las impensas llegaron a siete millones, como nos lo asegura el castellano Don Jorje de Ilumbe, en reclutas, pagamento anual de tropas y construcciones de fuertes y atalayas por la ribera del gran Biobio desde la cordillera hasta su ingreso al mar, y todo con poco decoro de las armas; y por fin se emprendió la guerra, no de eleccion sino de precision, la cual, como dice Livio, justamente se puede llamar necesaria; y para la ejecucion de tan importante proyecto nombró por gobernador el virei a Don Luis Fernandez de Córdoba, su sobrino, señor de la Villa del Carpio y 24 de Córdoba, persona de gran mérito y calidad y que correspondió a la confianza que de él se hizo; y en prosecucion de su destino se embarcó y llegó a la Concepcion de Chile el 29 de mayo de 1625.

CAPITULO XII.

Envía el virei a don Luis Fernandez de Córdoba por gobernador.—Dícese del sistema que entónces el reino tenia.—Corrije algunos perjudiciales abusos.—Castiga a los indios que quisieron desertar.—Hácese irrupcion por Arauco en el pais enemigo con suceso.—Procuran los indios sorprender la plaza del Nacimiento, y despues de un fiero combate se retiraron sin conseguir el asedio que se intentó.

Protesta el político Tácito la indiferencia con que escribe sus anales, porque no debe ser ménos temida la pluma que ofende, como agradecida la que alaba; y así no le causó ménos horror a Baltazar una mano jugando la espada, que verla en la pared escribiendo una cifra. Pedro Ugarte en su manuscrito histórico pondera la desacertada conducta de Don Pedro Sores de Ulloa y la de su sucesor Norueña, y dice que el ejército estaba pobre y desapercibido y los soldados desnudos, y todo tan desmantelado que corria el reino riesgo y que es justo que se diga. Con estas palabras se explica, y prosigue que en el opulento hato de vacas que el Rei tenia, no habia sino pocas, que estas se consumieron en el gasto de las tropas y que despues fué preciso el comprarlas, y el apero mui desaviado y por consiguiente mal asistido, y que a esto igual

iba todo; y que al contrario los indios estaban bien armados y con mucha remonta para la caballería. Por lo jeneral los que gobiernan desaprueban la conducta de sus antecesores, y los mas amados son los desatendidos, sin que haya mas demérito para ser despreciados que el haber sido validos. Francisco I, al morir, recomendó a Enrique II, su hijo, que hiciese mucho aprecio del cardenal de Tournon, y que no fiase de otro los públicos intereses, y que al condestable Motmorency no lo trajese a la corte, ni nada fiase a su conducta; mas el Rei practicó lo contrario, como dice Meseray, trayendo a la corte a Motmorency de su retiro del castillo de Echoban, y quitando al de Tournon la intendencia del ministerio en que loablemente entendia; y pues que Ugarte fué tan apreciado en el gobierno de Don Lope, no extrañe el verse despues ofendido: hallábase en aquel tiempo en el reino, y nos parece que su recito fué mas verdadero que calumnioso.

Celebró el reino el ingreso de Don Luis, esperando en su conducta la reparacion de tantas pérdidas; mas es digno de toda atencion que los rumores exajerados, que siempre preceden a la verdad, de la guerra o esclavitud, no hicieron armonía a los indios; y esto, o fué una suma insensatez, o un extremo de valor. Recrece mas el reparo de que el gobernador les hizo saber la resolucion que el Rei habia tomado, y la misma novedad que ántes les habia causado, que fué ninguna, esa les hizo despues. No trajo el gobernador válidos socorros, bien que se le ofrecieron puntuales, ni pudiera sin ellos ejecutar tan árdua empresa, como era la de sujetarlos al dominio español, y principió su gobierno refrenando la codicia con que se procedia en los tablajes, la cual era excesiva, y mandó que no se jugase ropa, de lo que provenia el distraimiento en que los soldados estaban, y dispuso remonta para la caballería, de la que se necesitaba mucho. Promovió luego por maestre campo jeneral a Don Alonso de Córdoba.

Riquezas y honores son bienes de fortuna: el entendido siente la desgracia que puede suceder ántes que suceda: el necio no temiendo merece que suceda lo que no teme; y así dijo Aristóteles, que mas vale ser rejido de un buen varon que de una buena lei. No pudiera nadie serlo mejor que el presente gobernador, y no obstante pretenden desertar algunos indios de distincion, de los que asalariados servian al Rei, llevándose tras sí otros muchos, o con su perseverancia o con su ejemplo. Ugarte no nos dice el tiempo de este ni otros acaecimientos, y así no se extrañe su cómputo. Tuvo el gobernador la noticia por medio de un español y no la desestimó, y comprendiendo las perjudiciales consecuencias que de su ejecucion se seguirian, con celeridad se arrestaron los cómplices, y a cinco se les quitó la vida de los mas culpados, y sin pavor ni espanto, ántes sí con grande entereza fueron al patíbulo. Mui a tiempo fué el castigo, y así dijo Livio, que por omitirlos a tiempo se siguen graves daños. Quedó este remediado, porque a los hombres hacen cautos los ajenos peligros, conteniendo a los atrevidos el terror del escarmiento. El gobernador dió órden al maestre campo de que

principiase por Arauco las operaciones de la guerra ofensiva, a los catorce años de la inaccion en que se habia estado, para cuyo efecto tomó bien precaucionadas medidas para que su designio no se penetrase, lo que deben celar los jenerales; pues, como dice Macrobio, preguntándole Felipe a su padre en presencia de algunos, que cuándo desalojaria del campamento en que estaba el ejército, le respondió airado: eres tan sordo que tú solo temes el no oir las trompetas cuando se haga señal para ello.

Salió el maestre campo para las provincias de Tucapel con cuatrocientos españoles, ciento cincuenta auxiliares, llevando cada uno al respaldo de las sillas su precisa mantencion para cinco dias, y se ejecutó la marcha con tal celeridad y acierto, que solo hubo ejecucion y no amago. Quedó un cuerpo de reserva en el sitio que llevaban destinado, y la demas jente se dividió en diversos pelotones para que talasen el pais de toda la circunferencia sin apartarse del centro en tan notable distancia que no oyesen la señal de recojida que se diese. Aprisionáronse ciento quince personas de ambos sexos, cuatrocientos caballos y algun ganado vacuno: murieron ocho de los enemigos que con temerario empeño tomaron el partido de no darse a prision: tal cual herido hubo de nuestra parte. Este hecho los reafirmó en su dureza y ánimo pertinaz, lo que es produccion de la soberbia, como dice San Gregorio. Fué esta accion de grande celebridad, no solo porque los principios favorables alientan la confianza como los adversos la disminuyen, sino es porque se salia del estado de sola la defensiva, que tan indecorosa pareció al reino o a lo ménos a los mas de él.

Butapichun no abatido con las desgracias, ántes sí feroz e irritado, quiso satisfacerse de ellas bien como salamandra entre llamas, cuyo blason fué el del Rei Francisco I de Francia, con la letra *nutrisco et extinguo;* y así lo puso en ejecucion, y con un destacamento de tropas veteranas vino a sorprender la plaza del Nacimiento, una de las mas principales que coronaban la ribera del Biobio, y en lo presente permanecen solo sus ruinas. Llegó tan de improviso que su vista les informó del designio; mas el comandante sin ofuscacion parece se desentendió del peligro: tal serenidad y presencia de espíritu mostró; y sin perder instante se previno para bien recibirlos. No ménos persuadido Butapichun de que no le convenia retardarlos, desmontó parte de sus tropas y a la frente de ellas se vino a avanzar a la plaza. No los contuvo ni aterró el fuego violento de la arcabucería y de cuatro pedreros que de ella se hizo, pues superando con valor heroico, ganaron el foso y se pusieron a cubierto de él, y advirtiendo que el mucho viento que corria les era favorable para incendiar la plaza, cuyos techos eran pajizos, sobre ser corta la distancia, pasaron a ejecutarlo con suceso sin poderlo remediar la jente de ambos sexos que destinaron para esto. Ardió todo y la iglesia, ménos un baluarte y dos casas donde se recojieron, que por estar a favor del aire impetuoso se salvaron de la voraz llama.

Los indios tenian ya por segura la victoria, pues entre sus tropas y

el fuego mediaban los españoles y su ardor notablemente los incomodaba, y así salieron del foso; mas fueron a tiempo las repetidas descargas que del baluarte les hicieron y por su derecha, que se retiraron con pérdida y confusion sin poderlos retener su jeneral. Murieron los mas esforzados, cuyo número hoi se ignora. La presa de algunos ganados y caballos fué el principal despojo de los indios, y el de doce personas españolas de ambos sexos; y cuando se discurrió que despues de esta accion se retirase Butapichun a su pais con la remonta que tenia y un destacamento de sus tropas, vino a sorprender el nuestro al pago de Quinel, sin que le distrajese de esta ejecucion la inmediacion de la plaza de San-Felipe, donde hizo algun daño, y a su retiro en el partido de San Bartolomé de Gamboa, burlando con celeridad increible la dilijencia que el sarjento mayor hizo en impedirle a su regreso esta accion.

CAPITULO XIII.

El sarjento mayor hostiliza a los indios por la frontera de San-Felipe, y ejecuta lo mismo el maestre-campo por Arauco con mejor suceso, y a su regreso experimenta una espantosa tempestad.—El gobernador consulta sobre las operaciones de la futura campaña.—Resuélvese ejecutarla en las provincias mas pertinaces, y a su regreso experimenta el éxito la rota de Quillin.

La fortuna adversa debemos decirla sin recelo, como la próspera sin lisonja, pues fortuna sin inconstancia solo Dios. La mayor que admira el mundo es la de Alejandro, y esta terminó con la vida en su rozagante edad, como dice Curcio, de la que no solo fué causante Casandro, sino de la de Cleopatra su madre, que exhaló el alma por las heridas que le dió. El gobernador vivia quejoso de la suya, porque le parecia que el hecho de este jeneroso bárbaro la habia empañado, pues se internaba tanto con su irrupcion cual no se habia experimentado en catorce años anteriores, y así discurrió el satisfacer la futura campaña; y el sarjento mayor, que lo era Juan Fernandez Rebolledo, cuya conducta directamente se improbaba, como comandante de la plaza y frontera de San-Felipe, resolvió ejecutar un golpe de sorpresa en las provincias inmediatas a la ribera de Biobio. Ejecutólo con algun suceso, porque como mas expuestas al peligro, los pocos que las habitaban vivian con precaucion y recelo. No obstante, se les quitó algun ganado y caballos, que eran las alas de sus presurosos vuelos.

Ordenó el gobernador al maestre campo Don Alonso de Córdoba, entrase a las provincias rebeldes, y proporcionando sus fuerzas, halló ser competentes al designio, porque lo demas es dejar mui arriesgado el suceso, fiándose mucho del destino, como dice el Petrarca; y con mil doscientos hombres penetró las provincias de Tucapel, que halló deshabitadas, y llegó al rio de Cauten o la Imperial; y habiéndose acampado en terreno ventajoso dejó un cuerpo de reserva, y separado en pelotones, con rápido movimiento se taló el pais de una y otra parte del rio. Sorprendió a los indios notablemente esta accion, porque discurrian

que la distancia, fragosidad de los caminos y un tan caudaloso rio los ponia a cubierto de insulto, y mas cuando la guarnicion de Arauco no tenia memoria de que se hubiese alejado tanto. Incendiáronse sus casinas y cuanto fué capaz de combustion en los campos, y entre el horror del fuego y humo se percibian llantos y suspiros, y todo era un melancólico horror. Recojióse todo el ganado mayor y caballos cuanto fué posible a la celeridad; pues solo de estos fueron setecientos y mas de mil vacas, y quedó el ganado menor, cuyo número era crecido. Aprisionáronse doscientas personas de uno y otro sexo, y murieron como treinta que con obstinacion se pusieron en defensa, y de nuestra parte solo hubo algunos heridos.

Retirábanse los españoles y parece que las nubes se opusieron, pues se levantó una terrible tempestad de truenos, relámpagos, copiosa lluvia y desmedido aire. Los caballos y los hombres se entumecian de tal suerte que no podian tenerse en pié, y todo era una tal confusion que no se oian ni entendian, y aunque a nuestro entender siempre parece el mal presente mayor que el pasado, no obstante, en la memoria de cuantos se hallaron no hubo quien hubiese visto en Chile cosa igual. Los arroyos se volvieron rios, y estos mares, y los caminos intransitables, y no habiendo adonde ponerse a cubierto de esta injuria, se prosiguió en la marcha. El maestre-campo los exhortaba con el ejemplo y la voz, mandando distribuir de su reposteria un corto refrijerio a los ancianos y prisioneros, lo que les libró la vida. Veinte horas duró esta crespa borrasca; y a no haber traido tan crecida remonta, no llegan a Arauco. No obstante, se perdió mucho el ganado. Precedió a esta accion un mutuo engaño, y no es fraude el engañar al que engañó. Principiáronle los indios y termináronlo a su favor los españoles: aquellos, viendo la prevencion de tropas en Arauco, discurrieron que aquel rayo haria su efecto en su pais, y discurrieron evadirle, y así enviaron donde el maestre-campo a proponerle que querian someterse al dominio español y saber las condiciones de su admision.

Finjió el maestre campo credulidad y les respondió, noticiaria al gobernador, asegurándoles la intencion con que la fomentaria, y les propuso que teniendo que transitar por sus tierras para la ejecucion de cierto proyecto de la última importancia, les pedia el que fuesen en su compañía algunos caciques, y porque a su vista irian mas contenidas sus tropas, no obstante que sabian estaban despobladas; ademas de que pasando jente de tanta distincion por su pais, no podian dispensarse de observar atenciones sin la nota de impolíticos. Bien vieron que el maestre campo queria llevarlos por rehenes, y viéndose entre dos extremos, tomaron el partido, siendo atentos en medir la necesidad por no hallarse perdidos. Soliman el grande solicitaba la conquista de Rhodas, y al mismo tiempo con apariencias de paces queria adormecer al gran maestre Lisoadan, como dice su historiador Guillet, para que se vea que no es tan bárbara su política como la afecta el desprecio de algunos inconsiderados. Pasada la urjencia que a la propuesta los compulsó, no se

acordaron mas de paces, pues no es perpétuo lo violento, ni durable lo involuntario.

El gobernador, habiendo tenido un gran consejo de los oficiales de la primera plana del ejército y de otros de sobresaliente capacidad y experiencia, se determinó adonde se habian de actuar las operaciones de la futura campaña, que fué en el centro de las provincias mas pertinaces, que eran Maquehuas, Cholchol, Puren y otras. La narracion de este hecho la hallamos suscinta, y así proseguirémos con la escasa luz que nos dejaron los que nos precedieron, sin duda porque la guerra inquieta ánimos, armas y letras. Juntas las tropas españolas y auxiliares, que se componian de mil doscientos hombres, aunque no falta quien diga que fueron mas, principiaron a talar las provincias mencionadas con tal horror que no dejaron cosa que pudiera ser capaz de incendiarse que no redujesen a cenizas, gloriándose cada uno de excederse en estos hechos. La presa de ganados mayores, menores y caballos fué considerable, sin que nos individualicen mas las memorias de aquel tiempo. Los indios desde lugares fragosos observaban a los españoles reprimiendo el ardor de su ira, excitado con la vista del estrago de su patrio suelo, la pérdida de sus bienes y captura de muchas personas de ambos sexos, motivos que los compulsaron a desesperacion, que, como dice San Agustin, es cierta muerte; y habiéndose juntado mas de tres mil hombres, acometieron a los españoles en el campo de Quillin con extraordinario furor, incapaz de retencion. Lo inopinado del caso confundió las órdenes y prevenciones; mas los enemigos, aprovechando las suyas, recuperaron con exceso los caballos que les habian ganado y la mayor parte de los prisioneros y algunos de los del campo español, de suerte que pusieron en desórden y confusion a los españoles. Retiróse con la misma celeridad Butapichun, que era el del comando, con que habia principiado la accion. Ignoramos la pérdida de entrambos campos, y es laudable su constancia, pues halló la ocasion que tanto solicitó.

CAPITULO XIV.

Entrega don Luis Fernandez el gobierno a don Francisco Laso, provisto por el Rei.— Trae una considerable recluta y da a su ingreso singular ejemplo de relijion y piedad.— Junta Butapichun considerables tropas para atacar la plaza de Arauco, cuya noticia pasa el gobernador al maestre de campo, comandante de ella.

Es la esperanza unas veces peligro de la seguridad, y otras seguridad de la desconfianza. Engañáronse los romanos en lo mucho que se prometieron de Galba, y desengañáronse de lo poco que esperaban del emperador Tito. De este error salieron los que no discurrian a Don Luis apto para el militar comando; esto fué a los fines, porque los que aprenden con tenacidad, tarde se desimpresionan. Su actividad, celo y discrecion fué singular, mas escasas las asistencias; porque en la frontera eran muchas las plazas, y distribuida la jente en sus guarniciones, quedaba poca tropa para las operaciones de la campaña, de lo que sus

émulos no se hacian cargo. Por fin, como dice Simónides, que el gobierno trae enemistades por mas que se procure ser amado mas que temido. Fué justo y desinteresado y de singular bondad: entregó el gobierno a su sucesor dia 23 de diciembre de 1629, y pasó despues a ser presidente de Canarias: casóse en el Cuzco con una señora de primera distincion de aquella ciudad.

El Rei Felipe IV, con consulta del consejo, nombró por gobernador a Don Francisco Laso de la Vega, del órden de Santiago y del consejo de guerra en los Estados de Flandes, donde habia servido muchos años, y era comandante actual de Badajoz. Trajo armas y órden expresa del Rei para que el virei le diese cumplida asistencia: éralo actual el conde de Chinchon, con quien solicitaba lo mismo el maestre campo Don Diego Gonzalez Montero, que despues fué gobernador de Chile, enviado por Don Luis Gonzalez por procurador del ejército y reino. El virei, habiendo hecho una séria reflexion del sistema de Chile sobre las representaciones del gobernador, resolvió socorrerlo con dinero y tropas, y en tres navios remitió quinientos hombres, y tan válidas fuerzas eran suficientes para fundar esperanzas.

Los injenios humanos mas con el ejemplo que con la razon se persuaden. Cristo Señor Nuestro dijo a los Apóstoles, que se lo habia dado cuando les lavó los piés, y que como habia hecho con ellos, que así lo ejecutasen. Diólo singular Don Francisco al ingreso de su gobierno, despachando expresos a las ciudades del reino con cartas circulares a los prelados, pidiéndoles encomendasen a Dios el acierto de su gobierno y el buen éxito de la futura campaña, y a las justicias seculares encargó la exacta administracion y el remedio de pecados públicos: accion que será loada de muchos y practicada por pocos, y no sabemos que otro lo haya hecho; y su piadosa memoria es digna de que se trasmita a la posteridad, no ménos que la de haber dado libertad a los indios que de Lima trajo, extraidos de allí por justas causas, colmándolos de dones y beneficios para que atrajesen a los rebeldes a la paz, lo que por medio de ellos solicitó, usando de la jenerosa máxima de Filipo de Macedonia, de hacer de los enemigos amigos. Y con esta demostracion dió satisfaccion al público de su cristiandad y sincera intencion, practicando con oportunidad la clemencia y ferocidad de leon, como dice Baldecebro, fortaleza y humanidad.

Con tan loables principios entró el año de 1630, y el dia 18 de enero se le participó al gobernador por la frontera de San-Felipe, de como Butapichun, desertor del servicio y hacienda de Tomeco, que era de Don Diego de Trujillo, y al presente es del autor, venia con cinco mil hombres para la plaza de Arauco con ánimo de atacarla y hostilizar los paises sujetos, para sustraer del dominio español a sus habitadores. A este bárbaro sus hechos le habian conseguido nombre ilustre de libertador de su patria, como el de ser terror de la nuestra, y por el hecho presente se pueden mensurar los quilates de su valor, pues no le distrajo de tan arrojado intento, el ver la recluta de quinientos hombres que

acababa de venir al reino con un gobernador de quien se hizo tan alta confianza que se juzgó digno de sojuzgarlos, ni ménos la atenta solicitud de envidarles con la paz, ni el beneficio de haber traido al reino a sus compatriotas y consanguíneos y puéstolos en libertad para que se restituyesen a su patria; de suerte que ni beneficios los obligan ni tan belicosos aparatos los alteran: o bien que discurriese que el tiempo y la ocasion igualan al menor, como dice Sértulo, o bien que dijese lo que monsieur de la Nobe, cuando le robó su equipaje a Enrique III, a su ingreso a Francia de Polonia, de que el fuego y la guerra igualaba a todos los hombres, como dice Meseray. Así procedió este Marte chileno, cuya accion es digna de recuerdo.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

Batalla del paso de don García indecisa.—Retírase Butapichun con sus tropas a su pais, y los españoles con las suyas a la plaza de Arauco.

Valerosos hace el riesgo forzoso, el cual acobarda en empeño voluntario; mas serlo en el voluntario tanto o mas que en el forzoso, es llegar a lo sumo del valor. No es esto lo que en el caso presente ejecuta Butapichun, emprendiendo esta guerra de eleccion y no de precision. Viriato español no emprendió mayor hazaña contra el poder de Roma, ántes sí compulso de la crueldad romana en los campos de Ayamonte y con armas iguales, las que no tenian ni tienen estos valerosos chilenos; y tomando el hilo de nuestra historia, el gobernador participó la noticia que de Butapichun se le dió, al maestre campo Don Alonso de Córdoba, comandante de la plaza de Arauco, persona de opinion acreditada, de juicio asentado y seguro consejo (quien fué abuelo del autor), y tomó precaucionadas medidas para la ofensa y defensa. Los ganados y caballos se aproximaron al cañon de la plaza y se regló a ella la jente dispersa. Remulta, capitan valeroso, con doscientos hombres se hallaba en Quidico, preciso tránsito, y envió al capitan Juan de Morales con cien indios y algunos españoles para que se retirasen, lo que se ejecutó el dia 21 de enero, y el 24 a la primera luz del dia se tocó a arma en la inmediacion de la plaza, y el maestre de campo ordenó que saliese la recluta de indios hasta cierta distancia de la plaza y que allí le esperasen, que era a distancia de una legua.

Siguiólos el maestre-campo con cuatrocientos españoles y doscientos auxiliares, y vínole noticia de que se peleaba con el piquete de los enemigos. Adelantóse con la caballería y ordenó al capitan Don An-

tonio de Avendaño, que comandaba la infantería, que a paso presuroso le siguiese. Cuando el maestre de campo llegó a incorporarse con la vanguardia, halló que segun su bárbara costumbre cantaban victoria y ensangrentaban sus armas con la de dos enemigos muertos. Lázaro, mestizo desertor, envió a noticiar al gobernador y al maestre-campo que Butapichun venia a acamparse en Millarepu, y que se componian sus tropas de cuatro mil caballos y mil infantes. No desestimó el aviso, no obstante que dice Livio que no se debe dar crédito al que una vez fué desleal, y él lo habia sido dos, al Rei y a su patria, y despues a Don Francisco Lazo, porque quede dicho. El maestre-campo llamó a consejo; pues, como dice Salustio, de ellos nacen los aciertos y de su presta ejecucion. En él se determinó que se prosiguiese la marcha, pues por instantes se esperaba al capitan Juan de Morales, como dejamos dicho, que se juntase con el campo español, o si no, quedaba perdido con la que traia a su comando. Imputaron a Don Alonso de Córdoba esta accion por mas temeraria que prudente, y otros circunspectos la tuvieron por necesaria; pues el retiro era dejarlos en total abandono a los momentos de su arribo.

El jeneral maestre-campo ordenó al capitan Don Antonio Gomez, que con treinta españoles y doscientos auxiliares fuese de vanguardia, que de ninguna suerte transitase del paso de Don García adelante, sino que allí lo esperase. Este expreso mandato le dió, el cual era un desfiladero montañoso y prolongado, que descendiendo de aquellas tierras, cortaba el camino, haciendo preciso el tránsito; mas el teniente Ranquel, que comandaba a los indios, pasó la estrechura que no debiera, y siguióle Antonio Gomez siendo su superior; y a corto espacio se avistó con el enemigo formado en batalla. A este tiempo llegó el maestre-campo al paso y vió la trasgresion de su órden, y no pareciéndole seguro ni prudente el que se retirase una tan corta partida a vista de tan poderosas tropas sin quedar cortadas o abatidas, y mas cuando se ofrecia repasar el paso estrecho y prolongado, ni era de su honor dejarlos en el abandono y que pereciesen a su vista; y así prosiguió su marcha hasta incorporarse con ellos, haciéndose forzoso lo involuntario, como dice Salustio. El maestre-campo hizo desmontar algunos indios y con sus picas los tripuló con la infantería de las compañías de Don Gines de Lillo y Don Alonso Vernal, haciendo notable falta la de Don Antonio Avendaño y Don Francisco Carmona, que no habian llegado; y la caballería la colocó a la derecha, y se componia de las compañías de Don Francisco Rodriguez, Don Juan de Adaro y Don Hernando Muñoz. A este tiempo y mui a propósito llegó el capitan Juan de Morales y Remulta, que sin esta casualidad hubiera perecido.

El jeneral Butapichun con cuatro mil caballos en diversos pelotones y mil infantes con marcha reposada se vino para el campo español, provocándolos con jeneroso denuedo y sereno aspecto: por fin, los acometió con furor incapaz de retencion. No con menor vigor fué recibido, y principióse la batalla tenaz y sangrienta. El maestre-campo, que se ex-

ponia al mayor peligro, fué muerto su caballo y con gran riesgo montó en otro. Duró la accion indecisa mas de media hora, cuando por su izquierda comenzó a ceder la infantería contraria con prisa y confusion. Don Gines de Lillo y Don Alonso Vernal, teniendo la victoria por segura, con ardor inconsiderado fueron tras los enemigos hiriéndolos y matándolos, seguidos solo de la primera fila. Butapichun se apoderó de tan ventajoso movimiento y los cortó; y hallándose por todas partes opresos, murieron todos con heroica firmeza y pagaron la pena de su inobediencia faltando al órden que les dió de mantenerse unidos sin separarse; y para lograr el hecho, este bárbaro guerrero ordenó al mismo tiempo que nuevas tropas cargasen la caballería española, para que no tuviesen tiempo ni lugar de favorecerlos: con vista tan de lince todo lo miraba. Prosiguióse la accion con tenaz empeño redoblado de nuestra parte; mas los indios que estaban en la infantería española, comenzaron a abandonar sus puestos, ya consternados; y aunque el jeneral maestre-campo con la voz y el ejemplo los animaba, no fué posible el retenerlos, ni aun con la muerte que se dió a algunos, por cuyo motivo se reunió la infantería a ménos frente, y mandó que con buen órden se retirasen al paso, por ser el terreno mas ventajoso. Ejecutóse así, no obstante que los indios cargaron con notable fiereza. Principiábalo a pasar nuestra caballería con alguna confusion y en él se encontró con la infantería de Don Antonio de Avendaño, no pudiendo aquella retenerse porque el enemigo la estrechaba, ni la infantería retirarse con prisa, y la desbarató la caballería; y los enemigos tuvieron poco que hacer en matar y aprisionar a muchos, siendo los capitanes Francisco Carmona y dicho Don Antonio.

La jente española y auxiliar que habia quedado, se formó al momento del repaso, y toda la accion se redujo a la estrechura del tránsito y a las inmediaciones de su diestra y siniestra, y en breve se vió aquel terreno cubierto de cuerpos de hombres y caballos; y los indios con tenaz empeño procuraban transitarle, y viendo que no podian conseguirlo por la grande oposicion que hallaron en los españoles, se retiraron a las dos horas que la accion duró, habiendo perdido setecientos hombres, y de los nuestros entre indios y españoles doscientos, y entre ellos el capitan Antonio Morales. El maestre-campo salió con dos heridas y no hubo casi español que no lo estuviese. Retiróse Butapichun a su pais, fulminando amenazas contra el nuestro, y el campo español a Arauco. Así terminó esta accion, dia 24 de enero 1630: duró en el todo de cinco a seis horas.

CAPITULO II.

El gobernador principia las operaciones de la campaña por la provincia de Puren.—Hostiliza aquellos paises y se retira.—Hace Butapichun irrupcion en el nuestro.—Sale don Francisco al opósito y sucede la batalla de los Robles.

Mas son las cosas que nos espantan que las que nos atormentan; y

así es bien respirar indiferencias que no llevarse de los vanos rumores, que preceden a la verdad y suelen oscurecerla. Llegaron a la Concepcion exajeradas con colorido de verdaderas en lo trájico las noticias de la expresada batalla, de que se orijinó consternacion; y el gobernador con credulidad mas pronta que la que su carácter pedia, se resolvió de por luego a salir para Arauco; y puesto ya en marcha, se revolvió del camino cerciorado de un mejor informe que el maestre-campo le hizo: y así dice Séneca, que el arrepentimiento apresura el que se resuelve breve. Y pareciéndole al gobernador que la inaccion era contra el decoro de las armas, salió para Puren, frontera pertinaz y habitacion de Butapichun, bien persuadido a que las bestias fieras se habian de buscar en sus cubiles, pues nunca hubieran los romanos vencido a los cartajineses, si no los hubieran ido a solicitar a Cartago. Componíanse las tropas de setecientos españoles y cuatrocientos auxiliares. Actuáronse en el pais todas las hostilidades de una cruel guerra; mas los indios, viendo que segun lo adelantado de la estacion no podrian subsistir, dejaron al tiempo que los expulsase sin exponerse a un siniestro accidente; y así el gobernador ejecutó su regreso sin haberse hallado oposicion, y el despojo solo fué de algunos prisioneros.

El enemigo sosegaba poco o no sosegaba; y como ha de ser flemática la cólera de la guerra, miró Butapichun con templanza los incendios propios, viviendo con esperanza de que despues podria ver con alegría los ajenos; pues, como dice Ciceron, ninguna cosa permanece en su estado: e hizo una séria reflexion del sistema en que las cosas estaban. Veia al gobernador tolerando una fiebre maligna, los caballos fatigados por el contínuo movimiento de la campaña que habian sufrido, las tropas quietas en cuarteles de invierno y los auxiliares despedidos y en el reposo de sus casas, y principiada ya la rijida estacion; y así le pareció que la ocasion era oportuna, y con quinientos hombres bien montados y mas de seiscientos de reserva para su mas pronto movimiento, pasó el Bio-bio por la cordillera. Inutilizó la vijilancia del sarjento mayor Juan Fernandez Rebolledo, que aseguró al gobernador que no pasarian enemigos sin que lo supiesen o fuesen sentidos, y con singular presteza llegó a la ciudad de San-Bartolomé de Gamboa, donde se hizo resentir con muertes, prisiones, incendios y robos, causando en todos sensibilidad mui llena, como caso no esperado. Hallábase el gobernador enfermo en Buena-Esperanza, y despreciando los intereses de su salud por la utilidad pública, salió al opósito con cuatrocientos españoles y cien indios.

Y discurriendo que seria acelerado su retiro aunque embarazoso por los despojos de prisioneros, caballos y ganados, procuró con pronta solicitud el salirle a su regreso al atajo, y ordenó que la caballería llevase algunos infantes mosqueteros a las ancas, siendo el gobernador el primero que ejecutó lo que mandó; y en breve tiempo anduvo ocho leguas, y fué preciso el que pastasen los caballos, que en treinta horas no habian tenido descanso, ni refresco los soldados, y al siguiente dia se

prosiguió la marcha, aunque con desmayo, pues se discurrió no alcanzarle; y se acamparon a la márjen de un arroyo grueso, sitio entre despejado y montuoso, cubierto de crecido herbaje en la inmediacion de la cordillera de la otra parte del rio Itata. Butapichun, por medio de espías de su satisfaccion, se cercioró de todo y se hallaba oculto en aquella cercanía, lo que ignoraron los españoles, de que puede bien inferirse la gran conducta de este bárbaro, y lo que conviene el saber secretos y resoluciones de los enemigos, por el gran dispendio que para ello hizo el Gran Capitan cuando le pidieron cuenta de los gastos de la guerra de Nápoles, evadiendo con lo que fué o debe ser, los alcances que se prometian los envidiosos de su fortuna.

La caballería formada tomó las avenidas y la infantería ponia las armas a la frente, y con los pocos vivanderos, parte de ella disponia las tiendas y las demas cosas acostumbradas en campamentos; entretanto el gobernador se recostó en el verdor de la grama por mitigar o divertir el ardor de la fiebre, cuando salió Butapichun entre las selvas, dividida su jente en tres escuadrones bien montados en jenerosos caballos, y cual rayo sin trueno o golpe sin amago, acometieron la caballería española con furor incapaz de retencion, y se la llevaron por delante desordenada sin poder prevalecer contra su ímpetu violento; y en el campamento, adonde se retiró, desordenó la infantería; de suerte que Butapichun desbarató con su osadía los acuerdos de la prudencia. Don Francisco al instante montó a caballo, y con espada en mano, asistido de alguna jente de distincion y otros que se le agregaron, acometió al enemigo implorando al apóstol Santiago, a cuyo efecto era mui necesario su socorro. El gobernador por todas partes discurria, peleando con valor mas que de hombre: no hubo soldado que reconociese compañía, ni alto ni bajo oficial que conociese soldado: todo era horror, estrago y muerte.

El gobernador alentaba a todos, segun a la vista se le ponian, para darles con la exhortativa y ejemplo mas ardor: todos hacian su deber, hasta los criados hicieron singulares esfuerzos; pues cuando falta la esperanza, el mismo temor toma armas de atrevimiento, como dice Vejecio. Duró la accion mas de una hora con tenaz e igual empeño; y reconociendo Butapichun su pérdida y que la noche se aproximaba, se retiró dejando el campo de batalla con doscientos cincuenta hombres muertos, que era la mitad de su tropa, y él mal herido. Su retiro fué con aire de fiereza, ejecutando la marcha a paso sosegado y lleno de despojos, porque no abandonó ninguno, y llegó a su pais. El gobernador no discurrió en seguirle, tanto por la suma fatiga de los caballos, como por exceptuarse mui pocos de heridas y ciento cincuenta muertos, y ademas de que no era acertado compeler al leon a que volviese el rostro. Esta fué la batalla de los Robles, que se dió el dia catorce de mayo de mil seiscientos treinta, de las mas confusas y mejor reñidas que han tenido estos bárbaros con los españoles en Chile.

CAPITULO III.

El gobernador, habiendo hecho bajo concepto del valor de los indios, muda de dictámen con rubor.—Procura se pueblen las haciendas de campo.—Pasa a la ciudad de Santiago, de donde vuelve presuroso sabiendo que Butapichun con poderosas fuerzas venia sobre la plaza de Arauco, adonde pasa el gobernador con las suyas.

A la pericia de Zeuxis la engañó el pincel de Parrasio. Pintó este un dilatado volante, y discurrió el otro que la cortina ocultaba la pintura que no habia. La pericia militar de Don Francisco desestimó la guerra y el valor decantado de los indios de Chile y oia con impaciencia lo opuesto a su dictámen; mas quedó solo el volante y sin subsistencia la pintura que de ellos habia hecho; y con modesto rubor mudó de dictámen con la experiencia de los Robles y la experimentada batalla del maestre-campo Don Alonso de Córdoba, haciéndose mas apreciable la salud que se debió a la enfermedad, que no la que se gozó sin ella. Santiago de Tesillos omitió el narrar hecho tan notorio, como lo fué este en aquel tiempo: seria porque pensó que era en desdoro de su S.or; y siendo la historia un recito verdadero, útil y divertido, para el desengaño de muchos y enseñanza de todos, no se debe omitir lo conducente a este fin. Mucho de esto vió la edad pasada y tambien lo hemos visto en la presente, y despues indecorosas bajezas; y siempre el soberbio, como dice el maestro Medina, es aborrecible de Dios, abominable a los ánjeles y odioso a los hombres.

Don Francisco, desvelado y cuidadoso en los intereses del reino, dió singular ejemplo en solicitar sus adelantamientos. Procuró que el vecindario repoblase sus haciendas de campo, que habian muchas abandonadas y algunos pensaban desamparar el reino, pues se hallaban en suma inopia, y les ofreció el seguro de sus personas y el satisfacerles en dinero sus frutos para el abasto del ejército, y gratuitamente les hizo dar las primeras semillas y el necesario fomento. Con tan ventajoso partido se resolvieron a establecer labranza y crianza, que ántes tenian y otros muchos nuevamente establecian, y terminó la agonía en que Chile estuvo muchos años; y cuando no hubiese hecho otro beneficio al reino, este bastaba para que su memoria quedase laureada de bendiciones; pues, como dice Séneca, las guerras y beneficios son vínculos del corazon.

Y para ahorrar el dispendio de ocho mil vacas que anualmente se hacia para la mantencion del ejército y tropas auxiliares, pobló a Catentoa, siguiendo el buen ejemplo de Alonso de la Rivera, que fué quien lo estableció, como tenemos dicho; y no obstante que la estacion estaba avanzada y no enteramente recuperado de salud, se puso en marcha para la ciudad de Santiago, dejando de lugar teniente de capitan jeneral y correjidor de la Concepcion a D. Alonso de Córdoba y por maestre-campo en Arauco a Don Fernando de Zea, dejando en la frontera mil y trescientos españoles y seiscientos auxiliares; y así que llegó

hizo levantar dos compañías de infantería y una de caballos para reclutar las plazas fronteras. Así circulaba su desvelo saliendo del centro a la circunferencia, de suerte que el alivio de unos cuidados era el alivio (*sic*) pasando a otros, como pondera Plinio de Trajano. A este tiempo le llegó noticia a Santiago, la que dieron dos prisioneros a quienes libró su buena dicha, de como los enemigos juntaban considerable cuerpo de tropas que llegarian a mas de siete mil hombres, para en batalla decisiva acabar con los españoles, persuadidos que cualquiera oposicion era inferior a su poder; por lo que dijo el Crisóstomo, que la soberbia es la mayor locura de cuantas hai. Por ella echó Dios a Adan del paraíso, y quitó a Saul el reino, y a Nabuco convirtió en bestia, y a Butapichun y Queupuantu [dió] un trájico escarmiento o fatal desengaño.

Esta noticia trajo a D. Francisco con celeridad a la Concepcion, de donde pasó a la plaza de Arauco, que era por donde los enemigos querian principiar las operaciones de la campaña. Ordenó al sarjento mayor Juan Fernandez Revolledo, comandante de la plaza de San Felipe, que con tres compañías de caballería y algunas tropas auxiliares pasase a incorporarse con él sin perder instante, porque el tiempo era estrecho; y con todo procedia el gobernador con premeditado acuerdo, pues las ocasiones pasadas eran maestras de las presentes, y así deben ser examinadas, como dice Plinio. Hízose la revista y se halló el gobernador con ochocientos españoles y quinientos auxiliares, y era capellan mayor frai Juan Laso de la Vega, su sobrino, relijioso trinitario. Llegó a este tiempo Catimala, indio de nuestros confederados, con un prisionero mal herido, el cual era uno de cinco que se habian destacado del campo enemigo con el motivo de investigar noticias del gobernador, y llegaron a media legua de la plaza y queriendo llevarse un caballo de la puerta de la casina de Catimala, fueron sentidos y seguidos, de que resultó su prision.

El bárbaro, aunque en fortuna tan abatida, habló al gobernador con fiereza y dijo, que el ejército quedaba acampado a distancia de seis leguas de la plaza y que todos los españoles del reino no eran bastantes a oponérsele; que se componia de siete a ocho mil hombres arreglados y resueltos, comandados por Butapichun y Queupuantu. Bien reprehendida queda la eleccion que el gobernador tuvo, con el dicho de este audaz chileno y con el hecho de venirle a buscar Butapichun al recinto de la plaza, donde sabia estaba con la jente mas florida del reino, no para furtivas correrías, sino a provocarle a campal batalla. Entretanto se volvieron doscientos españoles e indios, habiéndose avistado con la vanguardia de los enemigos. Algunos eran de dictámen que el gobernador no saliese de la plaza al opósito y que en el recinto se esperase ocasion oportuna para acometerlos. El gobernador no aprobó el dictámen como indecoroso, diciendo, que eso seria darles confianza y no terror, manifestando con tal resolucion flaqueza, y que la suya era esperarlos, elijiendo un campo ventajoso de batalla, aunque no ignoraba

que la condicion de la guerra era inícua; pues lo próspero a todos se imputaba, y lo adverso solo a uno, como dice Tácito.

CAPITULO IV.

Batalla de la Albarrada que consiguieron los españoles, con notable pérdida de los indios.

Tan grave cuidado debió al gobernador la aplicacion y desvelo que se requeria; pues siempre los fines de las cosas son dudosas, como dice Ovidio. Dispuso en el resto del dia sus cosas y negocios domésticos y los de su conciencia, y con tan loable ejemplo ejecutaron los altos y bajos oficiales lo mismo, y jeneralmente todos confesáronse con ocho sacerdotes que en el campo habia. Aquella noche se tocó a arma, porque llegaron con lo tenebroso de ella algunas cortas partidas de enemigos hasta la misma plaza: hecho verdaderamente audaz y arrojado. Salió en persona Don Francisco con algunas tropas, y empeñóse tanto que estuvo mui inmediato a ellos con manifiesto peligro de su persona, y no referimos la ocasion excusándola, ántes sí improbándola de poco atenta y aun temeraria a la importancia de su vida: pues no omitieron el sindicársela a Gustavo y al príncipe de Parma al reconocer a Egra y a Caudebec. De allí a dos horas comenzaron los enemigos a incendiar las casinas del contorno, y con tan horrorosas luces se esclareció la noche, cuya inspeccion era pavorosa. Y un poco ántes del dia ordenó el gobernador saliesen y que se pusiesen en marcha las tropas auxiliares con escarapelas blancas para distinguirlas de las enemigas, y de allí se siguió la caballería española y por consiguiente la infantería española, tan expertos y bien armados como pudieron estar las mejores de Flandes, adonde su jefe habia servido veinte y cinco años; y a breve tiempo de marcha, se encontró nuestra vanguardia con la enemiga. Principióse la accion con ella, donde murieron cuatro de los enemigos y se aprisionaron dos, cuyas advertencias que dieron fueron útiles. De nuestros auxiliares quedaron heridos algunos, y como de comun acuerdo unos y otros se retiraron.

Prosiguió el campo la marcha hasta un terreno que pareció conveniente para el campo de batalla, que era una loma baja y prolongada, naturalmente fortalecida por la izquierda y derecha. Iba el sol por el oriente mostrando sus primeras luces, dia trece de enero de mil seiscientos treinta y dos, cuando los dos campos estaban ya a corta distancia. Ordenó el gobernador que los indios auxiliares se desmontasen y con la infantería se tripulasen, para ponerlos en el empeño de morir o vencer. Comandaba la infantería el sarjento mayor Juan Fernandez Revolledo, y la caballería el maestre-campo Don Fernando de Zea, que estaba a su izquierda, y el comisario jeneral Alfonso de Villanueva en la retaguardia, como cuerpo de reserva o tercera línea, jente escojida y de grado. El capellan mayor echó la absolucion a todos, porque la

quietud de la conciencia quita el horror a los peligros. Veníase el enemigo acercando con marcha reposada: eran dos mil infantes y como seis mil caballos, colocados a su derecha e izquierda, bien formados, con picas de a cuarenta palmos, y tan unidos que parecian bosques movibles, todos con morriones de plumas y al compas de sus bélicos instrumentos, con aspecto tan sereno y tan regocijado como que viniesen a sus festines. Várias veces hablamos en nuestra primera edad con un vecino de la ciudad de San-Bartolomé de Gamboa de distinguido mérito, que se halló en esta batalla.

Butapichun, para mas enardecerlos, les decia que en su valor consistia la libertad de Chile; que no era mucho acabasen lo que sus padres habian principiado asolando las sietes ciudades y quitando la vida a dos gobernadores; que poco ántes los habian vencido en Chillan, Cangrejeras y Quillin y en otras partes, y que en casi cien años no habian prevalecido contra ellos, y era de su deber el sacarlos de su error de que eran invencibles. Ya a este tiempo estaban casi a tiro de cañon, y Queupuantu a voces decia que se acometiese y Butapichun con cólera mas reposada queria o esperaba el que se les desordenase, e hizo pausa en la marcha para recibirlos mejor formados; y diciendo Don Francisco que se le diese gusto a Queupuantu, ordenó al maestre-campo que principiase la accion con la caballería, y al mismo tiempo al sarjento mayor que hiciese la infantería una justa descarga, y ejecutóse todo con singular ardor. Mas en ellos hallaron igual resistencia; de suerte que no solo no pudieron romperlos, mas ni obligarlos a movimiento desordenado, de suerte que retrocedió la caballería con desairados remolinos, como dice Tesillos, y confusion, casi a espalda vuelta, y llegó de esta suerte hasta la retaguardia o tercera línea, sin poderlos contener los oficiales.

Dios cegó a los indios, que si se aprovechan de tan favorable movimiento, consiguen la victoria sin duda alguna. Entretanto la infantería proseguia sin descontinuar el violento fuego y ganando terreno. El gobernador exhortó a la caballería y parece que le redobló el valor de que estaba decaida, y cargaron por segunda [vez] con fiereza y como con rubor por haber cedido: sostuvieron este feroz encuentro, aunque por breve espacio, y comenzaron a ceder desordenados. El jeneral Butapichun se exponia de los primeros y procuraba retenerlos, en cuyo empeño le hirieron gravemente y mataron el caballo, siendo este el motivo de que se pusiesen en precipitada fuga. Queupuantu ejecutaba lo mismo sin suceso, y la infantería, que hasta allí se habia mantenido con buena continencia no obstante el mucho y violento fuego que hacia la española, ejecutó lo mismo con gran confusion y desórden, lo que quizá no sucede si no la abandona la caballería, pues estaba ya para mezclarse y se hubieran inutilizado las armas de fuego. Muchos, asidos de las colas de los caballos, iban a igual carrera con ellos, espectáculo que admiraron los españoles como ni oido ni visto hasta entónces; y siempre será digno de reparo, lo que denota su actividad, pues compulsos

iban al igual de tan veloz movimiento; ¿mas cuándo la necesidad no fué industriosa?

Siguieron nuestras tropas el alcance de los enemigos dos leguas: unos dicen que en él y en el campo de batalla murieron dos mil indios, otros los disminuyen a mil doscientos; y aprisionaron seiscientos: de los españoles solo dos y cuatro de los auxiliares, y de los unos y otros hubo pocos heridos. El despojo de caballos fué mui grande: reputáronse por tres a cuatro mil. Volvieron las tropas a Arauco juntas a celebrar una solemne misa en accion de gracias, con repetidas salvas de artillería. El gobernador diólas a todos humanísimas, y en espléndida mesa comió con sus oficiales. Así como lo ejecutó Enrique IV cuando la victoria de Giuri y Gustavo en la de Lisboa, ambos héroes de aquel siglo.

CAPITULO V.

En prosecucion de la victoria hacen irrupcion nuestras tropas en sus provincias, y notable desobediencia de ellas.—Propóneles el gobernador la paz, y desprécianla.—Envía procurador al Rei y le informa del sistema de Chile y ofrece en dos años finalizar la conquista.—Construyó algunos edificios públicos y mejoró las plazas de la frontera.

Dice Demóstenes, que ninguna cosa se ha de omitir de las que pertenecen al tiempo de la ocasion. No lo desaprovechó Trajano despues de la victoria y sujecion de la Dacia, pues les quitó las armas y los que las fabricaban, y así el pais se hizo desaguerrido. Desaprovechóla España, pues la experiencia hizo ver que la libertad del rei Francisco con los intereses de su canje, no le trajo utilidad alguna, la que quizá hubieran producido otras mas moderadas condiciones: y bien persuadido el gobernador para no despreciar las caricias de la fortuna, notició al virei de la victoria que habia conseguido, y le remitió sesenta prisioneros de los que mas pudieran obstar al reposo público, y le pidió fomento para finar la guerra con la entera sujecion de la nacion; y entretanto que se practicaban otras operaciones en el resto de la campaña, despachó al maestre-campo para que se acampase con cuatrocientos hombres en Negrete, a orillas del gran Biobio, y cubriese los términos de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, Rere y San-Felipe; y Don Francisco salió con mil doscientos españoles y auxiliares para la provincia de Quilacura, adonde se sabia que con algunas tropas se hallaba Butapichun y en el empeño de recrecerlas con reclutas que de diversas partes esperaba para aumentarse, porque no estaba abatido su valor, ministrándole las adversidades luces y los peligros mayor firmeza. ¿De qué alabanzas no es digna tan heroica constancia como la de este jeneral y la de su nacion?

Siguió el gobernador su destino y destacó al sarjento mayor Juan Fernandez Revolledo con la caballería para que se adelantase, y que le esperaria en el campamento de Coipu para reunirse; y en prosecucion de su marcha y de la órden dada, llegó a la ribera del rio de la

Imperial y dejó allí a su subalterno, y destacó la caballería indiana con alguna española para transitar con ella el rio y talar el pais de la otra banda, o como tambien se dijo, para explorarlo o reconocerlo mejor. Esta resolucion tumultuó a los españoles que se quedaban, y con reverentes voces le dijeron, que por utilizarse en los prisioneros los dejaba, sobre que le predijeron algunos ejemplos de su avaricia, no sabemos el dia de hoi si con verdad o sin ella, a lo ménos Tesillos de tal le imputa; y en confuso desórden pasaron el rio sin que los contuviese el precepto o amenaza, y el jeneral cedió obedeciendo. Lo mismo experimentó Cárlos I, rei de la GranBretaña, aquel siglo en la batalla de su infortunio, como dice Gregoleti, que los escoceses solo fueron inspectores de su desgracia sin querer pelear a vista de su ruina, ni obligarlos los humildes ruegos de su soberano, despreciados de su traicion o soberbia. Talaron e incendiaron el pais y se retiraron. Hizo prisioneros y muchos caballos, y a no haber sido la accion tan confusa y expuesta por el gran desórden, hubiera sido mui opulento el despojo.

Es el mando oficio de causar descontentos, porque no bastan los aciertos para suscitar o callar calumnias. Faltaron los soldados a la estricta obediencia que debian, y aunque a su regreso pudo castigarlos, omitiólo, porque con los intempestivos remedios crecen los delitos, como dice Tácito. Mas el gobernador tomando el caso con seriedad, les hizo causa con la mira de castigarlos segun el rigor de las leyes militares; mas no se efectuó ninguno, porque los delincuentes o fueron poderosos o muchos, lo que dificultó los castigos. Pareció conveniente al gobernador solicitar a los caciques con la paz, teniendo lugar en su espíritu guerrero la buena máxima de que ha de tener precision la guerra, como deseo siempre la paz. Mas fué infructuosa su propuesta, pues aunque pocos la admitieron, solo fué por evadir las talas y molestias de la guerra, cuya reservada intencion el tiempo la manifestó.

Don Francisco, por el informe de los mas expertos y por lo que en la guerra habia observado, conoció que el enemigo no se hallaba cuando se buscaba, sino que parecia cuando le convenia; que no hacia reputacion de huir ni pelear, ni pundonor de faltar o cumplir su palabra; ni que habia cosa sagrada que venerarse, ni ménos relijion que le contuviese; que abandonaba su pais y casinas, y aun ellos mismos las incendiaban sin pesadumbre. Y para hacer un ámplio informe al Rei de todo, como del sistema del reino, nombró a Don Francisco Avendaño, regnícola, y se le asignó del situado lo que pareció competente para el costo de las impensas de su viaje; y en el informe que remitió, ofreció al Rei finalizar la guerra en dos años, haciendo enteramente la conquista del reino, dándole las asistencias necesarias, aunque pareció a algunos empresa que pedia mas tiempo, lo que despues verificó la experiencia. Por fin llegó a la corte el procurador de Chile y a breve tiempo salió de ella cruzado de la órden de Santiago y con el gobierno del Tucuman, y a corto tiempo de su ingreso murió, pagando con su corta vida la ingratitud que tuvo con el total olvido de su patria. Quejóse el reino

de su conducta, y en él quedó oscurecida su fama. Esto hallamos escrito en los fragmentos de aquel tiempo, y por eso debe ser temida la pluma que ofende, como agradecida la que alaba. Cornelio Balbo escribió la historia de Pompeyo, quien habiéndola visto, obtuvo de este conquistador la libertad de su patria Mitilene.

No le faltaron a Don Francisco las asistencias del Perú y no terminó la conquista de Chile, como al Rei le ofreció, en el término de dos años; mas no se le observó descaecimiento en el empeño de la guerra. La misma oferta hicieron Alonso de la Rivera y Alonso García Ramon, quien tuvo tantas tropas cual ántes ni despues se vieron en Chile; mas ¿qué cosas no desvanece cada dia la desconfianza, o burla la rudeza? Dice Cassiodoro, que segun la calidad de los deseos, se conocen los ánimos: es cierto que el desinteres del gobernador fué a toda prueba, y el celo de la justicia: procuró que los soldados estuviesen con decencia militar: fué este cuidado de su antecesor, y que la justicia se administrase con prontitud y equidad. Los mas fortines eran de palizada y techos pajizos: puso gran cuidado en que las murallas fuesen de tapia y las casas de teja: fué de su agrado el de Buena Esperanza y en él solia residir, para cuyo efecto construyó una decente y cómoda habitacion; y porque los gobernadores no tenian en la Concepcion casa de morada, dispuso un suficiente fondo para su costo en las vacantes de encomiendas, y finalizóse con tal acierto que permaneció hasta el año de mil setecientos treinta, con el nombre de palacio, al cual arruinó la lamentable inundacion del mar dicho año acaecida. No habia bóveda en que almacenar la pólvora: fabricó una mui cómoda, la que pocos años há que se deshizo para mejorarla en otro sitio. Todo lo circulaba su desvelo; con frecuencia hacia inspeccion de armas, municiones y demas pertrechos, sin desentenderse su cuidado del vestuario de los soldados, y tal vez le llevó su fervor a las fraguas. Con frecuencia visitaba el hospital real, que está a cargo de los relijiosos de San Juan de Dios: no obstante la caritativa y puntual asistencia de estos, quiso que esto pasase por el exámen de su vista, y su clemencia hizo laudable su memoria, como dice Séneca.

CAPITULO VI.

Dase noticia de algunos disgustos que el gobernador tuvo con los oidores.—El maestre de campo don Fernando de Zea sorprende el pais de Ilicura, y pierde la vida Queupuantu peleando con obstinado valor, igualmente que su sucesor.—Ejecuta el gobernador la campaña con felicidad y retírase, observado de poderosas tropas.

Si las eminencias se destinaron a las primeras luces, por su elevacion estan expuestas a los rayos. Entre el gobernador y los oidores hubo públicas desazones que invirtieron, no sin escándalo, la armonía de su buena correspondencia, pues, como dice Aristóteles, la concordia a la amistad pertenece. Ocasionóla el que Don Francisco quiso castigar a algunos vecinos, que por serlo de feudo, tenian obligacion de ir o enviar escuderos a la guerra, y notábase esta falta. Los interesados ocu-

rrieron a la audiencia, que se opuso al dictámen del gobernador, lo que mortificó no poco su jenio pacífico: el éxito hoi se ignora.

El maestre-campo con cuatrocientos hombres y suficiente remonta, en la erizada estacion, salió para Ilicura de Arauco, frontera pertinaz y patria de Queupuantu: ofrecieron los españoles crecidos intereses para su captura, vivo o muerto, imitando en esto a los romanos, que prometieron dar dos mil yugadas de tierras por la de Viriato: tanto fué su recelo o temor que a tan alto precio quisieron asegurarse. Vivia este jeneroso bárbaro con las precauciones que le sujeria su jenio marcial y umbrajoso: su casina tenia cuatro puertas; colocada en medio de un prado circundado de espesos bosques, y de difícil ingreso, tales eran los retornos de la senda. Siempre estaba armado y con centinelas contínuas; mas todas las operaciones las frustró su desgracia. Llegaron los españoles con buena guia a su inmediacion con tres pelotones: los dos quedaron en celada, cuya oportunidad ofrecian los bosques, y el tercero asaltó su habitacion a la primera luz del dia.

Queupuantu tuvo tiempo de ocultarse con sus armas en la espelunca que en un inmediato bosque o monte habia, y habiéndosele juntado cincuenta hombres, salió del bosque a pelear con los españoles con cruel coraje: volvióse al bosque con pérdida de algunos, habiendo durado la accion cuasi media hora. Mas ya reforzado con mas jente salió por segunda [vez], profiriendo baldones e improperios contra los españoles: circundólo la primera y segunda partida, y se principió un fiero combate: exhortaba a los suyos y a voces decia que él era Queupuantu, quien habia muerto muchos españoles, y que moria con deseo de extinguirlos, y que le pesaba no tener muchas vidas para perderlas en el jeneroso empeño de defender su libertad. Loncomilla, hijo de Catimola, acometió entre otros, y rotas las picas, le dió en la cabeza tal golpe de maza que le derribó cuasi muerto, y exhaló el alma por veinte y tres heridas. Mas irritados sus soldados que acobardados, cuasi todos perdieron la vida sin quererse rendir: de los españoles y auxiliares faltaron algunos; mas a un mayor precio hubieran comprado tan feliz accion. Aprisionáronse diez o doce, y se retiraron a incorporarse con los suyos.

¿De qué elojios no es digna la memoria de Queupuantu? dígalo el período de su vida, o si no, el abreviado recito de su muerte, cuyo prudente juicio hará el lector. Juntáronse los ilicuranos y tucapeles a darle honrosa sepultura, segun la costumbre de la nacion, y a elejir otro digno sucesor que prosiguiese la guerra, renaciendo de esta suerte otra hidra mas venenosa que la de Alcides, desengañándose con este hecho muchos que los juzgaban ya aterrados. Elijieron a Loncomilla, capitan experto y valeroso, a que concurrió la razon política de ser pariente de su predecesor, para que la venganza particular se agregase al empeño de la causa pública. El nuevo jeneral providenció el que en un campamento reservado se juntasen algunas tropas para sorprender a los españoles o a los paises de su confederacion, y ordenó se cortase la correspondencia con las provincias de Arauco para que no se entendiese

este designio. Mas no obstante su precavencia, llegó a noticia del maestre-campo Don Francisco de Zea, y no la desestimó y con celeridad destacó cuatrocientos hombres españoles y auxiliares; y habiendo tolerado una borrasca tempestuosa, lo que adormeció las guardias de Loncomilla, llegaron sin ser sentidos a su campamento. No le aterró tan inopinado accidente: principióse la accion, y con obras y palabras alentaba a sus soldados, hasta que perdió la vida. Consternados con su muerte, se retiraron a las fragosidades, habiendo perdido cincuenta hombres y aprisionádose algunos.

Esta accion venturosa y la antecedente consiguió Don Fernando de Zea en la estacion inverniza, cuya noble projenie, a falta de varones, permanece en hembras en la ciudad de la Concepcion. Butapichun, en el mar alterado de su fortuna o desgracia, sosegaba poco o no sosegaba, pues era violenta su quietud: con su jenio insinuante y el predominio que en la nacion tenia, empezó a juntar tropas para la futura campaña. Quiso el gobernador con esta noticia prevenirla y le salió al opósito a su mismo pais por octubre de mil seiscientos treinta y tres: componíanse sus tropas de mil ochocientos hombres españoles y auxiliares, y de Curalevu despachó al sarjento mayor con ochocientos y suficiente remonta para que se internase por el pais enemigo hasta la provincia de Repocura, y que se retirase por Quillin, donde le esperaba. Los indios se ocultaron por el bosque con sus familias y bienes que consigo pudieron llevar, y entregaron lo demas a la voraz llama, y tenian por menor daño el ser incendiarios que no el que lo fuesen los enemigos: ¡amargo consuelo! Acampóse el gobernador en Quillin y allí se incorporó el sarjento mayor con trescientos prisioneros que trajo, mil doscientos caballos y siete mil cabezas de ganado; y algunos caciques interesados enviaron comisarios suplicándole por el buen tratamiento de los prisioneros y que permitiese el canje: ofreciósclo todo como diesen la paz, en que no convinieron, pues a voluntades determinadas infructuosas son propuestas, como dice Ciceron.

De allí pasó Don Francisco a la Imperial, asolando todo por ver si se humillaba su orgullo; mas estaban en el tenaz empeño de gozar mas ántes peligrosa libertad que no segura servidumbre. Butapichun mas cuerdo, retenido en lugares ventajosos, mantenia algunas tropas observando los movimientos del campo español para aprovecharse con ventaja; mas no le ofreció esta dicha su fortuna, pues no la aprovechó con la que le envidó en la batalla de la Albarrada y Arauco; y como dice Demóstenes, que se arrebate luego que se ofrezca, sin diferirlo. El gobernador, cerciorado de que de la otra parte del rio Cauten o la Imperial se hallaba Butapichun con mil quinientos hombres, destacó al maestre-campo con mil para que lo atacase en su campamento; mas llegando a su noticia el designio, le pareció conveniente el retirarse a las asperezas, con cuya noticia el maestre-campo se volvió, y el gobernador ejecutó su regreso, reglando la marcha con toda precaucion, como que los indios venian observándole y dejándose ver desde puestos ven-

tajosos. Catimola, capitan de nuestros auxiliares, se puso en celada y en un desfiladero acometió a nuestra retaguardia, de lo que estaba advertido el gobernador, y como nuestros españoles se fueron retirando para el campo de los indios, todo tan propiamente se finjió que se persuadieron a que eran de los suyos los que peleaban y de pronto enviaron un destacamento en su socorro, y como unos y otros eran indios en nada disconformes, solo se desengañaron cuando fueron acometidos, y pagaron su inadvertencia con veinte que murieron y once prisioneros: y con regulares campamentos llegaron al rio Biobio, adonde ya eran seis mil indios los que en pos del campo español venian.

CAPITULO VII.

Ejecutan los indios una sorpresa con suceso a distancia de una legua de Arauco.—Prosigue la guerra sin que la obste la erizada estacion.—Entra un destacamento al pais enemigo: atráenlo con una finjida retirada con suceso.—Prosiguen en su solicitud.—Espéranlos los indios formados en terreno ventajoso.—Batalla y retirada que duró un dia.—Notable accion por las circunstancias de ella.

Qué prudente no juzgará que tan continuadas acciones decisivas no habian de causar a los indios cobardía, habiendo sido tan fatales; mas su rudeza ejecutó el dictámen de Ciceron, que aconseja el que con dolor no se haga cosa abatida ni temerosa, que tanto es tenido cuanto mas se hace rostro a los infortunios. Todo lo hacia soportable el asunto excelso de su libertad. ¿De qué alabanzas no son dignos espíritus tan sublimes que por su jenerosa condicion parece que fueron delicias de la naturaleza? y no se extrañe el que se repitan aplausos cuando se recrecen acciones ilustres. Güenucalquin vino de órden de Butapichun con un corto destacamento a hostilizar las inmediaciones de la plaza de Arauco: ejecutólo con suceso, llevándose de Carampangue, que está una corta legua de la plaza, algunos indios prisioneros de nuestros aliados y algunos caballos, y se retiró presuroso. Los interesados pidieron licencia para ir a su alcance: concedióla el comandante agregándoles un destacamento de caballería española. Ejecutóse la marcha con celeridad, mas con mayor fué su regreso, pues se pusieron en salvo los nuestros no obstante su vijilancia, sorprendieron a otros y ejecutaron su retiro dejando cuarenta muertos y trayéndose cincuenta prisioneros.

Proseguíase la guerra sin que los contuviese la erizada estacion, porque ya se habia hecho empeño el teson. Practicábase con cuantas prolijidades pide la mas arreglada providencia, y precauciones caben en la desconfianza: esta era sin cuartel contra el derecho de las jentes. Mírese si con justicia declaró el Rei esta guerra de igual mérito a la de Flandes, España e Italia, como despues dirémos: tenia de ventajas la mas horrible, que era en interpolados tiempos ir quitando la vida a los españoles prisioneros. La guerra no era ya de eleccion sino de precision, como dijo Salustio por la de Catilina, pues despreciaban todas las pro-

puestas de paces, pasando a ser agresores y viviendo sin reposo ni sosiego, sino es en contínuo movimiento. El maestre-campo dispuso se hiciese una irrupcion en la provincia de Ilicura, para cuyo efecto destacó seiscientos españoles y auxiliares en prosecucion de su destino: se encontraron en la marcha con sus guardias avanzadas: trabóse un reencuentro, murieron ocho y los demas se retiraron noticiando el ingreso de los españoles; y juzgando que todos se conmoverian, discurrió ejecutar un disimulado retiro para atraerlos con ventaja.

Puso en celada cuatrocientos hombres y con aire de temor por estar descubierto principió su regreso: el suceso correspondió al deseo; pues creyendo los enemigos lo finjido por verdadero, sin advertir la minoracion de las tropas, se vinieron con ciego furor para los españoles. Principióse la accion, y salieron los de la celada y los atacaron por la retaguardia y frente: lo inopinado los conturbó, y aumentó esto la esperanza y valor de los agresores: terminóse la accion a favor de los españoles, murieron ochenta de los enemigos y se aprisionaron doce. Con la noticia aunque confusa que tenian de que setecientos indios estaban en espera de otros, para incorporados acometer a Arauco, se resolvieron a ir en su busca ántes que se recreciesen: tuvieron los enemigos noticias de este designio, y tomado su acuerdo, se resolvió que elijiesen un campo de batalla cuyo terreno les era ventajoso, y que en él esperasen a los españoles: ejecutáronlo así con celeridad; de suerte que los hallaron bien formados y en caballos de lozanía, y el tiempo lluvioso, que inutilizaba el manejo de las armas de fuego.

Seis dias habia que las tropas españolas andaban en contínuo movimiento, lo que las tenia fatigadas; y viendo que no habia mas salud que esperar que en su fervor y esfuerzo, unos a otros se exhortaban con animosa confianza. Con uniforme deseo unos y otros principiaron la batalla: no consternó a los indios la muerte de su comandante, ántes los irritó a la venganza, pues pareció se habia redoblado su esfuerzo. Hombres y caballos caian, porque la contínua lluvia que habia, hacia el terreno resbaladizo; y a la media hora se retiraron los indios de los españoles a corta distancia, con aspecto de volver al combate, y así lo profirieron al tiempo de su separacion: ejecutáronlo dentro de breve espacio, mas sin el suceso que esperaban, que era de romper a los españoles, porque se mantuvieron bien unidos con constancia, mas que de hombres: por fin se retiraron a mayor distancia y resolvieron los españoles ejecutar su regreso. Los indios se vinieron en pos de ellos, y en los terrenos que les parecian ventajosos renovaban la lid: cinco veces lo ejecutaron en el espacio del dia no obstante que la lluvia no descontinuó. Los españoles estaban en estado de que las armas se les caian de las manos y ya a algunos les faltaba el aliento y la voz, penetrados de frio y la ropa vertiendo agua, igualmente que la de los auxiliares: murieron treinta y seis y despues otros mas de las inclemencias padecidas. Cuántas ilustres acciones se ejecutarian que hoi permanecen en el olvido, y cuasi por milagro el valor del maestre-campo salvó la

tropa: de los enemigos murieron ochenta. Esta accion la hemos visto narrada en certificacion del mismo maestre-campo.

CAPITULO VIII.

Propónesele a Butapichun la paz, y la desprecia.—Un destacamento español entra en su pais y retíranse con suceso; notable hecho de dos indios.—Prosigue la guerra con favorables sucesos.—Sujétanse algunos indios, mas con reservada intencion, por cuyo motivo murió un cacique en prisiones.—Previene el gobernador una irrupcion que en nuestros paises querian los indios ejecutar.

De Anfion, hijo de Júpiter y de Antiope, finjió la antigüedad pagana que con la suavidad de la lira aun las rocas le seguian, y que ellas mismas se ordenaron para por sí construirse los muros de Tebas, como dice Horacio; dando bien a entender el poder de su acorde suavidad, pues no solo atraia a los espíritus mas feroces, sino hasta las insensibles peñas: esta suave y pacífica música no atrajo el terrible e indómito espíritu de Butapichun a oir la sonora música de paz, como en esta ocasion se le propuso, y la despreció: ni vencedor ni vencido mudó de dictámen, y la melodía de la guerra era de su agrado, porque solo ella le parecia que lo aseguraba de servidumbre, pues, como dice Metrodoro, es necesaria mas no gustosa. El maestre-campo, aun en la estacion inverniza, destacó quinientos españoles y con suficiente remonta los envió a las mas inmediatas provincias; y aunque estaban sobre aviso, se volvieron al quinto dia con trescientos caballos, cuarenta prisioneros, y cincuenta que murieron: aun dispersos y sorprendidos, se ponian en defensa. Fué notable el caso y digno de memoria que acaeció con dos indios que, dejando el monte donde estaban con toda seguridad, salieron al prado con sus armas, y con palabras de improperio comenzaron a insultar a una partida de cincuenta de los nuestros que corrian aquel terreno: acometiéronlos y murieron ofendiendo y defendiéndose con cruel desesperacion, que, como dice San Agustin, es homicida del alma. ¿Puede contarse mas temeraria osadía, que trascendiendo la humana posibilidad, emprende lo posible solo por morir, sin que aproveche su muerte a ellos, a los suyos, ni a su patria?

Por la frontera de San-Felipe hizo otra irrupcion el sarjento mayor Juan Fernandez con setecientos hombres, ejecutóla con felicidad y se retiró con algun despojo. Vino el gobernador de la ciudad de Santiago a la de la Concepcion, que así circulaba el distrito de su gobernacion, porque su entendimiento de primer órden igualmente se desvelaba en la administracion de la justicia y guerra, y dispuso el que las operaciones de la campaña principiasen por Puren, y así pasó el gran Biobio por Negrete y destacó al sarjento mayor con la mayor parte de la caballería para que talase el pais hasta Pellahuen: hízolo con suceso, entregando a la voracidad de la llama todo lo combustible, que ajitada del aire con la sedienta estacion, todo era horror y confusion; pero no para

aquellos cuya recordacion del padecer hace glorioso el motivo, tolerando con valor por mui necesario (*sic*), como dice Séneca.

Ofrecieron algunos caciques la paz sujetándose al deber de vasallos; mas todo se discurrió ficto, como la experiencia lo manifestó con el cacique Cauquemilla, que fué uno de ellos, el cual murió en arresto porque se le averiguó que con los rebeldes mantenia oculta y criminosa correspondencia. Retiróse el gobernador despues de haber corrido aquellas provincias en contínuas marchas y contramarchas. Los indios venian observando el campo en varios pelotones que se dejaban ver por la retaguardia, izquierda y derecha, y destacó a Juan Vasquez con cuatrocientos hombres para que quedase en celada: ejecutóse la sorpresa con suceso, saliendo a acometer a algunas de sus partidas: aprisionáronse veinte y cuatro y murieron diez. Proseguian en su regreso nuestras tropas, y ya en la inmediacion del rio Biobio la vanguardia se encontró con Curanteu, bandolero famoso o insigne partidario, distinguido por las hostilidades que habia hecho. Principióse la accion, que en breve terminó a nuestro favor: aprisionáronse con él algunos, y otros mas venturosos se evadieron con la fuga del peligro que les amenazaba. Los de su comando eran pocos, porque sus movimientos fuesen acelerados, mas de recomendable valor: a todos los mandó arcabucear el gobernador, y con afectado o verdadero desprecio recibieron el golpe fatal que les quitó la vida, y su muerte quedó en contínuo recuerdo de los suyos, pues la hacia preclara, como dice Séneca, el morir en la patria y por la patria.

Por los cartajineses fué conocido el valor de los saguntinos, y el de Sanson por los filisteos. Fuera ignorado el belicoso jenio de esta nacion si no hubieran resistido la dominacion española en prosecucion de su jenio o de su empeño. I en atencion a que la guerra trae ciertos incidentes fuera de lo esperado, que mudan el teatro o la perspectiva, resolvió Butapichun dejar el seguro receptáculo de las montañas y juntar algunas tropas para operar con ellas. El gobernador tuvo esta noticia y dispuso el prevenir sus designios, para cuyo efecto destacó seiscientos hombres para que fuesen a sorprenderlos, con tan cabales medidas que los hallaron dispersos, motivo que ocasionó el que la defensa fuese débil: aprisionáronse ochenta, murieron treinta y ocho y se retiraron con trescientos caballos.

Butapichun, sagazmente prevenido, pues los ajenos y propios peligros lo habian hecho cauto, quiso ver si lograba algun descuido para mejorar de fortuna entre las desgracias, pues dice Sócrates que la fortuna es como plaza o teatro, y que acaece a veces que los mas dignos estan en peor lugar. Hallábase este jeneral con cuatro mil caballos, y tan válidas fuerzas le habian resuelto a hacer una irrupcion por la frontera de San-Felipe hasta el recinto de sus murallas y sublevar los indios que estaban en las haciendas de los españoles y los de Marintuco, Talcamávida y Santa-Juana, antiguos confederados, pareciéndole esto posible a su poder y celeridad con que lo podia ejecutar: propusiéronle los

suyos otros proyectos ménos expuestos, y entre ellos ejecutar su ingreso por la ceja de la montaña e invadir el territorio de la ciudad de San-Bartolomé de Gamboa, pues su senda era mas segura por montuosa: cuyo dictámen desaprobó diciéndoles que era mal consejero el temor, que con tan crecidas tropas no se emprendian sino operaciones de mayor entidad, pues con una accion decisiva podria restablecer sus intereses, y que siempre se hacian indignos de las caricias de la fortuna, cuando se menospreciaban las ocasiones que ofrecia, lo que con dolorosa experiencia habia experimentado cuando la batalla de Arauco: mas todo difirió (*sic*) a su dictámen.

Supo el gobernador la resolucion de Butapichun, y como el prevenido vale por muchos, como dice Salustio, sin perder instante salió para la Laja con las tropas que juntar se pudieron, no obstante el quebranto de salud con que estaba, no queriendo fiar negocio de tanta gravedad de otra inspeccion que la suya, teniendo presente la máxima de César, de ejecutar por sí primero que por otro: bien lo manifestó el caso de Aníbal cuando paseó la Italia. Entendiendo Butapichun que era descubierto su designio y que las tropas españolas lo esperaban, mudó de dictámen, discurriendo con acierto que lo que operase seria con mucho riesgo y sin acierto, porque las mas veces se vé que el derecho del mas fuerte y la razon del mas rico es la mejor. Don Francisco, con loable equidad, ordenó que las personas distinguidas en el militar comando no les quitasen a los indios los prisioneros que en la guerra hiciesen, que por una corta compensacion que les daban se quedaban con ellos y despues los vendian como a esclavos a subido precio; asímismo dispuso el que hubiese moderacion en las tabernas, libre permision y comercio de víveres, para que reinase la abundancia: porque miéntras dura el buen órden y equidad, la república florece, como dijo Orfeo.

CAPITULO IX.

Principia el gobernador las operaciones de la campaña con un extraordinario mandato.—Proponen finjidos tratados de paz para evadir el peligro.—Actúase con todo rigor la guerra.—Sale el maestre-campo a forzar las líneas de su campamento, y viendo lo que opera en su marcha, se disipan los indios.

A los grandes varones les da crédito de famosos el verse engolfados en contínuos afanes, y a este propósito dijo Suetonio de Vespasiano, que los príncipes habian de morir en pié y descendiendo a los de menor esfera, pues tanta fatiga y cuidado incumbe a los de mayor. El gobernador ordenó al maestre-campo el que saliese de Arauco con sus tropas y que por las sierras de Santa-Juana y San-Gerónimo fuese a Puren, adonde se incorporaria con las que llevaba de la plaza de San-Felipe, que habian de llegar a un mismo tiempo segun lo estipulado. Vióse en esta campaña lo que no habia sucedido en ninguna, que fué mandar Don Francisco que se les quitase la vida a todos los indios adultos que se hi-

ciesen prisioneros, sin reserva: dícelo así Santiago de Tesillos, que presente se halló, y lo mismo consta en memorias de aquel tiempo. Tanto efecto sin duda provino de grande causa: déjolo al sábio lector que haga juicio del rescripto, que la historia no es apolojía ni acusacion. El maestre de campo en su marcha encontró algunos enemigos: aprisionaron cincuenta y murieron treinta y cuatro, y en la Casa Vieja se incorporaron los dos campos, y su número fué de mil trescientos.

Algunos solicitaron pasaporte para ver si podian conseguir el rescate, solicitándolo entre sus consaguíneos y compatriotas de ambos sexos, pues la ejecucion de quitar la vida a los adultos habia hecho notable disonancia o armonía en su atencion, y traian asociados (porque podia conducir a su asunto) embajadores que venian a solicitar la paz, quienes, habiendo cumplido con el ceremonial de su carácter, se volvieron con la respuesta de que se les esperaria tres dias con la resolucion de lo que se les propuso. Suspendiéronse entretanto todas las hostilidades; mas viéndose por el efecto desvanecida su propuesta, ordenó Don Francisco que con el último rigor se asolase el pais, que por la mayor parte estaba cultivado; y satisfizo un prisionero a la novedad de haberse excedido en la labranza, diciendo: que se esperaba el que se hiciese un opulento congreso, y que este habia sido el motivo para que no faltase la subsistencia. Súpose que el cacique Chicagüala, uno de los que habian venido a proponer los preliminares de paz, era quien los compulsaba a la guerra, mudando mas formas en sus tratos esta inconstante nacion, que finjió la antigüedad pagana en Proteo.

Los españoles, irritados de la mala fe de los indios, se excedian unos a otros en la saña, furor y venganza; y no hai pluma que pueda narrar adonde llegó su ejecucion y deseo: y así quedó hecho una hoguera aquel fértil pais émulo de las delicias del Eden. Sus habitadores, ocultos entre los ramajes mas breñosos, miraban ni risueños ni llorosos tanto diluvio de males, siguiendo el consejo de Lactancio, que dice que con paciencia se ha de llevar todo lo amargo y gravoso. No pudo sin lágrimas Eneas referir el incendio de Troya, y sin ellas ven y experimentan estos bárbaros el de su patria. Mas si parecieron abatidos de la fortuna, no consternados, y con gran presencia de espíritu dispusieron una gran diversion: que ochocientos hombres acometiesen el territorio de la plaza de Arauco, que la suponian sin la competente guarnicion de tropas por las que el maestre de campo habia sacado: y la ejecucion de este proyecto pareció a todos ventajoso, consistiendo en la prontitud y secreto su acierto. Penetraron los españoles este designio, y sin perder instante destacó el gobernador a Felipe Ranguel para que fuese a incorporarse con la guarnicion de aquella plaza y se mantuvieran en la defensiva.

Ejecutóse la marcha con increible celeridad, y habiendo encontrado algunas cortas partidas, aprisionaron doce y murieron siete, y viéndose los enemigos prevenidos, mudaron de consejo. El gobernador se retiró, dejando fúnebres rastros por donde pasó el furor; y sabiendo que en

Tucapel se mantenian tropas, las que se recrecian con reclutas de várias partes con designio de operar en la estacion inverniza, resolvió el que el maestre-campo jeneral con novecientos hombres las fuese a disipar o forzar en sus líneas, queriendo mas ser agresor en sus tierras ántes que ellos pasasen a hacerlo en las nuestras, siguiendo el consejo de Ajesilao, que decia, que se habia de salir a oponerse a los enemigos con audacia y a los súbditos con benevolencia; y en oportunidad de consejo llegaron las tropas a Tirua, cuyo pais estaba desierto, y pasaron a Calcoimo, adonde se hizo considerable daño, y fué uno de los prisioneros el cacique Curimilla, partidario acreditado; y para obsequiar a nuestros auxiliares de la reduccion de San-Cristóbal, les enviaron los indios de nuestras tropas su cabeza, porque los tenia particularmente ofendidos. Algunos habitantes de Paicaví pidieron la paz y escolta para el seguro retiro de sus familias, para cuyo efecto destacó a Felipe Ranguel con trescientos cincuenta hombres: ejecutóse esto a satisfaccion del gobernador, e interesados en su regreso, se pusieron en desesperada defensa cuarenta hombres, de los que murieron y se aprisionaron veinte y tres: las tropas en cuya solicitud iban, viendo estos progresos tan ventajosos, se disiparon, y con esta noticia ejecutó el maestre-campo su regreso para Arauco.

CAPITULO X.

Hace el gobernador ciertas ordenanzas que el rei aprueba, y ordena el que se haga irrupcion por la provincia de Chiloé en la provincia de Rauco y arruinada ciudad de Osorno: ejecútase con suceso.—Hácese una poblacion de españoles con el nombre de San Francisco de la Vega en Angol, la que tuvo poca subsistencia, y los motivos se expresan.

Demócrito creyó que habia solo dos deidades, que eran el premio y el castigo; y esta será en el último dia de los tiempos el suyo del mejor rei. El gobernador, con su entendimiento sublime, cuya alta comprehension fué de admiracion a Chile, dispuso lo uno para los buenos y lo otro para los malos. Quejosos vivian los indios encomenderos de sus señores, y para reglar lo conveniente a tan debida equidad, hizo varios capítulos de ordenanzas que comprendian a españoles e indios, y parecieron tan justos que el Rei los aprobó; y si en el siglo pasado ellos fueron los quejosos, en el presente los persuadieron a que los españoles lo estan: ¡a tanto llega su insolencia y la consideracion piadosa de algunos jueces, la que no tuvieran si su esplendor y subsistencia consistiese en lidiar con indios, como la mayor parte del vecindario del reino! Y para el castigo de tan rebeldes vasallos y abatir el orgullo de tan belicosa nacion, ordenó se hiciese una poderosa diversiva por la provincia de Chiloé, para cuyo efecto elijió a Pedro de Mejorada, quien con las tropas de aquella provincia y Chile, se internó hasta la arruinada ciudad de Osorno, haciéndoles resentir las hostilidades que se actúan en una sangrienta guerra, como que la provocan siendo agresores, sin ofensa propia.

Los sucesos de la guerra se ejecutan por momentos y se narran por eternidades, como dice Salustio, y así deben ir con injenuidad esclarecida. Tres mil indios en infantería y caballería vinieron al opósito del jeneral español, formados en figura de medio círculo, colocada la caballería a la izquierda y derecha de la infantería. Principióse la accion con un fuego violento, que toleraron como tropas acostumbradas a este ejercicio, y permaneciendo constantes se retiraron con ánimo de rehacerse y dar algun aliento a sus tropas y renovar la accion con mas ardor. Así lo ejecutaron por dos veces infructuosamente, hasta que desengañados del valor español, se pusieron en fuga con precipitoso desórden y pérdida de cien hombres, y mui corta de nuestra parte. Retiráronse las tropas a Chile despues de talado el pais, con honor y utilidad por los prisioneros, ganados y caballos que llevaron.

No consternó a Chicaguala esta accion ni a Butapichun, bien como dice Séneca, ni apeteciendo el peligro como temerarios, ni huyendo como tímidos; y discurriendo que los españoles pasarian la futura campaña a operar en sus provincias, resolvieron el abandonarlas para hacer infructuosos sus designios, como quien retira el brazo para darle mayor impulso. Fué acertada su resolucion, pues el maestre-campo y sarjento mayor hicieron poco daño con sus tropas, y habiéndose incorporado en Lumaco, se retiraron sin mas que andar en marchas. Decia Francisco lo mismo que Themístocles en su embajada a los Andrias, que venia acompañado de dos poderosas deidades, que eran la persuasion y la violencia, y que esto era lo que en Chile se debia actuar válidamente; pues los despreciadores de la benignidad, como los indios eran, debian resentir los rigores de la mas grave severidad; y viendo que ya finalizaba su gobierno, y que la palabra empeñada de su sujecion no tendria airoso desempeño en su cumplimiento, lo que harian resonar mui alto sus émulos, pues siempre la envidia nace al pié de lo que florece, resolvió el poblar a Angol para estrecharlos, incomodando sin intermision sus provincias; y para su perpetuidad se discurrió se acimentasen con vecindad formal, y para ello se destacaron seis compañías de las mejores del ejército, cuatro de infantería y dos de caballería, y para eternizar su memoria (que es uno de los anhelos de nuestra mortalidad) le puso por nombre San Francisco de la Vega. Fué conveniente este proyecto, mas tarda su ejecucion, pues se pudo equivocar su oriente con el ocaso, lo que no hubiera acaecido si lo ejecutara a su ingreso; pues raras veces aprueba el sucesor las operaciones del antecesor, lo que no debemos extrañar, pues es comun dolencia de nuestra naturaleza.

Dice el castellano D. Jorje de Ilumbe en su memorial histórico, que no se les dió fomento, pues los destinados para constituir su vecindario eran soldados, y que sus sueldos aun no eran suficientes para su subsistencia; y sin ayuda de costa, no podrian construir casas, ni adelantar, ni cultivar heredades, pues esto requiere caudal sobresaliente; y así se marchitaron tan verdes esperanzas con su despoblacion.

CAPITULO XI.

Los holandeses hostilizan la costa de Chile y ganan la ciudad de Castro: mal éxito de sus armas.—Reflexion que se hace en órden al gobernador don Francisco Laso y a su gobierno.—Sucédele el marques de Baides con máxima opuesta.—Sale del reino y muere en Lima.—Elójiase su memoria.

No viendo los hombres cosa que pueda apetecer su deseo, pasan sin ofender, y así dijo Séneca, que es miserable la fortuna que carece de enemigos. Las naciones europeas, viendo el mucho oro y plata de las Indias, fuera mucho que no ofendiesen. Los holandeses con esta inspeccion alteraron el reposo de la Meridional América; y segun consta de manuscritos de aquel tiempo, llegó un navio a la isla de la Mocha, inmediata a la costa de Chile y casi en derechura del ingreso del rio de la Imperial al mar. Es de moderada extension y de singular fertilidad. Desembarcóse alguna jente en una lancha artillada. Los naturales, que es jente belicosa, tomaron tan bien sus medidas, que los acometieron, terminándose tan a su ventaja la accion, que todos murieron y se apoderaron del bajel y lo entregaron a su capitan, que lo era Francisco Ortiz; y por no interrumpir la narracion, quede dicho que en virtud de real despacho la despobló Don José Garro, siendo gobernador de Chile, y a los indios que la habitaban los acimentaron en la Mocha, cuatro leguas de la Concepcion, donde permanecen mui atenuados; y por recuerdo de su patria aquel pago conserva el nombre de la isla.

Otro navio tomó puerto en Labapié, y a dos que se desembarcaron, los mataron, y se hizo a la vela. En la isla de Chiloé se apoderaron de la ciudad de Castro, su capital, habiendo muerto a Juan Muñoz de Herrera, su jeneral, que desamparado de sus tropas, solo con un soldado que le siguió, los acometió como un César. Glorioso fin, aunque inconsiderado fué el de este ilustre caballero, cuya descendencia permanece en la Concepcion. Estuvieron apoderados de la ciudad algun tiempo, hasta que el jeneral Francisco del Campo los fué a desalojar con ciento cincuenta españoles, con pérdida de doce y de los holandeses treinta, que viéndose bloqueados desampararon la ciudad y la esperanza de subsistir. Del puerto de Valparaiso se retiraron con pérdida y deshonor. Avistóse otro a la Concepcion, y desembarcáronse en la isla de la Quiriquina: apresaron tres españoles, e informados de lo que deseaban saber, siguieron su destino para el Perú, donde los dejaron. Este fatal éxito tuvo en Chile la escuadra holandesa, marchitándose el verdor con que se equipó, pues cerciorados de que las provincias de la América y principalmente las de Chile son faltas de jente española y con enemigos domésticos en el centro de ellas, se figuraron el establecerse.

Dice Santiago de Tesillos en su historia, que no le vinieron a Don Francisco del Perú suficientes reclutas para terminar la guerra, en lo que consistia el desempeño de su palabra: dicha que gozaron otros con infaustos sucesos; y no obstante, el sentir de desinteresados fué

que si proseguia la guerra, el gobernador terminaria su teson con su fatal ruina, pues dice el castellano Ilumbe que estaban estrechados en la cordillera. Mas la inopinada contingencia de los acasos prósperos y adversos, a cuyo poder rindió cultos la antigüedad pagana, siendo en los cristianos divina providencia esta que parece vária casualidad, que oculta la voluntad de Dios, dispuso el que Don Francisco Laso terminase su gobierno y que en él le sucediese Don Francisco Lopez de Zúñiga, marques de Baides, conde de Pedroso y señor de las nueve villas del estado de Tobar, con máximas mui opuestas a las de su antecesor, que le pareció necesario y preciso el buscar la paz con la guerra, como decia el emperador Conrado. Mas al marques le pareció el buscarla sin ella, no obstante que veinte y ocho años ántes se vió tan despreciado lo que practicó el padre Luis de Valdivia, como dejamos dicho, lo que hace este y otros hechos dignos de reflexion; pues en las acciones sucedidas se aprenden las amenazadas, como dice Séneca.

No es ménos digno de admiracion el que cerca de diez años, que fueron los del gobierno de Don Francisco, duró una sangrienta guerra con los rebeldes chilenos, con tan continuada serie de felicidades que pudiera admirar la misma inconstancia, y no obstante no se sujetan, estimulándole al Rei su empeño con el recuerdo que le hace en varios reales despachos de esta oferta, como tenemos visto. Pause aquí la pluma, no parezca interesada, y quede al juicio del prudente lector el que puede hacer de estos hechos; y proseguirémos con Don Francisco Laso hasta su sepulcro. Atendióle el marques en el desempeño de su residencia, procurando su despacho sin transgresiones de la justicia ni formalidades consuetas: las demandas o quejas fueron casi ningunas, pues su justicia o desinteres fué a toda prueba, y finalizada, dispuso su egreso del reino. Díjose de su persona en Chile lo que del duque de Alba en Flandes, que no habia de haber ido o no lo habian de haber quitado, porque ninguno de los que precedieron ni despues subsiguieron tuvo mas talentos ni actividad para la guerra que los que notaron en su persona: bien lo manifiestan sus hechos, como dejamos en esta historia notados; y con realidad, ya los indios estaban en mucha estrechez, viviendo como fieras en los bosques, incómodos, y por sí descaecida su constancia.

Embarcóse y llegó a la ciudad de los Reyes, capital de la ciudad (*sic*) o América Meridional, adonde le acometió un tal accidente que hizo inútiles los remedios, y así murió con notable sentimiento del virei y de las personas de mayor distincion, de quienes habia sido con aplauso cortejado. Esta desgracia obstó a los intereses del reino, que si llega a la corte se hubiera hecho mucho aprecio de su informe.

CAPITULO XII.

El gobernador hace revista de los soldados milicianos del reino.—Envíanle embajadores los indios y hácenle una fiera propuesta: reflexion que de ella se hace.—Motivos que el marques tendria para solicitar la paz.—Gana a Chiloé una escuadra holandesa: muere allí el jeneral.—Pasa su subalterno a poblar a Valdivia: acaecimientos que le suceden hasta que la abandona.

La paciencia es como el pez: mudo sufre las espinas de los trabajos, y sus escamas son escudos para los golpes de la fortuna: defínela Platon diciendo, que es un sufrimiento de males con honestidad o hábito de sufrirlos hasta el fin. Y en la terquedad de tan repetidas congojas que padecia esta nacion, solo se veia un crepúsculo entre el temor y padecer, que era esperar en su constancia, la que tuvo dichoso fin, como verémos. Próvido el marques mandó se revistasen las tropas pagadas, y se hallaron mil setecientos cuarenta hombres, tan arreglados como los mejores de Flandes, lo que notó por haber allí servido; asímismo ordenó se alistase la jente miliciana del reino con mas exactitud de la que hasta entónces se habia observado, para que ocurriesen a servir a los lugares de su destino. Los indios, cuya barbaridad no pierde de vista la política, unos enviaron embajadores, otros caciques vinieron en persona a congratularle por su feliz ingreso al gobierno, y notóse el que hablaron con aprecio y estimacion de Don Francisco Laso: ¡laudable reportacion o afectada bondad! no hiciera mas la política que lo que ejecuta su rudeza: y de allí pasaron a insinuarle que apetecian la paz, mas que no desaprobaban la guerra para eximirla (*sic*): operacion de la libertad, que fué ofrecerle al marques la paz o la guerra. Ejecutólo así Hortensio en la embajada que del romano senado llevó a Cartago cuando la destruccion de Sagunto, su infeliz aliada: mas el gobernador con reportacion les respondió en tono superior a su propuesta; y obsequiados, segun la costumbre, con algunas bagatelas de su aprecio, se volvieron a su pais.

Haga paréntesis la pluma, pues parece toma el oficio de la fantasía. Esta nacion gozaba de una libertad cadente, y no la aterraron las formidables armas españolas, que mudaron el aspecto o faz del nuevo orbe, cuyo terreno es de mayor extension que el antiguo; mas hai cosas que las hace nuevas el olvido o el silencio. Las razones que compulsaron al marques a solicitar la paz con empeño, permanecen ocultas a nuestra noticia; mas no obstante, procurarémos investigarlas. Hallábase por este tiempo, que fué el año de mil seiscientos cuarenta y uno, congojada la quietud de España con la sublevacion de Cataluña y Portugal, de cuyo vasto dominio solo quedó sujeta al español la plaza de Ceuta; recrecian terribles convulsiones al cuerpo de esta monarquía: la guerra de Alemania y Francia, potencia dominante, y que ponia en práctica el cardenal Mazarino los resortes de su mas fina política para tener la gloria de que en su ministerio decayese la casa de Austria de su poder y esplendor

en España y Alemania, siguiendo en la ejecucion de este designio las máximas del cardenal de Richelieu.

La Holanda, desconocida por estar de fortuna mejorada, pasó a hostilizar las Indias Occidentales, cual otro Aster contra Filipo, padre de Alejandro, que blasonó en la saeta con que le hirió un ojo, que le enviaba aquel tiro mortal, como dice Plutarco: y en realidad hubiera sido, si el ventajoso proyecto de apoderarse de algun puerto en la costa de Chile hubiera tenido efecto; mas como lisonjera empresa de Faeton, cayó, no en el Erídano, sino en el mar Icario. Y en tan crecidas impensas como las que se le ofrecian al real erario, sin duda receló el que le faltarian las asistencias, y a lo que juzgamos, estos y otros serian los motivos: y no pretendemos denigrar su conducta, sino narrar con injenuidad los hechos que constan de instrumentos de aquel tiempo, ántes sí vive mi gratitud reconocida por los beneficios que hizo a mis projenitores, nombrando a mi abuelo segunda vez por maestre-campo del reino, y a Fernando de Mier, mi bisabuelo, por correjidor y teniente de capitan jeneral de la ciudad de la Concepcion.

La nacion mas política no procediera en razon a sus intereses con mas precauciones que los indios; y para penetrar el ánimo del gobernador finjieron desercion algunos, otros solicitando en el canje de prisioneros, en las conferencias proponiendo como casuales algunos preliminares de paz para ver si se admitian; y trasluciéndoseles el designio del marques, se mantuvieron en la inaccion y como de comun acuerdo en suspension de armas. El capitan Miguel de Ibancos era intérprete del idioma indiano, oficio que siempre ha habido y de presente le hai, persona jeneralmente bien amada de ellos y de elocuencia insinuante; y las repetidas conclusiones que con los caciques tuvo, coadyuvaron mucho a la efectuacion de paces a que el marques estaba inclinado, como dejamos dicho: habló con elegancia Carneades al senado romano por su patria Atenas, y Marco Caton les advirtió que no se dejasen llevar de su elocuencia: esta libró a Ricardo de la prision en que le tenia Enrique, emperador: y entretanto que se prosigue en perfeccionar este tratado de paz, pasarémos a narrar otros acaecimientos dignos de la persona.

El año de mil seiscientos cuarenta y dos o cuarenta y tres, segun algunos, salió una escuadra de Pernambuco despachada del príncipe de Orange, su principal Enrique Brun y otros oficiales de tanta confianza, con órden de poblar a Valdivia: ocultóse esto hasta que se abrió pliego en Chiloé, adonde se ordenaba lo referido, asegurándoles el conde de Nassau que luego que se les enviase noticia de su poblacion, vendria en una competente escuadra con cinco mil hombres a sostenerlos. Los tímidos y circunspectos a vista de tanta promesa quedaron enardecidos, y no coadyuvó poco el verse señores de la isla; no obstante, en una sorpresa les hicieron ocho prisioneros, accion que irritó al jeneral holandes: hizo quemar un navio cargado y quitar la vida a algunos insulares, profanó lo sagrado y allí murió, cuyo fatal accidente fué principio de

nuestra desgracia, pues el segundo comandante no tenia los espíritus y actividad que el primero; y recojidos los bastimentos que les fué posible, se vinieron a Valdivia.

Traian un grande aparato de armas y municiones, artillería mucha de fierro y bronce, y bastante copia de oficiales de mecánica, y hasta cal y ladrillo; y la urca de su transporte naufragó. Dióseles órdenes de construir tres fortalezas, para cuya direccion venian dos injenieros de crédito: tan altas miras tenian sus vastos designios, a no haberlos Dios confundido sin el disparo de un fusil: manifestábanle los indios al jeneral vituallas, cuya congratulacion solicitaba con eficacia: principió tal cual a desertar, y esto les hizo abandonar la antigua poblacion de Valdivia y acamparse en la isla de Constantino: recrecia la inopia de bastimentos, y los que conseguian de los indios no eran suficientes; y tomado el comandante su acuerdo, no sin contradicion de algunos oficiales de honor, deliberó abandonarla a los tres meses de su establecimiento. La noticia del arribo de esta escuadra holandesa a la isla de Chiloé, la trajo a la Concepcion un relijioso de la Compañía de Jesus, el padre Domingo Lázaro, que con jenerosa resolucion expuso su vida, principiada la estacion inverniza, y con no ménos peligro pasó para Lima en compañía del maestre-campo Alfonso de Villanueva, con la de estar los holandeses ya en Valdivia.

Un gran poder es arma peligrosa en las manos de quien de él abusa, y agradable cuando se ejerce con equidad y justicia. De esta suerte gobernaba la Meridional América Don Francisco de Toledo y Leiva, marques de Mansera, cuya atencion era de Argos, no como el fabuloso sujeto a las astucias de Mercurio, como creyó la antigüedad pagana, mas no dormido a las holandesas asechanzas; y luego que la noticia tuvo, mandó equipar diez navios y nombró a Don Antonio de Toledo, su primojénito, para irlos a desalojar de la plaza de Valdivia y poblar aquella arruinada colonia de españoles, quitando a los enemigos de la corona de España el objeto de su apetencia; y para cerciorarse de las voces que corrian de su abandono, envió el marques de Baides a Juan de Acevedo con veinte hombres en un barco lijero, quien volvió con la noticia de su despoblacion, la que pasó al virei.

Apresuráronse los preparamentos para la nueva poblacion y habitacion de la escuadra, cuyo fué el de setecientos mil ducados, como dice el castellano D. Jorje de Ilumbe en el citado memorial histórico que al Rei presentó el siglo pasado, o bien fuese su costo de mas de novecientos mil pesos peruanos, como quieren otros, que a eso equivalen. Vinieron en su compañía muchas personas de distinguido mérito y sobresaliente calidad, y con celeridad increible trabajó y dejó aquella colonia con competente guarnicion y en estado de una regular defensa, y se volvió para el Perú, quedando de gobernador el maestre-campo Alfonso de Villanueva, persona de relevante mérito y calidad, y murió a los pocos meses de su gobierno. Permanece su descendencia en la ciudad de la Concepcion, no con las conveniencias de que eran dignos

por tan ilustre projenitor: y este ilustre establecimiento fué año de mil seiscientos cuarenta y cuatro, lo que dicho quede por desembarazarnos de este ramo de historia. Débele al marques de Mansera la América Meridional un beneficio, cuya gratitud debe quedar en la memoria de quienes lo reciben, como dice Marcial.

Platon llamó a la justicia la tutela de las ciudades, la que da maravilloso esmalte al gobierno, dejando al que es amante a ella memoria a la posteridad laureada de bendiciones. Tal la dejó el marques de Baides, dando notable ejemplo y a su imitacion sus subalternos, y por consiguiente en el premio de los beneméritos y en el castigo de los malos, que son los polos de la humana vida, cuya alabanza no negaron los descontentos de su gobierno, en quienes no cupo adulacion: pasó a nombrar por jeneral del reino a Don Alonso de Córdoba por segunda vez, quien lo habia sido todo el gobierno de Don Luis Fernandez de Córdoba, y procedió en la frontera arreglado a las instrucciones que le dió, que todas propendian a efectuar las paces; y con el motivo del canje de algunos prisioneros reclamados por ellos, se repitieron las conferencias, pues el deseo de que se volviesen a su pais era tal que por este motivo reservó su fiereza la vida a tal cual español. Permanecian en inhumana servidumbre muchas personas, las mas del femíneo sexo, en edad adulta unas aprisionadas, y otras en su infancia, cuando el lamentable estrago de las arruinadas ciudades, y de unas y otras bastardas projenies, que el dia de hoi recuerdan con dolor la memoria de su desgracia.

El marques de Baides, con piadoso y caritativo celo que excedió con ventaja a sus predecesores, procuró extraerlas, mostrándose compasivo y liberal en el dispendio de su caudal: iguales acciones tienen de heroico lo que de difícil. Es desaire de la historia no finalizar la narracion que se principia: terminarémos con la de Butapichun diciendo lo que de sus operaciones falta hasta su ocaso. Consiguió su valor y constancia el que quedase su nacion con apariencias de vasallos y realidades de independientes, y podemos decir en honor suyo que, cual sabio piloto, gobernó la nao de su libertad al traves de tan crespa borrasca, como fué una guerra de veinte y ocho años, hasta conducirla a un pacífico y dichoso puerto, superando los obstáculos de la potencia española. Dícese que volvió al lugar de su natalicio, que era Tomeco, hacienda de su antiguo señor Diego de Trujillo, donde fué atendido con decentes urbanidades, y allí terminó el período de sus dias, y permanece un cúmulo de tierra, elevado en un plano, que segun tradicion allí fué su sepulcro. Conocemos su descendencia en las provincias de Bureo y Renaico, mas no heredaron la indocilidad de su abuelo.

CAPITULO XIII.

Acámpase el gobernador en la arruinada ciudad de la Imperial con las tropas españolas y ejecuta algunas acciones de ejemplo y piedad: conclúyese el tratado de paz, poco ventajosa e improbada de muchos.—Accidente notable acaecido.—Termina el marques su gobierno y a su regreso a España muere.—Sucédele don Martin de Mujica.

El emperador Claudio, en el perdon que concedió a Mitridates, mandó expresar de que merecia castigo para el escarmiento, y que le sobraban fuerzas al imperio para ejecutarlo, para que se aprecie lo que se concede a vista de lo que se olvida. Así el marques, ya que no les dió el castigo que merecian, les concedió lo que deseaban; quiso ponerles a la vista su poder, del que no usaba el que podia, para el escarmiento; y con dos mil hombres se acampó en la Imperial a ejecutar la conclusion de la paz, porque los tratados estaban adelantados. Juntáronse al congreso como seis mil indios. La medicina es árbitra entre la vida y la muerte: este aparato se preparaba para aplicárselo a Chile en su dolencia. El no aplaudir nada tiene visos de melancólica envidia, como el sublimarlo todo de humilde necedad; y siguiendo las reglas de una histórica equidad decimos, que fué laudable la accion piadosa del gobernador, pues mandó se celebrase en la arruinada catedral que fué esposa de dos obispos, un solemne aniversario: halláronse presentes algunas personas de ancianidad que en mas lisonjero tiempo constituyeron su libertad, y porque el obsequio de la fortuna es peligroso, respondió a quien le preguntaba Esopo: ¿qué hacia Júpiter en el cielo? y dijo: abate lo ensalzado y sublima lo abatido. Investigóse el lugar del sepulcro del ilustrísimo Don Agustin de Cisneros, su obispo, y trasladáronse a la catedral: hecho piadoso del gobernador, quien quiso informarse de los edificios sacros y profanos que manifestaban sus ruinas, lo que renovaria las lágrimas, pues como dice Demóstenes, no hai de que el hombre tenga mas abundancia que de congojas en el corazon, quejas en la lengua y lágrimas en los ojos.

Hiciéronse los tratados de la paz: refiérelos el maestre-campo Don Francisco Bascuñan, que fueron los siguientes: que no habian de ser encomendados ni tener mas señor que al Rei para servirle de soldados en la guerra, y que en esto solo los habian de ocupar=que no habian de pagar tributo, ni un grano de maiz, ni otra legumbre alguna=que no los habian de reducir a pueblo de ranchería ni estacada=que los indios poblados y que estaban en doctrina usasen, si quisiesen, de su libertad y se pudiesen ir del lugar de su habitacion. Así los refiere el citado autor, que presente se halló y fué uno de los muchos que las improbaron: y consiguieron los indios en sus deserciones las inmunidades que los fieles Thascaltecas, que solo pagan una mazorca de maiz, y que se fuesen al barbarismo los que estaban en cristiandad y vida política establecidos. Ejecutóse esto año de mil seiscientos cuarenta y uno:

notició de ello al Rei y pidió se le remitiesen mil hombres para hacer poblaciones estables; mas la experiencia de ciento diez años que há que se efectuaron, acreditó lo contrario de falible y cuan acertado fué el dictámen de Julio (*sic*) Ciceron, de que si querian la paz, se habia de proseguir la guerra, y que si la omitian nunca la gozarian.

El padre Alonso de Ovalle en su historia hace mencion de una espantosa vision que se tuvo en las ondas de Allipen, a la que precedieron truenos y el derrumbe de un fogoso volcan, y que teniéndolo los indios por preludio fatal, propendió su ánimo a la paz. El caso fué infalible, mas este fenómeno no fué adverso incidente, pues quedaron en tan ventajosa positura. Otros augures con mejor vaticinio predijeron felicidades, porque notaron muchas águilas en la Imperial; una anunció a Júpiter la victoria con los Titanes, y dos sobre el palacio de Filipo al nacer Alejandro, le vaticinaron los dos imperios, y siempre fué asunto grande a las naciones esta jenerosa ave para discurrir felicidades. Dice San Agustin, que la misericordia es afecto piadoso para compadecerse del prójimo y hacerle bien. Desde su ingreso al reino se le notó al marques esta propension, principalmente para extraer las personas españolas de la servidumbre de los indios. Con las paces ejecutó este su piadoso deseo, y así salieron muchas y entre ellas muchas de calidad, de mayor y menor edad, principalmente del femenil sexo, para cuyo efecto dió cantidades de su caudal.

Accion es esta que será admirada de muchos e imitada de pocos: es jeroglífico de la alabanza una llama ajitada de los vientos; estos no la han extinguido en Chile, donde reluce al cabo de un siglo el esplendor de su largueza en el ejercicio de esta y otras acciones de justicia y piedad. Terminó su gobierno, y vino de sucesor el maestre-campo Don Martin de Mujica, del órden de Santiago, persona de reconocido mérito y calidad que le miró con las atenciones dignas de su nacimiento; y finalizada su residencia, salió del reino para la ciudad de los Reyes, de donde pasó a España con su familia, y a vista de Cádiz, la escuadra que llevaba se vió apresada de una inglesa, e incendiado el navio, pereció con la marquesa su esposa, que le trajo el mas ventajoso dote que en aquel tiempo se vió en Indias. Sus hijos pasaron prisioneros a Lóndres, y restituidos a España, el Don José de Zúñiga se entró relijioso de la Compañía con el destino de pasar a Chile, adonde con loable celo se ocupó en el empleo de misionero con apostólico fervor. Fué provincial y murió pocos años há en la ciudad de la Concepcion, lugar de su natalicio, de mui avanzada edad: su inculpable vida dió mérito para que le llamasen el ánjel de la provincia.

¡Oh inconstancia de lo humano! ¿Por qué rodeos va la vida a parar en una desastrada muerte, cual fué la del marques y su consorte? pasó mui adinerado y en el puerto experimentó el peligro; y bien nos lo advierte San Pablo, de que los hai en los rios, en los ladrones, en las ciudades, en el mar, en la soledad y en los simulados hermanos. Año de mil seiscientos cuarenta y seis principió el gobierno de Don Martin:

vinieron los caciques luego a cumplimentarle y explorar su designio, porque los tenia algo desasosegados la fama de su valor y militar experiencia. El gobernador los recibió afable y apacible, lo que lisonjea y cautiva, como dice Salomon; no como otros que faltaron a este oficioso deber, siendo el gasto de ménos costo, pues no basta lo que por sí ofenden las dichas, sin que irriten las soberbias. Don Martin les respondió que se hallaba en ánimo de observar la paz establecida, y les hizo comprender los beneficios que de ella disfrutaban, para que entendiesen que no ignoraba lo que sin ella perdian; y para tratar el asunto con mas extension, se propuso un parlamento o congreso y quedó aplazado.

CAPITULO XIV.

Principia su gobierno don Martin de Mujica.—Prosiguen las paces establecidas.—Arbitrio que propone para gratificar beneméritos.—Muerte acelerada del gobernador, y pasa a sucederle don Alonso de Córdoba y Figueroa.

Son los aduladores hombres de desesperada salud, para cuyo remedio no bastan los vulgares, sino los extraordinarios. Estos investigaban el ánimo del gobernador para aplaudirle el designio, discurriendo todos que fuese el de la guerra, como criado en ella desde su infancia. Mas su naturaleza era como la pondera Eliano de Alcides, de acostumbrarse con facilidad a lo contrario y diverso. Así se acomodó al aspecto de paz en que al reino halló, y habiendo visto las plazas fronteras, paró en la de San-Felipe, adonde se habia de tener el congreso aplazado, para cuyo efecto hubo gran concurrencia de caciques, y finalizado, se retiraron a su pais satisfechos de la sincera intencion de Don Martin; y luego se puso en marcha para la ciudad de Santiago. Entre los arbitrios que al Rei propuso, fué el que se gratificasen algunas personas de calidad y mérito con algunos hábitos militares, como de septenio en septenio, pues era de razon que supiesen los que tan distantes servian, que habia recuerdo para su mérito, y que seria recompensa mui de la satisfaccion de quienes la recibian. Al juicio de prudentes, pareció el arbitrio acertado y no gravoso al erario, mas no tuvo efecto e ignoramos el motivo; y que pues el hacer beneficios es imitar a Dios, a que nuestros reyes fueron propensos, debió de ser desgracia de Chile, pues no tuvo efecto este tan de justicia.

Siempre se manifestó el gobernador en consejos abundante y en ejecuciones pronto para beneficio del reino, haciendo lo que pudo y no lo que quiso, manifestándose bien lo que dijo Aristóteles, que cual uno es, tal piensa, habla y opera; y entendiendo en el cumplimiento de su obligacion, le cortó la muerte acelerada en la Concepcion, año de mil seiscientos cuarenta y nueve por el mes de mayo. Su accidente fué mal explicado de los médicos, que se declaran tarde con los hombres de eminente calidad y representacion: jeneralmente se presumió que se la abreviaron algunas personas de su familia sindicadas de haber hecho ciertas

mercedes en la provincia de Chiloé con supuestos despachos, cuya averiguacion sijilosa protestó el gobernador hacer para el castigo: y para su seguridad ejecutaron su muerte. Estos hechos son de difícil probanza, y la solidez de la verdad suele quedar entre confusiones o conjeturas. No se halló pariente o fiel amigo suyo en el reino que en la averiguacion de este hecho se interesase: mas no es mucho, que en la de Alejandro ejecutada por Casandro, Arideo su hermano ni sus capitanes poco se empeñaron en esta satisfaccion: y si el caso acaecido con el gobernador fué cierto, quedó impune tan enorme delito, y si falso, no debe dárseles castigo a los que no cometieron culpa, como dicen los consultos. Quitáronle la vida al duque de Enghien derribándole un cofre de alto abajo, como dice Mezeray, y pondera que la satisfaccion que de hecho tan enorme la justicia tomara en la muerte de un particular, no la tomó en la de un tan gran príncipe, y que hasta en esto fué su condicion deplorable, por la alta esfera de las personas a quienes se les atribuyó el hecho.

Siempre Don Martin tuvo presente el público desinteres desacordando el propio, en que dió grande ejemplo su espíritu marcial. Estuvo violentamente reprimido con la paz, la que comprendió seria poco estable, como en realidad lo fué. Hizo un alto concepto de Fernando de Mier: nombrólo correjidor de la ciudad de la Concepcion y maestrecampo jeneral del reino, valiéndose de su sobresaliente capacidad para su direccion en lo militar y político, que, como dice Salomon, el consejero ha de ser uno de mil. Corriera algo la pluma en su elojio a no ser su nieto, pues aun siendo lícito pareciera que me excedia interesado. Singulares fueron las máximas de Don Francisco Laso para prever los peligros, ni mayor prudencia se vió que la suya para cuidarlos. Conoció por los acaecimientos pasados las resultas presentes y futuras, y siendo ya los límites de la vida mas cortos, como dice Lano Laglei, informó al Rei sobre que hubiese pliego de providencia en la real audiencia de Chile, para que en caso de morir el actual gobernador del reino, se abriese, y entrase a serlo el nominado y ejerciese los cargos de presidente, gobernador y capitan jeneral de Chile. Pareció al Rei conveniente el arbitrio, y se mandó a los vireyes del Perú, como consta de real despacho, que informados de las personas de mayor mérito, calidad y experiencia, pasasen a nominar futuro sucesor de los que actualmente gobernasen; en cuyo obedecimiento el virei del Perú, que lo era Don Francisco de Toledo, marques de Mansera, precediendo el exacto informe de personas que de real cédula prevenia, nombró a Don Alonso de Córdoba y Figueroa, mi abuelo, quien habia servido al Rei cuarenta y siete años, habiendo ocupado los oficios políticos y militares del ejército y reino: y principió su gobierno por mayo de mil seiscientos cuarenta y nueve años.

CAPITULO XV.

Prosigue el gobierno de don Alonso de Córdoba.—Ejecuta várias cosas en órden a la paz, adelantamiento de las plazas y preparamiento de armas, y un jeneral informe que al rei hace.—Viénele de sucesor el maestre-campo don Antonio de Acuña.

Es verdadera sabiduría doblar el ánimo a lo forzoso, como dice Terencio, y prudencia vestir el ajeno semblante; y así dijo sabiamente Homero, que Dios no da a uno todas las cosas y que enriquece a estos de aquellos dones y a aquellos de estos. El gobernador con asenso forzoso, aunque con visos de voluntario, dió a entender a los caciques que venian a cumplimentarle y a hablarle en órden a la prosecucion de la paz establecida, la sincera intencion en que se hallaba de perseguirla, lo que los complació y sacó de recelos: pues no ignoraban que la habia desaprobado al tiempo de su ejecucion. El gobernador respondió a los oidores de la audiencia real de Santiago, todos ministros de conocida probidad, y salió a ver las plazas fronteras, adonde ordenó que se adelantasen las fábricas en unas y en otras que se reparasen. Hízose un congreso en la inmediacion de la plaza de Nacimiento, adonde concurrieron tantos indios, cuantos no se vió igual número años ántes ni despues. Unos hacian resminicencia al gobernador de su antigua correspondencia, otros de haber militado a su comando, y tal cual de la cognacion espiritual de compadres y ahijados; y si esto acaeció en los indios, bien se infiere qué seria en los españoles. Disolvióse el congreso a satisfaccion de ellos, volviéndose a su pais bien congratulados, dándoles con agrado y presteza, lo que hace plausible el don, como dice Salustio.

Es laudable la memoria de los que hallándose en superior jerarquía, no se olvidan de aquellos que en la inferior fueron conocidos, amigos o asociados: aun algunos que ejecutan este villano olvido, lo calumnian. Quién pensará que el copero de Faraon, a quien José predijo su alta dicha, cometiese tal olvido por él mismo improbado? Fué notado el gobernador con este recuerdo: asistió en persona al pagamento y no se dispensó de ver los armeros en sus fraguas. A imitacion de Don Francisco Laso, hizo un informe al Rei del sistema del reino y de las personas de mas distincion que le habian servido, cuyos fragmentos hoi permanecen; pues el mérito no premiado, es palestra de inquietud. Procuró no hubiesen descontentos, porque nunca es agradecido el que queda quejoso. Hizo muchas mercedes de tierras por gratificacion de servicios; mas no a los de su familia, estando escasos de bienes de fortuna. Así jiró el término de su gobierno, que fué un año, y hubiera proseguido a no estar ya provisto el maestre-campo Don Antonio de Acuña y Cabrera, de la órden de Santiago, sobrino de Don Fernando de Fonseca Rui de Contreras, marques de la Pilla, que tanto figuró en la corte de Felipe IV. Mas el Rei aprobó su nombramiento, como hoi se vé por real despacho en el cuaderno de cédulas, en el oficio de la

veeduría jeneral; y despues pasó a nombrarle por presidente de Santa Fe, que le halló muerto en la ciudad de la Concepcion, donde quedó establecida su familia.

Llegó al reino el gobernador por junio del año de mil seiscientos cincuenta, con su esposa Doña Juana de Salazar y Paravicina, y Doña Antonia, Don Juan y Don José, sus hermanos: a este luego nombró por sarjento mayor y al otro por maestre-campo jeneral. A tanto colmo de fortuna o verdor de esperanzas no correspondió igual acierto en empresas, y así dijo Aristóteles, que cuanto mayor es ménos segura: y pasados los regocijos de su recepcion, fué a visitar las plazas fronteras y entregar a sus cuñados el gobierno de ellas, y aunque su calidad los hacia acreedores de los oficios políticos, mas no de los dos militares del ejército, segun se notó entónces y lo manifestó despues a los incrédulos: por eso los romanos llevaban al senado sus hijos aun en tiernos años, como dice Macrovio; pues de la experiencia el tiempo largo es maestro, y sin ella, fiarles tanto gobierno a su ingreso, no podia ser sin riesgo de algun desacierto, y mas cuando todo propendia al interes. No pretendamos improbar su gobierno, pues no somos veneradores de Luco, como dice Senovio, siempre armados contra el honor ajeno, sino que narrarémos los hechos segun que nos los hacen comprender las memorias de aquel tiempo, y esclarecidos con el recito de tal cual que los vió y entendió, de que nos informamos. Notarémos los accidentes de ambas fortunas, agradable alimento de la memoria y deseo, para que a los hombres los hagan cautos los ajenos peligros, pues son dolorosos los propios, como dice Pinciano.

CAPITULO XVI.

El gobernador dispone hacer una poderosa irrupcion en Cuncos: dase noticia de su situacion y de los motivos que a ello lo impulsaron, y los que le opusieron en contra.—Pónese en marcha el ejército: llega al caudaloso Rio-Bueno: hace una puente de balsas para transitarle: procuran disuadirlo, mas en vano.

Es la adulacion la que aprueba los mayores vicios y supone las mayores virtudes. Para obviar este daño dispusieron los sagrados cánones, que se privase del sacerdocio a los aduladores, como dice Graciano. Empezóse a despreciar en este gobierno el dictámen de los que tuvieron la mas prudente y acertada conducta, y solo tenian por acertado el propio, no teniéndose por inexpertos en el político y militar gobierno, teniéndolo ya todo a la primera inspeccion por mui comprendido, lo que la adulacion exajeraba: esto lo manifiesta un real despacho que pára en el despacho de la veeduría jeneral, dirijido al mismo gobernador, en que con palabras de una justa indignacion se da el Rei por mui mal servido; y así dice Salomon, que la vida y la muerte está en manos de la lengua. El deseo de atesorar no era ménos en el maestre-campo y sarjento mayor, porque no habiendo venido a Chile a establecerse, sino a disfrutarle, querian hallarse poderosos a su regreso: mas a los

enfermos de este contajio no hai remedio que los sane, y así San Pablo lo tiene por raiz de todos los males; y discurrió injenioso el interes el siguiente arbitrio, que invirtió a Chile.

Son los indios cuncos los que habitan al extremo del reino al antártico entre Valdivia y Chiloé, en cuyo centro de este espacioso y fecundo terreno estuvo la arruinada ciudad de Osorno, y desde su destruccion habian quedado en total independencia y abstraidos de todo comercio con los españoles: tanta era su indocilidad y aversion. Mas no obstante, en el tiempo de la guerra enviaban algunas tropas para reclutar las de sus compatriotas, o bien que esto fuese por el interes comun, o propension de su belicoso jenio y del lucro, o por todo junto: y así se formó el proyecto de hacer una poderosa irrupcion en sus paises, y que el maestre-campo Don Juan de Salazar fuese con las mas tropas españolas y auxiliares que se pudiesen. Para su ejecucion se previnieron armas y demas equipajes, con sobrada remonta para tan dilatado viaje.

Muchos improbaban esta expedicion, diciendo que la guerra debia mas ser de precision que de eleccion; que no estaba en manos del incendiario el moderar el fuego a su fantasía, ni en el que principia la lítis el terminar a su favor el proceso; que siendo del comun interes de los indios el mantenerse en su libertad, se provocaban los unos con la invasion de los otros, discurriendo que sujetaban a los distantes para ejecutar lo mismo en los inmediatos mas cómodamente; que las tropas que iban, eran las principales del ejército y reino, que no habia otras y no era conveniente el alejarlas en empresa tan distante, quedando en el intermedio una nacion de tan mala fe, dueños de los desfiladeros y tránsito de caudalosos rios, como tenian que pasar a su regreso, lo que estimularia su mal ánimo, gloriándose de ser infractores de su palabra, de que tenian notables ejemplos; y que no parecia conveniente el permutar la seguridad de la paz, tal cual era, por los cuidados de la guerra, y mas no teniendo la seguridad de las extraordinarias asistencias del Perú que entónces se necesitarian, y mas cuando la monarquía se hallaba atenuada con la guerra de Portugal. Estas y otras razones se vociferaban en público y en secreto, y no faltaron quienes se las dijesen al gobernador.

Mas no obstante, permaneció en él la ejecucion del formado proyecto de adelantar las armas, castigando la pasada desercion y la aversion a los españoles, por cuyo motivo tenian cortada su correspondencia con la provincia de Chiloé en perjuicio del público interes, obstando principalmente esto para la subsistencia de Valdivia; y el motivo mas poderoso fué el hacer prisioneros para venderlos fuera y dentro del reino, que siendo esclavos, como queda dicho, se hizo de ellos un comercio opulento, y mucha jente voluntaria venia a servir por el interes de este lucro: y esto fué público en el reino y aun de presente se oye. Principió el maestre-campo Don Juan de Salazar la marcha con novecientos españoles, otros los llegan a mil, y mas de mil y quinientos indios auxiliares con sus caciques, cuyas tropas fueron de los que parecieron

mas afectos a la nacion española; y sin que hubiese accidente digno de nota, llegaron a acamparse a la márjen del Rio-Bueno, que bien estará como ciento treinta leguas de la ciudad de la Concepcion y es uno de los caudalosos del reino. Allí se cercioró de como los indios lo esperaban en la opuesta ribera con resolucion de defenderse, y que habian traspuesto sus bienes en lugares de seguridad y talado su pais para que en él no hallasen subsistencia sus enemigos.

A este tiempo se dejaron ver mil quinientos hombres de caballería en varios pelotones no distantes del rio, e igual número de infantería, aunque esta estaba entrecubierta de un crecido herbaje, y tenian a vista sus mujeres y familias, habiendo sabido en esto tomar consejo y resolucion; pues la defensa de la vida y libertad con la de las caras prendas ha obrado las mayores hazañas. La necesidad no es ménos industriosa que atrevida, como dice Salustio: o que hubiese tambien sido el motivo de exponerlas a la vista, incitar el deseo de los españoles, que bien sabian del de aprisionarlos por reportar el útil de venderlos, y que esto seria atractivo para ejecutar el tránsito del rio, adonde podrian lograr una accion ventajosa, pues en el arte de la guerra no hai mas que saber que no perderlas; o que todo lo fuese, pues bien manifiesta la historia que esta belicosa nacion es tan valiente como discursiva. El rio es caudaloso y sin vado, por cuyo motivo ordenó el maestre-campo se construyese una puente en similitud de balsas, como dice Don Francisco Bascuñan, de la una a la otra ribera, y aunque se procuró consolidarlas con sogas, trabes y bejucos, no obstante quedó con poca o ninguna seguridad para el tránsito de tanta tropa y equipajes en que estaba el maestre-campo empeñado.

CAPITULO XVII.

El maestre-campo don José de Salazar mandó pasar las tropas por el puente que hizo construir: representándole el peligro a que iban expuestas, desprécialo, y quedan las que transitan batidas, y retírase.—Ejecútase segunda campaña, no obstante los avisos que se le dieron al gobernador para que se omitiese despreciarlos, y sublévanse los indios.

Irritado contra el cielo el soberbio Cayo Calígula porque habia truenos, relámpagos y rayos que causaban pavor en los representantes y auditores, dijo a Júpiter, desafiándole, aquel célebre verso de Homero: *aut tolleme aut ego te*—o quítame a mí o yo a tí; y aspirando al imperio del orbe celeste, le quitó la vida una mano alevosa, y muchas concurrieron a privarle de ella a César, a quien la desmedida adulacion de Virjilio dividió el imperio dándole el del dia, y el de la noche a Júpiter: y si en los primeros monarcas de la tierra así se vé abatida la soberbia, ¿qué tienen que esperar otras menores elaciones? El gobernador, Don Juan y Don José de Salazar, sus cuñados, despreciaron la guerra y valor de los indios y aun a los opuestos a su dictámen; y en víspera del desengaño no mudó de dictamen el maestre-campo, no obstante que le

representaron las personas mas distinguidas de que la puente era estrecha y nada segura, y que la demora del tránsito seria mucha, y que si acometian a alguna corta partida, no podrian prevalecer contra su muchedumbre, ni ménos socorrerlos por mas presura que la que pedia su estrechez y penoso tránsito, y aun este se haria confuso y conturbado con el estrépito de la accion, y que de esta parte no los podrian favorecer con la arcabucería por la distancia de mas de tiro de fusil, y que cuando se pudiese, estando mezclados o pospuestos, era preciso descontinuar el fuego, y que era mui factible que con el repetido tránsito de las tropas la puente se fracasase o cortase, y que en tal caso era irremediable la pérdida: no obstante estas y otras razones, llevó el maestre-campo a rostro firme la ejecucion con insoportable desprecio de los indios.

Habiendo los españoles cumplido con el deber de católicos, se principió el tránsito a vista de las tropas enemigas, que estaban formadas ya en la opuesta orilla de la ribera. Como ciento sesenta españoles e indios vinieron a acometerlos, la infantería en el centro y a su izquierda y derecha la caballería en figura de semicírculo, con furor incapaz de retencion. Los españoles estaban al extremo del puente y no con menor valor los esperaban con una justa descarga, la que no los contuvo; y los oprimió de suerte su muchedumbre, aunque ejecutaron acciones de singular braveza, que quedaron enteramente abatidos. La puente, o gravada con mayor peso o dislocada su trabazon, se rompió: dice Don Francisco Bascuñan que murieron cien españoles y treinta indios ,y que los heridos se echaron al rio, donde perecieron, ménos tal cual que ganaron una isleta, y para mayor calamidad la puente faltó por el medio, y llevada de la corriente a la contrapuesta ribera, a algunos que iban a ella asidos, del alto en bajo a picazos les quitaban la vida. El maestre-campo, conturbado, estaba de inspector de la trajedia que tanto solicitó su imprudencia, no mostrándose jigante Ageon, como dice Ovidio, segun se figuró en su soberbia. Retiróse y sin novedad llegó a la frontera. Sucedió este accidente año de mil seiscientos cincuenta y cuatro.

Como el maestre-campo tenia la poderosa intercesion de su hermana, mujer del gobernador, en quien tenia predominio, todo se subsanó; y viendo que disculpaba la accion, pasaron los aduladores aun a aplaudirla: y el gobernador asintió a esta prueba o deseo de los cuñados, que era repetir la misma campaña por el honor y crédito de las armas. Parece que la naturaleza o la fortuna a aquel siglo le concedió a Cromwell la projenitura de sus gracias para sacar bien del mal, como dice su historiador Leti. Mas esto se negó al maestre-campo, y el verdor de sus esperanzas pasó a la marchitez de fatales desgracias. Publicóse la futura campaña y al mismo tiempo se difundió una voz de que si se ejecutaba, se sublevarian los indios, aunque mal explicado, como que se oponia al dictámen del gobernador. Diósele órden a Don Francisco Bascuñan, comandante de la plaza de Boroa y la mas avanzada, de que dejase en

ella la precisa guarnicion, y que con la demas jente española e indios de su jurisdiccion, saliese a incorporarse con el maestre-campo: y dice en el discurso tercero de su Cautiverio Feliz, que mas de catorce caciques de nuestra confederacion vinieron a pedirle con instancia que escribiese al gobernador y le noticiase de que si se ejecutaba la campaña, indefectiblemente habria una jeneral sublevacion, y que ellos no le habian de seguir por las razones que dedujeron, las que omite el autor decir; que serian, que no estaba en su arbitrio el contener a los que tumultuaban, y que con su ausencia quedarian sus bienes y familias expuestas al furor de su primera invasion.

Dicho Don Francisco se lo participó al gobernador, con dos propios sucesivos que para ello dice en su historia que hizo, y que no apreciaron sus cartas y propuesta. Deposicion tan auténtica bien confirma lo que tenemos dicho del desprecio que el gobernador y sus cuñados hacian de los indios, de la guerra y de las personas que disentian de este su dictámen, pues juzgaron que tales cartas no eran dignas de respuesta; mas despues de ellas, o la voz difundida, causaron tal eco en su atencion, que por su órden se hicieron ciertas informaciones en razon al caso, que no produjeron distraccion en la ejecucion del proyecto: tambien se dijo que al gobernador lo ejecutaban algunas cartas. El maestre-campo se puso en marcha con las tropas, que constaban de mas de dos mil quinientos hombres españoles y auxiliares. Don Francisco Bascuñan salió con las suyas de la plaza de Boroa a incorporarse con ellos, y a los tres dias de su egreso, como él mismo lo dice, se sublevaron los indios, dia catorce de febrero de mil seiscientos cincuenta y cinco, hallándose el maestre-campo en el fortin de la Mariquina, situado en la inmediacion de Valdivia, y seis leguas de allí dicho Don Francisco; cuya noticia dice que se la llevó el comandante del reducto de Tolten, construido para facilitar el pasaje de aquel caudaloso rio: individualiza que llegó sin espada ni sombrero, y en un caballo sin silla, diciendo que habian incendiado el fortin y aprisionado la guarnicion, y pidióle al maestre-campo algunas tropas de escolta, porque el cacique de aquella jurisdiccion le habia participado con sijilo que le habian enviado órden para que lo retuviese y estorbase su incorporacion, la que con felicidad se ejecutó.

CAPITULO XVIII.

Dase noticia de la variedad de dictámenes en órden al regreso de las tropas españolas: delibérase el que sea por mar: degüéllase la remonta del ejército.—Sublévanse doscientas leguas de pais.—Notables pérdidas que experimentaron los españoles.

Fué la noche hija del caos y tinieblas, divinidad del paganismo, como dice Merovi. Estas predominaron en una gran parte del ameno pensil de Chile, con diluvios de males ocasionados por los indios, objetos del desprecio de los que entónces tenian el comando. Hiciéronse várias

consultas sobre si se volverian por tierra o por mar las tropas españolas, pues la inmediacion del puerto de Valdivia ofrecia oportunidad para su embarque, diciendo los que este dictámen apoyaban, que era ejecucion peligrosa penetrar cerca de cien leguas de pais sublevado, en cuyos tránsitos habia caudalosos rios, y que irian observados para lograr oportunidades, las que no despreciaria su militar pericia, y que en la guerra no eran ciertas las cuentas sobre descuidos, y que se debia anteponer la seguridad al peligro.

La mayor parte de los oficiales fué del dictámen contrario y decian que la retirada por mar tenia apariencias de timidez y realidad de una indecorosa fuga, la que era contra el honor de las armas y de la nacion española; que son ménos reparables los extremos en la prudencia militar, que no en la política, siendo muchas veces lo eficaz del remedio lo árduo del peligro, como necesario aventurar la parte para conseguir el todo; que la plaza de Boroa era una cómoda escala para su regreso y se lograba lo preciso de su socorro, pues se sabia que los indios la tenian ya sitiada ; y que si su egreso era por mar, se veian en el congojoso y preciso trance de degollar los caballos de su remonta y bestias de sus equipajes porque no fuesen presa de sus enemigos; que podian recrecer sus tropas sacando alguna infantería de Valdivia; que la estacion era la mas sedienta del año por la minoracion de los rios, lo que los hacia mas transitables, y que esta briosa accion de su retiro aterraria a los enemigos y contendria a los amigos; que la frontera quedaba desguarnecida, y que solo la voz de su retiro haria el que se contuviesen en sus irrupciones. Este dictámen habia sido el mejor, como lo acredita la experiencia; mas el maestre-campo no lo aprobó. Dice Bascuñan que él y otros, de palabra y por escrito, le protestaron el que se retirase por tierra, mas que no asintió: bien pudo parecer al maestre-campo interesada la propuesta de Don Francisco, pues en la plaza tenia a su hijo primojénito Don Fernando Bascuñan y sus bienes; mas no la del crecido número de personas distinguidas por su grado que para ello se interesaron.

Antes de retirarse Don Juan de Salazar del campamento de Mariquina, hizo degollar todos los caballos y demas bestias de albarda, cuyo número era el de seis mil, mas o ménos, y de allí pasaron a Valdivia llevándose consigo algunos caciques: los demas con los auxiliares desertaban o pedian afectado permiso para su regreso. Este fué el fin de tan estrepitosa campaña y el principio de un diluvio de males, para cuya expresiva nos faltan adecuadas voces: y si estas se prolongaron, sírvanos de disculpa el que en las sagradas letras se ven mas difusas las aflicciones de Job, que no las prosperidades de Salomon: y es cosa portentosa de que en un improviso se sublevasen doscientas leguas de pais en lonjitud y latitud de mar a cordillera, que es la del reino, tomando las armas cuantos indios la habitaban, todos voluntarios y raros compulsos. Consumió la voraz llama cuantas haciendas de campo tenian los españoles desde la ribera del Biobio hasta la de Maule y aun mas allá, con

cuanto fué combustible, que bien tendria sesenta leguas de extension, y habria mas de dos mil, con pérdida de muebles, ganados, caballos, yeguas y mulas, cuyo increible número excede a la ponderacion con peligro de la credulidad, por lo que omito individualizarlo; pues los mas solo tienen por cierto lo que fué exámen de sus ojos, mas nó de los ajenos. Abandonáronse las plazas de Arauco, San-Pedro, Colcura, Buena-Esperanza, Nacimiento, Talcamávida, Boroa, y despues la ciudad de San-Bartolomé de Gamboa, con tan terrible consternacion que a la credulidad excede: y no fué mayor la que padecieron en diversos tiempos en la Europa, ocasionada de las invasiones de los cimbros, godos, lombardos y normandos, pues en la barbaridad exceden a los indios estas naciones, que fueron el asombro del orbe y ruina del romano imperio, que parecia contendia duraciones con los siglos. Las pérdidas fueron inestimables y pudieran apreciarse a millones, y mayores las de las vidas, honra y libertad, pues aprisionaron muchas personas de uno y otro sexo y algunas de ilustre nacimiento que pudiéramos mencionar; mas no es razon el violar con el recuerdo el pudor de su sexo: baste el que ha de ser de esta desgracia la bastarda projenie que hoi subsiste. Hallábase el gobernador en la plaza de Buena-Esperanza al tiempo de este acaecimiento, que fué como impetuosa inundacion cuyas aguas sin término todo lo comprenden, o como voraz llama cuya actividad liquida los metales y reduce a cenizas las piedras. Dejóse ver en las eminencias que circundan a dicha plaza una corta partida de indios con designio de provocar a los españoles a que saliesen y retirarse a su vista con apariencias de temor, para que trescientos hombres que tenian en celada lograsen el acometerlos con ventaja, miéntras mas se alejasen. Los españoles, impacientes de que viniesen a insultarlos, salió la caballería que era en cierto (*sic*) número, con mas fogosidad que advertencia, o bien con tácito o expreso consentimiento del gobernador que lo habia negado, y quedó la infantería formada en una plazuela de la puertas de una ciudadela. Los indios, viendo que se les aproximaba, se retiraron, y los españoles los siguieron con cólera apasionada, la que nunca es buena guia, como dice Salustio. Mas los enemigos, aprovechándose de tan favorable movimiento y de la superioridad de sus tropas, los acometieron y de alto en bajo los hicieron retirar con precipitosa fuga y desórden: disparóseles algunos tiros de la artillería, lo que los contuvo, o el verse a tiro de mosquete de la plaza: murió Don Juan de Sambuesa, persona de distincion por su calidad y mérito, cuya projenie hoi permanece en la Concepcion, y otros cinco o seis mas: retiráronse a robar las haciendas, adonde esperaban mas logro. Habíanse recojido muchas familias de españoles, y entre ellas algunas de distincion gozado de este beneficio por la inmediacion de sus haciendas, y se resolvió el gobernador a abandonar la plaza, no obstante que estaba bien concluida, pues fué el esmero de Don Francisco Laso, y tenian allí los jesuitas un colejio perfectamente acabado, de donde con apostólico celo acudian a las misiones o territorio que se les habia asignado.

Protestáronle al gobernador lo conveniente que seria mantener la plaza, o a lo ménos hasta el retiro de la del Nacimiento, pues podia servirle de escala, seguridad y de aliento a su regreso, y que la jente de una y otra podrian hacerlo con seguridad: fueron los mas de este dictámen: llevando a rostro firme su resolucion, se determinó al abandono. Lastimoso espectáculo fué el ver marchar a pié a las mujeres y niños, ancianos y enfermos en la estacion mas ardiente por falta de remonta, dejando mucha parte de los bienes y muebles por no haber bestias de albarda para conducirlos. Oíanse contínuos llantos de tiernos infantes y lamentos de preñadas; bien se puede asemejar al que cuenta Curcio que acaeció en Damasco, cuando la ocupó Parmenion con las tropas de su comando. El gobernador los dejó en marcha y se adelantó a la Concepcion. Despoblóse la ciudad a su ingreso, que fué lastimoso espectáculo, provocando a tierna devocion el ver las imájenes que traian. Permaneció la plaza muchos dias sin incendiarla.

CAPITULO XIX.

Abandona la plaza del Nacimiento don José Salazar y retírase por el rio con la guarnicion, y su fatal éxito: ejecuta lo mismo la de Talcamávida con igual desgracia.—Despuéblase la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, y van por mar a retirar la guarnicion de Arauco, y ejecútase con suceso.

Injustas peticiones no deben escucharse: vió mal Jesucristo la que el Cebedeo le hizo de las dos superiores sillas para sus primos. Y ya el gobernador desengañado deseara no haber oido bien la que le hicieron sus hermanos de los dos preminentes oficios del reino, mas la pública adulacion fomenta los deseos de quien manda: túvolos Alejandro de querer ser hijo de Júpiter sin advertir que hacia adúltera a su madre, ridículo a su padre y a sí mismo espurio, pagando a gran precio la adulacion con que le recibieron los sacerdotes de Júpiter Ammon, y quitó la vida a Clito.

Bien se sufrieran trabajos si tras unos no viniesen otros, como dice Quintiliano. Siguiéronse los de Don José Salazar y el de las tropas de su comando en la plaza del Nacimiento, cuya situacion era en un elevado plano adonde se junta el rio de Vergara con el gran Biobio, fortalecido por la naturaleza y arte. Vinieron várias tropas a atacar la plaza, mas sin suceso por la vigorosa defensa que hallaron, y discurriendo el vencer a ménos riesgo, la bloquearon, pues viendo imposible su socorro, era preciso descaeciese la constancia de sus defensores: arbitrio bastante prudente para conseguir el triunfo sin costo. Mas apresurólo la imprudencia del sarjento mayor, quien discurrió en abandonarla en un ponton plano y de bastante buque, un barco y balsas, y venirse por el rio Biobio a la Concepcion. Los mas se opusieron a este dictámen y le representaron que el tiempo era el de mayor minoracion de las aguas por ser el estio, que los barcos encallarian, principalmente adonde fuese mayor su latitud, y que se difiriese hasta que con lluvias se recreciesen.

No aprobó Don José de Salazar este dictámen, porque cuando han de acaecer las desgracias, solo se acierta lo que conduce a la ejecucion de ellas. Muchos indios e indias del servicio de los españoles habian desertado, y la plaza no estaba tan sin bastimento que no pudiese subsistir algun tiempo; escasa sí de cuerda y mecha para el manejo de la arcabucería, lo que se suplió con hacer torzales de lienzo, porque la necesidad siempre es industriosa. Era el sarjento mayor de espíritu resuelto, valeroso y magnánimo: hizo embarcar toda la jente en los barcos y balsas, a cuyo abrigo venian, y con lo apacible de las corrientes navegaban rio abajo. Seguíanlos por entrambas riberas mas de cuatro mil indios arreglando su marcha a su compas: solicitaban las canales mas profundas para su navegacion. En lo mas anchuroso del rio comenzó a escasear el fondo, y en la enderechura del fortin de San Rosendo, despoblado, supo del retiro y abandono de la plaza de Buena-Esperanza, y con esto se frustró el designio de desembarcarse y venir escuadronado a incorporarse con el gobernador. El sarjento mayor, oyendo que le era preciso seguir su derrota por cauce mas espacioso, se resolvió a alijerar las barcas y echar a la orilla algunas mujeres y niños. Fué acerba la eleccion, terrible la ejecucion y lacrimosa su inspeccion; y pues que nos falta expresion enérjica para su narracion, dirémos lo que Eneas en hecho de igual ternura: ¿quién refiriendo esto podrá reprimir las lágrimas? Quedaron los indios árbitros de honor, vida y libertad: oimos este caso a uno de estos infelices venturoso, a quien expulsaron con su madre.

Prosiguieron su destino entre tropiezos de encallarse hasta Santa-Juana, adonde, viéndolos inmobles, se vinieron los indios al abordaje a caballo, por su izquierda y derecha: defendíanse los españoles, y para recrecer su conturbacion, se pegó fuego una botija de pólvora: por fin, de muertos y prisioneros no se exceptuó ninguno de doscientos cuarenta hombres que venian. El sarjento mayor, mal herido, se echó al rio, adonde se ahogó con el capellan. Díjose que Don José de Salazar distribuyó porcion de dinero entre varios soldados para que lo trajesen, y que esto estorbó la ofensa y defensa por estar gravados de su peso. Turba el temor y pinta nocivo lo provechoso: en Talcamávida habia un fortin con veinte hombres y un barco para el pasaje del Biobio, y poco ántes que acaeciese esta desgracia, lo desamparó el comandante interino, discurriendo que este seria el remedio para evadir el peligro, sin pensar que era mas conveniente esperar al sarjento mayor en aquel preciso tránsito e incorporarse con él, lo que hubiera ejecutado el propietario Nicolas Fernandez Quiñez, persona de calidad y mérito. Ejecutóse el embarque con tal presura, que se quedó un centinela, y las indias le quitaron la vida, y a corta distancia de la plaza encalló el barco, y de muertos y prisioneros no se exceptuó ninguno. Habiendo entrado el invierno, un cacique de Nonguen con otros indios de su pueblo, que su situacion es inmediata a la Concepcion, cojieron un barco a tiempo que estaban en las celebridades de un festin, y la aumentacion

de las aguas y corrientes los condujo a una caleta de seguridad, viéndose bien que el tiempo y la ocasion igualan al mayor con el menor, como dice Tertuliano: fué recompensada su fidelidad y valor.

Iba experimentando Chile estas funestas trajedias, y el gobernador presajios que eclipsaban su fortuna: la próspera suele ser sombra que oscurece, la adversa luz que ilumina. Oíanse por las calles palabras punzantes contra su honra y conducta: mirábanle todos con el tedio y horror que se concibe contra el causante de propia ruina: este se recrecia al igual que se oian las funestas noticias. Vino de Arauco la de quedar sitiada o bloqueada aquella plaza, y al arbitrio de sus armas todo el pais, y la captura del padre Gerónimo de la Barra, jesuita y apostólico misionero, a quien llevaron a la cumbre del Colocolo que predomina la plaza, y esforzando la voz, proferia lo que le ordenaban, que todo era un artificioso engaño; y se hizo de tal suerte respetar su ejemplar virtud, que no se descomidieron contra su persona y por fin le pusieron en libertad. Vino de la ciudad de San-Bartolomé de Gamboa la de haber intentado su sorpresa, entrando por una calle al primer albor del dia; y hallando sobre las armas a la guarnicion en los reductos que habian construido en la plazuela de San-Francisco, dispararon algunas flechas a nuestra Señora, que estaba patente para su culto como tutelar de aquel aflijido pueblo, y porque quede dicho y desembarazarnos de este ramo de la historia, deliberaron el abandonarla, no obstante la repugnancia de algunos vecinos, y para que el trabajo fuese mayor, estaba en la ocasion algo infesta de peste: ejecutóse luego, yéndose a la otra parte del rio de Maule. Queda a juicio del lector el espectáculo de tan compasiva trasmigracion: llevaron las imájenes, y así en el mundo se vé triunfar la impiedad por los secretos de la divina Providencia, incomprensibles a nuestra cortedad: llegaba por instantes a la Concepcion mucha jente de ambos sexos a pié y con mil fatigas, contando su afortunado retiro de las haciendas de campo.

Hallábase de comandante de la plaza de Arauco Don Pedro Volea, y el bloqueo habia llegado a formal sitio, y la desprevencion de vituallas con que la cojió, pudiera reducirla al último exterminio, y así se determinó el que fuese un navio a retirar su guarnicion y demas vecindario. Fueron cien hombres, y de comandante Don Juan Buitron. La plaza está algo distante de la orilla, y pudieran lograr alguna oportunidad en el desembarque u ocupar el intervalo con sus numerosas tropas entre la plaza y el mar, a lo ménos con la infantería por no estar expuesta al cañon; mas Buitron, hombre de valor y conducta, tomó cabales medidas para el acierto: asignó a cada soldado la fila de su formacion, poniéndoles nombres para obviar en el desembarque confusion, que fué bien prevenido acuerdo; y habiendo dado fondo en su bahía, observaron de su bordo las tropas de los indios numerosas y su resolucion de estorbar el desembarque o union. Serian como cuatro mil hombres de caballería los que a la vista tenian, bien formados en diversos pelotones. Principióse el desembarque sin confusion, y salió un destacamento

de ella por un juncal que hacia los rebalsos o lagunas vadeables del rio Carampangue con las represas del mar; mas hízoseles tan justa descarga con la arcabucería y artillería menuda que traian, que dejando las aguas teñidas con su sangre, se retiraron consternados; y viniéronse para la plaza, de donde no se descontinuaba el fuego hasta que llegaron. Recíproco fué el regocijo: principióse a transportar a bordo del navio lo que se pudo llevar, y abandonándose lo demas, se ejecutó el embarque, habiéndolo defendido con igual valor y conducta Don Pedro Bolea. Causó a todos, principalmente a los patricios, gran pesar el abandono del nativo suelo: por lo que dijo Séneca, que era intolerable la carencia de la patria; siendo mas dolorosa su impresion al ver el incendio de lo sacro y profano, que tal fué el destino de sus afanes y la miseria de verlo, como dijo Eneas a Dido. Al desembarque en la Concepcion, se renovó el dolor de las repetidas desgracias.

CAPITULO XX.

La insolencia de los indios se recrece y las penalidades del vecindario: el obispado de la Concepcion y ejemplar caridad de su pastor.—Acaece una jeneral emocion, y deponen al gobernador, y admite violento el comando Francisco de la Fuente Villalobos.—Llega la jente española de Valdivia: sale un destacamento de la Concepcion, y retíranse con suceso.—Notable precaucion de los indios.

Los trabajos toman alientos para ser mayores, pues no hai desdicha que suceda que no deje emplazada otra, como dice Marco Aurelio; y así debemos vivir persuadidos a que la heredad de los hombres en esta vida es una mezcla de bienes y males. Recrece el ánimo de los enemigos cuando ven que los temen, como dice Famiano Estrada: esta timidez habia preocupado a los españoles e insolentado a los indios, de suerte que un partidario con un destacamento entró a la primera luz por una de las calles de la ciudad de la Concepcion a espaldas del convento de Santo-Domingo, distante dos cuadras de la plaza; y en lo que hoi es bodega, que llaman de Benitez, aprisionaron una muchacha en la primavera de su edad, que estuvo algunos meses en tan acerba servidumbre y no há muchos años que murió: su padre, por una rendija o tronera de la puerta, le dió un balazo al comandante, que cayó con un muslo quebrado. Al molino de los padres jesuitas quisieron sorprenderlo, que está en la traza de la ciudad, y el molinero mató de un balazo al agresor mas intrépido. En la casa y solar de los herederos de Andres Rubio hicieron otra tal sorpresa, y de dia aprisionaron a un sacristan de la catedral y várias lavanderas. Hemos querido individualizar estos hechos porque jeneralidades no satisfacen; y era tal la consternacion, que se redujo todo el vecindario a vivir en la plaza y casas de su inmediacion, donde construyeron sus chozas, desamparando las distantes, no obstante que habia varios reductos. Tan jeneral fué esta calamidad, que no hubo persona, casa ni familia que no la padeciese, y bastante padeció la mia.

Era obispo de la Concepcion Don frai Dionisio Cimbron de Bruna, monje benito, que de abad de una ilustre abadía, vino a serlo, y digno de purpúrea fortuna, y llegó a tal extremo la real confianza que le hizo gobernador del reino, como verémos, y cual piadoso padre socorria la indijencia de sus hijos y como buen pastor recojia su disperso rebaño, por quien se pudo decir lo que del César del Oriente Manuel Comneno, abismo de misericordia y mar de magnificencia, siendo lo mas notable que así se portase un prelado de tan corta renta, y con inimitable ejemplo se deshizo de las alhajas de su decencia para dar limosna. Los ánimos estaban ya tan alterados contra el gobernador, que se recelaba no acaeciese algun siniestro accidente: a voces le zaherian con el desprecio que de los indios habia hecho. La accion de Buena-Esperanza y su precipitoso retiro o fuga, era lo que mas le arrojaban. Dios permite las adversidades para despertar el conocimiento de sus beneficios. El sarjento mayor del presidio Don José Zerdan notició al padre guardian de San Francisco del recelo con que estaba de que hubiese alguna conmocion, para que se lo participase al gobernador, quien tenia una compañía de guardia en su palacio; cuando, como de comun acuerdo, se levantó una confusa y disonante voz, solo conforme en el proferir de viva el Rei y muera el mal gobernador, y con espada en mano se vinieron para palacio mil quinientos hombres, seguidos de una gran multitud de pueblo, complaciéndose en aquella grande accion, y con temerario despecho entraron por los salones esforzando la misma voz.

Don Miguel de Cárcamo Lastra, de la órden de Santiago, oficial real y persona de la primera distincion, los quiso contener; mas solo los retuvo el saber que el gobernador se habia retraido en la compañía de Jesus, entre cuya clausura y el palacio solo mediaba una pared: la vociferacion fué entónces mayor y con ira desesperada herian algunos las puertas y paredes, y de esta resulta pasaron a elejir por superior comandante al veedor jeneral Don Francisco de la Fuente Villalobos, cuyo mérito y bondad era de todos conocida. Sacáronle de su casa, aunque valetudinario, y le proclamaron por tal, de cuya violencia protestó, y el mismo gobernador le pidió que aceptase, contra quien se prorrumpian blasfemias; pues el odio y la venganza colocada en el corazon mucho mas daña que una víbora, como dice San Juan Crisóstomo. Vino real provision de la audiencia en órden a la averiguacion del hecho y reponer al gobernador, de cuya resulta, con leve o con ningun motivo, pasó a Lima Don Francisco Gaete, actual correjidor que en la Concepcion era, y don Juan Barba, rejidor, quienes salieron libres de la sindicacion que se les hizo, como asímismo al sarjento mayor Zerdan, cuyos autos y su defensario hemos visto y narran el hecho como va expresado: informaron las personas de mayor distincion militar y política al virei y a la audiencia, cuya resulta despues dirémos.

Llegó por mar con el maestre-campo la jente española que estaba en Valdivia, y algunos caciques que retuvieron; y así que estuvieron en

libertad, se volvieron a su pais y tomaron las armas con los demas rebeldes, porque el respeto es medroso y el menosprecio atrevido, como dice Plinio, y por lo narrado se vé adonde llegó su audacia: muchos de estos hechos acaecieron a un mismo tiempo, y es preciso anteponer su recito. La ciudad de la Concepcion se hallaba, si no formalmente sitiada, extremamente bloqueada, viéndose en ella el fuego de los incendios de sus campamentos, aunque no eran estables; y se deliberó que Don Francisco Bascuñan saliese con doscientos hombres a desalojarlos de sus inmediaciones, y se retiró con diez y seis prisioneros, y diez que quedaron muertos. Mil seiscientos indios de los yanaconas, que así se llaman los que a los españoles sirven, tomaron cuarteles de invierno en la isla de la Laja, porque los mas desconfiaban de su buena fe, y deliberaron esta separacion para experimentarlos. Salian algunos destacamentos a recojer vituallas y ganados por las haciendas del que por casualidad habia exceptuado su primer furor; y satisfechos de su desconfianza, se reunieron todos. ¡Notable advertencia! no de su barbaridad, sino de jente mui versada en la política.

CAPITULO XXI.

Viene de gobernador don Pedro Porter Casanate y llega con válido socorro al reino.—Dase noticia de los progresos del sitio de Boroa hasta su socorro.—Notables astucias que usaron los indios.—Abandónase la plaza y retírase la tropa a su guarnicion.

Poco sabe quien ha padecido poco, dice Salomon, pues suele ser la mayor infelicidad el no haberla tenido. El gobernador habia experimentado siempre una brillante fortuna, y solo en Chile borrascosa para ruina suya y del reino, lo que decimos sin recelo, como la próspera sin lisonja. El virei, bien informado de las calamidades de Chile, nombró por gobernador al almirante Don Pedro Porter y Casanate, de la órden de Santiago, caballero aragones, quien llenó con el acierto la comun expectacion. Principió el llanto en su gobierno a tener consuelo y a enjugarse tantas vertidas lágrimas. Apresuróse su embarque, y en dos navios se hizo a la vela con quinientos hombres, muchas municiones y vituallas, porque estaba la Concepcion en extrema inopia. Las relijiosas de los monasterios de la ciudad de los Reyes socorrieron con ropa blanca y algun dinero a los soldados de Chile; y debe quedar indeleble tan singular expresion de su caridad, que, como dice San Agustin, es el cumplimiento de la lei de Dios y del prójimo: algunas personas ilustres de aquella ciudad ejecutaron lo mismo.

Llegó el gobernador al puerto de la Concepcion con felicidad por enero de mil seiscientos cincuenta y seis. A su desembarque, vino a recibirle Don Antonio de Acuña de la Compañía de Jesus, adonde se habia mantenido: dióle Don Pedro el baston y despues lo recibió de su mano; tratólo con las atenciones debidas a su carácter, manifestando complacencia en que cumpliesen otros con este deber, lo que contuvo a

muchos ; y no obstante la autoridad que le protejia, toleró algunos insultos ; y arreglado a la órden que trajo, lo despachó a Lima con Don Juan de Salazar, su cuñado. El amigo lisonjero tambien es enemigo ; y todos se volvieron contra el gobernador, pues como solo seguian a su fortuna, le desampararon a su desgracia, manifestando el tiempo que es, como dice San Bernando, un solícito descubridor de cuantas cosas se ocultan. Ayudó a recrecer el odio contra Don Antonio la desmedida elacion de su esposa : la solicitud o favor que en la corte tuvo fué tal, que habia venido cédula para que se restituyese al gobierno, hasta que el Rei, mejor informado, la revocó, y tenemos vista la una y la otra, y en que con cláusula de aseveracion manifiesta su real indignacion, haciendo causante de la sublevacion de los indios y calamidades del reino ; y por mayor solo sabemos su desdichado fin. No se aleja del acierto quien con sincera intencion le solicita, y así resolvió Don Pedro elejir doce personas de mérito, calidad y experiencia para, con su dictámen, reglar las operaciones de la guerra, y nombró a Gerónimo de Molina por maestre-campo, cuya projenie hoi subsiste en la Concepcion, y la de Don Ignacio de la Carrera, de la órden de Calatrava, en Santiago, a quien hizo sarjento mayor, y en quienes la crítica o adulacion no halló reparo. La accion de mas urjencia era la del socorro de Boroa, que trece meses habia que estaba sitiada, y situada en el centro de las mas pertinaces provincias de este delicioso clima. Destacáronse setecientos hombres de las tropas veteranas y modernas, para que en infantería siguiesen su destino al comando de los mencionados jefes.

El caso era árduo, pues tenian que penetrar sesenta leguas de pais enemigo sembrado de caudalosos rios, bien que era la estacion mas ardiente, y habian de pasar por desfiladeros peligrosos, y sus numerosas tropas concurrian a impedir la marcha, pues no tenian otra parte donde operar por entónces ; y entretanto que el socorro se prepara, dirémos algo del sitio. Este duró trece meses, sin prevencion para sostenerle, lo que hizo mas gloriosa su carrera y defensa ; pues vinieron repentinamente sobre la plaza de cuatro a cinco mil hombres, los que nunca faltaron de ella, como el Rei lo expresa en real despacho, su data 1.º de octubre de mil seiscientos sesenta y dos, y el que en la plaza habia cien soldados y cien bocas inútiles. Los indios discurrieron que la palizada que servia de muro, no era capaz de prevalecer a su valor y numerosas tropas, y seis escuadrones se vinieron a avanzarla. El fuego de la plaza no los retuvo, y llegando al foso, procuraron el pasarle ; y aunque lo consiguieron algunos de los mas audaces, pero no el intento de voltear, cortar o incendiar la estacada, para cuyo efecto iban prevenidos de hachas, cuerdas y fuego : por fin se retiraron con pérdida y confusion. Las mujeres durante la accion dieron grande ejemplo, excediendo el valor de su sexo, pues se veian amenazadas de una horrorosa servidumbre y de mil indignidades que esperaban de tan insolentes como inhumanos enemigos.

Discurrieron los indios que la constancia les daria dichoso fin, y esto

llegó a tal exceso, que la citada real cédula dice que los asaltos continuaron por un año, los mas dias y noches, cuya incontestable autenticacion de tan extraña constancia es digna de reflexion; ¿y de qué encomios no lo era el comandante Don Manuel Aguiar y su corta guarnicion, cuyo marcial valor o extraordinario coraje nunca será bastantemente alabado? Pusieron los españoles en los extremos de la estacada algunas cabezas de los indios que murieron, o por trofeo de sus victorias o por consternacion de su audacia a vista del escarmiento, las que permanecieron hasta que llegó el socorro. Mostráronse los enemigos tenaces y empeñados, sin que los desbandase los rigores de la rijida estacion; y en las noches mas terribles, cuando aun a la fiereza de las bestias las contuviera en sus cubiles, salian de sus chozas, aun las que no servian de abrigo, a avanzar la plaza, y discurriendo que la lluvia inutilizaba las armas de fuego, o que el rigor de la tempestad adormeceria el cuidado. Dignos son estos hechos de que los contemple nuestra atencion. El comandante estrechó dos veces el recinto para su mas cómoda defensa, lo que ejecutó con celeridad y acierto; y en tan terrible cáos de tribulacion se encomendaron fervorosos a una devota imájen de María Santísima que tenian, y hoi se venera en la plaza de Puren con el nombre de nuestra Señora de Boroa; y experimentaron lo que nos dice en su cántico: "la salud de nuestros enemigos" etc. Un indio de ellos se destinó a favorecerlos, siendo él solo el causante de la salud de aquel pueblo. A todas vistas solicitó despreciando peligros hablar a los españoles, de que resultó enviarle a Valdivia por pólvora y balas que necesitaban: diéronle cartas para ello y logró con felicidad su retorno, trayendo lo que pudo ser posible a la simulacion, y segun el acuerdo tomado, tuvo la buena dicha de introducirlo a la plaza por la parte ménos expuesta; y este socorro la salvó. En siglos remotos los ánsares con sus graznidos libraron al capitolio del asalto de los galos, segun dice Livio. No se dió por satisfecha su constancia en este jénero de socorros, sino es que en lo mas silencioso de la noche, o entre las tentativas de finjidos o verdaderos asaltos que se daban a la plaza, él y sus hijos en pequeñas talegas venian a dejar harina y otras cosas que podian servir a su manutencion. Faltaron las balas, y la necesidad industriosa las hizo de plata, con pródigo desprecio de los anhelos con que se atesora, mas necesario por entónces: y no será digresion del asunto el narrar lo que en su Cautiverio Feliz dice el maestre-campo Don Francisco Bascuñan, que echaron mano de su plata labrada y sellada que allí tenia y de la ropa, de que se aprovecharon, y que el expediente que se dió, fué el que la cobrase de los soldados: ¡mas cuándo la serenidad no desacordó las congojas de la tormenta! Los padres de la Compañía ocurrieron al Rei y le representaron de como habian dado las alhajas de plata del servicio de la iglesia para balas y socorro en tal indijencia. El padre Diego Rosales se halló allí con su compañero: apostólicos varones y a quienes se debió en mucha parte el triunfo de tan maravillosa constancia; y su majestad les mandó dar por reintegro o

recompensa seis mil pesos, como tenemos visto en real despacho que en la veeduría jeneral pára, en el que se expresa lo referido.

Don Francisco por desvalido no logró la satisfaccion de su dinero, ni la recompensa de su mérito, como hubiese acaecido si a los oidos del Rei llega la voz de su justicia, que, como dice Marco-Aurelio, no se ha de negar a quien la pide, ni la misericordia a quien la merece, ni ménos dejar mal sin castigo, ni bien sin galardon : y será conveniente volvamos la vista al socorro. Salió de la Concepcion : habian dado a los soldados zapatos, tabaco y papel, don gratuito, y en la opuesta ribera de la Laja los esperaron cuatro mil indios, y al salir del rio, con feroz ímpetu los acometió por la derecha un destacamento de caballería, e hizo la infantería su descarga con suceso. Murieron algunos, y sus tropas escarmentadas iban solo observando las españolas. En el rio de los Sauces intentaron el acometerlas, mas sin suceso; y habiendo alojado a distancia competente de la plaza, hicieron su salva y fué correspondida con recíproca alegría. Por fin, llegó el dia deseado de que los indios abandonasen el sitio y entrase el socorro, a los trece meses de su asedio. Toleró seis jenerales asaltos y las demas calamidades dichas : no hubo artificio ni engaño que no practicase su malicia para que se entregasen, ya con ofertas y promesas, ya finjiendo recados del señor obispo y gobernador, manifestando su credulidad una efijie de Jesucristo Señor Nuestro, portándose como leones y raposas. Desamparóse la plaza, y sin novedad digna de nota ejecutaron su regreso, solo con venir observados ; y aunque en Minchegue intentaron acometerlos y se pusieron formadas sus tropas algo extraviadas del camino, no se atrevieron a acometer a los españoles, y por fin llegaron a la Concepcion.

CAPITULO XXII.

Desercion de un soldado llamado Alejo, que causó grandes daños.—El gobernador procura adelantar las armas y puebla el fuerte de Andalien.—Queda enteramente [batido] un destacamento español con muerte del comandante, y caso notable que le sucede.—Puebla el gobernador a Conuco.

Gozábase en Chile de un gobierno justo y templado, ya que no pudo ser tranquilo, pues su antecesor no supo tomar consejo ni resolucion, lo que lo invirtió : y así Don Pedro no solo hacia oficio de Marte en las campañas, sino el de Corbona en los pueblos, cuya intendencia era, segun la superticion pagana, el cuidar de los huérfanos y descarriados, como dice Rocino ; cuyo crecido número ocupó lo bastante la piadosa atencion del gobernador, sin que lo distrajesen nuevos incidentes de mayor cuidado. Fuélo el que se ocasionó con la desercion de un soldado nombrado Alejo, que quejoso porque no le hicieron alférez de la caballería, o porque le negaron al tiempo del pagamento lo que pidió de ropa, o bien fuese lo uno o lo otro, lo vilipendiaron, tratándolo de indio, lo que le causó sensibilidad tan llena, que profirió várias veces que se iria

a los indios si lo era; y aunque quien profiere su queja, tiene deseo de que se la satisfagan, como dice Ovidio, nadie salió a hacerlo, y con ánimo alterado se pasó a los enemigos, con notable perjuicio del interes del reino; y sobre el asunto de su captura o muerte vino real cédula de recomendacion. Los indios tuvieron tal satisfaccion de su conducta, que en todo deferian a su dictámen, el que siempre fué fructuoso, como la historia nos lo hará ver.

El gobernador Don Pedro hallábase con floridas tropas en la Concepcion, y con premeditado acuerdo determinó adelantar las armas, para lo cual destacó cuatrocientos hombres, y se acamparon de la otra [parte] del rio Andalien, en Chepe e inmediato al rio de Biobio: fortificáronse con una fuerte palizada, con sus baluartes; y sus viviendas eran pajizas. Llegó a esta plaza la noticia de que un destacamento de indios habia entrado al valle de Palomares, y salió con otro el capitan Don Juan de Zúñiga, que lo era actual de caballos y algunos indios amigos, y yendo en su alcance se avistaron en Budeuco, jurisdiccion del correjimiento de Puchacai.

Los enemigos, dejando el camino real que llevaban, por una loma despejada bajaron a un corto valle y subieron un recuesto, y en su altura los esperaron formados, con resolucion de lograr las ventajas del terreno, pues para ir a ellos era necesario la fatiga y riesgo de ascender. El tránsfuga Alejo, que los comandaba, les hizo una exhortativa tan fervorosa, que a los tímidos infundió y a los valerosos recreció el valor; de suerte que impacientes de que se retardase la accion, provocaban a los españoles con palabras y algunas acciones de desprecio, que igualmente deben ser desatendidas, y con el toque mas fervoroso de sus pífanos y cornetas y de dos clarines que llevaban por trofeo de sus victorias. Resolviéronse los españoles a acometerlos, pues no era crédito de las armas el retirarse, satisfechos con su vista o temerosos de la accion, y aunque con algun rodeo pudieran haber obviado el recuesto, no se hizo, porque a la desgracia se va por la senda que a ella conduce.

Principióse a subir el repecho, y estando en su promediacion, descendieron los indios con ánimo feroz, y con tan violento choque se llevaron a los españoles, sin que pudiesen prevalecer los esfuerzos que hicieron, ni ménos reunirse despues de cortados, no obstante que Don Juan de Zúñiga los alentaba con el ejemplo y la voz; y puestos en confusion y desórden, todo era matar mas ántes que aprisionar, accion connatural a su fiereza; excediéndose en esto el tránsfuga Alejo, que fué uno de los mas expertos arcabuceros que habia en las tropas de Chile, cuya arma siempre usó con acertada mira. No los apiadaba el ruego ni el interes del premio que ofrecian los rendidos, siendo tan propensos a él: tan inhumana se portó esta jeneracion de víboras. Unos se ocuparon en el despojo de muertos y otros en el alcance de las tropas batidas; y retirándose con presura el teniente del capitan comandante, lo encontró en un paso despejado a corta distancia del campo de batalla, desmontado, porque su caballo herido sobre fatigado habia allí muerto, y rogóle

con la eficacia que pedia el conflicto, lo llevase a ancas, pues lo permitia la lozanía del bruto en que iba, para que en otro lugar ménos expuesto y algo montuoso que cerca estaba, se pudiese ocultar, pues le privaba de andar una herida que tenia: negóselo zahiriéndole con lo desobligado y quejoso que le tenia, y con cólera reposada pasó a individualizarle ofensas. No faltó un yanacona españolizado que oyese esta contienda, viéndose bien lo que dice Salomon, que la ira reposa en el corazon del necio: accion indigna de las obligaciones de quien la hizo, cuyo nombre ocultamos por no denigrar su fama y causar horror a su familia. Llegaron los indios en prosecucion del alcance y allí hicieron pedazos a Don Juan de Zúñiga. Era de la primera nobleza de la ciudad de Santiago y recien casado con Doña Petronila de Mier, que pocos años há que murió de mui avanzada edad. De cerca de doscientos hombres que llevó a su comando, murieron setenta, como dice Don Francisco Bascuñan, quien se hallaba en la Concepcion. Los indios eran mas de trescientos: fué esta victoria mui cumplida, pues tuvieron poca pérdida.

El gobernador, en prosecucion del proyecto que habia formado de adelantar las armas, ordenó se construyese una plaza de armas en Coñuco, distante diez leguas de la Concepcion al oriente. El terreno es algo montuoso y ríjido, cuya situacion pareció conveniente: allí se acamparon mas de mil hombres y despues subieron a mayor número. Don Pedro con singular precavencia hizo juntar una mas que suficiente caballada, la cual mandó poner en las Cañas, lugar adecuado y ménos expuesto, a la márjen del caudaloso Maule, cincuenta leguas de la Concepcion, para cuya custodia se destinó una mas que competente guarnicion; y es mui de notar que a ménos distancia no se halló seguridad, para que se contemple cuan extenso pais tenian al arbitrio de sus armas.

CAPITULO XXIII.

Reflexion que se hace sobre que los indios aprovecharon los momentos que la guerra ofrece.--Construye el gobernador várias plazas para adelantar las armas, y mencióñanse otras que despues se fabricaron, y el costo de reclutas.--Las tropas españolas que comandaba don Pedro Gallegos, quedan enteramente batidas.—Notable hecho de un soldado que precedió a la accion.

¿Quién no admirará el que estos bárbaros chilenos se aprovechen de aquellos instantes preciosos que la guerra ofrece y que pasan como relámpagos, volviéndose la fortuna contra quienes los desprecian? Este siniestro accidente experimentaron las armas españolas el siglo pasado en Rocroy, por no haber defendido el jeneral Don Francisco de Melo el pasaje de un desfiladero con conocidas ventajas, de Luis II de Borbon, príncipe de Condé, de que se siguió una victoria tan cumplida como la que obtuvo: y en el presente se atribuyó la pérdida de la batalla de Hochstett a la inadvertencia del mariscal de Tollard en haber dejado transitar por segunda [vez] las tropas inglesas del comando de

Marlborough el arroyo lagunoso que a su frente tenia, como dice Limier: yerros son estos sin enmienda. Accidentes de tan altas consecuencias, que unos venian y otros se esperaban, tenian desvelada la atencion del gobernador; mas no vivia sin la esperanza de sujetar y castigar tan rebeldes vasallos, pues las remesas de armas, municiones, dinero y jente eran contínuas, efecto de la recomendacion del Rei, quien se dió por bien servido de ciento ochenta mil pesos que se remitieron fuera de la anual asignacion, como tenemos visto en real cédula, sin que obstase la distancia para las asistencias: tan eficaces fueron las órdenes del Rei, porque es atributo de lo soberano lo veloz; y así finjieron los mitólogos que Júpiter se servia de la ajilidad de la águila y de la prontitud del rayo.

Construyóse el fuerte de Pino, el de San Pedro en la opuesta ribera del Biobio con la inspeccion de adelantar las armas por la costa, y el de Buena-Esperanza y Talcamávida, lo que quede dicho. Traian estas fábricas y otras que despues se hicieron, como Colcura, Arauco, Tucapel, Yumbel, Marintuco, Nacimiento, Santa-Juana, Puren, Tolpan, Repocura y San-Cristóbal, que con el tiempo se fueron construyendo, excesivo dispendio, cuyo recito hemos querido hacer para que se forme cumplido juicio de esta guerra. Las reclutas eran costosas, principalmente las que venian de Quito, que dista mil leguas de Chile; y cada soldado hasta Lima le tenia al Rei de costo doscientos cincuenta pesos mas o ménos, como dice Ugarte de la Hermosa en su manuscrito histórico, mas probaron tan bien en Chile que llevaron el peso de la guerra, fuera de las que venian de España y de Méjico trescientos.

El desertor Alejo se mostraba acérrimo enemigo de los españoles, elevando a grandes deseos su imajinacion, como que de su cuenta corriesen los acasos de la fortuna. Habíase ya elevado a desmedida autoridad, y para recrecerla aun mas, destacó mil hombres de las tropas mas expertas, las que distribuyó en compañías, nombrando capitanes, tenientes y corneteros, porque sabe mandar el que supo obedecer; bien así como Sertorio, que en su desercion practicó en España las modales políticas y militares de Roma, su patria: y puesto en marcha Alejo, aprisionó dos centinelas que desadvertidas de su obligacion, reposaban a la sombra de un árbol, del que las hizo ahorcar previniéndoles que aquella era condigna pena de su delito. De ellas supo que venia un destacamento de españoles al fuerte del Pino, y quiso prevenirlos y con celeridad les salió al opósito ántes que llegasen a la plaza, haciendo una bien fundada reflexion de que los sorprenderia con lo inopinado de su encuentro, y que no siendo muchos, quedarian batidos: tan bien fundadas conjeturas no tuvieron falencia. Era capitan y comandante del destacamento español Don Pedro Gallegos, caballero principal de la provincia de Chiloé, cuyo número ignoramos y nos persuadimos que serian doscientos hombres, que recien pagados, los hicieron salir de la Concepcion con presura; mas el órden no fué tan exactamente cumplido que no se quedasen muchos, y tomaban la marcha unos en pos de otros y

por este motivo le persuadieron al comandante que esperase en el molino del Ciego, adonde habia un fortin, a que llegasen todos para proseguir su marcha.

Mas no tomó este arbitrio que los hubiera evadido del peligro, ni ménos, dicen, apreció la noticia confusa de enemigos que se le dió, y la tuvo por voz vaga y prosiguió su destino, no obstante la certeza que aun tuvo. Algunos fueron de dictámen que se volviese, pues la distancia al fortin del Ciego no era notable; mas el comandante insistió en llegar al Pino, de donde no distaban mucho: y pasado un corto intervalo, se dejaron ver los enemigos y percibir dos clarines españoles que traia Alejo, el que a todos antecedia con su arcabuz, que, como dicho queda, manejaba con singular destreza. Don Pedro dispuso con celeridad su jente en una loma a la derecha del camino que llevaba, a la cual por los dos lados la circulaban dos quebradas poco profundas; y todos desmontados, se formaron a la frente de la una a la otra arcabuceros y piqueros, y en el centro colocaron la caballada y equipaje, y pusieron alguna jente en la retaguardia a la ceja del monte; y para la defensa, el comandante con valor y serenidad esforzaba a los suyos; y ofreciósele el que seria conveniente noticiar a los españoles que a la deshilada venian para su retorno, y al gobernador, de la funcion en que esperaban entrar. Ofrecióse para ello Juan Fernandez Astudillo, a quien conocimos y no há muchos años que murió, y diósele el caballo de su teniente que pidió. La empresa era de la última arduidad y peligro, pues los enemigos estaban en dos gruesos escuadrones, a la izquierda y derecha de los españoles y a distancia de algo mas de una cuadra, por cuyo intermedio habia de ser su tránsito.

Haga aquí breve pausa la admiracion: al corazon mas osado pudiera aterrar este hecho: júzguelo el prudente lector. En fin, con su pica pasó por medio de mas de mil hombres montados en jenerosos caballos: siguiéronle dos leguas y se salvó, habiendo solo perdido el sombrero, y llegó con increible lijereza a la Concepcion: verdad que parece soñada o ficcion de la fantasía, y mas a vista del ningun premio, pues le vimos morir en suma inopia; siendo esta una de las raras veces que la carrera se puede contar por vuelo: digno hecho de que se exponga a la vista de los siglos y que sirva de rubor a los del Olimpo, que tanto celebró la antigüedad pagana. Alejo con perspicacia mandó desmontar alguna jente, y que esta se internase por el monte y alanceasen los caballos y las demas bestias de albarda, para que desaforados causasen confusion y desórden en el fondo, y que al mismo tiempo los atacasen por la frente. El arbitrio fué acertado y la ejecucion pronta, pues no hallando notable obstáculo que los embarazase, los herian, y con la vociferacion recrecieron su espanto; de suerte que furiosamente, remolineando con ímpetu violento, querian romper o atropellar a los españoles; y aprovechándose los enemigos de tan favorable movimiento, los atacaron, no obstante el fuego que sobre ellos se hizo, que fué violento: mantuviéronse los españoles en buena continencia; mas fué preciso hacer dos

frentes, poniéndose espalda con espalda, porque los de la retaguardia se venian ácia ellos, trayéndose por delante hiriendo los caballos, sobre que los enemigos redoblaron su esfuerzo por el frente, y por una y otra parte los rompieron con notable confusion y desórden. Por todas partes se hallaron circundados de implacables enemigos, y tomando el mas jeneroso partido, morian peleando.

El despojo de que se aprovecharon, fué considerable, porque todos venian socorridos, y su prolijidad fué tan flemática, que deshaciendo los colchones y dejando la lana, se llevaban la tela. El comandante con bastantes heridas libró de entre los muertos, aunque despues murió de ellas; mas fué digno de nota que el capitan Francisco Guirao sobreviviese muchos años con treinta y seis heridas que sacó. El despojo de armas y algunos caballos fué el que mas apetecieron los indios: al dia siguiente vino la jente de la plaza del Pino a sepultar los muertos y a llevar los pocos heridos ya moribundos. Imputóse esta pérdida a la mala conducta del comandante, pues sin esclarecer la presencia de enemigos se puso en marcha, y aun cerciorado, la prosiguió sin la reunion de su tropa. Estuvo preso algun tiempo por este motivo y se mantuvo valetudinario hasta que murió, viéndose mui bien que los yerros de la guerra son sin enmienda. No la tuvo el del gran Pompeyo en no haber enteramente deshecho las tropas de César, viéndolas retirar con desórden a su campamento, y así experimentó en Farsalia en la segunda accion lo que omitió hacer en la primera.

CAPITULO XXIV.

Caso singular que precedió al terremoto e inundacion acaecida en la ciudad de la Concepcion, del que se da noticia.—Desgraciada batalla que tuvieron los españoles con los indios, en la que murió el comandante.—Acaecimiento sucedido a un eclesiástico con un indio.—Hacen irrupcion los enemigos por nuestra frontera: sale al opósito el sarjento mayor.—Preceden algunos avisos ántes de avistarse con los indios: no obstante, marchan en su solicitud.

Las mas veces los trabajos toman alientos para ser mayores; y así no nos admire, pues todo lo que se padece está sujeto a nuestra mortalidad. Dice Job, que la vida es breve y llena de muchas miserias; por eso dijo Pausanias, que hasta la fortuna era una de las Parcas. El gobernador manifestaba heroica firmeza, como que viviese exento de la jurisdiccion de la fortuna, teniendo por alivio el pasar de unos cuidados a otros, sin perder de vista la piedad, que es, como dice Casiodoro, prevenir el socorro, considerada la fatiga, sin el rubor del ruego. Tuvo mas en qué actuarla en el terremoto e inundacion acaecida en la ciudad de la Concepcion, dia catorce de marzo de mil seiscientos cincuenta y siete, a las ocho de la noche. Mas ántes de narrar este hecho o suceso fatal, dirémos lo que precedió a Manuel Brantes, muchacho de catorce años, hijo de un portugues, vecino honrado de la ciudad. Lo envió su padre por un hacecillo de leña a la montañeta que principia donde termina lo

poblado, y en ella se encontró con un personaje de venerable y sereno aspecto, vestido de morado con túnica ceñida, y con apacible imperio le mandó se volviese a la ciudad y avisase que habria un gran terremoto e inundacion de mar.

Ejecutólo así diciéndolo a todos y a su padre, quien irritado de los muchos que venian a preguntárselo, y de las personas de mayor dignidad que se lo enviaban a pedir para cerciorarse de novedad tan extraña, pasó a castigarlo, tratándolo de visionario y novelero, y aun de revoltoso; y en el instante del castigo principió el temblor. El caso es sin duda, y fuera de la notoriedad, se lo hemos oido a sus parientes y a una persona con quien profesó intimidad y le hospedó en la plaza de Arauco, adonde asistió muchos años; y aunque era digno de reflexion, omitimos el hacerla por no multiplicarlas; y a la hora ya dicha empezó el terremoto espantoso, que las personas no podian mantenerse en pié, tan extraño fué el movimiento y estruendo que consigo trajo, haciéndolo mas pavoroso su repercusion entre las quiebras de las profundas montañas. El mar se alteró notablemente, y siéndole estrechos sus límites, salió de ellos con desapiadado furor. Causó mas ruina del rio para el oriente en la ciudad, porque hubieron ménos edificios que sirviesen de dique a su flujo, y así fué mas extensa la inundacion, y quedó un barco en el fondo de las casas que hoi son de Don Miguel Barriga. Las iglesias cayeron, experimentando mayor estrago la de San-Francisco: casi no hubo casa que de este se exceptuase, principalmente las inmediatas al mar, el que llegó a bañar hasta la mitad de la plaza. El ilustrísimo señor Don frai Dionisio Cimbron, viendo mui cerca de sí este formidable y alterado elemento, no huyó y permaneció sí conjurándole y exhortando a penitencia a su pueblo. Murió un soldado ahogado en una garita y Doña María Gatica con otras dos personas, a quienes oprimieron los edificios. El eco es difícil de pintarse, como dice Ausonio. Siendo la pluma pincel vivo, no admiren mis conterráneos si a los ochenta y seis años de este acaecimiento no le he sabido expresar, pues solo en Sinaí se oyeron voces.

Los indios, que no sosegaban ni por vencedores entónces, ni despues por vencidos, vinieron en un destacamento con designio de sorprender nuestras plazas fronteras. Era el comandante Alejo y otros insignes partidarios como Mizque, Colichai, Regüecau, Huentecura, Ignacillo y otros muchos, siendo los peores los que ántes eran del servicio de los españoles, porque los mas obligados son los ménos reconocidos. Mas Ignacillo, tomando un medio entre estos extremos, condujo a su señor Don Francisco Riquelme, presbítero, hasta la inmediacion de la Concepcion con sus efectos, y se despidió diciéndole, que aquella accion era incidente del reconocimiento en que le vivia por haberlo criado y educado, mas que necesitaba para su decencia la plata labrada y alguna ropa, y que iba a solicitar el comun interes de su nacion. Entre dos males, el menor se tiene por bien, como fué el que dejase algo pudiendo llevarlo todo: parécenos será disculpable esta disgresion. Noticiado

el gobernador de la proximidad de las tropas enemigas, mandó que el capitan Bartolomé Villagran saliese con doscientos cincuenta españoles y algunos indios al opósito, y en el asiento de Perales se avistaron con igual resolucion de pelear. El comandante Villagran formó su jente toda de caballería, y el tránsfuga Alejo, a la frente de los indios, los exhortaba a cumplir con el deber que voluntario solicitaba con empeño su valor. Principióse la accion con un feroz reencuentro de caballería de igual jenerosidad y lozanía: breve fué el espacio de la indecision.

Cedieron los indios quedando enteramente batidos, y se retiraban con grande confusion, la que se recrecia cargándolos la española. Mas preocupados en la codicia, principiaron a desbandarse por cojer los caballos con sillas o sin ellas, ya por despojar muertos o hacer prisioneros, sin que los oficiales los pudiesen contener. Advirtiéndolo los indios, quienes con facilidad se desordenan y forman, segun su costumbre, reuniéronse y con notable celeridad cargaron a los españoles dispersos, en cuyo vencimiento hubo poco que hacer. Viniéronlos siguiendo grande espacio: murió el comandante y otros muchos, y a no haberse levantado una voz bien a propósito de que venia jente de refresco a incorporarse con ellos, lo que los contuvo, hubiera sido mayor la pérdida. Estas mutaciones se representan en el teatro de la guerra cuando no se usa de la victoria con las precauciones que pide la prudencia. Igual caso sucedió aquel siglo en tiempo de Mahometo III, que vencida su vanguardia por el archiduque, el renegado Sicala, hijo del infeliz vizconde Cip.[n] venció a los cristianos desordenados, como dice Berdier.

No obstante estos infortunios, se adelantaban las armas y se pobló la plaza de Buena-Esperanza y Talcamávida, quedando los paises que entre ellas mediaban a cubierto de sorpresas. Túvose noticia en la de Conuco de como se prevenian tropas escojidas y suficiente remonta con designio de invadir nuestras fronteras; y para el opósito ordenó el gobernador saliese de dicha plaza el sarjento mayor del reino Bartolomé Gomez Bravo con doscientos ochenta españoles y algunos indios de San Cristóbal, que sirven a sueldo hasta lo presente; y estándose refrescándose hombres y caballos al medio dia por lo excesivo del calor, tocaron al arma los centinelas por haberse avistado una corta partida de enemigos: separóse advertidamente uno de ellos y un indio de San Cristóbal nombrado Bernabé hizo otro tanto, y mediando entre los dos un barranco, le dijo Huentecura, cacique de la encomienda de Don Juan de Montecinos, que dijese al sarjento mayor se retirase porque eran mas de mil hombres, valientes y bien montados, los que traia Alejo a su comando con otros capitanes de fama, y que venian mas de trescientos yanaconas, y que la jente española era poca para salir con aire de aquel empeño. Zahirióle Bernabé con su desercion, a que satisfizo diciendo, que habiéndole aprisionado a su mujer, le habia sido inexcusable seguirla, mas no le era imposible su vuelta separándose. Y habiéndole oido el sarjento mayor, ordenó se previniesen todos y marchasen en solicitud de los enemigos, no obstante que hubo algunos que le representaron

varios motivos para obviar el encuentro, a quienes les respondió que daria ántes gustoso mil pasos para la muerte que no uno para la vida, y que siendo él el primero, los empeñaria de suerte que entendiesen todos que no habia mengua en su valor. Esto fué no sé por qué dicterios que anteriormente le habian dicho algunos inconsiderados o envidiosos de su fortuna, pues es miserable la que de enemigos carece, como dice Séneca: y apresurando la marcha se fué para los enemigos con despecho de hombre que busca la ocasion a cualquier precio, por despique o venganza de la murmuracion; pues contra Moises la hubo, cuyos portentos testificaron la privanza que con Dios tuvo, no solo de los levitas sino de sus hermanos Aaron y (1).

LIBRO SESTO.

CAPITULO I.

Dase noticia de la batalla que con los indios tuvo el sarjento mayor Bartolomé Gomez Bravo, en que perdió la vida: al fin de un dudoso Marte se retiraron los enemigos.—Envían unas cortas partidas para damnificar a los españoles en los caminos inmediatos a la Concepcion: hecho valeroso de Luis de Lara.—Puéblase la plaza de Lota.—El jeneral Misque con floridas tropas intenta una accion memorable.

Las calidades que pidió Ciceron para un buen ministerio, fueron prudencia para consejos, presteza para ejecuciones, industria para negocios y expediente para despachos. Tuvo Don Pedro estas eminentes calidades, realzadas con su ejemplar vida y calidad de cristiano, sirviendo para los venideros de idea de buenos gobernadores; y pues que no corrian de su cuenta los acasos de la fortuna, proseguirémos en decir los que tuvieron nuestras tropas en el sitio de Lonquen. El sarjento mayor ordenó se formasen en una loma despejada y nada pendiente, en caballería, y en el respaldo de su frente habia un barranco moderado que cubria en alguna manera su fondo. Los indios, como a dos tiros de fusil de los nuestros, se dividieron en dos tropas: traian clarineros españoles, pífanos y clarines, segun costumbre de la nacion. Allí Alejo se dejaba ver con singular entereza y valor exhortando a los indios. A este tiempo cuatro o cinco españoles ejecutaron la bajeza de desbandarse, y visto por el sarjento mayor, los mandó seguir y arcabucear, mas lo uno y lo otro sin efecto. Echóles la absolucion el capellan, que se conturbó de tal suerte que el jeneral le alentó a proseguirla, y sacándole al baston el

(1) Aquí está interrumpido el discurso, sin que se baga a este respecto advertencia alguna en el MS.

casquillo de oro. lo arrojó diciendo que ya no servia. Los indios acometieron a los españoles con tan feroz reencuentro, que pensaron atropellarlos, y los estrecharon de tal suerte en figura de medio círculo, que ijadeaban los caballos de oprimidos, y los españoles tan estrechos que unos a otros se embarazaron.

Los indios, al contrario, manejaban sus picas con denuedo y presteza: a este tiempo levantó la voz un soldado diciendo, que el sarjento mayor era muerto; mas el teniente Don Gerónimo de Campos desmintiéndole le tiró un golpe de espada que le hirió gravemente, y por segunda [vez] nadie repitió esta voz. Viendo los indios cuan unidos se defendian los españoles y el daño notable que experimentaban, de comun acuerdo se retiraron a poco mas de tiro de fusil, para rehacerse y volver a repetir la accion despues de haber tomado algun aliento, pues era el tiempo y la hora mas ardiente del año y del dia. Ofrecióseles un arbitrio, de que se conoce cuan discursivos los pone su belicoso jenio, que fué de incendiar el campo de batalla donde habia crecido el herbaje, y tomando el viento a su favor, venirse encubiertos del fuego y humo, enemigos tan poderosos que les darian a la tropa española poco ménos que vencida. Ejecutáronlo así, y viéndose cuasi batidos, se encomendaron a Dios y a la Vírjen Santísima con gran fervor: y sin duda su superior influjo pausó el aire y contuvo el fuego o llama en materia tan combustible; y frustrada su esperanza, acometieron por segunda [vez] con el esfuerzo primero: duró la accion indecisa mas de una hora, y se retiraron por segunda [vez] con el ánimo de volver a renovar la batalla con mas válido aliento. Hallábase el campo español consternado: muchos soldados tenian las picas quebradas, y para que los enemigos no advirtiesen la disconformidad, los pusieron en el centro, haciendo que las levantasen otros: habian perdido sus arcabuces y carabinas y solo se hallaban con espadas. Huentecura y otros los disuadieron, oponiéndoles la mucha jente que tenian perdida y la mayor parte herida, y la victoria si la conseguian, lo que dudaba, que les seria fatal y costosa: segun la continencia con que estaban los españoles y el aire esforzado con que los veian, moririan todos en el empeño, y que sus caballos estaban fatigados. Por fin, cedió Alejo, y se retiraron al son de sus clarines y cornetas: murió el capellan, que un dia ántes de salir de la plaza habia celebrado su primera misa, y los capitanes Juan de la Cruz, portugues, y Juan de Medina y el cirujano con cuarenta y ocho españoles que quedaron en el campo de batalla. Así hemos oido esta accion, y principalmente a Nicolas Gonzalez de Albarrán, que en ella se halló.

El sarjento mayor perdió la vida al principio de la accion y su cuerpo quedó tan hollado, que apénas quedó conocido: era casado con Doña Gregoria Fontalba, de las principales familias de la Concepcion, de quien no subsiste projenie. A su heredada nobleza acreció prendas adquiridas, las que con violento atractivo le hacian amable: fué gran latino, y túvose por cierto que a la hora de su muerte se le apareció al

padre Diego Rosales, su amigo íntimo y ejemplar relijioso de la Compañía de Jesus.

Por este y los antecedentes hechos, vemos practicada la máxima de la mas acertada política, que es alejar la guerra del propio pais y hacerla en el ajeno, para en caso adverso tener por receptáculo el propio, como dice el marques de Santa Cruz y el proverbio aleman, de que es bueno atar los caballos a los árboles de los enemigos. Pasó a mas, que fué a despachar partidarios con corta comitiva, para que puestos en la inmediacion de la ciudad, en tránsitos estrechos y montuosos, aprisionasen o matasen los pocos viandantes que encontrasen, o los que de las plazas fronteras fuesen a la Concepcion o retornasen, porque no dejó corta rima (*sic*) su malicia por donde no entrasen a damnificar a los españoles.

Y para obviar este embarazo con el castigo de los agresores, destacó el gobernador a Don Alonso Gomez Hidalgo con suficiente tropa; y habiéndola distribuido en patrullas, empezaron a talar e incendiar los bosques de mayor espesura, buscando a los hombres como si fueran fieras: fructuosa fué la solicitud, pues el capitan de caballos e intérprete jeneral Don Tomas de Soto, persona que sirvió muchos años al Rei, aprisionó cinco que pagaron su delito y tal cual otros; mas los indios, complaciéndose en sus sanguinarias indignaciones, quitaron la vida a tres españoles por via de satisfaccion de estos castigos. Es digno de nota el atrevimiento de esta nacion, pues en el intermedio de la ciudad y tantas plazas fronteras, léjos de su pais y tan sin humano socorro, se expongan a contender y provocar a los españoles: mírese este arrojo a la luz de un juicio desinteresado para hacerlo de su valor, pues no fuera mucho el ejecutar esto de rebato, como lo es el hacerlo de asiento. Los acaecimientos sucedidos en várias haciendas y menores combates, los hemos omitido, porque la nimia prolijidad en su recito fuera importuna y pasara a ser dilatado volúmen. En la hacienda de la Magdalena de los jesuitas se fortificaron y se pusieron en estado de la defensiva, tambien en Bularco, en Uñigüe y en el partido de Maule; y aun viendo que por allí pasaba un destacamento a hostilizar la costa de Chanco, salió Domingo de Mieres a acometerlos sin suceso, porque los indios al primer reencuentro los hicieron ceder y se retiraron con precipitacion y alguna pérdida, y esta la compensaron con quitarle la vida a un prisionero, y de resulta, pasado Maule, se volvieron los enemigos por la cordillera, donde la naturaleza quiso formar un puente entre dos peñas, trayéndose gran despojo de caballos y otras especies.

La vijilancia y cuidado que pedian los caballos, era grande y hacíase mayor al ver la solicitud que los indios ponian en llevárselos. Luis de Lara, natural de la ciudad de Santiago, era hombre de consumado valor, y de comun soldado que lo fué en sus principios, [se hizo] distinguir por haberse fiado a su cuidado su custodia.

Los enemigos, tomando oportunas medidas, vinieron a sorprenderle y con tal suceso que se retiraban ya con gran presa. El comandante juntó hasta treinta españoles y con feroz ímpetu los acometió, desordenó y

consternó, que no obstante que eran mas de cien los enemigos, se los quitó, mató algunos y otros hizo prisioneros, cuya accion lo colocó en alta estimacion, como verémos; y lo es ya de que a la vista pongamos la muerte del traidor Alejo. En todo se procuró conjeniar con los indios, imitando sus modales, lo que no era contra su jenio, dándose a la embriaguez y poligamia, que en lo uno y lo otro procuró excederse. Solicitó otra mujer mas de las que tenia, porque en estos excesos los hombres se digustan fácilmente de lo que poseen sin pena, y hallando en la reciente mas atractivos que en las otras, ella era quien solo disfrutaba su cariño. Mas sobre celosas, resentidas y quejosas del mal trato que experimentaban, aunáronse dos y resolvieron el matarle y con celeridad retirarse al pais español. Tanto finjen los semblantes, tanto ocultan corazones: aunque la ejecucion se retardó, el tiempo no las desimpresionó, porque no hai ira mayor que la de la mujer, como dice Salomon; y un dia que le vieron recargado de una fuerte embriaguez, con un *topo*, que es un fornido alfiler en el un extremo puntiagudo y en el otro chapeado, adorno de que usan, le mataron y con dichosa fuga llegaron al pais español: la una de ellas habia sido prisionera. Diéronles por recompensa durante su vida racion y sueldo de soldado.

Las armas se adelantaban, y con la mira de dominar la costa, se pasó de Andalien la tropa que allí estaba acampada, al sitio de Lota, de la otra parte del caudaloso Biobio, en la orilla del mar y una legua del cerro de Villagran, ensenada abundante, divertida y segura. Su guarnicion constaba de ocho compañías de infantería y caballería. Los indios, viendo que los favorables sucesos que habian experimentado, no eran estorbo para que los españoles adelantasen sus progresos, y que los iban estrechando, resolvieron el hacer un poderoso esfuerzo que mas fructuoso les fuese, y que mejor seria caer de sus esperanzas, como dice Séneca, que no vivir suspensos: y dispuso Misque, yanacona que se habia levantado entre ellos a una desmedida autoridad, venirse para el pais español con mil quinientos hombres los mas selectos de sus tropas, escojidos a su satisfaccion. El verdor de esperanzas con que venian, excede a toda credulidad: discurrian que aun la ciudad de la Concepcion no estaba segura; mas lo que no admite duda es el que venian prevenidos de sogas para llevar de seguro prisioneros.

CAPITULO II.

Sorprenden los españoles las tropas enemigas, que ménos se discurrió, y quedan enteramente batidas.—Singular modo con que fué aprisionado su jeneral Misque, a quien se le quitó la vida.—Dan la paz algunas provincias de la costa.—Muere el gobernador Don Pedro Porter Casanate: hácese un debido elojio a su memoria.—Sucédele el maestre-campo Don Diego Gonzalez Montero.

Es metáfora mui propia pintar al tiempo con alas, por quien dijo San Gregorio, que era un movimiento de contínua perpetuidad. Llegábasele al gobernador el de su ocaso, pues el morir es pena impuesta a

nuestra naturaleza, o es cumplir con el decreto del humano vasallaje. Mas en la melancólica positura en que se hallaba, no desacordó los intereses del reino y ordenó al maestre-campo Gerónimo de Molina, que habia tiempo que lo era, persona de la distincion que tenemos dicha, que con seiscientos españoles y los indios que a sueldo servian, fuese a las Quechereguas, provincia pertinaz de su belicoso clima; cuyo proyecto se ejecutó sin noticia de la expedicion que tenia dispuesta Misque, ni ménos de las tropas nuestras, las que habiendo transitado el rio de la Laja, resolvió el sarjento mayor Don Martin Erizar, comandante, con el comisario Luis de Lara, que en prosecucion de su destino fuesen para el vado de Negrete y que por allí se transitase el Biobio; cuando advirtió la vanguardia que habia rastro de reciente huella, que iba para el salto de la Laja o Curanilagüe, dos vados poco distantes que ofrecia el rio, y aunque anocheció se prosiguió el camino o marcha, cuando un indio de San Cristóbal llamado Tanamilla, que servia en nuestras tropas, se separó un poco de ellas, y no pudiendo incorporarse por la oscuridad, pasó el rio por el salto o despeño, discurriendo que lo hubiesen ejecutado ya los españoles, y se halló en el campamento enemigo, el cual estaba en la opuesta ribera, teniendo a su derecha un arroyo cenagoso: reconociéronlo, y preguntado, respondió sin conturbarse, que andaba en solicitud de su caballo que se le habia soltado. Satisfizo tan repentina y natural respuesta, y con no menor fortuna que destreza supo evadir el peligro, coadyuvando el lenguaje uniforme a la simulacion: repasó el rio y notició a los españoles del acaecimiento, hallándolos con no menor dicha que la que pareció desgracia cuando se perdió, porque era preciso se ejecutase en la tierra lo que estaba determinado en el cielo. Tuvieron muchos la noticia por fabulosa, no persuadiéndose a que persona tan práctica se hubiese perdido; mas la eficacia con que lo persuadió y el castigo a que se ofreció, satisfizo la duda. Transitó el sarjento mayor el rio, y el grande estrépito que hace el despeño de las aguas, impidió se oyese el ruido que en él hacian los caballos, y justamente a la primera luz los acometió, Don Martin por el fondo y el comisario por el frente, quien pasó el rio por Curanilagüe: eran diez compañías, cinco de caballería y otras cinco de infantería montada. Los primeros los atropellaron hallándolos en profundo letargo, consecutivos los otros los siguieron: era prolongado el campamento, y en él estaban con sus caballos: la costumbre de estos bárbaros es dormir sin ropa ninguna interior, y muchos en carnes tomaban las armas para defenderse, atendiendo mas a ellas que a cubrir su desnudez: algunos cortos pelotones se ponian en defensa, mas luego los disipaban. Echábanse al rio, y la rapidez de su corriente a los mas los precipitó en el despeño; otros montando en los caballos sin sillas huian errantes a ganar la cordillera.

En el campo de batalla quedaron muertos seiscientos indios y se aprisionaron mas de doscientos, fuera de los que murieron ahogados y de las heridas en el regreso a su pais: halláronseles las sogas para asegu-

rar prisioneros, como dejamos dicho: mil trescientos caballos se cojieron, muchas espadas, cotas y otras armas ofensivas: para que la victoria fuese complida faltaba la captura de Misque, el cual con una partida corta se habia ido a alojar tres leguas del campamento ácia nuestro pais, para cuyo efecto se destacó la jente española que pareció competente, la que se vistió con el ropaje indiano, y montada en la caballería de su uso, se asemejaban con gran propiedad; estos se adelantaron escaramuceando, mas en similitud de diversion que de formacion de tropas arregladas; y habiéndolos observado desde una eminencia que predomina aquellas espaciosas campañas, en la cual se habia acampado, que por memoria de este hecho hasta hoi retiene su nombre, con impaciencia les envió a decir, que se acordasen que no estaban en sus tierras, y que aquella no era forma de marcha de soldados: los dos emisarios solo reconocieron a los españoles cuando se vieron prisioneros, y como que obedecian a sus órdenes, se vinieron formados, y era tal la similitud que Misque ni treinta y seis, sus asociados, lo advirtieron sino al tiempo de su arresto, y solo dos se exceptuaron, a quienes libró la velocidad de sus caballos o la corta distancia que fueron seguidos.

Juan García, persona de calidad y de reconocido mérito, que se halló de capitan en esta accion, le cortó una oreja a Misque por ciertos dicterios, o que fuese produccion colérica y no premeditada, porque la ira quita a la accion lo espontáneo: con el estrépito de las armas estas acciones pasan por indiferentes. Este jeneroso bárbaro, viéndose mutilado, pidió el que le quitasen la vida, pena condigna a sus delitos: recibió el golpe fatal con valor y entereza, dejando a todos edificados la resignacion y cristiandad que manifestó. Esta ejecucion fué en Buena-Esperanza. Tuvo dos hijos en una señora casada que aprisionó: tratóla con estimacion y decencia, y recibióla despues de su extraccion el marido, adoptándolos por propios. Consternó notablemente a los indios esta accion, pues perdieron mas de cien personas todas distinguidas de su pais en estimacion, valor y consejo.

El gobernador adolecia de una tal hidropesía, que llegó a términos de irremediable: fué tan vehemente su pasion que hizo pesar las aguas del contorno de la Concepcion. Dispuso su testamento, en el cual se admira la pobreza con que murió, su piedad y devocion. Dejó por albacea y heredero al maestre-campo Alonso Barriga, persona de toda distincion que siempre le acompañó, cuya familia se quedó en la Concepcion establecida; y dispuso que una imájen de bulto que lo mas de su vida le habia acompañado, la remitiese a la puebla de los Anjeles, la que se la habia dado el ilustrísimo señor Don Juan de Palafox con este cargo. En su persona halló la justicia oido para la queja, y brazo para el castigo y vista para el merecimiento, como dice la Sabiduría. Su constancia y valor fué a toda prueba: dígalo la América Setentrional en la California y Sinaloa, y Chile, que a su ingreso lo halló en positura melancólica, cual ántes ni despues estuvo. Tuvo la consolacion de que la mayor parte de la costa solicitase con sumision la paz, y la sorpresa de

la Laja tan decisiva, con cuyos hechos se disiparon desgracias y principiaron los crepúsculos de serenidad, y la poblacion de Yumbel.

Es cosa singular que se hallase en aquel siglo un hombre con los constitutivos para la admiracion de los venideros en Chile, y no le es inmoderada ninguna alabanza. Othon Venio pintó la clava de Hércules en la superior esfera elevada y resplandeciente, y debajo una corona de laurel deshecha con una letra que decia: la virtud es su mismo premio. Esta lo fué de Don Pedro, pues en cerca de siete años que gobernó a Chile de interino, no se le confirió la propiedad pidiéndolo su mérito y el comun deseo del reino, y lo que ocasionó su prosecucion fué la muerte de dos o tres provistos. Sucedióle en el gobierno Don Diego Gonzalez Montero, y quedó de presidente de la audiencia real del reino el oidor decano. Era Don Diego el maestre-campo mas antiguo y una de las personas de mayor mérito que en el ejército habia, cuya ilustre prosapia está dispersa en el reino del Perú y en la ciudad de Santiago. Gobernó a Chile tres meses o algo mas, y como persona tan práctica en el manejo militar y político, mantuvo las armas y fronteras con toda reputacion y dispuso el que se adelantasen las fábricas, hasta que llegó su sucesor al reino el año de mil seiscientos sesenta y dos.

CAPITULO III.

Viene de gobernador D. Anjel de Pereda, de la órden de Santiago.—Batalla que tuvieron los españoles con los indios en el monte de Villagran, que termina a favor de los españoles.—Puéblase la ciudad de San Bartolomé de Gamboa.—Nombra el Rei por gobernador interino al Iltmo. obispo de la Concepcion, y le halla muerto.—Los servicios de Chile hace el Rei de igual mérito a los de Flandes, España e Italia.—Manda el gobernador se pueblen las ciudades.

Deidad venerada de la antigüedad pagana fué Corbona, cuya intendencia era cuidar de los huérfanos: tenia altar en Roma junto al templo de los dioses lares, como dice Rosino. Este númen le fué a Chile propicio, adonde se veia tanta horfandad y descarriadas familias, en el nombramiento que de gobernador hizo el virei del Perú en Don Anjel de Pereda, de la órden de Santiago, de tan reconocida piedad y ejemplar vida, que diariamente tenia siete horas de oracion mental y vocal, sin que desacordase las obligaciones de su cargo. Siguiendo el método de su antecesor, conservó el número de consejeros para dirijir las operaciones militares, lo que mas bien confirmó el alto juicio que se tenia de su persona; y así dice Salomon, que el sabio oye consejo. Los indios de la costa volvieron a sublevarse, dando a su jenio o inconstancia lo que tan connatural les es. El gobernador y los de su consejo discurrieron el que se les diese pronto castigo para el escarmiento propio y ajeno; y a este efecto pasaron las mas tropas que se pudieron a la plaza de Lota, a que se agregaron algunas personas de distincion voluntarias y otras de menor esfera.

Los indios, bien advertidos del bélico aparato que se prevenia para su

castigo y entera sujecion, se acamparon en la cima del monte de Villagran, nombrado en su idioma Marigüeno, y el que ha sido várias veces palestra de Marte, como tenemos dicho; fortificaron su campamento con trincheras y foso. El maestre-campo Don Ignacio de la Carrera, de la órden de Calatrava, se hallaba en la plaza de Lota con el comando de las tropas que habian de ir a desalojar a los enemigos, y para que esta expedicion tuviese el acierto que se esperaba, ordenó el gobernador al sarjento mayor Juan de las Ruelas Millan, persona mui acreditada en el servicio del Rei, que enviase un destacamento de españoles e indios, y que para el dia aplazado se hallasen en Chivilingo, cuya situacion es al respaldo de dicho monte, y por consiguiente quedasen los enemigos entre unas y otras tropas. Parecen que habian tomado cabales medidas para fundar esperanzas, en cuya prosecucion salió el maestre-campo de Lota con la caballería española y algunos auxiliares, y al pié del monte llegó al romper el alba, saludándola con clarines y cajas, que hasta allí habia sido marcha silenciosa la que habian traido.

Principióse a subir el prolongado repecho del monte, no por la senda que hoi se trajina, sino por la inmediata al mar, que se ha abandonado. Los indios con solicitud industriosa, por un lado y otro del camino, habian puesto tercios de frutas y otras especies comestibles y apetitosas para que provocados se desordenasen; y se admira que ni las triviales industrias omiten cuando les pueden ser fructuosas. En caballería e infantería esperaban a los españoles, y eran mas de dos mil, y la superioridad del terreno alentaba su confianza. Principióse la accion con igual coraje, y con feroz ímpetu un destacamento de caballería cortó un trozo de la vanguardia española por la derecha, sin poderlos retener ni con el fuego ni picas, lo que causó confusion y amenazaba mayor desórden o la total pérdida de la batalla. Entónces el maestre-campo ordenó a Don Alonso de Córdoba, capitan de caballos, que con su compañía que estaba de retencion, acometiese a los indios: efectuólo con tal ardor que en breve tiempo cedieron desordenados y con su precipitado retiro se llevaron por delante un destacamento que venia a sostenerlos: entónces los españoles divisos y consternados se reunieron. Un indio se llevaba a uno de los cabellos, y un soldado llamado Clasin le disparó con tal acierto, que mató al indio y libró al prisionero.

La accion de Don Alonso, que fué mi padre, dió la victoria de este dia y las consecuencias favorables que se siguieron: así consta de informacion hecha ante Don Alonso de Sotomayor, correjidor de la Concepcion, que en mi poder pára, y los declarantes se hallaron en esta funcion. Y en prosecucion del desórden en que los indios estaban, los atacaron con vigor, y se retiraron con confusion a su campamento fortificado, y siguiéndolos sin darles tiempo a que se reuniesen, pasaron el foso, siendo el primero que lo ejecutó un soldado valeroso nombrado Farfan, y entraron en su campamento matando o hiriendo a cuantos por delante encontraban. Mas como la cima del monte era montañosa y su falda que cae a Arauco, se salvaron muchos, y habiendo transitado

el rio de Chivilingo, se retiraron por lo de Arauco, unos a pié y otros a caballo, y no pocos quedaban heridos y otros muertos: llegó a este tiempo Juan Muñoz con la jente de Yumbel, y se le imputó a descuido o pusilanimidad el no haber acometido a los enemigos que iban con tal desórden y desgreño, como tenemos dicho, adonde solo restaba el aprisionar o matar; mas hemos hecho una informacion, vista a su defensa, en que consta que no tuvo tal órden y que el rio de Chivilingo con la plena marea estaba crecido, que solo a nado y con gran riesgo era transitable. La pérdida de los indios fué considerable y se reputó por la de quinientos: la de los españoles fué casi ninguna, lo que hizo mas plausible esta victoria y abatió de tal suerte su orgullo, que sumisos solicitaron la paz, de que se siguió el que se poblase la plaza de Arauco.

El gobernador siempre prefirió el ser amado a ser temido, a imitacion de la Suma Bondad, que lo manifestó cuando el castigo de Pentápolis, que por el mérito de pocos se puede perdonar a muchos. A las armas o a la guerra se le imputa la subversion de las leyes, el desprecio de la justicia y el dominio de la impiedad: procuró Don Anjel correjir y enmendar lo que se pudo, y se atrajo las voluntades con los beneficios que hizo, pues no siempre es cierto que quien al comun sirve a nadie obliga. Los vecinos de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa se hallaban dispersos con el abandono de ciudad, como tenemos dicho: procuró reunirlos y fomentarlos para que se repoblase, pues no solo cedia en el beneficio del vecindario, sino en mayor seguridad del reino, para cuyo efecto destinó al comisario Don Miguel de Saldias, a quien por sus méritos despues se le confirió este grado no ménos que por su calidad, que en dicha ciudad se acimentó y hoi permanece su familia, que con doscientos hombres y algunos indios agregados, previniesen el maderámen necesario y lo demas conveniente para la construccion, y que quedase en estado de regular defensa: ejecutólo todo con acierto y sumo trabajo, en cuyo empeño perecieron dos hombres. Por fin, principióse la reedificacion año de mil seiscientos sesenta y cuatro, y por recuerdo de este beneficio se saca el real estandarte anualmente el dia del Anjel Custodio, para que la posteridad no ignore el nombre de tan ilustre benefactor: no hubo mutacion de lugar, pues aquel ameno pais no envidia delicia alguna a célebres pensiles del orbe, y ser su terreno mui fructuoso.

Este año, recreciendo honores el Rei a los que en Chile le servian, declaró que la guerra era de igual mérito a la de Flandes, España e Italia, y asimismo pasó ántes a nombrar por gobernador del reino al ilustrísimo Don frai Dionisio Cimbron de Bruna, obispo de la Concepcion, miéntras llegaba el maestre-campo Don Gerónimo de Balboa y Mogrovejo, gobernador de Alcántara, y que se formase un consejo para que en él se resolviesen las operaciones de la guerra; mas la muerte, que como dice Aristóteles, es lo mas espantoso de lo terrible, quitó la vida a los dos provistos, y solo hace al mundo hermoso el olvido de ella, como dice Séneca. El gobernador, viendo ya mas asegurado el pais con

la reedificacion de la nueva ciudad, pasó a ejercitar sus bondades y ordenó que se poblasen las haciendas de campo, que nueve años habia que estaban abandonadas, y para estimularlas mas dispuso el que a las personas mas necesitadas se les diese algun ganado menor, para cuyo efecto halló su prudencia arbitrios, sin que su conmiseracion la actuase con caudales ajenos; y así dice Salomon, que es bienaventurado el que abrió su mano al necesitado y extendió sus palmas al pobre: y porque aun fuese mayor el incentivo de unos y el recelo de la pérdida de su conveniencia en otros, publicó una órden circular para que los dueños de las tierras las poblasen dentro de un competente término, y en caso de no hacerlo por culpable omision, se reputasen por vacantes para darlas a otros que lo hiciesen. En tan loables ejercicios se hallaba entendiendo el gobernador, cuando llegó al reino su sucesor por Buenos-Aires, con una recluta.

CAPITULO IV.

Viene de gobernador D. Francisco Meneses.—Desazones que tuvo con su antecesor: debido elojio a su persona.—Puéblase la plaza de Puren, de donde se hacen frecuentes irrupciones, y el fuerte de Birgüen: matan con asechanzas su guarnicion y se apoderan de él.

La lonjitud del tiempo consume y acaba todo lo que produjo y ejecutó él mismo, y así le define Aristóteles diciendo, que es sucesion instantánea que consiste en el principio de porvenir y en fin de lo pasado. Terminando el de Don Anjel, principió el de Don Francisco de Meneses, que vino con el grado de jeneral de la artillería, persona digna de mejor fortuna y de mas elevado premio por lo mucho que al Rei sirvió con gran distincion y principalmente en la defensa de Valencianas; y aunque con escasa luz de los disturbios que hicieron azarosa su fortuna en Chile, dirémos algo de lo que ha podido descubrir nuestro desvelo: ni tampoco convendria tocar asunto tan delicado sino es con lijera pluma. Pasó luego el gobernador a la frontera y manifestó a los soldados singular agrado y afeccion, acariciándolos segun sus grados, calidad y mérito, tanto que no faltó adulador que se lo improbase, mas sin efecto, a imitacion de Trajano, como dice Plutarco, que habiéndole censurado un lisonjero la llaneza con que se dejaba tratar, respondió, que queria ser emperador para otros como habia deseado el que lo fuesen para sí; pues es mui cierto que debe amar el que quiere ser amado, como dice Séneca: lo que bien se manifestó, pues los soldados al gobernador le profesaron siempre una cordial voluntad. Principióse a alterar la buena correspondencia que debe haber entre sucesores y antecesores, y retirándose Don Anjel para la ciudad de Santiago, envió el gobernador al preboste jeneral a que le prendiese, y aunque el comisionado ejecutó la dilijencia con solicitud, fué sin efecto, porque Don Anjel lo llegó a entender a su ingreso por la Cañada, calle prolongada de la ciudad de Santiago, y a paso presuroso, por venir los ministros en

su alcance, ganó la clausura del convento de San-Francisco y por ella se dejó caer, de que resultó el quebrarse una pierna.

Esta accion causó bastante escándalo, porque estaba Don Anjel bien amado; mas despues se embarcó para Lima y fué provisto para el gobierno de Tucuman, en cuyo ejercicio murió, dejando su memoria laureada de bendiciones, de que fué merecedora su inculpable vida y singulares talentos. A los siete años de su muerte, se halló su cuerpo incorrupto, y accion tan sobrenatural indica la pureza de costumbres que siempre se le notó.

Al gobernador le pareció que sin indecoro no podia estar mas tiempo en la innaccion, y así resolvió penetrar con poderosas tropas el pais enemigo, y para que mas resintiesen las operaciones de la guerra, dispuso el que se poblase la plaza de Puren y quedase en brida aquella belicosa provincia y las adyacentes. Fué jeneralmente aprobado este dictámen, y prevenido lo conducente a tan glorioso asunto, se puso en marcha con mil y seiscientos españoles e indios: otros dicen que fueron mas. Siguióse el destino sin novedad alguna, sino de actuar los rigores de la guerra, de incendios, talas, robos y prisioneros, en que reportaron bastante utilidad los soldados. Puesto el gobernador en el campo de Puren en alojamiento cómodo y fortalecido, despachó algunos destacamentos para talar el pais, y todo se ejecutó con suceso; y sin perder tiempo pasó a delinear y construir la plaza en el mismo lugar de donde se despobló el año de mil setecientos veinte y cuatro. Dió el gobernador grande ejemplo, pues era el primero que ponia la mano en el transporte de materiales y lo demas conducente a su adelantamiento; y puesta en estado de regular defensa, nombró por comandante de ella al comisario Luis de Lara, persona de mérito y de valor a toda prueba, como dejamos dicho. No pareció a muchas personas de las distinguidas del ejército que era adecuado para el comando, porque decian que su espíritu era mui fogoso, y que sus arrojos, que algunos reputaban por inconsiderados, podrian causar alguna ruina que trajese funesta consecuencia; que los gobernadores de plazas tan distantes del recurso, como aquella era, debian ser reportados. Mas haciéndose el cargo el gobernador de todo, resolvió que quedase el electo, y que las operaciones de la guerra se habian de determinar por un consejo de doce personas que nombró a pluralidad de votos, diciendo que en ellas dejaba rendajes para contener su ardentía: oímoselo así a persona que se halló presente; y quedando trescientos hombres de guarnicion y la precisa remonta solo, por no exponerla, se retiró el gobernador a la Concepcion bien observado. Esta nueva colonia causó a los indios sensibilidad mui llena, y procuraron estrechar e incomodar a los españoles, valiéndose de la fuerza y del engaño, el que, segun San Crisóstomo, siempre tiene color de bien. De los fuertes combates que se tuvieron con los indios, fuera prolija e impertinente su narracion: mas habiendo el comandante Luis de Lara acometido a los indios en la laguna de Vutanleuvu, donde se habian fortalecido en sus islotes, lodazales y montañetas, que todo concurre a

hacerla impenetrable, terminó la accion mui a favor de los indios, librando el comisario la vida mui mal herido, porque empeñó la persona en demasía, y a su ejemplo los soldados: la pérdida de jente fué mucha, no solo en esta, sino en várias acciones, lo que se imputa al comandante. Mas los indios, compulsos de tan tenaz empeño, se fueron sometiendo. Los jenerosos pensamientos del gobernador terminaban en la total sujecion de esta nacion, por cuyo motivo se construyó un fortin en la provincia de Birgüen, situada en la ceja de la cordillera, donde principia lo montañoso de ella. Anhuilipe, cacique jeneral, con afectada sumision dió la paz y solicitaba con cautela la ruina de los españoles, acabando con ellos o expulsándolos de su pais: logró sus alevosos deseos, y así dice Vejecio, que mas ofende un finjimiento o traicion que las armas. Llegó un dia presuroso a la plaza y con aspecto conturbado y entre balbucientes voces dijo al comandante Paredes, que por parcial de los españoles habian venido a sorprenderle los enemigos rebeldes, y que actualmente talaban su territorio y a sus vasallos con sus familias los llevaban prisioneros, en cuya infeliz suerte discurria ya comprendida su familia, y que por gran fortuna suya habia librado y venia a pedir socorro, suplicándole cumpliese la palabra que le habia dado de protejerle: vinieron otros sucesivamente reagravando la noticia, sobre cuyo asunto de irlos o no a socorrer hubo su acuerdo. Los mas fueron de sentir que no debian moverse de la plaza hasta mejor cerciorarse, y que no habia que dar crédito con lijereza a jente alevosa y de tan experimentada mala fe; mas el comandante, poco advertido o temerariamente confiado, resolvió el irlos a socorrer llevando la mayor jente de la guarnicion, y experimentó lo que dice Séneca, de que se apresura el peligro que se menosprecia; pues a corta distancia de la plaza fueron circundados por las tropas enemigas que allí estaban apostadas, y aunque se defendieron con valor, cedieron a la muchedumbre y perdieron todos jeneralmente la vida, no obstante que el alférez, teniendo por respaldo un peñasco desmedido, la disputó mucho tiempo con increible valor, aunque infructuoso. Los enemigos sin perder instante se vinieron a la plaza: el residuo de la guarnicion se defendió en un baluarte, donde perecieron, exceptuando a mui pocos su furor, a quienes llevaron con sus mujeres, dejando la plaza sepultada en sus cenizas, pudiendo bien medir los vencedores su gloria con el valor de los vencidos, que fueron ochenta españoles, y reputar por mayor su número, segun su obstinada resistencia contra mil quinientos indios.

CAPITULO V.

Llega el sarjento mayor al fuerte de Anguelipe despues de su pérdida y retírase a la plaza de Tolpan: procuran los indios sorprenderla sin suceso.—Acaece una notable inundacion, y puéblase Yumbel.—Prision y castigo de Anhuilipe.—Cásase el gobernador: tiene notables desazones con el veedor: solicita este quitarle la vida, de que se orijina su prision y muerte.—Disturbios entre el presidente y obispo de Santiago.

Siempre se juzga superior el que acomete, por no sé qué aire pavoroso que trae en su ejecucion lo inopinado: fué esta máxima de Ciro el menor, como dice Jenofonte. Ejecutó lo mismo el sarjento mayor del reino Don Alonso de Córdoba, padre del autor, saliendo con trescientos hombres de la plaza de Tolpan, y al cuarto dia llegó a ver el estrago que ejecutó el bárbaro furor, y aunque esperaban invasion y por eso se habian internado en las montañas, pero no tan anticipada. Talóse la provincia de Birgüen, cuyos habitadores fueron los traidores, aunque con poco fruto por lo que tenemos experimentado; y el sarjento mayor ántes de ejecutar su regreso hizo sepultar los cuerpos. Dejó piadoso ejemplo Jermánico, hijo de Druso, con restablecer el ara que su padre erijió, y juntar la osamenta dispersa de los que murieron con Quintilio Varo. Llegó a la plaza de Tolpan, la que se habia construido tiempo ántes al ingreso de este rio con el caudaloso Vergara, por cuyo motivo así la mencionaron: toleró la guarnicion penalidades excesivas, como fué la carencia de pan por el tiempo de tres meses, lo que parecerá bien extraño, mas a los europeos que a americanos.

Permaneció la plaza en su benigna situacion año y medio, teniendo en brida muchas belicosas provincias, o reclusos a sus habitadores en los bosques, por cuyo motivo se ofreció el cacique Aillimamil a sorprenderla, para cuyo efecto tomó precaucionadas medidas, y con dos mil hombres de caballería llegó a la primera luz a la inmediacion de ella; mas fueron reconocidos, y observó que estaban mui sobre aviso: incendiaron una fragua, y aunque estaban algo distantes, disparó un soldado nombrado Vilches con tal acierto que mató a un indio, y dejaron el yunque que intentaban llevar; y viendo Aillamamil mucha infantería bien distribuida por el recinto, que era de palizada, se retiró con un corto despojo de caballos, cuya accion ejecutó por segunda [vez], lo que bien manifiesta su espíritu ardiente y resuelto; y así dijo Plutarco, que era difícil de conseguir lo apetecido y hermoso, mas digno de alabanza el emprender.

Resolvióse el abandonar la plaza, no obstante que de ella se hacian frecuentes irrupciones las mas fructuosas, en que parece hubo divino influjo, pues a poco tiempo de este retiro acaeció tan copiosa lluvia, que inundaron los dos rios de Vergara y Tolpan toda la campaña de su situacion, con tan espantoso estrago que fué admiracion: todo lo referido consta de auténtica informacion de personas que presentes se hallaron, que en nuestro poder pára.

Las mismas tropas pasaron con su comandante a poblar a Yumbel con el nombre de San-Cárlos de Austria, habiendo tenido en tres que anterior a esta se hicieron el de San-Felipe de la Almudena, cuyas frecuentes despoblaciones ha orijinado alguna confusion. El gobernador dispuso el que se solicitase la captura de Anhuilipe, pues el castigo y el premio son los dos ejes de la vida humana, y en el juicio final esta será la ejecucion del mejor rei. Consiguióse con felicidad su prision y la de otros, y pagaron los mas culpados con la vida la pena de su delito, y primero fué atenaceado. El gobernador procuró que se internasen mas las armas, lo que así se ejecutó. Construyóse un fortin en la provincia de Repocura a distancia de catorce leguas de la plaza de Puren, cuya noticia le llevaron a la ciudad de Santiago, donde se hallaba; y como los hechos públicos son asunto de locuciones, pues de la jurisdiccion de la lengua no vive exenta la soberanía ni a su remedio alcanza el poder, profirió Don Juan Gallardo, persona de la primera distincion, que la dudaba, y la adulacion o lisonja se lo hizo saber al gobernador con coloridos que provocaron su indignacion.

Ordenó, pues, que se cojiese donde se hallase y le llevasen a Repocura para que no dudase de su poblacion: el dicho era digno de desprecio y no de tan severa demostracion como la de hacerle ejecutar una marcha de trescientas cincuenta leguas hasta su regreso; y bien experimentaria el gobernador, si no entónces, despues, lo que Séneca dice, que el arrepentimiento apresura el que presto juzga; y aunque este caso mas era digno de conversacion que del teatro de una historia, pero su resulta lo es, por cuyo motivo no lo omitimos.

Don Francisco Meneses bien cerciorado estaba de la lei que le prohibia casarse sin licencia del Rei en la jurisdiccion de su gobierno; no obstante, lo ejecutó con Doña Catalina de Saravia, hija de Don Francisco Saravia, marques de la Pica y persona de las mas distinguidas del reino, y si fué yerro el no pedirla, fué disculpable, pues, como dice Séneca, el amar y saber apénas a los dioses se concede, pues nada tiene de entendimiento una pasion; y así no se ve en ella gloria sin pena, ni felicidad sin queja.

En este tiempo parece se abrieron las puertas del Averno y salieron las Gorgonas o discordia, como finjió la antigüedad pagana, por las que se le ofrecieron al gobernador. Era veedor del ejército Don Manuel Pacheco, persona de mucho celo y desinteres, tenaz y exacto en lo que aprendia que era del cumplimiento de su obligacion, mas sin prudencia, que, como dice Plutarco, de los negocios humanos es guia, o segun San Agustin, es ciencia de lo que se ha de seguir o evitar: y sobre la distribucion del situado, impensas y otras distribuciones, tuvo con el gobernador desazones, desconviniendo en propuestas, lo que haria recrecer la adulacion y malevolencia; y tanto creció esto que determinóse a quitarle la vida al presidente, para cuyo efecto dispuso el ir a la ciudad de Santiago, donde se hallaba: o bien que lo supiesen algunas personas bien intencionadas, o lo sospechasen, procuraron disuadirlo,

principalmente el maestre-campo Fernando de Mier, mi abuelo, en cuyo poder dejó algunos bienes, mas sin efecto; y habiendo tomado sus medidas, asechó al gobernador en la plazuela o portería del convento hospital de San Juan de Dios y disparóle un trabucazo, cuya falencia le libró la vida. El gobernador, sin conturbarse, echó mano a la espada y su ayudante Juan Francisco del Fierro: ejecutó lo mismo el veedor con el suyo: a este mataron y al otro de la iglesia le sacaron y pusieron en arresto con suficiente custodia, no sin estrépito contencioso.

El hecho del veedor fué temerario a todas vistas. Don Francisco Meneses, tomado su acuerdo, de resulta de la causa, le hizo pasear por las calles vestido de coles, rapadas cejas, cabellos y barba, o como otros dicen que a media rasura, tratándole como a loco; y vuelto al arresto, de la noche a la mañana le hallaron muerto, y a lo que se dijo, sin signo de exterior violencia, de suerte que pudo juzgarse por natural. No obstante, se la imputaron al gobernador, como que quiso evadirse con su muerte de un enemigo fiero, tenaz y empeñado en su ruina, y que si de actual presidente habia ejecutado tal hecho, ¿qué no podria esperar en su residencia despues de no serlo? y que pájaros de esta esfera, las mas veces no se enjaulaban para soltarlos: estas y otras cosas proferian sus émulos y los mal intencionados, pues que el odio de muchos lo oculta el ósculo de paz, como dice Séneca, y con la indiferencia que observamos, narramos con igualdad los hechos. Entre el ilustrísimo Don frai Diego de Humansor, obispo de Santiago, y el gobernador, nunca hubo buena correspondencia, y principiaron las desazones al ingreso de Don Francisco al reino, y que asímismo vino de España a esta silla, porque Don Francisco discurrió que se le faltaba a lo debido en materia de prerogativas y otros hechos de los que resonaban mútuas quejas; mas las del prelado fueron fatales al presente (1).

CAPITULO VI.

Desazones que se ofrecen entre D. Ignacio de la Carrera y el gobernador, aquel caballero de Calatrava, hasta su evasion del reino.—Dase noticia de quién fué Matías de la Serpa hasta su muerte.—Envía el virei conde de Lemus, por juez y gobernador a Chile, al marques de Navamorquende.—Sale presuroso el gobernador de la ciudad de Santiago para la de la Concepcion, y tráenlo preso, de donde lo pasan a Mendoza, a Trujillo y Lima.—Su causa se sentenció a su favor en el consejo y murió en el Perú.

Dice Séneca, que la discordia invierte todas las cosas. Cuando el feliz natalicio de nuestro Salvador cantaron los ánjeles con igual armonía: gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra al hombre de buena voluntad, segun San Lúcas; y no satisfecha la divina piedad de que nos lo anunciasen los ánjeles, nos dijo por San Juan, que nos dejaba paz y nos la daba para que hiciesen el debido aprecio de ella: y aunque las

(1) Parece que debiera leerse *presidente*.

desazones del gobernador fueron interpoladas, se narran sucesivas por desembarazarnos de este ramo de historia.

Túvolas desmedidas con el maestre-campo Don Ignacio de Carrera, de la órden de Calatrava, persona de notoria calidad y alto oficial de ejército, cuya ilustre projenie permanece en el reino. Dícese que el motivo fué leve, y cual pequeña centella, despreciada quizá del presidente, levantó grande incendio, como expresa Curcio, que empañó su crédito, destruyó su caudal y atrasó su fortuna. Permite el Altísimo los contratiempos para que las felicidades no nos saquen del centro de la modestia y se humillen nuestras elaciones, y que sin duda tuvo algunas desmedidas, como fué lo que ejecutó estando acampado en Puren, con varios memoriales que le presentaron, dándoles un destino indecente y ridículo, de que quedaban quejosos los interesados y escandalizados los indiferentes: lo que sabemos por hecho notorio y de personas que presentes se hallaron.

Envió el gobernador órden para que se le quitase la vida a Don Ignacio, el cual estaba preso en la plaza de San-Pedro; y viendo las esperanzas de la vida en los brazos de la muerte, con apacible y laudable reposo, imitando a Juan Federico de Sajonia, pidió tiempo para disponer su conciencia y domésticos negocios, y entre tan piadoso expediente, tuvo dichosa evasion coadyuvado del cura, a lo que se dijo, y de otros de índole compasiva; y engolfándose, si no en mayor, igual peligro, transitó el caudaloso Biobio por su desemboque al mar en una balsa, asociado de un jeneroso jóven, sin que lo aterrase el embate de las ondas, que allí las hacen formidables, ni su desmedida latitud, y llegó dichosamente a la opuesta ribera. Tiénese por cierto que de allí pasó a ver al gobernador: dicen otros que lo ejecutó desde el refujio de San-Francisco; mas le recibió apacible diciéndole, que se retirase y que para un caballero el susto bastaba, y despues de una parla no mui larga se refujió al dicho convento; de cuyos hechos séanos permitida una leve reflexion. Divinidad del paganismo fué Pertuoste: invocábanla los romanos, como dice Rudigino, para evadirse de los daños y peligros que los amenazaban. Sin duda hubieran discurrido que este númen le fué propicio a Don Ignacio, pues habia tenido feliz éxito en los dos a que se habia expuesto, y aunque no convenia entregarse, le hizo árbitro de la vida o de su muerte: le habló con entereza y no con la bajeza que lo hizo Perseo, rei de Macedonia, con Paulo Emilio, echándosele a sus piés, como dice Plutarco. Valor verdaderamente digno de toda alabanza, y por consiguiente lo es la moderacion de Don Francisco, pues omitió el ejecutar la sentencia que dió, dejándolo en libertad.

Desamparando el asilo de la iglesia, se retiró a Santiago con ánimo de pasar a la ciudad de los Reyes del Perú, y previendo el presidente que su egreso del reino podia ser fatal a su persona, procuró con su captura obviarlo; mas fué infructuosa la solicitud, de suerte que se condujo felizmente al Callao y se presentó al virei, que lo era el conde de

Lemus, con algunas cartas e instrumentos que de Chile llevó. Hallábase allí por entónces Matías de la Serpa, de estatura jigantesca, y por él pudo decirse lo que la escritura de Saul, que de los hombros arriba excedia al pueblo: en la guerra de Chile se habia distinguido en várias funciones; el cual hizo una jurídica declaracion contra el presidente, suponiéndole enormes hechos, y así dice San Juan Crisóstomo, que la venganza y el ódio colocados en el corazon dañan mas que una ponzoñosa víbora; y pues al fin de su vida publicó la falsedad del caso, será bien el narrarlo, pues prepondera a todo cónmodo el honor, como dicen los consultores, en que se halla interesado el de Don Francisco. Fué de elocuencia insinuante, satírico y en todo de feroces circunstancias. En la ciudad de Santiago, su patria, le quitó la vida a un su adversario, y cortada la mano, la clavó en el portal de la real audiencia con una inscripcion que decia: "yo Matías de la Serpa, porque me agravió." Otros dicen que lo ejecutó en el rollo una mañana y en altas voces se jactó del hecho, y queriendo arrestarlo, se evadió de los que lo solicitaban en un jeneroso caballo en que venia montado. El hecho fué cierto, aunque se note variacion en las circunstancias: igual audacia no se ha visto en este reino, donde tuvo afortunada evasion de los que solicitaban su captura. De órden del presidente fué a la ciudad de los Reyes requisitoria para que allí se ejecutase y se remitiese a Chile, la que tuvo el efecto deseado, y trayéndole embarcado, quiso dar barreno al navio; y llegado a Valparaiso con prisiones, le pusieron en la ciudadela: emprendió y consiguió salir de ella y refujiarse en la iglesia, hecho que admira, viéndose lo que dice Libio, que el atrevimiento promete esperanzas de salud. Y como el tiempo trae remedio para lo incurable, como dice Erasmo, hallólo en el trascurso y en la proteccion de valedores: casóse con la mujer por quien hizo el homicidio y acimentóse en la Concepcion; y viendo que se le aproximaba el término fatal de la vida, hizo una declaracion ante Juan de Velarde, escribano de cabildo, desdiciéndose de lo que habia depuesto contra el presidente y su conducta. Don José Garro, que gobernaba este reino, quiso se ejecutase alguna demostracion de castigo en su cadáver; mas se interpusieron personas piadosas para que no se ejecutase, no obstante que mira por los buenos el que castiga a los malos, como dice Lactancio.

El virei, despues de haber estado algun tiempo irresoluto, deliberó enviar a Chile de juez a Don José Antonio Munibe, ministro íntegro y de los distinguidos en calidad y letras de la audiencia de los Reyes, consorcio de Don Diego de Abila, Coello y Pacheco, marques de Navamorquende y señor del noble estado de Montalto, que hallándose viudo en España, se vino al Perú con la condesa de Lemus, cuyo inmediato pariente era, el cual habia de quedar de gobernador del reino; y dícese que expresamente ordenó, que en caso de oposicion o cosa que indicase tumulto, que nada se actuase y se retirasen: mudanzas de grandes cosas, cual era esta, y aun de gran momento, no se deben hacer sin gran necesidad: o en realidad la hubo o le pareció al virei que la debia haber,

pues nunca son útiles las tormentas. Por fin, llegaron a Valparaiso por marzo de mil seiscientos sesenta y siete, y no hubo ningun notable embarazo, y el gobernador, por motivos que para ello tenia, dispuso el retirarse a la frontera y ciudad de la Concepcion, lo que puso en ejecucion; mas fué con prontitud prevenido su designio. Don Juan Gallardo, que vivia quejoso del gobernador por lo que con él ejecutó, como dejamos dicho, o bien que se ofreciese a ir en su alcance o que para ello le solicitasen, la ejecucion se fió a su conducta, y a corta distancia de la ciudad de Santiago le alcanzó y le volvió para ella. Fatigóse el caballo, y quitándoselo a uno de los de la comitiva, en su despreciable silla le hicieron montar, y así entró por la Cañada, principal calle de la ciudad,y como eran las horas mas ardientes del dia, pidió agua para refrijerarse.

Preguntóle Alejandro a Poro, su prisionero, qué tratamiento debia hacerle, y respondióle sin desacatamiento: el que te aconseje el dia de hoi, que te hará ver cuan frájil es la felicidad de los hombres, como dice Curcio. Bien aquel dia hizo ver esta frajilidad en la persona de mas alta esfera y dignidad de Chile, para que los hombres sean cautos con ajenos desengaños, pues son dolorosos los propios; y no fué ménos digno del reparo público el que el gobernador despachase involuntario a Don Juan a la frontera, y que él mismo lo trajese para que voluntario a ella no fuese, lo que queria. Debió de llegar el caso de ser medido con la misma mensura, como nuestro Redentor nos dijo por San Márcos, y sin la luz evanjélica dice Séneca, que lo que con algunos hacemos, de otros esperemos.

Diéronle por prision a Don Francisco la casa del ayuntamiento, donde se le puso competente custodia: embargáronle sus bienes y pasáronle a Mendoza, que es la capital de la provincia de Cuyo de la otra parte de la cordillera, de donde le volvieron a la ciudad de Santiago; y en el actual regreso se encontró con Don Anjel de Pereda, que iba provisto al gobierno de Tucuman, y como es tenaz la memoria de injurias y frájil la de beneficios, segun Séneca, harian recuerdo de las mutuas; y dícese que Don Francisco durante su tránsito se desvió del camino, que sin duda harian melancólica disonancia en sus oidos los clarines y el lucido cortejo y equipaje que llevaba; mas con paciencia estoica, que lo uno y lo otro en su adversa fortuna mostró, sacaria fruto de contratiempo.

De Chile, procesado pasó a la ciudad de los Reyes, y despues a la de Trujillo, y su causa al consejo, donde por fin obtuvo sentencia a su favor, en que se manda sea restituido al gobierno de Chile para que terminase el tiempo que le faltaba, segun se le asignó en la merced que se le hizo y consueto en sus antecesores, y que se le restituyesen sus bienes y honores; lo que le halló muerto. Viendo de emperador a Adriano un su mayor opuesto, se vino pavoroso y trémulo, y díjole: pereceria si contendiésemos de igual a igual, mas viéndome superior, ostento mi poder en haceros beneficios, como dice Lipsio: y en caso de

su ingreso lo mismo hubiera ejecutado Don Francisco, a quien las adversidades le habian hecho mas sabio y su larga prision misericordioso, pues sin esta práctica lo actuó [con] Don Ignacio de la Carrera y con otros muchos, pues el amigo que la prosperidad goza desconoce, y el que la adversidad padece es desconocido, como dice Séneca. Fué hombre feliz en la guerra y bien amado de los soldados, y si llega a la frontera, hubiera hallado muchos altos y bajos oficiales que le hubieran sido amigos hasta las aras, y entre ellos mi padre Don Alonso de Córdoba, a quien hizo sarjento mayor del reino. Su esposa le sobrevivió muchos años y poco há que murió en la ciudad de los Reyes de mui avanzada edad.

CAPITULO VII.

Hace una campaña el marques de Navamorquende con suceso.—Puebla la plaza de Tucapel para poner en brida algunos habitadores de la costa.—Retírase a Lima, y queda con el gobierno D. Diego Gonzalez Montero.—Estórbale un accidente su venida a la frontera, y llega el sucesor.

Es la soberbia presuncion propia con desprecio de otros, y segun San Agustin, solo el soberbio es indigno de la misericordia de Dios; y si el hombre mira cuán ninguna causa hai para su elacion, hallará, como pondera el padre Estela, culpa en su concepcion, miseria en su vida y angustia en su fin. Aristenes, rei de Scitas, fué herido por un atrevido en el rostro, y mandóse pintar cicatrizado, suscrito el nombre del que le hizo, como dice Elio: singular moderacion, cuando la arrogancia y presuncion se hallan en la soberanía y en el comando. Durante tuvo el del reino Don Diego, laudable fué el ejemplo que dió en esto: desde su ingreso se mostró mui desvelado en el beneficio comun de Chile, procurando satisfacer a la confianza que de su persona se hizo, para cuyo efecto vínose a la Concepcion, adonde se adelantaron las operaciones de la guerra, y dispuso salir en persona a la próxima campaña, y superados los embarazos que se ofrecieron, se puso en marcha para la plaza de Puren con dos mil hombres españoles y algunos auxiliares, de donde se actuaron las sorpresas o furtivas talas en várias provincias rebeldes, para cuyo efecto se destacaron algunas tropas de caballería con suficiente remonta, sin equipajes; y al respaldo de la silla, cada uno llevaba su precisa mantencion, segun se acostumbra en iguales casos en este reino; y las tropas indianas, sea corta o distantemente la marcha que emprenden, así lo practican y no extrañan estas modales, pues, como dice Plutarco, cualquier modo de vida que se elija, la costumbre la vuelve agradable y lijera.

Terminóse la campaña con algun logro de caballos, vacas y prisioneros de ambos sexos: poco ablandaban la dureza de los indios tan repetidos golpes; mas supieron ceder para ver si despues podian ganar, como arco que se dobla para mas violento influjo, o porque la esperanza está colocada o tiene su asiento entre el temor y la seguridad, como dice San Agustin. Deseábase que en la jurisdiccion de Tucapel se conclu-

yese una ciudadela a la moda del pais, por ser grande su extension, que se compone de las provincias de Lleulleu, Calcoimo, Ilicura, Ranquigüe, Paicabí y otras mui pobladas, aunque sus habitadores y demas costeños son reputados por los ménos guerreros de este belicoso clima, comparándolos con los que habitan en el centro de la latitud del reino, y los alpinos y cordilleranos y pehuenches. El gobernador con loable celo puso en ejecucion este designio: construyóse la poblacion, a la que se le dió el nombre de San Diego de Tucapel por ilustre recuerdo de su nombre, la que subsistió en el terreno de su situacion hasta el año de mil setecientos veinte y tres, que se abandonó por el motivo de la sublevacion acaecida.

Preguntáronle al gran Constantino, que por qué no ponia inscripciones en los suntuosos edificios sacros y profanos que hacia construir, a imitacion de sus predecesores, para que la posteridad mas remota supiese hasta dónde habia llegado su magnificencia y piedad y la de la emperatriz su madre, y respondió, que aquellas eran yerbas de pared, y bien se vió, pues a Bizancio no le puso su nombre, aunque de presente lo tenga, sino el de Nueva Roma: singular y nunca bastante alabada moderacion. Los indios con la nueva colonia quedaron en brida, y cooperó esto mucho para que despues se sometiesen al deber de vasallos. Súpose en Chile que el Rei enviaba por gobernador a Don Juan Enriquez, de la órden de Santiago, y resolvió su regreso para la ciudad de los Reyes, dejando de órden del virei a Don Diego Gonzalez Montero por presidente, gobernador y capitan jeneral del reino, cuyo comando tuvo el marques cerca de dos años hasta el de mil seiscientos sesenta y nueve: su memoria quedó laureada de bendiciones, que como dice Mejia, es arca y depósito de lo que sabemos, entendemos y vemos; y sin volver a España terminó en la Meridional América sin dejar sucesion, a cuyo asunto dice Séneca, que mejor es tenerla que buscarla, lo que es de grave displacer a poderosos.

Don Diego Gonzalez era persona de las mas distinguidas del reino en calidad y mérito y avecindado en la ciudad de Santiago: todas estas circunstancias hicieron plausible su eleccion: disponíase para venir a la ciudad de la Concepcion, como centro de la frontera, y desde ella mejor arreglar las operaciones de la campaña futura; mas a su avanzada edad se recreció el accidente de una caida, que embarazó su regreso. Otra tal dió Alejandro al desembarcarse en Asia y dijo placentero y pronto: "la tierra es a mí."

El gobernador despachó a su hijo primojénito de maestre-campo jeneral, bien instruido de lo que debia ejecutar; y pues que no hai mejor consejo que el que para sí tomara quien lo da, sin duda esto practicaria Don Diego. Bien se notó lo arreglado de sus operaciones, obrando en todo mui circunspecto, midiendo el vuelo con la distancia, que por la aproximacion del provisto por el Rei al reino, bien corto habia de ser, como en realidad solo fué de seis meses escasos, quedando la memoria del gobernador en recomendacion al deseo. Fué el único regní-

cola que lo ha sido en doscientos cuatro años, que han corrido desde el ingreso a Chile de Pedro de Valdivia hasta el presente. Permanece su familia establecida dentro y fuera del reino, y fué rama de tan jeneroso tronco el ilustrísimo señor doctor Don Diego Montero, obispo que fué de la Concepcion y promovido a la de Trujillo. Fué el primero que fundó el monasterio de trinitarias en la Concepcion, donde dejó este monumento de su piedad, la que dice Ciceron, aun sin el conocimiento de la lei de gracia, ques gratísima a Dios.

CAPITULO VIII.

Felipe de Leon tiene tres acciones con los indios, y el interes atrae al servicio a voluntarios.—Vino de gobernador Don Juan Enriquez, persona de distincion que trajo máximas singulares y observó: grandes medras que tuvo e intereses.—Procura finalizar la guerra.—Contínua ajitacion y mala fe de los indios.—Elije para ello a Don Alonso de Córdoba.

Cantó con elegancia Tibulo diciendo, que los logros habian abierto los mares penetrables solo a los vientos, guiando fijas estrellas naves inconstantes: dogma cierto a todo viso; y con lluvia de oro solo se rindió Danae a la voluntad del supremo Júpiter, como dice Ovidio. Halló rendija el interes por donde entró, y coadyuvó no poco a sujetar la impenetrable terquedad de los indios. Tenemos dicho como el Rei dió a estos rebeldes por esclavos gloriados en su crímen, pues sin cuartel, con la guerra que hacian contra el derecho de las jentes, provocaban mas la justa indignacion del soberano y vasallos. Reportábase crecido interes de las personas que de ambos sexos se aprisionaban en la guerra, y con la fe de su captura o certificacion por guia que los comandantes daban, se ejecutaban las ventas o permutas; y como el lucro se envidiaba, se recrecian los voluntarios que iban a servir con sus armas y caballos, y el que no los tenia adecuados, los tomaba en arriendo, interesando a los que los daban entre mitad o tercio de la presa, segun su convencion; y aun de cuenta de la devota hermandad de nuestra Señora de Boroa, que hoi como entónces subsiste en la plaza de Puren, se mantenian jenerosos para este efecto, y la fe o la piedad los preferia a otros. No nos ha parecido negar a la curiosidad o deseo estas cortas noticias.

El sarjento mayor Felipe de Leon era persona a quien su mérito habia colocado en los primeros oficios de honor del ejército y comandaba las plazas de Repocura y Puren, de donde se actuaban golpes de sorpresa y furtivas correrías, sin que muchas veces lo estorbase la erizada estacion; de suerte que unos y otros sosegaban poco o no sosegaban. Ofrecióse una accion de estas, la que el sarjento mayor no quiso fiar de ajena conducta sino de la propia, porque algunos de paz se habian vuelto a sublevar: lijereza o pertinacia heredada de sus mayores, pues de padres infieles se ven hijos desleales, como dice el libro de los Reyes. Los indios tuvieron esta noticia y se previnieron al opósito, y en varios pelotones se ocultaron en las selvas, cuya disposicion no llegó a la noticia

de los españoles; y así dice Vejecio, que no hai mejor consejo que el que el enemigo ignora hasta su ejecucion. Ya dispuestas las tropas, se puso en marcha el comandante hasta Chedgüenco, lugar adecuado para dejar allí el cuerpo de reserva, que se componia de la infantería y alguna caballería, y la demas, distribuida en cuadrillas, salió a talar el pais de la circunferencia con órden de no alejarse mucho del centro.

Los indios, que solo esperaban la separacion, salieron con furor incapaz de retencion, y por la derecha e izquierda acometieron a la infantería española, formada de arcabuces y picas, y la desordenaron y asímismo a la caballería. El sarjento mayor procuró rehacerlos, pero no fué posible, y todo era confusion y estrago: las tropas destacadas, oido el estruendo, volvieron con el sarjento mayor, que las solicitaba, y con no menor furor acometieron a los indios dueños del campo de batalla: trabóse una accion sangrienta y dudosa: Juan Catalan, capitan de caballos, se distinguió con valor mas que de hombre. Matías de la Serpa rompió con otros por lo breñoso de un bosque por anticiparse a la funcion, y a las dos horas de tan dudoso Marte, cedieron los indios, retirándose mas con aire de vencedores que con terror de vencidos: setecientos se dice que fueron los muertos, cerca de trecientos los españoles y auxiliares y el capellan, relijioso mercenario, y los demas de los rebeldes. Así hemos oido narrar esta batalla a persona de notable ancianidad que en ella se halló. Este oficial durante la comandancia de las referidas plazas, en treinta horas tuvo dos fieros reencuentros de caballería con los rebeldes: ambos terminaron a nuestro favor; en el uno perdieron doscientos cincuenta hombres y en el otro sesenta, lo que consta en instrumento autorizado de aquel tiempo que tenemos visto.

Fué Don Juan Enriquez, de la órden de Santiago, hijo de un ministro de la audiencia de los Reyes: pasó a España con su familia, y Don Juan a servir al Rei a la frontera de Portugal, donde fué capitan de caballos, y despues consiguió el gobierno de Chile, y fué su ingreso el año mil seiscientos setenta por mayo. Trajo en su compañía a su hermano Don Blas, a Don Antonio de Córdoba, conde de Vornos, que pocos años há que murió en Madrid, y de extraños a Don Tomas de Poveda, de la órden de Santiago, que despues fué presidente de Chile, y al sarjento mayor Jorje Lorenzo de Olivar, que fué veedor jeneral del ejército, persona de toda distincion, cuya prosapia hoi permanece en la Concepcion, no con el adelantamiento debido al alto mérito de projenitor tan ilustre, y otras personas de calidad, que se establecieron en el reino. Era el gobernador de consumada prudencia y de singulares máximas de política, que alguna de ellas hizo el tiempo, como el mejor maestro, sabio de lo futuro. Miraba con aprecio y distincion a las personas eclesiásticas y seculares, que le pareció podian servirle para el desempeño de su residencia. Fué el gobernador que mas rico ha salido del reino: muchos reputaron su caudal por el de un millon de pesos: algunos, poniéndose en lo promediado, lo extendian a setecientos mil pesos, segun lo que tenemos visto y oido a personas dignas de creduli-

dad, sin que sea exceso, segun las entradas que dirémos al fin de su gobierno.

Y siendo el interes distante del servicio del Rei y utilidad pública, este caballero parece que supo unir lo disconforme, pues dejó a Chile en paz, distribuyó en el vecindario indios y aun en las relijiones y adelantó tanto su caudal, como dejamos dicho; y bien advertido de que las dichas ofenden y las soberbias irritan, su fina política siguió el consejo que dió Mecenas a Augusto, de que se mostrase en el tribunal severo y en su casa afable. El gobernador, bien instruido en las cosas del reino, formó el proyecto de terminar la guerra, que la miraba como indecorosa al honor de las armas y al crédito de la nacion española; y despues de un maduro acuerdo, nombró por teniente jeneral de la caballería y comandante de las dos plazas de Repocura y Puren a Don Alonso de Córdoba, padre del autor, con absoluta disposicion para que actuase segun conviniese las operaciones de la guerra; pues se ofrecen preciosos momentos que no aprovechándolos, tarde o nunca vuelven.

Es de tanta excelencia la paz, que está acompañada con la gloria que se le da a Dios, a cuyo asunto dice San Lúcas: gloria a Dios en las alturas etc. Observábase en los indios recientemente sumisos violenta la quietud, y advertian la que no es durable: portábanse en pasos (*sic*), y si veian algun español solo, o tal vez acompañado, les quitaban la vida y siempre procuraban el sijilo de estos hechos: mantenian correspondencia con los rebeldes: otros afectaban el que los hostilizaban y llevaban sus bienes o familias compulsándolos a tomar su partido; y con estos y aun sin ningunos motivos, se sublevaban, sin que hubiese juramento, fe ni palabra que pudiese asegurar a los españoles de estas infracciones tan frecuentes, las que despues fueron mas tardas o en algun modo reprimidas con ejemplares castigos. El gobernador ordenó a Don Alonso de Córdoba, que procurase sujetar a los rebeldes al deber de vasallos, para cuyo efecto se le dieron todas las providencias conducentes a este fin y se le ofreció el continuarlas. Habia en las dos plazas de Repocura y Puren seiscientos españoles de las mejores tropas del ejército, y podian salir hasta cuatrocientos dejando la suficiente guarnicion en ellas, fuera de voluntarios e indios sumisos.

CAPITULO IX.

Hácense várias acusaciones al gobernador: algunas se volvieron en elojios; y ejecútanse dos irrupciones con suceso.—Especifícase el número de las que en cinco años se ejecutaron en el pais enemigo.—Redúcelos D. Alonso de Córdoba a una necesidad extrema: dase noticia con individualidad de ellas, las que fueron suavizando su fiereza.

No hai cosa tan santa ni tan fuerte que no la acometa alguna vez la osadía, como dice Ciceron. Fué el oro...... venerado en la antigüedad: eran ciento y diez mil libras y cinco millones de libras de plata (*sic*),

como dice Estrabon: estaban en el templo de Apolo, y habiendo ganado la ciudad Quinto Cepio, cónsul romano, una noche lo extrajo de él. Compráronse con el tesoro tierras para distribuirlas al pueblo romano. Corrió con esta intendencia Apulio Saturnio, tribuno: por desacatada, poco relijiosa e inhumana tuvieron muchos la accion del cónsul, mas estos mismos, cuando percibieron heredades y campos, la tuvieron por justa y bien acordada. ¡Tan poderoso es el interes, que hace a los hombres ser contradictorios de sí mismos, anteponiéndolo a la justicia y razon! Notáronle al gobernador en el trascurso de su gobierno de rigoroso e injusto, imputándole el que se actuaban de su órden sorpresas en provincias ya sumisas, y que con lijera o poca causa se habia desterrado a algunos del reino, y otras imputaciones mal fundadas; mas habiendo a muchas personas de estas como de otras asignádoles gratuitamente indios aprisionados, se siguió el que fueron elojiadores del hecho que ántes improbaron: mas que mucho, cuando al mismo Júpiter obligan los dones, como dijo Belcio.

Los indios rebeldes habitaban entre las cordilleras y bosques, y en algunos cortos prados que habia, mantenian su ganado mayor y menor e iban en deterioracion, y en ellos mismos sembraban lo que era capaz de fructificar en aquella rijidez; y de algunas provincias pacíficas de mas benévolo clima, les ministraban para su subsistencia; de suerte que era de su interes el que las hubiese: y para que no faltasen desvelados inspectores que observasen sus operaciones, puso en algunas provincias el teniente jeneral capitanes de amigos, que así los denominan en Chile, que son ciertos españoles prácticos en sus costumbres y con ellos conjeniados, y les administran justicia, lo que los conturbó mucho o los aterró en el todo; porque el proyecto que el teniente jeneral habia formado para subyugarlos, era el reducirlos a una necesidad extremosa, y con sorpresas contínuas los solicitaron en lo mas recóndito y fragoso de sus retiros, lo que solo le pareció que podria dar prosperado fin, haciendo fructuoso su empeño, como la experiencia hizo ver.

Dispuso el teniente jeneral se hiciese una rápida irrupcion a las provincias de Lamuco y Calbuco, y recomendada al capitan Laureano Ripete y a Fabian de la Vega; y con quinientos cincuenta españoles e indios, con bien fundadas esperanzas de que seria con suceso, se pusieron en marcha: llevaban gran remonta, y solo el comandante, mui práctico de los paises, sabia el destino. A la sorpresa no precedió noticia, y con increible celeridad, dejando un cuerpo de reserva, se dividieron en pelotones y corrieron el pais: incendiaron casinas y sementeras, aprisionaron y mataron a los que se defendian con actividad de rayos y estímulos de interes: y pareciéndole al comandante que era ya tiempo de reunirse, se hizo la llamada acordada, y a paso ménos presuroso se retiró con sus tropas, haciendo que se ejecutasen sobre marcha las hostilidades que se podian: por fin llegaron con felicidad a la plaza al sesto dia de su egreso, con doscientas ochenta personas prisioneras de ambos sexos, doscientos caballos y cien vacas, y a todos los que de uno

y otro se fatigaban, se les quitaba la vida, cuya práctica se observaba para que no sirviesen a los enemigos.

A los veinte dias de este acaecimiento dispuso el teniente jeneral que el comisario de nacion Fabian de la Vega con el capitan Don Juan de Ansótegui saliesen para la provincia de Moquegua, que tendrá mas de treinta leguas de extension, mui poblada y montuosa y de las mas rebeldes de este reino, lo que en aquel y este tiempo se experimenta. Como las sendas son montuosas, por la mayor parte habian cortado árboles corpulentos para estorbar o hacer difícil el tránsito: bien premeditado acuerdo; mas el comandante tenia prácticos de las reservadas veredas que tenian para su correspondencia. Por fin, salieron de la plaza quinientos cincuenta hombres en plena luna, y con celeridad increible llegaron al lugar de su destino. Los peritos, siéndolo el comandante mucho, los condujeron a unos cortos valles rodeados de montes, donde se habian retirado muchas familias, y aunque fueron sentidas en los bosques, los rastreaban los perros y con el ladrido avisaban a sus señores.

El comandante no permitió que se alejasen mucho, y habiéndose hecho el daño que se pudo en personas, bienes y en sus cortas sementeras, se retiraron con doscientas personas y muchachos de ambos sexos, porque los adultos se internaron mas o a tiempo se pusieron en cobro, y cien caballos y algunas vacas, con solo pérdida de cuatro hombres.

Ejecutó otra tal marcha lijera el capitan Pedro Basilio de Luna con ménos tropas y a corta distancia de la plaza con suceso. A los indios, cuya desesperacion era declaradamente ciega, no les ablandó su dureza, ántes sí discurrian que su constancia haria feliz su deseo, y que los ardores de aquellos principios terminarian en resfrio, pues que la experiencia hacia ver que lo violento no era perpétuo. Al teniente jeneral no aterraron dificultades, pues raras son las invencibles, y no se puede llamar valeroso al que con ellas el ánimo no le recrece con perseverancia, como dice Séneca: y prosiguiendo en la ejecucion del proyecto formado, se procuraban estorbar las cortas sementeras que entre las montañas hacian, y despues se procuraba talarlas en su verdor y al tiempo de su cosecha incendiarlas; de suerte que con ninguna operacion se cerraba la campaña, siendo solo la diferencia el que en la estacion inverniza se hacian, ménos irrupciones, con cortos destacamentos y a corta distancia: esto se ejecutaba en los intervalos de bonanza; mas siempre eran fructuosas, ejecutando su regreso con mas o ménos prisioneros, caballos, vacas, armas y ropa de su vestuario.

En cinco años de este jénero de guerra lijera, que duró hasta que dieron la paz, se harian treinta entradas, que individualizarlas con prolija narracion fuera importuna molestia, y solo nos deberá atencion para lo histórico lo notable. Comenzaron los rebeldes a experimentar penuria de bastimentos y caballos; por asegurarlos, los internaron en la cordillera, donde la nieve hizo perecer muchos: no hacian en ellos menor daño los leones, pues en paises tan montuosos son contínuas las nieblas, que son mui apropiadas para cazarlos. La rijidez de los bosques

les aniquiló y mató el ganado menor, y las vacas se les hicieron montaraces, sin poderlas reducir a pastoreo, lo que se experimenta con frecuencia en Chile. Los frutos de la tierra que se libraban de talas, eran en corto número, y ménos los que les podian ministrar las provincias pacíficas, porque los capitanes que tenemos dicho, observaban sus operaciones con prolija atencion, y porque a los desdichados la fortuna oprime, como dice Ovidio. Se les ofreció otra penalidad interna causada por los de su nacion, habitadores o dueños de aquellos paises, pues los mas intrépidos o audaces de ellos les cojian sus bienes diciéndoles, que aquello era por paga o compensacion de su terreno, o del herbaje de sus caballos y ganados; y pasaban a solicitarles sus hijas para mujeres y se las llevaban sin la compensacion competente de pagar, segun su costumbre, lo que les era por su suma codicia mui sensible; pues el autor experimentó, siendo sarjento mayor del reino, el intentar suscitar estas demandas entre descendientes, a setenta y mas años de lo dicho: y así se veian por todas partes conquistados.

CAPITULO X.

Dase noticia de la persona y talentos del cacique Huaillacuriche, su simulacion y designios, y en una accion quedan sus tropas batidas: compulso, da la paz.—Solicítase el que vea al gobernador, de que se siguió su prision y muerte.—Extráese de su pais crecido número de jente, y lo mismo de la provincia de Huambati, los que se acimentan en un pueblo.—Suma necesidad a que llegaron.—Hácense fuertes algunas parcialidades en un inaccesible y natural castillo: van a sitiarlo, y se rinden.—Sublevacion del cacique Rapiman causada por un español, y sus progresos y feliz evasion de ella.

Es jeroglífico de la sujecion un freno con la letra de que rije y corrije. Parece que esta se la aproximaba a los indios, porque el mas dilatado tiempo tiene fin, que segun Aristóteles, es sucesion instantánea que consiste en fin de lo pasado y principio de lo porvenir. El cacique Huaillacuriche de la provincia de Viluco, era el jeneral que sostenia los intereses de su nacion o su tenaz rebeldía, y pues que el Rei los dió por esclavos, mui justificado fué su delito. La propension de su jenio era marcial. En medio de un espeso bosque tenia su casina con cuatro puertas, para que si lo sorprendian, tener evasion pronta: tanto en paz como en guerra andaba armado, y siempre acostumbró el salir a la primera luz a reconocer las veredas o ingresos de su habitacion, donde tenia armas y jente. Era jenízaro, hijo de indio y de mulata, lo que manifestaba en el pelo y color: su aspecto era feroz sobre corpulento, y taciturno sin afectacion, y valeroso sin jactancia. Para bárbaro fueron singulares las máximas de su política: siete veces dió la paz para obviar la ruina que le amenazaba, nunca con ánimo de observarla, y otras tantas se sublevó o hizo que otras provincias ejecutasen lo mismo; y así dice Platon, que ninguno nació solo para sí, porque parte de su nacimiento y nuestro (*sic*) para sí aplica la patria, y parte los

parientes y amigos, y este valeroso cacique todo lo dió a la patria y por fin murió por ella.

He corrido algo la pluma por describir el carácter de su persona, y porque en Chile vive el recuerdo de su memoria: y de mil doscientas personas que de sus vasallos se extrajeron, se distribuyeron muchas en los vecinos del reino, y puede ser que este beneficio la haya conservado a su heroica constancia; y es digno su valor de igual alabanza al de Horacio contra Porsenna, que contendió en el Tiber y despues le pasó con sus armas a nado, como dice Livio. Procuró Haillacuriche sorprender al teniente jeneral y que no librase de muerto o prisionero, y discurrió ejecutarlo en el intermedio de las dos plazas de Repocura y Puren, pues igualmente asistió por entónces en una y otra, y estas mutaciones se hacian con corto destacamento que iba en resguardo de su persona: no obstante que estaban de paz las provincias intermedias, aceptaron los caciques gustosos la propuesta, fundando con su ejecucion esperanzas de mejorar de fortuna.

Bien advertido el teniente jeneral del jenio de la nacion, se mostró tan reservado y sijiloso, que la ejecucion solo hacia saber de su marcha, y eso en las horas silenciosas y por sendas extraordinarias, y nunca vino por donde fué. Viendo frustrados los caciques sus deseos, se resolvieron a preguntárselo con el pretexto de obsequiarlo, pues transitaba por sus paises, y de sus respuestas solo inferian incertidumbres. El teniente jeneral salió a ejecutar una de las acostumbradas irrupciones, principalmente a la provincia de Viluco y otras, y con seiscientos españoles e indios actuó todas las hostilidades que fueron posibles en aquella campaña, informándose con exactitud de los cubiles que entre los bosques tenian estos acosados leones, que como decia Antonio de Leiba, en ellos se habian de buscar a las bestias feroces. Retirábanse los españoles satisfechos de lo bien que les habia ido, y en un paso estrecho y algo prolongado discurrió Haillacuriche sorprenderlos, y de una y otra parte apostó sus tropas, que se componian de mil hombres. Ejecutaron las nuestras el tránsito, y cuando llegaron los enemigos, las hallaron de la otra parte formadas. Principióse la accion con desmayo de los indios, y a breve espacio cedieron con pérdida notable y de los españoles mui corta. Fué el despojo de cuatrocientos caballos, algun ganado vacuno y doscientas veinte personas; y para desembarazarnos de este ramo de historia, finalizarémos con Haillacuriche. No pudiendo ya soportar la guerra dió la paz, y el gobernador recomendó al teniente jeneral que a cualquier precio solicitase el traerle a la Concepcion, donde lo aguardaba.

Sus repetidas sublevaciones, como dejamos dicho, daban motivo a una notable desconfianza. Tanta solicitud puso Don Alonso de Córdoba y tanto se lo persuadieron, que en consorcio de otros caciques, cuya voluntad se granjeó, se resolvió a venir a cumplimentar al gobernador en su compañía, donde se le ofrecian que reportaria crecidos intereses a su retorno. Habiendo llegado a una hacienda del teniente jeneral,

entre las celebridades de una opulenta mesa, le dijo: sé que voi para no volver, mas gustoso cumpliré esta mi palabra: oímoselo a persona que se halló presente. Iba bien observado, y el gobernador le recibió benigno, mas hízole luego poner en arresto, y concluida su causa, se le quitó la vida con otros cinco. Murieron todos como cristianos y con signos de predestinacion, y hoi reposan sus cenizas al pié de la cruz que estaba en la plazuela de San-Francisco de la Concepcion. Extrajéronse mil doscientas personas de la provincia de Viluco, de donde era cacique, y mucha parte de ellas se distribuyeron en la forma que tenemos ya expresada. Permanece su descendencia, la que no es tan indócil como lo fué su heroico ascendiente, y se observó que con su muerte tomaron las cosas semblante mas pacífico. Extrajo asímismo el teniente jeneral de la provincia de Huambati doscientas ochenta familias, que serian como mil trescientas personas, y de órden del gobernador se acimentaron en la inmediacion de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa: jeneracion no ménos rebelde y proterva que la de Viluco: de presente permanecen mui atenuados, conservando el lugar y el nombre de su antigua patria.

Hallábanse los indios en suma inopia de todo lo que podia servirles a su mantencion, y llegó a tal exceso que se comian los brotes de las culius y achupallas, especies de yerbas y tronco conocido en el reino; y esto fué en tal aumento que muchas personas ancianas de ambos sexos y con ellas algunas de menor edad, se venian a entregar a los españoles por no perecer. Las provincias mas rebeldes se iban sometiendo. Hai en la cordillera un castillo o roca por naturaleza innaccesible, y solo tenia una senda estrecha: en su cima, que es mui elevada, tiene un plano de competente extension con agua: en todo ventajoso o a lo ménos émulo de los sogdianos que expugnó Alejandro, como dice Curcio: llámase Rucachoroi, y Rucañaquin el cacique que en él estaba como en ciudad inexpugnable. Tenian galgas prevenidas para su defensa; y pareciéndole al teniente jeneral que el dejar a estos rebeldes en su asilo, era caso de perniciosas consecuencias para el interes público, destacó al comisario Fabian de la Vega con otros oficiales de honor y alguna parte española y crecido número de indios, para que solicitase su rendicion con ataque, sitio o persuasiva: por fin, llegaron al pié de aquel innaccesible peñasco. Comenzaron a hablar unos y otros, y el cacique Rucañaquin, aterrado y confuso, descendió de arriba con jenerosa confianza y le dió a Vega su ropa y este la suya, y despues de tan animosa y amistosa permuta y larga discusion que tuvieron, se sometió al deber y desamparó la fortaleza, y quedó todo tranquilo a satisfaccion de los españoles.

Era el padre Bernardo de la Barra, relijioso jesuita y de la primera distincion de la Compañía, de apostólico celo y fundador de la mision de Puren, donde se hallaba: asistíale un español nombrado Garrido, en un inmediato cortijo asignado a la mision; y cual otro Antenor, traidor a su patria Troya, dispuso el sublevarse con los indios, para lo cual tuvo tal

cavilacion con el cacique de Puren, Rapiman, que fué el principal por cuya solicitud se ejecutó y que lo atrajo, viendo ya español puesto en sus intereses, por la ilícita amistad que, segun sus modales, tenia con una india, de cuya inconstancia y mala fe hemos ya hablado. Fué la ejecucion tan sijilosa y rápida, que no llegó a noticia de los españoles, y así en ménos de treinta horas mataron cuarenta de ambas plazas, y andaban dispersos unos y en varios misterios otros. Hallábase el teniente jeneral en Repocura con dicho padre Bernardo, y siendo de la última importancia el ganar a Puren, al primer aviso que se le dió, dispuso el ejecutarlo con doscientos españoles, que solo podian salir de la plaza. Iba tomando tanto cuerpo la rebelion, que se hallaban ya los sublevados con mas de tres mil hombres, y como dos mil apostados en el preciso tránsito del camino que el teniente jeneral llevaba, que era en la opuesta ribera de un arroyo grueso de cauce montañoso; y viendo los indios que el buen éxito de su empresa consistia en estorbar la venida de los españoles a Puren y lograr la ocasion de oprimirlos, pues eran pocos, con su jefe, que era lo que mas deseaban, se enardecian unos a otros para hacer bien su deber. El teniente jeneral, resuelto a no retroceder y aun en el empeño perder jenerosamente la vida, con gran presencia de espíritu dispuso su tropa, y con breves palabras les hizo una exhortacion fervorosa, y el dicho padre les echó la absolucion, y se prosiguió la marcha.

En este aspecto se hallaba el uno y otro campo, cuando al del enemigo llegó un indio jóven en un jeneroso caballo, con su lanza y plumas en la celada, y esforzando la voz les dijo: "estais esperando a los españoles con quienes tendréis un feroz reencuentro, pues veis la confianza o desprecio con que vienen a atropellaros: el logro que sacaréis, serán muertes, heridas y por fin un estrago; y entre tanto la jente de Boroa, Virguen, Quechereguas y otros vienen a llevarse la vacada de Puren, la caballada y potrerillo y la remonta que de Yumbel esperan, de suerte que ellos tendrán el logro y quedarán ricos, y vosotros ninguno, pues cuando vais, si mas os deteneis, ya se lo habrán llevado: vamos a la presa, que con ella mas bien montados y ricos, los solicitarémos gustosos, pues que nos han dejado pobres." Oido esto, se levantó una comun voz de que fuesen luego, sin mas consulta ni averiguacion, y abandonaron el puesto, y tan pronta fué su ejecucion, que cuando llegó la jente española, hallaron los fuegos encendidos y alguna de la carne que tenian preparada, y por fin entró felizmente el teniente jeneral en Puren. Oimos este caso al capitan Pedro Basilio de Luna y a Don José Alvarez, quienes venian allí, y la autenticacion de este y los demas hechos que van narrados, consta en instrumentos que tenemos. Solicitóse despues en el tiempo tranquilo quién fuese el indio que les vino a hacer la propuesta o persuasiva, y nunca se pudo saber, no obstante la exquisita dilijencia que se hizo: no hubo persona que le conociese, y en caso tan confuso solo quedan inferencias.

CAPITULO XI.

Los indios, temerosos del castigo, entregan al español desertor, a quien se le quita la vida con el cacique Rapiman.—Varios castigos ocultos que se dijo se ejecutaron.—Reflexiónase sobre este hecho y el de Rapiman.—Ejecutan los indios un célebre congreso, segun su costumbre, para restablecer y perpetuar la paz: noticiase de una de sus principales ceremonias.

Fué símbolo de la libertad el rio Nilo, pues la inundacion que en otros es estrago, en él fertilidad, no dejando que hacer al cielo, sino que descanse en contínua serenidad. No nos admire que este español conspirase contra el Rei, ni que Rapiman, beneficiado del teniente jeneral, ejecutase lo mismo: el lucro que tuvieron fué corto y el arrepentimiento grande del precipitado abandono que hicieron del ventajoso puesto en que estaban; y siguióse mayor confusion cuando supieron se prevenian las tropas para su castigo, y que se esperaban otras con que recrecerlas; y viendo que la indignacion es rayo con poder, trataron con anticipacion de su rendimiento por medio de emisarios, que fueron los mas aceptos a los españoles, e interponiéndose los caciques leales, el teniente jeneral los recibió con aspecto severo, y fulminante pidió le entregasen al español tránsfuga: ejecutáronlo luego, y pagó con su vida su enorme delito, como asímismo el cacique Rapiman, que errante y temeroso, se habia ocultado: castigaron algunos otros de los culpados, en que mas se actuó la piedad que el rigor, el que dice Erasmo, que es mui justo para los que de su voluntad dañan y ofenden. Asímismo entregaron a algunas personas de ambos sexos, que reservó su crueldad para actuarla en tiempo mas oportuno, siendo mas que tigres, no ablandándolos servicios, comunicaciones ni interes.

Fué notorio en aquel tiempo y algo se oye en el presente, que a tal cual cacique de distincion de los mas rebeldes se les dió veneno, y que se les hacia causa secreta para probarles los delitos que juzgo que a tal pena correspondian, que sin duda serian concitaciones para reiteradamente sublevarse. Si esto se ejecutó clandestinamente, sin duda fué porque habria inconvenientes en su captura y mayores en omitir su castigo, y este solo el modo en que podria actuarse, y aunque son permitidas sobre los hechos reflexiones, mas no decisiones. Antes de finalizar, haga pausa la atencion sobre el hecho de Rapiman. Era cacique de la provincia de Puren, donde estaba situada la plaza, circundada de un foso con muralla y una fortaleza o casa fuerte que dicho teniente jeneral habia construido, y alguna artillería menuda: su guarnicion se componia de las mejores tropas del ejército, bien atendidas y por sí ricas con los despojos y prisioneros, como dejamos dicho, y a promediada distancia la otra plaza de Repocura para mutuamente sostenerse. Todo esto no aterró a Rapiman, ni la libertad perdida en que veia a su nacion, ni la de perder su patria, donde gozaba la primera distincion, y por fin la de hijos, mujer y su vida, que todo lo perdió.

Pues que desvariado asunto fué el emprender un hecho tal que a la temeridad excedió, es digno de admiracion y de reposada reflexion que tanto rayo fulminante, como queda dicho, no aterrase su valor, o quiso preciarse de emprender imposibles. Despues de este acaecimiento se ejecutó un congreso o festin, que en idioma del pais llaman cahuinbogue, para cuyo efecto se congregaron los cuatro Butalmapus, que así los denominan los indios, que es la serie o separacion de los habitadores de su extenso pais, costa, llanos, cordillera y pehuenches, y fué tan copiosa su muchedumbre que en setenta años que han mediado de entónces acá, no se ha visto otro igual; y como es feroz el jenio de esta nacion, mezcla en lo festivo la efusion de sangre, para cuyo efecto ofrecen a los españoles que presentes se hallan, del mayor grado y distincion, unos animales cuadrúpedos que llaman chilihueques, para que los maten con esforzado golpe, y aun todavía entre vivos les sacan el corazon, y palpitante van gustando de su sangre entre festivas aclamaciones.

CAPITULO XII.

Prosiguen las penalidades que padecian.—Incéndiase la plaza de Arauco, y con motivo de su construccion, es provisto maestre de campo Gerónimo de Quiroga.—Quedan los indios enteramente subyugados.—Cargo que se le hace al gobernador por no haberlos reducido a pueblos.—Motivos que para no hacerlo se dice que tuvo.—Finaliza su gobierno y da su residencia, en que se empeña la jerarquía eclesiástica del reino.—Su política y conducta.—Va a España mui adinerado.

El mas dilatado tiempo tiene fin, y que esta suerte comprende a todo, nos lo persuade el misterioso ánjel del Apocalipsis. Llegósele a esta belicosa nacion el de su sujecion a los diez y nueve años de guerra sin intermision. Los indios a vista de los españoles parecian complacientes y agradables, mas en las sombras de su retiro lamentaban su sujecion, porque en realidad los capitanes que tenian, si no eran arreglados, pasaban a ser despóticos: bien sabido se tenian esto los españoles por lo acaecido en el transcurso de tantos años, y así dice Séneca, que en las acciones sucedidas, se aprenden las amenazadas. Durante el gobierno de Don Juan Enriquez hubo algunos piratas en el pacífico mar del Sur que causaron alguna zozobra en la costa de Chile. Sharps, uno de ellos, ganó la ciudad de la Serena, donde no habia jente pagada de guarnicion ni ménos ciudadela, y así entró en ella, habiendo hecho mui leve o ninguna oposicion por estar el vecindario sin armas e inexpertos; mas la abandonó luego actuando alguna ruina. Armáronse dos navios de guerra al comando de Don Antonio de Córdoba, sobrino del gobernador, y fué a las islas de Juan Fernandez en solicitud de los corsarios, y un navio que de ellos allí halló, dichosamente se evadió de los dos nuestros, sin que se ejecutase en aquella campaña otra operacion de marina. Don Juan Enriquez procuró con desvelada atencion fortalecer los puertos de Chile; y no siendo ya mas necesario para los indios

Don Alonso de Córdoba, lo hizo gobernador de Valparaiso ampliándole la jurisdiccion que habian tenido sus antecesores.

Incendióse la plaza de Arauco, porque sus techos eran pajizos: hallábase de maestre de campo Don Juan de Espejo y comandante jeneral de la caballería Don Tomas de Poveda, quien con grado de teniente jeneral pasó a España. Angustió al gobernador esta noticia; mas Gerónimo de Quiroga, que habia venido de la ciudad de Santiago en solicitud de un grado militar, se ofreció a construirla con mas extension, de tapia y teja en dos años, como le nombrase maestre de campo jeneral, en lo que convino el gobernador, y pasó a ejecutarlo. Finalizada con crecido dispendio del erario, mas sin cimientos, y así fué de pocos años su permanencia, hecho notorio que muchos de los presentes vimos.

Hagamos una reflexion séria sobre la imputacion que en aquel tiempo se le hizo al gobernador, y aun algo se oye a los eruditos en el presente. Notáronle de que habiendo cojido el fruto que desearon sus predecesores en la total sujecion de los indios, no los redujo a pueblos, lo que pudo haber ejecutado en tan favorable sistema, y que en caso de tanta importancia, no supo tomar consejo ni resolucion, y que en vida cristiana y política se hubieran mantenido arreglados y observadas sus operaciones, y el trato y mutua correspondencia con los españoles, los hubiera hecho ménos aguerridos, haciéndose preciso el despojarlos de las armas, lo que no solo ejecutó Trajano con los de Dacia, sino que les quitó a todos los que las hacian; y pues que quedaban con ellas y en la dispersion en que siempre habian vivido, volverian a sublevarse, quedando el reino en la misma zozobra y la real hacienda en la impensa anterior y presente, lo que hacia que la paz no fuese íris que anunciase serenidad. Hemos visto una consulta hecha al gobernador en órden al asunto, bien reflexionada, en la cual otro Marcio en Roma que predijo la pérdida de Cannas, como expresa Livio, y el autor lo que despues acaeció en Chile; y Don Juan Enriquez pudo haber visto, que en las acciones sucedidas se aprenden las amenazadas, y segun el sentir de juiciosos y desinteresados, en este hecho se desaprobó su conducta.

El motivo que para ello tuvo, no permanece oculto a nuestra edad, que sin duda fué de piedad, a influjo de algunas personas eclesiásticas y laicas que le representaron que el reducirlos a pueblos seria su exterminio, pues de los que habia en la grande extension que media entre la Concepcion y Coquimbo, subsistian mui pocos, habiendo habido ántes muchos, de que seria responsable en el tribunal divino, y otras razones. Mas pause la pluma y la objecion que pudiera hacerse, pues es feliz el olvido de lo irreparable. Terminó Don Juan Enriquez su gobierno año de mil seiscientos ochenta y dos, y a los doce de su ingreso: ántes ni despues ninguno salió tan acaudalado, como dejamos dicho; y siendo tan distante la utilidad pública del interes particular, supo unir lo disconforme: tan fina fué su política como ardiente el interes, pues este no obstó para que con toda eficacia solicitase el dichoso fin que en su tiempo tuvo materia tan árdua como la de la guerra; y aunque le im-

putaron que el reporte de utilidad fué mui crecido en seiscientas u ochocientas personas que de su cuenta se vendieron, nada ménos de doscientos pesos, ni a nada mas de trescientos pesos cada una, no obstante, muchos de sus antecesores no omitieron este lucro, que halló Don Juan establecido, aunque sí, en su gobierno, a favor de su interes mejor administrado, pues se vendian al vecindario, y la satisfaccion era en trigo a corto precio, y al Rei se le daba a dos pesos para el abasto de las tropas; y anualmente percibia de este y otros ingresos de cuarenta a cincuenta mil pesos del situado, fuera de otros injeniosos arbitrios que omitimos referir por no hacer mas extensa la narracion.

En su residencia se interesó, si no la mayor parte de la jerarquía eclesiástica, al ménos alguna con los dos obispos que en el reino hai, y aunque apreciado de ambos, el de la Concepcion lo denominaba con el título cordial de hijo: y no será digresion el referir el que por el empeño de pastor y padre, concurrió con tan eficaces y poderosas asistencias para la construccion de la catedral, que en dicha ciudad no la habia, que en su tiempo quedó perfectamente acabada. Era este celoso prelado el ilustrísimo Don frai Francisco de Loyola, agustiniano; y protejido Don Juan de tan alto patrocinio y con caudal, que como dice el Eclesiastes, todo lo avasalla y humilla, tuvo feliz éxito: y pues que la paciencia tiene por oficio el sufrir todo lo adverso de la vida, túvola tal el gobernador, que habiendo ido en solicitud de un escribano a su casa, lo halló reposando y no permitió lo incomodasen, sino que esperó a su recuerdo, y así dijo San Agustin, que la paciencia es compañera de la sabiduría. Por fin, se retiró a España, dejando entregado el gobierno a Don José Garro, quien del de Buenos-Aires pasó a Chile y practicó con su antecesor las atenciones debidas a su carácter; y en prosecucion de su destino llegó a la corte y despues de algun tiempo pasó al consejo de Indias. Su hermano Don Blas se quedó con notable cantidad de su caudal, y poco le lució lo mucho que llevó.

CAPITULO XIII.

Hecho singular del gobernador a su ingreso.—Parlamenta a los indios.—Extrae del barbarismo a algunas personas españolas de ambos sexos.—Despuebla la isla de la Mocha.—Quiere castigar a su secretario, de que se libra con su evasion.—Finaliza su gobierno y persona.—Retírase a España.—Sucédele Don Tomas de Poveda, de la órden de Santiago.—Festiva y singular recepcion que se le hizo y a su esposa.—Parlamenta a los indios.—Hace maestre de campo a Don Alonso de Córdoba.—Provocaciones que le hace el reformado, de que se orijinan disturbios, y con el proveedor del ejército, tesorero de la real hacienda y veedor, el que muere con desgracia.

Ni mas felices que Augusto, ni mejores que Trajano deseaban los romanos que fuesen los emperadores que a estos príncipes sucedieron, porque en el uno y otro llegó la felicidad y bondad a lo sumo, y ya que aquella no está en manos de los hombres, lo está esta, y debiéramos ser

imitadores de la divina bondad, que como dice San Pedro Crisólogo, prefiere el ser amada a ser temida. Procuró serlo el maestre de campo Don José Garro, de la órden de Santiago, con gobierno templado, prudente y tranquilo, que con su desinteres fué plausible y feliz. Hizo pasear por la plaza de la ciudad de Santiago cincuenta mil pesos que traia, que en los gobiernos del Tucuman y Buenos-Aires que habia obtenido, habia de sus sueldos reservado su economía, pues con ella los pobres son ricos y sin ella los ricos son pobres: lo que el gobernador ejecutó con bien acordada reflexion para que supiesen que no venia a pedir ni a quitar, a vender ni comerciar, porque el vicio puede estar sin juez, pero no sin fiscal; pues mas se sosiega el corazon con no apetecer nada que no conseguir mucho, y mas siendo el deseo esfera inmensa. El gobernador, anhelando por acertar, expidió un auto circular en que prevenia, que si ordenase o dispusiese alguna cosa contra la costumbre o lei municipal, se suspendiese la ejecucion y se le diese parte: tan arreglado en todo procedia.

Vino el gobernador a la frontera y dispuso se hiciese una campaña con accidentes de paz y verdadero aparato de guerra, y que nuestras tropas, que se componian de dos mil españoles, se acampasen en la ciudad de la Imperial, cuyas ruinas recuerdan su memoria, y que allí se parlamentase a los indios con honor y respeto de las armas. Fué el congreso mui opulento, y quedaron tan satisfechos de la equidad y bondad del presidente, que hasta el dia de hoi la tienen presente, la que practicó todo el tiempo de su gobierno, y puedo testificar que en tres iguales congresos en que me he hallado, les he oido renovar su memoria y gratitud, transmitida de padres a hijos, no obstante el trascurso de sesenta años. Repitió otras entradas en el discurso de su gobierno y sacó algunas personas españolas de ambos sexos, hijos o nietos de aquellos que experimentaron fortuna tan borrascosa con la pérdida de la ciudad, como dejamos dicho; y el gobernador se hizo cargo del estado de ellas y de su subsistencia, porque la humanidad y clemencia son compañeras de la libertad, como dice Valerio.

Mandó el Rei que se despoblase la isla de la Mocha, que está situada entre treinta y ocho a treinta y nueve grados en derechura del desemboque del rio de la Imperial y a moderada distancia de tierra firme, porque estando cultivada y habitada pudiera cualquiera nacion de Europa, émula de la española y deseosa de disfrutar intereses en Indias, acimentarse en ella: extrajéronse ochocientas personas de ambos sexos y se establecieron cuatro leguas de la Concepcion, mision que hoi permanece a cargo de los padres de la Compañía de Jesus, cómoda y decente, bien asistidos de su fervoroso celo los pocos que permanecen; y el gobierno se manifestó con ellos caritativo y liberal, y por recordacion suya se le puso San José de la Mocha. Sus bondades circulaban por el reino con realces de desinteres: buen comprobante de esta verdad fué lo que le acaeció con su secretario Don Domingo Dominguez, a quien habia criado desde su primera edad, que despues se cruzó y

murió de presidente de Charcas; fieramente indignado contra su persona, le quiso prender, mas tuvo tan a tiempo noticia o vivia tan precaucionado, pues la misma conciencia acusa, que felizmente se evadió de su solicitud y del reino, y con la misma libró su opulento caudal, cuyo embargo habia solicitado el gobernador.

Tanto efecto fué procedido de una gran causa, sobre cuyo asunto se habló con variedad; mas sin duda fué faltar al deber de una confianza por demasiada codicia. Por fin, terminó Don José su gobierno año de mil seiscientos noventa y uno, y quedó su memoria laureada de bendiciones en Chile. Asistióle y miróle su sucesor Don Tomas de Poveda, de la órden de Santiago, con todas las atenciones debidas al carácter de su persona, porque su jenerosidad y desinteres a toda prueba le captó mas; pues le dejó un situado y otro próximo, cuyo monto fué de quinientos ochenta mil pesos en plata, para que los distribuyese, habiéndose abstenido de ejecutarlo así que supo de su aproximacion al reino: laudable moderacion digna de alto encomio. Llegó felizmente a España y diéronle el gobierno de Jibraltar, de donde pasó a ser capitan jeneral de Cantabria, su patria, en cuyo ejercicio murió, mas no su memoria, pues a algunas personas desinteresadas y bien instruidas les hemos oido decir "el Santo de Garro," quienes por su ancianidad y grado le trataron de cerca. Hizo plausible el ingreso del nuevo gobernador el haber servido en el ejército, como dejamos dicho, y el pleno conocimiento del reino. Trajo doscientos hombres de recluta y una familia mui lustrosa, que la mas se estableció en Chile. Su equipaje y tren fué magnífico y cual ninguno le ha igualado. No se mostró desconocido, aunque de fortuna mejorado, pues como dice Casiodoro, que las nuevas dignidades hacen mudar y enfrian las antiguas amistades: singular accion pocas veces practicada de la humana elacion. Dispúsosele en la Concepcion un tan magnífico recebimiento, que su ejecucion excedió al deseo. Tan lucido fué como costoso, y se transfirió para la celebridad del desposorio con Doña Juana Urdanegui, hija del marques de Villafuerte, familia de las mas distinguidas de la ciudad de los Reyes, el festejo destinado para aquel dia. Constaba el obsequio de catorce comedias, y la del Hércules chileno, obra de dos regnícolas, toros y cañas, cuyas demostraciones, ántes ni despues vistas, bien dan a entender la aceptacion y aplauso que causó su ingreso. Húbolo tambien entre los indios, y asistieron todos a cumplimentarle y se volvieron mui satisfechos de su liberalidad y agrado, y quedó aplazado un congreso para la plaza de Yumbel, donde concurrieron los indios de la mayor distincion, y finalizado acto tan sério, se confirió el empleo de maestre de campo jeneral a Don Alonso de Córdoba, mi padre, a cuyo comando habia servido de capitan de caballos en las plazas de Repocura y Puren, frontera pertinaz de esta belicosa nacion. Siendo teniente jeneral de la caballería y gobernador de entrambas Gerónimo de Quiroga, que lo habia sido diez y seis años contra la comun práctica, no pudo acomodar su jenio al reposo de la vida privada; aunque valetudinario quiso desahogar el

bochorno de su queja con várias sátiras punzantes contra el gobernador y provistos en la esfera militar y política y otras operaciones de gracia y justicia; mas el gobernador mostró heroico desprecio a las murmuraciones. Mas no satisfecho, las dirijió al virei del Perú, por tan buen conducto que hallaron grata acojida, como lo hemos visto por carta del conde de la Monclova, que entónces lo era, y aun pasa a insinuarle al gobernador que lo nombre por maestre de campo. No tuvieron este éxito las letras que a Madrid escribió, procurando desacreditar la conducta que en Chile habia tenido: y porque este fué el oríjen de otros acaecimientos, no lo hemos omitido.

Pasaron los hechos del maestre de campo Quiroga a mayor provocacion, como lo fué el hacer un informe en consorcio de algunos que atrajo su cavilacion, no la queja, porque eran beneficiados del gobernador, de cuya resulta se refujiaron y en prolongada carcelería los mantuvo su recelo, pregonando su semblante lo que disimulaban las voces. Francisco García de Sobarzo era de los vecinos mas distinguidos y ricos de la Concepcion; y la intendencia que por muchos años tuvo, de dar ocho mil y mas fanegas de harina para el ejército a dos pesos, le habia enriquecido, fuera de hallarse bien fincado. Hízose nueva postura segun lo consueto, y empeñóse en proseguir con el acierto, lo que procuró contra el dictámen de amigos. Mas la avaricia de los hombres y deseo de riquezas procede en infinito, como dice Aristóteles. A este tiempo se esterilizaron los campos de Lima y hasta lo presente no han vuelto a producir el trigo que ántes, no obstante el trascurso de cincuenta años. Valió en la Concepcion a seis pesos fanega, y urjiendo la mantencion de las tropas, se vió el gobernador precisado a que en defecto de harina diese seis pesos en plata por fanega, cuya cantidad se extrajo de su caudal y de sus fiadores, y en algunas familias hasta lo presente se lamenta el gasto, como hemos oídoles; y si los interesados se mostraron ofendidos o quejosos, el hecho da a entender que fueron injustos, segun el sentir de indiferentes.

Dice Plutarco que el mayor mal que tiene el mal, es que el fin de unos es principio de otros; y por terminar con su serie proseguirémos en la narracion de lo que ocurrió. Ofreciéronse árduos desórdenes entre el gobernador y oidores de la real audiencia de Chile, y con Don Mateo de Solar, de la órden de Santiago, tesorero de la hacienda real de la Concepcion; y en la ciudad de Santiago se mantuvo algunos años arrestado en su casa, y su causa terminó a su favor en el subsecuente gobierno. Su capacidad sobresaliente y bondad hizo amable su persona, y de presente permanece mui lustrosa su familia. Al veedor del ejército Don Francisco Jiron le suscitó un su inmediato pariente una acusacion o árduo denuncio, y otras incidencias que se agregaron, y para vindicarse iba a Santiago y en Teno se ahogó, dejando a su mujer y una hija en deplorable desamparo, y aquella, que le sobrevivió muchos años, murió en suma indijencia, pues con la muerte de su esposo, terminó su empleo honorífico y bien rentado. Calumniósele de ingrata correspon den-

cia para con el gobernador, quien le suplió dinero y coadyuvó a su consecucion, y se le oyó várias veces decir que le habia sido desagradecido. Ejecutó el presidente un singular hecho de caridad y nobleza: hallábase en la ciudad de la Concepcion la familia de Don Jorje de Avellan y Aro en suma inopia y terrible desamparo con la horfandad de sus padres; y con el conocimiento de su nobleza se hizo cargo del remedio de Doña Ana, su hija, con Don Alonso Enriquez, persona mui de su igual. La gobernadora fué la madrina, obsequiándola con un espléndido ajuar, y a sus hermanos los agregó a su familia.

CAPITULO XIV.

La desacreditada conducta del comisario D. Antonio Pedreros ocasiona la sublevacion de algunas provincias.—Sale con tropas al castigo y termina fatalmente su vida.—Solicitud y empeño que el maestre de campo Don Alonso de Córdoba pone en su castigo o sujecion, la que se consigue.—Ejecútase en Puren un jeneral congreso de la nacion indiana.—Muestra el gobernador ardiente celo en la propagacion de la lei evanjélica.—Termina su gobierno, y sucédele el sarjento jeneral de batalla D. Francisco Ibañez, de la órden de San Juan.—Desazones que causó a su antecesor, quien muere repentino.—Debidamente se elojia su persona y conducta.—El gobernador manifiesta notable ardor en sus intereses, lo que manifiestan sus palabras y obras.

Es el tiempo un movimiento de continuada perpetuidad, segun el gran Gregorio, y los hombres para prevenirse contra sus irregulares mutaciones, deben saber que la sabiduría habita en el consejo, como dice Salomon. Contra el de muchos se fió el gobernador del comisario de naciones Don Antonio Pedreros: túvole por el hombre de mas consumado valor del reino, mas desaforado e intrépido en sumo grado. Los indios viven tenazmente impresionados de que los brujos les quitan la vida, valiéndose de ellos las personas de su ofensa o displicencia, y con indicios o sin ellos ejecutan por vengarse atroces hechos. El comandante fué extrayendo de sus paises várias familias de ellos y estableció algunas en la reduccion de San Cristóbal, de suerte que mas fueron los quejosos que los obligados, en cuya ejecucion habia violencias, no sin algun interes de los ejecutores, de cuya resulta los de la provincia de Birguen le quitaron la vida a Miguel de Quiroga, su capitan, y pasaron a conspirarse algunos. El comisario con dos mil indios y una compañía de cincuenta españoles, cuyo capitan era Don Alonso Molina, salió en solicitud de los rebeldes, que estaban acampados en la opuesta ribera de Quepe, sumamente rápido y de estrecho ingreso: avistáronse un dia lluvioso en que totalmente se inutilizaron las armas de fuego. Los enemigos a voces le provocaban y le improbaban de cobarde, pues no se atrevia a transitar el corto caudal de un moderado rio.

El comandante entónces, con ferocidad inaudita y que excede a la credulidad, se entró al rio, y llegando a la opuesta ribera donde la muchedumbre de enemigos se embarazaba, mató a tres, mas dándole un bote de lanza por un vacio, se inclinó desfallecido, y volvió el caballo

adonde habia salido, con su señor ya muerto, sin caer ni largar la espada: dos indios belicosos le siguieron, y el uno murió peleando, y no con menor intrepidez: retiráronse las tropas a Puren, y en melancólico aspecto quedaron las cosas en estado de una jeneral sublevacion. El caso de la muerte del comandante manifiesta el carácter que dejamos dicho de su persona. Díjose que se le halló una carta del presidente, en que con severidad le reprende y manda que le ponga el pais en la paz y sosiego en que le halló cuando lo nombró comisario. El maestre de campo Don Alonso de Córdoba se hallaba en la plaza de Arauco, y sin perder instante salió para la de Tucapel, y de esta, así que oscureció, para la de Puren, con cuarenta hombres, por una senda extraviada y no del comun trajin, lo que hizo mui penosa la marcha; mas fué tal la dilijencia que al alba estuvo en esta, dejando confusos a los indios y aterrados a los de Tucapel por haber transitado sus paises sin haberle nadie visto.

El maestre de campo ordenó el que aprontasen algunas tropas de las leales y españolas, al sarjento mayor Don Alonso Covarrubias: se acampó con seiscientos españoles en Negrete, ribera del Biobio, y Don Alonso hizo intimar a los alterados que le entregasen los perturbadores del reposo público para castigarlos, y que de no, iria a ejecutarlo en persona en sus provincias y a actuar todo el rigor de la guerra: esta fiera amenaza abatió totalmente su orgullo y Millapal con otros se refujiaron en Repocura; y vinieron sus emisarios pidiendo perdon y ofreciendo toda satisfaccion, los que pasaron a la Concepcion, donde el gobernador se hallaba; y de su órden tuvo un parlamento el maestre de campo mui opulento, y con seguro que se les dió, comparecieron los refujiados y quedó todo tranquilo.

Puso el gobernador singular esmero en que se propagase la lei evanjélica, y tan allá llegó su celo, que ni ántes ni despues ninguno le excedió. Los misioneros jesuitas estuvieron bien atendidos, y se actuó mui a propósito su fervor. Don José Moncada, cura de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, hizo abdicacion de su beneficio y con loable celo se internó entre los indios, donde estuvo algunos años bien atendido del gobernador y fundó una mision, de donde salió para canónigo de la iglesia de Santiago, exaltacion debida a su protector.

Así terminó su gobierno, año de mil seiscientos noventa y nueve: fué de los gobernadores que mas han atendido al mérito y nobleza del reino, adquirida y heredada, para los políticos y militares de la plana mayor oficios, sin inspeccion de intereses; y porque jeneralidades no satisfacen, pasarémos a mencionar a algunos de los que colocó en los empleos militares de la plana mayor del ejército: Don Juan Verdugo, Don Fernando Bascuñan, Don Alonso Covarrubias, Don Antonio Otarola, Don Alvaro de Cereceda, Don José Paravecino, etc. Diga la mas rijida censura si halló algo que motejar en los electos, y guardada proporcion, ejecutó lo mismo en la esfera política y bajos oficiales de tropa.

Fué el gobernador afable y liberal, saliendo de la mano el don ántes que al oido llegase el ruego. Bien pudiéramos mencionar a muchos en el obispado de la Concepcion y fuera de él, a quienes benefició con su dinero, y quedó mal pagado y correspondido. Fué de sobresaliente capacidad y singular penetracion y de otras buenas habitudes, y no se vió desconocido aunque se halló sublimado, siendo de los gobernadores adinerados que han venido a Chile. Trajo cincuenta mil pesos de Buenos-Aires, fuera de la opulenta dote que llevó su esposa, y las donas que el ilustrísimo arzobispo de Charcas, su tio, le envió, y los situados que en el reino distribuyó, como dejamos dicho; y es de notar que despues de su repentino fallecimiento, mui poco se le halló: vino a Chile con el grado de consejero de guerra. Causóle muchos displaceres su sucesor, que le compulsaron a sacar inhibitoria del virei del Perú, y aun a despecho del olvido, hoi lo publica la fama, que es de mas edad que la vida. Terminó en este tiempo la de su querida esposa, y entre tan tenebrosos desconsuelos, no obstante el estrépito de las armas, el Rei le tituló en el campo de Luzara, dándole el despacho a Don Bartolomé, su hermano, que iba en la real familia, el cumple-años de su dia: favor bastante distinguido; y no omitimos decir, ántes de llegar al infalible afan de morir, que dejó dotada en la Concepcion la fiesta de San Vicente Ferrer.

Por fin llegó al momento fatal de una muerte presurosa, en Santiago, aunque bien premeditada de su ejemplar vida, que era edificacion de lo eclesiástico y laical. Fué de Fijola, en el reino de Granada, y de su mejor nobleza. Pasó a Indias con el motivo de ser inquisidor de la ciudad de los Reyes su tio, de donde fué provisto a la presidencia de Charcas y a su arzobispado. De presente se ha establecido en el reino el marques de Cañada Hermosa, hijo mayor del gobernador.

Hállase de canónigo en Lima Don Juan José, y tres hermanas inuptas se han ofrecido a Dios, viéndose bien lo que el profeta real nos dice, que la jeneracion de los justos será bendecida. Y pues que, segun Erasmo, la amistad debe ser inmortal y el odio mortal, no debe terminar en mí la que el gobernador profesó con mi padre, y mas cuando en la horfandad de nuestra puericia le debimos expresiones de voluntad, y cuanto así debe correr mi pluma difusa por agradecida.

El sarjento jeneral de batalla Don Francisco Ibañez, de la órden de Santiago, fué el que le sucedió, y trajo dos sobrinas, la una casada con el marques de Corpa, caballero de singulares méritos y de profunda erudicion: bien lo manifiesta la obra que dió a luz, y Doña Tadea, que casó con el hermano del marques. El gobernador solicitó, por medio de algunas personas de su confianza, el que le prestasen dinero, y segun la voz comun, fué considerable el empréstito, pues de la Concepcion solo le llevaron diez y siete mil pesos. Oíasele una inaudita y escandalosa locucion, como era el decir: "mi situado, mis indios:" esto sin embozo. Lo demas queda al juicio del prudente lector.

CAPITULO XV.

El gobernador procedió poco arreglado en las mercedes de indios.—Desazones con el veedor y sus resultas.—Tumultúan los soldados: el fin que estos hechos tuvieron.—Expúlsale del reino con su familia su sucesor Don Juan Andres Ustariz, de la órden de Santiago, y el fin que tuvo.—Intentan sublevarse los indios yanaconas, y su castigo.—Lo mismo ejecutan en Chiloé, e imputacion que se le hace.—Apresan a su esposa, que venia a Chile.—Viénele de sucesor el oidor D. José Santiago Concha: residéncialo, y dase noticia de su éxito, y muere en el reino.—Varios proyectos que el gobernador forma.—Viene una escuadra de España al comando de monsieur Martinet, y su sucesor por Buenos-Aires, y retírase a Lima.

La gobernacion y oficio, dice Aristóteles que descubre quien es el hombre, cuyo propio gobierno le tuvieron por árduo los filósofos; y si a Job le pareció pesado llevar su propia condicion, ántes mas será llevar y rejir las ajenas. El gobernador hacia mercedes de indios a quienes se las gratificaban, o confirmaba las hechas, sobre cuyo asunto pudiéramos producir muchos de estos hechos, mas será ménos ofensivo el propio. Doce familias de las que estaban acimentadas en una hacienda heredada de nuestros padres, las dió por un crecido interes a un vecino de la Concepcion, y porque se ocultaron y no quisieron extraerse del lugar de su acimentacion e irse con el comprador, desterró a Andres de Meneces, administrador de ella, imputándole la culpa de su desgano. Lo mismo practicó en los oficios políticos y militares, con mas o ménos retencion. En su tiempo principiaron a venir los oidores a ser correjidores de la ciudad de la Concepcion, alternándose trienalmente, y cuatro fueron sucesivos, y el Rei revocó esta facultad que se les habia concedido. Con el motivo de la guerra de la grande alianza contra las dos coronas de España y Francia, que ocasionó el ingreso de Felipe V a la corona, primer príncipe de la ínclita casa de Borbon, se dió permiso a los franceses para poder traficar en el mar del Sur, cuya apetecida escala fué la Concepcion y los demas puertos del reino, y esto cesó con la paz de Utrech.

A la pobreza poco basta, a la avaricia nada. Los soldados se persuadieron a que el gobernador se queria interesar mucho en un situado que en dinero habia venido de Potosí, y que habia extraido una considerable cantidad en la ciudad de Santiago. Los créditos que tenian no podian ser peores, y así hallaba los ánimos dispuestos a la credulidad para persuadirse a todo, aunque en realidad así no fuese. Tuvo sus desazones con el veedor Don Juan Fermin Montero de Espinosa, y estas llegaron a extremo que le envió a prender; mas se evadió de los ministros que le seguian, con un par de pistolas, cuyo temor los contuvo, o lo bien visto que estaba hizo fácil su fuga; y sin duda siempre miró por los intereses del Rei y de los soldados, y fué mui cierto que en órden a esto se le ofrecieron digustos (*sic*). Era Don Fermin sumamente desinteresado, afable y obsequioso, aunque de jenio fogoso, y por no interrumpir la narracion de su persona, proseguirémosla. Pasó a Lima suspenso,

donde se mantuvo muchos años, aunque gozando de todo el sueldo de órden del Rei, y el príncipe de Santo Bono le hizo volver a Chile a servir su plaza, y murió suspenso por causa que se le hizo gobernando el reino el excelentísimo señor Don Gabriel Cano y siendo auditor el licenciado Don Martin de Recabarren, oidor de la real audiencia, y su intrepidez causó su ruina.

El gobernador hizo desterrar a Don Alonso de Soto, de conocida calidad y mérito. Volvióle, y arrestó a otros. Los soldados de las plazas de Arauco, Yumbel y Puren se convocaron para el dia aplazado juntarse en la Concepcion. La prision intentada del veedor apresuró la venida de los de Yumbel, y ya en la inmediacion de la Concepcion, lo supo el gobernador: ellos se retuvieron, y bastante costó el hacerlos volver. Fueron los motores Juan de Contreras y José Marin: a este le quitaron la vida, y el otro de allí a años se indultó. Los de Arauco quisieron hacer su movimiento, mas se contuvieron: los de Puren llegaron a acamparse a tres leguas de Yumbel, de donde ejecutaron su regreso. Pareciéndole al gobernador que era crédito y honor de las armas el ir con tropas para Yumbel, lo ejecutó. Habian salido como cien hombres de la plaza, de la cual compulsaron al sarjento mayor Don Pedro Molina a que la abandonase, y ganó a San Cristóbal. Apostáronse en un sitio ventajoso, y ya a la vista unos de otros, el padre Jorje Virger, misionero jesuita, con santo celo procuró no hubiese rompimiento, y al fin de várias solicitudes, bajo del seguro de la real palabra, a lo que se dijo, se volvieron a la plaza, habiendo ántes hablado tres al gobernador.

Su retirada fué con prisa y confusion: los mas o cuasi todos ganaron el refujio de la iglesia, que les pareció seria inviolable; mas fueron extraidos y en el cuerpo de guardia quitaron a tres la vida, no obstante las dilijencias que actuó el cura Don Francisco Flores de excomuniones y multas hasta consumir el S.on (*sic*). Era auditor del gobernador el licenciado Don Alvaro Bernardo de Quiros, oidor de la audiencia real del reino: no obstante, vino declarado de que les valia y multado el gobernador y el auditor; y finalizado todo lo concerniente a este fin, se retiró a la ciudad de Santiago, donde le vino sucesor el año de mil setecientos siete, que lo fué Don Juan Andres Ustariz, de la órden de Santiago, persona de conocida calidad y natural de Sevilla, y en la carrera de Indias uno de los cargadores, y en Vigo perdió crecidos intereses. Fué hombre injénuo y de una inalterable palabra. En todo el tiempo de su gobierno, no se le hizo ningun pagamento a las tropas, de suerte que dejaron el servicio, y en las plazas habia mas apariencias que realidades de la militar formalidad, permaneciendo solo los que se habian avecindado por su nacimiento o dilatada habitacion; mas no se dejó de dar providencia a los altos y bajos oficios.

El reino florecia con la labor y descubrimiento de ricas minas, las mas de oro, y con el tráfico y comercio de sus trigos y el ingreso de los de las provincias de Tucuman, Paraguai y Buenos-Aires. Esta apaci-

ble calma de la paz se hubo de alterar en Chile por los indios yanaconas (que son los que sirven y estan acimentados entre españoles), queriéndose sublevar, cuyo manejo se trató con el último secreto para que se ejecutase el dia de Ceniza, y para avisarse, fué el signo hacer ahumadas de dia y fuegos de noche en los montes mas elevados, y fué tan rápida su corrida de flecha, segun el lenguaje del pais, que su curso llegó a doscientas cincuenta leguas; mas con casualidad venturosa se llegó a entender, y se arrestaron en diversas partes ochenta personas. Era correjidor de la Concepcion y maestre de campo jeneral Don Fermin Ustariz, hijo del gobernador, quien en caso tan árduo se mostró con mucho juicio, actividad y prudencia: quitáronles la vida a cuatro, y otros salieron desterrados del reino, y quedó todo tranquilo; mas no el presidente, que se vió combatido de fuertes infortunios. Envió a España por su mujer y familia; y transportábanse en los navios de rejistro de Buenos-Aires, y las apresó una escuadra holandesa, no obstante el pasaporte de la reina Ana de Inglaterra que traian. Pasaron con la presa a Portugal, y el presidente volvió a España, donde murió.

Y pues que dejamos en Chile al gobernador Don Francisco Ibañez, terminarémos la última escena de la trajedia de su vida. Hallábase en Madrid el marques de Corpa, y cuando entró el emperador Cárlos VI en aquella imperial villa, reconocióle por Rei y a su egreso salió con otros muchos: puede ser que este fuese mas compulso que voluntario, y el Rei despues le reintegró sus honores y bienes. El presidente Don Juan Andres con presura mandó embarcarle con la marquesa y su hermano para la ciudad de los Reyes, mirándolos como infidentes, en caso de venir escuadra inglesa al mar Pacífico, como se recelaba, sin figura de juicio que precediese, ni motivos que hubiesen dado para desconfianza. Mantúvose con esta mortificacion de pundonor, poco atendido hasta de los suyos e indijente, y por fin terminó el período de su vida con la sotana de la Compañía, para donde esta caritativa y atenta relijion le hizo funeral competente a su carácter, viéndose bien que el hombre es jeroglífico de la inconstancia en sus edades diversas y singulares mutaciones.

Antes de finalizar su gobierno tuvo el displacer de que se sublevase la mayor parte de la provincia de Chiloé, separada del continente de Chile, y que se le imputase esta culpa a Don Alejandro Guiron, su criado, a quien habia hecho capitan de Calbuco, que desobedeciendo al jeneral, se vino a la Concepcion con su compañía, y se dijo que se aprovecharon los indios de este retiro.

Hubo sus muertes, escándalos y castigos algo inhumanos, segun el comun sentir: y fué restituido Don José Marin, depuesto, a que siguiese su empleo, y quedó todo tranquilo. Gobernaba el Perú el príncipe Santo Bono, a quien el Rei dirijió una cédula en que con alguna formalidad se da por entendido de los excesos cometidos por el gobernador, y le manda los averigüe y lo deponga en caso de ser ciertos,

cuyos capítulos mas son para vistos en su proceso, que para relatarlos en historia. El virei deliberó enviar a Chile al Dr. Don José de Santiago Concha, de la órden de Santiago, oidor de la audiencia real de los Reyes y ministro de los mas acreditados de aquel senado. Llegó el año de mil setecientos diez y seis, y entregado del gobierno, le tomó la residencia y fué alcanzado. A cincuenta y cuatro mil pesos, no inclusas costas, llegó la exhibicion que le hizo bacer y multas en que le gravó, lo que le pareció al gobernador y a sus abogados injusticia demasiada. El pesar le quitó la vida, aunque no inmediatamente. Despues de ella vino a Chile real despacho indultando al gobernador y su familia: Don Fermin de Ustariz, su hijo mayor, persona de singulares prendas y sobresaliente capacidad, murió sin estado en la ciudad de Santiago, donde estuvo acimentado y dos hermanos suyos. Mucha parte de su opulento caudal dejó consignado para obras pias.

El gobernador puso mucho cuidado en que no se retardasen y se diese breve expediente al despacho de litijios, y en realidad se terminaron muchos antiguados. Vínose para la Concepcion, y viendo que los doscientos noventa y dos mil pesos de asignacion anual era crecida exhibicion, lo que imposibilitaba su satisfaccion, pues se veia el erario sumamente gravado, y que bastarian cien mil pesos para en tiempo de paz, informó al Rei sobre reducirlos a este número, y en él ha quedado hasta la presente, mas han sido indefectibles. En órden a las providencias militares, se mostró justo y piadoso. Nombró por maestre de campo a Don Fernando de Mieres, persona en quien concurrian calidad y méritos y otros talentos que le constituian acreedor a los primeros empleos políticos y militares del reino. Discurrió varios arbitrios tocante a la conversion de los indios para reducirlos a vida política; mas el corto tiempo que se mantuvo en su interino gobierno, no dió lugar a que se actuase alguno, para cuyo efecto se le oyó decir que concurriria con parte de su caudal. En su tiempo llegó la escuadra española al comando de monsieur Martinet para estorbar el comercio del mar del Sur a los franceses, cuyo permiso cesó con la paz de Utrech, y mostró el gobernador mucho celo y vijilancia en que la noticia no pasase al Perú, en cuya costa se hallaban algunos navios comerciantes. Tomáronse tan cabales medidas que se logró una feliz presa, y el intendente Don Gabriel de Lacunsa dió en la ciudad de los Reyes ventajoso dispendio a la ropa, hallándose ya el gobernador con el sucesor en la jurisdiccion de Chile. Se embarcó en la ciudad de la Concepcion para el Perú.—HASTA AQUI ES DEL AUTOR—despues de haber fundado con título de ciudad la villa que es hoi de San Martin de la Concha, por los motivos que hallarán en los libros de su cabildo: y la adelantó hasta la perfeccion que hoi se ve, en tiempo de su gobierno para Chile tan benéfico, digno de eterna memoria y de mas glorioso fin, el excelentísimo señor Don José Manso de Velasco, conde de Superunda, sin atender a que era obra de su antecesor, ni a que como poblador del reino, que lo halló poco ménos que desierto, lo estaba poblando, como lo hizo,

para que viviesen en política y sociedad cristiana los habitantes de sus vastas provincias, con la villa de la Laja o de los Anjeles, las de San Agustin de Talca, San José de Buena-Vista y las Mercedes de Manso en la de Maule, San Fernando el Real en la de Colchagua, Santa Cruz de Ariana(*sic*) en la de Rancagua, Logrono de San José en la de Melipilla, San Felipe el Real en la de Aconcagua y la de San Francisco de las Selvas en la de Copiapó, con la reedificacion, que mereció el eficaz empeño de su celo, de la ciudad del Dulce Nombre de María y Valdivia, que tambien redujo a su jurisdiccion, que estaba como lunar segregada desde su edificacion, y no consiguió ninguno de sus predecesores, aunque lo solicitó su deseo.

FIN DEL TOMO II.

INDICE.

HISTORIA DE CHILE

POR EL MAESTRE DE CAMPO DON PEDRO DE CORDOBA Y FIGUEROA.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SESTO.



FIN DEL ÍNDICE.